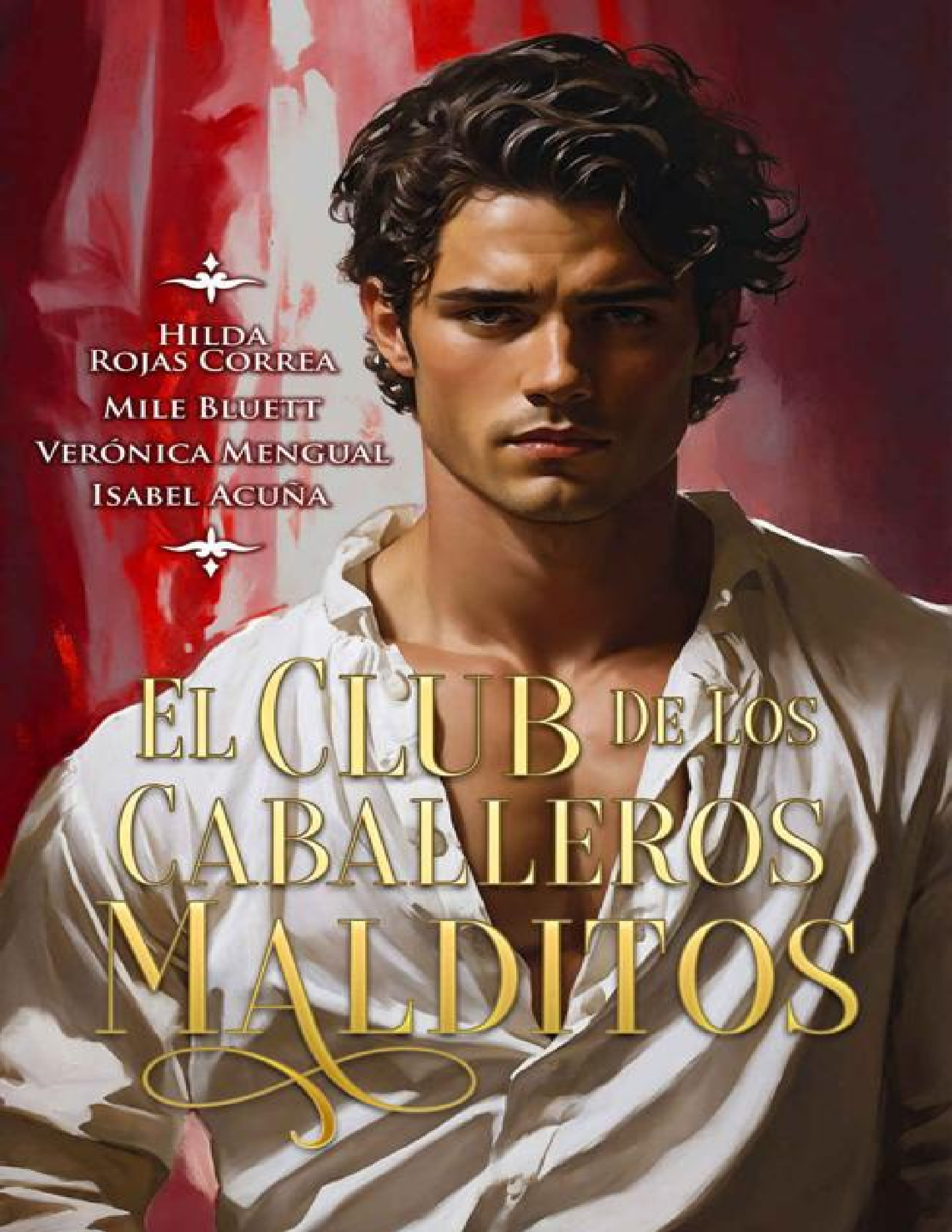

Hilda
Rojas Correa
Mile Bluett
Verónica Mengual
Isabel Acuña
El Club de los
Caballeros
Malditos

Contenido

CÓMO EMPEZAR A AMAR

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Epílogo
No te pierdas la siguiente historia
Agradecimientos
Sobre la autora

CÓMO REFORMAR AL DIABLO ESCOCÉS

Dedicatoria
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Epílogo
No te pierdas la siguiente historia
Agradecimientos
Mile Bluett

CÓMO VOLVER A CONFIAR

Aclaración importante
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Nota de la autora
No te pierdas la siguiente historia
Sobre la autora

CÓMO SEDUCIR A UN CONDE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

CÓMO EMPEZAR A AMAR

…Aunque la vida rompa todas tus ilusiones, debes seguir soñando. ¿Sabes por qué? Porque si no te ilusionas, porque si no sueñas, porque si no amas, ¿qué clase de vida estarás viviendo? ¿Para qué quieres una vida si no la estás aprovechando? No se puede vivir con miedo toda la vida.

—De la película «El lado bueno de las cosas», 2013—

Prólogo

Londres, 6 de julio de 1819.

—Entonces, lord Watford, ¿cuál es su versión de los hechos?

En la silenciosa biblioteca de Hedge Place, Gideon Graham, conde de Watford, se disponía a dar su declaración ante el magistrado local, lord Bourne.

Gideon miró de soslayo el reloj que se encontraba sobre la chimenea. Eran las cuatro de la madrugada. Estaba agotado. Ese baile de final de temporada había terminado de la peor forma posible. Su atención volvió al magistrado, en el semblante del hombre la incredulidad era elocuente. Sin embargo, Gideon no tenía nada que ocultar.

—Estaba, como todo el mundo, en el baile. A eso de las once de la noche, conversaba con la duquesa de Pemberton. Hubo un momento en que me alejé para tomar una limonada. En eso estaba cuando un sirviente me dijo que lady Regina necesitaba hablar conmigo en privado. Me indicó que ella me esperaría en la estatua de Artemisa, situada al centro del laberinto de setos de la propiedad. Al llegar, me encontré con que no era el único invitado; lord Warwick, lord Wild y lord Mackay también estaban ahí. Todos llegamos más o menos al mismo tiempo.

El magistrado alzó una ceja inquisitiva e interpeló:

—¿Cuál es su relación con lady Regina?

—Circunstancial, a decir verdad. Me relaciono más con su padre en el Parlamento.

—¿Y no le pareció extraño que la debutante de oro de esta temporada lo citara en un lugar que, a todas luces, era cuestionable para una reunión privada?

Gideon hizo una mueca indolente. No había una respuesta más concreta que…

—Pequé de curioso.

—Es extraño que cuatro caballeros hayan cometido el mismo pecado —señaló con suspicacia. Lord Bourne no tenía nada en contra del conde, su trabajo era sospechar hasta de la sombra de todos los que vieron con vida a la víctima.

—Nosotros pensamos lo mismo —replicó Gideon.

El recuerdo aún estaba muy fresco en su memoria. Le relató con detalle al magistrado.

—¿Así que lord Watford también ha sido invitado a la reunión de la encantadora lady Regina? —interrogó lord Mackay con su desenfadado y marcado acento escocés—. Nunca le he visto siquiera cruzar palabra con la dama, ¿le dio curiosidad?

Gideon entrecerró los ojos ligeramente al ver a los tres hombres, sus expresiones eran dispares entre sí; en el conde Mackay, la diversión; en el marqués de Wild, el incipiente enfado; en el conde de Warwick, el desconcierto. Él, por su parte, intentó controlar sus emociones. Tenía una mezcla de las tres bregando en su interior. Al final, solo dio como respuesta un encogimiento de hombros.

Mackay rio. Todos estaban ahí por curiosidad, ninguno de ellos se relacionaba con lady Regina más allá de las cortesías, pero eran potenciales candidatos para ser esposos de ella. Lord Barrington, el padre de la dama, ofrecía todos los años un gran baile al final de la temporada, mas en esa ocasión era especial, también era la celebración del debut de su única hija.

Wild resopló. Detestaba sentirse ridículo en esa situación y conjeturó con acidez:

—Creo que alguien tiene demasiado tiempo para hacer bromas.

Warwick asintió, esa situación era del todo inconveniente para él. No iba a seguir perdiendo su tiempo e ironizó:

—Caballeros, fue un inesperado placer. Me retiro.

Ni bien dio dos pasos, y el sonido de unas risas coquetas y femeninas detuvieron su marcha. Todos miraron más allá de la estatua. La pared de setos se sacudió.

La molestia de Wild aumentó y puso sus ojos en blanco.

—¿En serio está pasando esto?

Mackay también había perdido todo rastro de diversión y conjeturó:

—Quizás se trata de alguna argucia para que cuatro caballeros vean comprometida a una dama.

Gideon pensó que muchas personas eran capaces de rebasar todos los límites con tal de lograr sus objetivos. Fue inevitable recordar a su difunta esposa. Sacudió la cabeza para eliminar la imagen de la mirada llena de odio de ella.

Warwick hizo una mueca. Se metió la mano al bolsillo y sacó su reloj.

—Sugiero que nos quedemos aquí unos…

—¿Dos minutos? —insinuó Mackay—. Dicen que los ingleses son como los conejos.

—No todos, Mackay —se jactó Wild—. Depende mucho de la dama y del ánimo. Independiente de ello, tendremos que esperar unos diez minutos. Si es que es un buen amante.

—Ojalá no sea un muy buen amante —se atrevió a intervenir Gideon—. De lo contrario, podríamos estar aquí media hora o más.

Los tres caballeros le alzaron una ceja. Media hora no calificaba como un encuentro furtivo. Gideon se aclaró la garganta y dijo:

—A veces es complicado complacer a una dama.

Warwick esbozó una sardónica sonrisa y preguntó:

—¿Lo dice por experiencia propia, Watford?

Un grito. Y no fue de éxtasis, sino más bien de miedo.

Cuatro pares de ojos desorbitados se miraron. Se paralizaron al escuchar una voz femenina que exclamaba:

—¡No! ¿¡Qué haces!? ¡Suéltame!

No hubo necesidad de palabras. Los cuatro hombres tomaron el intrincado camino hacia la salida, era la única forma de encontrar a la mujer que estaba corriendo peligro.

Gideon tuvo un mal presentimiento, la voz de la mujer no volvió a escucharse. Maldijo la inmensidad y antigüedad de aquel laberinto circular, pues era imposible traspasar sus añosas y densas paredes de setos. El único camino hacia la salida era eterno, y giraba en una y otra dirección que los hacía avanzar y retroceder.

Al llegar, sus sospechas se confirmaron. En el suelo yacía boca abajo una mujer inerte. Warwick se aproximó y se agachó, con suavidad giró el cuerpo.

Su elegante vestido de muselina blanca estaba bañado en sangre. Los ojos azules de la mujer miraban a la nada en medio de su expresión de terror. Mackay exclamó al reconocerla:

—¡Santo cielo!

Era lady Regina.

No fue necesario tomarle el pulso, tenía un corte profundo que partía desde la yugular y cruzaba hasta el otro lado del cuello. La hemorragia no manaba al ritmo de los latidos, sino al de la luctuosa quietud. Warwick se levantó, era inútil.

La muerte de lady Regina había sido violenta y rápida. No se veía en ninguna parte el arma homicida, y tampoco escucharon más voces aparte de la dama.

Por inacabables segundos de estupefacción, los cuatro hombres no supieron qué hacer o qué decir. Wild fue el primero en despertar y dijo:

—Vamos a la salida, de seguro que el asesino debe estar por los alrededores.

Warwick y Mackay asintieron. Pese a no conocer en detalle la extensa propiedad, harían lo necesario para encontrarlo. No debía estar muy lejos. Gideon, por su parte, propuso:

—Mientras ustedes recorren el lugar, yo iré a darle la noticia a su padre. —Se llevó la mano a la boca y la arrastró hasta el mentón, mientras observaba el sitio del suceso.

De pronto su mirada se detuvo en la mano de lady Regina. Empuñaba algo.

Gideon se agachó y con sumo respeto tomó su mano. Entornó los ojos, el cuerpo todavía estaba tibio. Abrió los dedos femeninos con delicadeza.

Había sido en su momento un pañuelo blanco de lino, ahora estaba teñido de sangre. Parecía ser de hombre, no tenía ribetes de encaje, solo las iniciales bordadas C y K.

—Y después, ¿qué pasó?

—Luego de darle la noticia a lord Barrington, le pedí al duque de Pemberton que fuera a buscarlo a usted. Lamentablemente, fue infructuosa la persecución de lord Wild, lord Warwick y lord Mackay.

—¿Tiene alguna relación cercana con los otros tres caballeros que asistieron a la cita? —prosiguió el magistrado.

Gideon respondió:

—Somos conocidos, coincidimos en los eventos sociales de la temporada. Solo con lord Warwick tengo una relación más cercana, si eso la puede definir nuestros deberes parlamentarios. —Gideon no pudo reprimir un bostezo—. Disculpe.

—Si usted viera al sirviente que le dio el mensaje, ¿lo reconocería?

Gideon había pasado por alto ese detalle. No se preocupaba demasiado del aspecto de los sirvientes que no estuvieran a su servicio, por lo que contestó, al tiempo que evocaba en su memoria el rostro de quien le dio el mensaje:

—No estoy muy seguro, pero si lo veo sé que lo reconoceré.

El magistrado se masajeó la sien. Ya había interrogado a los otros tres caballeros y todos dieron el mismo testimonio. La única coartada que tenían era que estaban juntos.

Juntos podían ser inocentes, juntos podían ser culpables.

Lord Bourne estudió el pañuelo. Las iniciales CK podían ser nombre y apellido, dos nombres, un apellido compuesto, un título. Se le venía una ardua tarea de investigación, aún le faltaba interrogar al resto de los invitados que interactuaron con la dama antes de su desaparición y posterior muerte. No podía dejar que el caso muriera ahí.

—Bien —zanjó—. Creo que es todo por el momento. Pediré que traigan a los sirvientes para que usted, junto con los otros caballeros, reconozcan a la persona que les dio el mensaje. Espere mi llamado en el salón de juegos. Después de eso, quedará libre de acción.

—Estaré a su servicio. —Gideon se levantó y le brindó una ligera inclinación al magistrado.

El conde se dirigió al salón de juegos que se ubicaba al otro extremo de la gran mansión londinense, la cual en dos segundos había pasado de estar colmada del ambiente festivo, a ser un lúgubre escándalo. Los rostros serios y acongojados de los invitados cambiaban de expresión cuando él pasaba por su lado. Gideon podía elucubrar lo que decían a sus espaldas, no era la primera vez que se involucraba en un asesinato. Ignoró el peso de las miradas y juicios, manteniendo su vista siempre al frente, sin hacer contacto visual.

Cuando atravesó el umbral de la puerta del salón de juegos, no sintió otra cosa más que alivio. Ahí estaban los tres caballeros que se disponían a barajar las cartas para jugar y matar el

tiempo. Lo observaron con interés. De los cuatro, Watford parecía ser el más afectado.

Gideon se sentó a la mesa dejando caer su peso sobre la silla.

Mackay miró de soslayo, se puso a repartir e invitó al conde:

—Únase al juego, Watford. El *Vingt-Un* es mejor de a cuatro.

—¿Están apostando? —interrogó Gideon.

—Eso estábamos definiendo cuando usted llegó —repuso Wild, al tiempo que se servía un vaso de whisky—. ¿Alguien quiere? —Todos lo miraron con cara de que la pregunta había sido estúpida—. Ay, qué desagradables son, solo intenté ser cortés.

—En la situación actual la cortesía está de más. Todos necesitamos un whisky —apostilló Warwick, y Wild sirvió tres vasos más. A la postre, miró a Gideon—. Watford, ¿qué opina? Apostamos dinero o secretos.

Por algún extraño motivo, Gideon se sintió cómodo con los tres caballeros tan distintos unos de otros, pese a las trágicas circunstancias. Necesitaba distraerse, pensar en otra cosa que no fueran los ojos azules y sin vida de lady Regina.

Quizás los demás también necesitaban esa frívola distracción, separar sus emociones del ambiente cargado de esa calma tensión. Gideon se sintió inclinado por apostar secretos, no tenía nada que perder. Su tragedia personal era de dominio público, y le pareció divertido someter a sus compañeros a preguntas menos serias que las del magistrado.

—Secretos —respondió Gideon.

—¡Demonios! —exclamó Wild y le lanzó una guinea a Mackay y otra a Warwick.

Los dos caballeros solo sonrieron con suficiencia. Había un acuerdo tácito de no reír para no levantar infundadas suspicacias por parte de los demás invitados.

—Tal parece que ya habían empezado con sus apuestas —señaló Gideon.

—Bien, apostaremos secretos —resolvió Mackay y estableció las reglas—: El que tenga la cifra más baja contestará una pregunta del ganador. Si el ganador tiene veintiuno podrá hacer dos preguntas.

Todos asintieron aceptando las condiciones del juego. Mackay iba a oficiar de crupier. Barajó las cartas con pericia y repartió. Finalizó la mano poniendo una boca arriba. Era un ocho de trébol.

Al igual que los otros caballeros, Gideon, con expresión impasible, se acercó las dos cartas que Mackay le entregó y levantó la punta para solo ver los números en ellas.

Warwick pidió una carta, luego otra más. Wild solo necesitaba una. Gideon se plantó. Mackay volteó una carta más para la banca, un as de diamante. Tenía diecinueve puntos. Como crupier debía plantarse si su mano era mayor a diecisiete, de lo contrario, debía poner una más sobre la mesa.

Los caballeros mostraron sus manos. Las cartas de Wild sumaban dieciséis, las de Warwick dieciocho. Gideon volteó las suyas. Un as y una reina de corazones; once y diez, veintiuno.

—Creo que gané esta ronda. —Miró a Wild con cierto grado de malicia, el marqués siempre se le veía seguro de sí mismo. Bebió un trago y lanzó una pregunta sin meditarla demasiado—. ¿Se ha arrepentido de algo en la vida?

La sonrisa triste de Wild fue más que elocuente y añadió lacónico:

—Traicioné a una dama. Y se paga muy caro —confesó. Wild no era de presentimientos, pero en ese momento, sentía que esa no sería la última vez que se reunirían a jugar—. El arrepentimiento no sirve para saldar esas deudas… ni yo mismo me perdonaría.

Todos asintieron. Warwick repuso:

—Nada puede reparar el daño. Solo la voluntad de perdonar y perdonarse. Una dama tiene

la capacidad de olvidar únicamente si se golpea en la cabeza y pierde la memoria.

—No creo que sea posible en esta vida. —coincidió Wild—. Su siguiente pregunta, Watford.

Después de varios segundos meditando, al final preguntó:

—¿Qué se siente tener un cuñado americano?

—Lo mismo que si fuera inglés, pero sin el exceso de pomposidad. Mi cuñado es un tipo que demuestra que el linaje no vale de nada si no se es recto, leal y apasionado.

Mackay volvió a repartir. El ganador de esa mano fue el crupier con veintiuno y el perdedor Warwick.

Con una sonrisa socarrona, Mackay preguntó:

—¿Es habitual que las damas lo citan a reuniones clandestinas?

—De vez en cuando —respondió Warwick—. Pero soy un hombre comprometido y debo ser fiel, incluso antes de casarme... Sus preguntas no son muy originales, Mackay, no se diferencian mucho del interrogatorio del magistrado.

—No sabía que estaba comprometido. Eso me lleva a la siguiente pregunta, ¿su prometida lo cita a reuniones clandestinas? —interrogó guasón. Gideon y Wild lanzaron risitas discretas.

—Mi prometida es una dama —replicó críptico.

—¡*Och*! ya quisiera usted que no fuera tan dama.

Warwick negó con la cabeza esbozando una sonrisa. Ganas no le faltaban de robarle algo más que un beso a su amada.

Mackay volvió a repartir. Tras una tensa mano, el resultado favoreció a Wild con veinte puntos y fue el turno de interrogar al crupier. El marqués preguntó:

—Tengo entendido que nunca se ha casado, ¿su familia lo presiona para sentar cabeza?

—La palabra presión es un ridículo eufemismo para definirla —replicó Mackay—. Pero no dejo que me afecte. El matrimonio será cuando tenga que ser.

—Todo un romántico —añadió Wild—. ¿Cuántos años le faltan para empezar a perder cabello?

—Le recuerdo que solo tiene derecho a una pregunta, y esa es la segunda.

La siguiente ronda la ganó Warwick con veintiún puntos, el perdedor, Gideon, le tocaba responder dos preguntas. El joven conde le preguntó con genuino interés:

—¿Por qué se casó tan joven?

—Porque los condes de Watford mueren antes o justo a los treinta y tres años. Y se ha establecido la tradición de casarse antes de cumplir los veinticinco. —Hizo una mueca—. Si logro pasar agosto, podré ostentar el título de ser el conde más longevo, pero sin descendencia.

—Quizás la maldición se traspasó a su difunta esposa —conjeturó Mackay, conocedor de la escandalosa historia. Nadie sentía lástima o simpatía por ella.

De todos los presentes, Gideon era el mayor. Se había casado por conveniencia con la hermana del conde de Gray, lady Millicent Loughty, a los veintidós. Tras ocho años de matrimonio y varios sucesos inesperados que se desencadenaron después de la muerte de su cuñado, Gideon se enteró de que su esposa había tenido un amante, pero eso no era todo. El adulterio de la condesa de Watford era cometido con el mismo conde de Gray; los hermanos habían tenido una relación incestuosa desde siempre.

Cuando Millicent fue delatada por la viuda del conde de Gray —a la cual odiaba al punto de lo enfermizo—, perdió todo rastro de cordura. Después haberse resistido con una furia salvaje a ser encerrada en su habitación, la condesa intentó huir como un animal acorralado. Gideon frustró las intenciones de su esposa provocando una caída accidental. Sin embargo, el golpe en la

cabeza contra el suelo de mármol fue tan fuerte que la mató instantáneamente.

La fama de Gideon alternaba entre la lástima y el recelo. Cornudo y asesino… Y tras el incidente con lady Regina, debía agregarle otra vida segada a su prontuario. Parecía estar maldito.

Gideon inspiró, intentando deshacerse del mal sabor de boca. De pronto sintió que las canas que veteaban sus sienes castañas eran más pesadas que antes, estaba viejo. Se aclaró la garganta y convino con Mackay:

—Quizás la vida me está compensando por el mal rato y me quiere dar la oportunidad de preparar a mi heredero que, vaya ironía, tiene más ganas de ser religioso que conde.

Warwick aprovechó de hacer su segunda pregunta:

—¿Se casaría otra vez?

—Lo veo difícil. —A Gideon le sorprendió que sus compañeros asintieran, dándole la razón, aquello le impulsó a admitir—: Los años no pasan en vano y, a mis casi treinta y cuatro, cada vez tolero menos a las jovencitas del mercado matrimonial. Imagino el escenario de casarme con una de ellas, y siento que estoy asaltando la cuna de un bebé.

—Debería considerar a las solteronas y viudas —apostilló Wild—… Aunque pensándolo bien, la mayoría de las damas que están en esos estados civiles no lo considerarían a usted… Máxime, las viudas.

Todos asintieron. La viudez era lo mejor que podía pasarle a una mujer, sobre todo si su matrimonio fue mediocre.

La puerta del salón de juegos se abrió. Era el mayordomo que los conminaba a volver a la biblioteca.

La procesión de los cuatro caballeros se vio envuelta de una tensa atmósfera, colmada de miradas perspicaces, mezcladas con otras de cansancio y hartazgo.

Cuando los caballeros se encontraron frente a una hilera de nerviosos sirvientes, el magistrado interrogó:

—¿Alguna de estas personas fue quien les dio el mensaje?

Tras largos minutos, y para consternación de lord Bourne, los cuatro caballeros negaron con la cabeza. Entre toda la servidumbre no se encontraba el mensajero.

Estaban en un callejón sin salida.

Capítulo I

Londres, 28 de febrero de 1820.

Casi ocho meses habían transcurrido, y Gideon pensó que serían suficientes para que el crimen de lady Regina quedara en el pasado. Sin embargo, nada de eso sucedió.

Empeoró.

Si tenía que verle el lado positivo a la situación, lo único rescatable —y por lo que volvería al pasado para repetir su peor error, ir al laberinto de setos— serían sus compañeros de la caída en desgracia.

Gideon toda la vida tuvo conocidos, pero no amigos. Los únicos que calificaban en esa definición eran los duques de Pemberton, quienes lo habían apoyado sin condiciones en el momento más oscuro de su vida.

Era toda una ironía; en el segundo momento más complicado de su vida, tres caballeros, sin querer, agrandaron ese pequeño mundo al que él le llamaba existencia.

Esa partida de Vingt-Un dónde apostaron confidencias y secretos no fue la única, sino la primera de muchas manos en las que, entre vasos de whisky y cartas, se contaron la vida, rieron, se reprendieron, se aconsejaron y más de una vez un par de ojos se humedecieron. Durante el verano, Watford, Wild, Warwick y Mackay coincidieron en las reuniones en las casas de campo que organizaban otros conocidos, y terminaban siempre jugando y conversando hasta pasada la medianoche.

No obstante, esa misma unión comenzó a alimentar rumores insidiosos que los persiguió cada vez con más fuerza, sobre todo, porque el misterio del asesinato de lady Regina no había avanzado ni un centímetro. Más allá del pañuelo ensangrentado, cuyas iniciales no coincidía con nadie de la lista de invitados, no hubo ningún indicio adicional que liberara a los cuatro caballeros de las sospechas. Su coartada era débil, pero suficiente para no acusarlos. El magistrado que llevaba a cabo la investigación necesitaba la prueba o el testigo que los incriminara, y nada de eso había sucedido.

Su inocencia estaba en el limbo.

La gota que rebalsó el vaso se dejó caer en octubre, cuando el rumor tomó una horrorosa forma en una columna del magazine sensacionalista The Society Review que decía:

> *LA MALDICIÓN DE LOS CUATRO CABALLEROS.*
> *Artículo escrito por La Pluma Secreta.*
> *11 de octubre de 1819*
>
> *Es de dominio público que el lamentable caso del asesinato de lady Regina está cada vez más lejos de resolverse, y los únicos sospechosos gozan de una irrisoria libertad. Se pasean como si nada hubiera sucedido por todas las casas de campo de Inglaterra, a la espera del reinicio de las sesiones de fin de año del Parlamento. Es de suponer que a muchos no les causa molestia tener bajo su propio techo a estos cuatro hombres que, en el estricto rigor, no han demostrado su inocencia. En mi opinión, esos ingenuos anfitriones no han de apreciar a sus esposas e hijas exponiéndolas a un claro peligro.*
>
> *El magistrado, lord Bourne, ha agotado todos sus recursos y, debido a ello, se dice que lord Barrington —el padre de la infortunada dama— ha contratado*

los servicios de algunos detectives privados que, seamos honestos, poco y nada podrán hacer.

Así que lo único que nos queda es la sospecha sobre esta cofradía de caballeros, la cual aumenta, pues nunca se les ve solos. Siempre hay uno o más acompañando a otro, o también, rodeados de sus otros amigos, esos pobres incautos que aún creen en el honor, algo que parece estar tan pasado de moda en estos tumultuosos días. Es una lástima que sigan brindándoles su apoyo.

A esas pobres almas, solo se les puede desear que tengan buena suerte, nunca se sabe cuándo estos caballeros harán de las suyas otra vez.

Después de la publicación de esa columna, ninguno de los cuatro caballeros volvió a tener una pizca de normalidad en sus vidas. Se volvió habitual ser mencionados en cualquier cotilleo banal, donde no dejaban de resaltar su prontuario ya fuera falso o verdadero. Y si bien no los habían relegado del todo al ostracismo, gracias a los que aún creían en ellos —familias, amigos y socios principalmente—, ellos ya se sentían como verdaderos parias, y el lazo que los unió se fortaleció más.

Sin tener mayor vida social, tomaron por costumbre reunirse todos los lunes a las ocho de la noche para cenar en la casa de Gideon, Eden Hall, ubicada en Oxford Street. La propiedad —a la cual apodaron El Club de los Caballeros Malditos— era demasiado grande para un hombre viudo, y él la mantenía con un mínimo de personal, a causa de las inevitables indiscreciones del servicio doméstico y al carácter austero y reservado del propietario. Todos convinieron que era el mejor lugar para conversar, la paranoia fue un sentimiento que se arraigó en sus vidas. Mientras menos oídos tuvieran las paredes, mejor.

Ese lunes, los cuatro estaban alrededor de la mesa y tomaban una sopa de alcachofas. El menú solía ser sencillo, nada de platos extravagantes, siempre degustaban sopa, algún platillo que incluía res, pescado o pollo y verduras, y finalizaba con un postre con frutas de la temporada.

Mackay tomó su última cucharada y exclamó:

—¡*Och*! No sé qué le pone tu cocinera a la sopa, pero esta vez le quedó magnífica.

Una carcajada alegre provino de la garganta de Wild, quien apostilló:

—Mackay, siempre elogias a la cocinera de Watford para sentirte libre de atacar lo que queda en la sopera. Te informo que hace más de una década dejaste de ser un adolescente que necesita comida extra, ya no creces hacia arriba, pronto lo harás hacia los lados. —Miró a Gideon—. ¿Cierto, Wat… ford?

El aludido tenía la vista perdida en la sopa, apenas la había tocado. La atención de Wild se desvió hacia lord Warwick. Parecía estar en cualquier parte, menos en la cena.

Intercambió una discreta mirada con Mackay, quien alzó sus cejas rojizas y pobladas y se encogió de hombros.

—Watford… Warwick… —llamó Wild en voz baja. Al no obtener resultados positivos, añadió en un tono más tétrico—… Watfoooord… Waaaaarwick… —Nada. Decidió resolver el asunto exclamando—: ¡Watford! ¡Warwick!

Los aludidos miraron a Wild al mismo tiempo, y sus expresiones cambiaron. Mackay interrogó:

—¿Y a ustedes dos qué les pasa?

Ambos caballeros no se habían percatado de que compartían el mismo estado de ánimo taciturno. A la postre Gideon dijo:

—El asunto de lady Regina escaló hasta el Parlamento.

Wild preguntó:

—¿En qué sentido?

—Nos salvamos por un pelo de que se iniciara una moción en la Cámara de los Comunes para que nos expulsaran del Parlamento. En la Cámara de los Lores hubo varios que apoyarían esa moción, entre ellos Barrington.

Mackay y Wild fruncieron el ceño e hicieron un gesto de incredulidad. Warwick agregó:

—Esta semana fue tensa. Debido a la muerte del rey George y el ascenso de Prinny al trono, se tenía que disolver el Parlamento y convocar uno nuevo. Muchos intentaron influir para que eso no sucediera, pues muchas mociones quedarían en el aire.

Gideon agregó:

—Entre ellas, una que proponía que nos expulsaran del Parlamento… Hoy llegó el mensaje de respuesta del rey y decidió disolver.

—¡Pero no los pueden expulsar por ser sospechosos de un asesinato! —exclamó Mackay—. ¡Es ridículo!

—Tendrían que ser sediciosos o traidores para llegar a ese extremo —intervino Wild.

Gideon bebió un trago de vino y señaló:

—En el caso hipotético de que la moción hubiera prosperado, dudo que llegara a buen puerto. Sin embargo, el daño a nuestras reputaciones, a nuestro trabajo, sería irreparable.

Warwick asintió y añadió:

—Y a mí ya me estaba pareciendo divertido el apodo de los caballeros malditos, pero que influya hasta este punto… es demasiado.

—El asunto se va a enfriar con la disolución del Parlamento —se atrevió a vaticinar Wild—, ya lo verán.

Warwick negó con la cabeza y repuso:

—No creo que eso vaya a suceder si Barrington no encuentra justicia, no le importa si somos inocentes o no. Mientras no tenga al asesino en la horca, para él, nosotros seguiremos siendo los culpables.

Mackay, sin poder permanecer sentado por más tiempo, se levantó y comenzó a pasearse como un león enjaulado.

—¿Y qué pretende que hagamos?, ¿que confesemos un crimen que no cometimos?

Un grave silencio se cernió en la estancia. El apetito se había esfumado en los estómagos de los cuatro caballeros.

—Lo único que tenemos que saber —dijo Gideon de pronto— es cómo llegó ese pañuelo a las manos de lady Regina… Quién se lo dio…

Warwick frunció el ceño, adivinando hacia dónde se dirigían los pensamientos de Gideon.

—¿Pretendes investigar la muerte de lady Regina?

—¿Por qué no? Ese simple hecho limpiaría nuestros nombres.

Mackay, Warwick y Wild sopesaron las palabras de Gideon. En cierto modo, tenían sentido. Pero a esas alturas, poco podían hacer, había pasado demasiado tiempo. Iban a necesitar mucha suerte.

—¿Y por dónde empezaremos? —preguntó Wild.

Gideon lo meditó por un segundo.

—Por donde se quedó estancado el magistrado. En la lista de invitados.

Mackay hizo una mueca, aprobando las palabras de Gideon y agregó:

—Podríamos pedir ver el pañuelo y copiar el bordado de las letras… ¿Alguno de ustedes es bueno para dibujar?

—Yo me defiendo —contestó Warwick, entusiasmándose con la idea.

—Todo solucionado —resolvió Wild—. Nosotros tenemos una leve ventaja respecto a los investigadores privados de Barrington. —Esbozó una sonrisa de medio lado—… Nosotros estuvimos en el baile. —Alzó su copa, Mackay, Gideon y Warwick lo imitaron sellando el pacto—. Salud, caballeros malditos, y que Dios nos ampare.

***

Gideon estaba frente a la casa de lord Freestone en el 20 de Portman Square. Era toda una ironía que la propiedad se encontrara a tan solo dos manzanas de Eden Hall, cosa que agradeció, el frío de esa tarde de marzo era insoportable. Daba la impresión de que el invierno nunca abandonaría Londres. Ese año las nevadas habían sido muy frecuentes y ni siquiera se atisbaba un indicio de que pronto volvería la primavera.

A Gideon y a sus compañeros les costó convencer al magistrado de que les proporcionara las evidencias de la investigación, casi tuvieron que firmar con sangre que sus fines eran puramente justicieros. Lord Bourne, a regañadientes, les dio la lista de invitados y les permitió que reprodujeran una imagen del pañuelo —Warwick había resultado ser un excelente dibujante—.

El primer problema de la lista de doscientas cincuenta personas era que solo enumeraba los títulos, nada de nombres y apellidos, y mucho menos mencionaba a sus acompañantes, por lo que en la práctica debían ser unos quinientos invitados.

Con la información que ya manejaban, descartaron a todo aquel que conocían y que no cumplía con el requisito de tener en sus nombres, apellido o título las iniciales C y K. Esa fue la parte fácil, la difícil fue cotejar la lista con el libro de Debrett’s.

Después de diez días, lograron filtrar a diez personas, de las cuales el magistrado ya había interrogado a cinco, dos no asistieron al baile, uno había muerto.

Gideon alzó la mirada. Las dos personas que quedaban por corroborar vivían en esa casa adosada de cuatro pisos, cuya fachada no excedía los diez metros de ancho.

Gideon golpeó la puerta con la aldaba de bronce con forma de puño. Se frotó las manos enguantadas de cuero. Pronto le abrió el mayordomo, un hombre que debía tener mil años, delgado, casi en los huesos y cabellos canos. Lo miró con recelo. Gideon estaba tan abrigado que solo se le veían sus ojos pardos, de largas pestañas e incipientes patas de gallo.

—Buenas tardes. —Gideon le entregó su tarjeta al mayordomo—. Soy el conde de Watford, estoy buscando a su señoría, el vizconde Freestone.

El mayordomo estudió la tarjeta y respondió flemático:

—Espere en el vestíbulo, por favor. —El violento frío hacía que el cadavérico mayordomo expulsara vaho con cada palabra—. Veré si lo puede recibir.

—Gracias.

Gideon entró al vestíbulo y, pese a que él no era demasiado alto ni fornido, se le antojó diminuto. Sintió algo extraño en el ambiente, un opresivo silencio que lo aplastaba. Si no fuera por la luz que entraba a través de la ventana con forma de arco que coronaba la puerta, diría que parecía una casa embrujada.

—Si gusta, puede dejar algunas de sus prendas en el perchero. —La voz del mayordomo llegó a los oídos de Gideon, quien se quitó los guantes, el sobretodo, el abrigo, la bufanda, y el sombrero—. Sígame, por favor. Lo esperan en la sala de estar.

Gideon ignoró que el mayordomo hablara en plural y fue tras sus pasos. Llegaron a un

vestíbulo circular muy iluminado gracias al inmenso tragaluz central. En la mitad de la estancia se situaba una escalera que bifurcaba y daba acceso a la segunda planta. Al fondo del vestíbulo había dos puertas. El mayordomo abrió la que estaba a la derecha, lo anunció y lo dejó entrar.

Gideon ni siquiera podía catalogar al vizconde Freestone como conocido, y tampoco le interesaba profundizar esa débil relación. Era el típico aristócrata con doble moral, que no se tomaba la molestia de ocultar sus *affaires* con actrices y cortesanas, pero tenía el descaro de dilapidar a una mujer que tenía las mismas libertades que él, como lo eran las viudas y mujeres casadas con un evidente acuerdo de vidas separadas de sus maridos.

Según el Debrett's, el vizconde debía tener unos cincuenta años. No obstante, lo primero que vio en la estancia fue a un niño, una niña, una mujer joven y de baja estatura que estaba de luto, y un hombre que parecía ser un poco mayor que él. Todos se pusieron de pie y lo saludaron con cortesía

Fue flagrante el desconcierto en su semblante. La mujer hizo el ademán de hablar, pero el hombre cortó su intención cuando dijo:

—Buenas tardes, lord Watford. Soy Robert Locke, el tutor de lord Freestone. Le presento a mi hermana, lady Freestone y sus hijos, Clifford, el nuevo vizconde y la señorita Mathilda Kenworthy.

Gideon estaba aturdido. Si ese niño era lord Freestone, entonces la persona a quien buscaba había fallecido en los últimos meses. De todas formas, no permitió que aquello le hiciera perder el ímpetu y respondió:

—Me temo que estaba buscando al antiguo lord Freestone, mis más sinceras condolencias. —Miró a la mujer. Gideon no recordaba haberla visto jamás. Lo único que sabía de ella era el cruel apodo «la loca». Su esposo la llamaba de ese modo cuando estaba con sus amigos o sus amantes. Lamentablemente, ese sobrenombre trascendió en la aristocracia y los demás también la denominaban de esa forma—. En ese caso, milady, necesito hablar con usted en privado si es posible. Es un tema muy delicado y no creo que sus hijos o su hermano deban estar presentes.

Lady Freestone miró de soslayo a Robert y luego le dedicó una sonrisa tensa a Gideon. Tras un segundo ella propuso:

—Si gusta podemos hablar en la biblioteca.

Gideon asintió, y dejó que ella lo condujera fuera de la sala de estar por una puerta lateral, que daba acceso inmediato a la biblioteca.

La vizcondesa lo invitó a sentarse frente a ella en el escritorio que presidía la estancia. De pronto, Gideon notó que las respiraciones de la mujer eran rápidas y superficiales. Consideró que la habitación no era en especial calurosa, pero ella se secaba el sudor de su frente con el dorso de la mano. Después, con movimientos lentos y medidos, abrió un cajón casi sin hacer ruido y sacó papel y lápiz grafito.

Gideon ya estaba pensando que el apodo de la vizcondesa no era en vano.

Lady Freestone empezó a escribir y dijo:

—Hable, por favor, tiene toda mi atención.

Gideon dudó por un instante, no lograba concentrarse con esa mano frenética que escribía algo que él no podía leer desde su posición. Se aclaró la garganta y fue al grano:

—Milady, ¿usted asistió con su difunto esposo al baile de lord Barrington el pasado 6 de julio?

—Sí, qué terrible suceso… —Alzó el papel y le mostró lo que escribió a Gideon—. Nos retiramos a eso de las once de la noche, antes de que ocurriera.

El conde leyó la nota de la vizcondesa.

«Ayúdeme. Mi hermano nos oye.»

Desvió su atención hacia la mujer. En los ojos castaños de la vizcondesa no había locura, Gideon conocía bien cómo se reflejaba en la mirada, y en el caso de la dama que tenía al frente había algo muy diferente: desesperación, temor, súplica.

El impulso fue más rápido que su sentido común y Gideon asintió. El papel en la mano de la mujer tembló, y ella le sonrió. Sus ojos se tornaron vidriosos. La vizcondesa parpadeó rápido, dos lágrimas cayeron y rauda las secó. Inspiró hondo, bajó el papel, volvió a escribir y dijo:

—Tengo entendido que usted fue uno de los sospechosos iniciales. Salió en todos los periódicos.

Gideon miró de reojo la puerta de la biblioteca. Notó una sombra por debajo de la rendija y respondió:

—Estuve en el momento y lugar equivocado. Por eso estoy aquí. Mis amigos y yo hemos decidido investigar por nuestra cuenta, debido a los problemas que nos está ocasionando ser sospechosos de ese lamentable hecho.

—Entiendo. Creo que no soy de mucha ayuda, milord. Ni siquiera estuvimos ahí cuando todo sucedió. —Volvió a alzar el papel. Gideon leyó:

«Necesito huir. No puedo llevarme a mis hijos y no tengo a dónde ir. Él es el tutor. No estoy loca.»

Esa conversación sobrepasaba su capacidad de atención. Gideon tomó la mano de la mujer y le dio un ligero apretón para tranquilizarla. De su bolsillo sacó una tarjeta y un papel, y se los ofreció mientras decía:

—Aun así, me gustaría saber si usted reconoce el pañuelo que ha dibujado mi amigo, lord Warwick.

Lady Freestone tomó la tarjeta, la leyó rápido y articuló sin voz un «gracias», que Gideon lo sintió en el pecho como si lo hubiera exclamado. Acto seguido, ella se inclinó y guardó la tarjeta. Por el movimiento que hizo, él conjeturó que la escondió dentro de su zapato. Luego lady Freestone se incorporó, estudió el dibujo por unos segundos y se lo devolvió a Gideon.

—Debo admitir que ese es uno de los pañuelos de mi difunto esposo. Yo lo bordé. —De un bolsillo oculto de su vestido, sacó uno idéntico, pero con ribetes de encaje. Se lo entregó a Gideon—. Tenemos las mismas iniciales, él se llamaba Clifford Kenworthy y yo…

—Céline Kenworthy —continuó Gideon, sintiendo que al fin tenían algo concreto. Una pequeña esperanza—. Ese pañuelo estaba en la mano de lady Regina cuando falleció. Dígame, ¿sabe usted cómo llegó ahí?

—Sí… En el baile, lady Regina chocó con mi esposo y él le vertió un poco de champaña en el vestido. De inmediato, él le ofreció el pañuelo para que ella se secara y me ordenó que la acompañara al servicio de damas.

—¿Ocurrió algo más?

Había pasado demasiado tiempo. Sin embargo, Céline recordaba muy bien lo sucedido y respondió:

—Ella se veía nerviosa… más de lo normal. Es habitual que sucedan incidentes de esa naturaleza, pero me pareció extraña su reacción. Cuando salimos del servicio, lady Regina me dio las gracias y se alejó. Una dama se encontró con ella y se dirigieron a la terraza. Me parece que con lo nerviosa que estaba olvidó devolverme el pañuelo. —Se quedó en silencio, intentando recordar más detalles—. Disculpe, no solía ir a muchos bailes, por lo que no conozco a todos por el nombre.

—Si viera a esta dama, ¿la reconocería?

—A ella no, pero sí su vestido, parecía de satén, rosado. Llevaba una joya muy peculiar en el brazo. —Miró de reojo la puerta. Volvió a tomar el papel y el lápiz.

—Supongo que podría reconocer esa joya y ese vestido si lo ve otra vez —conjeturó Gideon.

Céline escribió y le mostró el papel, al tiempo que le respondía:

—No, lo siento. Me encontraba muy lejos de ellas.

Gideon leyó: «Sí puedo… No hay tiempo». Céline dobló el papel y se lo entregó apresurada para que el conde ocultara la evidencia. Él lo guardó de inmediato en el bolsillo de su levita. Por su parte, ella devolvió el lápiz al cajón de donde lo sacó.

Dos golpes en la puerta hicieron que la vizcondesa diera un respingo. Robert se asomó con una sonrisa simpática.

—Disculpen la interrupción. Céline, querida, tus amigas han venido a visitarte. Están en el comedor.

Céline le sonrió a su hermano. A Gideon le pareció prodigiosa su capacidad para cambiar de expresión. La necesidad de saber qué diablos estaba pasando en ese lugar le atenazó la mente. Tenía la sensación de que lady Freestone se encontraba en medio de arenas movedizas y cualquier movimiento brusco la hundiría.

Por otro lado, también tenía el temor a ser engañado. Lady Freestone poseía un talento extraordinario para la actuación.

—Ya estamos casi terminando, gracias, Robert, eres muy amable. —Dirigió su atención a Gideon y añadió—: Disculpe por no haber sido de más ayuda, su señoría.

—No hay problema, milady.

Céline se levantó y Gideon también lo hizo. Él le dedicó una inclinación y dijo:

—Muchas gracias por haberme dado su tiempo. Que tenga buenas tardes.

—Le deseo éxito en su misión. Lamento que los rumores los hayan perjudicado. La mayoría suelen ser infundados.

Gideon le esbozó una sonrisa. Miró hacia la puerta, todavía estaba Robert, quien la abrió más y dijo:

—Lo acompaño a la salida, su señoría.

Gideon alzó su mano, desestimando tal amabilidad.

—Conozco el camino de vuelta. No se preocupe. Muchas gracias.

Gideon salió de la estancia, atravesó la sala de estar. Los niños ya no estaban.

Una vez en el vestíbulo circular, se quedó ahí, quieto. Esperaba a que sucediera algo. Nada. Se obligó a continuar.

Cuando salió el frío lo azotó. Contempló la fachada de la casa y se dio cuenta de que una de las ventanas pertenecía a la sala de estar. Ahí estaba lady Freestone recibiendo una terrible bofetada de Robert.

Impotente, no se atrevió a volver a entrar a la casa. Recordaba cada frase del papel que tenía en su bolsillo.

La vizcondesa necesitaba huir. Un lugar donde llegar.

Si intervenía en ese momento, quizás en vez de ayuda, solo podría empeorar la situación de Céline Kenworthy.

Los pasos que lo llevaron hasta su casa fueron los más difíciles que dio en su vida.

Capítulo II

El golpe se sintió como un mazazo, y el dolor se propagó de inmediato por su rostro y su cuello al mismo tiempo. La vista de Céline se llenó de terribles lucecitas que se esparcieron en todo su campo visual.

Robert, ofuscado por perder el control, pero incapaz de reconocerlo, le reprochó:

—¡Mira lo que me haces hacer! ¿Qué quieres?, ¿que todos se den cuenta de que no estás bien de la cabeza?

Céline cerró los ojos. ¿Por qué su hermano insistía que ella no estaba bien de la cabeza? Se lo decía todos los días, la trataba como si fuera una niña y la castigaba del mismo modo que su padre.

Y también la castigaba por los mismos inexplicables motivos. Con solo respirar soliviantaba su enfado. No sabía cómo actuar para no provocar su iracundo carácter.

—No sé qué hice mal —respondió con los ojos fijos en la alfombra, no se atrevía a levantar la mirada— solo le dije la verdad.

—¡Debiste callar! Si el conde encuentra más pistas de ese asesinato, tendremos al magistrado y quizás a quién metiendo su nariz en esta casa, haciendo preguntas por todo.

—Pero si no hemos hecho nada malo… ¿Por qué te alteras tanto?, ni siquiera estabas en Londres cuando sucedió.

—¡Calla!

Céline sintió el fuerte empujón y luego el dolor en su columna que chocó con la pata del sillón. El aire escapó de sus pulmones.

Necesitaba huir. No podía luchar por sus hijos si seguía fundiéndose en el encierro de esa casa, a merced de Robert. Vivir con su hermano era peor que haber estado casada con Clifford. Su difunto esposo no la golpeaba, pero la trataba con crueldad, tildándola de loca cada vez que ella se reía sin ningún motivo, o se distraía mirando un punto fijo, o se perdía en sus propios pensamientos y hablaba sola. Freestone había sido indiferente en afectos y la criticaba a menudo con desprecio, por lo que ella se refugió en sus hijos. Al menos ellos la veían como una persona valiosa.

Solo esperaba que sus pequeños entendieran algún día el motivo de su abandono, porque pretendía volver. Necesitaba averiguar si había una forma de que ella, como madre, tuviera algún tipo de derecho o potestad sobre sus hijos al ser viuda. No entendía por qué decían que la viudez era la libertad, cuando en realidad estaba presa en su propia casa. Todos rendían cuenta de sus movimientos a Robert.

Céline intentó levantarse. El dolor en su espalda era agudo, jadeaba, apenas podía recuperar el aliento.

—Créeme que esto me duele más a mí que a ti —aseguró Robert, cerniéndose sobre ella con una furia contenida. Empuñó los cabellos de su hermana para asestarle un puñetazo en el adolorido pómulo, y remató dándole un puntapié en el abdomen que la dejó ovillada en el suelo—. Pobre lunática… provócame una vez más y te meto a Bedlam.

El alivio invadió a Céline cuando escuchó los pasos de Robert saliendo de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Tenía que huir… Pronto…

Quizás sí estaba loca, le iba a confiar su destino a un completo desconocido.

***

Al llegar a la calidez de su hogar, Gideon dio un resoplido. Tenía un inquietante presentimiento. Su lado racional le señalaba que era ridículo pensar que la relación de hermanos de lady Freestone y el señor Locke traspasaba los límites morales, tal como sucedió con su difunta esposa. Entretanto, su lado emocional se negaba a involucrarse más de la cuenta, y le reprochaba el error monumental de acceder a ayudar a la vizcondesa.

La voz de Wilkins, su mayordomo, lo sacó de sus cavilaciones:

—Bienvenido a casa, su señoría. Permítame.

—Gracias, Wilkins. —El ritual de quitarse la ropa abrigadora se repitió en el vestíbulo de Eden Hall—. ¿Alguna novedad durante mi ausencia?

—Sí, una inesperada visita. —La sombra de una sonrisa le quitó un par de años al leal mayordomo—. La duquesa de Pemberton lo espera en el salón.

—Pareciera que la hubiera llamado con el pensamiento.

Gideon enfiló sus pasos hacia la estancia. Al encontrarse con su querida amiga, ella se levantó y se saludaron tomándose de las manos.

—Eleonora, qué alegría verte.

—Lo mismo digo… has estado desaparecido de Pemberton House. Tus nuevos amigos consumen todo tu tiempo —le reprendió con cariño, a la vez que ambos se sentaban—. Lo cual me alegra mucho, pero se te extraña, sobre todo Sylvester, que me preguntó cuando irías a jugar con él.

—Te prometo que iré la próxima semana.

—Más te vale. Tus manos estaban heladas, Wilkins trajo té hace unos minutos, permíteme servirte.

—Gracias. —Gideon observó a Eleonora cómo servía la infusión y preguntó—. Aparte de venir a reprenderme, ¿qué te hizo salir de Pemberton House en este día tan gélido?

—Dos cosas… ten. —Le entregó la taza—. ¿Qué hay de cierto en que ustedes están investigando el asesinato de lady Regina? —preguntó sin irse por las ramas.

—Tal parece que las noticias vuelan. —A Gideon no le sorprendería saber si el magistrado era un cotilla.

—Por supuesto, pronto todo el mundo estará hablando de ello, con lo aburridos que están los aristócratas mientras se convoca un nuevo Parlamento, ustedes les dan tema de conversación.

—Bueno, no nos quedaron muchas alternativas.

—Blake me contó lo de las intenciones que había de expulsarlos. ¿Eso fue?

—Principalmente… prefiero que prevalezca el apodo de cornudo en vez de asesino.

—Oh, Gideon, no seas cruel contigo mismo… ¿Han averiguado algo?

Entre ellos no había secretos y primaba la confianza, por lo que le contó sobre las pistas recabadas y lo sucedido minutos atrás en la casa de Portman Square.

—Cielo santo… ¿Y cómo la vas a ayudar?... Lo vas a hacer, ¿cierto? —interpeló Eleonora.

Antes de ser la duquesa de Pemberton, Eleonora fue la condesa de Gray y cuñada de Gideon. Su primer esposo, aparte de tener una relación incestuosa con la esposa de Watford, también la golpeaba con bestialidad. Por lo que el relato de su amigo le tocaba una fibra sensible.

—No lo sé —respondió.

—¿No sabes qué?, ¿el cómo la ayudarás o si la ayudarás?

—Ambas… —Se frotó las palmas en los pantalones—. ¿Y si ellos son? ¿Y si me estoy metiendo en medio de algo… turbio?

Eleonora le sonrió, entendía la renuencia de Gideon. Era natural.

Su amistad había sido lo más puro en la vida de él; inocente, sincera y cariñosa. Jamás hubo alguna clase de atracción, esa que decían que era inevitable entre hombres y mujeres, por ese mismo motivo, tenían la libertad de conversar y obtener una perspectiva diferente.

—Son situaciones muy distintas, Gideon… Si fueran amantes, ¿tú creerías que ella estaría pidiendo ayuda de un modo tan desesperado?

—Bueno, no… Solo… Recordé cosas que había olvidado, *ella* también tenía esa capacidad de cambiar de expresión con tanta rapidez. —Gideon no nombraba a su difunta esposa, aún no se atrevía a hacerlo en voz alta. Lo había marcado de todas las formas posibles.

—Todas las mujeres tenemos esa capacidad. Unas son mejores que otras, eso sí —matizó—. Bueno, supongo que, si lady Freestone está de verdad desesperada, no dudará en venir al «Club de los Caballeros Malditos».

—Desesperada o loca de verdad.

—Ay, Gideon, me extraña que digas eso. Sabes que los sobrenombres siempre son exageraciones. Es de dominio público que lord Freestone era un imbécil y prefería pasearse por los salones de baile con la amante de turno que con su esposa… Dale el beneficio de la duda, ella está arriesgando mucho al pedirle ayuda al primer desconocido que se le cruza, y que además tiene una reputación no muy halagadora… Hasta donde sé, tú no eres mezquino ni cruel.

Gideon sintió que volvía a ser un niño que era sermoneado por su madre. La situación le estaba haciendo perder los estribos. No se había dado cuenta de que su corazón todavía latía acelerado, y no se debía solo por la caminata en el frío.

Habían pasado casi cinco años desde que su existencia cambió de una manera drástica e irrevocable y, sin embargo, aún quedaban rescoldos de emociones que creía enterradas.

Solo esperaba no volver a tener pesadillas.

—Tienes razón, Eleonora —admitió. De pronto, sintió que no se reconocía a sí mismo, como un ser con tantas aprehensiones—. Además, le faltó darme información respecto a la mujer que salió con lady Regina después de su incidente con la champaña.

—¿Ves? Te conviene ayudarla.

Gideon esbozó una sonrisa, se sentía mejor. Antes de conocer a sus amigos, Eleonora era la única persona con la que se abría sin temor a que su hombría fuera puesta en tela de juicio por solo admitir que tenía vulnerabilidades… y a él le sobraban.

—¿Y qué fue lo segundo que te ha traído hasta aquí?

El gesto de Eleonora cambió a la ilusión y reveló:

—Blake y yo seremos padres otra vez.

—¡Felicidades!

Se abrazaron con fraternidad y respeto. Unos golpes sonaron en la puerta del salón. Wilkins anunció la visita de Blake, el esposo de Eleonora. Gideon se levantó y recibió al duque con un abrazo.

—Felicidades, bribón —dijo dándole palmadas de cariño en la espalda—. Eleonora acaba de darme la noticia.

—Gracias —respondió. Se separó y repuso—: Veo que Eleonora tuvo suerte de venir sin anunciarse… Tenía que ver unos asuntos con mis abogados y ella aprovechó el viaje para visitarte… ¿Cuándo irás a pasar unos días a Pemberton House?

—La próxima semana sin falta.

—Te estaremos esperando el sábado. —Blake miró a su esposa como si fuera un verdadero tesoro y le extendió la mano—. Tenemos que marcharnos, pronto empezará a oscurecer y a hacer

más frío. Le pedí a Wilkins que calentaran un ladrillo para tus pies.

—Gracias, querido. —Eleonora se levantó y le tomó la mano a su esposo, al que adoraba con el alma, y se despidió de Gideon con un tono de advertencia—. Te esperaremos.

—No sean majaderos. Nos vemos la próxima semana.

Blake y Eleonora rieron y se retiraron de la estancia. Gideon se quedó con una sonrisa en los labios. Sus amigos tenían la cualidad de alivianarle el alma y, a la vez, le demostraban con hechos que el deber del matrimonio era algo sublime cuando había amor… y eso le hacía sentir envidia y un gran vacío en su corazón.

Su oportunidad había pasado al elegir, presionado por una absurda tradición, a la primera mujer por la que sintió atracción física. Antes de que se cumpliera el fatídico sino familiar, él quería tener una hermosa familia y saber que había hecho algo con su vida, aparte de aumentar el patrimonio de su título.

No era un gran sueño, lo sabía, pero era su sueño. No aspiraba a la gloria y pasar a la historia, o ser un personaje eminente, o un héroe que sería recordado por siempre.

Inspiró profundo y exhaló… Mejor les enviaba un mensaje a los demás para informar sus avances. Por lo que restaba del día, quería estar solo.

***

—Nunca fuiste el primero. Siempre me diste asco y Richard siempre se ocupaba de quitarme tu hedor. ¡Cada hijo que concebí fue de él! ¡Te odio y te maldigo, cerdo infeliz! ¡Jamás fuiste competencia para Richard, él sí me daba placer! ¡Fue el único que me amó! —Las crueles palabras de Millicent, su esposa, le taladraban los oídos y se incrustaban en su mente como dagas.

Gideon estaba en el suelo, de rodillas. Ella se reía. Levantó la mirada y todo su entorno cambiaba a su alcoba. En su cama estaba Millicent y el hermano de ella, Richard, yaciendo con lujuria y desenfreno. Gideon abrió la boca para hablar, gritar, echarlos, mas su voz no salía. Intentó tocarlos, hacerles saber que estaba ahí, pero los traspasaba como si él fuera un ente incorpóreo.

De pronto, Richard estaba frente a él, con una sonrisa arrogante.

—Patético… pobre y triste cornudo.

Con pasmosa facilidad lo empujó y Gideon sentía que caía, caía, caía…

***

Los golpes en la puerta le hicieron aterrizar en el colchón de su cama. Gideon despertó. Sudaba y le dolía el pecho. Todo estaba oscuro. Desde su entrevista con la vizcondesa, llevaba tres noches teniendo inquietantes pesadillas.

—Milord. —Escuchó Gideon del otro lado de la puerta, era Wilkins—. Una sirvienta de la casa de lord Freestone lo busca urgente.

«¿Una sirvienta?», se preguntó, extrañado por la hora. Quizás la vizcondesa le enviaba un mensaje secreto.

—Voy ahora.

Gideon se levantó y se puso la bata. Abrió la puerta y se encontró con su viejo y leal mayordomo, el cual estaba en camisón, portando una palmatoria. Con su voz calma le informó:

—Se encuentra en el vestíbulo. La dejé entrar, está nevando afuera.

—Gracias, yo me encargaré. —Entró de nuevo a su habitación y tomó la palmatoria que estaba sobre su mesita de noche. Volvió a salir y, al tiempo que encendía la vela, ordenó—: Siga descansando, por favor.

—Como usted diga, su señoría.

Separaron sus caminos al inicio de la escalera.

Cuando Gideon llegó al vestíbulo, se encontró con una mujer que vestía una gruesa capa de lana, moteada con nieve que aún no se derretía. La capucha cubría su cabeza. Jugaba tironeando los dedos de sus guantes.

—Buenas noches —saludó Gideon—. ¿Tiene un mensaje para mí? —La mujer descubrió su rostro. El conde tragó saliva, impactado, y susurró—: Santo cielo.

Era lady Freestone. Pero su apariencia era muy diferente a la vizcondesa que le pidió ayuda. Su mejilla izquierda estaba tan amoratada que le entrecerraba el ojo.

—Lo siento por venir a esta hora —se disculpó hablando con dificultad. Tenía la cara adormecida de frío y dolor—. Me fue imposible venir antes…

Gideon se recriminó por no haber vuelto a la casa de lady Freestone ese día. La culpabilidad se lo estaba comiendo vivo. Millones de preguntas invadieron su mente. Una ira profunda se asentó en su pecho, no contra ella, lógico, sino contra la bestia que la dejó en ese estado. No obstante, intentó controlarse y la invitó con el tono más amable que pudo:

—Pase por favor, milady… ¿Me permite su capa y guantes?

Ella solo asintió. De debajo de su capa sacó un bulto y lo dejó en el suelo. Hizo una mueca y se quejó, hasta el más leve movimiento le producía dolor.

El conde se sintió torpe. Sin tener un mueble cerca, optó por dejar la palmatoria en el suelo y liberar sus manos para poder quitarle con cuidado la capa y los guantes.

Gideon notó algo extraño en la apariencia de lady Freestone, aparte del uniforme de sirvienta de color negro. La vizcondesa se veía más regordeta de cómo la había visto antes. No quiso hacer ningún comentario inapropiado, levantó el bulto y la palmatoria que habían quedado en el suelo y dijo:

—Si no le molesta, la llevaré a la cocina. Es la habitación más calurosa, ahí podré atenderla mejor.

—Muchas gracias, milord.

Gideon le ofreció el brazo y la llevó a la cocina que se ubicaba al fondo de la propiedad.

Céline sintió el calor reconfortante de inmediato. Las brasas de la cocina y la chimenea mantenían la estancia temperada. Gideon dejó el bulto de la vizcondesa encima de la mesa, encendió un par de velas más y avivó el fuego. Entretanto ofreció:

—¿Desea una sopa caliente?, ¿o prefiere té y galletas?

—Lo que sea más rápido y sencillo. No quiero molestar más de lo que ya he hecho.

—No se preocupe, es un placer…

A Céline le sorprendió que Gideon no llamara a alguien del servicio doméstico. El mismo conde sabía dónde se encontraba cada cosa en la cocina, y se dispuso a calentar la sopa que sobró de la cena. Ella estaba impresionada. Era algo extraño y refrescante ver a un aristócrata siendo autosuficiente. La mayoría ni siquiera sabía vestirse solo.

Al cabo de diez minutos, Céline tenía frente a ella un plato humeante de sopa de pollo y verduras, una copa de vino y un trozo de pan. Poco a poco bebía el caldo. A Gideon se le estrujaba el corazón cada vez que aparecía una mueca de dolor en el rostro de la vizcondesa, cuando abría la boca o masticaba las verduras. Con cautela, se sentó frente a ella y se sirvió el mismo menú para acompañarla.

Comieron en silencio. No obstante, Gideon necesitaba iniciar la conversación, saber qué podía hacer por lady Freestone.

—Dígame, ¿su hermano le hizo esto? —preguntó directo. La cuchara de la vizcondesa quedó a medio camino y la devolvió al plato.

Céline dio un suspiro. No le importaba parecer débil, ni tampoco deseaba encubrir a su hermano, él no se merecía su lealtad, y respondió:

—Fue Robert… Cuando usted se marchó, me golpeó. Todavía no entiendo por qué lo hizo… De haber tenido más tolerancia al dolor, hubiera abandonado mi casa esa misma noche, pero no fui capaz. No podía arruinar mi escape que llevaba semanas planeando, necesitaba recuperarme un poco. Usted fue la primera y última oportunidad que tuve.

Watford apretó los labios. No soportaba a los hombres que abusaban de su superioridad física con las mujeres y los niños. El golpe que había recibido la vizcondesa era para derribar a un hombre como él. Y sospechaba que había más lesiones ocultas bajo la ropa. Sin embargo, le faltaba saber lo primordial y dijo:

—Necesito saber cómo la puedo ayudar, milady.

—Ayúdeme creyendo en mi palabra… no estoy loca, milord. Aunque mi difunto esposo dijera lo contrario, aunque mi hermano lo reafirmara… —Lo miró a los ojos—. A veces lo creo, ¿sabe? Si usted nota que me porto de un modo extraño, ¿me lo diría?... A lo mejor sí lo estoy. —Su mentón tembló—. Perdón… estoy desesperada.

Se limpió las lágrimas con el dorso de su mano y añadió:

—Mi esposo falleció al día siguiente del baile de lord Barrington. Esa noche nos retiramos temprano porque él tuvo un repentino dolor de cabeza. Se acostó y ya no despertó. Me encargué de que sus funerales fueran muy discretos, y el escándalo del crimen de lady Regina ayudó a que pasara desapercibido. —Se quedó un rato en silencio, recordando el alivio que supuso saber que no tendría que rendirle cuentas a nadie, que no volvería a ser despreciada ni humillada. El alivio no duró demasiado—. Cuando leyeron el testamento, no me permitieron estar presente, y era lógico, mi esposo no me dejó nada, ni siquiera una asignación. Toda la herencia fue para Cliff, y le otorgó una pequeña dote a Mathilda, y designó como tutor de mis hijos a mi hermano mayor.

Gideon frunció el cejo y dijo:

—Hasta donde sé, como madre, usted es la primera opción para administrar los bienes de su hijo. El tutor es en el caso de que usted fallezca o no pueda…

Una sonrisa temblorosa. Una leve negación con la cabeza.

—Mi hermano llegó un día con su abogado y dijo que él tenía el deber de administrar el patrimonio de mi hijo, debido a mi más que conocida incapacidad mental… Y me dijo… —Hizo una breve pausa y corrigió—: No, me amenazó diciendo que, si no obedecía, me encerraría en un manicomio, que fuera agradecida por su generosidad.

—¿Su hermano siempre… siempre ha sido tan animal con usted?

—Lo aprendió de padre, él tenía mano de hierro para educarnos. Supongo que Robert considera que es la forma de imponer su jerarquía ahora que soy una viuda loca y él es el tutor.

Gideon intentaba hacer memoria, mas no lograba asociar el apellido Locke con nadie de la nobleza. Si Robert se presentaba a sí mismo como «señor», era probable que él fuera hijo de un vizconde, de un barón o de un baronet.

—Disculpe, milady, ¿quién es su padre?

—Oh, él es un baronet. Sir John Locke, octavo baronet de Pollock para ser más precisa… Vive en Kingsclere, en el condado de Hampshire.

—Entiendo…

Gideon conjeturó en su fuero interno: lady Freestone era hija de un baronet, casada con un vizconde que le duplicaba la edad. Quizás hubo una buena dote para tentar a lord Freestone. La típica situación cuando el aristócrata soltero pasaba de los cuarenta años y ni siquiera su fortuna era un incentivo para las debutantes. Freestone era conocido por ser un calavera y era un milagro que no estuviera enfermo de alguna peste francesa. Unos decían que era porque siempre usaba «armadura[1]».

La vizcondesa estaba en una posición muy complicada.

De pronto ella sacó a Gideon de sus pensamientos cuando dijo:

—Lo único que deseo es estar con mis hijos y vivir en paz. Sin que nadie me vigile, sin que me den órdenes, sin que me golpeen y me amenacen por todo. —Elevó más su voz que ya estaba quebrada y añadió—: Quiero tener una brizna de dignidad administrando un poco de dinero para comprarme un maldito par de guantes… —Dos lágrimas volvieron a caer y ella las secó. Se sorbió la nariz enrojecida, se sintió bien maldecir. Parecía que el conde no la juzgaba, ni siquiera la reprendió por aquel exabrupto. Tomó aire y prosiguió—: Necesito que un médico, o alguna autoridad en la materia me asegure que no estoy loca. Quiero saber si puedo recuperar el control de mi vida, el de mis hijos… Temo por ellos, se portan bien, son tiernos y bondadosos, pero si por algún motivo despiertan la ira de Robert, sé que no se medirá… Sé que es demasiado lo que estoy pidiendo, y no tengo ni un penique en mis bolsillos para pagarle. Tuve que escapar con toda la ropa que pude llevar encima y me robé el uniforme de una de las sirvientas para no exponerme. —Lo miró a los ojos, apretó las mandíbulas y aseveró—. Lo único que tengo para pagar soy… es mi… puedo ser su… ya sabe… ser amantes…

Gideon entreabrió su boca y luego dijo, severo:

—No, ni lo sueñe.

Céline no sabía si sentirse humillada o más desesperada que antes. Solo atinó a decir:

—P-perdón, milord. Sé que estoy vieja, fea… y loca. —Se puso de pie, tomó su bulto y se aferró a él como si fuera su amor propio. Gideon también se levantó y terció:

—No, milady…

—No fue mi intención interrumpir su sueño y abusar de su hospitalidad. —Céline se dirigió a la salida de la cocina, con la cara ardiendo de vergüenza—. Perdón…

—No, milady… —Gideon fue tras de ella, parecía que no lo escuchaba. La alcanzó tomándole la muñeca con suma gentileza y se interpuso en su camino. Céline, presa un inquietante mutismo, lo miraba con los ojos muy abiertos. Gideon maldijo al animal que la vizcondesa tenía por hermano, intentó suavizar su voz, le soltó la muñeca y aseveró—: Milady, no necesito que sea mi amante. La ayudaré sin que tenga que venderse. Usted es joven y hermosa… y no creo que esté loca. Me pagará con su colaboración en la búsqueda de la mujer que acompañó a lady Regina esa noche. Dijo que podría reconocerla por sus joyas y vestido. —Ella asintió—. Quizás si la ve, se le refresca la memoria.

—Es… es posible.

—Bien. —Extendió su mano para ser estrechada y preguntó—: ¿Tenemos un trato?

Céline tomó la mano de Gideon dando un firme apretón y respondió:

—Sí, milord.

Ambos soltaron el aire de sus pulmones. Gideon tomó la palmatoria y apagó las otras velas.

—Usted será mi invitada. Tengo pocos sirvientes, pero son muy discretos. Si también lo somos nosotros, no tendrá que temer por su reputación.

—La verdad, es preferible la reputación de casquivana que la de loca… Aunque ninguna me conviene para mis propósitos.

—Ya encontraremos una salida que nos beneficie a todos… —Se quedó en silencio. Tenía un pequeño percance—. Creo que tendrá que descansar esta noche en mi dormitorio. Eden Hall es grande, pero todas las habitaciones han estado cerradas durante varios años, y la verdad no quiero despertar a nadie del servicio doméstico para realizar una labor que les tomará un par de horas. Mañana haremos los arreglos necesarios para su comodidad. Yo me llevaré un par de mantas y dormiré en el salón. ¿Está bien?

Céline no se atrevió a negarse a un acto de amabilidad. Estaba cansada y adolorida, no podría dormir en el piso u otro mueble que no fuera una cama. Bostezó mientras asentía. Gideon la conminó:

—Vamos, necesita descansar.

—Muchas gracias, lord Watford… Es muy generoso…

Gideon la guio por la casa hasta llegar a su habitación, y la invitó a entrar. Mientras el conde se dedicaba a buscar una manta y la ropa que vestiría al día siguiente, Céline apreció el lugar bañado por la tenue luz de la vela. La cama era inmensa y estaba toda desarmada. Si ella no supiera que el conde era viudo, habría pensado que en ese lugar hubo un encuentro de amantes muy pasional… O al menos eso decían los rumores sobre los caballeros que eran habilidosos en las artes amatorias.

Céline nunca había escuchado ningún rumor que involucrara a lord Watford en ese ámbito. Pero si ella tenía que decir algo sobre él, relacionado con alguna cualidad masculina que fuera calificada como sensual, era su voz. El conde tenía un tono muy grave, con una cadencia serena y controlada. Se preguntó si él era consciente de poseer una característica tan apreciada en las damas.

Gideon la devolvió al momento cuando dijo:

—Que tenga buenas noches, lady Freestone. Le dejé una vela encendida.

Sí, definitivamente, él no era consciente de su voz. Su expresión estaba lejos de ser seductora.

Quizás no habría sido tan malo ser su amante.

«Estás loca, Céline», se reprendió y, de pronto, la voz de lord Freestone apareció en su mente: «Eres fría como un jodido témpano, no sirves ni para calentar la cama. Con suerte engendraste a mi heredero, de lo contrario, me habría sentido estafado por tu padre».

—¿Lady Freestone?, ¿está bien?

Céline parpadeó y tragó saliva. Siempre le sucedía en el momento menos oportuno. Esperaba que él no pensara que ella estaba loca, al igual que su difunto esposo.

—Sí, milord. Solo estoy agotada.

—Bien, espero que descanse…

—Buenas noches.

Céline se quedó a solas. Deshizo su peinado, una trenza floja enroscada a su cabeza y fijada a ella por unas cuantas horquillas. Se quitó la ropa con cuidado. Había logrado ponerse cinco vestidos de día, cinco enaguas, tres camisones y cuatro pares de medias. En su bulto había tres pares de zapatos, algunos artículos de aseo, y sus pocas joyas. Tal vez podría empeñarlas si surgía la necesidad. Se preguntó si era cierto lo que dijo Robert, que las mujeres tenían prohibido entrar en una casa de empeño… Le consultaría al día siguiente al conde.

Se acostó en la cama de lord Watford con natural renuencia. Sin embargo, esa sensación se esfumó en medio del aroma de las sábanas limpias, el calor y la esencia masculina. Casi sin darse cuenta, Céline se entregó a un sueño reparador.

Jamás había dormido tan bien en su vida.

Capítulo III

Al día siguiente, Céline despertó desorientada. Se levantó de la cama con cuidado, las costillas todavía le dolían mucho. Caminó hacia la ventana y corrió la pesada cortina de terciopelo azul. Afuera había dejado de nevar y un tímido sol iluminaba esa mañana. No, el sol estaba más alto, casi en su zenit.

Su atención fue hacia la cama, sus pertenencias se encontraban en el mismo lugar en que las había dejado la noche anterior. Era evidente que nadie entró al dormitorio, y le permitieron dormir hasta tarde.

En ese momento golpearon la puerta. Céline no sabía qué hacer.

—Lady Freestone.

Era la voz de lord Watford. Ella sintió alivio y respondió:

—Pase, estoy despierta.

El conde entró en la estancia buscándola con la mirada hasta que la encontró. Sintió una extraña certeza, estaba seguro de que nunca olvidaría la imagen que le entregaba la vizcondesa; su cabello castaño brillaba por la luz del sol que entraba a raudales y le otorgaba una peculiar aura de inocencia. La delgada tela del camisón de algodón le permitía vislumbrar los contornos del cuerpo menudo y maduro, lleno de sinuosas curvas que daban forma a su vientre y sus caderas, y manifestaban las consecuencias de traer niños al mundo. Lady Freestone era una sobreviviente en muchos sentidos.

Los ojos de Céline lo escrutaban con curiosidad. Gideon recordó el motivo por el cual había subido a su dormitorio.

—Ha llegado mi médico de cabecera para que revise sus lesiones, milady.

—No es necesario, yo…

—Insisto. El señor Cranston es muy discreto, pero de todas formas le he dicho que no le pregunte quién es usted o quién fue la bestia que le puso un dedo encima… Después veremos a otro tipo de médico para que compruebe que no ha perdido la cordura.

Céline estuvo a punto de rechazar la visita del señor Cranston, pero una punzada aguda en sus costillas la convenció de aceptarla. Le dolía más que en otras ocasiones.

—Está bien.

Gideon esbozó una sonrisa complacida y amable, y la dejó a solas. Segundos después llegó el señor Cranston.

***

Tras cuarenta minutos de examinación, el médico salió de la alcoba y se encontró con Gideon en la puerta… «Interesante», pensó el galeno que llevaba más de diez años al servicio del conde y tenían casi la misma edad, por lo que su relación era de mucha confianza.

—¿Cómo está? —preguntó Gideon, en voz baja y preocupado. Cranston había tardado más de lo habitual.

El médico lo apartó de la puerta unos cuantos metros y respondió en el mismo tono de secretismo:

—Ella tuvo suerte de no morir de una hemorragia interna… Le quebraron las costillas, y muchas veces pueden perforar los pulmones. No sé cómo ha podido aguantar el dolor. He visto a hombres desmayarse con lesiones como esa. La dama tardará unas seis u ocho semanas en sanar. Y puede hacer una vida relativamente normal, si no se sobreexige.

Gideon apretó las mandíbulas, solo la presencia de lady Freestone en su casa y su necesidad de mantenerla oculta el mayor tiempo posible, lo detenía de ir a reventar a golpes a Locke.

—Entiendo… ¿Algo más?

El médico, pese a que atendía casos como los de la mujer que estaba en el dormitorio del conde, no perdía la capacidad de asombro ante un hecho tan desalmado y añadió:

—Tiene un inmenso cardenal en la espalda, aparte de unas cicatrices viejas que se extienden desde ahí, hasta la cara posterior de los muslos. Quizás le daban varillazos cuando era niña. —Gideon cerró los ojos, la impotencia devoraba su alma, Cranston continuó—: La inflamación de su mejilla cederá en los siguientes días, recomiendo que coma del otro lado, tiene una muela suelta, ojalá no la pierda. También hay cardenales en los brazos y muñecas, unos más antiguos que otros. Le he recetado unas dosis bajas de láudano para el dolor y le he vendado sus costillas. Debe estar pendiente de su respiración, tiene que ser profunda, o de lo contrario, está el riesgo de contraer una enfermedad a los pulmones. —Hizo una pausa. Estaba impactado y agregó—: Ojalá que ella no tenga que volver junto a la persona que la dejó en ese estado, un día de estos la va a matar.

—No volverá, pero tememos por los niños que han quedado bajo el cuidado de esa persona.

—Espero que pueda resolverlo pronto. Si en el futuro necesita mi opinión profesional para algún tipo de acción legal, lo haré encantado.

—Gracias, señor Cranston.

—Ha sido un placer… Bien, me retiro. Que tenga un buen día, lord Watford.

—Usted también.

El señor Cranston dejó a Gideon y él se quedó mirando la puerta de su dormitorio. Todavía no comprendía cómo un hombre era capaz de golpear así a una mujer. Si había alguien mal de la cabeza no era la dama que ocupaba su alcoba.

Decidió ver cómo estaba de ánimo lady Freestone. Golpeó la puerta y esperó a que ella respondiera.

—Adelante. —Escuchó Gideon desde el interior de su alcoba. Intentó componer una expresión relajada, no demostrarle que sabía la gravedad de sus lesiones y cicatrices.

Inspiró profundo y se internó en la habitación.

Gideon se encontró con lady Freestone sentada en la cama, con la mirada fija en la ventana. Cuando entró en el campo visual de la dama, ella parpadeó saliendo de su ensimismamiento. Él preguntó:

—¿Puedo sentarme a su lado?

—Es su cama… Claro que puede.

—No, independiente de ello. Le estoy pidiendo su consentimiento, milady. No hay inconveniente si no quiere que esté tan cerca de usted.

—En ese caso, puede sentarse a mi lado.

Cuando Gideon se sentó, el colchón se hundió y ella se inclinó ligeramente hacia él. Era más liviana y pequeña. Céline pensó que el conde no era corpulento, ni demasiado alto, ni tampoco parecía tener kilos de más. Sin embargo, aparentaba estar cómodo con sus años y sus canas. Estaba en ese punto donde la madurez le confería una serenidad y quietud que podían engañar. No había debilidad en su voz, ni en sus movimientos…

La voz grave de él penetró en sus oídos.

—Lady Freestone, ¿me escuchó?

—Disculpe, milord. —Sintió los labios secos y se los humedeció con la lengua—. Suelo distraerme con facilidad… no lo hago a propósito.

A Gideon no le pasaba desapercibido el tono de defensa en las palabras de la vizcondesa. Ser distraída no era tan malo, al menos a él no le molestaba. Sin embargo, sintió curiosidad y genuino interés, y preguntó:

—¿Se puede saber en qué pensaba?

Céline miró a los ojos a Gideon, sorprendida por aquella simple interrogante. Nadie, jamás, le había hecho esa pregunta. Su cara ardió, sus pensamientos no eran apropiados… ni siquiera debería pensarlos. Miró hacia la ventana para evadir la profundidad de los ojos pardos del conde.

Gideon al notar el ardor en la mejilla de Céline, sintió más curiosidad. Pero decidió no insistir.

—Pienso muchas cosas… —dijo de pronto Céline. Pensó que no era justo no responder la pregunta, de esa forma podía medir al conde. Decidió intentar decir la verdad de manera apropiada—. Por ejemplo, ahora pensaba que usted pesa mucho, pero de todos modos no se ve que esté fuera de forma. También pensé que se nota que usted está cómodo en su propia piel. No parece ser de carácter débil… porque no recurre a la fuerza o la arrogancia para imponer su presencia. De lo contrario, Robert no habría permitido que nos entrevistáramos, hubiera buscado cualquier excusa para impedirlo… Robert sí es débil, no admite sus errores, y necesita poner el pie encima a todo el mundo para demostrar su poder. Quiero convencerme de que quizás me equivoqué al pensar que agrediría a mis hijos… Ellos son pequeños, obedecen a cualquier adulto… Es como su forma de protegerse, porque cuando están conmigo son más inquietos y habladores… Su padre… —Dejó de hablar, se había perdido otra vez en sus pensamientos sin darse cuenta de que todavía lo hacía en voz alta. Se había entusiasmado—. Perdón, a veces no me controlo y puedo ser irritante. —Se atrevió a mirar al conde, rogó al cielo no encontrarse con una expresión ceñuda.

Gideon la observaba con las cejas alzadas, parecía estar sorprendido. Sorprendido era mejor que ceñudo.

—Usted es impresionante, lady Freestone —elogió tras unos segundos—. Su mente trabaja a una velocidad que he visto en pocas personas. Analiza, razona, saca conclusiones, conjetura, y todo es muy lógico y sensato… Es muy inteligente

Céline jamás imaginó que alguien la elogiaría por la forma en que pensaba. Era extraño no recibir un cuestionamiento o un reproche por ser como era.

—Bueno, no creo que sea inteligente. Me costó mucho aprender a leer, a dividir… Claro que ya lo manejo bien, tan tonta no soy. No aprendo cosas que no me interesan, pero cuando algo requiere realmente que todos mis sentidos estén atentos, logro estar concentrada. También cuando encuentro algo que me llama la atención no paro hasta absorber todo el conocimiento. Quizás solo por eso aprendí a bordar, pero no a tocar un instrumento o francés. Soy muy buena y paciente, el bordado es más difícil de lo que se cree, depende del diseño, de la técnica, los colores…

Céline se interrumpió, otra vez la verborrea.

—¿Por qué se detuvo? —cuestionó Gideon—, la estaba escuchando.

—Si no me detengo, estaremos aquí hasta la noche.

Gideon rio, pensó que ella tenía razón.

Era interesante escucharla y ser testigo de cómo fluían sus pensamientos. Quizás si Céline hablaba más, no se distraería tanto de lo que pasaba a su alrededor.

—Bien, lady Freestone… Usted me distrae tanto como a sí misma, casi olvido a lo que

venía.

—Sí, lo siento.

—No tiene de qué disculparse, soy de los que no hablan mucho, me divierte más escuchar, así que puede que usted se lleve el peso de las conversaciones. —Céline sonrió con timidez, no sabía qué hacer. Lord Watford era muy peculiar—. El señor Cranston me comentó que debía estar pendiente de su respiración, tiene que ser profunda o se enfermará. Me encargaré de recordarle que ejercite su respiración varias veces al día, sé que será doloroso. —Céline asintió y Gideon añadió—: Veo que esa ropa que está sobre la cama es lo único que tiene, ¿cierto?

—Sí, todo lo que pude llevar encima… También mis zapatos.

—Quizás no sea suficiente. Este invierno ha sido muy helado. Faltan abrigos, sombreros, enaguas más gruesas… —No quiso seguir enumerando para acentuar los hechos de la huida de Céline.

—Sabe mucho de prendas femeninas.

—Recuerde que estuve casado y las facturas que recibía eran detalladas… —Hizo una pausa y confesó—: Regalé toda la ropa de *ella* al servicio doméstico, supongo que les sirvió para empeñarla.

—Entiendo. —Y vaya que entendía. No hubo persona en Inglaterra que no supiera sobre la sórdida historia del conde cornudo—. Supongo que no quería ningún recuerdo.

—A veces uno solo desea olvidar.

—Es cierto. —Sí, ella también quería olvidar, pero no tenía alternativa, y lo único que le quedaba era aceptar los hechos y vivir con ello—. Milord, a propósito de empeñar… ¿Usted sabe si las mujeres tienen prohibido ir a una casa de empeño?

—Cualquiera que tenga algo valioso puede ir a una casa de empeño, ¿por qué lo pregunta?

Céline apretó los labios, blasfemando mentalmente contra Robert y sus mentiras.

—Porque podría empeñar mis joyas para poder comprar algo de ropa, o pagar los honorarios del médico…

—No, ni lo sueñe, milady… Tenemos un trato.

—Usted prometió ayudarme, no a mantenerme y pagar por todo.

—Usted ya pagará su parte del modo que hemos convenido. Para mí, el valor de avanzar en la investigación no se compara con ayudarla. Es un precio que estaré feliz de asumir.

—Es muy noble de su parte, solo he traído inconvenientes.

—Le prohíbo que siga diciendo eso. El dinero es algo que nunca reprocho a nadie. Mientras usted sea leal conmigo, tendrá todo lo que quiera de mí. ¿Entendido?

—Entendido…

Ambos se quedaron en silencio.

El estómago de Céline rugió en ese momento. Gideon intentó no reír y dijo:

—Soy un muy mal anfitrión. He contratado una doncella para usted, se llama Heather. En un momento la enviaré. —La amonestó con la mirada, Céline estaba a punto de rechazar su ofrecimiento—. Tiene dos costillas rotas, milady, necesita ayuda para no esforzarse de más y beneficiar su recuperación. —Se levantó y añadió—. La esperaré afuera y desayunaremos.

—Muchas gracias, milord. Es muy generoso.

***

Céline estaba recostada en la *chaise longue* del salón con un libro sobre el regazo. Después del desayuno, el conde ordenó que habilitaran una alcoba para ella, le mostró la biblioteca y le

sugirió que descansara leyendo. Luego él se marchó por asuntos personales, no sin antes instruir al servicio doméstico de atender a lady Freestone en todas sus necesidades.

Los sonidos que emergían de todas partes eran tenues; el crepitar del fuego de la chimenea, el ajetreo de la cocina y de las muchachas que aseaban por doquier, el murmullo del exterior… Echaba de menos a sus hijos, no podía concentrarse en nada pensando en ellos. Ni siquiera les dejó una nota. Le dolió marcharse sin decir una palabra, estaba segura de que así los protegería. Si Cliff y Mathilda no tenían idea de nada, si sufrían por su ausencia, Robert no podría desquitarse con ellos cuando descubriera su huida.

—Lo siento tanto Cliff, Mathilda… Mis niños… —Dos lagrimones se deslizaron sobre su piel y los secó con la manga de su vestido. No obstante, fue inútil, anhelaba sentir sus cuerpos tibios abrazándola, dándole amor y riendo con ella. Eran los únicos que la entendían.

Quizás lord Watford también la entendía. Le hubiera gustado mucho haberlo conocido antes, pero ella salía muy pocas veces con su esposo; solo en aquellos lugares donde los anfitriones no toleraban a cortesanas o amantes. La orden de Freestone era simple: permanecer en silencio la mayor cantidad de tiempo posible para no avergonzarlo.

Lloró más. Siempre era una carga.

Inútil. Tonta. Inservible. Loca.

Le faltaba el aire, le dolían sus costillas al suspirar entrecortado, y ni eso fue impedimento para seguir llorando.

Lloró hasta quedarse sin lágrimas. Lloró hasta el cansancio…

Lloró hasta que se durmió…

***

Gideon llegó tarde a casa, casi era de noche. Lo primero que hizo fue preguntar por la vizcondesa al mayordomo, quien respondió que apenas notaron la presencia de lady Freestone, y solo habían entrado al salón para avivar el fuego o encender las velas.

Se dirigió al salón y lo primero que vio fue la mano inerte de Céline colgando de la *chaise longue*. Un libro estaba en el suelo. Los latidos de Gideon se dispararon. Dio largas zancadas hasta llegar a ella y se arrodilló. Le sostuvo la mano.

Estaba tibia.

Le tomó el pulso… Parecía normal.

Gideon soltó el aire de sus pulmones, aliviado.

Céline despertó asustada y jadeó. Se llevó una mano a las costillas.

—Perdón, milady… —Gideon se levantó de inmediato y se envaró. No sabía dónde meterse. Frotó sus manos contra sus pantalones—. Pensé que… creí que… parecía que usted estaba…

—No pretendo morirme, milord —bromeó y se restregó los ojos, tenía muchas legañas—. Aunque ganas no me han faltado.

Su humor era negro. Gideon le frunció el ceño.

Era divertido, a Céline no le provocaba miedo su expresión seria. No sabía por qué…

—No me gusta que bromee a costa suya…

—Me río para no llorar. —«Pero por hoy he llorado suficiente», pensó con acritud. En ese momento se dio cuenta de que estaba anocheciendo—. Creo que dormí demasiado.

—Ya es casi la hora de cenar… Como hoy es lunes, tengo invitados.

—Si gusta, cenaré en mi dormitorio para no importunarlos. Además, solo tengo vestidos de

día y…

—No se preocupe —interrumpió—. Cuando se vive solo, esas reglas de etiqueta se vuelven absurdas e inútiles. Su vestido es más que apropiado, el color la halaga mucho.

—Solo estaba de luto porque Robert me obligaba. Si hubiera sido por mí, no habría guardado ni tres días de duelo. —Suspiró—. Por favor, déjeme cenar en mi alcoba.

—Solo son mis amigos. Son confiables y discretos, y son mis compañeros en la investigación.

—Oh, entiendo… Son otro tipo de amigos.

—Los mejores, sin duda… ¿La he persuadido?

—No, quizás otro día.

—Está bien… Oh, casi lo olvido. —Gideon salió de la estancia y Céline alzó sus cejas ante esa intempestiva reacción. Al cabo de un minuto, el conde volvió con una caja de dimensiones considerables—. Esto es para usted… veo que la lectura no fue tan interesante —señaló mirando de reojo el libro. Le ofreció la caja a la vizcondesa y ella la recibió.

—No debió molestarse. —Le sonrió—. Gracias, es muy amable.

—Fue un interesante placer… Ábrala.

La sonrisa de Céline se amplió mucho más cuando vio hilos de colores, agujas, dedales, tijeras, bastidores y retazos de algodón blanco. Todo lo necesario para bordar.

Céline no quiso llorar, esa era una pequeña alegría que no deseaba empañar con sus lágrimas. Sin embargo, se vio en la obligación de secar sus pestañas con el dorso de su dedo índice. Extendió su mano para que el conde la tomara. En otra vida, en otras circunstancias, lo habría abrazado con fuerza.

Gideon alcanzó la mano de Céline y la encerró entre las suyas. La voz de ella se quebró cuando dijo:

—Gracias, milord. Significa mucho para mí.

—La escucho, milady… la escucho.

Capítulo IV

A esa misma hora Robert cenaba solo. Sus sobrinos comían en la habitación infantil con su institutriz. Esperaba que esa inútil pudiera hacer una cosa bien; contestar una simple pregunta, si es que esos mocosos tenían la inteligencia para notar que su propia madre ya no estaba.

«Diles que lady Freestone los abandonó, que huyó como una cobarde, porque no los quiere».

Robert no sabía a ciencia cierta dónde pudo haber huido Céline. ¿La familia de Freestone? Era improbable, el vizconde con su vida disipada había cortado todo tipo de lazo con hermanos y primos. ¿Alguna amiga? Imposible, Céline no tenía amigas en Londres, solo una en Kingsclere y estaba muerta. Sin embargo, en su tierra natal podía estar. ¿Habría ido a pedirle auxilio a padre? Posible, con lo estúpida y lunática que era. Quizás pensó que era una buena idea ponerlo en evidencia. Céline no aprendía, padre nunca creía en la palabra de ella, de una mujer… A esa hora, su hermana quizás ni siquiera iba a medio camino. Esperaría al siguiente día para ir a buscarla… y encerrarla en Bedlam. Ya no la necesitaba para aparentar que todo era normal, sus sobrinos ya estaban acostumbrados a él.

Más valía que obedecieran.

***

Mackay, Warwick y Wild miraron a Gideon sin poder creer cómo se había trastocado su vida en tan solo tres días. En el mensaje que les envió el conde, lo único que les reveló fue la información que le dio Céline, y que necesitaban hacer algo para que ella reconociera a la mujer que acompañaba a lady Regina. Lo que él omitió fue todo el resto del problema hasta ese momento.

Estaban terminando de cenar. Wild, tras salir de su estupefacción, dijo:

—Parece que todas las situaciones que te tocan vivir son las más complicadas, Watford… ¿Cómo haremos para que inviten a lady Freestone a la mayoría de los bailes y no sea un escándalo?

Gideon lo había pensado. A ellos les llegaban pocas invitaciones, y precisamente a esos eventos podrían introducir a la vizcondesa con facilidad. Sin embargo, la norma social les exigía a las mujeres estar un mínimo de seis meses sin mostrarse en público, y luego venía el medio luto, donde podrían abrirse un poco más. Dudaba que alguien invitara a lady Freestone sabiendo que llevaba ocho meses de duelo. No obstante, Gideon estaba seguro de que a la vizcondesa no le importaría asistir a un baile, ella no deseaba rendirle honores a su esposo vistiendo de luto o semiluto. Era un acto de venganza, bien merecida, por cierto, a juicio de él.

—A estas alturas de mi vida —respondió Gideon— poco me importan los escándalos, pero llevar a ese extremo la situación complicaría las pretensiones de lady Freestone de recuperar el control del patrimonio y la custodia de sus hijos.

Mackay estaba pensativo. Ellos pretendían limpiar su nombre, pero todo iba a cuesta arriba para seguir investigando sin que se vieran envueltos en asuntos más complejos. Interesado por hallar una luz al final del túnel, preguntó:

—¿Has consultado con tu abogado sobre la situación de lady Freestone? Al fin y al cabo, ella tiene un aliciente para poder asistir a un baile, todos saben que, como esposo, el vizconde dejaba bastante que desear.

Gideon convino con Mackay, debido al comportamiento del vizconde, la sociedad podría

ser clemente, y replicó:

—Cuando le conté a Montgomery, le pareció natural la actitud del hermano de la vizcondesa, si es que ella estuviera loca de verdad. Para que el tribunal le quite los derechos a una madre o un padre tiene que haber cometido un crimen horroroso, o inculcar el ateísmo, o ser inmoral, entre otras cosas… Básicamente, tiene que probar que la persona no es apta. Él va a averiguar en Cancillería si…

—¿Cancillería? —terció Warwick, quien hasta ese momento no había tenido ningún acercamiento con el tema de los tutores. Él siendo adolescente se ocupó de su madre y hermanas, y como su padre no testamentó ningún tutor, las autorizaciones las firmaba su madre hasta que fue mayor de edad—. ¿Qué tiene que ver?

—Todo —respondió Gideon—. El monarca es el protector de los infantes, los locos y los tontos y, por lo tanto, delegó su protección al Lord Canciller. Todos los asuntos de tutores y pupilos están bajo el control del Tribunal de Cancillería… Montgomery averiguará si de verdad Locke hizo algo para ejercer su rol de tutor y quitarle esa potestad a lady Freestone.

Wild hizo un mohín e intervino:

—Es más que sospechosa la actitud de Locke. La mayoría de las veces, el cargo de tutor no es una tarea que se desee realizar voluntariamente si la madre aún vive. Y si tú aseguras que ella no está… —Y procedió a dibujar espirales con su índice, apuntando su sien— y que el sujeto es un verdadero animal, es más que probable que el objetivo de él no es desinteresado. Si lo analizamos, el patrimonio de Freestone es muy atractivo para sacar beneficios si tienes deudas… o si no tienes escrúpulos.

Gideon se reprendió por no haber pensado en ello. El dinero era una explicación más que plausible para el desalmado actuar de Robert Locke. Su mente trabajaba frenética, necesitaba poner las cosas en orden y conjeturar cada escenario posible, pero primero…

—Tengo que esperar a lo que averigüe Montgomery y, dependiendo de ello, veré qué hacer.

—Suerte con eso, hay que ir un escándalo a la vez —señaló Wild y miró a sus amigos—. ¿Tienen las invitaciones para el baile que va a dar mi padre?

Todos asintieron. El sábado subsiguiente sería una buena oportunidad para que lady Freestone asista a un evento de la aristocracia, si es que fracasaba Gideon llevándola al teatro, la cual era una alternativa a los bailes, pero con el mismo riesgo.

Wild alzó su copa y brindó:

—Salud, caballeros, y que Dios nos ampare.

***

A la mañana siguiente, Céline esperaba con paciencia a que Heather terminara de peinarla. Intentaba no mirarse al espejo, si bien la inflamación en su cara empezaba a bajar, no se reconocía en el reflejo. No podía dejar de pensar en la crueldad de Robert, se preguntaba qué había hecho ella en su infancia para que él la tratara de esa manera. Quizás siempre había sido así, o tal vez disfrutaba haciendo daño… Tal parecía que su difunto esposo le hizo una humillación final al nombrarlo como tutor en su testamento. Ellos siempre tuvieron una buena relación de cuñados, y cuando ella estaba presente, sus agresiones verbales las disfrazaban de bromas de las cuales solo ellos se reían.

—Está lista, milady —dijo Heather sacándola de sus pensamientos.

Céline se miró, más por compromiso con la amable muchacha, que por voluntad. Le brindó

una sonrisa trémula, aprobando su trabajo. El reflejo de Heather se mostró compasivo y sugirió:

—Si gusta, puedo preguntarle al amo si conseguimos unos polvos para disimular un poco. —Centró su mirada en el cardenal en el rostro de Céline—. Sé que dicen que solo las actrices lo usan, pero… quizás.

—Dudo que los polvos logren disimular… esto, pero si quieres hacer el intento, no te lo impediré.

Heather asintió con una sonrisa. Le gustaba trabajar para lady Freestone, ella era muy amable.

—Gracias, milady… Otra cosa que podemos hacer es usar unos paños tibios para su cardenal. Mi madre solía ponérselos en sus ratos libres cada vez que mi padre… Bueno, usted entiende.

—Entiendo… Espero que tu madre ya no tenga que hacerlo.

—Oh, bueno, ciertamente ya no lo hace. Un día se le pasó la mano a mi padre —aclaró, críptica.

—Lo siento mucho, Heather.

La muchacha intentó sonreír y afirmó:

—Creo que ahora ella está en un lugar mucho mejor. Mi madre solo se merecía el cielo.

Céline no fue capaz de decir nada más. Un nudo en la garganta no le dejaba hablar y solo asintió con un leve movimiento de cabeza. Ese mismo destino la pudo haber alcanzado si no hubiera huido. Heather le ayudó a ponerse de pie, al tiempo que le preguntaba:

—¿Necesita ayuda para bajar la escalera?

—No, puedo hacerlo sola. Gracias.

—Vaya con cuidado, milady.

—No iré corriendo, Heather, pero ganas no me faltan —bromeó para aligerar el ambiente y lo consiguió, la expresión de tristeza de la doncella se disipó con una tímida risita.

Céline salió de su habitación, que estaba en el ala opuesta de la alcoba de lord Watford. Sus pasos eran lentos y medidos, y agradeció que las dosis de láudano solo fueran para inducir el sueño y no para derribarla.

Al llegar a la escalera, se encontró con Gideon que parecía esperarla. Aunque también podía ser coincidencia.

Cuando él percibió su llegada, le hizo una leve inclinación y le ofreció el brazo, al tiempo que saludaba:

—Buenos días, lady Freestone. La estaba esperando.

Aquello confirmó la primera sospecha de Céline, y sintió en su corazón una inusitada tibieza que llegó a su rostro. Le costaba acostumbrarse a la amabilidad masculina y atesoraba esos momentos en que no se sentía loca, ni tonta. Tomó el brazo de Gideon y comenzó el descenso.

—No es necesaria tanta amabilidad, milord. —Y ahí estaba esa parte de ella que insistía en no aceptar esa realidad, porque todos los hombres de su vida se encargaron de convencerla de que apenas merecía respirar.

—Por supuesto que es necesaria. Está convaleciente y las escaleras son peligrosas. No me lo perdonaría si le pasa algo.

—Milord, no va a estar todas las mañanas esperándome a bajar las escaleras.

—Pruébeme.

Lo que le siguió fue un extraño silencio. A ambos les pareció que esa simple palabra decía mucho más, pero no dilucidaban su real significado.

Llegaron al comedor. Gideon corrió la silla para que Céline se sentara y esperó a que ella se acomodara. Tras un largo momento en el que ellos disfrutaron en silencio del desayuno, Gideon inició la conversación.

—Ayer hablé con mi abogado sobre su problema. —Estudió a Céline para corroborar si ella le estaba prestando atención. Sus miradas se encontraron y continuó—: Va a hacer las averiguaciones correspondientes en el Tribunal de Cancillería y, con base en ello, decidiremos el siguiente paso.

—Gracias, lord Watford… ¿Cuánto cree que tardará su abogado?

—Montgomery es muy bueno. Si todo sale bien, al final de la semana tendremos novedades. —Mordió una tostada con mantequilla y después de tragar, añadió—: Si no es inconveniente para usted, me gustaría que esté presente cuando él venga con la información, y decida cómo procederemos.

Céline dudó por un instante. De inmediato pensó en su lamentable aspecto y en la vergüenza que sentiría al presentarse en esas condiciones ante un extraño. No obstante, no podía dejar que eso la detuviera; pocas veces había tenido la oportunidad de tomar decisiones importantes, por lo que respondió:

—Por supuesto que no es inconveniente, se trata de mi futuro y el de mis hijos.

—Muy bien… —Hizo una pausa y dijo—: Milady, respire. —El cambio brusco de tema desorientó a Céline, pero obedeció a Gideon. Inspiró al ritmo que él marcaba. Una punzada de dolor en las costillas le indicó que llenaba sus pulmones de aire. Se estaba acostumbrando a hacerlo de manera superficial para evadir la molestia—. Eso, inspire, largo, largo… espire.

Ambos respiraron profundo por un buen rato. El dolor se fue atenuando poco a poco, hasta que se convirtió en un indicativo de que el aire llegaba a cada rincón de sus pulmones, insuflando de vida su cuerpo.

—Mucho mejor, lady Freestone.

—Si no me lo señala, no me doy cuenta, milord. Gracias, usted es muy atento.

—Solo hago cosas que son normales para un hombre sensato, milady. Usted está bajo mi protección y eso es lo que le doy.

—Ya estaba pensando que yo era especial —bromeó Céline, y una inusitada sensación de pesar la invadió. Se reprendió de inmediato por haber dejado que sus palabras salieran sin más de su boca. Escucharlas le hicieron sentir patética, como si quisiera llamar la atención a través de su situación, y también evidenciaban su sed de cariño, amabilidad… Necesitaba a sus hijos, ellos la amaban sin que ella tuviera que pedirlo.

—Milady, ¿está bien? —A sus oídos llegó la profunda voz de Gideon. Céline intentó sonreír para disimular que no pasaba nada, mas fue un fracaso.

—Extraño a mis hijos —confesó solo una parte de lo que sentía—. Nunca había estado más de un día sin ellos. —Y bebió un sorbo de té para deshacerse de las incipientes ganas de llorar.

—Entiendo… Son una parte fundamental de la vida, de una familia. Si yo hubiera tenido hijos, sé que me sentiría igual que usted.

Céline no sabía nada del conde más allá de los rumores. La forma en que dijo esas palabras le provocó curiosidad. Quería saber qué había más del hombre que estaba oculto detrás de una sórdida historia de incestuosa infidelidad.

—¿Nunca quiso casarse de nuevo? —interrogó por impulso.

Gideon una vez había contestado esa misma pregunta meses atrás; sin embargo, sintió que su respuesta tenía más matices que en ese entonces. Lady Freestone estaba atenta, no veía

malicia en su franca pregunta, por lo que se permitió exponerse y medirla a través de su reacción y sus palabras.

—Los primeros dos años estuve devastado, lleno de inestabilidad y melancolía. Cuando pensaba que ya estaba mejor, tenía recaídas. Los siguientes dos años fueron… ¿Cómo podría definirlo?... Actuaba como si fuera un engranaje que cumple con solo una función: girar y calzar mis muescas en otro engranaje más grande… Y de pronto, un día desperté, miré a una mujer y me pareció atractiva, me di cuenta de que no estaba muerto ni ciego, y me dije que no era tan tarde para volver a empezar… —Sonrió de medio lado—. Pero creo que envejecí demasiado en el proceso. Quizás no tanto en años, sino en mi mente. No me imagino casado con una jovencita que sea quince años menor que yo. Las veo en los bailes y me siento más como un padre que como un esposo.

—La mayoría de los hombres de su edad opinan que mientras más joven sea la dama, mejor.

—Yo no creo en esa excusa de que están en la edad ideal para traer hijos al mundo. Una mujer demasiado joven es moldeable a las preferencias de un hombre mayor que ya conoce las reglas del juego a la perfección. A algunos les gusta la idea de tener a alguien dócil para imponer su voluntad. Esas niñas son tan jóvenes e inexpertas que aceptan todo como una verdad absoluta. Yo no tengo alma de titiritero.

—Entonces usted es más afín con alguien más experimentado, quizás una dama soltera que ya sobrepasó los veinticinco. —Se aclaró la garganta—… O una viuda.

Gideon rio.

—Eso mismo me dijeron mis amigos. Mi situación es complicada, la mayoría de las viudas adoran su libertad y dudo que deseen pasar de nuevo por un matrimonio. Y las solteronas que sean unos cuantos años menores que yo, o que tengan mi edad… Bueno, ellas ya no van a los bailes, ni tampoco creo que deseen casarse, sobre todo si poseen una buena posición.

—Tiene razón. Yo misma pensé que había logrado mi libertad, pero mi hermano lo cambió todo… Y si encuentra una dama dispuesta a casarse, ¿qué es lo que busca y qué es lo que ofrece?

Gideon se quedó pensativo...

—Respeto, cariño, fidelidad, afinidad en la medida de lo posible. Eso es lo que busco y ofrezco. En el matrimonio todo eso se puede transformar y hacer crecer.

Céline pensó que muchos hombres ofrecían eso mismo, pero estaba segura de que el conde era de aquellos que cumplían las promesas hechas frente al altar. Eso mismo la instó a preguntar:

—¿Ha pensado en buscar un enlace por amor?

«El amor… el amor», resonó en la cabeza de él y respondió con sinceridad:

—No lo descarto, pero creo que es demasiado ambicioso vivirlo a mi edad. Los duques de Pemberton son mis amigos, ellos se casaron por amor… Es envidiable su relación, pero soy consciente de que son la excepción a la regla… Si me llego a casar, me gustaría lograr, aunque sea, la mitad de lo que ellos tienen.

—Sé que lo conozco poco, pero considero que usted merece más que la mitad.

—Gracias, no me hago demasiadas expectativas, estar en paz es suficiente. —Ladeó su cabeza con interés y preguntó—: ¿Cómo la hija de un baronet se casó con un vizconde calavera como Freestone?

Céline suspiró. Sus dedos comenzaron a juguetear con las migas del pan y, con la vista perdidas en ellas, respondió:

—Freestone tenía tierras en Kingsclere, en el condado de Hampshire. Las de mi padre colindaban con las de él. —Una sonrisa sardónica emergió de sus labios—. Una pueblerina como

yo estaba destinada a casarse con un terrateniente o con alguien con un oficio o profesión respetable. Pero cuando a mi padre le llegó el rumor de que el vizconde estaba teniendo problemas para encontrar una esposa, me ofreció; para él no era más que un lastre del que debía deshacerse pronto. Yo solo acepté porque pensé que tal vez podría tener una vida diferente… Estaba consciente de que sería un matrimonio en el papel y que nuestra vida en común se limitaría a concebir hijos. Para mí era un trato justo… Sin embargo, me convertí también en un lastre para Freestone. No toleraba mis pocas aptitudes, ni mis distracciones o el aspecto de nuestros hijos, que se parecen más a mí que a él. El apodo de loca surgió una vez que me sorprendió hablando sola, usted ya ha visto que suelo ensimismarme, solo pienso, pienso y a veces no me doy cuenta de lo que hablo… Ahí empezó a ser cruel. Freestone me agredía con el veneno de sus palabras. No dejaba cardenales, pero dolían en el alma como un golpe.

—Freestone siempre fue un imbécil… —Céline dio una risita floja, sí ella pensaba igual. Gideon añadió, reflexivo—: pero tiene mucha razón… Las palabras gozan de un poder insospechado cuando uno es la víctima. Creo que lo que más me dañó de lo que sucedió con *ella*, aparte de lo que usted ya sabe, fueron sus últimas palabras. Yo pensaba que era un buen esposo, pero ella me dejó en claro que de nada servía la amabilidad, el afecto, la lealtad o el respeto que yo le daba. Odio, desprecio y asco, eso yo le provocaba.

—Y, aun así, usted está dispuesto a volver a ofrecer eso mismo, si se llega a casar de nuevo.

—Dudo que vuelva a involucrarme con una mujer como *ella*. Al menos me enseñó a reconocer la frivolidad, la hipocresía, el odio y la locura. Por eso estoy seguro de que usted no está loca… ¿Ve? Ha sostenido una conversación perfectamente normal y franca conmigo, sin distracciones.

Céline recién se dio cuenta de la veracidad de las palabras del conde. De hecho, mientras jugueteaba con las migas lo escuchaba con atención. Lo miró sorprendida y coincidió:

—Tiene razón, con usted no me sucede de un modo tan agudo… Supongo que es por su voz.

—¿Mi voz? Sé que es más grave de lo normal, a muchos les molesta.

Céline negó con la cabeza.

—A mí no. Es como si me lanzara hechizos para mantenerme concentrada… A decir verdad, me tranquiliza.

—Es un elogio inesperado… pero gracias. —Consultó la hora en su reloj. Se le había ido el tiempo volando—. Milady, lamento terminar tan de golpe este desayuno, pero debemos salir ahora.

—¿Por qué?

—Tenemos que ir a Bedlam. —Esa palabra hizo jadear a Céline y su expresión fue de pánico. Gideon se dio cuenta tarde del terrible error y le tomó la mano con firmeza, pero sutil—. No, no, no, no, no, no piense mal… Vamos a visitar al director del lugar para que converse con usted, la vea y constate, tal como yo, que no está loca.

—¿Lo dejará por escrito? —Céline le apretó más la mano a Gideon, como si a través de su toque pudiera dilucidar si él decía la verdad.

—Por supuesto, nos servirá de prueba para que recupere a sus hijos, si es que el asunto escala en el Tribunal de Cancillería.

Céline sonrió. No le importó su aspecto, o que no tuviera ropa apropiada para salir. Iba a saber la verdad, y si lord Watford tenía razón, obtendría la respuesta irrefutable que toda su vida buscó y que nunca salió de la boca de su padre, de su hermano o de su esposo.

«No estás loca».

Capítulo V

Gideon miraba a través de la ventanilla del carruaje. Intentaba evitar dirigir su atención hacia Céline, quien se protegía del frío con un abrigo y una bufanda de él. Las prendas le quedaban demasiado grandes, pero parecía cómoda y a gusto, observando con mucho interés el albo paso del invierno sobre Londres a través de una rendija de la cortina, según ella, con el fin de proteger su identidad.

«Aunque es absurdo, casi nadie me conoce o me recuerda. Es por si nos encontramos con Robert, y tampoco me gustaría que piensen que usted hizo esto», recordó las palabras de ella.

Sus conjeturas no estuvieron tan erradas y confirmaron varias de sus sospechas acerca de la vida pasada de lady Freestone. Él consideraba que era una mujer que, pese a todo lo que le había tocado vivir —porque nunca en su vida pudo elegir—, aún no perdía la capacidad de luchar. Le hacía pensar que ella era como el soldado de un ejército que era derrotado una y otra vez sus batallas en esa gran guerra, y siempre se levantaba. Un soldado que no necesitaba las palabras de aliento de un general, sino su voluntad por terminar, alcanzar la paz y volver a casa.

No había punto de comparación entre la existencia de ella y la de él hasta el momento en que se conocieron, pero se alegraba de ser quien pudo ayudarla en su hora más desesperada. Ser un inesperado compañero de armas del solitario soldado, que le allanaría el camino de regreso a su hogar, con sus hijos, sin que nadie dominase su vida… Debía arrebatarle a Robert el poder sobre los bienes del pequeño vizconde. Ese hombre no era apto para educar a ningún ser humano.

Al pensar en ello, Gideon recordó a sus padres.

Cuando él tenía nueve años perdió a su padre, pero tuvo la suerte de que su madre le sobreviviera doce años más. Si Gideon tenía que darle crédito a la maldición que caía sobre los Watford —la de morir antes de los treinta y tres— era que su padre aprovechó esos nueve años como si fueran los últimos. Era más permisivo y flexible que los otros padres y le enseñó lo que más pudo sobre la vida: el respeto en todas sus formas, el honor, la bondad, la generosidad, la valentía y apreciar los privilegios. Y cuando su padre murió, su madre continuó con esas mismas enseñanzas, ella volcó toda su vida en él, pues nunca pudo tener más hijos. Sus embarazos no sobrepasaban los tres meses, por lo que él era casi un milagro. Gideon siempre supo que sus padres se casaron por conveniencia, pero eran una pareja que encontró el afecto con el paso del tiempo. Él podía asegurar que ellos se enamoraron. Eran un buen matrimonio, los mejores padres, fue feliz.

Con esa premisa, eligió a su difunta esposa, mas se equivocó. No pudo atisbar el tipo de persona que era bajo esa superficie tan hermosa, tan vivaz. Albergó la esperanza de que *ella* lograría quererlo algún día, pues aceptó su cortejo y compromiso de buen grado, de lo contrario, él hubiera buscado a otra dama.

Cuando quedó viudo, impulsado por las puras ganas de revolcarse en su propia miseria y dolor, leyó las cartas que los hermanos se enviaban. Halló la mayoría de las respuestas a las preguntas que lo atormentaban. El matrimonio por conveniencia fue solo el medio para un fin: mantener las apariencias.

Richard fundió a su esposa en el campo, y coincidía con su hermana durante la temporada en Londres para dar rienda suelta a sus encuentros pasionales. En el verano, ellos se separaban; él se dedicaba a tratar de concebir un heredero y descargaba su furia, impotencia y frustración en su esposa; y ella pasaba los calurosos meses fingiendo enfermedades, o abortando los bebés que concibió con su hermano.

Gideon no sabía si lo que ella le dijo fue verdad, que todos los hijos que perdió no eran de él, sino de Richard. Cada semana, Watford visitaba la alcoba de su esposa, no soportaba hacerlo más veces. Siempre se quedaba con la sensación de que la estaba violando, pese a que ella lo aceptaba en su cama y parecía disfrutar del placer que le provocaban sus atenciones, pues siempre procuró ser tierno y preocupado. Pero cuando terminaban, ella solo se daba vuelta y decía que estaba cansada. Nunca lo invitó a que durmieran juntos y él siempre aceptaba, fue educado para respetar la voluntad de los demás.

Sin embargo, debía reconocer que cometió errores. Fue demasiado pasivo y prefirió evadir el hecho de que todo estaba mal en su vida, hasta que la realidad explotó en su cara.

Gideon negó con la cabeza para dejar de rememorar el pasado. Últimamente, estaba pensando demasiado en *ella*.

Al menos no había vuelto a tener pesadillas desde la noche en que llegó la vizcondesa. Ya estaba creyendo que volvería a entrar en ese estado de melancolía y tristeza que le costaba manejar… No obstante, se sentía diferente, estaba mirando todo como si fuera un espectador en vez de protagonista.

—¿Falta mucho, milord? —escuchó la voz de ella penetrando en sus pensamientos.

Gideon parpadeó y se orientó. Transitaban frente al palacio de Westminster, lugar donde se reunía el Parlamento. Estaban a punto de cruzar el puente que llevaba el mismo nombre.

—Quizás quedan unos diez minutos de trayecto. Nuestro destino se encuentra en el área de Southwark —respondió—. ¿No le gustan los viajes largos?

Céline negó con la cabeza y replicó:

—No, solo preguntaba, me agrada conocer Londres… A mi esposo no le gustaba que saliera de casa, por lo que los únicos paseos que me tenían permitidos eran ir a Hyde Park en las mañanas y visitar una tienda para mis bordados en Bond Street.

—¿Y por qué a él no le gustaba que saliera?

Céline se encogió de hombros.

—Se avergonzaba de mí, como ya le dije, solo lo acompañaba a algunos bailes donde no hablaba con casi nadie… Es gracioso, cuando estaba ayudando a lady Regina, ella no sabía que él era mi esposo. —Jadeó con una expresión de asombro, de pronto recordó—: La mujer que acompañó a lady Regina… Sí, ya la había visto antes, creo que la voy a poder reconocer si la veo.

—¿Está segura?

—¡Sí! Su nariz es especial, es bastante grande, pero en ella se veía bien…

Gideon alzó su ceja, aquel rasgo lo tenían decenas de damas y replicó:

—Va a ser difícil…

Céline interrumpió antes de que Gideon desestimara su capacidad de recordar y aseguró con vehemencia:

—Sé que la reconoceré. Esa mujer no parecía una debutante, se veía un poco mayor. Eso puede descartar a todas las jovencitas de esta temporada.

—Lo sé, milady… Me refería a que será difícil en el sentido de que tenemos que buscar la oportunidad. Debemos hacer algo al respecto, pues usted y yo prácticamente no tenemos invitaciones a los eventos sociales, por lo que tendremos que asistir a funciones de teatro, ópera, ballet, museos, parques…

—Iré a dónde sea, milord. Es lo que acordamos… Lo único que me preocupa es que el posible escándalo confirme mi fama de… lunática y Robert…

—Independiente de su fama, milady, yo sé la verdad y le prometo que haré todo lo

humanamente posible para que ese animal no esté cerca de sus hijos. El resto lo resolveremos en el camino. De momento, usted será una dama misteriosa, pues, si parafraseo sus dichos, nadie la recuerda ni la reconoce.

—Tiene razón… disculpe, tiendo a exagerar por todo y la ansiedad me nubla por completo. No me haga caso.

—No tiene por qué disculparse, es natural su reacción, usted ha vivido toda su vida midiendo en lo posible su comportamiento para protegerse. No está sola, estoy y estaré a su lado para velar por su bienestar y el de sus hijos. Se sentirá mejor si confía en mí y me comparte lo que le produce angustia. La visión de otra persona sobre un mismo problema le podría dar tranquilidad.

Céline esbozó una sonrisa, lord Watford era una persona que por sí sola le daba tranquilidad. Le hubiera gustado tanto haber tenido un hombre así en su vida, como padre, o hermano, o esposo.

Su vida habría sido tan distinta. Ella sería una mujer distinta…

«Pero ahora es tu… ¿protector?, ¿un amigo?», pensó Céline. ¿Cómo podía catalogar a lord Watford?, ¿sería así con cualquier persona que le pidiera auxilio o solo lo hacía por la conveniencia que representaba la ayuda que ella le podía dar para resolver el crimen de lady Regina?

Volvió a mirar por la ventanilla, el paisaje la distrajo; el puente lo habían dejado atrás. Lo primero que vio a lo lejos fue una cúpula que fue aumentando de tamaño a medida que se acercaban.

—Ese es el Bethlem Hospital —indicó Gideon—. Bedlam para el pueblo.

—Es impresionante.

El carruaje se detuvo a un costado de la portería, donde había una caseta. El cochero intercambió unas palabras con el guardia, quien les concedió el acceso. Avanzaron a través de un camino que bordeaba un gigantesco círculo. Si no fuera por la nieve que cubría el paisaje con su níveo manto, todo sería un jardín rodeado de árboles. Un inmenso pórtico sostenido por siete columnas les daba la bienvenida y formaba parte del edificio principal de dos pisos más ático y sótano se extendía a ambos lados, y en cada ala había veinte ventanas.

Céline se imaginó pasar sus días en aquel lugar y sintió un escalofrío. Si bien el edificio era imponente, era frío, inhóspito.

—Llegamos —anunció Gideon. Al notar que Céline no le prestaba atención, le tomó la mano enguantada.

Sus miradas se cruzaron. Gideon percibió el temor en los ojos de Céline, ese edificio representaba todos los miedos más profundos de la vizcondesa. Con su voz calma animó:

—Estaré con usted en todo momento. Demuestre lo que ambos sabemos.

Céline respondió apretando la mano de Gideon, gentil pero firme.

Se apearon del carruaje. El frío azotó la piel de sus mejillas y Céline se aferró al brazo que Gideon le ofrecía. Subieron la escalera principal y entraron al vestíbulo. Ambos pensaron que el edificio era casi tan frío como estar a la intemperie. No obstante, al entrar a la cálida oficina del director, el cambio de la temperatura fue abrumador. Al conde le molestó aquella falta de humanidad. No quería siquiera imaginar las condiciones de los pacientes y no pudo ocultar sus emociones cuando el director del lugar les dio la bienvenida.

—Lord Watford, es un placer conocerlo.

Gideon hizo una leve inclinación de cabeza y respondió con cierto tono de severidad.

—Gracias, señor Monro, por darnos una entrevista con tan poca anticipación. Tengo el

honor de presentarle a lady Freestone.

El intento de Monro por disimular su asombro fue bastante pobre, la mujer parecía de todo menos una dama de alcurnia. Lo más obvio era que ella no estaba en sus cabales. No obstante, debía actuar con normalidad, con los lunáticos nunca se sabía. La dama se veía tranquila, por lo que hizo una breve inclinación y prosiguió:

—Siempre hay lugar en mi agenda para señores tan ilustres como ustedes. —Miró de soslayo a Céline y luego a Gideon—. Tomen asiento por favor. —Una vez que todos se sentaron, Monro preguntó—: ¿Y cuál es el motivo de vuestra visita?

—Necesitamos que usted evalúe la salud mental de la vizcondesa. Que su atuendo no lo engañe, tuvo que escapar con lo puesto de su propia casa debido a que su hermano le hizo esto… Muéstrele, por favor, milady —solicitó con respeto. Céline bajó su bufanda y exhibió el cardenal que manchaba su cara. El señor Monro alzó sus cejas. Gideon prosiguió—: La ha amenazado de encerrarla en este mismo hospital. Lady Freestone es una muy buena amiga y ha recurrido a mí para protegerla. Este es el motivo por el cual necesitamos su evaluación y emita un informe. También está la posibilidad de que sea llamado para que dé su opinión profesional en el Tribunal de Cancillería.

El señor Monro provenía de una larga tradición familiar en la que él era la cuarta generación que estaba a la cabeza del hospital, por lo que era habitual que fuera llamado por el tribunal para determinar el estado mental de una persona.

—Podemos comenzar con la evaluación ahora mismo si gustan.

Gideon llamó la atención de Céline tomándole la mano y ella lo miró. Él le alzaba las cejas en un gesto interrogante, como si le preguntara si estaba de acuerdo, a lo que ella respondió con un asentimiento, y dijo firme:

—Proceda.

El señor Monro esbozó una sonrisa que reflejaba su ligero entusiasmo por el desafío que se presentaba; la apariencia de la vizcondesa era lamentable y el conde podría estar mintiendo. Sería una buena oportunidad para estudiar un caso poco habitual, por lo general le pedían determinar si la persona era lunática, no lúcida.

La evaluación duró casi dos horas, en las cuales el director del hospital realizó un examen físico y formuló preguntas elementales que podían ser contestadas por cualquier persona con un mínimo de instrucción e inteligencia. También planteó situaciones para que, a través de sus respuestas, Céline demostrara su moral, ética y fe en Dios.

Gideon, atento, observaba todo con expresión ceñuda. No le tranquilizaba la evaluación, no por Céline, ella lo estaba haciendo de maravilla, sino en cómo el director la manejaba; no le preguntaba a la vizcondesa sobre su pasado, sus experiencias, lo que significaba ser mujer, esposa, hija, hermana y madre, lo que ella sentía. El conde era un convencido de que la salud mental estaba más ligado a las emociones y experiencias de vida que a si creía en Dios, o que diera su opinión sobre el libertinaje, o si se consideraba ella misma como una viciosa.

Al finalizar, el señor Monro lucía satisfecho y señaló:

—Bien, debo decir, sin temor a equivocarme, que lady Freestone no tiene ningún padecimiento mental o intelectual. Está en la totalidad de sus capacidades.

Céline no sabía si reír, llorar o saltar de felicidad. No obstante, hizo el titánico esfuerzo de dominar sus emociones y solo se limitó a expresar con altiva y digna satisfacción:

—Muchas gracias, señor Monro. Era exactamente lo que quería escuchar.

—Ha sido un placer, milady. —Dirigió su atención a Gideon y añadió—: Redactaré un informe, lo puede venir a buscar a partir de la próxima semana.

—Muchas gracias, señor Monro, por su excelente disposición. En cuanto tenga el informe en mis manos le haré llegar un donativo para el hospital.

—Estaremos más que agradecidos, milord.

Gideon se levantó dando por terminada la visita y conminó a Céline a que hiciera lo mismo, al tiempo que él se despedía:

—Bien. No le quitaremos más tiempo, señor. Ha sido muy amable.

Céline añadió:

—Muchas gracias, señor Monro. Que tenga un buen día.

El señor Monro se levantó y les brindó una inclinación.

—Milord, milady. Ha sido un placer.

Gideon y Céline salieron del hospital. Ignoraron el viento frío que laceraba su piel, no les importó, el tibio calor del carruaje los esperaba.

Ninguno dijo palabra alguna; sin embargo, cuando ambos estuvieron sentados frente a frente y el carruaje partió, Céline escondió su cara entre sus manos y rompió en un llanto que no podía controlar.

Gideon, por puro impulso, cambió su lugar para sentarse al lado de ella y, apenas posó su mano en la espalda femenina para brindarle una caricia, ella se refugió en el pecho del conde y él la abrazó.

—Gracias, milord —murmuraba una y otra vez entre sollozos.

Gideon no se sentía capaz de decir nada. Solo se limitaba a sostenerla y darle consuelo a través de las leves caricias que dejaba con sus pulgares. La comprendía. Se mantuvo estoico todo lo que pudo, mas no salió indemne de la emoción. Discreto se secó un par de lágrimas y disimuló su congestión. Era doloroso tener una imagen propia tan distorsionada por las palabras y acciones de los demás, cuando la realidad era muy diferente. Que un extraño o una situación confirmara que esa imagen no era la verdadera, abrumaba al punto de no poder creer. A Céline le quedaba un largo camino para aceptar que no estaba loca, que ella era una mujer tan capaz como cualquier otra, solo que había momentos en que su mente viajaba donde ninguna persona la podía alcanzar. Aquello no era malo, no dañaba a nadie, pero se convertía en un arma en manos de quienes la despreciaban.

No podía imaginar qué había en los corazones de esos seres que no eran capaces de ver la dulzura, la fortaleza y la bondad en Céline.

Durante todo el trayecto no se separaron pese a que, poco a poco, las lágrimas de Céline dejaban de fluir. Gideon le ofreció su pañuelo y ella lo aceptó sin reservas. El abrazo que los unía se rompió, ambos sintieron la falta de calor y de algo más que no quisieron ahondar en ese momento, pero que les agudizó un punzante vacío en el alma. Desearon volver a sentir el reconfortante calor, mas no era apropiado, el momento, la excusa había pasado.

Céline secó sus lágrimas y su nariz. Algo parecido a la calma se instaló dentro del coche, lanzó un largo suspiro entrecortado y se atrevió a decir:

—Ahora sí puedo tener esperanza. Recuperaré a mis hijos. —Miró a Gideon y agregó—: Gracias, milord… Me faltará vida para devolver todo lo que está haciendo por mí.

—Dios me puso en el momento y en el lugar indicado y usted aprovechó esa señal…

—Pudo haberse negado a darme ayuda, pudo haberme dado techo durante una noche y despedirme al siguiente día… Pero usted es un hombre con honor y… me siento afortunada de haberlo conocido.

Gideon no solía recibir esa clase de elogios, esos que se sentían reales y no como una mera cortesía. No sabía si de verdad era merecedor de esas palabras, pero las apreciaba de corazón y

replicó, sincero:

—Aunque no lo crea, también me siento afortunado de conocerla. Me ha dado la oportunidad de poder ser útil, y preocuparme por alguien que no sea yo mismo…

«Y cuando todo termine, Eden Hall se sentirá muy solitario», pensó. Imaginó la sensación. El vacío.

En un desesperado impulso por deshacerse de ese sentimiento, Gideon cambió de tema y propuso:

—Ya que estamos cerca de Bond Street, ¿qué le parece si buscamos algunos vestidos para usted? Los necesitará si queremos ir al teatro o a un baile.

Céline entreabrió la boca, sin encontrar las palabras adecuadas. En su interior se desataba una lucha: dejar de sentirse como una carga pesada, aprender a recibir con libertad, aceptar que merecía muestras de humanidad.

Gideon la miraba con atención, no se resistió a agregar para convencerla:

—¿Tiene alguna modista o atelier de su preferencia?

Céline estaba cansada de darse cuenta una y otra vez de las carencias que tuvo a lo largo de su vida. No materiales, dinero había… Solo que no alcanzaba para ella, todos restregándole lo que gastaban en vestirla, alimentarla o entretenerla, por lo que debía aceptar lo que viniera, en la forma que viniera, sin ninguna clase de quejas. Inspiró, no quería seguir llorando. En cambio, respondió:

—He leído que los diseños de *madame* Collier son hermosos. Me gustaría ir a su atelier.

Gideon sonrió y asintió. A Céline le sorprendió su reacción, y una burbujeante sensación la recorrió cuando él asomó la cabeza por la ventanilla y le ordenó al cochero:

—¡Mark, a Bond Street!

Capítulo VI

—Está lista, milady —anunció Heather. Céline alzó la mirada para ver su reflejo a la luz dorada de las velas. El invierno acortaba los días, y a las seis ya estaba oscuro.

Con el pasar de los días, el color de su cardenal comenzó a cambiar y la hinchazón se fue atenuando más y más gracias a los cuidados que le prodigaba su doncella, mañana, tarde y noche.

Llevaba cinco días en Eden Hall. A diario el conde la esperaba en las escaleras para ir a desayunar, conversar y respirar. En las tardes él salía a atender sus asuntos y ella se dedicaba a bordar, leer y husmear. Gideon ordenó al servicio doméstico abrir algunas dependencias que permanecieron cerradas durante cinco años: la galería, el ático, las habitaciones de huéspedes y la salita que perteneció a la difunta condesa, la cual estaba vacía y él le pidió que la acondicionara a su gusto con los muebles que disponía en Eden Hall.

En las noches, durante la cena, se repetía el mismo ritual del desayuno. Cada vez se conocían un poco más y la distancia que existía entre los dos extraños se fue acortando, lenta pero inexorable, por lo que ella ansiaba más y más la llegada de esos momentos. Esa tranquila rutina solo era empañada por la incertidumbre de no saber si sus hijos estaban bien, si la extrañaban tanto como ella a ellos.

Tampoco ayudaba a aplacar su angustia, el hecho de que el abogado del conde no había podido hacer sus averiguaciones, debido a problemas familiares. Al menos eso decía la nota que excusaba el retraso de su trabajo

Debía tener paciencia, no todo sería solucionado con el chasquido de sus dedos y los inconvenientes no se podían controlar.

Céline se quedó un largo momento mirándose en el espejo. Pese al cardenal, casi no se reconocía.

—Muchas gracias, Heather. El peinado que has hecho está precioso.

—Usted es hermosa, milady. —Hurgó en el bolsillo de su delantal y sacó una cajita—. Mire, he conseguido los polvos, podríamos intentar atenuar aún más el cardenal —anunció con entusiasmo y le ofreció la caja a Céline, ella la abrió y la estudió. Se preguntó si sería efectivo, nunca había usado maquillaje.

Heather, al ver la expresión desconfiada de Céline, añadió:

—Si se fija, el color no es del todo blanco, la persona que me lo recomendó me dijo que podía usar un poco de aceite o manteca para formar una pasta. He traído de la cocina.

Céline inspiró profundo. Si resultaba, se sentiría mejor, sería la primera vez que acompañaría al conde al teatro, por lo que accedió y dijo:

—Sí, hagamos la prueba.

—Se ve muy bien con su vestido nuevo. El azul resalta el color de su cabello.

Céline sonrió y recordó la aventura que vivió con el conde en Bond Street en el atelier de *madame* Collier.

A esa hora había pocos clientes; sin embargo, cuando ella entró acompañada por él, las miradas de asombro y curiosidad no se hicieron esperar. Gideon no se dejó amilanar por estar en un lugar que era dominado por las damas, por lo que solicitó la presencia de la modista para que atendiera a Céline en exclusiva.

Antes de dejar a Céline en manos de la modista, le ordenó en voz baja, muy cerca de su

oído:

—No escatime en gastos, milady. Si considero que no ha sido suficiente, volveremos mañana a gastar una cantidad obscena de dinero.

Céline sintió un insólito escalofrío, pese a que la temperatura del atelier era muy agradable. En la voz del conde había una tierna agresividad. Sabía que era una broma, pero ella estaba segura de que él cumpliría su palabra si no quedaba satisfecho. No sentía miedo, sino todo lo contrario. ¿Cómo era eso posible? Envalentonada, se permitió esbozar una sonrisa y replicó en el mismo tono:

—No tendrá que cumplir su amenaza, milord… Creo que se sentirá arrepentido cuando le llegue la factura.

Gideon rio. A Céline le gustaba la risa del conde, eran carcajadas calmadas y profundas, y ella las había causado. Se contagió con la emoción y también rio con cierto deje de timidez. No obstante, cuando sus miradas se encontraron, las risas cesaron hasta convertirse en una leve curvatura en sus labios.

Gideon negó con la cabeza y dijo:

—Volveré en… ¿Dos horas es suficiente?

Céline se quedó pensativa, en realidad no sabía cuánto podría tardar. En ese momento la experiencia de madame Collier a la hora de capturar un cliente le hizo intervenir con su acento francés:

—Vuelva en tres horas, milord.

—Muy bien. Las dejo.

Madame Collier, como la profesional que era, ignoró la apariencia de lady Freestone y le mostró diseños, vestidos ya hechos, abrigos, spencers, sobretodos, telas, accesorios y ropa interior.

Céline no se dejó abrumar y se concentró en todo lo que necesitaba, no solo para protegerse del frío, sino para lo caluroso que solían ser los lugares atiborrados de personas. Era todo un desafío y madame Collier era una experta, y la vizcondesa se dejó guiar por ella. La reputación de la modista no era en vano. Conocía su negocio y las necesidades de su clientela a la perfección, por lo que se encargó de elegir colores, telas, texturas y prendas halagadoras para un cuerpo maduro que ya había pasado por los rigores de la maternidad.

Cuando Gideon volvió tres horas después, Céline llevaba puesto un atuendo completo que apenas fue ajustado y parecía ser hecho especialmente para ella. El resto de las prendas llegarían durante las siguientes semanas y un vestido de noche aguardaba dentro de una caja.

La expresión desconcertada del conde al verla transformada fue elocuente.

—¿Es usted, lady Freestone? —preguntó; no obstante, tras el tono de broma había satisfacción y júbilo. Estaba frente a una nueva versión de la vizcondesa.

—¿Nos conocemos? —replicó ella siguiendo el juego de las bromas.

La sombra de una sonrisa bailó en los labios del conde que intentaba mantener el papel de cándido jovenzuelo azorado y replicó:

—Creo que no, pero será un honor si me concede su tiempo.

Madame Collier, era la reina de la discreción, sin hacer ruido, se apartó de la pareja. Era extraño, no parecían ser los típicos amantes que tenían una complicidad que exudaba atracción sexual. No, ahí había algo más profundo esperando, y que no saldría a la superficie en el corto plazo.

La voz de Heather devolvió a Céline al momento. Cada vez que evocaba ese día, sentía que volvía a nacer, y no podía evitar embriagarse de la sensación.

—Perdón, Heather, ¿decías?

—Le preguntaba si nota la diferencia.

—Oh… —Céline se miró al espejo. No era perfecto, pero los tonos amarillentos del cardenal habían desaparecido, y las partes oscuras se veían más atenuadas—. El cambio es impresionante.

—¿Cierto? Lord Watford estará muy complacido con el resultado. —Se aclaró la garganta y se atrevió a decir—: Todos estamos muy contentos por ustedes… Usted sonríe más y el amo se ve… vivo.

Céline jadeó y replicó:

—Oh, no, no, no… no malinterpreten, por favor. El conde y yo… no somos… no ha pasado nada…

—Lo sabemos, milady —respondió Heather con una risita—. A lo que me refería es que nos da gusto verlos mejor de lo que estaban. Creo que la compañía mutua les ha hecho bien… ¿Le puedo contar una infidencia?

Céline, curiosa, asintió.

—Yo fui la doncella de la difunta condesa… El conde lamentó mucho verse obligado a despedirme cuando ella falleció. Me prometió que me llamaría si volvía a necesitar de mis servicios, y me cumplió. —Céline alzó sus cejas y su boca había formado una «O», la doncella prosiguió—: Como sea… la condesa era extraña, parecía que vivían dos mujeres diferentes en el cuerpo de una, no sé si usted me entiende. A veces, cuando hablaba del conde, se expresaba con mucha crueldad y en otras ocasiones elogiaba su forma de ser… La condesa siempre tomaba té de poleo cada vez que quería «bajar las flores[2]». Creo que fue lo mejor que pudo hacer, como madre habría sido nefasta. Nunca quiso tener hijos, ni de su esposo, ni de su… hermano-amante… Solo le gustaba hacerlo y, aunque ella lo negara, estimaba al conde y disfrutaba más de sus atenciones íntimas que de las de su amante, y lo odiaba por eso, porque traicionaba a su primer y único amor.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Céline y luego, sintiéndose culpable por querer saber más, rectificó—: ¿Por qué me lo cuentas?

—Digamos que ella solo se desahogaba conmigo, y como yo apenas le hablaba… No podía contarle esto al amo, ella me amenazaba con echarme sin referencias y sabía que era capaz de hacer eso y mucho más… Pero ahora que está muerta y el amo me ha traído de nuevo a servirla a usted, no hay nada que temer. —Heather suspiró, odiaba escuchar las palabras venenosas y los desvaríos de la difunta condesa, mas no tenía alternativa—. Ella le hizo daño hasta con su último aliento y él no lo merecía. Se lo cuento porque… si hay alguien que puede darle alguna clase de paz al amo, esa es usted.

—No sé si soy la indicada para revelar semejante secreto. Puede hacerle más daño que bien.

—Nunca se sabe, milady. Tiene razón, quizás tampoco sea necesario a estas alturas, pero… —Se encogió de hombros.

Céline meditó lo que Heather le reveló. Al menos tenía la confirmación a las palabras del conde y el motivo por el cual no la consideraba loca; estuvo casado con una que, en apariencia, sí lo estaba.

Abrió el joyero que estaba frente a ella. Eligió un delicado y sencillo collar de perlas y pendientes a juego. Al terminar, Céline estudió su reflejo. Se sentía… linda. Inspiró hondo, se

puso los guantes largos y se levantó. Heather tomó el abrigo y el sobretodo y ambas se dirigieron a la salida.

Como todas las noches, Gideon la esperaba para descender por la escalera. Él estaba vestido de elegante etiqueta. Con ese atuendo, Céline se dio cuenta de que Freestone nunca la presentó ante lord Watford. De haberlo hecho, habría reconocido al conde cuando la fue a interrogar a su casa. No había forma de olvidar el porte viril y distinción del conde. Habitualmente, él vestía levitas y chalecos de colores oscuros y con pantalones más anchos de que los que dictaba la moda hasta hacía unos cuantos años. No obstante, esa noche, el traje era más ajustado a su figura, y se apegaba a sus piernas y a su torso como si fuera parte de su piel.

Sí, no lo habría olvidado si alguna vez se lo hubieran presentado.

Cuando él la vio llegar, sus cejas se arquearon y una sonrisa de medio lado apareció en sus labios. Céline sintió que su corazón se aceleraba y sus mejillas se acaloraban.

—Sin duda el azul es un color que le sienta muy bien, milady —elogió. Gideon no quiso siquiera aludir el casi inexistente cardenal, y recordarle a Céline todo lo que había vivido. Quería que, por un instante, ella se sintiera contenta, a pesar de estar separada de sus hijos. Le ofreció el brazo y comenzaron a bajar la escalera, él añadió—: Se ve arrebatadora.

—Gracias, milord. —Tras un par de segundos de vacilación, halagó—: Usted también se ve apuesto… ¿Por qué se ríe?

—Hace mucho tiempo que nadie me cataloga de apuesto. —Llegaron al pie de la escalera y se separaron—. Creo que usted tiene serios problemas de miopía.

—Veo mucho mejor que usted, no tengo que alejar el periódico para leerlo.

—¡Oh, qué lengua más afilada! —Gideon se tocó el corazón—. ¡Me ha herido en toda mi senectud!

—No es tan viejo, milord... —Gideon gimió un «¡Oh!», y fingió que desfallecía—. Perdón, digo… que no se le notan los años… —Otro profundo «¡Oh, Dios!»—. O sea…

Gideon reía, Céline también se contagió. Quién diría que el conde tan serio y formal tuviera esa capacidad de reírse de sí mismo. A Céline le gustaba descubrir esas facetas de él, que pocos conocían y se sentía honrada, porque era una muestra de confianza. Pensó en lo que le contó Heather.

La difunta condesa enloqueció cuando se dio cuenta de que su esposo era mejor que su amante. Qué retorcida imagen tenía de la lealtad y del amor. Una lástima. Esperaba que el daño en el corazón del conde no fuera permanente. La vida estaba en deuda con lord Watford, él merecía mucho amor.

***

Cuando llegaron al palco, Céline se sentía nerviosa, no solo por el hecho de asistir al teatro por primera vez en muchos años, sino porque temía encontrarse con Robert, quien, de vez en cuando, iba a una que otra función. Si a ella le dieran a elegir un lugar para exponerse, ese sería un baile. Su hermano no tenía las conexiones suficientes para obtener una invitación, solo era el heredero de un baronet y, por ese mismo motivo, pasaba largas temporadas en Londres con Freestone. El vizconde era su pase a esa vida elegante y distinguida que siempre ambicionó.

El Teatro Real de Drury Lane estaba lleno, Céline no podía compararlo con nada que hubiera visto anteriormente en su pueblo natal, donde a veces eran visitados por compañías ambulantes de teatro.

El lugar estaba iluminado con lámparas de gas que brindaban una luz más brillante que las

velas, y Céline podía ver con una abrumadora claridad a los asistentes de las obras que se presentaría esa noche: «El Rey Lear», protagonizada por el actor del momento, el señor Kean; y «La dama y el diablo», protagonizada por la señorita Kelly.

No obstante, muchas personas también miraban de vuelta hacia el palco donde ella y Gideon estaban. Céline, al sentirse observada, desviaba la mirada y fijaba su atención a otro lugar. Su nerviosismo se acrecentaba. Por su parte, el conde, se veía imperturbable. Céline no soportó más la presión de tantas emociones, necesitaba hablar.

—Milord… —Gideon la miró—. Tengo miedo…

La expresión del conde pasó a la inmediata preocupación y preguntó:

—¿Alguien la incomodó?

—No… es que no sé si Robert está aquí… ¿Y si me ve? Estamos llamando mucho la atención.

Gideon soltó el aire de sus pulmones y respondió:

—Su hermano no está en Londres, el martes viajó a Kingsclere. Hasta hace un par de horas todavía no volvía.

El reproche se reflejó en una línea vertical entre las cejas de Céline, al tiempo que interpelaba:

—¿Y cuándo pretendía decírmelo?

Gideon se aclaró la garganta y se justificó:

—Estaba esperando el momento apropiado. Lo siento mucho, no se repetirá otra vez, se lo prometo. —El conde había quedado tan prendado con el cambio en la apariencia de ella y el buen momento que estaban disfrutando, que no quiso llenarla de inquietud y el asunto pasó a un segundo plano y lo olvidó. Se sentía de lo peor—. Me enteré poco antes de que viniéramos aquí. No fue fácil convencer a la institutriz, tiene mucho miedo de que Robert se dé cuenta.

—¿Cómo están mis hijos? —preguntó desesperada, sin ser consciente de que estaba tomándole la mano a Gideon con fuerza.

—Bien… Sanos y salvos. La extrañan mucho… —El semblante de Céline se llenó de alivio y estuvo a punto de llorar. Gideon posó su mano libre sobre la de ella y añadió—: La institutriz, Susan, tuvo el buen tino de no obedecer al Robert y mentir acerca de su huida. Él le ordenó que dijera que los abandonó porque usted no los ama.

—Maldito infeliz —masculló Céline—. Perdón… yo…

—No se mida, milady. Robert es un maldito infeliz que merece que lo castren… Ella solo les dijo que usted tuvo que viajar a ver un médico. —Céline asintió. Era una excusa plausible, sus hijos habían visto en el estado en que la dejó Robert, fue algo que no pudo ocultar—. Ahora que tenemos a la institutriz de nuestro lado, podré hacer los arreglos para que pueda verlos en secreto.

La ansiedad y la alegría invadieron el corazón de Céline en partes iguales. En el fondo, entendía por qué el conde se había reservado esa información. En ese momento, tenía ganas de salir corriendo a ver a sus hijos, pero también sabía que debía ser paciente. Cuando Robert se proponía controlar una situación era implacable.

Gideon, para intentar aplacar las emociones de Céline, prometió:

—Verá a sus hijos, apenas tengamos la posibilidad, ¿está bien?

—Sí… muchas gracias, milord.

—Ahora, disfrute de la velada. Tenemos cuatro horas por delante, y la intención de todos aquí es ver y que sean vistos. —Gideon le soltó la mano, no sin antes darle una ligera caricia.

Céline asintió con la cabeza. Desde su posición podía ver unas tres cuartas partes del teatro.

Decidió que empezaría por zonas. Primero recorrió la mirada sobre los palcos del frente. Pudo descartar cinco de una vez.

La función comenzó y Céline no se resistió a centrar su atención a la obra de teatro. Era fascinante.

Tras un largo rato, a sus oídos llegó la voz grave de Gideon que le decía:

—Cuando sea el intermedio, podremos ir al palco donde se encuentra mi amigo, lord Mackay, es el pelirrojo que está frente a nosotros.

Céline miró hacia donde el conde le indicaba, lord Mackay los saludaba alzando una copa de champán. Ella le dedicó una sonrisa nerviosa y luego se inclinó hacia Gideon y señaló:

—¿Ese es uno de sus amigos, los caballeros malditos?

Gideon rio. A veces olvidaba que muchos pasquines de cotilleos los llamaban de esa manera.

—Así es… Está muy atrevida esta noche, milady.

—Ha mejorado mucho mi humor… Dígame, que lord Mackay esté aquí, ¿es coincidencia o lo planeó?

—Para obtener los mejores resultados hay que planear. Desde el palco donde está Mackay, podrá ver al resto de los asistentes. No se preocupe por mi amigo, puede parecer intimidante, pero es muy amable.

Y así transcurrió la función, la cual fue impresionante. La nueva forma de iluminar el escenario brindaba a la obra un realismo mucho mayor y Céline no pudo evitar por momentos quedarse concentrada en la tragedia, y cuando se acordaba, alternaba entre el escenario y los asistentes. Sin embargo, no tuvo éxito en encontrar a la mujer que acompañó a lady Regina. La vizcondesa se cuestionó si de verdad podría reconocerla.

Gideon, por su parte, estaba más pendiente de Céline; de sus reacciones ante la obra, de cómo se inclinaba cuando estudiaba a los asistentes, o las miradas furtivas que a veces ella le dedicaba. Aquello le provocó una inusitada sensación de orgullo masculino, lady Freestone lo consideraba apuesto. No recordaba cuando había sido la última vez que alguien lo halagaba, pero se sentía bien.

Sin embargo, lo que más lo impresionaba era el cambio que vio en el rostro de la vizcondesa. No por el maquillaje, sino cuando ella sintió la tranquilidad de saber de sus hijos, que esa noche estaba lejos de Robert. Una mujer que se sentía serena y a salvo era la más hermosa. Brillaba con luz propia.

La obra terminó y al iniciar el intermedio Gideon y Céline salieron del palco tomados del brazo para dirigirse hacia donde estaba Mackay. Céline dio un bostezo.

—¿Muy aburrida la tragedia? —preguntó Gideon.

—No, solo estoy cansada, no estoy acostumbrada a estar con tanta gente que nos esté observando. Por lo general, se limitan a ignorarme.

—Se acostumbrará. Todos nos acostumbramos a ser el blanco de miradas indiscretas o rumores.

—Su voz es la voz de la experiencia, ¿no?

Gideon respondió con un asentimiento y preguntó:

—¿Y qué le pareció la obra?

—Creo que muchas personas, al igual que el rey, al envejecer no se hacen mejores. En cierto modo, el rey Lear se parece mucho a mi padre: violento, arbitrario, autoritario, irracional, y ha hecho que mi relación con Robert sea de enemigos… Quizás si hubiera sido otro tipo de padre…

—Al menos nuestras tragedias no son tan graves como las de Lear o sus hijas.

—Siempre hay alguien que está peor que uno.

—De eso se tratan las tragedias.

Gideon avanzó junto con Céline dejando una estela de susurros y comentarios. Él, de vez en cuando, saludaba con un gesto a algún conocido. Nadie parecía reconocerla, nadie la saludaba directamente. Eso le dio cierta sensación de alivio a Céline, por el momento estaba segura respecto a las habladurías. Era una mujer desconocida, sin nombre ni posición, que acompañaba a lord Watford.

Llegaron al palco de lord Mackay y Gideon procedió a presentarlos, tras lo cual el conde escocés dijo:

—Es un placer conocerla, milady. Y le estamos muy agradecidos por ayudarnos a intentar resolver nuestro problema. —Palmeó la espalda de Gideon y añadió—: Watford tuvo mucha suerte al encontrarla.

—Espero que pronto puedan limpiar su nombre. Estoy segura de que ustedes son inocentes. Pondré todo de mi parte para ayudarlos.

La señal del fin del intermedio interrumpió la conversación. Todos tomaron asiento y comenzó la segunda obra, la cual era un drama musical. Céline quedó absorta en el canto de la actriz, la señorita Kelly. Su voz era preciosa.

Sin embargo, al poco tiempo de transcurrida la obra, percibió un movimiento en uno de los palcos del frente que le llamó la atención y miró hacia esa dirección. Una pareja sostenía una tensa y silenciosa discusión. El hombre se acercó al oído de la mujer y le susurró algo, logrando que ella abriera mucho los ojos y lo miró horrorizada.

Céline jadeó, ese perfil tan característico. Dudó de su buena suerte, se quedó un rato más observándola para asegurarse.

—¿Pasa algo? —La voz grave de Watford le hizo dar un respingo a Céline.

Lo miró y respondió con seguridad:

—Tres palcos a la derecha de donde estábamos, milord. ¿Conoce a la mujer que está ahí?

Gideon miró y replicó:

—¿Cuál mujer? No hay nadie.

Céline frunció el ceño. Dirigió su atención hacia el palco, ya no estaba la pareja, la puerta se cerraba y masculló:

—¡Maldición! La mujer que acompañó a lady Regina estaba ahí hace un segundo.

Gideon volvió a mirar el palco vacío. No dudó ni un segundo, se levantó y ante la expresión desconcertada de Mackay solo ordenó:

—Vamos, debemos encontrarlos antes de que abandonen el teatro.

Céline solo atinó a añadir:

—Su vestido es verde.

Gideon asintió y salió sin perder más tiempo junto con Mackay.

Céline se quedó sola, con el corazón latiendo a un ritmo frenético. Ni siquiera la música la persuadía de dejar de mirar hacia el palco donde estaba la mujer. En su mente volvió a maldecir; no obstante, se dio cuenta de algo sorprendente: lord Watford no la cuestionó, no dudó de sus palabras en ningún momento. Y eso le hizo sentir feliz, valiosa.

Los minutos pasaron uno tras otro. Las voces de los actores eran apenas un murmullo a lo lejos. La mente de Céline vagó, recordando segundo a segundo lo que había sucedido. También podría reconocer al hombre, si se daba la oportunidad.

Céline sintió un suave toque sobre su hombro. Era Gideon y, al igual que Mackay, en su

rostro se reflejaba la frustración.

—Los perdimos —confirmó lo que ella sospechaba. Su tono de voz era bajo para no perturbar la función.

Mackay se peinó el cabello con los dedos y añadió en el mismo tono de secretismo:

—El palco le pertenece a lord Northwood.

Céline solo lo conocía de nombre y preguntó:

—¿Es casado?

Gideon y Mackay se miraron y respondieron al mismo tiempo:

—Es viudo.

Céline se quedó pensativa por unos instantes y volvió a interrogar:

—¿Es rubio y usa bigote?

Gideon respondió:

—No, Northwood es moreno y lampiño.

Céline hizo un mohín y conjeturó:

—Entonces es posible que la pareja que estaba ahí solo ocupó el palco de lord Northwood.

Gideon y Mackay convinieron con un gesto. A la postre, el escocés añadió:

—Es habitual prestar el palco entre los amigos y conocidos. De hecho, este es de Wild.

—Otro de los caballeros malditos —aclaró Gideon a Céline y le guiñó el ojo. Luego agregó—: Bueno, entonces mañana averiguaré… —se interrumpió y se masajeó el cuello. Una repentina tensión se apoderó de sus músculos—. Mañana tengo un compromiso con Eleonora. Si no voy, me lo reprochará hasta mi muerte.

Mackay lo miró como si estuviera reprendiéndolo. A veces Gideon quería hacer todo de inmediato. Poco le faltó para salir del teatro, robar un caballo e ir detrás del primer vestido verde que se pusiera por delante. Chasqueó su lengua y dijo:

—No te preocupes, Watford, ve a tu compromiso. Hemos avanzado más de lo que imaginamos. Y como tengo más tiempo que tú, hablaré con los demás y haremos las averiguaciones. El lunes te pondremos al día.

—Gracias, Mackay. —Dirigió su atención a Céline y preguntó—: ¿Quiere quedarse hasta el final de la obra?

Céline miró de soslayo hacia el escenario, luego negó con la cabeza.

—He perdido el interés y estoy cansada… Quizás otro día.

—Le prometo que vendremos otra vez, aprovecharemos ese palco.

Mackay, al ver a Watford tan solícito, intervino, solo para fastidiarlo, pues para él estaba claro, la dama lo tenía en la palma de su mano y ella parecía no notarlo:

—Sí, ya estaba juntando una montaña polvo, ¿cierto, Watford? No sé si mi amigo es demasiado discreto o es un monje. Nunca ha traído compañía femenina al teatro. Usted es la primera, lady Freestone.

La aludida negó con su cabeza, qué infantil era ese comentario, pero le causó gracia y respondió:

—Lord Mackay, tal parece que usted es un romántico empedernido y ve cosas que no son. Como bien sabe, hemos venido aquí solo con fines investigativos.

—A veces los negocios se pueden mezclar con placer —replicó con un gesto guasón.

—Que tenga buenas noches, milord —zanjó. No podía más con esa conversación, el amigo de lord Watford parecía estar coqueteando y ella no se sentía capaz de seguir con el juego.

—Usted también, milady… ¿Se nos va a unir a la cena del lunes?

—No. Prefiero que ustedes tengan su privacidad masculina… Adiós, ha sido un gusto

conocerlo.

—El placer ha sido todo mío, milady. Espero verla pronto.

Gideon le ofreció el brazo a Céline, al tiempo que se despedía:

—Nos vemos, Mackay.

Mackay hizo un gesto de despedida con sus dedos y una sonrisa surcó sus labios. Ese tono y esa mirada de Watford… eran algo muy parecido a los celos.

Capítulo VII

Céline jugaba con las migas de pan, escuchaba la voz de Gideon con atención. Era extraño, vez que movía sus dedos con la mirada fija en ellos, todo era más claro. Siempre le criticaban su falta de modales, que ignoraba a su interlocutor deliberadamente. Nadie le creía que de verdad escuchaba y entendía.

Pero él sí.

—¿Quiere acompañarme a Pemberton House? Queda casi a las afueras de Londres. Serán solo unos días, hasta el lunes en la mañana.

Céline dejó de jugar con las migas y miró a Gideon.

—Creo que no será apropiado, milord. ¿Qué van a pensar de mí sus amigos?

—No van a pensar nada malo, se lo aseguro. Le hablé sobre usted a Eleonora, la duquesa de Pemberton.

Céline se tocó la mejilla de manera inconsciente. A Gideon se le encogió el corazón con ese gesto.

—No está al tanto de todo, si eso le preocupa —contó una verdad a medias.

—Supongo que lo han invitado solo a usted.

—Sí, pero son mis amigos y entenderán que no he querido dejar a mi huésped sola en esta casa.

Céline volvió a jugar con las migas de pan y admitió:

—Pensé que podría ver a mis hijos. Estoy viviendo a tan solo unas calles de distancia, estamos tan cerca… y tan lejos.

Gideon, si bien no conocía el sentimiento de los padres hacia los hijos, podía ponerse en el lugar de Céline. Sin embargo, todavía no era tiempo, y su tono sonó apremiante cuando solo alcanzó a decir:

—Milady, por favor…

El suspiro profundo y la mueca de dolor de Céline interrumpieron las palabras de Gideon. Ella sentenció:

—Sé que es demasiado apresurado y la impaciencia es mi peor enemiga. Entiendo que no es fácil, milord… Solo… es que imaginé que… —Volvió a suspirar—. Perdón, le estoy exigiendo mucho.

—Si fuera por mí, me llevaría a los niños hoy mismo —sentenció Gideon—. Pero no nos podemos arriesgar, mi reputación no es la mejor, ni la suya, y podría ser contraproducente para nuestros propósitos hacer un escándalo. Necesitamos saber en qué posición estamos exactamente y eso lo sabremos en los próximos días cuando tengamos la información de Cancillería.

—Qué no daría por demostrarle a todos que no soy lo que Freestone decía de mí… Vale más la palabra de un imbécil promiscuo que la de una mujer que ni siquiera se toman la molestia de conocer. —Volvió a mirar a Gideon, necesitaba explicarse mejor—. No es por vanidad, ni porque me importe demasiado la opinión de los demás. El poder que tienen los rumores y habladurías ponen en tela de juicio mi capacidad de criar a mis hijos y eso me enerva… Sí, soy distraída, quizás mis modales no son los mejores y mi mente no es la más brillante…

—No, eso no se lo voy a permitir —terció Gideon con un tono de tierno reproche, y agregó convencido—: Usted es más inteligente que muchos hombres y damas que conozco. Más vale que empiece a creerlo.

Céline no encontraba una forma para responder a aquel elogio. No se podía definir a sí misma como alguien inteligente.

Ante el mutismo de Céline, Gideon agregó:

—La inteligencia no solo se trata de leer libros complejos o hacer cálculos avanzados. También se manifiesta con agudeza y rapidez de pensamiento, con el arte, con la lógica, con ponerse en el lugar de la otra persona.

Céline le brindó una trémula sonrisa. Tal vez el conde tenía razón, pero dudaba de que ella fuera sobresaliente. Sin embargo, apreció que él intentara cambiar la forma en que ella se veía, dándole consuelo y ánimo, y replicó:

—Muchos podrían aprender que la arrogancia, la crueldad o la violencia no los hace más hombres, ni tampoco pierden su valía siendo amables, generosos, pacientes… Me hubiera encantado tener en mi vida la presencia de una persona como usted. Mi destino habría sido diferente.

—Es una lástima que yo no me haya cruzado en su camino en el pasado, pero estoy en su presente, y no pretendo irme de su lado en el futuro. A menos que usted considere que he llegado demasiado tarde.

Céline negó con la cabeza y sentenció:

—No es tarde… Ahora es mejor que nunca.

—¿Ve? Tengo que recuperar el tiempo perdido. Venga, acompáñeme. Los duques son muy especiales, ya lo verá.

Céline lo meditó, mas no pudo dar su respuesta. En ese momento entró Wilkins, el mayordomo, en la estancia y anunció:

—Milord, han traído un mensaje para usted. —Entregó un papel doblado de tal modo que era complicado dejarlo en su forma original si era abierto, a menos que conociera la manera en que fue armado.

Gideon le dio una breve mirada de reojo a Céline, en su rostro se evidenció la incipiente ansiedad. Para ella era obvio el remitente, la institutriz de sus hijos era aficionada a hacer figuras con el papel.

—¿El mensajero espera respuesta?

—No, su señoría.

—Gracias, Wilkins.

Gideon desdobló el papel, arqueando una ceja al descubrir la complejidad de la tarea. Al terminar, alejó un poco la nota y la leyó. Tras un breve momento, miró a Céline y reveló:

—Su hermano volvió anoche a Londres… —Se aclaró la garganta y añadió—: Tal parece que ahora hay que dirigirse a él como sir Robert Locke.

Céline se tapó la boca, eso solo podía significar una cosa: su padre había muerto. Gideon estaba indeciso y, apelando a su cada vez más estrecha relación, dijo:

—Si le soy franco, no sé si darle mis condolencias o no.

Un denso y grave silencio se cernió en la estancia. Céline bajó la mirada. Gideon estaba pendiente de cada gesto, mas no sabía qué hacer o decir, salvo esperar.

Céline inspiró hondo, parpadeó y dijo:

—¿Seré muy mala hija si le digo que no siento tristeza o pesar por él? ¿Soy egoísta debido a que el dolor que siento es por mí?

Gideon recordó lo que le dijo su médico, el señor Cranston, acerca de las viejas cicatrices de Céline y lo que ella misma revelaba de vez en cuando sobre su relación con su padre, por lo que respondió:

—Una hija que no lamenta la muerte de su padre, habla más de la mala calidad del padre que de la hija… No me atrevería a juzgarla sabiendo la clase de persona que él fue… Cualquiera

puede dar vida, engendrar, pero ser padre es un rol para el cual no todos están preparados.

—Definitivamente, mi padre no era un hombre apto para ser padre… Toda una ironía. —Suspiró entrecortado, era triste rememorar el dolor que sentía cuando era niña, ese dolor que se transformó en un vacío cuando ella creció, y solo agachaba la cabeza y obedecía sin quejas, reduciendo su existencia para no importunar, imaginando que algún día sería libre. Tensó sus labios para apaciguar sus ganas de llorar y…

—Respire, milady… profundo —intervino Gideon. Era el momento preciso para hacer ese ejercicio matutino, que ya era costumbre entre ellos.

Céline de inmediato llenó sus pulmones, y sintió la punzada conocida en las costillas. Inspiró y exhalo… Inspiró y exhaló.

Después de un largo rato vino la calma. Volvía a ser la misma. Retomó el hilo la conversación, estaba decidida y dijo:

—Creo que me vendrá bien acompañarlo a la casa de sus amigos. Si me quedo aquí, me sentiré muy sola… Robert ha vuelto, y no tengo posibilidad de ver a mis hijos.

—Es cuestión de tiempo, ya lo verá… Para que se quede más tranquila le dije a Susan que, si Robert osaba alzar la mano a alguno de sus hijos o a ella, que vinieran los tres de inmediato con lo que tuvieran puesto. Yo ya instruiré a Wilkins y al personal en caso de que eso suceda en nuestra ausencia.

—Muchas gracias, milord.

—Es un placer… Y ahora, creo que es tiempo de que se prepare. Saldremos en una hora.

***

Mientras tanto, en Portman Place, todos los sirvientes estaban en fila, con la vista clavada en el piso del salón. Robert se paseaba frente a ellos con expresión severa.

—¿Ninguno de ustedes ha visto a lady Freestone? ¿La vizcondesa no ha visitado esta casa en mi ausencia?

Los sirvientes negaron con la cabeza y susurraban:

—No, sir Robert.

—¿Han escuchado hablar sobre ella? —El silencio fue la única respuesta. Robert insistió—: Recuerden que toda información será bien recompensada. —El vacío frustró al baronet y, cambiando su tono de voz, amenazante, advirtió—: Si me entero de que me están mintiendo, los echaré a patadas. Sin recomendaciones, sin dinero y me encargaré de que no consigan trabajo en ninguna casa respetable de Londres.

Solo una persona fue capaz de decir algo. Susan, la institutriz de los hijos de Céline, respondió:

—Lady Freestone no ha vuelto, ni hemos sabido nada de ella, sir Robert. Es como si la tierra se la hubiera tragado.

Robert se situó frente a ella y ordenó:

—Retírense… menos usted, Susan.

La institutriz se envaró. Robert se acercó a ella y le alzó la barbilla. La joven apretó las mandíbulas. Rogaba al cielo que el nuevo baronet se fijara en otra.

—La extrañé mucho, Susan…

La institutriz maldijo para sus adentros. Se había equivocado. Sus piernas comenzaron a temblar. Robert añadió:

—¿Cuándo va a dejar de trancar la puerta de su cuarto?

—No sé de lo que habla, sir Robert.

—Creo que sí lo sabe muy bien. —Se inclinó hacia ella e inspiró el aroma del suave cuello femenino y susurró—: Mi paciencia se está agotando. No seré tan amable si se sigue haciendo la difícil… —Retrocedió un paso y ordenó—: Llame a los niños.

Susan, con su voz trémula, respondió:

—Sí, señor.

Y se alejó como si el mismo diablo le hubiera hablado.

Robert esbozó una sonrisa maliciosa. Sabía que, cuando llegara el día en que pudiera enterrarse en ella, se iba a derramar en tres segundos.

Tras regodearse unos instantes de esa imagen, volvió a sentir preocupación. Su hermana no estaba en Kingsclere, lo cual le sorprendió, pero lo que le sorprendió aún más fue encontrarse con la muerte. Peterson, el abogado de la familia, justo había enviado una carta comunicando el repentino fallecimiento de su padre.

Robert sabía que su progenitor un día moriría a causa de sus episodios de ira desmedida. No estuvo equivocado, su padre golpeaba a una de las criadas que manchó la alfombra y fue tanta la cólera que su corazón no resistió.

Recordó las brutales palizas que le propinaba. Fueron pocas a diferencia de Céline, tan tonta que siempre le hacía enfadar cada vez que se equivocaba en leer o multiplicar.

Su padre era de esas personas que valían más muertas que vivas, le había dejado tierras y una modesta fortuna para vivir tranquilo en Kingsclere.

Pero no era suficiente. A él le gustaba Londres, la temporada, los bailes, los clubes. Por eso siempre estaba cerca de su cuñado, vivir con él esa vida a la que se podía entrar con dinero. Y Freestone tenía tanto que, si Robert lo comparaba con su reciente herencia, tan solo poseía migajas.

La estúpida de Céline no estaba capacitada para administrar toda esa cantidad de dinero y bienes. Arruinaría a Clifford mucho antes de llegar a los veintiuno.

Él era superior y el más apto, y recibiría una justa retribución por un trabajo de tiempo completo. De hecho, ya estaba siendo invitado a los eventos que organizaban los antiguos amigos de Freestone, debido a que él era el tutor del pequeño vizconde.

Ya no era invisible para los aristócratas.

Mathilda y Clifford entraron a la estancia sin anunciarse. Robert los miró con dureza y los reprendió:

—¿Acaso nadie les ha enseñado a golpear la puerta antes de entrar a una habitación?

A Mathilda no le gustaba el tío Robert. No parecía ser el hermano de su madre; no la apreciaba. No era como ella y Cliff. Sin embargo…

—Lo siento mucho, tío. No lo volveremos a hacer. Se lo prometo —aseveró la niña con suma humildad.

Robert comenzó a pasearse frente a los niños. Sus manos estaban a sus espaldas. Los miraba como si esas criaturas fueran escoria, sobre todo la mayor que se aferraba a su hermano menor. Mathilda era tan parecida a Céline, pero sus ojos eran azules, fríos y, pese a tener una expresión sumisa —típica de una niña de su edad—, percibía que podría ser peligrosa.

Debía aplastarla.

—Están demasiado tranquilos para ser unos niños que han sido abandonados por su madre.

El pequeño Clifford jadeó ante ese cruel hecho. Mathilda le dio un ligero tirón. La institutriz ya les había dicho que su madre se estaba recuperando de la salvaje paliza que el tío le propinó. No debían creer en las palabras de un hombre así, solo seguirle el juego. De esa forma

estarían seguros.

—¿Acaso no están tristes? —insistió Robert. Los niños no respondieron—. ¡Contesten!

Mathilda dio un respingo, y un gritito se le escapó de la garganta. Los ojos de Clifford se llenaron de lágrimas de puro miedo.

Robert se cernió sobre ellos, amenazante y advirtió al pequeño:

—Los hombres no lloran, ¿acaso eres una débil niña? —De un tirón lo arrancó del brazo de su hermana—. A partir de hoy dormirán en habitaciones separadas. Estar cerca de Mathilda te hará convertirte en un idiota, Freestone.

Mathilda apretó los labios y reprimió sus deseos de consolar a su hermano y escupirle a su tío. Cliff era bueno y sensible, jugaban juntos desde que tenía memoria y su madre no los separaba en juegos de niña o de niño. Tragó el nudo que apretaba su garganta.

«Seguir el juego, seguir el juego, seguir el juego», se repetía una y otra vez.

Robert centró su atención en ella y solo por el placer de quebrar su espíritu señaló:

—Tu madre es una mala mujer, te ha dejado sola. No vales nada para ella.

Mathilda asintió y bajó la cabeza y dijo:

—Solo usted nos quiere. —Miró a su hermano, al tiempo que se secaba una lágrima que cayó sin su permiso—: ¿Cierto, Cliff? Madre está loca, debería darnos lástima.

El niño asintió, no era capaz de decir nada. En su mente solo estaban las palabras de la institutriz: «sigue el juego de Mathilda, si ves que ella le miente a tu tío o si de repente crees que está siendo mala, solo haz lo mismo, imítala». Pero Clifford sentía que, si decía algo, el tío los descubriría. Prefirió el silencio.

—Madre no nos quiere, por eso se fue —añadió Mathilda.

Robert estudió el delicado rostro infantil. Ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y la odias por eso?

—La odio… la odiamos. Es loca y mala… por eso usted la castigaba, ¿cierto?

—Así es, Mathilda. A los locos, al igual que a las mujeres, se les castiga, se les corrige, se les mantiene quietos y en silencio. Espero que no esté en tu sangre la locura, ya es suficiente con que seas hembra. Las cosas van a cambiar muy pronto. Ahora vayan a la habitación infantil.

Mathilda y Clifford asintieron. Sin levantar la mirada del suelo, abandonaron la estancia a paso apresurado.

Cuando la puerta se cerró tras de ellos. Mathilda tomó la mano de su hermano y corrió hacia las escaleras. Subieron y subieron hasta que las piernas les temblaron. Los dos niños lloraban en silencio, les dolía el pecho. No fueron capaces de decir nada hasta saber que estaban lo suficientemente lejos de Robert.

Al llegar a la habitación infantil, los hermanos se abrazaron con fuerza.

—¿Por qué dijiste que mamá está loca? —le recriminó Cliff a Mathilda—. ¿Por qué fuiste tan cruel?

—Porque eso siempre lo decía padre y tío Robert… Cuando estemos cerca del tío hay que mentir sobre mamá y lo que sentimos. No hay que olvidarlo.

—No quiero dormir en otra habitación.

—Yo tampoco… pero tienes que ser valiente. Susan nos ayudará.

—No soy tan valiente como tú. El tío miente… tú no eres una niña débil.

Mathilda le acarició la cara a su hermano. Era lo único que tenía, lo que su mamá les había inculcado resultó ser cierto.

—Debemos ser pacientes, Cliff, y no provocar a tío Robert.

El pequeño asintió. Extrañaba a su mamá, quería estar con ella. Pensó en el pañuelo que

tenía escondido bajo su almohada, olía a Céline.

Tan solo ese pensamiento lo consoló.

Capítulo VIII

Eleonora, duquesa de Pemberton, se levantó del sillón que se encontraba frente a la chimenea del salón de estar. Al ver a Gideon y su acompañante, exclamó:

—¡Oh, Gideon, al fin has llegado! ¡Bienvenido! —Lo tomó de las manos con cariño. De inmediato desvió la mirada hacia Céline que estaba al lado de él. Soltó a su amigo y dio una reverencia—. Usted también, bienvenida a Pemberton House.

—Muchas gracias, su excelencia —dijo Céline respondiendo con una digna reverencia.

Gideon, con una sonrisa, procedió a hacer las presentaciones.

—Eleonora, te presento a mi amiga, Céline Kenworthy, vizcondesa Freestone… Céline, le presento a Eleonora Basingstoke, duquesa de Pemberton.

A Céline la palabra «amiga» le quedó revoloteando en la mente, y la necesidad de saber si de verdad Gideon la consideraba su amiga la llenó de una sensación que no supo explicarse a sí misma. Ser amiga de alguien, ser digna de confianza era algo hermoso; sin embargo, una extraña punzada de decepción enrarecía los nuevos sentimientos en el corazón de Céline.

No pudo seguir divagando más, su atención la capturó Eleonora cuando tomó sus manos y con amabilidad señaló:

—Y hasta aquí llegan las formalidades. Si gusta puede llamarme por mi nombre de pila. Para nosotros sería extraño que nos tratemos con familiaridad menos a usted, más aún siendo amiga de Gideon.

—Usted también puede llamarme por mi nombre, su excelencia. —Eleonora la reprendió con un suave gesto y le sonrió. Céline añadió—: Es difícil saltarse las normas de un modo tan repentino.

—Así veo, no se preocupe, tampoco la obligaremos… Tomen asiento, por favor. —Eleonora se sentó en su sillón, mientras que Gideon se situó al lado de Céline en una *chaise longue*—. Es cierto que a veces cuesta quitarse de encima las convenciones sociales. Gideon solo empezó a tutearnos desde hace un par de años y eso que él fue quien propuso la informalidad.

—Soy un animal de costumbres —admitió el aludido—, pero no por eso hay menos cariño.

—En efecto —coincidió Eleonora y añadió—: Blake pronto se unirá a nosotros, está impartiendo las primeras clases de violín a Sylvester… mi hijo —aclaró—. Pronto cumplirá cuatro años

—Y también es mi ahijado —acotó Gideon a Céline, y luego preguntó a su amiga con cierto retintín de suspicacia—: ¿Así que violín?

Eleonora asintió con un altivo ademán de satisfacción y, orgullosa, explicó:

—Ha mostrado interés, había que aprovechar el impulso. No todos los niños se sienten atraídos por la música desde tan temprana edad… por lo que hacen ejercicios de ritmo, postura, escalas. Blake es un maestro paciente y dedicado.

Gideon rio y señaló:

—No querían obligarlo, pero sí se encargaron de hacer duetos de piano y violín delante de él desde que ha nacido. Eso fue adoctrinamiento —bromeó.

—Por supuesto, y fue divertido. Los niños imitan o huyen dependiendo de si les gusta o no lo que se les muestra.

Céline encontró muy lógico el argumento y añadió:

—Tiene toda la razón, mis hijos son iguales.

Eleonora manejaba poca información de la vizcondesa, solo sabía lo que le comentó

Gideon la semana anterior cuando lo visitó y el cruel apodo con el que Freestone la aludía, por lo que decidió interrogarla:

—¿Cuántos hijos tiene?

—Dos, la mayor se llama Mathilda y hace poco cumplió siete años. El menor se llama Clifford y tiene cinco.

—Sus pequeños se podrían llevar de maravilla con mi hijo, tienen edades parecidas…

Céline cayó en la cuenta de que Eleonora era bastante mayor para ser madre primeriza —probablemente tenía más de treinta—, y con razón. La duquesa también fue salpicada por el escándalo que protagonizó lord Watford; ellos eran concuñados y las principales víctimas de la relación incestuosa de sus respectivos cónyuges. Eleonora primero fue la condesa de Gray, y tras ocho años de matrimonio, enviudó sin poder dar un heredero. Sin embargo, luego de casarse por amor con el duque de Pemberton, logró concebir sin problemas, lo que fue una gran sorpresa, incluso para la propia duquesa, quien pensaba que era estéril. La noticia salió en todas las columnas sociales, lo que agregó más antecedentes a especular.

—El día que recupere a mis hijos, me encantaría que fueran amigos —admitió Céline.

Aquella reveladora información no sorprendía del todo a Eleonora. Sin embargo, era evidente el pesar en las palabras, y era fácil imaginar la angustia que podía sentir lady Freestone.

—Si no es mucha la indiscreción, ¿por qué motivo está separada de sus hijos?

Céline estuvo a punto de responder. No obstante, en ese momento entró a la estancia Blake, el duque de Pemberton, llevando en brazos a su pequeño hijo. En su semblante se veía una paternal satisfacción. Al parecer, las clases de música habían resultado satisfactorias. El niño se removió inquieto y su padre lo bajó con suavidad. Ni bien puso los pies en el suelo, Sylvester fue corriendo hacia su madre y la abrazó con tanto amor que Céline sintió una profunda añoranza. Gideon lo notó en sus ojos, le tomó la mano para distraer su atención y sus emociones. Ella lo miró y suspiró.

Sus manos se soltaron cuando el pequeño Sylvester reparó en la presencia de Gideon y también fue a abrazarlo. Aquello removió todavía más las turbulentas emociones de Céline.

Mientras Gideon sentaba en su regazo a Sylvester, le preguntó al niño:

—Tu madre me ha contado que estás aprendiendo a tocar violín. —Sylvester asintió—. Y, ¿te gusta?

—Sí, mucho. *Apendí* las notas musicales.

—¿En serio? ¿Y cuáles son?

—Do, *De*, Mi, Fa, Sol, La, Si… Do, *De*, Mi, Fa, Sol, La, Si… Do, *De* … y así.

—¿Y qué más?

—Las partes del violín: clavijas, cuerdas, caracol, efes, alma, tastiera… y no *decuerdo* más.

—Pero qué buena memoria tienes, felicitaciones. Mira, ¿ves a esta linda dama que se encuentra a mi lado?

El niño asintió, hizo contacto visual con Céline y preguntó:

—¿Es su esposa, *padino*?

Eleonora y Blake apretaron los labios, intentando reprimir la risa. Céline alzó sus cejas, no esperaba semejante pregunta. Gideon se aclaró la garganta.

—No, es mi amiga. Se llama Céline. Puedes llamarla lady Freestone.

La vizcondesa le sonrió y dijo:

—Es todo un placer conocerlo, milord.

Sylvester sonrió, pocas personas le llamaban lord, le gustaba sentirse mayor.

—Lord *Doydon* —acotó el pequeño—. ¿Le gustan las galletas, milady?

—Me encantan, lord Roydon.

—A mí también.

Y Sylvester no dijo más. Como todo niño, su atención se desvió hacia sus juguetes que estaban en un rincón de la estancia. Se bajó del regazo de Gideon y fue a jugar.

Eleonora aprovechó esa instancia, e hizo las presentaciones correspondientes entre su esposo y Céline. Blake le arqueó una ceja suspicaz e inquisitiva a Gideon, cuando se enteró de que lady Freestone estaba hospedándose en Eden Hall, y de vuelta recibió un gesto del conde que solo podía describirse como «No seas infantil, Pemberton».

Una vez que Blake se unió a la conversación, recapitularon hasta llegar al punto en que Céline fue interrumpida.

Céline, impulsada por la confianza que Gideon depositaba en Eleonora y Blake, y por la sincera y afable expresión que demostraban hacia ella, relató los motivos por los cuales estaba separada de sus hijos y vivía en Eden Hall. Gideon también intervenía en el relato, pues sus caminos se habían entrelazado de tal modo, que dependían el uno del otro para alcanzar sus respectivos objetivos. Y en los momentos en que el conde hablaba, Céline estudiaba a los duques a través de sus comentarios, sus gestos o cómo intervenían en la conversación.

A Céline le sorprendió el hecho de que Blake y Eleonora se mostraran impactados e indignados por el actuar de Freestone y Robert. Tan conmocionada estaba la duquesa que, discreta, se secó unas incipientes lágrimas en medio del relato, acongojada por todos los acontecimientos que la vizcondesa había atravesado.

—Oh, querida, Céline. No sabe cómo la entiendo… Pero déjeme decirle… no, corrijo, asegurarle, que no está en mejores manos que las de Gideon. Y también puede contar con nosotros para lo que necesite.

Blake convino con su esposa haciendo un leve gesto afirmativo y añadió:

—Este año no pretendía organizar bailes o conciertos, debido al estado de buena esperanza de Eleonora. Pero considerando sus situaciones actuales, creo que debemos empezar a trabajar en cambiar las imágenes que los demás tienen de ustedes. Y no hay mejor manera que aparecer en público más seguido, ya sea en Pemberton House o Eden Hall… Si no fuera porque mi abuela está en Escocia con mi hermana, ya le estaría pidiendo que usara sus influencias.

Eleonora agregó:

—Sí, tienen que dar que hablar… de un buen modo, claro está.

Céline esbozó una sonrisa. De pronto, su mundo se expandía. Ya no solo recibía la consideración y amabilidad por parte de Gideon, sino de sus amigos, los duques y también los caballeros malditos.

—Ustedes tienen más experiencia que yo en esto, pero desde ya estoy muy agradecida con todos. Significa mucho para mí.

Blake asintió, miró a Gideon y subrayó:

—Manténgannos al tanto de lo que te diga tu abogado, y también sobre tus averiguaciones respecto al caso de lady Regina.

—Por supuesto… —Se masajeó el cuello, seguía tenso, y sentenció con frustración—. No me gusta estar en un punto muerto con la situación de lady Freestone y también la mía.

Blake se encogió de hombros.

—En estos días poco podrás hacer, salvo distraerte con nosotros. —Hizo un gesto dramático e ironizó—: Qué lástima.

***

Esa mañana de lunes amaneció soleado. Céline observaba cómo se derretía la nieve de la ventana de su habitación. Las gotas se deslizaban por el vidrio y se unían al camino que otra gota había dejado hasta perderse. Sonrió, el invierno estaba marchándose por fin. Había sido largo, eterno.

Se había levantado temprano y logró vestirse sola. La ansiedad volvió con fuerza. Esos días en Pemberton House fueron un pequeño descanso de esa intensa semana en la que había escapado de su casa. Los duques fueron amables, cariñosos y generosos. Hubo largas conversaciones y confesiones, lo que le brindó a Céline una nueva perspectiva para contemplar su vida. Y esa estadía la hubiera disfrutado a plenitud de no ser por sus preocupaciones, la incertidumbre y la culpa. La más terrible era esta última.

La culpa se la comía viva cada vez que observaba a Sylvester, y su corazón se moría por saber de sus hijos, abrazarlos y besarlos. Intentaba tranquilizarse, convenciéndose de que, si algo grave hubiera pasado, habrían enviado un mensaje desde Eden Hall.

También la sentía cada vez que se quedaba perdida mirando a Gideon. La horrible sensación de culpa por ser egoísta y querer algo que no se atrevía a verbalizar, y ella se cuestionaba el motivo por el cual su corazón no solo latía por sus hijos, sino también se aceleraba cuando él le sonreía, o tocaba sus manos, o le dedicaba elogios y palabras amables. Le hacía sentir… bien. Lograba percibir el sincero afecto que lord Watford le prodigaba, y que le hacía ilusionarse con que no había nada malo en ella, cuando en realidad era un desastre.

Estaba dividida en tantas partes, que su interior era un caos de piezas imperfectas, las cuales nunca habían encajado unas con otras, y que jamás iban a encajar.

Inspiró hondo. En sus costillas se clavó la aguda punzada que le recordaba que debía respirar, llenar sus pulmones de aire pese al dolor. No podía darse el lujo de enfermar.

Era momento de salir de su habitación. No importaba que todos estuvieran durmiendo, ya encontraría algo que hacer.

***

Gideon observaba el jardín cubierto de nieve de Pemberton House desde la ventana del salón de estar. Estaba inquieto. Apenas despuntó el alba, se levantó. Necesitaba pensar y vislumbrar por qué se sentía diferente.

Los últimos cinco años había visitado Pemberton House más veces de las que podía recordar, y la sensación siempre era la misma. Envidia. Envidia de esa pareja que se amaba profundamente y formaba una hermosa familia. A Gideon no le gustaba experimentar ese sentimiento, porque era peligroso. La envidia podía impulsar a una persona a lograr sus objetivos, pero si se salía de control, terminaba perjudicando su propia existencia. La envidia era mala consejera.

No obstante, durante esos días, cada vez que observaba a sus amigos y sus discretas demostraciones de amor, ya no sentía esa envidia que le recordaba el vacío que embargaba su alma y su corazón.

El sonido de la puerta abriéndose a sus espaldas desvió el hilo de sus pensamientos. Dio media vuelta.

Era Céline que entraba con timidez oteando el lugar. Cuando sus miradas se encontraron, sonrieron.

—Buenos días, milady —saludó Gideon.

—Buenos días, milord —replicó Céline adentrándose en la estancia hasta llegar al lado del

conde—. Veo que ha madrugado.

—No podía dormir. —Gideon volvió a observar hacia el exterior, y comentó—: Este jardín es hermoso en primavera, pero el invierno también le da su encanto… Espero que cuando volvamos lo hagamos con sus hijos. Si ellos son como usted, congeniarán mucho con Sylvester

Céline imaginó a Cliff y a Mathilda corriendo tras Sylvester sobre el césped, mientras que ella y Gideon los observaban desde esa misma ventana. Aquella visión le aceleró el corazón.

—Usted es muy amable, milord… Pero debe tener en cuenta que no viviré para siempre en Eden Hall. —Decir aquello le provocó otra clase de dolor a Céline, no físico, pero continuó—: Cuando todo termine, cuando cumplamos con nuestras promesas… Supongo que no habrá nada más que nos una. Usted seguirá con su vida, yo con la mía.

—Creo que olvidó lo que le dije hace un par de días. No pude estar antes en su vida, pero ahora no me iré, aunque no vivamos en la misma casa. ¿No me cree cuando digo que mantendré mi palabra?

—Sí, milord… solo es que… ¿Usted me considera su amiga?, ¿así como lo es la duquesa?, ¿me estima?

Gideon meditó su respuesta. No vio venir esas preguntas. Tras ordenar sus pensamientos respondió:

—Nuestro lazo es diferente, pero sí, la considero mi amiga; mejor dicho, una compañera cuyo valor es inestimable para mí. Debo admitir que me ha hecho muy bien tenerla de huésped en mi casa… ya no se siente vacía.

—Usted se sentía solo. —No fue una pregunta, sino un hecho—. Cualquier persona podría llenar el vacío en esa casa tan grande.

—Difiero… Estuve casado ocho años con una persona que nunca logró llenarla. Me había acostumbrado tanto a la sensación, que solo cuando usted llegó se hizo patente. —«Y doloroso», añadió su mente.

Y ese tipo de sentencias a Céline la confundían, la llenaban de una contradictoria sensación de incertidumbre y esperanza, de admirar y ser admirada. De anhelar algo inmenso.

Su necesidad de no esperar nada de nadie, de huir de la decepción le hizo aconsejar:

—Cuando vuelva a mi casa, considere seriamente buscar una esposa. Usted aún es joven.

Fue extraña la sensación en ambos cuando Céline terminó de decir esas palabras. Gideon no se imaginaba en Eden Hall con una mujer que no fuera la vizcondesa. Por su parte, Céline no quiso imaginar a Gideon frente al altar, mirando con ardor a otra mujer.

El silencio estalló entre ellos y sus esquirlas se enterraron en sus gargantas. Parecían incapaces de seguir conversando.

¿Se habían acostumbrado a la compañía mutua?

¿Era normal esa especie de comodidad cuando estaban juntos?

¿La convivencia y la conveniencia de sus objetivos les estaba haciendo confundir sus sentimientos?

Céline se preguntaba si el afecto que el conde le prodigaba era motivado por la compasión. O quizás solo se trataba del natural instinto del ser humano de cuidar a otros.

Gideon se preguntaba si lo único que sentía la vizcondesa por él era gratitud. Aprecio por ser su tabla de salvación en un momento crucial de su vida.

Se miraron.

¿Y si era todo eso, pero también había más?

¿Se podía dejar atrás la compasión?

¿La gratitud podía convertirse en amor?

«¿Y si me estoy enamorando?, ¿esto es amor?», la misma pregunta emergió en ambos corazones.

Esbozaron una sonrisa nerviosa y volvieron a admirar el paisaje invernal.

«¿Y si no me corresponde?», se preguntó Gideon.

«¿Y si no es recíproco?», se preguntó Céline.

Ambos permanecieron en un prolongado silencio, perdidos en sus pensamientos que parecían estar en un intrincado laberinto de emociones. Lo único que sabían era que solo el tiempo les iba a dar una respuesta.

Solo esperaban que cuando llegara, no fuera demasiado tarde.

Capítulo IX

Al mediodía, Gideon y Céline llegaron a Eden Hall. Cada vez que el carruaje entraba o salía, lo hacía por la puerta trasera de la propiedad para evitar las habladurías, por lo que nadie que pasara por Oxford Street podía decir que el conde tenía una querida viviendo con él.

Gideon bajó primero del carruaje y luego le ofreció la mano a Céline. Ambos avanzaron tomados del brazo. Wilkins los esperaba en la puerta con una expresión solemne.

—Bienvenidos, milord, milady —saludó Wilkins—. Es un placer tenerlos de vuelta.

Gideon respondió:

—Gracias, Wilkins.

Cuando se internaron en la cálida cocina, estancia a la que daba acceso la puerta trasera, Gideon y Céline saludaron a Greta, la cocinera, y su ayudante, quienes los recibieron con sendas sonrisas. Wilkins les solicitó sus abrigos, guantes y sombreros. De la nada apareció Heather para recibir las prendas de su señora. Gideon estimaba a todos los integrantes del servicio doméstico por su discreción y diligencia. Aquel recibimiento alegró su humor y agregó:

—Es bueno volver al hogar.

A Céline le produjo una sensación extraña la afirmación de Gideon.

Mucha gente decía que el hogar era el lugar donde estaban las personas amadas. Céline jamás había sentido que pertenecía a alguna parte, que tenía su propio hogar, ni siquiera en Portman Place, donde vivían sus hijos. Los amaba con el alma, pero también en ese lugar siempre se sintió como si ella fuera un mal necesario para Freestone.

Si tuviera que definir la palabra hogar, Céline solo podía elegir dos términos, amor y tranquilidad.

Eden Hall era la mitad de eso. No recordaba otro instante de su vida en el que hubiera tenido tanta paz para su alma y su mente como en ese lugar. Solo le faltaban sus hijos y quizás podría llamarlo hogar.

Mientras tanto, se alegraba de volver a Eden Hall y dijo:

—Gracias, Wilkins, por la bienvenida. ¿Ha habido alguna novedad en nuestra ausencia?

El mayordomo asintió y respondió:

—El sábado en la tarde vino el señor Montgomery.

Gideon y Céline preguntaron al unísono con el mismo tono de ansiedad:

—¿Y qué dijo?

—Que volvería hoy. De hecho, debe estar a punto de presentarse. Como su señoría es una persona que siempre llega a la misma hora desde Pemberton House fue sencillo citarlo justo para vuestro arribo.

—Animal de costumbres —acotó Gideon a Céline y le guiñó un ojo.

—Así veo, tiene sus ventajas —replicó ella y luego le preguntó—: ¿Podemos esperar a su abogado en la sala de estar?

Gideon asintió. El viaje no había sido largo, una hora como mucho, por lo que indicó a Wilkins:

—Estaremos esperándolo en la sala de estar. Mientras tanto, ¿puede traernos té? —Miró a Céline—. ¿Y emparedados?

Ella asintió, habían desayunado temprano y ya estaba sintiendo hambre.

—Y algo dulce, si es que hay —añadió Céline.

Wilkins esbozó una sonrisa. La vizcondesa era aficionada a las galletas de limón que preparaba la cocinera de Eden Hall.

—Ayer Greta horneó una buena cantidad de sus galletas favoritas, milady. Serán suficientes para esta semana.

Céline sonrió y miró a la cocinera con gratitud. El servicio de Eden Hall era reducido pero amable y preocupado por su amo y ella. Y era lógico, el conde era considerado, respetuoso y Céline tenía entendido que pagaba muy bien.

—Greta, usted es maravillosa, me mima demasiado.

La cocinera se sonrojó, con un gesto le restó importancia a su gesto y añadió:

—Es un placer servirla, milady.

Gideon y Céline se dirigieron hacia la sala de estar, en la cual había un brioso y crepitante fuego en el hogar que temperaba la estancia.

Céline se sentó en un sillón. A su lado se encontraba una canasta con su labor de bordado. Ella tomó el bastidor y comenzó a dar puntadas. Gideon, por su parte, se situó frente al fuego con las manos en los bolsillos y la miraba de reojo. Céline era muy hábil, asunto que le sorprendió. Por lo general, las damas solían bordar y sus trabajos eran hermosos, pero lo que estaba haciendo Céline era sobresaliente, simétrico, sin imperfecciones. Sus movimientos eran fluidos, sin vacilar y ella parecía no estar en la misma estancia que él.

En ese momento no era difícil saber en qué estaba pensando la vizcondesa, o quizás podía ser, al contrario, que intentaba no pensar en sus hijos. En cualquier momento llegaría el señor Montgomery con sus novedades, y Gideon estaba seguro de que Céline luchaba contra sus ganas de salir a la calle y buscar al abogado para acabar con la espera.

Pronto llegó el mayordomo con el té. Dejó todo listo y dispuesto en la mesita de centro. Céline parpadeó cuando Wilkins abandonó la estancia, e hizo el ademán de dejar su labor de lado para servir. Gideon alzó su mano y dijo:

—Permítame. Yo serviré el té, siga bordando… le está quedando hermoso.

Céline se azoró, dejó la aguja en el aire y lo miró. No debería sorprenderle, pero el conde siempre lograba recordarle lo invisible que era antes de conocerlo, y de lo bien que se sentía que una persona reparara en ella, en lo que hacía y darle valor a su trabajo.

—Gracias, milord… —Y continuó bordando—. No es habitual que los hombres sirvan el té cuando hay una mujer que puede hacerlo.

—Los hombres se aprovechan de esa tradición. Pero usted está concentrada y yo no tengo nada que hacer, salvo esperar. ¿Va a comer primero las galletas o emparedados?

—Galletas, si fuera tan amable.

Gideon sirvió el té tal como le gustaba a Céline, sin azúcar, pues los estaba acompañando con dulces. Si, en cambio, comía algo salado, ella endulzaba con dos terrones.

Le acercó la taza, un plato de galletas y servilletas. Céline lo miró de soslayo, sonrió y dijo:

—Muchas gracias, Gideon.

Ni bien terminó de llamar al conde por su nombre de pila, y Céline jadeó por su exabrupto, y no fue capaz de esgrimir alguna disculpa. En Pemberton House se acostumbró tanto a escuchar el nombre de Gideon que se contagió con esa familiaridad.

Gideon alzó sus cejas al escuchar su nombre con la voz de Céline, mas recompuso su expresión a una más neutral, y respondió con un tono natural y grave:

—Es un placer, Céline… —Una sonrisa de medio lado se asomó en los labios de Gideon y agregó—: Supongo que no le molesta que le devuelva la cortesía.

Céline negó con la cabeza. No sabía qué le había impactado más, pensar en Gideon sin anteponer formalidades o escuchar su nombre con la singular voz de él.

Ambos decidieron que lo mejor que podían hacer era beber té y comer.

Cuando estaban terminando, resonaron en la estancia un par de golpes en la puerta que anticipaban la entrada de Wilkins, quien anunció:

—El señor August Montgomery, milord.

—Gracias, Wilkins.

Gideon y Céline se levantaron de sus asientos para recibir al abogado que parecía tener la misma edad que el conde.

—Buenas tardes, milord —saludó el abogado.

Gideon procedió a presentar a Céline:

—August, te presento a mi huésped, Céline Kenworthy, vizcondesa Freestone.

El abogado le brindó una regia inclinación a Céline y dijo:

—Es un placer, milady.

Céline respondió con una leve reverencia y replicó:

—El conde me ha hablado mucho de usted.

—Espero que solo hayan sido cosas buenas. —Céline asintió—. Les ofrezco mis más sinceras disculpas por mi retraso. Pero me vi obligado a partir urgente a Eton, mis hijos tuvieron un percance.

—¿Un percance del tipo académico o un conflicto con otros alumnos? —indagó Gideon.

August no ocultó su expresión de satisfacción y señaló:

—Defienden el honor de su madre y el de su familia a toda costa.

Gideon conocía cómo era la lucha de poderes dentro de un internado, por lo que comprendía cuánto valía el honor para los hijos del abogado y señaló:

—Así se hace. Ojalá no los expulsen.

La seguridad del abogado se reflejó en un tono indolente cuando dijo:

—Los muchachos que osaron insultar a mi esposa prometieron que no se repetirá tal conducta. Fueron ellos que estuvieron al borde de la expulsión…

Gideon invitó a August a tomar asiento. Céline no le quitaba la vista de encima al abogado, quien ante el escrutinio inició la conversación:

—Bien, como ya sabemos, su hermano, el señor Locke, fue nombrado tutor de sus hijos en el testamento de lord Freestone en el caso de que ellos quedaran huérfanos. Según lo que me comentó lord Watford, hace unos meses el señor Locke se presentó ante usted con un abogado para ejercer ese rol, coaccionándola y amenazándola con encerrarla en un manicomio si no accedía a actuar a sus anchas. —Céline asintió—. Consulté en Cancillería si su hermano había presentado una moción para relevarla de sus atribuciones respecto al patrimonio de sus hijos… Y la verdad es que no hay nada.

—¿¡Nada!? —interpelaron Gideon y Céline al mismo tiempo.

—Básicamente, su hermano la engañó, milady. Me atrevería a suponer que solo le bastó valerse de su supuesta condición de loca que le endilgó su difunto esposo, y que el abogado fuera cómplice para que usted no dudara de la veracidad de los hechos. Presentar una moción de esa naturaleza en Cancillería es un asunto lento, complejo y largo. Supongo que hizo lo más fácil; aprovecharse de su vulnerabilidad y de la última voluntad de su esposo… Usted no tenía cómo averiguarlo, ni siquiera es sencillo para un abogado.

La emoción embargó a Céline. No le importaba haber sido engañada, solo necesitaba una confirmación para sentirse segura y preguntó:

—Entonces, ¿eso quiere decir que mi hermano no tiene ninguna potestad sobre mis hijos, ni su patrimonio?

—Solo si usted muere, milady.

Gideon notó que la respiración de Céline comenzaba a agitarse. Y para saber qué más podían hacer, él preguntó:

—¿Y tenemos la posibilidad de impugnar el nombramiento de Locke como tutor?

Montgomery sonrió con malicia. Le gustaba trabajar en aquellos casos en los que se podía castigar y herir en su amor propio a un abusador, y respondió:

—Por supuesto. Locke ya ha obrado mal, mintiendo, amenazando… golpeando a la vizcondesa de un modo cruel. Quizás hay que comprobar su situación económica para saber si tiene algún conflicto de interés. Si hay amenaza de que pueda malversar el patrimonio de sus hijos, podríamos impugnar ese nombramiento.

Esa última sugerencia desanimó a Céline y acotó:

—Robert acaba de heredar el título de baronet y los bienes de mi padre. Hasta donde yo sé, es suficiente para vivir cómodo.

Sin embargo, pese al tono de decepción de Céline, Gideon terció:

—No me fío que sea suficiente para Locke, es *vox populi* que Freestone tenía una más que considerable fortuna y bienes. Hay personas que no saben detenerse cuando se trata de dinero fácil.

El abogado convino y comentó:

—Así es. Hay personas que matan por dinero... No obstante, hay otra forma que alejaría aún más las pretensiones del señor Locke.

La postura de Céline se enderezó y se apresuró a indagar:

—¿Es más sencillo que impugnar su nombramiento?

—Depende. Si usted vuelve a casarse, milady, Locke queda fuera de las posibilidades.

Gideon frunció el ceño e interrogó:

—¿Y cómo es eso posible?

—Es muy sencillo y lógico. Si lady Freestone contrae matrimonio, su nuevo esposo sería la siguiente opción para ser el tutor de sus hijos como padrastro. Y, en el caso de que ella fallezca prematuramente, a su vez, este podría testamentar un nuevo tutor. Bendito sea el derecho consuetudinario[3].

Céline se aclaró la garganta y señaló:

—Bueno, ya veremos qué solución es más sencilla… —Se puso de pie y miró al conde—. Gi… Milord… ¿Podemos?

Gideon no necesitó más palabras y se levantó. El abogado asumió que la entrevista había terminado y también hizo lo mismo. Sin embargo, el conde hizo un ademán y dijo:

—August, ¿podría acompañarnos a Portman Place? Tenemos que ir a «convencer» al señor Locke de que abandone sus deberes y la casa de la vizcondesa.

—Por supuesto… En mi pueblo dicen: Hay dos formas de convencer a un idiota: por la razón o por la fuerza.

***

Susan estaba con los niños en la habitación infantil. No había podido descansar bien desde que sir Robert volvió de Kingsclere. Todas las noches tenía que ingeniárselas para trancar la puerta de su habitación, pues empezaron a desaparecer las sillas, la mesita de noche y cualquier mueble u objeto que pudiera utilizar para ese fin.

Todas las noches sir Robert intentaba abrir su puerta. No entraba a la fuerza porque despertaría al resto de la servidumbre. Sin embargo, cada vez que podía la acosaba, como en ese

momento. De pie, en silencio, solo observando cómo intentaban jugar con naturalidad. Los niños apenas hacían movimientos bruscos; Cliff con sus soldaditos, Mathilda con su muñeca. No podían compartir sus juegos, y tampoco les era permitido intercambiar juguetes. Ella los guiaba e interactuaba con ellos, cada uno por separada.

Cliff bostezó. Abrió su boca y aspiró todo el aire que pudo. No alcanzó a terminar, cuando Robert avanzó hacia ellos y lo tomó de la muñeca y amonestó:

—¿¡Qué modales son esos!? —Manipuló la muñeca para que el niño se golpeara a sí mismo—. ¿¡Acaso la inepta de tu madre no te ha educado!? —Cliff empezó a llorar—. ¡Debes tapar tu boca cuando bosteces! ¡Debes tapar tu boca!

—¡Tío Robert, basta! ¡Le hace daño a mi hermano! —exclamó Mathilda horrorizada y asustada.

Robert empujó a la niña con fuerza y gritó:

—¡Tú no te metas, mocosa!

Susan estaba paralizada. Jamás había presenciado un acto de violencia como ese. Lamentablemente, solo había visto los resultados de dicha acción en la piel de la vizcondesa. Pero al ver cómo Mathilda se incorporaba con torpeza y se sobaba la cabeza, reaccionó. Tomó el brazo libre de sir Robert con todas sus fuerzas para que soltara a Cliff, y gritaba:

—¡Suelte al niño! ¡Suéltelo!

—¡Cállate! —Soltó a Cliff solo para propinarle un golpe de puño a Susan.

Lo que vino después fue terrible… Para Robert.

Primero sintió que lo tomaban del brazo con una fuerza descomunal. Luego le siguió el agudo dolor en el tabique de su nariz al quebrarse. Cayó de costado, y su brazo apenas amortiguó el golpe. No tardó en saborear el gustillo metálico de su sangre invadiendo su boca. Alzó la mirada. No pudo reconocer a su agresor, pues le propinó una patada en el abdomen que le hizo perder el aire de sus pulmones, y otra más que le produjo un agudo dolor en sus costillas que se propagó en todo su tórax.

Ni su padre le había infligido semejante castigo.

—Lo invito, sir Robert, a abandonar este lugar. —Escuchó una voz grave dentro de su aturdimiento.

Robert veía doble y cuando las dos figuras se juntaron, reconoció a su atacante.

Lord Watford. Lo miraba con desprecio, mientras se sobaba los nudillos.

Iracundo, Robert ignoró el dolor en su cuerpo y la sangre que manaba de su nariz, y se levantó. Dando un alarido, arremetió contra Gideon, solo necesitaba incrustar su hombro en el abdomen del conde para quitarle esa expresión de superioridad.

No obstante, Gideon conocía muy bien esa táctica, era típica entre las peleas de borrachos. Le bastó con solo dar un paso en diagonal y salió de la trayectoria de Robert, quien no pudo detener su propio impulso y chocó con la pared.

A duras penas Robert se incorporó. No quiso mirar al conde y desvió la vista, mas fue peor. La estúpida de Céline abrazaba a sus hijos y ellos se aferraban a ella. Otro hombre atendía a la institutriz ofreciéndole su pañuelo para que limpiara la sangre que salía de su boca.

¿¡Qué demonios estaba pasando!? La fuerza de sus piernas flaqueó y quedó de rodillas.

Lord Watford avanzó hacia él. Lo tomó de la solapa de su levita, lo zarandeó y sin elevar el tono de su voz, dijo:

—¿Así que te gusta golpear a las mujeres? ¿O quieres que te dé más fuerte, cobarde? —Robert con suerte podía recuperar el aliento. Se aferró a la muñeca de Gideon.

El conde no se molestó en forcejear para deshacerse del agarre, con su mano libre forzó el

dedo meñique de Robert hacia atrás, hasta casi dislocarlo. El baronet dio un alarido ahogado y soltó al conde de inmediato, quien aseveró:

—Agradece que tu hermana está presente, de otro modo habría sido peor. No quiero que piense que soy una bestia como tú. —Asió a Robert hacia él y bajó su tono de voz para amenazar—: Y pobre de ti que te vea cerca de ella o de los niños, porque juro que te mataré. Te enterraré tan profundo en la tierra que ni Satanás te encontrará.

Gideon soltó a Robert. El conde jamás se había sentido tan furioso en su vida, tan enceguecido por la ira. Y se avergonzó por ello, deseaba con su corazón que Céline no le temiera después de haberlo visto asestando golpes como un animal. Ni siquiera él se reconocía, pero cuando escuchó los gritos y vio la aberrante situación no lo soportó. Era como presenciar la paliza que le propinó a Céline, lo vio todo rojo y se fue en contra de Robert.

Gideon miró al mayordomo y parte de la servidumbre que se había agolpado en la puerta de la habitación infantil. El conde se envaró, los miró fijo y ordenó:

—Quiero que este animal esté fuera de la casa de lady Freestone ahora mismo.

El mayordomo vaciló, al igual que los demás. Gideon resopló, miró a Céline y dijo:

—Milady, me temo que la servidumbre tiene problemas en comprender a quién deben obedecer. —Volvió a mirar a los sirvientes y declaró—: He venido aquí con mi abogado, quien puede atestiguar que sir Robert no tiene la potestad sobre los bienes de lord Freestone, sino su madre, lady Freestone. Este hombre no tiene el derecho de estar en esta casa, ni tiene la misión de pagar vuestros salarios. La única persona que ostenta ese poder es lady Freestone. Y si no son capaces de obedecerla y ser leales a ella, más vale que renuncien ahora, y por supuesto, se les pagará lo que hayan trabajado este mes.

Silencio.

Céline les susurró a sus hijos para que la esperaran unos instantes. Se levantó, se acercó a Gideon y sentenció:

—Están despedidos. —Solo en ese momento los sirvientes se dieron cuenta de que las palabras del caballero eran ciertas—. Todos, excepto Susan, obedecieron a Robert sin cuestionar, sin importar los golpes que yo recibía, ni las inhumanas órdenes que él daba. Y también creen que estoy loca, y no es así. Les pagaré lo que se les adeuda y les daré referencias, pero yo ya no confío en ninguno de ustedes. —Miró a Gideon y a August—. Echen a Robert. Devuélvanle la gentileza que ha tenido conmigo.

Gideon y August tomaron a Robert, el cual no se atrevió a oponer resistencia. Los sirvientes se hicieron a un lado cuando cruzaron el umbral de la puerta de la habitación. Lo llevaron a rastras por las escaleras hasta llegar a la entrada principal, y lo empujaron a la calle donde había numerosos transeúntes. Robert se empapó la ropa con la nieve blanda y el barro. Gideon lo observaba con desdén, y con su tono más despectivo dijo:

—Enviaremos sus pertenencias a Kingsclere. —Esculcó sus bolsillos y le lanzó unas monedas—. Tome el primer carruaje y váyase de Londres. Ni siquiera cometa la estupidez de volver, o lo pagará muy caro… Y agradezca que soy un caballero.

La puerta se cerró.

Robert recogió las monedas.

Un caballero sabía cuándo retirarse… y cuándo regresar.

Al regresar a la habitación infantil, Gideon encontró a Céline sentada en el suelo, aferrada a sus hijos. Entre lágrimas les pedía perdón, los besaba y los mecía. Los niños estaban más tranquilos, disfrutando de tener a su madre de vuelta. Aquella fue una agridulce reunión que él no se atrevió a interrumpir. Miró a Susan, pobre muchacha. Ella estaba sentada en una silla con

la vista perdida, estrujando el pañuelo que le había entregado el abogado. Era la primera vez que alguien la golpeaba como lo hizo sir Robert, y apenas podía asimilar ese hecho.

No obstante, así como entraron y se tomaron decisiones, había que actuar.

—Céline —llamó Gideon con suavidad. Ella centró su atención en los ojos pardos y serenos del conde—. Lamento ser inoportuno, pero creo que debemos zanjar el asunto del servicio hoy mismo.

Céline asintió. Gideon tenía razón, pero, independiente de la situación del servicio doméstico, ella no se sentía capaz de volver a vivir en ese lugar. Pensó que podría, pero en cuanto entró, la opresión de esa casa le hizo sentir que moría.

Portman Place le provocaba una espantosa sensación de indefensión. Todas las noches estaría esperando a que Robert irrumpiera por algún acceso de esa inmensa casa.

No, no quería vivir ahí. Con tan solo respirar en ese lugar se sentía abrumada.

—¿Podría hacerse cargo con el señor Montgomery? Me temo que seguiré necesitándolo a usted y su hospitalidad. Quiero cerrar esta propiedad hoy mismo y, de ser posible, vivir una temporada en Eden Hall mientras me hago cargo del vizcondado y busco un lugar más pequeño para vivir con mis niños y, por supuesto, con Susan.

Aquella petición le hizo sentir un inmenso alivio a Gideon. No iba a dormir tranquilo, pensando en Céline viviendo en esa horrible casa con sus hijos, lejos de él, con la incertidumbre de no saber si estaba segura y protegida.

—Será un inmenso placer tenerlos viviendo en casa, todo el tiempo que desee, Céline —respondió Gideon—. Vuelva a Eden Hall con los niños y Susan. Me haré cargo de todo, no se preocupe.

—Gracias, Gideon. Usted es un ángel… ¡Oh, niños! ¡Qué torpe soy! —Los instó a ponerse de pie. Los tres secaron sus lágrimas como pudieron—. Cliff, Mattie. No sé si recuerdan a lord Watford. Él vino hace muchos días a entrevistarse conmigo.

Los niños asintieron. Mathilda hizo una pequeña reverencia. Cliff intentó imitar esa corta y digna inclinación que hacían los caballeros para saludar. Gideon respondió el gesto, se acercó a ellos y se agachó para estar a la altura. Le ofreció la mano a cada uno para ser estrechada, y ambos niños respondieron, Cliff dando un torpe apretón y Mathilda con la seguridad que le daba su jerarquía de hermana mayor:

—Es un placer conocerlos, lord Freestone, señorita Kenworthy. Soy Gideon Graham, conde de Watford, a vuestro servicio.

Los niños sonrieron, les gustaba que un adulto los tratara como si fueran iguales.

Céline también sonrió. Gideon era un hombre que consideraba a los niños como personas y no como seres invisibles o inferiores, sin inteligencia, voz u opinión. Cualquier otro los habría saludado con un silencioso gesto y mirando desde arriba.

—Lord Watford me ha ayudado a… curar mis heridas y me ha brindado un lugar donde recuperarme —explicó Céline, sintiendo que no solo estaba sanando su cuerpo, sino su alma y su corazón.

—¿Es médico? —preguntó Cliff con inocencia.

—No, pero es algo mucho mejor que eso —respondió Céline. Miró a Gideon a los ojos y declaró—: Es mi más querido amigo y compañero…

Capítulo X

Esa misma noche, cuando finalizaba la habitual cena de los lunes en Eden Hall, tres pares de cejas masculinas se arqueaban ante el detallado relato que Gideon ofreció, respecto a los acontecimientos ocurridos ese mediodía. Wild, Warwick y Mackay estaban impactados e indignados. No obstante, el más indignado era el escocés, quien ya conocía a Céline y aseveró:

—Yo, en tu lugar, le hubiera pateado en sus partes pudendas a ese malnacido, para que no se reproduzca… Pero claro, no estabas pensando con frialdad en ese momento.

Gideon negó con la cabeza y replicó:

—Si hubiera pensado, me habría dado cuenta del espectáculo que estaba dando y no habría sido tan agresivo. Céline ya ha tenido suficiente violencia en su vida como para que yo le agregue más.

Los tres caballeros se miraron, no les pasó inadvertido el detalle, y luego Wild preguntó con suspicacia:

—¿Ya llamas a lady Freestone por su nombre?

Gideon no se había dado cuenta de su error y sin querer se puso en evidencia ante sus amigos. No deseaba explicar nada. Ni siquiera él mismo se atrevía a pensar en cómo proceder respecto a sus sentimientos. Si esa mañana lo que más temía era arruinar todo y no ser correspondido, esa noche lo peor que podía pasarle era que Céline considerara la idea de un matrimonio por conveniencia, con el cual alejaría a Robert del patrimonio del pequeño Clifford. Se aclaró la garganta y el conde se justificó:

—Nos hemos convertido en buenos amigos.

Warwick le propinó una mirada incrédula y refutó:

—Tardaste años en tratar por su nombre a la duquesa de Pemberton con comodidad y eso que tú le propusiste tener una relación de amistad más informal…

Mackay agregó:

—Y es rara la vez que entre nosotros nos tratemos por el nombre.

Wild añadió, burlón:

—Ay, no, entre nosotros no. Tenemos una reputación maldita que mantener. Si nos tratamos por el nombre, dirán que somos demasiado blandos y sentimentales para ser criminales asesinos.

Todos rieron. A esas alturas, el asunto de ser acusados seguía siendo grave, pero también se permitían bromear. Sin embargo, los amigos de Gideon sabían que había algo más allá; no solo era el tratar por su nombre de pila a la vizcondesa, sino por otras cosas, como el cambio en el semblante de Gideon; sonreía más, bromeaba más, se le veía más cómodo consigo mismo. También la situación había sacado a relucir facetas que no conocían de él, su tendencia a intentar controlar todo, que detestaba no sentirse útil, y que su ira era despertada cuando alguien amenazaba, directa o indirectamente, a sus seres queridos.

Si les hubieran preguntado a los demás si imaginaban a Gideon propinando una paliza, se habrían reído a carcajadas. Su amigo asistía de vez en cuando a un club de boxeo, pero su desempeño era regular e incluso mediocre. En ese momento, se dieron cuenta de que en realidad se contenía.

Y más valía no provocar su ira.

—Bien, ya que les he contado todo lo que sucedió, centrémonos en lo que averiguaron —zanjó Gideon.

Los rostros de Warwick, Wild y Mackay se tornaron serios y dejaron de lado las bromas.

Mientras los demás bebían vino, Mackay tomó la palabra:

—Warwick y yo fuimos a hacerle una visita a lord Northwood, en Mayfair, pero nos encontramos con la mala noticia de que no ha vuelto de Escocia desde julio del año pasado. Según el mayordomo, su amo solo volverá cuando se inicie el nuevo Parlamento.

Gideon se masajeó el cuello y comentó:

—No sé qué es peor, escribirle una carta a Northwood y que tardemos una eternidad en recibir una respuesta, o ir a Escocia, o…

Warwick interrumpió:

—O ir a preguntarle al administrador del teatro y darle un buen incentivo… Y eso fue lo que hicimos. El palco lo comparten tres amigos de Northwood entretanto él se encuentra en Escocia: lord Swansea, lord Gellywen y lord Callington.

Warwick, Watford, Wild conocían de vista a esos tres caballeros. Daba la casualidad de que dos de ellos eran rubios y el tercero castaño claro, por lo que era fácil confundir el color del cabello a la luz de las lámparas de gas, tampoco estaban al tanto si usaban bigote, eso dependía de la moda. Los tres eran casados con damas de cabello oscuro, pero no podían recordar cómo eran sus rostros.

Mackay llevaba poco tiempo en las lides de la aristocracia londinense, por lo que no conocía a ninguno de los mencionados. Al mismo tiempo que se rascaba el mentón, comentó:

—No recuerdo nada sobre las declaraciones que le dieron al magistrado esos tres y sus esposas.

Gideon bebió un sorbo de vino y acotó:

—De haber declarado algo memorable lo habría registrado el magistrado. Lo que me hace sospechar más sobre el silencio de esa mujer. Pudo haber sido la última que vio a lady Regina con vida

Wild asintió, conviniendo con la afirmación de Gideon y señaló:

—Pues eso lo sabremos el sábado. Swansea, Gellywen y Callington confirmaron su asistencia al baile que dará mi padre. No está de más decirte, Watford, que lleves a lady Freestone para que reconozca a la mujer que acompañó a lady Regina.

—Dalo por hecho.

***

Gideon subía la escalera con pasos lentos y cansados. El peso del día cayó sobre sus hombros como si él fuera Atlas sosteniendo el mundo. El conde negó con la cabeza al pensar en esa comparación, y reflexionó que lo que le producía ese agotamiento no era la situación de la vizcondesa o la de él mismo, sino todo el empeño físico que había que poner en cada una de las acciones que debía ejecutar para llevar a cabo sus objetivos.

Se sintió viejo.

Sin embargo, ese cansancio mermó cuando vio que Céline se aproximaba a su encuentro. Los labios de Gideon apenas se curvaron, pero fue suficiente señal para que ella no sintiera que lo estaba importunando. El conde llegó hasta la vizcondesa y dijo:

—Pensé que ya estaría descansando con sus hijos.

La sonrisa de Céline, pese a lo agotada que estaba, fue radiante. Sus hijos le habían rogado que durmiera con ellos al menos una noche y ella no quiso negarse, porque los necesitaba con el alma, despertar y tenerlos a su lado. No obstante…

—Solo quería darle las gracias, Gideon. —Suspiró—. Usted me ha devuelto mi vida, todo

lo que me hace feliz.

—Usted habría encontrado la forma, Céline —elogió, y de verdad lo creía—. No habría dejado de luchar.

—Oh… tal vez. No obstante, habría sido mucho más complicado. Para las mujeres es difícil luchar sin dinero, sin posición y sin un hombre que las apoye… Yo no tenía nada de eso, usted confió más allá de lo que decían de mí, y hoy…

—Céline —interrumpió—… sobre mis reprochables actos de esta tarde, quiero expresarle mis más sinceras y sentidas disculpas.

El ceño de Céline formó una línea vertical y, extrañada, interpeló:

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No quiero que piense que siempre soy así de agresivo cuando estoy enojado.

Céline sintió alivio y sin meditar demasiado en su respuesta dijo:

—Ah… eso… Es extraño que lo diga, mas debo confesarle que me dio gusto que usted me vengara. —Reprimió una sonrisa, pero falló—. Yo también estaba furiosa y, de haber tenido la fuerza o la pericia suya para asestar golpes, hubiera hecho lo mismo por defender a mis hijos, y quizás no me habría controlado como usted. Pudo haber matado a Robert si hubiera querido, pero no lo hizo.

Aunque Gideon sintió cierto consuelo por hacer un poco de justicia por Céline, no era motivo de orgullo e insistió:

—Estaba ciego de ira… Fue más poderoso que yo. Le juro por mi vida que no soy así.

—Sé cómo son las personas que no se miden, Gideon. Con lo poco que lo conozco me puedo atrever a decir que usted no se descargaría de esa manera con niños o mujeres.

Gideon meditó las palabras de Céline. Ni siquiera cuando se enteró de la horrenda traición de su esposa pensó en golpearla. No quería verla, ni oír sus gritos. Deseaba alejarla de su presencia, castigarla, encerrarla y no permitirle huir de las consecuencias de sus actos… Su interior era un huracán de emociones violentas y heridas, pero no se le pasó por la cabeza alzar su mano.

—Puede ser —convino Gideon.

—No hay nada que perdonar, porque a mi juicio no hizo nada malo en la situación en la que estábamos. Robert estaba dañando a mis hijos y a Susan, y usted los defendió, y eso es lo único que me importa. Siempre voy a estar en deuda con usted, y me faltará vida para devolver todo lo que ha hecho por mí y mis hijos.

—Verla contenta y tranquila es todo lo que necesito para que la deuda esté saldada.

—No, todavía no. Aún falta que yo cumpla mi parte del trato.

A Gideon le sorprendió esa aseveración. De verdad había olvidado que el génesis de su relación era un intercambio de favores y respondió:

—A propósito de ello, falta poco para que quedemos a mano, milady. Ya tenemos a tres parejas que pudieron estar en el palco de lord Northwood, y al menos dos calzan con su descripción. Su última misión será reconocerlos en el baile del duque de Bridgewater, el padre de mi amigo, lord Wild.

—¿Y eso cuándo será?

—El sábado.

—Bien… Creo que ahora sí tengo un vestido apropiado para acompañarlo. He recuperado todas mis pertenencias…

Céline se quedó en silencio. Debía admitir que su guardarropa estaba pasado de moda, Freestone no se preocupaba de ello a menos que ella se lo indicara y él, a regañadientes y

mascullando por el dinero que iba a malgastar, mandaba a confeccionar algo. Céline, a la larga, optó por no pedir nada a su marido a menos que fuera estrictamente necesario. No le gustaba pagar con lo poco que tenía de orgullo y dignidad, y que su esposo la humillara por cada petición.

La voz de Gideon llegó a ella, la escuchaba lejana, pero fue suficiente para sacarla de sus cavilaciones.

—Céline… vuelva. —Ella lo miró—. ¿Pasa algo malo? De pronto su expresión cambió. —Gideon ladeó su cabeza y se atrevió a conjeturar—: ¿Pensaba en su esposo?

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé, su mirada se volvió… no sabría cómo explicarlo. —«Pero me partió el corazón», pensó.

—A veces es inevitable… —admitió Céline de manera tácita, sin querer ahondar más en sus recuerdos. Ya tenía el control de su vida en sus manos, del resto solo el tiempo se encargaría.

—Sí, es cierto. A veces lo es. —Suspiró. No sabía qué más decir. Los recuerdos, los malos recuerdos, eran un verdadero incordio.

El silencio se cernió entre ellos. Era muy fácil dar por terminada la conversación y dirigirse a su respectiva habitación, pero cada vez era más difícil soslayar la admiración mutua, ese vínculo invisible que se hacía más poderoso y que no les permitía alejarse sin más.

Ese sentimiento que nunca imaginaron experimentar por otra persona iba echando raíces en lo más profundo de sus corazones. Se sentían como un par de jovencitos inexpertos, porque no tenían idea de cómo lidiar con esas turbulentas emociones. No era lo mismo concertar un matrimonio con alguien relativamente adecuado y esperar a que el cariño y la costumbre los uniera, en vez de enamorarse y llenarse de miedos e inseguridades.

Miedo a perder esa relación que estaban construyendo, esa confianza, esa familiaridad que les colmaba el alma. Temían que, si externalizaban sus sentimientos, perderían ese hermoso lazo que los unía. Pero también temían amar a la distancia y fingir que no había más que un fraternal cariño.

Estaban llegando a una encrucijada sin saberlo.

Gideon miró los rosados y suaves labios de Céline. Aún quedaba algo de la hinchazón de su delicado rostro, aquello le hizo recordar la noche en que ella llegó, y lo diferente que eran los dos en ese entonces.

No, no era el momento. Reprimió el intenso deseo de acariciar con su pulgar sus tibios labios, atraerla hacia él y besarla. Céline apenas estaba saliendo del tormento que significaron todos esos años en los que estuvo bajo el sucesivo yugo de su padre, Freestone y Robert, sumida en la incertidumbre, la violencia, el dolor y la opresión. No, ella necesitaba un respiro. Que saboreara la independencia.

—Creo que ya es hora de ir a descansar —fue la tácita despedida Gideon.

Céline parpadeó. Se había quedado perdida observando los iris pardos de Gideon que alternaban entre sus ojos y sus labios. Por un momento pensó que él la iba a besar. Era la primera vez que deseaba ser besada por alguien, sentir esa tierna intimidad. Sentirse amada, anhelada.

Su voz rezumaba decepción cuando convino y dijo:

—Tiene razón. Ha sido un día largo, que tenga buenas noches.

—Usted también…

Ambos tomaron direcciones opuestas.

Cada paso que los alejaba les hacía darse cuenta de que era inútil. De hecho, todo estaba perdido.

Era demasiado tarde, habían entregado su corazón

La cuestión era armarse de valor, preguntar y rogar al cielo que la respuesta no arrojara el último puñado de tierra que terminaría de sepultar ese amor.

Ese amor que solo buscaba una oportunidad para echar raíces, crecer y florecer.

Capítulo XI

Los días volaron. Hacerse cargo de un vizcondado era una responsabilidad que nadie hubiera imaginado endosar a lady Freestone y, por lo tanto, ni siquiera se tomaron la molestia de enseñarle lo esencial. Gideon ayudó a Céline en todo lo que estuvo a su alcance y, si bien siempre estaba con ella para guiarla, al momento de hablar con cualquier hombre que estuviera relacionado con los bienes de Freestone, Céline era la que dictaba las reglas y él actuaba desde un segundo plano. Esa era la forma que el conde ideó para que la reputación de la vizcondesa cambiara y ella tuviera más confianza en sí misma.

Así, Céline constató que Robert había despedido al administrador de las tierras de su difunto esposo y se había encargado de llevar las cuentas, y eso incluía recaudar el dinero de las rentas. Durante esos meses, en los libros contables figuraba el ítem de «Pecunio por administración» y «Gastos de representación», cuyas sumas eran exorbitantes. Aquello confirmaba que Robert estaba desfalcando las arcas del vizcondado.

Ella esperaba que, con el reciente fallecimiento de su padre, la codicia de Robert menguara. Su herencia no era tan cuantiosa como la fortuna de Freestone, eso era difícil de igualar, pero, de todas formas, era considerable.

Esa mañana de viernes, como todas las mañanas desde que llegaron los hijos de Céline, desayunaban todos en la misma mesa. Gideon lo permitía por tres motivos. El primero, porque así había sido educado y no concebía otra forma de tratar a un niño. Su padre, motivado por la corta vida de los condes de Watford, jamás lo consideró como un ser inferior. Era imperativo para él tratarlo como una persona capaz desde que Gideon empezó a hablar, debido a que el condado estaría en sus manos a muy temprana edad. El segundo, mientras estuviera Céline en su casa con sus hijos, él procuraría darles todo lo que se les había negado y, en el caso de Clifford y Mathilda, una figura masculina positiva. No era tan pretencioso como para denominarse a sí mismo como un gran ejemplo, pero deseaba enmendar la primera impresión que se llevaron de él golpeando a Robert. El tercero, y el más importante, si los niños no estaban en la mesa, Céline tampoco.

Cliff y Mathilda eran niños inteligentes, mas se notaba el daño que había provocado Robert en sus caracteres. Muchos podían decir que eran tranquilos, silenciosos y obedientes, un modelo a seguir. No obstante, ese comportamiento ideal era producto del miedo. Según lo que le contó Céline a Gideon, sus hijos también habían sufrido la ausencia de una figura paterna. Freestone, pese a vivir en la misma casa, apenas los tomaba en cuenta. Ignoraba a Mathilda por ser niña, y a Cliff porque aún no había alcanzado los doce años. Solo a esa edad el vizconde se encargaría de la educación de su heredero. Céline tenía la fuerte convicción de que sus hijos actuaban de esa forma como una manera de sobrevivir en un ambiente hostil y carente de afectos. Ella adoraba a sus hijos y demostraba su amor cada vez que tenía la oportunidad. Intentaba que sus infancias fueran felices, que fueran niños inquietos, ruidosos, traviesos, porque ella, pese a los golpes que recibió por su «mal comportamiento», fue libre y feliz las pocas veces que desobedeció las rígidas reglas de su padre.

A veces sentía que había fallado como madre y que sus errores eran irreparables. Otras veces se convencía de que era lo mejor que podía hacer en las condiciones que estaba.

Mas en ese momento, Céline sentía esperanza. Todos esos días, a la hora del desayuno, Gideon intentaba llegar a ellos, les hacía preguntas, les contaba historias de cuando él era niño. Clifford y Mathilda se comportaban tímidos, cautelosos y solo respondían cuando les hablaban. Sin embargo, esa mañana…

—Milord, ¿usted sabe pescar? —preguntó Cliff, interrumpiendo el breve silencio que se había producido después del saludo general de buenos días.

Gideon lo miró con sorpresa y el pequeño empezó a sentir que el arrepentimiento corroía su ímpetu. No obstante, el conde asintió esbozando una sonrisa y respondió:

—Por supuesto. Creo que todo ser humano debe ser capaz de obtener su propio alimento. ¿Usted sabe pescar, lord Freestone? —preguntó anticipando la respuesta.

Cliff negó con la cabeza y añadió:

—¿Es difícil?

Gideon hizo una mueca mientras meditaba la respuesta, y luego contestó:

—Depende del lugar, no es lo mismo pescar en un lago, en un río o en el mar. En lo personal, me defiendo en ríos y lagos. De hecho, al lado de Riverside Park, mi casa de campo en Watford, está el río Gade, ahí se pueden pescar alburnos, carpas, percas, gobios y lucios.

Los ojos de Cliff se iluminaron ante las palabras de Gideon y, desbordante de entusiasmo, indagó:

—¿Y usted me podría llevar a Watford y enseñar a pescar?

Gideon miró de soslayo a Céline, quien estaba con una expresión de felicidad. Luego su atención se desvió hacia la pequeña Mathilda, se le notaba seria y callada. A la postre contestó:

—Si su madre lo aprueba, podríamos pasar unas semanas en Riverside Park en el verano. —Miró a Mathilda e interrogó—: Señorita Kenworthy, ¿a usted no le interesa aprender a pescar o se siente inclinada por otra afición?

Mathilda lo miró boquiabierta, como si a Gideon le hubiera salido un cuerno. Pocas veces un hombre adulto había reparado en su presencia, y tío Robert solo le hacía sentir como una carga pesada para el mundo, un estorbo. No obstante, pronto cambió su expresión y repuso con un atisbo de emoción:

—¿Puedo aprender a pescar? —Sin embargo, se alarmó. Quizás era una trampa del conde para reírse de ella, y enseguida cuestionó—: ¿No es acaso un pasatiempo de hombres?

—¿Pescar es un pasatiempo exclusivo de los varones? —interrogó Gideon con sus cejas arqueadas. Mathilda se encogió de hombros como si no le importara la respuesta. El conde se rascó el mentón meditando sus palabras. Al cabo de un rato, aseveró—: Hasta donde sé, cualquier persona que tenga una mano buena puede pescar. Conozco a la señora Wilson, la esposa de uno de mis arrendatarios. Ella perdió varios dedos en un accidente y es perfectamente capaz de sacar unos cuantos peces para almorzar. Yo mismo la he visto… Así que, contestando su pregunta, sí, usted puede aprender a pescar, y no, no es un pasatiempo exclusivo de los hombres.

Mathilda miró con gesto suplicante a su madre y dijo:

—¿Podemos ir en el verano a la casa de lord Watford, mamá? La mansión de Kingsclere es aburrida.

Céline no fue capaz de negarse y asintió con un suave ademán, aun sin saber qué le deparaba el futuro. Era una linda ilusión pensar que podrían pasar un apacible verano, en un lugar en el que podrían estar a sus anchas. Para Céline, todo lo que le recordara la vida con Freestone le parecía maldito y, aunque no le gustaba la idea de tener que ir a Kinsgclere, tarde o temprano tendría que hacerse cargo de la propiedad para el futuro de sus hijos.

Mientras tanto, aplazaría volver a ese sitio tanto como le fuera posible.

Mathilda y Cliff celebraron con aplausos ante la idea de aprender a pescar y la confirmación de que lord Watford no era un hombre malo como tío Robert, o indiferente como su padre.

Céline sonreía al ver a sus hijos contentos. Le dedicó una mirada llena de gratitud a Gideon y, sin voz, articuló un «gracias». Él se inclinó levemente hacia ella y le tomó la mano. Un ligero apretón la llenó de calidez. Esa era su manera de decir «de nada».

El mayordomo entró en la estancia. Gideon y Céline se soltaron las manos como si estuvieran haciendo algo malo. Haciendo caso omiso a aquella infantil reacción, Wilkins anunció:

—Milady, han llegado unas cajas desde el atelier de *madame* Collier.

Céline había olvidado que esa semana llegarían los vestidos que el conde mandó a confeccionar para ella. Gideon fue testigo de cómo se ensanchó la sonrisa de Céline en un delicioso gesto de femenina frivolidad. Lady Freestone se lo merecía, lo valía. Si él pudiera engalanarla del modo en que la amaba, ella vestiría siempre de oro.

Pero la seda dorada, roja y púrpura también cumplirían sus propósitos: mostrar a Céline como la hermosa dama que era, por dentro y por fuera.

Y en ese preciso instante, ella se veía preciosa cuando ordenó con suavidad:

—Gracias, Wilkins, que lleven todo a mis aposentos, por favor. —En su voz se apreciaba la emoción por ir a ver su ropa nueva. El mayordomo se retiró, y ella dirigió su atención a Gideon y aseveró—: La próxima semana le pagaré cada penique que ha…

Gideon la reprendió con la mirada. Su gesto era suave pero firme y dijo:

—Ni lo sueñe, Céline. Considérelo como un regalo de mi parte; una celebración por su nueva posición como cabeza de la familia.

—Pero, milord… Gideon, es demasiado.

—Nunca es demasiado cuando se trata de usted… ¿Por qué no va a ver si todo está en orden con lo que ha venido del atelier? —propuso con naturalidad.

—Recién nos sentamos a desayunar y…

—Insisto, Céline. Nosotros podemos continuar por nuestra cuenta. Cuando vuelva yo la acompañaré.

Céline vaciló por un par de segundos, pero la curiosidad pudo más. Se levantó y, apresurada, se dispensó para ir a su alcoba.

Los tres se quedaron en silencio y continuaron con su desayuno. Gideon abrió su periódico y empezó a leer los titulares. Sin embargo, ese silencio no se extendió por mucho rato, a los oídos del conde llegaron los murmullos de los niños que parecían discutir.

Gideon los miró de soslayo; Mathilda negaba, Cliff tenía un gesto suplicante. El conde esbozó una sonrisa, no quiso interrumpir, ellos debían que resolver sus propios asuntos, a menos que pasara a mayores.

De pronto escuchó un «¡Está bien!» con un evidente tono de hartazgo. Era la voz de Mathilda que luego se aclaró la garganta y llamó:

—¿Milord?

Gideon bajó el periódico, la miró y respondió:

—Sí, señorita Kenworthy.

Mathilda se enderezó, inspiró e interrogó:

—Milord, Cliff quiere saber si tiene caballos. Yo le digo que su pregunta es tonta, todos los caballeros tienen al menos uno.

Gideon dobló su periódico e intentó no reír, pero en sus ojos bailaba la diversión, y contestó:

—No hay preguntas tontas, señorita Kenworthy, todas tienen el valor de dejar atrás la ignorancia… Y contestando la suya sí, tengo caballos. Se trata de un par de bayos de tiro para el

carruaje; uno se llama Argos y el otro, Talos.

Mathilda intentaba aparentar que la respuesta no la emocionaba; sin embargo, no pudo evitar preguntar:

—¿Y no tiene uno propio para montar?

—Tenía uno, se llamaba Gerión, pero… pasó a mejor vida. En Watford está terminando de ser entrenado mi nuevo caballo, un purasangre. Mi amigo, lord Mackay, cría sus caballos en mi propiedad. Son muy especiales, difíciles de domar, pero una vez que encuentran al jinete adecuado que los sepa llevar, son fieles hasta el final.

—¿Y tiene nombre? —se atrevió a preguntar Cliff.

—¿De qué color es? —indagó Mathilda casi al mismo tiempo.

—Se llama Orión y es de color negro.

Ambos niños imaginaron al imponente ejemplar, y solo pudieron decir al unísono un «Ooooooooh».

—¿Nos puede enseñar a montar? —preguntó Mathilda, dejándose llevar por el buen carácter de lord Watford. Le costaba creer que fuera tan diferente a su tío, o su padre… o su abuelo que había muerto hacía poco, pero que ella no lamentó. Las contadas veces que vio al viejo, se dirigía a ella con desprecio. A Clifford lo trataba mejor, solo por ser varón; no obstante, su hermano no disfrutaba de ese absurdo privilegio.

Gideon frunció el ceño y replicó:

—¿Nadie les ha enseñado a montar?

Los niños negaron con la cabeza.

—Cuando mejore el tiempo empezaremos con las clases. En esta época hace demasiado frío y es peligroso, por el barro y la nieve que se está derritiendo.

—¿Lo promete? —dijo Clifford.

—Palabra de honor.

—¿A los dos? —insistió el niño.

—A los dos. —Dirigió su atención a Mathilda—. Las cosas cambiarán, señorita Kenworthy. Aquí, bajo el cuidado de su madre y mi protección, usted es tan valiosa e importante como su hermano, y procuraré ser lo más ecuánime posible. Los dos aprenderán a montar a caballo, a pescar e, incluso, a dar un buen derechazo… Bueno, lo de los derechazos será solo cuando la ocasión lo amerite, no todo se resuelve con violencia, claramente.

—Tío Robert se lo merecía —apostilló Mathilda—. Era malo y no entendía con palabras.

—¿Y ustedes no temen que yo sea como él?

Los niños no dijeron nada. En cambio, lo estudiaban como si él tuviera la respuesta escrita en la cara. Tras unos segundos Clifford respondió:

—Usted es diferente. Nunca se enfada. Tío Robert sí, todo el tiempo está enfadado.

Mathilda agregó:

—Usted es muy amable con nuestra mamá y con nosotros. No nos grita ni nos castiga.

—Bueno, me alegra mucho que ustedes no me teman.

Cliff inspiró. Sintió la suficiente confianza para comportarse como un niño grande y sentenció con solemnidad:

—En nombre del vizcondado le doy las gracias por defendernos, milord.

Esa actitud de Clifford le hizo recordar a Gideon su propia infancia, cuando su padre lo animaba a comportarse de acuerdo con su posición en vez de ridiculizarlo, por lo que comprendía que le tomó mucho valor al pequeño vizconde decir esas palabras. Hizo una leve inclinación de cabeza y contestó:

—Ha sido un placer, lord Freestone. No importa cómo y cuándo, siempre los defenderé a usted y a los suyos.

Cliff y Mathilda sintieron que esa promesa no era en vano.

***

Y llegó la noche del baile ofrecido por el duque de Bridgewater, el padre de lord Wild. Como siempre, Gideon esperaba a Céline en las escaleras para acompañarla en su descenso. No importaba que ella estuviera más repuesta de sus costillas fracturadas, sabía que todavía faltaban seis semanas para que se recuperara por completo, pero le gustaba llevar a cabo esa especie de ritual entre ellos.

Estaba ansioso. Se preguntaba qué vestido se pondría Céline para la ocasión, le había regalado cinco diferentes. Sonrió con orgullo masculino. Ella lo reprendió con suavidad por haber comprado tres más de lo que habían acordado. Él solo se justificó diciendo que le debía una noche en el teatro y aquellos vestidos eran una compensación temporal.

El frufrú de la seda lo sacó de sus recuerdos y miró a su izquierda. Céline se aproximaba hacia él con evidente timidez. Ella no sabía si era demasiado osado ese vestido rojo, pero era tan hermoso y elegante, tanto como los otros que Gideon había elegido por su cuenta. Le había costado mucho decidir.

Fue inútil el esfuerzo de Gideon por no entreabrir su boca y recorrer con la mirada la curvilínea y madura figura femenina que se atisbaba entre los pliegues de seda roja.

Tampoco fue capaz de reprimir el impulso de tomar la mano enguantada de Céline y depositarle un beso en el dorso, que ella sintió un poco más largo de lo que dictaba la etiqueta. A la postre, y sin soltarle la mano, Gideon aseveró:

—Estoy frente a la verdadera Céline.

La vizcondesa ladeó su cabeza y preguntó:

—¿La verdadera Céline? ¿Acaso no he sido yo todo este tiempo?

Gideon negó con suavidad.

—Me refiero a la verdadera mujer que lleva usted dentro, la que ha tenido escondida demasiados años, y tengo el privilegio de verla salir esta noche. Demuéstrele a todo el mundo que no es lo que Freestone decía de usted.

Las palabras de Gideon tenían tanta convicción que ella quería creer que eran ciertas. A veces dudaba de sí misma, pero debía reconocer que él tenía razón; ella había cambiado. No obstante, aún quedaba un camino largo por recorrer para lograr verse a sí misma como él la veía.

La admiraba.

De verdad la admiraba.

Una ola de frío y calor se propagó en ella ante ese pensamiento. ¿Acaso era posible? ¿Había una posibilidad de que él sintiera lo mismo?

Su corazón comenzó a latir a un compás acelerado cuando él acercó su mano a su mejilla y acarició con sutileza.

—Ha desaparecido por completo —susurró Gideon como si estuviera observándola por primera vez—. ¿Cómo fue capaz ese animal?... su piel es tan delicada y suave.

Aquel contacto hizo que el rubor coloreara las mejillas de Céline, y un intenso calor se extendió por todo su cuerpo. Tampoco le ayudaba a calmar sus emociones el aspecto soberbio de Gideon, quien vestía un impecable traje de etiqueta de riguroso negro, a excepción de la camisa, el chaleco y el pañuelo, que eran blancos, y que escondían toda esa fuerza que él contenía a la

perfección, y que no era solo física, sino también de carácter y de convicciones.

Céline sintió la boca seca y se lamió los labios. Hacía demasiado calor.

Gideon parpadeó lento y su mirada se encontró con la de Céline. Ella lo miraba con sus ojos castaños muy abiertos. Se reprendió en su fuero interno, no había podido dominar el impulso de tocarla. Podía mentirse a sí mismo y decir que ella lo estaba hechizando y que se apoderaba de su voluntad. Pero debía admitir que, por muy buenas intenciones que tuviera de mantenerse estoico y distante para que ella no se sintiera acosada, estaba perdiendo el control de sus acciones. Cada día que pasaba, deseaba estar más cerca de Céline. Ansiaba darle bienestar, felicidad y tranquilidad. Sentía que podía estar horas en silencio con ella y, aun así, no existía el vacío. Céline lo llenaba todo: con la sencillez de su carácter, con esa sabiduría que salía de su boca con cada pensamiento profundo que exteriorizaba, con su fortaleza que le exigía no rendirse ante los obstáculos, con su fragilidad que se exponía en cada recuerdo doloroso. Podía ser suave, podía ser dura.

Podía ser la primavera que acabaría con su invierno.

Gideon inspiró profundo, y sus pulmones se llenaron de aire. Le ofreció el brazo a Céline y ella se aferró a él. El conde pudo percibir el tenue aroma a azahar.

Sí, ella era la primavera.

—Vamos, Céline. Un baile aguarda por nosotros.

Capítulo XII

Los nervios de Céline estaban a flor de piel. No obstante, la presencia segura de Gideon era un aliciente para ella. Sabía que, si cometía alguna torpeza, él podría salvar la situación.

La noche estaba fría y el cielo, encapotado. Al interior del carruaje estaban cobijados con mantas de piel para conservar el calor. Céline llevaba una capa gruesa y abrigadora que la cubría de pies a cabeza. Gideon vestía un elegante sobretodo negro.

Lamentaron cuando fue su turno de descender del carruaje, el cambio de temperatura fue brusco. Avanzaron a paso veloz hasta llegar a la entrada donde estaban los anfitriones de la velada dando la bienvenida, los duques de Bridgewater y su hijo mayor, lord Wild, quien les dedicó una regia inclinación y comentó a Céline con cierto tono adulador:

—Al fin conozco a la famosa lady Freestone. Watford me ha hablado mucho de usted, milady.

—Ah, ¿sí? Espero que solo hayan sido cosas buenas.

—Watford solo habla de lo extraordinaria que es usted —mintió, aunque no estaba alejado de la realidad. Nunca había visto a su amigo con el pecho hinchado de orgullo al escoltar a una dama—… Pero no nos había dicho que era tan hermosa. Debería darnos el placer de disfrutar de su compañía en la cena de los lunes.

Céline esbozó una sonrisa tímida. Se notaba que lord Wild solo molestaba a Gideon, pues le dedicaba sendas miradas taimadas, repitiendo el comportamiento de lord Mackay cuando estuvieron con él en el teatro. Resuelta a no someter a Gideon a las bromas de sus amigos, repuso:

—No me gustaría interferir en sus reuniones. Creo que a veces las personas necesitan sus propios espacios, y las cenas de lunes son solo de lord Watford y sus amigos.

—Entiendo su punto. Y usted, ¿tiene sus propios espacios? —preguntó con un tinte de malicia.

—Por supuesto, milord.

—Entonces, en virtud de hacer valer su concepto de espacio propio y libre albedrío, supongo que me concederá el honor de bailar una pieza.

—Debo advertirle que no tengo mucha práctica, pero si quiere correr el riesgo, no se lo impediré.

—Será un honor, milady, ser pisado por sus delicados pies.

Wild le dedicó una nueva inclinación a Céline, al tiempo que miró de soslayo a Gideon, quien tenía una expresión severa y le anunciaba con un tono monocorde:

—Nos vemos adentro, Wild.

—Disfruten del baile.

A lo largo de los ocho años que duró su matrimonio con Freestone, Céline había asistido a dos o tres bailes anuales junto a él. Aquellas experiencias habían sido una mezcla extrema de entusiasmo e incomodidad. Le gustaba el ambiente de los bailes, la diversión, las danzas, la música, los atuendos fastuosos, la comida deliciosa, las conversaciones. Sin embargo, nada de eso podía disfrutar, debía permanecer siempre al lado de Freestone, y cuando él iba a algún salón de juegos o a fumar con sus amigos y conocidos, ella tenía la orden de quedarse en un rincón sola y no hablar con nadie.

Una vez se atrevió a desobedecer, su irreflexivo acto de rebeldía le costó muy caro. Freestone se enteró, y la encerró en sus aposentos durante un mes, solo le permitía ver a sus hijos por una hora al día, y no le habló en seis meses. Esa ley del hielo fue quebrada únicamente

porque él debía asistir a otro baile con su esposa, no con una querida.

Habían pasado ocho meses desde la última vez que estuvo en un baile, y lo hacía del brazo de un hombre que era la antítesis de su difunto esposo.

Y ella no era la misma. Gideon tenía razón.

—Si maneja a todos como lo ha hecho con Wild, los tendrá comiendo de la palma de su mano —elogió Gideon—. ¿Me permite una recomendación?

—Dígame, tengo curiosidad.

—Sea descarada, no piense demasiado en sus respuestas… Converse como si lo estuviera haciendo conmigo, con seguridad y convicción. No es una debutante, así que juegue con sus propias reglas.

—¿Soy descarada con usted?

—Usted es deliciosamente franca y es una de sus cualidades que más aprecio.

Céline apretó los labios para no sonreír y delatar que aquellas palabras la llenaban de orgullo… y esperanza. Sin embargo, replicó:

—Si soy demasiado franca, directa y segura, tal vez no seré del agrado de todos.

—Nadie puede ser del agrado de todos. Pero usted les agradará a las personas adecuadas.

—Espero que tenga razón.

Avanzaron con dificultad entre la multitud, la casa del duque de Bridgewater era inmensa. Céline no conocía a la mayoría de las personas que la miraban con curiosidad e interés, pero no se amilanó ante el intenso escrutinio, alzó su barbilla y adoptó una actitud orgullosa, pese a que sus manos y piernas temblaban.

Una voz femenina y conocida los saludó a sus espaldas:

—Lord Watford, lady Freestone, qué alegría verlos.

Era la duquesa de Pemberton, iba del brazo de su esposo. En los eventos sociales no usaban el trato familiar, solo para seguir la odiosa etiqueta. Céline y Gideon dieron media vuelta, al tiempo que varios ojos curiosos siguieron con interés el encuentro. El caballero maldito y la vizcondesa loca habían llegado juntos al baile.

¿Cómo se habían conocido? ¿Por qué estaban juntos?

Y lady Freestone ni siquiera estaba de semiluto. Algunos entendieron de inmediato el lógico mensaje, el difunto vizconde no era digno de duelo.

Muchos se habían enterado en las últimas semanas que lord Freestone había muerto. Cuando el vizconde falleció, Céline llevó a cabo los ritos funerarios de un modo discreto, sin pompas. En ese momento no le importó el qué dirán, Freestone ya había ensuciado su propia reputación y la de ella durante su vida en común, por lo que ni siquiera se tomó la molestia de publicar un par de líneas en el obituario de los periódicos de Londres. Un pequeño castigo con sabor a venganza: un hombre notorio cuya muerte pasó sin pena ni gloria. No obstante, el dulzor de ese acto se arruinó con la lectura del testamento y dejó a la vizcondesa a merced de Robert.

Céline y Gideon hicieron una digna reverencia ante los duques de Pemberton y luego se acercaron con francas sonrisas. Eleonora le tomó las manos a Céline e inició la conversación:

—Querida lady Freestone, se ve absolutamente encantadora, el rojo le sienta muy bien.

—Muchas gracias, su excelencia. Lo mismo digo de usted, el verde acentúa el color de su cabello.

Blake terció:

—De todos los colores que usa la duquesa, el verde es el que más me gusta.

Eleonora sonrió y soltó las manos de Céline. Tomó el brazo de su esposo y se inclinó hacia él con una expresión nostálgica, y añadió:

—Fue el color que elegí para terminar con mi luto de forma pública. Bastante discreto pero elocuente. Sin embargo, usted, querida, ha dado un verdadero golpe.

—Tenía muchas opciones y me costó decidir un color, pero precisamente una reacción como la suya era la que deseaba lograr.

—Y lo ha logrado, sin duda… Cambiando de tema, lord Watford me comentó en un mensaje que ya ha recuperado a sus hijos. —Céline sonrió y asintió. Eleonora añadió—: No sabe cuánto me alegro. Será un placer que vaya a pasar unos días a mi casa para que sus hijos conozcan a Sylvester, creo que congeniarán de maravilla.

—Lo haremos en cuanto deje todo resuelto respecto a la administración de la herencia de mi hijo. El desempeño de mi hermano como tutor y administrador… Bueno, resultó ser nefasto y esa palabra se queda corta para definirlo.

El gesto de Blake se tornó adusto. No le sorprendía, era una de las opciones que barajaba cuando conversó con Watford sobre el asunto e intervino:

—Estoy seguro de que usted podrá subsanar el daño.

Céline miró de soslayo a Gideon y repuso:

—Lord Watford me ha estado asesorando en este proceso. Su ayuda ha sido decisiva en recuperar el patrimonio de mi hijo.

—No me extraña. La conducta de Watford siempre ha sido intachable, aunque algunos digan lo contrario —evidenció el duque con vehemencia, alzando su altiva ceja y mirando a todos los que fingían no estar pendientes del intercambio.

Céline advirtió que ese era el momento preciso de también devolver de alguna manera lo que Gideon había hecho por ella. No importaba si su reputación era de loca, estaba rodeada de personas respetables y podía sembrar semillas en esos oídos, dividir opiniones, hacer saber que los caballeros malditos no estaban de brazos cruzados, que su investigación no era solo un rumor, por lo que aseveró:

—Es tal cual como dice, su excelencia. Es más, mi presencia en el baile no es antojadiza, también estoy en la búsqueda de justicia para lord Watford y no cesaré hasta que su reputación vuelva a ser impoluta. Estoy más que segura de que pronto podremos esclarecer todos los hechos.

A Gideon no le pasó inadvertida la reacción de algunas personas que se asombraron ante esa declaración y comenzaron a murmurar. Céline había hecho una jugada arriesgada, pero que tenía mucho potencial; usar esos mismos rumores para que sus reputaciones no fueran del todo dañadas.

Blake siguió el juego de Céline y dijo:

—Más de alguna boca quedará cerrada en el futuro. Por lo menos este problema ayudará a nuestro amigo para saber quiénes son de confianza.

Gideon asintió. Los duques de Pemberton siempre lo habían apoyado sin importar si sus reputaciones quedaban en entredicho, mas no por ello no dejaba de emocionarse y coincidió:

—Yo ya sé quiénes son mis verdaderos amigos.

Y al terminar de decir esas palabras sintió unas sorpresivas palmadas en la espalda y una voz viril y jovial que señalaba:

—Asumo que estoy en ese selecto grupo, mi querido Watford.

Gideon miró hacia su costado y ahí estaba Warwick con su sonrisa ladina, a la que respondió con vehemencia:

—Por supuesto, juntos en la caída en desgracia.

Warwick rio y exclamó:

—¡Hasta el mismo infierno!

Todos rieron. La risa de Céline sobresalió de un modo muy especial, su tono, el color de su voz y la vivacidad llamaron la atención de Warwick y preguntó:

—Creo que usted y yo no nos conocemos.

Gideon le propinó una mirada de advertencia a su amigo y respondió:

—Perdón, no he hecho las presentaciones. —Miró a Céline y dijo—: Lady Freestone, le presento a mi estimado amigo, lord Warwick.

Céline hizo una reverencia.

—Solo usted me faltaba por conocer, milord.

La sonrisa de Warwick se amplió y tras besarle el dorso de la mano enguantada a Céline, aseveró con guasa:

—Lo mejor siempre está al final, milady. ¿Ya tiene todos sus bailes comprometidos? —indagó con el único objetivo de fastidiar a Watford. Warwick, Wild y Mackay ya habían notado que la vizcondesa no era solo una huésped o un proyecto humanitario para el conde, sino algo más profundo.

Lo que no entendían era por qué Watford estaba tardando tanto en declararse.

A Céline le simpatizaban los amigos de Gideon, sabía que podían bromear y que no habría consecuencias graves, por lo que respondió:

—He guardado una pieza para cada amigo de lord Watford… siempre y cuando quieran arriesgarse a bailar con alguien que no tiene demasiada experiencia.

—Me arriesgaré. ¿Un vals?

—El vals es mío —intervino Gideon. Sabía que se estaba comportando como una bestia marcando territorio. El absurdo impulso fue más fuerte que él; el irracional temor a ser desplazado, a perder el cariño de Céline.

Estaba perdido, tenía que hacer algo al respecto. Sus resoluciones no eran tan firmes cuando se sometía a situaciones reales. Jamás había sido celoso en sus afectos, y tan solo la idea de que ella se interesara en otro le destrozaba.

Era consciente de que Wild, Warwick y Mackay solo jugaban, mas una inocente e infantil pulla podía abrir la puerta a efectos colaterales insospechados.

Y Gideon temió que esos efectos le hicieran perder su primavera antes de siquiera intentarlo.

Céline, ajena a la explosión de sentimientos y pensamientos de Gideon, respondió a Warwick con su mente inmersa en la idea de bailar un vals entre los brazos del conde:

—Supongo que puede reclamar cualquier pieza que no sea un vals. No me iré a ninguna parte hasta que terminemos con nuestro asunto.

—Entonces la buscaré… —Y le guiñó un ojo—. Sé que la encontraré junto a Watford.

Gideon, decidido a terminar con esa especie de flirteo unilateral, pues Céline contestaba con un tono neutro, preguntó a Warwick:

—¿Ya han llegado los caballeros y damas de nuestro interés?

El gesto de Warwick se tornó serio y respondió:

—Solo lord Swansea con su esposa. Los vi del otro lado del salón.

Gideon asintió con un leve gesto y del mismo modo se despidió de los duques, quienes, sin palabras, dieron su apoyo y sus buenos deseos en la misión que emprendían.

—Vamos a buscarlos, entonces… —Le ofreció el brazo a Céline y ella lo tomó con firmeza—. Guíanos, Warwick.

Warwick también le ofreció el brazo a Céline y, escoltada por dos caballeros malditos,

avanzó por el gran salón.

No pasaron inadvertidos, dejaban una estela de susurros y a sus espaldas. ¿Quién era la mujer de rojo que acompañaba a Warwick y Watford? Pronto se iban a enterar, porque su identidad ya volaba a sus espaldas en las alas del cotilleo.

Pronto llegaron a su destino y Warwick divisó a los vizcondes Swansea e instó a Céline y Watford a que se situaran en una posición estratégica. Gideon reconoció de inmediato a lord Swansea; rubio y bigote, calzaba a la perfección con la descripción de él. Su acompañante, una dama de cabello oscuro. Se inclinó y le habló a Céline al oído y dijo:

—En ese grupo de cuatro personas, donde están las damas con vestido rosa y verde.

Céline los estudió por un breve instante y respondió:

—No son ellos.

—¡Demonios! —masculló Warwick.

Los tres resoplaron al mismo tiempo. Solo quedaba esperar.

El baile recién comenzaba.

Capítulo XIII

Quedaban solo dos: Gellywen o Callington, y todavía no hacían acto de presencia. Pronto Wild y Mackay se unieron al grupo de Warwick, Gideon y Céline para informar, mas ninguno entregó resultados positivos. Después de pasar un rato juntos, acordaron dispersarse en las diferentes estancias de la mansión para tener más posibilidades de hallar a sus objetivos.

No todos los invitados llegaban al inicio de un baile, algunos priorizaban asistir a otros eventos más pequeños antes de arribar a los más importantes. Y tal parecía ser el caso de lord Gellywen y lord Callington.

Entretanto, ya todos se habían enterado de que lord Watford era el acompañante de lady Freestone. Muchos, solo por curiosidad, reclamaban la presencia de la pareja para ver con sus propios ojos si era verdad que la vizcondesa estaba loca.

Céline decidió seguir el consejo de Gideon. Iba a ser descarada e irreverente, era mejor tener fama de excéntrica en vez de lunática. A Céline le pareció divertida la situación; las preguntas eran las mismas, y muchas estaban formuladas con evidente malicia para provocar una reacción negativa, y que reafirmara la famosa locura de lady Freestone. Sin embargo, ella sorteó bien la situación, esquivando los dardos verbales con gracia, humor negro e ironía, y Gideon, por fortuna, pasó a un segundo plano y casi no tenía que intervenir.

—Milady —la llamó uno de los invitados. Céline dio media vuelta y reconoció a uno de los amigos de Freestone, era lord Kirby. El hombre le ofrecía una sonrisa amable, rebosante de falsedad—. Por favor, únase a nuestro grupo.

Céline se acercó a ellos del brazo de Gideon, saludó con una leve inclinación y los demás respondieron. Había ocho personas, también amigos del difunto vizconde. Lord Kirby inició la conversación y, sin mayor preámbulo, reprendió:

—Es muy valiente, milady, para asistir a un baile sin la debida muestra de duelo. ¿Por qué no ha honrado la memoria de mi amigo?

Céline esbozó una sonrisa que destilaba ironía, supuso que la intención de Kirby era molestarla, típico de la clase de personas que Freestone frecuentaba, mas no se amilanó y replicó con un tono de indolencia:

—Porque no honró los votos matrimoniales que hizo a Dios frente al altar mientras estuvo vivo. Un hombre que no tiene palabra no debe ser honrado solo porque muere.

Kirby se sorprendió de recibir una réplica tan mordaz; no obstante, insistió:

—Aun así, me parece escandaloso que usted no haya esperado un tiempo prudente. —Varios de sus acompañantes convinieron con él, dando un firme asentimiento silencioso.

—Ah, la hipocresía, lord Kirby. No creí que usted fuera de ese tipo. ¿Le gustaría escuchar algo de verdad escandaloso? —Se inclinó hacia él y, en tono de confidencia, dijo—: Peste francesa… Muchas damas que se involucraron con Freestone en los últimos dos años evidenciarán sus síntomas en el corto plazo. Yo estaría muy preocupada y escandalizada si fuera ustedes, mi esposo no se medía en sus apetitos.

En el grupo, los rostros de al menos dos damas y sus respectivos maridos se descompusieron. Lady Kirby, ofendida y ofuscada, la amonestó:

—Milady, ¿cómo se atreve a hablar esos temas inmorales en público? ¿Acaso no tiene vergüenza?

—Hasta donde yo sé, el inmoral era mi esposo, y en este grupo todos somos adultos, milady. Si no mal recuerdo, ustedes están casados y no hay debutantes presentes a quienes les deba cuidar sus inocentes oídos. Aunque, pensándolo bien, deberían escuchar este tipo de

conversaciones, así las pobres se enterarían sobre los peligros a los que se exponen si se casan con hombres de dudosa reputación. Yo no siento vergüenza de hablar las cosas como son. ¿Por qué?, ¿debería? Es natural que, si una persona tiene una vida tan disipada, como la de Freestone, contraiga una enfermedad venérea.

Gideon alzó sus cejas ante esas duras palabras, y en su fuero interno aplaudía el descaro de Céline. Sentía en su brazo que ella estaba nerviosa, se aferraba a él con fuerza, mas en el rostro de la vizcondesa había una máscara de burla.

Por su parte, lord Kirby no estaba feliz con el desenfado de lady Freestone. De haber imaginado que su lengua era tan venenosa, no habría sido tan estúpido de llamarla. Su rostro enrojeció, el tiro le había salido por la culata. Él solo deseaba reírse a costa de esa mujercita que, en presencia de su esposo, no hablaba y parecía que su mente estuviera en otro planeta. Ella era tan solo un accesorio conveniente. Se suponía que debía desatar ira, tristeza, humillación. Ofuscado, cuestionó:

—Y usted, ¿cómo sabe si Freestone no la ha contagiado?

Céline rio. Miró a Kirby como si fuera un niño de cinco años, lo cual enervó aún más al hombre y respondió:

—¿De verdad no lo adivina? Me parece que usted, milord, siendo tan libertino, todavía ignora las cosas esenciales del mundo… o quizás lo sobreestimé y su intelecto es inferior. Le ayudaré, dígame: ¿cómo se contagian las pestes francesas? —Kirby entreabrió su boca, entendiendo la única forma. Céline asintió y satirizó—: Una esposa loca, como yo, no tiene atractivo para un marido como Freestone, sobre todo si ya le dio un heredero. Una amante es mucho, mucho mejor para saciar esa clase de apetitos, ¿no cree? —Céline paseó su mirada por aquel grupo que, de súbito, enmudeció. Luego le dijo a Watford—. Me parece que lord Mackay nos llama, milord. Si nos disculpan, ha sido una delicia conversar con ustedes.

Gideon les ofreció una sonrisa burlona y se despidió diciendo:

—A los que tengan suerte esta noche, les recomiendo que disfruten con la luz encendida y echen un buen y exhaustivo ojo… Nunca se sabe… nunca se sabe.

Dieron una altiva media vuelta, dejando un grave silencio a sus espaldas.

A medida que se alejaban, Céline soltó el aire de sus pulmones y su corazón latía acelerado. Siempre quiso desquitarse de ese nido de víboras, pero jamás tuvo la posibilidad, tanto por su esposo como por ella misma; se paralizaba su mente, no era capaz de replicar cuando hacían comentarios desagradables, solo para provocar a «la loca». Por eso mismo pensó que sentiría pudor al hablar abiertamente sobre temas sexuales, pero el sentimiento de recoger el guante y abofetear a lord Kirby y su grupo la llenó de valentía. No obstante, después de aquel tenso momento, sus nervios afloraron y sus piernas flaquearon.

Gideon sintió un tirón, ella había dado un leve traspié. En medio segundo, su brazo rodeó la cintura de Céline para estabilizarla. Solo bastó con que se miraran. En aquel intercambio él preguntó si estaba bien y ella asintió. Gideon volvió a ofrecerle el brazo y Céline lo tomó con suavidad. Tras un instante en el que ambos se tranquilizaron, él indagó preocupado:

—¿De verdad Freestone tenía una enfermedad venérea? —La sonrisa que se dibujó en los labios de Céline fue de pura malicia, lo que confirmaba su engaño. Gideon rio—. Usted es terrible, milady. Pero se lo tenían bien merecido. Vaya hipocresía la de Kirby.

—Contraer una enfermedad de esas… —Suspiró—. Yo no era sorda, sabía lo que murmuraban de Freestone, y fue una de las cosas que temí cada vez que él… En fin, no todo lo que dije fue una mentira. El nacimiento de Cliff fue una bendición y un alivio para mí.

Con esa críptica declaración, a Gideon le quedó claro que desde hacía al menos cinco años,

Céline no tenía vida conyugal… al igual que él. Tuvo la fugaz imagen mental de ella, alcanzando el cielo entre sus brazos, con sus ojos velados por el éxtasis. Se aclaró la garganta y solo dijo un lacónico:

—Entiendo.

Entre ellos se instaló el silencio. Céline, recién en ese momento, había sido consciente de que, si se casaba de nuevo, tendría que tolerar una vez más la parte que siempre le disgustó del matrimonio: la intimidad. Se preguntó si con Gideon sería diferente. No tenía fama de libertino o de buen amante. Tenía muy claro que una persona promiscua no era necesariamente hábil en entregar placer; no obstante, de inmediato su memoria voló a esa conversación que tuvo con Heather sobre la difunta condesa…

«Nunca quiso tener hijos, ni de su esposo, ni de su… hermano-amante… Solo le gustaba hacerlo y, aunque ella lo negara, estimaba al conde y disfrutaba más de sus atenciones íntimas que de las de su amante, y lo odiaba por eso, porque traicionaba a su primer y único amor.»

Céline le lanzó una mirada subrepticia a Gideon, y se dio cuenta de que la poca cercanía física que tenían no le resultaba incómoda ni le causaba repulsión. No podía mentirse a sí misma, cada vez que la mirada de Gideon alternaba entre sus ojos y su boca, sentía ganas de que él la besara, la tomara entre sus brazos y luego…

Y luego…

Pues no lograba imaginarlo del todo. Su experiencia previa era… ni siquiera podía —ni quería— recordarla bien, era una especie de manto en blanco manchado de algunas imágenes. Ella llegó a su noche de bodas sin saber absolutamente nada, nadie la preparó para lo que se avecinaba, lo que involucraba.

La precaria instrucción que tuvo sobre intimidad marital fue la orden de su esposo a que abriera las piernas y se quedara quieta.

Aparte de eso, lo único que recordaba de aquella noche fue el dolor agudo de su primera intrusión.

Así fue siempre, y cada vez que sucedía, su mente divagaba. Miraba un punto fijo en el cielo raso donde había una mancha de humedad, e inmóvil, esperaba a que todo terminara. Céline solo había guardado en su memoria las primeras veces, las cuales, pese a ser rápidas, fueron horribles. Con el paso de las semanas, se dio cuenta de que, si pensaba en campos llenos de flores, su cuerpo se relajaba y ya no era tan doloroso ese trance.

Si tenía que verle el lado positivo a la cuestión, fue que concibió rápido a sus hijos, ella era tan fértil como esos campos de flores que imaginaba, por lo que no recibió tantas atenciones por parte de su esposo cuando se puso a la tarea de conseguir un heredero.

Céline inspiró profundo y el aroma viril de Gideon llegó a sus sentidos. Un cosquilleo la recorría cada vez que lo sentía, una ansia que no entendía de dónde provenía, un deseo que no sabía cómo satisfacerlo, pero que la impulsaba a buscar más contacto, a disfrutar de las leves caricias, del calor que compartían. A imaginar que quizás había algo de cierto en los poemas, en las canciones, en las confesiones de amantes furtivos que escuchó cuando estaba en medio de una fiesta, sola en un rincón; que el contacto entre dos cuerpos era mucho más significativo y placentero cuando había ternura, amor, pasión y entrega mutua.

Que no era solo abrir las piernas y quedarse quieta como una muñeca.

—Céline… Céline. —Escuchó la voz masculina y grave de Gideon que la llamaba. Jadeó profundo y parpadeó. Estaban frente a lord Mackay.

—Oh, perdón, me distraje —repuso, sintiendo que sus mejillas ardían. Se obligó a dirigir su atención hacia Mackay—. Milord, es un placer verlo esta noche.

El escoces sonrió con amplitud, lo que borraba por completo su apariencia fiera y, a veces, amenazadora y dijo:

—Milady, el placer es todo mío. —Se inclinó y añadió—: Bien, ahora a lo que nos convoca. Si se fija en el grupo que está a nuestra derecha, se encontrará con lord Callington y su esposa, él es el que tiene chaleco azul con flores y ella es la dama de vestido rojo.

Céline observó. El hombre era de cabello castaño claro, tenía bigote; sin embargo, algo no cuadraba, frunció el ceño y respondió:

—No veo a ninguna dama de vestido rojo. Hay uno rosa, otro damasco y…

—Es el rojo pálido —especificó Mackay. Céline apretó los labios intentando no reír—. El otro es naranja pálido.

—Entonces, cuando dice rojo pálido, ¿se refiere al rosa?

—Como sea, solo conozco colores como el rojo, azul, verde, y sus variantes oscuras y pálidas. No me pregunte por nombres extraños y ridículos… En fin, es el rojo pálido, rosa como usted le llama.

Céline volvió a dirigir su mirada hacia el grupo de su interés. La mujer en cuestión tenía cabello oscuro y una nariz prominente.

—No es ella. La nariz de la mujer que busco es grande, pero se ve hermosa en ella, y en este caso la combinación resulta…

—Sí, parece un loro —apostilló Mackay, serio y convencido.

Céline rio, no quería usar ese término, pero debía admitir que lord Mackay tenía razón. No obstante, el chispeante momento se opacó con la decepción de fallar una vez más. Solo quedaban los Gellywen, y ni siquiera tenían la certeza de que fueran la pareja que ellos buscaban.

De súbito, la atención de Mackay se dirigió a los músicos de la orquesta y ofreció su mano a Céline. Necesitaba sacudirse del cuerpo el mal trago y propuso:

—Creo que es momento de que usted salga a bailar conmigo. Ya me dijeron Wild y Warwick que tenemos disponible cualquier pieza, menos el vals.

—Así es, menos el vals —confirmó Céline al tiempo que tomaba la mano de Mackay y abandonaba a Gideon. Sintió frío, pese al calor de la estancia.

—Acompáñeme, entonces. Según tengo entendido lo que viene es una cuadrilla…

Eso fue lo último que escuchó Gideon mientras Mackay y Céline se alejaban. Él los siguió hasta el borde de la pista para observarlos como si fuera un chaperón viejo y quisquilloso.

Debía mantenerse firme, centrado.

Céline y Mackay bailaban con sendas sonrisas y comenzaban a llamar la atención de quienes observaban. Gideon se dio cuenta de que ella tenía ritmo y gracia para bailar, mas solo le faltaba práctica. La primera parte del baile fue un desastre, pero Céline no se avergonzaba, su amigo tuvo la amabilidad de animarla y bromear para que ella se relajara. A medida que se repetían los pasos de la cuadrilla, Céline iba mejorando poco a poco hasta alcanzar el nivel de los demás bailarines.

Terminaron con una reverencia. Céline se veía adorable con sus mejillas arreboladas, su expresión risueña y su pecho agitado por el esfuerzo de bailar. Mackay la guio hacia donde estaba Gideon y, solemne, se la entregó.

—Toda suya, amigo mío. —Le dedicó una inclinación a Céline y añadió—: Ha sido un inmenso placer, milady. Estaré dando vueltas, si veo a los demás les diré que se concentren en encontrar a Gellywen.

Le guiñó un ojo a Céline y se retiró. Al cabo de un instante ella comentó:

—Hacía muchos años que no bailaba. He olvidado casi todo, pero creo que no lo hice tan

mal, ¿no le parece, milord?

—Lo ha hecho muy bien… ¿Alguna vez ha bailado el vals?

—A decir verdad, no. He visto algunas veces cómo es, pero no es lo mismo… No sé si pueda hacerlo como con las cuadrillas o las contradanzas.

Gideon buscó en su bolsillo la lista de los bailes, luego lo guardó y dijo:

—¿Le gustaría que le enseñe en privado? La siguiente pieza es un vals, pero es la única que ejecutarán los músicos esta noche.

Los latidos de Céline se dispararon y antes de siquiera acobardarse o excusarse en que debía terminar su misión, respondió:

—Me encantaría.

—Sígame, milady. Sé de un lugar en que nadie nos molestará.

Gideon la llevó a través de la multitud. El conde conocía esa mansión como la palma de su mano, pues solía visitar a Wild con regularidad. En cuestión de minutos habían logrado tener acceso a la sala de música, la cual se encontraba cerrada para los invitados en general, pero Gideon se las arregló con el anfitrión para acceder a ella por unos cuantos minutos.

Cerró la puerta tras de sí, Céline tenía una sonrisa traviesa en los labios que a él le encantó. La estancia estaba vacía y llegaban los primeros acordes amortiguados, mas era suficiente para empezar.

Sin palabras se situaron frente a frente en el medio de la sala.

—El vals es como un espejo —dijo Gideon en voz baja su primera instrucción—. Solo siga mis movimientos, déjese llevar por mí y todo saldrá bien.

Céline asintió. Se tomaron de las manos, Gideon le mostró los pasos iniciales y el ritmo.

—Hace cinco años, la versión francesa del vals fue la más famosa en los salones londinenses. Imagínelo, toda una ironía y un escándalo —explicó mientras marcaba el tiempo y ella lo seguía.

—Creo que aún lo sigue siendo.

—Eso no se lo voy a negar, pero ya es más aceptado por los mojigatos. —Rio—. Bien, este es el ritmo que usaremos en todo momento. ¿Lo tiene?

—Sí, creo que sí.

—Bien.

Gideon le enseñó la primera parte, la entrada a la pista con sus brazos entrelazados por delante y la espalda, caminando al son de la música. Sin embargo, Céline contuvo la respiración cuando Gideon cambió su postura al dar un giro y acercarse más a ella. Rodeó su cintura con un brazo.

—Como un espejo —insistió Gideon.

El conde estaba tan cerca de Céline que ella pensó que él podía escuchar los latidos de su corazón.

Gideon tomó la mano de Céline y la guio para que ella imitara la misma postura que él. Sus manos libres describieron un arco y sus dedos apenas se tocaban.

—Un, dos, tres… —susurró Gideon marcando el paso—. Sin dejar de mirarnos.

Y empezaron a girar, a girar, a girar…

Gideon la llevaba con facilidad. Sus movimientos estaban colmados de fuerza, vigor y gentileza, y le hacía sentir que ella había bailado el vals toda la vida. Sus posturas iban cambiando, pero siempre sus cuerpos se mantenían unidos de una u otra forma. No deseaban separarse, aquel baile era la excusa perfecta para sentir el calor, el aroma y el roce del otro. Una dulce y tortuosa tensión los envolvía. Gideon y Céline se sonreían y no podían dejar de mirarse.

—¿Ve? Es sencillo. Lo hace perfecto, mi querida Céline. —Y al terminar sus palabras, Gideon se dio cuenta de lo que había hecho. Sus pasos se detuvieron, mas no se separaron. La música cesó, y solo se escuchaban sus respiraciones—. Perdón, fue atrevido de mi parte llamarla de esa manera… yo…

—¿Acaso es una mentira? —cuestionó Céline. Un inusitado e impulsivo valor tomó el control de sus actos. De pronto se sintió harta de contenerse, de imaginar, de temer. Necesitaba avanzar, crecer y, por, sobre todo, lograr tener una certeza que le permitiera saber cómo debía actuar frente a Gideon desde ese momento en adelante—. ¿No soy querida por usted?

—Sí… no, por Dios, no —se apresuró a responder—. Es muy querida…

Aquella vacilante respuesta no le dio la tranquilidad que Céline esperaba, y decidió que ya era suficiente. Eran adultos, debían actuar como tal.

—Gideon… —Tomó una honda respiración y dijo—: Sé que ha pasado poco tiempo desde que llegué a Eden Hall buscando ayuda, lo sé, pero ha sido más que suficiente para conocer lo esencial de usted. Últimamente, mis sentimientos han cambiado y ya no puedo seguir ocultándolo. Usted ya no es solo mi amigo, es mi mejor amigo y también... —Gideon intentó replicar, pero ella se apresuró a añadir—: Y también es el hombre que amo con toda mi alma… Y solo quiero saber una cosa para decidir qué debo hacer con estos sentimientos… ¿Usted siente lo mismo que yo? ¿Me quiere?, ¿aunque sea un poquito?

Gideon se quedó callado, mirándola, incapaz de hacer otra cosa que no fuera respirar. Su voz no salía de la más pura emoción que contenía en su pecho, el cual estaba a punto de estallar. Quería gritar, quería llorar, quería saltar de felicidad. Por eso la amaba, ella era más valiente que él, más impulsiva, más decidida… Dios, la amaba con toda su vida.

Sonrió. El invierno se había ido, su primavera lo miraba esperando una respuesta.

Y como las palabras no le salían, solo enmarcó el rostro de su adorada Céline y la besó con ternura y devoción. Gideon probó los tersos labios y sintió el calor del aliento de su amada, el peso del cuerpo curvilíneo alineándose con el suyo, el roce de los femeninos dedos rodeándole el cuello. Se sintió libre, como si de pronto le salieran alas, podía volar sin temor a azotarse contra el suelo.

Beso a beso, los invadió una mezcla de calma y pasión, y ese nudo que le impedía a Gideon a hablar se deshizo con el sabor de Céline, y por fin encontró su voz para declararle con palabras lo que sus labios ya habían dicho:

—La amo, mi querida Céline. Toda mi alma es suya… No sé decirlo de otra forma, no soy un poeta… —Tomó las manos enguantadas de Céline y las puso sobre su pecho que subía y bajaba, agitado—. Pero lo que sí puedo hacer es darle mi palabra de honor y prometerle: si mis manos la tocan, solo será para acariciarla; si mis ojos la miran, solo será para venerarla; si mi voz le habla, solo será para escucharla… Y lo único que me atrevo a pedirle es que siga siendo mi más querida y amada amiga, porque ya no concibo mi vida sin usted.

Los ojos de Céline estaban rebosantes de felicidad. Ya podía amarlo sin esconder o disfrazar lo que sentía. No tendría que resignarse al silencio y alejarse de a poco hasta no ser nada.

—Oh, Gideon. Seré lo que usted quiera, mientras esté a mi lado… Bueno, no sé si podré ser su amante por mucho tiempo, tengo hijos a quienes dar un ejemplo, y temo darle una excusa a Robert para que me los quite de nuevo… Eso no quiere decir que le ame porque me conviene, pues si se casa conmigo, eso saca a ese idiota del tablero, y si me pasa algo sé que usted será… —Tragó saliva y respiró entrecortado—. Ya es cien veces mejor que Freestone para Cliff y Mathilda. Es mil veces mejor que cualquier hombre que he conocido y creo que nadie puede ser

mejor para mí que usted, es…

Céline se dio cuenta de que estaba hablando demasiado y se quedó en silencio.

Gideon sonrió y le acarició la mejilla. Los monólogos de Céline eran algo que le daban paz. Sus palabras eran un reflejo de su mente, de sus certezas y temores. No tenía que adivinar, ella confiaba en él para sacar a la luz sus pensamientos. Solo tenía que escucharla, escucharla de verdad.

—Nunca deje de hablar. Soy suyo, mi querida, soy suyo. Seré su amigo, su amante, su prometido, su esposo… Todo eso seré para usted, a su tiempo… Ahora deme otro beso, quiero estar seguro de que no estoy soñando.

Céline asintió. Se empinó sobre la punta de sus pies y lo besó.

Ah, le encantaba cómo Gideon la besaba. Nunca había sido amada de esa forma. Él le acariciaba los labios con los suyos, y se vislumbraba una ternura infinita, pero también había algo tentador que la seducía a abrir un poco más la boca para profundizar el contacto. La dulzura se fue quedando atrás en el momento en que la punta de la lengua de Gideon se encontró con la de ella, dejando un tenue y húmedo roce. El instinto de Céline fue el que tomó las riendas, y respondió de igual modo cuando sintió de nuevo la lúbrica intrusión. Degustó a Gideon de la misma manera que él la degustaba, y cada vez necesitaba más.

Gideon la atrajo más hacia él, y Céline se sentía embriagada con el calor y el contacto. Así era el beso de un amante. Era mejor de lo que alguna vez imaginó. Sentía tantas cosas a la vez y las quería experimentar todas.

Golpes en la puerta.

El beso terminó con brusquedad y se separaron fingiendo que nada había pasado, mas era imposible disimular sus resuellos acelerados.

La puerta se abrió. Era lord Wild, quien, al verlos, esbozó una media sonrisa burlona que solo decía: «Ya sé lo que hacían, pero me haré el tonto». Céline y Gideon lo miraban con una elocuente respuesta: «Más vale que no comentes lo evidente».

Wild se aclaró la garganta y dijo:

—Mi padre me indicó que estaban aquí practicando el vals. —Wild pensaba que, conociendo a Watford, esa debió ser la inocente idea principal. Ah, le encantaba cuando todo se salía de las manos—. En fin, encontré a los vizcondes Gellywen, Warwick y Mackay los están entreteniendo. Vamos, antes de que Mackay empiece con sus chistes subidos de tono.

Céline y Gideon solo asintieron. Él la tomó de la mano y salió del salón de música dando largas y decididas zancadas que ella seguía del mismo modo. Ambos estaban frustrados. Muy, muy frustrados.

Felices… pero frustrados.

Capítulo XIV

Ahí estaba el grupo, a poca distancia. A Céline solo le bastó con ver a lady Gellywen de perfil y su adorno en el brazo para reconocerla. No tenía ninguna duda, ella era la mujer que, posiblemente, fue la última persona que vio con vida a lady Regina. En ese momento, Céline fue consciente de lo joven que era la vizcondesa, como mucho debía tener veinte años. Observó al vizconde, él parecía ser de la misma edad que los amigos de Gideon.

Se acercaron al grupo y los caballeros reían. Era evidente que Mackay ya había empezado a contar chistes picantes, lo supieron porque lady Gellywen estaba sonrojada. Wild masculló una maldición, compuso una sonrisa e interrumpió el intercambio. Hizo las presentaciones de rigor para introducir a Gideon y a Céline a la conversación. Lord y lady Gellywen respondieron con una leve inclinación.

Céline, antes de que retomaran la conversación —la cual debía ser más que banal—, exclamó con una sonrisa:

—¡Lady Gellywen, al fin la he encontrado! —Gideon, Wild, Warwick y Mackay la miraron de soslayo entendiendo lo que lady Freestone quería señalar. Había terminado la incertidumbre, podían avanzar en esa investigación.

Todos contuvieron la respiración, no se atrevieron a hacer cualquier intervención que entorpeciera el encuentro. No podían llevar a cabo un interrogatorio ahí mismo, pero por fin ya tenían algo concreto. Un hilo del cual tirar.

Lady Gellywen, ajena a la tensión de los cuatro caballeros, le sonrió a Céline con cortesía y, con un gesto de franca curiosidad, preguntó:

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Oh, es que en el último baile que la vi, llevaba puesto ese hermoso adorno en el brazo. —Lady Gellywen se tocó la joya de forma inconsciente—. Y me llamó tanto la atención que quise verlo más de cerca, pero no tuve la oportunidad. ¿Me permite, por favor? —La mujer asintió, y Céline se inclinó un poco para estudiar la joya de plata con figura de serpiente, que devoraba su propia cola formando un ocho. En los ojos tenía engarzadas unas diminutas esmeraldas y el labrado de las escamas era exquisito. Rodeaba el brazo de la dama como si le reptara sobre la piel—: Sin duda es un trabajo hermoso, ¿quién es su joyero? Me encantaría tener algo parecido. En lo personal no me agradan las serpientes… Oh, pero eso no le resta belleza a la joya, no es una crítica, en lo absoluto, pero yo prefiero que flores y follaje trepen por mi brazo… Perdón, suelo hablar de más cuando me entusiasmo…

Lady Gellywen le sonrió y respondió:

—La verdad es que fue un regalo de mi difunto padre, no sabría decirle qué joyero hizo este trabajo.

—Oh, qué decepción. Entiendo… ¿Y tiene algún significado especial? Las serpientes las tiendo a asociar con Samael, ya sabe… Eva, Adán… El paraíso.

Lady Gellywen rio y negó con la cabeza. Céline la miraba con mucho interés.

—Oh, no nada de eso, esta serpiente simboliza lo sempiterno, tiene un inicio, pero nunca un final…

—Nunca lo habría pensado de esa manera. Grande debió ser el afecto de su padre para simbolizar su amor con algo tan profundo… Bueno, es solo una especulación.

—Precisamente, simboliza su amor…

Una extraña y breve pausa trajo un incómodo silencio a la conversación. Todos se quedaron sumidos en sus pensamientos. Las palabras de lady Gellywen permanecían flotando en

sus mentes, un amor tan grande y profundo que era sempiterno…

Lord Gellywen se aclaró la garganta, todos volvieron en sí, y dijo:

—Ha sido un placer conversar con ustedes. —Miró a Céline y añadió—: Ya veo que su fama era infundada.

—Por supuesto. No soy loca, solo tenía un esposo manipulador.

—Indudablemente. Espero verla pronto en otra velada.

—Así será, milord.

—Que tengan buenas noches. —Le ofreció el brazo a su esposa y se retiraron.

Los vizcondes Gellywen se alejaron y se dirigieron a otro grupo de conversación, en donde les hacían señas para unirse. Los cuatro caballeros y Céline los observaban con atención. A la postre Warwick indagó:

—¿Alguno de ustedes tiene una sensación molesta?

—¿Te refieres a tener gases? —replicó Mackay.

—Por Dios, no, Mackay… Ah, mejor olvídalo.

—Yo sí… —terció Céline—. La historia del adorno de lady Gellywen… no me imagino a un padre dando un regalo con ese significado.

Gideon miró de reojo a Céline, era lógico que ella pensara así. Su padre había sido nefasto en cuanto a dar afectos.

—Sugiero que observemos a la pareja —terció Wild—. Y pensemos en cómo abordar a lady Gellywen e interrogarla en un momento más propicio.

Céline asintió y añadió:

—Sí… y a solas, sin el vizconde. Cuando lord Watford y yo estuvimos en el palco del teatro, noté que discutían por algo que parecía ser serio, y luego se fueron del lugar. Sean muy discretos, nunca se sabe qué desata la ira de un marido.

Los cuatro caballeros intercambiaron sus miradas. Lady Freestone tenía un punto de vista válido, el cual no tardó en ser comprobado. Los vizcondes Gellywen se separaron de su grupo y se apartaron a un rincón de la estancia. En apariencia conversaban, pero sus posturas eran tensas. A la postre, lady Gellywen se apartó de su esposo y, apresurada, se dirigió hacia el vestíbulo de la mansión, quizás el baile había terminado para ella. Lord Gellywen no siguió a su esposa, se quedó en su sitio, y su expresión era seria y sombría.

Gideon alzó sus cejas y sentenció:

—Hay que ser cuidadosos… Creo que lo mejor será favorecer un encuentro casual para interrogarla.

Warwick resopló y alegó:

—¿Por qué no la interrogamos y ya? Este es el mejor momento. Está sola, la puedo seguir y…

Wild respondió:

—Es una excelente idea, pero tú no, Warwick. Llamarás mucho la atención si te ven, y eso no te conviene. Si el rumor llega a oídos de la familia de tu prometida, podrían incluso romper tu compromiso

Warwick entreabrió su boca, dispuesto a replicar, mas la cerró de inmediato. Sin embargo…

—Tú tampoco puedes ir tras ella, Wild. Tu reputación no es de las mejores y podrías perjudicar a lady Gellywen… ¿Qué tal Mackay?

El aludido se aclaró la garganta y repuso:

—Dudo que lady Gellywen quiera hablar conmigo después del chiste que conté.

Todos miraron a Gideon, y Céline intervino:

—Al parecer usted es el más indicado, milord. Pese a su reputación, es el más discreto. —Gideon la miró con los ojos desorbitados, no quería dejarla ahí sola. No cuando tenían tantas cosas pendientes, como volver a rodearla entre sus brazos y besarla hasta el cansancio—. Lo esperaré aquí, y si tiene algún inconveniente y no puede volver, uno de estos ilustres caballeros me escoltará a casa.

No, Gideon no tenía alternativa.

—¡Oh, infiernos! —Miró serio a sus amigos y ordenó—: Hagan lo que lady Freestone diga; si quiere bailar, bailan; si quiere comer…

—¡Ya vete, Watford! —replicaron los tres caballeros al mismo tiempo.

Gideon apretó los labios y se retiró ardiendo en frustración.

***

Al salir de la mansión, Gideon buscó con la mirada a lady Gellywen. Había una interminable hilera de carruajes que esperaban el regreso de sus amos. Hacía un frío que calaba los huesos y, por ese mismo motivo, no era fácil identificar a la vizcondesa entre las personas que iban saliendo del baile, ataviadas de abrigos, sombreros y capas.

Solo en ese momento se dio cuenta de que él no se había puesto su sobretodo. Masculló una palabra malsonante y enfiló sus pasos hacia los carruajes. Iba descartando a cualquier persona que no estuviera sola, suponiendo que la vizcondesa no deseaba compañía.

Tras un instante que le pareció eterno, logró divisar a lady Gellywen justo cuando la capucha de su capa se deslizaba, dejando su cabeza al descubierto. Se encontraba a una distancia de unos cincuenta metros. La vizcondesa estaba a punto de subir a su carruaje ayudada por un lacayo. Gideon de inmediato echó a correr, mas no quiso gritar para retrasar la partida del coche y llamar la atención de un modo innecesario. En vez de ello, se escabulló entre dos carruajes para poder transitar por el lado opuesto de la vía y entrar al coche sin tener demasiados testigos.

Siguió corriendo con sigilo. El cochero azuzó a los caballos y el carruaje comenzó a moverse con lentitud. Gideon, con agilidad felina, alcanzó la manilla de la puerta, puso un pie en el peldaño de la escalinata y entró.

Lady Gellywen dio un gritito en cuanto vio una figura masculina entrando a su carruaje. El hombre se abalanzó sobre ella, la sujetó con fuerza, le tapó la boca y dijo:

—Discúlpeme, milady. Será breve.

Lady Gellywen abrió los ojos como platos. La voz de lord Watford era inconfundible, nadie en la aristocracia tenía esa voz tan grave y profunda.

—Le juro por todo lo sagrado que no quiero hacerle daño, solo deseo conversar con usted sobre algo de vital importancia para mí y mis amigos… Quitaré mi mano y me sentaré frente a usted si me promete que no gritará.

Lady Gellywen asintió, no tenía muchas alternativas.

Gideon, lentamente, retiró su mano, al tiempo que aflojaba su agarre.

El carruaje se detuvo. Tal parecía que el cochero no era idiota. Gideon necesitaba que la vizcondesa lo escuchara y susurró:

—Le prometo que será breve, se lo suplico.

La expresión aterrada de Lady Gellywen se fue suavizando debido al ruego del conde. Entreabrió la ventanilla del coche y preguntó al conductor:

—¿Por qué nos hemos detenido, Ethan?

—Sentí un movimiento extraño, mi señora. ¿Está usted bien?

—En perfectas condiciones, como puede ver. Quizás fue un bache del camino… Quiero volver pronto a casa, por favor.

El cochero asintió. Lady Gellywen cerró la puerta, miró a Gideon y dijo:

—Tiene diez minutos.

—Le reitero mis más sinceras disculpas, milady. Me temo que no encontraré mejor instancia para poder conversar en privado con usted.

—Tiene razón. En cualquier momento le colmaré la paciencia a mi esposo y me enviará al campo… Es muy celoso. —Intentó componer una sonrisa amable—. Lo escucho, milord.

Gideon tomó una bocanada de aire y llenó sus pulmones. Debía ser lo más preciso posible.

—Usted bien sabe que mis amigos y yo somos sospechosos del asesinato de lady Regina.

La vizcondesa asintió con suavidad y repuso:

—Me ha llegado el rumor de que ustedes están investigando el caso por su cuenta.

—Así es. Deseamos limpiar nuestro nombre, y usted podría ser de mucha ayuda si nos relata todo lo que sucedió la noche en que ella fue asesinada. Sabemos que, en cierto momento del baile, usted la acompañó cuando ella salía del servicio de damas, debido a que tuvo un pequeño accidente y lady Freestone la asistió… ¿Por qué no declaró eso al magistrado?

Pese a la penumbra del carruaje, Gideon pudo notar que ella se sorprendió por la pregunta, mas luego hubo cierta resignación.

Tras un breve silencio, la vizcondesa respondió:

—Le voy a exigir el máximo de discreción, por la memoria y reputación de lady Regina. Todo lo que le voy a relatar era nuestro secreto… Ella y yo éramos amigas cercanas, crecimos juntas.

A Gideon aquello no le extrañó. Lady Gellywen había debutado un año antes que lady Regina. En cuanto terminó la temporada ya estaba comprometida. Su matrimonio con el vizconde apenas sobrepasaba el primer aniversario.

—Le prometo que salvaguardaremos la memoria de lady Regina, en toda la medida de lo posible.

Lady Gellywen asintió, conforme con la promesa, y relató:

—Ella me contó que un sirviente le dio un mensaje de parte de un caballero, e iba de camino al laberinto para encontrarse con él… Ese caballero era usted.

—Yo no le mandé nada —Watford se apresuró a defenderse.

—Lo sé… Su reputación lo precede, milord. Independiente de los rumores, todo el mundo sabe que usted es un hombre en extremo correcto. —Esbozó una sonrisa que evidenciaba que los secretos no existían en la aristocracia—. Cuando una mujer se casa se entera de todo lo que ocultan nuestros mayores, y ya nadie se preocupa de lo que una escucha. De usted siempre se dice que pudo volverse un libertino inescrupuloso después de haber enviudado de la forma en que lo hizo… Y eso no tenía por qué saberlo lady Regina. A mí me pareció extraño que usted la citara y le aconsejé… le insistí en que no fuera. Le dije que usted no era esa clase de caballero. —Suspiró—. ¿Sabía que su padre estaba presionándola a comprometerse con un empresario americano?

—La verdad es que no.

—Pocos lo sabían, la verdad es que el hombre tiene cincuenta años. El título de lord Barrington pasará a su sobrino, y ese sí es un libertino. Quería asegurar el futuro de su hija con un buen partido, sin importarle su rango. —Hizo un gesto de desprecio—. Pero no le interesaba la opinión de su hija, de lo contrario, no la habría estado casi obligando… Lady Regina acudió a

ese supuesto encuentro con usted con la convicción de que eso arruinaría su reputación. No deseaba llegar al extremo de casarse, pero un escándalo o un rumor le ayudaría a que la enviaran al campo y ser una solterona… A ese punto le horrorizaba la idea de concretar ese enlace.

Gideon tuvo la sensación de que el testimonio de lady Gellywen le aportaba mucho y nada a la vez.

—¿En qué punto del jardín se separaron? —preguntó, ávido por información más concreta.

—La acompañé hasta la entrada del laberinto… Ella era tan obstinada, me aseguró que nada malo le sucedería. Qué inocente… —La voz de lady Gellywen se quebró—. Perdón…

Gideon le ofreció su pañuelo y la vizcondesa lo recibió. En cierto modo, entendía el motivo por el cual lady Gellywen no aportó ese testimonio al magistrado. Pudo haber arruinado la reputación de su amiga. Muchos habrían dicho: «Lady Regina murió porque ella se lo buscó». También habría sido lapidario para él. Si la vizcondesa hubiera revelado que él era el hombre con el que se iba reunir lady Regina, habría sido una prueba imposible de rebatir, aunque tuviera la coartada de estar con Wild, Warwick y Mackay.

«Mis amigos habrían sido acusados de ser cómplices, y no teníamos más testigos», pensó Gideon.

El silencio de lady Gellywen los había salvado.

Ya quedaba poco para llegar a la residencia de lady Gellywen. Se había acabado el tiempo.

—Muchas gracias por la información.

—Deseo de corazón que su investigación prospere y encuentren al infeliz que mató a mi amiga. —Le devolvió el pañuelo a Gideon—. Me temo que es todo lo que puedo aportar. Lo lamento, milord.

—No se preocupe, ha sido de gran ayuda… Muchas gracias, milady.

El carruaje se detuvo.

Gideon esperó a que el cochero se apeara, abrió con sumo cuidado la puerta contraria del carruaje y se escabulló en silencio. Estudió el entorno para orientarse y volver a la mansión de lord Bridgewater. Dirigió sus pasos hacia el sur.

Maldijo el frío. Maldijo su estupidez de ni siquiera haber «tomado prestado» un abrigo.

«Pero no la hubiera alcanzado», pensó para consolarse mientras se metía las manos en los bolsillos y paliar el intenso frío. Su respiración se delataba con un denso vaho que se esfumaba al instante. No había un alma en esa calle. Tenía que llegar a una que tuviera más tráfico para alcanzar un coche de alquiler que lo llevara de vuelta.

Justo antes de doblar en una esquina, el sonido de un carruaje que venía en sentido contrario le hizo levantar la vista. Reconoció a Mark, su cochero, quien, en cuanto se detuvo, tomó el ala de su sombrero para saludarlo.

—Menos mal que lo alcanzamos, milord. Se habría congelado.

—Benditos sean —celebró—. Gracias, Mark.

Con una sonrisa, Gideon abrió la puerta del carruaje esperando ver a Céline; sin embargo, esa sonrisa se esfumó al constatar que ella iba acompañada por los demás.

¡Qué incordio!

Gideon subió al carruaje, el cual estaba a una temperatura mucho más cálida debido al factor humano. Tomó lugar al lado de Mackay. Céline estaba sentada frente a él, entre Wild y Warwick, quien dijo con un tono burlón:

—No pretenderás a que esperáramos hasta la cena del lunes para saberlo todo.

Una sonrisa tirante y sardónica se dibujó en los labios de Gideon y respondió:

—Fui un iluso, ¿cierto?

Los tres caballeros y la dama le replicaron al unísono.
—Cierto.

Capítulo XV

El salón de estar de Eden Hall se sumió en un denso silencio cuando Gideon terminó de relatar su encuentro con lady Gellywen. Warwick, Wild, Mackay y Céline se quedaron con la misma sensación que Gideon, que el testimonio de la vizcondesa aportaba mucho y nada a la vez.

Vaya paradoja.

Céline soltó un suspiro y murmuró para sí misma.

—Creo que esta parte de la investigación llegó a una calle sin salida. ¿No hay más testigos? Lo único que se me ocurre para que puedan avanzar en sus indagaciones es que deben encontrar al sirviente que les dio el mensaje.

Warwick hizo una mueca y señaló:

—Los testimonios que recogió el magistrado señalan más o menos lo mismo que lady Gellywen. Esa noche nos presentaron a los sirvientes que trabajaron en la fiesta, y no estaba.

Céline, ceñuda, interpeló:

—¿Y por qué ha sido tan difícil encontrar a ese sirviente? ¿El magistrado se quedó con eso nada más? ¿No le pidió al dueño de casa el listado de los trabajadores externos? Me parece negligente de su parte que no haya averiguado más.

Watford, Warwick, Wild y Mackay se miraron. Entre la documentación que tenían del caso, solo constataron que esa línea de investigación no fue profundizada.

Céline añadió:

—En fiestas tan grandes se suele contratar a personal externo porque el servicio de la casa no da abasto, eso es simple lógica. Quizás solo les presentaron a los sirvientes de la casa, quizás el personal que estaba ahí por una noche se fue antes… Aunque no hubiera sido lo correcto. Quizás… —Sus palabras se apagaron, mas de pronto abrió sus ojos al reaccionar—. ¿Y si tal vez el asesino trajo a su propio sirviente y lo infiltró en la fiesta? Así no dejaría un testigo innecesario que pudiera señalarlo. Un cómplice.

Los cuatro caballeros arquearon sus cejas, estaban cometiendo el mismo error que el magistrado. Lo cierto era que se habían enfocado en una línea de investigación más directa que circunstancial, la cual podía ser una verdadera aguja en un pajar; sin embargo, dado que se encontraban en un callejón sin salida, optar por encontrar al sujeto que les dio los mensajes era la única alternativa viable.

Gideon le respondió a Céline:

—Es una posibilidad, mi querida Céline. Tenemos mucho trabajo que hacer y dudo que lord Barrington quiera colaborar con nosotros.

A ninguno de los caballeros les pasó inadvertido ese «mi querida Céline», mas no lo evidenciaron, no era el momento de darle codazos en las costillas a Watford, por lo que Wild intervino serio:

—Para el padre de lady Regina nosotros somos los culpables y nadie le puede rebatir ese pensamiento.

Mackay asintió y repuso:

—Por eso mismo presentó en la última sesión de la cámara de los lores una moción para expulsar del Parlamento a Watford y Warwick. Menos mal que ese día se disolvió por el ascenso de Prinny al trono. Nuevo rey, nuevo Parlamento.

Céline miró boquiabierta a Watford y sintió una profunda indignación. Él se encogió de hombros y explicó:

—Por eso mismo decidimos investigar. El asunto estaba escalando demasiado y estaba

afectando nuestra vida a otro nivel. Yo podía convivir con mi reputación de cornudo y que algunas personas siguieran pensando que la muerte de mi esposa fue premeditada, pero que pusieran en tela de juicio nuestra honorabilidad, que se nos acusara sin pruebas contundentes… El ostracismo es un lujo que la mayoría no podemos darnos. Nuestro modo de vida depende de los contactos. Quizás podría vivir de esa manera, si fuera por voluntad propia, por hacer lo que creo correcto, pero de esta forma gratuita, no.

Céline asintió, no le extrañaba esa vehemente actitud de Gideon y preguntó:

—¿Y ni siquiera eso ha hecho cambiar de opinión a lord Barrington? Es que sería estúpido pensar que un asesino intente ocultar su crimen fingiendo que lo investiga, eso es llamar demasiado la atención… Aunque, si de verdad fueran culpables, sería una arriesgada genialidad.

Warwick respondió:

—Lo cierto es que no sabemos si Barrington ha cambiado de opinión respecto a nosotros ahora que estamos investigando. Él también lo está haciendo por su cuenta, pero creo que ha tenido peores resultados que nosotros.

Céline pensaba que los investigadores de lord Barrington eran unos ineptos, dado que ninguno de ellos dio con ella antes que Gideon. Quizás se trataba de unos charlatanes que solo deseaban sacarle dinero al padre de lady Regina, el cual se encontraba sumido en rabia y dolor. «Y mi vida seguiría siendo miserable», pensó en ese momento. Cada vez estaba más enfadada y declaró:

—Pues yo creo que, si Barrington tiene una pizca de sentido común, debería colaborar y entregarles la lista de todos los sirvientes que trabajaron esa noche, ya sea los de la casa o los externos. Supongo que deben manejar los datos personales, como mínimo. Al menos, a ustedes les serviría para descartar.

Wild tuvo una idea y sonrió.

—Quizás no sea necesario hablar con Barrington, ese idiota con suerte debe conocer a su propio ayuda de cámara, pero si persuadimos a su mayordomo o a su ama de llaves…

Todos asintieron, esa era una mejor opción que enfrentar a Barrington. Mackay añadió:

—Tampoco debemos pasar por alto a este supuesto americano con el que iban a comprometer a la muchacha. ¿Quién es? ¿Aún está en Inglaterra? De ser así, ¿tiene aspiraciones de mezclarse de algún modo con la aristocracia?

Warwick agregó:

—Eso también habría que averiguar. Watford pasó por alto ese detalle, pero no lo culpo, tenía el tiempo en contra. Lo resolveremos preguntando a la servidumbre, siempre lo sabe todo… Y hay que ser discretos, me ofrezco para ir a Hedge Place; según mi experiencia, las amas de llaves son más accesibles que los mayordomos.

Nadie objetó la propuesta de Warwick. Ni siquiera desearon imaginar —ni preguntar— qué tanta experiencia tenía relacionándose con las amas de llaves antes de estar comprometido. El reloj mural dio dos campanadas. Nadie aportó más a la conversación. La verdad sea dicha, todos estaban cansados y con sueño.

—Si no hay nada más que decidir… Creo que ya es hora de marcharse —sentenció Mackay poniéndose en pie y todos lo imitaron para las despedidas. Miró a Gideon—. Nos vemos el lunes, Watford. —Se inclinó ante Céline y dijo—: Milady, ha sido un placer haberla visto esta noche.

Escarbó en uno de sus bolsillos y le dio una guinea a la vizcondesa.

Warwick le dio una palmada a Watford al tiempo que decía:

—Gracias por hacerme perder una guinea. Eres el mejor. —Gideon frunció el ceño y,

desconcertado, vio cómo su amigo también le daba una guinea a Céline—. Una apuesta muy bien ganada, milady.

Wild tuvo el mismo comportamiento. Se despidió de Gideon y a Céline le dio una guinea, al tiempo que le decía:

—Aún nos debe un baile a mí y a Warwick, milady.

—Será un placer… cualquiera, menos el vals. Esos son de Gideon.

—Por supuesto.

Los tres caballeros se marcharon. Gideon miró a Céline. Su rostro era engalanado por una sonrisa traviesa. El conde no se decidía qué hacer primero, preguntar sobre la apuesta o besarla. Decidió intentar hacer las dos cosas al mismo tiempo. Se acercó a ella, la atrajo hacia él tomándola por la cintura, y preguntó:

—Querida mía, ¿me podría iluminar y contarme sobre la apuesta que ha ganado?

Céline se mordió los labios. Si antes se sentía cómoda, segura y libre con Gideon, ahora lo era mucho más. Esa nueva cercanía e intimidad le permitía mostrar facetas que eran incluso desconocidas para ella misma. Sus manos se alzaron hasta alcanzar el cuello y se afianzaron en la nuca de él y respondió:

—La apuesta consistía en que se le escaparía un «querida» delante de ellos. —La expresión risueña de Gideon cambió a una fingida ofuscación, Céline rio y añadió—: Sus amigos no son tontos, pero le tienen mucha fe a su autocontrol. Pensaron que usted no daría ninguna señal obvia acerca de lo nuestro, y yo dije que usted no aguantaría, en algún punto de la noche hablaría más de la cuenta.

—¿No le tiene fe a mi autocontrol, Céline? —Y al terminar sus palabras besó el cuello femenino, arrancándole un leve jadeo involuntario.

Céline sintió una oleada de sensaciones que le costaba asimilar. Qué ironía. Durante toda su existencia siempre supo que su cuerpo podía dar vida, pero en ese preciso momento sentía la vida floreciendo en su cuerpo. Era consciente de los frenéticos latidos de su corazón, del aroma masculino penetrando en sus fosas nasales, del calor que se propagaba en su piel, el dimensionar la fuerza y dureza del cuerpo de Gideon. El inusitado palpitar entre sus piernas y una extraña necesidad, algo dentro de ella que le clamaba buscar una satisfacción que no sabía cómo conseguir.

Gideon seguía repartiendo besos en su cuello, llegó hasta su oreja y susurró:

—Me encanta su aroma… Responda mi pregunta, mi querida Céline, ¿no tiene fe en mi autocontrol?

Céline cerró sus ojos, y le dio más acceso a Gideon para que siguiera desperdigando besos y contestó:

—Más que eso. Si usted se siente como yo, sabrá que es muy difícil ocultar la dicha de amar.

Gideon detuvo su asedio, admiró los ojos castaños de Céline, y dijo:

—Es imposible ocultarlo. Solo me estaba conteniendo por usted. Apenas se ha liberado del yugo de los hombres de su vida y deseo que disfrute de esta etapa. Usted misma lo dijo, no podrá ser mi amante por demasiado tiempo… Pero tampoco deseo que sienta la presión por formalizar lo nuestro.

Céline ladeó la cabeza, no estaba entendiendo bien a dónde quería llegar Gideon, y preguntó:

—¿No está seguro de volver a casarse?

—Oh, no, no, no… Si fuera por mí, me caso con usted mañana mismo. Lo que quiero es

darle tiempo para que tome la decisión con libertad. Tal vez, en el mediano plazo, llegue a la conclusión de que está mejor viuda en vez de casada.

—Pero ¿y Robert? Siempre será una amenaza.

—Ese es el tipo de presión que no quiero que le haga tomar esa decisión tan grande. El lunes hablaremos con Montgomery para que impugnemos en Cancillería a Robert como tutor y yo me ofreceré en su lugar. No quiero que el día de mañana se arrepienta de haber unido su vida a la mía.

—Entiendo… —Y sí que lo entendía, mas ella estaba muy segura de que no se arrepentiría de casarse con Gideon. No obstante, detrás de las palabras de él, también se escondía una profunda vulnerabilidad, y si Heather no le hubiera contado acerca de la difunta condesa de Watford, tal vez ella no habría sido capaz de ver más allá. Gideon tenía miedo a hacer a otra persona infeliz y de serlo en el proceso. En el pasado no tuvo control de ello, pero en el presente era diferente. Ambos tenían que lidiar con sus respectivas marcas del alma y sanar—. Le propongo algo… Hagamos una lista de cosas que queramos vivir juntos o separados, y cuando las cumplamos todas, decidimos si nos casamos o no.

Gideon alzó sus cejas, sorprendido e intrigado por aquella propuesta. Céline añadió:

—No tiene que ser extensa… Tengo varias cosas en mente.

Gideon sonrió. Jamás se le habría ocurrido algo semejante. Podía ser divertido y excitante. Era una oportunidad para conocerse más, aunque él, tal como Céline, ya sabía lo esencial y era suficiente para amarla. Era conveniente para ambos y aceptó:

—Hagámoslo. Vamos a la biblioteca y escribamos esa lista.

Alcanzó una palmatoria que había sobre la chimenea y la encendió. A su vez, Céline apagó las velas de los candelabros y tomó la mano que Gideon le ofrecía. Caminaron con entusiasmo a escribir esa lista que les señalaría un norte.

Al llegar a la estancia, Céline soltó la mano de Gideon para sentarse en una de las sillas que estaba frente al escritorio que presidía el lugar. Ceremonioso, Gideon se sentó en su sillón, tomó papel y pluma, entintó y escribió:

«Cómo empezar a amar. Lista de anhelos, sueños y metas»

—Y usted dice que no es un poeta —bromeó Céline al leer el título.

—Usted lo propuso, mi querida Céline. Esto es un compromiso solemne. ¿Será una lista conjunta o separada?

—Conjunta. Quizás podemos coincidir en algunos puntos.

Gideon asintió y luego dijo:

—Ya que usted propuso esto, debe ser la primera.

Céline se quedó pensativa y dijo:

—Un cortejo apropiado. —Al terminar de decir esas palabras, no pudo evitar sentir una punzada de pesar por sí misma—. Siempre fui invisible para los varones de mi edad, y de cualquiera en realidad. Por eso me casé a los veinte y no a los diecisiete como esperaba mi padre. Ni un enamorado, ni una carta, ni una flor. Me gustaría que me cortejaran.

—«Un cortejo apropiado para Céline» —parafraseó Gideon al tiempo que escribía.

—Su turno, querido —animó Céline.

Gideon la miró e indagó:

—¿Puede ser cualquier cosa?

—Siempre y cuando no sea ilegal —precisó.

—Bien. «Una carta de amor para Gideon»… —dijo mientras escribía su ítem de la lista—. A los hombres también nos gusta ser cortejados de vez en cuando.

Céline sonrió, le escribiría la carta más hermosa del mundo. Era de nuevo su turno y dijo:

—Vivir un tiempo por mi cuenta.

Gideon sabía y entendía que no podían seguir viviendo bajo el mismo techo. Anotó el deseo de Céline y preguntó:

—¿Ya tiene vista qué propiedad va a alquilar?

—Tengo varias opciones cerca de Eden Hall. Tampoco pretendo estar al otro lado de la ciudad.

—Me parece perfecto. —Tomó aire y escribió—. «Extrañar a la mujer amada».

—Yo también lo extrañaré, Gideon… Pero creo que es algo que tengo que hacer.

—Eso hará más divertido el cortejo y la seducción. Tengo que verle el lado positivo. No nos desviemos, su siguiente deseo.

—Salir a pasear sola y tomar un helado en Gunter's.

Gideon anotó, y se quedó en silencio pensando en los pequeños placeres de la vida que Céline no había podido vivir. Él también había dejado de lado ese tipo de placeres. A su mente vino uno que algunos podían catalogar como frívolo o inútil, y anotó:

—Sembrar un jardín o construir un invernadero. —De soslayo observó la expresión interrogante de Céline y repuso—: A veces me pregunto si soy capaz de dar vida, aunque sea por medio de una planta.

Gideon levantó la mirada y notó que los ojos de Céline estaban vidriosos, supuso que se debía a su sensibilidad y le guiñó un ojo para aligerar su espíritu.

Pero lo cierto era que Céline interpretó ese deseo de Gideon como una proyección al anhelo de ser padre. Estaba tentada de contarle que la difunta condesa había impedido por todos los medios quedar encinta, tanto de su amante como de su esposo. Quería abrazarlo y decirle a Gideon que nunca fue su culpa, que era probable que él pudiera dar vida.

Quizás no era el momento. No obstante, con la voz cargada de convicción le aseguró:

—Sé que tendrá el jardín más hermoso de todo Londres. —Sonrió y continuó—: Anote para mí: «Ir a un concierto de música con amigos».

—La amistad se debe cultivar… y creo que ya ha dado sus primeros pasos.

—Sí, usted es mi mejor amigo, y los duques de Pemberton también me han brindado su amistad y apoyo… Y no debo olvidar a los caballeros malditos, me simpatizan mucho. Sin duda, son un inesperado soplo de aire fresco… Su turno.

Gideon escribió:

—«Después de un concierto, seducir a una dama llamada Céline»…

—Qué atrevido, milord… Anote: «Dejarse seducir por un caballero llamado Gideon».

Gideon levantó la vista y, con una media sonrisa, aseveró:

—Me gusta que le agrade la idea, porque esa me llevará al siguiente ítem de la lista: «Hacer el amor con la mujer que amo».

Un calor intenso enrojeció el rostro de Céline, mas no se amilanó, se armó de valor y dijo:

—Anote mi ítem: «Aprender de verdad lo que significa hacer el amor… y espero sentir algo».

Gideon escribió solemne el deseo de Céline. La miró a los ojos y le tomó la mano para besarle los nudillos.

—Haré todo lo que esté a mi alcance. —Se aclaró la garganta—. No me puedo jactar de que soy un amante consumado, pero nadie me ganará en empeño… ¿Le puedo dar un consejo? —Céline asintió—. Aprenda a ser consciente de sus instintos, de las señales que le da su cuerpo… Todos somos capaces de sentir. Usted tuvo la mala suerte de haberse casado con un

imbécil.

—¿Es normal sentirse cómoda hablando este tipo de temas con un hombre?

—No lo sé, pero no me importa. Hablemos, conversemos, salgamos de dudas. Considero que, si somos lo suficientemente libres para hablar hasta lo más íntimo, todo será más fácil.

—Sí, tiene razón… Bien creo que, por mi parte, no tengo nada más que agregar… Si se me olvida algo, lo podemos anotar, ¿cierto?

—Sí, no veo el impedimento… ¿Es obligatorio cumplir con todo lo de la lista para decidir si queremos casarnos?

Céline sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que lo sabremos cuando llegue el momento, lo de la lista lo podremos seguir cumpliendo estemos o no casados.

—Me encanta que sea flexible, Céline.

—Me encanta que usted sea tan comprensivo… Aaaaaah, casi se me olvida. Necesito que me anote un último ítem a la lista.

Gideon entintó la pluma y esperó. Céline con una sonrisa dijo:

—«Tutearnos».

Gideon escribió solemne. Luego, al pie del listado, anotó las condiciones que pactaron verbalmente, y cuando terminó dijo:

—Este listado se quedará aquí, e iremos tachando los ítems a medida que vayamos cumpliendo con nuestros deseos y metas. ¿Está de acuerdo?

—Muy de acuerdo.

—Muy bien. Es momento de sellar este compromiso.

Gideon se levantó y rodeó el escritorio, e instó a Céline a que también hiciera lo mismo. Se quedaron frente a frente.

No fueron necesarias las palabras. Se fundieron en un beso que fue fuego y ternura en partes iguales. Céline se hacía adicta al sabor de Gideon con cada encuentro entre sus lenguas. Gideon descubrió que cualquier recuerdo amargo se disolvía con la dulzura de Céline.

Fue un beso largo, pausado, de reconocimiento, y solo se separaron cuando necesitaron el aire para respirar y quedar prendados en sus miradas.

Gideon enmarcó el rostro de Céline y ella se solazó con el cálido contacto de sus pieles.

—Te amo, Céline.

—Te amo, Gideon… Permíteme…

Céline se separó de Gideon, tomó la pluma, la entintó y, feliz, tachó el último ítem de la lista.

«Tutearnos».

Capítulo XVI

¿SE PUEDE REVERTIR UNA MALDICIÓN?
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
11 de abril 1820.

Estas últimas semanas ha tomado fuerza el rumor de que los cuatro caballeros malditos han emprendido la cruzada de encontrar al culpable del crimen, del cual todavía —aunque no lo quieran— son sospechosos.

Y fuentes cercanas me han confirmado que el rumor es más que cierto. Los caballeros malditos, lejos de esconderse durante esta temporada, han aumentado exponencialmente sus apariciones en público, en comparación con años anteriores, y también se les ha visto interactuando con damas y caballeros con los que jamás habrían cruzado palabras. Sobre todo, en un caso especial con cierta vizcondesa viuda, cuyo apodo, ligado a la locura, era más conocido que su apariencia.

Lo que yo me pregunto es si la investigación dará los frutos esperados, o solo se trata de una táctica distractora por parte de los caballeros malditos para atenuar su situación. Todo el mundo sabe que un escándalo se olvida con otro; sin embargo, en este caso, estamos hablando de la pérdida de una joven vida humana, no la de una reputación o una fortuna.

Por lo pronto, me limitaré a observar, porque esto se está poniendo cada vez más interesante. No solo hay una supuesta investigación en curso, sino también un incipiente romance entre el mayor de los cuatro caballeros malditos y la dama, supuestamente, lunática. ¿Estarán acaso orquestando un escándalo, para sepultar el anterior?… Ya lo veremos.

Las cejas de Céline se alzaron hasta el nacimiento del cabello al leer el artículo del *magazine* The Society Review, el cual solía tener una línea editorial sensacionalista. En el pasado, ella se enteraba de todo lo que hacía Freestone, pues él tenía la afición de comprar la publicación como si fueran trofeos. Robert también había adoptado esa costumbre para emular al difunto vizconde, por lo que a Céline nunca le faltó lectura social. Para ella era una ventana a lo que sucedía fuera de los confines de su prisión y se convirtió en una costumbre ideal para la evasión.

Antes de ponerse a leer, Céline estaba trabajando en su escritorio que presidía la biblioteca, anotando en el libro de cuentas los gastos de la semana, pero necesitaba la distracción que le brindaba aquel *magazine*. Cuando sentía que los números le agobiaban, su atención se desviaba a cualquier cosa hasta que recordaba de nuevo sus cuentas. A veces tardaba más de lo debido con sus obligaciones, pero se ponía como objetivo terminarlas antes de las cinco.

Había ocasiones en que se preguntaba si su padre, Robert y Freestone tenían razón, que ella no era capaz de hacerse cargo del patrimonio familiar. No era una tarea titánica, pero ella no era tan organizada como quisiera. A veces olvidaba anotar algunos gastos en el libro de cuentas o se equivocaba haciendo cálculos. Gideon le decía que pronto se acostumbraría, que todos, cuando se hacían cargo del título, pasaban por dificultades y que nunca se llegaba a la perfección.

Había momentos en que olvidaba que ya no estaba sola y que podía pedir ayuda, y pasaba por episodios de ansiedad que eran aliviados con las visitas y consejos de Gideon.

Miró por la ventana que daba a un pequeño jardín, el cual se estaba atiborrando de verdor. El sol del mediodía llenaba la estancia de luz y de calor. Suspiró. Desvió su mirada hacia la taza de porcelana blanca, su té se había enfriado. Céline tenía sentimientos encontrados, se sentía contenta de tener un lugar al que podía llamar hogar, de poder hacer y deshacer sin cuestionamientos. Sin embargo, extrañaba mucho su rutina en Eden Hall.

Extrañaba a Gideon y todo lo que hacían juntos.

Estaba cumpliendo uno de sus objetivos de la lista, pero no se sentía capaz todavía de tacharla. Gideon la apoyó y la dejó tomar sus propias decisiones, y ella eligió alquilar una pequeña propiedad amoblada, que se ubicaba en el mismo barrio donde vivía Gideon, a la vuelta de la esquina, en la calle Duke Street. Estrecha, de ladrillo, tres pisos. La sala de estar tenía el suficiente espacio para compartir en familia con sus hijos, una biblioteca que, de momento, no tenía libros, pero era ideal para que Cliff y Mathilda estudiaran con Susan. De su antigua casa solo se quedó con lo que ellos necesitaban para complementar lo que faltaba en su nuevo hogar. Contrató un ama de llaves, se la recomendó lord Warwick, una mujer llena de vitalidad pese a sus años. Se llevó a Heather como doncella, y también fue necesario contar con una buena cocinera y una muchacha para las labores domésticas. Lo justo e indispensable.

Llevaba diez días viviendo en aquella casa, pero todavía no se acostumbraba del todo. Se preguntó si lord Warwick habría tenido por fin buena suerte con su investigación interrogando al ama de llaves de Hedge Place, la casa de lord Barrington. Según lo que le contó Gideon, Warwick tuvo un imprevisto con su misión, debido a que la mujer en cuestión había salido de Londres por una emergencia familiar, y ni siquiera tuvo oportunidad de convencer al mayordomo, quien tenía la misma postura belicosa que su amo, lord Barrington. Céline deseó que su suerte mejorara, estaba ansiosa por ver avances en la investigación. Esa misma noche sería la cena de los lunes del Club de los Caballeros Malditos.

Volvió a suspirar. De seguro Gideon la pondría al día cuando la visitara.

Su atención retornó al *magazine*. Nunca había creído del todo lo que ahí se informaba. Si bien los cotilleos tenían una base de verdad, en los artículos que escribía La Pluma Secreta era evidente el sesgo, y siempre cuestionaba los hechos con suspicacia y daba opiniones, en vez de argumentar con pruebas contundentes e irrefutables.

Bueno, de eso quizás se trataba esa columna … y seguirían hablando de ella y de Gideon.

Su relación era *vox populi* desde hacía algunos días, y ya llevaban varios ítems de su lista tachados. «Un cortejo apropiado para Céline»; al menos cuatro días a la semana, Gideon llegaba con flores, invitaciones para salir a pasear, golosinas, pequeños y significativos presentes, besos robados y caricias que rozaban lo ilícito, que la dejaban con el corazón acelerado y con una sensación de primitiva desesperación. «Sembrar un jardín o construir un invernadero»; Gideon se hizo asesorar por el jardinero del duque de Pemberton y un arquitecto, y ya estaban en vías de construir un invernadero. A Céline le encantaba escuchar cómo él le hablaba de sus progresos, y se lo imaginaba con sus manos llenas de tierra y con la ilusión en sus ojos al ver los primeros brotes en sus almácigos. «Extrañar a la mujer amada» lo tachó Gideon al día siguiente que Céline se marchó. Él pretendía esperar más días, pero el silencio de Eden Hall fue demasiado abrumador.

Y por ese mismo motivo, él no dejaba pasar mucho tiempo entre una visita y otra, pues se sabía que el Parlamento volvería a entrar en sesión en el corto plazo. Gideon quería aprovechar todo lo posible antes de que sus obligaciones les impidiera estar más tiempo juntos. El conde no solo le dedicaba su atención a ella, sino también a Cliff y Mathilda, quienes ya estaban empezando a encariñarse con él. La naturaleza de Gideon se caracterizaba por ser generosa y

considerada, él era consciente de que el hecho de estar en una relación con ella, inevitablemente influiría de una forma u otra a sus hijos, por lo que siempre se tomaba el tiempo de saludarlos, de conversar con ellos e incluso los hacía partícipe de sus paseos por Hyde Park, para disfrutar de la incipiente primavera.

—Milady, ha llegado el señor Snow. —Escuchó Céline, la voz de la señora Perkins, el ama de llaves. Parpadeó, centró su atención en ella y dijo—: Dígale que pase, lo recibiré aquí…

Había olvidado su cita con el agente inmobiliario. Esperaba que tuviera buenas noticias. La casa familiar de Portman Place había sido puesta en alquiler y el señor Snow era el encargado de ese asunto.

—Como ordene, milady. —Miró de soslayo la taza de té, estaba llena y la habían servido hacía rato—. ¿Necesita que la cocinera prepare más té?

—Oh, sí. Muchas gracias.

—¿Galletitas?

—También… Ah, usted es maravillosa —elogió espontánea.

La señora Perkins sonrió, la vizcondesa era una mujer muy singular, tan cálida como el sol de la primavera. Le gustaba trabajar para ella.

—Es un placer, milady.

La señora Perkins se retiró y dejó a Céline con una sonrisa.

Sí, se sentía bien la independencia.

Sin embargo, le hacía falta Gideon y esas pequeñas rutinas cotidianas y domésticas que le llenaban el corazón.

Decidió que, después de la entrevista con el señor Snow, le escribiría una carta de amor a Gideon.

***

Gideon, Wild y Mackay esperaban a que Warwick llegara. Por lo general era puntual, pero ya llevaba media hora de retraso. Estaban en la sala de estar conversando trivialidades. Cada cierto rato, Gideon notaba que Wilkins entreabría con sigilo la puerta y luego la cerraba. Entendía la preocupación de su mayordomo, si seguían aplazando el inicio de la cena, el sabor de esta se vería afectada por el hecho de mantenerla caliente y eso era inconcebible para Greta, la cocinera, quien tenía su orgullo.

Y sí, no podía seguir esperando más.

Gideon se levantó, y el sonido de la aldaba golpeando la puerta atascó en su garganta la orden que iba a dar. No pasó más de un minuto cuando Warwick se presentó con la respiración agitada y un tanto despeinado. Los tres caballeros que estaban a la espera no evitaron alzar una ceja inquisitiva.

—Perdón por la tardanza —se excusó Warwick alzando las manos—. Tuve un imprevisto familiar.

Los tres caballeros no quisieron ahondar más. Sabían a la perfección que cualquier asunto que llevara el apellido «familiar» era complicado de abordar para Warwick, sobre todo si se trataba de su hermana menor.

—Ya íbamos a empezar sin ti —replicó Gideon—. Vamos al comedor.

—Los alcanzo, me iré a lavar las manos.

Diez minutos después, los cuatro caballeros atacaban su plato de sopa de tortuga. Todos miraban de soslayo a Warwick, él estaba absorto en su comida y muy silencioso, y ese mismo

silencio llenaba la estancia con una inusitada tensión.

Wild puso los ojos en blanco. Estaban siendo demasiado considerados con Warwick. Se limpió la boca con la servilleta e interpeló:

—¿Vas a hablar o no?

Warwick detuvo la cuchara a medio camino y luego, frustrado, la dejó en el plato. Miró a Wild y él no rompía el contacto. A la postre Warwick se revolvió el cabello y dijo:

—¿Por qué diantres las mujeres no pueden ser más directas?

La tensión se esfumó en el ambiente, y Mackay le respondió como si Warwick tuviera tres años:

—Porque después las señalan como casquivanas. Simple lógica.

—No me refiero a eso, Mackay… No… Mi hermana… —Resopló ante la frustrante sensación de no poder explicar, porque ni él entendía—. ¿Por qué no confía y ya?

El silencio que se instaló por un momento fue interrumpido por Gideon cuando argumentó:

—Tu hermana ha de temer tu reacción, porque te conoce. Y para una jovencita como ella, cualquier cosa seria supone el fin del mundo… y para qué vamos a estar con cinismos, las acciones de las mujeres son juzgadas con mayor dureza por muy inocentes que sean.

Warwick, Wild y Mackay miraron a Gideon como si le hubiera salido un cuerno de su cabeza. Sí, tenía razón, pero…

—La sociedad —añadió Gideon— tiene costumbres que son absurdas si uno se pone a pensar con una pizca de objetividad. Aparte de la fuerza física, ¿qué nos diferencia en realidad a hombres y mujeres? ¿Por qué la sociedad tiene el afán de encerrarlas como si fueran seres débiles e inofensivos? ¿Por qué esa misma sociedad las condena cuando rompen una regla?... En fin, solo estoy divagando. —Bebió un trago de vino y añadió mirando a Warwick—: Dale tiempo a tu hermana, demuestra que eres razonable y las cosas se arreglarán.

Warwick pensó que Watford tenía un punto válido… pero era tan difícil y complicado.

Wild se aclaró la garganta y bromeó:

—¿De dónde salieron esas ideas tan progresistas, Watford? Me dabas la impresión de ser más conservador.

—Que no esté saltando de cama en cama o esté pregonando mis ideas a los cuatro vientos no me convierte en un conservador. La vida me ha enseñado que a las mujeres no se les debe subestimar bajo ningún punto de vista. Son tan capaces como un hombre de hacer el bien o el mal… Y una de las cosas que más temen nuestros congéneres es una mujer que tenga inteligencia, dinero y poder.

Wild añadió con malicia:

—Veo que lady Freestone te tiene bien agarrado de las…

—Y a mucha honra —terció Gideon—. Ya los quiero ver cuando estén en mi misma posición. Algunos de ustedes tendrán que aprender a caminar de rodillas.

Todos rieron a carcajadas. ¡Absurdo! Gideon se encogió de hombros con indolencia. Mackay alzó su copa y exclamó:

—Un brindis por Watford y sus rodillas que ya deben tener inmensos callos.

Un viril «¡Salud!» llenó la estancia, y fue seguido de sonoras carcajadas. Gideon también alzó su copa. Sí, quizás Céline lo tenía de rodillas en cierto modo, gracias a la lista que acordaron cumplir, pero él no lo sentía como una humillación, sino como un aprendizaje.

Lo único malo de ese aprendizaje era la tensa y dolorosa protesta de una específica parte de su anatomía. Cada vez que se tenía que separar de Céline era un suplicio, porque sí, la amaba con toda su alma, pero también la deseaba con cada centímetro de su piel… Tenía que propiciar la

oportunidad de seducirla, lo más pronto posible. Hacer coincidir la agenda de los duques de Pemberton, la de Céline y la propia para poder ir a un concierto de música era un verdadero acto de malabarismo social.

Decidió encauzar el tema que los convocaba, y dejar de pensar en Céline por unos minutos antes de tener un duro y visible problema.

—En fin, caballeros. —Miró a Warwick—. Espero que tus asuntos familiares puedan resolverse pronto. Es muy importante mantener una buena relación con la familia.

Warwick asintió. Inspiró y exhaló. Se sentía un poco más sereno, lo suficiente para centrarse en el otro tema que era tan importante como la familia. Bebió un trago de vino y dijo:

—Logré hablar con el ama de llaves de Hedge Place…

—¡Al fin! —exclamaron los demás al unísono.

Warwick los reprendió con la mirada por la interrupción y continuó:

—No fue fácil. La mujer era casi tan tozuda como el mayordomo, pero logré convencerla.

—Creo que no soy el único que tiene callos en las rodillas —apostilló Gideon con una falsa expresión de inocencia. La venganza se reflejaba en sus ojos.

Warwick le propinó una sonrisa igual de falsa y añadió:

—Lady Freestone tenía razón. Ese día contrataron a personas externas a Hedge Place para que apoyaran el trabajo de los sirvientes de la casa. Se ocuparon de labores específicas para que no tuvieran ninguna clase de contacto con las estancias privadas, las pertenencias de los invitados, o con la cocina. Se encargaron de los servicios de aseo de damas y varones, de la limpieza y de la seguridad. —Esculcó su bolsillo y sacó un papel—. Aquí está el listado de los sirvientes de ese día, descarté a las mujeres.

Ese era el único dato preciso, el sirviente era un hombre. Mackay preguntó:

—¿Por qué ese día no estuvieron esos sirvientes para que los reconociéramos?

—Eso fue lo extraño. Un poco antes del asesinato, una cantidad considerable de sirvientes, externos y de la casa, se empezaron a sentir mal; mareos, vómitos, diarrea. —El rostro de los caballeros se transformó en un gesto que iba entre la lástima y la repulsión—. Pero claro, eso no lo iban a admitir frente al magistrado ni a los invitados, hubiera puesto sobre ellos las sospechas. ¿Cómo iban a explicar que, por obra y gracia de Dios, solo los sirvientes se enfermaron y que, justamente, se tuvieron que ir antes de la tragedia? La palabra de un pobre pesa poco y es más fácil de juzgar en comparación con la de los invitados.

—Era más fácil callar y que siguiéramos siendo sospechosos —terció Wild, pensativo.

—Exactamente. Tengo nombres y direcciones. Como ha pasado bastante tiempo desde ese baile, puede que no los encontremos… como puede que sí.

—¿Cuántos son? —preguntó Mackay.

Warwick hizo una mueca y contestó:

—Veinticuatro.

—¡Oh, infiernos! —Gideon se masajeó el cuello.

—¡No puede ser! —Mackay arrastró sus manos por su rostro.

—Llegará el día del juicio final antes que hallemos a ese sirviente. —Wild se pellizcó el puente de su nariz.

Warwick añadió:

—El asesino planificó con extremo cuidado su plan, de eso estoy muy seguro. Dudo que esa repentina enfermedad de los sirvientes fuera coincidencia.

Todos convinieron con la conclusión de Warwick. El asesinato fue premeditado y aquello lo volvía más escalofriante. No había duda alguna, ellos fueron elegidos —ya fuera a propósito o

mero azar— para ser sospechosos. Unos simples peones dispuestos para ser sacrificados y encubrir la jugada maestra.

A ninguno le gustó sentirse de esa manera.

Tras dar un resoplido, Gideon decretó:

—*Divide et impera* —Todos lo miraron y convinieron. «Divide y gobierna» era la mejor opción—. Cada uno se encargará de buscar a seis sirvientes. Es lo único que nos queda por ahora.

Warwick, para finalizar con su informe, añadió:

—Lo otro que le pregunté al ama de llaves fue sobre el americano con el que pretendían comprometer a lady Regina. Se llama Patrick Hanks. No eran exageraciones de lady Gellywen, el sujeto tiene cincuenta años y estaba dispuesto a dar un porcentaje de sus rentas anuales a lord Barrington por el enlace. Es dueño de unas extensas plantaciones de algodón en Atlanta. —Los tres caballeros sintieron un inmediato rechazo hacia el sujeto, era fácil tener fortuna si no se pagaba por la mano de obra. Ninguno de ellos era partidario de la esclavitud. Warwick prosiguió—: Tras el asesinato de lady Regina, regresó a Norteamérica. El ama de llaves no sabe si va a volver esta temporada o nunca.

El silencio que le siguió a esas palabras se prolongó por un buen rato. Los cuatro caballeros se quedaron con la sensación de que todo se ponía cuesta arriba.

Gideon alzó levemente su copa y dijo:

—Hagamos un brindis… Tal parece que de verdad este es El Club de los Caballeros Malditos.

Warwick, Wild y Mackay imitaron el gesto y, con un ademán leve y solemne, brindaron con voz cargada de ironía.

—¡Salud!

Capítulo XVII

—Pequeña zorra —masculló Robert arrugando el The Society Review en sus manos. El magazine llegaba con tres días de retraso a Kingsclere, pero no importaba si lo que pretendía era mantenerse informado.

Se levantó del sillón de su escritorio, el mismo que usó su padre y el padre de su padre. La sala privada del baronet de Pollok ostentaba siglos de historia, la cual estaba a punto de tener un deprimente final.

El férreo y secreto control que su padre ejercía sobre las finanzas tenía un sólido motivo; el año sin verano, ocurrido cinco años atrás, devastó las cosechas de las tierras y, para paliar las pérdidas, se endeudó más allá de su capacidad de pago. Con razón su padre no aumentaba ni un penique su asignación y le aconsejaba que se mantuviera todo lo posible junto a Freestone, que aprovechara la generosidad de su cuñado.

Su padre no tuvo la valentía de admitir que estaban al borde de la ruina. Tal era su afán de mantener las apariencias, que no lo involucró en la administración de lo que heredaría.

En ese momento lamentaba haber gastado el dinero que obtuvo mientras estuvo a cargo del patrimonio de su sobrino, le hubiera servido para amortiguar las deudas. ¡No tenía idea de lo crítica que era la situación!

Maldijo a su padre, maldijo a Céline. ¡Debió haberla encerrado!

Maldijo a Watford… Infeliz entrometido.

Robert se ofuscó consigo mismo al recordar al conde. Todas las mañanas, al mirarse al espejo y ver su cara hinchada y llena de cardenales, escupía improperios en contra de Watford y de Céline, al evocar el humillante momento en que lo expulsaron de Portman Place. Se hallaba tan desconcertado, atontado, adolorido y menoscabado que solo obedeció la orden del conde: irse de Londres.

Y así lo hizo solo para encontrarse con la debacle de su herencia… Necesitaba dinero rápido para salvar su patrimonio.

Ni siquiera entraba en sus posibilidades pedirle un préstamo a Céline. Estaba seguro de que esa estúpida se vengaría de él y le negaría su ayuda. No, no se iba a humillar de esa forma.

Necesitaba meter a Céline en un manicomio. Tenía motivos de peso, estaba loca, era retrasada mental, y a eso había que agregarle su inexistente moral al convertirse en la amante de Watford. En definitiva, no era apta para criar a sus sobrinos ni manejar el patrimonio del vizcondado.

—Sí, esta vez iré en serio…

Salió de la estancia, debía hablar con su abogado.

***

Como todas las mañanas, después del desayuno, Gideon estaba en su escritorio revisando la correspondencia. Con una sonrisa abrió el sobre que provenía del Hanover Square Rooms y extrajo cuatro entradas para el concierto de música, que se realizaría el próximo martes a las ocho de la noche. La pieza sería el Cuarteto de Cuerdas en Re menor, opus 75 de Haydn.

Su sonrisa se ensanchó aún más cuando especuló que esa noche tacharía varios ítems de su lista. Pensó en Céline y en lo mucho que la deseaba. Era irónico, durante cinco años su cuerpo estuvo prácticamente muerto, y de pronto ya no podía sin estar tocando, rozando o besando a Céline. Se desconocía a sí mismo.

Se atrevió a recordar cómo era él cuando estuvo casado. Las imágenes que acudían a su mente eran borrosas, solo podía evocar las lejanas sensaciones. Al principio de su matrimonio, él era un completo inexperto, y lo único que sabía sobre el asunto era el consejo que le había dado su padre: complacer a quien fuera su esposa, que fuera tierno y a la vez pasional y que, con la práctica, la confianza y el tiempo, disfrutarían más y más. Claro que él era demasiado joven para comprender el significado de sus palabras; no obstante, ya siendo adulto se dio cuenta de que su padre tuvo razón en cierto sentido. Los primeros meses de matrimonio los dedicó a explorar a su esposa y descubrió que una mujer era mucho más compleja que un hombre a la hora de la intimidad.

Recordó la primera vez que él sintió el glorioso éxtasis de su esposa y la inaudita reacción que ella tuvo al darse cuenta de lo ocurrido. *Ella* se quedó en silencio, el cual se prolongó por varios días. Luego todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera ocurrido; lo recibía en su dormitorio, durante el acto eran una pareja compenetrada y apasionada… Y cuando el placer se disipaba, ella le daba la espalda y se dormía… más bien, fingía que dormía, él no era estúpido. Sin embargo, esas contradictorias actitudes lo dejaban sumido en la confusión, a veces sentía cariño, a veces solo indiferencia. Se limitó a aceptar que las cosas serían de esa forma, que *ella* no era capaz de darle más, y él era demasiado escrupuloso como para tomar una amante y que colmara el vacío emocional que dejaba su esposa.

Al final, cuando todo acabó y supo la verdad, entendió que, en realidad, jamás tuvo oportunidad alguna de arreglar el monumental desastre que era su matrimonio.

Y con Céline todo era tan diferente. Nunca se había sentido más vivo y más amado que en ese momento de su existencia. El amor lo cambiaba todo, y la presencia de Céline era gravitante en todos los aspectos de su vida.

Nunca más volvería a aceptar lo que vivió en su primer matrimonio. Al menos, ya conocía las señales que delataban la debacle.

Gideon regresó al momento, tomó otro sobre y sus cejas se alzaron al leer el remitente.

Céline Kenworthy.

La sonrisa en su rostro afloró de inmediato. Abrió la carta anticipando el contenido y leyó:

Londres, 13 de abril de 1820.

Mi amado Gideon:

Nunca he escrito una carta de amor. Al principio pensé que sería más fácil, pero me equivoqué.

¿Cómo lo harán los poetas para plasmar con tanta belleza lo que se lleva dentro del alma? He intentado encontrar las palabras precisas para poder expresar lo que siento por ti, mas es inútil; todas me parecen pequeñas e insignificantes.

Sin embargo, haré mi mejor esfuerzo.

Antes de conocerte, mi mundo era reducido, me oprimía el alma, y mi único respiro y motivación para vivir eran mis hijos.

Antes de conocerte, no sabía lo que era recibir algo tan humano como lo fue tu ayuda en el momento más oscuro y desesperado de mi vida.

Antes de conocerte, no sabía lo que era el cuidado, la amistad, el amor, el anhelo, y tampoco sabía que era digna de ello.

Antes de conocerte, pensaba que el amor solo era un sueño de niña del

todo inalcanzable, que en esta vida eso no iba a ser posible… Incluso la idea de morir, tener la suerte de ir al cielo… y encontrarme con las personas que estuvieron conmigo, que no me quisieron, que no fui capaz de querer… Eso parecía ser la descripción del infierno.

Ahora ya no necesito ir al cielo, porque lo vivo contigo.

Amo cómo frunces el ceño cuando lees el periódico.

Amo tu voz, ese sonido profundo y grave que sale de tu alma, y amo más cuando me susurra que me ama.

Amo cuando me llamas por mi nombre en esos momentos en que mis pensamientos vuelan lejos, y me traes de vuelta a tu lado.

Amo cuando me sostienes.

Amo que me permitas sostenerte.

Amo cuando te pones serio cada vez que tus amigos quieren bromear a tus expensas.

Amo cuando intentas controlar todo a tu alrededor y fallas.

Amo la vida cuando estás a mi lado.

Amo saber que genuinamente me amas tal como soy.

Amo cómo me erizas la piel con solo tu roce en los lugares que bien conoces.

Y lo que más amo de todo, es que esto no es un sueño.

Te amo ahora, te amaré mañana, te amaré siempre.

Tuya.

Céline.

Gideon quedó boquiabierto. Su corazón latía a toda velocidad. Por mero impulso se puso en pie y se dirigió a la puerta. Cuando su mano tomó el pomo, recordó una importante misión. Volvió a su escritorio, abrió un cajón y sacó la lista. Tachó el ítem «Una carta de amor para Gideon» y modificó otro.

Guardó la lista y salió de la estancia.

***

Mientras tanto, en el comedor de su casa, Céline desayunaba leyendo el periódico. Sus hijos ya habían terminado de comer y estudiaban con Susan en la biblioteca. Bebió un último sorbo de té, se reclinó en el respaldo de la silla y cruzó sus dedos sobre su vientre. Sabía que no era una postura apropiada para una vizcondesa, pero a veces se permitía relajarse cuando estaba a solas.

Sonrió. No había nadie que la reprendiera o la golpeara por sus malos modales. Cerró los ojos e inspiró profundo.

—Milady. —Escuchó Céline. Era el ama de llaves—. ¡Oh! Perdón por la interrupción.

Céline se enderezó e hizo un gesto con la mano para que el ama de llaves no se mortificara y dijo:

—No se preocupe, señora Perkins… ¿Sucede algo malo?

—Oh, no... Lord Watford ha venido a visitarla.

—Dígale que pase, por favor. —La curiosidad surgió de súbito. Gideon no solía presentarse a esa hora de la mañana.

—Cómo ordene, milady.

La señora Perkins salió rauda.

Un instante después, cuando Gideon entraba en la estancia, se quedó paralizado. Céline le sonreía de una manera sensual… o tal vez era ese vestido de mañana que no era más que un primoroso salto de cama largo que, entre volantes y encajes, cubría su ropa interior.

A Gideon se le secó la boca, pero eso no le impidió decir solemne:

—Acabo de leer tu carta.

El nerviosismo recorrió el cuerpo de Céline al verlo tan serio. El sonido de la llave girando, condenándolos a una escandalosa privacidad, delató las intenciones de su amante. Se acomodó en su silla y preguntó:

—¿Te gustó? No sé si era una verdadera carta de amor, solo era lo que sentía y…

Céline no pudo terminar la oración. Gideon acortó la distancia entre ellos, la tomó por la nuca, reclamó sus labios, y ella solo dejó de pensar. Se aferró al cuello de Gideon entregándose al momento.

Gideon la había besado muchas veces, pero jamás de esa forma, tan hambrienta y colmada de deseo. Su contacto fue profundo y decididamente erótico. Sus lenguas se enzarzaron en una ardiente brega en la que ambos se poseyeron. A Céline le gustaba sentirse deseada por Gideon, percibía en su piel la pasión de él, que se contenía para avanzar lo suficiente en cada encuentro que tenían, sin ser invasivo o demasiado brusco. Sus caricias siempre iban al borde de lo permitido; los besos ásperos en el cuello, el roce de su pulgar por debajo de la curvatura de sus pechos, su mano abierta abarcando la espalda baja, el leve agarre en sus caderas. Gideon le hacía ansiar ir más allá, pero se sentía inexperta y no se atrevía a pedir que él subiera un peldaño más en su seducción.

Era difícil lidiar con la antigua Céline que debía callar y aguantar, y la nueva que tenía voz y derecho a exigir, por lo que sus manos siempre se mantenían quietas, aferradas al cuello de Gideon, jugando con su cabello.

No obstante, en ese momento, ese beso estaba destruyendo ese pudor que le fue impuesto solo por ser mujer. Su mano abandonó la seguridad que representaba el cuello de Gideon, y se atrevió a posarse sobre el duro pecho masculino e indagar por la abertura de la camisa.

No le costó encontrar la tibieza de su piel. Un grave gemido reverberó en su boca y fue la clara señal para ella de que su roce era muy bienvenido. Gideon era tan suave, su viril aroma era una mezcla de jabón y un tenue toque a limón y bergamota, y Céline no pudo evitar gemir de puro gusto.

El gemido de Céline fue engullido por Gideon, quien se sentía arder con el toque de las caricias de su amada amante; en ellas había timidez y curiosidad, pero también deseo. Lo notaba cuando ella enterraba ligeramente las uñas en su piel. Eso le incitó a franquear un límite que él mismo se había impuesto, avanzar tanto como ella se lo permitía y requería. Su mano aflojó su agarre sobre la nuca femenina y se deslizó por el delicado cuello. Descendió y descendió por la tersa piel hasta introducirse entre las ligeras capas de ropa y apresar uno de sus senos, y se deleitó con el calor y el dúctil peso de la carne. Su pulgar jugueteó con el pezón arrancándole otro gemido a Céline, el cual se extravió en su garganta y lo sintió como una orden. Él se arrodilló perdiendo el contacto de las caricias que ella le prodigaba y el de su boca hinchada y jadeante.

Con pericia abrió el vestido de mañana y bajó el escote del camisón. Se sentía como un acólito pagano venerando a un dios ancestral, exponiendo a su sacerdotisa para dar su carnal tributo a través de ella. Admiró los pálidos pechos maduros, sus areolas y pezones oscuros lo llamaban a alimentarse de ella… y así lo hizo.

Su lengua lamió con languidez desde la sensual redondez hasta la areola, saboreó la ligera salinidad de la piel y succionó el enhiesto pezón con lascivia, mientras que con su mano apretaba y estimulaba el otro seno. Céline, febril, echó la cabeza para atrás y arqueó su espalda ofreciéndose a Gideon, quien repetía y alternaba sus atenciones a sus dos pechos.

Sin darse cuenta, ella cerró los ojos y abrió sus piernas. Solo lo notó cuando la mano libre de Gideon ascendía por su pantorrilla, escurriéndose entre la tela hasta llegar a la cara interna de sus muslos. Jadeó. Sus caderas se movieron invitándolo, seduciéndolo, retándolo a avanzar.

Gideon, pese a ser dominado por el deseo, se sintió honrado ante esa erótica invitación, porque esperaba ser el último hombre con el que ella estaría, al que le estaba regalando el tesoro de su confianza e intimidad. Reverente, sus dedos alcanzaron sus rizos húmedos y se abrió paso entre los pliegues de la feminidad de Céline.

Gideon se enderezó, dejando húmedos los pechos de Céline. Con una mano continuó con las caricias en uno de sus pezones, y con la otra se centró en recorrer esa trémula y palpitante carne, en observar los gestos de ella que lo guiaban. Acarició ese apretado capullo a punto de florecer, probando el ritmo y la presión. Arrastró uno de sus dedos por la ardiente abertura para tentarla y percibió el estremecimiento que provocaba.

—Siénteme, mi Céline —ordenó con la voz preñada de lascivia—. Regálame tu placer, guíame.

Gideon se lamió los labios, con su dedo medio la penetró con excesiva lentitud, y ella lo sintió todo. Una de sus manos se aferró al borde de la mesa y la otra se ancló a la silla. Abrió más sus piernas regalándole oleadas de su miel. Para sorpresa de Céline, el dedo de él no imitó el vaivén copulatorio, solo hacía un pequeño movimiento acariciando una parte desconocida al interior de ella, al tiempo que con su palma estimulaba, con ese mismo compás, aquel punto del que apenas empezaba a ser consciente desde hacía unos días, cuando él la dejaba al borde de rogarle por más.

Céline sintió la imperiosa necesidad de apresar ese glorioso dedo, que no la abandonara y, más por instinto que por voluntad, su centro se apretó, a la vez que buscaba un toque más duro por parte de él. No pudo evitar el gemido ante ese destello de placer. No sabía a ciencia cierta de dónde provenía esa maravillosa sensación, pero necesitaba sentirla otra vez y repitió...

Y repitió…

Y repitió…

Una y otra, y otra vez, acudiendo a un llamado primitivo y animal dentro de ella. Olvidó el pudor, la vergüenza y el pecado, y abrazó esas llamas que la incendiaban. Y de súbito, esas mismas llamas se convirtieron en una hoguera que la clamó para sí, y se dejó calcinar.

Gideon contempló cómo Céline ardía de placer, cómo su cuerpo se tensaba ante la celestial muerte en vida. Sintió en su mano cómo ella palpitaba y lo llenaba de calor. Se deleitó con saber que él había logrado que ella alcanzara por primera vez el éxtasis.

Sí, la naturaleza sexual de las mujeres era mucho más rica y compleja, y había sujetos como Freestone que, en su egoísmo, desperdiciaban esa oportunidad y solo las utilizaban. Céline era un mundo nuevo, listo y dispuesto para ser descubierto por él, y todos los días sería una deliciosa conquista. Ella no lo sabía, pero era más que receptiva y eso les facilitaba a ambos perseguir el mutuo placer. Su corazón se sintió lleno de felicidad, le preocupaba que Céline no pudiera deshacerse de su pasado y que bloqueara sus sentidos, impidiéndole ser dueña de su cuerpo.

Sí, quería vivir la vida con ella. La admiraba con sus luces y sombras. Tenía el honor de ser la persona que conocía la verdadera valía de Céline.

Abandonó el cálido interior de ella arrancando un último y trémulo gemido, y buscó en su bolsillo un pañuelo. Limpió con gentileza el voluptuoso desastre en su mano y en la intimidad de su hermosa amante, quien se dejó hacer. El cuerpo de ella estaba invadido por una exquisita laxitud y una dichosa sonrisa danzaba en sus labios, la misma que él tenía. Gideon adecentó la ropa de ambos y le depositó un casto beso en la frente perlada por el sudor. La contempló embelesado. Ella era un milagro y la viva estampa de la satisfacción, y él, a pesar de estar tan sensible, a punto de estallar, también se sintió satisfecho.

Gideon se aclaró la garganta, ella entreabrió sus ojos. Sin palabras, él la tomó por la cintura y la instó a que se sentara con él, sobre su regazo. Céline se acurrucó y se sintió pequeña ante esa hermosa intimidad que representaba estar entre los brazos de su amante. Casi sin fuerzas le susurró:

—Pensé que me seducirías después de un concierto de música.

—Luego de leer tu carta, me fue imposible mantenerme estoico. Ya no podía esperar más para seducirte y modifiqué el ítem de la lista. —Gideon sonrió, le acarició la mejilla y ella le besó la palma, aquel gesto le enterneció.

—Eres un pícaro, milord.

—No he hecho trampa, mi querida Céline. Estuviste de acuerdo con las reglas.

—Aun así, no lo puedes negar, eres un pícaro… y me encanta. —Suspiró inmersa en una especie de bruma que la embriagaba, se sentía más desinhibida, más feliz, llena de seguridad y confianza—. Quizás si me hubieras seducido al pie de la letra, me habrían traicionado los nervios… Creo que ya entiendo a lo que se referían los poetas en sus versos que describen fuegos artificiales, volcanes, dicha infinita o la pequeña muerte. —Dio otro largo y entrecortado suspiro y miró a Gideon—. Gracias.

Gideon negó con la cabeza y replicó:

—Tú siempre fuiste capaz de hacerlo… solo te faltaba el amante adecuado.

—Definitivamente, tú eres el adecuado… mi pícaro caballero. —Y le dio un beso en la mejilla.

—Que quede entre nosotros. —Le guiñó el ojo—. Tengo una reputación de honorable y correcto que mantener.

—Oh, créeme que nadie lo sabrá. Si todas las damas que buscan un amante supieran lo que sé, no podrías quitártelas de encima y no me conviene.

—¿Celosa ante la posibilidad?

—Un poco, sí.

Gideon rio. Aunque tuviera una montaña de mujeres al acecho, no podría traicionar a Céline. Tan solo plantearse esa idea le hacía aborrecer la situación. Se estremeció y estrechó su abrazo aún más, pero con gentileza.

—El martes iremos al Hanover Square Rooms con Blake y Eleonora. Un cuarteto de cuerdas tocará unas piezas de Haydn.

Céline se mordió el labio inferior y preguntó:

—¿Me volverás a seducir?

—Después del concierto terminaremos lo que hemos empezado.

Céline sonrió y lo besó dejando un roce de su lengua sobre los labios de él. Gideon se lamió aquel húmedo rastro con una imperativa idea en mente.

Debía pedirle matrimonio a Céline, sí o sí.

Capítulo XVIII

Robert entró en la oficina de su abogado, el señor Peterson. El hombre de unos cincuenta años se levantó y le brindó una leve inclinación.

—Lo esperaba, sir Robert, tome asiento, por favor.

—Vine en cuanto recibí su mensaje. —Se sentó en la silla que estaba frente al abogado y prosiguió—: Cuénteme, a qué se debe tanta urgencia.

El señor Petersen se sentó y lo miró a los ojos, con tono solemne informó:

—Tal como acordamos, fui a Londres para demandar en su nombre por la tutela de lord Freestone y la señorita Kenworthy… —Hizo una pausa en la que su expresión se endureció y dijo—: Usted no me contó toda la verdad.

Robert se inclinó hacia adelante con gesto amenazante e interpeló:

—¿A qué se refiere?

Al señor Peterson no le intimidaba su cliente, el cual ya se estaba tornando problemático. Primero, lo acompañó a reclamar la tutela de los hijos de lady Freestone, y dar fe de las atribuciones del baronet. Accedió a apoyarlo, pues era *vox populi* que la vizcondesa no estaba en sus cabales ni poseía intelecto, y era más fácil abordar el tema de ese modo, sin tanta burocracia. Sin embargo, a inicios de esa semana, el baronet llegó con la súbita idea de formalizar todo, lo cual le pareció plausible. Y lo que encontró en Londres…

—Me refiero a que usted golpeaba a su hermana, a sus sobrinos, desfalcó el vizcondado e impugnaron su nombramiento como tutor.

El ceño de Robert se convirtió en un nudo entre sus cejas. Severo, interrogó elevando su tono de voz:

—¿Quién le ha contado semejante mentira?

El señor Peterson respondió, impasible:

—Nadie, sir Robert. En Cancillería se presentaron los antecedentes, el abogado del conde de Watford estuvo a cargo de la impugnación…

—¿Y acaso no vale la última voluntad de Freestone? —cuestionó, presintiendo que no le iba a agradar la respuesta de Peterson. Sus fosas nasales comenzaron a dilatarse con cada respiración.

—La última voluntad de su cuñado dejó de ser válida en el momento en que usted malversó los haberes de su sobrino. Está en los libros contables. Lo suyo fue descarado.

Robert abrió los ojos y refutó:

—¡Céline está loca, debió manipular sus libros! ¡Todos mienten!

El abogado, impasible ante esa muestra de ira, estaba decidido a no rebajarse ante la irracionalidad del baronet, por lo que respondió firme y seguro:

—Su hermana no está loca como todo el mundo dice. Su defensa presentó un informe firmado por el mismo director de Bedlam, donde se certifica que lady Freestone es una persona más que razonable e inteligente… Y no se atreva a insinuar que sobornaron al señor Monro, a él, precisamente, es a quien llama la Cancillería cuando tienen que evaluar las facultades mentales de un tutor. —El señor Peterson se sentía asqueado de haber participado en el ardid del baronet y agregó—: Leí el informe del médico de lord Watford, quien constató las lesiones que usted le provocó a lady Freestone… Usted es una bestia.

—Es mentira… es…

El señor Peterson no soportó más a ese hombrecillo miserable. Se levantó y solo en ese momento elevó su tono:

—¡El médico es el mismo que atiende al Lord Canciller! ¡No voy a dudar de su ética! ¡No insista en defender lo indefendible! —Guardó silencio por un segundo para tranquilizarse, detestaba sentirse manipulado y, refrenando su ímpetu, agregó —: Todas las pruebas fueron contundentes e irrefutables. Le informo que usted ya no es el tutor legal de sus sobrinos. En caso de que lady Freestone fallezca antes de que su hijo sea mayor de edad, lord Watford, en una primera instancia, será el tutor, y si él no está vivo, el duque de Pemberton lo será. Su hermana, sir Robert, se encuentra más que capacitada para ejercer su rol de madre y tutora de sus propios hijos. —Le acercó un archivero—. Aquí están todos los documentos legales con los que he tratado con usted. Renuncio, búsquese otro abogado.

Robert miró furioso al señor Peterson. Se metió la mano al bolsillo, sacó unas monedas y las arrojó al pecho del abogado, quien se mantuvo impertérrito ante la agresión. El baronet tomó el archivero con soberbia.

El señor Peterson añadió:

—Esas miserables monedas ni siquiera cubren mis honorarios. Le enviaré la factura de lo que se me adeuda, y me encargaré de que sea cobrado, de lo contrario, la cárcel de deudores le aguarda.

Un portazo fue todo lo que recibió como respuesta.

***

Céline miró por la ventana que daba a Berkeley Square. Aquella era una hermosa tarde primaveral de sábado. Un mozo del Gunter’s Tea Shop acababa de tomar su pedido que consistía en un helado de azahar. En el exterior se veía a varias parejas en sus carruajes abiertos que esperaban ser atendidos en la plaza.

Se imaginó con Gideon y sonrió. La próxima vez lo invitaría. Sí, y ella pagaría, ¿por qué no? Lo agregaría a la lista…

«Terminaremos lo que hemos empezado», recordó la sensual advertencia. Cada vez que venía a su mente la voz de Gideon diciendo esas palabras, sentía un atisbo de excitación. Ya podía identificar las señales de su cuerpo y comprendió que deseaba a Gideon desde hacía mucho tiempo, pero no se había dado cuenta. Evocó esa volcánica explosión que experimentó el día anterior y de inmediato se vio en la obligación de removerse un poco en su asiento; un súbito palpitar entre sus piernas le manifestó esa especie de necesidad de ser acariciada, de quitarse la ropa y sentir a plenitud el contacto del cuerpo de Gideon. Lo que había alcanzado a tocar de él había sido muy poco. Su pecho era terciopelo y acero, y olía tan bien.

En ese momento llegó el mozo y dejó una copa de helado sobre la pequeña mesa y Céline probó. De su garganta emergió un placentero «Mmmmmm». Su sabor era delicioso, en su boca se sentía como si estuviera comiendo nieve dulce con un leve toque cítrico.

—¡Qué sorpresa verla, Céline! —Escuchó una familiar voz femenina frente a ella y alzó la mirada.

La duquesa de Pemberton que estaba acompañada de otra dama joven y hermosa. Céline, con una sonrisa en los labios, se levantó y saludó:

—Buenas tardes… Eleonora —se atrevió a llamarla por su nombre de pila, tal como la duquesa le pidió el día que se conocieron.

Eleonora sonrió con alegría al escuchar que Céline por fin la trataba con familiaridad.

—Qué maravillosa coincidencia… Céline, le presento a mi cuñada, Alice Haywood, lady Carmathen.

Alice le brindó una leve reverencia a Céline, quien también respondió el gesto y saludó:

—Es un placer conocerla, lady Carmathen. Eleonora me ha hablado mucho de usted.

Y ese placer no era una mera cortesía. La duquesa de Pemberton le contó a Céline sobre la existencia de Alice, cuando Gideon y ella visitaron a los duques hacía un mes. Alice era la hermana menor de la difunta esposa de Gideon. La vizcondesa se preguntó si las hermanas se parecían físicamente, lady Carmathen era preciosa.

Alice la sacó de sus divagaciones cuando respondió:

—Espero que solo le haya contado cosas buenas. Eleonora también me ha puesto al día sobre usted. Por favor, evitemos las formalidades, puede llamarme por mi nombre.

—Será un mutuo placer, Alice.

Eleonora intervino con entusiasmo:

—Solo he hablado maravillas de ti, querida Céline, y de cómo has transformado la vida de Gideon.

Céline rio. Le encantaba la duquesa, era tan cálida y sencilla. Miró a ambas damas con simpatía y ofreció:

—Si no esperan a nadie, podrían compartir la mesa conmigo.

Eleonora y Alice se miraron y asintieron. Se sentaron junto a Céline y pidieron té y galletas.

—¿Y por qué está sola, en este lugar? —Fue la pregunta de Eleonora a Céline. Desde que la divisó, la curiosidad la embargó.

—Oh, es algo que siempre quise hacer y no tuve la oportunidad.

—Entiendo. A veces, si tenemos la posibilidad, es bueno mimarse a una misma sin sentirse culpable… Sin embargo, la veo diferente. No sabría cómo explicarlo, pero ahora usted irradia una fuerza que la hace lucir como otra persona, que ha crecido.

Céline asintió. Cada día era una nueva prueba, pero se sentía bien ir derribando sus propios mitos, darse cuenta de que lo que le decía Gideon era cierto: ella era fuerte, era capaz, era inteligente; quizás no del modo tradicional, ni tampoco aprendía con la misma rapidez, pero cuando lograba concentrarse, hasta ella misma se sorprendía haciendo cosas que eran difíciles el día anterior. Aún le faltaba dilucidar cómo hacerlo a voluntad, pero le emocionaba saber que estaba muy lejos de esa imagen de mujer estúpida e insignificante que su padre, su esposo y su hermano se empeñaron en hacerle creer. Cada día su seguridad se reforzaba; cuando tomaba una buena decisión, cuando se daba cuenta de que poco a poco iba mejorando en su gestión de administración, cuando sus hijos se veían contentos y felices, desarrollándose cada uno en sus intereses y capacidades.

—Mi vida ha cambiado mucho en todo este tiempo. A veces me cuesta creer que esta sea mi realidad.

—Y lo es, no dude de ello… —aseveró Eleonora, quien le tomó la mano y le dio un ligero apretoncito.

Céline le sonrió con gratitud y dijo:

—Cambiando de tema, ¿qué las trajo a Mayfair?

Alice tomó la palabra y respondió:

—Nos estamos poniendo al día. Cuando el Parlamento se disolvió, mi esposo, mis hijos y yo volvimos al campo, Londres es demasiado ruidoso y lo evitamos en la medida de lo posible.

—Oh, cierto. Tengo entendido que el Parlamento tendrá una reunión en dos días más.

—Por eso mismo hemos vuelto. Sebastian y yo debemos retomar nuestros trabajos en la temporada. Él, como legislador, y yo me ocupo del lado social. La mayoría de las leyes se

discuten en bailes y tertulias en vez del Parlamento.

—Debe ser mucho trabajo ser la esposa de un parlamentario. Yo no sé nada de eso, mi difunto esposo no ocupaba su escaño, solo disfrutaba de las «bondades» de la temporada —ironizó.

Alice conocía al infame y disoluto lord Freestone, y arrugó su nariz como respuesta.

Eleonora añadió:

—Sí, es mucho trabajo, no es fácil organizar eventos sociales, por muy sencillos que sean. Pero Alice y yo siempre nos apoyamos… —Miró a Céline con cierta picardía. Era obvio que pronto la vizcondesa se convertiría en la esposa de un parlamentario, y preguntó—: ¿Sería mucho el atrevimiento de pedirle ayuda a usted, querida?

—Estaré encantada, dentro de mis posibilidades. Pero le advierto que no tengo experiencia.

—Es lo de menos, mientras más, mejor. Muchas gracias.

En ese momento llegó el mozo con el pedido de las damas. Mientras Eleonora revolvía su té, preguntó:

—Y, ¿cómo va el cortejo de Gideon?

Céline se aclaró la garganta y contuvo una sonrisa nerviosa. Comió un bocado de helado. No había visto venir esa pregunta. A Alice no le pasó inadvertida esa reacción y terció:

—A juzgar por su expresión, lord Watford lo está haciendo bien.

Céline respondió comedida:

—Sí, lo está haciendo muy, muy bien.

Alice y Eleonora lanzaron risitas femeninas de emoción. El hecho de repetir la palabra «muy» era como gritar a los cuatro vientos que todo iba a pedir de boca.

Alice bebió té y comentó:

—La verdad no me imagino a lord Watford cortejando a una dama. Yo no lo podía creer cuando Eleonora me contó. Siempre lo vi tan serio y correcto, como si fuera un padre.

Eleonora convino con un gesto y repuso:

—Definitivamente esa era la imagen que él siempre nos mostraba, pero apuesto que lady Freestone conoce muy bien la otra cara de la moneda.

El rostro de Céline se tiñó de rojo y afirmó:

—Gideon no es tan solemne cuando se lo propone.

Eleonora apoyó su mentón sobre la palma de su mano y señaló:

—No sé usted, pero yo estoy segura de que Gideon va directo al altar. Lo tiene atrapado, querida… en el buen sentido de la palabra.

Céline pensó que era al revés. Él la tenía en la palma de la mano, pero ella no se lanzaba a sus brazos solo porque aún le faltaba llevar a cabo algunas cosas de la lista. No obstante, tenía curiosidad por saber la opinión de Eleonora e indagó:

—¿Usted cree que lo tengo atrapado?

Eleonora respondió con suficiencia:

—No olvide que Alice y yo vivimos con él durante una buena temporada. Le puedo asegurar que se desvivirá por usted. Si era un buen marido incluso estando casado con lady Arpía, imagínese como será con la mujer que ama.

—¿Lady Arpía?

—Así la apodó Blake… En fin, Gideon siempre fue un esposo excepcional, pese al comportamiento contradictorio y errático de *ella*. A veces, lady Arpía parecía apreciarlo y respetarlo, y en otras ocasiones era insufrible con él. Pero Gideon nunca perdió el control, quizás solo una vez lo vi furioso, y fue cuando ella le colmó la paciencia.

Alice confirmó con un asentimiento y agregó:

—Sí, lord Watford siempre fue demasiado bueno para Millicent. —Suspiró—. Ojalá ella lo hubiera apreciado más, pero creo que nunca pudo ser capaz de soltar eso que tenía con… Richard.

Eleonora acarició la espalda de Alice con cariño. Los años podían pasar, mas algunas heridas jamás cicatrizaban. Alice nunca más pudo referirse a Millicent y a Richard como «hermanos».

—Hay cosas de las que jamás tendremos respuesta… —reflexionó Eleonora—. Pero hay que verle el lado positivo. Gideon tiene una segunda oportunidad para empezar a amar de verdad, y usted también. Creo que ambos fueron afortunados por encontrarse.

—Sin duda tuvimos suerte —convino Céline—… Y hablando de suerte, el martes usted y yo nos veremos en Hanover Square Rooms.

—Sí, ese día se presentará un cuarteto, ya quiero que llegue ese día. Los músicos que ejecutarán las piezas son verdaderos maestros… —Comió un pastelillo y repuso:— Céline, ¿tiene algo que hacer después de comer su helado?

—No, en realidad iba a volver a casa.

—Acompáñenos a Bond Street, vamos al atelier de *madame* Collier. Y después pensamos ir al museo.

Céline sonrió y asintió con entusiasmo, jamás había ido de compras con amigas y menos a un museo. Era increíble como algo tan simple podía colmarla de satisfacción.

Su vida estaba cambiando de un modo que jamás soñó alcanzar. Era increíble el poder que tenían los hombres; aquellos que debían amarla, lo usaron para someterla y convertirla en un ente que apenas tenía utilidad, sentimientos y propósito; y Gideon había sido todo lo contrario, le brindó apoyo, paz, independencia, amor y libertad.

Sí, se sintió afortunada de tener a un hombre como Gideon a su lado.

***

Como todos los lunes, los cuatro caballeros malditos se reunieron en Eden Hall para cenar e informar sus avances en la búsqueda del elusivo sirviente que los involucró en el asesinato de lady Regina.

Al terminar de comer el postre, Warwick tomó la palabra y dijo:

—Esta semana pude descartar a uno de mi lista que no se parecía al sirviente que me contactó. También encontré a otro, pero está muerto… Estoy casi seguro de que tampoco era nuestro hombre, pues su madre me comentó que tenía la misma apariencia que su hermano mayor, el cual conocí al día siguiente, y no, tampoco se parecía.

Mackay comentó:

—Tenemos dos menos, lo que reduce la lista y aumenta las posibilidades de los demás. Esta semana no pude averiguar nada, me vi en la obligación de ir de emergencia a Riverside Park. Galatea, una de mis yeguas, tuvo un parto gemelar.

El gesto de Wild fue de preocupación y preguntó:

—¿Salió todo bien? Tengo entendido que eso es una rareza.

Mackay sonrió satisfecho y confirmó:

—Lo es. Cuando eso sucede, la mayoría de las veces se produce un aborto, o los potrillos nacen muertos… o la yegua muere dando a luz. Cuando llegué a Riverside me encontré con un parto exitoso. Galatea está en excelentes condiciones y ahora hay dos potrillos adicionales, uno

de ellos es más pequeño de lo normal, pero es fuerte y sano.

—¿Ya les pusiste nombre?

—Uno se llama Miracle y el otro Lucky…

—Buenos nombres sin duda. —Una sonrisa sarcástica se asomó en los labios de Wild.

—Soy bueno poniendo nombres.

Las risas no tardaron en estallar ante esa aseveración. Mackay consideraba que nombrar animales según obviedades era un talento.

Después de las risas vino el silencio, el cual no se prolongó demasiado gracias a Gideon que informó:

—Esta semana solo pude buscar a uno de la lista. Vivía en Petticoat Lane, pero no lo encontré. Sus vecinos me informaron que desde hace algunas semanas está trabajando al servicio de lord Kirby. —Hizo una mueca de desagrado—. No he tenido tiempo de ver ese asunto.

Warwick señaló, burlón:

—El tiempo de Gideon lo consume lady Freestone. ¿Acaso no lo ven? Miren cómo sonríe… esa mujer te ha transformado en un hombre feliz. ¡Qué desagradable esa mueca de satisfacción!

Todos volvieron a reír. Wild interrogó:

—¿Ya le propusiste matrimonio?

Gideon negó con la cabeza y respondió:

—Si tengo suerte, pronto.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Siempre.

—No dejes pasar demasiado tiempo… —dijo serio, tanto que nadie osó interrumpir—. Si se aman de verdad no lo desperdicies. No nos cuesta comprender que una mujer como ella necesita saborear lo que es ser una persona autónoma, pero también demuéstrale que el matrimonio no es una prisión para las mujeres, como muchos hombres y leyes abusivas se han encargado de demostrar. Ustedes pueden jugar con sus propias reglas.

Todos miraron a Wild con cierto asombro, mas no bromearon. Sabían que él había perdido un gran amor por su inmadurez, y tomó muy malas decisiones que le costaron su propia felicidad. Gideon pensaba que su amigo aún no lo superaba, pese a que la mujer que amaba Wild estaba casada con otro. Quizás él aún no se daba cuenta de que, aunque el destino los uniera una vez más, el daño era tan grande y ellos habían cambiado tanto, que no podrían volver a ser lo que alguna vez fueron. Wild necesitaba resignarse, dejar el pasado y ver el futuro.

Aunque eso era muy fácil decirlo, hacerlo de corazón era lo complicado, bien lo sabía él. A la postre, repuso:

—Tienes razón, Wild… De hecho, necesito su opinión. ¿Qué le regalarían a una mujer como símbolo de su compromiso?

—Un caballo purasangre de los criaderos de tu servidor —propuso Mackay.

Gideon lo meditó e hizo memoria. En una de las tantas conversaciones que tuvo con Céline, ella le comentó que su padre no quiso que aprendiera a montar. La atemorizó tanto que no se sentía capaz de aprender. Sin embargo, ella estaba cambiando, quizás había una posibilidad de que se animara a intentarlo una vez más.

Gideon resolvió agregar en la lista de ambos el ítem «Enseñarle a Céline a montar a caballo», y dijo:

—Apártame una yegua dócil. Será un regalo que le daré en el verano, y también uno que consideres apto para que Cliff y Mathilda aprendan a montar. Es una promesa que espero

cumplir pronto.

—Dalo por hecho…

Los caballeros malditos negaron con la cabeza. Mackay no perdía la oportunidad para ofrecer uno de sus ejemplares, y lo peor de todo era que siempre tenía buenos resultados. Estaban seguros de que, si el escocés tenía la oportunidad de venderle una pala de nieve a un egipcio, lo haría.

Warwick decidió responder la pregunta que planteó Gideon y dijo:

—Ya que Mackay propuso algo que no te sirve en este momento, yo aportaré con una mejor idea. Qué tal si le das un obsequio tradicional, pero que sea significativo para ella.

—¿Algo así como una joya?

—Claro, pero que sea especial.

Gideon meditó las palabras de Warwick. A Céline le había llamado la atención la joya que llevaba lady Gellywen, era muy probable que de verdad le gustara y por eso recordaba ese detalle. Sí, sería especial, algo como lo que ella imaginó, con flores y follaje. Nada de serpientes.

—Veo que Gideon tiene algo en mente, miren su cara —terció Wild—. Sugiero que vayas a Rundell & Bridge lo antes posible, porque de seguro lo que quieres obsequiarle a tu dama no es un simple anillo.

—Exactamente… Retomando nuestro tema de conversación, ¿tuviste algún resultado?

—Tuve más éxito y tiempo que ustedes. Encontré a dos… y ninguno era.

Todos resoplaron a la vez.

Les quedaban veinte por comprobar.

Capítulo XIX

A las seis y media de la tarde, Gideon estaba frente a la puerta de la casa de Céline. Era temprano, lo sabía; sin embargo, él tenía una misión importante que cumplir.

Tocó la aldaba de latón y esperó.

La puerta se abrió y el ama de llaves no logró ocultar su expresión de sorpresa.

—Buenas tardes, milord —saludó la señora Perkins, al tiempo que le permitía la entrada al pequeño vestíbulo—. Lo esperábamos más tarde, la vizcondesa recién se está preparando.

—Lo imaginé —respondió mientras se quitaba el sobretodo y se lo entregaba a la señora Perkins—. En realidad, vine temprano porque requiero una entrevista con lord Freestone y la señorita Kenworthy.

El gesto de sorpresa del ama de llaves cambió a la curiosidad. Dada la solemnidad del conde, ella señaló:

—Los pequeños amos se encuentran en la sala de estar con la señorita Susan. Lo anunciaré.

—Gracias, aguardaré.

Mientras esperaba, Gideon se llevó las manos a la espalda y balanceó su peso sobre la planta de sus pies. Se sentía ansioso.

—Sígame, milord —dijo el ama de llaves de súbito.

Tras unos pocos segundos, Gideon entraba en la sala de estar. Susan hizo una reverencia, Cliff y Mathilda la imitaron de un modo apresurado y con una sonrisa en los labios.

—Buenas tardes a todos —saludó Gideon dando una leve inclinación y miró a la institutriz—. Es un placer verla, señorita Susan. ¿Todo bien?

—Mejor que nunca, milord —respondió la joven institutriz.

—Perfecto, me alegro mucho. —Dirigió su atención a Cliff y Mathilda—. ¿Cómo han progresado vuestros estudios?

Gideon percibió una emoción contenida en los niños, la cual se evidenció cuando respondieron al mismo tiempo.

—¡Muy bien! —exclamó Mathilda—. Me gusta mucho la geografía.

—¡Estoy aprendiendo a leer! —dijo Cliff entusiasmado—… Bueno, algunas palabras fáciles.

Gideon sonrió y se acercó a ellos. Se agachó, le palmeó con cariño la mejilla a Cliff y le tomó la mano a Mathilda, se le antojó diminuta comparada con la de él.

—Me alegro… ¿Han hecho muchas travesuras?

Mathilda y Cliff se miraron de reojo. Susan intervino con un tono acusador que se mezclaba con la diversión.

—Díganle a lord Watford lo que han hecho.

Mathilda se aclaró la garganta y confesó:

—Tomamos un papel del escritorio de mamá.

Cliff se apresuró a añadir:

—Solo uno. Mamá dice que es solo para cosas importantes.

—Sí, bueno… queríamos dibujar —explicó Mathilda.

—¿Y esa es la travesura, señorita Kenworthy? —indagó Gideon—. Eso no califica como tal.

—¿Y si dibujamos a tío Robert? —preguntó Cliff.

Gideon apretó los labios intentando contener la risa. Lo cierto era que tenía curiosidad de ver cómo habían inmortalizado a ese animal.

—Depende de cómo lo dibujaron. Me gustaría mucho ver esa obra de arte.

Cliff sonrió y fue al escritorio de su madre a buscar el dibujo. No transcurrieron ni diez segundos cuando Gideon tenía el papel en sus manos y sus carcajadas resonaron en la estancia.

Era evidente que los niños poseían una imaginación muy activa. El dibujo mostraba, con trazos seguros y definidos, a un hombre que tenía los ojos desorbitados, con la lengua afuera de un modo bastante grotesco, y que era ahorcado por otro sujeto —mejor dibujado, más alto y fornido—, quien estaba a punto de lanzarlo a una charca de barro, de la cual unos cerdos escapaban despavoridos. En un plano más alejado se veían dos niños y una mujer lanzando tomates a la «víctima».

Al pie del dibujo se leía «El castigo de serDobert»

—¿Quién hizo el dibujo? —preguntó Gideon cuando cesaron sus carcajadas.

Mathilda, orgullosa, respondió:

—Yo, pero Cliff me dio la idea y el título.

—Tiene un talento natural para el dibujo. Supongo que sir Robert es el que está a punto de caer al barro.

—Y el otro es usted —agregó Cliff—. Y los que lanzamos tomates somos mamá, Mattie y yo.

Gideon alzó sus cejas y dijo:

—Ya veo… Es notable el juego de palabras, mezclaron «cerdo» con «sir Robert». —Miró a los niños y sentenció—: Vaya capacidad creativa la de ustedes. Definitivamente, esto califica como travesura.

—¿Usted cree que mamá nos va a castigar? —indagó Mathilda sin tanto orgullo.

Gideon se quedó pensativo y respondió:

—Depende.

—¿De qué? —interrogó Cliff.

—De si está de buen humor. A mí me hizo gracia, pero no puedo garantizar que su madre reaccione de la misma manera. —Guardó silencio, los instó a sentarse en el canapé que había en la estancia y le devolvió el dibujo a Mathilda—. Eso ya lo veremos, si no está de humor, intentaré interceder por ustedes, sino… —Se encogió de hombros—. Pero antes de que eso suceda, necesito conversar un tema serio con ustedes. Por eso he venido temprano, necesitaba verlos antes de que fueran a acostarse.

Ambos niños enderezaron sus posturas y esperaron a que Gideon continuara. Él inspiró hondo, y preguntó:

—Lord Freestone, señorita Kenworthy, quisiera saber si me dan su venia para pedirle a vuestra madre que sea mi esposa.

Cliff y Mathilda abrieron sus ojos y jadearon. En sus corazones emergió una inesperada emoción que no supieron interpretar del todo. Era una mezcla extraña de felicidad y un natural temor.

Gideon, ante el mutismo de los niños, agregó:

—Sé que me conocen desde hace poco tiempo, pero yo adoro a vuestra madre y me gustaría formar una familia con ella y con ustedes, por supuesto.

Mathilda y Cliff se miraron, a la postre la niña dijo:

—¿Cómo sabemos que usted no se portará mal, como lo hizo tío Robert? Al principio pensábamos que era bueno, pero pronto empezó a tratar mal a mamá.

A Gideon se le encogió el corazón al escuchar el directo cuestionamiento de Mathilda. Tan pequeña y tan consciente, como si siempre estuviera esperando lo peor. Su instinto de

supervivencia era más desarrollado que el de muchas niñas mayores que ella.

—Sé que es difícil confiar en mí, en cualquier hombre, a decir verdad. —Se quedó pensativo por unos instantes y de pronto se le ocurrió—. Si quieren podemos firmar un contrato.

—¿Un contrato? —preguntaron Cliff y Mathilda al mismo tiempo.

—Un documento en que yo me comprometo solemne a cumplir mi palabra y, si no lo hago, ustedes pueden expulsarme de la casa.

Susan, que observaba todo en silencio, alzó sus cejas ante esa inaudita propuesta. Lord Watford era un hombre singular cuando se le conocía. Tuvo infinitas oportunidades de aprovecharse de lady Freestone, y él solo se había comportado con honor. Además, bastaba con observar cómo miraba —o más bien, admiraba— a la vizcondesa para saber que la amaba. Y en ese momento estaba dando una señal a los niños, que los consideraba y respetaba como individuos. Aquello no se veía todos los días, por lo que propuso para ayudar al conde:

—Si quieren, puedo ser testigo del contrato.

Cliff y Mathilda volvieron a mirarse y asintieron. Los adultos tenían cierto respeto a los papeles firmados. Eso les daba seguridad.

Gideon sonrió ante esa respuesta, e hizo una nota mental de subirle el sueldo a Susan para cuando estuvieran todos viviendo en Eden Hall.

El conde se levantó y fue al escritorio de Céline para redactar el improvisado contrato. Durante quince minutos la pluma estuvo rasgando el papel, dejando en tinta una promesa solemne.

Cuando terminó le entregó el documento a Susan para que se lo leyera a los niños.

La institutriz leyó:

Contrato de compromiso

En Londres, martes 19 de abril de 1820, Gideon Albert Graham, conde de Watford, a partir de ahora, «el conde», suscribe el presente contrato de compromiso con Clifford Kenworthy, lord Freestone, y la señorita Mathilda Kenworthy, a partir de ahora, «los niños».

Primero: El conde, en su papel de esposo, se compromete a amar, respetar, proteger, honrar y hacer feliz a la madre de los niños.

Segundo: El conde, en su papel de padrastro (o padre, según estimen conveniente los niños), se compromete a amar, respetar, proteger, educar, honrar y hacer felices a los niños.

Tercero: Los niños se comprometen a portarse bien, estudiar, respetar, honrar y obedecer a su madre y al conde.

Cuarto: El conde jamás golpeará o insultará a ninguno de los miembros de la familia, ni tampoco a las personas del servicio doméstico. Solo a quienes amenacen la integridad física o emocional de los antes mencionados.

Quinto: En caso de disputas familiares que no lleguen a acuerdo, quien resolverá el conflicto será la madre de los niños.

Sexto: De no cumplirse los compromisos pactados por parte del conde, los niños y la madre de los niños tienen el derecho a expulsarlo de la familia.

Séptimo: Si la madre de los niños o los niños dejan de querer al conde, este último se compromete a alejarse.

Cuando Susan terminó de leer, Gideon repuso:

—Pueden agregar cláusulas adicionales si quieren.

Cliff se atrevió a responder:

—¿Y qué pasa si usted nos deja de querer? ¿Nos tendremos que ir?

Gideon negó con la cabeza y contestó:

—Ni siquiera pensé en la posibilidad de que eso suceda, pero si desean agregar esa cláusula… —Con un ademán pidió el contrato de vuelta y escribió. Tras un instante leyó—: «Octavo: si el conde deja de querer a los niños, o a la madre de los niños, asegurará el futuro de los antes mencionados, se alejará y se compromete a no formar otra familia». —Miró a Cliff y Mathilda a los ojos—. ¿Conformes?

Mathilda inspiró profundo y asintió. Los ojos de Cliff se enrojecieron y adquirieron un brillo cristalino. Cuánta vulnerabilidad había en aquellas reacciones, Gideon se sintió humilde y con una gran responsabilidad —porque lo era—. No podía permitirse el lujo de lastimar el corazón de los niños.

Esbozó una sonrisa para aligerar el crucial momento y preguntó:

—¿Debo agregar algo más? —Ambos niños negaron con la cabeza—. Bien… Anotaré lo último.

Y escribió:

Noveno: Si las partes de este contrato desean agregar algo en el futuro, deben negociarlo y anexarlo.

La señorita Susan Jameson oficia como testigo de este contrato.

Al terminar, Gideon indicó, serio:

—Es hora de firmar, niños.

Mathilda fue la primera, escribió su nombre e hizo una floritura al final. Luego Cliff, con letra tambaleante, solo puso sus iniciales. Gideon firmó escribiendo «Watford», o se suponía que decía así, lo único legible era la W. Al final, Susan atestiguó con letras pequeñas su nombre y apellido.

—Bien, lord Freestone, señorita Kenworthy, ustedes se quedarán con este contrato.

Gideon les ofreció la mano a Cliff y el niño se la estrechó firme. Lo mismo hizo con Mathilda y ella respondió tal como su hermano. Acto seguido, el conde les entregó el contrato a Cliff y añadió:

—Deben guardarlo en un lugar seguro.

Los niños asintieron. Cliff dobló el papel con cuidado y Mathilda declaró ceremoniosa:

—Ahora puede pedirle matrimonio a mamá, milord.

—Gracias, señorita Kenworthy, será un inmenso honor… Si es que ella me acepta.

Mathilda sonrió con timidez. Estaba segura de que aceptaría. Desde que lord Watford entró en la vida de su mamá, se habían terminado los llantos a escondidas, ni tenía cardenales nuevos en las muñecas o en los brazos, y se había borrado esa mirada triste y distraída.

Cliff se aclaró la garganta y, llenándose de valor, preguntó:

—¿Puedo darle un abrazo, milord?

Aquella pregunta destrozó el corazón de Gideon. Asintió sin poder decir ninguna palabra. Cliff se acercó y él lo recibió entre sus brazos. El niño se aferró a él, ocultándose en su pecho. El conde miró a Mathilda que los observaba, en sus ojos se reflejaba la duda. La invitó con un gesto y la niña tardó un breve instante en decidir y otro más para estar compartiendo el calor.

Aquel abrazo era la primera muestra de cercanía que experimentaban con alguien que no fuera su madre.

Mathilda no entendía por qué tenía ganas de llorar si no estaba triste, al contrario, sentía una alegría inmensa. Ese abrazo, todos juntos, le hacía sentir feliz.

Los niños no supieron cuánto rato pasó, pero llegó un momento en que se miraron y sonrieron. No quisieron romper el contacto con lord Watford. Era grande, cálido y olía bien. Se permitieron disfrutar el cariño que recibían.

Con aquella escena se encontró Céline minutos después. Muchas veces soñó con que su difunto esposo les demostrara afecto a sus hijos, y nunca sucedió. Era una fantasía ridícula e ingenua… Pero era tan legítima como natural; no obstante, ella entendía y aceptaba que, como esposa, era insignificante para Freestone, pero que él fuera indiferente con sus hijos era inaceptable. No eran culpables de nada, y deseaba que ellos se sintieran amados por su progenitor. Lamentablemente, el vizconde era incapaz de sentir algo por alguien, salvo por sí mismo.

Y ahí estaba Gideon, dándoles afecto a sus hijos. Esa escena era el claro ejemplo de que la sangre no hacía familia ni creaba vínculos. El conde les daba a Cliff y a Mathilda algo tan simple como un abrazo, unas palabras de ánimo, entablar breves conversaciones, darles su lugar. En unas cuantas semanas, Gideon había convivido con los niños mucho más que Freestone en siete años.

Gideon era consciente que mantener una relación con ella era también mantener una relación con los niños.

Eso le hizo amarlo un poco más.

Se aclaró la garganta para anunciar su presencia y dijo:

—Pensé que las carcajadas de lord Watford habían sido mi imaginación.

Gideon alzó la mirada y la recorrió de arriba abajo.

Cliff y Mathilda se separaron del reconfortante calor de Gideon y con una energía efervescente abrazaron a su madre, llenándola de elogios, y Céline respondía con caricias y besos. Después de aquello, se despidieron de ella y de Gideon, y junto con Susan abandonaron la estancia. Debían cenar y luego descansar.

Gideon se levantó del escritorio. De su boca no salieron palabras, pero sus ojos le dijeron todo lo que pretendía hacerle después del concierto. Se acercó a Céline y la tomó por la cintura, y ella posó sus manos sobre el pecho de él. Se dieron un suave y breve beso para mantener firmes las riendas del deseo.

—Sé que los niños ya dijeron lo hermosa que te ves esta noche, pero debo agregar: majestuosa y etérea. Una verdadera diosa.

El dorado de los detalles bordados en esa seda color marfil realzaban la belleza de Céline. Gideon se sentía encandilado, le parecía que ella era cada vez más y más hermosa.

Céline sonrió con timidez. Una de las cosas a las que aún no se acostumbraba era a los halagos. Le costaba creer que los demás la vieran así… Que un hombre como Gideon la viera así. Sin embargo, esa era su realidad, su nueva realidad.

—Gracias, milord —respondió Céline dándole un breve beso—. Tú también te ves muy apuesto.

—¿Incluso con mis canas y patas de gallo? —preguntó medio en broma, medio en serio.

Céline acarició las sienes de Gideon. Se dio cuenta de que Gideon era tan vulnerable e inexperto en el amor como ella, y respondió:

—Te recuerdo que me casé con un hombre que podría haber sido mi padre… Tú estás en la

flor de la juventud. —Le besó la mejilla y sonrió—. Llegaste temprano.

—Sí, bueno. Quería hacer algo antes del concierto.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué se trata?

—Anoche recibí un buen consejo y ahora una autorización… La cuestión es que… —Rompió el contacto solo para poner una rodilla en el suelo. Le tomó la mano a una boquiabierta Céline y dijo—: No necesito más ítems que tachar de la lista. Yo ya he decidido a amarte lo que me resta de vida… Y no me queda más que preguntar si deseas ser mi esposa. No anhelo más que envejecer a tu lado, con todo lo que implica vivir juntos.

Céline también se dio cuenta de que ella tampoco necesitaba más ítems que tachar para saber que Gideon era el compañero con el que deseaba vivir la vida. Lo amaba más allá de sus temores e inseguridades.

Asintió y una impetuosa lágrima cayó sobre su mejilla. La limpió y dijo con voz quebrada:

—Seré tu esposa, solo porque te amo… Podemos seguir llenando y tachando la lista cada vez que queramos.

—Estoy seguro de que siempre tendremos algo que hacer. —Se levantó sin soltarle la mano y añadió—: Estoy preparando mi presente de compromiso, pero eso no me impide darte uno ahora…

De su bolsillo sacó una caja de aspecto antiguo y agregó:

—Este anillo se lo regaló mi padre a mi madre en su primer aniversario… —Le deslizó, en el dedo anular derecho, un anillo de plata con un granate en forma de corazón, el cual estaba rodeado de diamantes—. Ella me contaba que significaba más que el de matrimonio, porque simbolizaba el amor que había nacido entre ellos durante ese año. Me lo legó con la esperanza de que yo también se lo obsequiara a la mujer que eligiera mi corazón para amar. —La miró a los ojos—. No ha tenido dueña desde ese entonces.

—Me haces sentir muy honrada. —Acarició con su pulgar la hermosa piedra, roja como la sangre —. Es precioso, Gideon… Oh, casi lo olvido. Yo también tengo un regalo para ti, aunque claro, no pretendía que fuera de compromiso. —Del retículo que pendía de su muñeca sacó un pañuelo blanco—. No es mucho, pero…

—Es el mundo para mí… —interrumpió—. Es la primera vez que una dama me obsequia algo así. Es precioso, como todo lo que hacen tus manos.

Gideon acarició el impecable bordado en la esquina del pañuelo. Era el blasón de los Watford, que estaba formado por un yelmo de caballero sobre un escudo y rodeado de hojas.

—Me alegra que te guste, lo hice pensando en ti… Mírame. —Gideon obedeció en el acto. Sus ojos pardos se clavaron en los castaños de ella—. Te amo. Todo lo que soy, todo lo que tengo, lo pondría a tus pies para que comprendas la inmensidad de lo que siento por ti. No lo olvides nunca.

—Jamás. —Tomó una honda inspiración. Sacó el pañuelo que estaba en el bolsillo de su chaleco y lo reemplazó por el que le obsequió su prometida—. ¿Me guardarías este, por favor, mi querida Céline?

Céline recibió el pañuelo de Gideon y lo guardó en su retículo. Acto seguido él le ofreció el brazo. Estaban a punto de tachar un ítem más de la lista…

«Ir a un concierto de música con amigos»…

***

El Hanover Square Rooms fue el lugar en que Gideon y Céline dieron la noticia a los duques de

Pemberton de que estaban comprometidos. Las felicitaciones y parabienes no tardaron en llegar. Aquella chispeante aura de felicidad que la pareja irradiaba no fue indiferente para la mayoría de los asistentes al concierto, por lo que el rumor de las inminentes nupcias se diseminó tan rápido como una avalancha.

Miradas discretas —otras no tanto— fueron lanzadas al conde de Watford y la futura lady Watford, a quienes nadie podía quitarles la sonrisa de sus rostros.

Muchos se preguntaban si de verdad la vizcondesa estaba en sus cabales por involucrarse con un presunto asesino.

Otros se preguntaban si el conde estaba perdiendo el juicio por involucrarse con una mujer tan problemática. Podía volverlo un cornudo otra vez.

Sin embargo, también había quienes se sorprendían de las vueltas de la vida y les alegraba cuando se lograba un enlace conveniente para ambas partes, y si el amor era la causa de esa improbable amalgama de personalidades, mejor que mejor.

Céline se veía tan radiante como una debutante en su primer baile, con el entusiasmo y la felicidad adornando su rostro. Gideon, orgulloso, la llevaba del brazo como si ella fuera de la realeza.

Y sí, llevaba del brazo a su reina.

Los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos y la estancia se colmó de una melodiosa cacofonía donde se mezclaban escalas, notas dispares, fragmentos perdidos de lo que iban a presentar. El escenario era un inmenso lienzo en blanco listo para ser llenado con los multicolores trazos de la música, y aquello desvió la atención de Céline de sus propias emociones, para contemplar los lustrosos instrumentos y el garbo de los músicos que componían el cuarteto de tres varones y una dama.

El salón era inmenso, tenía la capacidad para albergar con holgura a quinientas personas. El techo se elevaba a diez metros de altura, en el cual había pinturas exquisitas y colgaban ocho majestuosas arañas de cristal que iluminaban casi como si fuera luz de día. Se decía que obtener una anualidad era un lujo que pocos podían permitirse, por lo que en ese lugar estaba lo más selecto —y cotilla— de toda la aristocracia londinense.

De pronto, sonó una campanilla. Era el primer llamado para que las personas tomaran su lugar. Gideon se inclinó hacia ella y le susurró:

—Tenemos asientos en la primera fila para que no te pierdas de nada.

—Maravilloso… Nunca había visto tan de cerca cómo tocan los instrumentos —replicó mientras sus ojos seguían a los músicos, que ya se retiraban para que fueran presentados y el espectáculo diera inicio.

Céline notó que Blake hizo unas señas discretas a uno de los músicos que bajaba del escenario, el cual le devolvió el saludo con una sonrisa. Era un hombre que ya estaba en el otoño de su vida, pero tenía una vitalidad que era envidiable. No obstante, el tiempo apremiaba y solo pudieron hacer ese breve intercambio.

Eleonora se dio cuenta de que la curiosidad embargaba a Céline, y le contó:

—Cuando Blake era un jovencito, fue un destacado alumno del violinista, el señor Battista.

—No es para tanto —intervino Blake—. Mi desempeño con el violín solo es aceptable.

Eleonora le dedicó un gesto de reprobación e interpeló:

—¿Aceptable? ¡Válgame el cielo! —Se inclinó hacia Céline y dijo con falso tono de secretismo, porque su intención era que Blake la escuchara—. Si mi esposo no hubiera sido duque, habría sido tan prominente como Paganini.

—Exageras, querida —replicó Blake.

Eleonora bajó más su voz y le dijo a Céline:

—No lo escuches, su peor defecto es la modestia.

—Y el tuyo es sobredimensionar mis capacidades —repuso Blake.

Céline rio. Le encantaba la relación que tenían los duques, muy distinta a la mayoría de los matrimonios que se encontraban en ese salón. Miró a Gideon, él le guiñó el ojo. Sí, ellos compartían esa misma complicidad.

Tomaron asiento. La campanilla que anunciaba el inicio del concierto resonó por última vez en el salón.

El silencio se hizo absoluto cuando el presentador dio una breve introducción sobre el cuarteto —compuesto de dos violines, una viola y un violoncelo— y de la pieza que iban a ejecutar. Al terminar, los aplausos les dieron la bienvenida a los músicos y tomaron posición.

El violinista principal hizo un breve gesto, los demás lo miraban atentos, y la música reinó.

Nada sacó a Céline de su fascinación mientras duró la presentación. Gideon la miraba de soslayo de tanto en tanto. Le encantaba ver el perfil iluminado con una ensoñadora sonrisa, perdida en su mundo personal. No le molestaba que ella lo dejara fuera en esa breve fracción de su vida, Céline siempre lo hacía partícipe de sus pensamientos que cambiaban de rumbo como una abeja recolectando polen. No necesitaba saber qué pensaba, solo era verla y entender que, en ese instante, Céline solo era Céline en su más pura expresión. Nada más, nada menos.

Al terminar la presentación, los aplausos de pie no tardaron en llegar. Céline parpadeó con cierto desconcierto y aplaudió siguiendo a los demás. Un leve desconsuelo la inundó. Qué no daría por escuchar siempre la música, cada vez que quisiera.

Era una lástima que ella no tuviera el talento que ostentaban aquellos músicos, sobre todo la violonchelista, que demostraba una gran pasión…

Suspiró. Su aplauso fue más fervoroso. Quería volver a ese lugar tan pronto como pudieran. Por esa noche ya todo había terminado.

—¿Se unirán a nosotros? —preguntó de pronto Blake a Gideon y Céline—. Habrá una breve celebración privada en los camarines, me acaba de invitar mi maestro.

Gideon y Céline se miraron. Tenían un compromiso ineludible el uno con el otro. El conde respondió:

—Por esta vez tendremos que declinar. Ya teníamos planes para terminar la noche.

Si Blake adivinó de qué se trataban esos planes, no lo evidenció. Se limitó a dar una leve inclinación de cabeza y responder:

—Entonces quedan invitados a Pemberton House. En dos semanas cenaremos con mi maestro y sus compañeros antes de que partan a Italia.

—Estaremos encantados de ir —se apresuró a aceptar Céline.

Eleonora, feliz con la respuesta positiva, añadió:

—Les haré llegar la invitación con los detalles, será muy íntimo.

Gideon sonrió, hizo una leve inclinación y dijo:

—Muchas gracias, siempre es un placer ir a Pemberton House.

Las parejas se despidieron con la promesa de volver a encontrarse y tomaron rumbos opuestos.

Al salir a la calle, la fría noche los envolvió pese a estar abrigados, mas aquello no les importó. Subieron al carruaje que los esperaba. El viaje sería más que breve.

Eden Hall estaba apenas a cuatro manzanas. Aún quedaba mucho por vivir esa jornada.

«Hacer el amor con la mujer que amo»…

«Aprender de verdad lo que significa hacer el amor… y espero sentir algo».

Capítulo XX

Una mezcla de nerviosismo y anticipación recorría el cuerpo de Céline al entrar a Eden Hall por la puerta principal. Durante todo el tiempo que vivió con Gideon, ella y sus hijos procuraban entrar y salir por la puerta trasera para no alimentar cotilleos malintencionados. Y cuando se marchó a vivir en Duke Street, era Gideon quien la visitaba.

No contaba como primera vez aquella lejana noche de ventisca, cuando golpeó con desesperación esa misma puerta disfrazada de sirvienta.

Había pasado una vida entera desde ese entonces.

Al cruzar el umbral, nadie los recibió. Todo estaba oscuro. A tientas, Gideon buscó el mueble recibidor y cuando lo encontró, tomó el yesquero para encender la palmatoria. No transcurrió mucho tiempo hasta que la llama de la vela brindaba una tenue luz dorada.

—Permítame, milady —solicitó Gideon, quien con un gesto le pidió las pertenencias a Céline para colgarlas en el perchero del vestíbulo—. Le he dado el día libre a todo el servicio. Volverán el domingo.

Céline dio media vuelta y desanudó su capa. Un escalofrío la recorrió cuando sintió el roce de los guantes de Gideon en su cuello.

—Estoy segura de que podrás arreglártelas solo.

—Sabes que me defiendo…

Gideon terminó de colgar las pertenencias de Céline y las propias, le ofreció el brazo a su prometida y dijo:

—Hace mucho tiempo que no hago esto… ¿Quieres beber algo antes de…?

—No —terció. Inspiró profundo, un ínfimo rastro de dolor le recordó que su costilla estaba casi recuperada y añadió—: Vamos a tu alcoba… pero necesito algo de privacidad primero.

Aquella petición lo desconcertó por un breve momento; sin embargo, le hizo volar la imaginación saber que ella también quería hacer de ese encuentro algo especial. Él estuvo organizando preparativos durante todos esos días para que fuera perfecto para ambos.

—Por supuesto… Te esperaré.

Tomados del brazo, subieron la escalera que los llevó a la segunda planta. Cuando llegaron a la alcoba de Gideon, él procuró encender las velas de los candelabros. La estancia se llenó de luz. El aroma que invadió sus sentidos le hizo sonreír. Wilkins pensaba en todo y puso velas de cera de abeja para esa ocasión especial.

Céline entró tras el conde y miró la cama. Recordó esa noche que durmió rodeada de la varonil fragancia de él, y lo tranquilizador que fue.

—Toda suya, milady. —Gideon la sacó de sus recuerdos y agregó—: Estaré esperando afuera.

—No tardaré, te lo prometo.

Céline le dio un casto beso en los labios y Gideon salió de la estancia con la palmatoria.

Y esperó…

Apoyó su espalda en la puerta y se deslizó hasta sentarse.

Esperó…

La vela se derretía con lentitud. Un dolor punzante proveniente de su entrepierna le recordó que llevaba demasiado tiempo en ese rígido estado.

La puerta se abrió. Gideon perdió el equilibrio y quedó bocarriba, sosteniendo la palmatoria como pudo. En su campo visual entró una vaporosa cascada de seda blanca, seguida del rostro de Céline que lo miraba con una sonrisa traviesa.

—Esperaba que me vieras desde otra posición, querido.

—Desde aquí te ves perfecta…

Se sentó. Apagó la luz de la palmatoria, la cual dejó en el suelo y, acto seguido, se levantó para quedar frente a Céline.

La contempló de arriba abajo y la boca se le secó.

Ese camisón de seda blanca y ribeteado de encajes, en realidad era trasparente. Se podía vislumbrar el glorioso triángulo oscuro entre sus piernas, las curvas sinuosas de sus caderas, el diminuto ombligo, el vientre ligeramente abultado, la cintura perfecta, la vista parcial de sus pechos que eran cubiertos por el cabello largo y castaño.

Prendado de aquella visión, y sin pensarlo dijo:

—Me he encontrado con una verdadera diosa. Vamos, déjame venerarte…

Le ofreció su mano y cerró la puerta tras de sí.

La llevó directo a la cama. Sin palabras la instó a que se acostara y Céline obedeció. Confiaba en él con su vida. Después de aquel ardiente interludio que tuvieron días atrás, el temor a no sentir, a que la intimidad no fuera satisfactoria, quedó relegada al olvido.

Ese día apenas se habían besado, pero ella ya estaba palpitando de ansiedad, no necesitaba más estímulo que estar con Gideon. Sentía que su piel ardía con cada roce de la seda, que un ancestral llamado la clamaba a dejarse llevar por su instinto más elemental.

Gideon se acostó al lado de ella. Aún estaba vestido, lo único que se había quitado fue la levita, el chaleco y los zapatos. Solo bastó con que sus bocas se encontraran y el incendio se desató. Sus alientos se mezclaron y sus lenguas delineaban un rastro de frenesí cada vez que se entrelazaban. Céline se dejó invadir por Gideon, y él se dejó reclamar por ella. Aquel beso fue pura y recíproca posesión.

Gideon la tocaba sobre la seda, le lamía el cuello, propinándole una exquisita tortura. Céline se arqueaba y se aferraba a los tensos hombros, enredaba sus piernas con las de él y percibió el rígido promontorio que se ocultaba dentro de los pantalones.

Sus cuerpos iniciaron ese ardiente reconocimiento, prodigándose caricias, palabras que no eran más que susurros cargados de erotismo; mas, de igual modo, surgía una bella paradoja, aquel encuentro no era solo físico y pasional, también había cierta inocencia, dulzura y ternura.

Sin embargo, llegaron a un momento en que necesitaban más el uno del otro. Y Gideon fue el que no resistió más. Arrastró sus besos y caricias hacia el sur de la figura femenina. Rindió homenaje a cada una de sus formas maleables y maduras y, a medida que descendía, la sangre de Céline se convirtió en un torrente espeso y voluptuoso qué convergió en toda su feminidad.

Gideon alzó el camisón hasta la cintura y le abrió las piernas. Céline imaginó que él la penetraría y esperó que él se quitara la ropa. No obstante, nada la preparó para verlo acercarse a su intimidad, perderse en ella y sentir su boca besándola ahí mismo.

A Céline no le importó si aquello era permitido o no. Entre ellos los límites parecían no existir. Sintió las manos de Gideon apretando sus nalgas, exigiéndole que alzara sus caderas.

No fue suficiente. Gideon puso una almohada en la espalda baja de su amada para elevarla un poco más. Ancló las piernas de ella a sus brazos, exponiendo la carne palpitante a la luz de las velas.

Y la devoró.

Ante ella, el solemne y correcto caballero desapareció. Se transformó en un ser animal y primitivo que bebía y comía de ella como si fuera un oasis. Céline se entregó a todas las sensaciones que invadían su cuerpo y su voz se preñó de placer. Gemía sin pudor y sus caderas se movían al encuentro de esa pérfida boca que no le daba tregua y le demandaba a que la usara

para alcanzar el éxtasis.

Y de pronto, en ese inmenso océano de gozo, divisó esa isla a dónde tenía que llegar, tomó el impulso preciso que la montó sobre una ola que la llevó veloz, rompió al tocar la orilla y la catapultó al cielo. Ascendía y ascendía llamando a Gideon a todo pulmón. Por largos segundos, el dorado deleite que se propagó en cada fibra de su ser se volvió infinito y efímero a la vez.

Lento e inexorable, se vio despojada de todo, excepto de la paz y quietud, e inició el descenso a la tierra.

El viaje de vuelta fue lánguido, tranquilo, y cayó rendida en las cálidas arenas que besaba ese mar de plenitud.

Sus ojos se encontraron con los de Gideon, quien la contemplaba con fascinación mientras se desnudaba apresurado.

Céline estuvo casada ocho años y jamás había visto a un hombre sin ropa. Su esposo no vio necesario dedicar ningún tipo de contacto más allá del elemental, por lo que, salvo las estatuas griegas del museo, no estaba preparada para la realidad cuando Gideon estuvo del todo expuesto ante ella, de rodillas.

Él era hermoso, humano, tan imperfecto como ella. Sus formas eran inequívocamente viriles; hombros anchos, musculatura firme y recia. Sin embargo, también había suavidad en su abdomen plano, carecía de ese ideal divino inmortalizado en mármol, y tampoco ostentaba esa excesiva estrechez de caderas.

Su mirada descendió a su entrepierna y su enhiesta y gruesa longitud sobresalía en la cúspide de sus bien torneados muslos. Le llamó la atención que estuviera rodeado de vello, pero parecía haber sido recortado. No era largo y ensortijado como lo vislumbró en el museo, quizás a él le gustaba de esa forma y a ella no le molestaba. Era extraño, no le producía repulsión verlo en ese estado, todo lo contrario, le provocaba una profunda curiosidad.

Céline se incorporó, no deseaba ser pasiva. Porque era un intercambio, y ella quería recibir, pero también dar en igualdad.

¿Por qué no?

Gideon se lamió los labios cuando Céline, gateando, se acercó hasta alcanzarlo y empezó a recorrerlo con las manos. Se quedó quieto para que Céline lo explorara a placer. Jamás había sido objeto de la curiosidad femenina.

—Eres muy suave —susurró ella, acariciándolo, con la mirada distraída en la geografía masculina—. Me gusta ese lunar sobre tu hombro… Estás calentito… —Con la yema de los dedos recorrió los brazos y antebrazos, y añadió—: Es más duro de lo que imaginé… No sé por qué me encanta cómo se te marcan las venas…

Entrelazó sus dedos con los de Gideon y luego los abrió y los alineó con la mano de él para comparar sus tamaños. La de ella fina y delicada, la de él grande y de dedos largos. Céline tomó la mano de él entre las suyas, besó la palma y luego los nudillos.

—Te amo —murmuró con reverencia—. Enséñame a darte lo mismo que me has dado a mí.

Eso sorprendió a Gideon. Si bien sabía que amar con la boca era cuestionado por muchas personas, a él le gustaba hacerlo, aunque debía admitir que solo con Céline había obtenido una respuesta positiva. Sin embargo, estaba más que seguro que su contraparte no era del agrado de las damas, por lo que, con cautela, preguntó:

—¿Estás segura? No te sientas comprometida por retribuir lo que yo he hecho.

—Quiero probar… Solo es que no sé si lo haré bien, supongo que es parecido a lo que has hecho tú.

Gideon se frotó las manos en sus muslos y respondió:

—Haz lo que te haga sentir segura… Solo ten cuidado con los dientes. Te aseguro que, todo lo que venga de ti, me dará placer.

—¿Así de fácil? No parece tan complicado.

—Las mujeres tienen la ventaja de poder satisfacer a cualquier hombre si se dejan llevar por sus instintos. En cambio, nosotros nos encontramos con un mundo de diferencias a la hora de satisfacerlas. Ninguna mujer es igual a otra.

«Y por eso los hombres prefieren confinar el instinto de las mujeres con el cuento de la pureza», pensó crítico. A él nunca le importó no ser el primer hombre de una mujer. Siempre supo que *ella* no era virgen cuando se casó con él. Por ese motivo, tampoco se sorprendió cuando salió a la luz la terrible verdad que la acorraló a admitir su gran e incestuoso secreto. Lo que a él le dolió fue la traición, no ese pequeño engaño para mantener las apariencias que exigía la sociedad.

La sonrisa de Céline lo trajo de nuevo al momento. A veces era inevitable hacer comparaciones. Haber vivido en el infierno le hacía atesorar ese paraíso que había entre ellos dos.

Y también atesoró cuando Céline, llena de valentía y candor, lamió la punta carnosa de su miembro. Ya no pudo pensar más, ella siguió con ese maravilloso tormento. Céline le prodigó lamidas a lo largo de toda su erección, dejándolo húmedo y anhelante.

Gideon jadeó y le siguió un gemido estrangulado, al sentir la dulce boca de Céline que albergaba toda su erección y que luego se retiraba por completo. Ella masculló maldiciendo su cabello largo, era un incordio que le impedía adorarlo a placer. Gideon le facilitó la tarea empuñando las hebras castañas en una coleta.

—Gracias, querido…

Y lo devoró. Céline intentó llevarlo a lo más profundo de su garganta. Gideon se sintió por completo dentro de ella, aunque sabía que no era así. De todas formas, no era necesario llevarla a un límite extremo. Fuera como fuese, ese placer era inigualable. Luego vino el dulce abandono, mas esta vez su miembro no se retiró del todo y Céline volvió con su acometida… Entraba y salía sin piedad. Aquello era estar en medio de una hoguera, estaba perdido en la desesperación de no saber si dejarse llevar en ese instante, o aplazarlo para derramarse dentro de ella.

Solo el atávico llamado de la naturaleza humana le instó a ordenar jadeante:

—Basta, por favor…

Céline se detuvo con su boca llena. Le propinó una mirada colmada de lujuria. Eso fue demasiado para él. Gideon cerró los ojos y tembló reuniendo su última pizca de voluntad para no ceder.

La retirada final de Céline fue el acto más eróticamente tortuoso de su vida. Gideon no sabía si podría resistir más… No sabía si algún día se acostumbraría a sentir tanto. A sentirse tan vivo.

Con la respiración agitada, atrajo a Céline y la besó con hambre. Sus manos la recorrieron entera y la apretó contra él, desesperado por sentir su calor interior. Ella también sintió su pasión renovada, su anhelo por volver a alcanzar ese nuevo placer espoleó su lado más lascivo y desinhibido. También lo recorrió, quizás menos delicada que él, porque se aferraba a sus brazos, enterraba sus yemas en la espalda, mordía sus hombros y apretaba sus nalgas… eran su nueva parte favorita.

En el proceso de adoración mutua, Gideon se acostó e indicó:

—Tú estarás sobre mí… Soy tuyo, solo tuyo y de nadie más hasta que deje de respirar.

Todo lo que me des será el Edén para mí… Todo lo que hagas será perfecto mientras te dé placer.

Céline no supo por qué dos lágrimas emergieron de sus ojos. Estaba sobrepasada por la experiencia que la llenaba de amor, felicidad y gozo. Era amada. Quizás le iba a costar tiempo acostumbrarse a ese hecho, pero por Dios qué hermoso era ser amada por un hombre como el que estaba con ella.

Gideon se incorporó. Bebió esas lágrimas que sabía que no eran de tristeza, sino de una incontenible emoción, porque él también la sentía. ¿Cómo era posible que, a algo tan puro, tan inherente al ser humano, muchos lo llenaban de pecado?

Ambos, en ese momento tan crucial, habían comprendido por qué a ese acto se le llamaba hacer el amor.

Sin palabras, Céline se quitó el camisón, deseaba estar piel con piel. Acto seguido, se montó sobre Gideon a la vez que lo abrazaba. No dejó que se acostara del todo, quería tenerlo cerca, y él no se lo negó. Se acomodó hasta quedar sentado, llevando a su amada en el proceso.

—¿Estás lista? —le preguntó Gideon mirándola a los ojos.

Céline asintió y se elevó sobre sus rodillas, mientras él empuñaba su miembro y buscaba su entrada.

No le costó encontrarla. Dejó que ella tomara el control y se quedó quieto. Céline descendía de a poco, y Gideon sentía que por fin llegaba casa después de un largo viaje que le tomó toda la vida. Milímetro a milímetro, el cálido interior le daba la bienvenida ajustándose a él.

Céline respiraba agitada. Sentía como si fuera virgen de nuevo, asimilando que en verdad no había ninguna clase de dolor, sino todo lo contrario. Podía sentir a Gideon entrando en ella lentamente, apoderándose de cada fibra de su ser.

Se quedó quieta cuando notó que ya no había espacio entre sus cuerpos. Miró a Gideon con duda. Él la tomó de las caderas y dijo:

—Busca lo que te haga sentir bien… obedece a tu cuerpo.

Le dio una pequeña idea de cómo moverse, y le dio las riendas de la pasión a Céline.

Primero tímida y un poco torpe. Su ímpetu no se vio disminuido por ello, pues Gideon no dejaba de animarla y le hacía saber que disfrutaba. Aquello le hizo ganar más confianza, y pronto se abandonó a lo que él tanto le insistía, obedecer a sí misma, a lo que su cuerpo le exigía.

Comenzó a cabalgarlo, moviendo sus caderas hace adelante y atrás, arriba y abajo, con ritmo, cadencia y vigor. Gideon apenas soportaba las ganas de drenar su alma con cada lúbrico movimiento. Cerró los ojos y con fuerza abrazó a Céline. No resistió el impulso de embestir.

Ella dio un gritito colmado de gozo. Un febril «¡Sí!» resonó en la estancia.

Esa fue la señal que ambos necesitaban. Céline y Gideon encontraron el compás perfecto de esa danza que los llevaría a la dulce e ínfima muerte.

—Sigue, sigue, sigue… —susurraba Céline al ritmo de ese primitivo intercambio en que sus cuerpos estaban unidos, sincronizados y desencadenando sus almas del pasado.

Gideon se mantuvo sin acelerar ni ralentizar. Lo podía sentir, toda ella se estremecía con cada embestida. Céline era su guía, su faro en esa inmensidad.

Céline se aferró más a él. Y de súbito, la chispa que abría las puertas de la gloria se encendió. Su cuerpo fue como un verdadero fuego artificial que se elevaba raudo por el firmamento hasta alcanzar las estrellas, y estalló en millones de esquirlas. Estaba embriagada de placer, de lo vivido, del amor que sentía. De lo unida que estaba a él. Su amigo, su amante, su compañero por el resto de la vida que les quedaba…

Al mismo tiempo, cuando Gideon sintió la exquisita ignición dentro de ella, por fin pudo liberar todo lo que contenía en su interior para dejar su impronta, y a cambio, recibió la poderosa sensación en la que abandonaba el plano terrenal y ascendía a un lugar en el que solo era capaz de sentir placer y libertad.

Así se sentía con Céline. Solo con ella se sentía lleno después de haberse drenado. Solo con ella sentía lo sublime que era dar y recibir. Solo con ella se sentía todo bien y en su lugar. Solo con ella se sentía amado.

Antes solo había un vacío en su alma que apenas estaba aprendiendo a llenar, porque todo lo vivido lo dejó a medio morir… Pero ahora, todo lo que le daba Céline, absolutamente todo, le permitía volver a creer, volver a soñar… Porque siempre fue un hombre que quiso formar una familia, no por el título, el legado y las riquezas… Su sueño era simple, no quería una vida solitaria, deseaba compartir el amor que tenía en su corazón y el privilegio que le daba su posición.

—No sabes cuánto te amo, Céline —murmuró agitado, con sus labios pegados a la suave piel de ella—. No tienes idea de lo que soy capaz de hacer por ti.

—Y yo también…

Céline dejó escapar un susurro entrecortado y le besó el cuello. Aspiró el aroma de ambos, la fragancia de la pasión vivida.

Se sentía feliz con la vida que tenía. Era extraña esa sensación de satisfacción que no se arrepentía de nada, porque, todo lo que hizo y todo lo que dejó de hacer a lo largo de su existencia, la llevó a llevar las riendas de su vida entre los brazos de Gideon.

Quería vivirlo todo a su lado, lo bueno, lo malo y lo cotidiano. No importaba si eran uno, cinco, diez, treinta años los que les quedaran, si era con Gideon serían felices.

Sí, ya no imaginaba su vida sin él.

Capítulo XXI

LA MALA MEMORIA
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
2 de mayo 1820.

El día de mañana todos los periódicos de Londres, en su sección social, anunciarán el compromiso de uno de los caballeros malditos… El mayor de ellos.

Una de las cosas que me disgustan de los periódicos —y de la gente en general— es la mala memoria. Estamos a dos meses del primer aniversario del deceso de lady Regina. Diez meses sin un culpable, diez meses sin probar si los sospechosos de siempre son inocentes.

Lord Watford, lord Wild, lord Warwick y lord Mackay están empecinados en investigar por cuenta propia y, según mis fuentes, con pocos resultados…

Pero convengamos que son resultados, al fin y al cabo.

Sin embargo, lord Watford parece que ha dejado de lado cualquier afán de encontrar la verdad, gracias a su breve y muy comentado cortejo a lady Freestone. El conde no ha vuelto a verse en eventos sociales, salvo a los que es invitada su prometida.

Me pregunto si después de la boda, los compromisos con el nuevo Parlamento —tengo entendido que lord Barrington ha desistido de impulsar una moción para la expulsión de lord Watford y lord Warwick— tendrá tiempo para buscar la verdad.

Pero no se preocupen, nos encargaremos de recordarlo sin cesar.

La Pluma Secreta sí tiene buena memoria.

Céline lanzó un suspiro y dejó su lectura de lado. Miró la hora en el reloj que estaba sobre la chimenea. Eran las cuatro de la tarde.

Suspiró otra vez y su atención volvió a la revista. De seguro alguien que trabajaba en uno de los tantos periódicos informó a La Pluma Secreta sobre el anuncio de su compromiso y futura boda, la cual se realizaría a finales de junio. No le importaba que el The Society Review lo revelara como primicia.

Lo que sí le llamaba la atención era que el columnista que estaba detrás de «La Pluma Secreta» parecía estar empecinado en impedir que la sociedad olvidara a lady Regina, del mismo modo que los cuatro caballeros trabajaban con esmero buscando al sirviente misterioso, quien era el único nexo entre ellos y el asesino.

Lamentablemente, poco éxito habían tenido, tal como consignaba la columna. Los sirvientes de la lista eran difíciles de localizar. Era lógico ese resultado, en diez meses podían estar en cualquier parte. La mayoría no se encontraba en las direcciones que registraron cuando trabajaron en el baile de lord Barrington; muchos habían emigrado y era complicado seguirles la pista.

Gideon solo había encontrado la frustración. Incluso, para obtener mejores resultados en sus pesquisas, decidió hacer a un lado su renuencia a tener que disfrazarse y se atrevió usar ropas más que humildes e imitar el acento *cockney* para ir a los barrios pobres. Muchos de los que pretendía interrogar ni siquiera le abrían la puerta por ser un ricachón metomentodo.

Céline jugueteó con su anillo. Su compromiso y los preparativos de su boda eran lo único que animaban a Gideon. Recordó cuando agregaron ítems a la lista que ya había sido cumplida. Él tenía una sonrisa ladina que rejuvenecía su rostro cuando ella aseveró:

—Tengo más cosas que añadir a la lista.

Estaban en la biblioteca de Eden Hall y Gideon sacó del cajón del escritorio el papel, que ya presentaba puntas dobladas y pliegues marcados. Entintó la pluma y tachó una parte del título:

Cómo ~~empezar a amar~~ perpetuar el amor. Lista de anhelos, sueños y metas.

Céline se sentó en el cálido regazo de Gideon procurando dejar libre el brazo derecho de su prometido para que pudiera escribir. La mano masculina se afianzó en su cintura. Le fascinaba que él no la refrenara con sus demostraciones de afecto. Adoraba el contacto físico, sentir su calor y su aroma… y también le encantaba lo que ella provocaba en él. No obstante, estaba segura de que no sentiría ningún demandante bulto clavándose en su muslo. Esa tarde hicieron el amor y, en palabras de él, ella había acabado con su fuerza vital por ese día.

Leyó la lista. Miró a Gideon con una sonrisa pícara, aparte de estar tachada, tenía anotaciones y un ítem que él escribió con posterioridad.

- *~~Un cortejo apropiado para Céline~~. Fue más que apropiado. Una experiencia que espero seguir repitiendo.*
- *~~Una carta de amor para Gideon~~. Ese día la amé más, si eso era posible.*
- *Vivir un tiempo por mi cuenta. Lo ha hecho de maravilla.*
- *~~Extrañar a la mujer amada~~. Todos los días la espero al inicio de la escalera con la esperanza de verla salir de su habitación. La desazón siempre es la misma.*
- *~~Salir a pasear sola y tomar un helado en Gunter's~~. Y según me contó, era mejor hacerlo con amigas.*
- *~~Sembrar un jardín o construir un invernadero~~. Mis rosales crecen más rápido de lo que imaginé. El invernadero va progresando. Estará listo en agosto.*
- *~~Ir a un concierto de música con amigos~~. Céline adora la música, nunca olvidaré la expresión de su rostro.*
- *~~Después de un concierto, seducir a una dama llamada Céline~~. Después de leer esa carta, era perentorio saltarse lo del concierto y seducirla de inmediato.*
- *~~Dejarse seducir por un caballero llamado Gideon~~. Fue una fantasía hecha realidad. Maravillosa. Fui yo el que terminó seducido.*
- *~~Hacer el amor con la mujer que amo~~. Y lo haré hasta que ya no tenga aliento.*
- *~~Aprender de verdad lo que significa hacer el amor… y espero sentir algo~~. Una amante naturalmente prodigiosa. Una fuente inagotable de pasión. No solo siente con su cuerpo, también lo hace con su alma.*
- *~~Tutearnos~~. ¡Te amo, te amo, mi querida Céline!*
- *~~Pedirle matrimonio a una dama llamada Céline~~. ¡¡¡Aceptó!!!*

—Oh, Gideon… ¿Cuándo hiciste esas anotaciones?

—Cada vez que tachaba algo. Sentí que era importante agregar una impresión.

—Bueno, solo espero que, cuando estemos casados, esta lista esté en un lugar más secreto que tu escritorio… por los niños.

—Oh, por supuesto. Lo dejaré en la mesa de noche de mi alcoba…

—A propósito de ello, quiero agregar algo a la lista. —Se aclaró la garganta y dijo—: «No dormiré separada de mi esposo».

Gideon miró con sorpresa a Céline, mas pronto su expresión cambió a una sonrisa y lo anotó en el reverso de la hoja. Al terminar, dejó la pluma en el tintero y dijo:

—Quiero hacerte una pregunta antes de anotar mi ítem de la lista, y espero que no te enojes… ¿Estás haciendo algo para no concebir un hijo?

Desconcertada ante esa inesperada pregunta, Céline replicó:

—¿Algo como qué?

—Tomar alguna infusión que sirva para… ya sabes…

—¿Para bajar las flores?

—Pues sí, eso… ella lo hacía…

—¿Lo sabías? —preguntó Céline, impactada.

Gideon frunció el ceño, extrañado, y preguntó de vuelta:

—¿Tú lo sabías?

—Bueno… Heather me contó… cosas de ella.

—Oh, ya veo. Yo me enteré de eso cuando ella murió. Puede que suene absurdo para ti, pero yo me encargué de reunir todas sus pertenencias para regalarlas. Si iba a descubrir más secretos, prefería que nadie más supiera, estaba cansado de todo… Fue en ese proceso que encontré todas las cartas que él le escribió… Yo ya había leído las que ella le envió, Eleonora las conservó cuando él murió. —Gideon tragó saliva, su mirada se centró en el tintero del escritorio—. Yo no estaba bien en aquella época, no sé por qué tenía ese afán de castigarme a mí mismo. Quizás necesitaba compadecerme, sentir lástima por mí, ya sentía vergüenza y cuestioné incluso mi valía como persona… El asunto es que, pude hacerme una idea de cómo surgió esa relación secreta; lo hacían desde que ellos eran unos jovencitos. Fue una sórdida y antinatural forma de protegerse y apoyarse de un padre violento y alcohólico, y una madre disminuida que solo esperaba el golpe final… —Guardó silencio. Céline no se atrevió a interrumpirlo. Estaba pendiente de la mirada de Gideon y de su rostro despojado de emociones—. Ella evitaba embarazarse tomando infusiones de poleo. Lo encontré en una cajita dentro de un cajón de su mesita de noche. Beberla, era un arma de doble filo, no es posible elegir de qué hombre puedes concebir si estás con los dos casi a la vez. Pocas veces un embarazo sobrevivió el tercer mes, y el único bebé que llegó a término nació con una terrible deformación en su cabeza, como si no tuviera cerebro. Solo vivió unas horas, pero en ese momento yo pensaba que era mi hijo y… el dolor fue real, mi luto fue real. Yo la apreciaba, sentía afecto por ella. Yo deseaba ese hijo que, según su furibunda confesión, no era mío. Tal vez solo quería hacerme daño, creo que ni la misma Millicent sabía de quién era.

En ese momento, Céline se dio cuenta de que Gideon había dicho por primera vez el nombre de ella. No pronunciar su nombre parecía una forma de tomar distancia del recuerdo. Céline pensó que quizás ese era el momento de agregar la última pieza a ese rompecabezas que era Millicent.

—Heather me contó lo de las infusiones de poleo. Tu esposa evitaba embarazarse de

ambos, porque no quería hijos de nadie. Supongo que quizás se arrepintió durante ese embarazo que llegó a término. —Se encogió de hombros—. Lo que sí sé es que ella te quiso. No obstante, su forma de ver el amor, la lealtad y el mundo era tan retorcida como el amor que experimentaba por su hermano. Millicent sintió afecto por ti, pero sentía que traicionaba a su amante porque disfrutaba y prefería tus… «atenciones de esposo», y por ese motivo te odiaba. Heather me contó que era como ver a dos mujeres distintas viviendo en un mismo cuerpo.

Gideon se quedó en silencio asimilando lo dicho por Céline, y vaya que les daba sentido a las contradictorias actitudes de Millicent.

—Ella no estaba en sus cabales… A estas alturas solo siento lástima —resolvió, sintiéndose mejor respecto a ese largo capítulo de su vida—. No obstante, eso no la exime de la culpa por sus malas acciones, ni la santifica.

—Por supuesto que eso no borra lo que hizo, pero quizás el hecho de tener una respuesta más concreta te permita dejarlo ir para estar en paz.

—Yo ya estoy en paz. Tú me das paz… Cliff y Mattie me dan alegría. No puedo pedirte más de lo que me has dado… Y por eso te vuelvo a preguntar sin afán de provocar una controversia… ¿Haces algo para evitar un embarazo? Yo la verdad no he podido hacer mucho, pierdo la cabeza cuando estoy contigo. Pero si no quieres, lo entenderé de corazón y pondré de mi parte para no arriesgarnos. Por el título no te preocupes, yo me encargaré de ello.

Céline negó. Pese a que ya conocía el eficaz método de la difunta esposa de Gideon, tampoco había tomado medidas para evitar un embarazo, pues ella deseaba dar vida con Gideon.

—Quiero darte un hijo o dos. —Gideon apretó la mandíbula y los labios, intentando contener el explosivo deseo de llorar. Céline le besó la frente y añadió—: Y, por supuesto, soy consciente de que no sentirás el mismo afecto que sientes por mis niños, y es comprensible… Lo único que te pido es que no seas evidente con ellos. No hagas diferencias notorias.

Gideon abrazó con fuerza a Céline y apoyó su cabeza en el acogedor pecho femenino. Cerró los ojos, e inspiró la tenue fragancia a azahar y señaló:

—Creo que tú no has llegado a comprender que cuando digo que amo todo de ti, quiere decir exactamente eso. —Levantó la cabeza y miró a Céline a los ojos, y añadió—: Cliff y Mattie son parte de ti… nacieron de ti, son una prolongación de tu vida, son tu legado. Sería una bestia sin corazón si no los amara, si no los considerara tan míos como tuyos.

Céline, conmovida, tomó el rostro de Gideon entre sus manos y lo besó. No tenía palabras que hicieran justicia al inmenso corazón de su prometido. No dudaba de la veracidad de sus dichos. Él era un hombre que honraba cada palabra que salía de su boca.

Después de ese beso, añadieron a la lista:

- *Concebir un hijo. No importa si no es varón. (ítem sujeto a cambio dependiendo de las circunstancias).*
- *Una luna de miel apropiada cuando sea posible.*
- *Lograr que Céline monte a caballo (aunque sea un poni).*

Céline volvió al presente y suspiró entrecortado. En ese momento entró en la estancia la señora Perkins y anunció:

—Lord Watford ha venido a visitarla.

—Que pase por favor —autorizó con una sonrisa.

Tras un breve instante, Gideon ya estaba dándole un casto beso en los labios.

—Pensé que vendrías a las siete. Si no mal recuerdo hoy es la cena en Pemberton House. —Miró de reojo hacia el libro contable, solo había anotado la fecha, y sí, era el día de aquel compromiso acordado con los duques en el concierto de Hanover Square Rooms.

—Pretendía lo mismo, pero hoy no hubo sesión en la cámara de los lores y, además, Mackay me trajo un encargo y necesitaba mostrárselos a Cliff y Mattie.

Céline inclinó su cabeza y preguntó:

—¿Y de qué se trata?

—Soy un hombre que cumple sus promesas y hoy ha llegado un caballo joven y dócil para iniciar las clases de equitación de los niños. Ambos deben aprender a montar.

—¿Empezarán hoy? —preguntó con un incipiente temor. No tenía buenas experiencias con los caballos. Aunque, a decir verdad, nunca había montado uno, y por eso mismo anotaron ese objetivo en la lista. Deseaba matar a sus propios dragones.

Gideon esbozó una sonrisa y negó.

—Primero deben familiarizarse con el animal, no es llegar y montarlo. Me gustaría que fueran a conocerlo, lo acaricien, le den zanahorias… esas cosas.

Céline, aliviada, soltó el aire de sus pulmones y replicó:

—Oh, bien… bien… Llamaré a los niños.

—¿Nos acompañarás? —indagó alzándole una ceja.

—¿Solo será acariciarlo y alimentarlo?

—Sí, solo eso.

—En ese caso, iré.

Gideon le guiño el ojo y dijo:

—No les digas nada, será una sorpresa.

—Bien.

Céline se levantó de su silla y salió en busca de sus hijos. Gideon se quedó de pie mirando a su alrededor. Le gustaba la casa de su prometida, era un verdadero hogar. Eden Hall le parecía tan vacío sin ella, sin los niños. Deseaba que pasara pronto el tiempo para que llegara el día de su matrimonio. Si hubiera sido por él, le habría importado bien poco el escándalo —ya estaba encurtido en esas lides— y ya estaría más que casado, pero debía respetar la decisión de Céline de vivir un tiempo por cuenta propia, y apenas iba a cumplir un mes. Era lógico que su prometida necesitaba un par de meses más para disfrutar de su independencia.

No se iba a quejar, estaba más feliz que nunca.

Lo único que empañaba su felicidad era la eterna sospecha que pesaba sobre él.

***

Cuando Céline y Gideon vieron que los vizcondes Gellywen también estaban invitados a la cena que ofrecían los duques de Pemberton, no pudieron ocultar su sorpresa. Blake, al notar la expresión de sus amigos, repuso:

—Veo que no son necesarias las presentaciones… Aunque no debería sorprenderme del todo, nuestro mundo es muy pequeño en realidad.

Gideon compuso una sonrisa y contestó:

—Sí, en el baile del duque de Bridgewater tuvimos el placer de ser presentados.

Lord Gellywen asintió y agregó:

—Llegaron casi al final de la conversación. —Le dedicó una amable mirada a Céline, quien esbozó una sonrisa tímida—, pero fue suficiente para hacerme una buena imagen de lady

Freestone.

Lady Gellywen convino con su esposo con un asentimiento de cabeza y comentó:

—Definitivamente, no es como decían los rumores, usted es mucho más cuerda que la mayoría de los distinguidos miembros de la buena sociedad... Por cierto, felicidades por su compromiso.

Lord Gellywen le propinó una mirada severa a su esposa y señaló:

—Hasta donde sé, aún no publican el anuncio. Solo se trata de cotilleos de un periodista que se dedica a esparcir veneno.

Lady Gellywen, a pesar de tener una sonrisa en sus labios, se veía incómoda con la reacción de su esposo. Céline, para poner paños fríos, replicó con ligereza:

—Oh, no es tan grave, milord. A decir verdad, no hemos sido para nada discretos con nuestras demostraciones de afecto en público, y era obvio que el The Society Review se adelantara con la primicia. Es más, todas las semanas espero a leer qué dicen de nosotros, es muy divertido. La Pluma Secreta tiene una especie de obsesión con Gideon y sus amigos. Cree que con insistir respecto al lamentable suceso, que todos conocemos, fuera a solucionarse de un día para otro… Solo espero que, cuando demuestren su inocencia, se retracten de cada una de sus palabras. —Miró a lady Gellywen y dijo con desenfado—: Sus buenos deseos son muy bien recibidos. Muchas gracias, milady.

Blake se aclaró la garganta y decidió cambiar de tema:

—Lord Gellywen es uno de los patrocinadores de Hanover Square Rooms, y también logró que mi maestro, el señor Battista, volviera a Londres junto con el cuarteto que ha formado.

El aludido asintió, ufano de su papel como gestor, y señaló:

—En nuestro viaje de bodas fuimos a Roma y presenciamos el concierto del maestro Battista. No pude irme de Italia sin la promesa de escribirnos. Desde ese entonces, he estado persuadiéndolo para que se presentara en Inglaterra, y tuve razón, su serie de conciertos fue un éxito rotundo. Espero convencerlo de que vuelva en un par de años más.

Céline evocó todo lo que sintió esa noche durante el concierto, la magia de la música flotando en el aire que la llevaba a lugares de ensueño, y coincidió con lord Gellywen:

—Tocaron de una forma tan apasionada y maravillosa, ¿cómo no iba a ser un éxito? Hubo momentos en que me erizaron la piel.

Lord Gellywen, contento y orgulloso por las palabras de Céline, repuso:

—Usted es de ese tipo extraordinario de personas que son extremadamente sensibles al disfrutar de la música. Por casualidad, ¿no toca ningún instrumento, lady Freestone?

—Oh, no. Solo soy una espectadora.

—Pero debe tener alguno que sea de su preferencia, aunque no sepa tocarlo.

—Sí, de hecho, me encanta el sonido del violoncelo. Es profundo, calmo —miró de soslayo a Gideon—, me evoca mucha paz.

—Soy un convencido de que no es necesario ser un prodigio o empezar a temprana edad para iniciarse en el arte de la música. Si hay compromiso y entusiasmo, se pueden lograr buenos resultados, ¿no es así, querida? —preguntó a lady Gellywen.

La dama, que ya había dejado atrás el velado reproche de su esposo, tomó la palabra y respondió:

—Cuando hay un excelente maestro que sepa iniciar a un alumno, se puede lograr un buen nivel. Antes de mi presentación en sociedad, la duquesa de Pemberton tuvo la amabilidad de ayudarme a perfeccionar mi técnica con el pianoforte. Con ella avancé más que con el profesor que me hacía clases desde que tenía doce años.

Blake lucía una sonrisa orgullosa por su esposa, la cual estaba conversando con otros invitados. No hacía clases de manera formal, pero cuando le pedían de favor pulir a alguna dama pronto a debutar, la tomaba bajo su alero y, la mayoría de las veces, lograba excelentes resultados. Las pocas veces que no funcionó fue con personas que no tenían la voluntad de aprender, por lo que sugirió a Céline:

—Si quiere intentarlo, solo pídaselo a Eleonora. Ella estará encantada de evaluar sus aptitudes. No solo toca el piano con maestría, también tiene habilidad en instrumentos de cuerda frotada y de viento.

Céline sonrió, quizás, en el futuro… ¿por qué no?

La conversación se vio interrumpida por el mayordomo que anunciaba:

—Ha llegado el maestro Leonardo Battista…

***

El carruaje traqueteaba por las calles de Londres bajo el manto del cielo salpicado de estrellas. Céline y Gideon iban Eden Hall a pasar la noche juntos. Era medianoche y el frío no era tan crudo como lo era hacía más de un mes, pero no importaba, hiciera frío o calor, ellos siempre estaban abrazados. Por la ventanilla admiraban cómo la primavera ganaba fuerza en los árboles que ya se vestían de verdor, y los vivos colores de las flores salpicaban los jardines. Se sentían tan llenos de vida y entusiasmo después de una velada colmada de conversación, risas, buena comida y música, mucha música.

Cuando iban por Oxford Street, el carruaje se detuvo. Gideon frunció el ceño. Abrió la ventanilla y preguntó al cochero:

—¿Por qué nos hemos detenido, Mark?

Desde el pescante el aludido le respondió:

—Hay un accidente cerca de Eden Hall, tendremos que dar un rodeo y entrar por Duke Street.

—Bien.

Gideon cerró la ventanilla y el carruaje inició el viraje. Céline había escuchado el intercambio, tranquila, se acurrucó en el pecho de su amado conde y cerró los ojos.

Otro viraje y pronto pasaron frente a la casa de Céline. Ella abrió los ojos para ver si había alguna luz encendida que delatara si todavía se encontraba alguien en pie; sin embargo…

—La puerta está abierta… ¡Cielo santo!

Gideon dio la orden de detener el carruaje. El corazón de Céline comenzó a latir frenético, y se apeó sin esperar ninguna clase de cortesía masculina. Gideon iba a la saga con una ominosa sensación, pero rogando al cielo que esa puerta abierta fuera solo un descuido, un accidente…

Céline entró, atravesó el vestíbulo como si fuera un vendaval, se movía con una rapidez y agilidad que ni ella misma sabía que tenía. Todo estaba en penumbras. Sus sentidos se agudizaron

No había ruidos, el silencio era peor.

De pronto, un murmullo ahogado… No, varios. Una sombra pasó por el lado de ella y se adelantó. Era Gideon que abría la puerta de la sala de estar.

Nadie.

Avanzaron. Para gran frustración de Céline, Gideon no le permitió adelantarse para entrar en la biblioteca, él interpuso el brazo como una barrera. Una luz débil se colaba por la rendija de la puerta.

Si había un intruso, prefería ser él un escudo en caso de ataque.

Los murmullos se tornaron más desesperados. Gideon soltó el aire de sus pulmones y abrió la puerta con cautela.

En el suelo se encontraban atadas y amordazadas las cinco mujeres que conformaban el servicio de la casa de Céline: la señora Perkins, Susan, Heather, la cocinera y la muchacha de la limpieza. Los rostros de ellas estaban empapados de lágrimas y sudor. Céline y Gideon de inmediato empezaron a liberarlas. Ni bien le quitaron la mordaza a Susan, ella exclamó:

—¡Los niños! ¡Se llevaron a los niños!

Capítulo XXII

Céline se sintió morir, mas su corazón, que estaba a punto de salir de su pecho, le indicaba que estaba demasiado viva en ese momento. La desesperación devoró sus pensamientos, los cuales se transformaron en imágenes fatídicas y preguntas para las que no tenía respuestas. Sintió que la fuerza la abandonaba, no era capaz de seguir desatando a las mujeres que conformaban a su leal servicio doméstico.

Gideon, por su parte, siguió liberando a las mujeres, tratando de calmarlas para tener alguna respuesta que también le diera una cuota de certeza y claridad. Lo único que llegaba a sus oídos era la caótica cacofonía de las mujeres que trataban de explicar lo sucedido, pero no obtenía una versión concreta. Estaba a punto de ceder al estúpido impulso de salir corriendo para buscarlos, pero eso de nada servía. Tenía que haber un motivo.

Dejaron a las mujeres vivas, de haber sido pura maldad las habrían matado… o violado.

Miró a Céline, estaba conmocionada, sus ojos carecían de vida. Mientras terminaba de soltar a las mujeres, llamó al orden diciendo:

—Señoras, por favor, no puedo escucharlas todas a la vez. Se los suplico… necesito saber qué pasó.

Al escuchar la tensa pero calma voz de Gideon, Céline volvió en sí. Se levantó y ayudó a ponerse en pie a Susan, quien hipaba de tanto llorar. Le acarició la espalda y preguntó con voz monocorde:

—Cuéntame, ¿qué pasó?... Respira profundo. Susan, no es tu culpa…

La mujer comenzó a respirar al ritmo que Céline le indicaba. Controlar aquel vital reflejo le dio el temple para relatar:

—Fue muy rápido, milady. Los niños dormían… Nosotras estábamos tomando una taza de té en la cocina antes de ir a acostarnos. Golpearon la puerta…

La señora Perkins, más calmada, terció:

—Llamaban desesperados. Yo no quería abrir, pero dijeron que era urgente, que ustedes habían tenido un accidente… Y cuando abrí… Dios…

La señora Perkins no pudo seguir. Heather continuó el relato:

—Solo vi muchos hombres que se decían entre ellos que había que llevarse rápido a los niños, sin hacer ruido. Nos amenazaron con cuchillos… Nos trajeron aquí y… ya sabe.

—¿Les hicieron algún tipo de daño? ¿Se propasaron con alguna de ustedes? —preguntó Gideon.

Las cinco mujeres negaron. Más allá del miedo y las magulladuras, estaban bien.

—¿Les dijeron algo? ¿Dejaron algún mensaje? —indagó Céline.

Todas negaron con la cabeza. La muchacha de la limpieza respondió:

—Solo nos insultaban en voz baja y amenazaban con sus cuchillos… Pero creo que tuvieron el tino de no despertar a los niños, no escuché gritos ni llantos.

En eso todas coincidieron. Gideon preguntó:

—¿Saben cuántos hombres eran?

La cocinera contestó:

—Yo conté a cinco. Cuando nos ataron, dejaron a uno vigilándonos, y los otros subieron por los niños.

Gideon no dijo nada más. Sobre la mesa había una vela a medio consumir. Tomó un candelabro y lo encendió. Acto seguido, salió de la estancia y se dirigió a la segunda planta, subiendo de a dos peldaños las escaleras. La puerta de la habitación de los niños estaba abierta de

par en par. Gideon entró y se encontró con las camas vacías. Se habían llevado hasta los cobertores. De seguro fue para no despertarlos y evitar un escándalo mayor.

Estudió la habitación. Había un papel sobre la mesita de noche que separaba las camas de Cliff y Mattie. Gideon se limpió el sudor de la palma de su mano libre contra el pantalón antes de tomar el papel.

Un mensaje.

Sabes quién soy.

Ya que me has dejado sin opciones, yo te haré lo mismo.

Mañana, a la medianoche, llevaremos a cabo el intercambio.

El trato es sencillo: tus hijos a cambio de diez mil libras. En efectivo, nada de billetes de banco, no confío en el papel.

Sé que puedes pagarlo, la renta anual de Freestone ascendía a cuarenta mil… Supongo que no eres tan inútil como para haber dejado en la bancarrota al vizcondado en menos de dos meses.

De momento, tus hijos están sanos y salvos… Que no se te ocurra ponerme a prueba. No hagas estupideces como acudir a un magistrado, a un runner *de Bow Street, o a Watford para rescatarlos. Solo tienes una tarea, obedecer. Eres una insignificante mujer, es algo que sabes hacer bien. Enviaré un cochero para que llegues a la hora señalada.*

A la menor provocación, los degollaré.

Te estaré vigilando.

Gideon entornó los ojos. Inspiró profundo. No había que ser un genio para intuir quién envió ese mensaje.

Soltó el aire de sus pulmones. Al menos tenía la pequeña certeza de saber con quién estaban los niños y por qué.

Bajó las escaleras. Tenía que darle a Céline las malas noticias.

***

Céline se tapó la boca mientras leía la carta. No podía creer lo que estaba sucediendo. El papel que sostenía su mano temblaba. La primera pregunta que disparó su mente y que verbalizó su boca fue:

—¿Cómo Robert pretende que reúna esa cantidad de dinero en un día? En el banco no me lo darán con tan poca anticipación. —Céline empezó a sacar cuentas mentales. En el banco le dejarían retirar cinco mil libras como mucho. En casa tenía quinientas que estaban destinadas para pagar al servicio doméstico, los alimentos, las facturas de varios meses… Quizás si iba temprano a Kinsgclere a hablar con el administrador de las tierras de Freestone… Aun así, no podía dividirse en dos… Un nudo se apoderó de su garganta—. No me alcanza… Si tan solo Robert me hubiera dado de plazo un par de días más.

Secó las lágrimas que anegaban sus ojos con el dorso de su mano.

Gideon, quien permanecía en silencio atento a la reacción de Céline, le entregó un pañuelo y preguntó:

—¿Cuánto dinero tienes disponible?

—Siendo optimista, creo que podré retirar la mitad de lo que pide Robert.

Gideon asintió. También tenía dudas respecto a que el banco pudiera permitirle retirar tanto dinero sin anticipación. Sobre todo, tratándose de la tutora del titular de la cuenta.

—Si mañana tienes problemas para retirar el dinero yo pondré el resto…

—Pero, Gideon, no puedes, es demasiado…

—Nunca será demasiado si se trata de los niños… Y tampoco es la idea que Robert se salga con la suya.

—Pero él dijo…

—Él dijo muchas cosas, pero también es un cretino manipulador… Harás el intercambio, nos aseguraremos de que los niños y tú estén a salvo. Y después le haré pagar…

—Estoy segura de que no está alardeando con que me tiene vigilada.

—No nos arriesgaremos a comprobar si eso es cierto o no. Aunque no me agrade la idea de dejarte sola, tendré que hacerlo. Una vez que me vaya a mi casa, no me acercaré a ti hasta que estés a salvo con los niños…

Céline no tenía alternativas. Detestaba sentirse sometida de esa forma tan artera. Ceder a las demandas de Robert tampoco le aseguraba nada, a él nada le impedía cambiar de opinión en el proceso y exigir más dinero, o simplemente podía romper su promesa de mantener sus hijos a salvo. Robert no tenía honor. Esa sensación de vulnerabilidad e inseguridad la aborrecía.

—¡Cómo detesto a ese malnacido! —exclamó—. Jamás lo voy a perdonar, aunque me vaya al infierno por eso.

Gideon, al verla con esa expresión fiera, se sintió mejor. Enfadada y determinada era mucho más alentador, que desesperada y agobiada.

—Los dos nos iremos al infierno entonces. Encontraré la forma de comunicarme contigo… Yo también estaré vigilándote. Te juro por mi vida que no te dejaré sola, ni tampoco a los niños. —Se acercó a Céline y la abrazó con fuerza, y ella no soportó más. Lloró. Dolor, amargura, traición, rabia, incertidumbre, tristeza y frustración. Todos esos sentimientos se derramaron sobre el pecho de Gideon y lo humedecieron.

Él solo se limitó a acariciarla y besarle la cabeza hasta que su lamento remitiera poco a poco.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo transcurrió, pero tampoco importó. Lo único que sabían era que esa noche iba a ser eterna, y que no tenían más opciones que esperar al amanecer para poder actuar.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Gideon.

Céline lo abrazó más fuerte y respondió:

—Por favor… Tengo frío.

Después de enviar al servicio doméstico a descansar, Gideon fue guiado por Céline a su alcoba. Se quitaron la ropa para sentir el reconfortante calor de sus pieles, se acostaron bajo las mantas y se abrazaron.

Sabían que no iban a poder descansar, en esa cama solo encontrarían el consuelo mutuo. La tierna y casta compañía les haría conservar la esperanza en sus corazones.

Cuando creían que el sopor los vencía, llegaban los frenéticos pensamientos que les hacían repasar cómo tenían que proceder al día siguiente, y los despertaban. Un paso en falso y podía ser el fin.

El amanecer llegó inexorable. Ni siquiera los pálidos rayos del sol lograron quitarles el frío del alma.

***

A la luz de las velas, Céline observaba el contenido del pequeño cofre que yacía en su escritorio de la sala de estar, e inspiró profundo. Cientos de relucientes monedas eran el precio de la vida de sus hijos. Gracias a Gideon y los caballeros malditos había logrado reunir la exorbitante suma de dinero exigida por Robert. Durante el transcurso del día, se comunicaron por medio de mensajes que se intercambiaban a través de Susan, quien, para evitar que la siguieran, salía por la puerta trasera y enviaba o recibía la correspondencia secreta en el atelier de *madame* Collier.

Del plan que Gideon tenía para protegerla no conocía mayores detalles, solo que él estaría vigilándola de cerca. Tampoco quería saber más, estaba segura de que se pondría más nerviosa de lo que ya se sentía en ese momento. Necesitaba concentrarse en una sola cosa y no pensar en el millar de posibilidades que le ofrecía conocer lo que él tenía preparado. Tal vez no era sensato, pero sí funcionaba para ella, confiaba en Gideon. Y si todo fallaba, quedaba la improvisación; defenderse y a los suyos con dientes y uñas, no se iría de este mundo sin luchar…

El sonido de la aldaba resonó en la estancia. Céline dio un respingo y miró la hora en el reloj que estaba sobre la chimenea. Eran las diez y media. Eso quería decir que su destino no estaba demasiado lejos de Londres. Al parecer, Robert quería la mínima cantidad de testigos y la ciudad no era el mejor lugar para ello.

La señora Perkins, seria y solemne, entró y anunció:

—El carruaje la espera, milady.

Céline asintió, cerró el cofre y lo aseguró con un candado. La señora Perkins le ayudó a ponerse el abrigo. La llave la guardó en el retículo a juego y se lo colgó en la muñeca.

Tomó el cofre y salió.

Afuera la esperaban dos hombres ataviados de negro. Gracias a la gorra y la bufanda que ellos vestían, ella apenas podía apreciar cómo eran sus ojos. Uno de los sujetos se apeó del pescante y abrió la puerta del sobrio carruaje negro, y se tomó la visera a modo de silencioso saludo. Le ofreció la mano para subir, la cual ella aceptó. Sus piernas temblaban, temía tropezar y caer.

Minutos después ya estaba rumbo a rescatar a sus hijos. Las calles comenzaron a ser desconocidas y Céline tuvo la terrible sensación de estar desorientada, de no saber en qué lugar del mundo se hallaba. Lo único que sabía era que no iba camino a Kingsclere. Aquella inútil certeza le hizo sentir minúscula, insignificante e ignorante.

A lo largo de su vida la mantuvieron encerrada en pequeños círculos que nunca le permitieron traspasar.

Si todo salía bien, eso iba a cambiar.

Debido a que no había nubes en el cielo y la luna todavía no llegaba a ser menguante, tuvo la suficiente luz para poder concentrarse en su entorno, en los letreros de las calles, buscar lugares de referencia, los cuales se volvieron más escasos a medida que se alejaban de la ciudad.

Sin embargo, llegaron a un punto en que ya no importaba mucho la pálida luz de la luna, porque todo era oscuridad y apenas atisbaba el camino gracias a las lámparas del mismo carruaje. Negro, todo era negro.

Céline había perdido la noción del tiempo y el espacio.

****

Entretanto, Robert cortaba trozos de una manzana con un enorme cuchillo. Su postura era indolente, estaba sentado en una silla y sus pies reposaban sobre un pequeño escritorio.

—¿Quieren? —les ofreció a Cliff y a Mathilda. Los niños negaron con la cabeza, pese a que sus estómagos rugían de hambre—. Mocosos malagradecidos —masculló y se comió la fruta. El jugo se le escurría por la comisura de sus labios cuando agregó—: No han probado nada de lo que les ofrecido durante todo el día, ¿acaso quieren morir de hambre?

Cliff y Mathilda solo deseaban volver a ver a su madre. Esa mañana, cuando despertaron, fue como la extensión de un muy mal sueño. Tío Robert había vuelto, y estaba acompañado por cuatro hombres armados de dagas y pistolas, quienes continuamente entraban y salían de la casa, la cual les era desconocida. El salón en el que se encontraban era muy elegante, pero la mayoría de los muebles estaban cubiertos de sábanas blancas. Ellos estaban sentados sobre un canapé, arropados con las mantas de sus propias camas.

Tío Robert parecía tranquilo, no les gritaba y les ofrecía fruta, pan o queso para comer, mas no los dejaba solos. En el único momento en que Cliff o Mathilda tenían algo de privacidad era para hacer sus necesidades y, en esas instancias, los vigilaban dos de los hombres armados. Tío Robert les había prometido que su mamá volvería en la noche y que ella le pidió de favor que los cuidara.

¡Pamplinas!

En vista de todo lo vivido durante esos meses con tío Robert, no le creyeron su falsa amabilidad y tampoco su relato, salvo la parte en que su madre volvería a buscarlos. Decidieron no recibir nada de él y no decir ninguna palabra, excepto para ir al baño o pedir agua.

Ya era de noche. Un par de velas iluminaban la estancia y la chimenea crepitaba. Los hombres habían salido a hacer guardia. Cliff y Mathilda no sabían qué tanto tenían que vigilar si la casa parecía estar en medio de la nada. No se escuchaba en el ambiente el típico bullicio de la ciudad.

De súbito, uno de los hombres entró y, lacónico, anunció:

—Ya llegaron.

Robert les dedicó una sonrisa tensa a los niños y dijo con voz cantarina:

—Mami ya viene. Si no se pone estúpida todo saldrá bien.

Cliff, harto de que insultaran a su madre sin razón, replicó:

—Mamá no es estúpida, usted sí.

Robert clavó la daga sobre la mesa y se levantó mientras le propinaba una severa mirada al niño.

—Agradece que estoy de buen humor… —Retiró la daga de la mesa.

En ese momento, entró Céline portando un cofre, e iba escoltada por dos hombres. Con la mirada, ella recorría la estancia buscando a sus hijos. Cliff y Mathilda la vieron primero y jadearon, no obstante Robert exclamó:

—¡No se muevan, mocosos! —Apuntó a Céline con la daga—. O la mato.

Cliff y Mathilda se abrazaron fuerte y asintieron. Casi no querían respirar para que tío Robert no cumpliera con su promesa. Céline intentó sonreírles y aseveró con falsa serenidad:

—Ya todo va a terminar. —Miró a su hermano y ofreció el cofre—. Lo que pediste.

Robert lo tomó de un tirón, evidenciando su premura por obtener el dinero que tanto le hacía falta. Céline hizo el ademán de hurgar en su retículo, mas su hermano la volvió a amenazar con la daga. Ella alzó sus manos y dijo:

—Iba a sacar la llave del candado, ¿cómo pretendías abrir el cofre?

Robert, entrecerrando sus ojos, amenazó:

—Ya sabes lo que pasará si haces algo estúpido. La llave.

Con suma lentitud, Céline la sacó del retículo y se la ofreció a Robert, quien, con ambas

manos ocupadas, le señaló la mesa para que ella dejara ahí la llave.

Los hombres se acercaron a Céline amenazantes, mientras Robert ponía sobre la mesa el cofre y la daga. Abrió el candado, y las diez mil libras relucieron a la luz de las velas, dándole una nueva oportunidad a su vida… A la vida que él quería.

Jamás había visto tanto dinero junto. Solo para él. Tomó una moneda al azar y la mordió. No era falsa. Tomó otra y repitió la prueba.

Céline notó que en los ojos de los esbirros de Robert relucía la codicia, y afirmó:

—Todas esas monedas son verdaderas, ¿por quién me tomas?

Robert cerró el cofre de golpe y le puso el candado. La llave la guardó en uno de sus bolsillos. Reprimía una sonrisa.

Céline, con actitud impasible, preguntó:

—Supongo que, después de esto, no volveré a verte jamás.

Robert alzó una ceja, sorprendido por la osadía de Céline, y replicó:

—Lo pensaré. Ya que te casarás con Watford, bien pueden otorgarle una ayuda mensual al pobre baronet de Pollok, cuyo padre, que en paz descanse, lo dejó sepultado en deudas… Por cierto, esta casa era de Freestone, aquí hacía sus fiestas privadas. Me quedaré con este lugar, creo que me será más útil a mí que a ti. Encárgate de ponerla a mi nombre.

Céline sentía que hervía de indignación. Robert daba a entender, inequívocamente, que pretendía ser un parásito de Gideon y de ella.

—No abuses de la paciencia de lord Watford, Robert.

Robert chasqueó su lengua y replicó:

—Él es como todos los hombres, solo actúa cuando tiene ventaja. Y si tanto te quiere, aceptará lo que sea. Un día fueron estos mocosos, mañana bien podrías ser tú.

Céline no replicó, era inútil intentar persuadirlo, estaba embriagado con ese dinero que obtuvo tan fácil. Ya no quería volver a ver la cara de su hermano.

—¡Vámonos! —ordenó Robert a sus secuaces. Envainó la daga al cinto y tomó el cofre—. Ya que mi hermanita es una mujer tan independiente, ya sabrá cómo volver a Londres con mis sobrinos… Pero como estoy de buen humor, solo diré que estamos en Slough.

Al menos en eso Robert decía la verdad, Céline hizo memoria, y sí, una de las propiedades de Freestone estaba en dicha localidad.

Uno de los hombres se interpuso en el camino de Robert y dijo:

—Jefe, queremos nuestro pago ahora.

—Aquí no. Será dónde convenimos —respondió Robert. Se aclaró la garganta—. Y añadiré un bono.

El hombre aceptó dando un gruñido, se hizo a un lado con mala cara y lo dejó seguir con su camino.

Céline se quedó quieta, aguardando a que todo se sumiera en el silencio. Sus hijos la miraban fijo, esperando una señal. A sus oídos llegó el sonido del látigo fustigando a los caballos…

Cuando ya no se escuchó ningún ruido, Céline pudo respirar con libertad. Como si se le fuera la vida, se acercó a sus hijos y los abrazó con fuerza.

—¡¡Cliff, Mattie!!

—¡Mamá! ¡Mamá! —gimoteaban los niños, con una mezcla de temor y alivio, atiborrando sus jóvenes corazones—. ¡Mamita!

—Ya pasó, mis niños hermosos… Ya pasó. ¿Están bien? ¿Les hizo daño?

—Estamos bien —respondió Mathilda.

—Tengo hambre —se quejó Cliff.

—¿Robert no les dio nada de comer?

—Teníamos miedo a que la comida estuviera envenenada —replicó Mathilda—. Tío Robert es muy malo.

Aquella respuesta le partió el alma a Céline, tan pequeños y con un instinto de supervivencia tan desarrollado. Sentía que Robert y su difunto esposo les arrebató casi toda su inocencia… Debía atesorar lo poco que les quedaba.

—Ya solucionaremos ese asunto, cariño —dijo Céline—. Esperemos a que llegue Gideon…

***

Robert estaba aferrado al cofre. Su siguiente destino era una posada que quedaba a un par de horas de camino. Pensó que había ofrecido demasiado dinero por un trabajo tan sencillo: reducir a un grupo de mujeres y llevarse a un par de mocosos sin que despertaran; montar guardia en todo momento y escoltarlo a caballo hasta la posada, lugar donde recibirían la mitad final del pago.

Y ahora tenía que darles un bono adicional.

Sin embargo, y tal como le había dicho a su hermana, él, siendo un hombre, actuaba cuando tenía ventaja y, en ese momento, no tenía tanta. Mejor no se arriesgaba a hacer enojar a los sujetos que contrató.

Eso se lo advirtió un conocido de Londres y que le recomendó los servicios del líder del grupo. El que estaba ansioso por recibir su pago.

De todos modos, ellos habían hecho bien su trabajo. Debía tomarlo como una inversión. Esperaba que no quisieran pasarse de listos.

El carruaje se detuvo casi de golpe. Sin poder controlarlo, su cuerpo se impulsó hacia adelante, para luego quedar sentado con violencia.

Los nervios se apoderaron de Robert y se aclaró la garganta. Sin atreverse a asomarse por la ventanilla, preguntó con voz aguda:

—¿Por qué nos detuvimos?

Nadie le respondió.

Un disparo.

—¡¡Entreguen todo lo que tengan encima!! —Escuchó Robert. No conocía esa voz.

¿Salteadores de caminos?

—¡No tenemos *náa* de valor! —respondió la voz de uno de sus hombres. Cobbins, si no mal recordaba.

—¡¡Entrégalo ahora!!

Disparo. A veinte centímetros de la cabeza de Robert apareció un agujero.

—¡¡Para la próxima le apunto a tu cabeza!! —amenazó la misma voz que exigía sus pertenencias.

—¡¡No habrá próxima!! —replicaba otro de sus hombres

Resonó otro disparo. Los caballos relincharon y el carruaje se remeció.

—¡No! ¡Bastardos! ¡Mataron a Cobbins!

Un golpe seco en el suelo.

Robert agachó la cabeza y, cubriendo el cofre con su cuerpo, se acurrucó en el piso del carruaje, rogando al cielo que nadie abriera la puerta.

Afuera se desató una brega descomunal. Al menos eso era lo que conjeturaba Robert. Se escuchaban golpes de puños, maldiciones, disparos y resuellos.

De súbito, la puerta del carruaje se abrió. Robert dio un chillido.

Era Cobbins y estaba muy vivo. Aquello desconcertó a Robert, mas no tuvo tiempo para cuestionar, más aún si él le apremiaba en voz baja:

—¡Salga pronto, *milor*! ¡Son cuatro! ¡Nos asaltan!

Robert no lo pensó dos veces. Sin dejar atrás el cofre, y aprovechando el caos de la pelea, se apeó del carruaje con la ayuda de Cobbins, y ambos salieron del camino internándose en un bosque.

Corrieron sin mirar atrás, esquivando árboles, saltando piedras y arbustos. El pecho les dolía, sus pulmones ardían.

A sus espaldas se escuchó una voz grave que bramaba:

—¡Deténganlos! ¡Se escapan!

Robert y Cobbins siguieron corriendo desesperados, abriéndose paso entre arbustos, malezas y ramas. Saltaron zanjas y acequias. Esquivaron rocas y raíces.

—¡No se retrase, *milor*! —apremiaba Cobbins—. Los estamos perdiendo.

Robert apenas podía seguirle el paso al ágil secuaz. Tropezó y cayó sobre la tierra húmeda. El cofre quedó a medio metro de distancia. Apresurado, se levantó dando resuellos agitados. Sus nudillos y rodillas se magullaron, le escocían. Tomó el cofre y miró a Cobbins.

Incluso en la penumbra pudo percibir la codicia en sus ojos pequeños.

—Creo que en ese cofre hay mucho más de lo que me ofreció, *milor*.

Robert tragó saliva. Sostuvo el cofre bajo un brazo y su mano libre fue hacia la vaina que colgaba de su cinto…

No estaba la daga. Cobbins le sonrió con malicia y, tal como si fuera un prestidigitador, hizo aparecer el arma en su mano.

—Nunca contrate a un carterista *pa* sus chanchullos, *milor*. Los hombres como *usté* son de lo peor… Yo hago muchas cosas malas por dinero, pero tengo principios, ni yo secuestraría a mis sobrinos… si los tuviera. La familia es la familia.

El corazón aporreaba el pecho de Robert y el sudor empapó su frente. Su voz temblorosa ofreció:

—Doblaré tu paga.

Cobbins rio y replicó:

—Tan avaro… tan avaro… —Amenazó con la daga e hizo un gesto—. Entregue el cofre…

Robert, temblando, tomó el cofre y lo lanzó lejos. Aquella acción distrajo a Cobbins lo suficiente para abalanzarse sobre él, y sujetarle la mano que sostenía la daga.

Ambos hombres forcejearon. Luchaban por el control del arma. Sus brazos y piernas se entrelazaban para inmovilizar al otro e intentar derribarlo. Sus fuerzas eran parejas. El filo del frío acero cambiaba de dirección constantemente; amenazaba el pecho de Cobbins, luego el abdomen de Robert; cortó la mejilla del secuaz traidor, rasgó el muslo del inmoral baronet. En medio de ese silencioso y oscuro paraje solo se escuchaban sus respiraciones furiosas y gemidos guturales.

Un alarido rasgó la quietud. Cobbins sintió que el hueso de su pulgar se desencajaba.

La daga cayó al suelo.

Ambos hombres se soltaron. Cobbins empujó a Robert, quien, al caer, se apresuró a recuperar el arma.

Solo medio segundo le bastó a Cobbins para decidir su siguiente movimiento. Del interior

de su chaqueta sacó una pistola. Alzó su mano y le asestó un culatazo en la cabeza.

Robert solo sintió un golpe terrible que le hizo ver luces brincando en todo su campo visual. Sin embargo, no quedó inconsciente. Tanteó a ciegas para alcanzar la daga que había perdido de vista.

¿Por qué sentía tanto sueño? Un extraño calor le empapaba la pierna izquierda.

Cobbins aprovechó esa instancia para guardar su pistola, tomar el cofre y escapar.

Ni bien dio dos pasos, y sintió una descomunal fuerza que lo empujaba y cayó al suelo. Soltó el cofre y este quedó fuera de su alcance. Un peso insoslayable se descargó sobre su espalda y lo inmovilizó. Miró hacia el lado, el baronet parecía estar dormido.

—¿A dónde pretendías ir? —interpeló la voz grave que estaba sobre él y, en cuestión de segundos, lo tomó de las muñecas. Cobbins gritó de dolor. El desconocido reprendió—: ¿Estás herido?

—Pretendía esconderme hasta que *usté* llegara. Ese idiota me zafó un dedo…

—Eso te pasa por no hacer lo que te ordenan… No sé si vale la pena contratarte para el otro trabajo.

—Tenía que improvisar un poco, señor —replicó Cobbins con desenfado, pese al dolor de su lesión—. Este tipo tenía más fuerza de la que supuse.

El hombre miró el cuerpo de Robert y preguntó:

—¿Está inconsciente? —Cobbins se encogió de hombros como pudo. El hombre lo soltó, le ayudó a levantarse y añadió—: Acabemos con esto.

En ese momento Cobbins se dio cuenta de que no se encontraban solos, había otro sujeto más que estaba agachado al lado de Robert y que luego los miró.

—Graham —lo llamó—. Tenemos un problema.

Graham dio un resoplido y preguntó:

—¿Qué pasó ahora?

—Este infeliz tiene un corte en el muslo, en la cara interna… No puedo detener su hemorragia, parece una maldita cascada.

—Infiernos, no va a sobrevivir. —Miró a Cobbins, que aparentaba estar contrariado, y luego a su compañero—: Esto cambia un poco las cosas. Bien, ustedes van a tener que decir a los colegas de Cobbins que Robert y yo hemos muerto. Hope, ve con los demás y sigan con lo acordado. El señor Cobbins y yo caminaremos por el borde del sendero hacia Slough.

—¿Seguro?

—Sí. —Recogió el cofre y se lo entregó—. Todo estará bien.

Hope asintió y volvió sobre sus pasos. Sus compañeros ya habían reducido al resto de los hombres de Robert. Debían continuar con el plan: abandonarlos a su suerte y tomar los caballos del carruaje para dejarlos sueltos en otro pueblo.

Cobbins recibió una mirada de advertencia por parte de Graham y este asintió, no se movería de su lugar. Graham se agachó al lado de Robert y giró su cuerpo. Todavía respiraba. El olor de su sangre llegó fatal a sus fosas nasales.

Robert entreabrió sus ojos con un atisbo de sorpresa y balbuceó con un tono casi imperceptible:

—Wat… Ford.

—Te dije que no volvieras. Estas son las consecuencias de tus propios actos… y ahora tendré la misma compasión que has tenido por tu hermana y sobrinos.

Robert no fue capaz de responder, la fuerza lo abandonó hasta dejarlo sin voz. El sopor se lo engullía como una bestia hambrienta. Estaba aterrado de cerrar los ojos, mas no podía tolerar

el peso de sus párpados. El infinito cielo se reducía a una insignificante rendija salpicada de estrellas.

Gideon se levantó, miró a Cobbins y ordenó:

—Vámonos.

Cobbins no avanzó de inmediato, se aclaró la garganta y señaló:

—La llave del candado del cofre, está en uno de sus bolsillos… Hay que llevarse sus cosas de valor y cubrir el cuerpo con hojas y ramas… Digo… para que no queden evidencias, y parezca un robo, no sé si *usté* me entiende.

En el primer bolsillo que Gideon registró encontró la llave y un reloj. Le quitó el anillo de oro con el sello de su título y una bolsa con dinero. De soslayo divisó la daga y le preguntó a Cobbins:

—¿Esto es tuyo?

—No, señor… Era de él. —Y señaló con su mentón a Robert—. No era mi intención… solo quería herir su pierna y él…

—No te preocupes… Siempre está la posibilidad de un accidente. —Tomó el arma y la guardó entre sus ropas.

Gideon se irguió, le dedicó una última mirada a Robert y dijo:

—Nos vemos en el infierno.

Cubrieron el cuerpo de Robert con ramas secas. En esa parte del bosque no había senderos. Tardarían en encontrar al baronet de Pollok… Si es que lo encontraban.

Lo último que sintió Robert fueron los pasos de Watford y de Cobbins alejándose.

Capítulo XXIII

Céline despertó sobresaltada por el sonido de la puerta abriéndose. El alivio fue lo que llegó a su corazón cuando reconoció a Gideon vestido con ropas sencillas y ajadas.

Parecía un salteador de caminos, o al menos, así ella se los imaginaba.

Aunque hubiera querido, Céline no pudo levantarse del canapé. Sus hijos dormían acurrucados compartiendo su regazo. Gideon se acercó a ella sin hacer ruido y la besó con un atisbo de urgencia y pasión. Al separarse con renuencia, el conde se sentó —más bien se desparramó— en el sillón que estaba frente a Céline, y ella dijo:

—Pensé que no te vería hasta el amanecer.

—Algunas cosas se torcieron.

—Cuéntamelo todo.

Gideon se acomodó mejor en el sillón, le dolía la espalda, y relató:

—Tuvimos tu casa vigilada todo el día, por lo que pronto descubrimos quién era la persona que Robert usó para vigilarte. Solo eso necesitábamos saber, si era uno o más. De eso dependía el plan que elaboramos Warwick, Wild, Mackay, Pemberton y yo.

Una sonrisa cansada emergió en los labios de Céline al decir:

—Los caballeros malditos y compañía al rescate…

—Era un plan sencillo. Primero debíamos «convencer» al secuaz de Robert para que se uniera a nosotros… A eso de las nueve y media dejó su punto de vigilancia y se fue a buscar un carruaje de alquiler… En ese momento actuamos y se transformó en nuestro peón a cambio de una jugosa recompensa…

—Un infiltrado.

—Un inesperado infiltrado.

Desde que Gideon salió de la casa de Céline, estableció la forma de comunicarse con ella y del plan a seguir para mantener la seguridad de la vizcondesa y de los niños. Para ello, convocó a sus amigos más cercanos; Mackay, Wild, Warwick y Pemberton; y también involucró al personal de Eden Hall para merodear por el barrio y descubrir quién o quiénes eran los hombres de Robert.

Descubrieron que eran dos; uno hizo el turno de noche y fue relevado al mediodía por otro que se quedó hasta eso de las nueve. En ese momento, el sujeto se alejó de la casa de Céline para dirigirse a los límites de Whitechapel, e ir a buscar un carruaje de alquiler que, según supuso Gideon, ya estaba listo y dispuesto para el trabajo.

Aquella fue la instancia en que el duque de Pemberton quedó de punto fijo vigilando a Céline. Mientras tanto, Gideon y los caballeros malditos partieron a caballo. Interceptaron al hombre de Robert cuando ya había tomado las riendas y se dirigía de vuelta a Mayfair doblando por una estrecha calle, que era iluminada por las lámparas del carruaje.

Gideon se plantó en medio del camino. Montado en su caballo, Orión, apuntó con una escopeta al cochero y ordenó:

—¡Detenga el carruaje!

Al hombre no le quedaron demasiadas opciones. De soslayo, se dio cuenta de que estaba rodeado por otros tres sujetos, a los cuales solo podía verle los ojos y le apuntaban con pistolas.

Uno de ellos se acercó y mientras se hacía de las riendas del carruaje, ordenó con acento escocés:

—Levanta las manos y vivirás… Baja del carruaje lentamente y ponte a la luz de la lámpara.

El hombre asintió y obedeció. Era del todo imprevista la situación y maldijo para sus adentros.

Gideon se apeó del caballo, se acercó al cochero y lo registró; estaba armado de una pistola y un cuchillo. Acto seguido, ordenó con su voz grave y acerada:

—Tu nombre.

—Co… Cobbins —respondió con una voz joven. En sus ojos aún no se marcaban las patas de gallo.

Gideon enterró el cañón de su escopeta en el pecho de Cobbins y preguntó:

—¿Cuánto te pagaron por este trabajo?

—Diez libras ahora, diez libras al final si todo salía bien… No me mate, por favor.

—Descubre tu rostro…

Cobbins, temblando, se quitó la gorra y se bajó la bufanda, dejando al descubierto sus juveniles facciones. No llegaba a tener veinte años.

—Oh, infiernos… —murmuró Gideon.

Y vaya que era caprichoso el destino… o la suerte. Gideon tenía ante él al mismísimo sirviente que le dio el mensaje en el baile de lord Barrington. Lo reconoció por sus singulares cejas, que parecían ser solo una. No recordaba la cicatriz en su mejilla, pero encajó de inmediato con la imagen que estaba en su memoria, refrescándola aún más.

Wild, al ver que Gideon no decía nada, se acercó a él y preguntó en voz baja:

—¿Pasa algo?

Gideon miró a Wild, extrañado, y le preguntó:

—¿Acaso no lo reconoces?

Wild frunció el ceño, miró a Cobbins, luego a Gideon y dijo en tono de secretismo:

—Perdón, ¿a quién tengo que reconocer?

—Este es el sirviente que me dio el mensaje en el baile de Barrington.

Wild abrió sus ojos con sorpresa. Volvió a centrar su atención en Cobbins y luego señaló:

—Pues este no fue el que me dio el mensaje a mí. —Con un gesto conminó a Warwick y a Mackay a que estudiaran a Cobbins e interrogó—. ¿Este es el sirviente que los contactó en el baile de Barrington?

Ambos caballeros negaron con su cabeza. No era el sirviente que les dio el mensaje.

Ninguno de los cuatro caballeros había considerado la posibilidad de que fuera más de un mensajero, puesto que todos recordaban a un hombre de mediana estatura, ni gordo ni flaco, cabello oscuro y ojos marrones. Un error de lo más aristocrático, no fijarse de verdad en la cara de los sirvientes.

—¡Por todos los infiernos! —masculló Gideon. Miró a Wild—. ¿Cómo era físicamente el que te dio el mensaje? Sé específico.

—Pues es parecido a él, salvo que tiene dos cejas en vez de una y era un poco más macizo.

Warwick se apresuró a declarar:

—El que me contactó tenía pecas… No creo que Cobbins sea del tipo vanidoso que se ponga potingues para atenuarlas. —Miró a Wild de un modo apremiante—. El tuyo, ¿tenía pecas?

Wild negó.

Gideon se masajeó la nuca. ¡Era el colmo! Dirigió su atención a Mackay, que estaba en un sospechoso silencio. Al cruzar sus miradas el escocés señaló:

—El que me contactó tiene las características de Cobbins, pero era más alto y delgado.

Cobbins no sabía qué demonios estaba pasando. Sin embargo, no se atrevió a decir ni una sola palabra, pues no dejaban de apuntarle con sus armas.

Gideon, por su parte, se percató que no podía perder de vista, bajo ninguna circunstancia, a ese hombre que se había convertido en la pieza clave de las dos encrucijadas de su vida.

En ese momento, la prioridad era Céline. Ya vería cómo abordaba la participación de Cobbins en el asesinato de lady Regina, por lo que resolvió:

—Cobbins… Nuestra intención no es matarlo, solo es salvar a los niños que su jefe mandó a secuestrar y a la mujer que debe transportar en este carruaje. ¿Qué le parece recibir veinticinco libras aquí y ahora para obedecer todas nuestras órdenes?

Cobbins asintió con entusiasmo, era una propuesta que no podía rechazar. Sin embargo, preguntó:

—No tengo que matar a nadie, ¿cierto? Tengo principios, ¿sabe?, no violo ni mato. Soy güeno robando, conduciendo coches, mi puntería es malísima. De hecho, esa pistola no sirve pa náa, soy mejor con la daga.

Gideon revisó el arma con cautela. Cobbins decía la verdad, no tenía gatillo, y se la devolvió.

—No tienes que matar ni violar a nadie —aclaró Gideon. Esculcó bajo su manta, sacó una bolsa e hizo tintinear su contenido—. Aquí tienes tu pago… Mi nombre es Graham, y ellos son Collins, Hope y Mac, pronto se nos unirá Basingstoke. Cuando terminemos este trabajo, te daremos otra misión más importante, por la cual también te pagaremos, y que no atenta contra tus principios.

Cobbins tomó la bolsa. Se sentía más cómodo trabajando para Graham y sus amigos que para el lord de pacotilla que los había contratado. Era un imbécil.

—Samuel Cobbins a su servicio, señor.

—Mac, lleva contigo a Orión, yo acompañaré al señor Cobbins y le diré cómo realizaremos la segunda parte del plan.

Céline entreabrió la boca y dijo:

—Aaah, entonces por eso cuando subí al carruaje eran dos en vez de uno. —Gideon sonrió—. El que me ayudó a su subir… ¡Eras tú!

—Exactamente… Yo iba con el cochero, y los demás nos seguían a cierta distancia. Blake iba a la retaguardia y recibió a Orión para llevarlo consigo… Cuando faltaba poco para llegar a la casa donde se escondía Robert, me apeé del carruaje y me acerqué a pie. Necesitaba asegurarme de que ustedes estaban bien… Vi y escuché todo, lo hiciste perfecto, mi adorada Céline.

—Solo sabía que no te quedarías de brazos cruzados.

—Robert confirmó mis sospechas de que esta no sería la última vez que quisiera sacarnos dinero… Así que, gracias a nuestro cómplice, nos convertimos en salteadores de camino y le robamos a sir Robert… —Suspiró—. Pero no todo resultó como esperábamos.

Y Gideon procedió a relatar lo sucedido con Robert.

Céline no sabía qué sentimiento prevalecía, el alivio de nunca más sentir la amenaza que representaba su hermano, o el dolor que le proporcionaba la vana e ingenua esperanza de pensar que algún día él cambiaría, que se iba a dar cuenta de todo el daño que causaba, que quizás podían ser hermanos.

Contempló a sus hijos, dormían profundamente. Ellos no repetirían esa historia, tenían una

madre, y Gideon era una figura masculina muy positiva. Ella procuraría hasta el final de sus días que sus hijos nunca dejaran de apoyarse. Eran familia, la única que tenían.

Céline secó sus lágrimas. Lamentó en su corazón la inexistente relación fraternal con Robert, mas ya no se podía deshacer lo hecho, ni cambiar el pasado… ni borrar la influencia de su padre.

Al fin y al cabo, gran parte del destino de Robert fue una consecuencia de sus propias decisiones. Decidió despreciarla como lo hacía su padre, decidió siempre estar de parte de Freestone, decidió maltratarla y aprovecharse de la situación…

Y ella, por proteger a Gideon, a sí misma y a sus hijos, iba a mentir cuando llegara el día en que alguna autoridad le notificara la muerte de su hermano… Si es que lo encontraban e identificaban.

Mathilda se removió y despertó. Céline se distrajo de sus pensamientos y emociones. Sus miradas se encontraron y con su voz somnolienta la pequeña dijo:

—Soñé con lord Watford… Escuchaba su voz…

Céline sonrió y con un gesto le señaló hacia el frente. Mathilda miró y…

—¡Lord Watford! —Sacudió a su hermano mientras exclamaba—: ¡Cliff, ya vino lord Watford!

Gideon no esperaba ese recibimiento. Mathilda se levantó y lo abrazó fuerte.

—Mattie… mi niña… —susurró Gideon experimentando una inusitada emoción, un sentimiento que lo colmó de algo desconocido. Sintió el amor de Mathilda. No era respeto, no era cariño, era más, mucho más.

Cliff parpadeó lento y le costó dilucidar si soñaba o no; sin embargo, no cuestionó el asunto, y pronto estaba abrazando a Gideon, quien también lo recibía en ese abrazo de oso.

—Lord Watford… no nos dejó, nos encontró…

—No podía fallarles, Cliff… Ustedes y Céline son todo lo que tengo…

Y era verdad, la más pura verdad.

***

Para el mediodía, Gideon ya estaba de vuelta en Eden Hall. Había dejado a Céline y a los niños en su casa de Duke Street para que descansaran.

Al entrar en el vestíbulo, Wilkins, saliendo de su habitual solemnidad y cortesía, lo recibió con una sonrisa amplia y dijo:

—Estamos felices de verlo sano y salvo, milord, y que todo haya resultado bien.

—Gracias, Wilkins… Ustedes también fueron de mucha ayuda. Por lo pronto, pueden tomarse el resto de la semana libre como recompensa…

—Pero, milord…

—Insisto.

—Haré como que no escuché nada… Por cierto, el duque de Pemberton se excusó de no estar aquí. No podía hacer esperar demasiado a la duquesa, pero el resto de sus amigos solteros lo aguardan en la biblioteca con el señor Cobbins.

—Fabuloso.

En cuestión de segundos, Gideon ya estaba atravesando el umbral de la puerta de la biblioteca, y se encontró con los demás. Los saludó con un leve y cansado gesto. Cobbins dormitaba de brazos cruzados, sentado en una silla.

—Señor Cobbins —llamó Gideon para despertarlo. El aludido dio un respingo. Cuando vio

al conde, se restregó la cara y se estiró.

—Sus amigos no me han querido contar *náa* sobre el otro trabajo.

Gideon se sentó frente a su escritorio y respondió:

—Tu siguiente trabajo será decirnos la verdad y nada más que la verdad.

Cobbins alzó sus cejas y asintió. No sabía a qué se debía tanto misterio.

—*Usté* dirá…

—Hace unos diez meses entregaste un mensaje a un caballero en un baile. —Cobbins asintió—. Ese caballero fui yo.

Cobbins entreabrió la boca para responder, mas luego la cerró. La volvió a abrir y la cerró… y respondió:

—Ah, ese baile. Fue un trabajo extraño, sencillo y muy rentable… Ni siquiera recordaba su rostro, señor… Eeeeeh, supongo que tengo que llamarlo *milor*, ¿cierto?

Todos fruncieron el ceño por aquella desconcertante respuesta. Gideon interrogó:

—Cuéntanos quién te contrató para ese trabajo y de qué se trataba.

—*Güeno*... Me contrató el señor Smith. Aunque es obvio que ese no era su nombre, nadie usa su verdadero nombre para este tipo de trabajos.

Warwick intervino:

—¿Y Samuel Cobbins no es tu verdadero nombre?

Cobbins le dio una elocuente mirada.

—Con ese nombre soy conocido en el ambiente… ya sabe… Ustedes tampoco son quienes dicen ser, no soy tonto. Esta casa no es de un señor cualquiera, ni ustedes hablan como nosotros, aunque se aprecia el intento. Como sea, algunos usan otro tipo de alias. Uno de mis compañeros en ese trabajo prefería que le llamaran «León», un nombre demasiado ridículo…

—No nos desviemos de lo importante —terció Mackay—. Este señor Smith, te contrató a ti y ¿a cuántos más?

—Éramos cinco. No sé cómo el señor Smith los contactó, solo puedo hablar por mí… Un día yo estaba tomándome una pinta en la taberna The Rusty Harpoon, entró un hombre alto y se sentó frente a mí, y me dijo con una voz rasposa —e imitó el tono—: «¿Eres Cobbins?», le dije: «¿Quién lo busca?», y él me dijo: «Soy el señor Smith. Me recomendaron tus servicios», y yo le dije: «¿Quién lo recomendó?», y él me dijo: «Foster». Foster es un amigo, lo conozco desde que éramos unas palomillas, y luego le dije: «¿*Pa* qué soy *güeno*?», y él me dijo…

Mackay, harto del relato, rezongó:

—Resume, Cobbins, por el amor de Dios.

—Pues querían «la *verdá* y *toa* la *verdá*»

—La verdad resumida, por favor —replicó el escocés.

—Me dijo… —Miró a Mackay, desafiante, a ver si lo interrumpía, y continuó—: Me dijo que me buscaba *pa* un trabajo. Tenía que ir a una fiesta de ricachones disfrazado de sirviente, junto con otros cuatro sujetos. No iba a tener problemas *pa* entrar porque mi nombre estaría en una lista. Solo tenía que hacer una cosa: entregar un mensaje a cualquier caballero que estuviera solo y que luego me esfumara. El que tenía la misión más complicada era el que debía darle el mensaje a una dama en particular. El señor Smith pagó *demasiao* bien, treinta libras a cada uno, con el compromiso de no volver a Londres en un año.

Los cuatro caballeros se miraron entre sí. No habían notado ese detalle. Cuando los contactaron fue en un instante en que no estaban en ningún grupo de conversación. Fueron elegidos al azar. Gideon interrogó:

—¿Y por qué volviste antes a Londres?

—Oh, se me había acabado la plata y aquí es donde hay más trabajo… Solo quedaban dos meses *pa* que se cumpliera el trato. No vi que fuera un pecado volver antes de tiempo.

Wild alzó una ceja y preguntó:

—¿Y cómo era físicamente el señor Smith?

—Alto, igual que *usté*, flaco, voz rasposa… Emmmm… Ah, y tiene un horrible olor a tabaco.

—¿Color de ojos, de cabello, alguna marca?

Cobbins se encogió de hombros.

—Las dos veces que lo vi estaba con sombrero, bufanda y guantes, y no recuerdo bien sus ojos, trataba de no mirárselos. Tenía algo en su forma que… —Un escalofrío lo recorrió—. El tipo era espeluznante. Es todo lo que recuerdo.

—¿Era un caballero o un hombre común?

Cobbins se quedó pensativo.

—No estoy seguro de si era caballero o no, pero sí estoy seguro de que no era uno de nosotros, y su ropa era de *güena* calidad… No sé si me entiende, la calle, el barrio se nota hasta en la forma de respirar y caminar.

Warwick preguntó:

—¿Y qué pasó con el resto de tus compañeros?

Cobbins volvió a encogerse de hombros y contestó:

—Esa noche celebramos con una pinta de cerveza en el Rusty y después no los volví a ver más. Así que supongo que están esperando a que se cumpla un año antes de volver a Londres

—¿Recuerdas cómo se llaman? —continuó Warwick con sus indagaciones—. ¿O sus alias?

—Foster, Potter, Scott, Langley… a ese le gustaba que lo llamaran León… idiota.

Gideon miró a sus compañeros y señaló:

—En mi lista figuraba Francis Foster… ¿Uno de ustedes tenía a Cobbins?

Wild alzó su mano. Mackay agregó:

—En mi lista tenía a Langley y a Scott.

Warwick hizo una mueca y dijo:

—Y yo tenía a dos sujetos con apellido Potter, Henry y Eric. —Dirigió su atención a Cobbins e interrogó—: ¿Con cuál de ellos trabajaste?

Cobbins se rascó la cabeza y dijo:

—Solo los conozco por el apellido, excepto a Foster, que se llama Francis. Francis Foster.

Gideon se restregó la cara con las manos. Con las listas divididas, mermaban sus posibilidades de reconocer a los demás. Debían trabajar en conjunto con Cobbins, era el único que podía ayudarlos a encontrarlos… Resopló y continuó con el interrogatorio:

—¿Ninguno de ustedes estaba en el baile cuando mataron a lady Regina?

Cobbins abrió sus ojos con desconcierto y replicó:

—Perdón, ¿a quién mataron?

—La dama a quien uno de tus compañeros debía darle el mensaje. Ella fue asesinada esa noche. Salió en todos los periódicos.

—Aaaaah, así que fue ella… Disculpe, no sé leer, pero, cuando estaba viajando hacia la casa de mi tía Lois en Liverpool, escuché el rumor de que una dama murió en una fiesta en Londres. No tenía idea de que era la misma fiesta en la que trabajé.

Todo se sumió en el silencio.

Si antes era difícil encontrar a un sirviente, ahora era peor si eran cuatro más, los cuales se habían transformado en el único nexo con el misterioso señor Smith.

Tantas preguntas sin respuesta.

¿Acaso él era el asesino o era el que hacía el trabajo sucio para alguien más?

¿Por qué mataron a lady Regina?

Aún faltaba mucho para responder esas preguntas. Los cuatro caballeros sentían que con cada paso que avanzaban, su objetivo de encontrar la verdad parecía complicarse.

Gideon miró a Cobbins y, con un tono que parecía más una exigencia que una petición, dijo:

—Necesito que trabaje para nosotros, y nos ayude a encontrar a sus compañeros y al misterioso señor Smith.

Cobbins no pudo rechazar esa oportunidad de tener dinero fácil y aceptó:

—Soy *too* suyo. —Se aclaró la garganta—. Eso sonó mal. Pueden encontrarme en…

—No, ni en sueños. Vivirás aquí, trabajarás para mí. Serás mi… —Hizo una pausa buscando un nombre adecuado para el puesto y resolvió—: «Secretario», y tendrás ropa y un sueldo acorde al cargo. Tienes que aprender a leer y a hablar correctamente. No me sirves de mucho si no sabes comportarte.

Cobbins sopesó las condiciones de Gideon. Tendría un techo, comida, ropa, un trabajo decente y aprendería a leer. Su mamita, que estaba en el cielo, estaría orgullosa si se convertía en un buen partido para una muchacha. Ella siempre le decía que, si no tenía nada bueno que ofrecer, mejor que no se metiera con nadie.

—Aceptas mis condiciones o…

—Acepto, acepto… —Se apresuró a decir y luego se encogió de hombros—. Será un trabajo fácil.

Quizás no tan fácil, cambiar no lo era, pero Cobbins no lo iba a admitir.

Epílogo

Riverside Park, Watford, 5 de agosto de 1820.

~~*Una luna de miel apropiada*~~*. Apropiada y muy, muy placentera.*

En esa calurosa mañana, Céline tachó el ítem de la lista e hizo una anotación con una sonrisa bailando en sus labios. No había sido el prolongado viaje tradicional por una ciudad de Europa, sino diez días de privacidad en la casa de campo de Gideon. Tampoco sucedió inmediatamente después de la boda, ya llevaban dos meses de feliz matrimonio, y habían formado una familia. Pretendían aplazar ese viaje hasta noviembre, pero el Parlamento tuvo un breve receso debido al escandaloso «asunto de la reina Carolina», lo que les dio una oportunidad de disfrutar del verano.

Céline guardó la lista en la mesa de noche junto con el lápiz grafito. La luna de miel había acabado. Ese día llegarían sus hijos desde Londres, que estaban al cuidado de Susan en la residencia de los duques de Pemberton. Con un sentimiento de resignado pesar, Céline pensó que, de haber estado vivo Robert, aquel viaje no habría sido posible. Estaría siempre con un miedo atroz de que se repitiera el secuestro de sus hijos.

Era lamentable que algunas personas dieran más paz estando muertas que vivas. Hasta ese momento, nadie había encontrado el cuerpo de su hermano, y era posible que eso jamás sucediera, a pesar de que no lo habían enterrado. Ese bosque devoró su paso por el mundo, se transformó en su tumba.

Una mano grande se deslizó sobre la piel de su muslo y ascendió hacia su vientre, hasta acariciar con pereza su pecho.

—¿Hace cuánto rato que estás despierta, mi adorada lady Watford? —preguntó la voz matutina de Gideon, la cual era más grave de lo normal, y tenía un tinte erótico que a ella le removían todos sus bajos instintos.

Gideon adoraba llamarla «lady Watford» en las mañanas.

—No mucho, milord. Estaba tachando la lista.

Céline adoraba llamarlo «milord» en las mañanas.

Gideon abrió los ojos, se incorporó con pereza y bostezó. A Céline le parecía estar escuchando el gruñido de un león. Él le dio un beso de buenos días y preguntó:

—¿Escribiste algo más?

La lista de ambos no había aumentado tanto. Pero algunos ítems iban a tomar mucho tiempo llevarlos a cabo, pero eso no tenía importancia, lo esencial era disfrutar del proceso.

- *Conocer toda Inglaterra.*
- *Aprender a tocar el violoncelo.*
- *Ser el conde de Watford más longevo de la historia. Dicen que el más viejo llegó a los 95 años.*
- *Hacer de Cliff un buen hombre, que sea digno para una dama.*
- *Hacer de Mattie una mujer segura de sí misma, para que un hombre la valore por lo que es.*

—No, solo taché el ítem de la luna de miel e hice un comentario.

Gideon sonrió y dijo:

—Espero que sea un buen comentario.

—Lo fue, no lo dudes, querido mío.

Gideon volvió a bostezar. Estaba extenuado, y dormía más de lo habitual. Acontecía que la noche no era la única instancia en la que hacían el amor. Habían regado su impronta amatoria en cada estancia de Riverside Park.

—Creo que en estos diez días te he dejado veinte veces embarazada.

Céline rio por la insólita broma de Gideon. Desde que dieron el sí ante el altar, hubo un cambio en él; uno para bien, más bromista, más ligero, menos reservado en sus pensamientos. Quizás era la seguridad y protección legal que entregaba el matrimonio, quizás era el hecho de que él ya podía amarla sin ninguna clase de barrera social, quizás era amar y ser amado en libertad. Sin mentiras, engaños o conveniencias.

O quizás porque por fin él tenía eso que tanto quiso. Una familia propia. Esposa, hijos, un futuro… un legado.

Céline dejó de reír y, enternecida, replicó:

—Creo que es imposible que me dejes más embarazada de lo que ya estoy.

Sí, ese era el mejor momento para dar la buena noticia.

Gideon se quedó observándola, sin poder decir una palabra. Sus ojos alternaban entre el rostro sonriente de Céline y el vientre que se veía igual que siempre; blando, acogedor y con hermosas estrías, símbolo de su fecundidad.

—¿Estás…? —Se aclaró la garganta, su voz de pronto se sentía oprimida—. ¿Estás completamente segura?

—No han bajado las flores desde finales de marzo. Creo que bastó con la primera vez… ¿No te habías dado cuenta?

Gideon sí lo había notado, pero prefirió ignorarlo o encubrirlo con una broma. Cada vez que él pensaba en aquella posibilidad, desechaba la idea para no sentir ninguna clase de ilusión.

Ante el mutismo de su esposo, Céline se sentó sobre él, sus manos se anclaron al cuello y sus frentes se juntaron. Las manos de Gideon tomaron sus caderas y le acarició la piel con los pulgares.

—Gideon, este bebé va a nacer bien —aseguró. En los ojos de su esposo se hizo patente el temor de la pérdida. Esos fantasmas del pasado se quedarían rondando entre ellos por un tiempo más—. Se ha arraigado con fuerza en mi vientre desde el principio.

—Gracias… —musitó Gideon—. Gracias…

Aquellas sentidas palabras eran más que gratitud, en ellas se vislumbraron todos esos años llenos de fracasos, de intentos, de desilusión y de inacabable dolor.

—Oh, esposo mío. No tienes por qué agradecérmelo, era algo que ambos queríamos, ¿no? Tú y yo siempre deseamos concebir un hijo… Yo lo anhelaba tanto como tú, me hacía mucha ilusión demostrarte que sí puedes dar vida… conmigo.

Gideon la abrazó fuerte apoyando su cabeza en el pecho de Céline.

—No tienes idea de cuánto te amo, Céline…

Céline le acariciaba el cabello. Entre sus dedos las hebras de plata resplandecían.

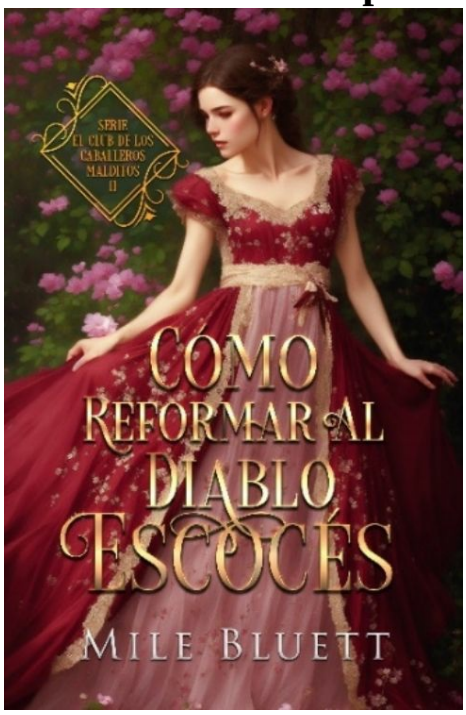
—Tú tampoco tienes idea de cuánto te amo, Gideon. Me has dado más de lo que alguna vez imaginé.

Se quedaron abrazados por largo rato, hasta que él se atrevió a alzar la mirada enrojecida y vulnerable, y afirmó:

—Te juro por mi vida, que nunca te arrepentirás de amarme.

—No, ni lo sueñes. Jamás me arrepentiré.
Y así fue.
Hasta más allá del último aliento.

No te pierdas la siguiente historia



Cómo reformar al diablo escocés

Mile Bluett

Un suceso cambiará el curso de sus vidas. Cuatro caballeros lucharán por el amor y la redención… en la serie de romance histórico: El Club de los Caballeros Malditos.

Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay, jamás imaginó que una mancha dañaría su honorabilidad durante una visita a Londres. Había abandonado Escocia por cuestiones de negocios. ¿Por qué tuvo que asistir a ese fatídico baile cuando su único interés era vender caballos? Un mensaje, una cita y una acusación con consecuencias peligrosas.

Un hombre curtido en la batalla no debería caer en una intrincada telaraña. Pero, con la suerte que ha tenido, cualquier cosa podría suceder. Mackay tiene un tiempo limitado para encontrar esposa… Y, aunque el mercado matrimonial está en apogeo al inicio de la temporada, tiene su reputación en contra.

Hay una lista —reliquia familiar— con pasos infalibles para reformar a varones con caminos más torcidos que el suyo. No obstante, cuando una dama en apuros, lady Lily Ann Brownlow, se cruce en su camino, rebatir a las casamenteras será el menor de sus problemas.

Cuando el amor se alza como un muro infranqueable ante la adversidad, los frágiles se vuelven fuertes, los fuertes se hacen poderosos y la maldad solo tiene una salida…

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, gracias. Pocos le dedican su tiempo a leer el despliegue de gratitud de esta autora para quienes la leen, la apoyan y la animan a continuar en este viaje. Y claro que hay que dar las gracias, sin aquellas personas, yo no estaría escribiendo estas líneas, ni la novela que acabas de leer que, por cierto, es la número veintidós.

Sí, ha sido un largo camino, y tú eres parte de él.

Y es en esta parte donde le agradezco a un montón de gente que no conoces, ni te importa conocer, pero te bancarás esto porque han sido unos agradecimientos bastante peculiares.

Gracias a mi familia. Gracias a mi esposo. Gracias a mis beta.

¿Ves?, no fue tan terrible. Lo cierto es que lo resumí, esas personas saben quiénes son. Si les queda el sombrero, que se lo pongan.

Y, por último, pero no por ello menos importante, debo agradecer a mis colegas —Vero, Mile e Isabel— que me subieron a este barco y me dijeron: «Haz tú la primera novela porque ya tienes experiencia»…

Ustedes juzgarán si ellas tuvieron razón o si tengo que demandarlas, lo cual sería bastante perjudicial porque acabaría con esta linda amistad.

En fin. Ahora sí, este libro se acabó.

Espero que me leas en el siguiente, o en los anteriores.

Gracias por una nueva oportunidad.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, sígueme en mis distintas plataformas de compra y redes sociales, y regálame un comentario.

Amazon:

https://relinks.me/HildaRojasCorrea

Página Web:

www.hildarojascorrea.com

GoodReads: https://www.goodreads.com/author/show/11660827.Hilda_Rojas_Correa

Instagram:

https://www.instagram.com/hildarojascorrea/

TikTok:

https://www.tiktok.com/@hildarojascorrea

Facebook:

www.facebook.com/hildarojascorrea

CÓMO REFORMAR AL DIABLO ESCOCÉS

Dedicatoria

Con todo mi cariño para mis lectoras, quienes me acompañan en este hermoso viaje al país de las letras y el romance.

Prefacio

Draymond Castle, Tierras Altas, Escocia, otoño de 1820

Katherine MacRury, condesa de Draymond, observó a Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay —el mejor amigo de su esposo— desde su silla en la terraza. Gaven jugaba con los hijos de Kate en el jardín, cubierto de hojas doradas. Salvo su ropa al estilo de 1820, todo diría que su amigo había sido arrancado de una remota época en la que los habitantes de las Highlands aún vivían bajo el sistema de clanes, regidos por sus caudillos, su rey, sus costumbres y sus conflictos bélicos entre bandos. Era salvaje, enorme y hasta cierto punto sanguinario. Lo vio una vez derrotar a uno de los esbirros de sus enemigos, quien intentó quitarle la vida. Y Gaven lo liquidó de un solo movimiento, lo cortó con su daga de forma certera y limpia, enviándolo al más allá. Solo tres gotas de sangre salpicaron el vestido de la dama, y después de eso se negó a ver cómo se las arregló el escocés para deshacerse del cuerpo.

Por esa y otras razones, Kate no lo quería cerca de sus hijos, y tras la encarecida petición de su esposo, Alexander MacRury, conde de Draymond, no había denunciado ante las autoridades el hecho que aconteció en sus dominios. Sabía del estrecho vínculo que los unía, Gaven le salvó la vida a Alec en el pasado.

—Aunque estoy segura de que es inocente de lo que se le acusa en Londres, no es una buena influencia para nuestros hijos —le susurró Kate a su esposo, que estaba sentado a su lado, mientras veía a lo lejos a Gaven, correr detrás de los niños, el varoncito de cuatro años y la más pequeña de la familia.

—Por supuesto que no es culpable —ratificó Alexander—. Mackay jamás dañaría a una mujer, ni siquiera a un hombre inocente. Solo usaría la fuerza para defenderse de un ataque. Y, creo que es muy buena influencia para nuestros hijos. Ellos la pasan increíble con su padrino —convino con un gesto conciliador.

—Alec, estoy de acuerdo con que no asesinó a lady Regina. También me rehúso a aceptarlo. Sin embargo, tiene una legión de enemigos. Alguien debió tenderle una trampa. De conducirse por la vida de modo menos belicoso, no se metería en tantos problemas.

—Concuerdo. No obstante, vivimos en un mundo duro para los escoceses. Mackay lo único que ha hecho es trabajar con ahínco para que no se extinga la fortuna que heredó de su padre y su abuelo —lo defendió Alec—. Si él pudiese evitaría viajar a Inglaterra, pero su fortuna depende de los tratos que cierra con los ingleses.

Su amigo odiaba Londres, porque cada vez que lo pisaba algo funesto ocurría. Como cuando lady Regina murió asesinada en el laberinto de setos de la casa de sus padres, y fue él quien encontró a la joven junto a lord Watford, lord Wild y lord Warwick. Coincidencia desafortunada, por la que, hasta la fecha, lo más selecto de la nobleza inglesa lo miraba con una ceja levantada. Era una especie de hombre maldito con los otros tres caballeros debido al escándalo que desató ese crimen.

—Mi único hermano debió ser padrino de nuestros hijos —replicó con un gesto de agobio Kate, refiriéndose a Blake Basingstoke, el duque de Pemberton, quien era elegante y mesurado; mientras temía que su niño siguiera enfrascado en imitar la bravuconería de Mackay.

—Son solo criaturas… Me tienen a mí y a ti para mostrarles el camino, y claro que si algún día faltáramos los dejaríamos en manos de tu hermano y su duquesa. Pero si ellos no estuvieran y tuviera que ser Mackay quien se ocupara de nuestros hijos, quiero que estés tranquila y

convencida de que quedarán en las mejores manos.

Justo en ese momento, Mackay tomó a la niña en brazos y la elevó por los aires para soltarla en dirección a las nubes y volverla a sujetar, repitiendo la operación. Kate se quedó con un suspiro ahogado en el pecho, se puso de pie, angustiada, para ir a rescatar a su pequeña; pero Alec la sujetó por el brazo, con esa mano fuerte y cálida que le trasmitía tantas buenas sensaciones y aires de tranquilidad.

—Le arruinarás la diversión —la sermoneó con ternura Alec, luego le depositó un beso en la coronilla y aspiró el aroma de los perfumados y largos cabellos de Katherine.

El niño clamó por su turno y Gaven depositó en el suelo a la bella Amanda que empezó a aplaudir. Entonces, alzó al varoncito.

—¡Mackay debe casarse! —exclamó Kate tan alto que el aludido pudo escucharla, y tuvo que soltar al crío para toser, antes de atragantarse por el efecto que le causó el comentario—. Solo así dejará de lanzar los niños ajenos al aire. Su hermana me ha escrito, y tiene la misma preocupación con respecto a la soltería de tu amigo. Necesita herederos. Deberíamos ayudarlo a buscar una buena candidata.

Draymond respondió ante la osada sugerencia de su esposa con dos hilarantes carcajadas, abandonó su asiento junto al de su mujer y se puso de pie cuan largo era. Tragó en seco cuando vio a su amigo dirigirse hacia ellos para averiguar si lo escuchado era sobre su futuro estado conyugal.

—¿Hablaban de dejar a un lado mi apreciada soltería? —los retó Gaven.

—Solo quise decir… Aunque no sé si con tu actual reputación, tras ese escándalo por la muerte de lady Regina, seas considerado un buen partido. Hay mucho trabajo que hacer —reflexionó en voz alta—. También está tu apariencia —arguyó Kate y tras una mirada de aquel se quedó sin palabras.

—¿Qué tiene mi apariencia? —protestó el fornido pelirrojo. Tal vez no se daba cuenta de que era imponente con su sola presencia. Pero, además, si hablaba, su voz gutural terminaba por hacerlo lucir intimidante—. No siento ajenos a mis sobrinos… —replicó Mackay sin nada de cortesía, siempre estaba listo para defenderse.

—Son tus ahijados —rectificó la condesa.

Alexander se colocó las manos en la cintura ante el «altercado» entre su esposa y su mejor amigo. No era la primera vez, pero la mayor parte del tiempo el trato entre ambos era afable. Salvo que Gaven fuera un poco brusco en los juegos con los pequeños o se tomara demasiadas atribuciones en sus enseñanzas y sus obsequios, como cuando le regaló una daga a la tierna Amanda, quien aún estaba aprendiendo a tomar los cubiertos con la mano.

—Para mí son mis sobrinos, ya que Alec es como mi hermano —aclaró Mackay.

—Como… —puntualizó Kate con aires de victoria. Se puso de pie para no sentirse tan intimidada por la altura de Gaven—. Mi hermano se sentiría menospreciado si te diéramos el lugar que le pertenece a Blake.

—También le pertenece a Evan —le recordó Alec a Kate, quien no había decidido inmiscuirse en la discusión entre esos dos, pero ese era un hecho importante para resaltar. Aunque el medio hermano de Draymond no los visitaba con mucha frecuencia, pues se encontraba estudiando en Oxford, tenían una excelente relación y en casa siempre le daban el lugar que le pertenecía.

Ambos refunfuñaron ante la intromisión de Alec.

—Por supuesto, Evan es un tío encantador, que regala objetos sin puntas filosas y… —aclaró Kate— enseña cosas valiosas como las maneras tan educadas que aprendió en Eton.

—Yo también fui a Eton —se quejó con una inflexión en la voz Mackay, sintiéndose infravalorado.

El mayordomo anunció la hora del almuerzo y todos dejaron el tema para acudir al comedor, oportunamente.

Kate entrecerró los ojos, y las habilidades de casamentera, heredadas de su abuela, la duquesa viuda de Pemberton, Augusta Basingstoke, la dominaron de pies a cabeza. Se las iba a arreglar para que el demonio pelirrojo tuviera sus propios vástagos para adiestrar.

Tras el almuerzo, con una sonrisa pícara dejó a los hombres encerrarse en el despacho para hablar de negocios y ella se dirigió a sus habitaciones para encargarse de un asunto muy particular.

Kate revolvió sus antiguas pertenencias, las que llegaron de la casa de su hermano, en donde había transcurrido su vida de soltera. No supo cómo, pero dio con un papel que estaba segura de que aún conservaba, fue el inicio de su relación con su amado esposo.

Aquella lista había jugado un papel importante en su desenlace. La leyó con los ojos cargados de emoción. En el fondo, lo hacía porque estimaba a Mackay y estaba convencida de que el peso de la soledad no era bueno para él, también debía tener su propio final feliz.

Cómo reformar al diablo escocés

Primero: Convencerlo de que un ayuda de cámara es tan importante como respirar.

Segundo: Dejar que el ayuda de cámara le haga un corte de cabello a la moda —y nos libre de tener que seguir presenciando esa horrible melena—, lo afeite y le recomiende cómo vestir. (Lo que lleva al punto número tres).

Tercero: Incinerar su aborrecible guardarropa y encargar uno nuevo, confeccionado a la medida, con todos los atuendos necesarios según las estaciones y las actividades del día. (No olvidar los aditamentos y las pomadas para el cabello).

Cuarto: Convencerlo de viajar a Londres.

Quinto: Enseñarle a bailar.

Sexto: Introducirlo en los eventos de invierno en compañía de un caballero respetable, que le ayude a elevar su estatus.

Kate tachó de inmediato de la lista el punto número cuatro.

~~*Cuarto: Convencerlo de viajar a Londres.*~~

Aunque Gaven odiaba Londres no podía escapar de la ciudad. Primero, porque necesitaba limpiar su reputación cuanto antes. Segundo, porque de sus conexiones en Inglaterra dependían sus negocios. Y tercero, por un nuevo asunto que le estaba dando dolores de cabeza.

Capítulo 1

Riverside Park, Watford, finales de enero de 1821

Visitar la propiedad de Watford siempre era agradable, no le fascinaba la idea de que iba a estar atestada de aristócratas durante los tres días que duraran las actividades, cenas, juegos de mesa y un baile; pero veía el lado amable, los asistentes podrían ser posibles clientes. Sus negocios en Londres lo alejaban cada vez más de su natal Escocia.

Como fue uno de los primeros en llegar ya estaba instalado, así que bajó a saludar a Katherine y Draymond al saber de su arribo. La condesa no perdió la oportunidad de entregarle un extraño obsequio. Gaven Dhoire Mackay leyó su nombre en la tarjeta de presentación que formaba parte de dos docenas finamente empaquetadas. Por supuesto que sabía de sobra de qué se trataba el diminuto papel del que jamás había hecho uso, lo consideraba innecesario.

Observó a Katherine entrecerrar los ojos, sabía que ella tramaba algo, pero aún no lograba dilucidar cuál era su plan para casarlo con lo que ella denominaba «una dama respetable». Entonces él también entrecerró los ojos, cuando a aquella mujercita se le metía algo en la cabeza era difícil hacerla cambiar de opinión.

Lo que él no sabía era que ella estaba tachando mentalmente puntos de su lista:

El cuatro, sobre viajar a Londres, estaba resuelto. Mackay tendría que quedarse durante un tiempo indefinido por mandato real. Para no variar su costumbre, el escocés no dejaba de meterse en problemas cuando estaba en la ciudad.

~~Sexto: Introducirlo en los eventos de invierno en compañía de un caballero respetable, que le ayude a elevar su estatus~~

Aunque Kate dudaba sobre ese punto, decidió ponerle una línea encima. A pesar de que los tres amigos de Mackay en Londres también eran perseguidos por el rumor de la mancha común, provenían de familias respetables, así que tendrían que servir. Además, Kate estaba decidida a que, durante la visita, su hermano, el duque de Pemberton, fuese visto en compañía de Mackay, lo que sería favorable para su reputación. Y el duque aceptó de buen grado.

—¿Usarás las tarjetas? —lo desafió Kate. Draymond no cesaba de mirarlos y se alzó de hombros, dándoles a entender que ellos solos llegaran a un acuerdo—. La temporada está iniciando y será la oportunidad perfecta para que encuentres una esposa, antes de que mueras sin descendencia.

Gaven, con el entrecejo fruncido, tomó unas cuantas y las depositó en el bolsillo interno de su chaqueta verde bosque casi negro, que resaltaba sus imponentes iris azules y su cabellera roja desordenada. Se acarició las mejillas rasposas por la barba de varios días que le daba un matiz salvaje, pero estaba convencido de que aún podía esperar para rasurarse. Odiaba sentir su piel como la de un recién nacido. Para él lo varonil venía acompañado de rudeza.

Ella clamó por el ayuda de cámara, pero sabía que debía ser sutil y no presionar. Así que lo dejó a solas con su esposo. Ya se había ocupado de ese punto de la lista y en breve quedaría resuelto.

***

Con un movimiento de cabeza, Mackay se llenó de ánimos para enfrentar aquella noche. Primero la cena, después las charlas, la música y los juegos de mesa. Muchos invitados y quizás la

posibilidad de encontrar al culpable. Tenía que mezclarse y continuar con sus indagaciones. Sin embargo, había otro asunto inquietándole bastante, uno que involucraba la voluntad del rey. Debía de una vez arreglar todo lo que se estaba saliendo de control en su vida. Definitivamente, la insistencia de Kate de encontrarle una esposa era la menor de sus inquietudes.

Bajó los incontables escalones y se refugió en el estudio de Watford. El anfitrión ya estaba ahí.

—Puntual, excelente, llegaste cinco minutos antes. Esperemos que los demás no tarden —le dijo Gideon Albert Graham, conde de Watford. Gaven estaba contento por su amigo, ya tenía un heredero para su condado. Aunque el niño nació un mes antes de lo esperado, gozaba de buena salud—. Esta noche todo debe salir a la perfección.

—Conozco al dedillo las reglas de etiqueta —se mofó con su habitual tono mordaz—. Más si las necesitamos para encontrar al asesino de lady Regina. No tendrás quejas de mi actuación.

—Aunque a veces decides saltártelas voluntariamente —ironizó Watford—. Sobre todo cuando no son útiles para tus negocios.

—Digamos que las reservo para ciertas esferas y acontecimientos.

Y era cierto. Gaven había terminado a regañadientes sus estudios en Eton. Su padre fue severo en su educación. Y, aunque él, detestó esa etapa de su vida, confinado en un sitio, en el pupitre, lejos de la libertad que le confería la naturaleza... Debía a sus años escolares su habilidad para los negocios, en los que era más sagaz que un halcón.

Tras terminar sus estudios, en cuanto pudo librarse de las ataduras de las ropas estiradas que debió vestir durante su adolescencia, se dedicó al trabajo con animales en sus dominios en las Highlands. Sobre todo ovejas, lo que la Corona casi exigía de los escoceses. Sus tierras estaban ubicadas en la parte más agreste, próximas a las islas Orks al otro lado del mar, colindantes con las propiedades de los duques de Sutherland, sus enemigos acérrimos durante generaciones.

Aquellos años de lecciones interminables le dejaron algo útil. Sabía dónde podía encontrar la información de ser requerida, y aunque no se consideraba un hombre culto, era instruido y eso tendría que bastar.

Sus arcas estaban bien abastecidas, había acrecentado el groso de la fortuna familiar. Así que, la guía de su padre no fue desacertada. Lo estudiado, la herencia y los consejos que le trasmitió su progenitor sobre cómo los Mackay lograron amasar su fortuna, fortaleció su destreza en los negocios.

Sabía que por muchas cabezas de ganado que tuviera, nunca sería suficiente. No quería dedicarse a criar ovejas toda su vida, algo impuesto por la Corona, que su familia tuvo que continuar. Fue así como su visión, unida a la necesidad y a la contingencia, lo llevaron a criar caballos de carrera que eran muy cotizados dentro y fuera del reino.

Inició el negocio con una raza creada al azar, caballos de pelaje negro, de aspecto temible y temperamentos volubles. Potros difíciles de domar; pero que una vez que conectaban con su jinete, no frenaban hasta obtener la victoria. Después compró sementales de renombre y se aventuró a la crianza de purasangres.

Comenzó la cría en Escocia, después disfrutó de la hospitalidad de Watford, quien le prestó unos terrenos para sus caballos en Riverside Park, adonde llevaba los potros ya entrenados. Con el tiempo supo que no tenía escapatoria, las conexiones que Londres le ofrecía eran necesarias para su negocio, y debía continuar mezclándose con esa gente, eran ellos quienes pagaban sumas exorbitantes por sus corceles.

Al final necesitó expandirse y ya no pudo escapar de Inglaterra. Así que invirtió en tierras.

Construyó cuadras y pistas de entrenamiento cerca de Londres.

Sus caballos eran tan populares que no solo eran demandados para las carreras. Todo noble que se considerara importante añoraba tener un animal que hubiera sido criado en los establos de Mackay. Eran requeridos para practicar equitación, para llevar con elegancia a caballeros a sus compromisos diarios, para los paseos por Hyde Park de las señoritas casaderas o para hacer un regalo que causara una gran impresión.

Los corceles de Mackay destacaban en resistencia, velocidad y corazón. Potros de sangre caliente, dotados de cuerpos musculosos y patas largas y ágiles.

No era la primera vez que estaba en la casa de campo del conde de Watford. Era una propiedad próspera y extensa, a la que le gustaba ser invitado. Tenía unos establos con muy buenos ejemplares —muchos provenientes de la crianza Mackay—, y pastos verdes por los que podía cabalgar a gusto con Kelpie, su caballo. Era un corcel negro de imponente aspecto que trajo consigo tras su última visita a Escocia. Fue un regalo para el hijo de Draymond. Sin embargo, su difícil temperamento hizo que el potro fuese devuelto. No era apto para un niño, tampoco para un hombre débil.

Así que, aprovechaba para seguir entrenándolo en aquel territorio, donde el brezo crecía alrededor del camino y les hacía a él y a la montura, sentirse en casa. Además, los habitantes de la imponente mansión lo recibían con afecto. Los condes, Gideon y Céline, habían conformado una hermosa familia. Por eso jamás rechazaba una invitación.

No todo era seriedad en aquellos períodos en los dominios de los Watford rodeados de aristócratas, disfrutaba de charlas amenas con aquellos a los que ya consideraba estupendos amigos: Watford, Wild y Warwick, con quienes había establecido una alianza muy interesante.

La acción malintencionada de alguien, cuya identidad aún era una incógnita, los citó a los cuatro en el lugar de los hechos de ese crimen horrendo. Y desde ese momento, en que encontraron el cuerpo sin vida de lady Regina, sus caminos volvieron a converger varias veces.

Ese evento los marcó, terminaron siendo señalados como especies de maldecidos andantes. Y el tiempo en que coincidieron les sirvió para conocerse a fondo. Sobre todo, porque cuando apostaban, preferían pagar con secretos. Comenzó como un juego, pero terminaron revelando intimidades, que de otro modo hubieran permanecido ocultas para el resto de los mortales.

Establecieron un pacto, una alianza que consistía en defenderse en los negocios como fieras, brindarse siempre la mano contra los especímenes de la selva londinense que eran despiadados.

Conversaban durante horas y llegaron a interesarse genuinamente por la situación del otro. *El Club de los caballeros malditos* fue como se denominaron una noche que el *whisky* fluyó hasta que las botellas quedaron vacías.

Mackay y Watford miraron sus relojes impacientes por la demora de sus amigos. Casi a punto de mandarlos a buscar vieron entrar a John Anthony Hope, marqués de Wild por título de cortesía, impecablemente vestido.

—Con la casa atestada de invitados, mi ayuda de cámara fue menos ágil de lo acostumbrado —se disculpó el marqués.

Detrás de él apareció Adrian Collins, conde de Warwick, con la misma queja.

—El ayuda de cámara tuvo dificultades para conseguir el agua caliente.

—Por eso prescindo de uno —puntualizó Gaven—. No tuve esos inconvenientes, tampoco me molesta el agua fría, así esté nevando.

Wild y Warwick miraron al escocés convencidos de que no exageraba, lo conocían bien. Pero ellos no estaban dispuestos a tal sacrificio.

—Siento las molestias, la propiedad está lidiando con un hospedaje superior a su capacidad —explicó Watford—. Todo sea por la investigación. Tampoco me hace feliz reunir a toda esta gente en mi casa.

—No creí que tantos iban a aceptar la invitación —comentó Wild.

—También me sorprende —agregó Warwick—. ¿Y Cobbins? —preguntó por la persona que se reuniría con ellos esa noche.

—Por eso los hice llamar, llegó un mensaje esta tarde —manifestó Watford—. Cobbins sigue enfrascado en nuestro encargo, pero me he asegurado de que mañana estará aquí sin falta. Así que, hoy todo dependerá de nosotros. Diseminémonos, hablemos con cuantos más podamos, toda información recabada será de utilidad. Y sobre todo, hagámoslos sentir en confianza, la bebida no dejará de fluir, quizás alguien hable de más.

—Mackay, he escuchado rumores entre los invitados de que te establecerás en Londres —masculló Wild—. ¿Por qué no nos habías dicho? Creí que siendo tus amigos nos enteraríamos antes de que lo supieran los demás. ¿Es por ese asunto?

—No he tomado una decisión. A la gente le encanta especular —contestó. Las reuniones sociales y el azar no solo le habían obsequiado tres grandes amigos, sino que trajo a su vida otro problema del que no sabía cómo zafarse: uno en el que estaba involucrada una dama muy importante.

Al principio, fue interesante y picante la aventura con la antes mencionada, más para un hombre soltero que no había conocido el amor. Su dedicación férrea a la prosperidad de su patrimonio lo alejó de las damas casaderas y de la posibilidad de compromiso. Prefería los acuerdos sin ataduras con alguna mujer de tiempo en tiempo, donde los deseos de ambos fueran satisfechos y se trataran con respeto. Pero cuando el cariz del asunto se trasmutó en cierta obsesión de parte de la dama de muy alta jerarquía decidió poner un límite.

—Tal vez encontrar esposa pueda ser una escapatoria de ese problema que te tiene tan ofuscado. La temporada está rebosante de damas solteras —ofreció una solución Watford y después dio un largo trago a su brandy.

—*Och nae* —expresó Mackay para negar en su lengua materna contrariado. Tragó en seco con la copa casi llena del líquido ámbar en la mano—. En Londres, no. Está bien para cerrar tratos que llenen mis arcas o divertirme, pero no para vivir. Menos me casaré con una inglesa. Sin ánimos de ofenderlos, caballeros. Se te ha ocurrido una idea muy descabellada, Watford. Lo que propones es… hasta cierto punto hilarante. Mírame bien, no soy hombre de ciudad.

—¿Te atreverás a desairar al rey? —susurró Wild casi inaudible—. No sé si tengas alternativas para elegir. Lo que dispone Su Majestad no es precisamente una invitación, es una orden.

—Eso es algo que me traería problemas, ¿verdad? —reflexionó en voz alta, sin saber qué decisión tomar.

—La más inteligente, amigo mío —le señaló Warwick.

—Mejor cambiemos de tema —propuso Mackay, odiaba hablar sobre sus conflictos y preocupaciones. Prefería escuchar a los otros y tragarse sus angustias, enterrarlas en un pozo sin fondo y encarar la vida con mucha hosquedad.

Aquellos sabían que no lo harían cambiar de opinión, accedieron a dar un giro a la charla; pero más adelante lo harían entrar en razón por su propio bien.

Tras conversar un rato con Watford sobre su felicidad en el matrimonio, aunado a otro tanto con Warwick sobre su recién terminado compromiso, lo que le causaba pesar, así como con Wild acerca de la decepción amorosa que sufrió en el pasado, se convenció de que, estaba mejor

soltero.

Terminaron por tomar acuerdos sobre cómo operarían esa noche, iban a dispersarse, conversar con los invitados y escarbar. Abandonaron el estudio, y antes de separarse de sus amigos, vio detrás de una columna que alguien le hacía unas señas muy discretas. Escuchó la sonora y exquisita carcajada de la duquesa de Brandon. Era muy atrevido en lo que andaba, esa dama era casada, pero Gaven no le temía al riesgo, él era el verdadero peligro.

—Ahora me despido, caballeros, tengo asuntos urgentes de los que ocuparme. —Carraspeó y trató de disimular para que sus amigos no descubrieran la identidad de su amante.

—Espero que tus asuntos urgentes tengan que ver con una viuda y no con la esposa de alguien más —se mofó Wild—. Al menos hasta que se calmen las aguas.

—Es ella —confesó y los tres lo miraron suspicaces al saber que se refería a la mujer con quien sostenía un acuerdo muy inconveniente—. Tenemos que conversar, no hemos podido cruzar palabra desde que… —Los tres caballeros conocían lo ocurrido, Gaven solo se reservó el nombre de su amante.

—Ya estás muy crecido para decirte que esa es precisamente la dirección de la que Su Majestad quiere que te alejes —atajó Watford—. Infiernos, Mackay, te estás apartando del plan: dispersarse, investigar…

—Solo me llevará un momento y volveré para ocuparme de lo que me corresponde.

Mackay dejó la copa que tenía en la mano sobre una bandeja de plata, que portaba un lacayo, y abandonó el círculo de sus amigos. Se acomodó el chaleco y pisó las rojas alfombras persas con seguridad. Bordeó el salón como un león tras su presa, cegado por las risitas que aún retumbaban en su cabeza y salió hacia el invernadero sin que nadie reparara en él. Durante el almuerzo, la ladina mujer le había dicho que se encontrarían entrada la noche en ese sitio.

Había sostenido un tórrido romance con la duquesa desde tiempo atrás. No era el amor lo que lo movía, pero el esposo de la susodicha hacía mucho tiempo que no la invitaba a calentar su cama, prefería calmar sus calores con una de sus queridas. Y, la duquesa, que era mujer de armas tomar, lejos de hacer un escándalo, lo que no correspondía a una dama de su clase, decidió pagarle con la misma moneda. Después de todo estaba en sus cuarenta y dos, había tenido a su primogénito a los diecisiete y era una mujer de hermosa figura, rostro elegante, mirada pícara y altiva, que podía enloquecer a cualquier hombre. Parecía que había hecho un pacto diabólico y que se había congelado a los treinta y pocos, la edad que aparentaba. Su cara y su silueta eran de las más envidiadas de toda Inglaterra, y sus dotes de amante eran más que satisfactorios para Gaven.

Mackay de treinta y dos recién cumplidos, no cayó redondo a sus pies, pero la sonrisa coqueta que le dedicó la duquesa fue suficiente para seducirlo. Él también necesitaba una amante sin compromisos que no le exigiera matrimonio. Prefería tener que librarse de un esposo cornudo que de una matrona resuelta a desposar a su hija con un sujeto como él, con título y fortuna.

Capítulo 2

Lady Lily Ann Brownlow jamás se sentía suficiente, aunque su esencia era alegre y su espíritu lozano, siempre había algo que borraba su sonrisa y la hacía dudar, como si su vida y sus intentos por ser mejor fueran frustrados por un ente poderoso. Sus temporadas se habían agotado, se le habían escurrido entre las manos.

Le faltó más habilidad para tocar el arpa, su instrumento favorito y se desafinó en el concierto de los Huntingdon. Por si fuera poco, también desentonó en el coro de la gala anual de recaudación de fondos de la señora Marshall. Y, para colmo de males, le pisó el pie, con todo el peso de su cuerpo, al hijo de los distinguidos duques de Brandon, justo en un baile donde se esperaba que ella brillara delante de sus excelencias. Pues el joven caballero se mostró interesado en Lily. Sin embargo, tras quedar el primogénito con el dedo hinchado por una semana, los padres del pretendiente no dieron su aprobación.

Ese hecho se extendió tan rápido como el fuego sobre la paja seca y, la siguiente temporada, no levantó cabeza, o al menos no para encandilar a un pretendiente que también fuera de su agrado o el de su exigente madre.

Tampoco quedó descorazonada, el hijo de los duques, Henry, era un joven de buen ver, pero le pareció demasiado inconstante. Con la misma velocidad con que le sorprendió que pusiera sus ojos —o más bien sus intenciones— en ella, le desencantó que ante la negativa de sus padres no se impusiera y luchara. Sus intereses ya se habían movido en otra dirección. Más bien, parecía que había utilizado a Lily para distraer a sus progenitores. Sus planes estaban lejos del matrimonio.

La duquesa, por su parte, se ensañó en contra de la joven hija de los marqueses. Se ilusionó al ver que, por fin, Henry se interesaba en una debutante, que reunía todos los requisitos para ser su sucesora. Pero la falta de gracia de la muchacha en el baile, la música y el canto, la hizo desestimarla. Sin embargo, Henry regresó a sus andadas y no volvió a hablar de planes de boda.

Lily no podía entender a la duquesa de Brandon. ¿Acaso era tan difícil de perdonar que hubiera equivocado los pasos de la contradanza? Estaba tan nerviosa con los ojos de sus excelencias clavados en ella.

Pero en casa, tampoco fueron clementes, tras su desastroso debut. Tuvo que escuchar los reproches de su madre por tres semanas, más de las que le duró el dolor a Henry en el dedo del pie derecho.

El joven jamás volvió a pedirle que lo anotara para una pieza en su carné; y si cruzaron, en lo adelante, un escueto saludo, él se limitó a rehuirle. Así que ella no insistió cuando la distancia se acrecentó entre los dos.

Las siguientes temporadas fueron infructuosas. La duquesa de Brandon se ensañó con ella de un modo incomprensible, esparciendo susurros sobre su incompetencia, cerrándole ciertas puertas con su fuerte influencia sobre las damas de más alto estatus en la sociedad. Su motivo: le adjudicaba la soltería de Henry. Él no volvió a interesarse realmente en otra dama soltera.

La marquesa de Seymour estaba muy decepcionada por el fracaso de Lily y no podía disimular que se sentía humillada por tenerla como hija. A Lily no le sorprendía, siempre había sido muy difícil contentar a su madre.

Tras la muerte de su padre, su único hermano varón tomó posesión del título de marqués y ella se conformó con cuidar a sus hermanas menores. Supervisaba la educación que les proporcionaba la institutriz entrada en años, que era amable con ella, pero cuya vista ya le fallaba al punto de que a veces confundía las lecciones.

Como la señorita Hayes, que ya tenía casi cincuenta años, pero que había dejado de cumplir a los treinta y nueve —y preguntar la edad a una dama no era considerado—, tenía problemas de visión, Lily trataba de estar presente para ser su Lazarillo. La madre, la marquesa viuda de Seymour, Amber Brownlow, la habría despedido en el acto de descubrirlo.

Lily no podía permitirlo, ni por la propia señorita Hayes que era dulce, maternal y un remanso de paz en su vida, ni por sus hermanas. La institutriz había permitido que Lily tuviera un alivio a su lado, tan presionada por las exigencias de sus padres, y deseaba que sus hermanitas también tuvieran la guía de la buena mujer, además de la propia.

Con veinticuatro años, la vida social de Lily fue quedando en un segundo plano, casi no recibía invitaciones a conciertos, veladas, cenas de galas o bailes; pero era diferente con los condes de Watford. Ellos no eran tan implacables como el resto de la aristocracia inglesa, siempre la incluían en sus invitaciones. Y, aunque, en los eventos Lily no destacaba, pues prefería quedarse tras bambalinas, se había ocupado de que su hermana Susannah, quien había debutado ese año, brillara en todo su esplendor.

Pero esa noche, en la velada en la casa de campo de los condes de Watford, donde se estaba hospedando, lucía particularmente esplendorosa. Su doncella se había esmerado para que su recogido, coronado con una tiara de oro, fuera fastuoso. También llevaba un vestido nuevo, en eso su madre no escatimaba, le gustaba mostrar la opulencia de la familia vistiendo a sus hijas con las mejores galas del *atelier* de madame Dumont ubicado en Bond Street. La marquesa acudía puntualmente a elegir los atuendos que sus hijas lucirían en los eventos de primavera, verano o invierno.

El vestido era de un rosa grisáceo muy pálido, con unos detalles en cristalería que simulaban pequeños diamantes rosados. Lily parecía una princesa, pero ella no lo percibía así. Era como si el vacío enorme en su pecho le hiciera sentir que nunca era suficiente. El fiasco del pisotón, los reproches de su madre por perder a semejante partido y la mirada de decepción de la duquesa de Brandon —que brevemente la consideró una rosa inglesa intachable y posible candidata para su hijo—la empequeñecían.

—Quedó usted hermosa, milady —le había dicho la doncella, antes de que bajara al gran salón.

—Se lo agradezco —le correspondió por cortesía, pero sabía que no era tan bonita.

Su madre le hizo sentir cada día de su existencia que no era suficiente. La marquesa tenía la costumbre de mirar a Lily con semblante crítico durante segundos que eran muy incómodos, para luego rematarla con un tiro de gracia: comentarios poco afortunados como «ese vestido no te luce bien», «tus orejas son tan grandes como las de tu padre», «no me heredaste la cara ovalada o serías más bonita», «enderézate, intenta caminar más estilizada». Entre tantos otros que se iban al mismo cajón en su memoria. Uno que la hacían sentir pequeña y empobrecida.

Y su padre, la sentenció con una mirada de reproche cuando perdió a Henry, quien sería un duque algún día.

«Brevemente, pensé que algún día serías la duquesa de Brandon, pero es evidente que es incompatible contigo, querida. Debes bajar tus expectativas, lo que me rompería el corazón, o esforzarte más». Fue lo último que le había dicho su padre, poco tiempo después murió y Lily sintió una terrible decepción.

Sus siguientes temporadas las pasó sentada con las demás desafortunadas, recibiendo pocas invitaciones o poniendo excusas para no asistir —cuando la invitaban—, porque las miradas de desdén eran bastante humillantes. Cuando sus temporadas se extinguieron se sintió aliviada.

Sin embargo, cuando Susannah debutó y le rogó que la acompañara a los eventos, no pudo

negarse al contemplar su rostro temeroso. Tuvo que decirle que con ella sería diferente, que no tenía que esperar lo peor. Y por fortuna, su hermana, era todo lo que su madre soñó.

No quería lamentarse, respiró profundo y trató de encajar en aquel fastuoso evento que Céline, la condesa de Watford, había preparado para deleitar a sus conocidos.

Se lo debía a la hermana que le seguía, Susannah arribó con muchas esperanzas de disfrutar la velada.

Así que mientras celebraba con una sonrisa tímida que su hermana hubiera tenido mejor suerte en su año de presentación, ella se escurrió entre las cortinas espesas de seda color oro viejo, hacia la terraza.

Pero afuera hacía mucho frío.

La frialdad la llevó a buscar refugio, tenía algo atorado en la garganta, un desasosiego que nunca cesaba, y la piel se había estremecido por la brisa nocturna, lo que le provocó ganas de llorar.

Sabía que era afortunada de tener una familia, pero su padre había estado siempre ausente, inmerso en sus ocupaciones, y su madre también. Cómo hubiera deseado un cálido abrazo de cualquiera de los dos. Sus hermanos eran bondadosos, pero igual carentes, tampoco sabían cómo dar un afecto que no conocieron. La que más lo resintió fue Susannah, porque recibió duras reprimendas cuando niña, a diferencia de Lily, que se callaba y guardaba todo, ella no sabía mantener la compostura y contestaba, en vez de aguardar sumisa.

Y Julian, el único hombre de la familia, cambió para mal al recibir la responsabilidad del marquesado en sus manos. Se volvió frío, calculador. La obligación de casar bien a sus hermanas la recibió como un suplicio, más por tener la voz de su madre martillándole en el cerebro constantemente para que le encontrara esposos a cada una.

Lily no quería culpar a sus padres, menos a su mamá, quien se ocupaba de que nada les faltara; pero en momentos como ese, pensaba que no era suficiente con comida, techo, lujos… Se necesitaba algo que calentara y avivara la llama de su corazón.

Desde la terraza divisó el invernadero y le apeteció estar cerca de las flores, sus favoritas eran las peonías, y aunque estas no florecían hasta mayo, el jardinero de los Watford era un genio. Tal vez la magia de sus manos poderosas habría logrado que una tierna peonía, hubiera florecido en esa época del año.

Una mano detuvo su avance, quedó petrificada al ver de quién se trataba:

—¡Lily Ann Brownlow! ¿Qué se supone que haces?

—¡Mamá! —dijo espantada—. Madre —se corrigió, sabía que a la marquesa le molestaban los apelativos cariñosos, o cualquier tono meloso en la voz, menos podía tutearla, no estaba permitido—. Iba al invernadero a ver si por casualidad tenían florecida alguna…

Ni siquiera se permitió terminar la frase. En su cabeza desfiló la serie de reprimendas que su madre le iba a recitar a continuación. Y, aunque Lily ya conocía el repertorio, Amber no se contuvo.

—Es de noche, alguien podría aprovecharse de ti si te encontrara sola en el invernadero. ¿Cómo se te ocurre ir sin chaperona?

—Usted ya no es mi carabina, ahora lo es de Susannah. Yo ya he perdido la esperanza de casarme.

—Pues yo no, una hija mía jamás se quedará solterona. Me culparían a mí de tu fracaso. —Amber era especialista en girar el tema de una discusión o una charla hacia su persona, sin importar quienes eran sus interlocutores—. No pierdo la fe de que hagas un buen matrimonio. Tu lugar es en la fiesta. Es cierto que tus cinco temporadas de rigor pasaron, pero aún hay buenos

hombres disponibles. No debí permitir que debutaras a los diecisiete, no estabas lista. Necesitabas uno o dos años más.

—Madre, no es necesario que busque culpables.

—Cuando te miran, no creas que ven a una joven incapaz de atrapar a un marido… Ven el mayor fracaso de mi vida. Por eso, ¡jamás! ¡jamás! me daré por vencida —añadió como si de la peor batalla de la historia se tratara, pero incapaz de darse cuenta del peso de sus palabras.

El aire en los pulmones de Lily se apelmazó. Amber le había dicho muchas frases hirientes, pero jamás algo tan profundo. Ni siquiera podía refugiarse en el recuerdo de su padre, porque este fue peor, rígido, autoritario y punitivo; tanto con la marquesa como con los hijos del matrimonio.

Lily se sintió desahuciada, de pronto entendió que el vacío que la iba consumiendo por dentro, el que la hacía que la seguridad en su persona brillara por su ausencia se debía a la falta de sensibilidad, empatía y amor por parte de sus padres. Él, había sido apático y malhumorado, infeliz con su vida y con una furia retenida que desquitó con su familia. Jamás hubo palabras amables de su padre para ellos. Amber, era alguien centrada en su grandiosidad, sin espacio en su mente para nada más que sus propias emociones, necesidades y anhelos.

Lily comenzó a dar pasos lejos de su progenitora, necesitaba alejarse de ella desesperadamente.

—¿Adónde crees que vas Lily Ann Brownlow? ¡Regresa inmediatamente! Me vas a causar un soponcio y serás responsable de la muerte de tu madre.

—Déjeme en paz —murmuró sin fuerzas, pero sin dejar de retroceder, segura de que lo único que quería en ese momento era librarse de los barrotes de hierro con que la habían tenido enclaustrada toda su existencia.

Capítulo 3

Cuando Mackay arribó al invernadero, la duquesa de Brandon lo estaba esperando, era especialista en manejar a su esposo para que no la acompañara a ese tipo de acontecimientos. El duque era una persona muy ocupada, aunque la dama ya sabía a qué se dedicaba en realidad cuando le respondía con excusas, de lo que ella también se beneficiaba. Brandon ya estaba entrado en años, y Mackay era como un semental en el mejor momento de su vida.

Cuando estuvieron frente a frente ella lo abrasó con los ojos, hambrienta. Por ciertos eventos acaecidos, tuvieron que renunciar a seguir con sus encuentros candentes. Deseaba devorarlo con ansias, los recuerdos de cómo el escocés la hizo suya no la dejaban dormir, despertaba a medianoche, sofocada.

Las manos fuertes del hombre tocaron la cintura de la mujer y ella sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. Mackay sabía que había ciertas licencias que no continuarían siendo permitidas, incluso si, gracias a ese desliz una buena obra hubiese acontecido. Pero desde la última vez que estuvo con la duquesa no había tenido mujer y su entrepierna ardía. Su conciencia le decía que debía alejarse de esa dama de una vez por todas, solo le traería problemas… Más de los que ya tenía; pero lleno de urgencia por encontrar alivio, no era el mejor momento para hacer caso a la sensatez.

La duquesa lo miró intrigada, Mackay solía ser más rápido, más dispuesto y lo veía dubitativo.

—¿No te estarás arrepintiendo? —susurró ella, era casi una súplica. Estaba a punto de subirse por las paredes como poseída por el mismo demonio, quemándose viva por dentro por las ansias de ser tomada por ese semental.

Un sollozo los previno y ambos guardaron silencio, luego un quejido, hasta que alguien se rompió como una represa que llevaba mucho tiempo contenida. Escucharon llorar a una joven mujer. El lamento era desgarrador. Mackay se quedó atento, con todos los músculos tensos, nunca un llanto le había provocado ese efecto.

Desconocían de quién se trataba, pero si sabían lo que les convenía, debían abortar el encuentro cuanto antes.

—Debemos averiguar qué está ocurriendo —murmuró Gaven rascándose la cabeza.

—¿No estarás hablando en serio? Quien quiera que sea ya tiene bastantes problemas como para agregarle otro, no creo que nos quiera ver aquí y quedar en vergüenza —susurraba la duquesa, pero no podía disimular que estaba exasperada por la interrupción.

—Si nos descubre sería un escándalo y ambos correríamos peor suerte que «quien quiera que sea». Puedo ocuparme de ayudarla, tú deberías ponerte a resguardo lejos de la posibilidad de ser descubierta por otros invitados.

—Podríamos cambiar de sitio, ¿la biblioteca, tal vez? —inquirió desesperada.

—Es muy arriesgado.

—Siempre te han gustado los riesgos.

—Creo que ya hemos tenido demasiado. —Seguían susurrando—. Esto es un aviso de un mal presagio. Esta noche no sucederá lo que tienes en esa cabecita, Chastity. —La llamó por su nombre de pila, uno que siempre le provocaba contrariedad mencionar, de casta la duquesa no tenía nada.

—Eres un bruto, patán supersticioso. Solo es una dama llorando por sus propios inconvenientes, tal vez la abandonó su amante. ¿O por qué aprovecha la complicidad de la noche para refugiarse aquí? —continuó Chastity intransigente. No podía renunciar a ser colocada sobre

las brasas humeantes del escocés esa misma noche.

Lo miró a los ojos, con una mirada que Gaven había empezado a detestar. Ella lo observaba como si le perteneciera, como si un poder le hubiera sido otorgado a la duquesa sobre su persona. Era una mujer acostumbrada a ganar, a que bajaran la cabeza ante su excelencia, a que la obedecieran sin rechistar.

Gaven la tomó por la barbilla, la acercó a su rostro y murmuró jocoso, pero lleno de ironía:

—Tus intentos de ofensa solo me causan risa, me han dicho cosas peores —murmuró en su oído, ella se estremeció de deseo todavía más.

—No me provoques, maldito hombre del demonio —masculló llena de ira—. Si he dicho que vienes a mí, tú vendrás.

Gaven presionó aún más los dedos sobre la barbilla de la duquesa, pero sin ocasionarle daño. Inspiró hondo.

—Vuelve sobre tus pasos, mujer, no agotes mi paciencia. No eres consciente de tus palabras y lo que pretendes. No permitiré que arruines nuestras vidas.

La apartó, decidido a no satisfacerla.

—Esta noche, te las arreglarás para introducirte en mi habitación como lo has hecho otras veces o me harás recorrer la distancia que nos separa —ordenó, aún casi inaudible.

—No olvides que no hay pactos entre nosotros, solo se trata de placer. Si me apetece, visitaré tu habitación esta u otras noches, pero no cuando me trates como a uno de tus lacayos. Te aconsejo dormir temprano o buscar los favores de otro amante. Ahora márchate. Yo me ocuparé de la joven.

—Te odio —murmuró con los dientes apretados, tratando de importunarlo, pero él solo le mostró su amplia espalda y caminó para investigar de donde provenía el llanto.

Ella se escurrió como una sombra llena de indignación, pero antes de abandonar el invernadero lo vio a él de pie, cuan largo era, descender una rodilla al suelo y levantar el rostro empapado de lady Lily Ann. «Esa señorita insignificante», pensó Chastity indignada porque, precisamente aquella, se interpusiese ante sus deseos.

La rabia la carcomió por dentro. Vio a la muchacha reaccionar sorprendida por la intromisión del conde de Mackay, con quien seguramente no había sido presentada. Escuchó al hombre susurrarle palabras en gaélico escocés para calmarla, y los celos echaron raíces en la duquesa, después sintió las ramas del odio esparcirse por toda su anatomía como una hiedra venenosa. Él jamás había utilizado ese lenguaje, ni ese tono con ella. Nunca le habló en su lengua ancestral.

Capítulo 4

Lily se limpió las lágrimas y se abrazó a su propio cuerpo, sin dejar de mirar los cortos rizos rojos del hombre, que caían enmarcando su rostro, salpicado por los tenues rayos de los astros nocturnos. Una escasa sombra de vello rubio cubría su mandíbula cuadrada y varonil. Su mirada afilada se le clavaba llena de curiosidad. Era tan intimidante como hermoso.

—*Dinnae ye greet, wee* —le susurró en escocés, la lengua de su madre. Mackay solía mezclar el *scots* de las Lowlands de donde provenía su progenitora con el gaélico escocés de su padre. Ante la cara interrogante de la muchacha, él explicó—: No llores, pequeña.

Ella tembló ante el tono familiar, la falta de cortesía y la figura imponente de ese grandullón escocés. Tuvo miedo de que los temores de su madre se cumplieran. ¿Cómo se pudo exponer de tal forma en la oscuridad de la noche? Definitivamente, tenía que controlar sus impulsos, los responsables de hallarse en esa arriesgada situación.

—No se acerque —lo previno, trémula.

—No temas, *lassie*, —agregó una dulce palabra que significaba «muchachita»—. No te haré daño —le susurró él, pero seguía luciendo tenso.

Sobresaltada se echó hacia atrás. El mastodonte era imponente, y le hablaba en una mezcla de inglés con fuerte acento escocés y su lengua natal, pero podía entender sus intenciones. Debió salir huyendo en cuanto se le acercó ese extraño, pero su instinto fue desafiante por primera vez, le aseguró que quedarse y luchar era la única oportunidad que tenía en contra del atacante.

Él carraspeó y después ella habló:

—¿Qué quiere de mí? Sé defenderme. Mi hermano me enseñó cómo dejar a un hombre fuera de combate con un solo movimiento. —No mentía, pero en realidad las técnicas que le enseñó Julian no servirían contra aquella roca sólida.

Él no pudo evitar sonreír, a pesar de que al principio se acercó movido por la curiosidad, y después lo asaltó la piedad por esa criatura que lloraba desconsoladamente, escucharla tan valiente, creyendo que tendría alguna oportunidad contra él, lo divirtió.

La sonrisa de Mackay hizo que su rostro dejara de verse tan feroz, y aquello hizo dudar a Lily.

—Tal vez mi cara sea de pocos amigos, pero no voy a tocarte. No lo parezco, ni me jacto de ello, pero soy un caballero. Solo te oí llorar, mientras me ocupaba de otro asunto y quise ser… solidario. Respiró muy hondo, y tras exhalar dijo con la mayor sinceridad—: No voy a lastimarte.

Entonces, ella dejó su recelo. Algo en el tono de su voz, en su mirada, la hizo cambiar de opinión sobre el hombre. Además, era invitado de los Watford, no recibirían a un canalla bajo su techo. Eran personas decentes, que solo se rodeaban de otros con similares cualidades a las suyas. El llanto volvió a invadirla, y su pena de nuevo ensombreció su semblante.

—Lo sé —musitó entre lagrimones que parecían no tener fin.

—¿Lo sabes? —preguntó. De pronto, se sintió herido en su ego por el cambio abrupto, prefería infundir terror que confianza—. Puedo causar mucho daño a mis enemigos, muchacha.

—También lo sé —contestó convencida. Su apariencia, sus rudas manos lo confirmaban. Él se veía imparable, desafiante, peligroso; pero la calidez en su voz al dirigirse a ella y la forma en que la miraba le hizo sentir que había llegado a un lugar seguro, uno que jamás había conocido.

—¿Qué haces aquí sola?

—Quería ver si las peonías habían florecido —respondió entre sollozos, quejidos e hipos.

—¡Oh, pequeña, suelen florecer en mayo! Creo que tendrás que esperar. ¿Cómo te llamas? No hemos sido presentados formalmente.

Ella notó que él la tuteaba y no le molestó, pero no se atrevió a imitarlo.

—Prefiero no revelárselo, caballero. ¿Podría olvidar que me ha encontrado aquí en estas circunstancias?

Gaven se quedó pensativo por unos segundos, se acomodó el desordenado cabello y la estudió con cuidado. Ella parecía un hada o la reina de las hadas, una criatura mágica escapada del bosque.

—No me pidas eso, jamás podría olvidar haberte conocido; pero si es necesario para tu tranquilidad, será mi secreto, no lo revelaré ante nadie.

—Se lo suplico encarecidamente o será mi ruina.

—Prometido, te doy mi palabra de honor. Tu reputación está a salvo conmigo, *lass*. Ahora dime, ¿por qué lloras? ¿Cómo puedo ayudarte?

Gaven le extendió la mano y Lily la tomó. Ambos se pusieron de pie. Ella abandonó el banco de mármol y él dejó de afincar la rodilla sobre el suelo.

—Nadie puede ayudarme, es solo… la vida.

El conde arrugó el entrecejo.

—Me ofende tu comentario. Sí que puedo hacer algo para aliviar tu congoja. Es más, lo considero desde ahora mi deber. ¿Quién ha osado lastimarte? Lo mandaría a la tumba sin dudar.

—Por favor, no mate a mi madre y mi hermano —pidió horrorizada, apretándole la mano que aún la sostenía—. Son un poco exigentes conmigo, pero supongo que lo hacen por mi bien. Y en cuanto a mi padre, ya Dios se le adelantó, milord, ya se encuentra en el cielo.

Gaven tragó en seco comprendiendo, él también había tenido a un padre muy duro. Pero, al menos, su madre había sido bondadosa con él: su remanso de paz.

—¿Cómo te llamas, pequeña? Haré lo posible por remediar tu situación… sin degollar a cada miembro de tu familia. Aunque podría hacerlo con cada uno de los que te han hecho llorar.

Lily se llevó la mano a la boca, convencida de que ese caballero errante no era como el de las novelas que había leído, y le convenía mantener su nombre reservado por la seguridad de su familia.

—No me deje usted huérfana, eso me causaría más dolor. Aunque son difíciles de tratar los quiero. Al fin y al cabo, son mi única familia.

Él sonrió con ternura y ella abrió más sus ojos ámbares. Aquella simpatía, Mackay solo la había mostrado, cuando jugaba con sus ahijados. Sin embargo, ella era diferente al resto de sus conocidos. La joven mujer le provocaba dulzura.

—Soy Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay, y esperaré a que desees concederme el honor de conocer tu nombre. Mientras tanto, serás *Lass* para mí.

—Dhoire. —Retuvo ese nombre—. Dhoire es hermoso, ¿qué significa, milord?

—Gaven significa halcón blanco y Dhoire —carraspeó— desde el bosque.

—Me gustan ambos, lord Mackay.

—Si deseas llamarme Gaven o Dhoire, no me ofendería.

—Apenas lo conozco, milord. Ni siquiera nos hemos presentado. Sería un atrevimiento de mi parte.

—No, si te doy permiso.

Ella negó convencida de que no se conocían lo suficiente.

—Creo que debo volver —advirtió acomodándose los pliegues de la falda del vestido, y revisando su peinado, para comprobar que los tirabuzones estuvieran aún intactos.

—Concuerdo, ya debes volver, *lassie*. Esperaré con ansias que los anfitriones nos presenten, pero ten la absoluta certeza que no tocaré ni un cabello de tu familia.

—Gracias, milord —dijo poniéndose en marcha y volviendo la vista para mirarlo una vez más.

Capítulo 5

Un día después, Gaven y sus tres amigos se encerraron en el estudio de Watford para discutir el asunto delicado en el que Mackay estaba envuelto. Y de paso, actualizarse con respecto a la investigación sobre la muerte de lady Regina. Pese a que el tiempo había pasado y nuevos escándalos robaban la atención de los moradores de Londres, la suspicacia en contra de los malditos no quedaba en el olvido.

Se suponía que, con el matrimonio de Watford, y con aquel evento social, ideado por su esposa Céline para alejar la mala voluntad de la sociedad —de una vez por todas— contra Warwick, Mackay, Wild y su esposo, la situación mejorara. Céline había pensado que si los veían de cerca en un ambiente familiar, se darían cuenta de que era imposible que cometieran tal delito. Aunque los seguían viendo como parias, la alta nobleza no rechazó la invitación, sobre todo por la posibilidad de husmear en la vida íntima dentro de la propiedad de los condes y por codearse con las amistades que los apreciaban verdaderamente, y que no faltaron, como los duques de Pemberton, los condes de Draymond, entre otros exponentes de intachable reputación.

Mackay estaba despatarrado sobre una butaca. Los otros tres no dejaban de plantear teorías, conspirar, reír e incluso burlarse de aquellos que les temían, en vez de cuidarse las espaldas del verdadero perpetrador del delito.

Él solo podía pensar en la triste joven que desapareció en el manto de la noche, como una criatura salida de las historias sobre hadas que le contaba su madre antes de dormir.

Tras el extraño suceso donde la conoció, Gaven logró que todo se resolviera sin complicaciones. La duquesa de Brandon no cumplió sus amenazas de colarse en su habitación durante la madrugada, lo que habría sido embarazoso y arriesgado. Él era quien solía escabullirse para sus encuentros, y lo hacía con total maestría. No confiaba en la destreza de la dama para ese fin.

La reputación de la duquesa seguía intacta y la suya también, al igual que la de la desdichada joven que se escurrió entre sus dedos. No volvió a verla durante la velada. Aunque puso especial interés en observar a las solteras para ubicarla y propiciar que fueran presentados, ella no se dejó encontrar.

Creyó qué tal vez, en el desayuno podría tener mejor suerte. Pero nada, parecía que hubiese desaparecido. Tampoco se atrevió a preguntar. No quería arriesgar la reputación de la *lassie*. Por otro lado, se preguntaba, ¿cuál era su afán al buscarla? Él no era de los que cortejaban, ni de los que tenía intenciones honorables con una señorita casadera. Si daba con ella y eran presentados, ¿cuál sería el siguiente paso?

Lo más sensato era ocuparse de sus propios problemas. Así que decidió olvidarla, si ella no quería ser encontrada, lo iba a respetar. Sin embargo, una extraña incomodidad acompañó su intento de indiferencia. Porque lo que hizo llorar a la pequeña no se esfumaría de la noche a la mañana, salvo que hubiese intervención divina. Mackay tenía una extraña relación con Dios, pero tenía fe. Y creía que, el Señor necesitaba de sus guerreros para hacer su obra en la tierra.

Tal vez encontrarla en esa situación era una señal inequívoca de que él debía ayudar a la muchacha y ser el instrumento del Creador para que la *lassie* no tuviese que ocultarse en la peligrosa oscuridad de la noche para llorar. ¿Qué habría ocurrido si en vez de él, alguien con las intenciones torcidas la hubiese encontrado sola, indefensa? Porque, aunque la joven aseguró que podía defenderse, él aún lo dudaba. Manos y brazos delicados, cara de ángel, voz muy lejos de parecer intimidatoria.

Recordó aquella vez que los cuatro caballeros malditos encontraron a lady Regina sin vida.

El asesino aún seguía libre. Si se hubiese topado con ella… Respiró hondo, prometiéndose que resolvería el problema de la joven dama más tarde. No le gustaban los asuntos inconclusos.

Observó a sus amigos que hacía rato habían hecho silencio y lo miraban intrigados. Él tardó en darse cuenta, lo que era muy extraño. Solía estar siempre muy atento a su entorno, y esa mañana estaba distraído.

—Estás muy serio. ¿Los problemas con Su Majestad te roban el sueño? —preguntó Wild tras remover con una mano su cabello.

—*Nae* —contestó Mackay para negar y, Wild enarcó una ceja.

Al notar que nadie le creía, carraspeó. No quiso ahondar en lo sucedido y develar su encuentro con la temblorosa *lassie*.

—No lo niegues. La resolución inapelable de Su Majestad te debe tener con el corazón en la boca y pocas cosas te ponen en ese estado —replicó Watford tratando de sonar comprensivo.

Todos coincidieron con alguna exclamación. El rey no era una cuestión que pudiese dejarse a la ligera.

Mackay solía ser un hombre frío, controlado… en extremo calculador. Salvaje cuando se requería, impulsivo solo cuando rebasaban todos sus límites. De lo contrario, era como un lobo, acechaba a su presa con perversa calma.

Se enderezó sobre su eje cuando detectó que tenía la cabeza baja. Abatido jamás. Sus amigos Watford, Warwick y Wild lo miraban con los rostros muy serios.

Estaba seguro de que la duquesa de Brandon tenía algo que ver con lo decidido por el rey, la dama había aprovechado la ocasión para pedir su nombramiento. Lo que faltaba era estar en deuda con ella por algo que no pidió. Por suerte, aunque la actitud de Mackay era comprometedora, su valor y su servicio fueron suficiente pago por la discreción del asunto que lo llevó a ese preciso lugar.

Y sí, tenía que resolver ese dilema. Los duques de Brandon gozaban de ciertos privilegios por encima de sus pares, y obviamente, se debía al talento que poseía la dama; aunque su esposo se atribuía el mérito.

Mackay se puso de pie y caminó de un lado a otro del estudio de Watford, pensando cómo salirse con la suya, escudriñando una solución. Había sido una terrible casualidad que él estuviera precisamente ahí. El escándalo que pudo desatarse si se hacía público el motivo habría sido terrible, pero su magnánima proeza había cerrado la boca de quien recibió el favor.

—¿Eres consciente de que estás en la línea de fuego? No puedes negarle el servicio a la Corona, menos después de recibir esa dignidad que lleva implícita una gran responsabilidad. Desenmascaraste a un traidor y tu buena obra fue recompensada, si te niegas a aceptar levantarás susceptibilidades —lo aconsejó Watford.

Mackay caminó por el escueto perímetro del despacho como si fuera un gato enjaulado.

—Eso implicaría permanecer en Londres casi para siempre y me niego —verbalizó su mayor temor—. ¿Cómo pude caer en la trampa de la dama?

Los otros tres caballeros rieron y Mackay afiló la mirada.

—No era tu cabeza la que dirigía tus actos, y ya sabemos cuán peligroso puede ser dejarse gobernar por… —se mofó Wild.

—Soy un idiota. —No era la primera vez que el escocés usaba la palabra, aunque nunca para dirigirse a sí mismo—. Como sea, mi cabeza tendrá que ayudarme a salir de este problema —resolvió mascullando para detener el tono guasón del marqués—. No puedo quedarme a vivir en Londres.

—Puedes quedarte en tu nueva propiedad en Kent, rodeado de tus caballos. Será como

estar en casa. —Warwick intentó hacerle ver el beneficio de su «desgracia».

—Sigue siendo Inglaterra. No soportaré estar tanto tiempo lejos de Escocia.

Sus amigos lo conocían y sabían que era cierto. Pero Mackay salvó la vida del rey, cuando este, tenía un romance a medianoche con la duquesa de Brandon. ¡Cómo se había atrevido la dama a citar a Gaven justo donde se encontraba con el rey! Pero fue una suerte para el monarca, el escocés descubrió por azar al traidor sigiloso que se escurrió por el castillo de los Brandon con la intención de acabar con el reinado de George IV.

Mujer calculadora que lo puso en semejante situación. Si pretendía volverlo loco de celos, se había equivocado estrepitosamente.

—Lo lamento, pero para no ofender a la Corona debes ir en contra de tu voluntad y hacer un buen papel —terció Warwick.

—Sé que los escoceses estamos en… desventaja. —A Mackay le dolía admitirlo, sintió un trago de hiel bajar por su garganta—. Comprendo que no me conviene negarme, pero no sé si estoy dispuesto a cumplir.

—Ya he dicho que coincido con Watford —murmuró Warwick meditabundo—. Pero no todos los días, el rey le ofrece a un escocés un título inglés para honrar su fidelidad. Además, un título con propiedades.

—El rey me ha entregado un título que regresó a la Corona para quitarse el problema de encima, porque solo consta de unos acres que no son rentables, una casa de campo y una casa en Londres. Para conservarlas tendré que desembolsar una fortuna de mi patrimonio. Las arcas de ese vizcondado están vacías y ahora debo velar por los arrendatarios y el mantenimiento de los costosos bienes recibidos. Valiente forma de recompensarme por salvarle el cuello. Solo me ha llenado de responsabilidades; y encima, en un sitio donde no deseo vivir.

Los tres lo miraron convencidos de que solo Mackay podía hacer un aspaviento por recibir casas, y más de novecientos acres de tierra próspera.

—Podrás mover tu centro de entrenamiento a Kent, y construir nuevas y mejoradas cuadras. —Todos asintieron ante el punto señalado por Wild, aunque el pelirrojo seguía teniendo cara de sacrificio. Más, porque George IV también quería tener prioridad ante los demás clientes. Sería el primero en evaluar y elegir los especímenes listos para la venta. Gaven odiaba no tener libertad en los negocios.

—Me pregunto si tus nuevas responsabilidades para el título de vizconde Luddesdown incluyen también ocupar un escaño en el Parlamento. Sería interesante ya que como conde de Mackay no lo haces —planteó una interrogante acertada Watford.

—Espero en Dios que no —se quejó Mackay y no solía hacerlo con frecuencia—. Suficiente tengo con encargarme de la viuda y la abuela Luddesdown —dijo para referirse a la madre del vizconde muerto—. Me miran como si fuese el mismo diablo. Como si fuera responsable de desampararlas.

—No es tu obligación quedarte con la familia del difunto —espetó Wild.

—¿Esas infortunadas damas tienen alguna herencia desligada del título o familia que pueda recibirlas? —indagó Watford compadecido por las mujeres.

—No lo sé. Lo único que escuché es que no han manifestado su intención de marcharse. Su Majestad estableció, en aquel momento, que podían quedarse en la propiedad hasta que el siguiente vizconde tomase posesión del título. Les dio ese tiempo para arreglar sus asuntos y marcharse. Pero, el monarca tiene ideas inquietantes. Luego me insinuó que yo debería tener la bondad de no desalojarlas, ya que gozaré de los beneficios de la casa solariega. Lo que en pocas palabras significa que me ha dejado el problema de deshacerme o no de las damas.

—No puedo creer que por estar en el sitio donde no debías, terminaste por salvarle la vida al rey —continuó asombrado y sarcástico Warwick, tratando de disimular una risita que a Mackay no le agradaría en absoluto.

—Parece que Su Majestad y nuestro amigo tienen igual debilidad por la dama de imponente figura. —Se burló Wild.

—Eso no lo sabes —lo regañó Mackay enarcando una ceja—. De mis labios jamás saldrá la identidad de mi amante, ni siquiera para ustedes.

—Mackay es un caballero. —Volvió al ataque Warwick con sorna.

—Prestaste un servicio a la Corona invaluable y has recibido la distinción de ser laureado. Debes honrarlo. —Watford no veía escapatoria.

—¿Abandonando mis recintos durante todas las temporadas? Es otra condición —se quejó Mackay—. ¿Cuántas temporadas? Lo peor es que quedaré a merced de… justo quien no me conviene. Sé detectar el peligro y estoy a punto de pisar lava ardiente si sigo en esa dirección. Esa mujer me quería en Londres y ha movido los hilos para dejarme sin opciones. Como no aceptó mi negativa, se las ingenió para que el rey ordenara mi presencia aquí. Parece que estaré más tiempo en la ciudad, y sí, tendré que ocupar el dichoso sitio en el Parlamento —admitió al fin lo que no quiso decir en voz alta cuando lo interrogaron al respecto, como si de esa forma pudiera borrarlo para siempre—, aunque estoy en arreglos para evadirlo.

—No quiero sonar pesimista, no creo que debas desairar a la Corona —observó Wild.

—Lo más divertido —continuó sarcástico Mackay— es que me haré cargo de todas las responsabilidades que conllevan las casas, la tierra, los arrendatarios y las viudas con mi propio dinero.

—En eso estamos de acuerdo. Es un hecho que tendrás que afrontar y para hacerle frente necesitas quedarte —manifestó Watford—. El rey es astuto. Se ha ahorrado un problema más, tomando en cuenta que la propiedad no es lucrativa. No es un secreto que Su Majestad continúa teniendo exorbitantes deudas. Y se ha quitado a los arrendatarios y a los familiares sobrevivientes de Luddesdown de encima.

—Y es una realidad que la dama con la que tenías un entendimiento no te conviene. —Supuestamente, ellos desconocían su identidad, pero sí sabían que era casada—. Si no quieres terminar retado a duelo por su esposo y, quien sabe, acabar inmiscuido en algo peor. Su Majestad no querrá compartirla —apostilló Warwick.

—Su Majestad me ha ordenado alejarme de ella de inmediato, supuestamente por la alta estima que le tiene al esposo. —Mackay no supo si reírse por tan descarada petición—. Sigue interesado en la mujer, y ella lo tiene en la palma de su mano. Por eso he decidido retirarme.

—No es lo que parecía anoche —atajó Wild—. Alguien tan observador como yo los habría visto escurrirse en las sombras de la noche.

Mackay abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Nos viste? —Se sintió un idiota.

—Los tres. Tú eres hábil para ser sigiloso, pero esa mujer te va a meter en dificultades mayores de los que ya estás —terció Warwick.

—Espero que nadie más lo haya notado. —Sí, ella podría ser su ruina.

—Debes casarte —murmuró Watford quien sabía, basado en la experiencia de la segunda oportunidad que le había regalado la vida, cuanto bien podía traerle.

—Como bien ha dicho lady Draymond, Mackay, eres el soltero más codiciado de las Highlands —se mofó Wild–. Y ahora con un título de vizconde inglés, nada despreciable, supongo que estarás cotizándote mejor en el mercado matrimonial.

Mackay volteó la vista hacia el cielo raso. Sabía cómo contentar a las exigentes matronas y cómo hacer suspirar a las damiselas, pero a ninguna le dio motivos para suponer que terminaría convertida en lady Mackay. Dios lo librara, aunque había algo más que no se atrevía a sacar a la luz.

—Una esposa de las Highlands podría mantener a raya a la duquesa de Brandon una temporada. Pero, tal vez no querrá pasar tanto tiempo en Londres y vivirá en tus tierras en Escocia. Su excelencia se las arreglará para llegar a ti. Necesitas a alguien de la sociedad londinense, que tenga lazos con nobles ingleses y que se mueva en estos círculos como pez en el agua —sugirió Watford circunspecto.

Mackay arrugó el entrecejo, demasiada alusión a Inglaterra y sus habitantes. No lo manifestó en voz alta por respeto a sus amigos. Se llevó una mano a la frente. Notó que sudaba y estaban en pleno invierno, se debía a la temperatura corporal que se le había elevado por la tensión.

—No creo que sea buena idea —se limitó a manifestar.

Mackay odiaba tener que guardar las apariencias para encajar entre nobles ingleses, lo hacía solo porque convenía a sus negocios y eso no era discutible.

—¿Seguirás siendo Mackay o ahora te harás llamar Luddesdown para honrar a Inglaterra? —indagó Wild.

—Dios misericordioso, *nae*. Ya he recibido demasiada humillación por salvar una vida. Seré Mackay hasta el último de mis días. Además, mi título por herencia de sangre es mayor que el recientemente entregado.

—Cuida tu lenguaje, podría parecer traición a la Corona —sugirió Watford examinando la pluma sobre su escritorio.

—Al menos con ustedes puedo quejarme. —Elevó los brazos fastidiado—. Nunca había aceptado morderme la lengua tantas veces y callar mis opiniones desde que Su Majestad fue invitado a esa cacería del zorro y casi pierde la vida por estar más pendiente de servir a sus pasiones que a la C….

—Ni siquiera lo digas, Mackay. Un comentario así sería considerado alta traición. —Wild seguía interesado en la conversación, pero igualmente en lo que ocurría en la entrada de la propiedad. Desde donde se encontraba observó un carruaje arribar—. El duque de Brandon acaba de llegar.

—Qué extraño. Su excelencia había declinado asistir poniendo de pretexto compromisos ineludibles —expuso el anfitrión.

—Me huele a que la mano del rey está metida en esto. Sabemos cómo es cuando se enamora. Quizás no quiere que su excelencia, la duquesa de Brandon, esté a merced de la tentación de uno de los malditos. —Wild no pudo evitar reírse.

Mackay apretó la mandíbula mortificado. La duquesa de Brandon jugaba con fuego, y lo peor era que sabía lo que hacía. Sin embargo, aunque ella creía tener al rey en la palma de su mano no tenía todo bajo control. Maldijo el momento en que esa mujer se cruzó en su camino. Sus amigos habían hecho un juicio totalmente errado con respecto a su soltería y la posibilidad de casarse para librarse del influjo de la dama.

—Su majestad me ha hecho otra sugerencia —comentó acomodándose la corbata que sentía que lo asfixiaba. Todos lo contemplaron ávidos por conocer lo siguiente. El rey no pedía o daba recomendaciones, ordenaba.

—Habla, por el amor de Dios. Debiste empezar por ahí —insistió Wild retirándose de la ventana.

—Pretendía que me casara con la viuda del difunto Luddesdown. Pero esa dama es un espanto, pobre mujer. Y demasiado mayor para mí.

—Parece que Su Majestad está decidido a alejar a la competencia, dejándote fuera del ruedo. —Unas risas se escaparon de la garganta de Warwick, que permanecía cómodamente sentado en una butaca pasando las páginas del *Times* sin mucho interés.

—Pero no creo que pueda acatar sus exigencias. Jamás podría cumplir con mis obligaciones maritales si acepto ese casamiento. —Las risas cómplices de sus amigos se escucharon por la estancia. La dama le doblaba la edad a Mackay, era una cruel broma del rey exigirle tal sacrificio. Más bien parecía un plan para salirse con la suya—. Pude librarme con maestría, excusándome como un caballero. Le he asegurado que tengo una candidata en la mira.

Todos dejaron lo que estaban haciendo *ipso facto*. Si el plan de Mackay era permanecer soltero iba rumbo al despeñadero.

—¿Hay alguna dama que…? —preguntó Watford.

—Solo lo dije para librarme de la viuda. Sin embargo, estoy por creer que en verdad estoy maldito si… no me queda otra alternativa que casarme.

Los otros rieron, ninguno creía en tal aseveración, sobre estar malditos, la que con descaro susurraban los demás a sus espaldas. Mackay, como buen escocés, era el más supersticioso.

—Creo que es hora de que busques una candidata —continuó Watford. Wild, soltero empedernido como Mackay, miró con espanto al anfitrión—. No tendrás mejor oportunidad que esta, la temporada acaba de iniciar y hay muchas señoritas solteras esperando encontrar esposo.

—Pues esa es la última condición: Su Majestad me ha exigido encontrar esposa entre las damas inglesas esta temporada —terminó de develar el secreto que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Capítulo 6

Kate, la condesa de Draymond, entrecerró los ojos y se acercó a su abuela, la duquesa viuda de Pemberton, a quien fue a pedirle consejo para embaucar a Mackay y conseguirle esposa. Su excelencia descansaba en una butaca, con un *magazine* en las manos, en las habitaciones que le ofrecieron los Watford. Tenía una sonrisa en el rostro tras conocer al rozagante heredero del conde, y quería conversar sobre la criatura y la prosperidad del amable Watford. Pero su nieta, seguía enfrascada en que, de una vez, Mackay sucumbiera ante las mieles del matrimonio. Augusta Basingstoke, miró a su nieta de soslayo, sin querer abandonar su lectura del periódico *La belle Asamblée*.

—Tantos solteros en la propiedad… —inició Kate—. En otra época estarías conspirando a espaldas de estos con sus madres para encontrarles esposas. Eso, si no eran ellos quienes venían en persona a exigir tus consejos. Solteros como lord Mackay.

—Ahora sí que, ni Dios librará al conde de Mackay de casarse con una inglesa, son órdenes de Su Majestad —contestó Augusta ante sus comentarios.

—Siempre me sorprende lo bien informada que estás, abuela. Justo cuando iba a ponerte al tanto de la novedad.

—Son las ventajas de mi oficio, uno escucha demasiados secretos susurrados por el viento —indicó para referirse a la función de casamentera que desempeñó con orgullo y eficiencia durante muchos años—. ¿Y sabes el motivo por el que el rey dispuso o sugirió tal enlace matrimonial para tu amigo?

Kate volvió los ojos al suelo, sabía que su abuela estaba curtida para escuchar de tales escándalos, y que, si se lo confesaba, sería tan discreta como una tumba.

—Lo sé, pero por lealtad a mi esposo y al endemoniado de Mackay, a quien en verdad aprecio, lo mantendré en secreto.

—Haces muy bien, nieta mía. Admiro que seas discreta cuando se debe. ¿Y en qué más puedo ayudarte?

—Quería saber si en tus listas o pesquisas anteriores, tienes el nombre de una joven que pueda ser una digna esposa para Mackay. Las matronas inglesas salen corriendo en cuanto lo ven entrar a un baile. Nadie quiere que su hija se vaya a vivir al fin del mundo, pero aunque Mackay se ha establecido en Londres a regañadientes, suponen que cuando el rey se olvide de él, retornará a sus dominios como el lobo solitario que es.

—Te aconsejaré algo en base a mi experiencia con hombres como el conde. Sabrás si lo tomas o lo desdeñas. Mackay al igual que ciertos animales salvajes que siempre han vivido libres en la naturaleza, no es domesticable. La mejor esposa es la que él mismo escoja.

—Pero se ha mostrado reacio al matrimonio —replicó—. Más bien creo, que está dejando que pase el tiempo, para que Su Majestad busque un nuevo entretenimiento y se olvide de su persona. ¡Qué desastre! Es tan pícaro que me temo que se saldrá con la suya. Creí que esta lista iba a ayudarme.

Augusta elevó una ceja y estiró una mano para tomar el papel. Lo escudriñó con sabiduría.

Cómo reformar al diablo escocés

Primero: Convencerlo de que un ayuda de cámara es tan importante como respirar.

Segundo: Dejar que el ayuda de cámara le haga un corte de cabello a la moda —y nos libre de tener que seguir presenciando esa horrible melena—, lo afeite y le recomiende cómo vestir. (Lo que lleva al punto número tres).

Tercero: Incinerar su aborrecible guardarropa y encargar uno nuevo, confeccionado a la medida, con todos los atuendos necesarios según las estaciones y las actividades del día. (No olvidar los aditamentos y las pomadas para el cabello).

~~Cuarto: Convencerlo de viajar a Londres~~.

Quinto: Enseñarle a bailar.

~~Sexto: Introducirlo en los eventos de invierno en compañía de un caballero respetable, que le ayude a elevar su estatus~~.

—Oh, creí que esta lista ya no existía. No sabía que la habías conservado. Terminará siendo una reliquia familiar. Mackay encontrará a su esposa por sí solo, estoy convencida. Sin embargo, podemos brindarle un poco de ayuda. La lista es perfecta —agregó con orgullo, pues jamás menospreciaría algo de su puño y letra—. Si eres tan inteligente para cumplir los puntos restantes, lograrás que la familia de la debutante en la que se interese Mackay, no ponga reparos y lo acepte, incluso con su reputación en el estado en que se encuentra.

Augusta volvió a mirar la lista, que años atrás escribió para Alec MacRury, conde de Draymond. Lo que no sabía la prestigiada casamentera, era que ese endiablado escocés, iba a darle tantos dolores de cabeza. Y menos que, tiempo después, otro escocés, Gaven Dhoire Mackay, con un carácter imposible de domar, iba a irrumpir en los salones donde pululaba la alta nobleza inglesa, codearse con ellos, y necesitar de los consejos redactados tiempo atrás por la duquesa viuda.

Capítulo 7

Los solteros estaban reunidos en el área de juegos, situados en diferentes mesas. Unos jugaban al *whist*, otros *charades* y los más osados al *snap-dragons*. Pero Lily decidió apartarse del resto, como hizo desde la noche anterior. La cena la tomó en su habitación, alegando un malestar. Sin embargo, la impaciencia terminó por obligarla a abandonar la soledad de su dormitorio, el que compartía con Susannah.

La casa de campo de Watford era lo suficientemente grande para poder refugiarse en alguna de sus estancias y pasar desapercibida. La biblioteca le pareció la mejor opción. Además de poseer numerosos muebles repletos de textos donde se podría ocultar si de casualidad se encontraba con el escocés —lo que dudaba, no parecía un amante de los libros—, tenía la posibilidad de distraerse con una buena lectura.

Reconocía que era tonto huir del conde de Mackay, ella sabía que no hablaba en serio cuando aseguró que dañaría al responsable de sus lágrimas. No obstante, lo que la orilló a mantenerse «escondida» del grandullón escocés era de otra índole. Dos fuertes motivos.

Por un lado, las advertencias de su propio cuerpo. «El gran uno». Ni siquiera cuando bailó con Henry, sus sensaciones corporales se alteraron de tal forma, mandándole señales inequívocas de que se sentía atraída. El hijo de la duquesa era bien parecido, pero en aquel momento lo que la movió fue el cumplimiento de un deber, encontrar un esposo digno —para lo que la prepararon desde que tenía uso de razón—. Cada palabra pronunciada, cada gesto, cada acto deliberado o no, cumplía el único propósito de una lady, ser la esposa de un lord, llegado el momento.

Por otro… Suspiró. Mackay, ese nombre que en el momento de conocerlo no significó nada, con el paso de la noche siguió dándole vueltas en la cabeza...

No pudo sacárselo de la mente, debido al color sugerente de su cabello, los ojos que se percibían claros —aunque debido a la oscuridad no supo el color exacto—, los rasgos varoniles, los ademanes masculinos al hablar, sus palabras… La reminiscencia del sonido exacto de su voz hizo que se contrajeran sus entrañas… Ese hombre era un detonante para Lily, detonante de algo a lo que renunció deliberadamente hacía tiempo. Cuando rehusó a su derecho de algún día ser desposada y se conformó con la idea de quedar solterona. Al conocer a Mackay ya no estaba tan segura.

Esos pensamientos revoloteando en su cabeza, se congelaron por el segundo motivo, «el gran dos». Mackay era el nombre del conde escocés que, según los rumores, estuvo involucrado en la muerte de lady Regina. Lo que era una razón convincente para dejar de fantasear con el caballero y seguir adelante con su monótona, pero pacífica y segura vida. Lejos de un escocés sospechoso de un crimen sin resolver.

No olvidaba que lord Watford, lord Wild y lord Warwick eran los otros tres nombres relacionados con el trágico escándalo. Y, aunque ella, no los culpaba, su juicio era poco confiable. Lily era demasiado comprensiva y bien intencionada, nunca creía en la maldad innata en otro ser humano. Ese era uno de los grandes defectos que poseía y que su madre se dedicó hacerle notar.

—Lady Lily Anne Brownlow, ¿qué hace aquí escondida? —Una voz de mujer que no dudó en ser directa.

La aludida carraspeó al ver a la joven vizcondesa Gellywen con un libro en la mano, al parecer buscando un lugar tranquilo para leer. La dama no pasaba de los veintiún años, la recordaba de cuando fue presentada y después, cuando se anunció su matrimonio.

—Oh, yo. —Intentó buscar las palabras sin éxito. Era una pésima mentirosa.

—No me diga que se esconde de la duquesa de Brandon —comentó sin ningún cuidado. Después, bajó la voz para añadir a continuación—: Tampoco me agrada.

—Qué bueno saberlo —le salió en una exhalación—. Su excelencia es intimidante.

—¿Puedo sentarme a su lado? —Sin esperar la respuesta se sentó en la silla que estaba junto a la de Lily de modo amigable. Al parecer, ella también se estaba alejando de algo que le importunaba.

—¿Y usted de quién se quiere escabullir, lady Gellywen?

—Ciertamente, no me escondo de la duquesa —compartió con una risita, negándose a ofrecer sus verdaderos motivos. Colocó el libro que traía sobre la mesa que ambas ocupaban y lanzó una mirada aprobatoria al reconocer el texto que estaba abierto en las primeras páginas, en la mano de Lily. Continuó—: Le diré un secreto, mi más sincera opinión. Esa mujer enarbola la bandera de «todo lo que está mal en la sociedad».

—¿La conoce bien? —preguntó Lily intrigada.

—Solo soy una observadora social —advirtió—. Pero no dudo que, bajo todas las capas que tiene esa cebolla, se oculten muchos secretos.

—Lo sostiene muy decidida, lady Gellywen. Ni siquiera le tiembla la voz. Mi madre cree que la duquesa es «todo lo que una señorita debe aspirar para su futuro inminente».

—Su madre se equivoca —contradijo sin dudar.

—Estamos hablando de su excelencia. —Realzó con un gesto interrogante Lily y miró a los ojos a la dama que a pesar de su juventud emitía un juicio con absoluta seguridad—. Todos la admiran. Sugiero que sea más precavida al dar su opinión. Su excelencia puede arruinar a cualquiera con un movimiento de su dedo índice.

La mujer miró a Lily con pena.

—¿Lo afirma por usted? —preguntó.

—Lo asegura mi madre. —Lily pasó otra página del libro que había elegido, y trató de leer, pero lady Gellywen siguió hablando.

—Supongo que sí. No le dé el gusto de verla derrotada. Alce la frente, salga y encante a los solteros que no son indiferentes a su paso. Los caballeros no ponen reparos en usted, son las matronas las que mueven los hilos. Y son, precisamente ellas, quienes deciden qué señorita es conveniente o no para sus hijos.

—En ese caso creo que me he librado de un mal matrimonio. Detestaría casarme con un hombre que lo haga motivado por la recomendación de su madre —esclareció.

—Sí, es un completo desatino. Míreme a mí. Para mi esposo no hubo mejor candidata que aquella que su madre le puso delante de sus ojos. —Se alzó de hombros.

—Oh, lo siento muchísimo. No quise decirlo de esa forma.

—Descuide. Tal vez fue mi mejor opción, en mis circunstancias.

—Espero que tras la boda haya surgido entre ustedes una conexión emocional. Jura mi madre que el amor florece tras el matrimonio.

La dama carraspeó, miró a Lily con ternura y le sonrió como si fuese una hermana.

—Su madre se equivoca con mucha frecuencia. No en todos los casos el amor florece. Pero, podría decir que soy amada... Lord Gellywen no se arrepiente de su elección. —Tragó en seco y acarició el lomo del libro que aún tenía en la mano para no hablar de sus sentimientos—. No renuncie a la posibilidad de hacer un estupendo matrimonio, solo porque la duquesa de Brandon ha decretado que su idoneidad está dictada por la precisión de sus pasos de baile.

—¿Usted lo sabe? —indagó sorprendida. No sabía que su desastre hubiese trascendido temporadas después, tomando en cuenta que lady Gellywen era tres años menor que ella.

—También tengo una madre y me atormentó con su historia. Trató de prevenirme para que me fijara muy bien dónde afincar el pie. Pero mi progenitora posee ideas similares a los de la marquesa de Seymour. Créame, para el hijo de su excelencia el pisotón le llegó como caído del cielo. No estaba listo para casarse. Él no parece motivado por el matrimonio. Prefiere la emoción que le brinda su soltería. Según mi madre, el joven casi cae redondo ante su embrujo, milady, pero el dolor en el dedo del pie le recordó cuánto adora ser soltero.

Ambas rieron. Tras varios años, su fracaso ante el cortejo de Henry ya no dolía.

—¿Siempre dice lo que piensa, lady Gellywen?

—Solo cuando tengo un enemigo en común con mi interlocutor —insinuó con un guiño.

—La duquesa de Brandon no es… mi enemiga —aclaró reflexionando en esas palabras con cautela. Su excelencia era un fastidio, le arruinó sus más valiosas temporadas, pero tampoco la odiaba.

—¿Está segura? Creo que ella piensa lo contrario.

Ambas hicieron silencio de golpe, una voz varonil se escuchó bastante fastidiada desde el exterior:

—Has perdido la razón, completamente. El duque está aquí. Incluso, me ha pedido una cita para hablar sobre mis caballos, está interesado en adquirir unos animales.

Las dos mujeres se miraron a los ojos ante tal comentario, era evidente que el responsable se aproximaba. El dueño de la voz venía directo a la biblioteca. Las pisadas se escuchaban fuertes, presurosas.

—¿Es tan descabellado que hablemos a solas unos minutos? —ronroneó una intervención femenina.

—Chastity, si no he sido claro lo seré ahora. Entra a la biblioteca, por favor. Hablemos en un entorno más privado. No nos arriesguemos a que un invitado de Watford nos vea juntos. —Se oía presionado, llevado al límite. No obstante, no perdió los modales.

A Lily no le quedó dudas de que era Mackay. Y, para ella y lady Gellywen, fue muy evidente, que la otra persona era la duquesa de Brandon. Las dos mujeres se miraron a los ojos.

—¿Debemos toser o carraspear para que no entren? —musitó dudosa Lily con los ojos muy abiertos.

—Si por un pisotón en el pomposo pie del hijo, su excelencia casi la condena al ostracismo social, si se entera de que la ha descubierto en una situación comprometedora se ensañará con usted hasta su último aliento.

—Oh, no. Qué mala suerte —se lamentó.

—Al contrario, querida —la previno lady Gellywen con sorna—. Esta es su oportunidad de clamar venganza. Sígame.

—Pero yo no quiero… Ni pretendo…

Demasiado tarde. Lady Gellywen ya la había tomado por el brazo y conducido detrás de un amplio librero de caoba. Ante la señal de protesta de Lily, la dama colocó un dedo sobre sus labios para indicarle silencio.

Se quedaron escuchando a ese par.

—No hay nadie en la biblioteca —advirtió la duquesa de Brandon cuando se introdujo precedida del conde de Mackay.

—Parece que no, pero continúa siendo arriesgado quedarnos a solas, Chastity.

—Definitivamente, ya no podrás visitar mi habitación con mi esposo aquí —concluyó con un tono angustiado. Ella llegó a los dominios de Watford con la esperanza de pasar una idílica semana en compañía del escocés—. No entiendo por qué mi esposo aceptó venir a última hora,

después de su evidente desinterés en la invitación de los condes.

—Alguien más —apuntó con una profunda entonación— lo quería aquí para garantizar que yo cumpla con mi palabra.

—¿Te refieres a Su M…? —Bajó la voz.

—¿Quién más tendría el poder suficiente para convencer al duque de vigilar a su propia esposa, cuando ya sabemos que no es una de sus prioridades? Lo más sensato es despedirnos.

—¿Desde cuándo la sensatez es una de tus cualidades? ¿Estás renunciando a mí? —preguntó indignada—. Porque si es tu decisión, no insistiré. Mi orgullo es más intenso que cualquier otro sentimiento. Jamás le ruego a nadie y creo que ya te imploré demasiado.

Él emitió un gruñido. Luego, exhaló con fuerza. Quiso callar lo que pensaba, pero no pudo.

—Fuiste muy astuta al atraparme en tu telaraña la noche del atentado, pero no al invitar a un tercero cuyo poder no puedo desafiar. Tampoco deseo ni pretendo hacerlo. Este juego entre nosotros ya duró demasiado. Fue divertido, ahora es momento de que cada uno siga adelante.

—Su M… se aburrirá de mí tarde o temprano —replicó como último recurso—. Tú te casarás con una dama inglesa y permanecerás en Londres. No pasará mucho tiempo hasta que te sientas hastiado del matrimonio. Sé que volverás a mí, esperaré pacientemente —arremetió con superioridad, como si las palabras de su antiguo amante no hubiesen sido pronunciadas.

—No pasará —soltó serio y molesto—. Piensa lo que quieras. Ahora déjame ocuparme de mis asuntos. Bastantes problemas tengo en estos momentos, no atraeré otros por tu necedad. Acepta que debes pagar el precio por tu osadía. El fuego quema, Chastity. No me digas que no lo sabías. Si estábamos bien, ¿por qué traer al r… para que me obligara a permanecer en Londres?

—Pensé que debido a sus celos te obligarían a contraer matrimonio y que…

—¿Estarías ahí susurrándole al oído con quién debía casarme? Un plan para retenerme en Londres, para casarme con una mujer de la que jamás me podría enamorar, como lady Luddesdown. ¿Fue tu malvada sugerencia?

Ella con la cabeza baja, como animal malherido, avanzó hasta él y enterró sus palmas en su pecho duro como una roca. Ante el silencio que se prolongó, Lily, con la curiosidad atravesándola como una flecha envenenada, se movió lo suficiente para tener una vista parcial de lo que ocurría sin ser descubierta. Apretó los puños indignada, mientras observaba a la duquesa. Después, subiendo la vista y deteniéndose en Mackay a plena luz del día quedó conmovida. Él tenía una expresión asesina con la que fulminaba a la mujer que con el gesto le imploraba que no la abandonase.

Esa mirada, ese porte masculino, hasta cierto punto salvaje y animal, desarmó a Lily por dentro. La garganta se le cerró, dificultándole tragar. Las entrañas se le contrajeron. Las piernas se sintieron tan débiles que casi se derrumban bajo su peso.

Con una ceja arqueada, lady Gellywen intentó sacarle información a Lily que permanecía inmóvil. Desde donde estaba la vizcondesa, no podía observar a la pareja como lo estaba haciendo su compañera. Lily negó, y siguió concentrada en la escena, la otra se tuvo que conformar.

—¿No te importó que el hombre más poderoso del reino se ensañara conmigo obligándome a casar con una mujer que no me atrae en lo más mínimo, de la que jamás me podría enamorar?

—Me niego a compartirte —soltó con la voz ronca, dejando en evidencia su desesperación y olvidando el orgullo que tanto defendió.

—No tienes esa potestad, hasta donde recuerdo no tengo dueña. Eres una dama casada, soy un hombre soltero. No puedo prometerte matrimonio porque ya te desposaste hace tiempo. ¿Renunciarías a tu título y tus privilegios por mí? — la desafió y ella elevando la frente guardó

silencio—. No. Tampoco te lo pediría jamás. Sé que tienes una familia y una imagen que conservar. Hicimos un pacto, que solo incluía placer. No teníamos exclusividad, tanto es así que tú… —No dijo más por respeto a la dama y su intimidad.

—Desconocía que en mi propiedad de campo se había colado un traidor con funestas intenciones. Te esperaba a ti en mis aposentos. No sabía que Su M… iba a llegar primero.

—No mientas, odio la falsedad —masculló irritado.

—Tras la cena se mostró insistente y no me pude negar. Ni siquiera mi esposo pudo detenerlo. Intenté mandarte un mensaje para cancelar nuestro encuentro. Pero la situación se salió de control, no pude manejarla. Es Su M… ¿Quién puede negarle satisfacer sus anhelos justo cuando lo desea?

—Entiendo que se haya prendado de ti. Eres hermosa. Yo también caí rendido ante tu encanto. Pero todo tiene un final. El nuestro ha llegado y debes aceptarlo.

—¿Ya no te atraigo? ¿Es eso?

Mackay la miró directo a las pupilas y el corazón de Lily se detuvo. Él tenía algo que contestarle a la duquesa, pero prefirió callarlo. Después de todo, era un caballero, aunque su apariencia indicara todo lo contrario.

—No voy a juzgar tus actos, solo quiero salir bien librado de este embrollo.

—Tampoco te fue mal, salvaste la vida de… Te recompensó por tu hazaña —rezongó aferrándose a una esperanza.

Lily estaba estupefacta. Jamás imaginó ver a la duquesa rendida a los pies de absolutamente nadie. Si fuera su enemiga y tuviese afán de venganza, presenciar semejante escena era suficiente para darse por satisfecha. Otra en su lugar, con ánimo vengativo y pretensiones de humillar a la mujer, se habría mostrado, para hacerle pagar su desdén.

Pero ella era incapaz de actuar de esa forma. Tendría que envilecer un corazón que hasta ese momento era demasiado bondadoso. ¿Vendería su alma al diablo por venganza? Justicia le llamaría lady Gellywen. Sin embargo, Lily no se movió de su escondite. Solo dirigió su mirada azorada hacia Mackay.

—Como se nota que no me conoces. No soy de los que se venden, Chastity —bufó él y Lily creyó que tenían algo en común. Quizás ella era dulce y él brusco y mordaz, pero ambos tenían un alma con una nobleza inquebrantable.

Algo se rompió dentro de la muchacha, y se rompió por él, por la resolución con que ese hombre defendía su postura ante una dama tan poderosa, que con solo chasquear sus dedos podía hacerlo miserable, como hizo con Lily.

—No vuelvas a llamarme Chastity. Su excelencia para usted de hoy en lo adelante, milord.

—Como desee, «su excelencia» —agregó sobrio.

Los pasos de ella se alejaron dejando en una estela de sonido el eco de sus pisadas.

—*Och*. Eres un idiota. Un idiota —musitó Gaven con la vista clavada en el libro que Lily dejó abandonado sobre la mesa, abierto de par en par.

Lily se llevó la mano a la boca, preocupada. Si la descubría allí, ¿qué iba a hacer? Tembló por unos segundos, hasta que lo vio dar una media vuelta y alejarse.

«Al fin», pensó y suspiró de alivio.

Cuando el silencio se extendió un par de minutos las dos damas salieron de su escondite.

—Pensé que iba a descubrirnos, dejé olvidado el libro abierto sobre la mesa —reveló Lily, la angustia y la zozobra aún la recorrían de pies a cabeza.

—Cómo si a nadie se le pudiera olvidar un libro en la biblioteca —arguyó lady Gellywen apretando el suyo contra su pecho.

—Lo miró como un cazador mira a su presa cuando la acecha —sostuvo Lily.

—Tonterías. Ese hombre está más preocupado por las consecuencias de un pésimo romance que de un inocente cuento de hadas.

Lily miró de soslayo el texto de lady Gellywen, era un tratado sobre importaciones. Frunció el entrecejo. Sus lecturas parecían ser más instructivas que las propias, aunque su madre desaprobaría ambas.

—No solo leo cuentos de hadas. —Carraspeó.

—Usted es adulta. Lea lo que la haga feliz. Soy la última persona que la juzgaría. En mi caso, me interesó conocer más del comercio de algodón, hay un invitado que se jacta de lo redituable que es su negocio. De igual modo no daré mi opinión al respecto, mi esposo lo considera poco elegante. Pero me gusta estar informada y no quedarme con cara de tonta mientras los hombres debaten de sus temas.

—Oh —musitó sintiéndose algo culpable por pensar solo en su sufrimiento y no en las dificultades que aquejan a otras personas—. ¿Por eso se ocultó en la biblioteca, para que lord Gellywen no la viera educándose al respecto? —inquirió. La vizcondesa asintió levemente, y Lily por respeto no preguntó más. Su madre solía hostigarla cuando se interesaba por una lectura de ese estilo—. ¿Y qué descubrió?

—El comercio de esclavos se ha recrudecido durante la última década gracias al auge del algodón en el sur de Estados Unidos.

—Espero no tener que toparme con ese invitado. Es horrible que unos pisoteen a otros solo por…

Lady Gellywen sonrió de modo perspicaz y la interrumpió, aprovechando el comentario.

—Nadie debe dejarse pisotear si posee la forma de clamar justicia. Tiene en sus manos un arma poderosa para destruir a la duquesa —saboreó sus palabras lady Gellywen—. Ella merece caer.

—Oh, pero no haré nada. No me interesa destruir a nadie. Prefiero ocuparme de mi vida —admitió convencida.

—No puedo creerlo —negó cruzándose de brazos muy decepcionada.

—¿Por qué la odia, lady Gellywen? —inquirió suspicaz.

—No es personal. No me agradan las personas que van de puritanas por el mundo y que juzgan severamente a todos los demás. En cambio usted, lady Lily, sí es noble de corazón. Otra en su lugar estaría celebrando la victoria.

—No es tan sencillo. —Tragó en seco. Por supuesto que no lo era, porque el «amante» en cuestión era el hombre con el que fantaseó toda la noche tras conocerlo en el jardín. Ese que le causaba temor, curiosidad y atracción al mismo tiempo; el responsable del nudo en la garganta, de cierta incomodidad en el estómago y de que su voz no se escuchara con su habitual naturalidad.

—¿Quién era el hombre? ¿Lo reconoció? Claramente es escocés, tiene un fuerte e inconfundible acento. Pero hay varios escoceses entre los invitados.

—No… —Se limitó a decir porque sabía que mentir era su punto débil. No le debía nada a aquel bribón que andaba en malos pasos con una dama casada. Sin embargo, no se atrevió a delatarlo.

—Tampoco me interesa destruir al caballero. Al parecer, tiene una enemiga en común con nosotras.

—Ya le he dicho que la duquesa no es mi enemiga —insistió ofuscada. Después, reparó otra vez en el libro abierto que dejó sobre la superficie lisa de la mesa—. Oh, el libro. ¿Será que

nos descubran por dejarlo olvidado?

Lady Gellywen fue más astuta, seguía abrazando su lectura.

—No lo creo, se escuchaban muy… obcecados como para darle importancia a algo más a su alrededor. No se agobie porque la descubran. La duquesa es la que debería temer. Ella es quien ha cometido todos los pecados por los que señalaría y enterraría socialmente a cualquiera. —Después, cambiando el tono agregó—: Fue divertido hablar con usted, lady Lily.

—Puede llamarme Lily, milady —lo consideró prudente después de tales peripecias.

—En ese caso, corresponda usando mi nombre de pila: Alexandra. Espero que retomemos este jugoso cotilleo en otra ocasión. Debemos descubrir quién es el amante para conocer la historia completa, de lo contrario, sería como dejar un libro sin terminar. Ahora me retiro —se despidió con un guiño y se fue feliz tras el descubrimiento.

Capítulo 8

Lily suspiró con fuerza y después inhaló profundamente para llenar a plenitud sus pulmones. Estaba sentada con el libro en las manos, asimilando lo ocurrido. Las emociones aún la recorrían de pies a cabeza por lo que acababa de descubrir: Mackay y la duquesa de Brandon. Se sintió repugnada. Y también incómoda. Sus emociones se traslucían en su cara. Los dientes ligeramente apretados… El entrecejo fruncido…

Entonces se dio cuenta de que no tenía razones para tal incomodidad. ¿Por qué le desagradaba tanto lo que hicieran aquellos dos? «Como sea, es evidente que ya terminaron», pensó y trató de librarse inútilmente de lo que sentía.

—¡Usted! —La voz acusatoria de Mackay la hizo sobresaltarse y se aferró más a la silla. Él ya no la tuteó como en el invernadero, tampoco quedaron rastros de ternura en su voz.

—¿Qué hace aquí? —Fue lo primero que pasó por su mente al saberse descubierta y lo soltó sin más. Su instinto trató de advertirle. Ese hombre no era de los que se podía burlar con facilidad.

Él, hosco, señaló el libro.

—Al final percibí que, en realidad, la biblioteca no estaba vacía cuando entramos. Me escondí para atraparlas, he visto salir a su amiga con otra lectura, así que entré para cerciorarme de quién más estaba al tanto de mi situación. ¿Lady Gellywen y usted? ¿Estaban ocultas? ¿Confabulando? —Un gruñido abandonó su garganta—. ¿Qué harán con la información que ahora poseen?

Ella emitió un suspiro para ordenar las ideas que se agolpaban en su mente.

—En primer lugar —comenzó con la frente en alto, elevando la nariz que a él le pareció encantadora. Sin embargo, no dejó entrever su atracción—, no es mi amiga y, en segundo, desconozco qué hará con el descubrimiento.

Él colocó sus manos en las caderas con una mirada severa ante la palabra utilizada por ella. Entrecerró los ojos, reflexivo, era rápido para tomar decisiones. Aún se recriminaba mentalmente por el descuido. Jamás había dejado sus defensas tan bajas, como para ser descubierto en semejante situación. Sus amigos tenían razón, la duquesa sacaba lo peor de sí mismo, esa mujer era como un veneno.

—¿Y usted? —Su tono era desafiante.

—No me gustan las intrigas, así que no tiene que temer por mí. Lady Gellywen no reconoció su voz, sí la de su amiga. Así que le sugiero mantener la boca cerrada si desea proteger su anonimato.

Mackay hizo una mueca y negó.

—Tampoco es mi amiga —confesó.

—Eso ya me quedó claro —apuntó con suspicacia, aún con un tono entre orgulloso y petulante.

—¿Por qué se escondieron para husmear en la privacidad de otros? No es el comportamiento esperado en dos damas.

—¿Y el suyo fue moralmente superior? Fue idea de lady Gellywen —completó sin nada de vergüenza.

—¿Y usted se dejó llevar? —Usó un tono mandón para hacerle ver su falta, ignorando la estocada que ella le dio a su comportamiento contrario a la moral.

—¡No elevará su voz para recriminar mi conducta! —condenó Lily con un tono altisonante —. Mejor revise su proceder. Usted sí que rompió varios cánones morales al mismo tiempo.

¿Qué dirían los honorables condes de Watford, de saber lo que pretendía hacer bajo su techo con tan distinguida dama? De no ser por la repentina llegada de su esposo, usted… Ni siquiera puedo pronunciarlo.

—*Lassie*, yo… —murmuró y se interrumpió para tragar. Ni un segundo dejó de mirarla a las pupilas. Su abatimiento ante los temas carnales lo conmovió. Quiso ser osado, tentarla. Su mojigatería era tan provocadora, lo incitaba a irrespetarla, a saborear cada zona de su rostro que se ruborizaba ante las imágenes que seguramente poblaron su pensamiento. La tentación de arrastrarla al pecado hizo que su entrepierna palpitara.

Ella, ajena a los bajos pensamientos del escocés, estaba tan ocupada impartiendo una lección moral y elevando una ceja para reprocharle el comportamiento a Mackay que no advirtió la profundidad de la mirada que la devoraba.

—Lady Lily Ann Brownlow para usted —lo corrigió. Elevó la voz, dejando su identidad al descubierto—. Aunque supongo que sí sé qué hacer con la información —continuó ensimismada —. Podría usarla en caso de que usted o la duquesa quieran dañarnos a mi familia o a mí —agregó con un tono amenazador.

—Ya le reiteré que no lastimaré ni a su madre ni a su hermano —enfatizó Gaven. Ella lo divertía en secreto y lo tentaba a la vez. Mientras más se escandalizaba por la irreverencia y el descaro de Mackay, a él se le hacía más excitante—. No entiendo por qué insiste en protegerlos después de que le hicieron derramar tantas lágrimas.

Lily seguía sentada y él de pie, cada segundo más cerca.

—Mi hermano es una buena persona, solo está muy distraído por el peso del marquesado sobre sus hombros. Ya recapacitará. Y mi madre… Bueno, es la única que tengo. No es desagradable todo el tiempo —recapacitó tratando de rescatar en su mente los buenos momentos.

—Si la duquesa se ensañara con ustedes, intervendría. No se atreverá a retarme.

—Creo que se equivoca. Su excelencia acaba de amenazarlo. ¿Acaso no sabe con quién se ha involucrado? Es hermosa, pero tiene el alma más horrorosa que he podido conocer. ¿Cómo pudo enamorarse de esa dama tan malvada?

—¿Malvada? —Tuvo que tragarse la risa por lo inocuo de su insulto. Esa mujer necesitaba con urgencia ampliar su vocabulario para que pudiera vilipendiar con más «propiedad»—. En ningún momento asumí que estoy o estuve enamorado. No sé de dónde ha sacado ese juicio tan precipitado.

—Entiendo la razón por la que su excelencia desea conservarlo —siguió hablando sin escucharlo. Aquello que salió de su boca no fue premeditado. Solo se le escapó, tras observar a plena luz los destacados rasgos del hombre—. Su cabello ondulado se ve sedoso y lleno de luz, tal como la luminosa piel de su rostro—. Al fin pudo develar el color exacto de sus ojos—. Sus iris son del azul más sublime que jamás pude apreciar y sus suaves cejas son del mismo tono cobrizo de su pelo. Eso sin contar con el resto de la envoltura, su fortaleza, su gran tamaño.

—¿Ah, sí? Continúe —curioseó interesado con la voz ronca, y remató la orden con una sonrisita tímida. Mackay no destacaba por su timidez, pero ella le hizo sentirse de nuevo como un niño.

Entonces Lily comprendió lo que hizo. La retahíla de palabras que acababa de soltar se repitió en su cabeza. Se sonrojó —todavía más— *ipso facto* y bajó la vista con rapidez hacia el libro que permanecía sobre la mesa. Trató de componer su descuido, con desespero.

—Sin embargo, esperaba más de usted. Una conducta menos… predecible y más decorosa. Ha demostrado que no dista demasiado de otros especímenes de su género. —Volvió a regañar, con el mismo tono con que su institutriz la corrigió a lo largo de los años, cuando no cumplía las

expectativas.

—Tal vez me he portado mal —decidió jugar el mastodonte.

—¡Muy mal! —Su mirada fue más severa.

—Pero, si escuchó hasta el final recordará que no todo es tan terrible —exageró elevando la voz—. Me he retractado. Ese asunto con la dama está terminado. Entiendo mis errores y quiero corregirme. Más si mis intereses están cambiando a un ritmo vertiginoso. —Seguía admirando cada rasgo de la muchacha, su delicado cuello, sus elegantes manos enguantadas, su rostro agradable, uno que no se cansaría de mirar.

—¿Se aburrió del vino añejado? ¿Buscará otros pastos más verdes? ¿Arbustos más frondosos? ¿A qué otra cosa viene un soltero a los eventos de la temporada? —atacó con un dedo levantado en dirección del varón.

—Me encanta su vocabulario —se mofó—. ¿De dónde saca esas frases tan sugerentes? ¿Pastos más verdes? Hum. ¿Eh? Tal vez redirija mi interés, sí —atacó clavándole la mirada con más fuerza, estudiando su rostro con detenimiento. Sus bonitos ojos tan dorados y brillantes como el ámbar. Adoraba jugar.

—Entonces que lo disfrute. Yo me retiro —replicó. Quería huir a toda prisa. La vergüenza aún tintaba sus mejillas por haber descrito en voz alta las cualidades del escocés—. Sería desafortunado que alguien nos viera hablando a solas en la biblioteca. Lady Lily con el salvaje *highlander*. Nadie me creería si aseguro que mi única intención es tratar de corregirlo.

—Apuesto que nadie le creería. Menos si confirmo que merezco con creces ser corregido por usted. —Su voz era ronca, con un connotado matiz sensual, que Lily, en su inocencia, no terminó de percibir.

—Lo merece, absolutamente. Pero no me corresponde darle lecciones de moral —agregó quisquillosa.

—Pienso que sí le corresponde. Hasta ahora, nadie me ha hecho replantearme mi desvergüenza y mi descaro. Ninguna criatura viviente se ha atrevido a encararme. Quizás, Dios tiene una nueva misión para usted. Odiaría tener que ir al infierno —musitó entre divertido y excitado. Sus ojos reposaban sobre los labios carmesíes de la adorable muchacha.

—Podría. Pero prefiero poner distancia entre nosotros. Nadie pensará que mi intención es honorable y que usted al fin comprendió la importancia de redimirse. Después de todo, usted es uno de los cuatro caballeros malditos y no sería justo que mi reputación se vea comprometida cuando mi conducta es intachable —continuó como un encantador loro.

Él se saboreó los labios. Mientras ella más hablaba, los deseos de Mackay de morder aquella boca rebelde, sediciosa, se incrementaban. ¿Cómo era posible que aún siguiera soltera?

—En eso tiene razón. No me perdonaría contribuir a su debacle social. Menos por un encuentro tan inocente. —Sonrió y unas arruguitas adornaron sus ojos.

Los hoyuelos de las mejillas, casi perfectos de Mackay, capturaron de inmediato la atención de Lily. Debió callarse en ese mismo momento, en que miles de mariposas, llenas de ímpetu, se agitaron en el interior de su estómago. ¿Qué le estaba haciendo ese caballero? ¿Por qué no huía? ¿Por qué seguía sin poder escapar, hechizada por el *highlander* pelirrojo?

—Debería retractarse y dirigirse por el buen sendero, cosechando intenciones más honorables con el género opuesto. —El énfasis en su tono mermó, como si la flecha de Cupido que la estaba atravesando en ese momento la dejara sin aire en los pulmones.

—No todo el tiempo «el género opuesto» tiene las intenciones más «honorables» conmigo —se sinceró, luego tragó en seco—. Incluso usted, que tiene una «conducta moral intachable» y que no juzgaría a un caballero por su apariencia acaba de resaltar lo sublime del azul de mi

mirada… —remató con una sonrisa mordaz y atrevida.

Y aquellos hoyuelos se pronunciaron cada segundo más, robándole por completo el aliento a Lily.

Mackay sabía que aquellas palabras la pondrían nerviosa. Siempre le funcionaban con las mujeres. El coqueteo descarado, la sonrisa plena. No pudo simplemente dejarla ir sin darle una dulce estocada. Él se sentía vulnerable ante la presencia de la mujer, necesitaba dejar una huella, ser memorable.

—Oh, no lo olvidará, ¿verdad? —Sin embargo, ella lejos de quedarse muda o temblar, renació de las cenizas como el Ave Fénix. Su tono se volvió más enérgico, seguro y sobre todo autoritario—. Quise decir que, la duquesa admiró esas características de su físico. No que yo o que otra dama podríamos caer tentadas con algo tan banal como la apariencia. Ciertamente, un rostro agraciado y unos músculos proporcionados solo podrían ser tomados en cuenta por una dama con un pésimo criterio. Nada más alejado del buen tino a la hora de elegir un candidato.

—¿Está pensando en casarse? ¿Cuáles son los elementos para tomar en cuenta a la hora de elegir un esposo?

—Valiente, comprensivo, amigo, fiel, amoroso… Podría seguir, pero esas son las cualidades más significativas.

—¿Y por qué considera que no puedo poseer esos rasgos? —indagó haciendo una rápida introspección a su persona y no tuvo modestia al compartirlo—: Por supuesto que siento miedo, sin embargo, eso no me detiene, lo escondo donde no me atormente su voz, y me lanzo contra lo que sea que intente dañar a los míos. ¿Comprensivo? Nadie se ha quejado de lo contrario. Intento escuchar más que hablar. Tengo amigos que considero mis hermanos y que darían su vida por mí, como yo por ellos. ¿Amoroso? Mi madre siempre se quejaba de mis excesivas muestras de afecto, pero al mismo tiempo era lo que más la hacía feliz. Y, ¿fiel con la pareja?, aún no lo he podido probar. Jamás he estado comprometido. —Hizo silencio al darse cuenta de que trataba de convencerla de su idoneidad y se recriminó por ello. ¿Por qué le importaba tanto poseer esas características que Lily valoraba?

—Solo supongo… —Se veía tan humano y concentrado que ella no pudo continuar. Lily sintió que se ahogaba con su propia saliva y prefirió hacer silencio para respirar más despacio.

—Recordaré esas palabras: valiente, comprensivo, amigo, fiel, amoroso. —Le hizo un guiño para que se relajara, el momento se tornó incómodo y lleno de tensión. Mackay creyó que podrían compaginar. En su inmenso ego, imaginó que Lily, sin saberlo, lo había descrito—. Yo de ser usted, agregaría: divertido. Porque la vida no es fácil, hay varios instantes en que el buen sentido del humor es necesario—. Tampoco olvidaré lo que dijo de mi pelo y del resto de mi apariencia. Es la primera persona que elogia el color de mi pelo. Por lo general, solo recibo quejas de…

De pronto, él lucía juguetón, seguro. Hasta dejó de estar preocupado por el escándalo que se podría suscitar si lady Gellywen se le ocurría abrir la boca sobre el *affaire* entre Mackay y la duquesa.

—Mentiroso —lo desafió más relajada. Él tenía razón, el sentido del humor ayudaba. Era una bocanada de aire fresco en momentos difíciles, lo agregaría a su lista.

—No miento —refutó risueño y esos hoyuelos se volvieron el mejor recuerdo que Lily tendría de su estancia en Riverside Park—. En Eton tuve que dar muchas palizas hasta que entendieron que nadie debía meterse con el color de mi pelo.

—Estoy segura de que, las damas opinan completamente diferente a sus compañeros de estudios. Sin embargo, ese no es el punto aquí.

—Por supuesto que no, porque no me interesa lo que piensan mis compañeros de estudios o las demás damas de mi cabello. —Otra sonrisa varonil. ¿Qué estaba haciendo esa pequeña *lassie* con sus labios que no dejaban de sonreír como si fuera un idiota? Jamás una mujer lo hizo sentirse de esa forma—. ¿Tiene planes para el baile de esta noche? ¿Usa usted esos minúsculos libritos? ¿Cómo se llaman? —Trató de recordar—. ¿Carnés de baile?

—No entiendo a qué se refiere —dijo, de pronto, sobresaltada al notar el giro de la conversación. ¿Cómo reprender a un libertino descubierto en el acto terminaba con una invitación a bailar?

—No soy buen bailarín, pero puedo sostenerla y tratar de seguirle el ritmo. Me encantaría bailar con usted esta noche.

—No me parece… apropiado, milord.

—Puedo agregar un tono más de rubor a sus mejillas. Si comienzo a hablar de sus innumerables atributos le ganaría, jamás tendría fin. Hay muchos rasgos de su apariencia que me agradan por completo.

Para su sorpresa, lejos de ruborizarse, Lily quedó blanca como la leche y cada segundo palidecía más.

—Hum. No es una competencia. Y no lo estaba elogiando. Buen Dios. ¿Podría bajar de la nube en que sigue suspendido? Solo intenté poner en palabras la realidad de por qué una dama como su excelencia, decidió desafiar las reglas establecidas y arriesgar su reputación y la de su familia.

—*Och, aye* —se limitó a asentir. No explicaría que ese riesgo no era la primera vez que lo corría. Ya había corrompido demasiado la inocencia de la joven dama.

—Deje de importunarme y dedíquese a enmendarse —lo sermoneó, pero era consciente de que la petición la sacudía desde sus cimientos. No obstante, se esforzó por no demostrarlo—. No me mire como si fuera una manzana susceptible de ser mordida.

—Llevo rato mirándola de esa forma. ¿Por qué hasta ahora se ofende?

—Porque estaba más ocupada en hacerlo entrar en razón, y quizás no soy tan rápida como usted para entender las verdaderas intenciones. Insisto, deje de mirarme así. Es reprobable. —Se levantó y se cruzó de brazos—. Acaba de terminar con el corazón destrozado por tener que renunciar a su amante. ¿Y ya está buscando reemplazo? No sé si es consciente de que me ofende su comentario.

—Si escuchó bien, habrá comprendido que mi corazón está muy sano. Jamás ha recibido ni siquiera un rasguño. Y buscar un reemplazo para la duquesa con usted sería muy osado. Sé que es una dama soltera con una madre y un hermano dispuestos a resguardar su honor a toda costa. Lo que es sinónimo de matrimonio.

—Usted debe cerrar la boca por el amor de Dios. Cada palabra que pronuncia lo hunde más profundo en el desatino. Sugiero que hagamos como que no ha pasado nada, como si jamás nos hubiésemos cruzado en el camino del otro. Yo seguiré tratando de pasar inadvertida, y usted haga… lo que sea que acostumbra a hacer con su tiempo. Con su permiso, milord.

—¿Por qué tan fría de pronto, *lassie*? Pensé que nos estábamos entendiendo bien. Creí que teníamos un flechazo —soltó con la voz ronca—. ¿Eso quiere decir que no me concederá un baile esta noche?

—Oh, ¿por qué insiste en llamarme con esa palabra que bien podría ser el nombre de un *poodle*?

—¿Por qué cree que es el nombre de un animal?

—La musicalidad de las sílabas suena como el nombre que se le pondría a un faldero.

—Es una forma de decir muchacha o muchachita en escocés, ¿por qué le desagrada? Estoy siendo amigable.

—No es que me desagrade, es solo que… lady Lily es más apropiado. Y no soy fría, pero jamás he dejado llegar tan cerca a libertinos como usted. Tal vez bajé la guardia un segundo…

—Más que un segundo.

—En ese caso ya estoy recobrando la razón.

—¿Me anotará en su carné esta noche?

—Ya no bailo en los eventos de la temporada. Solo he venido a acompañar a mi hermana que ha sido presentada recientemente.

—¿Usted no es una de las debutantes?

—¡Oh, no! —contestó sorprendida por el desfase—. No, mis temporadas pasaron ya. —La vergüenza volvió a teñir sus mejillas. ¿La vería diferente al saber que era una solterona?

—Parece tan joven para estar descartada. —Se arrepintió *ipso facto* de sus palabras.

—Eso sí es un elogio. Para el resto de la sociedad he perdido mis mejores años.

—Son unos idiotas —la defendió—. Tal vez la ayude saber que ninguna de las debutantes me parece atractiva, son como niñas para mí. Mis intenciones románticas las pongo en mujeres, no en criaturas a las que casi les doblo la edad.

—¿Tan mayor es usted? —preguntó asombrada, pero igual se arrepintió de su comentario, por lo descortés y por lo invasivo a la privacidad del caballero.

—Treinta y dos años, e igualmente todos piensan que a mi edad es un desperdicio seguir soltero. Ya tendría que haber engendrado una legión de herederos.

—¿Y por qué no lo ha hecho? Perdón, no debí preguntar. Supongo que la dama en la que puso sus afectos ya estaba ocupada. ¿Es eso? ¿Un amor imposible como en las novelas?

Él curvó la parte derecha de la boca, y sobre el pómulo de ese lado de la cara lució su perfecto hoyuelo.

—Me reservaré mi respuesta un poco más. Conteste usted primero: ¿por qué no se ha desposado? Es bella, inteligente… y por Dios que no aburriría ni al más frío de los mortales.

—Pregúntele a su excelencia, la duquesa de Brandon, ella opina todo lo contrario —arremetió resentida contra la responsable de su caída.

—¿Qué me está queriendo decir? —Mackay abrió mucho los ojos.

Lily hizo una reverencia y ya sin poder contener las ganas de salir corriendo, se alejó despacio con paso seguro.

Capítulo 9

Previo al baile de esa noche, los cuatro caballeros malditos se encerraron en el estudio de Watford. Estaban replegados y decididos a recrudecer sus acciones. Hasta ese momento sus indagaciones no rindieron frutos. El anfitrión sacó varios documentos, que esparció sobre su escritorio. Los apuntes relacionados con las pistas que reunieron para llegar hasta donde se encontraban en ese momento:

El listado de los invitados al baile de Regina.

La lista de los sirvientes que atendieron esa fatídica noche.

Un papel con los cinco nombres de los mensajeros y sus descripciones físicas.

Una escasa descripción del «señor Smith», el hombre que contrató a los sirvientes para que entregaran las notas a los cuatro caballeros malditos. Voz rasposa, olor a tabaco, flaco, alto, espeluznante.

En cuanto a este último, repasaron concienzudamente la lista de caballeros.

—Hay invitados que no encajan en el perfil del señor Smith —advirtió Warwick.

Los caballeros se miraron con los rostros muy serios. Entre todos comenzaron a hacer una reducción de la lista de invitados con la intención de quedarse con aquellos que encajaran en la imprecisa descripción del señor Smith —tanto por la escasa luz en la que se presentó ante Cobbins, como la falta de objetividad de aquel—. Pero era lo que tenían.

La voz rasposa la pasaron por alto, podría ser una simulación. Por lo demás, era bastante vaga la descripción, pero comenzaron con cinco posibles sospechosos:

—El americano que estuvo a punto de comprometerse con lady Regina —dijo en voz alta Watford mientras lo anotaba.

—No es espeluznante —apuntó Wild—, pero es bastante desagradable físicamente. Tal vez para Cobbins eso cuenta como espeluznante.

Ninguno se rio por el comentario con tono hilarante, porque estaban hablando de algo muy serio, pero en sus ojos se reflejó la jocosidad.

—Lord Hereford, vizconde, y amigo del anterior, quien lo introdujo en los círculos de la alta nobleza londinense —propuso Warwick y todos asintieron ante la sugerencia—. Incluso, quizás están confabulados. Pongamos esa observación al margen.

Estuvieron de acuerdo.

—El conde de Perth conocido por su aura bastante oscura, aún soltero porque a pesar de tener una cuantiosa fortuna las matronas le huyen como si de la peste se tratara —convino convencido de su cualidad de sospechoso Wild.

—Creo que las matronas le huyen porque Perth es bastante feo, no querrán nietos a los que no deseen mirar —se burló Warwick. Y ahí, ya ninguno pudo mantener la compostura. Se rieron para soltar la tensión que los recorría.

—Como siempre dice Mackay, el sentido del humor puede ayudar —añadió Watford para que no se sintieran tan mal por bromear con el aspecto del hombre, más porque estaba en juego recuperar el honor y no era momento de mofarse.

—El barón Dudley —masculló Mackay.

—¿Ese insulso? —preguntó incrédulo Wild de que hubiese elegido a aquel entre todos los invitados altos, flacos y poco agraciados.

—Desconfía de los que tienen cara de tontos. A mí no me da buena espina —arremetió Mackay alzándose de hombros.

—El mayordomo de lord Barrington —soltó Warwick.

—¿Y ese por qué? —preguntó Watford confundido—. Ni siquiera está aquí esta noche.

—Es bastante espeluznante —agregó Warwick con una ceja levantada—. Además, no colaboró mucho con nuestra investigación. Y por probabilidades, siempre hay un mayordomo involucrado en crímenes sin resolver. Son silenciosos, astutos y pueden entrar y salir sin levantar sospechas.

—De acuerdo —comentó Watford y lo anotó en la lista. Nadie puso objeción.

En cuanto a los sirvientes, ya tenían al primero, a Cobbins, el que contactó a Watford con la nota indicándole que se encontrara con lady Regina en el lugar de los hechos. Gracias al que podían avanzar en la investigación, pues les aportó la descripción del señor Smith. Tras ser descubierto, el hombre se quedó al servicio de Watford como «secretario», mientras se le pagaba para que ayudara en la investigación. Su mayor motivación fue el dinero, pero también su horror al comprobar que sin saberlo formó parte de una red que terminó con la vida de una persona. Para el nuevo puesto, Watford lo estuvo capacitando desde que establecieron el pacto de colaboración. Y Cobbins, a pesar de sus limitaciones, se esforzaba para mantener su posición.

Cobbins, a su vez, conocía a otro de los cinco, el que estuvo fuera de Londres y fue difícil de contactar, hasta que pudieron dar con él: Foster, con quien tenía una relación desde la infancia, y quien lo recomendó al señor Smith.

—Cobbins hizo los arreglos para que nos reunamos con Foster el siguiente mes —informó Watford.

—Es una pena que no lo haya localizado antes, habría sido de ayuda esta noche —se lamentó Wild.

El evento de aquella semana no solo cumplía al propósito ideado por Céline —mejorar la opinión que la sociedad tenía de los cuatro caballeros—. Ellos invitaron exactamente a las mismas personas que asistieron al último baile de la temporada de 1819 en Hedge Place. Y por supuesto, a las debutantes más destacadas y sus parientes, pues estas eran el gancho para los solteros y las familias que deseaban casar a sus hijos.

Exactamente, no todos los invitados del baile funesto acudieron. Fitzgerald Lightwood, marqués de Barrington, se negó a asistir a la casa de uno de los sospechosos de la muerte de su hija. Con el mismo ímpetu que los malditos trataban de desenmascarar al asesino, Barrington se esforzaba en declararlos culpables. Cada día estaba más lleno de odio contra Watford, Warwick, Mackay y Wild. Por eso, se ensañaba para verlos caer y sepultar la reputación de los hombres en lo más hondo. Incluso, patrocinaba a uno de los *magazines* que más insistía en su culpabilidad.

Mackay no podía concentrarse en lo que discutían los demás, estaba impaciente por dos motivos: Conseguir que cierta dama aceptara ser su pareja de baile al menos una vez. Y, coincidir discretamente con lady Gellywen para comprar su silencio.

No poseía fama de conquistador, tampoco era un monje, pero prefería mantener sus relaciones en el más absoluto secreto. Si su romance con la duquesa salía a la luz, no solo la dama vería su reputación destrozada. Él tendría problemas con el duque y con el protector de Chastity.

Warwick azotó con violencia sobre el escritorio un ejemplar de The Society Review que estuvo revisando. Mackay volvió la vista hacia él de inmediato. Alguien trajo de Londres el último número de aquella publicación periódica de corte sensacionalista y terminó en las manos de Adrian.

INVITACIÓN PARA RENOVAR REPUTACIÓN
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
25 de enero de 1821

Para nadie pasa desapercibido que ciertos caballeros continúan en libertad cuando sus destinos debieron tener un giro totalmente distinto, si la justicia se valiese de medios más eficientes. Pero en tiempos de la ineptitud, los canallas se salen con la suya.

Lord Barrington ya no sabe qué recurso utilizar para que la investigación de los Bow Street Runners marche por algún camino.

¿Los cuatro caballeros malditos pretenden borrar la memoria de Londres invitando a lo más destacado de la nobleza a los dominios de los Watford? ¿Y en Riverside Park, de qué engaño se valdrán para ganar la simpatía de los presentes? Han aprovechado el receso parlamentario durante cuatro días para engatusar a los ingenuos aristócratas que no han dudado en alistar sus carruajes, y dirigirse a la propiedad cercana a la ciudad, motivados por la curiosidad y sus insaciables ganas de cotillear.

¿Cuándo tomarán conciencia de la gravedad de la situación, hasta que alguien más salga lastimado?

Por suerte, los condes de Ross han recapacitado y han cancelado el compromiso de su hija, lady Clarissa Walker, con uno de los cuatro implicados. No queremos ver a otra familia lamentar un suceso tan penoso, como el que aqueja a los Barrington.

Sí, la prometida de Warwick terminó por alejarse. Aquel percibió que su compromiso comenzó a tambalearse tras el escándalo ocasionado por la pérdida de lady Regina. Después del hecho, la desconfianza de los padres de lady Clarissa aumentó al grado de que, siempre usaban evasivas para evitar sus visitas. Tal vez debió prever el desenlace. Sin embargo, se aferró a una solución. Continuar en el centro de las acusaciones junto a sus amigos, apresuró el rompimiento.

—Hasta el último segundo confié en que mi compromiso con lady Clarissa se iba a salvar —se lamentó Warwick—. No puedo creer que esto también me lo arrebató el bribón que nos ha inculpado.

—Lo siento mucho, amigo —le dijo Watford.

—Hay que hacer una pelota con ese *magazine* sensacionalista e introducirlo en la boca del petulante y desinformado escritor —masculló Wild para solidarizarse con Warwick.

—Si averiguamos quién es, con gusto puedo brindar el servicio —aceptó Mackay.

Los cuatro intercambiaron miradas. Era imperioso que descubrieran al sujeto que degolló a lady Regina Lightwood en el laberinto de setos de la mansión de su padre, a la escasa edad de dieciocho años. Cuando no solo tenía todo para brillar, sino que, además, era considerada la debutante de oro de la temporada.

—¿Cobbins está listo para esta noche? —Mackay escuchó que Wild le preguntaba a Watford.

—Se mezclará discretamente entre los invitados, como si fuera un sirviente. No pudo llegar antes, encontrar a Foster le llevó más tiempo que el estipulado. Espero que descubra entre los asistentes al hombre que lo contrató o todo lo que hemos hecho habrá sido en vano.

—Al menos tenemos un plan —masculló Mackay.

—Por algún punto tenemos que continuar, después del fiasco que nos llevamos tras descubrir que no solo era un sirviente, el que nos entregó el mensaje que nos citó en la fuente de Artemisa.

—Al menos los Ross encontraron una excusa válida para no asistir —dijo para referirse a los padres de Clarissa—. No tendrás que lidiar con ellos, Warwick, mientras nos concentramos en la misión de esta noche. —Trató de calmarlo Watford nuevamente al ser evidente su ofuscación—. Espero que todos estén a la altura y dejen el arte de conquistar para otras ocasiones. —Su última sugerencia iba dirigida hacia Wild y Mackay.

—Yo no he venido con el afán de seducir a nadie —se defendió Wild alzándose de hombros—. Los enredos de faldas en esta ocasión le corresponden a Mackay. Me encantará ver cómo apaciguará al duque de Brandon, sin borrarle la sonrisa a la duquesa —agregó guasón.

—No tengo problemas para eso. El duque está interesado en comprar unos purasangres. Y ya estoy pensando en buenos ejemplares que harán que su excelencia olvide todos sus problemas. Sabemos de su afición por los caballos de carreras, y estos tienen todas las características para volverse campeones.

—Supongo que, le harás un descuento especial al elevado precio que seguramente tendrán —jugó Wild con una cínica sonrisa.

—¿Cómo podría? Su excelencia dudaría del valor de mis purasangres. El precio habitual será parte del acuerdo —replicó Mackay y sus amigos negaron mientras sonreían.

—Lo que es «habitual» es que terminas cerrando buenos tratos, incluso con el esposo de tu amante —indicó Warwick.

—Ese asunto forma parte del pasado —informó para actualizarlos en sus últimos acontecimientos—. Con la venta de los caballos pienso concluir en términos civilizados con su excelencia. Y, de ahora en adelante, agradeceré que no hagan más bromas al respecto. Quizás fui descuidado y bajé la guardia al no mantener su identidad a salvo de los curiosos.

—En eso no puedo estar más de acuerdo —emitió Watford pensando cómo conducir a sus amigos de vuelta al tema que les correspondía—. Si Wild y Mackay no tienen intenciones de seducir o conservar amantes, me parece perfecto. No convoqué a toda esta gente pomposa que me ha señalado con sus dedos índices desde el funesto suceso, para que el asesino se nos vuelva a perder como un grano más de arena en el desierto.

—Tienes razón —convino Warwick y tanto Gaven como el marqués asintieron con seriedad.

Los hombres se despidieron y cada uno se dirigió a sus habitaciones, con la intención de prepararse para la cena y el gran baile que tendrían después.

Cuando Mackay traspasó el umbral de su dormitorio en el área reservada para los solteros, se encontró con un hombre de baja estatura de pie, aguardando.

—¿Usted quién es? ¿Y qué hace en mis aposentos?

—Perdone mi intromisión, milord. La condesa de Draymond me dio este documento y me pidió que aguardara aquí y se lo entregara al entrar.

Mackay observó unas prendas de vestir dispuestas sobre la cama, estaban perfectamente planchadas y eran ¿nuevas? Levita, corbata, pantalones, incluso unos elegantes zapatos.

—¿Y esas vestiduras formales? ¿Lo acompañaron también durante su invasión en mi dormitorio?

El hombre por toda respuesta volvió a extenderle el sobre cerrado, que Mackay tomó tras hacer una mueca de fastidio. Lo que le faltaba.

Leyó con una expresión reflexiva y al final negó. Kate había cruzado todos los límites. ¿En qué momento acudió a los terrenos de los Luddesdown a contratar los servicios del ayuda de cámara del difunto? Servicios que seguiría pagando él, por supuesto. En la nota, apelaba a la caridad de Mackay para que el hombre conservara el empleo, puesto que el anterior vizconde descansaba en paz.

En «agradecimiento» a Mackay, por la supuesta «buena obra», Kate —que al parecer había trasmutado en una samaritana—, le obsequiaba a Mackay ese estupendo vestuario que podría lucir en el baile de gala de esa noche.

—¿Entonces la condesa de Draymond lo ha contratado a mi nombre?

—¿Eso ha hecho? —preguntó el sirviente confundido—. No pretendo incomodarlo, milord. La condesa de Draymond, llegó con lady Luddesdown a preguntar por mi disponibilidad. La vizcondesa le comunicó que yo había quedado sin funciones evidentes, y que ayudaba al servicio

en otros menesteres inferiores a mi estatus a la espera de la posesión del nuevo dueño.

—Su estatus —masculló Mackay y luego chasqueó la lengua—. ¿Me dirá que tampoco sabe nada de estas vestiduras? —preguntó señalando la ropa que continuaba sobre la cama.

—Son suyas.

—¿Cómo llegaron aquí?

—La condesa de Draymond solo me dijo que trajera conmigo el guardarropa que usted encargó al antiguo sastre del anterior vizconde. Lo felicito por la elección, es el mismo que viste al duque de Pemberton. Aunque, el sastre me pidió comunicarle, que para las demás piezas que dejó encargadas, lo espera en Londres esta temporada. Mencionó que fue una proeza confeccionarlas, con las medidas que le fueron entregadas.

Mackay carraspeó, casi se atora con su propia saliva. Reaccionando se dirigió al mueble alto de cedro y lo abrió de par en par para descubrir dentro chaquetas, camisas, chalecos, pantalones, corbatas, sombreros de copa, y todos los accesorios que podría necesitar para día, noche, cenas formales y demás ocasiones.

—¿Cuál es su nombre?

—James Harrison.

—De acuerdo, Jimmy, supongo que está usted contratado. Ahora desaparezca y déjeme tomar un baño en paz —exigió mirando la tina dispuesta con el agua caliente.

—Mi antiguo señor me llamaba Harrison, como corresponde a mi rango. Si usted me llama Jimmy seré el hazmerreír de los lacayos y demás sirvientes —agregó con afectación. El nuevo ayuda de cámara era el sujeto más pomposo y con maneras más refinadas que Mackay había visto. ¿Acaso se creía parte de la nobleza? Ni siquiera el mayordomo de Watford era más estirado que él—. Estaré atento para ayudarlo a vestirse cuando termine de asearse.

—Jimmy —agregó con espontaneidad, pensando seriamente si despedirlo iba a ahorrarle dolores de cabeza a futuro, tampoco tenía que conservar a toda la servidumbre de las propiedades Luddesdown—, lo veré mañana a primera hora para conversar sobre su puesto.

—La condesa de Draymond dijo que… —replicó a regañadientes, por la forma en que se refería a él, y por su negativa a valerse de sus sofisticados servicios.

—Seré yo quien pagará su sueldo, así que puedo poner ciertas exigencias. Tómese la noche libre.

El hombre hizo un gesto de molestia, él también lamentaba la pérdida de su antiguo y elegante señor. Pero enseguida, recordó que necesitaba conservar su posición con el nuevo dueño de las propiedades e insistió con sutileza.

—Tomarme la noche libre… jamás con un baile de gala en puertas. Nunca permitiré que usted se queje de mi falta de responsabilidad.

El ayuda de cámara acudió hasta la cómoda de roble de donde tomó los afeites que Mackay iba a necesitar, y comenzó a acomodarlos para tenerlos a la mano.

Mackay pensó en la joven Lily y en cuánto deseaba ese baile. ¿Qué tenía que perder?

—De acuerdo, Jimmy —lo llamó así para molestarlo—. Lo dejaré hacer su trabajo, pero si no es tan bueno como presume, tendrá que recoger sus pertenencias y buscarse otra posición en la casa de otro aristócrata. Está a prueba. Estoy pensando en casarme, o por ciertas circunstancias, tengo la necesidad de contraer matrimonio. Las matronas huyen despavoridas de mí. Si usted logra que me vean con más aceptación, podrá quedarse a mi servicio.

A regañadientes, y a la par de las protestas de Mackay, Harrison hizo su mejor labor aquella noche. Cortó del cabello solo lo necesario, para que el azul de los ojos de Gaven se luciera en su rostro. Afeitó la barba de varios días, para darle un aspecto más pulcro que no

desentonara con la exquisita vestimenta. Lo peinó con unas pomadas de olor que no solo le hicieron verse más prolijo, sino que lo dejaron con un olor varonil que el conde no pudo negar que le agradaba.

Al terminar se miró en el espejo, arrugó el ceño ante la sorpresa de lo que le devolvía su imagen. La fiereza de su semblante todavía estaba ahí. Su nuevo atuendo, lo acercaba a la moda que lucían los caballeros ingleses. No felicitó a Harrison, porque ese petulante ayuda de cámara ya tenía la victoria y la celebración reflejadas en el rostro. Solo le lanzó una mirada de aprobación y estuvo listo para llegar al baile.

***

Cuando Mackay hizo su arribo, varias miradas lo recorrieron de pies a cabeza. Algunas con disimulo y otras con total atrevimiento. Incluso, varias matronas se mostraron interesadas, más con los rumores en el ambiente de su nuevo título y las propiedades que poseía. Las más desequilibradas estuvieron a punto de pasar por alto la reputación manchada y el riesgo implícito, tras su calidad de sospechoso del crimen sin resolver, con tal de asegurarle a una de sus hijas un futuro próspero económicamente.

Kate desde su sitio, con su esposo a su lado, no pudo evitar lucir una sonrisa cómplice. Sacó la lista de su ridículo y tachó tres enunciados más, mientras celebraba en silencio.

~~*Primero: Convencerlo de que un ayuda de cámara es tan importante como respirar*~~.

~~*Segundo: Dejar que el ayuda de cámara le haga un corte de cabello a la moda —y nos libre de tener que seguir presenciando esa horrible melena—, lo afeite y le recomiende cómo vestir. (Lo que lleva al punto número tres)*~~.

~~*Tercero: Incinerar su aborrecible guardarropa y encargar uno nuevo, confeccionado a la medida, con todos los atuendos necesarios según las estaciones y las actividades del día. (No olvidar los aditamentos y las pomadas para el cabello)*~~.

~~*Cuarto: Convencerlo de viajar a Londres*~~.

Quinto: Enseñarle a bailar.

~~*Sexto: Introducirlo en los eventos de invierno en compañía de un caballero respetable, que le ayude a elevar su estatus*~~.

El éxito era casi rotundo, ahora solo le quedaba valorar los esfuerzos del hombre en la pista de baile, antes de contratar al maestro idóneo para instruirlo.

—Solo falta convencer a Mackay de que unas clases de baile pueden ampliar sus posibilidades —le dijo la dama a su esposo.

—Mackay no cederá —opinó jocoso Alec, quien tampoco dejaba de observar a su amigo.

—Ha cedido en otros puntos de la lista. Parece que la motivación de encontrar una esposa ha sido efectiva, de lo contrario, Su Majestad insistirá en que despose a la viuda de Luddesdown.

Alec reprimió unas carcajadas y lo que pensaba al respecto: «¿por qué el rey se ensaña así con mi amigo?». La dama no solo lo superaba en años, sino que tenía un rostro muy peculiar.

Capítulo 10

Lily entrecerró los ojos al hacer acto de presencia en el salón donde sería el baile. Por un instante, quiso contagiarse del entusiasmo que veía en Susannah, pero tenía que admitir que le costaba tener sueños y anhelos otra vez. No tardó en alejarse de su madre y su hermana, que recibían las atenciones de tres caballeros que solicitaban que sus nombres estuvieran en el carné de la debutante.

Pronto divisó a su hermano. Julian acudió presto en defensa de Susannah. Coreado por las protestas de la marquesa, comenzó a despachar a los entusiasmados pretendientes.

Lily coincidía con el cabeza de familia, Susannah era demasiado joven aún y fácilmente impresionable. Con el mismo furor que Amber deseaba que la muchacha atrapara a un buen partido la primera temporada, Julian que era más sensato, prefería que se diera el tiempo uno o dos años para estudiar a los candidatos. Más, tomando en cuenta que un matrimonio era para toda la vida.

Sintiéndose fuera de lugar, Lily se escabulló despacio hacia el fondo del salón, hasta que su espalda topó la dura pared, exquisitamente empapelada.

—¿Qué hace aquí tan alejada de la pista de baile? —Una voz conocida la sorprendió por la izquierda.

—¿Usted? —preguntó asombrada por el evidente cambio. Mackay le sonreía sin nada de discreción.

Lily miró en derredor, preocupada por levantar suspicacias. Lo que no tardó en notar, fueron varios pares de ojos sobre ellos, los que antes curiosearon acerca del nuevo aspecto del conde.

—¿Me guardará uno de los bailes de esta noche en su carné? —interpeló galante. Lily había olvidado la última vez que recibió una invitación semejante.

—Creí haberle explicado que desde hace bastante tiempo me rehúso a poseer carné alguno —le recordó.

Los caballeros no solían invitarla con frecuencia, pero cuando ocurría, buscaba un pretexto para negarse. Se rehusaba a ponerse en una situación similar a la que la dejó en ridículo en el pasado. Salvo en ocasiones familiares, donde su hermano la invitaba a bailar.

Gaven la interrumpió para extenderle un pequeño libro con el encuadernado de concha nácar.

—Eso ya no es un problema. Un detalle de lady Watford —le informó. Él se atrevió a tomar uno del montón donde Céline agrupó algunos para las que no poseyeran el propio. No había excusas para no bailar.

—Tengo dos pies izquierdos, y si eso no fuera humillante por sí solo, hoy se encuentra en el baile, la dama responsable de que el vergonzoso momento en que pisé el pie del marqués de North —dijo para referirse al título de cortesía de Henry, el hijo de los duques de Brandon—, quedase grabado en la memoria de todos los asistentes.

—*Och*, qué terrible —susurró exagerando su reprobación—. ¿Y por qué esa dama sentiría especial interés porque usted baile conmigo? No tengo los pies delicados del lord North, así que puedo sobrevivir a un número considerable de pisotones —soltó sin más. Lily no pudo evitar mirar los grandes pies de Mackay, que, seguramente, no se inmutarían ante sus pisadas. Él logró sacarle una sonrisa, y ella solo se dio cuenta cuando el conde hizo la observación—. La he hecho reír, eso merece un baile en agradecimiento.

La joven se llevó una mano a sus labios, luego lanzó una mirada coqueta en dirección del

mastodonte que aún la miraba conmovido. Lily notó que estaba siendo menos estricta al guardar las maneras. De inmediato, se recriminó su comportamiento.

—Así que ya sabe de la animadversión de «su amante» —susurró para referirse a ella de ese modo— hacia mí.

—Cuando me habló de dicha «animadversión», me di a la tarea de investigar. Estoy dispuesto a echar por tierra los malintencionados comentarios y demostrar que usted es una estupenda bailarina. —Trató de animarla. No era el primero que lo hacía, Julian siempre insistía en elevarle la moral cuando bailaban en las fiestas familiares. Hasta que recibió el título y su carácter se agrió y dejaron de importarle esos temas.

—Pero en realidad no lo soy.

—Quizá nunca tuvo una pareja de baile a su altura.

Lily suspiró y se le quedó viendo. La expresión de él era imparable. Parecía que nada de lo que ella usara como argumento iba a permitirle salirse con la suya. Mackay estaba decidido a sacarla a bailar. En realidad, la oportunidad que él le ofrecía era un anhelo que tuvo por mucho tiempo: danzar conducida del brazo de un caballero que la mirara como si fuese la dama más deseable y valiosa del lugar. En ocasiones, soñaba que dejaba a todos impresionados tras una ejecución perfecta en la pista. Pero, no solo influyeron los rumores en su retraimiento social, también su propio temor a volverse a colocar en una situación como la vivida.

—Usted me insinuó que tampoco es un bailarín consumado. —Buscó evadir la invitación por otro camino.

Mackay carraspeó.

—En ese caso tiene todavía menos que temer. No seré pretencioso, ni trataré de sacar ventaja. Iré a su ritmo, como se espera que haga un caballero.

—¿Jamás se rinde, *highlander*? De acuerdo, usted gana —musitó con la frente en alto, sacando a relucir su dignidad.

—No sabía que estábamos en algún tipo de competencia —agregó con sarcasmo con una sonrisa victoriosa, deseando tomarla entre sus brazos, aunque solo fuera para bailar.

Lily hizo la anotación correspondiente en su nuevo y recién estrenado carné, y después le extendió la mano a Gaven. Le concedió el primer vals. No se engañaba, aceptó porque también se moría por dejarse envolver por sus fuertes brazos y tenerlo muy cerca.

Caminaron de la mano hasta el centro de la pista. La vista de los demás invitados no se despegó del espectáculo que estaban dando. El maldito *highlander* y la solterona con dos pies izquierdos. Pero ella lucía magnánima con aquel vestido rosado oscuro con detalles en rojo y encaje dorado que realzaba el tono de su piel. En total armonía con la figura del varón. Como si estuvieran hechos él uno para el otro: Lily para dejar protegerse por la fortaleza de aquel hombre, Gaven para adorar la delicadeza de aquella mujer.

Cuando la orquesta estaba a escasos minutos de comenzar a tocar, ella le susurró con el aliento contenido:

—Espero que no se arrepienta —emitió con los nervios tan agitados como un torbellino, y mirando a los pies de ambos, contando mentalmente para no errar los pasos.

—Míreme a los ojos, hermosa *lassie*. No deje de hacerlo mientras dure la música.

Lily se estremeció por el sonido de su voz. Era una caricia para sus oídos.

«Bella», pensó Mackay admirando cada trozo de piel que no era cubierto por su vestido, así como las enormes pestañas oscuras que intensificaban el brillo ambarino de su mirada. Respiró hondo, llenándose de su aroma que la hacía única entre tantas criaturas en la tierra. Olfateó al tenerla más cerca para descifrar ese olor dulzón y cremoso que la hacía desearla. De no haber

estado rodeados de invitados, la habría aproximado contra su pecho, le susurraría que no tenía nada que temer, que iba a cuidarla, que la haría volar de ser preciso para que todos descubrieran la maravilla que él veía en ella.

—¿Qué *haaaace*? —preguntó dubitativa al verlo olfatear en su dirección.

—Miel y almendras —acertó triunfante—. ¿Cómo puede una criatura oler a algo dulce y sabroso? ¿Es un truco para hacernos enloquecer a los hombres?

—Definitivamente, usted lucirá como un caballero, pero no deja de ser atrevido a la hora de ofrecer sus impresiones —musitó tratando de contener su exaltación—. ¿Tiene olfato de sabueso?

—Solo me dejé llevar —se justificó—. Tal vez crucé algunos límites. No suelo cortejar a las damas casaderas. —Aquella palabra se le escapó y los dos se miraron inusitadamente.

—¿Me está cortejando? —le cuestionó y los latidos se apresuraron.

—No quise decir eso... —Exhaló con fuerza, se estaba metiendo en problemas.

—Le responderé su duda sobre mi olor, si no vuelve a sacarlo a relucir —concedió y él dejó sus labios sellados en una línea, deseando saber todo de ella—. Mi perfumista es un gran admirador del antiguo Egipto, y me ha preparado un bálsamo que no solo huele estupendo, sino que ayuda a la sensibilidad de mi piel en invierno.

—Su piel… ¿es sensible? Sin embargo, luce estupenda —De inmediato, quiso deslizar sus dedos por aquellas áreas descubiertas, como su recatado escote, el cuello… Pero, se conformó con percibir lo que el tacto le ofrecía sobre la tela de sus guantes o su vestido—. Ese ungüento que huele como algo que usaría una diosa egipcia es encantador —se interrumpió, otro comentario similar le iba a costar el baile. La muchacha se ruborizó por completo. Se recriminó. Necesitaba hacerla sentir segura para que el baile no terminara en un desastre como le ocurrió con North.

—Lo siento si mi curiosidad se ha salido de control. De pronto me interesa saber todo sobre usted. ¿Cuáles son sus comidas o bebidas favoritas, sus pasiones, el lugar que más ama, el recuerdo más feliz que conserva? —Se detuvo cuando comprendió que jamás le importaron los intereses personales de otra dama.

—Necesitaré tiempo para responder cada pregunta, por lo pronto podríamos concentrarnos un poco, para pisar en el sitio correcto. Todos nos miran.

Ella, respiró hondo, y sus mejillas comenzaron a perder el rubor, poco a poco. En vez de lucir ofendida, se veía que el comentario le pareció divertido —a pesar del guiño de picardía—, como si Mackay necesitara corrección.

La música hizo su arribo y el conde la sostuvo con más firmeza entre sus brazos, y más cerca de lo usual; pero le dio la confianza suficiente a la muchacha para dejarse llevar.

—Lo sé, pero ya le he dicho cuál es el truco. Míreme. ¿Está lista?

—No dejaré de mirarlo a los ojos —susurró ya sin importarle cruzar la línea del pudor.

—Yo tampoco. La cuidaré en cada segundo.

Lily clavó sus pupilas en el azul de los pozos insondables del hombre, y de pronto, sintió como el hechizo de la música se coló por sus poros, poseyéndola y haciéndola girar con una espléndida sonrisa en el rostro que se ensanchó con cada compás.

Y los pasos que aprendió años atrás fluyeron, la ansiedad ante tal demostración quedó en segundo plano y los dos brillaron como jamás lo habían hecho en un salón. La seda y el encaje de su vestido se mecían con elegancia, la mirada gallarda de él jamás abandonó los ojos femeninos y cuando se acercaron más, ella percibió el calor corporal de Gaven como una extensión de sí misma. No quería que terminara la comodidad que sentía. Pasados los límites que

ambos se permitieron, Lily sintió que podía hablar con él de cualquier tema sin sentirse intimidada.

—Menta —murmuró al fin, llenándose de seguridad—. Usted huele a menta.

—¿Y qué le parece? —preguntó cercano. No supo cómo la muchacha atravesó la barrera del recato y terminó siguiéndole el juego hablando de olores, pero le encantaba.

—Es agradable y fresca.

Mackay celebró para sus adentros la atinada elección de Harrison y sus pomadas, —tendría que conservar al ayuda de cámara aunque fuera un fastidio—. A él jamás se le habría ocurrido prepararse para un baile con otra sustancia que no fuera jabón.

El azul cada vez más cercano al ámbar, los alientos entrecortados, las sensaciones desbocadas, los latidos disparando borbotones de sangre frenética, la temperatura corporal en ascenso y las terminaciones nerviosas más receptivas. Unas ganas de abrazarse y juntar sus bocas los devoraban desde las entrañas. Lily sentía sus labios palpitantes, el instinto le indicaba qué necesitaba y cómo conseguirlo. Gaven solo tenía en la mente la orden que el deseo repetía una y otra vez: calmar sus ansias de estrecharla y saciar la sed que castigaba su garganta.

Cuando el vals terminó, no querían soltarse, pero las miradas indiscretas seguían posadas en ambos. Todos esperaban sus reacciones. ¿Pasaría invicta Lily Ann Brownlow aquella prueba? ¿O terminaría por hacer un espectáculo todavía más escandaloso que el que aconteció con North?

Con dificultad, despegaron sus dedos del cuerpo del otro. Se soltaron con la renuencia y los apetitos insatisfechos que clamaban ser colmados.

Lily sintió que el soplo de dicha que se apoderó de su cuerpo, volvía abandonarla. Se percató del efecto que causaron en el resto. Varias matronas no le quitaban la vista de encima a los dos.

En breve, Gaven tuvo a algunas madres deseando presentarle a sus hijas y ella, a caballeros solicitándole la siguiente pieza. «¿Qué está sucediendo?», pensó, mientras buscaba los pretextos más convincentes para despachar a los interesados.

Un señor, que no conocía, muy pronto acudió a ella con lady Seymour del brazo, y su madre no tardó en hacer los honores:

—Hija mía, te presento al señor Hanks, amigo entrañable de lord Hereford.

—Encantado de conocerla, milady —dijo aquel con acento americano.

Lily arrugó el entrecejo y se quedó observando al señor, rápidamente disimuló su primera reacción. No era extraño que su madre le presentara hombres mayores, decidida a no rendirse en su afán de buscarle un esposo. Pero, recordó que este era el extranjero que estuvo muy interesado en desposar a lady Regina. Se preguntó con qué propósito su madre le presentaba a aquel hombre. Sin embargo, se limitó a saludar.

Cuando el señor le solicitó la siguiente pieza, lo miró con resistencia. Iba a usar la excusa con la que despachó al último osado que quiso anotarse en su carné; no obstante, no fue necesario.

Con elegancia y maneras muy educadas, el marqués de North se acercó a saludar, interrumpiéndolos. Hacía muchísimo tiempo que Lily no intercambiaba palabras con Henry, justamente desde que le dejó el pulgar del pie rojo e hinchado.

El señor Hanks se mostró interesado en el aristócrata, todos conocían de la cercanía de los duques de Brandon con la realeza —no así los motivos reales para tal simpatía—. Henry, debido a sus padres, era un contacto para tener en cuenta a la hora de querer mejorar las conexiones con lo más selecto de la nobleza, y hasta el momento no habían sido presentados.

Henry fue amable con el señor Hanks, pero no dudó en continuar con el propósito por el

que se acercó. Otro en su lugar habría esperado.

—Lamento comunicarle, señor Hanks, que lady Lily no podrá concederle el siguiente baile porque ya me lo ha prometido.

La marquesa casi se sofoca, mientras respiraba. La emoción la desbordó debido a los posibles candidatos. Lord Mackay habría sido aceptable, incluso con su reputación, si se hubiese mantenido como el único en acercarse. Pero, tras el interés del americano que poseía ricas plantaciones de algodón en Atlanta, se decantó por el segundo. No obstante, tras escuchar a lord North, prefirió a este último en el nuevo abanico de posibilidades.

Lily se quedó con los ojos desmesuradamente abiertos y el señor Hanks no tuvo más opción que ceder.

—En ese caso, esperaré mi turno para otra de las piezas —aceptó el hombre.

Henry le extendió la mano a Lily que parecía petrificada, quería negarse con ímpetu. Sin embargo, divisó la mirada de la duquesa de Brandon fulminándola. Eso la llenó de valor. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a seguir fustigándola cuando su actitud sí que dejaba mucho que desear? Solo por «hacer justicia» —usó las palabras de lady Gellywen al referirse a su supuesto pequeño acto de «venganza»—. Las pupilas de Lily se iluminaron y no tardó en cruzar los ojos con los de Chastity. La duquesa trataba de simular serenidad, pero su sonrisa fingida terminaba convertida en una mueca en su rostro.

Alguien más, aparte de Hanks, centró su atención en la pareja que caminó decidida hasta la pista de baile. Mackay trató de concentrarse en sus interlocutoras, de quienes ni siquiera retuvo el nombre, pero no pudo dejar de seguir con la vista a Lily.

Ella, por su parte, respiró hondo, sabía que los ojos de los presentes iban a vigilar cada paso, cada detalle, cada movimiento… Casi escuchó las respiraciones de los invitados ralentizarse cuando la música inició y Henry la guio. Para colmo, ni siquiera revisó previamente el carné para verificar a qué melodía estaba accediendo.

Cuando escuchó el inicio de una polca, un frío le recorrió la espina dorsal. Casi se arrepiente, pero dio un rápido vistazo al camino recorrido hasta la fecha y todo lo que tuvo que soportar por el acoso de la duquesa. Así que, se llenó de fuerza.

Ella podía: un pisotón no la definía y ya había permanecido arrinconada demasiado tiempo. Estaba decidida a demostrarle a la duquesa de lo que una solterona era capaz.

La figura de Chastity comenzó a desvanecerse de su mente como aquel ser intimidante, tras descubrir que la perfección no existía, que todos tenían secretos que guardar, y que, incluso, los que se jactaban de tener reputaciones inalcanzables, también podían resbalar.

—Luce usted encantadora, lady Lily —se atrevió a decirle Henry.

—¿Cómo sigue su pie, milord? —soltó más atrevida aún, sin poder creer que algo así salió de sus labios.

Él disimuló una sonrisa traviesa.

—Me gustan las mujeres que pisan fuerte —continuó siendo osado, tal y como se comportó aquella vez que la pretendió. Justo por eso, Lily se había puesto nerviosa y equivocó los pasos al danzar. Henry tenía una boca peligrosa.

—Se tardó varios años en recordarlo.

—Perdóneme, me comporté como un idiota —reconoció al fin—. ¿Podrá disculparme?

Esas palabras le hubiesen dado mucha tranquilidad tiempo atrás a Lily, pero llegaban bastante tarde. Se preguntaba si aquel era consciente de cómo su rechazo y los rumores de la duquesa habían incidido negativamente en las posibilidades de matrimonio de ella.

—Con honestidad, es algo que deseo seguir considerando.

—¿Me culpa de su soltería?

—No de forma directa, milord, pero si tuviera una varita mágica me encantaría regresar en el tiempo para no haberle aceptado aquel baile, o al menos, para tener otra oportunidad y haber pisado en el lugar correcto.

—Sin embargo, me aceptó ahora, milady.

—No me dejó otra alternativa. No podía decir la verdad y dejar que usted quedase como un mentiroso delante de mi madre y el señor Hanks.

—Más bien creo que, quería librarse de bailar con un hombre que le supera en edad y vio mi invitación como el escape perfecto —susurró mientras seguía moviéndose grácilmente. Henry era un estupendo bailarín, pero eso no le sirvió para salvar el baile desastroso del pasado.

—Quizás —concedió en parte, cansada de discutir.

No tenía ningún interés en él, más en que la música acabara para escurrirse a algún sitio donde el señor Hanks y otros caballeros no le pidieran regresar a la pista. Con la cara que estaba poniendo la duquesa ya se declaraba victoriosa.

Lady Gellywen desde el lado de su esposo no podía disimular en su rostro su emoción, tampoco ignoraba la expresión compungida de Chastity. Una pequeña victoria, que para Lily sería suficiente, tampoco iba a ensañarse en su intención de reclamar justicia. Menos iba a arruinar su paz mental alimentando un rencor que deseaba dejar en el pasado.

Aquella pieza exquisitamente bailada junto a Henry venía a acallar rumores sobre su gracia e idoneidad en las maneras de una dama.

Mientras giraba, otro rostro se coló en su campo visual, Mackay no le quitaba la vista de encima, y contrario al asombro que se reflejaba en las caras de la mayoría, su semblante mostraba disgusto.

Se preguntó por qué le molestaba que North la llevara a la pista.

—También tengo una pregunta —agregó Lily antes de que la música acabara y ella y Henry volvieran a ignorarse lo que les restaba de vida.

—Soy todo oídos.

—Contrario a su desinterés de los últimos años, ¿por qué me ha invitado a bailar hoy?

—Debe pensar lo peor de mí.

—No expresaré lo que opino por educación.

—Milady, merezco su sinceridad. Responderé a su pregunta. Me encanta desafiar a mi madre. De haber sabido que usted iba a mirarla de ese modo retador, mientras danzaba en mis brazos, la habría sacado en cada uno de los bailes desde el último que compartimos juntos. Pero se rindió muy rápido.

—Usted me hizo a un lado como una pieza defectuosa —reclamó lo que tenía atorado.

—Tuve miedo. Reconozco que aprecio mucho mi soltería. Usted me atrajo brevemente en aquel entonces. Sin embargo, nuestras madres querían casarnos cuanto antes. Yo era muy joven para encadenarme a una mujer para toda la vida. Quería conocerla, sí, y explorar lo que pudiera surgir; mas no con dos matronas espoleándome con ahínco. En resumen, preferí poner distancia. El pisotón fue la excusa perfecta para recapacitar casi a las puertas de la boda.

—Tampoco fue un cortejo extenso o en regla. Como sea, acercarse a mí para pedirme este baile solo con el afán de contrariar a su madre no lo deja en una posición muy favorable. Por un lado, es muy infantil y por otro, egoísta. ¿Acaso pensó en mis sentimientos?

—Perdón, milady. Así como lo expone me hace parecer un ogro. No pensé que le importara tanto.

—¿Por qué me invitó a bailar hoy? Insisto. Su respuesta no es suficiente.

—La vi brillar del brazo del escocés y me pregunté por qué la dejé ir.

—Es tarde para ese cuestionamiento, milord —se sinceró. No importaba lo que Henry hiciese, así le bajara la luna, por orgullo jamás iba a volver a considerarlo.

—Espero que no. Deseo esmerarme en conseguir su perdón.

—¿Por qué le interesa ahora?

—Usted ha hablado de sentimientos y me he dado cuenta de que el daño es mayor de lo que imaginaba. Fui insensible al alejarme y al no detener a mi madre y su contienda por desacreditarla.

—Agradezco sus palabras, pero no se esfuerce. Ya no es necesario —susurró cuando la música se detuvo.

No tardó en dar un rápido y disimulado barrido a su alrededor, todos los que la observaron bailar con las bocas abiertas, simularon volver a sus asuntos. Ella caminó erguida y triunfal, lo había hecho extraordinario, no erró ni un solo paso. Solo dos personas no le quitaron la vista de encima: Mackay, quien parecía ¿celoso?, y la duquesa de Brandon, quien no podía disimular su cara de odio.

Trató de alejarse de ambos, y del resto en realidad. Necesitaba un momento a solas para asimilar lo que había ocurrido. Tenía que llenar a plenitud sus pulmones, y alinear sus ideas que se estaban dispersando a una velocidad vertiginosa. Sus latidos estaban precipitados y su respiración agitada.

Mientras elegía por cuál puerta escabullirse de las miradas que simulaban no seguirle la pista, la duquesa de Brandon le cortó el paso. Lily la miró a los ojos, enmudecida. ¿Aquella mujer no sabía qué era la mesura? Ni su linaje ni su distinción la previnieron para mantener la distancia.

—Lady Lily Ann Brownlow, manténgase alejada de Henry en lo que queda de nuestra estancia en la propiedad de los Watford.

—¿Por qué tendría que obedecerla? Lord North es el único indicado para elegir a quién invitar o no a la pista de baile —la desafió por primera vez desde que la conocía. No obstante, su tono era prudente.

Lily no quiso dar un espectáculo, sentía los ojos de los asistentes persiguiéndola. La duquesa estaba perdiendo los estribos, ¿cómo se le ocurría asaltarla así? Hizo una reverencia, como si, tal vez, lo compartido hubiese sido un saludo. Eligió la puerta más cercana y se escabulló lejos de todos los curiosos. Se refugió en una pequeña sala de descanso, en medio de un enorme pasillo, que se dirigía a otras áreas de la casa. Escogió una de las dos butacas que estaban situadas a cada lado de un enorme jarrón chino. Se dejó caer en ella. Su pulso iba más rápido. Necesitaba respirar profundo y suspirar con fuerza.

Sin embargo, la duquesa no estaba dispuesta a perder la batalla. No consideraba a Lily un rival a su altura y por eso estaba tan indignada.

—Insolente —la calumnió deteniéndose frente a ella con los brazos en jarras, una posición muy poco elegante que no combinaba con el atuendo y la voz de la dama.

—Su excelencia, está haciendo un escándalo por nada. Terminará atrayendo personas y no será favorable para ninguna de las dos.

—Atrevida —continuó ofuscada.

Entonces comprendió que, no solo se trataba de Henry, ni de su destreza para bailar ahora indemne, tras acallar —con su espléndida presentación en el baile— los rumores que la duquesa se encargó de esparcir.

—¿A cuál de las dos se refiere, a usted o a mí? —la encaró sin perder la educación,

poniéndose de pie.

—¿Qué quiere decir, lady Lily? Desconocía su falta de propiedad.

—También desconocía «su falta de propiedad». ¿Qué le molesta más, que bailara con su hijo o con su amante? —disparó sin clemencia. No supo qué se apoderó de sí. La duquesa, de pronto, ya no tuvo ganas de seguir con sus exigencias. Enmudeció. Lily no pudo quedar indiferente ante el golpe que había asestado. Era como si otra persona la poseyera en espíritu, o tal vez, era el cansancio. El cansancio y la frustración hicieron que llegara hasta el límite y era su momento de estallar—. Perdón, excelencia, me corrijo… su antiguo amante, porque él ya no quiere saber de usted. Si entiende lo que le conviene cerrará sus labios, regresará por donde vino y trabajará con ahínco para dejarme en paz. Quizás, me apiade de su familia, y por consideración a sus pequeñas hijas que nunca me han ofendido, me obligue a guardar silencio.

—No tiene pruebas porque todo lo que dice es mentira. Una vil argucia —atacó en voz baja, temerosa.

—No le revelaré si tengo o no elementos para destruirla. Pero, si yo fuese usted temería y, lo suficiente, como para dejar de ensañarse conmigo y con cualquier otra criatura inocente que se cruce en su camino.

La duquesa abrió la boca para contestarle, sin embargo, la prudencia la previno de pensar mejor cómo enfrentar la peligrosa situación.

Entonces, Mackay apareció en el borde de la entrada a la salita. Había escuchado todo. Chastity lo miró con dolor, un dolor que se transformó en ira. Se preguntó si él era el responsable del exceso de información que lady Lily poseía, si fue indiscreto acerca del trato que hasta hacía poco los unió.

No dijo nada, dio media vuelta y desapareció en dirección opuesta al baile, por la otra salida del amplio pasillo. Arreglaría sus asuntos con él más tarde, cuando la pequeña entrometida no estuviera de espectadora.

Al fin quedaron a solas, sus rostros no disimularon las emociones que los recorrían.

—La vi seguirte y acudí a defenderte, pero noté que no necesitabas mi ayuda —pronunció Gaven acercándose. Todavía tenía deseos de besarla, y aunque era arriesgado, pues cualquiera podía aparecer de un momento a otro, las ganas no se extinguían.

Sin embargo, Lily estaba conmocionada. Era la primera vez que reunía el valor suficiente para encarar la hostilidad de la duquesa. La valentía que recorrió su cuerpo y la dotó de seguridad para pronunciar cada una de las frases que le lanzó, comenzó a abandonarla y estuvo a punto de ser devorada por el temor a las consecuencias. Bajó la cabeza, él la tomó por el mentón y la hizo levantar la frente. El toque de sus dedos enguantados la hizo temblar.

—¿Será peor? ¿Verdad? —Inhaló con fuerza para que su voz no se apagara tras el estremecimiento—. Su excelencia no se quedará de brazos cruzados.

Con la mano libre, Mackay sostuvo la de ella y la apretó con suavidad para infundirle valor. Lily no se alejó y él exhaló, también conmovido por el contacto. Podía jurarle que iba a estar a su lado, que la defendería; no obstante, no quiso dejar de encontrar valentía en los ojos de la muchacha.

—Diste un paso al frente para detener la bravuconería de la duquesa, no retrocedas —la aconsejó con suavidad.

—Traté de hacer lo que usted me dijo: esconder el miedo para que no me atormentase su voz.

Él suspiró complacido, después sonrió sin soltarle la mano y la barbilla. Se acercó un poco más.

—Ahora tienes elementos para defenderte, *lass*. —Volvió a tutearla y a ella le agradó, tanto que dejó vagar su mano libre hasta apoyarse sobre el pecho masculino.

—Pero estaría perjudicándolo también a usted, milord, y no soy capaz de hacerlo —resolvió hechizada por su cercanía, por su aroma, la intensidad de sus ojos, el sonido de su voz.

—Si tiene que delatarme para que Chastity deje de molestarla, no me importa el sacrificio.

—Mis comidas y mis bebidas favoritas son las frutas y el té. Mi mayor pasión es el arpa, aunque apenas soy medianamente hábil. Es un instrumento muy difícil. También adoro leer. El lugar que más amo es la finca familiar de los míos, donde pasé momentos inolvidables, justo como el recuerdo más feliz que conservo: mi familia unida, para la navidad en que cumplí doce años.

—Me honra conocer cada detalle —dijo complacido. Ella satisfizo su curiosidad.

—¿Y los suyos? Ahora es su turno.

—Tal vez no es tan elegante, ni tan romántico. Comida la carne y bebida el *whisky* escocés. Pasión los caballos. Mi lugar es Tongue House, la finca familiar. Y mis recuerdos más felices son los que pasé junto a mi madre.

—Parece que nos conocemos un poco más.

—Eso parece. —Se inclinó sobre ella y dejó que su nariz rozara la de Lily, quien entreabrió los labios, quedando dispuesta. Él soltó un gruñido ronco, muy bajo, ante la expectación. Se humedeció los labios con el deseo recorriéndolo entero.

Unos pasos apresurados los previno, se quedaron petrificados, pero a tiempo lograron soltarse y poner distancia. Estaban solos y tras la forma en que habían bailado —y más tomando en cuenta que Lily no solía aceptar ninguna invitación—, la situación se volvía muy comprometedora. El largo pasillo, que atravesaba la salita de descanso, era transitado por varios visitantes, sin embargo en ese instante estaba solitario.

—¿Qué está sucediendo? —La voz de Julian hizo que Lily se sobresaltara. Mackay aguardó tan firme como una escultura de mármol.

—Hermano, no es lo que parece. —Comenzó a hilvanar sus ideas, mientras las palabras salían atropelladas de su boca.

—Disculpe, milord —intervino Mackay con sagacidad—, no quise importunar a su hermana. Pasaba por aquí y presencié su discusión con su excelencia, la duquesa de Brandon. Solo quise apoyar. Ella acaba de retirarse en dirección contraria. Lady Lily quedó muy afectada.

—Agradezco que intercediera, pero están a solas, si otra persona hubiese llegado antes que yo, seguramente habría interpretado la situación de otro modo —reprobó Julian.

—Y estoy a su disposición para hacerme cargo de las consecuencias, si usted lo considera necesario. —Aquellas palabras eran una proposición velada de matrimonio. Las consecuencias de una indiscreción solo podían aplacarse con una boda. Lily se quedó asombrada. ¿Era una treta de Mackay o se conducía con sinceridad?

—¿Por qué te importunaba la duquesa? Ya no puede acusarte de tener dos pies izquierdos —arguyó indignado Julian. Al ver la profundidad del sentimiento que los ojos de la joven reflejaban, no se perdonó estar tan sumido en sus preocupaciones y sus asuntos, que no pudo resolver y dar por terminada los rumores y las insinuaciones de la aristócrata.

—No le agradó verla bailando con North —atajó Mackay y Lily aliviada por su intervención suspiró. Ya había probado que podía defenderse sola, pero necesitaba un momento para recobrar el aliento, demasiadas emociones en una sola noche.

—La verdad es que a mí tampoco. Te quiero lejos de ese hombre. No se comportó como un caballero contigo —ordenó Julian protector.

El rostro de Mackay no disimuló la alegría que el comentario le produjo, él también quería a Lily muy lejos de Henry.

—No se repetirá —dijo ella, pero no fue una promesa. Lo que Mackay hubiese querido oír —. Necesitaba demostrar que podía bailar con North sin dejarlo sin caminar una semana.

Mackay soltó unas carcajadas, ella no dijo aquella frase con la intención de bromear, pero a él le había resultado bastante hilarante. Julian también sonrió.

—Hermana, siempre te he dicho que los límites están en ti. Su excelencia podrá tener poder sobre las mentes pequeñas de todas las damas entrometidas que deseen creerle, pero no sobre tu capacidad de sobreponerte a los obstáculos que se crucen en tu camino.

—Quizás lo entendí demasiado tarde —musitó Lily sin darse cuenta de que lo dijo en voz alta. Ya era una solterona proclamada. ¿Por qué antes no pudo enfrentar el escarnio?

—Todo llega en su justo momento. A mí me encantaría volver a conducirla a la pista de baile si su hermano lo considera apropiado —ofreció Gaven.

Julian miró a Mackay. Si aceptaban que Lily bailara con él, ya serían dos piezas, lo que alimentaría las habladurías.

—Ya son muchas emociones por hoy. Creo que lo mejor será que me retire temprano — atajó ella para evitar responder y para que Julian continuara aún cómodo en presencia del escocés.

—Quizás en otro baile —contestó Julian—. Pero, permítame agradecerle por su gentileza, lord Mackay. Es una pena que no nos hayan presentado antes de esta reunión.

Capítulo 11

Mackay escuchaba a sus amigos Katherine y Alec hablar sobre su persona como si él no estuviese presente. Los oía, pero no prestaba atención a lo que discutían. Todo lo ocurrido esa noche seguía repitiéndose en su mente, y no dejaba de sorprenderse por cada palabra, mirada o roce que compartió con Lily. ¿Acaso estaba tentando a la suerte atravesándose en medio del destino de esa dama inglesa?

¿Solterona? No duraría mucho tiempo en esa posición. Notó cómo la miraron otros caballeros. Sin embargo, ella no se impresionó con las intenciones de ninguno. Salvo con Henry, con el que se mostró perturbada, pero aún debía observar más su reacción para entender si era admiración o incomodidad, por el pasado que tenían juntos.

Suspiró. Y no tardó en sentir dos pares de ojos encima, los de los Draymond.

—Incluso suspira —advirtió Katherine en dirección a su esposo. La condesa tachó de una lista que tenía en las manos un enunciado. Y para dejarlo en claro, lo leyó—: ~~*Quinto: Enseñarle a bailar.*~~ ¿Por qué no me dijiste que Mackay sabía bailar, querido?

—Jamás me preguntaste, amor mío. Te dedicaste a sacar tus propias conclusiones —respondió con tono socarrón—. Más bien anímate, tachaste todos los elementos de tu lista. Mi amigo ya está preparado para conquistar a una dama que lo despose y le dé descendencia. Ahora puedes divertirte conmigo sintiendo que cumpliste con una invaluable labor social —continuó mofándose de su esposa, y lucía tan seductor que aquella tuvo que dejar de hacer ese mohín con la boca que a él le gustaba tanto—. ¿Bailamos, esposa?

—Lady Lily podría ser una candidata excelente para Mackay, ¿no crees?

Alec no contestó a la pregunta, no quería importunar a su amigo que, aunque parecía estar en el limbo, podía escucharlos. Se limitó a guiñarle un ojo a Katherine con complicidad. También notó las chispas que encendieron la pista de baile.

Mackay, por supuesto, que los escuchaba, y aunque sabía que lo más sensato era mostrar indiferencia, decidió intervenir:

—Ya que han hecho la noche a mi costa, y parecen muy entretenidos, ¿podrían mostrarme el contenido de esa hoja de papel?

—Oh —musitó Katherine quedándose sin palabras. Pero sin poder ocultarlo se lo entregó, reaccionando agregó—: Son cosas de mi abuela. —Carraspeó—. Le fueron útiles para buscarle esposa a Alec. —Volvió a carraspear.

—Esta lista me parece muy familiar, siento como si algunas de estas anotaciones ya las hubiera experimentado: el guardarropa, el ayuda de cámara. ¿Ustedes dos están haciendo algún tipo de experimento conmigo?

Alec no pudo seguir aguantando la carcajada que explotó de modo hilarante. Un gesto severo de Kate lo previno de comportarse en el baile. No deseaban ser el centro de las miradas.

—En todo caso yo fui el primer sujeto del experimento —contestó Draymond—. Y, no tengo nada que ver, no poseo dotes de casamentero. Me interesa que seas feliz, pero no cómo, con quién, ni cuándo. Confío en que estás plenamente capacitado para ocuparte de tu situación sentimental.

Katherine carraspeó, otra vez. Los dos hombres la miraron.

—Jamás una solterona ha robado la atención que debía estar sobre las debutantes —agregó la condesa para dejar de repartir las culpas sobre quién era responsable de jugar a la casamentera con Mackay, y se centraran en lo verdaderamente importante: lady Lily.

—No soy experto en bailes, ni en el mercado matrimonial, así que, lo que diga al respecto

no aportará un dato relevante —alegó Alec lavándose las manos.

—Para mí lady Lily no es una solterona —se limitó a opinar Mackay—. Ahora si me lo permiten, voy a ocuparme de otros asuntos de índole urgente. Ustedes tienen una contradanza que bailar.

Mientras Alec le extendía la mano a su esposa y caminaban hacia la pista de baile, Mackay se concentró en otro asunto pendiente, necesitaba hablar con lady Gellywen sobre lo que ella escuchó en la biblioteca, aunque su identidad quedase al descubierto. Un escándalo implicándolos a Chastity y a él, no solo revolucionaría todo su círculo social, sino que, en lo personal le traería problemas de cierta gravedad. Su Majestad había sido tajante al marcar los límites, debía dejar de rondar a la duquesa a cambio de los favores del rey —los que jamás pidió —, que no podía rechazar sin ofender al monarca.

Observó a la vizcondesa Gellywen, una joven mujer que no estaba dentro de las personas que acostumbraba a frecuentar, pero con quien había conversado en el pasado en ocasiones sociales. Céline la identificó dentro de la investigación como la última dama que vio con vida a lady Regina. Al final, la información que brindó no arrojó datos muy relevantes, a excepción de la gran reticencia y repulsión que sentía la víctima ante la posibilidad de desposarse con el señor Hanks. Por eso, el hombre no le gustaba y encabezaba su lista de sospechosos. Solo alguien sin rectitud en su corazón podía aceptar a una posible esposa, que lo detestaba, y que sería obligada a casarse a la fuerza.

Siguió los pasos de lady Gellywen durante un rato más, pero siempre estuvo en compañía de su esposo. Necesitaba hablar con ella a solas. Esa noche no tuvo la oportunidad de hacerlo.

Detestaba colocar la cabeza en la almohada, sintiéndose en la cuerda floja, a merced del silencio de la dama; pero si hasta ese momento no ventiló la escandalosa relación, podía deberse a que, quizás no era de las que enaltecían el cotilleo o que, tal vez tenía planes más elaborados para el uso de la valiosa información. No podía abandonar la propiedad un día después sin convencerla de olvidar el descubrimiento.

En cuanto a Chastity tendría que buscar el momento de acercarse a ella. Era seguro que ya sabía que estaban a un paso del escándalo. Pero la situación era peor de lo que temía, no solo lady Lily conocía el secreto de su aventura.

—Demonios —masculló a solas. Mackay no era de los que se arrepentía, pero lamentaba haber sido tan descuidado e indiscreto.

***

Antes de irse a la cama, se reunió en el estudio de la propiedad con Wild, Warwick y Watford. *Los tres W*, como le gustaba referirse a ellos, últimamente, para fastidiarlos. Lucían cansados pero sobrios. Ninguno ingirió más alcohol del tolerable, sabían que no estaban ahí para divertirse a lo grande: tenían una misión.

Cobbins también acudió ante ellos. Lo miraron esperando que hubiese reconocido a quien lo contrató para dar el mensaje.

—No encontré al señor Smith entre los asistentes.

—¿Pretende que tachemos todos los nombres de la lista? Volveríamos a estar en cero —replicó Wild.

—Lord Wild, no es lo que pretendo. Pero si tuviera una entrevista solo con los caballeros de los que sospechan, sería más fácil concentrarme. Ya les dije que mi encuentro con el señor Smith ocurrió en un sitio con poca iluminación y que él hizo lo posible por mantener resguardada

su identidad.

—Calmados —intervino Watford. Cuando Cobbins llegó a sus vidas, tenía una pésima dicción, y una honestidad bastante débil. El hombre supo aprovechar la oportunidad que le dieron de abandonar su antigua vida. Su esfuerzo era evidente, no solo se expresaba mejor que antes, sino que era eficiente en las labores que se le encomendaban. El avance en su aprendizaje y el compromiso que ponía sirviendo a Watford era notorio—. Quizás Cobbins tiene razón, eran demasiados estímulos.

Wild exhaló con fuerza, Cobbins le hacía perder la paciencia con su indecisión.

—Foster tuvo más contacto con el señor Smith. Quizás él pueda reconocerlo.

—Solo que Foster no ha sido fácil de encontrar —observó Warwick. El hombre cumplió al pie de la letra el trato, se esfumó de Londres por un tiempo—. ¿Será que ha hecho su vida por otro lado? ¿Tendrá planes de volver?

—He hablado con él. Vendrá —explicó Cobbins, temía que si dejaba de ser valioso para Watford este prescindiera de sus servicios. No quería regresar a su antigua vida—. Confío en que acudirá en el plazo pactado a Londres para reunirse conmigo. Jamás me ha defraudado.

—Usted será recompensado por ello —aclaró Watford a su secretario.

—No, milord. Seguirá siendo parte de lo acordado —respondió aquel.

—El señor Hanks sigue sin agradarme. Cobbins, ¿a este hombre sí lo ubica? —insistió Gaven.

—Sí, milord.

—¿Tiene alguna seña o particularidad que le haga sospechar que es a quien estamos buscando? —continuó el escocés tras su objetivo.

—Su complexión y estatura se ajustan. Pero no podría detallar exactamente ciertos rasgos… Estaba oscuro. Sin embargo, el señor Smith no tenía acento americano —aportó lo que sí podía afirmar.

—Es algo que fácilmente se puede imitar y alejaría toda sospecha sobre su persona —apuntó Mackay con un acento marcadamente londinense, sin rastros de su particular entonación escocesa. —*Los tres W* lo miraron asombrados.

—Amigo, no hagas eso delante del magistrado —lo sermoneó Warwick—, o tú terminarás encabezando la lista de sospechosos.

—Ese privilegio ya lo tenemos los cuatro —les recordó Gaven.

—¿Así nos escuchamos? —rebatió Wild—. Es inaceptable que te burles de nosotros y no podamos devolverte el favor.

—Demasiado tiempo en Eton —les recordó el escocés—. Para que estemos en igualdad de circunstancias tendrías que trasladarte una temporada a las Highlands.

—Mañana los invitados comenzarán a marcharse. Creo que he tenido que soportar a toda esta gente llena de segundas intenciones para nada —se lamentó Watford.

—Esto no termina aquí —aseguró Mackay con una expresión fiera—. Después de todo no es tan desafortunado el hecho de tener que quedarme en Londres. No regresaré a Escocia hasta que nuestros nombres queden reparados.

—Tal vez… estás siendo un poco radical —temió Watford.

—No es una promesa —aclaró Mackay y todos exhalaron. Sabían del pésimo humor que se ponía cuando pasaba muchos meses en Londres y echaba de menos sus raíces. A ellos les tocaría tener que soportarlo—. Simplemente, estoy comunicando que me concentraré en acabar esta pesadilla de una vez por todas.

—No estarás solo en esto —afirmó Wild—. Tengo todo mi tiempo a disposición.

—También me sobra tiempo. No tengo una prometida que visitar, así que estoy libre de todos los esfuerzos que conllevaban acumular méritos para contentar a lady Clarissa y a sus padres—Warwick suspiró recordando la cancelación de su compromiso.

—Tengo una familia —concluyó Watford y entendieron que, aunque sus responsabilidades eran mayores, necesitaba limpiar su nombre por Céline y los niños. Se los debía con creces.

***

Fueron inútiles sus esfuerzos por contactar a lady Gellywen, durante el desayuno supo que los vizcondes se marcharon muy temprano. Con Chastity tampoco tuvo oportunidad. Mientras los carruajes iban desfilando, y se llevaban a los últimos invitados a sus destinos, alcanzó a cerrar el trato con el duque de Brandon. Le vendió los purasangres, en una breve y concisa reunión.

—Espero que mis caballos no lo decepcionen, excelencia —se despidió Mackay. Estaba apurado, sabía que los Brownlow aún no partían y tenía la ilusión de despedirse de ellos. Necesitaba ver a Lily una vez más. No sabía cuándo volverían a coincidir en la ciudad.

—Mis expectativas son elevadas, milord —afirmó el duque con la voz bien impostada—. Me conformo con que los corceles hagan su trabajo. No me gustaría tener que volver a visitar sus cuadras con algún reclamo.

—No tendrá nada que reclamar —admitió cuidadoso.

En el semblante del aristócrata y el mensaje oculto en sus palabras, había una amenaza velada. Mackay debía olvidarse para siempre de la duquesa. ¿Cómo le haría entender a Brandon que él estaba en franca retirada?

—En ese caso, doy por cerrado nuestro trato y que cada uno cuide sus intereses de la mejor forma que pueda. Tenga una feliz vida.

***

Salió de la salita con paso enérgico, no tardó en encontrar a la persona que buscaba, al mayordomo, quien estaba a cargo de la partida de los invitados. Recuperó el aliento durante un segundo y le preguntó:

—¿Sabe si lord Seymour y su familia siguen en la propiedad?

—Es el carruaje que acaba de partir —contestó el fiel sirviente.

Mackay se llevó una mano a la nuca y después bajó la cabeza, decepcionado. La punzada que sintió en su interior, sacudiéndole las costillas, fue un anuncio de lo que haría arribando a Londres. No iba a esperar a que se encontraran en un evento social, propiciaría volver a reunirse con Lily.

***

En la vida había momentos de cambios y ese llegó sin que lo pudiera evitar, tomó a su nuevo ayuda de cámara y partió en carruaje a Kent hasta la localidad llamada Luddesdown, como su nuevo título. Jamás se aventuró tanto al sur, la naturaleza que pudo contemplar a su paso lo dejó sin aliento. Si en invierno y con temperaturas bastante bajas podía seguir viendo verdor en los árboles, no podía esperar a que llegara la primavera. Sus caballos podrían pastar en libertad y reproducirse de manera natural, lo que daría buenos ejemplares. No había muchas casas

alrededor de la villa —si podía llamársele así—, y estaban lo suficientemente alejadas de la finca.

Detuvo el carruaje con la imagen de la propiedad en el horizonte y la contempló a distancia. No era la típica casa inglesa de varias plantas donde alojaban a la servidumbre en las últimas. La vivienda de madera y piedra, con hermosas ventanas de cristal, asemejaba a una inmensa cabaña, o más bien a un conjunto de cabañas con tejados a dos aguas y torres en diversas esquinas, con hermosos techos en forma de cono. La edificación se extendía de manera horizontal, contando con numerosas piezas interconectadas. No quiso alegrarse ni celebrar, menos admitir que le había agradado. Entendía por qué el rey prescindió de ella, aparte de los gastos que conllevaba mantenerla, el ambiente era rústico, alejado de lo que solía valorar el monarca a quien le agradaba el lujo más ostentoso.

Su casi «felicidad» ante ese hecho impuesto que le disgustaba, o aceptación irremediable de su nueva realidad, se vio interrumpido por los rostros serios de la servidumbre que salió a darle la bienvenida. Se sintió un invasor en tierras ajenas, y nadie como él para saber cuán detestable era recibir a un usurpador. Escocia tenía una larga historia sobre las expulsiones de sus habitantes, de la tierra donde nacieron y vivieron toda su vida.

Si los semblantes de los criados eran poco amigables, los de las damas —quienes les fueron presentadas previamente—, eran todavía más hoscos.

—Lady Luddesdown y vizcondesa viuda de Luddesdown —dijo al estar frente a la viuda y la madre del anterior vizconde, respectivamente. Hizo una reverencia a cada una.

Las acompañó al interior de la propiedad sin deseos de compartir otras palabras, ellas solo asintieron sin mover ni una de las arrugas de sus facciones, sus caras parecían dos lienzos que quedaron congelados para el paso del tiempo. Él tuvo el impulso de fruncir el entrecejo, sin embargo, mantuvo su cara relajada. Sabía que su seriedad se confundía con animadversión, no quería intimidarlas, menos en ese momento que estaban entregadas al duelo. Pero había esperado una pizca de condescendencia por permitir que continuaran viviendo en la propiedad.

Cuando recorrieron el vestíbulo, y atravesaron varias estancias hasta llegar al salón principal, mientras Mackay admiraba la decoración hogareña, el uso de madera y piedras, la disposición de cálidas chimeneas que permanecían encendidas, en contraste con las negras cortinas, y la declaración de luto que se podía apreciar en cada rincón de la propiedad, decidió que era un buen sitio para vivir, teniendo en cuenta que, debía quedarse a sufrir en Inglaterra.

Cuando el luto concluyera —lo que podía ser en ese momento pues ya habían llorado al difunto más del tiempo acostumbrado—, iba a poder apreciar el potencial de la propiedad. Hizo un barrido visual y complacido casi esboza una sonrisa, cada penique que desembolsara para mantener aquel sitio que para él era idílico, iba a ser bien aprovechado. Su media sonrisa, comenzó a ensancharse, eso lo hacía lucir más humano, borrando todo rastro de ferocidad de su apariencia. En ese momento, todo lo que veía le daba calor a su corazón, a excepción de las dos viudas y sus rostros afilados, que se le quedaron mirando sin cambiar sus expresiones, obligándolo a quedar tan serio como ellas.

—Sabemos que usted no está de luto y que quizás quiera prescindir de él ahora que ha tomado posesión de… —Comenzó a decir sigilosa lady Luddesdown.

—Si es algo que le preocupa quédese tranquila, milady. Honraremos la memoria de Luddesdown con seis meses más de luto, pero será suficiente —agregó severo—. Usted y la abuela Luddesdown pueden llevarlo el tiempo que decidan.

—Milady para usted, lord Luddesdown —le replicó la anciana apoyada en un bastón.

—Perdóneme, abuela Luddesdown —insistió y a la mujer le tembló el párpado por la falta

de respeto del nuevo dueño—. Está lady Luddesdown que es viuda, pero también está usted que es la vizcondesa viuda de Luddesdown. Muchos protocolos para seguir y no quiero equivocarme y llamar a una por el tratamiento de la otra o viceversa. —Suspiró—. Son demasiadas cortesías para mí, no me ponga más difícil la tarea de diferenciarlas. Aunque físicamente son muy distintas. —Intentó estudiarlas, la anciana era toda arrugas, debía tener un montón de años, y la reciente viuda poseía unas facciones que se veían desproporcionadas en su cara: nariz y labios prominentes, ojos saltones. Mackay asumió que debía poseer un estupendo corazón, y que por eso su esposo la eligió para casarse.

—Nadie se ha quejado al respecto —protestó la más vieja con una ceja arqueada.

Mackay decidió ignorarla con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Está de acuerdo con el tiempo que la casa vestirá de luto, lady Luddesdown?

La mujer se limitó a asentir, quizás habría deseado que se cumpliera un tiempo mayor, pero entendió que esa ya no era su casa ni la de su fallecido esposo, aunque jamás estuviera de acuerdo con ese hecho.

—Algo más —agregó lady Luddesdown—. Sabemos que irá a Luddesdown House en Londres, nos gustaría su autorización para acompañarlo. —Hizo una pausa para carraspear, tomó aire y continuó—: Para sacar nuestras pertenencias.

Mackay supuso que tras la pérdida del anterior vizconde las mujeres se habían acuartelado en la finca para no quedarse sin hogar. A pesar de que lo recibieron como un usurpador, y él no tenía nada que ver con la decisión del monarca de entregarle esos bienes, se compadeció. En la mayoría de los casos, las viudas sin herederos se marchaban a vivir de la caridad de familiares o recibían una asignación de por vida.

—¿Su esposo no dejó algo para ustedes que estuviera desligado del título? —Le costó mucho entender que un hombre que amara a su esposa y a su madre no fuera precavido en ese punto, salvo que se creyese inmortal.

La mujer tragó en seco y no contestó. Los ojos se le pusieron vidriosos y parecía que una lágrima iba a caer de ellos, pero no lloró.

—Mi querido hijo, que en paz descanse… —Comenzó a explicar la dama mayor.

—No, Winnifred —la interrumpió la nuera—. Fueron tiempos difíciles

Mackay entendió que era un tema susceptible de ser tratado y dejó de insistir.

—Pueden ir a Luddesdown House cuando lo precisen, incluso no necesitan sacar sus pertenencias. Sigan usando la casa solariega y la casa de Londres como hasta la fecha —soltó, sabía que sus amigos le recomendarían que no les diese tantas libertades, quizás no eran las mansas palomas que aparentaban.

—¿Estará de acuerdo su esposa? —indagó la «abuela Luddesdown».

—Soy soltero —aclaró.

—A su edad no creo que ya pueda casarse, está viejo. Aunque, tal vez, ahora que ha mejorado su posición, alguna dama casadera se interese en usted —intervino la anciana—. Quizás Ambrosine, tras cumplir el luto pueda ser una opción nada despreciable.

—¡Winnifred! —Trató de persuadirla de ser más prudente en sus juicios y sus sugerencias lady Luddesdown—. ¿Cómo se le ocurre? No estamos tan desesperadas. Yo podría ser la madre del caballero.

Mackay no pudo aguantar unas carcajadas, después se aclaró la voz y expuso:

—No se avergüence, milady. Suelo causar ese efecto en las madres de damas solteras o viudas. No tengo problemas para encontrar esposa, si deseara casarme las matronas harían una fila impresionante delante de Luddesdown House —especuló. Mackay exageraba cuando

tocaban su ego.

Aunque la situación hasta cierto punto se volvió hilarante, ninguna de las damas sonrió, para ellas era un asunto primordial no quedarse en la calle.

—En todo caso, si es su deseo casarse, milord, podría ayudarle a buscar una señorita casadera. Lo haría en agradecimiento a su hospitalidad —ofreció lady Luddesdown.

—No será conveniente para nosotras, Ambrosine —advirtió Winnifred—. Milord, no creo que a su futura esposa le agrade conservarnos.

—No pienso casarme pronto y tampoco viviré en Luddesdown House o en esta propiedad demasiado tiempo. Me gustaría tener a alguien de confianza supervisando mis bienes cuando esté en Escocia.

—Ambrosine es de confianza y buena en los números, ayudaba a mi querido hijo —añadió la dama de más edad.

Mackay sonrió, la abuela Luddesdown estaba compitiendo con sus habilidades de negociar, sacaría más provecho de la poco agraciada Ambrosine, que una matrona de una hija debutante.

—Podría ser la persona indicada. Conozcámonos más, dejemos atrás las hostilidades y trabajemos por un objetivo común —propuso él.

—No hay hostilidades de nuestra parte —agregó la abuela Luddesdown y ofreció su primera sonrisa desde que Mackay arribó. Luego pinchó sutilmente a Ambrosine con el bastón para que también sonriera. La cara de la nuera se transformó en una mueca que casi espanta a Mackay.

—Estimada abuela Luddesdown… —Comenzó a explicar Mackay su descubrimiento.

—Milady para usted, lord Luddesdown —sermoneó dándole un suave golpe con su bastón al hombretón, que ante su reacción la miró con hostilidad. Ya no pudo contenerse.

—Abuela Luddesdown —masculló decidido a no ceder, cuando le llevaban la contraria, más ofuscado se volvía—. Como verá, mucho antes de mi arribo contraté a un nuevo administrador, alguien con quien ya trabajé en el pasado. Estoy plenamente convencido de su honestidad y destreza. El administrador estuvo visitando a los arrendatarios, en los que encontró cierta negación a colaborar. Mi investigación arrojó que ciertos susurros fueron esparcidos previo a mi llegada. Dichos rumores pusieron a los arrendatarios en mi contra, dificultándome avanzar. Tomando en cuenta que, las arcas de la finca están vacías…

—Desconocemos quien ha esparcido esos rumores —intervino lady Luddesdown, mirando fijamente a su suegra para que ya dejara de replicar.

—Como iba diciendo, tendré que poner mi dinero para echar a andar la propiedad. Espero que los rumores cesen de inmediato o todos estaremos en problemas.

—No lo dude, milord. Yo misma me encargaré de callar a quien sea que se haya atrevido a difundirlos —prometió Ambrosine lanzándole una mirada coercitiva a Winnifred.

—En ese caso, no solo podrán quedarse, la pondré a prueba para saber si puede ser esa persona de confianza que supervise las propiedades. Además, me haré cargo de la manutención de ambas.

Las mujeres suspiraron como si les hubiese regresado el alma al cuerpo. Sus rostros dejaron de verse tan huraños.

—De acuerdo, milord —dijo Ambrosine.

—Me encantará ser su abuela Luddesdown —agregó la anciana con astucia—. Ya que no tuve la dicha de tener nietos.

Gaven meneó la cabeza ante el descaro de Winnifred, sabía que daría problemas. No obstante, no pudo dejarlas desamparadas.

—Pueden dirigirse a mí como Mackay. —Carraspeó y pensó en voz alta—: Es un lugar hermoso esta tierra, y la edificación no me disgusta. Es un buen sitio para ver crecer a los hijos.

—¿Entonces sí piensa casarse? —inquirió la dama de más edad.

El conde solo sonrió, buscaba las palabras para despedirse y continuar recorriendo la propiedad a solas, o en compañía del ama de llaves cuando le hicieron otro comentario, esta vez Ambrosine.

—Nos complace que le agrade Horseland —dijo refiriéndose al nombre de la casa de campo.

—Jamás he entendido el nombre de la propiedad —refunfuñó Winnifred.

—El símbolo de Kent es el caballo blanco —contestó la nuera—. Tal vez en el pasado había corceles en estos terrenos. Los potreros son amplios.

—Como sea, ahora no hay más caballos que los dos que tiran del único carruaje que poseemos —rebatió la vizcondesa viuda muy confundida por semejante desatino.

—Eso está por cambiar —les comentó Mackay con suspicacia, sin dar más explicaciones. Ya lo verían con sus propios ojos cuando llegase el momento. —Quizás el rey lo había mandado a allí a propósito, la idea le empezó a gustar.

Capítulo 12

Lily se abrazó a su cuerpo al escuchar la noticia, una sonrisa floreció en sus labios. Aquella mañana de lunes, su madre y Susannah aguardaron en la sala de recibir visitas a los posibles pretendientes que se prendaron de la más joven. Dos caballeros se disputaban ese honor. Sin embargo, alguien más acudió con la esperanza de hablar con la mayor de las Brownlow. El corazón comenzó a latirle a un ritmo acelerado, estaba segura de que era Mackay. Y le pidió a su doncella que la ayudara para verse lo mejor posible.

Se miró en el espejo una última vez para ver si sus mejillas se veían sonrosadas y si sus ojos castaños brillaban, lo hacían de dicha. Aunque, desde las últimas palabras compartidas, tuvo muchas dudas, sobre lo apropiado o no de establecer un lazo con el conde escocés, sus vacilaciones desaparecieron ante la posibilidad de una visita formal.

Caminó apresurada rumbo a las escaleras, su sonrisa permanecía inamovible. De pronto se sintió una niña con ganas de hacer travesuras. El corazón parecía que le iba a estallar de tanta anticipación. ¿Qué le diría? ¿Cómo lo miraría? ¿Volverían a tocar el tema del romance de Mackay con la duquesa? Se sentía triunfante, esa mujer no la hostigaría de nuevo, había reunido el valor para enfrentarla y tenía elementos para defenderse. Se sentía invencible. ¿Por qué no lo intentó antes? Jamás dejaría que la pisotearan otra vez.

—Despacio, milady —la previno la señorita Hayes, que iba por el pasillo con otra de sus hermanas menores, a la que continuaba preparando.

—Lo siento, es que… —Trató de disculparse, pero la institutriz la excusó con un gesto.

Lily respiró hondo, y tratando de contenerse, bajó los escalones ceremoniosa. Al llegar abajo los latidos comenzaron a ralentizarse, Mackay no estaba ahí.

En uno de los sofás estaba sentado Julian como lobo guardián junto a Susannah, supervisando la conversación de la señorita con los dos pretendientes que ocupaban unas butacas cercanas.

En el otro extremo, frente a la mesita que tenía un elegante servicio de té, la aguardaba su madre. A su lado estaba sentado un hombre. Se acordó de él, también estuvo hospedado en la propiedad de los Watford. Era delgado, alto y su cara no era muy afable. Se notaba que pasaba de los cincuenta años y que poseía mucho dinero, no lo disimulaba. Sus vestiduras eran muy costosas. Sin embargo, carecía de la elegancia que brindaba evitar caer en el error común de la ostentación.

Al verla, él se puso de pie de inmediato, así como los demás caballeros. Tras saludar a todos, la marquesa la invitó a tomar asiento frente a ella.

—Querida, ¿recuerdas al señor Hanks? —le preguntó la marquesa de Seymour—. Fueron presentados en el baile, la última noche en Riverside Park.

Los presentes dejaron de lado el tema del que conversaban y se centraron en la respuesta de Lily.

—Lo recuerdo, madre —dijo de modo escueta. No pudo evitar lucir cabizbaja. Se desilusionó al no ver a Mackay. Pero él no era de los que hacían visitas de cortesía, ni de los que cortejaban. Quizás no debió dejarse llevar por sus impulsos.

Lily no entendió por qué aquel hombre los visitaba, primero creyó que tenía algún trato de negocios con Julian, después pensó que su madre quizás tenía un admirador. Jamás creyó que Amber pensara en casarse de nuevo, pero desde el baile se mostró interesada en el americano y viceversa. Estuvieron conversando más de lo usual. No le agradó en lo absoluto, sabía que su madre podía rehacer su vida, pero no quería a aquel sujeto cerca de su familia. ¿Pensaría Julian

como ella? Pero su hermano estaba más preocupado porque los pretendientes de Susannah se comportasen de modo respetuoso.

—El señor Hanks tiene una próspera plantación de algodón en Atlanta. Nos ha explicado que es uno de los exportadores más destacados de América. ¿No te parece loable su mérito, hija? —La interrogante fue directamente lanzada hacia ella.

Se aclaró la voz.

—He escuchado que el comercio de esclavos en el sur de Norteamérica se ha incrementado ferozmente la última década, tomando en cuenta la alta demanda de algodón —soltó Lily ante los ojos desmesuradamente abiertos de su madre, que la persuadía sin éxito de callar.

Julian se mostró interesado en las palabras de su hermana, le sorprendió que le importaran esos asuntos. Por lo que no reprobó su comentario ni con palabras, ni con la mirada.

—Eso es… cierto —respondió Hanks muy serio—. Damas como usted aprecian mucho la suavidad de nuestro algodón. Es un honor para mí esforzarme para complacerlas. El algodón llega a todas partes.

—Supongo que sus esclavos opinan diferente y son menos efusivos en su interés por complacer a las damas de cualquier parte del mundo —sostuvo Lily y tanto Susannah como sus admiradores dejaron todo lo que estaban haciendo para no perderse un detalle.

Julian elevó una ceja al constatar el ataque velado: ¿Qué estaba pasando con Lily? Pero, decidió no entrometerse y ver hasta dónde llegaba.

—El algodón se cosecha desde tiempos inmemoriales, no me responsabilizo de los medios necesarios para obtenerlo, así como los usados para la producción de otros tejidos. —Se defendió Hanks, no era la primera vez que sostenía una discusión sobre la elección de su medio de producción—. Además, no somos tan rudimentarios. También usamos maquinarias como la desmotadora para separar las fibras de algodón de sus semillas. Podría debatir toda la mañana con usted y, al final, terminaría por darme la razón, pero no quiero aburrirles con datos exactos de cómo hago fortuna. No olvide que, más de la mitad de lo que producimos viene a parar a Inglaterra. Así que, indirectamente, también deberíamos juzgar a quien compra nuestro cultivo.

—No tengo idea de dónde Lily ha escuchado esas ideas —intentó disculparse con una risita nerviosa la marquesa—. Querida —llamó su atención con suavidad—, el señor Hanks ha venido a Londres con la intención de buscar una esposa.

—¿Aún es soltero? —Se le escapó a Lily Ann.

Amber estaba al punto del patatús, desconocía a su hija. En el pasado buscó pretextos para deshacerse de algunos pretendientes que no consideró apropiados, pero siempre fue sutil al manifestar su resolución. En cambio, se estaba conduciendo con una insolencia que no aprobaba.

—Sí, milady. Estuve muy ocupado en amasar una enorme riqueza. Ahora necesito alguien para compartirla, así como herederos a quienes legarla en el futuro. —Fue muy preciso.

—En ese caso le deseo mucha suerte —expresó Lily y miró desde la marquesa hasta él. Se dejó vencer, si su madre quería compartir la «enorme riqueza» que el señor Hanks había «amasado», ni ella ni sus hermanos iban a persuadirla de lo contrario. Julian no parecía ofuscado y era el cabeza de familia. Tal vez también sabía que Amber era bastante persistente en sus propósitos.

—El señor Hanks… —La marquesa hizo una pausa para carraspear—. Ha pedido nuestra autorización para cortejarte, querida. ¿No es maravilloso?

La cara de Lily quedó perpleja y luego, comenzó a perder color hasta quedar completamente pálida. Entonces entendió por qué Julian no ponía reparos. Tenía una hermana solterona a la que le urgía casar. El verdadero deseo de su madre.

Hanks la miró con una sonrisa espantosa.

—En efecto, esas son mis intenciones. Desde que la vi brillar en la pista de baile me dije: No tienes que buscar más, Patrick. Es ella. Usted no solo es hermosa y posee una gracia especial para danzar. Tiene la edad adecuada. Ya no estoy para buscar a una debutante —explicó convencido de que serían la pareja ideal.

—Se nota que no ha escuchado los comentarios acerca de mi desempeño en la pista de baile en temporadas pasadas. —Buscó ahuyentarlo con total desesperación.

—Prefiero juzgar de primera mano, lo que vi es suficiente —concluyó Hanks.

Lily seguía palideciendo hasta competir con la blancura de la leche que reposaba en la mesita del té. Julian no decía nada, solo la miraba con un gesto reflexivo.

Ella no tuvo dudas de lo que estaba ocurriendo. ¡Su madre había enloquecido!

***

No supo cómo resistió hasta que los visitantes se fueron, sin decirle al señor Hanks, con todas sus letras, que jamás iba a acceder a cumplir con sus aspiraciones. Tendría que esperar a que no hubiera tantos testigos para hablar con Julian. Fue una pena que su hermano hubiese tenido que salir de inmediato, dejándola con la promesa de que esa noche conversarían. Pero no permitió que su madre comenzara a hacer planes, la conocía y si no expresaba su decisión a tiempo, llevaría la situación demasiado lejos.

—No es encantador que a tu edad tengas una propuesta de matrimonio de un hombre con una posición inmejorable. Espero que no tengas que marchar a Atlanta y que te permita vivir en su casa de Londres. Quizás sea inevitable que tengas que pasar algunas temporadas en sus tierras. Así es la vida.

—Madre, ¿se escucha? Usted ya me ve casada, con hijos y se imagina tomando un barco para visitarme.

—La distancia es lo único que no me convence, pero… ha ofrecido un porcentaje anual de sus rentas y renunciado a la dote. Eso lo coloca al inicio de la lista.

—¿Qué lista? —indagó Lily incrédula.

—Exactamente, Susannah tiene varios pretendientes haciendo méritos para deslumbrarla —alegó la marquesa—. En cambio, tú bailaste con el conde de Mackay y con el marqués de North… Pero solo el señor Hanks ha venido a nuestra puerta con intenciones sólidas y honorables.

—No importa lo honorable que sean sus intenciones. No me casaré con ese hombre —refutó con firmeza—. No solo me dobla la edad, no me agrada.

—Lily, él también podría poner reparos a la hora de considerarte como candidata. Quizás debas bajar tus expectativas. Reconozco que me ilusioné al verte bailar con lord Mackay, su reputación es un desastre, pero es rico y noble, aunque sea escocés.

—¿Lo ve? No estoy tan desesperada para casarme con el primer pretendiente que aparezca.

—No es el primero, menos el único que rechazas. No estás en edad de esperar. Lord Mackay quizás fue solo amable, o tal vez, fuiste de las pocas en aceptarle un baile, dada su reputación.

—No aceptaré al señor Hanks —sostuvo decidida—. Acéptelo de una vez y no lleve esta puesta en escena tan lejos. Al final se decepcionará cuando me niegue a cumplir con sus expectativas. Evítese un sinsabor.

—Cuando bailaste con lord North me sentí reivindicada, danzaste con la gracia de un cisne

sobre el Serpentine. Hija mía, yo sabía que algún día pondrías en lo más alto nuevamente nuestro apellido. Ahora nadie podrá poner en duda las habilidades de Susannah y tus demás hermanas, menos mi destreza para educarlas. —Una exhalación de alivio acompañó la frase. Lily meneó la cabeza estupefacta, el elogio de su madre terminaba ensombrecido por esa mágica capacidad que tenía para volverse el centro del universo—. Veamos todo lo ocurrido como un tropiezo. No pediré con vehemencia al Creador que North llame a nuestra puerta con la intención de cortejarte. Me basta con ese fantástico espectáculo que dieron en la pista de baile. Han callado todas las murmuraciones.

—Sí, decididamente, usted está muy animada con esos acontecimientos.

—Pero ni North ni Mackay están aquí solicitando tu mano. El señor Hanks sí. Aprovechemos que has vuelto a entrar al mercado matrimonial para que te libres de la soltería.

—¿No desea esperar? Tal vez lord Mackay o lord North muestren interés más adelante, la temporada recién comienza…

—¿Y arriesgarme a que vuelvas a pisar en el lugar equivocado? Tengo a varias hijas que casar, y después de Susannah, debo ocuparme de sus presentaciones. Cuando menos lo espere, vendrán una después de la otra.

—¿Qué opina mi hermano al respecto?

—Ay, querida. —Suspiró—. ¿Por qué crees que tu hermano ha estado de pésimo humor últimamente? Julian tiene problemas de solvencia, lo que ha acrecentado su tensión. Lo he persuadido de que la propuesta de Hanks es una buena oportunidad para una solterona. Julian dudó al principio, pero terminó por entender que es lo mejor. Le llama la atención la prosperidad de su futuro cuñado, Hanks podría asesorarlo en técnicas agrarias. ¿No te das cuenta de que sería una adición conveniente para nuestra familia?

—Lamento tener que llevarle la contraria o arruinarle el buen ánimo de hoy. Jamás aceptaré al señor Hanks. No importa qué argumentos utilice para tratar de convencerme.

—¿Incluso la ruina de tu familia? ¿La desesperación de tu hermano? Tu padre dejó deudas que, tras años de su partida, aún le estamos haciendo frente. Julian no solo tiene que luchar con sacar adelante los problemas que enfrenta en nuestras tierras, también lidia con casar a varias hermanas y ofrecer dotes considerables para cada una. Tú podrías ayudarle a aminorar su carga.

—No quiero casarme con él —repitió obcecada.

—Entonces, busca un pretendiente que iguale su ofrecimiento, pero tienes una obligación con la familia, como igual la tiene tu hermano. No puedes negarte y hacernos pagar por tu egoísmo.

Capítulo 13

Febrero de 1821

Como muchos miembros de la nobleza londinense, esa tarde, la marquesa de Seymour y sus dos hijas mayores, asistieron a la gala benéfica en una de las salas de Hanover Square Rooms. Mackay no tardó en divisarlas. Respiró hondo. Había estado esperando una oportunidad como esa para volver a hablar con Lily. Por fortuna, no estaba solo, *los tres W* y Céline, la esposa de Watford, también acudieron a disfrutar de la música. Aunque en realidad estaban ahí para vigilar a los sospechosos que conformaban su lista.

Lo recaudado se destinaría a la *Royal Society of Musicians*, así que los Gellywen también asistieron. El vizconde, Rupert Cosgrove, un caballero rubio, alto, de ojos marrones y bigote, no podía faltar. Era uno de los principales patrocinadores del lugar. Lo que fue útil para Gaven, necesitaba propiciar un encuentro con la esposa y negociar su silencio cuanto antes.

Los Brandon brillaron por su ausencia, lo que resultó muy conveniente, tanto para su acercamiento con la familia de Lily, como para su intento de abordar a la vizcondesa Gellywen. Supuso que se debía al *magazine* que comenzó a circular esa mañana y que veía pasar de mano en mano, incluso en el concierto.

DE SOLTERONA A UN DIAMANTE MUY COTIZADO
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
1 de febrero de 1821

No nos desviemos por las ramas... ¿Quién desconoce la reputación que, cierta duquesa le endilgó a una dama casadera, que osó pisar el elegante pie de su promisorio hijo? Equivocar el paso puede traer consecuencias desastrosas, o que nos diga lo contrario lady Lily Ann Brownlow, quien tras su pésimo debut vio sus temporadas extinguirse una a una sin éxito.

Es bien sabido que toda matrona respetable busca para su hijo una esposa que sepa desenvolverse en sociedad, que pueda organizar bailes, cenas con personas prominentes y que posea la gracia y la elegancia, que le permita mantener sus conexiones y trasmitir su sabiduría a los futuros hijos.

Pero esta historia ha dado un giro que nadie esperaba. Parece que uno de los caballeros malditos no tiene tan mala suerte después de todo. Tras llevar a la infortunada joven a la pista de baile, y desempeñarse medianamente bien, los caballeros dejaron de escuchar a sus preocupadas madres. A veces la belleza pesa más que la gracia. Ahora todos quieren un sitio en el carné de lady Lily.

Quizás el tiempo le ha servido para perfeccionar sus movimientos sobre la pista. Ya no parece ser una preocupación para el caballero que casi causó su ruina, porque ha vuelto a caer en sus redes. Ahora vemos a North muy solícito con la solterona, quien —al parecer— pronto podría dejar de serlo.

Mientras se dirigían al Salón de Asambleas, Mackay se apresuró para intentar saludar a la marquesa y sus hijas. Lamentó que lord Seymour no estuviese acompañándolas, con él sentía que había logrado cierto avance, lo que tal vez le haría más fácil comunicar sus intenciones.

Mackay tragó en seco al repetirse para sus adentros aquellas palabras con las que planeaba dar su próximo paso. ¿Realmente estaba iniciando el cortejo a lady Lily Ann Brownlow? Estuvo a punto de retractarse, pero teniéndola ante sus ojos y con el recuerdo vívido del momento que hablaron por primera vez, se llenó de valor.

Caminó con paso firme. Tenía en mente invitarlas para compartir, en uno de los entretiempos, el exquisito servicio de té con que los agasajarían, en una de las salas aledañas. Sería una exquisita oportunidad para expresar de modo indirecto su interés, y propiciar una futura visita a la casa de Lily.

Sin embargo, se detuvo en seco al ver que el señor Hanks se aproximaba a la marquesa y sus hijas. Por el modo en que lo trataron percibió que no era un encuentro casual, sino premeditado. El americano sería el acompañante de las damas esa tarde. Tuvo que respirar hondo para no estallar de ira, precisamente aquel hombre que le provocaba tanta desconfianza. Con la mandíbula tensa se dirigió a su asiento junto a sus amigos. Se acomodó tras localizar los puestos que ocupaban Lily, su familia y Hanks.

Cuando los músicos comenzaron a interpretar la sinfonía compuesta para los conciertos de Salomón, no pudo deleitarse en los exquisitos sonidos presididos por el pianoforte, su vista buscaba una y otra vez a la joven dama.

—Por Dios, Mackay, intenta ser menos evidente —le susurró Wild con los labios casi en una línea, para que nadie lo instara a guardar silencio.

—No sé a qué te refieres —murmuró el aludido.

—No dejas de vigilar a Hanks. Te delatarás. ¿No sabes lo que es la sutileza? Estamos aquí para acecharlo, pero con discreción. —Su murmullo fue muy exigente. Gaven le hubiese gruñido de no ser porque los músicos estaban en pleno concierto—. Se trata de vigilarlo con suspicacia para que dé un paso en falso y podamos atraparlo —insistió implacable—. Si sabe que es uno de nuestros sospechosos…

—Ya entendí —protestó. No iba a darle explicaciones.

Céline los miró con el entrecejo arrugado, no le permitían concentrarse en la interpretación. Los hombres fueron obligados a callarse. Mackay exhaló, agradeció para sus adentros que Wild no notara que, a quien no dejaba de observar era a Lily, o no se quitaría de encima las bromas de sus amigos.

Fue así como notó que Hanks se volvía de continuo hacia su pequeña. Aquel sentido de posesión se apoderó de su alma, de su corazón, de su carne y de sus huesos… Sacudió levemente la cabeza para sermonearse por llamarla «su» lo que fuera. No le pertenecía y menos tenían vínculo alguno que los uniera. No obstante, en medio de aquella lucha interna, advirtió que aquel señor maleducado que no sabía que en los conciertos se debía guardar absoluto silencio, seguía colmando de atenciones a la dueña de sus afectos. Enarcó una ceja muy malhumorado. De haber sido posible le habría mandado a Céline con su ceño arrugado para que lo obligara a callarse, como hizo con Wild.

—¿Me quiere decir algo, Mackay? —le preguntó Céline con un tono apenas audible—. Me mira como si estuviese a punto de pedirme que…

Una dama estirada que estaba cerca de ellos se volvió para clavarles la mirada airada instándolos a callarse de inmediato. Gaven negó en dirección a su amiga o terminarían sacándolos de la sala.

Y cuando volvió a buscar con la vista a la joven dama —que no dejaba de sorprenderlo— vio que ya estaba de pie. Debió buscar una excusa convincente porque abandonó su sitio con destino al exterior. Era el turno de Mackay de seguirla con discreción. Y lo hizo, en eso era experto.

La observó caminar, se veía desesperada, necesitada de respirar, de tomar aire a sus anchas. Algo la estaba asfixiando, rogó que fuera tener que soportar a Hanks o a cualquier otro que se atreviera a acercársele con segundas intenciones.

Lily avanzaba rápido y Mackay no le perdía la pista. Por fortuna, todos estaban distraídos en el concierto y las personas que servían en las diversas estancias del lugar, permanecían tan ocupadas en sus funciones que no repararon en ninguno de los dos. La joven dama terminó colándose por una puerta entreabierta de una pequeña sala que permanecía vacía.

Bajo el vano de madera, Mackay la vio caer derrumbada en una de las sillas y no dudó en entrar al recinto, cerrar la puerta tras de sí y carraspear para advertirle de su presencia. Lily levantó la vista asustada, pero sus temores se disiparon cuando lo vio.

—*Lassie* —le susurró acercándose.

Ella se puso de pie. Estaban completamente a solas. Los ojos de Lily volaron por un instante hacia la cerradura y después a los iris azules del pelirrojo de mirada abatida. Mackay solía lucir desafiante, fiero, pero con un soplo de tristeza jamás. De inmediato, Lily quiso saber qué lo agobiaba.

—Qué alivio saber que es usted.

Gaven también suspiró, y su semblante se relajó. Percibió un agradable calor en el pecho al escuchar que se sentía en confianza a su lado y aquello se reflejó en su rostro.

—¿El señor Hanks la molestaba? —preguntó y no pudo disimular su instinto protector. Lily suspiró y volvió a dejarse caer sobre la silla, casi se hundió entre sus cojines. Mackay se le acercó, la miró a los ojos mientras bajaba e hincaba una rodilla sobre el mármol para repetir la pregunta—. ¿Se portó de algún modo reprobable con usted?

—Es algo peor —musitó sin rechazar la cercanía del varón.

—Hable, me está inquietando.

—¿Se preocupa por mí?

—Corre peligro junto a ese señor —la alertó. Ya no solo le interesaba que ese macabro ser, fuese por fin hallado culpable de lo ocurrido a lady Regina, sino que lo necesitaba para salvar a Lily de sus garras.

—No creo que sea un peligro como tal —hablaba a la ligera, sin dejar de contemplar los rasgos cada segundo más cercanos de Mackay—, pero no quiero casarme con el señor Hanks.

—¿Casarse? —esgrimió con los dientes apretados. Sí, fue un desenlace que jamás vio venir. La preocupación no desapareció, pero el resto de las emociones que lo dominaron eran destructivas. Si Hanks se le paraba en frente en ese momento no respondería de sus actos. La cabeza estaba a punto de estallarle.

—No ha pedido mi mano de manera oficial —continuó explicando, inconsciente de la ira que consumía a Mackay—. Sin embargo, ha manifestado sus intenciones de desposarme. Es tan desolador. Y ahora que ese *magazine* me ha relacionado con North, ha puesto más empeño para llevar la delantera.

—¿North la ha visitado o ha puesto en palabras sus intenciones? —Los celos comenzaron a devorarlo cuando recordó el desafortunado escrito, más al recordar cómo se refirió a su persona.

—No. Solo fue cortés en el baile. Sabe cómo son esas columnas de cotilleos. Nada de lo que dicen es verdad.

—Lamento que tenga que soportarlo.

—Para mí es detestable. Pero, para mi madre es esperanzador. Piensa que me han elogiado. —Se alzó de hombros—. Lamento lo que dijeron de usted.

—Han escrito cosas peores que calificar «medianamente» mi desempeño en la pista de baile. —Hizo una pausa para admirar la sencillez y el brillo de los ojos de la muchacha cuando intentaba disimular una sonrisa—. ¡Debe poner distancia entre usted y el señor Hanks de inmediato! —ordenó, su intención era instarla con sutileza, pero las palabras salieron disparadas. Dándose cuenta de su tono, trató de remediarlo. Sabía el efecto que causaba cuando el ánimo que lo dirigía era beligerante. Bajando la voz continuó, como un amigo que da un consejo, aunque tenía muy claro que buscaba más que una amistad—: Sea tajante. No aliente sus aspiraciones.

—Créame que lo he hecho. —Su voz se rompió al final. Volvió a atormentarla mirar hacia

al futuro y vislumbrar su vida al lado de Hanks—. No obstante, mi madre cree que es una buena oportunidad. Ha fijado sus objetivos a corto plazo en mí, desea casarme con ese señor esta temporada —soltó una palabra apresurada detrás de la otra. Ni siquiera reparó en que estaban solos en aquel saloncito y que, si los descubrían, sería un escándalo que la arruinaría por completo. Menos advirtió que los temas que compartía con su interlocutor, no se hablaban con alguien que no pertenecía al círculo familiar más íntimo.

—Pensé que la debutante, y sobre quien estaban puestas las esperanzas de su madre, era su hermana.

—Susannah sigue recibiendo atenciones de algunos de los jóvenes asistentes; pero su proceder es cauteloso. No le ha dado esperanzas de aceptar un posible cortejo a ninguno. Tras hablar con Julian aceptó que primará la calma en su elección.

—¿Y usted no puede hacer lo mismo para ganar tiempo? —sugirió levantándole el mentón con dos de sus dedos.

Lily tembló ante el contacto, pero no se retiró, al contrario, dejó que los ojos ávidos del hombre recorrieran cada rasgo de su rostro. Parecía que los aprendía, que los grababa con cincel en su memoria y ella aprovechó para deleitarse en los mechones cobrizos que enmarcaban su rostro, en el tono marfil y en la tersura de su piel. Se acercó más a él. Su calor corporal la atraía como si fuese un imán, más porque su abrigo no la protegía del frío.

—¿Le parece que me sobra el tiempo? —protestó angustiada acercándose todavía más, pero su voz era tan suave como una súplica. No quería reclamarle por su suerte, pero él estaba preguntando y ella se limitó a expresar lo que sentía—. Mi madre está desesperada. Usted no lo entendería. Mi hermano tiene una enorme responsabilidad con tantas señoritas en la casa.

—Tengo una hermana… pronto será casadera. Pero, Dios me libre de la responsabilidad de tener que buscarle esposo.

—Cuando llegue el momento descubrirá que es su obligación y podrá comprender a mi familia.

—Ella no me dejaría entrometerme en sus asuntos. Como sea, jamás la obligaría a desposarse con un sujeto que tiene más de cincuenta años y que es dueño de unas extensas plantaciones de algodón en Atlanta.

—Nunca desposaré a un hombre que posee esclavos. —Volvió a protestar y el adoró su convicción.

—No, no lo hará —murmuró ronco—, con él ni con nadie más.

Estaban tan cerca que sus narices se rozaron de nuevo —justo donde se quedaron la última vez— que en el aire pudieron paladear el delicioso aroma que se percibía en el aliento del otro.

—¿Pretende que me quede solterona para el resto de mi vida? —susurró con la voz entrecortada.

—Tampoco —continuó con la voz más ronca aún, afectada por el deseo que lo hacía sentirse enérgico.

—¿Y entonces?

—La quiero para mí —se la reclamó a la vida. El brazo libre de Mackay la asió por la espalda sin previo aviso, y antes de darse cuenta, el torso de Lily reposaba contra los pectorales masculinos duros como rocas. Podía ejercer presión sobre el suave mentón de la joven y acortar la milimétrica distancia que separaba sus labios para degustarlos al fin. Sin embargo, no era su estilo. Prefirió dejarlo en sus manos. Ocurriría solo si ella lo deseaba tanto como él—. Béseme.

Lily se sintió embriagada por su cercanía, sitios inexplorados de su cuerpo palpitaban, exigían atención. Las sensaciones desconocidas la dominaban con una fuerza poderosa. Estiró

los dedos para atrapar aquel mechón cobrizo y rebelde sobre la mejilla derecha que se había vuelto su obsesión. Acarició el sitio donde se formaba uno de los hoyuelos que le robó el sueño la pasada noche. Y sin oponer resistencia, entregó sus labios ante el imponente varón, que no solo iba apoderándose de cada trozo de su carne, su piel, su precipitado corazón, sino que obnubilaba todos sus sentidos.

Él cerró los ojos cuando probó los labios de la mujer, sabían tan dulces como la miel, como ese olor que no podía sacarse de la cabeza. Ella era como un terrón de azúcar que se deshacía a medida que la saboreaba, devolviéndole sensaciones muy placenteras. Olvidó donde estaba, incluso su nombre y la arrancó de la silla. Ya no pudo contenerse, su hombría palpitaba y crecía dentro de sus pantalones. La necesitaba con urgencia. No estaba dispuesto a esperar y por la forma en que ella lo acariciaba, y lo besaba, como si ya lo hubiese hecho en el pasado, podría jurar que se estaba quemando en el mismo fuego que lo devoraba a él.

—Mujer —susurró excitado entre beso y beso, poseído por su calor, por su aroma, deseando tomarla sin más dilación—. ¿Sabe lo que estamos haciendo?

—No, pero me gusta. —Lily enmarcó el rostro varonil, y lo observó unos segundos, mientras trataba de recobrar el aliento. Se saboreó los labios y volvió a besarlo.

A él también le agradaba el contacto de su cálida lengua, tenía cierta pericia, sus movimientos lo enloquecían, no parecía que solo por instinto exploraba tratando de saciar su apetito. Más lo enloquecían sus manos inquietas, acariciando su cuello, deslizándose por su espalda, apretándolo, empujándolo contra la suavidad de su pecho, de su abdomen.

—¿No crees que a tu familia le preocupe que has tardado más de lo usual? —La tuteó como ya había hecho en el pasado. Adoraba hacerlo. Ella lo miraba con el entrecejo arrugado, le reclamaba separarse de sus labios.

Gaven no quería ser aguafiestas, pero preguntó lo que le parecía obvio entre beso y beso. Si ella seguía tocándolo de esa forma, iba a dejar de tener control sobre sus impulsos. Las ganas de unir sus cuerpos desnudos lo estaban encegueciendo. Lo hacía olvidar que estaban en un lugar público y que ella era una señorita respetable.

—Posiblemente —respondió como si nada y protestó por aquella molesta conversación que la alejaba de su boca. Se mordió el labio inferior, sin dejar de mirar los labios llenos y seductores del hombre, y volvió a devorarlos.

Mackay se perdió en ese beso. Tampoco quería retirarse. Chupó con ansias la deliciosa boca femenina que ya estaba hinchada y roja por su asedio, ahogó un suspiro y agregó:

—Mandarán a buscarte. —Odió sonar autoritario y tener que ser el más sensato entre los dos, pero la experiencia lo precedía.

—Tal vez así, arruinada, Hanks deje de interesarse en mí. —Buscó decidida los labios del hombre, renuente a que volviese a despegarse de los suyos.

—*Lass*, no quiero que me uses solo para librarte de ese malnacido. —Trató de sonar razonable, pero aquella frase salió como un reclamo.

—¿Por qué no?

—Quiero que me beses porque me deseas.

—No es un sacrificio besarte —se sinceró con él y lo trató con intimidad. Por supuesto que deseaba besarlo todo lo que durara el concierto y que nadie los interrumpiera. Jamás se cansaría de ese placentero intercambio.

Los ojos de Mackay sonrieron, adoró que lo tratara como a un amigo o un amante, tuteándolo también con complicidad.

—Debemos parar y salir de aquí sin que nadie nos vea —decidió, pero su brazo seguía

asiéndola por la cintura, apretándola contra su torso—. No voy a arruinarte.

—¿Desde cuándo a un libertino como tú le preocupa la reputación de una dama? —El rechazo comenzó a dolerle. ¿Por qué no la quería?

—No puedo arruinar a la dama que será mi esposa, eso sería un comienzo muy escandaloso, incluso para un hombre como yo —sentenció y ella sintió que se derretía entre sus brazos ante tal confesión.

Lily necesitó unos segundos para asimilar aquellas palabras. Mackay, ese hombretón que había conocido en malos pasos, el que lucía intimidante y seductor a la vez, al que lo precedían los rumores por su reputación dañada, ese que con una mirada la desordenaba por dentro y que con un beso le hizo mandar al infierno los preceptos morales que le enseñaron… ¿le estaba proponiendo matrimonio?

—¿Qué es-tás di-cien-do? —tartamudeó y ni siquiera se percató de que lo hacía.

—Me encantas, pequeña. Tal vez es apresurado y deberíamos tener un cortejo en forma… Pero… ¡Demonios! Voy a pedir tu mano, si tú estás de acuerdo.

—¿Mi mano? —repitió sin salir de su asombro—. No sabía por qué le sorprendía tanto. Quizás se acostumbró a la infelicidad, que al tener a ese hombre hermoso ante sí, que, además, le atraía de un modo feroz, comunicándole sus intenciones no pudo creerlo. ¿Dónde estaba la trampa? Ese tipo de cosas buenas e inesperadas no solían ocurrirle a ella.

—Salvo que no me consideres un buen partido —titubeó.

Ella rio como tonta por el argumento de Gaven ante su reacción.

—Lo siento, es que…—Le rodeó el cuello con sus brazos, lo miró a los ojos, largamente, y reunió el valor para continuar—: ¿Es algún tipo de broma entre tú y tus amigos, para ver quién conquista a la solterona?

—No —dijo con seriedad. Le dolió ver lo que el rechazo de la sociedad hizo con ella. Esa desconfianza tenía que acabar. Por más obstáculos que tuvo en el camino, Mackay jamás dejó de creer en sí mismo, de enfrentar la vida con coraje, de reclamar su lugar en el mundo.

—Discúlpame, no quise sonar como una criatura indefensa sin una gota de seguridad. No soy así, es solo que…

—Sé que no lo eres, entiendo que después de lo vivido seas recelosa y te protejas a ti misma.

—He escuchado todo tipo de historias. Hay personas muy crueles que suelen jugar con los sentimientos de los demás.

—Mírame a los ojos, *lassie*. ¿Me crees capaz de un juego tan frívolo? —Mackay sabía que era cierto, muchos nobles aburridos de su existencia frugal hacían apuestas indecorosas con la ingenuidad de los demás.

—Sinceramente, no. —Su agarre se cerró todavía más sobre el cuello del hombre, acercando más su rostro al del caballero. Enterró sus dedos entre los mechones ensortijados de su nuca.

Gaven gruñó bajo y fascinado por el placer que la caricia le provocó. Aprovechó para aprisionar más fuerte la cintura de la joven y también acercarla más contra su cuerpo.

—¿Qué dices, Lily Ann Brownlow? ¿Me consideras un buen partido? —preguntó de modo directo, mirándola a los ojos, sin titubeos.

—Hum —jugó y continuó con una entonación teatral—. Treinta y dos años, ya no es tan joven, milord. Y su reputación tiene algunas máculas.

—Sé que estoy en franca desventaja ante una perfecta rosa inglesa —le siguió la corriente, adoraba la forma en que lo desafiaba con cada palabra.

—Te equivocas.

—¿Me equivoco? Explícame.

—Creo… que eres perfecto para mí, así como eres. Sin embargo, nos conocemos hace poco y, tal vez, estoy delirando producto de la fiebre que no me deja pensar con claridad. Sé que no soy una debutante, y que mi edad, veinticuatro años, es… un tema complicado.

—Tu edad es ideal para mí. Jamás le pondría reparos.

—Un matrimonio es para toda la vida —reflexionó y él la escuchó con cautela—. No quiero que el entusiasmo nos haga tomar una decisión apresurada, que nos casemos y que tras conocernos mejor, descubramos que no podemos entendernos o convivir. Sería desastroso que terminemos odiándonos.

—Analizas demasiado, *lass*. Pero me gusta. ¿Puedo visitarte mañana? Hablaré con tu familia.

Ella no pudo evitar reír cuando la felicidad la atravesó como un rayo de luz. Acarició la dicha con la punta de los dedos. Sintió que su alma se elevaba, llegaba al cielo y danzaba con los ángeles.

—¿Puedo llamarte Gaven?

—Me encantaría —reconoció sonriendo. También fue sacudido por la misma felicidad que brillaba en los ojos ámbares de ella.

—Gaven Dhoire Mackay —saboreó lentamente su nombre.

—Lily Ann Brownlow —la imitó.

—*Highlander* —lo desafió y él se humedeció los labios—, te estaré esperando.

El beso de Lily lo sorprendió y lo dejó sin aliento. Sus cuerpos se fundieron en un abrazo largo, apretado e intenso. No querían separarse, esperar hasta el siguiente día iba a ser una tortura. Encontrarse en los pasillos de Hanover Square Rooms y fingir que no se habían devorado a besos hacía escasos minutos iba a ser todo un reto.

—Estaré llamando a tu puerta sin falta, *lassie* —le prometió con una emoción, profunda y desconocida, gobernándolo. No se había sentido así desde que fue un niño, en los momentos que recordaba como los más felices de su vida.

—No tardes.

—No sé si pueda aguantar hasta el día siguiente. Esta noche tengo una invitación para el baile de Hereford. ¿Tu familia asistirá?

—Sí. No tenía ganas de ir, pero si tú estarás ahí...

—Será perfecto para vernos. Quizás pueda acercarme a tu hermano y solicitar una cita para mañana. Me interesa dejarle en claro mis intenciones.

—Julian ha viajado de improviso a nuestras tierras. Pero estará mi madre. Ella tiene cierta licencia en esos asuntos, puedes acercarte a ella.

—Guárdame un vals y una contradanza.

—Si bailo dos veces contigo, ¿no crees que seremos muy evidentes?

—No tengo intenciones de mantener mi interés en secreto. Voy en serio.

—Y muy apresurado… Te guardaré un vals y una contradanza. Tampoco deseo ocultarme de nadie.

—Será la oportunidad idónea para alejar a Hanks.

—Nada me hará más feliz que librarme de él. —A Mackay también, no quería asustarla con sus sospechas, pero mientras ese hombre rondara a Lily no le quitaría los ojos de encima.

—Hay algo más, Lily. —Ella amó escuchar su voz varonil pronunciar su nombre sin aditamentos propios de la etiqueta como su título de cortesía—. Lady Gellywen está aquí.

Necesito negociar con ella su silencio. Temo que tu familia me desestime si me encuentra envuelto en un escándalo junto a Chastity. No me perdonará arruinar la reputación de una de las familias más queridas de Londres.

—Oh —replicó al recordar ese incidente—. Eso debiste pensarlo antes de enredarte con… No. No reclamaré por tu pasado. Pero situaciones como esas serán inaceptables de hoy en adelante. El hombre que decida llevarme al altar debe jurarme fidelidad. ¿Estás dispuesto? —exigió con dignidad elevando la frente.

—No soy un libertino, pero tampoco casto. He usado muy bien mis treinta y dos años —aclaró guasón con una ceja enarcada.

—De eso último ya me he dado cuenta —replicó y negó convencida de que, la enloquecía el descaro de Mackay.

—No cuenta a quien hayamos besado en el pasado, lo importante será de hoy en lo adelante… —propuso como si fuera un pacto que se empezaría a cumplir.

—Yo… No he besado… este…

—He dicho que no importa —aclaró, pero eso no evitó que Lily se ruborizara un poco. Trató de levantarle el ánimo—. Si quisiera que mi esposa fuera una mojigata habría buscado en otro lugar.

—Tal vez he dado un beso o dos. Además, nuestro encuentro fue fortuito, no me saliste a buscar.

—No es un crimen besar.

Él sonrió con malicia. ¡Lo sabía! Y estaba seguro de que habían sido más de uno o dos. Sus caricias lo hacían delirar.

—¿No lo consideras reprobable? —preguntó ella—. Fue un inocente juego con un amigo, apuestas y besos entregados como prendas.

La sonrisa de él se volvió más maliciosa.

—Espero que esas apuestas se acaben. También exijo fidelidad.

—Fue hace mucho tiempo. Es increíble como esperas que te sean fiel cuando tú has corrompido a la mujer de otro caballero.

—Los duques tienen un acuerdo, yo no rompí su matrimonio —explicó.

—¿Oh? ¿Esas cosas pueden pasar?

—Pueden. Hay muchas bodas de conveniencia. Pero tú y yo, *lassie*, no tendremos un arreglo similar… jamás.

—Me alivia escucharlo. —Volvió a mirarlo con afecto. Jamás fue tan sincera con nadie, ni ninguna persona fue tan honesta consigo—. Con respecto a lady Gellywen, no tienes nada que temer, ella no te identificó. En todo caso la que debe estar preocupada es la duquesa.

—Como sea, lo mejor es que ese asunto no salga a la luz. No nos conviene. —Le gustó que hablara de ellos como una unidad.

—Le estás pidiendo ayuda a la persona incorrecta, su excelencia hizo mi vida miserable. De mi boca no saldrá una palabra para perjudicarla, pero tampoco para liberarla de cumplir con las consecuencias de sus actos.

—No sabía que eras tan estricta. —Descubrió que bajo esas capas de bondad, también había dureza—. En ese caso, yo también tendré que responsabilizarme de los míos. Si el rumor se sale de control, supongo que tarde o temprano seré señalado.

—¿Te preocupa tanto tu reputación?

—La verdad es que ahora sí, por ti. ¿Seguirías a mi lado si el escándalo se desata?

—Ni siquiera lo dudes.

—Tu familia opinará completamente diferente.

—Gaven, si tengo que condenarme al ostracismo social contigo, no me importaría.

—Espero que cuando no nos inviten a bailes ni a conciertos como este, sigas pensando igual.

—Es más divertido besarte.

Capítulo 14

Lily inspiró varias veces y salió de la sala cuando él le aseguró que el camino estaba despejado. Se despidió de Gaven con una mirada llena de complicidad y caminó hasta donde se encontraba su familia. Todos estaban en una de las salas conversando y tomando el té en lo que volvían para otro de los tiempos. La marquesa la observó con el ceño fruncido, seguramente por la tardanza, pero relajó el semblante ante la intervención del señor Hanks.

—Empezaba a preocuparme por usted, milady. ¿Dónde estuvo todo este tiempo? ¿Se siente bien?

—Discúlpenme. Me sentí abrumada por un instante y necesité un poco de silencio —contestó.

—¿Deseas que envíe por el cochero para que te lleve a casa? ¿Es necesario que te acompañemos? —preguntó Amber.

Lily observó a su hermana charlando amenamente con otras jóvenes de edad similar. Le arruinaría la diversión y, en realidad, no se sentía mal.

—Creo que puedo esperar hasta que el concierto acabe.

—Luces muy ruborizada —advirtió la marquesa con preocupación. En invierno era fácil terminar con un resfriado—. Espero que no te enfermes durante lo mejor de la temporada. Bebe un sorbo de té caliente. Te hará bien.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, milady? —insistió Hanks sin dejar de estudiarla.

—No es necesario.

—Nada me daría más placer. Es una pena su repentino malestar. Pensé que podría ser su acompañante esta noche en el baile de lord Hereford.

Lily suspiró, solo esperaba que cuanto antes su pretendiente escocés se acercara a su madre y develara sus intenciones. Así Amber constataría la seriedad de estas, y podría rechazar a Hanks de modo tajante, sin lugar a duda o posibilidad de segundos intentos de pretenderla.

—¿Crees que estés mejor para la noche, hija? —intercedió la madre, deseosa de que el cortejo de Hanks fuese fructífero.

—La verdad es que no lo sé… —No veía cómo zafarse. Usó ese pretexto de que se sentía mal. ¿Y si lo llevaba hasta el final? Sería estupendo, no tendría que responder en ese momento a los deseos de Hanks. Sin embargo, quedó con Gaven en verse más tarde. Y sabía que el escocés se las arreglaría para quedar a solas, aunque fuese un instante. Y se moría por volver a probar sus voluptuosos labios.

Una voz de mujer llegó como enviada del cielo.

—Lady Watford —pronunció la marquesa. La recién llegada saludó a los demás con una reverencia que fue correspondida.

—Lady Seymour, ¿podría robarle a lady Lily por unos segundos? Nos hicimos amigas durante su estancia en mi casa de campo y no hemos tenido la oportunidad de vernos desde que arribamos a Londres.

La marquesa se quedó llena de perplejidad. Primero, nunca vio un trato entre su hija y la condesa más cercano que lo habitual en situaciones sociales. Segundo, no estaba segura de si esa alianza resultaba conveniente. Durante su primer matrimonio, Céline fue señalada por presuntos problemas en sus facultades mentales. Después, al casarse con Watford fueron desmentidos. Pero ¿cómo podía saber qué tan ciertas o no fueron esas habladurías? Por otro lado, el esposo de aquella tampoco gozaba de una reputación intachable. Quizás eran buenas personas, parecían educadas y se conducían con propiedad. Sin embargo, importaba más lo que la nobleza

considerara. Estuvo a punto de arrepentirse de haber aceptado aquella invitación a Riverside Park, admitía que acudió movida por la curiosidad y porque sus amistades cercanas también asistieron. Además, de haberse rehusado, su hija no hubiese bailado con North dejando a todos boquiabiertos, incluso al estupendo partido que tenía delante de sus ojos.

Tras el largo escrutinio, Amber se dignó a contestar:

—Por supuesto, milady.

Lily suspiró y acompañó a Céline a otro extremo del salón.

—Milady, usted llegó en el momento preciso, como un ángel de la guarda. Gracias. ¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó.

—Un amigo en común es su ángel de la guarda, no yo —aclaró lady Watford—. Me envío para rescatarla del asedio del señor Hanks.

—¿Lord Mackay?

—Efectivamente. —Sonrió con picardía, pero fue discreta en todo momento y no preguntó más.

—¿Son cercanos?

—Mackay es un leal amigo de mi esposo. También le he tomado cariño.

Lily se preguntó qué explicación le habría dado Gaven a la condesa, para pedirle que acudiera a rescatarla. No pudo averiguar, anunciaron que podían regresar a la Sala de Asambleas, así que con amabilidad se despidió.

En su avance quedó cercana a lady Gellywen, se detuvo un momento para saludarla a ella y a su esposo, ya que él no se desprendía de su brazo. Ambos fueron corteses con ella. Recordó los temores de Mackay y propició quedar un instante a solas. El esposo se adelantó tras una cortés reverencia.

—Alexandra —le habló por el nombre de pila, como ella le ofreció en el pasado.

—Lily.

Ambas sonrieron.

—Hay un asunto que deseo hablar contigo. ¿Recuerdas nuestro descubrimiento en la biblioteca de los Watford?

—¿Cómo olvidarlo? —reveló con una sonrisa llena de ironía—. Todavía me pregunto quién es el caballero de la voz de tenor. Tengo los oídos muy dispuestos, escuchando aquí y allá. ¿Has encontrado algún parecido con la voz de nuestros conocidos? Sabemos que es escocés, es muy evidente, pero los Watford invitaron a varios.

—No, he venido a interceder a favor de ella y pedirte que olvides todo lo escuchado en la biblioteca.

—¿Es por North? Como bailaste con él, ¿crees que tienen de nuevo otra oportunidad? Si fuese eso valdría la pena callarse. Ella no lo soportaría. Después de su asedio, si fueses su sucesora, sería un castigo diseñado a su medida.

—No es eso. La marquesa y yo hablamos. Hemos aclarado nuestras diferencias. Ya sabe que la escuché y… me dejará en paz.

—Oh. —El asombro fue mayúsculo.

—Quiero cerrar ese capítulo de mi vida. Si dejo de tener ese as en mi mano ya no poseeré elementos para continuar callándola.

—Lo entiendo… y lo siento mucho. No lo pensé de esa manera. Es demasiado tarde. No quería hablar, pero era muy tentador. Solo se lo compartí a una persona, no es alguien a quien le gusta el cotilleo, pero... Ya no depende de mí contenerlo. Puedo pedirle que guarde silencio. Sin embargo, no sé si ya lo compartió. De haber sabido que tú… Creí que te quedarías cruzada de

brazos, mientras ella continuaba impune lastimándote. Entiende que no pude detenerme, no solo lo hace contigo.

Lily lo sabía.

—También le exigí que dejara de molestar a las demás. En fin, ya no hay más qué hacer. Esperemos que esa persona sea discreta o la duquesa estará en problemas. ¿Entramos a la sala?

Alexandra asintió, confundida, le agradó el carácter de Lily. Quizás no debió apoderarse de la justicia que debía reclamar aquella.

—¿Seguimos siendo amigas? No quise cometer un error que te perjudicara —se excusó la vizcondesa Gellywen.

—Claro, no te preocupes. Sé que tenías buena intención.

***

En el baile de Hereford, Lily no se libró de Hanks. Aunque no le dio una respuesta, sobre si podía acompañarla, la marquesa se dio a la tarea de contestar en su nombre. Lo que significaba que tendría que tolerarlo y bailar una de las piezas con él. Las personas comenzaban a mirarlos, sospechando del interés del americano en la joven. Aquella posibilidad se esparció con rapidez entre los asistentes.

Como el anfitrión era amigo de Hanks, este se sentía a sus anchas en la mansión, donde era tratado con desmedidas atenciones, las que por añadidura se extendieron a Lily, su madre y su hermana. Echó de menos la presencia de Julian, él no permitiría que la demostración de interés de Hanks fuese tan evidente. Al menos no, hasta que ella le hubiese dado la ansiada respuesta.

Aprovechó que quedó a solas con su madre, durante un momento que el lord Hereford requirió la presencia de Hanks, para manifestarle a Amber su descontento.

—No aceptaré asistir a ningún otro evento si usted decide por mí quién será mi acompañante.

—Pero, hija, ya lo habíamos hablado.

—No es el único pretendiente —reveló.

—Habla, ¿alguien más se te ha insinuado? ¿Es North? Si es así, yo cambiaría *ipso facto* de parecer.

—Madre, lo sabrá a su tiempo. Por favor, no me presione.

—Daré todas las largas que pueda a Hanks para que North se pronuncie. Sospeché que ese baile memorable removería lo que un día le hizo tomarte en cuenta. O de lo contrario, ¿por qué en todo este tiempo ha permanecido soltero? Tantas señoritas hermosas han debutado y el marqués no ha pretendido a ninguna. Quizás la opinión de su madre lo alejó de sus primeras intenciones. Lily, no puedes perderlo —agregó emocionada.

—Madre, sosiéguese. Un paso a la vez. Pronto le develaré todo.

—Bendito sea ese escocés. ¿Cómo se llama?

—Lord Mackay.

—Si él no te hubiese situado en el centro de la pista de baile, North no se hubiese vuelto a deslumbrar por ti.

—La verdad es que…

Lily quiso explicarle para que dejara de sacar conclusiones erróneas, pero prefirió ganar tiempo. Mientras Amber soñara con North iba a dejar de apremiarla. Cuando Mackay hiciera su arribo, se acercaría. Suspiró. Su vida estaba a punto de cambiar. Amber iba a quedar con la boca abierta.

Inspiró con fuerza y volvió la vista hacia la enorme entrada por donde aparecían tras ser anunciados los invitados. El corazón le latía acompasado, aguardando el arribo del hombre de las Tierras Altas que le robó el corazón. Sonrió como tonta ante la cara perpleja de su madre y apretó con fuerza su carné de baile, decidida a anotar su nombre en cuanto lo observase aparecer.

—¿Todo bien, querida?

—Mejor que nunca, madre.

—Tienes un brillo… Siempre supe que estabas enamorada de North. Y, es un hecho de que eres correspondida. Así sonreía yo cuando me enamoré de tu padre.

—Ustedes tuvieron un matrimonio arreglado.

—Pero nos enamoramos después —aclaró, carraspeó y guardó silencio.

—Discutían.

—Te aseguro que lo amaba.

—Si lo asegura, le creo.

Lily miró de nuevo hacia la entrada llena de ilusión.

Capítulo 15

Mackay estaba en el estudio de Luddesdown House releyendo la nota que recibió esa tarde al llegar de Hanover Square Rooms. El escritorio tenía la superficie abarrotada con documentos que llegaron desde las oficinas que poseía en sus caballerizas, lo que más bien eran un par de bodegas acondicionadas. Estaban en plena faena de construcción del nuevo centro de entrenamiento para sus caballos ubicado en sus tierras en Kent, y todo era un desastre. Su secretario estaba sentado frente a él esperando instrucciones.

Abandonó la silla y le indicó sin demora:

—Espero que en menos de una semana este estudio nos sea funcional. Tendremos que arreglarnos con lo que tenemos. Haré mis negocios desde Londres a partir de ahora. Será más efectivo, dado que tendré que permanecer aquí toda la temporada.

—Por supuesto, milord. ¿Qué respuesta le doy al administrador?

El escocés resopló indignado.

—Contactaré a mi abogado para que revise cada cláusula del contrato. Verificaré si podemos obligar al comprador a responder ante la promesa de compraventa.

—He revisado el contrato, milord. El comprador solo está obligado a indemnizarle con un porcentaje inferior si se retracta, pero no podemos exigirle llevarse los corceles y pagar el precio estipulado. Tiene que aceptar que ha cambiado de parecer.

No podía creerlo. Jamás solía errar en sus cálculos ni invertir un dinero que aún no tenía en sus manos. Pero el comprador le pareció una persona recta y de palabra. Lo vio tan emocionado con la adquisición. Exhaló con fuerza.

No supo cómo, pero al dejar de estar concentrado en sus negocios para jugar al investigador y al hombre enamorado, se le cayó una venta que estaba casi cerrada. Diez ejemplares. Con los nuevos gastos de manutención de las propiedades y las pérdidas que trajo consigo el descontento de los arrendatarios, perder ese ingreso era un lujo que no se podía permitir.

—¡Maldición! —Ardió en cólera. El secretario ya estaba acostumbrado a sus manifestaciones de humor, así que no se inmutó. Solo aguardaba instrucciones para actuar de inmediato. Mackay era rápido a la hora de ingeniar cómo salir de un embrollo.

—¿Sabes si el comprador dio alguna razón para retractarse?

—No, pero ha dado la cara. Dijo que esta noche estará en su residencia por si usted desea una explicación.

Se llevó las manos a la cabeza y, mortificado, desordenó sus cabellos. Sabía que Lily lo estaría esperando y deseaba cumplir lo pactado. Pero su solidez económica dependía de cerrar ese trato que se le estaba escapando. Quizás hubo un malentendido, algo que desanimó a última hora al comprador. Confiaba en que podía hacerle cambiar de opinión.

Respiró hondo. Iba a llegar tarde al baile, pero asistiría. Solo necesitaba un momento. El señor Thompson le estaba dando la oportunidad de dialogar esa noche y no podía dilatarlo.

***

Cuando salió de la casa de Thompson, cercana a Bedford Square, apretó los puños con la ira apoderándose de su control. Todavía no daba crédito a lo que acababa de escuchar. El comprador solo iba a respetar los términos del contrato si la duquesa de Brandon le aconsejaba comprar. No

solo dejó claro que confiaba ciegamente en ella, sino que agregó que era la última palabra.

Descubrir que la duquesa era responsable de disuadir a su cliente con total alevosía para perjudicarlo hizo que ella dejara de importarle por completo. Mientras él buscaba la manera de convencer a lady Gellywen de guardar silencio para salir de la vida de Chastity sin afectarla, y menos a su familia, la dama estaba dispuesta a destruirlo.

No pudo contenerse y subió a su carruaje decidido a encontrarse con ella para reclamarle. Sin prudencia, se presentó ante la puerta de los duques, y aguardó hasta que el mayordomo lo anunciara.

Lo hicieron pasar al salón de recibir visitas, y tras unos minutos prolongados, la duquesa de Brandon hizo su arribo. Por cortesía, Gaven se puso de pie, y porque la sangre que ardía dentro de sus venas lo estaba quemando y ya no podía aguardar sentado.

Chastity avanzó hasta la silla que estaba frente al sofá del que se levantó Mackay, en ningún momento dejó de mirarlo. Le señaló el mueble para que volviera a ocuparlo, pero él se negó. No era una visita social.

—¿Has perdido el juicio? —lo interrogó sorprendida, jamás imaginó que se atreviese a llegar hasta su morada.

—No, es peor. Soy un idiota. —Le costaba contenerse.

—Es una suerte que Henry salió esta noche al baile de lord Hereford y que mi esposo fuera invitado a una partida de naipes con su mejor amigo. Por fortuna, mis hijos menores ya se retiraron a descansar.

—No me importa saber sobre los compromisos sociales de tu familia. He venido solo por un motivo, regresarás mañana a primera hora con el señor Thompson y desmentirás las calumnias que lanzaste sobre mis corceles. Como le dije al comprador, ¿si no diese garantías, Su Majestad sería uno de mis fieles clientes?

—A mi lado tenías privilegios —susurró—. Cada uno debe afrontar las consecuencias de sus actos. Ahora te toca pagar.

—¿De qué hablas?

—De lo que sea que tienes con esa muchacha. Lily Ann Brownlow. ¿Es ahora tu amante? ¿Y qué plan malvado se trae con Henry? ¿Están coludidos? ¿Quieren verme tocar fondo?

—No sé de qué estás hablando.

—Primero yo estaba arriba y ahora soy el hazmerreír de Londres, porque esa damita con dos pies izquierdos se ha pavoneado en la pista de baile… con mi hijo. ¿Es tu venganza?

—No, no sé qué veneno te tiene obnubilado los sentidos. Yo no la conocía, hasta ese día que la vimos llorando. ¿En qué momento armaríamos todo un plan para vengarnos de ti? ¿Para que la joven capturara a tu hijo?

—Si no es así, entonces te está utilizando para llegar a él.

—Basta. No quiero tener que dar explicaciones cuando regrese el duque. Le prometí que jamás iba a volver a acercarme a ti, y aquí estoy porque has entorpecido uno de mis negocios. Esa venta es muy importante para mí, me ayudará a salir airoso de algunos de los problemas en los que tú me has metido. Solo ve con Thompson y desmiente lo que sea que le has dicho.

—¿Cómo pudiste contarle nuestro secreto a ella? Le diste las armas necesarias para hundirme. —Estaba convencida de que Lily supo de la aventura de labios de Mackay.

—No, Chastity. Te hundiste sola. ¿Me conoces? Jamás pondría en juego la reputación de ninguna dama. Ella nos vio aquella vez en la biblioteca. En todo caso estamos hundidos los dos.

—No, tú eres hombre. A la larga mirarán hacia otro lado y no verán tus líos de faldas, como tampoco nadie percibe los del duque. Así siempre ha sido. Ella no pudo vernos, no tendría

tanta suerte. Te ha engatusado y has caído en su telaraña. Creí que era una insulsa. ¿Cómo no vi que esperaba como un tigre el momento de dar el zarpazo?

—Cree lo que quieras. —Negó, nadie iba a sacarla de su ataque de terquedad.

—Mi prima la duquesa de Sutherland, quien como sabes ha sido privilegiada por el rey de Inglaterra como tu familia, desde varias generaciones atrás, al sospechar de nuestra cercanía intentó disuadirme y abrirme los ojos, advirtiéndome de que eras un rufián que podía causarme problemas muy serios.

—No lo dudo. Los Sutherland envidian mi prosperidad. Aunque, tu prima, la duquesa, me supera en tierras y en favores del rey, no soporta que yo haya logrado progresar social y económicamente, después de las guerras que nuestros antepasados lucharon entre sí y de las tierras que nos arrebataron. Es un odio muy antiguo, generacional. Así que, por supuesto que, para ella los Mackay somos lo peor que existe en este mundo.

—Yo no quise ver. Las pruebas estaban delante de mis ojos y ella me instó a que investigara —continuó.

Mackay no entendió a qué se refería. Intentó mantenerse frío para no pasar por alto ninguna palabra. Tarde se dio cuenta de que Chastity era muy peligrosa. Si había provocado el rechazo de la nobleza hacia una criatura como Lily, que el único error que cometió fue pisar a su portentoso hijo y no poseer una gracia según las expectativas de la duquesa, ¿qué quedaría para él, quien al parecer, le había roto el corazón? Aunque ella se empeñaba en negarlo.

—Si me declaras la guerra voy a responder. Podemos hacer las paces, solo convence a Thompson de comprar.

—He descubierto algo de tu pasado que podría causarte mucho daño. Lo ignoré porque creí que lo que teníamos era importante. Tengo en poder unos documentos que podrían ser tu desgracia.

—No sé a lo que te refieres. —De verdad no la entendía, pero tampoco quiso reírse en su cara y creerla desquiciada. La conocía bien, jamás amenazaba en vano. No existía documento alguno que pudiera incriminarlo, salvo que Chastity hubiese inventado un modo de perjudicarlo.

—Hoy visité a lady Luddesdown. —Comenzó a ponerlo en perspectiva–. Una querida amiga mía, quien afortunadamente sigue recibiendo tu hospitalidad. En la juventud solemos ser tan imprudentes, rebeldes y eso, muchas veces, nos lleva a tomar decisiones desacertadas —argumentó con total ironía—. Desde que Sutherland me advirtió tomé precauciones e investigué un poco. Necesitaba saber en qué terrenos me adentraba. Descubrí algo muy interesante. Decidí ignorarlo, te volviste contra mí y ya no lo ignoré más.

Mackay apretó los puños sintiéndose torpe. Seguía sin comprender a lo que se refería. Pero mencionó su juventud, y tras pensar un rato creyó entender. Jamás pensó que algo así podría ser usado en su contra, pero en las manos inadecuadas… Sería peligroso. De ser lo que estaba pensando, entonces, Chastity tendría un elemento para chantajearlo.

—Entonces, ya tienes tu venganza. —La miró desafiante—. Destrúyeme. Ya no me importa. Pero, apresúrate, porque antes de que te encargues de mí, voy a hacer uno de mis sueños realidad. Lily no ha elaborado un plan perverso para hacerte caer entre los enredos y cotilleos de la sociedad. Ella no es tan frívola. Tampoco languidece por North, porque ama a otro hombre y es correspondida. Voy a salir ahora mismo a su encuentro, proponerle matrimonio y hacerla mi esposa —lo dijo convencido, pediría una licencia, se casarían a la brevedad posible antes que la venganza de Chastity le estallara en la cara. Antes de pagar sus culpas, iba a liberar a Lily de las garras de Hank. En su mente, ya estaba el engranaje andando de cómo lo haría.

La duquesa se quedó muda, también trataba de entender.

—¿Tú? ¿Casarte? —No lo vio venir, menos la fuerza con que el conde se aferraba a la joven—. Pero ella quiere a Henry, serás el hazmerreír de Londres, terminarás como el mayor de los cornudos si la desposas.

Gaven estaba decidido.

—Ojalá que las pruebas que juras tener en tu poder sean lo suficientemente incriminadoras para que tu venganza valga la pena. Pero ya sea como mi viuda, o como la esposa de un hombre en la cárcel, Lily llevará mi apellido y tendrá mi amor para siempre. —Respiró hondo para no seguir hablando.

Nunca se había sentido tan furioso, pero no podía defenderse del modo al que estaba acostumbrado. Ella era una mujer, y eso lo respetaría, aunque Chastity no tenía clemencia al lanzar sus amenazas.

—¿La quieres? Pero, si apenas la conoces.

—Íbamos a ir muy despacio y tomarnos todo el tiempo del mundo. Al parecer ya no lo tengo. No sé si ya puede llamarse amor, pero sé que lo será. Y si me queda poco tiempo para disfrutar de mi libertad, regiré mis acciones y elegiré a quien le entrego mi afecto.

—Imaginé que esa veta heroica que corre por tus venas, como para querer liberar a Escocia de Inglaterra a la tierna edad de trece años, te haría cometer cualquier estupidez. Quizás ese sea tu rasgo más noble, el que aún me hace desearte; pero si tu sacrificio no está a mi favor, no me sirve.

—Si prefieres destruir lo que amas, entonces lo que sientes no es amor.

—Jamás dije que era amor. —Soltó unas carcajadas hirientes—. Dejé de creer en el amor cuando el primer cretino al que le entregué mi corazón lo hizo añicos, y desde ese entonces, ha llovido sobre el suelo mojado. Te tengo en mis manos. O mejor dicho, estás a mis pies. Deberías inclinarte y venerarme. ¿Cómo puedes ofrecerte como un cordero para salvarla a ella? ¿A pesar de tu suerte? Si la desposas, lord Seymour estará en serios problemas —le advirtió con los brazos cruzados—, y con él toda su familia. ¿Acaso creías que solo me iba a vengar de ti? Supe de los problemas de dinero del marqués y le he hecho un préstamo considerable. Te simplificaré entenderlo. Puedo dejarlos en la ruina. Y qué coincidencia, el destino juega a mi favor y en tu contra. Sé que, actualmente, no cuentas con la liquidez para ayudarlo, los compromisos de los Luddesdown han mermado tus arcas.

Mackay apretó la mandíbula.

—¿Qué pretendes?

—No lo sé. Al menos, si ella te quisiera ya no tendría que preocuparme porque esa damita con cara de ingenua pretenda convertirse en la esposa de Henry. ¿Te corresponde? —masculló disimulando la herida y los celos que la devoraban—. Ese documento permanecerá en mi poder, y no presionaré a lord Seymour, pero tú te alejarás de ella.

—¿Desafiarás al rey? Me ha exigido casarme.

—Obedece, pero no con esa Brownlow.

—Mantente alejada de Lily. No eres la única capaz de actos funestos con tal de salirse con la suya.

***

Mackay entró derrotado a Luddesdown House. Trató de ordenar su despeinada cabellera y se dejó caer en el salón principal, en una butaca junto al fuego de la chimenea. Pidió que le sirvieran un *whisky* y mandó a llamar a lady Luddesdown. La dama no tardó en llegar.

—Milord, ¿sucede algo? Es un poco tarde para conversar.

Mackay la invitó a sentarse en un sillón cercano. La mujer accedió.

—¿Recibió usted la visita de alguien hoy, milady? —Comenzó el interrogatorio. Le abrió las puertas de la casa de Londres a esa mujer, le permitió quedarse el tiempo que quisiera, ahí o en Kent, a ella y a su suegra. ¿Y terminó confabulada con Chastity? Comenzó a perder la fe en la humanidad.

—Sí, ¿acaso no debía? —indagó preocupada por el tono de Mackay.

—No sabía que la duquesa de Brandon y usted eran amigas entrañables.

—No, no somos amigas. Nos conocemos como muchos que frecuentamos a las mismas personas y visitamos los mismos sitios. Pero era la duquesa de Brandon quien insistió en interesarse por mi situación. ¿Debía negarle la entrada?

—Sí, a partir de ahora ni usted ni su suegra están autorizadas para recibir visitas en mi ausencia. Fuera de la casa, puede frecuentar a quien usted decida.

—¿Hice algo mal? —preguntó palideciendo.

—Su excelencia se ha llevado algo de mi propiedad, algo que podría perjudicarme.

—Pero si usted está en problemas, nosotras también. ¿Cómo puede creer que lo traicionaríamos? Ahora somos su familia —dijo convencida—. Nadie nos ayudó tanto como usted desde mi viudez. De no ser por su hospitalidad, ¿a dónde hubiésemos ido a parar? Mi esposo nos amaba, no nos habría dejado esa mísera asignación que no alcanza ni para rentar una casita adosada y mantenernos muy por debajo de nuestra posición. Por desgracia estaba al borde de la ruina. Sin su apoyo sería muy duro sobrevivir en Londres. No me gusta hablar de dinero, menos de mi fallecido esposo, pero, por favor, no desconfíe de nosotras. Winnifred y yo estamos agradecidas.

—No se preocupe por eso, milady —agregó sintiendo piedad. Trató de serenar su rostro, aunque la angustia y la rabia lo dominaban. La mujer estaba asustada y, seguramente, se debía a su semblante y a la entonación con la que hablaba.

—¿Es un libro forrado en terciopelo rojo?

Mackay abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí. ¿La vio en posesión del cuaderno?

—Lo tenía en la mano. Me llamó la atención porque no cabía en su ridículo. Cuando le pregunté por el libro, pues me pareció que no la vi llegar con este, me aseguró que le pertenecía y que lo trajo consigo. Juró que le gustaba leer mientras viajaba en carruaje. Algo extraño, pensé. De haber sabido no la habría dejado sola ni un solo minuto. Creí que se interesaba genuinamente por nosotras, no que buscaba perjudicarnos.

—Tranquila, milady. Todo estará bien —dijo para serenarla, pero no estaba convencido—. ¿Cómo iba a imaginar que la duquesa de Brandon aprovecharía su estancia en la casa para robarnos? —Confió en ella, percibió en sus ojos sinceridad. La inocente viuda dejó entrar a Chastity, e incluso la invitó a tomar el té—. Quizás debí advertirle, pero desconocía que recibiríamos un ataque.

Lady Luddesdown al verlo tan preocupado, le pidió:

—Deje de beber tanto *whisky*, milord. Ni siquiera ha cenado. Puedo pedirle a la cocinera que le prepare un caldo o lo que desee. Sabe algunas recetas escocesas. ¿Cuál es su favorita?

—El hambre se me ha quitado por completo. Ahora debería estar en el baile de lord Hereford, tratando de ganarme la aprobación de la madre de la joven dama a la que pretendía pedir en matrimonio.

—Oh, lo siento, milord. ¿No me diga que mi irresponsabilidad ha malogrado esa unión? —

Aunque la curiosidad se notaba en sus ojos, fue incapaz de indagar cómo lo sustraído por la duquesa de Brandon estaba relacionado con los sinsabores del corazón del conde.

—No es su culpa, la responsabilidad es completamente mía. Hay que elegir muy bien a las amistades. Por fortuna, su excelencia no es su amiga. Puede retirarse, yo buscaré una solución para mi problema. Disculpe por haberla involucrado.

—Milord, no se rinda. Se nota que le ha afectado tener que retractarse. Luche por la joven. Si se casa por amor, ya no verá como un sacrificio cumplir con la petición del rey.

—¿Usted sabe que me lo ha pedido?

—La duquesa me puso al tanto —explicó—. Quiso humillarme al comunicarme que Su Majestad le ofreció mi mano y que usted la rechazó.

—Oh, milady, yo… lo siento.

—No tiene que sentirlo. Su excelencia lo dijo para mortificarme. No sé por qué le divierte tanto despreciar a los que considera que no están a su nivel. No me siento ofendida, la diferencia de edad entre usted y yo es amplia, milord. Solo habríamos hecho el ridículo —agregó con sorna para tratar de animarlo—. Su respuesta ha sido muy lógica.

—Milady… Lamento que los dos estemos en esta terrible situación.

—Si su corazón le dice que la joven que pretendía ver en el baile es la indicada, no se dé por vencido. Le hablo con conocimiento de causa. Fui muy feliz con mi esposo. No tuvimos hijos, pero nos amamos cada segundo de cada día. Por eso puedo hablar con propiedad. Cuando se despose, hágalo por amor.

Capítulo 16

ELLOS ENCABEZAN LOS RUMORES MÁS SUCULENTOS
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
10 de febrero de 1821
¿Qué sucede cuando son ellos los que aportan la información sustanciosa que circula en los eventos más selectos de la temporada?

Parece que tras la invitación a Riverside Park, lo más destacado de Londres ha perdido la memoria. No olviden que lord Barrington sigue llorando la pérdida de su hija. ¿Los cuatro caballeros malditos tratando de mejorar su reputación donando en la gala a favor de los músicos? ¿Volverán a recibir invitaciones a las casas más respetables como si no hubiese ocurrido nada?

Suponemos que, lord Mackay, quien ha sido favorecido por Su Majestad, tiene las arcas repletas y se puede dar el lujo de patrocinar ciertos eventos. Tal vez ha cumplido con su deber hacia la Corona salvando a nuestro rey, pero eso no debería eximirlo de pagar sus cuentas con los Barrington.

¿Y qué opinan del señor Hanks que inaugura su enorme mansión en Mayfair? Quizás una de las visitantes termine por convertirse en la afortunada esposa.

El pobre lord Warwick se le veía muy solo en el concierto en Hanover Square Rooms, ni siquiera compartió un saludo con la joven dama que le rompió el corazón. Parece que está destinado a la soltería como el escocés, y el hijo de los duques de Bridgewater, que no deja de darle dolores de cabeza a su padre, por su disipada vida y la ausencia de herederos para el título. A excepción de lord Watford, los tres malditos solteros tienen más vocación de libertinos que de esposos. ¿Será por lo que lady Clarissa abandonó a su prometido?

Una semana después del baile de lord Hereford, Lily no supo más de Mackay que lo escrito en ese *magazine*. Creyó que había esperado el tiempo prudente. Aún dolía la decepción. Mackay le pidió un vals y una contradanza, pero no apareció para conducirla a la pista de baile. Como pudo puso pretextos para ignorar las peticiones de Hanks, North y otros caballeros. La mañana posterior a lo ocurrido, llena de esperanza aguardó por él. Imaginó que vendría con alguna explicación razonable, pero no apareció. Tampoco lo vio en ninguna de las actividades a las que fueron invitadas. No sabía qué pensar, ¿le habría sucedido algo? Pero tras indagar, discretamente, supo que él continuaba en Londres.

Poco a poco comenzó a aceptar que quizá, la respuesta era simple. Mackay se había apresurado al proponerle tantas cosas. Tal vez reaccionó a tiempo y huyó antes de terminar comprometido. No deseaba culparlo, ni pensar en por qué jugó con sus sentimientos. Prefería creer que un remolino de emociones los atrapó a los dos, y que él pudo escapar antes, ella seguía sacudiéndose en su interior.

Y cuando daba todo por perdido, recibió una invitación de la condesa de Watford para tomar el té en su casa. Miró la nota con la esperanza latiendo en su corazón y fue hasta el saloncito de la marquesa a pedir su autorización para acudir al encuentro.

Amber tomó la nota en sus manos y la leyó.

—¿Desde cuándo son tan amigas? —indagó recelosa de dejarla ir—. Antes no se frecuentaban.

—Ya le he explicado que durante nuestra estancia en Riverside Park conversamos y surgió la simpatía entre ambas. ¿Qué tiene de malo acudir a tomar el té con la condesa?

—No es la mejor compañía.

—Cuando me incluyó en la lista de los invitados a su casa de campo usted estuvo muy agradecida. Ya no recibía tantas invitaciones en mi calidad de solterona.

—Lo sé, es solo que, ahora has renacido gracias a que North se ha vuelto a interesar en ti. Tal vez si te ven junto a la condesa, tu situación pueda cambiar.

—No lo creo, puesto que gracias a su invitación he vuelto a tener más vida social —presionó. No podía perder esa oportunidad. Debía existir una explicación para el cambio repentino de Mackay y sospechaba que Céline tenía un mensaje que darle.

—Te permitiré ir si accedes a responder afirmativamente a la invitación que nos hizo el señor Hanks para conocer su nueva propiedad en Mayfair.

—Madre… —protestó.

—Solo un grupo selecto acudirá en las próximas semanas al almuerzo que dará para presentarnos su nueva casa. Podría ser tu hogar.

—No lo diga ni de broma.

—Julian está luchando contra un imprevisto en sus tierras que puede acarrear pérdidas económicas importantes. Ha tenido que solicitar un préstamo a uno de nuestros conocidos y se ha comprometido a pagar en un plazo muy corto. Si la cosecha de este año no es un éxito, como nos ocurrió el año anterior, podríamos enfrentarnos a nuestra ruina. Ya lo habíamos hablado. ¿Te quedarás cruzada de brazos?

—Por supuesto que no.

—Ya eres mayor para seguir siendo una carga para tu hermano. No quiero sonar cruel, pero Lily, ahora tienes pretendientes con fortuna. Cumple con tu papel. El enlace con el señor Hanks podría resolver todos los problemas de Julian, podría recostar al fin la cabeza en la almohada y no luchar contra el insomnio, como le sucede cada noche. El dinero que está dispuesto a entregar el señor Hanks por emparentar con nuestra familia y codearse con nuestros contactos, serviría para que tu hermano se sienta desahogado y pueda hacer frente a sus proyectos. Sé que es un sacrificio, pero la familia es lo más importante.

—Hanks es horroroso y viejo.

—Sé que te dobla la edad, no soy una desalmada. He dado tiempo para que North u otro de los que tan insistentemente te han invitado a bailar en estas fiestas se pronuncie, pero ninguno ha demostrado el interés que Hanks muestra por ti. Si sigues entreteniendo al americano, mientras ganamos tiempo para ver si otro pretendiente te hace una propuesta, te daré el permiso que tanto deseas para acudir a tomar el té con la condesa. Mantén a Hanks interesado.

—Madre, ¿me está chantajeando? —preguntó estupefacta—. Entre usted y mi padre surgió el amor después de casados. No me ocurrirá con el señor Hanks. Papá y usted estaban cercanos en edad y, por el buen Señor, mi padre era un hombre con un rostro agradable. No puede comparar las circunstancias.

—Estoy desesperada —admitió afligida—. Piensa en tus hermanas…

—De acuerdo. Pero, no aceptaré casarme con él.

—Si te pregunta no le des un no rotundo.

—No le daré esperanzas.

—Tampoco se las niegues…

—Solo una vez más, en lo que Julian regresa y podemos conversar. —Lily aceptó, solo porque Amber la hizo sentirse responsable de la situación de su familia.

—Te acompañará la señorita Hayes. —Lo que no sabía la marquesa, era que las penas de amor de Lily ya eran del dominio de su antigua institutriz, apartando los detalles de los besos y los momentos inapropiados. Le reveló, a grandes rasgos, las palabras compartidas—. Ya que la condesa no nos contempló a Susannah y a mí para la visita, será mejor que vayas con Hayes. No entiendo, ¿qué tanto tienen que conversar?

—¿Usted nunca ha tenido una amiga?

—Me gustaban más tus antiguas conocidas.

—¿Las que dejaron de visitarme cuando mi fama de solterona comenzó a extenderse?

***

Al llegar a la casa de los Watford, y tomar asiento frente a Céline aguardó con ansias una palabra de su boca que confirmara que lo vivido con Gaven no fue solo un sueño. Pero todo lo que dijo fue:

—No te muevas. Me alegra mucho que estés aquí. Un segundo, por favor.

—De… acuerdo.

La vio levantarse sin más cortesías. Y se dedicó a esperar.

Por fortuna, le pidió a la señorita Hayes que la dejara a solas con la condesa. Aquella siguió al ama de llaves, quien la condujo a un salón para aguardar con la promesa de brindarle un refrigerio, y posteriormente, un paseo por la biblioteca.

El servicio del té no había llegado, así que se quedó con varias interrogantes en la mente, que serían planteadas en cuanto la anfitriona regresara. Se perdió unos segundos en la decoración. ¿Qué sitio más extraño para invitar a otra dama a tomar el té? Ese recinto no parecía el saloncito de uso personal de la condesa, tampoco el salón de recibir visitas. Era una especie de habitación acondicionada para la lectura o el descanso de los invitados, al parecer. Se ubicaba en la segunda planta y parecía discreta, apartado de las otras… ¿Qué tan secreto era lo que Céline tenía que decirle sobre su amigo en común?

Los goznes crujieron y Lily enderezó el talle a la espera de la condesa. Y, entonces, vio al hombre de cabello rojo con el rostro muy serio atravesar el umbral de la puerta y cerrar tras de sí. ¿Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos o había miles de abejas zumbando en aquella estancia? Las manos se le pusieron muy frías. Tuvo deseos de devolver el contenido de su estómago. Estuvo a punto de desvanecerse sobre aquel amplio y mullido sofá.

Respiró hondo. No podía pensar con claridad. ¿Cómo debía comportarse? Por instinto se puso de pie. En su garganta quedó atorado un reclamo. ¿Cómo pudo Mackay desaparecer así sin enviarle siquiera una nota o un mensaje que la ayudase a entender lo que estaba ocurriendo? De pronto, se recobró del sobresalto y comenzó a enfadarse por el abandono, mientras lo veía acercarse con el semblante hostil, sin una gota de piedad en la mirada. La irritación la ayudó a recobrar la temperatura que comenzó a descender en cuanto sus ojos lo vieron aparecer.

Sin embargo, no tuvo tiempo para soltar aquellas frases que estaban atrapadas en un nudo en su garganta. Gaven llegó hasta ella y la abrazó intempestivamente. Sus fuertes brazos la abrigaron por completo, se sintió protegida, arropada, totalmente contenida. Y, mientras se fundían sus cuerpos hasta convertirse en uno solo, Lily se dejó arrullar por los fuertes latidos del corazón de él.

—*Lassie*… —le susurró y ella olvidó su reclamo.

Enterró la cabeza en su pecho, y se quedó recostada sobre sus pectorales hasta que Gaven la elevó del suelo para apoderarse con ardor de sus labios. El contacto con su lengua cálida y húmeda avivó su sed y bebió de su boca hasta sentirse saciada.

—Pequeña mía —insistió y ella se sintió débil.

Aún en sus brazos la condujo de vuelta al sofá y tomó asiento con ella en su regazo. Sus bocas se buscaron de nuevo, renuentes a despegarse. Lily metió sus dedos entre los rizos cobrizos y abrió los ojos, mientras lo besaba. Se sintió embriagada por aquel hombre y el influjo que tenía sobre su cordura. Admiró sus largas pestañas del mismo color de su cabello, y cuando Gaven abrió los ojos y la encontró perdida en su rostro, también la miró extasiado sin dejar de

besarla. Un sonido gutural abandonó la garganta del varón y la colocó a horcajadas sobre sus piernas. Lily no opuso resistencia. Dio un brinquito cuando sintió una dureza bajo sus posaderas, pero al escucharlo de nuevo gemir, cuando la empujaba suavemente contra la prominente rigidez, entendió que era placentero para él. Tras dos veces más de la suave fricción, sintió que justo ahí, donde él presionaba, las sensaciones eran inesperadamente deliciosas. También gimió. Y él la observó con el deseo reflejado en el azul.

Ya no necesitó que Gaven la empujara con delicadeza, comenzó a frotarse contra el montículo que creció todavía más a medida que los movimientos se volvían más seguidos y profundos. Los largos y gruesos dedos de Mackay recorrieron la espalda de Lily, prodigándole caricias suaves y duras a la vez. Otro gemido abandonó la garganta de la joven. Y, entonces, los labios de él vagaron por su cuello y ella, embriagada por la placentera sensación, echó la cabeza hacia atrás para dejarlo explorar. Sus manos terminaron sobre el escote del vestido.

—¿Continúo? —preguntó Gaven.

—Sí, por favor —jadeó obnubilada. Ya no quería ni podía parar.

Mackay desató el listón que mantenía los pechos en su lugar, lo deslizó y esos se liberaron en todo su esplendor, como dos hermosas y níveas colinas. El hombre tragó en seco, sediento, hambriento… Y su boca continuó divagando por el cuello, hasta terminar con una de las turgentes copas dentro de su boca, la que chupó con un apetito voraz. Y como premio a su osadía, recibió los agradables sonidos que escaparon de la boca de la muchacha.

—Oh, es tan delicioso eso que haces. Por favor, no te detengas —siguió ella.

Continuó devorando un pecho, después el otro, succionando como poseído un pezón, y dándole la misma atención a su contraparte. La trató con suavidad, con una ternura que no sabía que poseía. Pero, cuando ella volvió a gemir, por instinto llevó sus manos a las caderas femeninas, invitándola a cabalgarlo, a bailar primero suave y luego frenética la primitiva danza. Aún vestidos, empujó su hombría hacia la intimidad de Lily, tantas veces como ella le exigió que continuara haciéndolo, sin dejar de martirizar dulcemente su pecho con sus dientes y su lengua. Estuvo a punto de terminar en sus pantalones como un jovencito, pero logró contenerse, a diferencia de ella, que arrasada por el deseo fue sacudida por suaves y cortos espasmos. La abrazó con fuerza, mientras la joven se liberaba por primera vez. Y no la soltó hasta que la vio recuperar el aliento, hasta que su agitada respiración volvió a acompasarse.

Cansada y confundida, Lily enterró su cabeza en el hueco entre el hombro y el cuello de Mackay. Él le susurró palabras hermosas y le acarició los cabellos. Cuando la muchacha se hubo sosegado, sin dejar de mirarla, la bajó de su regazo y la acomodó a su lado, muy cerca.

—Bella, estoy tentado a huir contigo y no detenerme hasta que lleguemos a mis tierras en Escocia, donde nadie se atreverá a ir a buscarnos.

Ella seguía confundida, pero negada a soltarlo.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó al fin.

—¿Nunca has sentido algo parecido?

Negó.

—¿Esto hacen los casados? No sabía que era tan… —No pudo decir «exquisito», pero alcanzó a ruborizarse y él la entendió. Él acarició su mano con la suya y entrelazó los dedos—. Pero tú no has… —Tampoco pudo expresarlo. A pesar de su inexperiencia, Lily notó que Mackay no había alcanzado un alivio al final como ella. Con disimulo se fijó en el enorme bulto de sus pantalones, justo ese contra el que se frotó y le dio tanta satisfacción.

—No, no terminé. Y lo que hacen los casados es un poco más… —Entrecerró los ojos y se le formaron unas lindas arruguitas en las esquinas—. Es mejor sin nada de ropa —aclaró.

—¿Por qué tú no llegaste al final? ¿No te gustó?

—No sé cómo pude aguantarme —murmuró humedeciéndose los labios, después la besó en la frente—. De haber terminado habría sido embarazoso. Mis pantalones habrían quedado hechos un desastre y tarde o temprano debemos abandonar esta habitación.

—Oh, por Dios. La señorita Hayes —recordó a la institutriz.

—Lily, cuando estemos casados lo haremos sin prisa. Te desnudaré lentamente, y si esto te pareció asombroso, espero poder sorprenderte. Te llevaré al cielo, y lo haré tantas veces que no querrás abandonar el dormitorio por un largo tiempo.

—¿Entonces todo está bien en mí? —preguntó ansiosa, por un momento pensó que su incompetencia en la pista de baile, en la música y en otras esferas también se había manifestado en ese momento.

—Eres perfecta. Jamás he visto a una mujer tan sensible, y que respondiera tan rápido ante mis atenciones. No es frecuente lo que nos acaba de ocurrir, que te desmorones entre mis brazos, mientras nos abrazamos con la ropa puesta.

—¿Algo inusual? Qué vergüenza. Siento que me estoy ruborizando.

—No te avergüences, *lass*, porque para mí será inolvidable.

Volvió a besarla en la frente, después la ayudó a componer el desastre de sus vestiduras, e hizo lo propio con las suyas, para que cuando abandonaran la estancia, nadie se percatara de la intimidad que acababan de compartir. Cuando la avalancha de deseo que la arrasó fue controlada, Lily cayó en cuenta de la promesa que él no cumplió. Decidió confiar, segura de que existía una explicación.

—Gaven, te esperé y no llegaste.

—Lo siento. —Avergonzado bajó la cabeza—. ¿Hablaste con tu madre sobre mis intenciones?

—Estuve a punto de hacerlo, pero decidí esperar hasta que estuviésemos juntos. ¿Por qué no fuiste al baile y tampoco visitaste mi casa el día después? A cambio del permiso para venir, tuve que aceptar una condición: acudir a la inauguración de la nueva casa en Mayfair del señor Hanks. Mi madre pretende que lo mantenga interesado, mientras… —No pudo terminar la frase, si agregaba: «mientras otro pretendiente me propone matrimonio», sentiría que lo estaba presionando para desposarla. Le dio mucha vergüenza hacer algo así, estaba desesperada, pero debía mantener su dignidad—. En lo que regresa mi hermano de la casa de campo.

La piel de Mackay se erizó y un escalofrío le recorrió la espina dorsal al imaginar a Lily en aquella residencia.

—Debes rehusarte, no puedes visitar esa propiedad, ni ninguna que pertenezca a Hanks. En cambio, sería valioso si mis amigos o yo pudiésemos ir, pero no recibimos invitación.

—¿Por qué necesitas asistir? —preguntó sin soltarlo, sentía tan lleno el pecho.

—Por lo mismo que debes mantenerte alejada de él. Tampoco permitas que lady Susannah lo visite. Tengo sospechas, creo que es el responsable de la muerte de lady Regina. Huyó a América tras el suceso.

—¿Hanks? Pero, si fuese sospechoso, ¿por qué el magistrado le permitió irse? ¿No debió ser uno de los primeros interrogados?

—Quizás estaban muy ocupados con la distracción.

—¿Tus tres amigos y tú?

—Sí. Nosotros teníamos más elementos para encabezar la lista de presuntos culpables.

—¿Por qué no llegaste al baile? —insistió—. Tampoco volví a verte en ningún otro evento. ¿Tiene algo que ver con lo que dice el *magazine* sobre tus amigos y tú, que no tienen vocación

para el matrimonio?

—Ese *magazine* no dice la verdad.

—Pero si estuvieses interesado en establecerte, te habrías casado, eventualmente.

—El patrimonio de mi familia siempre estuvo asediado, primero por las luchas entre clanes, principalmente contra los Sutherland. Después, las discrepancias entre Escocia e Inglaterra, sin importar que mi abuelo juró lealtad a la Corona. Más tarde los excesivos impuestos. Cuando me tocó heredar a mi padre, recibí pocas tierras y muchas ovejas para criar. Varias familias asentadas en territorio Mackay dependen de mí. Y está mi hermana menor, algunos primos. Le prometí a mi padre antes de irse que recobraría la gloria que algún día tuvo nuestro apellido. Los caballos fueron mi salvación, pero igual un compromiso demasiado arduo. Les he dedicado mi vida. No podía comprometerme con nada más.

Le acarició el mentón y después la acercó sosteniéndolo con delicadeza hasta depositarle un casto beso en los labios.

—¿Qué ha cambiado? ¿Es por lo otro que dice ese *magazine*, que tu situación es más holgada desde que le salvaste la vida a Su Majestad.

—No nado en oro. —Ladeó la cabeza. No le diría que desde la publicación de la supuesta riqueza con que lo recompensó el rey, las matronas lo asediaban, incluso y con la fama de ser uno de los implicados en lo ocurrido a lady Regina—. No llegué al baile porque tengo más problemas de los que me gustaría en este momento. Tuve que ausentarme para intentar resolver uno de ellos. El comprador de unos caballos se arrepintió. Seré honesto contigo, hice ciertas inversiones que solo recuperaré a futuro. Quizás tengamos que ajustar los gastos durante los primeros años de matrimonio. Al menos, mientras termino de construir el nuevo centro de crianza en Luddesdown y mejoro las ganancias de los cultivos en mis nuevas tierras.

—No me importa —le aseguró acariciándole el rostro—. Supongo que una dote te sería de mucha utilidad. —Apenada bajó la cabeza, en cuanto Mackay hablara con Julian sabría que la suya no sería tan abultada. Si es que había liquidez para entregarla.

—No la necesito, saldremos adelante sin la dote. Supe de los problemas de tu hermano.

—¿Cómo te enteraste? ¿Es de dominio público? —preguntó avergonzada.

—No. Quien me lo confesó no creo que lo divulgue. —Él de verdad lo esperaba, aunque no estaba seguro. Pero diría lo que fuese para tranquilizarla.

—Por favor, no se lo digas a nadie. Menos lo comentes con Julian, es muy orgulloso. No podría…

—Sé que tu hermano también resolverá su situación.

—Ya explicaste por qué no acudiste al baile, pero tampoco me visitaste al otro día, ni los siguientes. Siento que hay algo más, y que cuando pregunto buscas el modo de evadir la respuesta.

—Y tú eres muy hábil en el arte de interrogar. Todavía no lo olvidas. Lily, no todo es tan fácil como parece. Hay obstáculos… que me impiden hacer público lo nuestro. Debemos encontrarnos a escondidas hasta que encuentre una solución.

—¿Cuáles obstáculos?

—No voy a mentirte, así que no me preguntes más. Confía en mí, me avocaré a resolverlos. No imaginas lo fuerte que es mi voluntad, más si al final podremos estar juntos. Tal vez tenga que vender más caballos de los que querría, me refiero a mis sementales… Pero no tengo otra opción. Vendrán por barco, debemos ser pacientes y esperar. Necesito unos meses para recuperarme.

Tarde o temprano tendría que ser completamente honesto con ella, pero en ese momento

decidió que Lily ya tenía suficientes contrariedades, para agobiarla con sus preocupaciones. Solo sería mientras él buscaba cómo salvar la situación.

—Gaven, el tiempo nos vendrá bien para conocernos mejor —le dijo confiando en la veracidad de sus sentimientos.

—¿Pero qué te inquieta? Habíamos hablado del tiempo y estábamos de acuerdo en ese punto. Sin embargo, te noto preocupada.

—Mi madre insiste en que debo aceptar al señor Hanks por los problemas que aquejan a mi hermano. No quiero contrariarla, pero eso no significa que aceptaré sus galanteos. Iré a esa inauguración.

—No, es muy peligroso. Debes buscar un pretexto para faltar. Eres muy hábil. Sé que encontrarás uno.

—Lo intentaré. Ahora debo irme o la señorita Hayes terminará por sospechar que no estoy tomando el té con la condesa. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Espero que mientras estemos en Londres la mayoría de los días. Céline se ha compadecido de los dos, y Watford otro tanto. ¿Vendrás cada vez que te convoque?

—Sí, pero tendremos que comportarnos. ¡Por el Creador sigo avergonzada de mi comportamiento!

—No debes hacerlo, es algo natural. Serás mi esposa —agregó con convicción.

—Pero no aquí, en casa de los condes. Preferiría vernos en otro sitio que no me imponga tanto respeto.

—Tu reputación está a salvo bajo este techo —aseguró Gaven—. Si te vieran entrando a mi casa, sería comprometedor.

—Tomemos las precauciones que sean necesarias.

—Si me lo pides así, no puedo negarme.

Se besaron una vez más con devoción. Ella le regaló una sonrisa cómplice antes de dejarlo allí, tenía que despistar a la señorita Hayes. La mujer la solapaba, pero jamás en una situación como la que acababa de vivir.

Capítulo 17

Las damas Luddesdown tras resolver sus asuntos en Londres volvieron a Horseland con la bendición de Mackay. Sin las mujeres rondando en Luddesdown House, él podría planear un encuentro con Lily. No supo cómo la joven hizo para que su madre confiara en ella y la dejara «visitar a Céline». Donde un carruaje sin blasón ya la esperaba por la entrada del servicio y la conducía a la residencia de Gaven. Sin embargo, aprovecharon el tiempo con sabiduría.

Estaban a solas en su biblioteca y él la observaba pasear entre las estanterías de robles, desde la mesa más apartada. Tenía que dejar sus manos quietas o terminaría por alzarla en brazos y llevarla a sus habitaciones para hacerle el amor hasta que quedaran exhaustos. Pero ella le pidió comportarse y no quedar de nuevo en una posición tan comprometedora.

El ama de llaves estaba escandalizada por las visitas de una señorita casadera, y Mackay tuvo que ser muy persuasivo para que la mujer fuese discreta y no emitiera sus opiniones. El resto del servicio juró lealtad al nuevo amo cuando les permitió conservar sus antiguas posiciones. Incluso, el estirado mayordomo fue más laxo y decidió hacerse el de la vista gorda ante la presencia de la dama.

Nadie se iba a atrever a desafiar al escocés, y todos trataban a Lily como su prometida, aunque aún fuera un secreto que debían guardar un tiempo más. El primer día que ella visitó la casa, hizo llamar a la servidumbre y la presentó como la futura condesa, y que si alguno osaba profanar sus labios con un comentario malintencionado acerca de su honorabilidad, se las vería directamente con él y no sería clemente.

Seguía mirándola, tan concentrada en la elección de una lectura. Sonrió como un tonto. ¿Qué había hecho esa pequeña *lassie* con el viejo Mackay? Llegó para poner de cabeza su mundo. Y los sirvientes, cada vez más se acostumbraban a la idea de que ella sería la dueña de la propiedad. Se los fue ganando uno a uno con su trato dulce y amable.

«¿Qué libro estará buscando?», se preguntó hipnotizado, le gustaba verla tranquila, feliz, disfrutando de los textos… Sería una buena influencia para la hermana menor de Mackay. Creyó que debían conocerse.

De haber tenido la posibilidad de leer el pensamiento, Gaven sabría lo que pasaba por la mente de Lily. Ella lo miró con el rabillo del ojo y adoró ver los hoyuelos que se formaban en las mejillas del hombre, eso le traía reminiscencias de la pasión que compartieron en la casa de Watford.

De pronto, la muchacha se perdió en la bella evocación del rostro de Mackay, extasiado, con uno de sus pechos en la boca, todo lo que podía acapararlo, succionando como si de ello dependiera su vida. Se humedeció los labios y atesoró ese voluptuoso recuerdo. Y volvió la vista a los libros. Quedarse a solas con aquel hombre era arriesgado, era difícil luchar contra la tentación que personificaba.

Lily trató de encauzar su pensamiento en encontrar un libro que le aclarara ciertas dudas que la rondaban. Durante ese tiempo, aprovechó para indagar todo lo que pudo sobre la intimidad entre un hombre y una mujer. Algunos datos se los aportó Céline, otros se los ofreció lady Gellywen. Al final, entendió que, para tener relaciones maritales, debía prescindir de sus vestiduras. Así que lo que ocurrió entre ellos fue solo un adelanto de lo que les aguardaba. Le resultó tan fascinante y lleno de misterio que quería averiguarlo todo. Se negaba a volver a quedar como una inexperta que asumió que besarse con las ropas puestas, mientras se movían sensualmente, era todo lo que podía esperar de su noche de casados.

Otro vistazo hacia el hombre rudo que la observaba desde una mesa, lo escuchó aclararse la

voz y eso le trajo a la memoria sus ardientes jadeos cuando se abrazaron dominados por la pasión.

—Estás muy pensativa. —Uno de los dos rompió el hielo. Mackay la sacó de sus eróticas reflexiones.

—Cavilaba sobre temas… privados.

—Eso despierta mi curiosidad —murmuró enarcando una ceja—. Cuéntame, hermosa.

—No quiero tener tanta desventaja cuando llegue nuestra noche de casados.

—Interesante, tomando en cuenta que fuiste tú quien estableció los límites. Recuerdo que dijiste que lo ocurrido en la casa de Watford no debía volver a repetirse hasta que estuviésemos casados.

—Te expliqué las razones. Quiero respetar los preceptos en los que fui educada.

—Frecuentas la casa de tu prometido no oficial. No me queda claro qué tan moralmente correcto, y en sincronía con los valores de tu educación, pueden calificarse estas visitas.

—Tampoco hay que llegar a los extremos —se justificó y Mackay la premió con una sonrisa llena de ironía.

—El tiempo me servirá para equiparar nuestros conocimientos sobre las relaciones amorosas. Me siento en franca desventaja.

—Si no practicamos —añadió con la voz ronca, reacomodándose en su asiento—, no veo cómo podríamos llegar a estar a la par.

—Me refiero al conocimiento teórico. —Carraspeó.

Mackay había aceptado esperar, pero no dejaba de provocarla para que se rindiera ante sus artes de seducción.

—¿Y por eso estudias los lomos de los libros con tanto cuidado?

—Estoy buscando algo que hable sobre «el acto».

—¿El acto? —Apretó los labios con la intención de no reírse para no herir su susceptibilidad.

—Así le dicen Céline y lady Gellywen.

—Oooh —expresó entendiendo por donde iba el asunto—. ¿Has hablado con ellas al respecto? —Sintió que aquello se ponía cada vez mejor, él también quería que ella se documentara al respecto.

—Sí, y sus explicaciones han sido muy ilustrativas. Lady Gellywen, incluso, me hizo unos dibujos muy desconcertantes. Refiere que las mujeres tenemos una pésima educación al respecto, y que esa clara desventaja con los hombres nos coloca en un plano muy desigual. Céline me dijo que mi curiosidad era muy sana e importante, que muchos matrimonios terminan en un inevitable desastre porque las mujeres tenemos nulo conocimiento del «acto» cuando llegamos a la noche de bodas. Quiero aprenderlo todo, antes de que nos casemos.

—*Ooooch* —expresó todavía más interesado. Ella lo había besado con efusión en cada una de las escapadas hacia Luddesdown House, pero no volvió a dejarse tocar como lo hicieron en casa de Watford, lo que lo estaba volviendo loco. No obstante, Mackay no insistió, le dio el espacio que ella exigía, aunque se moría por experimentar otra vez un acercamiento similar.

—Aún tengo dudas. Y en la biblioteca de mi casa no hay nada que me pueda servir. Tal vez aquí…

—Heredé los libros de los Luddesdown. Créeme, son igual de aburridos que los que hay en tu casa. Pero no necesitas un libro si tienes tan cerca la fuente de la sabiduría. Puedes preguntar todo lo que quieras.

—¿Por qué eres tan arrogante? —le recriminó su soberbia entrecerrando los ojos. Después

su curiosidad se acrecentó—: ¿Qué tan experto eres?

—Mucho.

—¡Oh! —se escandalizó—. Están comenzando a darme celos. Mejor no me cuentes nada.

—Todo es parte del pasado, Lily. Te he jurado fidelidad. No sé qué me pasa contigo, pero me tienes completamente idiotizado. Ninguna mujer que intenta seducirme me interesa, estoy obsesionado con llevarte a la cama y creo que tu evasiva solo alimenta más mis ganas.

—Pensé que usaríamos estas visitas para alimentar el alma y el corazón —lo sermoneó con una sonrisita, mientras lo veía caminar hacia donde ella continuaba de pie.

Lily tragó en seco, ella también estaba obsesionada. Si el varón le rozaba algún tramo de piel descubierta, si le susurraba una frase, cualquiera que fuera, cerca de su oído, iba a quedar completamente a su merced.

La señorita Hayes también le dio algunos consejos. Se sentía en el deber moral de hacerlo porque Lily le confesó que estaba enamorada. Le explicó cómo manejar la intensa pasión que solían despertar hombres con personalidades tan vigorosas como la de Mackay. Después de todo, fue pasional con otras de sus amantes —mientras duró—. Pero a ninguna la llevó al altar. Y por inexperta que fuera, Lily no podía dejar de lado que una dama soltera sin honor no tenía nada.

—Por supuesto que sí. Estar enamorado no está en oposición a desearte de la manera que lo hago.

—Me ha dicho la señorita Hayes que los hombres tienen necesidades que deben ser satisfechas. Le preocupa que si seguimos atrasando la fecha de la boda, busques fuera de nuestro compromiso un alivio para tus carencias. ¿Ha pasado por tu mente? —lo enfrentó.

Gaven sonrió ante la naturalidad con que indicaba sus preocupaciones e intentaba establecer reglas claras en la relación.

—Nadie más me interesa de esa forma. No buscaré alivio en ninguna otra parte. Y aunque, pongas una barrera de respeto entre nosotros, si me lo exiges tendré que esperar.

—No son celos de tus amantes —aclaró, odiaba ese sentimiento de posesión que la recorría, mientras lo veía aproximarse en todo su esplendor—. Me da un poco de envidia que tú hayas podido disfrutar. En cambio, yo he sido obligada a mantenerme inmaculada, como si las mujeres tuviésemos una posición inferior a la de los hombres.

—Te contaré un secreto —le dijo y la rodeó por la cintura. La rozó en la oreja con su aliento a la par que le susurró cómo podía alcanzar el placer por su cuenta, entre tanto esperaba el momento indicado para que ellos gozaran de las mieles de la intimidad.

Lily sintió que su piel entera se erizaba con la cercanía y eso envío señales al sitio entre sus muslos.

—Eso ¿puede hacerse? ¿Suena muy indecente? ¿Tú lo has hecho? —Estaba sofocada por el calor y la intriga.

—Recientemente. Anoche para ser más preciso —satisfizo su curiosidad, enfatizando sus palabras con un asentimiento.

—Oh. —Lily se ruborizó por completo.

—También puedes usarme de material de estudio. —Estaba dispuesto a esperar, pero no iba a dejar de intentarlo—. Tengo la intención de que seas una discípula muy destacada.

—Insolente —jugó con él—. Ha sido maravilloso experimentar contigo, pero tras cierta información… excesivamente gráfica —añadió y sin evitarlo, miró en dirección a la entrepierna de Mackay que se elevó y era un bulto muy evidente—, he decidido que valdría la pena esperar.

—¿Por qué me has mirado de esa manera y hacia ese lugar en particular?

—No comprendo cómo puede haber espacio dentro de mí para albergar… Alexandra —

dijo para referirse a lady Gellywen— me describió cómo son los varones cuando no están vestidos, y Céline me aclaró que cuando un hombre y una mujer realizan…

—¿El acto? —completó la frase muy intrigado. Usando, con una risita, la ridícula palabra que ellas decidieron utilizar.

—Ajá. Me dijo que los cuerpos se unen… completamente. Alexandra dijo algo todavía más perturbador, añadió que es muy doloroso, sobre todo las primeras veces. Y Céline me explicó, cuando la abordé preocupada al respecto, que la cantidad de sufrimiento depende del grado de habilidad del hombre.

—Definitivamente estás a punto de graduarte con honores. Ya no estoy tan seguro de si esas «clases» sobre «el acto» son tan educativas. —Le depositó un suave beso sobre los labios—. Cierra los ojos.

—¿Por…? —Comenzó a preguntar, pero ya los había cerrado. El calor y el aroma que desprendía el cuerpo de Mackay tenía ese efecto en ella, la obnubilaba, la hacía confiar y quedar rápidamente dispuesta.

—Cuando tú y yo hagamos el amor, será maravilloso. Podría ser que duela la primera vez, pero me esforzaré para que no suceda así, y si es inevitable, será tan placentero que lo disfrutarás.

La besó en los labios con tanta pasión que Lily estuvo a punto de sucumbir y entregarse en ese justo momento. Sus piernas se sintieron pesadas y sus rodillas estuvieron a punto de flaquear.

—Hum —gimió extasiada tras el ardoroso beso, que hizo que, el botón mágico que Mackay le explicó que tenía entre sus piernas, se pusiera a palpitar.

Él la soltó y la miró con una sonrisa descarada.

—Me encanta que me visites, aunque tras tu educación te hayas vuelto tan recatada.

—¿Cuándo se resolverán tus problemas, Gaven? Quiero hacer las cosas bien y aguardar hasta que estemos casados, pero… la espera se hace eterna. —Tras mencionar la última palabra se ruborizó todavía más, parecía que estaba más necesitada de realizar el acto que de ver los conflictos solucionados.

—Para mí, también. Me esfuerzo con ahínco para que pronto podamos resolver las dificultades que nos mantienen separados. Estoy a punto de cerrar un trato importante para la venta de los purasangres que al final no llegó a efectuarse. Tengo un nuevo comprador. Y los sementales de la raza propia, de Escocia, están por llegar. He decidido que no voy a venderlos. Sería un retroceso. Mejor los pondré a criar con las yeguas que tengo aquí en Inglaterra. Son bastante fuertes y exóticos, aunque de temperamento poco dóciles. Sin embargo, todos quieren poseer un ejemplar.

—Te ves cansado.

—Mis únicos momentos de sosiego son estos instantes que compartimos.

—Tus continuos viajes entre la casa solariega y Londres te están consumiendo.

—Mis recientes deberes parlamentarios tampoco ayudan. Me quitan un precioso tiempo que podría dedicar a mis asuntos. Pero en cuanto cierre esa venta, saldaré algunas deudas que adquirí con la construcción de las nuevas caballerizas. Son muchos compromisos, ahora que estoy levantando el nuevo centro de entrenamiento. Pero en cuanto traslade todos mis caballos a Horseland, podré vender los terrenos donde se encuentran mis animales actualmente. Ese dinero lo usaré para ayudar a tu hermano.

—Haces muchos planes, pero Julian es orgulloso y quizás no va a querer aceptar —le recordó.

—Negociar es una de mis habilidades. Confía en mí.

—Quisiera ser más útil para ti y para Julian.

—¿Cuándo regresará tu hermano?

—No lo sé. Escuché que pidió una licencia parlamentaria para ausentarse. Si se la autorizaron por tanto tiempo, supongo que el problema que tiene es grande.

—No pienses en eso. En cuanto salga de mis problemas buscaré la forma de ayudarlo.

—No quiero causarte más dificultades.

—Ahora somos una familia.

***

Ese lunes, en la casa de Watford, Mackay se reunió con sus tres amigos. Mientras disfrutaban de la deliciosa cena planeaban el encuentro más tarde con Foster en The Roosty Harpoon. El hombre le aseguró a Cobbins que iría a Londres en varias ocasiones, pero su arribo se fue posponiendo, hasta esa noche.

—¿Creen que esta vez sí venga Foster? —indagó Wild.

—No lo sé. Ha sido bastante escurridizo —contestó Watford.

—Tal vez le teme al señor Smith —sugirió Warwick que no dejaba de leer la última publicación escrita por *La Pluma Secreta*, buscando alguna novedad sobre él y su antigua prometida.

—No traigan a la mesa esa columna de cotilleos —lo sermoneó con cariño Céline, pero en realidad lo que le preocupaba era que Adrian siguiera martirizándose con el rechazo de lady Clarissa. Cada vez que tocaba el tema, más que dolor, sus ojos se llenaban de resentimiento, ira.

—Deberíamos coleccionar los *magazines* —propuso Wild—, para hacerle tragar cada página al susodicho autor. Al parecer no tiene nada más interesante qué hacer, que escribir sobre nuestras vidas. Wild entendía mejor que nadie a Warwick, a él también le habían roto el corazón.

—Puedo ayudarte con gusto —ofreció Gaven—. Me encantará empujar los folletos dentro de su boca y obligarlo a masticarlos hasta que se quede sin dientes.

—¡Mackay y Wild, estamos en el comedor! Gracias a Dios los niños cenan en sus habitaciones cuando ustedes nos visitan —sermoneó la dama.

—No quise ser descortés, estimada Céline —admitió Wild con respeto y afecto.

—Lo mismo digo —lo secundó Mackay.

—Después de todo son unos caballeros —se burló Warwick.

—Apresúrense en tomar sus alimentos, no quiero llegar tarde a la cita con Foster —les aconsejó Watford.

Todos siguieron la recomendación. Ese encuentro se dilató demasiado, y estaba a punto de no seguir siendo un asunto pendiente.

Cuando la cena terminó, los caballeros se prepararon para partir. Watford dejó a Céline con un beso en la frente, quien los observó subirse al carruaje, abrazada a su cuerpo. Cada uno tomó su sitio e hicieron silencio cuando se pusieron en marcha.

Mackay no podía sacarse de la cabeza las dificultades que lo mantenían alejado de Lily. Sin las presiones a las que hacía frente, su relación podía haber sido distinta. Un cortejo ni muy largo ni muy corto, encontrarse en los eventos de la temporada sin tener que ocultar la simpatía que los envolvía, la atracción que los arrasaba. Se habrían casado en un tiempo prudencial, sin necesidad de consultarle a la almohada cómo salir de los problemas que lo atormentaban.

Trató de concentrarse en la investigación. Al fin, tenían una oportunidad de hablar con Foster.

—Quizás no debimos venir todos a la taberna —soltó de pronto lo que le pareció más lógico.

—¿Y qué sugieres? —le preguntó Warwick.

—Tres podrían permanecer afuera, ubicados en puntos estratégicos en los alrededores, vigilando.

—¿Cuál de nosotros acudirá a verlo? —preguntó Warwick entendiendo el punto de Mackay.

—Watford, es mejor que tú no lo hagas —sugirió Mackay—. Ya has descubierto al sirviente que te entregó el mensaje. Es más viable que Warwick, Wild o yo tengamos la oportunidad de quedar cara a cara con Foster. Así podríamos identificarlo como el mensajero que sirvió de eslabón con uno de nosotros.

—Quizá si Cobbins entrara también ayudaría a reconocerlo más rápido —opinó Wild.

—Cobbins se quedará afuera vigilando —decidió Watford. Conviene que se mantenga al margen, es el elemento más importante que tenemos en este momento a nuestro favor.

—Por no decir que es el único —bufó Wild y todos estuvieron de acuerdo.

—No podemos arriesgarlo —convino Warwick.

—¿Quién de ustedes entrará? —preguntó Watford, tomando en cuenta que ya estaba descartado.

—Por supuesto que seré yo —se ofreció Wild como voluntario.

—No, amigo —refutó Mackay con fiereza—. Podría ser muy peligroso.

—Alguno tendrá que tomar ese riesgo. ¿No lo crees? —Le hizo ver el marqués.

—No sabemos si se encuentra armado, y menos, si está de nuestro lado. ¿Y si dio aviso al señor Smith de que nos estamos acercando, que vamos tras las huellas que no pudo borrar, dispuestos a darle caza? ¿Has pensado cómo saldrás bien librado del ataque si planearon una encerrona? —masculló Mackay y todos se le quedaron observando.

—¿Entonces? —indagó Warwick que en ese instante ya no entendía adónde quería llegar el escocés. Todos sabían que era aventurado, pero tras dar ese paso, no podían retirarse.

—Soy el más indicado para entrar —comunicó Mackay su resolución, la que había decidido desde que propuso que solo una persona debía introducirse.

Warwick enarcó una ceja y Watford exhaló con fuerza. Conocían a Wild y él se ofreció primero. Mackay debía analizar muy bien cada palabra que iba a salir de su boca.

—¿Consideras que tú estás más preparado que yo para afrontar el riesgo? —lo encaró Wild, como si el grandullón de su amigo menospreciase su formación en armas y boxeo.

—No voy a responder, pero ya está decidido, seré yo el que se arriesgue —ordenó Mackay con una inflexión en la voz que daba a entender que no permitiría que lo desafiasen.

—Dame tus razones —exigió Wild con el entrecejo fruncido.

—He peleado más batallas que tú, podría desarmar a un hombre más rápido de lo que lo harías. No necesito una pistola o una daga para ser muy letal —rebatió con cierta ferocidad en la voz que no dejaba duda acerca de sus aseveraciones—. Wild, no es personal. Sé que si estuvieses en la necesidad de defenderte harías un excelente papel. Pero, es una necedad arriesgarte si yo estoy aquí.

Warwick y Watford exhalaron a la vez, el último quiso intervenir, pero el primero lo convenció de que debían arreglarse entre ellos.

—Mackay, tu arrogancia no conoce límites —espetó Wild iracundo contra su amigo. Entendía la nobleza en su arrojo, pero no podía permitirlo. Uno porque le sobraba confianza en sí mismo, y dos porque Dios era testigo de que no se retractaría. Jamás daría muestras de debilidad

—. No es necesario que te comportes como el héroe. Si tan preparado estás para liquidar a un batallón con la punta de tu dedo —ironizó disfrutando por darle una estocada—, no te preocupes, estarás afuera, cuidándome las espaldas.

—Como todos los demás —intervino Watford, cansándose de la absurda discusión. Los dos eran muy necios.

—No tengo quien lamente mi pérdida si algo saliera mal —continuó Wild—. Tú estás cortejando a una dama. Así que, entre los dos, soy el que tiene menos que perder. —Con ese argumento pensó que había ganado la controversia.

Mackay apretó los dientes, Wild era duro de abatir cuando su lengua disparaba todas las palabras que ordenaba su ágil mente. Pensó en cómo convencerlo, para que se quedara sin ganas de replicar, cuando algo en su campo visual lo previno.

—¡Condenación! —masculló Gaven con la ira trasluciéndose en el brillo despiadado de sus ojos—. Ya no tendré que ir, ni tú tampoco —le indicó a su amigo.

Watford se quedó perplejo, pero solo pudo suspirar. Wild se llevó las manos a la cabeza, encolerizado.

—¡Idiota! —murmuró el marqués con los dientes apretados en dirección de Mackay.

—De un idiota a otro idiota, así hemos quedado los dos. —El pelirrojo se alzó de hombros —. No perdamos el tiempo lamentándonos. Ocupemos nuestras posiciones.

Warwick aprovechó la acalorada disputa para sacarles ventaja. Lo vieron atravesar el umbral de la puerta de The Roosty Harpoon. Era él, quien se iba a encontrar con Foster.

La espera fue tortuosa. Mackay aguardó cerca de la puerta donde cerraría el paso de quien quisiese entrar o escaparse. Wild se ubicó en una mesa alejada desde donde tenía completa visión del sitio en la barra donde Foster debía llegar. Watford y Cobbins se quedaron ocultos tras el carruaje, donde el cochero continuaba en el pescante, listo para partir en cuanto le dieran la orden.

Tras un largo rato, vio a Warwick mirar su reloj y negar decepcionado, ponerse de pie y dirigirse a la mesa que ocupaba Wild, para tomar asiento a su lado. Por lo visto, conversaban para decidir qué paso seguía, no estaban dispuestos a irse con las manos vacías. Mackay pasó la vista por los hombres que estaban esa noche en la taberna, quizás algunos podían encajar en la descripción de Foster, pero ninguno estaba vestido como acordaron. Al parecer, el hombre se retractó. Pero no se iba a mover de su posición hasta que sus amigos se acercaran.

Cada vez que alguien intentaba abandonar el recinto lo examinaba, ninguno se opuso a su escrutinio, nadie quería tener problemas con él. Había acordado con Cobbins, que observaba la puerta y las inmediaciones que este emitiría una señal si reconocía a Foster. Y entonces, justo cuando un hombre abandonaba la taberna con la cabeza baja escuchó el silbido de Cobbins. Sin pensarlo dos veces, lo tomó por el cuello y lo arrastró afuera. Lo empujó contra la pared y le exigió identificarse:

—¿Cómo se llama?

—¿*Po* qué tendría que darle mi nombre? —Se defendió el otro, quien no tardó en sacar una navaja con una hoja afilada e intentar asestarle un corte en el abdomen.

Gaven hizo un movimiento ágil con la otra mano, la que no apretaba la garganta del individuo. Lanzó el arma de su oponente al suelo. Nadie intervino, los asaltos y las peleas eran usuales a esa hora de la noche, en aquella zona de Londres.

—¡Tu nombre! —ordenó Mackay con un rugido, mientras ejercía más presión.

—Es Foster —intervino Cobbins que ya estaba a su lado con Watford.

—Podrían ser más discretos, están haciendo un espectáculo —recomendó Warwick cuando

se unió a ellos.

—¡Al carruaje! —recomendó Wild con rapidez, antes de que los curiosos comenzaran a aglutinarse.

Todos guardaron silencio hasta que arribaron por la puerta del servicio y se introdujeron hasta las bodegas de Luddesdown House, donde se sentaron en círculo, en unas bancas de madera. Mackay destapó dos botellas de vino para que calmaran la sed.

—Ahora sí, Foster, suelta todo lo que sepas sobre el señor Smith, si no quieres verme terminar lo que empecé en la taberna —ordenó Mackay con el entrecejo fruncido. Aún tenía ganas de golpear en el rostro al hombre por lo que estuvo a punto de hacer.

—Milord, Foster reaccionó así porque está asustado, pero no es un mal hombre. Puede robar, engañar, mas no es un asesino —defendió Cobbins a su amigo.

Watford negó con ironía ante el código moral de los dos mensajeros. Por fortuna, su secretario se estaba reformando desde que estaba a su servicio, de lo contrario no podría quedarse indefinidamente en su puesto.

—Dijiste que eran confiables y que no tomarían represalias —barboteó Foster en dirección de Cobbins, sintiéndose defraudado por el trato poco amigable que le dio el escocés.

—Solo queremos información —aclaró Watford—. Nadie te hará daño…

—Si colaboras —interrumpió Mackay para concluir la frase.

—¿Por qué no llegaste a la cita? —continuó Warwick sin darle un respiro.

—Llegué, pero tardaron y empecé a desconfiar —contestó el aludido—. Me aparté a una mesa a observar. *Po* eso decidí huir. Solo recibí un pago *po* entregar una nota. No sabía que la joven dama iba a morir. No tengo nada que ver *co* eso.

—¿Le contaste lo ocurrido con lady Regina? —Wild le preguntó a Cobbins y este negó—. Este no es mi mensajero. ¿A cuál de ustedes dos le entregó la carta?

—A mí no. —Mackay y Warwick contestaron al unísono.

—Yo contacté a la joven dama —explicó Foster—. Era hermosa y fue amable conmigo. La mayoría de las *ricachonas* no se molestan en *mirarno* cuando nos hablan. Aún no puedo olvidar su rostro…

—¿Cómo sabes que murió? —preguntó Watford.

—Me lo dijo Potter. Eric Potter. Él nunca abandonó Londres como se pactó previamente, no podía. Su madre está enferma y depende de él. Una hermana la cuida, pero es un buen hijo. Aceptó ese trabajo para *pagá* la cuenta del médico. Potter no es como *nosotro*, trabaja como lacayo en una casa rica de Londres. Pero la paga no es suficiente.

—¿Quiere decir que no es el rufián habitual, pero hace tratos dudosos para obtener dinero, que gasta honradamente en los tratamientos de su madre? —inquirió Wild y el interpelado asintió.

—Exactamente eso. No lo pudo describir mejor, *milor*.

—Sigue —instó Warwick.

—Potter se enteró de lo ocurrido con la muchacha por los periódicos y los rumores. Al principio, no entendió que se trataba del mismo baile donde entregamos los mensajes. Pero a medida que la información pasaba de boca en boca, comenzó a sospechar. Me buscó para preguntarme si era la misma chica, y no nos quedó dudas. Huimos *po* un tiempo. Teníamos miedo de terminar involucrados. Después, su madre se agravó y tuvo que regresar.

—¿Cómo lo conoces? ¿De qué forma están vinculados y por qué dio tan rápido con tu

paradero?

—Pretende a mi hermana. Él me habló del trabajo.

—¿O sea, que él es tu contacto con el señor Smith? —indagó Mackay. Foster movió la cabeza de modo afirmativo—. Tenemos que encontrarlo.

—Quizá mi hermana pueda darme alguna pista.

—Te recompensaremos por ello, pero solo hasta que encontremos a Potter —le dejó muy claro Wild.

Capítulo 18

Londres, 1 de Marzo de 1821

¿Cuánto más tardaría en volver Julian? Se preguntaba Lily. Si hablase con su hermano de todo lo que estaba aconteciendo en su vida, tal vez podrían llegar a un acuerdo que fuera equitativo para cada una de las partes. Sin embargo, con él lejos no sabía si los cultivos estaban o no prosperando y, menos, si ese año iban a tener la cosecha que necesitaban. Por lo tanto, quedaba a merced del asedio de su madre.

El día de la inauguración de la nueva mansión del señor Hanks, la marquesa se alistó temprano para ser de las primeras en llegar. Apuró a Lily y Susannah para que pudieran asistir puntuales. Mientras aguardaban en el vestíbulo a que la menor terminara de arreglarse, Amber estudió el atuendo de su hija mayor.

—¿Eso es todo? —preguntó estupefacta, tras la exorbitante cuenta que pagó en la modista para que esa temporada sus hijas captaran la atención de sus posibles futuros esposos—. Con tantos vestidos hermosos en tu guardarropa y con la cantidad de joyas que posees y que realzan tus facciones has elegido las prendas menos esplendorosas.

—No es un día especial. Además, creo que debemos gastar menos en frivolidades. Así ayudaríamos más a Julian.

—Tu hermano sabe que es una inversión, de otro modo no podrán destacar entre tantas solteras.

—Todavía estoy pensando si el pie que me torcí bajando las escaleras, me duele lo suficiente como para quedarme y guardar reposo en cama.

—No empieces con tus excusas, Lily. Hasta ahora no te habías quejado de dolor en ninguna parte. —Volvió a lanzarle una mirada reprobatoria al atuendo de color azul pálido que su hija lucía esa tarde—. ¿Por qué no te cambias el vestido?

—Porque me gusta, es hermoso.

—Pones más empeño en tu apariencia cuando acudes a tomar el té con tu nueva mejor amiga: la condesa de Watford —agregó con ironía. Todavía no estaba convencida de que esa alianza le favorecía a Lily.

—Usted no se molesta cuando visito a lady Gellywen. ¿Por qué siente aversión por Céline?

—No tengo aversión por la condesa, es solo que los Gellywen no salen a cada rato señalados en alguna columna de cotilleos.

—Entonces, la mala influencia podría ser yo. *La Pluma Secreta* ha hecho referencia a mi persona en sus páginas.

—Hay otras damas interesadas en que el señor Hanks se decida por alguna de sus hijas, las que seguro irán con sus mejores galas —enfatizó, no sabía cómo convencerla.

—No puedo entender cómo una familia está dispuesta a entregar a una de sus hijas a un hombre que le dobla la edad. —Hizo una mueca de repulsión al imaginar cómo sería ser besada por alguien así.

—Sería un intercambio justo, posición y conexiones de un lado, riqueza y prosperidad del otro.

—Eso si todas las madres tienen el mismo deseo que el suyo, tal vez a otra les preocupe más la felicidad de sus hijas. No serán las matronas quienes tendrán que besarse con Hanks.

—Lily, no permito que te dirijas a mí en esos términos, ni que te expreses sobre temas

delicados con tanta ligereza. Por supuesto que me preocupa tu felicidad. Pero también, esta consiste en mantener el estatus y las comodidades con las que fuiste educada.

—Y por eso acudiremos a la inauguración. —Intentó sonar convencida, para que su madre dejara de ponerse a la defensiva. Porque, su verdadero motivo era distinto.

No todos los días existía la oportunidad de entrar a la casa de un sospechoso del calibre de Hanks. Mackay y sus amigos no recibieron invitación. En el caso de los Watford, se le hizo todavía más extraño. Sobre todo, teniendo en cuenta que Watford sí añadió al americano a la lista de invitados a Riverside Park. ¿Era una descortesía con los condes o una estrategia para mantener la influencia de los cuatro caballeros malditos lejos de su morada?

Quería ayudar a Mackay en alguna de las tareas que lo mantenían ocupado, retrasando la posibilidad de hacer público el compromiso. Y encontró la oportunidad perfecta para ser útil. Ella tenía las puertas de la casa de Hanks abiertas de par en par.

Al apearse del carruaje las tres percibieron el lujo desmesurado. Cada detalle estaba cubierto de manera excesiva.

—El señor Hanks hace gala de la frase «esto es demasiado» —expresó Susannah disimulando una risita de la supervisión estricta de su madre.

—Hija, son detalles que una dama podrá pulir. Pero hay dinero de sobra y eso ha quedado demostrado. Los excesos pueden cuidarse, lo que no crece es el dinero en los árboles. Así que, más vale un esposo al que hay que encauzar en elegancia y sutileza, que uno pobre.

—Bueno, parece que los árboles del señor Hanks sí producen libras —bromeó Susannah.

—Más bien algodón, lo que está muy bien cotizado —aclaró Lily y las tres ofrecieron sus mejores sonrisas cuando se adentraron a la mansión.

El mayordomo tenía cara de no estar a gusto con su nueva posición, sirvió en casas menos ostentosas, pero donde los estándares propios de la aristocracia eran acatados con esmero y sofisticación. Sonreía, solamente, cuando una joven perteneciente a la nobleza hacía su arribo. Estaba más interesado que su señor en que Hanks atrapara a la heredera de un linaje antiguo, para servir a una dama y elevar su estatus.

—Qué pésimo gusto —masculló muy bajo la marquesa al constatar que el número de solteros era muy desproporcionado al de las damas casaderas—. Solo cinco caballeros frente a casi veinte señoritas.

—El señor Hanks ha convocado a todas las flores del jardín para tener ventaja a la hora de elegir una para él —intercedió Lily percibiendo lo que hacía el anfitrión—. Apuesto a que los solteros que ha invitado no pueden competir con él en fortuna. Madre, ¿ha notado que la mayoría de las jóvenes son hijas de nobles, algunas debutantes y otras en una situación similar a la mía?

—Parece que tenemos competencia —replicó la marquesa, que había confiado en la fascinación de Hanks por Lily, y que, en ese momento, se percataba de que el hombre estaba decidido a casarse esa temporada con la hija de un par inglés, fuera lady Lily Ann Brownlow o no.

—La mayoría son aristócratas, a excepción de la señorita Minerva Hollister —observó Susannah.

—Oh, la rica heredera americana que sigue solterona debido a su agrio carácter —especuló la marquesa—. ¿No se sentirá algo fuera de lugar?

—¿Minerva Hollister? ¿La que no sonríe jamás? —preguntó Lily.

—La misma —confirmó Susannah.

—Ambos son de Norteamérica —advirtió Amber—. Quizás sus familias sean conocidas y la invitó debido a ese lazo, no para contemplarla como una candidata al puesto de señora Hanks.

—Es lo más seguro porque el americano ha sido muy evidente en su intención de desposar a una dama inglesa.

Las tres fueron conducidas al salón principal, donde con toda la fastuosidad posible, y con el conde de Hereford como invitado de honor, Hanks cortó un listón y comenzó a guiar el recorrido. El arquitecto, que dirigió la construcción de la obra, iba explicando los detalles arquitectónicos.

—¿Los listones no se cortan en la entrada principal? —preguntó jocosa en voz muy baja Susannah—. Si te casas con este señor, hermana, te desconoceré.

—Estoy empezando a arrepentirme —susurró la marquesa—. Podrá tener todo el dinero del mundo, pero su comportamiento es… Seremos la burla de la alta nobleza. ¿Se trata de una casa o un museo? Solo falta que extienda el recorrido hacia las habitaciones privadas. ¿Ricos y humillados o pobres?

Lily no se quejó, pero agradeció que su madre estuviera considerando retractarse de la posibilidad de unirla con Hanks. El recorrido le vino estupendo para poder orientarse en la mansión. Cuando pasaron frente al estudio, estuvo tentada de colarse por la puerta entreabierta, pero no lo podía lograr sin pasar desapercibida. No obstante, al derroche de mal gusto, algunas matronas, e incluso las hijas, no dejaban de sonreír a plenitud. Verdaderamente, algunos aristócratas estaban muy desesperados por salvar sus fortunas en detrimento, si recurrían al matrimonio de las jóvenes con aquel espécimen.

El salón de armas era uno de los mejores abastecidos que Lily conoció jamás, había dagas de diferentes formas y tamaños, espadas, armas de fuego y lo más desconcertante, látigos y otros artefactos similares que parecían haber sido construidos para infligir dolor. Recordó a los esclavos que poseía Hanks del otro lado del mar y sintió un agudo pesar. ¿Alguno de esos instrumentos del mal habría sido usado para extinguir la vida en flor de la debutante?

Pero, lo que más le angustiaba del despliegue de poder de Hanks frente a los invitados, era la forma en que la miraba, como a una más de sus posesiones. Incluso, le pidió caminar a su lado, a medida que avanzaban. Accedió porque así, podía hacer ciertas preguntas que solo aquel iba a poder contestar. Al final, los invitados se desperdigaron por el salón, la galería, la biblioteca y el invernadero, mientras degustaban algunas bebidas.

—¿Qué le parece su futuro hogar? —Una voz rasposa la sorprendió justo mientras seguía observando las dagas. Se asustó cuando dio media vuelta y notó que, las otras personas que hasta ese instante estuvieron en el salón de armas, ya no se encontraban.

—Oh, es interesante —respondió buscando el modo de salir de aquella estancia y evitar una situación tan comprometedora.

—Las otras damas han preferido la galería o el invernadero, pero usted está aquí. ¿Comparte mi fascinación por las armas? —continuó con aires de conquistador.

—Quizás… —Pensó qué decir para justificar su regreso a ese sitio de la casa—. A mi padre le gustaban y mi hermano ha sido enfático al enseñarme el uso de algunas. Dice que una mujer siempre debe estar prevenida.

—Por eso me agrada tanto, lord Seymour. Estoy seguro de que, ninguna otra dama en este salón posee similar preparación.

—Muchos lo consideran inapropiado para una señorita.

—Si va a ser mi esposa y marchar conmigo a Atlanta más vale que sepa defenderse, uno nunca sabe con lo que se va a encontrar. ¿Arma blanca o de fuego? —insistió. Abriendo el enorme mueble de madera y cristal para que Lily tomara alguna.

—¿Cuál es su favorita? —indagó, tal vez conocerlo le daba una pista sobre el arma

utilizada por Hanks para perpetrar el delito.

—Creo que aún no somos tan íntimos como para darle esa respuesta. —Su voz tomó un matiz sensual que a Lily le causó repelús.

—Discúlpeme, señor, no quise… —Ese hombre era detestable.

—Estoy muy interesado en ser más cercanos. Sé que está al tanto de mis intenciones hacia usted, milady. También entiendo que no está desesperada. Tantos hombres interesados en su mano.

—En realidad no soy tan afortunada. —Quiso explicar que era solterona, precisamente por lo contrario.

—No sea modesta. ¿Qué me dice de lord North y lo que escribió *La Pluma Secreta* sobre su fascinación por usted?

—No puede creer todo lo que sale en esos *magazines*.

—Tal vez. Creí que tendría que luchar por usted contra North, pero no lo veo ofreciendo una dura batalla. ¿Y el escocés que la sacó a bailar en Riverside Park?

—Está muy al tanto de cada caballero que ha tenido una atención conmigo. Por suerte, la lista es muy corta.

—Porque usted no ha aceptado a ninguno, por fortuna para mí. Seré franco, estimada lady Lily, me casaré en esta temporada y espero que sea usted mi futura esposa. Estoy dispuesto a pagar el precio que sea necesario.

—No todas las personas estamos a la venta. Soy una de ellas —soltó sin poder soportarlo más.

—Eso es lo que precisamente me motiva. De otro modo, no sería tan satisfactorio. Algunos lucran con la libertad de personas obstinadas como usted. Escribiré a su hermano, le haré una oferta que no podrá rechazar.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lily.

—Tiene usted una forma muy peculiar de ganarse el corazón de una dama. ¿No cree que con esa estrategia solo conseguirá disuadirme?

—Soy consciente de la diferencia de edad e intereses entre nosotros. Solo hay una cosa que podría interesarle a usted y a su familia sobre mí.

Su comportamiento y esa maldad intrínseca, unidos a otros indicios, como, por ejemplo, la manera en que los miembros del servicio se ponían nerviosos ante sus órdenes, solo instó a Lily a continuar indagando. Dio dos pasos hacia adelante y, tras tomar aire, se llenó de valor para lo que iba a hacer a continuación, un paso, otro y…

—¡Oh, por Dios me he torcido un tobillo! —chilló lo más natural que sus dotes actorales consiguieron.

—Pero ¿cómo ha sucedido? Milady, creeré que es cierto lo que se rumora acerca de sus dos pies izquierdos.

Un comentario así solo podía ocurrírsele a Hanks, que poco tacto y cortesía con una dama que sufrió por un rumor tan dañino.

—Para que vea que todo lo que brilla no es oro —argumentó Lily y volvió a quejarse—. No creo que pueda acompañarlos en el comedor para el almuerzo. Me duele demasiado. Pero Susannah y mi madre están tan emocionadas de permanecer un rato más…

—Podría enviarla a su casa en mi carruaje.

—Ellas no lo permitirán. Insistirán en acompañarme. No quiero arruinarles la diversión. Quizás, usted pueda ofrecerme un sitio para reposar en lo que llega la hora de partir. Me servirá para reflexionar seriamente en su propuesta.

La escrutó largamente y después reaccionó, tomándola del brazo para conducirla a un asiento.

—Mandaré al ama de llaves para que la ayude, milady. Permanezca sentada, mientras tanto. Debo atender a los invitados.

La aludida instaló a Lily en una calmada salita y le ofreció una bandeja con un refrigerio. La joven rechazó amablemente los alimentos, alegando que su malestar le quitó el hambre por completo. Pidió que la dejaran a solas para poder reposar.

Con rapidez, se puso en marcha. Debía aprovechar el tiempo que duraría el almuerzo para escurrirse por los pasillos de regreso a la sala de armas.

Una vez allí, escudriñó cada rincón, no parecía que faltase nada, y cada una parecía más peligrosa que la otra. Tomó nota mental de las características de algunas, sobre todo de los puñales y las dagas. Después, decidió dirigirse rumbo a la habitación que ocupaba Hanks.

No encontró nada fuera de lo normal en sus aposentos. El americano no era hombre que le agradaran las antigüedades, por el contrario, todo obedecía a unos criterios muy específicos: moderno, útil y ostentoso.

Abandonó el dormitorio y bajó con cuidado de no levantar sospechas hasta el estudio. Tuvo la suerte de que el servicio estaba en función del almuerzo, y pudo pasar desapercibida. Comenzó a husmear en los cajones del escritorio de caoba. Papeles y más papeles, la mayoría refrentes a pagos, pagarés, contratos, propiedades, proyectos. Se estaba desanimando, no había sido tan fácil como esperó al principio, las pruebas no estaban ahí esperando ser encontradas.

Un ruido inesperado le provocó un sobresalto. Descubrió a Minerva Hollister empujando la puerta. Los ojos de ambas mujeres se encontraron.

—Perdóneme, milady, no sabía que estaba usted adentro. El señor Hanks me pidió que lo esperara aquí, no tarda en llegar con lady y lord Hereford —dijo la recién llegada.

Podía inventar una excusa y huir, pero si le mencionaba al anfitrión que la encontró hurgando en sus documentos estaría perdida. ¿Qué explicación daría sobre su comportamiento? La cara de Minerva no era la más afable, se rumoreaba que su carácter tampoco era cordial.

—Por favor, por favor, no diga que me ha visto aquí —apeló a la verdad. Era mujer como ella, también solterona.

Las manos de Lily estaban sobre unos documentos sustraídos del escritorio. Los colocó de vuelta en su sitio y se quedó mirando a la señorita.

—Oh, ¿es usted la que se retiró a descansar debido a la torcedura de un tobillo? —preguntó Minerva—. El señor Hanks ofreció unas disculpas en su nombre.

—Esa soy yo —agregó sonriendo para tratar de causarle simpatía, mientras Minerva la observaba muy seria. Lily entendió que era difícil tratar de agradarla. ¿La delataría?

—¿Se ha escabullido del comedor para hacer algo deshonesto en contra del señor Hanks? ¿O por qué estaría husmeando en su papelería?

—Jamás haría algo deshonesto —respondió Lily con seguridad.

—Sin embargo, ha omitido lo relativo a no perjudicar al señor Hanks.

Lily bajó la cabeza, apesadumbrada, dispuesta a lidiar con las consecuencias. Si Hanks descubría que ella tenía sospechas, y que, además, se había atrevido a llegar tan lejos…

—Lo siento, yo… Mi madre quiere casarme con Hanks. Yo…

—No diré nada —resolvió al fin Minerva—. Hanks no es trigo limpio. El hecho de que tengamos tratos comerciales o que provengamos de la misma tierra no me hace estar en deuda con él. Tampoco me agrada. Las dos hemos sido víctimas de los rumores de esta despiadada sociedad. Usted por el desafortunado pisotón a lord North o sus desaciertos en el arte. Yo por lo

que se dice de mi carácter. Dos irremediables solteronas. Pero, no por eso va a aceptar la propuesta de un hombre que le dobla la edad, ¿cierto? ¿Lo investiga?

—Entre otras cosas —arguyó con un hilo de voz. La situación era un desastre.

—Creo que hace lo correcto —dijo la americana, y Lily exhaló con fuerza, justo cuando creyó que todo estaba perdido—. Ojalá no encuentre algo muy perturbador. Salga de inmediato o la atraparán *in fraganti*.

—Gracias, señorita Hollister.

—Cuídese, milady.

—¿Amigas? —pidió con cordialidad, se sentía muy agradecida.

—Amigas.

Lily se despidió con una sonrisa de alivio en los labios y todo lo que recibió a cambio fue un movimiento de cabeza, pero era Minerva Hollister, no se le podía pedir más.

Pensó rápido. Si el americano iba a reunirse con la señorita y los vizcondes Hereford en el estudio, le quedaba un poco más de tiempo para encontrar algo que relacionara a Hanks con lady Regina.

La mayoría de los invitados estaban en el salón principal departiendo y conversando sobre la mansión. Trataba de mantenerse lejos de la vista de su madre, cuando distinguió a un lacayo de complexión delgada y estatura mediana, con una carta en una bandeja de plata, dirigirse desde la puerta principal hacia otra área de la casa. ¿Quién le escribiría a Hanks? Debía leer esa misiva.

Lo siguió a discreción hasta que lo vio perderse tras una puerta de roble y aguardó oculta tras una columna. No recordaba haber siquiera visitado ese pabellón en la planta baja durante el recorrido, menos introducirse en el recinto. Aguardó hasta que el lacayo abandonó el sitio con la bandeja vacía y al verlo desaparecer en la siguiente curva del pasillo salió de su escondite.

Se acercó a la puerta y presionó el picaporte que cedió ante su ligera presión. Era un salón con una amplia chimenea, frente a la que descansaban dos butacas de cuero brillante. El olor a la cera que se utilizaba para mantener en condiciones los suelos se sentía más pronunciado en aquel lugar, y las superficies de las maderas relucían de limpias. Todo era impecable allí.

Dos cuadros pintados al óleo descansaban sobre la chimenea, uno era la imagen de una hacienda, el otro reflejaba una plantación de algodón con algunos de los esclavos en plena labor.

El alma de esclavista de Hanks, que se veía atenuada en el resto de la casa —salvo en la sala de armas— cobraba remembranza ahí. Nada en la decoración obedecía a los patrones de decoración de Londres, el americano se había traído un pedazo de su tierra natal a su casa en Mayfair.

A su espalda, Lily descubrió una estantería de cedro que iba desde el suelo hasta el techo, llena de objetos desconocidos para ella. Símbolos africanos, grilletes, trozos de cadenas, más látigos, algodón en diferentes partes del proceso, desde el más crudo al más elaborado, que lucía de excelente calidad. Seguramente, los había traído de Atlanta. Curioso sitio de sosiego acondicionó el señor Hanks.

En una esquina, sobre el secreter de roble, descansaba la carta. Lily se acercó lentamente, el sobre estaba lacrado y venía desde Norteamérica. Trató de adivinar su contenido, pero estaba sellado. Se mordió el labio. Comenzó a abrir los cajones del mueble en busca de un abrecartas, con que pudiera despegar el sello por el borde sin romperlo. Pero no lo halló. Solo papeles blancos y otros objetos para escribir como plumas, tinteros.

Buscó entonces en los compartimentos de arriba, que se cerraban con diminutas puertas de madera. Lo que encontró en el segundo la dejó sin aliento. Dos grupos de cartas. Las primeras estaban sueltas, de fechas cercanas. Las segundas permanecían anudadas con una cinta negra, no

parecían recientes. Eran alrededor de diez. A su lado, estaba el abrecartas, pero en ese momento pasó a segundo plano. Las misivas estaban ordenadas en perfecto orden cronológico, lo que le facilitó la tarea.

Separó las que coincidían con el año del suceso, 1819. En todas narraba que, su situación sentimental estaba a punto de cambiar. Se percibía un tono animado, ganador. Fue una información suspicaz, pero nada concluyente. Al final, pudo más la curiosidad hacia el sobre que permanecía cerrado. Metió la mano para alcanzar el abrecartas y tropezó con un pequeño compartimento que se escuchaba hueco hacia el final. Enarcó una ceja y después arrugó el entrecejo.

Decidida, tomó el abrecartas y trató de violentar la cerradura, pero no consiguió que cediera. Como poseída por un ángel justiciero, abrió puertecitas, cajones, y fue así como, descubrió otro rincón secreto y diminuto, donde se guardaba una llave pequeña. La introdujo en la cerradura y giró. Escuchó un sonido y la puerta cedió.

Dentro había documentos que, posiblemente, debían ser valiosos para mantenerlos ocultos. Lo primero que encontró fueron dos cartas, correspondían al período del asesinato y estaban firmadas a nombre de lord Barrington. Comenzó a revisarlas para ver si alguna aportaba algún dato significativo. Por el modo en que las guardaba con total secretismo, apostó que lo más concluyente iba a ser que sí.

Se cubrió la boca con una mano mientras leía, en una negociaban el enlace de Hanks con Regina. Los términos de Barrington eran bastante exigentes. Pedía una cifra exacta y exorbitante, por encima de lo que ofreció el pretendiente. En la segunda, celebraba que aquel hubiese aceptado las condiciones.

Lily no podía creerlo, con los nervios afectados continuó revisando, y entonces vio un contrato donde pactaban los términos del matrimonio y la suma que Hanks se comprometía a seguir enviando mes con mes durante la vida de la joven. Era alarmante.

—¡Oh, por Dios! Ese hombre estaba dispuesto a lo que fuera por ella! —susurró.

Si eso no era un móvil convincente para que el magistrado considerara a Hanks como el principal sospechoso de la muerte de Regina, ¿qué más podía serlo? Tal vez no resultaba suficiente, pero al menos Mackay y sus amigos ya no serían señalados por todos los dedos de Londres. Hanks también debía ser investigado.

Se agachó todo lo que pudo para ver si hallaba algo más adentro, y descubrió al final, pegado al fondo del compartimento, un pequeño sobre. Lo tomó y se sorprendió todavía más al ver que venía firmado por lady Regina.

El corazón comenzó a disparar, frenético, borbotones de sangre a los rincones más alejados de su anatomía. Mackay debía tener esa carta, igual que las dos anteriores. Barrington había vendido a su hija, y Hanks la había comprado. ¿Por qué ese compromiso no se hizo oficial? ¿Qué falló en sus planes?

1 de julio de 1819

Señor Hanks:

Le exijo que detenga sus intentos de convertirme en su prometida a toda costa, no importa lo que ofrezca a cambio. Absolutamente nada, ni la palabra de mi padre, le dará derechos sobre mí. Mi respuesta será una y otra vez no, la razón es muy sencilla y fácil de entender, mi corazón ya está comprometido y para mi satisfacción soy correspondida. Lo único que un hombre como usted me provoca es asco, repulsión y un odio infinito. No daré el sí en el altar, no me subiré a un barco para acompañarlo en una travesía a su lejano lugar del mundo donde se dedica a martirizar a seres indefensos. Si sigue presionándome a través de mi padre, solo conseguirá una esposa que lo odiará toda la vida y que no descansará en hacerle la existencia miserable.

Lady Regina

—Oh, por el Creador. Ella lo detestaba y se lo dijo con todas sus letras y él quería poseerla a toda costa. Debe haberla matado en un ataque de furia. Un crimen pasional —murmuró horrorizada.

El corazón de Lily seguía latiendo apresurado. Como pudo volvió a colocar todo en su sitio. No estaba segura de, si era conveniente llevarse las pruebas o dejarlas allí para que el propio magistrado las descubriera. Recordaba el nombre del que estuvo a cargo del caso, era Bourne. ¿Cómo una correspondencia tan incriminatoria pudo pasarle por alto?

Un ruido a su espalda la alertó de que alguien se estaba acercando. Casi sin aliento, metió todo en el interior del compartimento, regresó la llave a su sitio y se alejó del secreter. Trató de pausar su respiración, mientras simulaba estar examinando el enorme mueble repleto de los objetos inquietantes que Hanks trajo de su propiedad en Atlanta.

La voz de un hombre de mediana edad a su espalda hizo que un escalofrío recorriese su espina dorsal, que la boca se le secara y que comenzara a mortificarse por la amenaza de su cuerpo de ponerse a temblar. Tenía que ser fuerte. Pensó en Mackay, en lo feliz que se pondría por los hallazgos y se esforzó para mantenerse serena.

—¿Encontró lo que estaba buscando? —Era Hanks, inconfundiblemente—. Me llamó la atención que, cuando le comuniqué a su madre acerca de su lesión en el tobillo, ella se refiriera al evento como ocurrido en la mañana en las escaleras de su casa, y no aquí en la mía.

—Dos pies izquierdos. —Dio una media vuelta, mientras hablaba y quedó frente a frente a él—. ¿No me llamó usted de esa forma? No se disculpe, ya no me ofende. Terminé por acostumbrarme. Pero como pudo ver, en el baile de los Watford, puedo danzar sin cometer un fallo tan imperdonable. Solo que, a veces, la torpeza me recuerda que soy una simple mortal, como seguramente nos sucede a todos. ¿O usted es perfecto en lo que hace? Me lesioné en la mañana —continuó explicando—, y después, volví a lastimarme el mismo tobillo. ¡Qué pésima suerte la mía! Aún me duele, pero me siento mejor. Por eso decidí seguir recorriendo su hermosa propiedad. Para eso me invitó, ¿no es cierto?

—Así es.

—Es la habitación más fascinante de toda la casa, señor Hanks.

—¿Sí?

—Entiendo por qué no desea compartirla con nadie más. ¿Qué significan estas esculturas? Parecen paganas.

—Disculpe si ofendo nuestra fe. Los conservo solo como elementos decorativos, son los dioses en los que creen mis esclavos. He tratado de traer un poco de mi vida allá, para no olvidarlo por completo. A veces paso largas temporadas en Londres, no quiero olvidar el sitio al que pertenezco.

—Es interesante conocer otras tierras.

—Me disculpo si fui arrogante con usted en la sala de armas, los ingleses suelen sacar conclusiones y dar todo por sentado. Siento que, en ocasiones, son cegados por sus costumbres y sus valores; lo que hacemos del otro lado del mar también es importante para el progreso.

—Son temas en los que no estoy muy instruida, así que prefiero no ofrecer una opinión al respecto —objetó para no tener que decir lo que en verdad pensaba.

—Lo entiendo, y no es un impedimento para mí a la hora de elegir una esposa.

—¿Se conforma con que sepa usar armas?

—Lo necesitará en Atlanta. Será bueno que la respeten.

—Aceptaré sus disculpas con una condición. ¿Nos vuelve a invitar a su estupenda casa en

otra ocasión? Cuando esté Julian, le encantará conocerla. —Quiso dejar la puerta abierta para regresar por las pruebas de ser necesario.

—¿Y esa petición qué significa? ¿Reconsiderará mi propuesta?

—Tal vez —profirió y casi se muerde la lengua—. Señor Hanks, seré honesta. Uno se casa para toda la vida… Estudiaré los candidatos y elegiré al que, a futuro, me ofrezca estabilidad. Usted tiene razón, hay otros interesados.

—Es un planteamiento osado… Pero razonable. —El hombre lucía desconcertado, no sabía si molestarse por el atrevimiento de ponerlo a competir con otros pretendientes o valorar su practicidad en los temas relacionados con el matrimonio—. Acepto el reto, pero la pongo sobre aviso. Detesto que jueguen conmigo o me hagan perder el tiempo.

—En eso nos parecemos bastante. Ahora me retiro. Una dama jamás permanece a solas con un caballero, podría dañar su reputación. Y usted desea casarse con alguien con una moral y honorabilidad intachables, así como conexiones respetables.

—Adelante. Yo también debo salir, solo vine porque Potter, uno de mis lacayos, me informó que una carta que estaba esperando con urgencia ya había llegado. —Él observó el sobre encima del secreter y se acercó para tomarlo.

—Deseo que sean buenas noticias —agregó lo que fuera, para no quedar en evidencia.

—Espero que sea el documento que mandé a pedir, de lo contrario, tendría que partir en el siguiente barco hacia Norteamérica a buscarlo en persona, y no está en mis planes hacerlo antes de casarme.

—Lo dejo para leer con tranquilidad, milord.

—Aguarde. —Tomó el trozo de tela de algodón del mueble y se lo ofreció. Lily lo recibió y sintió lo suave que era al tacto—. Lleve esto consigo. Así podrá recordarme, mientras toma la decisión. Es el algodón de mi plantación. Es finísimo. Nadie se resiste a la sensación que provoca sobre la piel. Gracias a él hoy tengo mi imperio. Hay fines que justifican los medios.

Lily se alejó con el pedazo de tela entre sus dedos, con paso lento, sin manifestar los temblores que poco a poco se fueron apoderando de ella.

Al regresar al salón, se recostó a una columna para recobrarse del susto que pasó al ser casi descubierta con los documentos incriminatorios en las manos.

Capítulo 19

Mackay pensó que el corazón se le rompía en dos, y a la vez, tuvo ganas de degollar a alguien. Jamás se sintió arrasado por la tensión de esa forma.

Llevaba tres días sin ver a Lily, dividido entre cerrar la venta de los diez ejemplares que se le cayó por culpa de Chastity y encontrar a Potter, el lacayo que nombró Foster. Pero, confiaba en que ella iba a estar bien, hasta que pudiesen planear otro encuentro. Y justo, cuando estaba investigando para dar con el siguiente mensajero, se llevó una agria sorpresa. Ella se atravesó en medio de la pesquisa.

La hermana de Foster dio indicaciones del sitio donde estaba trabajando su pretendiente. Y Gaven y Wild, acudieron para hacer indagaciones.

Se sintió estúpido. Había sido enfático cuando le dijo a Lily que se mantuviera alejada de Hanks, que era muy peligroso. Sin embargo, ella, luciendo hermosa con un sencillo vestido azul que realzaba su candidez, acudió a la propiedad del hombre que podía ser responsable de la muerte de lady Regina.

Wild trataba de calmarlo, mientras aguardaban dentro del carruaje, vigilando la mansión del americano. Se habían acercado sutilmente para observar el sitio, con la esperanza de enviar al cochero por la puerta de servicio para preguntar por Potter. Pero encontrar a Lily visitando a Hanks cambiaba sus planes.

—Mi cuñado me comentó que Hanks inaugura hoy su casa —dijo para referirse a Devlin Hill, un americano que estaba casado con su hermana—. También recibió invitación, pero avisó que llegará retrasado. Problemas en el astillero. —Gaven parecía no escucharlo—. Tranquilo, Mackay, ella solo cumple un compromiso social. ¿Por qué más lady Lily acudiría a la casa del señor Hanks?

—La pretende. —Apretó los puños.

—Es una chica astuta, no aceptará esa propuesta. Se casará contigo. Digo, ¿quién elegiría a Hanks teniendo al rey de los caballos como contraparte? —Trató de bromear, ante la cara de pocos amigos del escocés.

—Ahora mismo, me siento más como un *kelpie* muy furioso y todo lo que tengo entre ceja y ceja es patear con violencia a Hanks.

—¿Mando al cochero a indagar si trabaja con ellos un lacayo llamado Potter?

—No. Mañana me ocuparé de resolver ese asunto. Ahora lo único que me importa es comprobar que Lily estará bien.

Las horas parecían no pasar. Cuando un carruaje sin blasón se acercó a la entrada principal, vieron que el señor Devlin Hill se apeó solo.

—Tu cuñado —avisó Mackay—. No sé cómo le harás, Wild, pero moverás tus influencias para que nos haga entrar a la casa.

Mackay abandonó el vehículo en el que estaban escondidos y Wild siguió detrás.

—Devlin no pondrá objeciones en colaborar, pero, vamos, tampoco es íntimo de Hanks como para llegar con invitados… —Comenzó a replicar—. No porque sean coterráneos tienen una hermandad. Quizás lo pongamos en un aprieto.

El escocés arrugó el entrecejo. Wild pensó con rapidez, sería un suplicio acompañarlo —quien sabía cuántas horas— dentro del carruaje hasta que la dama abandonara la propiedad. Por otro lado, colarse en aquella recepción les venía como anillo al dedo, podrían investigar de primera mano si el tercer mensajero era uno de los lacayos que servían en la casa.

—Vamos —le dijo Wild y ambos apuraron el paso para alcanzar a Devlin antes de que

llamara a la puerta.

En breves palabras, Wild le pidió de favor a su cuñado que los llevara como invitados, después le explicaría lo que estaba ocurriendo. Devlin le tenía un profundo afecto a Wild, eran amigos desde antes que desposara a la hermana del marqués, así que no tuvo más remedio que ayudarlos.

El mayordomo los recibió con sobriedad y los hizo pasar al gran salón donde la mayoría de los invitados estaban reunidos. El anfitrión no tardó en ser avisado y acercarse para recibirlos; se quedó mirando contrariado la compañía que traía Devlin, pero trató de disimular su desconcierto.

—Espero que no le moleste que haya invitado a mi cuñado y su amigo. Todo Londres habla acerca de la inauguración de esta joya de propiedad que ha construido.

—Señor Hill, lord Wild, lord Mackay, sean bienvenidos —pronunció Hanks—. Es una pena que no pudiesen llegar a tiempo para el recorrido, pero agradezco que tras solucionar los asuntos que los retrasaron, estén aquí. El arquitecto les mostrará las instalaciones.

—Con mucho gusto —respondieron al unísono.

Y mientras el aludido se acercaba a ellos para guiarlos, los dos caballeros malditos compartieron susurros.

—Busca a lady Lily, yo me ocupo de indagar sobre Potter —le sugirió el marqués a Gaven.

—Gracias, amigo.

Mackay revisó con la vista el área con rapidez, no había señales de ella en el gran salón, así que procedió a examinar el resto de la planta baja, manteniéndose fuera del alcance de Hanks. Y justo en el pasillo que conectaba la estancia —donde todos estaban reunidos—, con la biblioteca, el salón de música y otros recintos de ocio, la vio pálida, sosteniéndose de una columna.

—Lily —soltó en una exhalación, mientras caminaba con paso enérgico hacia a ella.

—Gaven —susurró entre asombrada y agradecida, aguantando los deseos de abrazarse a su cuerpo—. Pensé que no tenías invitación.

—No la tenía.

—¿Y qué haces aquí?

—Te vi entrar y casi me vuelvo loco. Vigilaba la casa. Me dijiste que no ibas a venir a la inauguración. ¿Acaso no es suficiente intimidante lo que le sucedió a lady Regina? ¿Por qué te arriesgas?

Ella lo tomó de la mano y lo condujo por el pasaje hasta que terminaron en la galería de arte. Era enorme y llena de esculturas humanas de tamaño natural, con bastante sitios y recovecos para intentar pasar desapercibidos. Tras otear los alrededores, se deslizaron hasta un cuarto en el fondo donde almacenaban algunas piezas de arte que decidieron no exponer, así como algunos muebles. Cerró la puerta tras de sí y suspiró. La iluminación era escasa y provenía de unos pequeños tragaluces en el techo.

Al saberse a solas, la abrazó intempestivamente y ella se aferró a su cuerpo. Percibió que temblaba.

—Tienes razón, tienes mucha razón —soltó sofocada, con miedo, y con un soplo de alivio por estar a su lado. Con Mackay en aquella propiedad nada iba a sucederle, Hanks no podría lastimarla como hizo con Regina—. Estuve a punto de que me descubriera, pero lo que he encontrado, Gaven, es muy incriminador. Creo que estás en lo correcto. Hanks podría ser el responsable de la muerte de Regina. Ella…le entregó su corazón a otro caballero… —Las lágrimas bajaron por sus mejillas. Regina no era su amiga, solo una conocida como muchos nobles que compartían un saludo, una conversación o una sonrisa en situaciones sociales, pero era inevitable no empatizar con ella. Joven y enamorada, arrancada de la vida cuando comenzaba

a vivir.

—¿Cuáles son las pruebas que hallaste de esa información?

—Un contrato entre Hanks y lord Barrington, dos cartas de este último exigiendo condiciones y celebrando haberlas conseguido. Y… lo más triste, una carta de puño y letra de lady Regina confesando su repulsión y su negativa a desposar al americano, así como confirmando que su corazón ya tenía dueño.

—Oh, Lily, mi valiente Lily. ¿Tienes esos documentos?

—No los robé, creí que si el propio magistrado los encuentra todavía en posesión de Hanks el hallazgo tendría más impacto.

—¿Cómo le hiciste para que no te descubriera?

Le contó todo, lo más resumido que pudo. Él negó al constatar el riesgo que conllevó su proeza, la acercó todavía más y le depositó un beso largo sobre la frente. Tratando de contenerse para no manifestar su sobresalto.

—Pequeña, jamás, en lo que te queda de vida vuelvas a exponerte así. Hazlo solo si quieres matarme de preocupación o ser causante de mi ruina. Arrasaría con medio Londres si algo te hubiese sucedido.

—Estoy bien —replicó para que se calmara.

—*Lassie*, decidida y desafiante —murmuró mirándola a los ojos.

—No, esa no soy yo en realidad. Soy la que me quedé cruzada de brazos cuando la duquesa me destruyó con ese pérfido rumor. —Suspiró, de pronto una sombra de resquemor, intentó regresarla al sentimiento del pasado, amenazándola con hacerla sentirse inferior, diminuta, defectuosa.

—No, Lily. Has cambiado. Es normal sentir miedo, solo hay que intentar imponerse, y tú lo has logrado. Llega un momento en que los valientes se elevan de las cenizas de sus propios temores. Entonces, es que toman el control de sus vidas y no permiten que los pisoteen nunca más. Eso requiere un esfuerzo enorme. Cuando debutaste eras una muchachita noble e ingenua, un blanco fácil para una abusiva como Chastity. Ella es una mujer miserable, necesita aplastar a otros para sentirse viva. No sé cómo no me di cuenta antes. Odio a las personas así. Pero tú has madurado. Estoy seguro de que, no volverás a dejar que nadie te observe por encima del hombro jamás.

—Es difícil, si miro atrás el recuerdo de la inferioridad me paraliza.

—¿Y si miras hacia adelante?

—Deseo ir a Escocia, Irlanda, conocer el resto de Europa. Asia… África… Ver tierras lejanas, otras costumbres y no creer que el mundo se limita al escueto perímetro que me han permitido recorrer. Quiero elegir con quien casarme, dictar cómo voy a conducirme de hoy en lo adelante. Ya no permitiré que me digan cómo debo hablar, comportarme, vestirme... Ni la sociedad, ni mi madre, ni mi hermano… Ni siquiera un esposo. Necesito vivir, sentir, amar… amarte, amarme.

—Entiendo que querrás correr tus propios riesgos y que si me caso contigo no puedo esperar obediencia… como dicta el matrimonio religioso….

—Ya me he cansado de obedecer…

—Lily, ¿qué voy a hacer contigo? —La miró con ternura bañada por los exiguos rayos de luz. Apreció su arrojo, sus ganas de ayudarlo, sus deseos de ser indomable; pero se recriminó por no prevenir que ella tomase un riesgo tan grande al descubrir esos papeles. Mackay jamás estuvo en una situación similar, en que una mujer lo daba todo por él sin pedir nada a cambio, que intentara salvarlo—. Te agradezco —agregó con humildad, un rasgo de personalidad que no

poseía y que comenzaba a experimentar—. Tu información ratifica mi sospecha. Necesitamos hablar en un sitio menos arriesgado. Me urge escuchar cada detalle.

—Por favor, Mackay, sácame de aquí.

—¿Tu madre? ¿Tu hermana? ¿Cómo explicarás que abandonarás la recepción de mi mano?

—Inventaré lo que sea.

—Te llevaré a donde quieras —propuso, pero aquel ofrecimiento comenzó a desvanecerse cuando el calor que provenía del cuerpo de la muchacha lo impulsó a volver a probar sus labios.

La complicidad, el saber que estaban solos en aquel rincón oscuro y solitario, el peligro al que ella estuvo expuesta y la desesperación y la rabia del hombre los dejó en una situación vulnerable.

Mackay se perdió en aquellos labios sedosos y tersos a la vez, cálidos y húmedos. Su mente se llenó de un deseo irrefrenable, de amor asfixiante. La apretó contra la dureza de su torso y ella gimió sobrecogida por la premura.

—Es una bendición que estés aquí.

—Es el destino, Lily, tú eres mi destino. Jamás me ha asaltado un miedo tan fulminante como cuando te vi entrar por la puerta de la propiedad. Estuve tentado de derribarla de un empujón y entrar a buscarte.

—Gaven, tienes que controlarte —le susurró sobre los labios y sonrió sobre estos. Él los capturó impulsivo y se perdieron en un beso profundo—. Creo que me estoy enamorando de ti, grandullón. Aunque eres arrebatado e impetuoso cuando cortejas, y debería instarte a ser más comedido, no puedo hacerlo, me pierdo en tu desenfreno.

—¿Crees que te estás enamorando? —Fue todo lo que escuchó.

—Sí —confirmó llena de emoción por la confesión que estaba haciendo.

—*Och*, qué duro golpe a mi ego, pequeña. Pensé que estabas como una loca perdida, que habías caído por completo en mis redes, que te sentías atrapada para toda la vida, exactamente como me siento yo —se lamentó como si fuese lo peor del mundo.

—Ay, Mackay, y además de intenso eres tan dramático. —Rio.

—¿Dramático, yo? —protestó—. Hum, no me quiero quemar solo en este fuego que me consume. Quiero compartirlo, ser correspondido.

—Claro que te quiero, tonto, de lo contrario, no hubiese arriesgado tanto por ti. Es solo que pongo más cuidado a la hora de entregar mi corazón, porque si me lo rompes sé que no tendría remedio. Sería una estocada mortal.

Cansado de encorvarse para poder estar a la altura de sus labios, y con las manos todavía en la cintura femenina, la elevó como a una frágil pluma, hasta hacerla trepar en sus caderas. Lily no opuso resistencia, lo rodeó con sus piernas y se dejó abrazar.

—Yo no tengo duda, en lo absoluto. Te amo, Lily Ann Brownlow. Te adoro.

Lily se perdió en el azul de aquella mirada ardiente, que parecía tener llamas bailando en el interior de los iris. Tragó en seco cuando percibió el mismo sentimiento en lo profundo de su alma. Ella sentía exactamente lo mismo, pero se resistía a pronunciarlo y que fuese irrefutable. ¿Por qué había obstáculos obligándolos a amarse a escondidas? Eso le hacía sentir cierta zozobra, si algo fallaba, ella no tenía un vínculo que la atara a él, y no era como se sentía. También estaba enamorada de ese hombre.

Mackay deslizó su boca ávida por la nívea piel del cuello de Lily, quien se convirtió en su adoración. Vagó hasta el nacimiento de sus senos y ella echó levemente la cabeza hacia atrás, dándole espacio para que saqueara su escote. Con sus manos rodeando sus caderas, la apretó contra su virilidad que exigía más presión para calmar el fuego que lo tenía poseído, ardiendo,

hambriento.

Ella gimió. Él lo hacía tan bien, tenía una lengua prodigiosa que le terminaba por nublar los sentidos. Envueltos en una nube de frenesí, lucharon contra sus vestimentas. El pantalón de Gaven cayó hasta sus tobillos, y la falda del vestido de Lily quedó por encima de su cintura. La mente de ambos se liberó de pensamientos racionales. Solo obedecieron a sus instintos.

Él la sostuvo con fuerza, sus brazos eran un cálido refugio. Sus poderosas piernas se quedaron firmes, plantadas al suelo. Y a la par de los besos profundos, la hizo subir sobre su cuerpo, guiándola con sus manos. Tan cerca, tan juntos…

—Hay una silla —musitó Lily con la voz entrecortada, preocupada por el peso que el escocés tenía que soportar, pero en su rostro no se veía reflejado un gran esfuerzo.

—No es necesario —gimió ronco contra su oreja—. Me gusta así, eres muy ligera.

—No soy una mujer tan menuda, ni de baja estatura, aunque te empeñes en decirme: «Pequeña».

—Para mí eres muy liviana… Perfecta para tenerte así. —Bajó un poco la cabeza para tomarle el labio inferior con los suyos, lo estiró un poco, mientras lo chupaba para disfrutar su sabor. Cuando lo soltó, le susurró—: Pero usaría la silla, si estás incómoda.

—No, así estoy bien. Solo me preocupé por ti. —Jamás pensó que un hombre y una mujer pudiesen hacer algo similar, tras la explicación de sus amigas de las relaciones carnales, imaginó que sería únicamente sobre una cama.

—Quiero que hagas lo mismo que hiciste en la casa de Watford. No dejes de besarme. Siéntelo.

Mackay pasó una mano por detrás de la retaguardia de ella para acceder a la intimidad, y comenzó a jugar con la inexplorada abertura. Sus dedos entraban apenas unos milímetros, luego se retiraban, y volvían otra vez al ataque. Una dulce tortura. Llegaban hasta el botón de carne, esa parte extremadamente sensible, responsable de enviar el placer hasta todas las terminaciones nerviosas. La hacía restregarse exquisitamente contra su dureza, sin apurarla, sin tomarla aún.

—¿Dolerá? —preguntó entre jadeos, un poco nerviosa. Quería seguir, y al mismo tiempo dudaba. No tenía experiencia, pero tras sus indagaciones ya no le quedaban dudas sobre lo que estaban haciendo.

—No estoy seguro. Solo sé que haré que valga la pena. ¿Quieres continuar?

—No te detengas.

Después, él le susurró unas palabras en gaélico escocés, ella no sabía qué significaban, pero su cálido aliento contra su oreja la erizó por completo. Los dedos masculinos se movieron en círculos, hábiles, atrevidos, llevándola a un punto donde todo lo que deseaba era dejarse ir, romperse en tantas partes como su placer. Y justo, cuando sintió la necesidad de tensar los dedos de sus pies, y entre sus piernas un volcán estaba a punto de hacer erupción, él se posicionó en su entrada y empujó con suavidad, solo unos centímetros. Pero, ella desesperada por la sensación interrumpida, no se contuvo y empujó hacia abajo apoderándose de la longitud hasta la base.

—Oh, Señ… —Comenzó a decir cuando sintió el grosor y la profundidad de la invasión. Su asalto fue acompañado por el gruñido de placer absoluto de Gaven, al sentirse aprisionado por aquella apretada cavidad. Él no la dejó terminar la frase, se bebió sus gemidos. Y ella ya no pudo renunciar a aquella dolorosa, placentera y exquisita intrusión.

—Te amo, Lily, te amo —le susurró ronco y extasiado contra la boca.

El arrebato inicial los impulsó a moverse los dos a la par, en acometidas impetuosas, envolventes, que exigían más y más, con cada movimiento hermoso, salvaje, hasta que ella se desarmó en una potente liberación entre sus brazos, y él sobrecogido al escuchar sus gemidos,

dejó de contenerse y se enterró por completo, mientras su simiente salió disparada hasta la última gota.

—H*ighlander*… Esto fue… único —jadeó.

—Oh, Lily. Estamos en problemas —musitó tratando de recuperar el aliento.

—Lo sé. —Su pecho subía y bajaba también agitado—. ¿Cómo le haremos para salir de aquí sin que nadie nos vea?

—No me refiero a esa complicación. —Le dio un beso corto en los labios y continuó—: No tomamos precauciones, puedes quedar a la espera de un hijo.

—Pero vamos a casarnos…

—Sí, por supuesto que sí. —Otro beso, esta vez en una mejilla. Se sentía hechizado, no podía dejar de venerarla. ¿Cómo podría seguir disimulando que no se amaban cuando lo que deseaba era llevarla a Luddesdown House y que se quedara con él para siempre? Ella no entendía la gravedad de su situación—. No podemos hacer oficial nuestro compromiso hasta que los obstáculos sean superados. Quizás debí concentrarme más en resolverlos —se recriminó.

Pero ella había escuchado en el pasado de hombres que embaucaban a las señoritas prometiéndole matrimonio para apoderarse de sus virtudes, y que después las desechaban por haber sido laxas en su moral. «¿Pero, Mackay no es así?», pensó.

—Como ya sabes, si al menos tuviese otro pretendiente, mi madre se contentaría y podría librarme de su intención de unir mi vida a la del señor Hanks. Solo tienes que pronunciarte, y entonces, esperaremos el tiempo necesario.

—Lily. —Parecía sencillo, desde su perspectiva, si ignoraba el trasfondo de las amenazas —. No puedo declararle la seriedad de mis intenciones a la marquesa. *Ipso facto*, sería del conocimiento de nuestro círculo social. Es imposible pedirle que guarde silencio, no podré explicarle los motivos, y aunque lo hiciera, no los entendería. —Las amenazas de Chastity, en contra de los Brownlow, lo tenían atado de manos.

—¿Estás jugando conmigo? —inquirió tratando de abandonar sus brazos, mientras él se negaba a soltarla hasta que no hubiese un entendimiento—. ¿Cuáles son tus verdaderas intenciones?

Mackay la depositó en el suelo.

—Demonios —masculló, envuelto en una despiadada lucha interior. —Quería gritar a los cuatro vientos que la amaba, que era su prometida, pero tenía que esperar hasta tener una solución.

La discusión estalló entre los dos, eran susurros hirientes de los labios de Lily, frente a las promesas mezcladas con excusas de Gaven.

—Si lo que juras sentir es genuino, buscarías la forma de honrar tus intenciones, y no solo me ofrecerías tus besos en la oscuridad.

—Te juro que te amo.

—¿Cuáles son los obstáculos que nos impiden casarnos? —confrontó—. Necesito saberlos para no dudar de tu sinceridad. Quiero creerte. —Dos lágrimas recorrieron sus mejillas—. Si yo voy a esperar a costa de mi honor, no podemos tener secretos.

—No puedo revelarlo —negó, decidido a no preocuparla con las amenazas de la duquesa. Le robaría el sueño conocer la verdadera situación de su familia.

—¿Existen esos impedimentos? Si es el dinero, he dicho que no me importa vivir sin lujos. Puedo ajustarme a subsistir con solo lo imprescindible, lo que no puedo es continuar en la zozobra de saber si lo que compartimos es legítimo.

—Si lo que quieres decir es que solo juego contigo y que mis intenciones de matrimonio

son un engaño, te juro que jamás me aprovecharía de ti.

—Y te creo —arguyó convencida, calmándose, confiando. Lo miraba y la profundidad de sus ojos le aseguraban que él no podía estar mintiendo, pero tampoco podía engañarse, en ocasiones las dudas la asaltaban—. El constante asedio de mi madre me desespera. No puedo seguir viviendo así, menos si no sé cuáles son los problemas tan agudos que nos mantienen distanciados. Entiendo que, no podemos casarnos o comprometernos por ahora, pero tampoco te has acercado a mi madre para plantearle tus intenciones. Al menos, darle a conocer tu interés, ya no exijo la petición formal de mi mano. Eso es lo que me inquieta, a veces, cuando la incertidumbre me asalta. Si tus responsabilidades te absorben, y tu fortuna no está en su mejor momento, comprendo que desees esperar antes de asumir la responsabilidad del matrimonio. Pero, si mi familia conociera al menos tu simpatía por mí, podrían cortar los avances del señor Hanks. Incluso, otros solteros dejarían de esforzarse para tener una oportunidad conmigo.

—Lo siento. Tienes razón, es solo que…

—¿Qué?

—Me gustaría limpiar mi nombre antes de que seas mi esposa —le dijo para ganar tiempo.

—¿Y si no sucede? Tú mismo has dicho que el sistema judicial que tenemos es pésimo. Quizás jamás se puedan reunir elementos suficientes para incriminar al verdadero culpable.

—Tenemos esas pruebas que tú has encontrado. Quizás estamos cerca. —Odió hacerla titubear. Ella tenía razón. Sin secretos. Era lo justo—. Si te digo la verdad, ¿prometes que no harás nada?

—¿Qué quieres decir?

—¿No intentarás resolverlo por tu cuenta como hiciste con Hanks? No soportaría que vuelvas a ponerte en peligro.

—Habla.

—Es Chastity.

—¡Oh, esa mujer! ¿Por qué no me sorprende?

—Robó algo que me pertenece y que me puede perjudicar gravemente.

—Pero ella tiene las de perder, está en nuestras manos. No es necesario cumplir nuestra amenaza, podemos presionarla con que contaremos su romance… contigo. Puedo hacerlo, lo hice en el pasado y me libré de ella.

—No, Lily. Solo avivaste aún más su sed de venganza. Esto es más grave que el desdén de la sociedad o el ostracismo social. Yo podría terminar tras las rejas o… muerto.

Lily buscó la silla y se dejó caer en ella, derrumbada.

—Esto es una pesadilla.

—Hay algo más. —Mackay apretó los puños muy enfadado, quiso protegerla de esa información, pero ya no pudo seguir callando. No soportaría perderla, ni que Lily desconfiase de su amor. El cariño que le tenía era lo más puro que había sentido. No podía permitir que se enturbiase por un malentendido. Por dura que fuera la verdad, no tenía más remedio que ser honesto.

—Habla.

—El dinero que está usando Julian para cultivar sus tierras esta temporada proviene de un préstamo que le hizo la duquesa. Ella tiene a tu familia en sus manos. Por eso te he pedido esperar, hasta que tenga el dinero suficiente para saldar mis deudas, y que pueda estar en la posición de ayudar a Julian, para que pague las suyas.

—Pero seguirías estando amenazado por ella. Dijiste que hay algo más. ¿Qué te robó?

—Déjame guardar ese secreto solo un poco más. No te hago daño reteniéndolo, por el

contrario, te mantengo al margen de algo que mal manejado pudiese perjudicarte. Te lo ruego, Lily.

Percibió su tensión y agobio.

—No quise presionarte, Gaven. Y no lo haré más. Déjame ayudarte.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero juntos encontraremos la forma.

La arrancó de la silla. Se abrazaron con fuerza, hasta que no quedó un resquicio de aire entre sus cuerpos.

—Te amo, Lily. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Estoy muy enamorado de ti.

—También te amo, Gaven.

—¿Ya estás segura? Hasta hace unos instantes «creías que te estabas enamorando de mí» —repitió fastidioso.

—Idiota, no quise demostrar la intensidad de lo que siento. Eres mi vida entera.

—Eso me correspondía decirlo a mí, *lassie*.

—¿Por qué siempre quieres ganar?

—Porque sin ti me volvería loco.

—Entonces estamos igual de perdidos, *highlander*.

—Sigue un rato más entre mis brazos. No me sueltes.

—Los invitados ya deben estar abandonando la propiedad. No podemos quedarnos a vivir en el cuarto de los muebles viejos de … Hank.

—Wild debe estar maldiciendo mi nombre…

Y, mientras Gaven inspiraba el olor de sus cabellos, se dijo que así vendiera hasta la última de sus posesiones o tuviese que entrar a la casa de Chastity como un ladrón para recuperar su manuscrito —todo lo que le impedía casarse con la mujer que adoraba—, tenía que llegar al final.

Esa misma noche iba a sincerarse con sus amigos. Guardó sus problemas para él solo, demasiado tiempo. Era de los que sentían las cargas de los demás tan pesadas, que nunca quería abrumarlos con las propias. Pero tras confesarle a Lily —en gran parte— lo que estaba agobiándolo, sintió un alivio temporal.

En el pasado, sus amigos le confiaron sus problemas y todos estuvieron unidos para apoyar. Quizás si se abría, los caballeros malditos podrían ayudarlo a enfrentar sus dificultades.

—Me cercioraré de que el camino esté despejado para que puedas salir.

Mackay le dio la señal y, con la preocupación en la mirada, ella caminó lejos de él, quien la seguiría después.

***

Mientras los dos aguardaban en el salón hasta que la velada llegara a su fin, él se quedó observándola conversar con su madre y su hermana, que le reclamaron por su desaparición. Las escuchó hablar, disimulando no prestarles atención.

—Oh, Lily, fuimos a buscarte a la sala donde debías estar descansando y estaba vacía. Creí que habías regresado a la casa —la sermoneó la madre.

—Jamás lo haría sin avisarte —le respondió rogando para sus adentros que se le ocurriese algo que la marquesa creyera.

—¿Y dónde estuviste todo este tiempo? Porque sé que tu tobillo está perfectamente bien y que solo querías evadir al señor Hanks.

Lily pasó la vista por los invitados, y al no ver a Minerva Hollister con los demás, la usó de coartada.

—Hice nuevas amistades, como Minerva Hollister. Es muy seria, es verdad, pero me pareció que es una buena persona.

—Querida, tus amigas son… peculiares —agregó recordando a la condesa de Watford.

Mackay sonrió. Su pequeña era muy hábil. Él todavía sentía su sabor, que quedó tras el asedio de su lengua sobre la de Lily. Los invitados comenzaron a salir, dirigiéndose a sus carruajes, y fue la oportunidad que tanto estaba esperando para desaparecer de allí. Justo en ese instante vio a Wild y Hill caminar hasta él con cara de aburridos, Hanks los había mareado con su conversación.

Capítulo 20

Lily observó a su madre pensativa tras el regreso al hogar. ¿Sospecharía algo sobre sus peripecias en la casa del señor Hanks? Esperaba que no. Detestaba la idea de tener que dar explicaciones sobre sus actos. No existía justificación alguna para su comportamiento, Lily pasó por encima de los valores y las costumbres imperantes. Pero recordaba con amor ese momento mágico compartido con Mackay, su rostro salpicado por el placer y sus palabras de amor, y entonces, sus decisiones valían la pena.

—Niñas, tenemos solo dos horas para estar listas para el baile de los Gellywen.

—Estoy agotada. Me siento indispuesta, madre. Me quedaré a descansar —contestó, aunque le habría encantado saludar a Alexandra, solo quería dormir.

—Oh, no, Lily —se quejó Susannah, quien no sospechó lo ocurrido con su hermana—. Estuviste descansando todo el paseo de la tarde. No me hagas prescindir de ti también en la noche.

—¿Esta sucesión de bailes y eventos no les producen cansancio? —preguntó mortificada.

—Susannah aún no tiene una propuesta formal, ni siquiera alguno de sus pretendientes ha manifestado un interés sólido que nos haga suponer que pronto podría declarársele. Te puedes dar el lujo de retirarte a descansar porque ya tienes en tus manos al señor Hanks. ¿Qué te hizo cambiar de parecer, hija mía?

—¿De qué está hablando? —preguntó, alarmada, sin comprenderla.

—Entiendo que la casa es hermosa —continuó la marquesa que la oyó, mas no escuchó sus palabras—, con una pésima decoración, pero eso tiene arreglo. Sin embargo, solo de pensar que te marches a vivir lejos… se me parte el corazón. Tal vez en mi desesperación, porque no veía una salida para tu soltería, creí que casarte con un extranjero era una opción válida. Ahora que es un hecho palpable, siento cierta renuencia.

—Madre, yo no me voy a casar con Hanks.

—Él cree todo lo contrario. Me dijo que conversaron y que, te veías convencida y feliz.

—Ha habido una confusión terrible.

Trató de hacer memoria, traer al presente exactamente las palabras usadas.

Él preguntó: «¿Y esa petición qué significa? ¿Reconsiderará mi propuesta?».

Ella contestó: «Tal vez. Señor Hanks, le seré honesta. Uno se casa para toda la vida… Estudiaré los candidatos y elegiré al que, a futuro, me ofrezca estabilidad. Usted tiene razón, hay otros interesados».

—Hanks asegura que le diste esperanzas de una respuesta favorable. Y está ese dinero que ofrece… Volvió a proponérmelo. Hija, sabes que Julian jamás te lo pediría, pero lo necesita.

—¿Nunca sospechó del señor Hanks? —soltó de pronto y entonces fue su madre la que no entendió.

—¿A qué te refieres?

—La muerte de lady Regina.

—Los sospechosos son los cuatro caballeros malditos —repitió lo que estaba cansada de leer en *La Pluma Secreta*.

—El señor Hanks desapareció tras el suceso. Es extraño. Se incriminó al huir.

—Es un hombre respetable y aún no estaban comprometidos. Lord Barrington lo hubiese señalado si hubiese motivos para desconfiar de él. Viajó porque es alguien ocupado. Ha vuelto, eso lo exonera.

—Conocemos al conde Watford desde hace tiempo, amigo cercano del intachable duque de

Pemberton. También al marqués de Wild, y al conde de Warwick, sus respectivas familias gozan de prestigio en nuestra sociedad. En cuanto al conde escocés, fue favorecido por Su Majestad hace muy poco tiempo, el rey no le daría tierras y título a un asesino. ¿En serio cree que los caballeros son los culpables?

—Así como lo planteas me haces dudar. Me cuesta mucho situar en el papel de villano a alguno de los exponentes de la sociedad. Cada lord y cada lady se conducen con maneras tan educadas que no corresponden con la idea de rufián, homicida… Sin embargo, a lo largo de mi vida me he llevado sorpresas. No me engaño, sé que solo vemos las apariencias de estas personas, no sus corazones…

—Vaya, madre, no pudo haberlo dicho mejor.

—Por eso, cuando Hanks se acercó con la intención de comprometerse contigo, ignoré que no perteneciera a la aristocracia. Te daré la oportunidad en este baile de conquistar a otro de los caballeros que te han invitado a bailar y que con insistencia has rechazado una y otra vez. De lo contrario, me uniré a la petición de Hanks y le exigiré a tu hermano que te presione para desposarlo.

—Elegirá el lado equivocado.

—Algún día, cuando seas madre sabrás la tranquilidad que se siente en el momento en que una de tus hijas está comprometida.

***

La marquesa no se detuvo hasta que acudieron al baile. Lily lucía hermosa con un vestido rosado muy pálido, un recogido estupendo y unos aretes largos de oro. En su mente solo tenía a Mackay, ni siquiera sabía si tenía invitación. Pero rogó para sus adentros que así fuera. En medio de la vorágine de acontecimientos, poderlo ver al otro extremo de la pista supondría un alivio.

Encontrarse con lady Gellywen siempre era agradable, en ese tiempo se visitaron en varias ocasiones. Conversar con ella era muy revelador.

—Gracias por invitarnos al baile, Alexandra —le dijo en privado en cuanto tuvieron la oportunidad.

—Espero que todas tus dudas hayan sido aclaradas. Muero de curiosidad por saber quién es tu pretendiente secreto. —Lily le había revelado que alguien le simpatizaba—. Espero que no sea North, después de lo que te hizo no merece perdón alguno.

—¿Qué te ha hecho pensar que es North? —Una carcajada se le escapó.

—Lo digo por cómo te contempla y… —Alexandra no pudo terminar.

—¿Hay espacio para mí en su carné? —La voz de Henry la hizo sobresaltarse. Lucía elegante, con aquel traje negro como la noche hecho a la medida y una corbata blanca anudada a la perfección—. Lady Lily, lady Gellywen.

Esta última se despidió con una reverencia, negando con una sonrisa.

—Hoy no bailaré, milord —se limitó a contestarle. Él seguía desconcertándola. ¿Cómo se atrevía a tener el descaro de invitarla a bailar de nuevo, después de condenarla al fondo del salón de baile durante años?

—¿Por qué tan reticente? La última vez dimos un increíble espectáculo, milady. Las revistas de sociedad hablaron de nosotros en un par de ocasiones —refirió como si aquello, más que molestarle, le agradara.

—Lo que fue desastroso.

—A mí me encantó —le susurró con voz seductora y Lily dio dos pasos hacia atrás. Lo

observó llena de curiosidad. ¿Estaba coqueteando?

—Hay rumores…

—¿Sobre quién?

—Usted, milady —murmuró con voz sedosa.

Por el tono que él utilizó al sugerir que los cotilleos tenían en el ojo del huracán a alguien, lo primero que le vino a la mente fue que se trataba de ella. Tras esa confirmación no le quedó duda. ¿Habrían descubierto sus encuentros con Mackay? Si alguien los vio introducirse en la galería y permanecer tanto tiempo dentro estarían perdidos, sobre todo ella.

—Así es, bella lady Lily.

—No sé si deba preguntar al respecto. Tal vez sea desagradable lo que tengo que escuchar.

—Mucho. —Continuó usando escasas palabras, lo que tal vez obedecía a su discreción, pero a ella le acrecentaba la curiosidad de un modo asfixiante.

Lily palideció. Pensó en Susannah y sus otras hermanas. No se arrepentía del paso que dio con Mackay, pero se sentía responsable de perjudicar el futuro de su familia. Julian no le perdonaría hundirlos. Era válido amar a Mackay. Pero ¿por qué no siguió firme en su resolución inicial de aguardar hasta que las vicisitudes fueran vencidas?

Estuvo a punto de bajar la cabeza, pero recordó cuando Mackay le habló de su valentía. Respiró hondo, miró a Henry a los ojos y lo desafió:

—Hable.

—Oh, ya veo que tengo algo que le interesa. Usted tiene algo que deseo. No soy dado a los cotilleos, pero si le complace saber lo que comentan de usted, acépteme un vals y tendré el tiempo perfecto para contarle todo. —De nuevo el tono seductor, ¿qué pretendía? ¿Ya conocía que su reputación estaba arruinada y se estaba divirtiendo al restregárselo en la cara?

—Puedo averiguarlo por otros medios. Usted no es la única fuente de información. Me retiro, milord. Mi hermana me llama.

Susannah la observaba desde otro extremo del salón, tras terminar de bailar con un gallardo caballero.

—¿Me concederá una pieza? —insistió Henry.

—No, lord North, pero agradezco su intención de mantenerme… informada.

Cuando llegó hasta Susannah, esta tenía un brillo cómplice en la mirada. Lily creyó que se debía al interés por alguno de sus pretendientes. Pronto la sacó de su error.

—¿Lily, North te pretende?

—No.

—Ha sido galante contigo. Es tan apuesto. ¿Será que se arrepiente de su antiguo proceder y quiere conquistarte?

—Quería bailar y, como ya sabes, estoy exhausta. Solo vine para acompañarte y para no escuchar más la perorata de mamá.

—Hermana, quieres librarte del señor Hanks y no aprovechas lo que tienes delante de tus ojos. Si nuestra madre cree que el marqués de North quiere conquistarte, sacará de un puntapié a Hanks de nuestras vidas, para no verlo jamás.

—Cuida tu vocabulario.

—North representa la posibilidad de librarte del viejo insistente. —Susannah se lo hizo ver.

—No amo a North.

—Pero no sería difícil enamorarte de él.

Lily miró de reojo a su hermana, ¿le simpatizaba North? Ni siquiera habían bailado una sola vez. Estudió desde su sitio al caballero. Quizás Susannah tenía razón, ¿pero cómo bailar con

Henry podría contribuir a sus fines? Por un lado la repulsión por Hanks, por otro la necesidad de tiempo que tenía Mackay.

—En realidad, North solo quería advertirme de unos rumores que se han esparcido en el baile.

—Oh, sí. Es un hecho lamentable. Estaba por decírtelo.

—¿Tú sabes lo que se comenta?

—No han sido muy discretos al trasmitir la información.

Lily palideció.

—Por favor, habla.

—No sé de quién se trata, solo he escuchado lo que dicen sobre ella. Hay una joven que cayó en malos pasos. Se le vio a solas con un caballero de dudosa reputación. Murmuran que tras quedar atrapada en esa situación tan comprometedora su vida está completamente arruinada. Si el libertino que la ha seducido no se hace responsable de reparar el honor, ella caerá en desgracia y hundirá a toda su familia.

—¡Qué desdicha! —La aflicción se traslucía con total transparencia en el rostro de Lily.

—Sí, es lamentable. Pero no te angusties así. No sabemos de quién se trata.

—Podría ocurrirnos a cualquiera de nosotras. La sociedad es despiadada.

—A ti no, Lily, y a mí menos. Gracias a Dios somos tan sensatas. La señorita Hayes ha sido una bendición en nuestras vidas, con sus enseñanzas nos ha preparado para ser decorosas y no sucumbir ante los galanteos de un frívolo calavera.

Lily sintió que algo dentro de su corazón se encogía, a la par vio el rostro sonriente del señor Hanks dirigirse hasta ella, con la marquesa a su lado.

—El americano —susurró en dirección de su hermana—. Si logro librarme del asedio de ese hombre, no permitas que nuestra madre quiera casarlo contigo. Tienes muchos pretendientes y eres tan joven…

—Tranquila, mi madre tiene otros candidatos en la mira para mí. Creo que les resultan más interesantes que el señor Hanks. No tratará de endilgarme a tu pretendiente.

—¿Puedes hacer algo por mí?

—Lo que sea, hermana.

—Busca a lord North y dile esto… —le susurró al oído lo que podría ser su salvación.

Lily suspiró aliviada por saber que aquella estaba, por el momento, fuera de las garras de Hanks. Pero cuando todo explotara, cuando Amber supiera lo que se rumoreaba, tal vez ni siquiera ese hombre quedaría disponible para una Brownlow.

—Hija querida, aquí está el señor Hanks. Feliz de saber que tu pie está recuperado —anunció la marquesa.

Lily saludó amablemente al señor.

—¿Y Susannah? —preguntó la madre al ver que su otra hija desapareció en lo que caminaba hasta ellas.

—Se moría de sed, y ya está por comenzar el siguiente baile. Se acercó a la mesa de las bebidas para tomar una limonada.

—Yo necesito una copa de champán, los dejo a solas para que puedan conversar —musitó la marquesa con una sonrisa cómplice. Lily estuvo a punto de gritar. ¿Por qué la dejaba a solas con ese hombre?

—¿Me permite una pieza, milady? ¿Cuál tiene libre en su carné? —comenzó Hanks.

—Ninguna —se le escapó—. El siguiente vals se lo he obsequiado al marqués de North.

—¿North? —repitió preocupado, era un rival de cuidado—. ¿Le ha declarado sus

intenciones?

—Por favor, señor, no hablemos de temas tan delicados. Suelo ser muy discreta. —Suspiró y sintió que el agujero dentro de su pecho crecía. Al parecer Hanks desconocía de los rumores acerca de la vida perdida de Lily y Mackay, o no seguiría esperanzado en conducirla a bailar.

—¿Me conformaré con la que sea que esté disponible?

—No hay disponibles, yo…

—¿No reservó alguna para mí? Usted aceptó mi cortejo… Y, además, no solo le ha aceptado una pieza a North, sino que ha dedicado cada una a un diferente caballero.

—No sabía que usted vendría. ¿Se acuerda de lo que hablamos esta mañana?

—Que estudiaría a los candidatos y elegiría al que, a futuro, le ofreciera una vida estable. Pensé que se refería a mí, que yo sería el ganador… Usted fue muy clara.

—Señor Hanks, ¿me permite a la dama? —solicitó Henry estirando la mano en dirección a Lily—. Lamento interrumpirlos, pero ya va a comenzar nuestro vals. Salvo que no tenga intenciones de cumplir con lo que está escrito en su carné… Yo… me retiraría.

—Sería una descortesía de mi parte, lord North. Con su permiso, señor Hanks.

—Aguarde. Puede bailar con lord North —agregó con un tono de voz que se fue elevando cada vez más—. Pero, se disculpará con otro de los caballeros a los que prometió un baile. Hará espacio para mí en su carné.

—Señor, no permito que incomode a la dama —replicó North.

—Lo siento, señor Hanks, ya le he dicho que no hay sitio para usted —sostuvo Lily con voz firme.

—¿Eso qué significa? —El hombre ya no podía disimular su cólera.

—Que si me lo hubiese pedido usted antes con gusto le habría ofrecido un lugar. No sabía que estaba aquí esta noche. Las reglas de un baile son simples y debo cumplir con la etiqueta. La aristocracia es muy estricta con el protocolo. Rechazar a uno de los caballeros que ya están confirmados, se tomaría como una falta en mi proceder.

—Son reglas absurdas —se quejó Hanks, quien no lidiaba bien con las negativas. Quiso agregar algo más, pero los músicos comenzaron con el primer acorde.

—Sáqueme de aquí, por favor, North. Vayamos a la pista.

Mientras la melodía inundaba la estancia, Lily se dejó guiar por los brazos de Henry que danzaba con verdadera precisión. La mente de ella estaba embotada con los rumores que se esparcían sobre su persona, con la bomba que estaba a punto de explotar. Y sí, Mackay y ella no fueron muy cuidadosos. Cualquiera pudo haberlos visto.

—Gracias —musitó al fin.

—No tiene que agradecerme. Yo me ofrecí en primer lugar. Usted es hermosa, Lily. Quizás se beneficie más del cortejo de otro caballero, como yo, por ejemplo. —Fue directo al grano, y mientras bailaba la miró a los ojos esperando su reacción.

—Le exijo que deje de jugar con mis sentimientos como lo hizo en mi primera temporada. ¿Es cierto que solo fingió interés en cortejarme para que su madre dejara de atormentarlo con la idea del matrimonio, pero que sus intenciones distaban de ser verdaderas?

—Lady Lily… ¿Yo? ¿Dónde escuchó eso?

Ella no le aclaró que aquel supuesto de lady Gellywen se le hacía cada vez más probable.

—Solo alguien que tenga intenciones de sacar provecho de una falsedad, celebra que un *magazine* de cotilleos publique la historia de un romance inexistente. No le creo que después de tanto tiempo tenga interés en mí.

—Perdóneme. Es verdad que mi madre me tiene un poco asfixiado, y que ver que usted la

tiene en jaque me hizo mirarla con otros ojos.

—¿En jaque?

—No sé qué ocurrió entre mi madre y usted durante el último baile en la casa de campo de los Watford. Pero ha alegado una indisposición que no le ha permitido acudir a ningún otro evento social. Lo que es muy sospechoso, porque no ha llamado al médico ni una sola vez. Creo que al fin usted descubrió el modo de librarse de ella, y reconozco, que me gustan las mujeres valientes. No me atraen las ingenuas. Y usted ha florecido esta temporada, pero no como una tierna flor inglesa. Tiene un fuego en los ojos que resulta muy tentador. Me encantaría hacerle la corte y ver qué puede surgir más adelante.

—¿Y lo sigue considerando a pesar de los rumores? —inquirió aún más atónita.

—Sobre todo por los rumores. Ya le dije que me siento responsable de conducirla a los brazos de ese hombre tan burdo, de maneras tan poco educadas.

¿Se refería a Mackay? ¿Ese era el rumor que iba de boca en boca? ¿O qué quería decir? Pero estaba equivocado, Mackay no era burdo, ni poco educado. Era grande y tosco, pero podía controlar sus enormes piernas y brazos para ser delicado. Y podía suavizar su ruda voz para decir las palabras más tiernas que derretirían a la mujer más fría del mundo.

—¿A quién se refiere? —indagó decidida a no permitirle que se expresara así del hombre que amaba.

—Todos dicen que el señor Hanks ha quedado prendado de usted y que le ha hecho una propuesta. ¿Se le ha declarado?

—Sí, pero eso no significa nada…

—Por favor, milady, no soy quién para entrometerme en sus asuntos; pero ese hombre no solo es mayor en comparación con usted, es repugnante. También quiso casarse con lady Regina y todos sabemos cómo terminó.

—¿Sospecha de él?

Henry se alzó de hombros dejando espacio para la duda.

—No lo sé. Soy marqués, no investigador. Pero, considero que Hanks no es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Es esclavista y está muy interesado en competir con la alta sociedad londinense. ¿Sabe que ofreció un salario exorbitante a sirvientes de casas respetables solo para robarlos impunemente? Su mayordomo trabajaba para los Rochester. A nosotros nos quitó cuatro lacayos. Lo que desea lo toma, sobornando, comprando. El dinero es su arma más letal. Cuando descubrió que los sirvientes que conseguía no tenían el elevado nivel de sofisticación y clase que necesitaba, para que su casa no fuera el hazmerreír de la alta nobleza, comenzó a elegir piezas claves de las familias más prestigiosas.

—Solo se acercó a mí para hablarme de este asunto, ¿verdad? No para bailar conmigo. ¿Cree que por su desdén en el pasado, me he visto obligada a aceptar a Hanks? Se siente culpable —afirmó, perpleja. Después de todo, Henry no era tan frío. Tenía corazón.

—No quiero que muera.

—Interesante. Después de cómo su madre y usted me pisotearon.

—Estoy dispuesto a demostrar a su familia mi interés para que alejen al señor Hanks. Quizás así usted permanezca con vida.

—North, usted… es raro…

—Lo siento. Solo intento mantenerla viva. Me siento responsable de su desgracia. Quizás en esa ocasión que me pisó el pie y supe de los desafortunados cotilleos, no debí mantenerme al margen. Si la hubiese sacado a bailar una y otra vez, habría contribuido a disipar el manto de nebulosa que se cernió sobre su reputación de dos pies izquierdos.

—Pero no fue tan caritativo cuando fue necesario. —Se refirió al pasado.

—Jamás creí que algo tan simple escalara y cobrara tal magnitud. Reconozco que mi madre fue malvada. Fue un fastidio para mí. Pretendía ayudarla, milady, pero «la enorme boca de Londres» suele ser brutal. No supe cómo detenerla, hasta que el grandullón escocés, la sacó a bailar y vi los rostros asombrados de todos, admirándola. Entonces, tuve la idea, el baile era la solución para reparar lo que, justamente, en la pista inició.

—Lo hecho no puede cambiarse. No obstante, aprecio su actual intención. Con eso considérese absuelto. Ya no lo culparé más.

—No es suficiente. No puedo permitir que despose a ese hombre solo porque crea que no tiene otras opciones. Usted es bella, lady Lily, y dulce y agradable, alguien con quien merece la pena compartir la vida. No puedo permitir que termine en un matrimonio infeliz, menos que se arriesgue con ese hombre que podría ser un criminal.

—Gracias por sus esfuerzos por garantizar que yo siga… respirando.

La música terminó y ambos se detuvieron.

—¿Puedo ayudarla? ¿Lo considerará?

—Sé cuidarme sola, milord.

—Déjeme hacer algo por usted. Bailemos una segunda pieza, por favor, sospecho que su carné permanece en blanco y Hanks no cejará en su intento de llevarla a bailar.

—Bailar una segunda pieza con usted desatará otro tipo de rumores. Significaría que me pretende y que yo, le estoy dando esperanzas.

—Es preferible ese rumor al que circula de boca en boca —sugirió y Lily quedó tan pálida y fría como la última nevada que tiñó la campiña de la finca familiar.

—Bailemos, y dígame exactamente lo que ha escuchado. —Necesitaba saberlo todo.

Mientras lo hacían, él continuó:

—Todos hablan de que usted aceptó el cortejo del señor Hanks. El hombre ha especulado sobre las joyas que mandará a confeccionar para obsequiarle. Él le dijo a Hereford, este a Rochester y así, sucesivamente. ¿Es cierto que usted ha dado una respuesta favorable?

Lily recordó sus palabras en la casa del aludido: «Tal vez», pero no era una confirmación. Hanks había perdido los papeles o se las estaba ingeniando para presionarla. Por eso su desmedida ofuscación cuando ella le aseguró que no tenía espacio para él en su carné de baile.

—No me casaré con Hanks, es todo lo que necesita saber.

—¿Tampoco conmigo?

Y sin darse cuenta, la música comenzó y ellos seguían en la pista de baile, así que no tuvieron más remedio que volver a danzar.

—No tiene que ser el héroe de esta historia. Jamás aceptaría a un hombre aprovechándome de su sentimiento de culpa, menos si siente lástima por mí. Usted no me ama… Sigue teniendo la misma mirada de antaño, libertad, no ansía nada más por el momento. ¿Me equivoco? —inquirió mientras se dejaba guiar.

—No, estoy feliz disfrutando de mi soltería. Aún no deseo el matrimonio. Pienso que hay tiempo para cumplir con mis responsabilidades de casarme y engendrar herederos más adelante. Reconozco que de igual modo, adoro darle dolores de cabeza a mi madre o llevarle la contraria. No soporto que se quiera imponer o que intente gobernar mi vida. Y ella es tan insistente, me agota.

—Tampoco estoy interesada en usted. Deseo casarme por amor, y sé que lo haré algún día. Creo que podemos hacer las paces. Hemos sido sinceros los dos.

Estaban tan enfrascados en la conversación que, no eran conscientes de sus pies ejecutando

con destreza los pasos de aquel vals.

—Sin embargo, eso no cambia la opinión de su madre. También se rumorea que la marquesa la está forzando a casarse con él. ¿Y si fingimos un compromiso, solo lo suficiente para que lady Seymour descarte al americano? Sé que su madre me aprecia. Aplacaría los rumores, ahora mismo todos los presentes ya están imaginando sus futuras nupcias con Hanks. Lo podríamos cancelar cuando el hombre ya no esté interesado.

—Es una oferta muy tentadora, pero me veo en la necesidad de declinar. —No podía revelarle que amaba a otro hombre con una fuerza devastadora.

—¡Henry, suéltala! Tuve que venir en persona para cerciorarme de que lo que decían esos *magazines* es cierto. ¿Cómo puedes caer tan bajo? Con tantas damas hermosas y llenas de gracia que podrían ser tu compañera perfecta. —La voz de la duquesa de Brandon paralizó el baile. Las parejas dejaron de moverse y la música se fue apagando entre sonidos desafinados y sordos.

Henry tensó la mandíbula a punto de explotar. Pero su madre ya hacía un espectáculo por todos, decidió mantenerse sereno como un caballero.

—Madre —le susurró Henry en voz baja—. Váyase, por favor.

—¿Por qué? Porque doy un espectáculo —también murmuró—. Tengo secretos guardados de muchos de los presentes, no se atreverán a señalarme, nadie quiere poner sus barbas en remojo. Todos aplaudirán mi comportamiento, solo soy una madre que libra a su hijo de un mal matrimonio.

—¿De qué matrimonio está hablando? —indagó este apenas audible.

—¿Pretendes a lady Lily? He venido a abrirte los ojos antes de que le declares tus sentimientos. Ella… —Iba a soltar que tenía un romance con el conde de Mackay.

—Yo también conozco sus secretos, su excelencia. —Lily la interrumpió a tiempo, imitando su tono de voz. La miró desafiante—. No lo olvide…

Los susurros no llegaban hasta los oídos de los curiosos, que comenzaron a rodearlos, ávidos de escuchar de primera mano lo que estaba aconteciendo; antes de tener que conformarse con leerlo de las columnas de cotilleos.

La duquesa guardó silencio, pero ardía en ira. Henry escuchó las amenazas de Lily y bajó la cabeza, apenado.

—Madre, usted no tiene autoridad moral para exigirnos nada, ya conoce los rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó Lily, pero Henry enfrascado en contener a su madre, ignoró su pregunta y continuó. Los curiosos se acercaban todavía más, pero el trío en disputa bajaba y bajaba la voz.

—¿Acaso creía que iba a ser inmune, madre? —la retó Henry—. Lo sé todo. Agradezca que por ahora, son solo rumores, que no hay pruebas más contundentes. Y que la identidad del hombre no se ha hecho pública. Mi padre se está esforzando para contener lo que podría ser funesto para nuestra familia.

—No hay pruebas —repitió la duquesa.

—Usted sabe que, muchas veces, un rumor puede bastar —soltó Henry.

—¿Tu padre está enterado de que el asunto se ha salido de nuestro férreo control? —Chastity comenzó a inquietarse. Miró con odio a Lily. —Fue usted. —La duquesa dirigió sus reclamos a la joven—. Prometió guardar silencio, pero se ha dedicado a…

—Le pedí que no se ensañara conmigo. —Aprovechó Lily la acusación para desafiarla.

Recordó que lady Gellywen le dijo hacía algún tiempo, que contó lo escuchado en la biblioteca, a una sola persona. Tal vez desde esa fuente, el rumor se esparció con lentitud. Por eso la duquesa se refugió en su morada mientras desataba su ofensiva, temiendo represalias. Pero

Lily no era de las que clamaban venganza, de haberla conocido mejor, Chastity lo sabría. No aclaró que no era el origen del rumor del amorío de la duquesa. En ese punto de los acontecimientos, prefería que creyera lo contrario, porque Chastity se ensañó no solo con Mackay, también con Julian, y eso no podía permitirlo.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Henry, asombrado. Lily solo asintió—. Prepárese, madre. Quizás vengan tiempos peores.

—Creo que es mejor que me vaya, milord. No deseo continuar dando este espectáculo —decidió Lily y sin reverencias ni cortesías hacia la duquesa y su hijo, se dispuso a alejarse.

Henry tomó la mano de Lily y la detuvo, haciéndola detenerse. Depositó un beso sobre ella.

—Milady, espere escuchar noticias mías. Muy pronto visitaré su casa para solicitar formalmente su mano —agregó en voz alta. Lily entendió que lo hacía para aplacar a los invitados que como mercenarios querían sacar una tajada de la suculenta intriga.

—Espero exactamente lo mismo, lord North. —La marquesa de Seymour tenía la cara completamente roja, no podía disimular su enfado—. Su excelencia, tenga una estupenda noche —le dijo a Chastity que escuchaba las palabras de ambos, sin poder asimilarlas.

Las teorías sobre lo discutido entre la duquesa, su hijo y lady Lily comenzaron a surgir. Los anfitriones instaron a la orquesta a seguir tocando, para salvar la situación. Los lacayos con bandejas llenas de copas de rebosante champán circularon entre el gentío que seguía estático comentando lo sucedido.

Lily, en medio de su huida, con su madre y su hermana, vio a Hanks, quien no se movió de su posición, pero las seguía con la mirada. Su rostro reflejaba una fría y perversa calma.

Mientras se alejaban rumbo a la salida, Susannah llenaba de preguntas a su hermana mayor sobre lo que dialogó con la duquesa y su hijo.

—En la casa —ordenó la marquesa—. Espero que North cumpla su palabra o tu hermano tendrá que retarlo a duelo. Y Dios sabe lo doloroso que sería para mí.

—Madre —expresó Lily preocupada.

—No sé qué te traes con North, hija. Pero no me gusta.

—Nada, madre. Solo bailábamos y la duquesa perdió los estribos. Está loca, no hay otra explicación —replicó Lily que aún le parecía una pesadilla lo que acababa de ocurrir.

—En la casa hablaremos. Ahora es mejor guardar silencio. Hay muchos acechando —advirtió Amber.

—Creo que lady Vivianne —añadió Susannah para referirse a una de las debutantes que se presentaron ese año—, dejará de ser el centro de las murmuraciones.

—¿Lady Vivianne? —Lily no entendió la referencia. ¿Qué tenía que ver esa joven con lo que acababa de suceder.

—La señorita en desgracia de la que te hablé, la que fue sorprendida en una situación inapropiada con un calavera. Ya averigüé su nombre.

Lily suspiró aliviada, los rumores no se referían a Gaven y ella encerrados en el cuarto de la galería.

Capítulo 21

Los tres amigos y Céline estaban estupefactos escuchando cada palabra explicada por Mackay, sobre los documentos encontrados en posesión de Hanks. Esa noche la reunión era en la casa de Watford, en el comedor, en una sobremesa que se extendió más de lo esperado y Céline fue invitada a quedarse. Ya habían retirado el servicio y los caballeros disfrutaban de un coñac, mientras la dama bebía un oporto.

—Coincido en que es muy incriminatorio —afirmó Watford con una mano en la barbilla, mientras asimilaba todo lo escuchado, tal como los demás.

—¿Qué habrá sucedido entre Hanks y lady Regina después de que él recibiera esa carta? —Céline se llevó una mano al pecho al imaginar la forma en que la joven fue violentada.

—Creo que Hanks salió a confrontarla, quizás durante la fiesta y ahí perpetró los hechos —concluyó Warwick.

—Me preocupa Lily —continuó la condesa—. Asegura que Hanks no sabe nada, pero… ¿Si la descubrió, y solo está simulando lo contrario para atraparla después?

—Se me ocurre una idea —intervino Wild.

—Antes dinos si encontraste a Potter —solicitó Watford.

—De eso se trata —explicó el marqués—. Potter está trabajando como lacayo en la casa de Hanks. Hablamos, no pude explicarle quién soy, ni qué asunto nos atañe, pero le dije que se pagará una suma nada despreciable si se reúne conmigo, mañana mismo. Ha aceptado. Ofrezcámosle trabajar para nosotros. Sabemos dónde están los documentos y la llave. Podemos enviar al magistrado Bourne a hacer las indagaciones, para que encuentre a Hanks en posesión de las pruebas, como sugiere lady Lily, pero antes debemos pedirle a Potter que verifique que los papeles siguen donde fueron encontrados.

—Si las cartas y el acuerdo siguen en su sitio, al igual que la llave, significaría que Hanks no sospecha que Lily los encontró. ¿Es lo que pretendes decir? —preguntó Mackay convencido de que la idea era estupenda.

—Exacto —enfatizó Wild—. Una noche antes de que enviemos a Bourne.

—¿Lo reconociste? —preguntó Warwick—. ¿Es el mensajero que te entregó la nota?

—No. El mío lucía más macizo que este y su rostro era diferente —especificó Wild.

—Tu plan parece estupendo —comenzó Watford a renegar—. Sin embargo, Bourne nos detesta. Si sabe que la información proviene de nosotros, quizás no nos dé el suficiente crédito o haga algo estúpido que alerte a Hanks y este actúe rápido para desaparecer las pruebas. O lo que es peor, vuelva a huir. —Los otros tres caballeros se le quedaron viendo a Watford con los rostros contrariados, jamás decía improperios delante de su esposa. Y sí, ya estaba harto. Quizás por eso no mantuvo su mesura habitual.

—Buen punto, querido —concordó Céline, quien, además, le palmeó el hombro.

Wild, Mackay y Warwick se miraron entre sí. Cuando uno de ellos decía una palabra inadecuada, la condesa les recordaba cómo debían comportarse delante de una dama con su ingenioso estilo, y Watford los miraba con una ceja enarcada. En cambio, casi le aplaudió a su esposo segundos atrás. Desprendían tanto amor el uno por el otro, los tres los envidiaron secretamente.

Gaven no pudo evitar suspirar, pensando en Lily y agregó:

—Podemos enviar un anónimo con instrucciones claras.

—¿Te sucede algo, Mackay? —preguntó Warwick al notarlo cabizbajo. Él estuvo suspirando de forma similar, cuando su compromiso llegó al final.

—Hay varias cosas que no están bien conmigo —confesó con seriedad. Era el hombre fuerte, que no perdía la oportunidad de hacer una broma atrevida, pero no era indiferente al dolor y a la preocupación—. Quizás me he guardado algunas cosas que han estado ocurriendo conmigo, para ninguno es un secreto que siento interés por lady Lily…

—Jamás imaginé verte en esa posición —le dijo con complicidad Watford, los demás lo miraron con idéntica expresión—. Pero supongo que algo no marcha cómo esperabas.

Wild abandonó su silla, y se acercó a Gaven, le colocó una mano sobre el hombro en señal de apoyo. Fue testigo de cómo se puso fuera de sí cuando Lily entró en la casa de Hanks, a riesgo de quedar a su merced.

—Si estás preocupado porque el americano la pretende, no estás solo —enfatizó Watford —. No dejaremos que toque ni uno solo de los cabellos de tu…

—Prometida —confirmó Mackay—. Nos hemos comprometido en secreto. Pero no puedo sacarlo a la luz por culpa de mi pasado. Quizás debí tener un proceder más recto, mis correrías me están dando dolores de cabeza ahora. La duquesa de Brandon me tiene en sus manos.

—¿Se ha obsesionado contigo? —preguntó Warwick.

—No, eso es lo peor de todo. Me aseguró que no me ama, que jamás le entregará su corazón a nadie. Pero es una persona que no le gusta que le lleven la contraria. Odia a Lily, desde antes de conocerme, solo por el simple hecho de que North posó sus ojos en ella, y al saber que estamos juntos se ha ensañado con los dos. —Exhaló con fuerza. Se sentía bien contarles a sus amigos, más porque con el único que solía hacerlo era el conde de Draymond, y este, por ayudarlo, tuvo que volver a Escocia.

—¿Cómo te presiona la duquesa? —preguntó Céline de modo amigable, tuteándolo, porque lo veía tan abatido, que quiso brindarle un trato más cercano. Watford estuvo de acuerdo con su esposa, y le tomó la mano en señal de aprobación ante su iniciativa.

—¿Me permite tutearla también? —pidió sintiéndose en confianza. Warwick y Wild no se quedaron atrás, y reclamaron un trato similar.

—Por supuesto —aceptó—, creo que me he ganado un puesto también como amiga de cada uno de ustedes.

Mackay les contó todo, el préstamo a Julian, la venta fallida de los diez caballos justo cuando había hecho una fuerte inversión en el nuevo centro de crianza, pero no sabía cómo iba a hablar de lo más delicado sin ofenderlos, eran ingleses.

—Supe que su excelencia, la duquesa de Brandon, ha caído de la gracia del rey. —Comentó Wild que siempre estaba al tanto de los cotilleos de palacio, gracias a su madre que sentía fascinación por la realeza—. Escuché que ha comenzado a correr un rumor, murmuran que tiene un amante. Algo devastador para ella. Sin embargo, carece de una fuente creíble, no se sabe de dónde surgió el murmullo. Nadie afirma en primera persona haberla visto. Y del supuesto amante nadie conoce la identidad.

—Lady Gellywen nos escuchó, pero solo reconoció a la duquesa. Desde entonces no hemos vuelto a hablar, bastará que crucemos unas palabras para que caiga en cuenta de que soy yo el otro implicado, tal vez… Pero eso ahora no me preocupa —aclaró Gaven.

—Pues debería —terció Watford—. Tendrías que batirte a duelo con Brandon, si tu nombre queda al descubierto.

—El duque y yo hemos negociado, no está interesado en darme un escarmiento.

—Pero eso podría cambiar si su reputación se ve dañada —atajó Warwick.

—Ahora ese es el menor de mis problemas —insistió.

—Supongo que salvar de la ruina a la familia de lady Lily te preocupa más —intervino

Wild—. Tal vez, entre todos, podamos prestarle algo de dinero... a lord Seymour para que termine su relación contractual con la duquesa.

—Seymour es orgulloso. Lily me ha asegurado que no lo aceptaría. Salvo que yo fuese su cuñado.

—Cásate con ella y ya serán familia. Entre todos reunimos el monto —le hizo ver Watford.

—No es tan simple. He movido cielos y montañas, pero he vendido tantos caballos como he podido para reunir una cantidad considerable, que me ayude a paliar esta situación. Incluso, algunos de los que no quería deshacerme. Mi amigo, el conde de Draymond, volvió a Escocia, precisamente para ayudarme a preparar el embarque. Los caballos ya están en Londres y los negocios están marchando. También estipulé la venta de las tierras donde tengo las actuales cuadras, una vez que traslade mis animales a Kent, ya no necesitaré esos terrenos.

—Debes darte prisa —sugirió Warwick—. Otro escándalo sobre tu persona podría afectar esos tratos.

—Lo sé.

—No debiste callar todo lo que te estaba ocurriendo, Mackay. Somos tus amigos —lo sermoneó Watford.

—Hay algo que no me cierra —negó suspicaz Wild—. ¿Por qué la duquesa tiene tanto poder sobre ti?

—Hay algo más —percibió Céline—. Es evidente que mueres por desposar a Lily, y aún no lo has hecho.

—Tenía trece años, y la prosperidad en mis tierras no era la misma que ahora. El anterior monarca, y otros antes de él, siempre favorecieron a mis vecinos, los Sutherland. Y muchos otros caudillos escoceses de las Highlands que otrora fueron reconocidos como *lairds*, terratenientes, debían conformarse con acatar las imposiciones de Inglaterra, que nos recordaba nuestra inferioridad. En sus tiempos, mi abuelo siempre apoyó a la Corona de Inglaterra, y eso me hacía hervir la sangre. Más porque, a pesar de ello, nos era muy difícil poder prosperar. Hubiera sentido más orgullo si se hubiese opuesto como otros caudillos, pero él decidió apoyar al monarca inglés en contra de su gente… Crecí odiando esa parte de nuestra historia, en cuanto pude descubrirlo. —Al ver los rostros de sus amigos no terminó.

El silencio se cernió como un manto de terror. Nadie quería verse involucrado en palabras que pudiesen ser consideradas de alta traición.

—¿Qué intentas decir, Mackay? —preguntó Wild—. Suena muy peligroso, incluso para mí.

—Tenía trece años —reiteró.

—Incluso ahora, no pareces muy convencido —insistió Warwick.

—Esas ideas fueron quedando en el pasado, cuando en Eton tuve que convivir más y más con los ingleses —siguió Gaven—. A los que se burlaban de mi aspecto, mi forma de hablar, o de vestirme les di su merecido y jamás se atrevieron a volver a molestarme. Pero también pasé momentos entrañables con otros, reí y lloré. Crecí y entendí que debía vivir mi vida. Comprendí que los odios antiguos debían quedar enterrados. Mi padre reforzó en mí la idea del perdón, de la paz.

—Continúa —pidió Watford mirando a todos, los que asintieron apoyándolo—. Ninguno va a juzgarte. Tu lealtad a la Corona ha quedado demostrada, salvaste a Su Majestad. Alguien que no fuera leal no habría arriesgado su vida por él. Y muchos de los tuyos cayeron como los nuestros en la guerra contra Napoleón.

—Lo salvé porque estaba en el lugar y la hora equivocados y porque es un ser humano —

se sinceró—. Tampoco es un acto heroico como algunos se empeñan en ver.

—Pues no lo rebatas —terció Warwick.

—Aprecio que no me juzguen por…

—¿Sentir arraigo a tu tierra, a tu gente, a tus raíces? Por Dios, Mackay… Hay ingleses que no darían su vida por mí —reconoció Wild.

—Yo no daría la mía por muchos pares del reino —confesó Warwick—, pero por un amigo como tú, escocés, es diferente.

—En esa época me gustaba escribir. Poseía un cuaderno, una especie de libro… Tenía mucho tiempo libre… El texto es un manifiesto en defensa de los escoceses en oposición a los derechos que les fueron arrebatados. *Och*, la ortografía deja mucho que desear, no sé qué me afectaría más, que me juzguen por la letra en forma de garabato o por las erratas —bromeó. Mackay no podía dejar de lado su esencia, aunque estuviera afligido.

—No imagino qué tan letal puede ser la pluma de un jovencito de trece años —apuntó Céline con sorna.

—Algo inocente que despertó en mí durante los primeros años de juventud. Luego, con el paso del tiempo, centré mis anhelos en apoyar a mi gente de otras formas, porque me convencí de que, la guerra sería la única forma de liberar a los escoceses, y las guerras nunca traían nada bueno. Jamás me deshice del cuaderno, era como un recordatorio de mis ideas… Me recordaba que, podía encontrar otras formas de traer prosperidad para mi gente. Al principio renegué mi escaño en el Parlamento, ahora entiendo que puedo luchar desde ese bastión, de la mano de la legalidad y el razonamiento.

—Y su excelencia… lo encontró —concluyó Warwick—. En sus manos hasta el recibo del pago de los servicios de un sastre podría ser letal.

—¿Cómo piensas recuperarlo? —preguntó Céline.

Cobbins interrumpió la conversación. El mayordomo trató de detenerlo, y terminaron enzarzados en una pequeña discusión.

—¿Cómo se atreve a interrumpir a su señoría? —lo reprendió el sirviente.

—Milord, es urgente —informó Cobbins con los ojos muy abiertos.

—Déjelo entrar y retírese —ordenó Watford.

—Foster está aquí —informó el secretario.

—¿En mi casa? —inquirió el conde sorprendido.

—Lo escondí en las cuadras. Le están dando caza como a un perro. Perdón, milady —se disculpó por su vocabulario delante de la dama—. Recibió una nota asegurándole que a todos los que han soltado la lengua les llegará la justicia. Supongo que se referían también a mí.

—Llévalo a mi estudio. Nos reuniremos en breve con ustedes. —Después se volvió a su esposa—. Ve a descansar, querida. Es mejor que te mantengas apartada de esto.

Todos se levantaron cuando Céline se puso de pie, y se adelantaron para dejarlos desearse buenas noches a solas.

***

Cuando Watford arribó al estudio, los mensajeros aún no habían llegado.

—¿Y Cobbins y Foster? —preguntó.

—Seguimos aguardando —contestó Wild.

—Se están tardando demasiado. ¿No creen?

—Voy a buscarlos. —Mackay tomó la iniciativa.

—Te acompaño —propuso Warwick.

Se apresuraron y abandonaron la casa por la puerta del servicio, los escasos sirvientes que seguían despiertos, los miraron asombrados, pero no se atrevieron a dirigirles la palabra.

Tras abandonar la puerta, vieron a un Cobbins aterrado correr en dirección al interior de la casa.

—¿Qué sucede? —lo detuvo Mackay sujetándolo para que no huyera.

—Lo encontraron, lo encontraron aquí. Lo cazaron como si fuese un animal. Foster no debía abrir la boca y yo tampoco. Soy el siguiente. ¡También vendrán por mí!

—¡Explícate, por todos los cielos! —exigió Warwick.

—Hay unos hombres en los establos, creo que lo mataron. Están armados con cuchillos —soltó Cobbins sin intenciones de volver para ayudar a su amigo, ya no lo creía con vida.

—Avisa al conde de Watford. Iré a ver qué sucede. —Mackay desenfundó su pistola, y se dirigió a los establos con paso sigiloso.

—Vamos —instó Warwick.

Cobbins estaba en lo cierto, dos hombres vestidos de negro y con los rostros parcialmente cubiertos, como si fuesen salteadores de caminos, abandonaron las caballerizas.

Mackay los apuntó con la pistola. Cuando los agresores vieron el arma con que los amenazaban, lo esquivaron con destreza y se dieron a la fuga.

—Ve con Foster —sugirió el escocés decidido a seguirlos y capturar al menos a uno. Necesitaban interrogarlo, seguramente sabían más que Foster y Cobbins.

Warwick asintió y fue a ayudar al herido. Encontró un charco de sangre en el suelo donde estaba tirado el hombre. Se arrodilló a su lado y buscó sus signos vitales. Exhaló al darse cuenta de que, aunque permanecía inconsciente, aún estaba con vida.

—¡Mackay! —gritó Warwick indeciso entre auxiliar a Foster que se desangraba o ayudar a su amigo, que parecía decidido a atrapar a los criminales, sin importarle los riesgos.

Gaven obedeció a su instinto de cazador, corrió detrás de los malhechores con la intención de atrapar a alguno, pero eran rápidos y sigilosos como linces que se deslizaban en las sombras de la noche. Treparon con presteza los muros que bordeaban la residencia y dejó de verlos.

—¡Maldición! —gritó enfurecido ante la posibilidad de perderlos.

Sin meditarlo, también escaló el elevado muro con la misma destreza que los criminales. Mientras saltaba y aterrizaba sobre sus fuertes pies, lamentó no haber tenido tiempo para ir por su caballo. Las calles ya estaban desiertas a esa hora de la noche, y la oscuridad amenazaba con tragarse a los hábiles secuaces de Smith. Eran rápidos, pero él les marcaba el paso de manera constante. Tres cuadras después, percibió una berlina sin escudo, que permanecía detenida. Se temió que era la vía de escape. El primero de los hombres se introdujo veloz, e instó al cochero a ponerse en marcha en cuanto el segundo también se subiera.

Mackay le apuntó con la intención de asestarle un disparo en la pierna, pero decidió no apretar el gatillo, el blanco era ágil y escurridizo. Siguió corriendo a toda velocidad, y antes de que el otro asaltante, también se perdiera dentro del carruaje, se abalanzó sobre él derribándolo de un contundente golpe. El hombre era tan alto y fuerte como Mackay y se incorporó con rapidez. Volvió al ataque. Se enzarzaron en una lucha de puñetazos en los rostros y las costillas. Hasta que Mackay logró derribarlo de un empujón y encañonarlo en la frente.

—¡Quieto o disparo! —No quería matarlo. Su intención era capturarlo para llevarlo de regreso a la casa con el propósito de interrogarlo, y después entregárselo a las autoridades.

El hombre dejó de moverse, y justo cuando lo agarró por una de las solapas para elevarlo, sintió el acecho del segundo adversario por la espalda, quien no tardó en bajar del coche para

socorrer a su cómplice. Gaven recibió un puñetazo a traición. Aguantó el ramalazo en las costillas, y soltando al primer individuo que rebotó sobre los adoquines, apuntó contra el otro atacante.

En breve, estaba en guardia, sin quitarle la vista a sus agresores. El corte frío y filoso de un cuchillo laceró uno de sus costados. Un tercero se había unido a la refriega: el cochero. Mackay tuvo la agilidad suficiente para detenerlo antes de que la lesión fuera más profunda. Lo desarmó de una patada, y después le dio un golpe que lo hizo tambalearse hasta caer inconsciente.

Antes de que los otros dos arremetieran contra él, pensó rápido en cómo dejarlos fuera de combate. Estaba resuelto a subirse a uno en el hombro para conducirlo a la casa de Watford. Asestó un puñetazo en el rostro del primero, y este terminó en el suelo, confundido. Sonrió con malicia saboreando su triunfo. Alzó la pistola para dispararle al segundo. Y entonces, una daga que no vio venir voló por el aire hiriendo la mano donde sostenía el arma, la que terminó en el suelo. La sangre comenzó a emanar de su palma ensangrentada.

Un cuarto hombre, también enmascarado, apareció frente a él. Su complexión obedecía a la de Hanks, alto y delgado. Pero no estaba seguro. Los ojos eran similares, azules y pequeños… Sin embargo, la máscara cumplía su función a la perfección, ocultando la identidad del canalla. Un escalofrío le subió por la espina dorsal, ese era el señor Smith, estaba seguro. ¡Lo tenía! ¡Lo tenía! «Piensa rápido, Mackay», se ordenó.

El hombre sacó una pistola y le apuntó a la frente, no habló, pero su mirada era lo suficientemente amenazante como para indicar que bastaría un movimiento en falso para matarlo allí mismo. Los otros dos, lentamente por los golpes recibidos, subieron al cochero al interior del carruaje y treparon al pescante. Uno tomó las riendas.

Los gritos de los amigos de Gaven, anunciando que estaban a punto de arribar, hicieron a Smith desistir de disparar y se apresuró a la berlina.

Mientras se alejaban, Mackay se movió con rapidez para recuperar su pistola, apuntó a Smith y disparó, pero la bala no asestó en el blanco. La oscuridad y la distancia lo hicieron imposible. Los hombres desaparecieron ante la impotencia despiadada que recorría al escocés.

Wild y Warwick aparecieron cuando el vehículo se perdía a toda velocidad de su campo visual. Demasiado lejos para tener una posibilidad de alcanzarlos si regresaban por los caballos con la intención de perseguirlos.

—¿Cómo está Foster? —preguntó Mackay a sus amigos, que también venían armados y guardaron sus pistolas al darse cuenta de que ya había pasado el peligro.

—Estás sangrando —le advirtió Wild.

—Eran cuatro hombres… ¡Demonios! —masculló Mackay—. ¡¿Cómo dejé que se escaparan?!

—Tranquilo, Mackay. Es mejor que volvamos. Debes atenderte esa lesión —sugirió Warwick, mirando la mano chorreante.

—Eran tres y tenía la situación controlada. Casi logro desmayarlos, subirlos a la berlina y llevarlos a la casa de Watford.

—¿Mackay, también tienes una herida en el torso? — Con la preocupación reflejada en el rostro, Wild percibió la humedad en la chaqueta negra de su amigo. Más, porque el escocés no emitía ni una queja con respecto a sus lesiones.

La furia de Mackay se traslucía en sus ojos, era más potente que su dolor.

—Debí haberte seguido, pero Foster me necesitaba —masculló Warwick.

—El líder… Estoy seguro de que era el señor Smith… ¿Hanks? Podría ser Hanks. Debo advertirle a Lily que se mantenga alejada de ese perverso. —Tensó la mandíbula. Su rostro se

veía feroz—. Si descubro que es Hanks le retorceré el cuello con mis propias manos.

—¡Nos vamos ahora! —ordenó Wild muy enérgico, decidido a que las heridas de su amigo fueran atendidas, o Mackay se impondría y terminaría dándole poca importancia a su salud.

—Aprovechemos que el doctor aún está en la casa, vino para atender a Foster —recomendó Warwick.

Mackay aceptó poco convencido, se llevó la mano sana al costado y la palma se tiñó de rojo, notó que la tela tenía un corte con bordes simétricos.

—Vamos —accedió a regañadientes, tuvo que reconocer que el infeliz villano se le escapó entre los dedos—. Al menos ya pude medirme de frente con nuestro enemigo, aunque no logré quitarle la máscara. Es más astuto y siniestro de lo que nos temíamos. Tendremos que ser más cuidadosos, sabe quiénes somos y que estamos tras su pista. No se quedará de brazos cruzados.

Capítulo 22

La señorita Hayes le avisó a Lily que lord North había arribado y que su madre la mandó a llamar para que se reuniera con ellos en el salón del té. Esa mañana se levantaron más temprano de lo que acostumbraban al trasnochar, pero Amber fue tajante con el marqués y este cumplió su palabra. Lily y él dieron mucho de qué hablar durante la velada, la reputación de su hija estaba en juego, así como la de toda su familia.

Cuando Lily se acercó a ellos, North se puso de pie con rostro de penitente. Amber no podía salir de su estupor, mientras leía el *magazine* que este trajo consigo.

—Lady Lily —la saludó Henry con solemnidad.

—Lord North, madre —agregó con cortesía y tomó asiento.

—Dada la gravedad del asunto que lo trae y la remembranza de este, ¿por qué no lo han acompañado sus progenitores? —inquirió la marquesa.

—Mi madre… Bueno, ya conoce su opinión. En cuanto a mi padre, su excelencia confía en que actuaré conforme a lo que se espera de mí. Respeta las decisiones que tomaré en consecuencia, como corresponde a un hombre adulto en plena capacidad de sus facultades mentales. En otras palabras, no importa lo que digan mis padres, la elección es mía —aclaró Henry.

—Pero, ¿el duque está de acuerdo con lo que ha venido a plantearme? —insistió la marquesa.

—Por completo —afirmó el hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó Lily para estar al tanto de los acontecimientos.

—*La Pluma Secreta* no tardó en sacar provecho del suculento cotilleo. Estamos en boca de todo Londres. ¿Saben lo que eso significa? —inquirió con un tono amenazante la marquesa, con las manos, todavía, sosteniendo el escrito.

Henry se limitó a asentir.

—La gente habla de lo que desconoce. North y yo solo bailábamos. Su excelencia —dijo para referirse a la duquesa de Brandon—, debe haber tenido un colapso nervioso. Es evidente que mi persona le disgusta, al punto de que arribó al baile, convencida de que North y yo estábamos en pleno cortejo, lo que ni por asomo es cierto.

—No, exactamente —terció North…

—Más lamentable aún —intervino la marquesa, interrumpiendo a Henry.

—Milady… —Trató de hablar el lord.

—He preguntado si saben lo que significa y ninguno ha respondido. Siento ser un poco cortante, milord. Pero debe entender que me corresponde velar por la reputación de mi familia, ahora que mi hijo está fuera de Londres. Quién, por cierto, ya sabe lo ocurrido y volverá a la brevedad posible para ocuparse de este asunto.

—Entiendo —continuó Henry—. Precisamente, intento decir que…

—Madre, ¿dio aviso a Julian? Pero ¡qué vergüenza! No puedo distanciarlo de sus ocupaciones por cuestiones que…

—Desde anoche mismo. Tu hermano llegará de un momento a otro. Lee, hija mía. Después me dirás si este inesperado incidente no requiere una solución de emergencia.

SORPRENDENTE GIRO EN ESTA HISTORIA DE AMOR
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
2 de marzo de 1821

¿Qué llevó a tan renombrada duquesa a abandonar su intrigante encierro para acudir al baile de los Gellywen, cuando ya había rechazado la invitación? Dicen nuestras fuentes, que lord North, dio aviso de sus propósitos, con el corazón nutrido de ese potente sentimiento, llamado amor. Se ha liberado, por fin, de la presión que su progenitora ha ejercido sobre él durante estos años. El caballero le aseguró que esa noche declararía sus afectos a la solterona, que no ha podido borrar de su mente.

Todos los vieron brillar en el baile de los Watford, y si eso no es amor, entonces este servidor no sabe nada de la vida.

Dicen que el hermano indignado, en defensa del honor, ha retado a duelo a quien ha ofendido a la dama bajo su protección. Sabemos que el pretendiente, es un fiel defensor de la ley y la justicia, y no caerá ante tal provocación, más tomando en cuenta que, sus deseos de desposar a la joven causaron este lamentable escándalo.

¿La duquesa retirará la ofensiva y aceptará que su hijo ya no puede continuar escondido bajo su falda? ¿Dará el beneplácito a ese romance añejo que ha perpetuado la soltería de los dos enamorados?

¿Futura marquesa o víctima otra vez del abandono? Lo que sea que suceda, será determinante para la pobre solterona, su ego y su reputación no soportarán otro rechazo de conocimiento social.

Tic, tac, tic, tac. Estaremos atentos a las próximas amonestaciones que tengan lugar en las parroquias a las que acude ese atormentado par, quizás así develemos el misterio antes de que se decidan a hacer oficial el compromiso.

—Es terrible. Hablan, incluso, de Julian, quien ni siquiera ha llegado a Londres y no ha tenido oportunidad de pronunciar una palabra al respecto. —Un pensamiento se apoderó de su cabeza. Mackay iba a sentirse lastimado en cuanto lo supiera. Tenía que escribirle con urgencia o propiciar un encuentro para desmentir semejante embuste. Debía explicarle que era un error, una confusión, que aquello no tenía fundamento alguno—. ¿Cómo se atreven a jugar así con nuestras vidas? Me disculpo ahora, no puedo continuar participando de la reunión. Olvidé por completo que lady Watford me invitó a tomar el té y debo prepararme.

—Pero si lo que está próximo en este momento es la hora del almuerzo —interpeló la marquesa.

—Eso… Eso… —emitió confundida—. Me invitó a almorzar. La señorita Hayes se ha ofrecido a acompañarme.

—Lady Seymour, lady Lily, no todo lo que dice el escrito es una invención —añadió Henry, intentando esclarecer por qué su madre acudió en ese estado al baile.

—¿Usted ama a mi hija? ¿Es eso lo que desea explicar? —inquirió la marquesa abruptamente, su corazón ya no podía aguantar tanto sobresalto.

—Es verdad que desafié a mi madre… Supongo que alguno de los sirvientes nos escuchó y habló de más… En fin, la afronté porque tengo la intención de hacer lo correcto… Aunque no lo definiría como amor… Sería algo precipitado, sin embargo...

—Han pasado años… —renegó la marquesa quien, al igual que resto de Londres, también había comenzado a fantasear con la fallida historia de amor prohibido como resultado de la oposición de la duquesa.

—Me siento responsable del sufrimiento que debió padecer lady Lily a causa del acoso de mi madre y sus adeptas… —agregó Henry para referirse a otras damas que replicaban los rumores iniciados por Chastity—. Por eso, discutimos esa noche. Le dije que iba a poner remedio a la situación de una vez por todas.

—¿Entonces desea desposar a mi hija por lástima? —La marquesa se tapó la boca con la palma de su mano, tras emitir tan desafortunado comentario. A Lily casi se le caen los colores del rostro de tanta vergüenza, pero su madre puso el nombre correcto a lo que estaba sucediendo.

—No, precisamente, estoy en edad de casarme y a mi vida no ha llegado el amor. Lady Lily es hermosa, valiente, y confío en que podrá desempeñarse por encima de las expectativas de mi progenitora. Tiene esa fortaleza en la mirada que me garantiza que será una buena compañera

y una excelente madre para mis hijos. Para mí es suficiente…

—Agradecemos su sinceridad, milord —comunicó Amber—. En nuestras circunstancias, creo que sería un trato justo. Después del espectáculo que su excelencia dio anoche, con todo respeto, ya no podemos considerar otras opciones. La revista lo ha dicho con precisión, la reputación de mi hija, y me permito agregar, la de mi familia, no soportará que Lily permanezca soltera una temporada más.

—Madre, aguarde… North, también agradezco sus intenciones, pero no es suficiente para mí.

—¿Qué más deseas de la vida, hija? —preguntó estupefacta la marquesa—. Es una alternativa muy interesante. El caballero tiene una edad cercana a la tuya, vive en Londres, posee un título, es respetuoso y posee honor. De lo contrario, no estaría dando un paso tan importante.

—Solo me casaré por amor —concluyó Lily ante la cara de desesperación de la madre, que no sabía cómo hacerla reaccionar, para que comprendiese su delicada situación.

Henry se puso de pie y con un aire solemne y ceremonioso hincó la rodilla en el suelo, justo frente a donde Lily permanecía sentada. Ella se quedó perpleja, sin saber qué hacer para que el noble abortara la petición.

—Lady Lily, su requisito me confirma que es usted la indicada. Pondré todo de mi parte para amarla.

—El amor no es un talento o una habilidad que podemos perfeccionar si nos esforzamos —objetó la joven.

—Pero es un compromiso al que uno decide adherirse, y por el que se puede trabajar —aportó él.

—No lo refuto, milord —continuó ella—. Pero esa aseveración tendría lugar en dos personas que, simpatizan, se atraen y deciden comprometerse para que su relación prospere. No sucederá con quienes no sienten amor el uno por el otro. Y menos, si pretenden que el afecto crezca solo porque se respetan, y desean poner todo su empeño para que la pareja funcione.

—¡Lily! —amonestó la marquesa—. Perdone usted a mi hija, milord.

—No hay nada que disculpar —comentó él.

—Creo que lo más conveniente es no tomar una decisión apresurada, volvamos a reunirnos cuando mi hijo, lord Seymour, esté de regreso. Como cabeza de familia debe estar enterado de lo que está sucediendo. Y solo a él le corresponde establecer con usted las negociaciones. Ahora si me permite, milord, debo hablar con mi hija. Como entenderá, este nuevo escenario nos ha tomado por sorpresa y estamos muy ofuscadas, lo que no nos permite pensar con claridad. Agradezco su gentileza y su sentido del honor. Después de lo que su madre hizo en el baile, no encarar las consecuencias, no solo nos haría víctimas de las habladurías, podría ser funesto para toda mi familia.

Henry se puso de pie. No se veía decepcionado, entendía que los sucesos los sacudieron abruptamente y que había mucho que negociar todavía. Después de todo, que Lily se defendiera poniendo en alto su dignidad hizo que la admirara más como persona.

En cuanto abandonó el salón, Lily también se levantó.

—No saldrás. Tendrás que declinar tu invitación al… almuerzo —exigió la marquesa.

—¿Por qué?

—¿Te parece poca justificación el hecho de estar en medio de los rumores que circulan ahora mismo? Estarás protegida aquí en la casa. Ninguna de nosotras saldremos hoy, hasta que lleguemos a un acuerdo con North y tu hermano se encuentre en Londres. Comprende que no podemos arriesgarnos.

—Tomaré precauciones. Céline es mi amiga, entienda que mi vida se está desmoronando. Necesito conversar con una aliada y solicitar sus consejos —persistió, estaba decidida a continuar hasta que, por cansancio o fastidio, Amber la dejara salir. Era la única forma que tenía de escabullirse y propiciar un encuentro con Gaven.

—En ese caso, escríbele y que venga a visitarte. Pero, mientras yo respire, no abandonarás esta casa ni arriesgarás más el futuro de tus hermanos.

Capítulo 23

Cuando Mackay abrió los ojos sintió el dolor en su costado, y el ardor que recorría la palma de su mano. Solo hizo un gesto de fastidio. Consideró que sus amigos exageraron la noche anterior, al igual que el doctor. Peor le tocó a Foster, iría a verlo de inmediato, después de llenar su estómago. Se moría de hambre y a esas horas, ya estarían preparando el comedor.

Descubrió a James Harrison, su ayuda de cámara acomodando los afeites para su aseo matinal. Gaven se sentó en la cama con la intención de abandonar el lecho.

—Milord, ¿qué cree que hace? —preguntó el hombre.

—Bajaré a desayunar. Hasta aquí me llega el olor de las costillas que está guisando la cocinera.

—Reconozco que tiene buen olfato. Ya es mediodía, usted durmió más de diez horas seguidas. La cocinera preparó algo apetitoso para cuando despertase.

Mackay, preocupado por el tiempo desperdiciado en la cama, se puso de pie de un brinco.

—¿Acaso es usted un bárbaro? —Harrison lo miraba como si la gravedad de sus heridas ameritara permanecer acostado una larga temporada.

—Jimmy, no todos somos tan debiluchos. Tal vez usted quede incapacitado tras una lesión así, son solo rasguños. Ni siquiera necesité puntadas en la mano, una gasa fue suficiente.

—¿Y qué me dice de su costado?

Mackay levantó la tela de su camisa, se arrancó la venda y observó el hilo que le atravesaba la piel.

—Tuve suerte de que el atacante no me clavara el cuchillo y decidiera cortar a lo largo, de lo contrario, pudo ser mucho peor —arguyó con el entrecejo arrugado—. No hay ningún órgano perforado.

—Las damas Luddesdown arribaron hoy muy temprano, ya están al corriente de su situación —notificó—. Lamentan no poder tomar el almuerzo con usted.

—Pero no me quedaré encerrado en el dormitorio. Sí, las acompañaré —persistió y vio a Harrison hacer una mueca por su negativa a guardar reposo—. ¿Qué les dijeron sobre mi salud?

—Lo que nos informó, que lo atacaron ladrones.

—No debe angustiar a las mujeres con esas historias. Bastante tienen con sus preocupaciones.

Terminó de asearse y vestirse con la ayuda de Harrison, y con paso firme bajó los escalones rumbo al comedor. Quería volver cuanto antes a la casa de Watford para pedir informes de la salud de Foster y saber si había recuperado el conocimiento. Necesitaban que hablara, para descubrir el detonante de la persecución encabezada por el señor Smith. Dedujo que, mandaron a matar al mensajero, por lo que Cobbins, e incluso ellos, también corrían peligro.

Cada segundo estaba más convencido de que Hanks era el canalla con quien se encontró frente a frente. Solo necesitaba volver a reunirse con el americano, precisaba mirarlo a los ojos y constatar que se trataba de la misma persona.

Cuando bajó y ocupó su lugar en la mesa, las damas leían un *magazine*, mientras esperaban ser atendidas por el servicio.

—Lady Luddesdown, abuela Luddesdown —las saludó, aunque la segunda no ocultó su refunfuño por esa forma de referirse a ella. En ocasiones lo toleraba, cuando había un interés de por medio, en otras lo regañaba; pero Mackay no le daba la menor importancia.

—Lord Mackay, creímos que estaría en cama tras los sucesos. Es una pena que lo hayan asaltado. ¿Le robaron algo de valor? —comenzó Ambrosine.

—Por fortuna no, lady Luddesdown.

Los lacayos entraron portando bandejas bien abastecidas con carnes, huevos y pescados, así como patatas y ensaladas. El estómago de Mackay rugió hambriento. Decidió dejar la conversación de lado y atacar la comida de su plato.

—Pensé que un gigante como usted alejaría a los ladrones solo con su presencia —renegó Winnifred, colocando el *magazine* sobre la mesa, mientras lo observaba devorar con desmedido apetito unas costillas repletas de suave y olorosa carne asada. Ella, en cambio, solo comía verduras a esa hora, tenía una dieta estricta que seguir.

Mackay tragó el alimento dentro de su boca, bebió un largo sorbo de vino y contestó:

—Hay ladrones muy osados, abuela.

—Ya le he dicho que no soy su abuela —lo sermoneó con una taza de té entre sus dedos, antes de llevarla con gracia a sus labios.

—Lo sé. Los pocos miembros que quedan de mi familia no son tan longevos.

—Majadero —lo sermoneó.

—Pero llamarla abuela se siente bien, sobre todo ahora que estoy herido. Es reconfortante llegar a la casa y contar con el consuelo de dos damas, más si son de la familia —confesó, ellas ya no le parecían tan insoportables.

La vizcondesa era amable y su suegra les recordaba a las mujeres de su familia, de carácter fuerte, exigentes y sin pelos en la lengua. Esperaba —que tras brindarles protección—, ellas fuesen tan leales como las de su estirpe.

—Quedó usted muy magullado —dijo Ambrosine observando algunos golpes sobre el rostro y la venda blanca que rodeaba su mano, mientras untaba mantequilla en una tostada.

—Si les preocupa quedar desamparadas, otra vez, tranquilas. Sobreviviré —añadió guasón y después de terminar sus costillas fue a la carga tras un delicioso y dorado trozo de salmón.

—¿Usted no se toma nada en serio? —sermoneó la abuela—. No estoy para sobresaltos. No soportaría que otro hombre de la familia falleciese.

Mackay lució una sonrisa ladeada al saber que le importaba y cuando la vio regresar la vista a su folletín, continuó:

—¿Hay algo que pueda hacer por ustedes? Saldré temprano a atender mis compromisos. ¿Han vuelto a Londres por un motivo especial o solo para disfrutar de mi presencia?

—También por nuestros asuntos —musitó Ambrosine y Winnifred carraspeó.

—Si precisan hacer compras dejaré instrucciones con mi administrador para que les brinde lo que necesiten.

—Gracias. Estamos bien, milord. Son otros encargos. Pero nos hemos ocupado de estos muy temprano —dijo la más joven.

—Querida, deberíamos volver a Horseland cuanto antes —continuó la mayor—. Londres es la cuna de la perdición. ¿No creerás lo que ha hecho su excelencia, la duquesa de Brandon?

—¿Ella en un *magazine*? Pero, si nunca da de qué hablar. ¿Firmado por? —agregó sorprendida Ambrosine y extendió la mano para tomar el papel y leer.

—*La Pluma Secreta*.

Mackay odiaba los periódicos de chismes y más los escritos por ese farsante. Estuvo a punto de prohibirlos en su casa, pero los reiterados «¡Oh!» de lady Luddesdown lo hicieron enarcar una ceja muy intrigado. «¿Qué hizo Chastity esta vez?», pensó, con ganas de reclamar el papel para constatarlo con sus propios ojos. «¿Lo que tuvimos habrá salido en las páginas?», se preguntó y recordó que no quedó a salvo en los labios de lady Gellywen, quien por suerte desconocía su identidad. ¿O eso habría cambiado?

Sin cortesía alguna estiró la mano vendada y tomó el *magazine*. Leyó. Su cara no pudo disimular sus emociones, las venas de sus sienes se sobresaltaron, su mandíbula se tensó y sus ojos parecía que dispararían fuego de un momento a otro, tanto que las damas quedaron espantadas. Supo todo sobre Lily y North.

—¿Está bien, milord? —inquirió en voz baja lady Luddesdown.

—Tengo que salir… ¡Ahora! —Su voz indicaba que estaba fuera de sí. Ninguna osó preguntar algo más.

Mackay se sintió derrotado. No entendía nada. Lily ni siquiera se atrevió a enfrentarlo y comunicarle que sus afectos trasmutaron. ¿Podían cambiar con esa rapidez o North siempre estuvo por encima de él en su corazón? Si ella, lo hizo a un lado tan rápido en favor del marqués, entonces todo lo que estaba dispuesto a arriesgar no valía la pena.

De un manotazo violento arrasó con la vajilla en su sitio del comensal. Dejó a las damas azoradas. Un ruido sordo se escuchó cuando arrastró la silla para abandonarla. Caminó hasta su estudio, donde se sirvió un *whisky* mientras trataba de analizar en qué momento la perdió.

Inspiró hondo, intentando ser razonable, pero fue más fuerte su rabia y destrozó todo lo que estaba encima del escritorio. Se lamentó al recordar su empeño en derribar los obstáculos que se oponían a su gran amor. No maldecía el momento en que la conoció y comenzó a sentir algo diferente. Lo que temía era que nunca iba a poder arrancársela de adentro. El dolor era devastador. Otro suspiro. Y, desconcertado, llevó las manos hacia sus ojos humedecidos.

En medio de su ofuscación, no se dio cuenta de que, las Luddesdown le siguieron y husmeaban desde la puerta del estudio. Intentó secarse las lágrimas y recomponerse. Esas mujeres estaban presenciando su completa decadencia. Pero, ni tal humillación le importó, su único pensamiento era abandonar Luddesdown House y acudir a la residencia de la joven para pedirle que reconsiderara ese compromiso. Tenía que ser un error. Él estaba seguro de que Lily lo amaba.

Se levantó y sin mirar a las damas, intentó abandonar el lugar… Pero ellas no se movieron de la puerta, obligándolo a quedarse en el estudio a menos que las quitara de un empujón, algo que jamás haría Gaven.

—Aguarde un momento, nieto mío —soltó Winnifred y aquello hizo que Mackay ladeara la cabeza, y dejara por un instante, de prestarle atención al remolino de su mente—. Usted no puede salir en ese estado. Cometerá una insensatez.

La única locura que a Mackay le pasaba por la cabeza era acudir a la residencia de los duques, sacar a North de sus pomposos aposentos, y golpearlo hasta que no le volvieran a quedar deseos de mirar de nuevo a Lily.

—La escucho, abuela, pero sea breve, tengo mucha prisa. —Su tono era hosco.

—Se nota —intervino Ambrosine, entrando al estudio.

Ella no sabía qué lo llevó a tal estado de furia, y la verdad era que prefería que saliera de inmediato para no enfrentar su cólera. Trató de sacar conclusiones, imaginó que el recuerdo de la duquesa de Brandon le traía a la mente el objeto sustraído… por su culpa. ¿La duquesa de Brandon? Winnifred le aseguró a su nuera que Mackay y Chastity se entendían, ¿o por qué ella le robaría documento alguno? ¿Sería eso?

La vizcondesa se compadeció y se sintió culpable del hurto que la duquesa perpetró. Después de todo lo que hizo el conde por ellas, no solo dejaron a una enemiga de Mackay entrar a su casa, sino que permitieron que robara algo que lo pondría en jaque. Meditó en su agradecimiento hacia el conde. Ninguna de sus amistades inglesas les abrió las puertas cuando perdieron su fortuna. Más allá de la lástima no hubo otras muestras de preocupación por su

desafortunado destino, pero Mackay les tendió la mano, les dio un techo.

—La escucho, debo salir —insistió.

—Esperamos, lord Mackay, que la noticia que le tenemos pueda aligerar su carga —añadió Ambrosine.

Las damas se miraron entre sí, convencidas de que ese asunto misterioso que las impulsó a abandonar la comodidad de Horseland y regresar a Londres, le robaba el sueño al escocés y era responsable de su repentino malhumor tras leer sobre la duquesa.

—No lo dilates más —sugirió la abuela también entrando al estudio.

Lady Luddesdown se aclaró la voz y con solemnidad agregó:

—Corregimos nuestro error, milord, y no se repetirá jamás. —Le extendió un libro con encuadernado en rojo oscuro a Mackay, quien arrasado por la ira, mezclada con estupefacción, exhaló con fuerza.

—¿Cómo es posible? —Aquello le aportó un soplo de alivio, en medio de sus tormentosas emociones.

Chastity ya no podría chantajearlo con aquel manuscrito. Sin embargo, recuperarlo era importante para salvarse, pero también para declarar públicamente su amor por Lily. Aunque, aquel periódico publicaba por todo lo alto la relación entre la mujer que amaba y North: una daga punzante enterrada en su moribundo corazón.

—Winnifred y yo jugamos el mismo juego de la duquesa, mientras la abuela distraía a su excelencia, me apoderé del libro. Esta mañana, tuvimos una entrevista con ella. Usamos de carnada que teníamos revelaciones muy inquietantes que hacerle sobre su persona y accedió a recibirnos muy temprano. Por fortuna, ya conocía lo que buscaba. Dios sabe que fueron las horas más intensas de mi vida. No dejaba de temblar. Pero se lo debíamos, milord. Cuando hallé el libro escondido en un pañuelo en el primer cajón del secreter de su salón personal, lo guardé en una bolsa interna que llevaba preparada dentro de mi falda. Tras mi hallazgo, busqué a Winnifred, nos despedimos y salimos victoriosas de la casa de la duquesa.

Mackay tomó el libro y lo revisó con rapidez, se cercioró de que estuviese entero, sin páginas faltantes. Suspiró profundamente.

—¿Leyó su contenido? —le preguntó el escocés a la dama.

—No, milord. No deseo sonrojarme.

—¿Usted piensa que hay historias indecentes esparcidas en el texto? —inquirió negando. ¿Por quién lo tomaba aquella mujer?

—¿Y qué otra cosa puede haber para que usted terminase tan angustiado? —inquirió Ambrosine—. Su honor quedaría arruinado por completo si sus relaciones indecentes fueran de dominio público.

Él evitó contestar, ya no interesaba si en verdad lady Luddesdown le creía o no, lo importante era que el libro volvió a él.

—Gracias, milady. Usted ha salvado mi vida.

—Más bien su reputación, pero qué es una vida con la reputación arruinada —agregó ella —. Me alegra haberle sido útil y devolverle un poco de lo mucho que nos brinda.

—También le agradezco a usted, abuela Luddesdown —añadió con una mirada condescendiente.

—Espero que esta buena noticia mejore su humor, querido nieto.

Él solo hizo una mueca, aquella publicación fue como un contundente golpe sobre su estómago, uno que le sacó el aire por completo, tras tomarlo por sorpresa. El libro era un aliciente, pero aún continuaba con la cabeza ardiendo y la mente aturdida. El precio de entregar

el corazón era muy duro de pagar, más si las ilusiones terminaban destrozadas.

Mientras caminaba hacia la chimenea del gran salón, con las damas siguiéndole detrás, frente a la cara pasmada del mayordomo, —porque todos abandonaron la mesa antes de que terminaran de servir los alimentos—, solo podía lamentar lo leído acerca de Lily. Arrojó el libro en las llamas y se quedó observando cómo se consumía, tal y cómo estaba sucediendo con su corazón.

—Nunca tuve suerte en el amor —masculló, era como si hablara consigo mismo, pero las damas Luddesdown, lo escucharon en silencio—. Jamás me atrajo una debutante, eran muy inmaduras para mí. Siendo muy joven posé mis ojos en más de una ocasión en una mujer prohibida. Sí, casadas, abuela. No disimule, entiendo que mi revelación le cause sonrojo.

—Quizás Ambrosine se ruborice, yo he vivido demasiado —contestó Winnifred—. Sé que la vida no es de encaje blanco con pespuntes rosados.

—Rojo claro. —Gaven recordó ese color que alguna vez le explicó una amiga que al parecer era aficionada a las tonalidades que iban más allá del arcoíris—. Muchas veces esas damas no me hacían caso, pero cuando alcancé los diecinueve comenzaron a mirarme con otros ojos. Me gustaban porque eran mujeres de veinte a treinta años, seguras de sí mismas, que encantaban con su conocimiento del mundo. Para ese entonces, creía que su sabiduría era vasta. —Se burló de su ingenuidad en esos años, con unas quedas carcajadas—. Me aburrían las conversaciones con muchachitas.

—Charlas de jóvenes, como lo era usted a los diecinueve. Espero que no haya tenido problemas con los esposos de… —comentó lady Luddesdown que quería ser comprensiva, aunque le costaba más que a su suegra ser abierta ante esos temas. Era evidente que el lord sufría y ellas sintieron compasión.

—Era muy astuto. Jamás me atraparon. Y no se escandalice, lejos estoy de ser un libertino. He tenido menos amantes de las que corresponde a un hombre de mi edad. Me apasionaba con intensidad, pero nunca entregué mi corazón. Sabía que no había una historia más allá de momentos compartidos. Dos esposas escocesas, una viuda que no me ofreció algo más que un entretenimiento pasajero y una rica heredera que podría haberse casado conmigo, pero que no estaba dispuesta a perder el poder que tenía en sus manos. Era rica, soltera, y no necesitaba supeditarse a un hombre que tomara el control de su vida. Terminamos cuando comprendí que jamás daríamos el paso. —Evitó mencionar a la duquesa de Brandon, fue una amante tan desagradecida. Él siempre cuidó su reputación y ella se convirtió en el peor de sus males. También calló, que su marido, era el único con el que había negociado. El duque era muy civilizado para su gusto.

—Pobre de usted, lord Mackay —se lamentó Ambrosine.

—No se apiade de mí, no soy una víctima. Cuando uno se acostumbra demasiado a la soledad y esta sirve a sus propósitos, se termina convirtiendo en una compañera que aprecia. Yo me concentré en hacer fortuna, en trabajar y procurar que mis tierras prosperaran, en criar caballos, en negociar para cerrar buenos tratos y elevar el apellido de mi padre, antes de mi abuelo y demás antecesores.

—Y ahora está listo para casarse. ¿Por qué no busca una buena mujer? Podríamos ayudarle —ofreció lady Luddesdown.

Mackay percibió que el libro ya era cenizas, no sería una amenaza nunca más. Las mujeres miraron a la chimenea, convencidas de que lo que movió al conde a abrir su corazón, era quemar aquellos romances del pasado que, probablemente, se narraron en esas páginas.

—Tal vez… —Fue todo lo que dijo.

Se despidió de las damas, muy sorprendido por las agallas que tenían, tanto por recuperar el libro, como para mantenerse enteras ante tales revelaciones.

Salió dejándolas a solas.

—Si esas historias se hubiesen publicado, habría sido un escándalo —dijo Ambrosine.

—¿Te imaginas que hubieran caído en manos de *La Pluma Secreta*?

—Lo que no entiendo es por qué la duquesa sabía del libro y su contenido, y menos aún, qué la motivó a robarlo.

—Querida nuera, su excelencia fue una más de las amantes del conde, solo que por caballerosidad decidió omitirla. Lo insinué cuando me convenciste de recuperar el libro, ahora no me quedan dudas.

—Ooooh —exclamó llevándose una mano a la boca ante tal verdad irrefutable—. Aunque eran muchas mis sospechas, me cuesta aceptarlo, es una dama tan respetable…

—Quizás había escritos ardientes sobre ella en las últimas páginas.

—¡Por el Creador, Winnifred, no siga!

—Muy astuto el conde para cuidarse y no ser sorprendido por los maridos cornudos de esas meretrices. Sin embargo, se le ocurrió la ridícula idea de llevar un diario de sus fechorías. Considero que… debimos leerlo antes de entregárselo.

—¡Winnifred!

—Solo digo —añadió como si nada la abuela—. No le haríamos daño a nadie. Se ve que es un hombre muy apasionado, romántico. Ahora esas ardientes historias son solo cenizas. ¡Qué desperdicio!

***

Mackay salió a los establos y él mismo ensilló a Kelpie, su primer pensamiento era acudir a la casa de Lily para preguntarle en persona por lo que estaba sucediendo. Y eso hubiese hecho, de manera abrupta e impulsiva, si Ambrosine no le hubiera dado el libro, obligándolo a detener la maraña de pensamientos que pobló su mente tras leer esa nota. Lo que le dio un tiempo considerable para organizar sus ideas.

Necesitaba enfriar la cabeza o iba a terminar por hacer una estupidez. Su primer pensamiento fue irrumpir en la propiedad de lord Seymour y reclamar su derecho, Lily y él se habían comprometido en secreto, y ella debía respetar su juramento. Pero, si aparecía en aquella propiedad para tomarla de la mano y exigir matrimonio, ¿eso en qué lo convertía?

Cabalgar era el mejor remedio que tenía para meditar.

¿Cómo iba a enfrentar el supuesto compromiso público entre North y Lily? No lo sabía, pero esperaba que su cabeza buscara una solución pronto. El dolor en su pecho laceraba, dolía más que cada uno de los golpes y heridas que tenía y todas las que sufrió en el pasado.

Sin darse cuenta, llegó a la casa de Watford. Su amigo lo recibió en uno de los cuartos de invitados, allí vio a Foster acostado en una cama. Se veía delicado, pero había recobrado el conocimiento.

El hombre lucía asustado por lo que pudo suceder. Wild y Warwick estaban ahí, así como Cobbins, a quien la preocupación y el temor por su vida también le surcaba la frente.

—Aquí pueden quedarse hasta que estén a salvo. Foster, le daré trabajo —propuso Watford. Wild, Warwick le hicieron el mismo ofrecimiento.

—Lo siento, *milor* —se negó Foster—. Esto se volvió *mu* peligroso. En cuanto esté recuperado, deseo abandonar Londres.

—En ese caso, será remunerado por su servicio para que pueda empezar en otro lugar —afirmó el dueño de la casa y sus amigos estuvieron de acuerdo, todos iban a colaborar en ese propósito. Era lo justo. No podían obligarlo, casi perdió la vida.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó Mackay.

—No lo sé —respondió el hombre—. Ayer en la tarde me reuní con Potter. Cuando *lor* Wild me dijo que, efectivamente, estaba en la casa del *seño* Hanks trabajando, creí que si yo me adelantaba y le explicaba sería más fácil para ustedes. Lo siento, quizá me equivoqué.

—No se lamente —intervino Wild.

—Siga hablando —lo instó Mackay.

—Conozco a Potter, pretende o pretendía a mi hermana. Así que, no entiendo… Pienso que él me delató.

—Descanse, Foster —agregó Watford, quería asegurarle que todo iba a estar bien, pero no estaba seguro. No hasta que dieran con el señor Smith y el peso de la ley le cayera encima.

Los cuatro caballeros malditos bajaron y se encerraron en el estudio, Cobbins volvió a sus asuntos, pero le hicieron un ofrecimiento similar al de Foster. Sin embargo, no lo aceptó. Decidió quedarse a trabajar con Watford.

Una vez que estuvieron a solas y con las puertas cerradas, trataron de desmenuzar los avances de la investigación. Quizás intentar buscar a los mensajeros no fue la mejor idea, no sin antes cerciorarse hacia donde se inclinaban sus lealtades. Podría ser que, no todos eran como Foster o Cobbins, que les asqueó enterarse del verdadero motivo por el que les pagaron para que entregaran esos sobres.

—Si Potter delató a Foster ante el señor Smith, tal vez, eso explique por qué trabaja para nuestro principal sospechoso —espetó Mackay.

—¿Y si todo es una coincidencia? Llevamos tiempo investigando y no hemos tomado la precaución de ocultarnos —sostuvo Wild—. Hasta ese *magazine* habla de nosotros y en lo que estamos involucrados.

Mackay emitió un gruñido por la mención del folletín, todos lo miraron, pero continuaron debatiendo.

—No podemos arriesgarnos a contactar a Potter y contarle nuestros planes. Debemos enviar al magistrado Bourne a la casa de Hanks, por las pruebas. Nuestra fuente es astuta —dijo para referirse a Lily, pero pensar en ella dolía tanto como caminar sobre lava ardiendo—. Si asegura que tomó precauciones, considero que debemos arriesgarnos.

—Si todos están de acuerdo, yo puedo ocuparme en persona de contactar al magistrado, mediante un anónimo, como acordamos —propuso Wild.

Los otros asintieron.

—Ahora o nunca, hay que detenerlo —insistió Watford—. No estoy tranquilo sabiendo que conoce donde vivo con mi familia.

—Te acompaño —le ofreció Warwick al marqués—. Watford, esta noche puedo dormir en tu casa, aunque tengas sirvientes, necesitas refuerzos. Es posible que sepan que Cobbins y Foster se refugian aquí, podrían intentar regresar.

—También yo pernoctaré en la propiedad —apoyó Wild.

—Las viudas están en Luddesdown House —informó Mackay—, no me gustaría dejarlas sin protección. Es extraño, pero creo que me agradan.

—¿Crees? —se burló Warwick, antes solo se quejaba de ellas.

—Se han portado bien conmigo —aclaró y los demás sonrieron, se alegraron por él.

—En ese caso, yo me ocupo de despachar a Potter. No tarda en llegar —propuso Watford.

—Tengo asuntos urgentes que atender —expuso Mackay—. Si no soy necesario aquí, me gustaría ocuparme de ellos.

—Aguarda —lo detuvo Watford por el brazo—. ¿Todo bien?

—Sí. —Iba a actuar como de costumbre, guardarse los problemas, ocultar el dolor, la ira y la incertidumbre.

—Amigo, no lo parece. —Wild lo estudió con la mirada.

—Demonios, Mackay —terció Warwick—. Sabes que estamos aquí para ti.

—Lo sé, amigos. Es solo que… esto debo resolverlo por mi cuenta. El asunto del libro ya se solucionó. Ahora es un montón de cenizas. Las damas Luddesdown lo recuperaron, son mujeres valerosas.

—Oh, eso es fabuloso —celebró Wild—. Algo menos de qué preocuparse. Estuvimos discutiendo en tu ausencia sobre cómo recobrarlo. Propuse chantajear a su excelencia para que colaborara. Warwick asaltar su residencia de madrugada. Y Watford quiso negociar con la duquesa de forma civilizada. No nos poníamos de acuerdo. No pienses que habíamos olvidado tu problema.

En medio de su abatimiento y dolor, Mackay sonrió. Siempre un poco de humor aligeraba las cargas. Y sus amigos, sin darse cuenta, con sus particulares formas de ser, fueron responsables de una pequeña alegría.

—Gracias —les dijo conmovido.

—¿Las Luddesdown saben del contenido del escrito? —preguntó preocupado Watford.

—*Och, nae*. Por suerte, no son curiosas. Creen que trataba de historias indecentes sobre mi pasado romántico. Las oí cuchichear cuando las dejé a solas.

Los tres negaron y sonrieron. Pero seguían viendo la tristeza en el rostro de su amigo, así que volvieron a la carga, dispuestos a interrogarlo hasta que confesara. No tuvo más remedio que mostrarles el *magazine* con la nota que ese día fue publicada sobre Lily y North.

—Debe haber una confusión —masculló Wild.

—Investiga antes de confiar en este panfleto de baja credibilidad —lo instó Warwick.

—Coincido con ellos —se limitó a decir Watford analizando lo leído.

Le palmearon el hombro como muestra de apoyo. Después se despidieron. Wild y Warwick se fueron directo a contactar al magistrado. Mackay se quedó un rato más para preguntarle a Céline al respecto. La condesa se sorprendió mucho al leer. Todo lo que indicó fue:

—No he sabido nada de Lily. No te desesperes, algo debe estar ocurriendo. Aunque North sea un estupendo partido, ella no puede ocultar la gran simpatía que siente por ti.

Y antes de salir, vio a un hombre entrar al estudio de Watford, algo más alto y delgado que Cobbins: el mensajero que le entregó la nota precisamente a él, quien tenía cita con ellos, Potter. Quiso seguirlo de inmediato, sin embargo, existía un plan y se adheriría a este. Después, cuando Hanks fuese capturado por las autoridades, él ajustaría cuentas con el lacayo.

Capítulo 24

Lily no entendía por qué la nota que envió para Céline, avisándole de lo que ocurría, y de la necesidad urgente de verla para explicarle la confusión, nunca fue contestada. Pensaba que, quizás, Céline no hubiese podido abandonar sus compromisos para correr a su encuentro. Pero, conociendo lo delicado del asunto, ¿por qué al menos no le escribió? Palideció, ¿ya habrían leído? Era muy posible. ¿Desconfiaban de ella? ¿La creían capaz de faltar a su juramento de una forma tan poco honorable?

Con la cabeza dándole vueltas y la imagen de Mackay fija en ella, se dirigió al estudio de su hermano, donde este y su madre, llevaban encerrados un largo rato. Pero, aunque solicitó unírseles para dar su opinión —a fin de cuentas se discutía su destino—, fue detenida con la advertencia de que se hablaría con ella más tarde.

Volvió al salón de recibir. Cansada de dar vueltas en círculos en este, caminó de nuevo hacia la puerta de entrada, interrogó al mayordomo, quien volvió a reiterarle que no había visitas para ella. Así que, convencida de que quizás la nota se extravió en el camino, se dirigió al salón de uso personal de su madre en busca de una hoja y tinta para redactar otro mensaje que sí llegara a su destino.

Lo que vio en el cesto —donde permanecían los papeles arrugados que eran desechados—, la enervó por dentro. Su misiva estaba allí. Parecía que su madre la había interceptado. Agradeció que, en su contenido, no hacía referencia a Mackay, solo a la necesidad de verla y a la falsedad que se publicó sobre ella y North.

No le quedó otro remedio, desafiaría a quien se interpusiera en su camino. Subió a su cuarto por su ridículo, su sombrero y decidió salir. El mayordomo trató de retenerla y se negó a oír sus razones. Ni siquiera se molestó en pedirle a la señorita Hayes que la acompañara, por más buen corazón que tuviese, estaba bajo las órdenes de Amber y no podía contribuir a que perdiese su posición.

Una vez frente al carruaje, le indicó al cochero que lo preparara y la llevara a la casa de la condesa de Watford. El hombre se negó, y como justificación alegó que eran disposiciones expresas de la marquesa.

Lily frunció el ceño. ¿Por qué su madre se interponía en su camino? Avanzó hasta las caballerizas, y sin dirigirse al mozo de cuadra, para que le ensillara un caballo, comenzó a prepararlo ella misma.

—¿Qué hace, milady? Usted desconoce el oficio, si deja una hebilla sin ajustar podría ser mortal. —Trató de prevenirla el mozo.

—Entonces, no se quede cruzado de brazos y ayúdeme. Le juro que es una emergencia —apeló a la compasión del hombre.

—El cochero fue a avisar a su madre, ahórreme la vergüenza de intentar detenerla. Por favor.

—¡Lily! —La voz firme de su hermano la detuvo y el mozo de cuadra los dejó a solas—. No puedes salir. Es por tu seguridad. Sabes lo que ese *magazine* escribió sobre ti. Es crucial que tanto tú, madre y nuestras hermanas permanezcan a salvo dentro de los muros de la propiedad; mientras yo me ocupo de buscar soluciones efectivas y prontas.

—Necesito salir con urgencia. Por favor, Julian.

—Si lo que te apura es que termine el asedio de madre, para que aceptes a Hanks, ya no debes inquietarte por eso. He encontrado una solución a mis problemas de fondos. Antes de irme pedí un préstamo, si todo sale bien, en septiembre comenzaré a pagarlo.

—Hanks no me preocupa en este momento, ahora nuestra madre está más interesada en North —replicó—. El préstamo es una trampa, su excelencia lo usará para presionarnos cuando hagamos algo en contra de sus intereses.

—¿Cómo sabes que fue ella quien me prestó la suma que necesitaba? —masculló, odiaba los secretos bajo su techo y Lily parecía tener bastantes.

—Sé muchas cosas de la duquesa.

—Cuando dices que nos presionará si no obedecemos a sus intereses, ¿te refieres a que no aceptará la propuesta de North? ¡Cómo no lo vi antes! ¡Ella siempre se ha opuesto a esa unión! —No podía salir de su asombro.

—Por favor, Julian, déjame ir. Es importante… Confía en mí.

—Lamento si mi ineptitud para no ver que su excelencia me tendía una trampa, te aleja de la posibilidad de casarte con North —arguyó arrepentido. Todo le salía mal. Se suponía que su obligación era procurar buenos matrimonios para sus hermanas, y lo que estaba haciendo era interponerse.

—No quiero a North —soltó con todas sus letras.

—¿No lo quieres?

—No.

—¿Y la publicación? —Ahora sí que no entendía nada.

—Solo acepté bailar con North para librarme de ir a la pista con Hanks. Su excelencia llegó justo para presenciarlo, y su oposición es tan fuerte que creo que enloqueció por un momento.

—Mi madre dice que North corroboró el motivo por el cual su excelencia perdió los estribos. El caballero le aseguró a la duquesa que deseaba casarse contigo.

—North no me ama, solo siente culpa porque su madre se ensañó conmigo y él piensa que es por su causa —explicó Lily.

—Eso lo cree todo Londres, yo incluido. Tampoco me gustaría que te casaras con él, es parte de un pasado que deberías dejar atrás. Cuando tuvo lugar el pisotón, y lo presencié, creí que se lo merecía por ser tan arrogante. Hubiese preferido que otra dama fuera la responsable. Sé que no fue agradable para ti lo que vino después. Hay una historia secreta que no sabes, nuestra madre se niega a contártela porque es tan lejana que todos la han olvidado. La duquesa no siempre fue la persona orgullosa y segura que hoy conoces. Sus dos primeros años de temporadas fueron terribles, era señalada como una posible solterona. Pero después se volvió engreída, luchó para elevar su valor y se casó con uno de los mejores partidos. Desde entonces, se ha dedicado a humillar a cualquier debutante que le recuerde su antigua persona: la joven asustadiza que se quedaba en el fondo del salón sin que nadie la invitara a bailar.

—No puedo creerlo, ¿por qué mi madre no me dijo nada?

—Escuché a mis padres hablando sobre eso, aquella vez, cuando ocurrió tu desafortunado incidente. Pero la dama es ahora la duquesa de Brandon, con altas conexiones, nadie se atreve a contrariarla.

—Sigo teniendo la necesidad de salir, verás… es un secreto que voy a confiarte. Por favor, Julian, no enloquezcas. Tampoco lo develes a nuestra madre. Es mejor que siga fantaseando con North, así me dejará tranquila hasta que pueda arreglar mis asuntos.

—Explícate… —instó con los brazos cruzados.

—Necesito ver ahora mismo a lord Mackay.

—¿El hombre que te sacó bailar en Riverside Park? ¿Con el que te encontré conversando a solas en ese pasillo? —Después alzó la voz para agregar—: ¡¿Con el que me aseguraste que no pasaba nada?! Juraste que solo te defendió de la duquesa.

—Tampoco lo juré, no seas duro. ¿Nunca te has enamorado?

—¿Estás hablando de amor? ¡Contesta, que mis nervios están a punto de romperse de tanto tensarse!

—Estamos comprometidos en secreto —confesó.

Julian, muy mortificado, apretó los puños. No pensó que la situación estuviese tan mal. Siempre creyó que Lily era sensata y que si un caballero la rondaba iría de inmediato a confiárselo, sobre todo porque era obediente de las reglas del recato y el buen comportamiento.

—¡¿Han estado a solas?! —Alzó aún más la voz.

—Me pidió matrimonio —contestó con firmeza.

—No lo veo en mi puerta solicitando tu mano.

—Porque hay motivos que nos han instado a andar con cautela. Pero, te aseguro que Mackay hablará contigo y te lo explicará todo. Es…

—¿Te ha toc…? —No pudo preguntarlo siquiera. Deambuló en círculos por la estancia y terminó de nuevo frente a ella—. No lo creo, eres Lily, mi hermana más prudente. Jamás harías algo indecoroso que me obligase a desafiar un hombre a duelo.

—Queremos casarnos y él te lo comunicará en breve. Estuvo a punto de viajar para entrevistarse contigo.

—¿Qué le impidió hacerlo?

—Deseaba limpiar su reputación. —«Oh, sí, eso es brillante. Buen Dios, espero que pueda servir. No es una mentira y me es imposible revelarle todo lo demás», pensó Lily.

—Me alivia saberlo. Un caballero debe aspirar al matrimonio solo si su honor está intacto. Sin embargo, no me agrada que tenga tratos contigo sin hablar antes con tu familia.

—¿Me dejarás avisarle? Si piensa que he jugado con sus sentimientos y que prefiero a North… Esa publicación podría interferir con sus intenciones de desposarme. Deja mi moralidad en una posición muy laxa.

—Pronto le escribiré una nota solicitando su presencia para que podamos escoger una fecha que nos convenga a los dos. Conversaremos a solas. Indagaré sobre sus intenciones. Si son honorables… pensaré qué decisión tomar. Soy responsable por tu bienestar y tu seguridad.

—Hoy mismo, por favor, Julian.

—Lily, estás colmando mi paciencia. Antes debo investigar al hombre.

—¡No es un criminal! —lo defendió y a Julian no le gustó que le levantara la voz—. ¿Qué harás para formarte un juicio? ¿Interrogar a medio Londres?

—No seas insolente, Lily. No con tu hermano mayor que solo quiere ayudar. Pero eso no significa que permitiré que salgas corriendo detrás de un caballero que no está, ahora aquí, buscando respuestas y tratando el asunto con tu familia. Si él se ha tomado su tiempo, debes aguardar. Confío en que te comportes, porque si tu conducta no es apropiada, en vez de un aliado tendrás en mí a un fuerte oponente. No espero que me entiendas, pero para tu hermano, a quien le debes respeto, solo hay una forma de proceder en el cortejo. Si él te corresponde tendrá que adherirse a las reglas de las buenas costumbres.

Capítulo 25

Cuando los cuatro caballeros acusados injustamente, decidieron investigar a Hanks, debido a que su actitud les pareció muy sospechosa, no imaginaron que una joven solterona iba a terminar por convertirse en su mejor aliada. Menos que, les ayudaría a llegar al final de la investigación.

El anónimo cumplió su función. Las autoridades, cansadas del escrutinio público por la falta de resultados en el caso, irrumpieron con un número elevado de guardias en la ostentosa casa del señor Hanks y revisaron hasta encontrar las cartas y el convenio con sus sórdidos términos.

La información de la nota sin firma que procedió de las manos de Wild era minuciosa. Documentos en el secreter, en tal habitación, con la llave escondida en determinado compartimento secreto… El magistrado Bourne quedó estupefacto.

Otras pistas se unieron a la colección. Dos armas blancas fueron entregadas a la policía, las que abandonaron el señor Smith y el cochero en el sitio donde atacaron a Mackay. Los amigos dudaron. No estaban seguros de, si entregarlas al magistrado sería de utilidad. Pero tras guardar una copia dibujada con los detalles de ambas, por todas sus caras —que les serviría para su investigación particular—, decidieron reforzar las pruebas que constituían los documentos.

Así que el magistrado, confiscó una colección de dagas pertenecientes al señor Hanks que le parecieron sospechosas, además de los papeles hallados en su posesión.

FINALMENTE, ¿INOCENTES?

Artículo escrito por La Pluma Secreta.

5 de marzo de 1821

Nadie puede creer que eximieron a los caballeros malditos de la culpa que han cargado todo este tiempo, gracias a un escrito de fuente anónima. ¿No les parece muy conveniente? Supuestamente, hay pruebas encontradas en posesión del nuevo sospechoso. Pero, el desafortunado señor dio una recepción magnánima en su residencia y abrió las puertas para varias personas. ¿Deberían ser interrogadas? Quizás alguna en confabulación con los antes señalados, dejó muy bien escondida la evidencia.

El silencio del magistrado se considera indignante. No dan datos que puedan ser relevantes para el caso hasta que no termine la investigación. ¿A qué pruebas incriminatorias se refieren? Solo sabemos que, el señor Hanks, quien estuvo a punto de comprometerse con lady Regina Lightwood, ha resultado culpable. Parece ser que saquearon la propiedad para conseguirlas. Esperemos que, el gentil hombre, no eche de menos algunas de sus posesiones, que podrían terminar en las manos equivocadas debido a la confusión.

¿Por qué lord Barrington no tiene que decir nada al respecto?

Los cuatro caballeros brindaron con *whisky* de excelente calidad de la reserva especial de Mackay, producido en el alambique del conde de Draymond. Era una pena que aquel no pudiese celebrar con ellos, pero lo había ayudado con las gestiones necesarias en Escocia que contribuyeron a que Mackay fuera saliendo de sus complicaciones económicas.

—¿Seguro que no requieres que te ayudemos a reunir la cantidad? —preguntó Watford.

—No es necesario —contestó circunspecto—. La tengo.

—Pero para ello saquearás tus arcas —le hizo ver Warwick.

—Volveré a levantarme, con el nuevo centro de crianza podré albergar a más ejemplares. Es solo cuestión de unos años. Todo estará bien.

—Deseo que pronto, periódicos de mejor reputación narren lo sucedido y, sobre todo, la culpabilidad definitiva de Hanks —añoró en voz alta Wild, necesitaba un respiro de la larga batalla que pelearon para transitar el camino de la inocencia, desde la perspectiva pública.

—Solo así quedaremos redimidos —apuntó Warwick.

—Un descanso no viene nada mal —opinó Wild.

—Espero que pronto capturen a sus secuaces para no preocuparme de nuevo por la seguridad de los míos. ¿Deberíamos mandar otro anónimo señalando la participación de Potter? —inquirió Watford.

—El hombre ya no sirve en la mansión de Hanks, en cuanto detuvieron a su señor, me acerqué para interrogarlo. Lo reconocí la otra vez que vino a tu casa. Es quien me dio el mensaje a mí en el fatídico baile —explicó Mackay—. Eso aclara las cosas, de no haber estado implicado no habría huido al saber de la detención. Yo, caballeros, pondré una pausa a este asunto. Con mi reputación parcialmente restaurada o en vías de renovarse por completo debo enfrentar mi destino.

—¿Hablaste con lady Lily? —preguntó Wild.

Mackay negó.

—Pero, hombre, ¿qué esperas? —insistió Warwick—. Si el vínculo que tienen es como el que has narrado, ella debe amarte.

—He estado investigando. North se ha reunido varias veces con Seymour. Si los rumores fuesen infundados, ¿por qué se frecuentarían? North ha visitado la casa de Lily, Seymour ha acudido a la residencia de los duques de Brandon —masculló ofuscado.

—Si te quedas cruzado de brazos, jamás te lo perdonarás. Por dura que sea la verdad debes escucharla de sus labios —le dijo Watford—. Céline intentó visitarla, pero el mayordomo despachó sus intenciones con la justificación de que la familia no está recibiendo a nadie en estos momentos.

—Salvo a North —ironizó Gaven sintiendo reverberar la rabia en su interior.

—Estaremos a tu disposición si lo necesitas —le recordó Warwick.

—Si requieres ayuda para patear el pomposo trasero de North, ya sabes a quienes buscar —bromeó el marqués, pero todos estaban seguros de que hablaba en serio.

Mackay arrugó el diario y decidió investigar. La duda sobre Lily y North lo carcomía vivo. *La Pluma Secreta* podría no estar satisfecha, pero el verdadero rufián ya estaba tras las rejas y a él le tocaba hacerse cargo de su vida.

***

La cara del mayordomo reflejaba impotencia y el suplicio al que lo orillaba la falta de etiqueta de aquel hombre. Trató de explicar a los comensales, que lo observaban con los rostros compungidos, la presencia del conde escocés en el comedor sin previa invitación a los alimentos del mediodía.

Los cubiertos se quedaron sobre los platos, Gaven tenía encima todos los pares de ojos del comedor.

Julian, desde la cabecera, calmó al sirviente y tomó la palabra:

—¿Sucede algo urgente para que irrumpa así en nuestra morada, lord Mackay? ¿No prefiere que lo discutamos en mi estudio? ¿Por qué no esperó al momento sugerido en mi nota?

—No recibí su misiva, lord Seymour.

—La envié esta mañana. Lo invitaba a mi casa para que conversáramos sobre ese tema que tenemos en común. —Una rápida mirada de Julian pasó de los ojos del recién llegado a los de su hermana.

—Estuve todo el día fuera de casa y traté de demorar este encuentro, pero ya es insoportable.

—¿Qué me estoy perdiendo? —protestó la marquesa—. ¿Alguien me va a explicar?

—Gaven, tu rostro, tu mano… —Lily sintió un dolor agudo a la altura del estómago al verlo en ese estado—. ¿Qué te ha sucedido?

—Me asaltaron —se limitó a decir, porque las damas ya estaban bastante conmocionadas, no deseaba empeorarlo.

La cara de la marquesa permanecía salpicada por la indignación, la intriga, el desconcierto, el temor de las consecuencias de aquella irrupción. Le preocupaba qué otra vergüenza se cerniese sobre su techo. Al parecer, no era suficiente que estuvieran en el centro de las habladurías de Londres…

Lily se puso de pie atropelladamente, sin mediar palabra para excusar su comportamiento. Sus ojos seguían conectados con los de Mackay, que se veía entre dolido y desorientado. Julian lo captó también, que Gaven aferraba en una mano vendada un papel arrugado, sospechó por el tamaño y la tipografía que se trataba del *magazine*.

—Todo lo que dice de mí *La Pluma Secreta* es una mentira. No creas ni una sola palabra. Nada ha cambiado. ¡Absolutamente nada! —soltó Lily sin importarle que su familia reprobara su conducta. Lo único que le importaba era el hombre que amaba, avanzó hasta él con la intención de perderse entre sus cálidos y fuertes brazos, de revisar sus lesiones, de cerciorarse de que estaba bien…

—¡Lily! —Un grito retumbó en el comedor. La voz firme de su hermano la detuvo a medio camino y lo miró decidida a desafiarlo—. Si das un paso más no seré condescendiente. ¿Adónde ha ido a parar tu decoro? ¡Regresa a tu silla! Hablaré a solas con lord Mackay, después te mandaré a llamar. ¡Es una orden!

Y ella odiaba las malditas órdenes. Mackay también, y tenía la mandíbula tensa, pero suavizó su rostro para instarla con un gesto a que no contrariara más a Julian. Lily exhaló mortificada, y no siguió avanzando, pero no regresó a su asiento. Se conformó porque él estaba ahí, y ella pudo soltar aquella frase que la asfixiaba: «Todo lo escrito es mentira». Rogó para sus adentros porque Mackay le creyera.

—Espero que no tarden en llamarme —exigió Lily—. Gaven, no te vayas de esta casa sin hablar conmigo. Te lo suplico…

—Así será, *lassie* —contestó el escocés con un soplo de ternura en su voz grave.

La marquesa presenció aquel intercambio de palabras con la boca muy abierta, no parecía tener intenciones de cerrarla jamás, pero lo hizo para indagar.

—Hija, ¿por qué lo tuteas? ¿Y usted, milord, ha olvidado la etiqueta? —inquirió Amber. No entendía en qué momento surgió el afecto, solo los vio bailar una única vez. Entonces, todos los permisos solicitados por Lily vinieron a su cabeza, y su supuesta amistad con cierta condesa, muy cercana a Mackay. Abrió la boca todavía más.

—Madre, serénese, por favor. —Susannah, que captó la chispa entre su hermana y el escocés, intentó calmar a su progenitora.

—Sígame, Mackay —solicitó Julian. Pero no podía quitarse de la cabeza la reacción de aquellos dos. La fortaleza que percibió en la mirada que intercambiaban, le recordó esa noche que los sorprendió a solas en medio de un pasillo en Riverside Park. En un inicio creyó que conversaban, después se alarmó temiendo que se trataba de una situación comprometedora. Pero, luego, ellos desmintieron su sospecha. Juraron que Mackay defendía a Lily del ataque de la duquesa de Brandon. ¡Par de mentirosos!

El marqués arrugó el entrecejo para tratar de captar lo que no era apreciable a la vista. Su hermana le hizo ciertas revelaciones, pero aquel hombre la contemplaba como si un vínculo

poderoso lo atara a Lily para siempre. Julian la adoraba, no quería hacerla sufrir, pero no podía perder de vista que el conde era uno de los cuatro caballeros malditos, y culpable o no, su apellido cargaba con el peso de la deshonra. Cada vez, se convencía más de que, tener la responsabilidad de sus hermanas era un compromiso heredado muy agotador. Y Lily, apenas, era la primera.

—¡A mi estudio ahora, lord Mackay! —instó para que por el amor de Dios dejaran de mirarse así delante de sus hermanas menores— ¡Tú seguirás, Lily! ¡Te mandaré a llamar cuando sea tu turno! —ordenó Julian, antes de que alguno pronunciara una palabra que no fuera apropiada delante de las muchachas. Debía protegerlas de escuchar lo que fuese indigno para sus respectivas edades.

—¿Qué tiene que tratar Lily con el conde? —indagó Amber en dirección de su hijo, intentando entender qué le pasó desapercibido. El escocés fue el primero en invitar a bailar a su hija mayor y cambiar su suerte para bien, aunque después todo transcurrió de mal en peor.

—Más tarde, madre —contestó el marqués—. Usted ya hizo demasiado.

Lily, prestando oídos sordos al comentario de su madre y las peticiones de su hermano, abandonó la mesa y se refugió en una sala cercana al estudio. Estaba desesperada por quedar a solas con él.

Cuando los dos caballeros entraron al recinto atiborrado de libros de cuentas, Julian sirvió un brandy para él y el visitante, tras invitarlo a ocupar la silla frente a él, en el escritorio.

—Hable —exhortó con la voz firme, a la expectativa.

Mackay sacó de su levita un manojo con la suma correspondiente.

—Cuéntelo, por favor.

Julian enarcó una ceja y lo hizo, la suma ascendía a la cantidad exacta que le debía a la duquesa de Brandon. Su hermana hizo referencia a ese préstamo cuando intentaron entenderse.

—¿Qué pretende?

—Liberarlo —respondió Gaven—, que pague las deudas contraídas con su excelencia, y que de esa forma ella ya no pueda amenazar a su familia.

—La duquesa no ha lanzado amenaza alguna en mi nombre —tanteó.

—Tal vez no lo hizo directamente, pero conmigo fue muy tajante.

—¿Por qué hablaría con usted de los tratos que ella y yo sostenemos? Me parece indigno.

—Porque yo debía acatar sus términos y mantenerme lejos de su hermana, si deseaba que ella fuera clemente con los Brownlow.

—No entiendo nada. —Julian se veía confundido—. Su excelencia se ha opuesto con firmeza a la unión de Lily con North. ¿No sería oportuno para ella que mi hermana terminara casada con usted?

—Lord Seymour, ella también tiene razones para justificar una venganza en mi contra.

—¿Razones?

—Privadas, mi honorabilidad mantendrá mi boca sellada al respecto.

—En ese caso, prefiero no saber. —Julian negó ofuscado—. Pero la naturaleza de esas razones me alarma, sobre todo tomando en cuenta que, su presencia aquí obedece a motivos completamente opuestos.

—Solo puedo explicarle que mis intenciones con lady Lily son honorables desde el primer día. Habría acudido ante usted, si hubiese reunido antes la cantidad que le debe a la duquesa de Brandon. Mientras tanto, estuve coaccionado y decidí guardar silencio.

—Me hubiese gustado conocer sus planes y colaborar al respecto. Agradezco su ofrecimiento —agregó mirando las libras—, pero no puedo aceptar. Es más que una pequeña

fortuna. Prefiero hacerme cargo de mis cuentas.

—Soy muy obstinado. No me iré de aquí hasta que acepte —precisó Mackay.

—También lo soy y no estoy dispuesto a favorecerme de modo alguno de sus intenciones con mi hermana.

—Lily me advirtió que usted es orgulloso. Doblegue su orgullo, lord Seymour, piense en el alivio que tendrá su familia al saber que su techo y su patrimonio están a salvo. Usted dejará de sentirse con la soga al cuello y podrá poner todo su empeño para resolver sus asuntos.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Julian perturbado.

—Por ella, su hermana. La aprecio. No puedo permitir que su familia pase vicisitudes y quedarme de brazos cruzados.

—¿Usted cree que las amenazas de su excelencia sean solo palabrerías para lograr sus propósitos?

—No me gustaría tener que averiguarlo.

—Acepto con la condición de que convoquemos a nuestros abogados y redactemos los términos que sean favorables para los dos.

—Es justo.

—Pagaré hasta el último penique. Le mandaré a mi abogado hoy mismo para acordar los plazos.

—Sé que lo hará, milord. Lily me ha dejado en claro su rectitud y su entereza.

La cara de Julian se iluminó ante la esperanza que el apoyo del escocés le brindaba.

—¿Y ahora bien? ¿Qué más tiene que decirme? ¿Dejará que North gane? Ya ha salvado del naufragio a la familia de la dama, pero no ha pedido su mano. —Julian sabía, tras las aclaraciones de Lily y el sentimiento que se reflejaba en su mirada, que jamás se sintió tentada por North, ni remotamente. Seguía delante de Mackay, entre asombrado y feliz, imaginando el posible desenlace—. Porque le aseguro que mi hermana no ama a North. Creo, milord, que debe hablar con Lily, de manera urgente. Ella me sacaría los ojos si no le doy permiso para que tengan una breve, pero honorable reunión. Pueden hablar aquí. Eso sí, la puerta debe permanecer abierta.

—Si ella no ama a North, como usted dice. Si lo que escribió ese folletín es una calumnia, como la pequeña *lassie* me ha asegurado, quiero que sepa que, mi intención es la de pedirle su mano en matrimonio. Con todo respeto, milord, yo sería el hombre más afortunado del mundo si lady Lily aceptara ser mi esposa.

—Aguarde aquí.

—Ahora, me gustaría aclarar —agregó Mackay tras meditar aquel asunto, como un hombre civilizado—, que si ella estuviese insegura o le tentara la propuesta de North, no podría presionarla a cumplir con su juramento. Si la felicidad de lady Lily es junto a otro caballero, yo… estoy dispuesto a retirarme. Solo deseo que sea feliz… con quien ella escoja.

—No se adelante en sus conclusiones… No se mueva —le indicó con una enorme sonrisa, todavía sin podérselo creer.

Julian caminó hacia la sala contigua. Otro en su lugar, tal vez, pondría más restricciones, pero la resolución en el rostro de su hermana no le dejó dudas de sus sentimientos. Tampoco tendrían que casarse tan pronto, unos meses de compromiso servirían para tratarlo más y conocerlo en profundidad.

Cuando llegó hasta donde Lily aguardaba impaciente, tuvo que exigirle que controlara sus ánimos.

—Tengo que hablar con él antes de que abandone nuestra casa —le suplicó ella, presa de la

desesperación.

—Lo harás. Primero, escúchame.

—¿Llegaron a un arreglo? ¿Te habló de sus intenciones? ¿Aceptaste? —Lily no cesaba de interrogarlo.

—Hermana, sí a todas tus preguntas. Cálmate.

—Gracias, Julian, muchísimas gracias. —Lo abrazó con la emoción desbocada, recorriéndola de pies a cabeza.

—Me niego a entregarle tu mano a otro que no sea Mackay, porque no puedes negar que estás enamorada de ese hombre de noble corazón. Ha dejado una fortuna en mis manos con tal de que… pague mis deudas. Y de manera desinteresada… Sin la seguridad de que lo ibas a aceptar. Ha dicho que si cambiaras de opinión nos ayudaría igual.

—Lo quiero —confesó.

—Se nota. Te conozco, y no me ha pasado desapercibido cómo lo miras, cómo tiemblas al tenerlo cerca, cómo suspiraste al verlo irrumpir en el comedor y dejarnos a todos con la boca abierta. Y, tu rostro…

—¿Qué tiene mi rostro?

Lily se llevó las manos a la cara y palpó la humedad de sus lágrimas, las que se desbordaban de felicidad al escuchar las palabras de su hermano. Una risa nerviosa y hasta cierto punto eufórica se escapó de sus labios.

—Eso.

—¿Ya puedo ir con él?

—Tienes mi bendición. Pero, será un compromiso largo. Te lo advierto. No hay necesidad de correr.

Sin aguardar más, la muchacha caminó apresurada hacia el estudio. El corazón le latía tan rápido como a los purasangres campeones criados por Mackay. Pero su sorpresa y congoja fue avasalladora cuando encontró desierta la estancia. Sintió como si algo violento le pegara en el estómago. Toda la felicidad que por un momento la recorrió de pies a cabeza, se escapó de golpe de su anatomía, dejándola sumida en un inmenso vacío.

Julian llegó tras ella al escuchar su grito, solo para hallarla cubierta de lágrimas, que esta vez no eran de dicha.

—¿Y lord Mackay? —preguntó también, azorado.

—¿Estás seguro de todo lo que me dijiste? Él no está… aquí.

Julian hizo un ademán de frustración.

—Tal vez no fui demasiado enfático o algo específico le desagradó. —Se culpó, le dolía verla en ese estado. El dinero seguía sobre la superficie lisa del escritorio. Los hermanos se miraron confundidos—. Le aseguré que no amabas a North, y que debía quedarse a escucharlo de tu boca. ¿Será que no me creyó? ¿Pensaría que, en agradecimiento a su préstamo, yo iba a ejercer presión para que lo aceptases?

—Si eso se metió en su cabeza, quizás explique su ausencia. Mackay es muy orgulloso, jamás soportaría que lo correspondiese solo por agradecimiento.

—Me encargaré de arreglar esta situación. De inmediato, iré a buscarlo, Lily. Pero, por favor, ya no llores.

Entonces, ella sonrió de pronto y Julian enarcó una ceja sin entender los rápidos cambios de humor de su hermana.

—No será necesario que me busque, lord Seymour. Lamento causar tal alboroto. —La voz desenfadada, pero ruda de Mackay llenó el recinto—. Solo consideré que, si iba a hacer una

propuesta de matrimonio con carácter oficial, debía al menos, tener unas flores, ya que no he cortejado a lady Lily apropiadamente y tampoco he traído un anillo. —En las manos del escocés lucía un frondoso ramo de lirios—. Perdóneme, milord, por haber asaltado su jardín. Recuerdo que cuando nos conocimos, Lily buscaba desesperadamente unas peonías. Como aún no florecen, y su jardín está rebosante de estas flores que corresponden con el nombre de su hermana, e igual son preciosas, no quise desperdiciar la oportunidad.

—Los dejaré a solas —dijo Julian con complicidad, sin poder esconder su sonrisa—. Cuando terminen de ponerse de acuerdo, pase usted al gran salón, Mackay. Mi madre y mis hermanas querrán felicitarlos. En los próximos días, redactaremos los acuerdos.

—Si se refiere a la dote no la necesito —alegó Gaven.

—Eso no está en discusión —renegó Julian—. En cuanto me recupere y pague la deuda que acabamos de contraer, será lo primero que tendrá en sus manos. Si usted no la necesita dialogue con su futura esposa sobre qué hacer con esa cantidad.

—El único arreglo que necesito ahora es dejarle muy claro a North que su supuesto compromiso motivado por *La Pluma Secreta* está cancelado —agregó con una sonrisa ladeada —. Parece un buen hombre, aunque es muy estirado, y me apena romperle el corazón, pero…

Julian negó y se retiró también sonriendo, se fue directo hacia el salón para poner al tanto a su familia, y a esperar por su hermana y su futuro cuñado.

—Créeme que North estará aliviado —continuó Lily, acercándosele—, y sacará provecho de que todo Londres crea que su corazón está destrozado. Muchas querrán consolarle. El marqués y yo jamás estuvimos comprometidos, él se sentía culpable de mi suerte. Solo quiso ayudarme a librarme de Hanks. Y por ello le estaré agradecida por siempre.

—En ese caso, le estaremos agradecidos los dos.

—¿Ahora me contarás con quién te has peleado a los puños para que termines así de lastimado? Es un monstruo.

—Los otros quedaron peor —soltó arrogante.

—Entonces deberán lucir más magullados que tú.

—*Ooooch*. Eso es cierto. —Le contó todo lo de la pelea, los sirvientes y el arresto de Hanks. Se lamentó por no golpear a Smith en el rostro. De haber asestado un puñetazo contra el cabecilla, el moretón sería otra prueba para identificarlo. Pero nunca lo tocó.

Ya no pudo demorar un minuto más el anhelo que palpitaba en su corazón, abrió sus brazos y ella se refugió en su pecho. Guardaron silencio, apenas unos segundos en los que disfrutaron del reconfortante calor.

—Me alegra que, por fin, hayas resuelto ese problema —le dijo la prometida, y tomó la mano vendada entre las suyas para besarla, después llevó la propia al costado de Mackay y se apoyó ahí con toda su fuerza para impulsarse hacia arriba, hasta sus labios.

—Agh… —Comenzó a gemir, pero ahogó el sonido al final, no quería preocuparla.

—¿Duele? ¿Por qué? —indagó angustiada.

—No es nada. —Trató de minimizar.

Lily desabotonó la chaqueta, el chaleco, la camisa, hasta acceder a la ropa interior blanca, que apartó para ver una venda de igual color.

—¿Es un disparo? —El miedo se reflejó en su mirada.

—El corte de una daga, pero es superficial.

Lo abrazó con toda su fuerza, tratando de no ejercer presión sobre el área lastimada.

—Siéntate, descansa —suplicó.

—Te juro que estoy bien, amor —le susurró con afecto, mientras volvía a acomodarse sus

vestiduras. Si alguien de la casa aparecía iba a hacer un aspaviento—. Mejor pensemos en ti, gracias a Dios te libraste de Hanks. No quiero imaginar qué habría sucedido si tu madre se hubiese salido con la suya convenciéndote de casarte con ese hombre.

—Por eso no te preocupes. Me habría opuesto una y otra vez. Jamás se iban a agotar mis fuerzas.

—Mi pequeña valiente.

—Espero que no hayas dado crédito ni a una sola palabra del *magazine*. Quise salir a buscarte de inmediato, pero mi madre y mi hermano sofocaron todos mis intentos. ¿Por qué no viniste antes? Casi me consumo de ansiedad y preocupación.

—Lily, cuando leí ese manuscrito pasaron muchas cosas por mi cabeza. Fue una bendición que las damas Luddesdown estuvieran en casa, me detuvieron antes de salir a cometer una tontería.

—¿Cómo cuál?

A él se le volvieron a humedecer los ojos al recordar la contundencia del dolor que sintió tras leer, y ella, como espejo comenzó a lagrimear.

—Te habría raptado y llevado conmigo a mis tierras en Escocia. No podía concebir que me hubieses dejado de amar. Pero, no pude hacerlo, el amor por ti es tan exigente que me obligó a pensar primero en tu felicidad por encima de la mía. Sabía que si tu bienestar era al lado de North yo debía hacerme a un lado.

—Mi corazón no late por nadie más. Eres mi vida entera, *highlander*, nunca lo dudes. Te habría seguido hasta el fin del mundo, voluntariamente. Te amo.

Las bocas se buscaron en medio de un desespero total, y ambos suspiraron llenos de alivio cuando sus labios hicieron contacto. Mackay la tomó por la cintura y la elevó para que quedaran cercanos. Se perdieron en un beso tan dulce como salvaje, si aquella combinación era posible. Cuando fueron capaces de despegarse. Él puso una rodilla en el piso y comenzó a hablar:

—Lily Ann Brownlow, hoy vengo a ti con el corazón desnudo para pedirte que seas mi esposa, mi amante fiel, mi compañera, mi familia.

Lo tomó de la mano que permanecía extendida, y lo hizo levantarse, se enterró en su pecho protector. Él inspiró su adorado aroma a miel y almendras. Entonces, ella buscó su rostro y se perdió en su tonalidad favorita de azul en todo el mundo, más amada que el color del cielo y del mar…

—Acepto —pronunció y buscó el sabor de sus besos hasta que ambos se quedaron sin aliento.

—Supongo que —dijo Gaven con la respiración entrecortada, salpicándole la boca de cortos asaltos—, ya es hora de salir a darle la noticia a tu familia, para que sea completamente oficial. —Su pecho se sentía henchido, la felicidad lo llenaba.

—No sé qué es más tentador, aceptar tu propuesta de rapto o de matrimonio. Mi hermano tiene ideas de prolongar la boda unos meses y yo ya quiero estar a tu lado.

—Estoy a tu merced, *lassie*, solo tienes que pedirlo. —Sonrió y ella adoró sus hoyuelos. Suspiró llena de alivio y él la abrazó más fuerte para alejar las reminiscencias que quedaran todavía de los temores que amenazaron con separarlos—. Kelpie nos aguarda… Podríamos casarnos de camino a Escocia. Julian no me dijo que tendríamos que esperar —protestó—. Supongo que a eso se refería con… redactar los términos y plazos del compromiso.

—Si salgo ahora mismo tomada de tu mano, subo a Kelpie y huimos hasta Escocia, sería un pésimo ejemplo para mis hermanas… Y también para la tuya.

—Supongo que sí. —La besó en la coronilla con una sonrisa en los labios—. O tengo otra

solución, hablaré con mi futuro cuñado y le diré que unos meses de compromiso son muy respetables, pero que hemos decidido esperar solo el tiempo necesario para las amonestaciones.

—Acepto —repitió y él la adoró de manera irrevocable.

Volvieron a besarse con pasión, hasta que un carraspeo a sus espaldas les advirtió de la presencia de Julian, que suspiró convencido de que tenía dos opciones, hacer un alboroto por la forma ardorosa en que se besaban, o simular no haber visto nada, y dejar que el amor siguiera siendo el vencedor.

Capítulo 26

Semanas después

Aquella tarde, las risas de las muchachitas se esparcían por las habitaciones de la futura novia, admirando el ajuar y el espléndido vestido que usaría en la ceremonia. En un día más entraría al altar para desposarse con su prometido. Las murmuraciones de todo Londres habían estallado con la noticia del compromiso: «Lady Lily ha rechazado a lord North por el apuesto escocés, quien fue redimido de sus culpas por la sociedad». Rumoreaban de boca en boca, aunque las notas indiscretas de *La Pluma Secreta* jamás quitaban el dedo del renglón, soltando suspicacias entre sus líneas para señalar a los cuatro caballeros malditos como los responsables de lo ocurrido con lady Regina.

Para Lily y Mackay aquel funesto suceso que empañó sus vidas era parte del pasado. Llegaron tiempos de paz, de amor, de alegrías, de besos robados en los rincones, de los preparativos para la fecha que ambos esperaban llenos de ilusión.

Lily dedicó las horas de esas semanas a la convivencia con Callie, la hermana de Mackay —quien viajó para acompañarlos en ese momento especial—. También aprovechó para conocer a las damas Luddesdown, las que sonreían felices porque el conde encontró a una joven encantadora. Pasó horas extraordinarias en compañía de los tres caballeros redimidos y Céline. Estrechó lazos con los condes de Draymond. Tuvo charlas amenas con su amiga lady Gellywen. Y propició un acercamiento con Minerva Hollister, a quien siempre le estaría agradecida por no delatarla, cuando la halló hurgando en las pertenencias de Hanks. Se sentía inmensamente feliz.

—Yo digo que es hermosa —apoyó Callie a Gaven que no estaba presente para defenderse de las risitas y burlas de las hermanas menores de Lily, mientras examinaban la caja de madera oscura con incrustaciones de piedras preciosas.

—Al menos, si vende cada una de esas piedras se volverá muy rica —bromeó Susannah. Lily le lanzó una mirada cómplice por el soporte—. Es peculiar, pero si alguna esperaba un regalo de bodas muy diferente, es que no conoce lo suficiente a nuestro futuro cuñado. El azul de Prusia del terciopelo del interior de la caja es hermoso, con eso se ha esmerado lord Mackay.

—El azul no es por Prusia, es uno de los colores que usaba el antiguo clan Mackay —aclaró Callie.

—¿Y cuáles eran los otros? —preguntó curiosa Lily, la hermana de su prometido era más parlanchina que Gaven, y gracias a ella conoció mucho de su pasado, de su vida cuando eran niños, de sus tierras.

—Verde.

—Me encantaría verlo algún día. —Se refería al tejido.

—Sería un espectáculo ver a Mackay luciendo un *kilt* —jugó Susannah. Lily le dio un ligero codazo para que no siguiera. Las hermanas menores se reían sin cesar. Pero no pudo sacarse esa imagen de la cabeza, y en su mente lucía encantador. Había algo salvaje, ancestral y prohibido en los hombres que vivieron bajo el sistema de clanes en las Tierras Altas.

—¿Puedo tocarla? —preguntó una de las hermanas más pequeñas señalando uno de los elementos de la caja.

—¡No! —la atajó Lily—. Aún no sabes usarla.

—Pero tú sí, podrías enseñarnos a todas —pidió Susannah llena de emoción.

—Puedo mostrarles cómo se utilizan si lo desean —agregó Callie, desinteresadamente.

—Mi madre moriría y resucitaría solo para volver a fallecer de un soponcio —advirtió Lily, cerrando la tapa—. No sabe que Julian me adiestró en armas. De haber sabido el contenido del obsequio, creo que no las habría convocado para que la abrieran conmigo. Julian las entrenará cuando llegue el momento.

—Eso no es justo, contigo empezó desde que tenías catorce y yo ya tengo dieciocho —protestó Susannah.

Durante esas semanas, el tiempo que Gaven y Lily pasaron juntos fue maravilloso. Aunque se suponía que no podían estar a solas, porque la marquesa intentó cerciorarse de que no ocurriese, ellos se escabulleron en varias ocasiones para dar rienda suelta a la pasión que sentían.

Julian fue un chaperón más permisivo y terminó siendo convencido por el cuñado, de la importancia de que Lily mejorase su habilidad con las armas, ya que las supuestas técnicas de defensa enseñadas por el marqués dejaban mucho que desear. Y aquel estuvo de acuerdo, no solo presenció las lecciones, sino que se benefició de las demostraciones del arte de guerra empleadas por Mackay.

—Julian ha prometido que las instruirá. Quizás Susannah sea la siguiente discípula.

Ninguna pudo contener los suspiros y gritos de emoción, las Brownlow eran muchachas chispeantes y muy resueltas.

Lily acarició el filo de las dos dagas que permanecían encontradas, custodiando el regalo central, el último en que reparó. Tomó la pequeña pistola del interior de la caja y sonrió ante las ocurrencias de Gaven.

—De más está decir que ni una palabra de esto a nuestra madre. Ahorrémosle dolores de cabeza. Solo Julian puede saberlo —puntualizó Lily. Todas asintieron con complicidad.

Ella habría sido feliz con cualquier cosa, pero su futuro esposo hacía regalos interesantes. Algo más faltaba. Era su turno y esperaba sorprenderlo también. Se preparó para ir por su encargo de semanas atrás. Un obsequio para el novio, uno muy específico.

La hermana de Gaven le relató la historia de una joya perteneciente a la tradición familiar. No le importó vender su collar de rubíes para poder pagarlo. Mandó a confeccionar una réplica de un broche, que perteneció a la familia Mackay por generaciones, y que el padre del prometido perdió en una batalla. Tenía un gran zafiro azul en el centro, y estaba rodeado de nudos celtas, bajo un entramado metálico que simulaba la tela de un tartán, reliquia que la familia conservó cuando los clanes de las Highlands comenzaron a disolverse.

Así que, se despidió de sus hermanas para dirigirse con la señorita Hayes y Callie, su cómplice, a Rundell & Bridge, por el broche.

***

Por su parte, el novio, invitó a sus amigos a su residencia. Faltaba un día para la boda, y estaban reunidos en el salón para caballeros de Luddesdown House, los ingleses y el conde de Draymond, celebrando a su modo particular el fin de la soltería de Gaven. Destaparon una botella especial de *whisky*, y con risas burlonas castigaron la osadía de las bromas que se hacían unos a otros. En medio de la algarabía, fueron interrumpidos por el mayordomo para avisar de la presencia de un hombre buscando al conde de Mackay. Todos callaron cuando escucharon su nombre: Potter.

—Hazlo pasar —indicó Mackay sin entender por qué el destino lo volvía a poner frente al sirviente que le entregó la nota, imaginando que pronto lo iba a averiguar.

Los varones se miraron cuando el mayordomo salió en busca del mensajero, soltaron varias

teorías, pero hicieron silencio en el segundo que el aludido hizo acto de presencia.

—Hable —le ordenó Mackay al recién llegado sosteniéndole la mirada.

Potter escudriñó a los demás caballeros, y sin temor, obedeció:

—Supe que fueron generosos con Foster en cuanto se recuperó, dándole una fuerte cantidad para que se fuera lejos. —Foster se negó a permanecer en Londres tras resultar lesionado. Al recuperarse, rechazó el ofrecimiento de protección de Watford, y pidió una compensación para huir. Ellos lo consideraron justo y accedieron.

—¿Y viene por su parte? —desafió Gaven.

—También necesito escapar, y debo dejarle dinero a mi madre para que atienda sus problemas de salud.

—¿Y por qué tendríamos que ayudarle? —terció Wild—. Hemos sido muy generosos con usted, podríamos avisar a las autoridades de su complicidad.

—Si no hubiesen removido ese asunto, seguiría mi vida tranquila. No soy responsable de la muerte de esa joven, como tampoco lo es Foster.

—¿Cómo supo de nuestros tratos con Foster? —indagó Warwick.

—Su hermana —contestó el interpelado.

—Foster colaboró con nosotros —rebatió Watford—. Usted, por el contrario, en cuanto fue contactado dio aviso a su señor. No le debemos nada.

—Foster es hermano de la mujer que pretendo, la quiero. Sería idiota si la pusiera en mi contra, perjudicándolo. Yo me quedé completamente callado, no tengo nada que ver —se defendió—. No soy un asesino. Mi madre está enferma y trabajo como lacayo. Tiempo atrás, serví en la residencia del duque de Brandon, pero la paga no era suficiente para sus tratamientos. En el medio sabían que yo haría el encargo sin preguntar. Por eso Smith me contactó. Era sencillo, pasar desapercibido, dar un mensaje. ¿Cómo iba a imaginar que entregar una nota sería parte de un elaborado plan para acabar con la vida de esa dama?

—¿Por qué huyó cuando las autoridades capturaron al señor Hanks? —preguntó el conde de Draymond, que estaba al tanto de cada fase de la investigación.

—No hui. Solo me escondí. No quiero que esos hombres vengan por mí. Necesito abandonar Londres. Pero para irme me hacen falta fondos. Solo contaré lo que sé si prometen recompensarme como a Foster —exigió Potter—. Y créanme, ustedes necesitan que yo confiese, tanto como preciso ese dinero para escapar.

—¡Hable de una maldita vez! —ordenó Gaven—. Después decidiremos si su información es tan valiosa que merece ser recompensada. ¡Se perdió una vida! Y mientras los demás secuaces sigan libres, otros podrían estar en riesgo.

—Es peor que eso —aseveró—. Tengo buena memoria, jamás olvidaría esa voz… Hizo que mi espina dorsal fuese recorrida por un escalofrío. Por eso sé, que no estoy a salvo en Londres. Ustedes y ese *magazine* han hecho demasiado ruido en torno a la investigación. Además, el señor Smith tiene una marca en la mano, es una quemadura circular muy notoria que abarca todo el dorso. Trató de ocultarla colocándose el guante cuando percibió mis ojos sobre ella, pero ya era tarde. Y yo he visto las manos del señor Hanks, no tienen esa cicatriz.

—¿Con ese planteamiento está eximiendo al señor Hanks de ser responsable de la muerte de lady Regina? —indagó Warwick.

Potter negó.

—No sé si el americano fue quien pagó los servicios de Smith, pero Smith —recalcó— no es quien está tras las rejas. Y no estaré tranquilo mientras esté libre, es el verdadero diablo. Cuando Smith me contactó y me pidió buscar a otros para la tarea, me dijo que un hombre

poderoso le había pagado para que encontrara a cinco personas con el propósito de entregar unos mensajes. Por eso sé, que quien mató a la dama no es Smith, sino el hombre que lo contrató a él. Smith es el secuaz del verdadero asesino.

—Claro, eso tiene mucha lógica —maldijo Mackay el error de juicio que tuvieron al inicio.

—El verdadero asesino no mostraría la cara a los mensajeros —masculló Wild.

—El señor Hanks es detestable —razonó en voz alta Potter—, pero no lo veo capaz de un plan tan elaborado. Lo he visto abofetear sirvientes por un fallo menor. Incluso, una vez golpeó repetidamente a un mozo de cuadra con su fusta por no cambiar la herradura de su caballo a tiempo. Es un hombre de impulsos, de haber sido el responsable de la muerte de la dama, lo habría hecho por un arranque… Antes de que lo metieran a la cárcel yo estaba buscando una posición como lacayo en otra casa. Ya no podía regresar con el duque de Brandon, lo había defraudado dos veces. La primera, cuando me vio esa noche en el baile de lord Barrington, mientras me escurría para entregar la nota. Su excelencia me preguntó qué hacía en la casa del marqués, cuando había solicitado un permiso para atender a mi madre debido a su gravedad.

—¿Le mintió para tener dinero extra? —preguntó Warwick.

—Así es, y tuve que reconocer la verdad. Le expliqué mi necesidad, pero no quedó conforme. Después de eso, supliqué por mantener mi posición, no podía perderla, el dinero de Smith se agotaría. El duque me dio una sola oportunidad, un fallo más y estaría fuera sin carta de recomendación. Cuando supe que el señor Hanks ofrecía un pago más elevado a sirvientes de casas nobles, no lo pensé dos veces, después de todo estaba en la cuerda floja. Y ahí defraudé al duque por segunda vez.

—Potter, tendrá que esconderse un tiempo más. Si todo lo que dice es cierto, pagaremos por su información —le comunicó Watford.

—Ahora váyase, pero deje con el mayordomo el dato de cómo podemos ubicarlo —le dijo Mackay.

La celebración se extinguió, todos se quedaron muy serios tratando de sacar nuevas conclusiones.

—Volveré a la casa —comunicó Watford—. No me agrada la idea de dejar a Céline y los pequeños solos si ese hombre está libre. Tenemos dos supuestos: Hanks ha contratado los servicios del señor Smith y esperamos a que confiese para que las autoridades encuentren también a su secuaz. O… —meditó su respuesta.

—O la persona equivocada está en la cárcel —completó Gaven—, pero lo que sí es seguro es que Smith sigue libre y no sabemos cuáles fueron las últimas órdenes que el asesino le ha dado.

—No recuerdo a nadie con una cicatriz tan notoria como la que describió Potter —rememoró en voz alta Wild.

—Yo menos —declaró Warwick.

—Es muy lógico. Contratar directamente a los cinco mensajeros, sería como dejar un cabo sin atar. Es menos arriesgado hacerlo a través de un intermediario —reflexionó Draymond—. Están frente a un plan maestro y una mente muy retorcida. No sé si Hanks encaje en el perfil de alguien capaz de elaborar un esquema tan sórdido. Y si lo hace es muy peligroso.

—No recuerdo al duque de Brandon en la lista de interrogados esa noche. Y si, como Potter asegura, estuvo en el baile ¿por qué harían una excepción con él? —repasó Mackay.

—Es el único invitado que no fue investigado. Curioso, ¿no? —ironizó Watford, suspicaz.

La puerta del salón se abrió de golpe y los cinco pares de ojos vieron a Callie irrumpir abruptamente. Les extrañó que no fuera anunciada por el mayordomo… Se veía asustada y con

una mano en el pecho, mientras intentaba recuperar su respiración.

—¿Qué pasa? —indagó Mackay. La conocía bien y algo funesto la tenía así.

—Lily, la señorita Hayes y yo acudimos a Rundell & Bridge por un regalo de bodas que ella encargó para ti. Solo tenía que recogerlo, y aunque la señorita Hayes y yo quisimos bajar del carruaje para acompañarla al establecimiento, se negó. Nos dejó con la seguridad de que no tardaría. Tras esperarla un largo rato sin verla aparecer…

—Resume, por favor —exigió Gaven impaciente.

—Déjala terminar de hablar. Continúa, Callie —la instó Alec.

—Nos apeamos y entramos a la joyería. Allí el encargado nos entregó el broche que fue pagado en su totalidad, negando haber visto a lady Lily esa tarde.

—¿Qué quieres decir? —Mackay no podía asimilar lo que estaba escuchando, sintió que un rayo lo partía en dos.

—Las dos nos quedamos sin saber qué hacer, pero no tardamos en reaccionar y ponernos a buscar por los alrededores, sin obtener resultados. La señorita Hayes me dejó aquí y salió a toda prisa a avisarle a lord Seymour.

Mackay bajó la cabeza, pero no dejó que el abatimiento lo paralizara. Pensó lo más ágil que pudo.

—Hanks está en la cárcel. A menos que hayan permitido que le enviase un mensaje al señor Smith para que haga el trabajo sucio, el verdadero culpable sigue libre. Smith es un esbirro, procede por dinero, no movería un dedo sin recibir una orden y una fuerte suma por llevarse a Lily.

—¿Y si el asesino es el duque de Brandon? —soltó Wild—. Llevas tanto tiempo metiéndote en la cama de su mujer, incluso en sus propias fiestas, bajo su techo. Es un hombre poderoso.

—Podría ser, y quizás por eso te dio la nota para incriminarte —secundó Warwick.

—No, ellos tienen un pacto, a él no le importaban los tratos de su esposa, mientras fuese discreta y le diese libertad para sus *affaires*. Incluso, me compró los caballos con el objetivo de reafirmar que estamos en paz —debatió Mackay, deambulando por el salón.

—Quizás fue una estrategia con la intención de despistarte —deliberó Watford—. Llevamos tiempo tratando de averiguar por qué nos eligieron, en tu caso, eso tendría sentido.

—Sal de aquí, Callie —le pidió Draymond a la joven, para que no continuase en aquel ambiente de palabras impropias—, ve a descansar. Pide que te preparen un té.

—No, no estaré tranquila —se negó. También estaba preocupada.

Todos la apremiaron a salir hasta que la muchacha terminó por aceptar.

—En esa época nosotros cuatro no teníamos una amistad —dijo Mackay para referirse a los malditos—. ¿Por qué Brandon querría perjudicarlos también?

—Eso es lo que tendremos que averiguar —convino Watford.

—Si es así, ahora mismo voy a su casa. Así tenga que coaccionarlo para que hable, responderá de inmediato —decidió Mackay y se volvió a Draymond—. Alec, ¿podrías quedarte con Callie y las damas Luddesdown? Ahora volvemos a estar bajo amenaza.

—Cuenta con ello. Esperaré tu regreso. Mi esposa está en casa de su hermano donde estará protegida. Le escribiré para ponerla al tanto.

—Iré a ver a Céline y a reforzar la seguridad de mi casa, me uniré en breve a la búsqueda —avisó Watford.

—Te acompaño —ofreció Wild a Mackay.

—Iré a Rundell & Bridge y alrededores a investigar —propuso Warwick y Gaven le

agradeció con una mano sobre el hombro, antes de salir a buscar su montura.

***

El mayordomo del duque de Brandon puso reparos al tener a Mackay y Wild ante su entrada principal, pero estos no aceptaron sus negativas, empujaron la puerta con brusquedad e invadieron la casa. Ante el alboroto, North apareció y trató de calmarlos cuando escuchó el motivo de su presencia.

—Si lady Lily está en problemas, seré el primero en colaborarles. No permitiré que nada le pase. No obstante, no entiendo, ¿por qué irrumpen señalando a mi padre? Lo conozco, es frívolo a veces, pero no vil —les explicó, sin poder dar crédito a sus acusaciones—. Mi madre es quien odia a lady Lily, sin embargo, no iría más allá de calumnias o rumores.

Mackay lo miró con seriedad, parecía que hablaba con la verdad.

El duque no tardó en aparecer en el vestíbulo donde North trataba de aplacar a los recién llegados.

—Caballeros, ¿por qué sus ánimos están exacerbados? —preguntó Brandon.

—¿Por qué no lo interrogaron en el baile de Barrington la noche que lady Regina falleció? —atacó Mackay.

—¿Y a qué viene esa pregunta? —rebatió con autoridad el duque.

—Interrogante válida. Usted fue el único invitado que no respondió el cuestionamiento del magistrado —secundó Wild.

—Padre, solo haga lo que le piden. Lady Lily ha desaparecido y los caballeros creen que está conectado con lo ocurrido a lady Regina. Buscan a los culpables —aclaró North.

—¿Y pierden el tiempo con nosotros? —Brandon chasqueó la lengua.

—Haga lo que le dice, a fin de cuentas no tiene nada que temer —lo apremió su hijo.

—Puede investigar todo lo que desee, lord Mackay, pero mi familia y yo somos inocentes —atestiguó el duque—. Durante el baile, me sentí mal y, ni siquiera, pude trasladarme de inmediato a mi casa. Pasé el resto de la velada en unas habitaciones que el mismo anfitrión me cedió. Por supuesto, que mi esposa y mi hijo no iban a quedarse disfrutando de la fiesta, mientras yo estaba delicado de salud. Me descompensé, pensé que era mi fin. El médico, el ama de llaves y un lacayo de Barrington, pueden dar testimonio de que estuvimos ahí cuando ocurrió el funesto hecho. Incluso, el magistrado nos dejó retirarnos antes, al no considerarnos sospechosos. El doctor nos acompañó todo el trayecto. Entiendo su frustración ante la desaparición de la joven, pero está perdiendo tiempo valioso buscando en el lugar equivocado.

—Todo es cierto —sostuvo North.

—Hoy en la mañana vino lord Seymour a devolvernos un monto considerable, la cantidad correspondía a una deuda que había contraído con mi mujer, me relató las amenazas en su contra. Cabe mencionar que, me sentí muy consternado por lo lejos que llegó la duquesa. Si yo fuese el malnacido que usted pretende, ¿habría ofrecido mis disculpas a Seymour? Incluso, al saber que su futuro cuñado pagó para que él se librara del compromiso, le prometí que podía negociar con usted para comprarle una cuadra completa de purasangres, como ya hice una vez. A modo de tratar de solucionar el desastre ocasionado por mi esposa. Supongo que no es fácil desembolsar tal fortuna en favor de otra persona. Admito que desconocía las maquinaciones de Chastity con respecto a Seymour. Y ya le he puesto un correctivo.

—Pueden corroborarlo con Seymour —intervino su hijo.

—Chastity ya ha colmado mi paciencia —continuó el duque—. No solo por haber

hostigado a la muchacha durante algunos años, es su falta de límites, en una sociedad donde los límites, la mesura y la discreción son la base más sólida en la que se puede apoyar un ducado. Por la tranquilidad de mi familia y la conservación de la honorabilidad del título, la envié a mis tierras, donde no podrá continuar suscitando intrigas que pongan en riesgo nuestro apellido.

Mackay ni siquiera se preguntó si Su Majestad lo permitiría, sabía que el rey también se había cansado de sus manipulaciones.

—¿Para siempre, padre? —averiguó Henry, quien a pesar de reprobar el comportamiento de su madre, la quería.

—Tendrás que visitarla, hijo, si deseas seguir disfrutando de su compañía. La solución que he encontrado también la va a beneficiar. Si continúa por el camino que ha decidido recorrer, terminará arruinando su reputación y será condenada al ostracismo social, y nos arrastrará con ella. He logrado disipar los rumores que se ciernen sobre mi esposa —reconoció tras una rápida mirada a Wild, no dudaba de que ya estuviera enterado—, pero si sigue terminará siendo sorprendida en una situación indecorosa y ya nada nos podrá salvar. Al menos, le estoy dando la oportunidad de mantener su honorabilidad intacta, y así le será más fácil soportar la lejanía.

Para la duquesa vivir lejos de Londres y la vida social era el peor castigo que podría recibir. Por más que exigió otra oportunidad, su esposo no le dio tregua debido a sus indiscreciones.

—Sigo sin entender por qué pensaron que mi padre… No tenemos nada en contra de Barrington, ni los suyos —alegó North.

—Hanks está en la cárcel y… —Comenzó Wild a explicar, pero de inmediato fue interrumpido.

—¿Acaso no lo saben? Todo Londres está al corriente… —Se volvió al mayordomo y le ordenó traer el *magazine*.

Mackay y Wild lo leyeron a la par completamente desconcertados.

MONTAÑAS DE HUMO
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
20 de abril de 1821

Por falta de evidencia incriminatoria, el señor Hanks fue puesto en libertad la mañana del día de ayer. Su testimonio y el de algunos sirvientes lo eximen totalmente de la posibilidad de haber perpetrado el siniestro. Hanks ha girado la atención de los investigadores hacia lord Barrington… Inconcebible, pero cierto. El exculpado afirma que el padre de la infortunada debutante era el más interesado en la boda, y ha atestiguado lo escuchado de la boca de lord Barrington y lady Regina en una discusión.

El señor Hanks refiere que calló lo oído por respeto al dolor de la familia, pero estando cercano al cadalso no ha tenido más remedio que declarar. Es cierto que ella se negaba a aceptar el compromiso con ímpetu, pero tras la carta de la muchacha exponiendo su negativa, él se acercó a otra familia para procurar un trato similar. Ofrecimiento que fue aceptado, pero que se malogró tras el escándalo de la muerte de la debutante, lo que lo obligó a regresar a sus tierras, la familia en cuestión lo ha corroborado.

Las palabras de lord Barrington puntualizaban que la prefería muerta, si no accedía a desposarse con Hanks. Y, aunque, el padre de la joven intentó negar su amenaza, Hanks tiene testigos, sirvientes de Barrington, entre los que destaca el mayordomo de la residencia. La marquesa, quien se negó a declarar, también presenció el hecho. Las personas del servicio contaron lo escuchado, porque seguramente fueron coaccionados para hablar hasta de aquello sobre lo que no fueron interpelados.

La pregunta que nos estamos haciendo ahora es: ¿Interrogarán al padre de la debutante? Sería una abominación, cualquier cosa se dice en un momento de ira, pero el marqués adoraba a su hija. Es inadmisible que, además de la pérdida, tenga que lidiar también con calumnias sobre su persona.

Porque para nosotros está muy claro lo que sucede. Intentan desviar la atención de los verdaderos culpables. Montañas de humo que solo buscan alejar la investigación del camino correcto. No olvidemos quiénes dieron las pistas falsas a las autoridades responsables del caso. ¿Anónimos? Bien podrían provenir de los cuatro caballeros malditos, quienes disfrutan impunemente de una inocencia que se les debe arrebatar cuanto antes.

—Caballeros, tenemos que irnos —informó Mackay apretando los puños, el maldito de Hanks estaba libre.

—Los acompaño, no me quedaré tranquilo hasta saber que la dama está a salvo —planteó North.

—Mientras más personas ayuden, la podremos encontrar antes —opinó Wild.

Mackay asintió, solo quería hallarla.

En breve, mandó una nota a Julian con un lacayo, para que se reuniera con él en la residencia de Hanks. Mismas misivas envió a Watford y Warwick. Sin tiempo que perder, cabalgó en Kelpie rumbo a la mansión del americano.

Los tres llegaron antes que los demás convocados y llamaron a la puerta, donde les abrió el ama de llaves, muy afanosa, y queriendo despacharlos de inmediato. Parecía muy ocupada.

—El señor Hanks no se encuentra —informó la mujer, refregando sus manos en el blanco delantal.

—¿Dónde está? —preguntó Mackay.

—Regresó a América, y no sé cuánto tarde en volver.

—¿Ha renunciado a sus deseos de casarse con una dama inglesa? —preguntó Wild con un guiño, mientras le ofrecía unos chelines—. Si la información es más sustanciosa podrá recibir más.

—El mayordomo ha renunciado, ha quedado en malos términos con el señor, es quien puede brindarle más información. Ahora les pido que me dejen seguir, no quiero perder mi trabajo.

—¿Dónde podemos encontrarlo? ¿Sabe si tiene una nueva posición?

—Está recogiendo sus pertenencias aún en su dormitorio…

Mackay dejó a la mujer con la palabra en la boca cuando atravesó el vestíbulo y siguió rumbo al amplio salón. Todos los muebles estaban cubiertos con paños de algodón, lo que apoyaba las palabras del ama de llaves… Se dirigió a las escaleras de servicio y no se detuvo hasta llegar a las habitaciones de los sirvientes. Le preguntó a un lacayo por el dormitorio del mayordomo y este le señaló una puerta abierta. Se introdujo y carraspeó, para que el hombre que guardaba prendas de vestir en un pequeño baúl se percatara de su presencia.

—¿Dónde está Hanks? —Fue directo al grano.

—No quiero más problemas con ese señor, milord. Bastante bajo he ido a caer al aceptar su ofrecimiento de servir en su casa. El dinero corrompe. Tras el escándalo desatado en su nombre, no creo que otra familia respetable vuelva a contratarme. Además, en su infinita soberbia se negó a darme recomendaciones… Tendré que abandonar Londres y servir en el campo… a alguien de la baja nobleza, que quizás no puedan permitirse pagar a un mayordomo. —Se veía ofuscado y lleno de resentimiento contra Hanks.

—¿Lady Lily? ¿Sabe si tiene a lady Lily?

—Ya he dicho que no quiero más problemas con ese señor. —El miedo se traslució en sus ojos, pero también la indignación.

—¡Hable o lo degollaré ahora mismo! —rugió Gaven. Aquel hombre sabía más de lo que decía.

Wild y North ya estaban tratando de encontrar un lugar donde acomodarse en el escueto perímetro. Habían escuchado todo.

—¿Cuánto dinero cuesta la información que posee? —inquirió Wild.

—Le ofrezco la posición de mayordomo en una de las casas de mi padre, el duque de

Brandon. —Trató de tentarlo North, sabía que un sirviente agraviado olvidaba su fidelidad al antiguo amo.

—Acepto porque estoy destruido, pero no piensen que soy alguien malvado. Mi necesidad habla por mí. No tengo donde pasar la noche. ¿Por qué creen que he renunciado? Mi código de honor ya no podía soportar los atropellos del señor Hanks, golpeando sirvientes, tratándolos como si fuesen de su propiedad. No sé si tiene a la dama, pero su conducta desde su liberación fue errática y muy destructiva. Eso sí, maldijo a todo aquel que se le cruzó por delante, y acusó a lady Lily Ann Brownlow, con calificativos que no puedo repetir, porque sostiene que solo ella pudo ser la informante que reveló donde guardaba los documentos que lo incriminaron.

—¿Algo más? Esto es grave. La dama ha desaparecido y si usted no cuenta lo que sabe puede ser acusado de complicidad —continuó North.

—Es todo lo que sé, milord.

Abandonaron con los entrecejos fruncidos la planta destinada para el servicio, y bajaron con la intención de marcharse, entonces el ama de llaves los puso al tanto.

Un mensajero de lord Seymour los esperaba con la orden de conducirlos a su residencia. Partieron cuanto antes.

***

Cuando arribaron fueron guiados hasta los establos. Julian los aguardaba, allí estaba Hanks con las manos atadas a su espalda… y amordazado con su propia corbata. Frente a él, sobre una paca de paja cuadrada descansaba papel, pluma y tinta.

—Pero ¡¿qué demonios?! —gruñó Mackay.

—Creo que estamos metidos en un lío —masculló Julian—. Lily podrá explicarte mejor, pero…

El escocés percibió en la mano de su futuro cuñado la pistola que le regaló a su prometida.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó con el corazón agitado, disparando borbotones de sangre frenética, que elevaron su temperatura corporal, hasta que el calor se le hizo insoportable. Trató de aflojar el nudo de su corbata, cada segundo sin una respuesta sentía que se asfixiaba.

—Gaven —musitó Lily saliendo de una de las cuadras. Ella caminó hacia él, quien corrió para acortar la distancia. La encerró en un apretado abrazo, mientras exhalaba toda la angustia que sintió.

—¿Qué ha sucedido? —No dejaba de revisarla en busca de algún rasguño.

—Estoy bien. ¡Estoy bien! —soltó en un grito ahogado para que Gaven se tranquilizara—. Al entrar a Rundell & Bridge vi al señor Hanks, estaba recibiendo una cantidad de lingotes de oro y joyas que mandó a confeccionar antes de ingresar a la cárcel. Lo escuché hablar con el joyero, aseguró que estaba yendo rumbo al puerto, abordaría un barco para nunca más regresar. Sus propiedades quedarían a la venta… Yo tenía escondida en la sobrefalda la pistola que me regalaste, como me dijiste, para defenderme en caso de ser necesario. El muy truhan estaba huyendo para evadir su responsabilidad. Iba a llevarlo directo hasta las autoridades, pero consideré que primero, debía consultarlo con Julian y contigo.

—*Lassie*, ¿qué le hiciste al señor Hanks? —exigió con un tono perplejo. Sintió un escalofrío recorrerle por la espina dorsal de imaginar el peligro al que se expuso.

—No podía dejar que escapara. Seguro compró con su sucio dinero su libertad o usó algún ardid para fugarse de la cárcel. Estabas tan feliz recuperando tu inocencia, limpiando tu reputación. Debe pagar por su crimen —agregó con firmeza y resolución.

—¿No has leído los diarios hoy?

—Mi madre prohibió las columnas de cotilleos en la casa, y otro tipo de periódicos solo los lee Julian.

—Las autoridades pusieron a Hanks en libertad, lo consideran inocente —explicó Mackay.

—Eso me dijo mi hermano cuando arribé con el canalla. Acabo de leerlo —indicó mostrando el papel arrugado sobre la paja seca.

—Se lo comenté en cuanto me mandó a buscar con el mozo de cuadra, pero ya había traído al hombre a punta de pistola, lo subió al carruaje de Hanks, y le exigió que le ordenara al cochero dirigirse a nuestra residencia. En cuanto arribó, mandamos un aviso a tu casa, pero ya habías salido. De ahí el mozo intentó llegar a la propiedad del duque de Brandon, porque el conde de Draymond nos dio la indicación de tu paradero, pero igual mi mensajero llegó tarde. Fue un alivio que enviaras instrucciones de donde encontrarte.

Hanks no dejaba de berrear e intentar zafarse de los amarres.

Mackay negó con el entrecejo fruncido.

—No podemos retenerlo a la fuerza. —Aunque trataba de encontrar una justificación para hacerlo.

—Explícaselo a tu futura esposa, está convencida de que Hanks es culpable y que usa una treta para salirse con la suya —refirió Julian.

—No lo soltaremos hasta que escriba su confesión. —Lily comunicó resuelta.

North y Wild no abrieron la boca, el primero tenía los ojos muy abiertos, asimilando que la dama tuviese tales agallas. Wild, sonreía, mientras reflexionaba en que Lily y Mackay eran tal para cual.

—¿Cómo resolverás este lío, amigo? —preguntó Wild al fin—. Apoyo a tu prometida. Hanks debe admitir que contrató al señor Smith para sus fechorías o le saldrán raíces en este establo.

Mackay negando se acercó al prisionero y le soltó la mordaza.

—Si gritas, haces un aspaviento o insultas a alguno de los presentes, yo mismo te degollaré, maldito. Si eres inocente, convénceme de lo contrario.

—¡Qué vil atropello! —masculló Hanks cuando por fin pudo hablar—. Usted no es una dama, lady Lily. Dios me libró de desposar a una…

—Dígalo, infeliz, y le soltaré las manos solo porque tengo principios y no golpearé a un hombre que no puede defenderse —lo amenazó Mackay.

—¿Sabe cuántas damas me han rechazado desde que llegué a Londres? Y todas siguen respirando, milord. ¿Por qué arruinaría mi vida solo por una negativa? Cuando recibí las resueltas letras de lady Regina, comprendí que sería un incordio soportar su irritación durante toda mi vida, así que me abrí a otros horizontes. En el bolsillo interior de mi levita hay una carta, léala. Si eso no lo convence no sé qué lo hará. Así como los cuatro caballeros malditos son sospechosos y están en libertad, tendré el mismo beneficio de la duda. Las autoridades me exculparon, ¿quién es usted para exigir lo contrario?

El remitente era de Norteamérica, Lily reconoció el sobre, justo el que llevó el lacayo a aquella habitación donde lo siguió para dar con las demás cartas y el contrato.

—Continúe —exigió Mackay.

—Cuando lady Regina me mandó aquella misiva, me enojé mucho, pero después comprendí que insistir solo me traería desgracias. Le contesté igualmente por escrito, le dije que era libre, siempre que ella convenciera a Barrington. Fui enfático. Le correspondía notificar a su padre de la disolución del compromiso, porque yo firmé un acuerdo prenupcial, donde si me

arrepentía tendría una fuerte penalización económica. Además, había dado mi palabra y no podía retractarme. Ahora, si era Barrington y lady Regina quienes se retiraban yo quedaría libre.

Ella me escribió de vuelta segura de que lo iba a convencer. Al marcharme a Norteamérica me llevé la carta conmigo. Era mi salvoconducto, pero las autoridades jamás me creyeron sospechoso hasta que recibieron la información anónima en mi contra. Por eso nunca la utilicé.

—¿Por qué guardó todas esas cartas en el secreter? —atacó Mackay.

—Porque conformaban las pruebas en contra de Barrington. Las dejé escondidas, y solo me llevé la más importante. Aunque piensen que soy un ser desalmado, también me conmovió la pérdida de la debutante. Por un momento, creí que sería mi esposa. Al regresar a Londres, y encontrar tal alboroto todavía sobre el asesinato, mandé a que me enviaran la carta de la despedida para tener una excusa en caso de ser necesario. Para las autoridades fue resoluto, junto a las demás evidencias que aporté. Ahora lo único que deseo es abordar ese barco para no regresar jamás. De haber sabido que sería tan engorroso casarse con una dama inglesa, lo habría pensado dos veces antes de arribar a estas tierras con esas ambiciones.

5 de julio de 1819

Señor Hanks:

Agradezco que haya recapacitado. A los dos nos habría esperado un infierno de habernos casado. Se ha ahorrado problemas, y ha contribuido a que mi vida no se desperdicie en intentar hacerlo miserable. En la noche, durante el baile, hablaré con mi padre para explicarle que usted ha decidido declinar su ofrecimiento. No lo hago antes, porque sé que será un duro golpe para mi progenitor, y confío en que, con la casa atestada de invitados, no le quede más remedio que contener su ira y controlarse.

Lady Regina

Mackay se acercó al hombre con mil ideas en la cabeza. Tal vez Lily había cometido una locura. Hablarían al respecto para persuadirla de que jamás… jamás se pusiese en igual situación. Pero lucía bastante contrita como para agregar otro regaño al que le proporcionó su hermano. Desamarró a Hanks, sin bajar la guardia.

—¡Lárguese de aquí!

Con la arrogancia carcomiéndole las entrañas, mascullando improperios, Hanks tomó una fusta que estaba colgada junto a otras en un poste cercano, y arremetió contra Lily, como estaba acostumbrado a hacer con sus sirvientes y sus esclavos.

—¡Maldita, mujer del demonio! ¡No te saldrás con la tuya! Te denunciaré ante las autoridades.

Antes de que la fusta lastimara el embravecido rostro de la dama, Gaven detuvo la mano del hombre y le quitó el instrumento con que pretendía dañarla. Hanks trató de abalanzarse contra el escocés, pero este lo derribó de inmediato de un puñetazo.

Watford y Warwick aparecieron juntos en ese momento y los pusieron al tanto, mientras North y Julian cargaban a Hanks y lo subían a su carruaje, dándole instrucciones al cochero de que lo llevase al puerto, por donde esperaban que embarcara para no volver jamás.

Warwick traía información valiosa. Había descubierto que Hanks acudió en horario similar que Lily a la joyería, pero ante la explicación recibida, guardó silencio, pues ya no era relevante.

—¿Volvemos a estar con las manos vacías? —Fue todo lo que preguntó.

Comenzaron a hacer recuento de las piezas del rompecabezas que aún quedaban en pie en su investigación.

—Ahora conocemos dos cosas importantes, lady Regina comprometió sus afectos y ese caballero debe estar implicado o saber algo de lo sucedido —contestó Mackay—. Y también estamos al corriente de que Smith es un secuaz importante, el único que conoce la verdadera

identidad del asesino.

—Sí, Hanks no es culpable. De haber sido, no se habría dejado someter así por una mujer armada. Quien ha planeado esto es alguien con más carácter, con la suficiente frialdad para fraguar cuidadosamente cada paso a seguir. No se desanimen, amigos. También tenemos los dibujos detallados de las dagas de Smith y el cochero, sabemos que usaron una berlina negra, y será más fácil identificar a Smith por la cicatriz en la mano… —alegó Wild—. Si damos con él, llegaremos al asesino.

—¿Conocería Barrington la identidad del caballero al que la joven destinaba sus afectos? ¿Será por lo que…? —Watford no pudo terminar, la idea en su mente era aborrecible—. No, no puedo creer que el padre haya causado tal fin a su propia hija. El marqués está desconsolado. Quizás el hombre que la joven amaba no era digno de merecerla y por ello su progenitor se expresó de esa forma.

—No fue Barrington. Es descabellada la acusación de Hanks —sostuvo Mackay—. Lady Regina le comunicó su resolución durante el baile, no tuvo tiempo de contratar a los sirvientes. Además, ¿por qué mataría a la gallina de los huevos de oro? Necesitaba a su hija. Es otra persona con diferentes motivos. Estamos frente a un sórdido adversario.

—Comencemos por buscar a los dueños de las dagas, la de Smith es grande y curiosa, estoy seguro de que habrá llamado la atención —propuso Warwick—. Indaguemos en cada posada, burdel y casa de apuestas al hombre de la cicatriz en la mano… Algo tendrá que aparecer. Y, en cuanto al asesino, aún nos quedan Dudley, Perth y Hereford por investigar de nuestra lista de sospechosos. Pero, como la descripción física a la que nos apegamos corresponde al secuaz y no al homicida, ya son irrelevantes. Es muy probable que ninguno de ellos sea el culpable.

—Centrémonos en descubrir la identidad del enamorado de lady Regina —opinó Wild.

Cuando todos salieron del establo, Julian les permitió a los prometidos quedarse unos minutos a solas. La pistola que conformaba el regalo estaba en la mano de la dama.

—Si vas a confiscarla porque consideras que es un peligro en mi posesión, no opondré resistencia —comenzó Lily a la defensiva, por una vez que daba un paso al frente para hacer algo heroico y todos los caballeros la miraban como si hubiese enloquecido—. Pero es de mal gusto quitar un regalo cuando ya se ha entregado.

—Lily… —En su mente estaba tomando forma un sermón con proporciones gigantescas.

—Solo quería ayudar… Al menos, ya sabes que Hanks es inocente. Eso es un paso considerable de avance en tu investigación…

—Mi investigación… —repitió sopesando todo lo que pasó por su mente, los peligros que imaginó que ella sufrió, mientras sometía a Hanks. Negó ante su osadía. ¿Dónde quedó su pequeña *lassie*? Lily no se daba cuenta aún, pero se fortaleció tanto desde esa noche que la conoció frágil, cubierta de llanto.

—Esa carta, yo estaba ahí cuando el lacayo la introdujo a la habitación, pero no la leí por no romper el bendito sello. —Seguía meditando—. Si lo hubiese hecho, tal vez…

—Amor, debemos encontrarte algo donde encauzar esa energía que se desborda en ti. Olvida las pistas, los crímenes y…

—Solo buscaba protegerte, como haces conmigo. Quiero cuidarte, Mackay. ¿Qué sería de mi vida si no estás? —objetó resuelta—. No aceptaré imposiciones. Si depende de mí, que sigas respirando, no me quedaré de brazos cruzados.

—Y te lo agradezco, pero… ¿A quién le corresponde cuidarte, querida? —enfatizó—. Soy el hombre, es mi papel —replicó, mientras pensaba cómo rebatirle su punto.

—Dudo que ese argumento me convenza. Jamás dejaré de velar por tu seguridad, como tú lo haces por mí.

—*Lassie*… —Era imposible reflexionar con ella cuando tenía la razón. Por eso la valoraba todavía más. Sin embargo, aunque Lily se empeñara en «mantenerlo respirando» él se las arreglaría para que lograra su cometido sin ponerse en riesgo jamás.

La abrazó con toda la fuerza de su corazón, con el amor latiendo en su pecho tan fuerte como el retumbar de un tambor. Y después, buscó sus suaves y deliciosos labios que siempre sabían a miel y se perdió irremediablemente en ellos.

Epílogo

A Lily se le llenó el pecho de gozo al contemplar los ojos de Gaven, estaban repletos de promesas de un amor perdurable. Dos veces el ministro tuvo que llamarlo al orden, el escocés quería comérsela a besos antes de que los declararan marido y mujer. Con las manos entrelazadas escucharon la ceremonia nupcial. Fue tan hermoso presenciar la mirada de un hombre enamorado, y los suspiros de una novia que, hasta hacía pocos meses, vaticinaba quedarse soltera para siempre. Y en ese instante, ambos eran protagonistas de una mágica historia de amor, justamente ellos, que no imaginaron unir sus vidas jamás a otro ser.

Cuando abandonaron la iglesia adornada con cientos de flores, subieron a una carroza engalanada con cintas. Era impulsada por diez caballos frisones de tiro, de lustroso, abundante y ondeado pelaje azabache, que cabalgaban a paso lento y elegante. Los invitados, en una procesión de carruajes y jinetes montados en los purasangres de las cuadras de Mackay, siguieron el vehículo con los recién casados.

Todo un espectáculo a la vista, que los londinenses disfrutaron y del que hablaron durante semanas.

La recepción en Luddesdown House fue sencilla e íntima. Solo invitaron a entrañables amigos de las casas: Watford, Wild, Warwick, Draymond, Pemberton y las damas Luddesdown, que ya eran parte de la familia Mackay.

Y de ahí marcharon a su luna de miel. Comenzaron un viaje por todas esas tierras que Lily siempre quiso conocer. La última aventura fue tomar un barco rumbo a Edimburgo, donde permanecieron unos días y se volvieron a embarcar hasta Tongue House, la residencia oficial de los Mackay.

Cuando Lily abandonó el bote que los condujo del barco a la costa, se quedó sin palabras.

—¿Pensaste que sería más civilizado? —preguntó Mackay, aunque su esposa demostró ser una mujer valiente, Tongue House y sus terrenos circundantes quizás eran más silvestres de lo que podía esperar una dama inglesa—. El viaje por tierra habría sido muy lento, y lleno de más vicisitudes.

—Es justo como lo describiste. —Con el viento despeinando su recogido, susurró admirando las bellezas naturales que prometían una vida llena de paz.

—Espera que veas la casa —murmuró animado. La alegría en los ojos de Lily no se podía disimular. Si ella se enamoraba de las Highlands, como él, podrían quedarse todo el tiempo que sus compromisos parlamentarios, no los obligaran a permanecer en Londres.

Los sirvientes ya los estaban esperando, si se les podía llamar así. Los hombres recibieron a Mackay con apretados abrazos, y las mujeres le hicieron bromas cariñosas sobre su nuevo estatus de hombre casado. Lily se sintió acogida en un entorno tan familiar, que lo supo de inmediato, ese sería su hogar, ahí quería tener a sus hijos y verlos crecer llenos de libertad.

—Quiero conocer el sitio en el que criaste por primera vez a tus caballos, donde nació Kelpie —le susurró.

—Nada me dará más gusto. Pero hay un recorrido que tiene prioridad.

—¿A cuál te refieres? —preguntó ávida de conocerlo.

Mackay la alzó en brazos y la introdujo a la propiedad, acompañado por las risitas de los criados. Ella iba observando llena de asombro todo lo que se cruzó en el trayecto hacia sus aposentos. Deseaba conocer cada rincón de su nueva residencia, pero en brazos de su esposo apenas pudo retener la imagen del salón principal, de los pasillos, las escaleras y de los muebles de roble que destacaban sobre los demás.

—Aquí —le dijo depositándola frente a uno de los ventanales de la habitación principal y colocándose a su espalda. La rodeó con sus brazos.

Tongue House, como un refugio paradisíaco, estaba protegida por los bosques que la rodeaban, y desde la ventana de la habitación se podía apreciar las fantásticas vistas de la bahía.

—¿Esto veremos todos los días al despertar? ¿Cómo fue crecer en estas tierras? —Volvió la vista del paisaje a los ojos azules de su amado, del tono exacto que tenía ese mar.

—Solitario —contestó encerrándola cada segundo más en su abrazo.

—No te creo, se nota que estas personas te aprecian. —Su tono se volvió juguetón cuando sintió que la virilidad de su esposo se iba endureciendo mientras más se acercaba a su cuerpo.

—Pero ahora me doy cuenta de que, con una compañera habría sido más…

Lily giró dentro del cerco protector.

—¿Más qué? —Su voz era un ronroneo, ni siquiera percibió el efecto hechicero que ese hombre causaba en ella. Justo como la leyenda escocesa del *kelpie*, que atraía a personas para que lo montasen, principalmente doncellas.

—Ven —jadeó ronco sobre sus labios.

La alzó por la cintura y las piernas de ella ya estaban rodeando las firmes caderas masculinas. Con un dedo, Lily recorrió el perfil de su amado, esa frente altiva, esa nariz sublime, esos labios seductores…

—Tómame aquí, en nuestra casa…

Gaven la obligó a callar cuando asaltó su boca sin previo aviso, primero fue una lluvia de besos que salpicaron sus delicados labios, después su lengua se lanzó a una exploración profunda hasta que se conectaron más allá de lo carnal… Sus corazones latían desenfrenados, como corceles desbocados en un galope frenético…

—Nuestra cama —secundó sus palabras.

La acomodó con delicadeza sobre el enorme lecho y mientras la desvestía, adoró cada tramo de piel que iba quedando expuesto a sus ojos, a sus caricias; no se detuvo hasta dejarla completamente desnuda y apreciar su vista favorita…

Entonces, ella le exigió también ver, y Mackay no fue egoísta, se despojó de sus vestiduras y no tardó en abrigarla con su cálida piel. Lily jadeó al contacto de su tersura y calor, era un hombre grande que podría mantenerla caliente, incluso en las madrugadas invernales.

—Mi esposa —bramó sobre su oído con la voz afectada por el deseo, no se cansaba de repetirlo.

Ella sintió que un escalofrío la recorrió cuando toda su piel se erizó, pero la humedad de la lengua de Gaven sobre el pabellón de su oreja la puso a temblar.

—Dentro —suplicó con la voz entrecortada y el ritmo agitado de la respiración, dominada por un deseo abrasador. Sus uñas arañaron, más fuerte de lo pretendido, la piel de los pectorales del hombre.

—No estás lista —susurró de nuevo, sobre la piel erizada de la oreja de Lily.

—Lo estoy. —¿Cómo no iba a saber ella cuando lo estaba? Odiaba cuando él demoraba el momento de hacer que sus cuerpos fueran uno solo. Mackay no apresuraba la entrega, adoraba deleitarse en las caricias, y enterrarse en su interior, cuando Lily estaba a punto de rabiar de tantas ganas—. ¡Ahora! —exigió impulsando sus caderas hacia arriba, tratando de tomar el mando de la situación.

—*Mo chridhe* —le susurró «mi corazón». Su jadeo sonó dulce por la sonrisa que esbozaban sus labios—. ¿Cuándo te volviste tan atrevida? ¿Quieres tener el control? —Giró con las piernas de ella rodeando su cintura, dejándola encima.

—Quiero.

—Muéstrame cómo cabalga una amazona.

Lily jamás tuvo tanta libertad de acción, como Gaven tenía más experiencia en las artes amatorias, desempeñó el rol dominante o de guía cada vez que estuvieron juntos. Era su oportunidad de explorarlo a sus anchas, de demostrar que también podía lograr que él perdiera la cordura, y ese poder que sintió, de hacerlo retorcerse de deseo, la excitó todavía más. Tomó en su mano el miembro viril y lo masajeó suavemente. Subía hasta la punta, donde le prodigaba un corto placer y después llegaba hasta la base, a la par que a él se le escapaban gemidos roncos llenos de goce. Su osadía rindió frutos, él ya estaba respirando agitado.

La otra palma sobre el pecho vigoroso percibió los latidos descontrolados del hombre. Un movimiento más. Deseaba ser atravesada por aquella longitud dura y gruesa. Entonces, llegó más lejos, como él hizo la noche de casados, descendió hasta apoderarse de la hombría con sus labios, la degustó entera. Era la primera vez que experimentaba, y aunque no era experta, los roncos gruñidos y el rostro de Gaven, salpicado por el arrebato, le señalaron que iba por el camino correcto.

—Oh, mujer, tómame ya. —Trató de ordenar, pero estaba tan fuera de sí que su exigencia salió como un ruego.

—Esposo, aún no estás listo —jugó.

—Por supuesto que lo estoy, ¡nací listo! —rugió y Lily ya no pudo seguir torturándolo. Elevó sus caderas y descendió con un suspiro contenido a lo largo de la palpitante virilidad, no se detuvo hasta la empuñadura. Entonces, los dos gritaron al unísono.

Mackay necesitó todo su autocontrol para no revertir la posición y dejarla abajo, para embestirla como poseído. Se aferró a la cintura femenina y siguió el ritmo que su esposa marcaba, al principio lento, muy lento… casi una delicada caricia, pero muy profunda. De pronto, ella jadeó más fuerte y seguido, echó la cabeza hacia atrás y apresuró el ritmo.

Le acarició los pechos llenos, y deslizó sus manos por su nívea piel, hasta terminar en la redondez de sus nalgas, las apretó y la instó a cabalgarlo más rápido, mientras se impulsaba hacia arriba, llenándola completa.

Lily sintió el calor explotar en su vientre, una liberación fulminante, precedida por un grito de placer. Ocurrió justo cuando Gaven ya no podía más. Embriagado de fruición, derramó hasta la última gota en su interior, mientras la escuchaba extasiado.

—Te amo —le dijo agitado, y se elevó para envolverla en su abrazo. Buscó sus amados labios y los besó largamente, mientras los dos trataban de acompasar sus respiraciones.

—Yo te amo —le confesó también—. Te amo tanto que a veces siento que no puedo respirar. No puedo pensar mucho en eso, solo sentirlo, porque entonces me lleno de preguntas que no sé cómo explicar. ¿Por qué este sentimiento es tan abrumador y profundo y absoluto? —Le dio un beso en cada mejilla, en cada hoyuelo. Mientras él la contemplaba con una sonrisa descarada.

—Te quiero tanto, Lily. No puedo creer lo que el amor le ha hecho a mi vida.

—¿Y qué le ha hecho? —jugó con el pecho rebosante de dicha. No sabía que se podía ser tan feliz. Él era su amante, su amigo, su familia… su refugio, su hogar y a quien protegería con uñas y dientes de ser preciso.

—*Mo ghràdh*, jamás me sentí más vivo que ahora que estoy enamorado, que te he entregado mi corazón.

Ella ya sabía que aquella frase quería decir «mi amor».

—¿Estás enamorado? —preguntó coqueta, le gustaba escucharlo.

—Completamente enamorado, de modo absoluto e irreversible.

—Eso es hermoso de oír, *highlander*. Cuando regresemos a Londres debemos publicar en algún funesto *magazine* que estás fuera del mercado matrimonial, y también del de amantes furtivos —lo siguió provocando.

—Sabes que sí, Lily. —La miró muy serio—. Te he entregado mi corazón y mi absoluta fidelidad. Mi propósito no es solo cuidar tu cuerpo y proveerte de una vida holgada y cómoda… Estoy resuelto a velar por tu dicha como uno de mis más serios compromisos.

—También yo me comprometo, cariño.

—Lo haré, hasta el final de nuestro tiempo en esta tierra, y si hay vida más allá, también querré compartirla contigo.

—Bésame otra vez.

Un beso los hizo perderse el uno en el otro, hicieron el amor hasta quedar sin fuerzas y terminar dormidos.

***

Cuando Lily abrió los ojos al siguiente día, estaba completamente desnuda, abrigada por el cuerpo de su esposo. Intentó separarse con cuidado, dejándole un beso en la mejilla; pero la sorprendió apretando más su abrazo alrededor de su cintura.

—¿Me acompañas a la ventana? —le pidió a Gaven—. Quiero ver amanecer…

La besó en la frente y después asintió. Se levantaron a la par. Mackay tomó una manta para cubrirla de la frialdad matinal, y él en todo su esplendor, sin tapar ninguna parte de su cuerpo, caminó a su lado hasta la ventana que abrió de par en par.

Lily se apoyó en el alfeizar con la vista perdida en el horizonte.

—¿Sabes qué pienso, amor, del recorrido primordial? Fuiste un espléndido guía, pero ahora llévame a conocer nuestras tierras…

—Iremos a caballo. Le diré a tu doncella que venga a prepararte, mientras elijo a dos de mis sementales.

—No creo que sea prudente en mi estado. Sería mejor caminar.

—¿En tu estado? *Och, lassie*… ¿Sospechas que estás? Nada me haría más feliz…

—Lo sospeché desde antes de la boda, pero era bastante confuso. Fueron tantas emociones y yo… Me moría de vergüenza de mandar a llamar a un doctor por ese motivo antes de estar casada.

—¿Por eso solicitaste ese médico en Edimburgo? ¿Tus náuseas no eran sensibilidad a la comida extranjera?

—Ahora estoy bastante segura. —Sonrió—. Quería darte la noticia aquí, en tus tierras.

—En ese caso nada de galopes desenfrenados que pongan en riesgo… ¡Lily! —dijo cambiando su tono entre contento y preocupado, por un tono mandón—. Anoche te agitaste más que si te hubieses zarandeado sobre uno de mis potros. Debes cuidarte.

—Céline me confesó que incluso en estado de buena esperanza se puede… estar íntimamente con el esposo.

—Esos consejos de tus amigas me van a matar. Ven, vamos a alimentar a la criatura, por suerte estamos en el sitio indicado.

—Mackay, no soy una de tus yeguas de cría —replicó—. No tienes que engordarme, puedo cuidarme yo misma.

—Lo sé, ya lo has demostrado. Pero, me hará inmensamente dichoso creer que me

necesitas… Déjame protegerte.

—Solo para que no te mueras de aburrimiento —bromeó y se alejó de la ventana para deslizar la manta sobre su cuerpo desnudo y quedar expuesta ante sus ojos.

—Mujer, te gusta provocarme.

—Eso es verdad, pero más cierto es que también te necesito. Solo que es difícil admitirlo, es tan…

—Lo sé, *lassie*. Es depositar toda la confianza en el otro. Coincido.

—Espero que nunca dejes de amarme, porque si tengo que renunciar a quererte será el trago más amargo por el que deba atravesar.

—No, ni lo pienses. Dejar de amarte… Eso jamás ocurrirá.

No te pierdas la siguiente historia



Cómo volver a confiar
Verónica Mengual

Un suceso cambiará el curso de sus vidas. Cuatro caballeros lucharán por el amor y la redención… en la serie de romance histórico: El Club de los Caballeros Malditos.

Cuando John Anthony Hope, actual marqués de Wild, echa la mirada hacia el pasado siente desolación. Le falló miserablemente al amor de su vida. No logra olvidar a la única mujer en la que debería haber confiado, de tal modo que cuando su padre, el duque de Bridgewater, insista en que es hora de casarse…

El destino, o mejor dicho, su entrometida hermana está dispuesta a echarle una mano para que logre la felicidad, pero el enredo en el que está a punto de meterse, junto con la mancha que lleva su reputación por un escándalo que lo señala como sospechoso de asesinato, lo pondrán a prueba.

Wild tendrá que tomar la decisión más importante de su vida, porque volver a confiar no será nada fácil para este caballero que no se considera digno de ser amado y amar.

¿Podrá John conseguir redimirse ante sí mismo y ser feliz?

Atentas, porque otro caballero maldito está a punto de caer en una dulce trampa.

Agradecimientos

Queridas lectoras, a todas las que llegaron hasta aquí muchísimas gracias por darle una oportunidad a la serie y en particular a mi libro. Por ustedes nos hemos unido para hacer este sueño realidad.

Estimadas colaboradoras de las redes sociales, infinitas gracias por promocionar mi trabajo y el de mis compañeras, y hacerlo llegar a nuevas lectoras, para que se unan a nuestra gran comunidad.

A mis lectoras betas, les dejo mi agradecimiento también en estas páginas, aunque ya se los he dicho en persona. Gracias por apoyarme desde este invaluable frente.

A Janette Bajuelo y Marlene Fernández, quienes me apoyan en mi carrera desde muchísimo tiempo atrás, gracias por seguir aquí después de tantas historias.

A mis colegas autoras Hilda Rojas Correa, Verónica Mengual e Isabel Acuña, gracias por participar en este proyecto con entusiasmo, entrega, amistad, compromiso y mucho profesionalismo.

Y sobre todo, gracias a Dios y a mi familia —especialmente a mi esposo y mi hijo—, quienes siempre están conmigo, caminando a mi lado, en este hermoso recorrido que llamamos vida. Los amo.

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los best seller por los que se siente más agradecida son El corazón del duque, La pasión del marqués y Amor Sublime. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastian Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon:
http://relinks.me/MilePDBluett

Página web:
www.milebluett.com

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

CÓMO VOLVER A CONFIAR

La vida está llena de inseguridades y baches.
Sobreponerse, saltar y seguir adelante es crucial.
Para todas esas parejas que supieron arriesgarse y ganar.

Aclaración importante

A lo largo de la historia ha habido mujeres fuertes y perseverantes. Este manuscrito está inspirado en la figura de Ann Thwaytes, mujer emprendedora y exitosa que administró con habilidad una próspera empresa comercial en el siglo XIX.

Ann Thwaytes se casó con Thomas Thwaytes, un comerciante y empresario inglés que fundó una empresa textil en Leeds, Inglaterra. La empresa, llamada Thomas Thwaytes & Co., se dedicó a la fabricación y venta de paños y textiles, y disfrutó de un éxito considerable.

Después de la muerte de su esposo, en 1829, la brillante empresaria se quedó al mando del negocio. A pesar de hacer frente a las limitaciones sociales y legales que las mujeres enfrentaron en esa época, Ann demostró ser una líder y decididamente capaz. Bajo su dirección, la empresa continuó creciendo y expandiéndose.

Ann Thwaytes también fue una filántropa generosa y apoyó diversas causas benéficas y obras de caridad. Incluso participó en la construcción de la Torre del Reloj. Al igual que otras mujeres empresarias de su tiempo, su contribución al éxito del negocio familiar y su papel en la sociedad son ejemplos inspiradores de cómo algunas mujeres superaron los obstáculos de género en el mundo comercial del siglo XIX.

Así pues, queridas lectoras, espero que adoréis a mi heroína, cuya vida está inspirada en los buenos momentos de una gran mujer que dejó su propia impronta en la historia.

Prefacio

Todo tiene un principio

Northamptonshire, Inglaterra, 1816.

John Anthony Vincent Samuel —y una ristra de nombres más— Hope ostentaba el título de cortesía de marqués de Wild por el hecho de ser el heredero del duque de Bridgewater. Su posición en la vida era cómoda porque como noble y heredero de la fortuna, y obligaciones de un duque, John no había tenido problemas de verdad. Aunque sí había una cuestión dolorosa que sentía como una espina clavada en el costado. O más bien en el centro de su corazón. Como un puñal que se retorcía con cada recuerdo de ella. *Lady* Sophie Mildton. La única mujer a la que amaba y a la que podría amar. No había otra. No habría otra.

Años atrás la había encontrado en una posición comprometida con un indeseable y él la juzgó culpable de todos los cargos. Creyó que lo había traicionado.

Lord Wild había sido joven, influenciable y muy inexperto en los asuntos del corazón. También radicaba en él cierta inseguridad en lo que a mujeres se refería. No tenía que ver con su aspecto, dado que se consideraba un hombre con un físico más que aceptable. Ojos castaños del color de la miel, pelo cobrizo —nada demasiado destacable—, con un encantador hoyuelo que se formaba en la mejilla derecha cuando sonreía. Un gesto que no solía hacer demasiado, porque en su vida, últimamente, había poco que festejar.

Lord Wild había regresado hacía poco de los Estados Unidos de América acompañado por el señor Devlin Hill, un influyente empresario que había logrado conquistar a su indómita hermana Faith y con quien se había casado en sagrado matrimonio semanas atrás. Si Faith, con su temperamento inclemente y su lengua afilada, había sido capaz de conquistar a un buen, aunque duro, hombre, en el mundo todavía quedaba esperanza.

John buscaba la redención y la felicidad a partes iguales. El marqués de Wild se marchó de Inglaterra con el corazón roto y durante dicha ausencia había podido encontrarse a sí mismo. Regresó sabiendo que uno no podía huir de los problemas, porque si no se afrontaban sin titubeos siempre estarían ahí para causar tormento. Eso era Sophie. Su enfermedad y a la vez su cura. Devlin Hill, el esposo de Faith, la había encontrado para él. A la mujer a la que abandonó a su suerte, sin luchar, sin dar la cara. Su Sophie.

Había hablado con ella semanas atrás en Londres porque Devlin había propiciado un encuentro entre ambos. Ella se marchó después de otorgarle el perdón por sus faltas pasadas, pero pidiéndole que la olvidase. ¿Desentenderse del amor de su vida? Jamás. No volvería a alejarse de ella y, si Dios fuese piadoso, al fin lograrían tener lo que merecían: amor incondicional, confianza mutua, paz.

Wild la había rastreado hasta el aburrido Northamptonshire y había alquilado una casita cercana para iniciar un cortejo de lo más apropiado, por lo que llevaba una semana visitándola casi a diario, presentándose ante ella con flores y algún que otro dulce.

El primer día, ella le cerró la puerta en las narices. Al segundo, logró que lo escuchase. Al tercero, accedió a dar un ligero paseo con él por la campiña. Al cuarto, no fue a buscarla para darle a ella tiempo a digerir la situación, y también para que lo pudiese añorar un poco. Al quinto, le había dado un ligero beso en los labios para ver si ella era reacia a su contacto, porque John consideró que no había mejor prueba que esa, a fin de comprobar si la dama lo había comenzado a perdonar.

Wild se avergonzaba por completo por no haber salvado a Sophie cuando aquel indeseable

arruinó su reputación. El destino hizo que ese mismo hombre, el conde de Argyll, tratase de hundir a su hermana Faith, así que John opinaba que su error había podido destruir mucho más de lo que imaginó en un primer momento, dado que no desenmascaró a Argyll públicamente cuando debió haberlo hecho.

El día anterior, Wild no había podido encontrarse con Sophie dado que ella había tenido que ir a atender una visita urgente de la que no le ofreció más detalles.

Esa mañana, John se había propuesto que todo cambiase al fin. Había recogido él mismo unas preciosas flores silvestres y tenía en su chaqueta el anillo que había elegido cuidadosamente antes de ir a Northamptonshire para encontrarse con su dama. Se trataba de un zafiro, rodeado por pequeños diamantes, que venía a simbolizar un compromiso eterno.

John se ajustó el nudo del pañuelo de la corbata antes de llamar a la puerta de madera robusta. La familia de Sophie la había enviado a las afueras de Northamptonshire, repudiada, a vivir con una doncella y una cocinera debido a aquel suceso escandaloso ocurrido años atrás, en una casita muy humilde. Era la hija de un conde que lo perdió todo porque Argyll había tratado de aprovecharse de ella y John no se dio cuenta de la situación en aquel momento. Tenía que haberla salvado mucho antes.

Golpeó con fuerza la madera, se arrodilló de inmediato frente a la puerta y sacó la caja del anillo, mientras que en la otra mano tenía el ramo.

Sophie lo encontró en esa misma posición. Ella salió a recibirlo con un precioso vestido de mañana grisáceo, con pequeñas mariposas estampadas por la tela.

Su cara era seria, de disgusto. Wild supo entonces que algo no iba bien. Se puso de pie y se dispuso a rodearla entre los brazos porque no se le ocurría una mejor manera de tranquilizarla, de ofrecerle apoyo. La dama dio un paso atrás y él se encontró en el interior de la casa. La vista de Wild barrió el pequeño salón y descubrió varios baúles apostados unos junto a los otros.

—¿Te marchas? —le preguntó, sin rastro de formalidad dado que ellos habían vivido demasiado como para tratarse con suma etiqueta cuando estaban en un ambiente privado.

—Sí —dijo escuetamente.

—¿Hay algún problema? —trató de averiguar, mientras dejaba las flores sobre la mesa más cercana.

La situación no se parecía en nada a lo que él había imaginado. La tensión en ella era tan evidente que no se había atrevido a recitarle un breve soneto de Shakespeare que había memorizado. En verdad su mente no estaba lúcida.

—Te perdoné y te pedí que me olvidases —se excusó la dama.

John comenzó a sentir un fuerte apretón en su corazón, como si una mano hubiese traspasado su piel y comenzase a amasar su órgano vital.

—Creía que estábamos avanzando y que…

—No —lo cortó ella.

—¿No? —John frunció el ceño.

—Eso he dicho. —Las palabras de Sophie eran duras. Escuetas y duras.

—Entiendo que me queda mucho camino por recorrer y que después de lo que pasó, de mi huida a los Estados Unidos de América… —John suspiró—. No obré bien, estoy dispuesto a esperar y luchar cuanto haga falta para obtener tu absolución.

—Te lo dije en Londres, estabas perdonado.

—Te amo —susurró, sintiendo como el tesoro se le escurría entre los dedos de las manos.

—Lo sé —dijo ella con tirantez.

Los ojos de color miel de John buscaron los verdes de esa preciosa pelirroja a la que le

daría su propia vida si ella se lo pidiese, porque no merecía menos que su devoción y arrepentimiento.

—Hoy no eres la misma que estas semanas pasadas —observó incrédulo.

—Ni lo seré nunca.

—¿Por qué siento que estás enfadada? Hemos sido amigos estos días pasados y yo…

—¿Amigos? —Ella se rio sin humor—. ¿En qué clase de mundo podría yo considerarme tu amiga, Wild?

—El título… Días atrás volví a ser John para ti, pero hoy te muestras fría y guardas las formas conmigo. ¿Qué ha cambiado?

—Te perdoné y te pedí que no me buscases —insistió.

—No podía hacer eso, Sophie. Eres la mujer que amo y por ti lo dejaría…

—Estoy casada —desveló, al tiempo que levantaba la mano derecha para que él viese un anillo de esmeraldas ahí.

A John se le aceleró el pulso, de pronto le costaba respirar. Se desanudó la corbata y buscó una silla para sentarse. La miró con atención.

—Es imposible que… —comenzó a decir el marqués.

—Soy *lady* Redford.

—¿Redford? —Ella asintió—. ¿El amigo de tu padre? ¿El conde?

—El mismo.

—Por amor del cielo, Sophie, ese hombre te dobla la edad, si es que no te la triplica… —alegó con desespero.

—Y es el único que decidió que yo valía la pena, el único que dejó a un lado mis faltas y dio un paso adelante.

Wild se levantó de la silla y avanzó hasta ella para enfrentarla.

—¿Desde cuándo, Sophie? ¿Desde cuándo eres suya?

—Más de tres semanas. Mi esposo quiso que se leyesen las amonestaciones porque yo merecía una boda como el resto de las damas. Estuvimos juntos la semana anterior, pero se marchó a atender unos negocios al norte y yo vine para poner esta casa en orden…

—Y yo aparecí y la suerte hizo que nos encontrásemos.

—Sí.

—¿Una venganza? ¿Eso han sido nuestros encuentros? —Le parecía imposible de creer y, sin embargo, la actitud de ella, su mirada… Era una Sophie diferente a la de los últimos días. Una absoluta extraña. Una dama de hierro, forjada en el dolor, hecha para infligir dolor.

—Ni más ni menos —dijo con frialdad.

John retrocedió de nuevo y se mesó el cabello mientras andaba de un lado hacia el otro. Miles de pensamientos lo asaltaban. La había herido de muerte cuando la dejó sola tiempo atrás y ella se estaba cobrando lo que él le debía. No había previsto que la dama sufriese tanto como para poder odiarlo con esa intensidad. Se detuvo y la contempló.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó con los ojos brillantes. El dolor era tan grande que la decepción quedaba atenuada.

—Sí —afirmó con el mentón en alto.

—Te hubiese amado con todo lo que soy y tengo, Sophie, si me hubieras dado la oportunidad de redimirme. No había comprobado el alcance de mi daño hasta que me has anunciado tu matrimonio… Yo… Te deseo lo mejor, *lady* Redford, si hay una mujer que merezca encontrar la felicidad y a la que el destino le deba devolver todo lo que le arrebató, esa eres tú. Hubiese pagado cualquier tributo para haber sido yo ese hombre… —suspiró—. No tiene

caso decirte cuánto lo siento y, no obstante, no creo que pueda dejar de lamentar lo que nos hice hasta el fin de mis días. Definitivamente nuestra historia no era un libro pensado por la señora Radcliffe, o tal vez sí, debido a la oscuridad que hay entre nosotros.

Dio un paso hacia delante con el único propósito de tantearla, para saber si en verdad lo despreciaba tanto como se percibía. Ella desvió la mirada y retrocedió al momento. Él se quedó parado, su mente trataba de asimilar el mal sueño que estaba viviendo. No podía creerlo… pero estaba sucediendo.

—Ahora ya sabes lo que es la traición, Wild, lo que sentí cuando me consideraste culpable de haber seducido a quien casi me arrebató la virtud sin compasión. Mi esposo vino a mí sin condiciones, sin recriminaciones sobre mi pasado, y fue inmensamente dichoso cuando descubrió que nadie más que él me había poseído.

—Y pese a ello me has besado —se vio en la obligación de reprocharle con suavidad. ¡No podía acabar todo de esa nefasta manera! Ella no lo merecía, él no podía resignarse.

—Un contacto nimio que no significó nada y que vino motivado para darte esperanzas. Me costó mucho llevarlo a cabo, pero mi venganza debía ser completa. Triunfal.

Aquella dulce e ingenua Sophie que conoció se había esfumado y nunca podría regresar. Entre Argyll y él habían convertido a una hermosa y buena muchacha en lo que se presentaba ante él. Su pecado era más grave de lo que previó. No sabía qué podía hacer para enmendarlo todo. John se dio cuenta de que lo mejor era echarse a un lado. Por más que su corazón se quedase con ella, lo haría. No se enfurecería por la artimaña que Sophie había urdido, pues Lucifer sabía que él merecía residir en el infierno durante un largo tiempo por haber sido infame.

Estaba hecho. Su amor, el que despertó y no llegó a completarse, estaba muerto. Acabado. Tanto como él mismo. No debería culparla, no se atrevía a mostrarse duro, porque él había lanzado la primera piedra años atrás. Le había fallado. Un vasallo que no estuvo a la altura de las circunstancias. No era menos hombre por reconocer su mayor debilidad, su error más cruel. Sophie… Su amada Sophie…

—Sufres, mi querida Sophie, ningún hombre te ha tratado bien, y espero que Redford cambie ese patrón y sepa apreciar quién eres en verdad. Deseo de todo corazón que, pese a que yo me haya sumido en las tinieblas, tu vida vuelva a tener luz. Lo mereces.

Dejó el anillo junto a las flores y se marchó de allí con humildad, lleno de desesperación, pero sabiendo que sus palabras habían sido las más sinceras que había dicho hasta el momento.

Sophie. Ella era de otro. Se había vengado de él con premeditación, y pese a ser consciente de que solo había buscado retorcer ese puñal que él mismo se había clavado en el corazón, no podía odiarla o sentir rencor hacia ella.

John abandonó Northamptonshire habiendo aprendido una lección crucial: los errores siempre se pagaban y el precio era sumamente elevado.

Llegó a Londres y…

***

Para Faith, ser la hija de un duque había quedado atrás. Era la señora de Devlin Hill y su esposo tenía infinidad de contactos. Todos grandes amigos, siempre pensando en el beneficio de él y de ella, por supuesto. Darius Hollister era uno de ellos. Un cliente de su marido que se había convertido en un apreciado compañero de negocios. Devlin construía barcos y Hollister los usaba para el comercio marítimo. Se respetaban muchísimo.

La señora Hill dobló el papel que acababa de leer y que Hollister le había mandado a

Devlin, masculló una colorida maldición que una mujer no debería ni decir ni conocer, pero que había escuchado en la zona portuaria, donde los marineros y porteadores no tenían que hacer gala de su educación, y se encaminó hacia la puerta de salida de su amoroso hogar.

Su esposo estaba de viaje, rematando una operación naviera al sur del reino, por lo que solo estaba ella para ocuparse de la situación.

John. Su hermano, del que sabía que se había enfrascado en una misión para recuperar a la mujer que amaba, estaba en un antro del East End en condiciones… difíciles. No quedaba nadie más a quien acudir, porque si el padre de ambos, el duque de Bridgewater, se enteraba de que su hijo volvía a las andadas… Mejor no decir nada a nadie. Ella se ocuparía de John.

Tardó lo que parecieron horas en llegar a un club de caballeros que parecía bastante cuestionable, se llamaba El placer del infierno. Pasó la puerta de la entrada con la ayuda del señor Hollister, quien al verla puso una mueca de horror.

—¿Señora Hill? —graznó el dueño de la Hollister Sea Corporation.

—La misma —dijo con decisión Faith.

—¿Dónde está su esposo? —cuestionó, mientras se la llevaba a un lugar apartado para tener un poco de intimidad.

Faith echó una breve ojeada al lugar. Por fuera parecía más escabroso de lo que lo era por dentro, pues tenía un aspecto pulcro y elegante. Una canción con tintes obscenos llegaba hasta sus oídos.

—Devlin está de viaje de negocios, he tenido que venir yo misma.

—No, una mujer decente no debería estar aquí, menos con el rostro descubierto… —Darius Hollister divisó a una preciosa mujer que pasaba por su lado y la llamó—: ¡Helen! —exclamó con el acierto de que la mujer se acercó de inmediato.

—¿Hollister? —La denominada Helen usó el apellido del amigo de su esposo para ver qué podía hacer por él.

—Necesito una máscara, sin preguntas, por favor.

La mujer, ataviada con un sensacional vestido de raso verde le sonrió y luego miró a Faith con descaro.

—Es nuestra especialidad —apuntó, antes de irse, para volver unos pocos minutos después con lo demandado.

Darius procedió a colocarle el antifaz negro que le cubría media cara.

—Gracias, Helen, te debo un favor.

—No te vayas sin apostar y perder a la ruleta y estaremos en paz, sabes bien que nos gusta que los clientes se dejen el dinero aquí. —La mujer le guiñó un ojo y luego se marchó de allí.

—¿Quién es? —A Faith le gustó la actitud de la desconocida.

—Es la cantante estrella del club. No nos entretengamos más. Su hermano… —Se calló porque no sabía qué más decir.

—¿Es grave?

—Está en el *ring* del sótano.

—¡Cielo santo! —Faith tenía miedo por las consecuencias de la temeridad de su hermano, dado que sospechaba que pelear en un lugar así sería peligroso, pero en especial sentía pánico por si su padre se enterase de lo que John estaba haciendo. Maldita la hora en la que John se aficionó al boxeo.

Allá donde el duque era permisivo con su hija, era duro con su heredero. Aunque la duquesa de Bridgewater era dulce y leal con su hijo, y más severa con ella. La familia estaba equilibrada. Dos equipos divididos en una especie de contrincantes.

Faith, acompañada y protegida en todo momento por Darius Hollister, llegó hasta el lugar donde el gentío gritaba sin parar, animando al contrincante que parecía estar ganando la pelea. Ese no era John. Su hermano figuraba con la guardia baja y parecía estar recibiendo la paliza de su vida.

—No lo entiendo, él es amigo de Gentleman Jackson y sabe pelear… ¿por qué no se defiende? —John no se veía dispuesto a darle su merecido al hombre inmenso que se dedicaba a golpearlo sin pausa.

—Ese es el motivo por el que decidí enviarle a su esposo una misiva urgente. Su hermano ha estado comportándose como si nada le importase. Ha perdido una gran fortuna en las cartas y luego ha apostado sin control en la ruleta, para terminar desafiando en un combate al primer hombre de gran tamaño que se ha cruzado con él.

Faith suspiró. Lo de Sophie no había salido bien. No tenía otra explicación para el comportamiento de su hermano.

—Tiene que subir ahí, arriba, y detener el combate —le ordenó a Hollister.

—No puedo hacer eso. Sería poner en tela de juicio el honor de su hermano. —Eso, y que lo tildarían de cobarde.

—Entonces yo lo haré, porque de nada le valdrá a John su honor si lo matan. —Faith se recogió la liviana falda y dio un paso hacia el lugar donde su hermano acababa de desplomarse.

Hollister la tomó de la muñeca y la frenó.

—Yo iré —capituló.

No hizo falta que nadie se inmiscuyese en la pelea, dado que el que parecía estar a cargo de las reglas dio por finalizado el encuentro entre un desconocido sin piedad y un John que Faith intuía que estaría devastado.

Darius y la señora Hill se apresuraron a ir en busca de John. Entre su acompañante y otro hombre que Faith no conocía lo levantaron del suelo. Se le rompió el corazón al ver el estado que presentaba John. Se tragó un sollozo. La cara amoratada, la nariz ensangrentada y Dios sabía qué otras contusiones tendría en el resto del cuerpo.

—Tu apuesto rostro… —susurró Faith mientras le apartaba el pelo de los ojos.

John abrió el ojo que le quedaba medio sano.

—Se ha casado… —murmuró en cuanto reconoció a su hermana.

—Esperaba que solo fuesen rumores… —musitó—. Vayamos a casa, John, te prometo que todo se arreglará. De un modo u otro lo arreglaré todo. No importa el tiempo que me cueste, ni lo que tenga que ofrecer a cambio, pero te juro por mi voluntad que encontraré el modo de que seas feliz. Esta es mi promesa para ti, hermano.

John cayó en la inconsciencia después de ofrecerle una sonrisa triste a Faith.

La señora Hill lideró el paso hasta su carruaje. Tanto Hollister como el otro desconocido transportaban a lord Wild con todo el cuidado que podían. Lo acomodaron en el carruaje y cuando ella fue a subir, el hombre que los había ayudado la detuvo un instante.

—Tiene mi palabra de que nadie sabrá que usted estuvo en el Infierno. —Era el nombre sencillo que le daban al local los que lo conocían.

Ella cabeceó afirmativamente.

—¿Sabe quién soy?

El interpelado sonrió.

—Lo ha llamado hermano y un marqués no pasa desapercibido.

—¿Quién es usted?

—Me llaman Cook —dijo el hombre con aspecto feroz y unas cejas de lo más rebeldes y

tupidas.

—Lo he visto detener la pelea, me ha ayudado a llevar a mi hermano hasta mi carruaje, estoy en deuda con usted, señor Cook.

—¿Sabe? Este era un lugar discreto antes de que los nobles decidieran convertirlo en un club de moda. No es bueno para nuestra imagen que su hermano se deje matar en nuestra casa.

Faith chasqueó la lengua.

—Lo comprendo. Le aseguro que mantendré a mi hermano a buen recaudo. No volverá por aquí.

Él cabeceó. Una mujer fuerte y segura que no había dudado ni un instante en salir en busca de su hermano, quien no era difícil de suponer que se encontraba en un estado de desesperación absoluta. O bien era por falta de fondos, cosa que parecía improbable debido a la fortuna que había apostado y que Wild mismo juró que pagaría sin dilación, o bien era por una mujer. El señor Cook apostaba por lo segundo, dado que una fémina era muy capaz de llevar a la locura a un hombre, y la conversación breve que escuchó entre los hermanos dejaba pocas dudas al respecto.

—Estoy seguro de que lo logrará. Le enviaré de inmediato a mi médico personal.

Faith asintió.

—Yo la acompañaré —intervino Darius en ese punto—. Me ocuparé también de llevar al marqués a la cama y aguardaremos la visita de tu médico, Cook.

—Estoy en deuda con los dos —dijo Faith, mientras se metía en el carruaje.

El galeno que mandó el socio de El placer del infierno examinó a John y determinó que tenía varias costillas rotas, además de los hematomas evidentes. Le dio varios brebajes, lo vendó y comentó que lo mejor serían los cuidados tiernos de Faith, caldo de ave bien caliente y mucha paciencia.

Lo siguiente que ocurrió fue que Wild tardó cuatro semanas en poder salir de la cama, porque a sus dolencias físicas se unían las del corazón. Faith recibió una reprimenda por parte de su esposo cuando le contó lo sucedido, porque Devlin consideró que ella se había puesto en peligro al salir en plena noche sin acompañante para ir a una zona peligrosa de Londres. Lo aplacó con esfuerzo y una gran imaginación… en el lecho.

Entre todos decidieron no contarle al padre de ambos hermanos lo sucedido. Bridgewater era un hombre con poca paciencia en lo tocante a su primogénito.

Por más que Faith trató de averiguar lo sucedido con Sophie, la dama por la que sabía que su hermano suspiraba y con la que tuvo un desencuentro años atrás, él no dijo ni una sola palabra al respecto. Eludió el tema con maestría.

Y pese a que la señora Hill no lo atosigó con preguntas, sí se obligó a no olvidar la promesa que había recitado frente a su malherido hermano. Porque si Devlin era el amor de su vida, su padre, el hombre que asentó los pilares de su mundo y su hermano era la luz de su universo.

No sabía cómo, ni cuándo, pero ayudaría a John en lo que fuese. Su hermano la necesitaba y ella estaría ahí para él.

Capítulo 1

Unos encuentros sorprendentes

Londres, febrero de 1822.

Enfrentarse a un duque no era un plato de buen gusto. Cuando ese hombre era Bridgewater, su bendito padre, era todavía mucho peor. John sabía que cuando su progenitor lo convocaba en sus dominios, él tenía que acudir como un cachorro y con las orejas echadas hacia atrás. Ya no era un niño, acababa de sobrepasar los treinta años. Pero ese dato parecía que el duque no lo manejaba.

El mayordomo lo había acompañado al despacho con suma formalidad. Su madre no había bajado a saludarlo con afabilidad, como solía hacer, así que el duque había dispuesto un encuentro que sería severo, serio y Dios sabía qué más. ¿Alguna vez se acabaría llevando bien con su padre?

John tomó asiento en la silla tapizada de terciopelo azul que figuraba delante del escritorio de ebanistería. Cuanto antes empezase el *sermón*, antes podría seguir con sus asuntos. Tenía una cuestión del todo interesante que atender y se moría de ganas por empezar.

La puerta del despacho se cerró y John se levantó para recibir a su padre. Si el duque había entrado y cerrado la puerta… mal asunto.

—Padre… —lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Hijo… —correspondió el duque, mientras se sentaba en su gran sillón donde ejercía de juez y jurado cada vez que se veían en ese dichoso despacho.

—Usted dirá —lo animó a que comenzase la reprimenda.

El duque le tendió un papel escrito. John gimió al comprender de lo que se trataba.

> *LA REBELDÍA DE UN MARQUÉS MALDITO*
> *Artículo escrito por La Pluma Secreta.*
> *15 de febrero de 1822.*
>
> *¿Recuerdan el asesinato de lady Regina? Nosotros tampoco lo hemos olvidado. Ni lo haremos. Lord Wild se ha convertido en uno de los malditos más codiciados de la temporada. Poco importa que sobre él siga pesando una fuerte sospecha de asesinato. El duque de Bridgewater ha dispuesto que su heredero debe casarse y las matronas se pelean entre ellas por hacer cola frente al partido del momento para ofrecer a sus damitas.*
>
> *¿Qué no haría una familia dispuesta a todo para que su belleza se acabe convirtiendo en duquesa?*
>
> *Sin embargo, el rebelde lord Wild parece que no está por la labor de seguir las órdenes de su padre. Las malas lenguas dicen que el brillante candidato estuvo enamorado una vez y que no podrá recomponerse jamás.*
>
> *¿Qué creen ustedes? ¿Es rebeldía? ¿Es por desamor? ¿O sencillamente el marqués no se fía de poder mantener con vida a una futura posible esposa?*
>
> *Matronas, les recomendamos encarecidamente que pongan a buen recaudo a sus preciosas hijas.*

Cuando John terminó de leer el maldito panfleto lo arrugó e hizo una bola diminuta con él. La maldita Pluma Secreta los había asediado desde el principio. La muerte de aquella joven lo

puso, junto con otros tres caballeros, en el punto de mira de las habladurías más miserables.

—No me andaré por las ramas —dijo su padre en un tono mortalmente serio.

—Nunca lo hace.

—¿Te molesta que sea directo?

—Por supuesto que no, cuanto antes empiece, antes tomaré nota de sus indicaciones y ambos podremos seguir nuestros caminos.

—No eres justo.

—¿Eso implica que considera que debería serlo? —sentenció en tono regio, pero el duque sabía que se estaba burlando de él.

—¿No piensas tomarte nunca nada en serio? —lo acusó.

—En seis años no he hecho otra cosa.

El diálogo se mantenía rápido, como si padre e hijo estuviesen llevando a cabo un duelo verbal.

—La sociedad no aprueba que un noble se dedique a cosas que no sean las obligaciones inherentes al título, aunque al menos no eres un marqués ocioso, ni participas en apuestas o te relaciones con mujeres de dudosa reputación.

—Ya pasé por esa etapa y recuerdo bien que a usted no le gustó en absoluto. —John suspiró—. Antes ha dicho que no iba a andarse por las ramas. ¿Qué hago aquí?

—¿Acaso un padre no puede reunirse con su hijo?

Wild se fijó en las pobladas cejas de su padre, estaban más blancas que nunca. Su mirada se centró luego en su pelo, también más gris de lo que lo recordaba. Tenía un aspecto cansado, aunque sus ojos castaños seguían siendo exactamente los mismos. Mordaces.

—¿Esto es un ataque de melancolía? Porque las reuniones familiares en las que usted dispensa halagos y bonitas palabras, suelen producirse cuando mi hermana está presente.

—Tú eres un hombre, ¿qué hubiese sido de ti si a cada instante yo te hubiese besado y abrazado? No serías fuerte, no hubieras podido levantar cabeza después de aquel asunto con aquella mujer… ¿Cómo se llamaba?

John tragó saliva. Si nombraba a Sophie se marcharía de allí de inmediato.

—Tendrá que ser más preciso, no tengo la menor…

—¡Regina! La joven que apareció muerta hace un par de años.

El marqués de Wild se llevó el pulgar y el índice al puente de la nariz. Tan malo era recordar a Sophie como a la joven que su padre acababa de nombrar. Aunque en honor a la verdad, lo de *lady* Regina le había salpicado sin poder evitarlo.

—Padre, si me dice de una vez lo que quiere que haga… —lo incitó.

—Los periódicos siguen hablando del asesinato de *lady* Regina, como acabas de comprobar. Me imagino que las damas virtuosas y sus amorosas madres son reacias a que te acerques a ellas.

John se puso en alerta.

—En Londres, un rumor es más potente que una verdad, más si la sombra de ese asesinato cae sobre cuatro caballeros que parecen estar malditos.

—¿Seguís con esa investigación tan descabellada a la que aludieron las columnas de los cotilleos?

—No tenemos intención de descansar hasta que encontremos a quien nos tendió la trampa. Si esto es porque mi reputación sigue mancillada por aquel suceso, le juro que…

—Quiero nietos —sentenció el que parecía un juez en ese ducal despacho.

—¿No tiene bastantes con los que Faith le ha proporcionado?

—Eres mi heredero.

—Algo que jamás sería capaz de olvidar.

—No juegues conmigo, muchacho. Nuestra única obligación cuando nacemos es la de seguir proporcionando al título de un varón. Yo he hecho mi parte, para bien o para mal, tú estás aquí.

—Le agradezco su observación, estaba temiendo que esta reunión finalizase entre lágrimas y un gran abrazo de reconciliación —ironizó.

—Te quejas de que siempre he mimado más a tu hermana Faith que a ti. Tus palabras demuestran el motivo. ¿Consideras que mi hija haría alguna cosa para disgustarme?

—Considero que moriría por Faith, y doy gracias por tener el amor de mi madre. Si en algún momento he insinuado que estaba celoso de la relación que usted tiene con mi hermana, no era mi intención.

No mentía. Cuando John sentía celos de cómo su padre trataba a su hermana, su madre siempre llegaba a él para equiparar las cosas. Aunque sí podría reconocer que le hubiese gustado que su padre lo midiese sin esa vara imaginaria de la excelencia, contra la que John había tenido que luchar desde que era un chiquillo con calzas cortas… Aunque también era verdad que había hombres que todavía las usaban. En fin, lo hacía sentir inferior, lo cual no debería ser ninguna novedad, pero…

—¿Y cuál era entonces tu intención al hablar de Faith?

—Padre, entiendo que me ha llamado a su despacho porque considera que es hora de que engendre hijos. —Lo mejor era regresar al motivo del encuentro.

—No seas ridículo, John. Cualquiera es capaz de traer al mundo una jauría de niños. Lo que yo necesito es que asegures el título.

—Matrimonio…

—Eso es. Te he permitido tener tus años de correrías…

—No lo recuerdo de ese modo, más bien todo lo contrario —lo interrumpió.

—Y gracias a mis consejos eres todo un hombre. Te sientas ante mí, muestras respeto y no te dejas acobardar por mi posición.

—He sido joven y muy estúpido, pero eso fue en el pasado y, sin embargo, jamás consideré que yo, su hijo, debiese temerle.

—He hecho las cosas bien contigo —dijo pagado de sí mismo.

John tomó una larga bocanada de aire. No caería en la tentación de hablar sobre lo que su padre acababa de exponer. Bridgewater siempre deseaba ganar y John había aprendido, con el paso del tiempo, que era mejor darle la razón en todo. Su paz dependía de que cerrase la boca a tiempo durante esas entrevistas que últimamente se producían con demasiada asiduidad.

—¿Entonces dispone que debo casarme?

—Cuanto antes mejor, pero te aconsejo que hagas como Faith, elige bien.

—¿Se acuerda de que Devlin Hill no fue de su agrado en un primer momento, padre? —hubo de recordarle.

—Cuando tengas hijas entenderás el motivo. Del mismo modo que cuando sostengas por primera vez a tu heredero te darás cuenta de que… —Bridgewater se silenció. John frunció el ceño.

—¿De que debo esperar lo peor de mi hijo? —lo azuzó. Wild se había jurado no comenzar una guerra que no podía ganar, pero…

Los ojos cansados de su padre se posaron en los de John.

—Te darás cuenta de que cada movimiento, cada palabra y gesto que hagas a partir de ese

momento estará encaminado a hacer lo mejor para él. Porque todo lo que tu padre, es decir yo, pondré sobre tus hombros cuando ya no esté en este mundo, todo el legado familiar, dependerá del excelente juicio y la formidable educación que puedas darle al que será el próximo duque de Bridgewater. Estamos de paso, pero el título y nuestra fortuna deben perdurar. No ha habido nunca una manzana podrida en nuestro cesto y jurarás hacer lo que haga falta para que eso siga siendo así. ¿Entiendes de honor?, ¿de deber?

John cabeceó un par de veces. La pasión con la que su padre acababa de hablar le había dado mucho en lo que pensar. No había sido antes tan claro, ni tampoco se había mostrado tan vulnerable como en esos instantes.

—Si hay algo que mi padre me ha enseñado es a ser un hombre honorable. Usted y yo estaremos en desacuerdo en muchas cosas, pero ninguno de los dos podrá discutir que el otro carece de honor. En cuanto al deber… Soy muy consciente de que seré el duque de Bridgewater, y espero que para llegar ahí me falten muchos años.

Su padre asintió con un movimiento seco de cabeza para mostrar que compartía su punto de vista.

—¿Eso implica que aceptas casarte?

—Lo haré.

—Me alegra escucharlo, porque había pensado un largo discurso para convencerte.

—¡Déjeme adivinar! Iba a enumerar las razones más sensatas para que tuviese en cuenta su petición.

—Por supuesto.

—Y luego llegarían las amenazas.

—Me conoces bien —dijo con orgullo.

—Yo no tendré con mi hijo esta extraña relación que mantenemos usted y yo.

—Dame un nieto y luego actúa como estimes oportuno —indicó, negándose a ofenderse por la acusación subyacente.

—¿Se considera un hombre enamorado de mi madre? —preguntó sin amagos.

—Las cosas entre mi duquesa y yo son privadas.

—Daré por hecho que sí. ¿Qué hubiese sido de su vida conyugal si no hubiera dado con la mujer adecuada? Yo se lo diré —lo frenó cuando vio al duque abrir la boca—: nuestra familia sería un completo desastre.

—¿Admites que tenemos una buena familia?

—Admito, como usted dice, que tengo a la mejor hermana que pude haber deseado, y que no hubiera cambiado a mi madre por ninguna otra.

—Ah. Solo lamentas el padre que Dios te dio… —expuso con severidad y sin rastro de emoción.

—No. Usted no me levantó la mano nunca, no ha alzado tampoco la voz para llevarme al redil. Lo único que me ha faltado es que usted fuese un poco más amoroso, no solo con Faith.

—Eres un hombre, tu madre ya te ablandaba lo suficiente por los dos —señaló el duque, como si eso lo resumiese todo a la perfección.

—No negaré que cree haber hecho lo mejor para mí y por eso le honro, padre, aunque no llegaremos a saber cómo hubiese terminado yo en caso de que usted me hubiera dado un beso de vez en cuando, o un abrazo paternal.

Vio a su padre removerse en la silla. Un hombre no tenía por qué estar tan falto de cariño con sus hijos, Wild lo había visto con el mismísimo lord Watford, quien tenía a su cargo a dos niños que aportó al matrimonio su condesa, y su amigo era de lo más cariñoso con los pequeños.

—Esta reunión no es para hablar sobre las carencias afectivas que aseguras haber tenido.

—Cierto, estamos aquí para hablar de mi matrimonio.

—¿Hay alguna muchacha que sea de tu interés? En caso negativo, tu madre ha confeccionado una lista…

—Creo que no lo ha entendido, padre.

Bridgewater se acercó a la mesa y colocó los codos sobre la superficie de madera para, a continuación, entrelazar las manos.

—Ahí viene tu rebeldía. Ten en cuenta que entre las amenazas a las que antes aludías, procederá la de cortar tu asignación de inmediato. Y no seré un padre cariñoso, pero sí muy generoso.

—Estará en su derecho de obrar como considere oportuno. Tiene mi palabra de que me casaré.

—¿Por qué tengo la sensación de que tu discurso no ha terminado? ¿Te agrada mortificarme, John?

—Nunca. Mi familia es lo primero para mí, por eso le preguntaba hace escasos minutos si era usted un hombre enamorado, del mismo modo que aludía a la familia que ha construido, porque no me precipitaré en una decisión tan importante como es la de unir mi vida a la mujer adecuada para siempre.

—¿Crees que tu madre se casó enamorada de mí? No, John. Mi padre llegó con un contrato de matrimonio y el padre de mi duquesa hizo lo mismo. Eres afortunado porque te permito elegir a tu esposa y me darás lo que quiero pronto o tendremos una gran desavenencia.

—¿No he seguido siempre sus imposiciones?

—Esta la quiero ver cumplida a la mayor brevedad posible. No eres un muchacho y no me moriré sin saber que mi legado está a salvo.

—Mi hermana cuenta con dos preciosos y sanos niños que dan estabilidad a su herencia en caso de que a usted, Dios no lo permita, o a mí, nos sucediese un imprevisto que nos llevase a la tumba.

John se levantó de la silla, sacó su reloj del bolsillo del chaleco de seda marrón bordado en tonos dorados y chasqueó la lengua.

—Lo que dices es una tontería, bien sabes que el título se perdería dado que solo un primogénito y legítimo lo puede heredar. Ahora siéntate, no hemos acabado.

—Deberá disculparme, pero tengo otra cita importante y considero que sí que hemos concluido nuestra reunión.

—Dame un plazo, no esperaré una eternidad hasta que tomes en serio lo que acabo de decirte.

John le sonrió.

—Tiene mi palabra de que me casaré en cuanto encuentre a la mujer adecuada.

—Una fecha, John. No caeré en la trampa. Puede pasar un lustro hasta que…

—Padre —lo interrumpió—, como siempre, es un placer hablar con usted. Dele mis mejores deseos a mi madre cuando tenga ocasión.

El marqués de Wild comenzó a caminar hacia la puerta de salida.

—Si te marchas sin darme un plazo, comenzaré por cortar tu asignación.

—Confío en su excelente criterio, padre. Tenga buenos días —se despidió, sin darse la vuelta. El dinero no era un problema para Wild.

Lo que John no vio, fue al duque hinchar el pecho y levantar el lado derecho del labio superior derecho en señal de admiración. Su hijo podría tener muchas recriminaciones, pero

Bridgewater había hecho un gran trabajo con él y con Faith.

John Anthony era fuerte, era duro, un hombre seguro de sí mismo, sin temor a un duque que gobernaba todo lo que tenía a su alcance con mano de hierro. Sería un gran padre y el legado familiar iría a las capaces manos de su heredero.

Darle un empujoncito a su primogénito para que abandonase la soltería, tal y como le había sugerido Faith que debía hacer, fue una gran decisión.

John y Faith podrían dirigir el mundo juntos si se lo propusieran. La relación que unía a esos dos hermanos era motivo de engreimiento para Bridgewater. Siempre se tendrían el uno al otro, para apoyarse y protegerse. Nunca un padre estuvo tan orgulloso de sus dos vástagos.

***

John cruzó la larga y amplia zona verde cerca de Speaker's Corner para dirigirse hacia Rotten Row. Frente a sus ojos tenía el Serpentine, aunque no lo veía con nitidez. Había muchos jinetes alrededor presumiendo de porte y atuendo, además de sus monturas, por supuesto.

El marqués de Wild observó la tarjeta que tenía en su mano y frunció el ceño. No debería fiarse de las notas, más cuando no sabía de dónde habían aparecido y tenían el título de otro hombre impreso en tinta dorada. Porque ahí escrita había una dirección, un día y una hora; y no había decidido si acudiría.

La última vez que alguien le hizo llegar una misiva, una dama apareció muerta, se trataba de la bella e inocente *lady* Regina, hija de Fitzgerald Lightwood, marqués de Barrington, que fue degollada en el laberinto de setos de la mansión de su padre, en Hedge Place. Bridgewater parecía reacio a olvidar aquello y no era para menos. Un lugar donde empezó el calvario de los cuatro sospechosos de asesinato, a saber: Gideon Albert Graham, conde de Watford, Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay, Adrian Collins, conde de Warwick y él mismo.

La dichosa Pluma Secreta recordaba esto cuando escaseaban los cotilleos.

Una sonrisa cruzó el rostro de Wild al pensar en sus tres mejores amigos. Los apodaban los caballeros malditos y no les iba nada mal ese apelativo, porque cada uno de ellos había tenido una suerte nefasta. En el amor y también en lo referente a ser claros sospechosos de aquel asesinato que hacía un par de años que se había cometido y sobre el que se arrojaban más sombras que luces.

El destino los había unido y, pese a que Watford y Mackay se habían enmendado y disfrutaban de una vida familiar, Warwick y el propio Wild seguían estando a la deriva. Su único amigo soltero, ese era Warwick, se había convertido en un punto de apoyo claro para John.

Dos almas heridas. Eso eran Warwick y él mismo.

Los ojos de Wild divisaron una figura conocida que lo miraba desde el otro lado de la calle. Lord Bourne, el magistrado que aquella fatídica noche, cuando murió *lady* Regina, los interrogó sobre cómo habían llegado sus amigos y él hasta la víctima de ese desdichado asesinato.

John no se lo pensó dos veces y cruzó la calle.

—Lord Bourne —lo saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Confieso, milord, que había esperado que diese usted media vuelta.

Wild sonrió con suficiencia.

—Sus funciones públicas imponen, ser magistrado en un caso donde sigo siendo un candidato factible como asesino no es poca cosa, pero nunca me consideré un cobarde. Darme media vuelta y huir solo hubiese servido para echarme tierra sobre mí mismo. Puesto que mis amigos y yo somos más inocentes que un corderito recién nacido, y estamos decididos a

demostrarlo al precio que sea, no creerá que tendría la tentación de no venir a preguntarle sobre la investigación… ¿cierto? ¿Por qué no acusó al padre de la dama? —continuó con la pregunta sin darle tiempo al magistrado a responder la primera cuestión.

—¿El padre? No vi motivos para hacerle más que las preguntas de rutina, pues hasta donde yo sé, una dama bella, joven y soltera vale más viva que muerta… Ya sabe, por todos los contactos que puede traer a la familia con su boda. En cambio… cuatro hombres citados en el lugar donde una muchacha apareció muerta…

—Ah, veo que sigue desconfiando de nosotros —dijo falsamente ofendido al recordar que fue así como sus amigos y él se metieron en el lío. Fue a causa de cuatro dichosas notas que les llegaron a cada uno de ellos—. Llevamos más de dos años siguiendo pistas que no dan sus frutos, pagando sobornos a quienes nos facilitan un poco de luz, luchando sin descanso, investigando a sirvientes, y todo lo que se le pueda ocurrir. ¿Eso harían cuatro hombres culpables, lord Bourne? —lo desafió.

—Sería una buena tapadera… —conjeturó el magistrado.

John se cuadró al ver que el hombre volvía a poner en duda su palabra.

—Aun a riesgo de que piense que soy el asesino, no puedo callar. Tanto llevamos investigando que estoy al corriente de que existen unas cartas escritas del puño y letra de *lady* Regina advirtiendo que su corazón pertenecía a otro y que por eso exigía a su prometido, aquel americano… Hanks, que la liberase, y sé que también existe una daga muy…

—He visto demasiadas cosas como para no estar siempre en alerta —lo cortó Bourne sin mostrarse demasiado sorprendido por la revelación de John—. No creo en las coincidencias, no está en mi naturaleza ser confiado. Cuatro hombres que, después de que *lady* Regina falleciese, acabasen forjando una amistad tan ferviente… Y ahora lo que acaba de revelarme… Yo si fuese usted iría con sumo cuidado —le recomendó.

—Por supuesto, tiene que ver conspiraciones en todo lo que lo rodea. No se le puede ocurrir que nuestra reputación se vio enturbiada y que aquello nos perjudicó…

—No lo creo. Dos de sus amigos, Watford y el escocés… Mackay —dijo cuando logró dar con el título en su mente— están felizmente casados. No considero que el asunto les haya salpicado tanto como usted insinúa.

—Veo que seguimos estando en su punto de mira.

—Un caso no se cierra hasta que se halle al culpable.

—¿Y no debería estar buscándolo?

Le tocó el turno al magistrado de sonreír con condescendencia.

—Tal vez esté esperando a que alguien cometa un error.

—¡No me lo diga! Esos debemos de ser mis amigos y yo, porque los cuatro nos alineamos para dar muerte a una muchacha a la que conocíamos de oídas y estábamos tan seguros de salirnos con la nuestra que nos quedamos en el lugar del asesinato solo para distraerle…

—¿Es una confesión, lord Wild? —dijo con tirantez.

—Lo sería si alguno de nosotros hubiésemos tenido algo que ver.

—Sus títulos no me amedrentaron, lo confieso. He visto a hombres de la alta sociedad y de reputación intachable hacer cosas que harían al mismísimo Lucifer sonrojarse.

—¡Los hombres…! —exclamó John, burlón—. Siempre los hombres son los culpables de todos los males del mundo. Y cuando tienen un título, fortuna, posición y contactos… —John chasqueó la lengua—. Esos son los peores. Se suele señalar al inocente mientras el verdadero culpable campa a sus anchas sin castigo.

—La naturaleza del hombre es imprevisible, sus sentimientos de ira lo impulsan a cometer

temeridades y verdaderas infamias… —afirmó en tono severo y con convencimiento.

—¿Y las mujeres, lord Bourne? ¿Son tan diferentes de nosotros? ¿O acaso su naturaleza delicada no les permitiría obrar salvajemente como…? —Wild detuvo su pregunta. La tensión del magistrado era palpable. Había erguido con fuerza la espalda y mantenía los labios apretados en una fina línea blanca de disgusto. ¿A qué venía un cambio de actitud tan drástico?—. ¿En toda su carrera como magistrado no ha conocido a una mujer pasional e inteligente? Aunque no está en su naturaleza ser malvada o cruel, le aseguro que llevo conviviendo con mi hermana lo suficiente como para saber que si Faith se lo propusiera, y la afrenta fuese lo suficientemente grande, podría convertirse en juez, jurado y verdugo.

—¿Debería ir a interrogar a su hermana, milord? —lo cortó, con una ceja alzada.

—Lo que le quiero hacer ver es que usted ha cambiado su apostura cuando he aludido a que las mujeres también pueden ser crueles y solo he puesto a mi hermana como ejemplo, porque una vez le corté un pedacito de pelo y no quiera saber usted lo que me hizo… Por supuesto, no estoy diciendo que Faith sea capaz de asesinar a nadie… —Wild se quedó un momento en silencio y sonrió—. Bueno, su esposo corre peligro cada vez que ella decide que la ha agraviado, pero eso son trifulcas menores entre marido y mujer…

—Sí, sí, me queda claro que está exponiendo el hecho de que la ira no es solo inherente a los hombres.

—¿Es por eso por lo que se ha puesto tan serio y se le ha agriado el carácter?

El marqués estrechó el entrecejo para observarlo como si él se hubiese convertido en el magistrado y Bourne fuese el sospechoso.

—Nada de eso.

—Algo ha pasado. ¿Ha tenido avances sobre la investigación?

—Jamás los compartiría con un sospechoso.

—Ahí de nuevo la acusación. Queremos ayudarle, lord Bourne. Ni se imagina lo que han sido estos dos años de búsqueda infructuosa. ¿Por qué no compartiría un poco de información con un hombre que sería capaz de jurar, bajo pena de muerte y sobre la Biblia, que es inocente?

—¿Ese es usted?

—Tenga cuidado, Bourne, o diré que su olfato como magistrado se está echando a perder, porque creo que he sido más que claro en mi aseveración. Pero se lo repetiré para que se queda más tranquilo: soy inocente. Además, usted y yo sabemos que si tuviese claras sospechas sobre mis amigos o sobre mí, ya habría hecho algo al respecto. Somos cuatro buscando, indagando y no hemos logrado más que cuestiones circunstanciales y susurros que se pierden en medio de la nada. —Wild tuvo el atrevimiento de ponerle la mano en el hombro. Necesitaba apelar a su bondad o su caridad del modo que fuese—. Por favor… —susurró, para ver si lograba obtener algo que fuese sólido.

Wild observó al magistrado suspirar y quitó la mano del lugar donde la había puesto. Vio a Bourne mirar a su alrededor, no había nadie cerca que los estuviese escuchando. Dio medio paso hasta Wild y le dijo:

—No estoy convencido de que sus amigos y usted sean inocentes, aunque sí confesaré que no he logrado encontrar una conexión directa entre los cuatro y la víctima, eso les ha permitido escapar, brevemente, de mi ojo de halcón.

—Escucho una acusación en sus palabras, y lo que necesito es saber por qué mi observación sobre la naturaleza de las damas lo ha incomodado. Sé que hay algo, no seré un sabueso como usted ni tendré su pericia, pero después de dos años de pistas improductivas, me vendría bien un poco de luz. Se lo ruego, lord Bourne… —pidió con humildad.

—La información que poseo no es relevante y no…

—Se lo pido por favor… —insistió John, viendo que no lograría sacar nada en claro.

El magistrado lo miró a los ojos. Wild veía su lucha interna. ¿Qué clase de información tendría?

—No debería compartir esto con usted, tal vez no sea nada, pero al hablar de la naturaleza de las mujeres ha abierto en mi mente un recuerdo que creía tener olvidado.

—¿A qué se refiere?

—Confío en que no airee los trapos sucios, lord Wild, porque si me entero de que…

—Le juro por mi honor —Wild sonrió tibiamente al comenzar a hablar porque sí era cierto que gracias a su padre de eso poseía mucho—, que no usaré la información que me ofrezca con otro fin que el de lograr la verdad.

—¿No lo compartirá con sus tres amigos? —preguntó con una ceja alzada.

—Los cuatro y usted estamos en el mismo barco. ¿Cómo quiere que se lo haga entender?

—*Lady* Regina no era como las demás.

Wild se sintió decepcionado por lo que acababa de oír.

—Si eso es todo lo que conseguiré por apelar a su caridad…

—Escuché a su madre aquella noche decir que su hija era diferente…

—Sea un poco más claro, porque no logro…

—La madre de la víctima, *lady* Barrington, habló de que la naturaleza de su hija no era la correcta y de que Dios la había castigado. No entendí lo que quiso decir en aquel momento, pero han aparecido nuevas pistas y me hacen creer que tal vez las mujeres sí sean capaces de obrar de modo más perverso que un hombre.

—¿Cree que deberíamos buscar a una asesina? —indagó. Eso sería un giro inesperado en la investigación de los cuatro malditos.

—No he dicho eso, solo que las preferencias íntimas que se dan por hecho, a veces no lo son.

Wild se quedó pensativo. Frunció el ceño. Abrió los ojos por completo al comprender las posibles connotaciones de esa aseveración.

—¿Está usted insinuando que…?

—No he dicho nada, lord Wild, le deseo un buen día. —El magistrado se tocó el ala del sombrero y puso rumbo al norte.

John estaba quieto. Quieto y asombrado. Habían estado seguros, desde hacía un tiempo relativamente largo, de que *lady* Regina tenía un *affaire* secreto. Habían sospechado del prometido de la dama, un americano que a Wild no le era simpático, y eso que él tenía un buen concepto de los contrapartes del esposo de su hermana, Devlin Hill. Y sin embargo, jamás se consideró que el amante de Regina fuese una mujer.

¿Podría ser? Wild sintió que las sienes comenzaban a sentirse como si mil agujas estuviesen clavándose en ese lugar.

La nota que llevaba en el bolsillo comenzó a pesarle de un modo increíble. Sacó el reloj del bolsillo y comprobó la hora. Si se daba prisa podría llegar a ese encuentro.

Al igual que el magistrado, John tampoco creía en las casualidades. ¿Qué podría pasarle si de nuevo le hacía caso a una nota anónima que había aparecido de la nada?

—Solo espero que no haya nuevamente un cuerpo sin vida, porque, si eso sucede, Bourne vendrá a por mí sin piedad… —musitó en voz alta para sí mismo.

Capítulo 2

Una entrevista asombrosa

La Hollister Sea Corporation, la empresa naviera que habían heredado su hermano mayor y ella de sus difuntos padres, era lo más importante. El legado familiar debía sobrevivir. Minerva Agnes Hollister no había llegado tan lejos como para quedarse de brazos cruzados y permitir que su hermano Darius dictase su vida, aunque en parte él tenía razón en todo lo que le había dicho.

¿Por qué el destino de una mujer tenía que reducirse al de ser esposa y madre? No era justo. Le había demostrado a Darius que era una mujer competente, con un sentido comercial extraordinario, y pese a que había alcanzado los veintisiete años ya, su hermano no parecía contentarse con olvidar el asunto del matrimonio. Cierto que las razones que le había enumerado Darius eran de peso, pero…

Minerva se reclinó en la silla de su despacho, lugar en el que se encontraba sentada, y cerró los ojos.

No siempre fue una mujer fría y regia dedicada a la compañía. En su juventud había tenido los sueños de una joven enamorada… hasta que todo saltó por los aires. Tan poco convencional había sido ya por aquel entonces que tuvo el valor de declararse a un joven… ¡Qué desastre! Mejor olvidar el pasado, aunque los errores siempre volvían a presentarse para morderle el trasero. Minerva se rio de su propia ocurrencia, trabajar en los muelles había hecho que ella manejase un vocabulario fuera de lo común, pero esa era la vida que había elegido: dirigir la compañía desde su sede en Londres mientras Darius iba y venía de Boston, el lugar de nacimiento de ambos hermanos.

Llamaron a la puerta del despacho. El lacayo entró y le entregó una tarjeta de presentación. Se trataba de lord Gellywen, un conocido y reputado mecenas del Hanover Square Rooms. Había olvidado que entre las citas de esa mañana también había programado una de negocios.

En pocos minutos el vizconde y su mujer estuvieron sentados frente a Minerva.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó tras los saludos oportunos—. Oh, disculpen, llamaré para que traigan el té. —Minerva se levantó con la intención de tirar de la campana a fin de convocar a una doncella.

—No se moleste —indicó el vizconde Gellywen—. Mi esposa y yo hemos visitado a los duques de Pemberton y hemos tomado un refrigerio allí.

—Por supuesto.

—Gracias —dijo tímidamente la vizcondesa. La señorita Hollister se fijó entonces en ella. Se veía una mujer delicada, pero llena de vitalidad. Hermosa, con un color azul de ojos precioso y un cabello dorado como el sol.

Los ojos de Minerva pasaron hacia su esposo. Había notado, mientras lo vio acceder a su despacho, que era un hombre considerablemente alto y bien parecido. Rubio como su vizcondesa, pero con los ojos marrones y llevaba un bigote con las puntas bien almidonadas, o lo que fuese que usasen los caballeros para tener los bigotes tan tiesos con las puntas perfectas.

Él era mayor que ella, tal vez pasaba la treintena, la dama se veía mucho más joven. ¿Veintitrés? No tendría más de veinticinco. Hacían una buena pareja.

—He venido a visitarla porque el señor Hill me recomendó ponerme en sus manos.

—Le escucho, milord. —Devlin Hill era un americano con quien tenían relación ya que él era armador y había construido dos mercantiles para la Hollister Sea Corporation.

—Tengo un contacto en la India que se ha hecho con un suministro de… digamos

procedencia no clara de opio que me gustaría que se descargase en Londres.

—Comprendo. —No tenía pinta de ser demasiado legal. Aunque esa sustancia era de libre comercio, Minerva intuía que podría ser robada, ¿tal vez a otro comerciante? Como fuese, era algo peligroso que podría meterla en un gran problema.

—Quisiera saber los trámites y el coste para que uno de sus navíos me lo trajese. Sería una entrega discreta. —Lo que era lo mismo: ilegal.

—Las normas se han endurecido, el contrabando está a la orden del día… pero cada vez es más complicado mover algo por el mundo sin que nadie se entere. Debo hablarle con franqueza.

—No quiero que te metas en líos, Gellywen —habló la esposa con preocupación.

Observó que el vizconde le ponía una mano sobre la que la dama tenía apoyada en el reposabrazos. Minerva se sintió celosa por ver esa muestra de cariño entre los esposos. Suspiró sin darse cuenta.

—Por favor… —susurró la dama. Minerva fijó la vista en la mano que el vizconde mantenía en la de su esposa y de inmediato se la quitó de encima.

Minerva sonrió. El vizconde, motivado por las palabras de su esposa, se la había apretado excesivamente sin darse cuenta. Vio a la vizcondesa premiar el repliegue de su marido con una sonrisa y este a su vez le hizo una breve reverencia con la cabeza. Minerva creyó que acababa de recompensar su sonrisa.

¡Cuánto le gustaría disfrutar de una complicidad así!

—Verá, milord, voy a serle muy franca porque no quiero que usted pierda su valioso tiempo. No estoy capacitada para operar con un cargamento que no cuente con la expedición de todos los permisos. Lo único que lograría sería meterme en un gran problema y al final la carga le sería confiscada… dada sus dudosa procedencia. La probabilidad de engañar a las autoridades portuarias son escasas.

Lo vio fruncir los labios con disgusto.

—Me habían asegurado que no había nada que la Dama Gris no lograse —dijo con irritación.

Ella le sonrió. Oh, ese apelativo era el que usaban para referirse a ella sus competidores con el fin de burlarse, y sin embargo le agradaba mucho que lo utilizasen.

—No he dicho que no pueda hacerse, milord. Solo que yo no soy la persona indicada para llevarlo a cabo.

—¿Qué significa eso? —se interesó el caballero.

—Significa que conozco al tipo adecuado para ayudarlo de la mejor forma posible, pero no va a resultarle barato. Suele pedir el veinticinco por ciento de la carga.

—Es elevado.

—Él asume todo el riesgo.

—¿De quién se trata?

—De un pirata muy astuto que una vez escondió un cargamento de mujeres con opio robado…

—¿Cómo lo hizo?

—Las disfrazó de grumetes y… No quiere saber dónde metió las botellitas que contenían el líquido.

Vio a lord Gellywen removerse en la silla y a su esposa mirando distraídamente un cuadro muy aburrido colgado a la derecha. La habían entendido a la perfección.

—Me pongo en sus manos, pues.

—Le pondré en contacto con el capitán. Llegará en un par de meses a Londres desde el

Caribe.

Minerva se puso de pie cuando el matrimonio lo hizo.

—Gracias por su tiempo —se despidió el vizconde.

—Encantada de conocerla —dijo a modo de despido lady Gellywen.

—El placer es mío.

Observó al noble coger a su esposa por la cintura. Ahí iba un hombre enamorado. Suspiró sin darse cuenta de lo que lo hacía. El amor era algo bello cuando crecía con fuerza entre una pareja.

Minerva volvió a tomar asiento y se concentró en su trabajo. Pocos minutos después la puerta del despacho volvió a abrirse. Levantó la mirada y rodó los ojos.

—¿No podías haberte puesto otro vestido? —La voz de su mano derecha, Diane Rider, una mujer que rozaba ya la cuarentena, pero que se conservaba fresca como una rosa, interrumpió sus pensamientos.

Minerva se concentró en su amiga.

—He recibido a los otros dos caballeros con el mismo atuendo… ¿Por qué debería concederle el honor al tercero de ellos de ponerme otro vestido? —preguntó con tranquilidad.

La mañana había comenzado viendo a dos hombres a los que Minerva había entrevistado sin ganas, y no estaba dispuesta a cambiar ni un ápice su código de vestimenta o su actitud. Esa armadura que se había forjado le había servido para hacerse un nombre entre los comerciantes que rentaban sus barcos para cruzar los mares y transportar telas, especias, alcohol o lo que fuese que deseasen llevar de un lugar a otro.

Su amiga avanzó hasta la silla que estaba frente al escritorio de Minerva y tomó asiento.

—No te llaman la Dama Gris por nada… Eres tan fría, Minerva… —Diane suspiro—. Vestir siempre en ese tono insulso y tener esa actitud distante no te proporcionará un esposo adecuado —la sermoneó.

Diane y ella se conocían desde hacía casi una década. Tenían mucha confianza la una con la otra. Mientras Minerva era un as con los números y era capaz de jugar con ellos sin olvidar ni una sola cifra, la que hacía las veces de ser su secretaria personal se las daba de captar el carácter de las personas que se cruzaban por primera vez ante ella. Ambas hacían un equipo único.

—Lo que busco en un hombre es una relación de lo más adecuada y por eso te pedí expresamente una lista corta y eficiente. —Minerva zarandeó el papel en el que había tres nombres anotados frente a los ojos de su amiga.

—¿Tienes problemas con mis sugerencias?

—Por supuesto que los tengo —advirtió malhumorada.

—He llevado a cabo todas tus indicaciones al pie de la letra, busqué esta casa para rentarla durante un breve periodo de tiempo a fin de mantener en secreto tus… entrevistas, y el primer día ya tienes objeciones. Esto no va a funcionar.

Minerva dejó sobre el escritorio la lista y miró a su compañera con el ceño fruncido, de modo acusatorio. No le diría que se había entrevistado en ese lugar que se suponía que era secreto con un cliente como lo era el vizconde Gellywen. De todas formas se lo había traspasado al pirata caribeño. No supondría un problema mayor.

—Sabes bien que esto no tiene nada que ver con esta casa anónima a la que nadie nos vinculará si algo sale mal. Se trata de los caballeros que has traído ante mí.

—Son justo lo que necesitas.

—No. No lo son —rebatió Minerva exasperada.

—¿Qué tenía de malo el señor Harrison? —preguntó Diane, en alusión al primer caballero

que había sido invitado para llevar a cabo la primera de las entrevistas.

—Su pelo y sus dientes.

—¿Qué? —Diane no entendía nada.

—Era un adonis rubio, parecía que los mismos ángeles hubiesen tejido su cabellera. Eso sin olvidar sus perfectos, blancos y fantásticos dientes. ¿Sabes lo que me ha costado no desmayarme cada vez que me sonreía? Mantener una conversación de negocios con él ha sido todo un reto.

—¿Te quejas porque Harrison era extremadamente guapo? Además, no son negocios lo que tratarás con él en un futuro.

—Luego está lord Wisex. —Minerva no iba a desviarse de sus quejas. No hizo caso a que no eran negocios, aunque en verdad sí lo eran un poco.

—¿También te hacía temblar las rodillas?

—Pues sí —admitió con enfado.

—¡Qué contrariedad! —ironizó sin darle tiempo para que respondiese.

—Nunca había visto un azul tan profundo. Sus ojos… ¡parecía que iba a ahogarme en ese estanque verdeazulado! —se lamentó.

—¿Te traigo a un hombre robusto que bien pudo haber sido un descendiente directo de un antiguo highlander, y tú solo admiras sus profundos ojos azules y me regañas por mi elección?

—¡No podía mirarle otra cosa que fuesen sus ojos! Era un hombre inmenso, con ese amplio pecho y esa espalda tan… —alegó acalorada Minerva, mientras sentía un rubor tintar sus mejillas. Pero no era de vergüenza. Minerva había dejado atrás la juventud y, para mal o para bien, la inocencia no estaba en su carácter.

—¡Vaya! Después de todo no eres tan fría como creía… —terció Diane mientras le guiñaba un ojo con picardía.

—Los hombres que me has traído no eran para nada lo que yo deseaba y lo sabías de antemano. Debería prescindir de ti en este momento —se quejó malhumorada Minerva.

Su amiga se puso seria y la miró con severidad.

—Soy una ayudante excepcional y sé lo que necesitas mejor que tú misma. No te conviene compartir el lecho con un hombre que no te guste en absoluto. Los dos tenían una apariencia de lo más aceptable, incluso más. Eran extraordinarios.

—Te pedí sujetos que necesitasen mi fortuna y que no fuesen especialmente vistosos. ¡Me has desobedecido con premeditación! —la acusó.

—¿Qué te preocupa, Minerva? No va a volver a suceder…

—No lo saques a colación —la avisó. Minerva suponía lo que iba a decir su amiga y no deseaba hablar de su pasado.

—Te quejas porque he traído a dos hombres de lo más apuestos, que necesitan tus fondos y a los que podrías haber encandilado si dejases de llevar esos vestidos lúgubres y abandonases tu carácter helado. ¿Te imaginas el enfado que habrías sufrido si te hubiese presentado a caballeros pobres como ratas y que además fuesen difíciles de observar?

—¡Quería hombres sencillos! —exclamó.

—Necesitas un hombre que te despierte, Minerva.

—Hasta donde yo sé, estoy muy despierta.

—Sabes de lo que hablo. No te atrevas a poner en duda mi ingenio.

—Estás al tanto de lo que mi hermano Darius demanda de mí, también conoces mi pasado. Un hombre apuesto no es lo que deseo y necesito. Rehaz la lista y tráeme candidatos aceptables —le ordenó.

En ese momento un par de golpes en la puerta interrumpieron la charla de las dos mujeres. Minerva se levantó y también lo hizo Diane.

—¿Debo despachar al caballero que supongo que ha llegado, Minerva? —Era la cuarta entrevista programada para esa mañana, la tercera de índole personal.

—¿De quién se trata?

—Es el vizconde Hellmore.

—No me importa su título. ¿Es un dios viviente o solo se trata de un mortal impresionante? ¿O con este has seguido mis indicaciones y es un hombre adecuado?

—¿Por qué no lo juzgas tú misma? —la desafió—. Todo lo que puede pasar es que caigas desmayada en sus brazos y te tenga que despertar con un beso profundo. Lo cual no sería nada desacertado, porque alguien tiene que descongelarte, querida.

—Debería despedirte sin referencias… —farfulló, mientras se acercaba a la puerta para abrirla. Diane la interceptó, la tomó por el brazo y la acercó para darle un abrazo. Minerva se veía tan desvalida, tan vulnerable. Quiso arroparla.

—No estás sola, Minerva. El hombre adecuado te hará bajar la guardia, y si se lo permites podrás volver a confiar en el amor. No te pido que lances la preocupación al viento, sé cautelosa, pero no temas arriesgar tu corazón. He traído caballeros muy apuestos porque no se me ocurría otra forma para despertarte de ese largo letargo autoimpuesto. No vi otra forma para tentarte.

Diane se separó de su querida amiga. No eran dos mujeres de abrazarse… Minerva estaba contrariada.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque siempre seré tu amiga, cuentas con mi lealtad, tienes mi cariño, pero necesitas más… No quiero que te marchites. Tienes mucho que ofrecer… —Diane le dio un cálido beso en la mejilla. Se miraron como dos hermanas, o como una sobrina que observa a su amorosa tía, porque aunque por sus venas no corría la misma sangre, se sentían como si fuesen familia.

Entonces se escuchó un carraspeo en la habitación. Las dos mujeres se separaron y vieron ante sí a un joven lacayo avergonzado y a un caballero junto a él.

—¿Acostumbra usted a irrumpir en una estancia sin ser debidamente anunciado? —lo amonestó Minerva. Diane se quedó mirando con interés al caballero y le hizo una señal a Jonny, el sirviente, para que se marchase.

—No soy muy dado a que me hagan esperar. La paciencia no es una de mis virtudes. Puedo regresar luego, si es que he interrumpido algo… —Como no le salía nada para completar la frase, el intruso decidió dejarla en suspense.

—No —saltó Diane—. Aunque sus formas no han sido las correctas, creo que servirá —dijo mirando a su amiga.

—Despídelo, es evidente que no es apto para el puesto —le comentó, sin delicadeza, a su secretaria personal.

—No lo tengo tan claro, Minerva.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —preguntó mientras se ponía las manos en la cintura.

—Creo que podría haber acertado. —Diane le dio una mirada furtiva al próximo candidato que pretendía entrevistarse con su amiga.

—¿Acertado?

—Ya sabes… ojos, espalda… ¿me entiendes? —Para Diane la apariencia del recién llegado no se veía demasiado excitante. Tal vez Minerva estuviese inclinada a darle una oportunidad.

—Por Dios, Diane —dijo mortificada, al darse cuenta de que su amiga le estaba

preguntando sin demasiada discreción si ella había encontrado su apariencia excepcional con un simple vistazo. ¿Y si el denominado Hellmore se daba cuenta de lo que ambas se traían entre manos? ¡Qué disparate!

Se escuchó un nuevo carraspeo. Las dos observaron al hombre de nuevo.

—¿Les han dicho que es de mala educación mantener en ascuas a las visitas, señoras? —intervino el caballero.

—No está en condiciones de hablar de modales —lo amonestó Minerva—, pues es evidente que no le ha permitido a mi lacayo hacer su trabajo. —Él no se avergonzó por haber avasallado la estancia, pues sentía mucha curiosidad por la misteriosa nota que le fue entregada para acudir al lugar en el que se encontraba. Ello sin olvidar que había pescado a las dos mujeres en una actitud un tanto… curiosa, como poco. ¿Dos mujeres abrazadas y mirándose de modo tan afectuoso? ¿Y eso le sucedía después de haberse topado con el magistrado y que le dijese que la víctima tenía interés por las de su mismo sexo? No creía en las casualidades. Había aprendido que nada sucedía sin un motivo. Todo tenía que estar conectado.

—¿Te tiemblan las rodillas o no? —preguntó a bocajarro Diane.

Minerva gimió en alto ante lo impropio de la pregunta. Su amiga no sabía medir sus palabras ni las consecuencias de sus actos.

—¿Temblar las rodillas? —intervino el supuesto vizconde con la burla bailando en sus ojos. Por descontado que no se trataba del caballero que había sido citado para llevar a cabo la entrevista. En lugar de Hellmore, Minerva y Diane tenían frente a ellas a John Anthony Hope, marqués de Wild, a quien toda la situación le resultaba extraña, aunque un poco divertida, al ver la turbación que presentaba la mujer a la que la otra había llamado Minerva.

—No será adecuado —le dijo Minerva a Diane, pasando por alto que él seguía escuchándolas.

—Lo es, porque no tiene el pelo dorado tejido por los mismísimos ángeles. No le he visto sus dientes, y aunque pudiesen ser perfecto, blancos y fantásticos, estoy segura de que si sonríe no te desmayarás. —Diane se giró para observarlo con atención—. Tampoco posee unos ojos azules profundos que te harán ahogarte y no es demasiado robusto, por lo que no estarás pensando en…

—¡Dios mío! Vives para mortificarme —la interrumpió Minerva, sabiendo que la vergüenza podría ir en aumento. ¡Estaba viviendo una pesadilla! Con el paso de los años su secretaria se había vuelto más osada y descarada. ¡Qué situación más inadecuada!

Diane le sonrió.

—Esa es solo una atribución más entre mis múltiples deberes, una que disfruto mucho. Ahora sé una buena chica y dale una oportunidad. Lo hemos puesto a prueba, y lord Hellmore no se ha marchado hecho un basilisco después de escucharnos hablar de él en los términos en los que lo hemos hecho. Eso dice mucho de su carácter, valdrá la pena porque soportarte va a ser todo un reto.

—Tú has hablado de él, yo solo me he limitado a dejar que nos pusieras en un aprieto a ambos. A los tres, ya puestos. Además mi carácter es…

—Sí, sí… —la cortó—. ¿Ordeno que traigan el té o no, Minerva?

La señorita Hollister le echó una mirada. Él permanecía en su lugar sin atreverse a interrumpirlas. Parecía sorprendido, no escandalizado, y desde luego no daba muestras de salir huyendo. Tal vez Diane tuviese razón y mereciese la pena hablar con él, dado que la señorita Hollister era consciente de cómo se había desarrollado toda la extraña escena.

—¿Por qué no se ha marchado en el acto? Mi amiga y yo no hemos seguido las normas

sociales, es más, considero que nos las acabamos de saltar todas frente a usted.

—Estoy demasiado intrigado por saber qué es todo esto que ambas se traen entre manos —dijo John con seriedad.

Lord Wild no mentiría si dijese que había tenido la tentación de salir huyendo al ver que las dos daban señales de no estar en su sano juicio. ¿De verdad acababan de decir frente a él que el color de su cabello no era el adecuado ni que lograría fundir a una dama con su sonrisa? ¿Y qué había de malo con que su cuerpo no fuese tan robusto como el de una mole? Ciertamente quería averiguar a qué jugaban esas dos descaradas. ¿Cómo se sentirían si de pronto desvelase que él era un marqués, un futuro duque y no un simple vizconde?

Pudiese ser que dar a conocer su rango sí las hiciese desmayarse a las dos, y de pronto considerarían que su apariencia era la del mismísimo Zeus, pues, ¿qué mujer no daría su mano derecha porque alguien de su posición y riqueza le dedicase una sencilla mirada? Además, que su físico era muy, pero que muy adecuado. Las damas no tenían queja de él.

Eso sin olvidar que la denominada Minerva, que a todas luces parecía ser la que tenía un estatus mayor, no era precisamente Helena de Troya. ¿Cuántos años tendría? Más cercana a los treinta que a los veinte. Su pelo era del color de la mantequilla, pero lo llevaba peinado de tal modo que no le sacaba demasiado partido, sus ojos eran azules, pero desde luego él no se ahogaría en ellos porque se veían comunes. Su ropa era severa, tanto como su rostro y expresión. Lo que sí le parecía destacable a lord Wild era el cuerpo que escondía ese harapo que él quemaría en la chimenea. No era una mujer delgada, sus curvas le parecían de lo más tentadoras, en especial sus pechos llenos, unos de los que solo advertía su silueta, dado que el vestido le llegaba por encima del cuello. Gris y puntillas blancas, solo le faltaba una cofia de lo más fea y ella podría ser el ama de llaves de la casa. Aunque en verdad la tela se veía cara y la confección debía de estar hecha por una buena modista. John sentía cada vez más curiosidad por saber lo que hacía en ese lugar. ¿Le habría pasado la nota anónima uno de los otros tres caballeros malditos para que investigase y se habría traspapelado la misiva con las indicaciones precisas? Esa situación tenía que estar conectada con la muerte de *lady* Regina, porque de otro modo no podía ser.

Como fuese, la mujer que tenía frente a él no era hermosa, pero sí muy vistosa, y algo le decía que era inteligente y tal vez demasiado audaz para su propio bien.

—¿Ha acabado ya de observarme, milord, o debo dar una pequeña vuelta que le permita examinarme con mayor acierto? —lo desafió Minerva.

Él sonrió de lado. Ah, ella era una fiera.

—Podría decirle lo mismo, ¿no cree, Minerva? —John se atrevió a usar su nombre de pila, dado que no sabía nada más de ella.

Se escuchó una pequeña risa. Era evidente que Diane estaba disfrutando con la situación.

—Mandaré traer el té para ti, Minerva, y para Hellmore… optaré por recomendarle que se tome confianzas y se sirva él mismo un *brandy*. —Diane señaló el lugar donde estaba la licorera y un par de vasos—. Estoy segura de que lo va a necesitar para armarse de valor y mantener una charla contigo.

—Algún día no muy lejano te despediré, Diane.

—Suerte, milord —le dijo la mujer mientras se marchaba, no sin antes haberle guiñado un ojo.

La puerta se quedó cerrada.

Minerva se dirigió a su mesa y tomó asiento tras el escritorio. El caballero se movió hasta donde estaba el alcohol y procedió a servirse una generosa copa, sospechaba que la iba a

necesitar para lo siguiente que viniese.

—¿Es usted aficionado a la bebida?

John se giró con el vaso de cristal en la mano y la miró. Se tomó un largo trago. Se acercó hasta la silla que había frente al escritorio y se sentó. Lo hizo despacio, sin prisa. Ah, bien, ella no había armado un escándalo por no responderle de inmediato. ¿Cuánto le duraría la paciencia?, se preguntó divertido.

—Tengo por costumbre buscar un poco de ayuda cuando intuyo que estoy a punto de enfrentarme a un enemigo.

Ella subió ambas cejas, mostrando un gesto de sorpresa.

—¿Me considera el enemigo?

—Un rival. ¿Qué estoy haciendo aquí, Minerva?

—Se toma muchas confianzas, Hellmore. —A ella no le tembló la voz al usar su título con cierta familiaridad—. Le diré cómo va a ir esto, yo pregunto y usted responde. Si no está dispuesto a seguir las reglas, puede levantarse en este mismo momento y marcharse.

—No es una dulce dama, ni agradable. Hace honor a su… —John dejó el vaso sobre la mesa y levantó el brazo para señalarla de arriba abajo—, apariencia.

—Así que le disgusta lo que ve… —Ella no era una gran belleza y sus maneras no estaban siendo delicadas. Minerva lo sabía, pero no le importaba, quería deshacerse de él lo más rápido posible. Tal vez su aspecto masculino no hubiese sido excepcional a simple vista, pero ese pequeño hoyuelo en la mejilla derecha podría desconcentrarla. Eso, además de que todo él emanaba peligro. Lo que inquietaba a la señorita Hollister era su aplomo, la seguridad que él mostraba y el hecho de que no se hubiese marchado en cuanto Diane y ella misma se pusieron en entredicho con sus conversaciones desacertadas. Todo le indicaba que era un hombre acostumbrado a tratar con asuntos… difíciles.

—No he dicho eso —saltó de inmediato.

—¿Entonces a qué se refiere? —lo desafió.

—Es usted dura e implacable. Es por eso por lo que elige vestirse de ese modo, recogerse el moño sin gracia, aunque no sin renunciar a un mínimo de estilo, imagino que porque no está dispuesta a desprenderse por completo de su coquetería. Habla también sin miedo y sin subterfugios.

—Soy americana, tengo veintisiete años. No está frente a una colegiala acabada de salir de una institución para damas. ¿Dura e implacable? —Él cabeceó afirmativamente—. Son los mejores cumplidos que un caballero podría haberme hecho.

—¿Nueva York? —quiso saber.

—Boston. Llevo nueve años en Inglaterra.

—Su dicción es excelente, pero no hacía falta que desvelase su procedencia, tengo un oído muy fino, escucho todo lo que me interesa, así que su breve acento no me había pasado desapercibido. Soy muy observador, Minerva.

—Bien, puesto que sigue sentado… y no parece estar dispuesto a marcharse, continuaré con las preguntas.

John volvió a coger el vaso de licor y mientras se lo llevaba a los labios musitó:

—Esto va a ser interesante.

—¿Le gusta apostar?

—De vez en cuando.

—¿Se considera un despilfarrador o economiza sus recursos?

—Soy un noble, se espera de mí que gaste dinero donde deba.

—¿Eso qué clase de respuesta es?

—La que estoy dispuesto a ofrecer.

—No lo está poniendo nada fácil, Hellmore —lo regañó mientras fruncía los labios.

—Sigo aquí sentado, creo que estoy poniendo mucho de mi parte, ya que no me ha dado mayor explicación para llevar a cabo este encuentro. Continúe con sus cuestiones… —la invitó, después de terminarse el licor y dejar el vaso vacío de nuevo sobre la mesa.

John estaba tan intrigado que se negaba a marcharse. Deseaba descubrir de qué iba todo ese extraño asunto.

—¿Por qué sigue soltero?

—No he encontrado a la mujer adecuada. —Era más implacable que su padre. ¿A qué vendrían todas esas preguntas?

—¿Qué espera de su esposa?

—¿Qué interés tiene usted en esa cuestión? —Ella estaba rayando la insolencia.

—Mucha —dijo con sinceridad.

Él se quedó mirándola, volviendo a preguntarse a qué venían todas esas extrañas preguntas. Debería irse, pero sospechaba que ella se alegraría si él saliese de allí rápidamente. No tenía ganas de complacerla.

—Mi esposa… mi interés es el habitual en estos casos… Que me atienda, a mí y a mi hogar, por descontado, y por ese orden, que se comporte conforme marcará su posición, e imagino que me gustaría que se desprendiese de toda esa dureza y severidad cuando estuviese en mi compañía. —Minerva, que lo estaba mirando a los ojos, lo vio sonreírle seductor—. ¿Le tiemblan ya las rodillas? Porque pese a que yo no tenga un cabello soberbio, mi sonrisa y atractivo han causado serios estragos entre las damas.

Ella lo miró con mayor seriedad, sin sonrojarse ni ofrecer una sonrisa para corresponder a su coqueteo. Ella no sonreía nunca.

—Dicen que el diablo es un tipo encantador y no por eso tengo deseos de invitarlo a rondarme.

—Así que después de todo, ¿me encuentra encantador? ¡Y yo que había considerado que no le era ni simpático! —exclamó John con humor.

—Creo que su orgullo ha sido herido. La conversación que ha escuchado entre mi amiga y yo sí le ha…

Él volvió a sonreírle.

—Le aseguro —la interrumpió— que un hombre de verdad sabe cuándo debe defender su orgullo. Este no es uno de esos momentos, Minerva.

—¿Le gusta repetir mi nombre, Hellmore?

—Siento una pequeña fascinación por recitarlo en alto, sé perfectamente que le agravia el hecho de que me tome tantas confianzas sin que usted me haya invitado a hacerlo, pero no hemos sido presentados formalmente y como no se muestra dispuesta a desvelar este… misterio, no tengo otro modo de dirigirme a usted.

—Sigamos… Mujeres… —Ella se frenó. La pregunta que deseaba hacerle podría provocar que él se pusiera de pie, se mostrase ofendido y se marchase de inmediato. Minerva rezó para que eso ocurriese.

—¿Qué pasa con las damas, Minerva? —la animó al ver que ella se quedaba callada.

—¿Cree en la fidelidad? ¿Honrará sus votos cuando se case?

—¿Qué hago aquí exactamente?

—Una entrevista, por supuesto —dijo ella. ¿Se iría él ya mostrándose ofendido?

—¿Y qué tiene que ver mi posible matrimonio con un puesto de trabajo?

—Mucho. Pero si le incomodan mis preguntas, es libre de marcharse. —La mujer no abandonó su actitud rígida, pero él vio cierta diversión en sus ojos. Lo estaba retando a irse con el rabo entre las piernas.

John se echó atrás en la silla, estiró las piernas y cruzó la derecha sobre la izquierda. Esperaba que ella entendiese que se acababa de poner cómodo para seguir con esa extraña conversación.

—Espero que mi mujer me sea fiel, pues deseo que mis hijos sean míos y que no se discuta sobre mi paternidad.

—No es eso lo que le he preguntado.

—Lo sé. Pero quiero oírselo decir, Minerva.

—¿El qué?

—Pregúnteme si tendré amantes después de casarme.

—Es que es eso lo que le he preguntado.

—No. Quiero escucharla hacer la pregunta en cuestión. ¿No se atreve a preguntarme eso? ¿Va a ponerse temerosa ahora? —se burló con sutilidad—. Desde que he entrado por esa puerta —señaló el lugar—, no se ha mostrado delicada, ni comedida, ¿me descubrirá ahora su faceta más modosa?

—Está bien. ¿Fornicará con más mujeres además de con su esposa? —Él abrió los ojos con sorpresa por la crudeza de la palabra empleada—. ¿Va a ofenderse por mi vocabulario? Le advertí que yo era una mujer adulta, no una común. He convivido con los ingleses mucho tiempo y no desconozco las reglas, pero mi trabajo me ha hecho codearme con personas de todo tipo, con educación muy dispar. Soy bostoniana, nunca he sido recatada y, a estas alturas, no creo llegar a serlo jamás. Tengo contactos con la alta sociedad, discretos, porque ambos sabemos que si uno no nace en su mundo, milord, es *casi* —enfatizó esa palabra— imposible entrar y, sin embargo, estoy tan segura de que mi fortuna me abrirá el camino hasta la clase alta, que no temo mostrarme ante mi posible futuro marido como soy, sin velos. Pude haber jugado mis cartas de otro modo, pero me niego a aparentar algo que no soy frente a usted.

Wild analizó con interés el discurso que la mujer había acabado de espetar.

—¿Para qué estoy siendo entrevistado exactamente, Minerva? —preguntó sin abandonar su pose relajada.

—Se lo acabo de decir.

—Dígalo de todos modos.

—Es irritante esa manía suya de escucharme decir las cosas dos veces.

—Y sin embargo, va a concederme el capricho. Dígalo —le ordenó con sutilidad.

Ella suspiró con cansancio. Deseaba que se marchase, pero no lo veía dispuesto a hacerlo.

—Está aquí para que yo decida si es un candidato idóneo para convertirse en mi esposo —desveló con seriedad.

Minerva comenzó la cuenta atrás, se marcharía en el acto. Tres, dos, uno… pero él no se levantó de la silla. Adiós a sus esperanzas de ahuyentarlo.

—Eso me parecía… —susurró—. ¿Y qué garantías tengo yo para considerarla digna de ser mi esposa, Minerva? —inquirió como si fuese un excelente jugador de cartas que acababa de descubrir estar en posesión de una mano ganadora.

—Creo que no lo ha entendido, no estoy negociando desde una posición débil.

—¿No? —preguntó incrédulo. ¿De verdad estaba sucediendo todo eso o sería un sueño creado por Bridgewater? ¿Un duque era capaz de adormecer y hacer soñar a un hombre?

Bridgewater sí.

—No.

—Es una mujer, su posición siempre es débil si se la compara con la de un hombre. Será bostoniana, y apuesto mi cordura a que disfruta escandalizando a quien se cruza en su camino, pero sigue siendo una mujer. No me hará huir porque ha despertado mi curiosidad. El uso de la palabra fornicar, escuchada de sus gruesos y suculentos labios, no me hace considerarla más que excitante.

Ella suspiró. La salida de tono de él estaba destinada a incomodarla. Pues bien, ella había abierto esa puerta y no se amedrentaría.

—Por supuesto, no podía confiar en que usted se levantase airado y se marchase con indignación. Así que opta por usar esa arma contra mí.

—¿Qué arma?

—La seducción, y le aseguro que no le funcionará.

—No se engañe por mi apariencia. Soy bastante más duro que usted, no le quepa la menor duda, y no necesito una armadura como ese vestido que usa…

—Le indigna mucho mi apariencia, creo que esto…

—Lo que me molesta —la cortó tal y como había hecho ella un par de segundos atrás—, es que me crea tan débil como para no seguir luchando.

—¿Estamos en guerra?

—Usted se ha empeñado en que así sea desde que me vio parado en el umbral de la puerta. Incluso ha hablado de armas hace poco.

—Mire, la cuestión es sencilla. Estoy al tanto de su situación financiera, sé que todas sus posesiones corren peligro y que los deudores lo acechan…

John se quedó un momento pensativo. Ah, ella hablaba de Hellmore, no conocía a ese vizconde, y podría ser cierto que él estuviese a un paso de la ruina. ¿Debería desvelarle que no era Hellmore? Tal vez, pero eso supondría acabar con la diversión. ¿Diversión? Él no estaba en ese lugar para entretenerse con esa mujer interesante, pero poco hermosa… ¿Entonces por qué no podía dejar de pensar en sus labios y en la forma en la que había pronunciado una palabra prohibida que una mujer no debería conocer? ¿Habría copulado ella? De pronto la pregunta se le antojó importante. Imaginarla suspirando, siendo abrazada por otro hombre mientras la besaba… John sacudió la cabeza. Llevaba demasiado tiempo sin atender sus apetitos carnales.

—¿Ha fornicado usted alguna vez, Minerva? —cuestionó sin vergüenza y con la misma seriedad que ella emanaba.

—¿Le parece una pregunta adecuada para hacerle a una mujer? —contraatacó rauda y veloz.

—Me parece justa. Una mujer que maneje esa palabra en su vocabulario no debería mostrarse sorprendida. Mi pregunta no supone una ofensa, está hecha desde la honestidad. Usted alude a su fortuna para formalizar un compromiso entre ambos…

—No estoy diciendo que lo haya aceptado, Hellmore —se apresuró a aclararle.

—Los dos sabemos que está considerando muy en serio pedirme que me case con usted, de otro modo me hubiese echado a patadas de aquí.

—Se muestra muy seguro de sí mismo.

—Lo hago porque no han traído el té, y eso me indica que a su… amiga Diane, yo le he gustado, y por eso no hará nada para interrumpir nuestro *tête a tête*. Soy un candidato más que aceptable para su plan de acabar casada con alguien de mi posición. Así que responda a mi pregunta para saber a qué atenerme con usted.

Minerva sentía grandes ganas de levantarse y comenzar a golpearlo con algo firme, pero eso indicaría convertirlo en el ganador de la reunión. Se contendría. Hizo acopio de todas sus fuerzas para seguir mostrándose magnánima, pese a que desease estrangularlo.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Insiste en que es una mujer fuerte, segura de sí misma, dura y posiblemente intrépida. Quiero saber si estoy jugando esta extraña batalla con una fémina inocente o lo estoy haciendo con alguien que conoce los secretos entre amantes.

Ella se quedó examinándolo con atención. Con esa seriedad que él deseaba borrarle con un beso. ¿Un beso? Ella acabaría congelándolo si la miraba más de la cuenta. ¿Por qué se mostraba tan implacable y fría? ¿Una mujer que hablase de fornicación no debería ser ardiente? ¿La consideraba John sensual? ¿Se moría por derretirla? Fuese lo que fuese, no estaba seguro de que haberse presentado para esa entrevista tan peculiar hubiera sido una buena idea. ¿Una mujer proponiéndose a un hombre? ¿Una rica dispuesta a otorgar su fortuna para codearse con los nobles de clase alta? ¿Por qué motivo? ¿Estaba todo eso ligado al asesinato de *lady* Regina? John tenía tantas preguntas… ¿Por qué había elegido precisamente esa sobre si ella era pura o no?

—Me temo que esta entrevista ha finalizado, milord.

—¿Así de rápido me hace el ganador de esta pugna? —se burló.

—No. Sencillamente considero que no es usted lo que busco en un hombre.

—Yo creo que sí.

—No —negó con insistencia.

—Un título por su fortuna. Estoy plenamente capacitado para desempeñar el papel que pretende otorgarme. No será la primera americana rica que se case para adquirir un título. ¿Es su padre quien está interesado en hacerlo? No —se respondió él mismo—. Un padre hambriento de un título para su hija no hubiese permitido que su niña hubiese llegado a una edad tan adulta para lanzarla a los brazos de un caballero de alto copete. Usted lo desea por algún motivo que se me escapa.

—Piense lo que quiera. —Minerva no iba a aclarar que el título era lo de menos. Lo que deseaba era casarse con un hombre adecuado, que le permitiese cumplir con las exigencias de su hermano y con otro asunto personal del que no venía al caso pararse a pensar. El título era secundario, incluso podría ser una desventaja, dado que ella no se desligaría de la Hollister Sea Corporation, porque la naviera era su pasión.

—Supongo que debería retirarme, he vencido en este asalto, Minerva. Es usted una mujer cobarde.

—¿¡Cómo se atreve!? —Su temperamento salió a relucir. Prefería que la insultasen de otras mil maneras, porque ella nunca había carecido de valor.

—Se ha retraído cuando le he preguntado si era una mujer inocente. Se ha negado a preguntarme si tendré amantes. Tal vez haya visto bajo esa capa de dureza a una mujer atípica y hubiese querido conocerla mejor. No me lo permite. Así que no es usted lo que yo podría buscar en una esposa, y por más que mis circunstancias sean miserables… —mintió y dejó la frase en suspenso.

—Nada usted en el mar de la ruina, si esto es una estratagema para que yo lo tenga en consideración…

—Sin planes o suposiciones. Usted no es valiente y eso me disgusta enormemente. Dura, fría, poco agraciada y cobarde… No la consideraré para ser mi esposa por más que sea rica como Creso —le dijo él con seriedad para irritarla.

—Váyase. —Minerva se había puesto de pie y estaba señalando la puerta con el brazo

derecho extendido y el dedo índice apuntando.

—Lo que yo decía… —John se puso de pie—. No tiene el temperamento adecuado, Minerva. Me ha bastado una sencilla frase para sacarla de sus casillas y hacer que me muestre su verdadero carácter. Ha capitulado con mucha facilidad y eso le resta atractivo a la caza.

—¿No me ha escuchado? Le digo que se largue de aquí de inmediato.

—¿No va a preguntarme a lo que me refiero con ir de caza?

—Es usted arrogante. No seré su presa. —Por supuesto que lo había entendido. Primero la había insultado, alegando a su cobardía, a su falta de hermosura, y luego tenía la indecencia de insinuar que iba a convertirse en un cazador. ¿En qué locura había estado pensando Diane para traer frente a ella a semejante… semejante… ¡semejante bruto!?

—Ah, Minerva… tal vez sea tarde para considerar eso. Puesto que me ha propuesto matrimonio y nunca he sido un hombre al que le gusta obtener un premio con facilidad, creo que tengo derecho a idear mi propio juego.

—No le he propuesto nada —dijo indignada. No lo había hecho, ¿verdad?

Lo observó sonreírle. Maldito hoyuelo, hacía difícil que ella pudiese mantenerse enfadada. Eso sin olvidar sus ojos castaños llenos de picardía. Sí que era un hombre bello. ¿Eran bellos los hombres? No, ellos eran viriles y apuestos, y sin embargo el que tenía frente a ella era mucho más que eso. No le convenía en absoluto. Mejor enviarlo a la luna y olvidarse de esa contrariedad. Se marcharía de allí y solo sabría que ella se llamaba Minerva. Nada más. No estaba comprometida de ningún modo. Le diría a Diane que buscase otra casa para comenzar con otras entrevistas más productivas y no le confiaría la elección de un esposo a su ayudante. Diane no había estado acertada con ninguno de los tres caballeros que había seleccionado para iniciar las rondas.

Él se acercó hasta ella y se colocó a su lado derecho. Minerva se negó a moverse, no retrocedió ni medio paso. No iba a amedrentarla.

—¿A cuántos caballeros ha entrevistado antes que a mí?

—Mis asuntos no son de su incumbencia.

—¿Dos? ¿Tres? ¿Más? No me importa, pero estoy seguro de que a ninguno le ha hablado de sus planes de boda. Me ha propuesto matrimonio, Minerva, estoy seguro de que soy el único al que le ha hablado con honestidad, no se equivoque, sé que lo ha hecho para ver si me largaba lo antes posible. No estoy dispuesto a dejar esto a medias. Le daré mi respuesta cuando esté preparada para recibirla, ni antes ni después. Así que, aunque usted es una fiera, sigue siendo una mujer, y dado que yo soy el hombre, dictaré a partir de ahora las reglas de esta entrevista a la que le queda mucho para terminar.

—Presuntuoso… Esto se ha terminado.

Él se acercó todavía más a ella. Minerva tuvo la tentación de retroceder. Lo tenía pegado a su cuerpo. Sus pechos casi reposaban sobre el torso masculino.

—No ha hecho más que iniciarse… ¿Todavía desea que me marche?

—Eso, y no volver a verle mientras viva —le escupió a la cara con desdén.

—Añadiré a la lista de calificativos que es usted una mentirosa. Lo único que teme es que me aleje sin besarla…

Minerva levantó la mano decidida a demostrarle que se equivocaba. Creyó que lo mejor sería abofetearlo.

John, dado que sabía que hacía rato que se había pasado de la raya, estaba esperando una reacción como la que había advertido, así que le atrapó la mano antes de que llegase a cruzarle la cara.

—Es usted… un… un… —No se le ocurría ninguna palabra desagradable en ese momento. Su retahíla perdió fuelle y acabó bufando.

—Soy justo lo que ha supuesto que era en cuanto me ha inspeccionado, por eso le pidió a su amiga que me despachase. Tuve ganas de marcharme porque también me di cuenta de que me traería problemas. Así está siendo y no lo comprendo del todo…

Seguían pegados el uno junto al otro, John le sostenía la mano agarrada por la muñeca, con fuerza, pero sin llegar a hacerle daño.

—¿Qué pretende? Le morderé si se atreve a besarme —lo avisó.

—Lo sé —dijo él con diversión—. Es usted tan testaruda que no admitirá que hay algo chispeante entre ambos, y tampoco me dejará besarla para probárselo, así que la próxima vez que se muera por recibir un beso mío, va a tener que pedírmelo, porque no se lo daré de ningún otro modo.

—Usted no es tan espectacular como se cree —le espetó con furia.

—En dos días hay una mascarada en los jardines de Vauxhall. Una mujer que usa tan a la ligera la palabra fornicación, se arriesgará y vendrá conmigo. La recogeré aquí a las ocho de la noche, mientras tanto puede pensar en la forma correcta de pedirme un beso, Minerva. No le será tan difícil después de haberme pedido matrimonio…

—Está loco si cree que nos volveremos a ver después de esto, Hellmore.

—Oh, lo haremos, porque aunque supongo que esta no debe de ser su casa y que tal vez su nombre no sea verdadero, soy bastante tenaz y no le conviene que me ponga a indagar y a preguntar sobre una mujer dura e implacable que viste de gris. Sé que no pasa desapercibida y que si pregunto en los círculos adecuados pronto la encontraré, y la cosa podría ser peliaguda… para usted.

—¿Se atrevería a airear lo que aquí ha tenido lugar? —Se negó a mostrar el pánico que de pronto sintió. Sería un escándalo que acabaría con su reputación.

Una rica propietaria naviera no debería ir entrevistando candidatos para casarse. Los otros dos caballeros le habían dado su palabra de ser discretos, y pese a que el odioso hombre que tenía a escasos milímetros de su rostro tenía razón y no los había entrevistado de un modo tan exhaustivo, le habían dado su palabra de que no divulgarían nada de lo comentado, aunque por supuesto no discutieron nada trascendental, porque Minerva había sido muy cauta. Sin embargo, este vizconde la había impulsado a ser directa y lo había hecho con el único fin de librarse de él en el acto. Algo había fallado estrepitosamente porque no veía cómo podría arreglar todo el entuerto.

—Acostumbro a salirme con la mía. No pongas a prueba a tu futuro esposo. Por cierto… eres todo un encanto. Sí, eso es, te llamaré encanto, me parece un apelativo de lo más adecuado, un prometido debe tener una palabra especial para dirigirse a su amada. Nuestra nueva relación exige que prescindamos también de la formalidad cuando estemos en privado.

—Desde luego que no es usted mi prometido, y por descontado nos trataremos con suma etiqueta, y ambos sabemos que no soy un encanto —dijo con acritud.

La miró a los ojos de un modo tan intenso que a Minerva se le erizó la piel. Se le escapó todo el aire de los pulmones. Él se dio cuenta de su reacción, dado que su aliento dulce le hizo cosquillas en la nariz.

—Lo serás. —Sonó a amenaza.

Ella no se atrevía a preguntarle lo que había insinuado. Se sentía extraña. La última vez que alguien la puso en esa tesitura se juró que jamás sería débil, pero eso no parecía poder cumplirlo. ¿Qué sortilegio había esparcido él para que se sintiese tan… tan… femenina? Diane era proclive

a jugar con hierbas, tenía pociones y brebajes de todo tipo, ¿le habría dado algo para sentirse de esa manera? Era poco probable, puesto que habían tomado el té hacía horas y hasta ese momento no había sentido ese cambio en sí misma.

Minerva vio cómo él descendía la mirada para contemplar sus labios. Ella sacó la lengua y se los lamió porque de pronto los sintió terriblemente secos. Lo vio mover un poco la cabeza, como si estuviese tentado a besarla. Iba a besarla… ¡Cielo santo! No quería ser besada por un hombre así… Ese pensamiento no le impidió cerrar los ojos y juntar los labios para recibirlo.

Minerva escuchó una risa breve, casi inaudible, abrió los ojos al sentir que el odioso caballero no la estaba besando y lo divisó observándola con una amplia sonrisa.

—Creo que siento mucha aversión por usted, milord —le dijo con enfado.

—Es natural, porque has cerrado los ojos esperando un beso. Voy a ser cruel, encanto. Por mucho que desee probar tus labios, no lo haré a menos que me pidas que te bese. Hazlo bien y ambos tendremos lo que deseamos. Aquí y ahora.

—Antes me cortaría una mano —sentenció con absoluta serenidad. Si él quería jugar, no le seguiría mostrando su ira, entre otras cosas porque no había servido de nada hasta el momento. Trataría de ser como él, bufona y un poco indiferente—. Y si he cerrado los ojos ha sido para ver si esto era una pesadilla de la que podía despertarme.

John se carcajeó, la soltó y se movió hasta la puerta.

—Nos veremos en dos días, encanto. Estoy deseando batallar contra ti. Será interesante.

—Tiene un orgullo que no le cabe en el pecho, milord.

—Puede ser, pero no soy el único —apuntó, haciéndole ver que ella no era menos orgullosa que él.

—Presuntuoso y arrogante botarate, hijo de Lucifer… —masculló en voz baja.

John la escuchó refunfuñar, pero no le dio mayor importancia. Llegó hasta la puerta, agarró el pomo y se giró para verla. Ella estaba sentada, había cogido un libro que tenía en su escritorio y actuaba como si nada trascendental hubiese ocurrido. Sonrió al ver el modo en el que sujetaba el manuscrito. El encuentro inesperado no lo había alterado solo a él. Interesante.

—¿Minerva? —la llamó.

—¿Qué? —preguntó ella con seriedad. Lo miró a los ojos con el mentón levantado. Parecía una vikinga lista para alzar un hacha y rebanarle el cuello. Belicosa y excitante. Mala combinación.

—No, no mantendré a ninguna amante, porque cuando me case, mi esposa hará que mi cama sea caliente, tanto que los dos arderemos. —Ella gimió con desaprobación. Fanfarrón arrogante, pensó—. Dale la vuelta al libro que sostienes, leer del revés es complicado —siguió hablando en tono burlón.

La escuchó maldecir mientras salía del despacho. Él a cambio la obsequió con una risa divertida, fresca y estridente.

La señorita Hollister dejó el libro, que efectivamente había estado sosteniendo del revés, vio sus manos temblorosas y comprendió que se acababa de meter en un tremendo problema del que no sabía cómo salir.

Se mordió el labio y trató de no pensar en cómo habría sido sentir de nuevo la intimidad de una caricia. Por supuesto fue inútil no fantasear con ese dichoso beso… ¡Santo Dios!

Capítulo 3

Una ocurrencia extraordinaria

Minerva miró con horror a Diane. No era que su amiga hubiese hecho alguna cosa indebida o algo por el estilo. No. Su secretaria personal, esa que se moría por enviar bien lejos, sostenía un hermosísimo vestido de seda rojo y encajes blancos, las preciosas mangas abullonadas eran de color crema y sospechaba que el escote sería muy, pero que muy bajo, una vez puesto.

—No —dijo, negando enérgicamente mientras agitaba con fuerza la cabeza.

—Sí —la contradijo Diane, mientras le tendía un vestido que llevaría la más selecta de las cortesanas de Londres.

—Ya es bastante malo que ese hijo de Lucifer me haya chantajeado para ir a un lugar al que jamás se me ocurriría ir, no pienso ponerme eso. —Señaló el exquisito vestido con el dedo.

Diane levantó una ceja mientras preguntaba:

—¿Hijo de Lucifer? Te gusta más de lo que dices.

—Y tú estás demente si consideras que iré con ese embustero que ha usurpado la identidad de Hellmore. —Minerva vio a Diane abrir los ojos con sorpresa—. ¿Cuánto creías que tardaría en descubrir que él no era el vizconde Hellmore?

—Creí que tardarías un poco más, la verdad… ¿Cómo te has enterado?

—Te conté el grueso de la entrevista que ese farsante y yo mantuvimos, era del todo lógico que buscase información sobre él. ¿Te imaginas mi sorpresa cuando ayer mismo, hablando con Devlin Hill, él me dijo que se trataba de un hombre viudo de unos cincuenta años? ¿Cincuenta años, Diane? ¿Ibas a emparejarme con un hombre tan mayor?

Su amiga se encogió de hombros.

—No sé de qué te quejas, el auténtico Hellmore está entrado en años, pero te aseguro que tus rodillas hubiesen temblado, aunque creo que has salido ganando con el cambio porque ese *hijo de Lucifer*, como lo llamas, te tiene muy interesada.

—¡No es verdad! —alegó con irritación—. Lo que me motiva a ir a esa dichosa mascarada es desenmascararlo, nunca mejor dicho, porque es un mentiroso y está muy equivocado si cree que va a salirse con la suya.

—¿Y qué mejor modo de hacerlo que con un vestido sublime que propicie que a él le tiemblen las rodillas?

—No seas ridícula, a los hombres no les tiembla nada a causa de una mujer…

Diane emitió una pequeña risa juguetona.

—Ponte el vestido de una vez y al final de la velada hablamos.

—¡No voy a ir con esa seda roja!

—Sí lo harás, porque yo tengo un vestido espectacular de muselina en tono burdeos y quiero que las dos estemos despampanantes.

—¿Has cambiado de idea sobre venir conmigo a Vauxhall?

—Claro que sí, no pienso dejarte sola con un hombre al que no conoces, por mucho que él te haga desfallecer…

—¿Quieres dejar de decir esas cosas sobre el hijo de Lucifer?

—No deberías llamarlo así, podría molestarse y hacértelo pagar, y las dos sabemos que el tiempo para elegir un esposo se te acaba.

Minerva le agarró el vestido y comenzó a ponérselo, sabía que el precio por la compañía de Diane esa noche iba a ser que se vistiese como una cortesana… Si alguien la reconociese, toda su

reputación de mujer cautelosa y seria al frente de la compañía naviera que dirigía con Darius se iría al traste. Al menos la máscara blanca con plumas negras y blancas que Diane había dejado a un lado de su cama, serviría para ocultar su identidad. Nadie sospecharía que la señorita Minerva Hollister hubiese cambiado su delicado moño por un nido de tirabuzones y un vestido regio gris por otro de seda rojo. Nadie sospecharía… Esperaba que así fuese.

—Darius no ha puesto un plazo fijo para que me case, tengo tiempo.

—No es cierto, Minerva, porque él va a regresar a tu vida en menos que canta un gallo.

La señorita Hollister chasqueó la lengua. Él. No hacía falta que Diane lo nombrase por su nombre de pila o apellido, las dos sabían a quién se refería.

Aquel muchacho que ya sería todo un hombre había avisado a Darius de que llegaría a Londres por negocios. Minerva lo volvería a ver después de nueve años. ¿Por qué no podía *él* quedarse en Boston para siempre?

De ahí que la urgencia de casarse no fuese solo por el gran motivo que le dio su hermano. No podía seguir soltera cuando el mejor amigo de Darius se presentase ante ella.

—¿Me has hecho una lista nueva? Es importante que las entrevistas continúen.

—El impostor me gusta, Minerva.

—¡Pero si no sabes ni quién es en verdad! —exclamó sorprendida, mientras Diane comenzaba a atarle los pequeños botones de la espalda del precioso vestido de seda rojo.

—Es alguien importante, lo deduje al igual que tú por su perfecta dicción, por su ropa cara y…

—Y su inmensa arrogancia —finalizó Minerva por su amiga—. Puede que no esté en la ruina, pero también es posible que sí lo esté y gaste más dinero solo para aparentar que no lo está. No sería el primer hombre en hacer algo tan erróneo.

—Si no quieres admitir que te gusta, me parece bien. Siempre has sido demasiado cauta y por una vez deberías…

—No siempre fui cauta y lo sabes. Pagué aquel error con el destierro, Diane. —Minerva acababa de recordarle parte de su historia de juventud, una que había compartido con su asistente personal cuando descubrió que *él* iba a ir a Londres pronto y que seguramente lo volvería a ver.

—Ha pasado el tiempo suficiente para que te permitas un nuevo error, sospecho que este será sublime. Ya no eres aquella jovencita ingenua, eres toda una mujer capaz de tomar sus propias decisiones. Además, entendí que ese al que llamas hijo de Lucifer estaba sopesando muy concienzudamente la posibilidad de casarse contigo. Ello sin contar que te ha obligado a tener una segunda cita. Si eso no es un cortejo, no sé qué lo es.

—¿Un cortejo? ¡Por Dios, Diane!, quien te escuche se reirá de ti. No sé cómo logró conseguir la tarjeta que le enviaste a lord Hellmore, pero voy a llegar hasta el fondo de esta cuestión y te aseguro que lamentará haberse metido con la mujer equivocada. —Minerva se dio la vuelta cuando el último de los botones estuvo abrochado, miró a su asistente y frunció la mirada—. Porque tú no sabes cómo llegó ese farsante a la entrevista… ¿verdad?

—¡Eres tan desconfiada!

—Había algo en sus ojos… Me recordaba a alguien… ¿Sabes quién es el usurpador o no, Diane? Pues estoy convencida de que sabías de antemano que el caballero misterioso no era Hellmore, porque ese hombre no tendrá más de treinta años —volvió a la carga.

—Me siento insultada por tus dudas… ¿Te he dado yo alguna vez muestras de no ser una persona de plena confianza? No, desde luego que no. ¿Quién arregló aquel trato de los aranceles desorbitados cuando el barco de especias atracó en Londres, y que además llevaba tres polizones, y por lo tanto no nos convenía que fuese registrado a fondo?

—¡Disfrutaste coqueteando como una descarada con el supervisor de recepción de envíos! Fue por eso por lo que no estuvo atento cuando los hombres solo le mostraron las cajas superiores de la bodega y no se dio cuenta de que no había visto las inferiores donde se escondieron los polizones.

—Pero lo arreglé y nos libramos de una buena multa o algo todavía peor. Fui todo un encanto, aunque al parecer tú tienes mucho más de eso que yo… —se mofó.

—No sé para qué discuto contigo, si tú siempre tienes razón y yo no. Ni tampoco comprendo por qué acabo contándote todos mis secretos sin ocultarte nada. Supe que te mofarías durante el resto de mi vida cuando te desvelé que el farsante pretendía dirigirse a mí llamándome encanto. Eres malvada, Diane.

—Tú lo has dicho. Siempre estoy acertada en todo. —Desechó lo referente a ser malvada —. Ahora, da una vuelta y deja que te mire antes de que me marche a vestirme, debo asegurarme de que no estaré más hermosa que tú.

—¡Me da igual si destacas más! Lo único que quiero es descubrir el motivo por el que el hijo de Lucifer ha tenido que venir a quebrantar mi paz.

—Eres una mentirosa penosa… —le dijo con burla Diane, mientras salía por la puerta, puesto que sabía que Minerva no la dejaría contemplarla para determinar si estaba perfecta o no.

La señorita Hollister suspiró con fuerza mientras se dirigía hacia la cama para coger la máscara y ponérsela. Cuando bajó la vista, se dio cuenta de que el nacimiento de sus pechos estaba al descubierto.

—¡Dios mío! —exclamó, al darse cuenta de que el farsante podría tomarla por una casquivana.

No lo era. Siempre había sido respetable… Al menos desde que llegó a Londres. ¿Qué sucedería si cometiese un nuevo error? Su posición y fortuna le aseguraban poder atrapar a un marido que pasase por alto sus faltas. Todas ellas, incluida la de ser una mujer que disfrutaba dedicándose al comercio…

Negó con la cabeza. Lo último que le convenía era caer rendida a los pies de un mentiroso que no le serviría para llevar a cabo sus planes. ¡Quién sabía qué escondería tras su embuste!

El diablo es un tipo encantador y ese desconocido que había usurpado la identidad de Hellmore ciertamente podría traerle demasiados problemas, y en ese instante de su vida, en el que su hermano le había ordenado casarse y donde el mejor amigo de Darius pronto llegaría, lo que Minerva necesitaba era asegurarse un esposo adecuado.

El farsante no lo sería.

***

—¿Vas a estar enfurruñada y silenciosa toda la noche? —le preguntó John, al tiempo que la ayudaba a bajar del carruaje para adentrarse en los jardines prohibidos y misteriosos de Vauxhall.

Al marqués de Wild no le había hecho gracia que la amiga, o lo que fuese de ella, la mujer llamada Diane, los acompañase, pero no había podido oponerse. Aunque sabía que las normas no permitían a una mujer soltera salir sin la debida carabina, era verdad que Minerva estaba ocultando su identidad perfectamente con su atuendo y la máscara. Eso, y que ellos ya estaban fuera de lo correcto y decoroso desde que se vieron. Su primera interacción había sido inapropiada por completo, así que su relación… a peor no podía ir. Tenía que mejorar, ¿no?

En cuanto a la seda roja con la que lo había recibido a la llegada a su casa… ¡Oh! ¡*Wow*!

No había estado preparado para un cambio tan drástico. Había hecho el ridículo cuando comenzó a tartamudear frente a las dos mujeres. ¡La culpa era de Minerva por salir así vestida! ¡Qué belleza curvilínea más tentadora había resultado ser! Era muy injusto verla con esa transformación tan inesperada… ¡Lo había obligado a ponerse en ridículo porque no logró despegar los ojos de ella! ¡Qué mujer!

Y mientras estuvo sentado al lado de ella en el carruaje, se dio cuenta de que hubiese preferido que acudiese a la mascarada que organizaba su amigo, el conde de Warwick, con un vestido gris que no dejase ver ni un ápice de su piel de alabastro. Iba a ser una noche larguísima… En especial porque ella apenas le había hablado y la había escuchado refunfuñar un par de veces.

—Debió elaborar una lista con sus peticiones cuando me obligó a venir esta noche, *milord*… —La forma en la que se dirigió a él, arrastrando la palabra, hizo que Wild se girase para observarla con mucha atención.

Decidió no hacerle demasiado caso, seguramente ella seguía molesta porque él había acortado las distancias y la trataba sin formalidad cuando se dirigía a ella.

—Esto parece una pelea de enamorados… —dijo con humor Diane.

Minerva la fulminó con la mirada, mientras que el marqués de Wild le sonrió. Después de todo no había sido demasiado malo contar con la compañía de esa mujer.

—No os mováis de aquí, tengo que saludar a alguien importante —les ordenó cuando llegaron a la zona donde se celebraba la mascarada.

Se trataba de un lugar rodeado por grandes arbustos, donde una orquesta tocaba una agradable pieza musical mientras los demás invitados bailaban y se divertían. Las fiestas privadas que se celebraban en los jardines más sensuales de Londres, como eran los de Vauxhall, tendían a ser un poco picantes, dado que el champán corría, las máscaras protegían y las parejas se dejaban llevar sin inhibiciones.

Wild había visto a su amigo Warwick, el organizador de la mascarada, y por eso necesitaba recordarle ciertas cosas de las que habían hablado el día anterior. Se desplazó sin quitarles el ojo a las dos mujeres a las que había acompañado. Tanto el marqués como Warwick iban a cara descubierta, porque para eso eran hombres solteros y no hacía falta protegerse con una máscara. ¿Quién iba a acusarlos de estar en una fiesta de dudosa reputación, más si era uno de los dos quien la había organizado? Eso, y que a John le molestaba tener que llevar algún tipo de antifaz.

—¿Es la que va de azul o la de rojo? —preguntó Warwick cuando su compañero se acercó, mientras las examinaba a ambas con curiosidad.

—Lo creas o no, la mujer que va de azul es nuestra carabina.

—Ayer me dijiste que era insulsa, fría me parece recordar que añadiste, la que viste la seda roja no tiene ninguna de las dos cualidades y, por descontado, la otra tampoco —alegó con admiración.

—Me he dado cuenta, y como no dejes de mirarla en este instante vamos a tener un problema serio —lo avisó.

Esa frase, dicha entre dientes, fue suficiente para que su amigo abriese los ojos como platos y desviase la mirada para centrarse en él.

—¿Estás celoso?

—Nada de eso —indicó con tranquilidad—, lo que ocurre es que… —Se quedó sin poder ofrecer una explicación a su salida de tono anterior.

—¿Sí? —preguntó con bufonería Warwick.

—No estoy celoso —zanjó con convicción Wild.

—Ya… —No se creía nada.

—Te lo expliqué ayer, no creo en las casualidades. El magistrado Bourne me habló de ciertas inclinaciones de la mujer cuya muerte nos convirtió a los cuatro —incluyó a Watford y a Mackay— en sospechosos de asesinato. Creo que lord Bourne tiene dudas sobre nuestra supuesta culpabilidad, y si no supiese que nos ha tenido siempre en el punto de mira, incluso diría que me hizo la confesión porque puede que confíe un poco en nosotros. Hubo algo en él que me hizo creer justo eso.

—Sí, sí, recuerdo lo que hablamos y también que dijiste que viste a tus dos acompañantes en una actitud demasiado íntima y cariñosa. Lo que no comprendo es qué tendrían que ver ambas con *lady* Regina. ¿Has logrado averiguar la identidad de las dos?

—Todavía no sé quiénes son exactamente, de ahí que haya organizado la salida de esta noche. Y la nota anónima que me llegó, con las señas de donde ellas están residiendo ahora mismo y el nombre de Hellmore impreso, tampoco creo que sea una coincidencia. Algo debe de haber ahí. ¿Qué perdemos por investigarlo?

Warwick se quedó callado y observó con atención a su amigo.

—¿Quieres saber lo que opino en verdad?

—Imagino que no vas a callarte aunque no quiera saberlo —dijo mientras emitía un sonoro suspiro.

—Pienso que no me has contado todo lo que pasó en tu encuentro privado con la mujer de la seda roja y estoy convencido de que ella te atrae. Y que estás usando lo que dijo Bourne como una justificación para centrar tu atención en ella.

—¿Atraerme? Estás siendo ridículo. En cuanto a lo de Bourne… Eres doblemente ridículo.

—Así que no niegas mi acusación de que no me lo has contado todo.

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que creo que estoy comprometido con ella? —soltó de golpe. Esa parte no se la había dicho.

—¿Disculpa?

—Es largo de contar. Solo tienes que cubrirme cuando te la presente y decirme si crees que esconde algo.

—¿Hablas de matrimonio con una desconocida y no vas a alegar nada más?

—No, además no sería la primera unión de esa índole entre los de nuestra clase —explicó simplemente.

Warwick esperó a que Wild le diese alguna indicación más. Como se quedó callado le dijo al marqués:

—De acuerdo, no me meteré en tus asuntos. Tengo bastante ya con todos mis problemas. Eres mayorcito y supongo que sabrás lo que estás haciendo. —La mirada de Warwick se dirigió hacia donde figuraba una joven que vestía en plata y llevaba una máscara a conjunto.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

—Solventemos lo de tu prometida —dijo con humor— y luego veremos.

—No es mi prometida en verdad, solo… —Observó a Warwick sonreírle con una ceja alzada—. Déjalo. Veamos qué es lo que ella se trae entre manos. Es sospechosa…

—Sí, de gustarte demasiado —masculló por lo bajo Warwick. Su amigo no lo escuchó.

—¿Qué has dicho?

—Te echaré una mano con esa… peculiar investigación que has urdido. Le pediré un baile y…

—No —se negó de inmediato John. Esa negativa tan seca hizo que su amigo volviese a examinarlo con esmero.

—¿No se me permite bailar con ella?

—No —dijo sin ofrecer mayor explicación.

—Entonces… ¿qué sugieres que haga?, pues comienzo a creer que incluso te opondrás a que hable con la dama —conjeturó, ocultando su diversión al ver tan posesivo a su amigo.

—Te la presentaré, recuerda llamarme por mi nombre de pila y no desveles que yo no soy Hellmore, luego puedes bailar con la que viste de azul.

—De acuerdo, pero tengo la obligación de advertirte que tu mujer de rojo, tarde o temprano, se enterará de quién eres en verdad.

—Y yo confío en averiguar quién es ella antes.

—Ah… creía que esto estaba relacionado con *lady* Regina —dijo, mientras echaba a andar hacia donde las dos mujeres permanecían quietas.

—Lo está. No coquetees con ella, te conozco bien, Warwick…

—Y yo creía conocerte a ti mejor —susurró por lo bajo Adrian, gratamente sorprendido por ver al marqués tan interesado en una mujer.

Los dos caballeros se dispusieron a ir hasta donde estaban Diane y Minerva.

***

La ayudante de Minerva le arrebató la cuarta copa de champán.

—Ya has bebido más que suficiente —le advirtió Diane a su patrona.

—Estoy nerviosa, el licor me tranquiliza. —Eso, y que las burbujas eran encantadoras. La ansiedad parecía estar descendiendo y se sentía más confiada.

—Estás ansiosa, beber no te ayudará a mantener la mente ágil ni la calma… ¡Ahí viene! —susurró Diane, al ver al acompañante de Minerva acercarse junto con otro caballero.

—No debería ser tan viril y apuesto —se quejó Minerva para después morderse el labio inferior.

—Lo que no deberías haber hecho es beber tanto —la sermoneó.

No hubo tiempo para más intercambios entre ambas. Los hombres estaban frente a ellas en ese momento.

—Buenas noches, señoras —saludó con jovialidad Warwick.

—Presentaciones… será interesante… —saltó Minerva mientras miraba al que supuestamente era el vizconde Hellmore—. ¿Cómo me presentarás, querido? —le preguntó sin formalidad Minerva a John, y con humor, usando un apelativo cariñoso. ¿No insistía en que estaban prometidos…? Pues ahí recibía lo que había sembrado—. Aunque lo más emocionante será saber cómo se refiere a ti el recién llegado frente a mí. Creo que estás a un paso de ser descubierto.

Diane se tocó la cabeza. Definitivamente Minerva había bebido más de la cuenta porque no había aguantado ni un minuto en acusarlo de ser un falso con respecto a su identidad.

Por su parte, Warwick se mostraba curioso y divertido con el giro de los acontecimientos.

—Lo sabes.

—¿Que no eres Hellmore? Por supuesto que sí, solo lamento no haberme enterado antes de nuestro… encuentro. Te habría echado a patadas por embustero —le aclaró Minerva a John. No iba a tratarlo con formalidad porque no merecía que le ofreciese más atención y modales.

—Bueno, estamos en las mismas circunstancias, dado que yo solo conozco de ti tu nombre y podría ser falso también. Y por lo que recuerdo, no estabas nada incómoda en nuestro… encuentro, más bien todo lo contrario —recalcó él.

Ella jadeó con indignación, dado que sabía que el impostor se estaba refiriendo a cuando se quedaron indecentemente juntos en una habitación donde habían estado completamente solos.

—Suavicemos un poco la situación —intervino Diane—. En una fiesta como esta se espera que haya un poco de misterio. Aquí estamos, Minerva —dijo señalando a su patrona—, Diane —se refirió a sí misma y luego movió la mano para que el supuesto impostor hablase para ver cómo debían referirse a él.

—John. —El marqués de Wild desveló su nombre.

—Y yo soy Adrian —terció Warwick—. Y confieso estar demasiado divertido como para dejar esta agradable compañía, pero creo que sería adecuado si, usted, *madame*, me concediese el siguiente baile. Mejor irnos del fuego cruzado…

—Me parece una gran idea —estuvo de acuerdo Diane, quien sonrió con regocijo al tiempo que se colocaba la máscara negra que portaba en el rostro en el lugar adecuado, dado que se le había movido por el gesto de asentir con firmeza.

—¡No puedes dejarme a solas con él! —exclamó Minerva. Pero Diane y Adrian ya estaban alejándose de la pareja.

—¿Tanto miedo me tienes, encanto? —preguntó John.

—¿Qué mujer no estaría recelosa ante un farsante? ¿Preocupada por un hombre que ha usurpado la identidad de otro, y que se quedó callado mientras yo explicaba la índole de la entrevista?

—Y sin embargo me pediste matrimonio pese a sospechar de mí.

—¡Yo no hice tal cosa! —negó con rotundidad—. Y créeme, de haber tenido algún indicio de tu falsedad no te habría hablado de mis planes.

—Así que lo hiciste porque te gusté de inmediato. ¡Qué halagador! —siguió John con sus conjeturas.

—¡Eres un… un… un…! Algo terrible, busca un adjetivo malvado y ese será mi calificativo para ti.

John le sonrió.

—Para haberme asegurado el otro día, varias veces además, que eras toda una mujer, te estás comportando como una niña malcriada. ¡Fíjate, nos hablamos los dos sin formalidad y discutimos como una verdadera pareja! Creo que vamos por buen camino… hacia el altar.

Minerva frunció los labios. Recuperó la compostura. Él se estaba burlando de ella de manera deliberada.

—Si he venido esta noche aquí ha sido para desenmascararte.

—Ah, pero yo no llevo máscara, solo tú.

—Sabes bien lo que he querido decir.

—Por supuesto. Tu aparición aquí, ataviada como una ninfa vestida de rojo, no tiene nada que ver con que sigas deseando que te bese.

—El mundo no gira solo en torno a ti.

Él se acercó a ella, Minerva trató de mostrarse fría y no retrocedió. John buscó su oreja para susurrarle:

—Interesante… No niegas que deseas mis besos. Pídemelo y te concederé tus deseos, encanto.

La fiesta estaba animada, muchas parejas se veían en la misma situación que ellos, compartiendo confidencias, por lo que no llamaban demasiado la atención. Una mascarada como la que había organizado Warwick estaba pensada para la diversión, sin que mediasen las estrictas normas sociales que se aplicaban en los respetables bailes de salón.

—Eres exasperante. ¿Podemos al menos mantener una conversación adulta y seria? ¿O simplemente eres incapaz de hacer eso?

—Puedo intentarlo. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho. Soy John.

—¿Te llamas John de verdad? —No las tenía todas con ella.

—¿Y tú Minerva? —contraatacó.

—Sabes que sí.

—Y tú sabes que te he dado mi verdadero nombre. ¿De verdad buscas marido? —Ella afirmó con la cabeza. No tenía caso negar las evidencias. Minerva fue sincera cuando le contó sus planes, y lo había hecho esperando que él se diese media vuelta. Era más terco que ella misma.

—Esta conversación no nos conducirá a ningún lugar. No tenía que haber venido… —Minerva dio un paso hacia la izquierda con la finalidad de desaparecer de su vista.

John la cogió por la muñeca y trató de llevársela a un lugar más apartado para hablar con ella con sinceridad. Minerva se detuvo en seco y quiso soltarse de su agarre. Él no lo permitió. La miró a los ojos.

—Has venido aquí porque yo te gusto. ¿Tienes miedo de mí?

—Sería una tonta si no fuese precavida.

—Tu amiga parece confiar en mí y tampoco me conoce. Si crees que hay maldad en mí, si sospechas que puedo hacerte daño del modo que sea, dilo ahora y te dejaré en paz. No volverás a saber nada de mí.

Ella suspiró. Se quedó mirando sus ojos castaños. Se veía amable. Algo en él le recordaba a otra persona. Sacudió la cabeza brevemente para alejar los estragos que estaba causándole el champán. ¿Desde cuándo un hombre la hacía sentirse tan insegura que tenía que recurrir a la bebida para buscar valentía líquida?

—¿Cuántos hombres habrán usado las mismas palabras antes de cometer una infamia?

—Me ofendes, Minerva. Eres una mujer inteligente, me di cuenta de inmediato, así que te diré que en ese retículo que sostienes con fuerza con la mano derecha, debe de haber un arma. Tal vez una pistola de pequeñas dimensiones. Siéntete libre de sacarla y sostenerla en la mano. Esa es mi invitación, porque sé la clase de hombre que soy y no dañaría ni a una mosca sin un buen motivo.

—Diane tenía razón, no debí haber bebido tanto… Hablemos, pero solo será eso. Un movimiento extraño y te prometo que usaré la pistola.

Él sonrió. Los dos comenzaron a caminar a fin de encontrar un lugar más privado.

Mientras, Diane sonreía complacida al ver a su patrona dejarse llevar por John. Warwick, que había sido testigo de cómo Wild se la llevaba del corazón de la fiesta, miró a su compañera de baile con el ceño fruncido.

—Entendí que su misión era ser una especie de carabina. ¿Permite que su amiga se marche con mi amigo?

Diane dejó de observar el lugar por el que habían desaparecido John y Minerva y se centró en el hombre que estaba bailando con ella.

—Minerva toma sus propias decisiones. Estará bien.

—¿Y si él fuese un villano? Desconoce la identidad de mi amigo.

—¿Usted cree, Adrian? —preguntó ella al tiempo que le guiñaba un ojo bajo la máscara. Él había visto el gesto.

Warwick se rio en voz alta al darse cuenta de que la mujer sabía más de lo que había dado a entender.

—John me ha hablado de una nota anónima que apareció de la nada en su casa. ¿Sabe algo de eso, Diane?

—¿No preferiría preguntarme si me siento cómoda con la idea de dejar a Minerva, la mujer a la que quiero como si fuese de mi propia sangre, con un hombre que es sospechoso de asesinato? Aunque también podría interesarse por si me siento yo a salvo bailando con usted, milord, dado que, junto con otros dos caballeros, tiene la misma consideración que lord Wild. —Ahí estaba. Diane había colocado su mano a la vista, las cartas sobre la mesa.

Warwick volvió a reírse en alto.

—Esto sí que no me lo esperaba. Wild creía estar en ventaja, incluso se sentía como un depredador dispuesto a ir de caza, pero de pronto se acaba de convertir en la presa. ¿Qué sentido tiene haberle tendido esta trampa?

—Minerva lo necesita y alguien cree que ella puede ser la solución a la soledad que arrastra el marqués desde hace años. No diré más.

Ahí estaba la confirmación de que ella jugaba con ventaja sobre ambos amigos.

—Sería negligente si no preguntase si Wild estará a salvo en las garras de su amiga y en las suyas, *madame*.

Diane le sonrió.

—Es bonita, tiene una vasta fortuna, conexiones de alto rango y es fantástica. Además… Minerva no es sospechosa de asesinato, lord Warwick.

—*Touché*.

—En cuanto a eso —prosiguió Diane—, y con el único fin de ayudar a mi amiga en esta incipiente relación, debo decirle algo urgente. Me preocupa la felicidad de Minerva, y si Wild va a formar parte de ella, es mi deber echarles una mano a los caballeros malditos para limpiar su honor.

—Me he dado cuenta de que usted maneja muchos hilos, así que no diré que no a su ofrecimiento. ¿Se trata de información sobre el crimen?

—Se trata —repitió usando la misma fórmula que él— de un asunto sobre la víctima.

—Soy todo oídos, *madame*.

—La muchacha asesinada, Regina, tenía unas inclinaciones íntimas…

—Lo sabemos. Wild lo descubrió no hace mucho —la cortó—. Lo que no alcanzo a comprender es cómo está usted al tanto de eso —preguntó con suspicacia.

Diane se quedó callada unos instantes para valorar sus opciones. Para pedirle confianza al amigo de lord Wild, ella tenía que mostrar también que se fiaba de él.

—Supongo que si deseo obtener su ayuda, y que todos cooperemos para atrapar al verdadero asesino, no me queda más que desvelar una parte de mí…

—Tiene mi palabra de honor de que no diré nada de lo que aquí sea revelado. —Ella lo creyó. Por el bien de Minerva ya se había inmiscuido en todo el asunto. No tenía sentido recular.

—En mi juventud comprendí que la naturaleza de algunos hombres es oscura, mientras que algunas mujeres podían ser pura luz. Lo viví en primera persona. Por eso creo que los cuatro son inocentes. Wild y usted no tienen el carácter adecuado para cometer una barbarie de esa índole, tengo cierta intuición a la hora de conocer a las personas. Sé que Watford está felizmente casado con una buena mujer que es además madre de dos niños encantadores que aportó a su matrimonio como anterior viuda. Los pequeños ven más allá de lo que los adultos observan a primera vista, y estoy convencida de que los hijos de *lady* Watford habrían alertado a su madre

en caso de que su esposo no fuese excelente. En cuanto al escocés… Un hombre vinculado a la familia de los duques de Pemberton y que además ha ayudado desinteresadamente a dos viudas que heredó, por decirlo de alguna manera, cuando el rey le concedió su nuevo título inglés… Mackay será un bruto, pero posee un gran corazón.

—¿Qué tiene que ver todo esto con *lady* Regina? No veo la conexión.

—A eso voy. Vi la brutalidad que ejercen los de su mismo sexo, milord, y acabé por caer rendida a la suavidad y ternura que ofrecían las que son de mi mismo sexo.

—¿Debo suponer que usted y *lady* Regina…?

—No —lo interrumpió presumiendo lo que él iba a preguntar—, pero existe un lugar al que ella y yo íbamos. Creo que deberíamos investigar allí.

—¿Como un club? —preguntó con extrañeza.

—Uno muy secreto en el que además solo admiten mujeres. ¿Cómo se sentiría portando una peluca y un bonito vestido, lord Warwick?

Diane se rio en alto al verlo entrar en pánico. Adrian carraspeó.

—Creo, *madame*, que Wild estará perfecto con una peluca rubia y un vestido similar al de su amiga. El rojo combina con sus ojos —se mofó.

Diane se quedó pensativa un momento. Lo había dicho para molestarlo, pero de pronto le pareció una buena idea…

—Acepto su consideración. Me pondré en marcha cuando Minerva y John se den cuenta de que están hechos el uno para el otro. Dejaré primero que la magia del amor obre su milagro y luego seguiremos la investigación. Minerva merece que su inminente esposo limpie su nombre.

—En este momento de revelaciones, debo confesarle que Wild supo de la naturaleza de Regina y que algo debió sospechar de usted.

Diane abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo…?

—Es largo de explicar, pero esa no es la pregunta adecuada, lo interesante será ver la reacción de Wild cuando se dé cuenta de que todo lo que está haciendo con Minerva no es en favor de la investigación sobre asesinato, si no para saciar sus propios intereses personales. Va a ser divertido ver caer a otro de los caballeros malditos. —Warwick comenzó a reírse y vio a Diane seria—. ¿La he ofendido con mis conjeturas?

—No, lo que me sorprende es que se ría alegremente, cuando será usted el último de sus amigos que quede soltero. Creo que después de Wild, es más que plausible que usted acabe… cayendo…

Lo vio entrar en pánico una vez más y se sintió satisfecha consigo misma.

Capítulo 4
Una cita clandestina

La luna brillaba de forma magistral. Las notas de música de un delicado vals surcaban el aire. La noche no era excesivamente fría. El ambiente íntimo de la velada confería una cierta maldad seductora a la situación. Minerva estaba sola frente a un varón que la afectaba de un modo que no creyó.

La atracción entre un hombre y una mujer a simple vista se narraba incluso en las sagradas escrituras. Ya Adán y Eva hicieron de las suyas en los primeros tiempos, y pese a que Minerva no veía ninguna serpiente ofreciéndole una manzana, la tentación que suponía John era terrible.

Había jurado años atrás que jamás volvería a ponerse en una situación penosa. Aquel escarmiento amoroso estaba muy presente y, sin embargo, había fracasado estrepitosamente en su intención de alzar los muros de sus deseos más secretos, dado que en lo único que podía pensar mientras su compañero la arrastraba entre los oscuros y prohibidos senderos de Vauxhall era en lo apetecible que se mostraba la descarada boca de John.

Llegaron hasta un lugar del todo peligroso, no por la intimidad que ofrecía, sino porque además de las lejanas notas musicales de la orquesta que ambientaba la mascarada, se podía escuchar un sonido muy particular. No muy lejos de donde John y ella figuraban, una pareja estaba dando rienda suelta a sus pasiones más bajas. Los gemidos eran claros, y aunque no escuchaban con precisión las atrevidas palabras que los amantes intercambiaban, no se necesitaba demasiada imaginación para interpretarlas.

El pulso de Minerva estaba acelerado. Sus labios entreabiertos delataban su excitación. Apretó los muslos para calmar aquel viejo y placentero dolor que una mujer sentía cuando su cuerpo comenzaba a percibir necesidad.

—¿Podemos… ir a otro lugar? —Su petición se entrecortó, porque se escuchó un gemido animal que, claramente, indicaba que alguien había logrado paz en aquella aventura sexual clandestina.

John decidió quitarle la máscara y procedió a hacerlo con sumo cuidado. Se deleitó en el suave roce de algunos mechones de pelo que habían escapado de su precioso peinado. Los tuvo entre los dedos y comprobó su textura. Puro hilo sedoso. Dejó caer la máscara a un lado y volvió a concentrarse en ella.

—¿Te molesta escuchar cómo los demás *fornican*, Minerva? —preguntó John después de haberse acercado a su oído para susurrarle esa palabra traviesa—. ¿O lo que te incomoda es sentir cómo tu cuerpo se altera al ser testigo de la liberación que otros están logrando? Puedo apreciarlo, encanto. Tu respiración es entrecortada y aunque no hay suficiente luz, intuyo que tus pupilas estarán dilatadas, una cálida humedad debe estar formándose en un lugar secreto…

—Yo… —Un segundo grito pasional en medio de la noche interrumpió su discurso.

John se separó de ella. No estaba bien aprovecharse de esa ansiedad que percibía en Minerva. Ah… pero ella se veía tan deliciosa y necesitada… Usó toda su fuerza de voluntad para comportarse como lo haría un hombre honorable.

—No eres la única que está alterada por lo que hemos escuchado. —Los jadeos emocionantes se habían detenido—. Y no sería franco si no admitiese que te deseo, pero eso ya lo sabes. No obstante, te he dicho que vendríamos a conversar y eso haremos.

Minerva disimuló la desilusión que sintió cuando percibió que él se apartaba de su cuerpo. ¡Qué tontería! Enfadarse porque un hombre viril y apuesto le hubiese susurrado picardías al oído

y luego la dejase tranquila como si nada hubiese sucedido. Debería darle las gracias por ser un caballero, al menos en esa ocasión, y lo haría si no fuese porque estaba enfadada por el retroceso de John.

¡Qué desastre!

—¿Quién eres en verdad? —le preguntó ella.

—¿Y si quisiera mantener este excitante juego tal y como está, Minerva?

—¿Con qué fin?

—Por el momento, el de conocernos sin tener que mostrar nuestras pesadas cargas del pasado. En cuanto yo sepa quién eres y tú descubras mi identidad, todo cambiará entre nosotros, pero si dejamos las cosas como están durante un tiempo, ambos podemos ser iguales. Sin escalas sociales, ni económicas, solo un hombre y una mujer que han sentido una chispa. ¿Qué mal habría en eso?

—Habría mucho, John, porque, para premiar tu sinceridad, diré que no me eres indiferente por más que quisiera que lo fueras y que no sé si… —Cerró los ojos. Él estaba a escasos centímetros de ella, pero lo bastante lejos para no sentir su cercanía como la hubiese querido experimentar en verdad.

—Sé a lo que te refieres, porque me siento igual que tú. Tampoco sé si seré capaz de resistirme a lo que deseo hacerte.

Ella abrió los ojos para contemplarlo.

—¿Debo temerte?

—No, en principio no, porque soy obstinado y no te besaré hasta que me lo pidas. Así que ahí tienes una garantía de que no haré nada sin tu consentimiento. Por más que desee seducirte, trataré de contenerme con todas mis fuerzas, cosa que te aseguro que no será nada fácil.

—Un vestido descocado y rojo, y ¿ya soy una mujer diferente, John? —Minerva había advertido un cambio significativo con respecto a ella desde la última vez que la vio vestida de gris.

—No, en verdad te hubiese preferido vestida hasta el cuello en un tono lúgubre. No sabía que fuese tan posesivo, pero contigo no puedo evitarlo —confesó. ¿Qué tenía que perder por decirle la verdad? Su relación había comenzado de una forma inesperada y alarmante—. Lo que me preocupa son las inmensas ganas que tengo de explorarte sin ningún atuendo sobre tu suave piel. ¡Cuánto me gustaría convertirme en un antiguo montañés de las Tierras Altas escocesas de allá por el año 1000 para tomar lo que tanto deseo! En estos momentos, no dejo de pensar en lo agradable que sería transformarme en un bruto, poseerte y obligarte a ser mía. Y no te miento cuando te digo que hace años que no me sentía tan predispuesto a cometer una verdadera temeridad.

La mujer tomó una bocanada de aire.

—No soy una muchacha que tenga que preservar su virtud —reveló sin titubear, aunque con la mirada baja.

—Pero yo soy un hombre que debe hacer lo correcto.

Minerva alzó la mirada y lo examinó con atención.

—Entonces supongo que no hay más que decir.

Minerva dio un paso a la derecha, dispuesta marcharse de allí. Sintió la presión de la muñeca.

—¿Me castigas por cumplir mi parte del trato? Porque debo recordarte que estabas dispuesta a usar la pistola en caso de que yo me portase mal.

Ella tragó saliva. Estaba desconcertada y el champán que había bebido previamente no

estaba ayudando demasiado a mostrarse serena y comedida. Se quedó en su lugar, frente a él. Desistió en su intento de huir.

—¿Qué es lo que quieres?

—Buscas un esposo.

—Eso es lo que yo quiero.

—¿Y si te dijese que no me tomo a la ligera el hecho de que me hayas pedido matrimonio?

Ella exhaló.

—Este no es un buen momento para irritarme, John.

—Pero no es lo que pretendo. Estás decidida a casarte y yo no veo mal tu sugerencia, aunque no me dejaré atrapar sin que me cortejes.

Ella abrió los ojos de par en par. Parecía estar hablando muy en serio.

—¿Cortejarte yo a ti?

Él agitó los hombros y la sujetó por la cintura para mantenerla cerca y pegada a él.

—¿Por qué no? Hemos desafiado todos los estándares sociales hasta el momento, ¿no te apetece seguir burlándote de las normas?

—¿Qué motivo tendrías para querer casarte conmigo? Yo no te gusto —observó.

—Ni yo te gusto a ti, pero nos deseamos. Me parece una base de lo más sólida para ver qué sucede entre ambos a partir de ahí.

—¿Estás arruinado?

—No —dijo con honestidad.

—Solo tengo mi fortuna que aportar. Has dicho que, por el momento, no deseas que sepamos nada más el uno del otro, pero debo advertirte que no cambiaré mi forma de vida. Mi dinero a cambio de libertad, pese a que seré una mujer casada.

—¿Libertad?

—Eso es.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que hay una compañía importante que dirijo y que no puede verse afectada por el hecho de que me case.

—Será inaceptable que mi esposa se dedique al comercio, como sospecho que haces. Mi posición exige deberes.

—Mi compromiso se limita a entregar mi fortuna.

—¿Por eso habías buscado a tipos como Hellmore? ¿Que se callasen y replegasen a tus peticiones sin rechistar?

Ella afirmó con la cabeza.

—Ser esposa a tiempo completo no entra en mis planes. Preferiría un arreglo comercial, por así decirlo. No es poco común que los nobles firmen acuerdos detallados sobre lo que obtienen con el matrimonio. La libertad para seguir haciendo lo que hago es un punto insalvable.

—¿Y qué hay de los hijos? —Pasó al siguiente asunto que le preocupaba.

—Son fundamentales para mí. Estarán al frente de mi patrimonio. Lo heredarán todo.

—¿Debo suponer que te quedarás la bolsa de dinero y que yo tendré que pedirte una asignación, Minerva?

—No, por supuesto que no. Lo he ideado de otro modo. Pero en todo caso… ¿por qué me pedirías una asignación si acabas de decir que no necesitas mi fortuna, John? —preguntó con suspicacia.

—Porque no quiero verme sometido a mi esposa en ningún aspecto.

—¿Y yo debo estarlo?

—Tus pensamientos son demasiado progresistas, el papel de la mujer es el de servir a su esposo y criar a los hijos.

—¿No dijiste antes que te gustaría que no nombrásemos el pasado para seguir siendo iguales?

—Sé bien cuáles han sido mis palabras, pero mi posición y crianza exigen que mi esposa atienda mi título y a mis hijos. Hablas de seguir ejerciendo tus funciones y no veo que tu familia esté en el primer escalafón de tus prioridades.

—¿Mi familia? —Darius le vino a la mente. Su hermano era lo primero. Tanto era así que había aceptado casarse porque él había insistido en la necesidad.

—Nuestros hijos y yo.

—Estás corriendo mucho. No hemos decidido nada y ya estás hablando de niños.

—Eres tú la que has iniciado conversaciones con Dios sabe cuántos hombres para tantearlos y plantearles un matrimonio. ¿Creías que todos serían mansos corderos? Tengo muchas preguntas, Minerva, tantas o más que las que tú me hiciste a mí cuando nos vimos.

—¿Por qué siento que nos estamos peleando?

—Porque estamos debatiendo nuestro futuro y apenas nos conocemos.

—Tú lo has dicho. No nos conocemos, no nos gustamos y deberías…

—¡No te atrevas a decirlo, Minerva!

—¿El qué?

—Ibas a decir que cada uno fuese por su camino. Y si dices algo como eso, te acusaré de ser una cobarde y entonces sí que te enfadarás, me harás disgustarme y nos pelearemos de verdad.

Ella volvió a suspirar con fuerza. Él hizo lo mismo.

—¿Qué es lo que planteas, John? —inquirió al cabo de unos segundos que se sintieron como horas.

—Un cortejo, ya te lo he dicho.

—¿Debo escribirte un poema de amor, enviarte dulces y flores?

Él cambió su ironía por una sonrisa traviesa.

—Me sentiría muy honrado.

—¿Dónde lo haría si no sabemos nada el uno del otro?

—Eso me recuerda que podríamos ser un poco más malvados y llevar más lejos las cosas.

Lo vio tan emocionado al presentar esa conjetura que se contagió. Debía de estar demente.

—¿Qué has pensado?

—Pasa unos días en el campo conmigo.

—¿Qué? —graznó. Eso no lo había esperado.

—Tengo un pabellón de caza al norte. Es muy discreto y nadie nos molestará. Hay un matrimonio que se ha ocupado del mantenimiento. Les diré que no husmeen durante el tiempo que estemos allí. Contrataré a una cocinera y con el resto nos apañaremos nosotros. Será muy discreto y nadie tiene por qué enterarse de nada.

—¡Vaya… cualquiera diría que lo tenías todo planeado!

—¿Y si te dijese que no he pensado en otra cosa desde que salí de aquella entrevista tuya?

—Eres una complicación, John. Una muy grande, porque tampoco he dejado de pensar en ti, pese a que estaba molesta porque habías usurpado el lugar de Hellmore. ¿Cómo lo hiciste?

—Hablaremos del pasado cuando decidamos si tenemos un futuro juntos. ¿Aceptas, Minerva?

—Esto es una locura…

—Pero será una locura épica, te lo garantizo.

—El diablo es un tipo encantador, y tú lo eres mucho más —señaló enfurruñada. Él sabía que se la había ganado.

Le sostuvo el rostro en las manos y se quedaron el uno mirando con fijación hacia los ojos del otro. La claridad en aquel momento de la noche, donde la luna estaba en su punto más esplendoroso, les permitió observarse a placer.

—¿Por qué nunca sonríes?

—No está en mi naturaleza. ¿Eso será otro problema para ti? —trató de averiguar Minerva.

—Te empeñas en echarme a un lado, y lo creas o no, cuantos más impedimentos señalas que hay entre nosotros, más… juguetón me siento.

—¿Juguetón?

—Una manera de decir que me percibo como un depredador hambriento. ¿Sellamos el trato con un beso?

—¿Eres de esos hombres que preguntará siempre lo que puede o no hacer?

—¿Te molestaría si así fuese?

—No, supongo que no.

—Pídeme que te bese.

—No lo haré.

—Dura, inflexible y también cruel. Todo un encanto… —ironizó con diversión. Iba a disfrutar investigándola, porque todo ese despliegue era para ver qué ocultaba ella y quién había tras la nota anónima que lo condujo hasta Minerva. No tenía que ver con esa irrefrenable atracción de polos opuestos que mediaba entre ellos y el hecho de que se muriese por seducirla con todas las consecuencias…

Se convenció de que en verdad era por el asesinato de Regina, aunque tuviese unas increíbles ganas de domesticarla y verla rogando por sus besos, por su toque, por… John agitó la cabeza para olvidar los últimos pensamientos perniciosos que habían despertado, desde hacía rato, su hombría. La erección que se agolpaba en sus pantalones le dolía como la muerte. No era seguro tocarla, menos todavía besarla, pero era incapaz de controlarse, de no permitirse darse el capricho.

Desde que Sophie le partiese el corazón, no había pensado en involucrarse seriamente con una mujer y lo que estaba ocurriendo con Minerva, con esa excitante desconocida de la que ya había atisbado una férrea voluntad, no significaba nada. No lo significaba, ¿verdad?

—¿Por qué debería pedirte permiso si puedo tener lo que quiero con solo tomarlo?

—¿Qué…? —comenzó a preguntar, pero la cuestión murió cuando ella le agarró las solapas de la chaqueta y se acercó para reclamar los labios masculinos. Él se quedó quieto sin atreverse a mover un solo músculo.

—¿John? —lo llamó a medio centímetro de sus labios, antes de proceder a besarlo.

—¿Qué?

—No llevo ninguna pistola.

Él la premió con una sonrisa perezosa que ella encontró adorable.

—De todos modos no te habría hecho falta contra mí.

Acto seguido, Minerva levantó la cabeza y lo besó. Un beso tentativo que pronto se convirtió en un torrente de necesidad para los dos. John se aferró a sus posaderas y la acercó para que fuese plenamente consciente de lo necesitado que estaba su cuerpo de ella.

Minerva sintió sobre el estómago su duro eje y suspiró llena de satisfacción femenina.

No tuvo que pedirle que abriese la boca para permitirle el paso, la mujer le demostró que

no era tan ingenua en cuanto a la danza de la seducción se refería. De él dependía juzgarla válida para lo que había ideado o no. Ella no podía cambiar su pasado, y tampoco lo haría en caso de que dicha posibilidad estuviese sobre la mesa. Minerva Hollister era quien era, porque los acontecimientos habían dictado su porvenir y se enorgullecía de ser una mujer con cierto poder, con independencia y con la suficiente seguridad para poder aceptar la solicitud que le había hecho John.

Que Dios la ayudase, porque, pese a saber que estaba cayendo en picado en un pozo oscuro y profundo, era incapaz de negarse a tomar otra determinación que no incluyese llevar a cabo la apasionante propuesta de John. Esperaba poseer unas fuertes alas que la ayudasen a aterrizar en caso de que la situación se complicase.

Ella no era un pájaro, así que acabaría más destrozada que la primera vez que decidió seguir a su corazón y sus deseos.

¡Qué desastre! Ah, pero qué prometedor parecía todo…

Capítulo 5
Una escapada indecorosa

No tenía la certeza de que Diane estuviese detrás de la aparición de John, y cada vez que había sacado el asunto a colación, su amiga desviaba la conversación a su antojo. Eso era una prueba palpable de que de algún modo estaba involucrada. Minerva se fiaba del criterio de Diane con los ojos cerrados. Había sido así desde que se conocieron nueve años atrás.

La vida establecía compañeros de viaje curiosos y el destino estuvo acertado al hacerlas coincidir en aquella pequeña fiesta donde Darius las presentó.

Antes de que Minerva decidiese dejar atrás Boston para olvidar el dolor de un amargo amor de juventud, su hermano había estado asentando las bases para establecer un puesto permanente en Londres para la Hollister Sea Corporation, y la señorita Diane Rider lo estuvo ayudando por aquel entonces. Hicieron buenas migas de inmediato.

Poco después, con la guía de un armador, americano también, llamado Devlin Hill, Minerva se labró una reputación de lo más acertada.

El asunto del matrimonio iba a complicar su dedicación, pero Darius había sido claro al respecto. Minerva no podía mirar hacia otro lado.

—Estás muy callada. —John la sacó de sus pensamientos.

Su acompañante estaba junto a ella, en el interior de un carruaje de alquiler que les llevaba hacia ese pabellón de caza.

—Solo pensaba en cómo ha resultado ser mi vida.

—¿Te arrepientes de haber tomado esta decisión? ¿De venir sola conmigo? Podría haber encontrado un modo respetable de que nos conociésemos mejor. —Como por ejemplo sugerirle a su hermana Faith que organizase una fiesta campestre y que invitase a Minerva. Estaba seguro de que Faith la adoraría.

—No. Suelo ser consecuente con mis actos. No hago nada que no quiero a menos que sea de vital importancia. Yo quería estar contigo —le aseguró sin reticencia.

—Agradezco la confianza que me otorgas. Intuyo que el matrimonio es… ¿una especie de necesidad para ti? —A John le pareció que sería mejor hablar, porque si daba rienda suelta a lo que imaginaba… Mal asunto. No debería asaltarla a la primera ocasión. Se contendría todo lo que pudiese, aunque ella se veía tan perfecta… enfundada en un sencillo vestido en tono gris perla, con la capa en un tono también grisáceo pero más oscuro, y sus labios lo llamaban a gritos.

—Sí. Es justo eso. —John se concentró en no admirar más de lo necesario su suculenta boca. Se obligó a contemplar esos ojos curiosos que lo miraban sin ningún velo en esa ocasión. Tenía la sensación de que, con esa escapada al pabellón de caza, iba a conocer a una Minerva diferente. Más cercana, más auténtica, y decididamente más mundana.

—¿Me lo explicas?

—¿Ya quieres conocer mi pasado?

—El viaje es un poco largo y sería conveniente centrarme en algo que no fuese peligroso. Todavía recuerdo el beso que nos dimos cuatro noches atrás. Ha sido un milagro contenerme para no irrumpir en tu casa.

Ella compartía su pensamiento.

—Te desvelaré mi primer secreto. Aunque no es un secreto como tal. Mi única familia es mi hermano Darius. Nos quedamos huérfanos demasiado pronto y entre él y yo dirigimos una compañía de transporte marítimo. Tenemos sedes en los Estados Unidos y en Londres. Yo me

ocupo de los asuntos a este lado del charco.

La señorita Hollister lo observó fruncir el ceño y erguirse, fue solo un instante, porque de inmediato cambió su compostura. Estuvo a punto de preguntarle a qué se debía el cambio, pero se dio cuenta de que él se disponía a decir algo.

—Es un progreso escucharte hablar de ti misma. Insisto en que aprecio tu confianza, Minerva.

—No estaba convencida del todo en que tú y yo hiciésemos una buena pareja, pero Diane parece adorarte y me ha contagiado su entusiasmo. Si de esta salida secreta resulta que podemos tener un buen matrimonio… Digamos que no estoy dispuesta a dejar pasar la oportunidad de averiguarlo. Así que te diré sin más preámbulos el motivo por el que inicié esas entrevistas con candidatos aceptables para el puesto de esposo.

—No voy a censurarte, Minerva —le aclaró, al ver que ella se quedaba callada.

—Mi hermano tuvo paperas cuando era pequeño. Darius es dos años mayor que yo. Me confesó hace unos meses que, debido a la enfermedad, no podría tener hijos. Insistí en que era imposible que estuviese seguro de algo así, dado que no se había casado. Pero él me explicó que estaba completamente seguro porque no había hecho otra cosa más que la de buscar a una mujer que fuese capaz de concebir un hijo con él y no tuvo suerte. Imaginé que se refería a que había intentado hacerlo con sus amantes. Darius es… —No supo cómo continuar la frase.

—Un hombre, Minerva. Con apetito y que debió darse cuenta de su problema de reproducción en algún momento.

—Solo estamos él y yo, así que como veía que yo cumplía años y que no tenía como meta la de formar una familia…

—Te pidió que cargases con el peso de engendrar un heredero para la compañía y vuestra fortuna. —Él conocía ese peso muy bien.

—Sí. Me encomendó buscar un buen hombre, dado que como Darius no tendría hijos, serán los míos quienes seguirán con nuestro trabajo. Me di cuenta de que si buscaba a un hombre que fuese bueno, tal y como me recomendó mi hermano, pero que a la vez necesitase con desesperación mi fortuna, yo podría obligarlo a permitirme un margen alto de libertad a fin de seguir con el negocio familiar. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy. Ser mujer me ha cerrado muchas puertas, que mi hermano tuvo que ir abriendo por mí cuando no logré imponerme frente a quienes consideraban que no era válida. Por eso, aunque el título no era importante, consideré que buscar a un par del reino, aunque su título no fuese de alto rango, podría facilitarme las cosas con respecto a la naviera.

—¿El título es algo muy importante para ti?

—No, creo que no. ¿Me dirás qué posición ocupas en la escala social?

John le guiñó un ojo.

—Si te portas bien, encanto, podría contarte todos y cada uno de mis secretos, pero por el momento me interesa conocer un poco más tu historia.

—No hay mucho más que contar.

—¿No?

—No —aseveró ella.

—Lo dudo mucho. ¿Qué hay de tus amores pasados?

—¿Lo preguntas porque te confesé que no era una mujer inocente? —inquirió con inquietud.

—Lo pregunto porque tras esa fachada fría late el corazón cálido de una mujer apasionada que inició un beso abrasador en el que casi nos consumimos. —Fue una gran suerte que él

tuviese un excelente autocontrol de sus impulsos primitivos, porque detenerse y no tocarla como deseó fue todo un gran milagro. Deberían condecorarlo por eso.

Ella chasqueó la lengua.

—Exageras. Seguro que no te has mantenido célibe. No seré la primera en hacerte temblar las rodillas… —dijo con cierto humor, pero con cara seria.

Él se dio cuenta de que estaba bromeando y le sonrió con franqueza y un poco de picardía.

—No me he acercado nunca a ninguna dama virtuosa cuya relación hubiese acabado en matrimonio. Aunque sí confesaré que tengo sobre mis hombros un error fatal que involucra a una mujer a la que le hice mucho daño sin querer. Mi juventud y estupidez posibilitaron que errase, y mucho, con la dama.

—¿Cómo se llamaba? —se atrevió a preguntar.

—Sophie. Todavía me pesa y sinceramente creo que nunca podré olvidar aquello. Fue doloroso —dijo al recordar lo que sucedió. Los años habían pasado, pero su espina seguía clavada en el pecho con fuerza—. Lo malo de aquello es que si lo pienso bien y con honestidad, me doy cuenta de que perdí la confianza en ella y en mí mismo. Es extraño, pero cuando echo la mirada hacia atrás… la desolación me consume. ¿Podré alguna vez volver a confiar en que seré digno de ser amado y de que alguien me ame con todas sus fuerzas? —John se dio cuenta de que había compuesto un soliloquio de lo más embarazoso. La miró de soslayo, parecía muy interesada en sus apreciaciones. Ese era otro de los efectos de Minerva. Le prestaba toda su atención. Además era capaz, sin proponérselo, de hablar con ella sin armaduras. ¿Por qué con Minerva de entre todas las mujeres? ¿Qué tenía de especial para que se sintiese tan cómodo en su presencia? No lo entendía. El marqués de Wild carraspeó—. ¿Y el tuyo, encanto? —inquirió.

—¿El mío? —Ella se había perdido. Había estado concentrada en las disertaciones que él había emitido. Era tan franco… ¿Desde cuándo un hombre podía ser sincero?

—Tu amor o error de juventud.

—No fue nada significativo.

John comprendió que ella no deseaba hablar de ese asunto. ¿Sería un hombre o una mujer? Desde que supo que *lady* Regina se sentía inclinada por el disfrute entre las de su mismo sexo y encontró a Minerva en aquella actitud tan íntima con su amiga Diane… No había podido pensar en otra cosa. Pero luego estaba ese beso… ¿Una mujer podía sentirse ardiente con un hombre y también con una mujer?

El carruaje se detuvo en ese momento. John sacó la cabeza por la ventana para ver el problema. Suspiró y se volvió a meter en el interior del vehículo.

—El mundo es pequeño… Quédate aquí.

—¿Qué sucede?

—Nada malo. No quiero que te vean, quédate aquí —insistió.

Minerva se tocó la frente. ¿Quién no debería verla? Sintió la tentación de observar por la ventana por la que él lo había hecho, pero se contuvo. Haberse fugado con John de ese modo tan intempestivo solo le traería problemas, e incluso sabiéndolo había dejado a un lado la razón y la coherencia para lanzarse al vacío. Que Dios la ayudase, porque John le gustaba en exceso y lo que había sido una forma fría para buscar un esposo adecuado se estaba transformando en una cuestión muy seria, donde si no iba con cuidado su corazón se vería empeñado.

Ese hombre era divertido, ingenioso, sincero, amigable, apuesto y viril… pero también orgulloso e irritante en exceso. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro, muy insignificante, aunque la hizo fruncir el ceño. Ella no sonreía jamás. Se recostó en los cómodos sillones de terciopelo y aguardó el regreso de John con calma.

El marqués de Wild salió sin su sombrero ni su sobretodo, incluso se había desprendido de la chaqueta de su elegante traje y estaba arremangándose las mangas de la camisa.

—¡Mira lo que trajo la marea, Mackay! —exclamó el conde de Watford en dirección a un fornido caballero. Era uno de sus mejores amigos, uno que estaba considerado, al igual que él, un sospechoso del asesinato de *lady* Regina.

—¡Si es un noble en mangas de camisa dispuesto a ofrecer su ayuda! —se jactó el conde escocés MacKay. Ese era otro de los sospechosos del crimen.

Wild sonrió, las páginas de los pasquines de Londres los habían apodado los caballeros malditos, pero bien pudieron solo decir que eran de un club de sospechosos de asesinato, eso hubiese sido más escandaloso.

La verdad era que los tres, junto con Warwick, habían trabado una amistad sincera que comenzó con ese horrible asesinato y que fue a más cuando decidieron jugar a las cartas apostando secretos. Nada unía más a un grupo de caballeros con una reputación ya de por sí cuestionable que añadir un cargo de asesinato a las sospechas. Aunque en honor a la verdad, el magistrado Bourne tenía razón y tanto Watford como Mackay habían superado su desagradable popularidad y se habían casado por amor con dos mujeres excelentes, pero con demasiado carácter, en opinión de Wild.

—Esa rueda no va a arreglarse sola y todo Londres sabe que ambos sois incapaces de hacer nada bien si vuestras esposas no os dan las oportunas indicaciones —se mofó Wild, observando que el eje del carruaje en el que ambos viajaban estaba en apuros.

—¿Has oído eso, Mackay? —le preguntó el conde de Watford al escocés, con quien viajaba en esos momentos.

—Perfectamente. ¿Qué le contestamos? Podríamos poner de manifiesto que como él no tiene a una dama adecuada lo hace todo mal —sugirió Mackay.

—Mejor que le señalemos que por las noches no nos metemos en una solitaria cama fría para congelarnos. —Watford se rio por la ocurrencia.

—Ya sé —continuó el rudo escocés—, hagamos hincapié en que hemos sido tocados por el ángel de la felicidad y que Wild nos inspira tanta lástima que estamos dispuestos a rogarles a nuestras esposas que ejerzan su magia como casamenteras.

—¡Buena idea! —siguió Watford—. Con eso tendremos la gratitud eterna de un bufón que se ríe de nuestra devoción.

—Cuando él acabe enamorado hasta las cejas, le recordaremos algunas de sus conversaciones pasadas. No hay nada mejor que una venganza que se sirve en plato frío —dijo con media sonrisa Mackay.

—¿Habéis terminado ya de restregarme vuestra suerte por la cara? Porque de otro modo, creo que debería ir a buscar una silla y ponerme cómodo.

—¿Se te ocurren más bromas? —inquirió el escocés en dirección a Watford.

—Creo que ya hemos dejado claro el punto. No martiricemos más a nuestro amigo, podría ponerse a llorar —se mofó Watford.

—Desde que estáis casados, vuestro humor ha mejorado considerablemente. Siento deseos de darme media vuelta y dejaros tirados en el medio del camino.

—Tu ayuda llega tarde. Hemos reparado ya la rueda, solo falta que Mackay le dé una patada al eje con su fuerza sobrehumana y lo enderece —alegó Watford.

—¡Hecho! —El aludido acababa de hacer justo lo que su amigo había explicado. Todo estaba arreglado.

—¿Qué haces aquí? —se interesó Watford al ver que Wild se giraba constantemente hacia

su carruaje.

—Lo creáis o no estoy investigando una pista interesante —apostilló enigmático—. Voy de camino a Stratford-upon-Avon. ¿Y vosotros? ¿Qué hacéis en la región de Cotswold?

Su pabellón de caza estaba muy cerca, en ese agradable pueblo que todo el mundo conocía porque era allí donde nació el maestro Shakespeare. Aunque lo más significativo de la campiña inglesa de Cotswold era Bath, por sus aguas curativas.

—Como siempre, también seguíamos una pista de nuestra investigación, pero de nuevo no nos ha llevado a nada. Nos avisaron de que un hombre con una extraña marca en la mano podría ser nuestro señor Smith.

El denominado Smith, del que habían descubierto solo que tenía una quemadura en la mano, podría ser el villano que asesinó a *lady* Regina, porque ese Smith había contratado a los cuatro sirvientes que les entregaron cada una de las misivas a cada uno de ellos para tenderles una trampa. Y también la misiva que citó a la dama en aquel lugar. Cinco notas anónimas entregadas por cinco personas distintas y el nexo común era Smith. Un fantasma al que no lograban encontrar.

—¿Averiguasteis algo? —indagó Wild.

—Ha sido, una vez más, un callejón sin salida —habló el escocés.

—¿Tus asuntos interesantes llevan falda, amigo mío? —cuestionó Watford, sospechando que John no viajaba solo.

—Es una cuestión relacionada con el asesinato —apuntó. Podría ser cierto, todavía no lo había podido averiguar.

El escocés soltó una gran risotada.

—¡Investigar lo llama, Watford! Deja al pícaro con su… investigación y regresemos a Londres, tengo el trasero congelado y ardo en deseos de ver a mi esposa. —Mackay intuía que Wild estaba haciendo alguna dulce maldad con una misteriosa dama.

Wild rodó los ojos.

—Os lo contaré a mi regreso, aunque como Warwick está al tanto de mis descubrimientos, imagino que os lo explicará cuando coincida con vosotros. Creo que Bourne comienza a confiar tibiamente en nosotros.

—¿Bourne? Sería una novedad —objetó Watford. El magistrado les tenía poca estima.

—Es un poco largo de contar, preguntadle a Warwick —les dijo Wild mientras regresaba al interior del carruaje.

Los amigos se despidieron.

La vida estaba llena de casualidades y el marqués, definitivamente, no creía en las coincidencias. Lo habían pescado en flagrante delito… amoroso. John frunció el ceño antes de subir al carruaje. ¿Amor? ¿Qué tenía que ver ahí el amor?

Watford y Mackay se quedaron a solas.

—Ah, por un momento quise asaltar el carruaje y ver qué escondía. —Watford se quedó viendo cómo su amigo se metía a toda prisa en el vehículo.

—También he sentido curiosidad. ¿Te has tragado eso de que estaba investigando? —inquirió el escocés.

—Ni por un momento. Creo que está en peligro.

—¿Peligro?

—¿Has visto su cara y has notado las veces que se ha girado para asegurarse de que del carruaje no salía nada ni nadie? —Watford tenía una corazonada, cuando conoció a Céline, su condesa, él tuvo una expresión similar y en aquel momento también creyó que el amor de su vida

podría darle respuestas sobre el asesinato. Resultó que su esposa le dio sentido a su vida y lo hizo el hombre más dichoso de la faz de la Tierra.

—Por supuesto.

—¿Recuerdas cómo andabas cuando conociste a tu condesa, Mackay?

—Debo reconocerlo: iba flotando por el mundo. —La que fuese *lady* Lily Ann antes de aceptarlo por esposo cambió todo su mundo para mejor. Había pasado de ser un escocés salvaje e impetuoso a convertirse en un hombre pacífico y algo más manso. Ese era el efecto que siempre tenían las damas adecuadas sobre los hombres correctos.

—Como Wild… Hacía mucho tiempo que no lo veía de tan buen humor.

—Así es… Se veía en sus ojos la anticipación de la caza. ¿Quién sería ella?

—Imagino que nos lo dirá cuando esté listo —afirmó Watford.

En ese momento el carruaje de Wild pasó por al lado de sus amigos y, aunque trataron de echar una mirada adentro, no lograron identificar a nadie, aunque sí se vio la silueta de una acompañante.

Watford y Mackay le hicieron una seña al cochero y a los lacayos para que se dispusieran a iniciar el camino de regreso a Londres.

***

El pabellón de caza de John era una construcción rústica de madera, apartada y rodeada de naturaleza. En el momento en el que bajó del carruaje y entró en la casa, Minerva tomó conciencia de lo que había hecho en verdad. Estaba atrapada, por voluntad propia, con un hombre en medio de la nada. La situación se le antojaba asombrosa, indecorosa y demasiado apasionante como para dejarla correr.

No habían hablado de los pormenores, ni de lo que se suponía que iban a hacer allí exactamente, aunque no hacía falta imaginar lo que John esperaría de ella… intimidad. En verdad, Minerva había corrido al campo para tener la oportunidad de conocerlo mejor. Le parecía un partido de lo más adecuado para casarse, entre otras cosas porque no se había escandalizado de todas las locuras que ella había hecho y dicho desde que se conocieron. Y sus ojos. Su mirada dulce y sincera, junto con ese encantador hoyuelo habían inclinado la balanza a su favor.

La situación era bastante discreta. Solo Diane sabía que estaba sola con un hombre… ¡Qué escándalo!

Dejó atrás la excelente habitación donde John la había acomodado y se dispuso a ir a buscarlo al salón. Minerva llegó allí y lo vio mirando por la ventana. Se acercó a él, pero no se dio la vuelta para observarla.

—Esto es la paz en su máximo esplendor —murmuró ella.

—Lo es. Fue la primera propiedad que compré cuando mis inversiones dieron sus frutos. Cierto que inicié mi camino con la asignación que me daba mi padre, pero sentí una satisfacción sin igual cuando logré tener la titularidad de esta propiedad.

—¿Vas a contarme algo sobre ti? Yo te he contado básicamente mi vida. Ya sabes, hermano mandón que decreta mi boda y yo busco a un esposo…

Él se giró para mirarla. Se quedaron uno frente al otro.

—Mi situación no dista mucho de la tuya. El mismo día que me presenté en tu casa, mi padre acababa de darme un sermón sobre lo conveniente de casarme.

—¿No te llevas bien con él?

—Es un buen padre, pero jamás estaré a la altura que él cree que debo estar. Ya no me

esfuerzo por complacerlo como antes, porque nunca llegaré a hacerlo.

—¿Por qué no te has casado aún?

Él sonrió.

—Sophie, la dama de la que te hablé antes… Ella me marcó para siempre y no he tenido ganas de involucrarme con nadie más… hasta ahora —reconoció con sinceridad—. Muchos años atrás, la vi con un adonis indeseable en una actitud muy censurable, y creí que me había engañado. No ocurrió así y pagué caro mi error. Ahora soy un hombre responsable, seguro de mí mismo, pero cuando era un muchacho… Podría decirse que mi padre tenía razón cuando afirmaba que yo no servía más que para respirar.

—Un poco duro por parte de tu padre —observó ella.

—Pero era la verdad. Estuve en los Estados Unidos de América después de creer que ella me había traicionado y al regresar me di cuenta de que Sophie era inocente. Yo había cambiado y quise recuperarla cuando un buen amigo la encontró por mí.

—¿Qué ocurrió? —inquirió con suavidad. Se notaba que los recuerdos le dolían.

—La perseguí y durante un breve lapso creí que la había reconquistado, que tendría una segunda oportunidad con ella, pero no. Se vengó de mí haciéndome creer que tenía una posibilidad y luego me dijo que estaba casada.

—Lo siento.

—Aquellos días están un poco borrosos en mi memoria. Tras su rechazo volví a ser el de antes, peleas en clubes, apuestas, mujeres de dudosa reputación… Estaba desesperado por ella y por mí mismo, por haberle fallado.

—¿Crees que algún día superarás su recuerdo?

—No te mentiré, creo que no me repondré por no haber confiado en mí mismo y en ella.

—No te lo pregunto porque esté esperando a que caigas enamorado a mis pies. Soy una mujer bastante práctica que ha aprendido a jugar con las cartas que la vida le ha repartido, y por eso te agradezco tu sinceridad. Si esta… escapada nuestra llega a convertirse en algo serio, quiero que sepas que espero de ti respeto y amistad.

—¿Es lo que ofrecerás?

—Creo que son dos cimientos muy adecuados sobre los que comenzar. ¿Esperarías tú amor por mi parte?

—Tuve un buen escarmiento con mi querida Sophie.

—¿Querida? —El uso de ese apelativo la hizo fruncir el ceño. No eran celos… No, no lo eran. Solo sorpresa, porque si la dama había planeado una venganza contra él… Definitivamente no eran celos. Seguro que no lo eran…

—Comprendo lo que hizo y no le guardo ningún rencor, es más, desearía que hubiera encontrado la felicidad porque por mi culpa ella lo perdió todo. Después de que ese adonis maldito no quisiera casarse con ella y yo me marchase a toda prisa herido, su familia la relegó al campo para que nadie se acordase de ella. La repudiaron.

—Tus pensamientos te honran —dijo Minerva con admiración.

—Respondiendo a tu pregunta… Creo que me gustaría casarme con una mujer con la que tenga un buen entendimiento, en especial en la cama —indicó sin censura alguna.

Eran dos adultos que tenían las ideas claras y habían accedido a descubrir lo que había entre ellos, lejos del escrutinio de la sociedad.

Minerva se sintió las mejillas sonrojadas. Ah, desde que había salido de Londres estuvo aguardando pacientemente para que él la besase. Un beso era un acto de lo más agradable y placentero. Un inicio del todo prometedor.

—¿Es ahora cuando empieza la seducción? —se atrevió a preguntar.

—Me encantaría, pero prefiero que te acostumbres a mí antes de hacer algo irreparable.

—¿Qué sería irreparable? —¡Dios santo!, estaba flirteando descaradamente con él.

—La seducción, cuando se es joven o se está desesperado, es una cosa, pero cuando se tiene mi edad, mis responsabilidades, y se opta por conocer a una mujer interesante, conviene no apresurar las cosas. Te respeto, Minerva.

Ella cabeceó. Estaba conforme con su apreciación.

—¿Me convertiría en una libertina si te dijese que desearía que me abrazases, John?

—No, por supuesto que no.

—¿Y si luego de abrazarme, solicitase un beso?

—Eso sí sería más peligroso porque no soy un santo.

—Ah… —Se quedó desilusionada. Se recompuso de la humillación de ser rechazada—. ¿Qué te parecería si diésemos un paseo?

Ella se movió hacia la puerta.

—¿Minerva? —llamó con suavidad.

—¿Qué? —preguntó mientras se giraba. Él se colocó frente a ella.

—He dicho que sería peligroso, no que no quisiera hacerlo. Confiaré en que seas lo suficientemente fuerte por los dos y me detengas en caso de que esto se nos vaya de las manos.

—Oh… —Eso no se lo esperaba. No tuvo tiempo a objetar o a alegrarse. John le pasó las manos por la cintura y la acercó a él.

Su compañero de escapada le sacaba una cabeza y el cuerpo de uno se amoldaba a la perfección con el del otro. Wild comenzó a acariciarle la espalda.

—Debes comprender que nunca estaré predispuesto a dejarme llevar por mis sentimientos, no podré soportar una nueva decepción como la de Sophie. Creo que debo ir con cuidado contigo, porque en pocos días siento que tienes la capacidad de volver a hacerme vulnerable, encanto.

—Sé lo que quieres decir, John. No es fácil protegerse.

—Así es. Cuando hagamos el amor, quiero que entiendas que será algo serio. No una simple aventura. No soy ya esa clase de hombre y no quiero volver a serlo.

Ambos permanecían abrazados, Minerva tenía la mejilla cómodamente apoyada en el pecho duro y viril.

—Sabiendo quién soy, lo que espero de un posible matrimonio, ¿crees, John, que…?

—Te preguntaré una sola cosa, Minerva —la cortó.

—Adelante.

—¿Has tenido alguna vez intimidad con una mujer? —Esa pregunta lo había estado matando desde que conjeturó mil hipótesis con respecto a los gustos íntimos de Regina.

Ella se tuvo que separar de su abrazo. Y lo miró con interés.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te vi en una actitud muy íntima con tu amiga Diane cuando me colé en tu despacho. —No hablaría de Regina, si ella supiera que estaba en el punto de mira por ser sospechoso de asesinato… Ya se lo diría. Por el momento le había confesado su crimen más vergonzoso contra Sophie.

Minerva comenzó a reír en alto.

—Oh, John…

—No es cuestión de risa, hay hombres que se usan entre sí y lo mismo sucede con las mujeres —le dijo por si ella no había previsto una situación así.

—No me interesan las mujeres en ese aspecto. Diane es como si fuese una hermana, o una madre o una tía… no lo sé, solo entiendo que sin su ayuda mi vida sería muy complicada. La amo, pero de un modo puro.

—Bien. —Puesto que creía en su palabra y que ya había investigado una posible conexión con Regina y había sido descartada, creyó conveniente dejarse llevar.

John necesitaba un poco de ilusión en su vida. Minerva era refrescante y precisaba explorar lo que supondría contar con una compañera de vida como ella.

No se trataba de que su padre lo hubiese instado a casarse de inmediato. Seguramente, al duque de Bridgewater los orígenes de Minerva no le agradasen, incluso podría oponerse a un matrimonio con ella dado que no contaba con un pedigrí y contactos adecuados con la alta sociedad. Aunque su hermana Faith se había casado con un armador americano, su padre no tendría la misma consideración con John. Tal vez Bridgewater dejase de dirigirle la palabra y solo le permitiese heredar lo que estaba vinculado al título.

El marqués de Wild sonrió. Por una mujer que valiese la pena, un hombre debería arriesgarlo todo.

—¿Siempre estás sonriendo? —le preguntó Minerva, al verlo alegre y ensimismado en sus pensamientos.

—Por supuesto, tú deberías copiarme.

—Lo haría si tuviese algo feliz por lo que alegrarme. —Mentira. Ella no se reía desde hacía milenios. Bueno, tal vez el uso de la palabra milenios era una exageración, pero hacía mucho tiempo que no había tenido ninguna alegría en su vida.

—Yo sonrío incluso cuando no tengo motivos. Fíjate, estaba pensando en la opinión que tendrá mi padre si me presento contigo como mi prometida, y eso no sería algo agradable.

—¿Me desaprobaría?

—Estoy seguro de que sí.

No supo cómo tomarse esa respuesta, porque pese a lo que implicaba, él no se veía afectado.

—¿Y sería un problema para ti?

—No. Mi madre te adorará.

Lo dijo con total satisfacción. Ella se conmovió por esa afirmación.

—¿Tan seguro estás?

—Sí, porque mientras que mi padre considera que no hago nada bien hecho, mi madre es todo lo contrario. Ella lo ablandará si es necesario.

—Estás haciendo planes un poco rápido, ¿no?

—Hemos comenzado a toda velocidad, un barco se quedaría tras nosotros, no creo que sea momento para ponernos perezosos e ir más despacio.

—Eres extraño, John —dijo mientras negaba con la cabeza. Le había hecho una comparación que a ella le encantó.

—Antes de que acabe la semana te haré sonreír. —Y algo más, posiblemente estremecerse y gemir llena de pasión, pero esa apreciación no se atrevió a decirla en alto.

—¿John?

—¿Qué?

—Bésame —le rogó.

A Wild se le fue dibujando una lenta y gran sonrisa pícara. La aferró por la cintura con las dos manos y la pegó a su pecho.

—Creí que no me lo pedirías nunca.

Lord Wild bajó la cabeza y buscó con desesperación los dulces y serios labios de Minerva. La besó con ímpetu, porque con el primer breve contacto su dama estaba más que deseosa de batirse en un duelo de lenguas desesperadas por disfrutarse entre sí. Minerva sabía a gloria, tan apasionada en sus respuestas…

La agarró por los glúteos y la pegó contra su virilidad. Un poco más. Unos besos más y se detendría. No obstante, sus manos comenzaron a moverse sobre el cuerpo pleno femenino para buscar sus pechos. Se moría por sostenerlos sobre la palma de la mano. Cuando amasó el primer globo y sintió el pezón enhiesto, John gimió lleno de regocijo. Ella estaba ansiosa por él.

Se deleitó con el tamaño de sus senos, que eran bastante prominentes, y comenzó a besar su cuello, para dirigirse a su oreja. Engulló el lóbulo.

—John… —susurró Minerva, cuando la lengua de él se metió en el pabellón auricular.

—Lo sé —musitó él—. Estoy hambriento como tú.

—Deberíamos… —Perdió el hilo de sus pensamientos cuando sintió un agradable pellizco en su pezón derecho.

—Lo sé… tenemos que parar. Lo haré en un momento. Un poco más… Solo un poco…

La mano abandonó el seno para levantarle la falda a Minerva. Se las apañó para no dejar de besarla mientras llevaba a cabo la operación. Surcó las enaguas de su amante y buscó los suaves pliegues femeninos. Volvió a gemir como un león deseoso cuando la encontró resbaladiza y más que lista.

Minerva se tuvo que agarrar a sus hombros al sentir la invasión de su intimidad. Echó la cabeza hacia atrás cuando el primer dedo se introdujo en su húmeda cavidad y gimió con fuerza.

John aprovechó el momento para buscar su nudo de nervios. Era primordial darle placer. Aquella noche en Vauxhall se contuvo. No pasaron de unos besos ardientes que los dejaron frustrados. Esta vez la satisfaría a ella. Le demostraría a Minerva que si bien era un hombre bastante decente, habitaba en su fuero interno el deseo más primitivo por complacer. El gozo era para ella, solo para ella. Pese a que los pantalones lo estaban estrangulando, no quería pensar en sí mismo. Estaba disfrutando al escucharla, al saber que le proporcionaba placer, orgulloso por estar seguro de que ella gozaba con las caricias y las dulces indecencias que le propiciaba.

—¡Dios! —gimió John, cuando percibió la mano femenina sobre su duro eje. Ah, ella no era tímida tampoco para entregarse a la lubricidad.

Minerva, que no era experta, pero sí contaba con experiencia, decidió mostrarse audaz. Llevó su mano hasta la virilidad de ese hombre que la estaba volviendo loca, y comenzó a masajearlo sobre la tela al mismo ritmo que él la penetraba con un dedo mientras otro atacaba sin compasión su perla.

—John… —Estaba al borde del delirio. La necesidad era cada vez más extenuante. Aquel placer prohibido que experimentó años atrás volvió a rugir con una fuerza jamás sospechada. No era lo mismo. Esta vez no era igual. Minerva no era una jovencita, era una mujer que sabía cómo complacerse a sí misma… Oh, pero qué delicioso éxtasis cuando un hombre sabía cómo llevarla al precipicio con tanta facilidad. ¡Qué grandioso era ser besada y complacida mientras daba placer a la par!

—Saciémonos, encanto mío. No pienso parar, no te detengas tú tampoco.

Le tomó la palabra. Lo masajeó con cierta firmeza sobre los malditos pantalones a la vez que se concentraba en su propio placer.

Los gemidos inundaban la estancia. Suerte que John había despachado a todo el servicio y no había nadie que fuese testigo de tan cegadora lujuria.

Minerva comenzó a sentir las contracciones de su propio cuerpo. La liberación estaba

atravesándola con sumo deleite, como si la embistiese con fuerza. No tardó más de un segundo en escuchar que su compañero de juegos traviesos comenzaba a emitir un grito sordo. Bajo la mano femenina la virilidad de John palpitaba, anunciando que había llegado a besar el cielo prácticamente al mismo tiempo que ella.

—¡Santo Dios! —jadeó John, una vez que recuperó el aliento.

—Desde luego, el diablo es un tipo encantador…

John sacó la mano de su feminidad y dejó caer las faldas sin gracia. Se echó a reír.

—Si lo que hemos hecho es obra del Creador o del Maligno… no entraré a juzgarlo. Solo te diré que desde que subiste al carruaje había querido saber cómo ardías. No hubiese esperado que me hicieses arder contigo.

—Está claro que tenemos poco autocontrol, John.

—Lo que es indiscutible es que nos llevaremos muy bien en la cama. Apenas hemos empezado y me siento pletórico.

El marqués le besó los labios con suavidad y la miró con pasión.

—Supongo que tendremos que volver a adecentarnos. Esperemos que esta vez podamos contenernos y no volvamos a dejarnos llevar, porque de otro modo… En fin… —comentó Minerva. Estaba saciada, un poco avergonzada pero muy, pero que muy, satisfecha con la situación.

Lord Wild se volvió a echar a reír. Hacía una eternidad que no se derramaba en los pantalones. ¡Por Dios!, si nunca había estado en una posición como esa. La necesidad había sido brutal, tanto que ambos se encendieron con rapidez, se consumieron y volvieron a calmarse… Aunque en verdad, no tardaría en estar listo para un nuevo ataque.

—La semana será de lo más interesante, encanto. Aunque eso ya lo sabía yo desde la primera vez que te vi.

Se habían dado placer. Habían logrado calmar esa picazón incesante por el momento. Desde ahí, John sería más cauto. Una seducción lenta a partir de ese instante sería más apropiada. La anticipación de no saber cuándo volverían a caer a los pies el uno del otro se antojaba muy sugerente.

—¿John?

—¿Qué?

—Soy Minerva Agnes Hollister.

Él sonrió complacido. Ella acababa de revelarle quién era en verdad.

—¿Minerva? —Empleó un tono seductor para llamarla pese a que la tenía entre sus brazos aún.

—¿Qué? —inquirió igual de tentadora que él.

—Soy John Anthony Hope. —Le recitó solo dos de sus muchos nombres, más adelante le haría saber que si todo salía bien, ella se convertiría en marquesa y sería duquesa en el futuro.

Lord Wild esperaba que fuese lo suficientemente fuerte para la tarea, porque pese a que intuía que Minerva Hollister sería brillante frente a su empresa, llevar un título de alto rango era todavía más costoso.

El tiempo lo diría.

Capítulo 6
Una intimidad maravillosa

Habían pasado cuatro días, con sus respectivas noches, desde que llegasen al pabellón de caza. Minerva estaba viviendo un sueño. Cada jornada, con esa cercanía e intimidad que compartían ambos se conocían un poco más. El misterio que rondaba sobre sus verdaderas identidades no había trascendido más allá de decirse el uno al otro un segundo nombre y un apellido. Lo cierto era que la situación se apreciaba secreta y demasiado emocionante como para terminar con los velos de la ocultación.

Charlaban, compartían las comidas, salían a pasear, por las noches jugaban a las cartas o al ajedrez. Habían hablado de buena parte de su familia y su pasado, cosas que les permitiesen a los dos hacerse una idea de con quién se planteaban casarse en caso de que todo saliese bien.

Desde la llegada, entre ambos no había habido más que alguna caricia y algún beso ligero. Habían decidido no apresurar las cosas, y pese a que Minerva había estado de acuerdo con él, sobre el hecho de ir paso a paso, estaba ansiosa. La atraía como la luna al sol… ¿o era el sol a la luna? Como fuese. John se mostraba tan comedido a la hora de acercarse, que Minerva estaba desesperada. ¿Le sucedería lo mismo a él? ¿O era que ella no le gustaba lo suficiente como para dar un nuevo paso? ¿En verdad estaba dispuesta a entregarse a un hombre sin la seguridad de que todo finalizase en matrimonio?

La señorita Hollister tenía tantas preguntas… Se mordió el labio y movió el peón blanco para derribar uno negro de él. Esa noche, los dos estaban jugando una partida de ajedrez. El fuego crepitaba y las ventanas estaban heladas debido al frío que caía a la intemperie. La atmósfera que reinaba era perfecta… salvo por los sentimientos de temor que se agitaban en el interior de Minerva.

Estaba muy insegura sobre él. Se llevaban bien, tenían cierta camaradería y era más que evidente que existía una fuerte chispa entre ambos. ¿Estaría John valorando otras opciones? ¿Habría descubierto que ella no le convenía? Minerva no era un gran partido, por eso cuando ideó el plan para encontrar esposo creyó que lo más fácil sería buscar a alguien que necesitase desesperadamente su fortuna. Si en verdad John no precisaba de sus fondos… ¿Sería ella bastante para hacer que él se quedase a su lado?

Otra de las cosas que preocupaba a Minerva era el hecho de acabar enamorándose perdidamente de él. Ya estaba medio loca por John Anthony Hope y cuando una mujer entregaba su cuerpo ya era bastante espinoso, pero cuando además le otorgaba su alma y aceptaba el amor que un hombre le inspiraba, las consecuencias en caso de que algo pudiese salir mal eran devastadoras. Minerva lo había aprendido por las malas en su juventud.

Se sentía un poco mal por no haberle hablado a John de aquel antiguo amor tan catastrófico que la dejó en la más absoluta de las miserias. La desventura que vivió en Boston fue demoledora y nadie lo supo. No le confesó lo ocurrido ni a Darius.

Minerva siempre había sido temeraria y al contar solo con la tutela de un hermano mayor muy permisivo, se creyó invencible. Tan libre como para seducir al amigo de Darius. Estaba tan segura de que ambos serían perfectos el uno para el otro que no se lo pensó dos veces. Aquella noche el amigo de su hermano se veía tan adorable y magnífico… Era habitual que él se quedase en casa de Darius porque eran ambos uña y carne, así que, como Minerva conocía al objeto de sus deseos desde que era pequeña, se lanzó de cabeza. Las cosas importantes siempre comenzaban con un beso. Algo inocente que se transformó en un torbellino irrefrenable.

Mientras todo sucedía ella estaba en las nubes. Cuando todo terminó y él se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir… Penoso y humillante. Si él no citó la palabra «error» diez veces, no lo hizo ninguna. El dolor sufrido no le permitió, nunca, decir el nombre de él en alto, ni tampoco pronunciarlo en sus propios pensamientos. A partir de ahí fue solo el señor Wallensak para ella.

Se desprendió de su virginidad y supo que jamás podría casarse. Ningún hombre decente querría a una falda ligera por esposa. Su vida terminó aquella noche. Y aunque las ilusiones que una joven señorita había tenido sobre encontrar a un príncipe azul quedaron arruinadas, tanto como ella, el traslado a Londres le vino muy bien. Se concentró en la empresa familiar y se convirtió en una mujer de fuerte temperamento, muy capaz y segura de sí misma. No había nada mejor como sufrir un gran traspié para erguirse y seguir luchando. Había perdido todas las esperanzas de convertirse en una mujer casada, y puesto que su libertad e independencia le ofrecían una visión diferente del mundo, cuando su hermano le confesó que no podía tener hijos, Minerva se permitió soñar con formar su propia familia.

¿Quién querría a una mujer impura de veintisiete años? Solo alguien muy necesitado de su fortuna. Se dedicó a urdir un plan con Diane para encontrar a un hombre desesperado, pero que fuese adecuado para ella. Con su fortuna lograría tapar la falta cometida en el pasado. No debió haberse entregado a Wallensak sin tener la certeza de que se casaría con ella, pero lo bueno de haber perdido su virtud era que se vio libre para iniciar una historia, un poco tórrida, con John, sin demasiadas preocupaciones. Lo que se había perdido, perdido estaba, como había escrito la señorita Jane Austen en uno de sus fantásticos libros.

Darius tenía razón, debía asegurar su descendencia, porque habían trabajado mucho a lo largo de los años y si su hermano no podía traer vida al mundo, sobre los hombros de Minerva tenía que recaer esa carga.

Mientras Minerva rememoraba su vida, John estaba encendido. Más caliente que las llamas del fuego que caldeaban el salón. La veía morderse el labio inferior y solo deseaba que fuesen sus dientes los que apresaran ese labio regordete y encantador.

Había sido un auténtico bárbaro el primer día. ¡Santo Dios, si se había liberado en sus propios pantalones como un escolar inexperto! La había saqueado a la primera ocasión que tuvo. Cierto que ella no se había quejado, pero su lujuria había tomado por completo el control y se juró que sería más disciplinado a partir de ahí. ¿Cuatro días eran suficientes como para volver a tratar de imponerse? Salvo algún beso o una caricia muy controlada no había sucedido nada. John no había estado seguro de volver a abandonarse por completo a un beso profundo con Minerva. Prefería que ella lo conociese antes, que se habituase a su carácter. Se volvió a hacer la misma pregunta: ¿cuatro días habían sido bastantes? Seguro que no, pero estaba desesperado por ella. Tan ansioso que se levantaba cada mañana con una increíble, y muy dolorosa, erección. ¿Y las noches? Soñaba con ella. Se moría por verla extendida en su cama, sin una puntada de ropa cubriendo ese delicioso y apetitoso cuerpo redondeado.

John se obligó a concentrarse en la partida. Su rey estaba acorralado en la parte derecha del tablero. Tenía pocas opciones para salir vencedor.

—¿Te gusta leer, John? —La pregunta de Minerva hizo que dejase de prestarle atención al juego. Se concentró en sus ojos. Eran azules, pero esa noche tenían un brillo muy especial, posiblemente debido al reflejo de las llamas de la chimenea. Si al menos ella fuese poco agraciada… ¿Cómo pudo pensar en un primer momento que no era una mujer despampanante? Pese a que los vestidos que lucía en el pabellón de caza seguían siendo los que llevaría una institutriz alemana de recta moral, John había visto su belleza más allá del atuendo. Era muy bonita.

Aunque nunca sonreía, su sobriedad era fantástica. Mística. Eso sin olvidar la pasión que ella era capaz de despertar. Ardiente. Minerva Hollister era una mujer incendiaria, y lo sabía muy bien porque él se hubiera consumido si no hubiese echado mano de toda su autodeterminación para no volver a asaltarla.

Ella acababa de hablar y lo único de lo que John fue consciente era de que, en ese instante, Minerva se había humedecido los labios. Él gimió por lo bajo. ¡Cielos!, terminaría prendiéndose fuego si no se marchaba de su lado en ese mismo momento.

—¿Me estás escuchando, John?

Él tuvo ganas de decirle que solo tenía ojos para sus labios, pero que no había pescado una sola palabra. ¡Qué boca tan magnífica! Llegado el caso, ¿si él le pidiese que lo albergase en el interior de su boca, ella…? Sacudió la mente. Le iría mejor salir a dar una vuelta y que el frío de la noche lo sosegase.

—Discúlpame, no estoy muy sereno esta noche.

—Yo tampoco —confesó en un murmullo que él no logró entender.

—Minerva, creo que iré a dar un paseo por… —comenzó a decir mientras trataba de ponerse en pie.

—Te estaba preguntando si te gusta leer, John —lo cortó.

Wild suspiró y abortó la misión. Deseaba salir a… enfriarse. Se quedó sentado.

—No es algo que haya hecho desde que abandoné a mis tutores de Oxford.

—Una vez encontré un ejemplar de *Teresa filósofa*, del francés Boyer d'Argens, entre las pertenencias de mi hermano. Si él supiera que le eché un ojo se avergonzaría. ¿Lo conoces?

John negó con la cabeza para después preguntar:

—¿Es una novela gótica?

—No.

—¿De amor?

—No entendido como tal. Creo que es una novela que no debería leer ninguna persona que no tuviese una mente fuerte. Los pocos pasajes que ojeé antes de dejarlo en su lugar para salir huyendo llena de vergüenza me hicieron sonrojar durante tres meses.

Ah. Interesante. John se aferró a los reposabrazos de la silla tapizada en la que estaba. Tragó saliva con fuerza y luego se obligó a adoptar una actitud más relajada. Solo Dios sabía lo que hervía en su interior, porque la lujuria más cruda estaba a punto de desbordarlo.

—Presupongo que se trataba de una lectura obscena —se aventuró a decir con suavidad, sin mostrar la agitación que sentía.

—Muchísimo —confesó Minerva, como si estuviesen debatiendo sobre un texto bíblico, aunque también era cierto que incluso en los libros más sagrados había historias sorprendentes, como lo acontecido en Sodoma y Gomorra, o el texto del Cantar de los Cantares, sin ir más lejos.

—¿Aprendiste algo interesante? —La conversación no contribuía a calmar su necesidad, no obstante, dado que ella había sido audaz al plantear un asunto tan inesperado, la dejaría llevar las riendas para ver lo que se proponía.

—Todavía no he podido poner en práctica ninguna de las… lecciones.

Ah. Eso era mucho más que un coqueteo. Era una invitación clara y directa. John estaba maravillosamente sorprendido. Desde luego, Minerva era formidable. Se sonrió. Quería ver si ella sería valiente, porque John sospechaba que su compañera estaba en un estado similar al de él, y de ahí que hubiese sacado a colación un libro diabólico. Interesante. La conversación tenía toda su atención.

—He tenido en mis manos libros de ilustraciones prohibidas. Las usé de guía hasta que

adquirí suficiente experiencia. —John alzó un par de veces las cejas en señal de pillería.

—Eres un fanfarrón —lo regañó.

—Tengo un título nobiliario, se espera de mí que sea orgulloso y me dé aires de grandeza.

—¿Vas a desvelarme algo personal acerca de ti?

—Te desvelaría todos y cada uno de mis secretos más horribles. —Se quedó un momento pensativo—. En verdad te he hablado de Sophie y eso es lo peor que hice. No tengo más pecados. —Volvió a fruncir el ceño—. Aunque… —Dejó la frase en suspenso.

—Aunque… ¿qué?

—Nada. —No le apetecía hablarle del asesinato de Regina.

Ella alzó una ceja. John se rio. Sería una duquesa magnífica llegado el caso. Tenía tanta fuerza interior… Ella lo había conquistado por completo.

—No descansaré hasta que me digas qué has querido decir. Y a testaruda no me gana ni mi hermano —lo avisó.

—Me parece más acertado hablar sobre libros… pecaminosos. Desvélame alguna frase del manuscrito. Algo que te dejase perpleja.

—No. Dime qué otro pecado has cometido. —Minerva lo había visto ponerse un segundo serio para luego adoptar una actitud relajada. Quería saber qué había pasado durante ese cambio.

—Creo que no lo haré.

—¿John?

—¿Qué?

—¿Entiendes que inicié nuestra conversación hablando de un libro excesivamente obsceno?

—Sí.

—¿Y no te dice nada eso?

—Por supuesto que sí.

—Ilústrame —lo retó.

La veía sentada frente a él, con un vestido azul muy oscuro, con las manos reposando en su regazo. Parecía una reina decretando un mandato que él se moría por cumplir.

—Pretendes seducirme.

—Exacto. Y si tengo éxito confío en que estemos en la cama pronto.

Él le sonrió. Audaz y muy segura de sí misma. Minerva era todo cuanto un hombre podría desear. ¡Dios, qué mujer!

John se levantó de la silla dispuesto a llevársela en volandas. Minerva alzó una mano, un claro gesto para que se detuviese.

—Vamos a la cama, Minerva. —Sorpresivamente su ruego salió con fuerza, sin titubeos, pese a que estaba ansioso y lleno de expectación.

—¿Qué me ocultas?

Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro. Parecía que ella no iba a claudicar. Sí era cabezota, sí… John suspiró y volvió a sentarse frente a ella.

—Me hice un buen retrato de tu carácter nada más conocerte. Creo que me he quedado corto al pensar que eres peor que un perro con un hueso cuando te lo propones. Y supongo que sería mejor que te contase la otra carga que tengo sobre mi espalda, aunque te advierto que es desagradable, no obstante, de esa sí soy por entero inocente. Lo haré, Minerva, te dejaré salirte con la tuya porque esta noche serás mía y no habrá vuelta atrás. Cuando acabe de relatarte esto iremos a la cama. ¿Algo que objetar?

—Me parece bien todo lo que sugieres.

—No lo entiendes. Iremos a la cama, pero luego nos casaremos. Tengo contactos y conseguiré una licencia especial, dado que estoy seguro de que no me bastará con solo poseerte una vez y no ostento la paciencia necesaria para esperar a que se lean las amonestaciones y corra el tiempo sin que tenga el legítimo derecho de hacerte el amor una y otra vez.

Era difícil mantenerse serena e impasible tras escuchar cada palabra que él había dicho. Trataba de no perder la calma. ¡Estaba eufórica!

—Solo tengo una objeción a lo que planteas. —Mantener la compostura resultaba agotador.

John la examinaba a conciencia. No daba muestras de estar nerviosa, conforme o disconforme. Una objeción, había dicho ella después de que él le informase de sus inminentes planes. John se dio cuenta de que iba a iniciar una negociación. Si con un asunto tan delicado ella parecía ser un lince, no se imaginaba cómo sería estar al frente del negocio que dirigía. Soberbia, seguro.

—Habla ahora o calla para siempre, mujer —dijo John, con la misma seriedad que ella emanaba.

—Me gustaría agotar toda la semana. Dijiste que estaríamos aquí siete días, lo consideré una promesa y pienso hacértela cumplir.

—Debes saber algo más de mí. Cuando yo doy mi palabra, no la rompo jamás. Moriría antes de hacerlo. Tengo honor, pese a que contigo me he comportado de modo poco caballeroso, especialmente cuando nos conocimos, y luego en Vauxhall… y después cuando llegamos aquí… —Frunció el ceño—. ¡Dios! No solo deberías tener una objeción, tendrías que haber confeccionado una larga lista con ellas.

—Detente en este instante, John —lo frenó—. Soy poco convencional y no aportaré mi virtud al matrimonio, por lo que a mí respecta, estoy convencida de los pasos que vamos a dar. Mientras que yo soy excelente con los números porque sé contar a la perfección…

—Te gané a las cartas —expuso cuando recordó eso—. Lo hice todas y cada una de las veces.

—Debes saber algo de mí. Soy más leal que el mejor de los perros. Te dejé ganar porque me gusta verte sonreír. Voy a entregarme a ti, ya que como decía antes, mientras que las cuentas no tienen complicación para mí, Diane es infalible a la hora de captar la esencia de una persona. Siempre me he fiado de sus instintos con respecto a nuestros clientes. Ella te apoya y yo, después de compartir estos días contigo, considero que tomaré la mejor decisión si nos casamos. No creí que fuese posible, pero te juro que si me das motivos para hacerlo, pondré tu felicidad y bienestar por encima de los míos, porque lo merecerás.

—Minerva, estarás la primera en mis prioridades. No sé qué tipo de esposo seré, espero que uno excelente. Te juro —usó la misma fórmula que ella— que no te arrepentirás. Puesto que ya hemos recitado nuestros votos, considero que debería… —John se levantó, se acercó a ella e hincó una rodilla en el suelo—. Minerva Agnes Hollister, ¿consentirías en ser mi esposa? —preguntó mientras sostenía la mano de ella entre las suyas.

—Lo haré encantada, John Anthony Hope —dijo ella con una tibia sonrisa. Casi inapreciable.

Su pretendiente le besó la mano, sin apartar los ojos de los de ella.

—Lograré que sonrías, incluso que te rías sin contención. Imagino que tu vida no ha estado llena de buenos momentos, pero yo los haré agradables para ti a partir de aquí. Tenemos el futuro por delante y viviré para ti, encanto.

—¿Estás enamorado de mí, John? —No pudo contener la pregunta.

—¿Y tú de mí? —refutó, porque no se atrevía a valorar esa posibilidad.

—No lo estoy… —Lo vio contener la respiración debido a la pausa dramática que decidió hacer. Luego continuó—: todavía, pero estoy en serio peligro de caer rendida a tus pies. Sospecho que en cuanto hagamos el amor, no habrá marcha atrás. Estaré condenada a quererte.

—Lo haces sonar un poco desagradable.

—Lo será si nuestra relación se tuerce. —Tenía que ser realista.

—Lo comprendo. Eso no va a suceder. Eres la mujer indicada para mí. —John se puso de pie, todavía con la mano femenina entre las suyas—. ¿Me acompañas a la cama, Minerva?

—No soy fácil de manejar, John. Iremos después de que me cuentes lo que deseo averiguar.

Él le sonrió.

—Dura e inflexible pese a que te he cantado mi devoción. Minerva, no me lo vas a poner fácil nunca, y debo estar loco, porque la perspectiva, en vez de horrorizarme, me cautiva. —Se movió hasta la silla que había ocupado y volvió a sentarse—. Bien. Soy sospechoso de asesinato. —Ya estaba. Lo había soltado de golpe porque no había una forma agradable de decirlo.

—¿Disculpa? —Ella se quedó helada. Incluso desapareció la calidez que sintió mientras se habían mirado el uno al otro a los ojos haciéndose promesas para el futuro.

—Recuerda que te dije antes que soy inocente. Nunca ocultaré mis errores o imperfecciones, pero en este caso deberás confiar en mi palabra.

—Explícamelo todo, por favor.

—Soy el marqués de Wild. —Él no ofreció ninguna explicación más.

—¿Debería decirme algo tu título? Por lo menos te creía un duque debido al modo en el que siempre te comportas, si esperas que me arrincone por convertirme en marquesa… —Sentía pavor, porque desde que lo conoció y él insinuó que pertenecía a la nobleza, estuvo barajando la posibilidad de que no supiera desenvolverse en su mundo, pero Minerva no era débil, dominaría las reglas del juego y vencería. Lo había hecho toda su vida. Eso de ser marquesa, aunque muy intimidante, solo sería una prueba más que ella pensaba superar de modo notable. Tenía muchos conocidos en el mundo de John que le brindarían apoyo.

—Llegaré a duque, espero que dentro de muchos años, cuando mi padre decida partir hacia la otra vida.

—¿Un duque tiene la potestad de decidir sobre su propia muerte?

—Este sí. —No mentía. Bridgewater negociaría con Dios sobre la hora de su muerte, para eso era un duque—. Verás, formo parte de lo que la prensa ha denominado El Club de los Caballeros Malditos. ¿Me sitúas ya, Minerva?

Ella negó con la cabeza.

—No sigo la sección de cotilleos, si me preguntas cualquier cosa de economía y negocios… Podría recitarte incluso los valores de las compañías, en especial las que son competencia directa mía.

—Somos cuatro sospechosos de asesinato. Una joven, *lady* Regina, hija del marqués de Barrington, apareció degollada en plena noche, en un laberinto en la fiesta que daba su propio padre. Nos habían citado en ese lugar donde murió. Lord Bourne, el magistrado encargado del caso, nos interrogó y nos hizo saber que, hasta que apareciese el villano, nosotros no estaríamos libres de culpa. Las columnas de los pasquines se llenaron de cosas muy desagradables sobre nosotros.

—¿Quiénes son los demás caballeros? ¿Los has investigado?

—El suceso ocurrió hace dos años largos. Desde que los cuatro nos vimos subidos al barco

de la culpa, comenzamos a trabar una peculiar amistad. Estamos juntos en esto y no hemos parado de investigar sobre el asunto con el fin de limpiar nuestros nombres. Confío en ellos con mi propia vida. Son, al igual que yo, inocentes. No tengo duda alguna, Minerva. En cuanto a sus identidades, conociste al conde de Warwick, a Adrian, en la mascarada. Los otros son Gideon Graham, conde de Watford y Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay, aunque su título es escocés, también tiene uno inglés que le otorgó el rey, pero él prefiere ese y no usa tanto el de vizconde Luddesdown. Tanto Watford como Mackay, sorpresivamente, encontraron el amor después de que la sociedad echase tierra sobre nuestra reputación. Ambos se casaron con mujeres que confiaron en ellos ciegamente. Te gustarán Céline y Lily Ann. —Eran sus respectivas esposas—. Ellas incluso han formado parte de nuestras investigaciones, son muy intrépidas.

Minerva se quedó atónita con toda la narración.

—¿Hay novedades sobre el caso? ¿Estáis cerca de encontrar al culpable?

—Hemos descubierto que a la víctima le gustaba intimar con las de su propio sexo.

Minerva frunció el ceño y luego abrió la boca por completo. Un gesto de sorpresa absoluta. Una luz había prendido en su mente. Casi la dejó ciega.

—¿Es por eso por lo que me preguntaste sobre mis preferencias?

—En parte. —Ahí venía el primer golpe.

—¿Cómo, en nombre de Dios, iba a estar yo relacionada con la dama? No la conocía. ¿Sospechaste de mí? —No se lo podía creer.

—Hacía un tiempo que los cuatro sabíamos que la dama asesinada contaba con un amante, siempre dimos por hecho que se trataba de un hombre, pero el día que te conocí, descubrí que ella prefería a las mujeres. Me llegó una nota anónima, apareció sin más sobre mi escritorio. Ponía el título de Hellmore y figuraba una hora y el día, junto con una dirección. La tuya. Entré y te vi abrazada con tu amiga. No creo en las coincidencias y estuve seguro de que eras una pista que debía seguir.

—¿Me creerías capaz de asesinar a una persona, John? —preguntó con irritación.

—No, Minerva. En absoluto, pero todo era extraño. Fue también una misiva sin firmar la que me condujo al lugar donde asesinaron a Regina, solo… pensé que estaba relacionada una cosa con la otra. Pero no dudo de ti. Es más, me alegro de cómo han resultado las cosas.

—Seguro que fue Diane, de algún modo habría escuchado hablar de ti o te conoció o no sé cómo, pero estoy segura de que mi secretaria personal te debió de haber enviado la nota. Estoy convencida de que mi amiga nos tendió una trampa —repitió con cierta mortificación—. Ella es implacable cuando se empeña en algo y, por alguna razón que se me escapa, tuvo la certeza de que congeniaríamos.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

—Yo… —No supo qué decir. Diane lo había atrapado en una red. No había otra explicación. ¡Qué vergüenza!

John se inquietó al verla mirando al vacío. Parecía asustada y se apreciaba muy intranquila. Minerva no se había mostrado así desde que la conoció. Era más, no creía que hubiese algo que pudiese atemorizarla o hacerle perder la compostura. ¿Significaba eso el fin de su relación? ¿Se replantearía el hecho de casarse con él? John se dio cuenta de que eso lo hundiría en la desdicha.

Se aclaró la voz y se dispuso a mostrar su faceta más inflexible. No claudicaría en lo que iba a explicarle.

—Si piensas que después de decidir que vas a casarte conmigo, y de haberte contado esta sórdida historia de asesinato, estaré dispuesto a dejarte marchar o que te permitiré huir, es que no me has prestado la debida atención. Puedo ser muy persistente cuando me lo propongo y contigo

rayaré la locura si es preciso. Si tienes dudas, ponte cómoda porque nos llevará toda la noche o hasta el fin de los días, pero lo arreglaremos porque vas a ser mía. Por completo. Sin ninguna duda. —Esperaba haber sonado como un auténtico tirano porque ese sería el papel que adoptaría si hiciese falta. La observó con atención tras decir sus palabras. Ella lo estaba mirando a los ojos, pero seguía callada. Él se aterró. Se puso en lo peor—. ¿Minerva? —la llamó.

—¿Qué?

—¿Sigues queriendo ir a la cama conmigo?

—Sí, John —dijo sin pensarlo ni un segundo.

—¿Y serás mi esposa?

—Sí, si todavía quieres casarte conmigo lo haré.

—¿Qué diantres dices? ¿Por qué no iba a quererlo? —Ese tono inseguro en su aseveración lo enfureció.

—Porque Diane te tendió una trampa.

Él la comprendió y comenzó a negar con fuerza. Se sentía culpable por cómo habían ido las cosas entre ambos. Por el embuste de su amiga.

—No, no, encanto. Lo que hizo Diane fue que mi atención estuviese donde debía. Sobre ti. Ni más ni menos. Yo no hago, *jamás* —arrastró la palabra—, algo que no desee. ¿Me crees?

—¿No estás enfadado? —preguntó con cierta esperanza.

—¿Por haber conocido a una mujer increíble a la que me muero de ganas de hacerle el amor y con la que me casaré pronto? ¿Tú qué crees, encanto?

Minerva levantó levemente la comisura de los labios. Una sonrisa un poco más pronunciada que la anterior, pero todavía no era una sonrisa plena. Él se dio cuenta.

—¿John?

—¿Qué?

—Llévame a la cama —susurró con convicción, sin vergüenza.

—¿Minerva? —inquirió él usando su nombre. Ese parecía ser un juego secreto que ambos compartían. El uso de su nombre cuando deseaban llamar la atención del otro sobre cosas verdaderamente importantes.

—¿Qué?

—Llegarás a mi cama en mis brazos, te desnudaré, me arrancaré la ropa y no habrá pudor entre nosotros. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno. —Estaba decidida a todo por él. Con él.

El tono tan serio con el que él había hablado, como si fuese un decreto real que el Parlamento tuviese que aprobar aunque fuese un delito, la hizo sonreír un poco más.

No estaba nada mal, se dijo John. Le había robado tres sonrisas, cada cual un poco más grande que la anterior.

Prometedor. Como la noche que se avecinaba…

Capítulo 7
Una noche gloriosa

—Me propongo robarte sonrisas, encanto mío, porque cuento ya con tus besos. Algún día lograré que me pongas de rodillas con una preciosa e inmensa sonrisa. Hasta que obtenga mi cometido, me contentaré con llevarte al valle del placer con el fin de convencerte de que estás acostada con el mejor de los amantes.

—Eres un presuntuoso y siempre lo serás, lord Wild. —Le gustó usar su rango nobiliario. Era tan salvaje como él.

—No. Te he dicho mi título porque era el momento de hacerlo, pero desde el principio fuimos John y Minerva y seguiremos así.

—Entonces, seremos John y Minerva —concedió.

La había llevado en volandas hasta la habitación donde ella dormía. Era la más grande de la casa, la que él usaba cuando visitaba el pabellón de caza y por eso se la había cedido a Minerva, porque ella merecía que siempre le diese lo mejor. Se juró que lo haría todos y cada uno de los días.

—¿Te creerás que he sentido la soledad más mortífera ahí? —señaló con la cabeza el lecho donde acabarían—, acostado sin ti a mi lado desde que llegamos…

—Me hago una idea, John, porque yo he estado igual que tú. No puedes imaginarte las noches que he pensado en levantarme y mostrarme audaz.

—Nunca te echaría de mi cama, encanto mío. Desde ahora y para siempre, ¿verdad, Minerva? Solo uno.

—Sí, John, seremos solo uno.

La dejó en el suelo, le dio un beso profundo, minucioso, y se obligó a separarse de ella. Se movió para buscar una vela que permanecía encendida y prendió a sus hermanas. Quería luz, deseaba verla y la chimenea que avivaba en esa habitación alumbraba poco.

Regresó frente a ella, le dio la vuelta y buscó los botones para desabrocharle el vestido.

—Ah, aquí no hay ni un botón.

—Lo sé. Soy una mujer previsora y dado que no iba a disponer de ayuda para vestirme, escogí vestidos que pudiese ponerme yo sola.

—Muy práctica, serás una esposa fantástica y una marquesa excepcional —dijo más para sí mismo que para ella—. Date la vuelta, déjame desenvolverte. Llevo tiempo esperando este momento y mi regalo me aguarda.

La señorita Hollister se dejó hacer. Se colocó frente a él. Comenzó a desvestirla sin prisa. Este momento lo habían estado esperando con emoción los dos y disfrutarían de cada segundo del encuentro. John pretendía detener las agujas del reloj en caso de que hiciese falta.

Le quitó la camisola y cuando la tuvo frente a él se deleitó con la visión de su cuerpo desnudo, retrocedió unos pequeños pasos para contemplarla mejor. Bebió de ella, de su sensualidad. Esbozó una lenta sonrisa sin apartar los ojos de esa perfecta mujer.

Minerva sentía como si estuviese en un sueño, como si la realidad no existiese, como si fuese una espectadora de su propia vida. Estaba en una habitación, con una enorme cama a su espalda, con la única compañía de un hombre. Ahí fue consciente de lo que se disponía a hacer: entregarse a él. Estaba asustada y pese a sentirse nerviosa, le ofreció una sonrisa, aunque algo trémula.

—Ah, por fin una sonrisa genuina. Trata de estirar un poco la comisura de los labios y me

harás el hombre más feliz del mundo, encanto.

—Oh, John, no bromees, porque hace un instante me sentía como una auténtica seductora y de pronto tengo ganas de huir.

John se sacó la camisa por la cabeza. Estar vestido de modo informal cuando cenaban tenía sus ventajas.

—Eres tan hermosa, incluso cuando te muestras un poco insegura. Me fascinas, Minerva —sentenció John, con un tono de voz completamente ronco.

—Nunca me he sentido una beldad. En realidad jamás lo fui —confesó en un murmullo—. Ya sabes, no tengo una figura envidiable.

—¡Tonterías! —John se acercó a ella y comenzó a acariciarle la clavícula—. Eres todo lo que un hombre podría desear y mucho más. Me vuelves loco, cariño. Completamente loco.

Minerva sintió su corazón derretirse. Cariño. Una palabra tan sencilla, pero tan capaz de hacer estremecer a cualquiera. Él deseaba adularla y ella sabía que no era una gran belleza. Era una mujer bastante común.

—No hace falta que me mientas, John. Me tienes ya.

—Voy a tener que castigarte por dudar de mi palabra.

—Tú eres el epítome de hombre perfecto, John. Eres alto, posees unos hombros anchos, cintura estrecha, tus ojos castaños son encantadores y ese hoyuelo en la mejilla derecha seguro que ha hecho desmayarse a más de una dama. Cuando te vi entrar en mi despacho deseé que te marchases enseguida, porque un hombre tan apuesto como tú no haría una buena pareja con una mujer como yo.

—Veo que no me crees. Te prometo que antes de que despunte el sol por la mañana sabrás que eres la mujer más hermosa del mundo. Ninguna podrá compararse a ti. Es hora de empezar.

Se acercó a ella y la besó. Minerva supo que el momento de la verdad había llegado. Sin embargo, John se separó y la dejó con ganas de más. Lo vio extender una mano.

—¿Dónde me llevas?

—Frente al espejo, para que veas la belleza que yo contemplo.

Era incapaz de oponerse. Se mostraba tan autoritario que resultaba emocionante y todavía más seductor. John se colocó en el lugar indicado, con ella al frente. Comenzó a quitarle las horquillas del pelo. Una preciosa mata de pelo rubio cayó por su espalda.

—Yo también tuve deseos secretos cuando te vi por primera vez. Sabía que con el cabello suelto parecerías una diosa. ¿Lo ves, Minerva? Mira la imagen que refleja el espejo. Eres una mujer increíble. —Deslizó un dedo por la frente desde su posición, puesto que él estaba detrás de ella. Acarició sus mejillas con ese mismo dedo, pasó por el puente de su nariz para llegar hasta sus deliciosos labios—. Esto —señaló mientras le hacía entreabrir la boca para rozarle mejor los labios—, es lo que me ha tenido al borde del delirio, Minerva. Solo mirándote a los ojos un hombre se hace una clara idea de que eres inteligente, resultas intimidante, pero es cuando desciende la mirada y se observa tu boca, cuando la lascivia comienza a hervir. He soñado con darle muchos usos a esta preciosa boca. Saca la lengua, cariño, lame mi dedo.

Minerva hizo lo que le pidió. Comenzó a lamer, y pronto ese dedo estuvo dentro de su boca. Ella lo chupó más concienzudamente, con picardía. Sabía bien lo que él desearía hacerle en esa parte de su cuerpo. Aquel libro que le robó a su hermano hablaba de algo muy parecido, pero no era solo un dedo lo que el libertino de ficción deseaba tener colocado en esa cavidad femenina de su víctima.

Sacó el dedo y la miró a través del espejo. En realidad no había dejado de observarla, del mismo modo que ella tampoco había apartado los ojos de los de él.

John vio el cepillo sobre una pequeña mesa auxiliar y lo cogió, acto seguido se dirigió al lecho. Ella no osó moverse.

—Ven. Siéntate en el borde de la cama. —Dejó el cepillo cerca de donde deseaba que se sentase.

Ella comenzó a caminar hacia el lugar señalado e hizo lo solicitado. Lo vio sentarse en una silla frente a ella y se despojó de las botas. Siempre las tenía brillantes, él mismo se las cuidaba a falta de un ayuda de cámara que lo auxiliase. ¡Pobre John!, esa semana ambos se lo habían hecho todo, salvo la comida, puesto que la cocinera que vivía cerca del pueblo iba por la mañana y dejaba también la cena preparada.

Minerva no le quitaba ojo. Una vez que se quedó descalzo, se incorporó y se quitó los pantalones. Se mostró frente a ella tal y como Dios lo trajo al mundo. Sin pudor. Muy seguro de su cuerpo. Allá donde las mujeres vacilaban sobre su apariencia, pocos hombres se sentían inseguros debido a su aspecto. Minerva misma se lo acababa de demostrar. Ella era perfecta y se le había metido en la cabeza que no era así. Acabaría por darse cuenta de cuán seductora podía llegar a ser antes de que terminase la noche.

Minerva lo examinó a placer. Empezó por el principio. Sus hombros eran espectaculares, su pecho tenía un poco de vello, su estómago era una masa llena de músculos, toda fibrosa. El vello de su torso descendía en una fina línea para dar paso a otra gran cantidad de pelo. Pero no era eso lo que Minerva contemplaba. Ya había sentido su virilidad en la mano, pero palparla, sentirla sobre su cuerpo como ocurrió en Vauxhall, y verla por completo, eran dos cosas muy diferentes.

No era excesivamente larga, pero sí bastante gruesa. Hubiese preferido que fuese al revés. Pese a que no era virgen, sospechaba que costaría introducir ese apéndice en su cuerpo.

—¿Minerva? —la llamó. Ella levantó la mirada para concentrarse en sus ojos.

—¿Qué?

—¿Te satisface lo que ves?

—Mucho.

—Bien.

Lo vio ir en su busca. Se fijó en que poseía unas piernas largas y bastante musculosas. Todo él era una belleza viril. ¡Qué espectáculo de hombre! Una vez John había hablado de un gladiador… ¿o fue un montañés escocés? Lo que fuese, era perfecto. No podría volver a llamarlo engendro de Lucifer, porque más sería un hijo del mismísimo Zeus.

Él cogió de nuevo su cepillo del pelo y Minerva percibió cómo el colchón se hundía a su lado. Se dispuso a colocarse tras ella. Todavía no la había tocado, no había apoyado su cuerpo contra el de ella, pero de pronto sintió todo el calor de él a su espalda.

John estaba de rodillas frente a la espalda de su dama. Primero le colocó la mano izquierda sobre la frente y acarició esa preciosa melena del color del sol hasta las puntas. Luego usó el cepillo y procedió a cepillarle el pelo.

Minerva, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás para facilitarle la labor. Pasados unos pocos segundos cerró los ojos. Era tan delicado y tierno, que se sintió en la gloria. El placer era sublime. La emoción que le transmitía hacía que su piel se erizase.

Con cada pasada del cepillo se sentía mejor. Un agradable cosquilleo la invadía. El sonido del contacto del cepillo con el cuero cabelludo, con el pelo, la tranquilizaba también. Era una experiencia mágica esa de dejarse cepillar el pelo por un hombre. Ello sin contar que las manos de John la tocaban de vez en cuando, en la oreja y los hombros, con el fin de llevar a cabo un cepillado de lo más experto.

Minerva lo sentía todo. El crepitar de las pequeñas brasas que quedaban en el fuego. La respiración de John. Incluso los latidos del corazón de ese hombre tan formidable. Se relajó tanto que comenzó a apoderarse de su ser una languidez desconocida. Ya no estaba nerviosa por lo que estaba por venir. Ni tampoco por la amplitud de la hombría de su amante.

Una corriente eléctrica parecida a un rayo se apoderó de su cuerpo y tuvo la necesidad de sacudirse. Sus pezones estaban tan tersos que le dolían. Le dolían porque él no se los había tocado aún. Oooh, y ese dulce y angustioso palpitar entre las piernas…

—¿Es agradable? —le preguntó John, con la voz cargada de deseo.

—Síííí —musitó mientras gemía—. Uhmmmm.

Quería hacerlo bien por ella, así que, pese a que sus pequeños jadeos —los cuales estaba seguro de que ella no se daba cuenta de producir— lo tenían muerto de necesidad, continuó cepillándole el pelo con movimientos lentos pero constantes. Lo hizo de ese modo hasta que ella soltó un gemido de lo más pecaminoso. Entonces tiró el cepillo al suelo.

Minerva ladeó el rostro para fijarse en él, la interrupción la había pillado desprevenida, pero John ya estaba acomodándose detrás de ella, con los muslos abiertos, y sintió su erección entre las posaderas. Su torso, pegado a la espalda, de tal modo que percibía ese vello del pecho sobre ella. Sin decirle nada, pasó las manos por sus brazos y la acarició para luego acabar buscando sus senos. Minerva lo escuchó tomar una lenta y desesperada bocanada de aire.

Ella se cuadró. Sus pechos eran demasiado grandes. Siempre le habían parecido grotescos. Las damas adecuadas, tanto las bostonianas como las inglesas, los tenían pequeños.

—¿Hay algún problema? —le preguntó dado que había sentido un cambio en ella. Se dispuso a responder, pero no pudo. Los pulgares jugaban con sus pezones. Estaban duros y extremadamente sensibles.

Minerva suspiró, cerró los ojos de nuevo y echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en él. John jugó con sus pechos a placer. Las sensaciones que se agolpaban en ella eran indescriptibles.

—Aaaah —gimió, cuando él pellizcó y estiró las puntas con cuidado de no herirla, solo con el fin de excitarla todavía más.

—Magníficos. Grandes y sublimes. Mis hijos se alimentarán bien de ti, cariño.

Así que John no encontraba nada malo con respecto a sus senos. Sus manos los sostenían, los alzaban, los acariciaban y pellizcaban una y otra vez. Todo era sensacional.

Las caricias de un hombre eran un privilegio del que se había olvidado durante nueve largos años. Si bien Wallensak fue competente, de aquello recordaba el dolor y un poco de placer, nada comparable a lo que estaba viviendo. Deseaba que ese instante de intimidad no acabase jamás.

Las manos de su amante descendieron, la obligaron a abrir los muslos. Sus dedos mágicos pronto examinaron su humedad. La palpó con una delicadeza extrema. Frotó con suavidad sus pliegues. La miel que su cuerpo emanaba le impregnó la mano. Minerva estaba empapada. John se disponía a conquistar un lugar caliente y escondido. El paraíso en la Tierra.

—Estás lista para mí —dijo con satisfacción John—. Pero todavía tengo planes. —Hundió un dedo en su interior mientras que la otra mano seguía palpando uno de sus grandiosos senos. Pegó la boca contra su cuello. La tenía presa en un abrazo de lo más lascivo.

Ella comenzó a jadear. Movió las posaderas para echarse hacia atrás y abrió cuanto pudo las piernas para darle un mejor acceso a John.

Estaba tan cerca de volver a rozar el cielo… Pero entonces John detuvo las caricias. Ella gimió con molestia debido a la interrupción. Él se dio cuenta del enfado y se sonrió. Era tan receptiva que lo haría estallar antes de comenzar.

—Date la vuelta, cariño —le pidió con esa voz tan ronca que Minerva comenzaba a adorar. El murmullo le hizo cosquillas en el oído. Estaba claro que la dama lo complacía sin ni tan siquiera haberlo tocado aún.

El deseo se apoderó de ella por completo con esa sencilla orden.

—¿Estás nerviosa ahora? —Negó con la cabeza. Minerva no era capaz de encontrar su voz —. Quiero probarte y, para eso, me gustaría que te tendieses en la cama y confiases en mí, en que todo lo que compartamos está permitido.

John era consciente de que ella no era virgen, sin embargo, no sabía el grado de experiencia que podría tener y tampoco necesitaba conocerlo. No deseaba imaginarse a otro hombre que no fuese él dándole placer.

Minerva se deslizó por el colchón y se quedó tendida sobre su espalda. John estuvo de inmediato sobre ella. Comenzó a besarla en la boca, se fue deslizando por su cuello, después su oreja, y poco a poco descendió hasta los senos. Tomó el globo con la mano y llevó el pezón hasta su boca. Lo engulló y se maravilló con lo grandes que eran sus pezones. No había estado con una mujer que poseyese esos pechos sumamente abundantes, con esa aureola oscura tan enorme y unos pezones tan pronunciados. Era divina. Hizo lo mismo con su compañero, lo lamió y jugó con él. Se entretuvo el tiempo necesario para hacerla contonear las caderas, para que arquease la espalda y hacer que Minerva estuviese hambrienta y necesitada de él. Siguió con el descenso de ese cuerpo curvo y maravilloso, le dio besos por todo el estómago y cuando llegó hasta el valle de rizos rubios… La gloria era lo que prometía ese lugar. La ayudó a colocar las plantas de los pies sobre la cama, de tal modo que las rodillas estaban mirando al techo. Estaba a su merced, completamente abierta para que él se diese un festín.

Frotó los pliegues con sutileza, abrió su pasaje, colocó allí su lengua. Justo sobre el botón del placer femenino. La agarró fuertemente, pasando los brazos por debajo de sus piernas, de tal modo que sus manos se quedaron aferradas a los muslos femeninos, porque no deseaba que huyese de su contacto, pero Minerva no se movió. No trató de escapar. Todo lo contrario, se pegó todavía más a él.

Comenzó pues una danza frenética, donde John disfrutaba de su sabor, del néctar que Minerva fabricaba para él. Solo para él. La escuchaba gemir cada vez con más fuerza. Sabía que ella estaba cerca, así que aceleró el ritmo, pero cuando estuvo seguro de que esa mujer tan tentadora se acercaba, decidió dejar que su lengua la lamiese de forma constante, sin cambiar un ápice la velocidad que le imprimía.

No tardó demasiado en llegar al clímax. Minerva arqueó la espalda al tiempo que todos los músculos de su cuerpo se tensaban y gritó mientras se dejaba caer contra la cama, saciada, exhausta y jadeante. Feliz.

—Eso es, mi valiente guerrera —susurró John sobre su sexo—. ¡Dios mío, sí! Es así como tuve que haberte visto y tenido la primera vez que te mostré el cielo. ¡Eres magnífica!

Minerva se había incorporado, de tal modo que sus codos estaban sobre el lecho y podía verlo entre sus muslos. ¡Qué imagen más inapropiada! ¡Qué delicia verlo así! ¡Qué formidable todo lo que le hacía!

Todavía le costaba respirar, lo hacía de forma entrecortada, pero se las arregló para hablar y le dijo:

—Oh, John, no sabía que esto estaba permitido.

El marqués sonrió de forma maliciosa. Así que su anterior amante no le había enseñado la dulce perversión de saborear a una dama entre las piernas. Mejor.

—¡Túmbate! —le ordenó.

La excitación la invadió una vez más. Cuando le ordenaba de ese modo tan autoritario… Ella podría hacer cualquier cosa por él. Lo deseaba con desesperación. Ansiaba a ese hombre con todas sus fuerzas. Antes de que acabase la noche estaría cantándole su amor más profundo y sincero. Y lo peor de todo era que esa circunstancia no le daba pavor. Era más, deseaba decirle las palabras. Se humedeció los labios para explicarle que lo amaba, pero él la cubrió con su cuerpo, al tiempo que con una de las rodillas masculinas la obligaba a volver a separar más las piernas. John alzó la parte superior del cuerpo, se sostuvo sobre los antebrazos e inclinó la cabeza para besarla. Se separó de ella.

—¿Ves como eres deliciosa, además de perfecta? —le preguntó, al darse cuenta de que su sabor todavía estaba sobre su paladar y la acababa de besar.

La respuesta de Minerva fue entreabrir los labios y buscar su lengua para besarlo a fin de que él comprendiese lo que significaba para ella. John se impuso en ese asalto, le acarició la parte más sensible del paladar y ella se derritió. El deseo volvió a avivarse en el interior de Minerva.

Él se separó de ella y la dejó con ganas de más. Cuando abrió los ojos para verlo, John le mostraba esa sonrisa suya tan socarrona y arrogante. Él sabía que la tenía sometida. No importaba. Ella, encantada, lo seguiría hasta el Hades mismo.

—Si no vamos con cuidado, puede ocurrir que me ponga en evidencia.

—¿Cómo podría ser eso, si todo es perfecto?

—Porque te deseo mucho y podría dejarme llevar nada más me adentre en tu interior. ¿Entiendes lo que digo, cariño?

—No estoy muy segura —alegó con sinceridad—, pero sí que me hago una idea. No te preocupes por nada, creo que todo esto es perfecto y no podría imaginar un escenario más excitante.

John se preparó para profanar lo que a partir de ese momento sería siempre suyo. Colocó las manos bajo las nalgas para sujetarla con fuerza y al siguiente instante su duro miembro la penetraba pacientemente. Muy poco a poco. Cuando estaba a medio camino del reino prometido, y al ver que ella lo toleraba con gran éxito, se animó y se hundió por completo. Ambos jadearon con fuerza. El placer jamás se expresó tan bellamente entre dos amantes tan complacidos el uno con el otro.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, después de buscar su boca y besarla.

—¿No irás a detenerte ya…? Porque si lo haces, podría armarte un consejo de guerra.

John se carcajeó.

—Eres una tirana hasta en la cama. Veré si soy capaz de retrasar mi clímax lo suficiente para que tú vuelvas a arder. Lo único que te pido es que no compongas un precioso poema para exaltarme. Soy bueno en esto. Excepcional, de hecho.

—Seré una tirana, como has dicho, pero tú eres presuntuoso hasta decir basta.

—Lo sé…

En ese instante él comenzó a moverse, se retiró hasta salir casi por completo de su cuerpo y volvió a hundirse hasta la empuñadura. Repitió la hazaña una y otra vez, cada vez un poco más rápido, dado que Minerva lo instaba a apremiarse. John, sabiendo que no sería capaz de aguardar durante mucho más tiempo, se las apañó para llevar una mano hasta donde sus cuerpos se unían, porque pese a que Minerva estaría cerca del precipicio, él lo estaba mucho más. Comenzó a acariciar el nudo de nervios y no tardó demasiado en sentir que los músculos interiores de su estuche comenzaban a contraerse sobre su eje. Ahí estaba la señal para, por fin, dejarse ir.

El cuerpo de John se tensó, dejó escapar un sonoro grito sordo y ronco y se dejó caer sobre

ella, con cuidado de no hacerle daño. Minerva le echó las manos al cuello y lo apresó por completo con sus piernas, dado que le rodeó la cintura con ellas. John seguía dentro de Minerva. La sensación de ser uno solo le provocó a ella una gran sonrisa que él no pudo contemplar. John tenía la cabeza sobre el colchón, con sus labios pegados al cuello femenino. Ella no había sido tan feliz en su vida. Hacía tantos años que no tenía un buen motivo para sonreír… Había hecho el amor con el hombre al que amaba, con el que se casaría y tendría muchos hijos. Tal vez tres o cuatro, si Dios lo permitía, claro. Se dio cuenta de que su vida acababa de comenzar. Había yacido con John sin prejuicios, sin pudor. Aún estaba acostada bajo su cuerpo, con los pechos bajo su torso, los muslos en torno a sus musculosas piernas. No podía haber nada mejor en este mundo tan lleno de agonías.

—Nunca hallaré una cárcel tan placentera, cariño. Podría quedarme así hasta el fin de mis días.

—Yo también, John. Yo también…

La había hecho disfrutar, había logrado que se sintiera tan femenina, sensual y hermosa… Se habían complacido el uno al otro. Y no parecía que fuese a producirse ningún reproche por haber hecho el amor. Algo formidable ocurría en su vida. Al fin había encontrado al hombre adecuado para enamorarse.

John salió de su interior y Minerva emitió un sonido de molestia. La obligó a soltarlo, rodó con ella por la cama, le dio la vuelta, pegó la espalda femenina a su pecho, le pasó una mano por la cadera y en menos de cinco minutos Minerva lo escuchó roncar.

Volvió a reírse. Esa vez con más fuerza. Nueve años hacía que no había reído de ese modo tan sincero.

—Te amo, John, y que Dios me perdone, porque tienes mi vida y mi felicidad en tus manos. A ti me encomiendo hasta el fin de mis días.

—Te quiero, Minerva. No te defraudaré —dijo para luego volver a caer en un sueño reconfortante. Después ya le diría que la había escuchado reírse y que estaba más complacido por haber logrado ese reto que por haberla colmado de placer.

En menos de cuatro horas, John se despertó. Alargó una mano para buscar a Minerva. Se dio cuenta de que estaba solo en la cama. Se incorporó. Una sola vela permanecía encendida. La buscó por la habitación. Si había abandonado su cama para irse a otra y darle privacidad, le daría unas buenas nalgadas para que aprendiese la lección. Descubrió que había usado la jofaina porque había un par de paños de lino en el suelo que se habrían caído, seguramente se había lavado. Sonrió. Pronto volvería a ensuciarla.

La divisó junto a la ventana más grande de la habitación. John bajó de la cama con sigilo y se acercó a ella. La abrazó por detrás y la pegó a su cuerpo. Minerva estaba desnuda. La sensación de tenerla piel contra piel lo embargaba de felicidad. Apoyó la barbilla sobre su hombro derecho.

—¿Algo está mal?

—No. Todo parece ser perfecto. Tanto que tengo miedo —le confesó.

—Te he escuchado reír antes de dormirme profundamente. Nada puede salir mal. Estoy seguro porque debo ser el único que ha logrado arrancarte al fin una sonora carcajada.

—Oh, John. ¿Cómo puedes bromear cuando yo estoy muerta de miedo?

—¿Miedo? —Se separó de ella y le dio la vuelta para que estuviese frente a él—. ¿De mí? ¿Es por el asesinato de…?

—Sí.

Él se quedó frío como el hielo que se agolpaba en el exterior de las ventanas.

—¿No crees en mi inocencia?

—Por supuesto que sí. —Él respiró tranquilo—. Lo que sucede es que cuando he repasado en mi cabeza todo el asunto de la dama que fue asesinada, me he dado cuenta de que en verdad sí sabía de lo que hablabas, solo que hacía tanto tiempo que no lo recordaba con certeza. Mi cabeza siempre está en la compañía, en los números, así que todo lo que no tiene que ver con negocios lo paso por alto. Pero ahora sé cuál es el suceso del que hablabas.

—Era extraño que no hubieras escuchado hablar de ese feo asunto. Los cuatro malditos estábamos en boca de todo Londres. Aún lo estamos —añadió.

—Aunque no soy una asidua de las fiestas aristocráticas, he estado en alguna que otra. Creo que ya te lo dije. Al repasar lo que me indicaste sobre el asesinato, recordé a un americano al que conozco.

—¿A quién? —preguntó con interés John.

—Su apellido es Hanks. Era el prometido de la dama que asesinaron. Tiene una plantación de algodón en Atlanta, es un esclavista. Estuvo detenido, pero la justicia lo liberó. No se encontraron pruebas en su contra, según recuerdo.

—Sé que él no la mató. Los cuatro lo sabemos. Lo investigamos bien a fondo y encontramos pruebas que lo exoneraban. —Ella afirmó con la cabeza.

—He recordado también el título de uno de tus amigos.

—¿Cuál de los tres?

—Mackay. Conozco a Lily Ann, a la que es su condesa. Coincidí precisamente con ella cuando registraba el despacho de Hanks. Aquello estaba relacionado con el crimen y vuestras sospechas, ¿verdad?

—Sí. Encontró entre las pertenencias unas cartas que creímos que indicaban su culpabilidad, también una daga muy peculiar. Sin embargo, cuando hablamos con él, nos mostró la carta que había guardado de Regina, donde ella le agradecía la liberación del compromiso. Era inocente de toda culpa, como nosotros cuatro.

—¿Y si tú tuvieses razón y las casualidades no existiesen? Siento como si todo lo que he vivido, como si todo lo que he sufrido me hubiese llevado hasta ti.

—¿Qué problema habría con eso?

—Tengo una sensación muy desagradable, John. Creo que algo malo va a suceder. Todo esto es demasiado bueno, demasiado perfecto y la última vez que me sentí así… —Minerva bajó la mirada.

—Te destrozaron el corazón.

Ella tragó saliva. John le colocó el dedo índice en la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Nada ni nadie me separará de ti. La suerte nos ha hecho llegar el uno al otro. Yo viví un infierno con Sophie y realmente no te esperaba. No había previsto que irrumpieras en mi vida como un vendaval tan magnífico. Lo has puesto todo patas arriba y no puedo estar más agradecido. Eres mía, Minerva, yo soy tuyo. Creía que eso había quedado más que claro. Si tienes dudas sobre nosotros…

—No las tengo. Te he dicho que te amo.

—Y yo te he asegurado que te quiero, y sin embargo te veo triste.

Ella suspiró con fuerza.

—No me hagas caso. Seguramente son tonterías mías.

—Cuando nos hayamos casado te presentaré a todo el mundo y formarás parte del grupo. Hay mucho que averiguar. Nos hemos propuesto no descansar hasta que limpiemos nuestros

nombres y eso haremos los seis, siete si te contamos a ti, ocho si Warwick ha encontrado a estas alturas a una buena mujer.

—De acuerdo. Ayudaré en todo lo que pueda.

—Ahora, para dispersar tus temores infundados, creo que sería interesante que pusieras a prueba lo que aprendiste con la lectura de ese libro obsceno que le pescaste a tu hermano. No creas que me he olvidado de ese detalle.

—John… —susurró su nombre. Él se preparó para otro ataque de inseguridad.

—¿Qué? —inquirió para hacerla hablar.

—Solo hubo uno antes que tú. Ocurrió una única vez, y aunque no lamento lo que sucedió porque ese disgusto me ha traído hasta ti y me ha convertido en lo que soy, sí que me apena no haberte esperado.

—¿Te forzó?

—No.

—¿Te hizo daño de otro modo?

—Mucho.

—No hay más que decir, a no ser que tú lo dispongas de otra manera. Él fue tu pasado, yo soy tu presente y futuro. —En verdad no le importaba la historia, solo deseaba asfixiar al malnacido que la había despojado de su virtud por haberla herido.

—No te merezco.

—Me mereces lo mismo que yo a ti. Vamos a la cama.

—¿John?

—¿Qué?

—No es posible entregarse a un hombre y no ofrecerle el corazón. Ninguna mujer lo hace, y yo tampoco. Te amo muchísimo.

El marqués vio en sus ojos la verdad reflejada.

—No te fallaré. Te lo juro. Tienes mi palabra y jamás la rompo. Estamos juntos, cariño.

Pese a que la idea de la salida al pabellón de caza había nacido del afán de estar a solas con ella, de conocerse y vivir una aventura con el fin de saber si harían un buen matrimonio, John se había dado cuenta de que con una semana no tendría bastante. Tal vez en toda su vida llegase a saciarse de ella.

La levantó en brazos y la trasladó hacia ese lugar. Minerva no se opuso. La depositó en el borde del colchón de plumas. Se colocó frente a ella. Ambos se quedaron de rodillas encima de la cama.

—Vamos a hacer esto más interesante.

—Como dispongas —dijo dócil.

—Nuestro encuentro de antes ha sido formidable, casi insuperable diría yo. Pero sigo hambriento. Tu obediencia me vuelve loco. Te he tenido para mí y has hecho todo lo que te he pedido sin rechistar. Has respondido de un modo que… Estoy sin palabras. Me parece que lo justo sería que ahora fuese tu turno.

Minerva frunció el ceño y repasó en su cabeza la sugerencia.

—¿Qué estás diciendo?

—Que soy tuyo para hacer conmigo lo que desees.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Y si no sé cómo debo actuar?

—Has demostrado con creces que eres una mujer inteligente. Usa tu imaginación, echa mano de ese, o de cualquier otro libro indecente que imagino que has ojeado, y sé creativa. Estoy

dispuesto a ser tu esclavo, por así decirlo. Hazme el amor, Minerva. —Casi fue un ruego.

Lo siguiente que ocurrió fue que John se echó sobre su espalda, abrió los brazos y las piernas para demostrarle que no era un farol, que lo sugerido iba completamente en serio.

Un minuto después, Minerva estaba inclinada sobre él, con las manos extendidas y las yemas de los dedos paseando sobre su torso. Su tacto fue subiendo para acabar rozando sus labios. Finalmente apoyó sus manos sobre los hombros y buscó la boca masculina para besarlo a conciencia, pero John no separó los labios. Así que la lengua de Minerva se movió con indecencia sobre los labios de John. Cuando sintió que su lengua trataba de abrirse camino por su cavidad, que lo obligaba a permitirle el paso, no la defraudó. Separó los labios y le succionó la lengua.

—No, John —le dijo cuando se separó de él—. Pretendes que yo te haga el amor y por eso debes permanecer quieto.

Él soltó una larga carcajada.

—Así trataré de hacerlo. —Solo ella sería capaz de regañarlo en ese momento. Se guardó una réplica más mordaz para sí mismo. Lo había reñido pese a que ella gimió cuando él le chupó la lengua. La muy bribona obtendría su castigo en otra ocasión.

Minerva comenzó a acariciarlo por todas partes. Se colocó sobre él y su boca fue besando cada centímetro de piel que caía bajo su lengua. Lo estaba volviendo loco. Era incapaz de quedarse quieto. Nunca le había dado poder a una mujer. Tener que permanecer inmóvil, estar bajo sus órdenes era demencial. Jadeó cuando Minerva procedió a succionar sus pezones. Se concentró en respirar para no hacerla rodar y que ella terminase bajo su cuerpo. ¡No había sido buena idea darle la batuta de dirección!

Su virilidad estaba en su máximo esplendor. Ella lo tocaba, lo besaba en todas partes, salvo en el lugar en el que él se moría por recibir atención.

Estaba a punto de suplicarle clemencia, que lo tocase y jugase con su duro eje, cuando las manos de ella lo sostuvieron, primero con delicadeza, pero tras explorarlo con atención, lo hizo con firmeza.

John hinchó el pecho con satisfacción. Las caricias con las que lo deleitaba eran propias de una mujer inexperta. Seguramente el desgraciado que la hizo suya primero no tuvo la suerte de que ella le acariciase su virilidad.

—¿Cómo debo tocarte?

—Tal y como lo haces. No me romperé, puedes agitarme con un poco más de fuerza. Es muy fácil, así es… de arriba abajo… Eso es… —Ella había adquirido un ritmo constante y una presión maravillosa.

John cerró los ojos y se dejó llevar. Trataba de controlarse para no ponerse en evidencia.

—¿Te doy placer? —le preguntó en un murmullo porque lo veía muy callado.

Abrió los ojos y la contempló. Una imagen erótica. El sueño de todo hombre, ver a una mujer sosteniendo su miembro.

—Maldita sea, cariño, no puedes hacerlo mejor de lo que lo estás haciendo —contestó con los dientes apretados.

Minerva giró la cabeza, porque estaba frente al cuerpo tendido de John, justo a su lado, y le sonrió con intensidad. Sin reservas.

—Eso me parecía.

—He perdido el conteo de las sonrisas que he logrado robarte. Si hubiese sabido que solo tenía que seducirte para alcanzar lo que creí que sería un imposible, lo habría hecho aquel día en tu despacho.

—Eres ridículo. En ese momento ni tan siquiera yo te gustaba.

—Créeme, fue por orgullo que no te besé minuciosamente. Hubiese acabado de rodillas, bajo tu escritorio, saboreándote mientras tú escribías una carta o algo así. Por descontado, luego de darte placer, tú hubieses ocupado mi misma posición.

—Eres escandaloso, y me has dicho de una forma nada sutil lo que deseas que haga…

—Yo no he… ¡Infierno! —gritó, al verla descender para buscar su virilidad.

En cuanto su boca lo cobijó en su interior, John jadeó lleno de placer. Lo que veía le hacía hervir la sangre. Ella lo llevó hasta el fondo de su garganta y él se obligó a no descargar su semilla allí. Cerró los ojos porque lo que tenía bajo la vista lo excitaba demasiado.

Minerva estuvo lamiéndolo, tocando sus pesados sacos, estirando la seda que recubría su eje. Lo tanteó tanto cuanto quiso y él disfrutó con la experiencia.

En el instante que percibió que ella había dejado de tocarlo, desplegó los párpados. La vio seria.

—Precisaría de alguna indicación más, John —le dijo.

—¿Se me permite tocarte, cariño?

—Por supuesto.

—Bien.

John extendió ambos brazos y le rodeó la cintura con las manos para alzarla y dejarla a horcajadas sobre su cuerpo, en contacto directo con su virilidad.

—Llévame a tu interior y cabálgame con energía. Te prometo que será un largo y maravilloso paseo. ¿Eres una buena amazona?

—¿Pretendes que yo…? —No sabía cómo interpretar lo que había escuchado.

—Eso es. ¿Te ves capaz de hacer lo que te he propuesto?

—Me gustaría cabalgar sobre ti. —Esperaba que su voz hubiese sonado firme. Estaba muerta de miedo por si no lograba complacerlo.

John la vio removiéndose sobre él para agarrar su hombría y obedecerlo. Era una seductora inocente y eso la hacía todavía más magnífica.

Pasaron apenas unos segundos hasta que Minerva se decidió. Se colocó en la posición más adecuada posible, lo tomó con cuidado con una mano, luego la apartó y descendió sus caderas para albergarlo en su interior poco a poco. Se quedó deliciosamente empalada por esa víbora gruesa y palpitante que la hacía a su vez latir.

Ella se inclinó sobre él, apoyó las manos sobre su pecho y clavó los ojos en los de John, quien le sujetó las caderas con fuerza para hacerla bajar por su eje por completo.

Minerva echó la cabeza hacia atrás cuando sintió esa deliciosa presión asfixiante. Increíble.

Se quedó quieta, disfrutando de la sensación de plenitud. Tan llena, tan unida a él… Delicioso. Hacer el amor con John era extremadamente exquisito. Todavía no había acabado y ya estaba pensando en cuándo volvería a poder disfrutar de él.

—Ya estás montada sobre tu semental. Solo queda que me cabalgues. Trataré de ser manso y te permitiré guiarme, impondrás el ritmo, pero te aconsejo que no seas tímida. Te diré algo, cuanto más feroz te muestres más lo disfrutaré. Estoy dispuesto a dejar que recorras una larga distancia sobre mí. ¿Lista?

—Seré una vaquera del Oeste sobre un poderoso semental. ¿Te satisface mi promesa?

—Cierto, deberías demostrar ese salvajismo del que hacen gala los americanos, pese a que eres bostoniana y se te considera un poco más refinada —se burló.

—Te dejaré impresionado —alardeó.

—No lo digas, demuéstralo —la animó. El reto salió en forma de orden, por supuesto.

Porque él era un auténtico tirano en la cama y a ella le encantaba.

Minerva, pese a que había entendido que deseaba que fuese salvaje, no se atrevió a mostrarse así. Se movió despacio, gozando del placer de tenerlo en su interior, ajustando su cuerpo para llevarlo lo más adentro posible, incluso contrajo su vaina para apretarlo con fuerza.

—Eres muy estrecha, Minerva, si encima te contraes, creo que podría morirme de placer. No lo hagas más si no quieres que el paseo sea corto. Me matas, cariño.

No lo dejó descansar. Quería llevarlo a la locura y más allá. Lo montó con fuerza, a cada galope se sentía más segura, más animada, más ansiosa. Había descubierto que con el contoneo adecuado sería capaz de proporcionarse el mismo placer que él le había dado con los dedos y la lengua. Pretendía explorar esa vía a conciencia. De tal modo que cuando descendía se restregaba sobre él para inundarse de placer. Estaba cerca de lograr el cometido.

John la observaba, sus pechos subiendo y bajando mientras tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Había elegido bien. Se casaría con ella nada más pudiese, no se arriesgaría a perderla. No. Aunque se extraviase la buscaría por toda la faz de la Tierra.

—¿Minerva? —dijo entre un jadeo profundo.

—¿Q…u…é? —jadeó, sin descender el ritmo.

—Eres mía —afirmó con una posesividad muy marcada en su expresión y tono.

—Sí, John. So…y tu…ya. —Volvió a gemir poseída por la pasión que él le inspiraba.

—Bien. Ahora hazme arder y arde conmigo. Juntos. —Nunca llegaría a saber cómo fue capaz de expresarse con tanta claridad y sin gemir.

Cerró los ojos al tiempo que la cogía por las caderas y la ayudaba a cabalgar. Era evidente que estaba extenuada debido al gran esfuerzo que hacía.

No tardaron más que unos pocos minutos en llegar al punto álgido de su apareamiento. Minerva había puesto en marcha un juego exquisito y lento que se tornó agresivo y voraz, y él estuvo a la altura.

Ella gritó su nombre cuando la crisis la atravesó. Él gruñó con fuerza cuando el éxtasis lo invadió.

La perfección hecha carne.

Minerva se dejó caer y se acomodó sobre la dureza de su torso. Estaba en casa. Lo había encontrado. Era él. Solo él.

—Eres maravillosa —susurró junto a su oreja con evidente admiración.

—Y tú también.

—Creo que nos hemos ganado un descanso —dijo John, al sentir la fuerza con la que le bombeaba el corazón a su inminente marquesa.

—¿Hemos? —ironizó—. He hecho todo el trabajo.

—Y lo has disfrutado… ¿o no? —la retó a desmentirlo.

—Plenamente —confesó entre un gran suspiro de satisfacción.

—Dormiremos, pero no demasiado.

—¿Por qué? Necesito recuperar fuerzas.

—Quiero un nuevo asalto antes de que despunte el día —replicó John.

—Me parece bien.

Minerva soltó una pequeña carcajada después de aprobar su solicitud.

—Escuchar tu risa fresca es un placer todavía mayor que el que me acabas de proporcionar.

—¡Embustero! —lo acusó.

—Pagarás cara la afrenta. Descansa, porque en cuanto vuelva a abrir los ojos te reclamaré.

John la alzó, la ayudó a tenderse a su lado, y de nuevo la colocó de tal modo que la espalda

de Minerva quedó apoyada en su pecho. Echó la colcha sobre ambos, le pasó una mano por la cadera y cerró los ojos.

Tal y como prometió, antes de que saliese el sol le hizo el amor. Dos veces más.

Después de una noche frenética, decidieron que irían a visitar el pueblo de Stratford-upon-Avon, dando un agradable paseo, puesto que no estaba demasiado lejos del pabellón de caza. Había allí una feria y sería interesante disfrutar de un poco de diversión fuera de la cama, porque de lo contrario los dos se consumirían.

Lo malo era que, por lo que aconteció allí aquel día, Minerva lamentó no haberse quedado en el lecho, no debió haber salido nunca de aquel lugar.

Del cielo al infierno solo había un paso. Un paso muy corto, además.

Capítulo 8
Un día nefasto

Había llovido justo antes de que saliesen por la puerta principal. Por un segundo John consideró que sería mejor quedarse en casa, pero Minerva insistió en visitar la feria. Le apetecía ir colgada de su brazo. Esa sería su primera salida oficial como prometidos.

Caminaron y conversaron sobre su niñez. Minerva sonrió con algunas de las travesuras que él le contaba sobre su hermana, como que tuvo que llevar el pelo corto durante una buena temporada porque John se lo cortó para que un pretendiente que no aprobaba dejase de fijarse en ella.

A Minerva le gustó comprobar que la relación de su prometido con su hermana era tan fuerte y leal como la de ella con Darius.

Cuando llegaron se dieron cuenta de que la feria era una especie de fiesta rural. Se había improvisado un pequeño escenario en medio de la plaza, donde el coro de la iglesia estaba cantando. No era algo demasiado agradable de oír por lo desafinado del canto, pero era evidente que los cantores hacían lo que podían. Eso tenía mérito.

—No te atrevas a reírte —lo regañó al ver a John conteniendo la risa.

—Esto en Londres no lo veríamos, así que no lo haré. Les daré el crédito que merecen.

—Lo han intentado y eso es lo que cuenta.

John, que la llevaba colgada de su brazo, se acercó hasta su oreja para susurrarle:

—¿Te imaginas que yo solo hubiese intentado complacerte las cuatro veces que hemos estado esta noche en la cama?

—¡John! —exclamó sofocada.

El marqués la vio ponerse colorada y se sintió satisfecho, aunque no estaba dispuesto a dejar correr el secreto placer que le daba irritarla.

—Si por la mañana me hubieses dicho que no me preocupase, que hice todo lo que estaba en mi mano para saciarte, creo que hubiese saltado por el primer acantilado disponible.

—¡Descarado! —lo amonestó.

—No olvides presuntuoso y arrogante, encanto. —Movió las cejas con picardía un par de veces de arriba abajo.

—Eres imposible. ¡Mira allí! —Minerva señaló con el dedo y se separó de él, su cercanía le hacía derretirse. Toda ella podría convertirse en mantequilla—. Hay un puesto de joyas brillantes.

—Creo que nunca te he visto con una joya. Solo esos discretos pendientes de perlas que llevas.

—Me conoces desde hace poco, John. No puedes saber sobre todos mis gustos. Además, a todas las mujeres les gustan los diamantes.

—Discrepo. Hará poco que nos conocemos, pero cuando un hombre y una mujer se acuestan, desnudos en la misma cama —dijo en voz baja—, quedan pocos secretos que desentrañar. En cuanto a lo de los diamantes… No has sido demasiado sutil a la hora de indicarme lo que esperas de tu anillo de bodas.

—¡Oh, John! —Minerva se rio en voz alta. Hacía tantos años que no tenía motivos para reír y sonreír que estaba decidida a recuperar el tiempo perdido.

—Te colocaré un enorme diamante, engarzado en una sencilla banda de oro. Eso le dirá a todo el mundo que no tienen derecho a mirarte de otro modo que no sea respetable.

—¿Serás un marido celoso?

—Espero que no. Siempre he pensado que los celos son una falta de confianza en uno mismo y un insulto para la otra persona, algo propio de los hombres inseguros de sí mismos.

—¡Cuánta madurez!

—Lo sé. Soy un hombre diferente, le pediré disculpas a Warwick cuando lo vea.

—¿Por qué tendría que perdonarte Warwick?

—Porque me mostré celoso y posesivo contigo en Vauxhall cuando dijo que pretendía bailar contigo.

—¡Pero eso es una contradicción, John! No puedes decir que no eres celoso y luego…

—He dicho que me disculparé con él. —Se quedó pensativo un momento—. Creo que debería también disculparme contigo por adelantado.

Ella detuvo el paso. Iban cogidos del brazo en dirección al puesto de las joyas.

—¿Pretendes disgustarme?

—No a corto plazo, pero prefiero que me perdones por si alguna vez le asesto un puñetazo a algún hombre que te mire más de la cuenta.

Minerva volvió a reírse. ¡Hombre tonto! John la había arruinado para el resto. Se sintió complacida por su posesividad, aunque sabía que estaba bromeando con ella. John no se veía como un bárbaro que se colocase sobre el hombro a una dama y la llevase a su cueva.

—¡John! —exclamó una voz a la espalda de ambos.

Los dos se giraron para ver a una mujer sonriente, preciosa. Con una belleza cegadora. Miraba a John con un rostro alegre y una sonrisa sincera que le llegaba hasta los ojos.

Su prometido cogió la mano enguatada de Minerva, se la quitó del antebrazo y la miró con seriedad. Se había producido un cambio muy significativo en él. Minerva no entendía qué sucedía.

La belleza deslumbrante se acercó a él.

—¡Sabía que eras tú! Incluso de espaldas, todavía soy capaz de reconocerte. Ha pasado toda una vida…

Él cabeceó y se quitó el sombrero de la cabeza. Un gesto de respeto hacia una mujer que parecía ser de la familia. Minerva supuso que esa debía de ser la conexión puesto que lo trataba con una informalidad totalmente desconcertante. Por descontado que la recién llegada le echó una ligera mirada, pero no durante más de medio segundo. No la aprobaba. Tuvo que haberle hecho caso a Diane y empacar un vestido un poco más favorecedor. Porque si en un primer momento había desechado la sugerencia, alegando a que si de verdad estaba interesado en ella su apariencia no sería un problema, Minerva hubiese querido verse la mitad de hermosa que esa desconocida que miraba con cariño a su prometido. Suyo. ¡Cielos! ¿La perdonaría John si le asestaba un derechazo a una mujer por mirarlo más de la cuenta? ¡Qué tontería! Seguramente sería su hermana. Sí. Su hermana…

—Me alegro de verla, *lady* Redford, dado que no nos hemos visto antes, espero que acepte mis condolencias por la muerte de su esposo. Lo lamento, sé bien lo que él significaba para usted —le dijo con sinceridad.

La denominada *lady* Redford se llevó la mano al pecho.

—Siempre fuiste el más honorable de los hombres. Tan atento… tan encantador.

—No, siempre no. Pero trato de no cometer dos veces el mismo error, *milady*.

Minerva se dio cuenta de que era una conversación privada. Ni John ni la dama, que por supuesto no había resultado ser su hermana, sino una viuda impresionante, no reparaban en ella. Posiblemente se había vuelto invisible. La señorita Hollister se echó un paso atrás. Tal vez fuese

mejor que se distanciase y les diese intimidad para ponerse al día… ¡Qué tontería más grande! No tenía miedo, no era una cobarde. Mujeres más bellas la habían desafiado con sus desplantes y ella no se amedrentó. Entre otras cosas porque Minerva Hollister poseía una inteligencia sin igual, una fortuna obscena y una libertad envidiable. No rendía cuentas.

Ah, pero su corazón ya no le pertenecía y sentía que el desplante se lo estaba haciendo John y eso dolía muchísimo. Toda la inseguridad le sobrevino de golpe. No era demasiado agraciada a los ojos de los hombres y pudiera ser que él se acabara de dar cuenta, al compararla con la belleza sin parangón que le sonreía embelesada, y que en público se avergonzase de ella.

Minerva había escuchado historias de caballeros empobrecidos que se casaban con ricas y sencillas herederas para luego depositarlas en el campo, donde no estorbaran. Sintió angustia en su pecho. Seguro que John no era así. Entonces… ¿por qué no la miraba? ¿Por qué no la presentaba? Minerva se obligó a tranquilizarse. Seguramente, él se había dado cuenta de que su situación era indecorosa y, dado que todavía no estaban casados, no sabía cómo presentarla y no deseaba que se pusiera en entredicho su reputación. Sí. Eso era… La había reducido a la nada en favor de su reputación.

—¡Por amor de Dios, John! No es necesaria tanta formalidad. Somos viejos amigos —señaló efusivamente *lady* Redford , mientras le daba un golpecito juguetón en el pecho.

Minerva se sintió mareada de pronto. ¿Sería una antigua amante? ¡Qué bochorno! ¿Cómo podría quererla a ella después de haber estado con una mujer así? Minerva deseaba que se abriese un agujero bajo sus pies y hundirse. Seguro que ni se daban cuenta si desapareciese.

—Creo que sí es necesario que… —comenzó a decir John.

La dama hizo un aspaviento.

—No, no —lo cortó—. Puedes llamarme Sophie incluso en público.

Era definitivo. Minerva tenía que alejarse y no saber más detalles, porque podría morirse allí mismo. ¡Sophie! Ella era Sophie. La Sophie de John. Por supuesto… Encima era viuda…

Emitió un pequeño suspiro que ninguno de los dos notó, se dio la vuelta y decidió ir a ver la pequeña tienda de joyas que estaba alejada de ambos.

Lo dejó conversando. Una mota de polvo sería más notoria para esa pareja que ella. ¡Qué desastre! Y pensar que él había planteado quedarse en la cama todo el día, y que fue ella la que lo animó a salir…

—El diablo es un tipo encantador. Te da un premio y, al minuto siguiente, te lo quita —musitó, mientras pasaba de largo por el tenderete. Mejor dar un paseo y aclarar las ideas.

Por su parte, John respiró aliviado cuando Minerva se apartó de Sophie y de él. No le había quitado el ojo de encima, no se la había presentado porque no quería que la conociese. Una cosa era hablarle de su mayor error y otro muy diferente dejar que interactuase con su antiguo amor. No se fiaba de Sophie. Ladeó el rostro para ver dónde iba ella. Bien, se acercaba hasta el puesto de las joyas. Se giró para mirar a su interlocutora.

—¿A qué viene todo esto, Sophie? —Decidió usar su nombre de pila.

—¡John, hay alguien a quien tienes que conocer! Ven conmigo. —Lo tomó de la manga y lo obligó a moverse con ella.

El marqués de Wild suspiró, cuanto antes terminase con ella, antes podría volver a atender a Minerva. Luego afrontaría las consecuencias por haberla dejado sola.

Lo condujo hasta la vuelta de la esquina. Un pequeño de unos cuatro años estaba, junto a un lacayo, admirando un concurso de canto para niños.

—¿Es tu hijo?

—Sí, John. Mi pequeño Alvin Herst, deseo presentártelo.

Wild se detuvo de inmediato, por lo que Sophie se paró también.

—Dime de una vez a qué viene esta simpatía tuya. Recordaré durante el resto de mi vida el modo en el que nos separamos. No fue en buenos términos, al menos por tu parte.

La escuchó suspirar.

—Siempre me has conocido tan bien… ¿no es cierto, John?

—También usaste reiteradamente mi título cuando me informaste de que estabas casada. Sé bien que algo te traes entre manos. Jamás me habrías llamado por mi nombre de pila ni te habrías mostrado tan amable con el hombre que te dejó en la estacada y te arrebató la felicidad, Sophie —le indicó con seriedad.

—Escuché que estabas en Stratford-upon-Avon, en tu pabellón de caza.

—Nadie sabe que estoy aquí. —La desmintió al punto.

—No lo escuché, es verdad. Llevo aquí varios meses. Cuando éramos amigos hablabas de esa pequeña propiedad que tanto adoras y vine con la esperanza de encontrarte. He estado esperándote pacientemente, John.

—¿Por qué?

—Tengo problemas serios. Necesito tu ayuda.

Él se pasó la mano por el pelo. Un gesto de nerviosismo.

—¿Qué ocurre?

—¿Me creerías si te dijese que pagué muy caro el error de despreciarte como lo hice?

—No —negó con convicción.

—Es cierto que tuve mi pequeño momento de venganza y me sentí henchida de orgullo, pero luego… Lo único que me queda de valor es Alvin y ni tan siquiera es el heredero de Redford. Sabes que él era viudo.

—¿Necesitas dinero?

—Necesito más que eso.

—¿A qué te refieres exactamente?

—El heredero de mi esposo se ha librado de mí. Ha cumplido la voluntad de mi difunto esposo de mantenerme con una suma ridícula con la que no podré atender a mi hijo, y por descontado tampoco a mí. Al parecer Redford estaba arruinado. Hablé con mi padre para ver si él… Pero ya lo conoces, no movió un dedo por mí cuando lo necesité años atrás y no comenzará ahora a prestarme su ayuda. Sugiere que me vuelva a casar.

John dio un paso atrás.

—Debes estar bromeando… No puedes insinuar que…

—Sé que no estás casado. Entonces… ¿por qué no? Me lo debes, John.

—Creo que no recordamos el pasado del mismo modo. Siempre cargaré con la culpa de lo que te hice, pero cuando regresé de América y descubrí mi error me arrastré por el fango. No me importó rebajarme. Te quería y luché por ti. Dejaste muy claro que no eras capaz de perdonarme.

—Viviste un infierno por mí. Juegos, peleas, mujeres… Los rumores me llegaban. Admite que no podrás librarte de mi recuerdo, de mí. Te necesito ahora, John. Estoy dándote la posibilidad de que tengamos una segunda oportunidad. Tú y yo hemos pasado por demasiadas cosas para que te explique con sutilezas lo que ocurre en mi vida. Mi hijo y yo te necesitamos con desesperación.

John sacudió la cabeza repetidas veces.

—¿Sabes cuánto tiempo he soñado con escucharte decir esas palabras exactas? ¿Sabes cuántas veces he esperado obtener tu perdón sincero?

—Lo hago ahora, John. No soy una muchacha vengativa como la última vez que nos

vimos. Soy una madre angustiada que necesita un amigo. A ti —insistió con verdadera sinceridad sobre ese aspecto. Tener un hijo había cambiado toda su percepción del mundo. Sophie haría cualquier cosa por su pequeño—. ¿Puedes dejar atrás el pasado?

—No puedo, Sophie… Si hubieses llegado un mes antes no sé lo que hubiera pasado, pero ahora… —No era libre. Sus afectos estaban comprometidos.

—¿Es por la mujer que iba colgada de tu brazo?

—Sí —dijo al punto.

—¿Le has prometido…?

—Todo, Sophie. —No mentía.

—¿Y qué pasa con las promesas que me hiciste a mí, John? Llegué a tu vida antes que ella.

—Y decidiste que no podía ocupar un lugar junto a ti —le recordó con suavidad.

—¿Es por despecho que nos negarás un final feliz? —Ella estaba desesperada. No había previsto ese giro de los acontecimientos.

El marqués de Wild tomó una gran bocanada de aire y lo expulsó con fuerza.

—No, Sophie. Es porque ha ocurrido lo impensable.

—¿Qué ha pasado que sea tan trascendental? Te he seguido la pista, John. Estoy al tanto del suceso con una dama… Regina, eso era. Y no me importa. Sé también que no has estado interesado en ninguna mujer desde que…

—Estoy enamorado, Sophie. La amo con todas mis fuerzas. Eso es lo que ha ocurrido. Lo impensable. Porque después de ti no creí que volvería a sentirme así. No quiero ser duro contigo, pero sí sincero.

—Esto es una venganza. Es lo mismo que te hice yo a ti —afirmó, sin creer una sola palabra de lo que él decía.

—Te aseguro que es muy real y que sigo manteniendo lo que dije cuando nos despedimos en Northamptonshire. No te guardo rencor y sigo deseándote lo mejor.

—¡Pero tú eres lo mejor para mí, John! —Sophie no tenía otra salida más que la que suponía Wild para sí misma.

—Y ella es lo mejor que me ha pasado en años.

—¡Estás equivocado y te lo demostraré! —exclamó, antes de acercarse a él para besarlo.

John trató de esquivarla, pero ella fue ágil y se enroscó en su nuca para que no pudiese escapar. Sobra decir que causaron un pequeño revuelo, porque varios de los vecinos que estaban disfrutando de la feria los miraron con suspicacia.

John no participó de modo activo en su beso, pero no pudo, no quiso desembarazarse de ella puesto que necesitaba descubrir si había logrado superar lo que significó Sophie. Evidentemente, por la mente de John no pasó el recuerdo de Minerva, dado que toda la situación resultaba surrealista, solo deseaba aclarar las cosas con ella.

La dama terminó el acercamiento y cuando se separó de él lo hizo con una sonrisa triunfal. John la cogió del brazo y se la llevó hasta un lugar más tranquilo e íntimo para seguir con la conversación. Llegaron hasta un punto más acorde para seguir con la charla que mantenían.

—¿Lo ves? Nunca dejarás de amarme. —Él negó con sutilidad con la cabeza en ese punto —. Hemos madurado, John. Yo lo he hecho, en cuanto tuve en mis brazos a mi hijo supe que nunca sería la misma. Podemos dejar el resentimiento a un lado y tratar de comenzar.

—Contéstame a una cosa, Sophie.

—¿A qué?

—En caso de que tu esposo te hubiese dejado en su testamento algo más que la casa de la viuda y una miserable renta anual… ¿hubieses venido a buscarme?

—¿Qué más dará? Lo que preguntas no sucedió, no tiene sentido preocuparse por una circunstancia que no se ha dado.

—Respóndeme con sinceridad, Sophie. Nos hemos ganado el derecho a hablar sin los velos de la mentira —afirmó con convicción.

Ella suspiró una vez más.

—Honestamente, no lo sé, John. ¿Puedo preguntarte yo algo?

—Por supuesto.

—Si te hubiese dicho que sí, que no te he olvidado en todos estos años, ¿habría tenido éxito en mi petición? Porque te lo juro por la vida de mi hijo, no podré olvidarte mientras viva. Traté de odiarte y no tuve nada de éxito. Así que dímelo. ¿Tengo alguna posibilidad?

—Una vez que Minerva entró en mi vida, todo estaba sentenciado.

—Minerva —repitió el nombre de ella. John asintió—. Debe de ser muy especial si ha logrado borrar mi recuerdo de tu mente.

—No ha borrado nada. Siempre estarás en mi corazón, recordaré cuánto te amé y cómo te fallé miserablemente. Esa es la verdad y no puedo ocultarla, pero Minerva… —John sonrió—. No la esperaba. Fue una sorpresa, un torbellino que creí que podría manejar. Desde que la conocí supe que no tenía ninguna posibilidad de dejarla atrás.

—¿De verdad la amas? —preguntó Sophie desesperada.

—Más que a mi vida —reconoció. Y su corazón se sintió tan satisfecho, tan liviano y lleno a la vez, que fue maravilloso compartir ese sentimiento con alguien más. Deseaba gritarle al mundo entero lo que le había sucedido sin buscarlo, sin esperarlo.

—Entonces estoy perdida. —Una lágrima descendió por su mejilla.

—No. —John le tomó una mano y la puso entre las suyas—. Nunca le negaré ayuda a una amiga.

—¿Soy tu amiga? —preguntó con emoción.

—No quiero que te preocupes por el futuro de tu hijo, tampoco por el tuyo. Una vez te fallé, no lo haré dos veces. ¿Dónde estás viviendo, Sophie?

—Aquí. He rentado una casa modesta en el pueblo.

—Bien. Mandaré a mi abogado a visitarte y decidirás lo que quieres hacer. No permitiré que te cases de nuevo si no estás verdaderamente enamorada. No lo harás por necesidad. No, cuando esto depende de mí.

—¡John! —exclamó, mientras se echaba a sus brazos para mostrarle su agradecimiento.

Él la abrazó y la retuvo un poco más junto a él.

—¿El beso que hemos compartido…?

Ella se separó para mirarlo a los ojos. Seguían con las manos el uno sobre el otro.

—¿Qué quieres saber?

—¿Ha significado algo para ti? Sé sincera, no pienso retirar mi ofrecimiento. Te juro por mi honor que ni yo mismo sería capaz de agraviarte si me dijeses algo doloroso.

Ella le sonrió.

—Tú y yo estamos más allá de rencillas, de amores de juventud o venganzas. ¿No es cierto?

—Eso creo.

—No, John. Te he besado y creía que algo despertaría dentro de mí, del mismo modo que esperaba que tú reaccionases. Ha sido como besar a un amigo.

—Sí. Eso es lo que he sentido.

—Es una mujer afortunada. Tu Minerva, digo.

—No, Sophie. Yo soy el hombre afortunado.

—Ve a buscarla y… gracias.

—No las merecen.

John le sonrió y se soltó de ella. Minerva había traído amor y alegría a su vida, también el perdón. Estaba cada día más convencido de que las casualidades no existían. Dios tenía un plan para cada uno. El suyo se llamaba Minerva.

—¡John! —lo llamó Sophie, cuando él inició el camino para ir a buscar a su inminente esposa. Le pediría regresar a Londres para casarse de inmediato. Estaba ansioso por comenzar su nueva vida junto a ella.

—¿Qué necesitas, Sophie? —preguntó, mientras se daba la vuelta para atenderla.

—¿No quieres conocer a mi hijo? Le he hablado mucho de ti a Alvin. Será un minuto —le rogó.

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo. No debería dejar más tiempo sola a Minerva. Se sentía tremendamente culpable por haberlo hecho. Pero Sophie estaba tan orgullosa de su hijo que se apreciaba que deseaba llevar a cabo la presentación y no pudo negarse a su sencilla petición. Tenía mucho por lo que pagar frente a ella. Ese sencillo requerimiento podría atenderlo.

—Solo un minuto.

—¡Claro! —Le sonrió con simpatía.

Ah, Sophie era una buena madre. Al menos ella contaba con el amor inquebrantable de su hijo. John sabía bien lo que era eso, porque adoraba y besaba el suelo que la duquesa de Bridgewater pisaba.

***

Hacía una eternidad que Minerva no corría. Desde los doce años, tal vez un poco menos. La última carrera que recordaba fue una donde ganó a su hermano. En realidad sospechaba que Darius le había permitido ser la ganadora de la competición.

Esa mañana, Minerva volvió a tener que correr con todas sus fuerzas. Al fin había entendido por qué una mujer no debería tener una naturaleza tan curiosa. No estaba bien espiar a las personas, especialmente cuando se corría el riesgo de averiguar una verdad hiriente.

Lo había visto todo. John había besado a otra mujer. Se habían abrazado, compartido miradas tiernas… Por supuesto que sí. Ella, Sophie, era el gran amor de su vida y estaba libre como un pájaro. Era bella, sonreía todo el tiempo y… bueno, él ya le había dicho que nunca sería capaz de olvidarla.

Tras ese beso que supuso algo parecido a una daga hundiéndose en su corazón, los había visto desaparecer hacia un lugar discreto donde hablaron y Dios sabía qué más. Y luego estaba el niño. Un niño del que ella no se atrevería a preguntar la procedencia. Ya había averiguado demasiadas cosas y no necesitaba más.

Minerva no había huido del pueblo a toda prisa porque fuese una mujer humillada y cobarde. Bueno, un poco sí, pero ese no era el fundamento de todo. John era la quintaesencia del honor. Le había dado su palabra y sabía que no la rompería aunque Sophie estuviese libre. Eso significaba que se vería obligado a casarse con ella y los dos serían un matrimonio amargado, donde él siempre recordaría que no pudo estar con la mujer que amaba porque le había dado su palabra.

Si ella hubiese estado en el lugar de él, si Wallensak… No. Minerva no podría pensar de modo romántico en Wallensak nunca más porque John había escalado la cúspide de su corazón y

había dejado allí su impronta. Además, el mejor amigo de su hermano no era un hombre libre. Así que John y ella no estaban en las mismas circunstancias con respecto a lo que a amores de juventud se refería.

El señor Hollister, su padre —que Dios lo tuviese en su gloria—, siempre decía que el amor era sacrificio, que debía ser desinteresado. Amaba con todo su ser a John. Lo había hecho desde el primer instante y se resistió a permitir que ese sentimiento se expandiese, pero cuando el corazón decidía, no había nada que hacer.

El camino de regreso al pabellón de caza lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. Había corrido como el viento. Ese lugar siempre se quedaría en el recuerdo. Entró, y sin quitarse el sombrero que estaba ladeado, ni el chaquetón ni los guantes, comenzó a poner sus pertenencias en las dos bolsas de viaje que había llevado hasta allí.

No tardó demasiado en tenerlo todo en orden. Cuando terminó, se acercó al pequeño escritorio que había en el salón y donde John tenía el papel, la pluma y la tinta, y procedió a escribirle una carta.

¡Señor! No sabía ni cómo empezarla… Suspiró. Era lo que correspondía hacer.

Te libero de nuestro compromiso.
Sé feliz. Lo mereces.
Tuya siempre. Tu amiga, Minerva.

Era más oportuno finalizar la misiva de ese modo. No hacía falta detenerse a ofrecer más explicaciones, él estaría encantado de poder disfrutar de la mujer a la que amaría siempre y así John podría recordarla a ella con cariño, no con ira, no como una frustración que le impidió alcanzar la segunda oportunidad que merecía con Sophie.

Hacían una pareja envidiable. Una dama espléndida que sabría codearse entre las clases altas, porque aunque solo sabía el título de ella —Redford era— y no podía saber si sería vizcondesa o condesa o lo que fuese, era más acertada para ocupar el rango que John tenía.

¿En qué diantres había pensado Minerva? El mundo de John nunca la hubiese aprobado en caso de haberse casado. La hubiesen calificado de arribista y en algún punto habría tenido que abandonar la dirección de la Hollister Sea Corporation. ¿Quién era ella para inmiscuirse entre la realeza? Nadie, porque aunque contaba con amigos en ese estrecho lugar llamado alta sociedad, no sería nunca una de ellos. Si no se nacía en ese ambiente era difícil entrar. John, definitivamente, estaría mucho mejor con Sophie que con ella.

El rango de marqués de él habría sido a la larga un obstáculo insalvable. Se había negado a admitirlo en su fuero interno porque estaba tan enamorada que se convenció de que juntos podrían solucionarlo todo. Minerva debería darle las gracias a Sophie por su aparición. Le había roto el corazón, pero al menos, John y ella no habían hecho nada irreparable como, por ejemplo, casarse.

Las casualidades, como sostenía lord Wild —era mejor empezar a pensar en él de ese modo —, ocurrían con una finalidad.

Dejó la nota sobre la mesa que había en el recibidor y se sintió satisfecha de sí misma. No había derramado ninguna lágrima, pese a que su alma estaba fragmentada en mil y un pedazos y su corazón sangraba sin contención. Era fuerte. Había sobrevivido al desamor de Wallensak y lo lograría también con respecto al marqués de Wild. Rogó a Dios porque así fuese.

Salió de la casa y se dispuso a caminar… ¿Hacia dónde? Por el camino por el que el carruaje llegó. No sabía cómo lo haría para encontrar un medio de transporte y esperaba no tener

que llegar a Londres andando. Tal vez tuvo que haber pensado mejor sus opciones cuando decidió emprender la retirada a toda prisa. Sin embargo, le parecía más acertado evitarse la humillación de que Wild tratase de hacerle comprender que amaba muchísimo a Sophie… O peor aún, que insistiese en que se casasen porque ya había empeñado su palabra de honor.

Una larga caminata sin rumbo establecido era más factible que cualquiera de las dos opciones. Cotswold debería tener varias casas de postas. Contaba con fondos suficientes para atender cualquier eventualidad, así que no estaba desprotegida por completo. Encontraría un coche de pasajeros y seguiría con su vida. Le preguntaría al primer vecino con el que se topase.

Comenzó a caminar con ánimo. No era momento de derrumbarse. Eso llegaría cuando estuviese en su casa, en un lugar seguro. Confiaba en que Diane hubiera trasladado sus cosas a la residencia que tenía en Mayfair, su verdadero hogar. No era que pensase que Wild fuese a ir tras ella, por supuesto que no. ¡Qué tontería! ¿Qué hombre se vería libre del yugo de una mujer como ella y la seguiría…?

Su mente no dejó de pensar en lo que acababa de pasar. Sus manos estaban agarrotadas debido al peso de las maletas, porque aunque no eran voluminosas, hacía tanto tiempo que había emprendido el camino que no podía más.

Oyó un sonido a su espalda. ¡Una carreta! Dios misericordioso, al fin un poco de ayuda. Se colocó en medio del camino y rezó para que fuese gente amigable.

Era un granjero, seguramente en compañía de su esposa.

—Gracias por detenerse —agradeció con humildad Minerva.

—¿Dónde va, señorita? No es seguro que una dama viaje sola —dijo el hombre.

—No lo es. No lo es en absoluto —la condenó la mujer regordeta que iba al lado del conductor.

—Necesito encontrar un carruaje.

—La casa de postas está lejos. Se le haría muy tarde —la avisó el granjero con un acento cerrado campestre.

—¿Pueden dejarme en algún lugar donde pueda alquilar un carruaje? —preguntó desesperada.

—Hay una posada cerca en la que podría rentar un caballo, La sirena y el pirata, incluso podría pasar la noche allí —sugirió el hombre.

—¿Le importaría dejarme en ese lugar, por favor?

—Suba detrás —respondió la mujer con los labios fruncidos. Era evidente que la censuraba por completo.

A Minerva no le importó. Después de lo vivido durante ese día infernal, poco podía quejarse.

—Gracias, muchas gracias —dijo aliviada.

No tardó más que unas horas en llegar a la posada. Una vez allí, hizo lo que le pareció más razonable. Eso no fue rentar un caballo. No. Le mandó una misiva a su hermano para que fuese a buscarla. Pagó más que generosamente al hijo del posadero, quien le hizo el enorme favor de ir a Londres en busca de Darius. Con un poco de suerte, solo estaría allí un par de días. No saldría de la segura y confortable posada hasta que Darius apareciese. Sí, eso haría.

Por suerte, su hermano no tardó en aparecer. Y Minerva, que había sido toda una campeona y no había llorado ni en la soledad de su habitación la noche que pasó sola en La sirena y el pirata, no pudo contener el llanto cuando vio a su hermano frente a ella.

Se abrazó a Darius con todas sus fuerzas y dio gracias al cielo por contar al menos con una persona que en verdad jamás le fallaría.

Entre los brazos reconfortantes de su querido y amoroso hermano, Minerva se permitió desahogarse y mostrar toda la vulnerabilidad que había estado evitando sentir desde que liberó a Wild de su yugo.

Era una mujer desamparada y destrozada. Se refugiaría en Darius. Lloraría la pérdida y encontraría el modo de sobreponerse. No le quedaba otra.

Capítulo 9
Una distracción bienvenida

—Tienes a una gran y fiel aliada en Diane Rider.

—¿Por qué lo dices? —Minerva dejó de mirar por la ventana del carruaje y se centró en su hermano.

Acababan de dejar atrás Stafford. Llevaban un día completo viajando y todavía quedaban un par de jornadas más hasta llegar al puerto de Liverpool.

Desde que Darius la encontró temblorosa y llorosa en la posada La sirena y el pirata… Mal asunto. Su hermana no era de las que pedían ayuda. Había sido indomable desde que comenzó a andar. Estaba muy preocupado por ella.

Los hermanos tenían que presentarse en Liverpool con urgencia. Uno de sus barcos estaba retenido en el puerto y la única capaz de atender la burocracia inglesa era Minerva. Darius estaba acostumbrado a tratar con los americanos, en su tierra natal todo se arreglaba a golpe de pagaré, pero en Inglaterra era diferente. Además de poner dinero sobre la mesa, era necesaria cierta persuasión. Minerva era infalible en ese aspecto. De tal modo que cuando recibió la nota de su hermana para que fuese a buscarla a aquella posada perdida de la mano de Dios, estuvo allí de inmediato, con una bolsa preparada para Minerva a fin de emprender el viaje a Liverpool y arreglar el desastre.

La carga que llevaba el Mary Jane, uno de los barcos que operaba la ruta de la India, había sido detenido en Liverpool, cuando se le esperaba en Londres. Aunque la Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales —un nombre tremendamente largo que se ideó tras la fusión de la Compañía Británica de las Indias Orientales con la Compañía Inglesa de Comercio para las Indias Orientales allá por el 1702— contaba con el total apoyo de la Corona y gozaba de buena parte del control sobre las importaciones del algodón, la seda, el colorante índigo, la sal, el salitre, el té y el opio, Minerva y Darius se las habían ingeniado para plantarles cara. Dado que su sede comercial estaba situada en Boston les fue relativamente fácil colarse también en Londres. Les había costado una fortuna, pero lo habían logrado, y Minerva era formidable a la hora de lidiar con los problemas como el que se les presentaba en Liverpool.

—¿Qué? —Darius estaba perdido en sus pensamientos. Perder la carga del Mary Jane, en caso de que las autoridades portuarias no le permitiesen volver a embarcarse… Un duro golpe a las finanzas.

—Me decías que Diane es una gran y leal servidora mía.

—Sí, cierto. Lo es porque pese a saber que estamos con el agua al cuello en Liverpool no desveló tu paradero. ¿Vas a contarme ya lo que hacías en esa recóndita posada y por qué llorabas? —Su hermano había tratado de ser paciente, cuando eso falló y ella no le contó el problema optó por la persuasión, pasó después a la coacción, pero ni el chantaje había servido de nada. Aunque en honor a la verdad, asegurarle que dejaría de ser su hermano si no confiaba en él y le contaba su problema, no fue su mejor jugada. Sonó demasiado infantil y Minerva sabía que eso nunca ocurriría. Siempre serían los Hollister contra el resto.

—Necesitaba olvidarme de todo, Darius. Me pareció que desaparecer unos días no significaría el fin del mundo. Evidentemente no conté con que el cabeza hueca del capitán Staton se atreviese a usar nuestro barco para llevar a cabo sus propios negocios. ¿A qué botarate se le ocurre embarcar a un tigre de bengala para llevarlo a Liverpool? Te dije que no confiaba en él y

tú no me hiciste caso.

—Un pirata es siempre un pirata. Eso fue lo que dijiste, Mimi. —Era el apelativo cariñoso que usaba Darius para referirse a ella.

—Sí, a lo que tú respondiste que tener trabajando para nosotros a un pirata nos daría más seguridad. Mira la seguridad que nos ha traído. ¿Has averiguado para quién era ese pobre animal enjaulado?

—No. Staton no me lo ha dicho, solo confesó que estaba en un gran problema y que te necesitaba.

—No sé cómo podré sacarlo de esta. Traer a un animal de ese tipo sin la pertinente autorización… Será caro solventar el asunto.

—Debo confesar que logró apañárselas bien para enviarme una carta por mensajero, como hiciste tú. Sé que hay algo que no me estás contando sobre tu problema.

—No, Darius. Solo necesitaba un poco de paz.

—¿En La sirena y el pirata? No pretenderás que crea que has estado allí recluida desde que decidiste desaparecer sin informarme, Mimi. No soy estúpido, no me trates como tal.

—Lo creas o no, he estado a la deriva.

—¿Usas un término marítimo para comparar tu situación?

Minerva agitó los hombros despreocupadamente.

—Me ha parecido adecuado.

—¿Es por la visita de Wallensak?

—¿Por qué tendría que afectarme su llegada, Darius? —preguntó con seriedad.

Su hermano suspiró profundamente.

—Porque aunque tampoco hablaste hace nueve años, sé que algo sucedió con él. En aquel momento yo estaba a otras cosas y decidí no preguntarte. No quiero volver a actuar de ese modo. Sé que sufres y si no me dices el motivo, no puedo arreglarlo.

—Lo que ocurrió con tu mejor amigo fue que él se prometió. No hubo más. ¿Satisfecho?

Ah. Ya no dolía tanto recordar a Lucas Wallensak, él se había lamentado de todo porque estaba prometido con la señorita Tanna Vanderbilt, la joya de la corona de Boston que todo hombre joven y apuesto deseaba incorporar a su patrimonio. El compromiso era algo secreto entre los dos enamorados, por eso Minerva no había estado al corriente.

Lo malo de que la herida de Wallensak hubiese cicatrizado por completo, era que la que se había abierto a causa de lord Wild estaba en carne viva y no parecía dejar de sangrar.

—¿Amas a mi amigo, Mimi? —preguntó con suavidad.

—Lo amé.

—¿En pasado?

—Eso es.

—¿Entonces no te molesta que él esté ya en Londres? —indagó.

Minerva tomó una larga bocanada de aire. ¿Las humillaciones no terminarían nunca? ¡Dios!

—Creí que llegaría en un par de semanas.

—Desembarcó hace unos días. Adelantó su viaje.

—No importa. No creo que llegue a verlo. Sospecho que el asunto de Liverpool me costará más de un mes solucionarlo.

—¿Crees que podrás lograrlo? Y no hablo de evitar a Wallensak, sino de sacarnos del lío en el que el capitán Staton nos ha metido.

—Hasta el momento no he perdido ni una sola de mis batallas al frente de la Hollister Sea

Corporation. No empezaré ahora.

—Así se habla. Ahora que hemos establecido que el asunto de Staton lo tendrás bajo control y que ya no amas a Wallensak… Lo justo sería que me contases lo que te ocurre.

—No sucede nada, Darius. ¿No puede una hermana que ha echado terriblemente de menos a su adorado hermano mostrarle su afecto?

—Estabas llorando. Y ni tan siquiera me diste un abrazo cuando estuve en la India durante cuatro meses renovando los permisos de importación.

—Piensa lo que quieras, te preocuparás por nada. Te digo que estoy bien.

—¿Es por mi imposición de matrimonio, Mimi?

—No me pasa nada, Darius. —No sabía cómo convencerlo para que la dejase en paz.

—Sé que te he presionado con el asunto de la sucesión de nuestra fortuna y de la compañía, pero no he tenido más remedio que hacerlo. Sé cuánto disfrutas de tu estatus, de tu libertad y que casarte…

—Lo creas o no, Diane y yo iniciamos el proceso de búsqueda de un marido adecuado hace poco más de un mes. Confeccionamos una lista y me visitaron tres caballeros. —Evitó decirle que había encontrado y perdido al adecuado casi en el mismo momento.

—¿De verdad? —preguntó con sincera sorpresa el hermano.

—Así es —le confirmó.

Darius le sonrió con afabilidad y le tomó la mano derecha.

—Nunca me decepcionas, Mimi.

—Seguiré buscando porque de los tres que conocí, no me vi casada con ninguno. Deberás tener un poco de paciencia. —Lo cierto era que no sabía cómo podría volver a iniciar la búsqueda. Pero afrontaría ese obstáculo cuando hubiera solucionado el asunto de Liverpool.

—Todo el tiempo que necesites —concedió, con plena satisfacción—. No te pido más. Bueno, sí… una cosa quiero que me jures por nuestra sangre, Mimi.

—Hoy estás especialmente irritante, Darius. ¿Qué es lo que pretendes de mí ahora?

—Soy tu hermano mayor.

—Lo eres.

—Te quiero.

—Yo también. Me has cuidado y protegido bien.

—Y consentido mucho, no olvides eso, hermana.

—De acuerdo. Dispara de una vez —lo animó.

—Pase lo que pase, sabes que siempre puedes contar conmigo. Aunque cometas una temeridad que te haga avergonzarte, o ya sea porque alguien se ha propasado contigo y te ha convencido de que fue por tu culpa…

—Estás siendo muy dramático —lo interrumpió.

—Lo que necesito que entiendas es que no me importa si un día te levantas y asesinas a alguien que lo merece. Seguirás siendo mi hermana siempre y no me avergonzaré de ti.

Minerva levantó una ceja sardónica.

—Lo que te preocupa es que salga de tu vida y tengas que solucionar imposibles como hago yo.

Darius rompió la solemnidad del momento con una carcajada. Era muy diferente al modo en el que lord Wild se reía. Su hermano sonaba más ligero y ese marqués del que se había enamorado lo hacía con más franqueza.

—Eso también, no lo niego. Pero lucharé las guerras que hagan falta por ti. Sé que padre y madre así lo querrían y nunca me rendiré, Mimi.

Su hermano le soltó la mano justo en ese momento.

Odiaba mentirle. Tragó saliva.

—No estoy bien —confesó en un murmullo.

—Lo sé.

—No quiero pensar en el asunto. Por favor, no me pidas detalles.

—Estaré preparado para que me hables de lo que sucedió con él en La sirena y el pirata cuando lo estimes conveniente.

Minerva lo miró con cara de asombro. Su hermano sabía que había un hombre detrás de su desdicha.

—¿Te lo explicó al final Diane? —se le ocurrió preguntar.

—No, tu asistente se dejaría fusilar por El Corso antes de traicionar tu confianza. Aunque conociéndola como lo hago, intuyo que, si no estuviese muerto y se topase con Napoleón, negociaría una salida y saldría indemne de su propia sentencia de muerte.

—Estoy segura de que así lo haría —estuvo de acuerdo.

—Sé que hay un hombre que te ha hecho daño y esperaré pacientemente a que me lo cuentes —insistió—. Nunca te he tratado como a una damisela en apuros. Una mujer capaz de hacer que sus capitanes de barco se cuadren ante ella merece respeto, Mimi. No te negaré lo que te has ganado a pulso.

—Gracias, Darius, pero nunca volveré a pensar en él. Jamás hablaré de él.

Su hermano le soltó la mano en ese momento. Nadie ganaba a tozuda a Minerva. El señor Darius Hollister estaba seguro de que su hermana cumpliría lo que había sonado como una promesa.

Supuso que sería mejor de ese modo, porque de otra forma tendría que matar a quien había hecho llorar a Minerva.

Y lo haría con sus propias manos, sin armas, sin intermediarios. Él mismo. Eso hacían los verdaderos hombres bostonianos.

Capítulo 10

Una búsqueda desquiciante

John había peinado la feria a conciencia. Había rebuscado en cada recoveco con el fin de encontrarla. Cuando fue evidente que la búsqueda resultaba infructuosa decidió regresar al pabellón de caza.

Como era de esperar, se sentía miserable por haberla dejado a un lado cuando Sophie llegó intempestivamente. El destino era un mal curioso. De todos los momentos que había tenido *lady* Redford para inmiscuirse en sus asuntos, había elegido el peor.

Sophie constituía su pasado. Uno muy doloroso que Minerva, con su magia, había logrado que él superase sin tan siquiera haberlo esperado. No quería que su pasado mancillase su presente, su futuro. Dejó sola a Minerva. Un error que sería compensado con creces en cuanto la encontrase y le explicase la naturaleza de la charla llevada a cabo con Sophie.

Cuando llegó al pabellón de caza… ¡No estaba! El terror lo estaba embargando. Fue a toda prisa hasta la habitación que le había cedido. Sus cosas tampoco figuraban allí. Se volvió loco. ¿Por qué?

Comenzó a temer por su seguridad. Salió corriendo para buscarla por los alrededores, no podía estar lejos. Cuando pasó por el recibidor, una nota pulcramente doblada llamó su atención. Sus manos temblaron mientras trataban de alcanzarla. Tenía un mal presentimiento.

La leyó. Dos escuetas frases que hicieron que su corazón se estremeciese y su ira empezase a fluir como un torrente incontrolable.

Minerva Hollister lo había abandonado porque había sacado sus propias conclusiones, erróneas, del encuentro producido con Sophie.

—Mujer tonta… —musitó.

El enfado de John iba en aumento. ¿Tan fácil era él de olvidar? ¿De dejar atrás? ¿Las palabras de afecto y las promesas que se habían hecho no significaban nada? ¿Tan poco honorable lo consideraba? ¿O acaso sería una excusa para librarse de él porque se había arrepentido de lo que tenían?

Repasó una vez más las letras escritas. Le pedía que fuese feliz… ¿Se lo recomendaba y luego le arrancaba el corazón para masticarlo y escupirlo?

Gruñó. Minerva no había valorado lo que habían compartido. ¡Por amor de Dios!, habían hecho el amor hasta caer rendidos, una y otra vez, le había jurado… ¡todo! ¿Y ella corría al primer contratiempo? La ofensa de John no decaía. Cuanto más lo pensaba, más rabia sentía.

No había luchado por él. No le había permitido darle una explicación. Ella solo había recogido sus cosas para esfumarse.

—Oh, encanto, no sabes lo que has hecho. Cuando te encuentre… —se dijo en alto a sí mismo.

Si Minerva creía que las cosas iban a quedarse así, que él cruzaría los brazos y esperaría… Esa testaruda y cobarde mujer iba a aprender un par de cosas sobre él. Y si encima algo malo le había ocurrido por haberse marchado sola… ¡La mataría! Sí, por fin el magistrado Bourne tendría a un asesino en sus manos, porque John le retorcería el pescuezo. ¡Mujeres!

John cruzó el umbral de la puerta principal dispuesto a echar una ojeada por los alrededores, no le llevaría tanta ventaja. Iría a pie. Ooooh, cuando la encontrase…

Pasadas unas horas, la ira comenzó a transformarse en seria ansiedad cuando no logró dar con Minerva. No podía imaginarse que algo malo le hubiese sucedido. ¿Cómo se le había

ocurrido huir de su lado sin pensar en su propia seguridad? ¡Dios! Estaba muerto de preocupación. ¡No podía perderla!

Si John había tenido alguna duda sobre la idoneidad o sus sentimientos sobre Minerva, la inquietud y rabia que sentía por el abandono dejaban patentes que ella se había colado en cada fibra de su ser. Estaba tan impregnado de Minerva Hollister que dolía.

Aquella misma tarde preparó su baúl, llamó al cochero y al lacayo, que se alojaban en la posada del pueblo, y emprendió el regreso a Londres.

La primera parada que hizo fue el lugar donde la encontró por primera vez. Por descontado aquella casa estaba inhabitada. Ya lo había supuesto, pero no perdía nada por probar.

El siguiente lugar que debía visitar estaba más claro que el agua. Llegó allí y no se detuvo ni a esperar a que el mayordomo lo anunciase. Entró en tromba y con enfado.

Se cruzó en la entrada de aquella casa con una figura masculina.

—¿Dón-de es-tá? —La pregunta pareció que tuviese veinte sílabas.

El hombre que John tenía frente a él, sonrió de lado.

—¿Ya te has enterado? —preguntó divertido.

—Ha sido fácil encajar las piezas. Solo ella sería capaz de maquinar algo así.

Desde que Minerva le dijo que seguramente su ayudante le había tendido una trampa, John tuvo la certeza de que no era así del todo. Hizo la conexión en cuanto ella le desveló a qué se dedicaba su empresa. Demasiada casualidad… Tenía una clara sospecha de quién estaba tras todo ese asunto del encuentro misterioso que tuvo con la mujer que había huido de él.

—Por eso me casé con ella. Tu hermana es infalible.

Devlin Hill se acercó a John y le palmeó la espalda con fraternidad. Los dos hombres se conocían desde antes de que Hill decidiese casarse con Faith. Se trataba de un armador americano que conoció en los Estados Unidos de América en su juventud. Habían sido excelentes amigos desde el principio y cuando los negocios del señor Hill lo hicieron viajar hasta Londres, lo cobijó en casa del duque de Bridgewater. John no estuvo atento, porque la relación que Hill desarrolló con su hermana… estaba seguro de que se había forjado delante de sus narices y él no fue capaz de verlo. Afortunadamente, Faith y Devlin tenían un matrimonio idílico.

—¿Estás metido en el asunto, Devlin? —inquirió con suspicacia.

—¡Dios me libre! Le dije a Faith que no quería saber nada de sus planes como casamentera. Me limitaba a escuchar sus maquinaciones con atención. ¿Cuándo te diste cuenta? —preguntó con humor.

—Ella dirige una empresa de comercio marítimo. La relación estaba clara. Aunque debo confesar que no me di cuenta de que mi hermana se había entrometido en mi vida, sin mi consentimiento, hasta hace relativamente poco. —Fue en el pabellón de caza, no antes.

—¿Me creerías si te dijese que la idea de emparejarte no fue de Faith?

—Ha tenido que confabular con alguien más. Calculo que con la ayudante de Minerva.

—¿Minerva? —preguntó con suspicacia, al ver que John usaba el nombre de pila de la señorita Hollister con total familiaridad.

—Sí. Minerva. ¿Algún problema con el modo en el que me refiero a ella? —lo desafió John.

Devlin sonrió. Estaba claro que Faith había acertado y que Wild estaba atrapado en las garras de una mujer. Interesante.

—Te veo irascible. Supongo que has tenido alguna desavenencia con la señorita Hollister. No sé si decirte que fue tu padre quien le ordenó a tu hermana que te pusiera en contacto directo

con ella, porque podrías arrancarme la cabeza.

—¿Qué? —La boca de John estaba abierta por completo.

—Lo que has oído.

—¿Bridgewater? —graznó.

—Así es. Él señaló a la mujer y tu hermana hizo el resto, con la ayuda de la señorita Diane Rider, la secretaria personal de Minerva Hollister. Hay algo interesante sobre una nota anónima que te hicieron llegar. La audacia de mi esposa nunca deja de asombrarme… —No mentía. Cuando Faith le contó el proceso, cómo se había aliado con la señorita Rider, para después sobornar al mayordomo de su hermano para que dejase la nota en el lugar indicado el día correcto… Faith podría gobernar el mundo si se lo propusiera.

—¿Mi padre? —volvió a preguntar incrédulo. Devlin asintió—. ¿Cómo…?

—La señorita Hollister necesitaba mi ayuda para una cuestión importante, se trataba de conseguir contactos en el Parlamento por un asunto extenso que no viene al caso. Lo hablé con Faith y tu hermana organizó una pequeña cena en casa. Tu padre la conoció y decretó que una mujer americana de fuerte carácter era lo que necesitabas para sentar la cabeza de una vez y ponerte a engendrar al heredero y al repuesto.

John cabeceó un par de veces.

—Suena como algo que diría mi padre, pero ¿de verdad aprueba a Minerva? —Estaba seguro de que cuando se la presentase el duque le sacaría mil y un defectos. No porque Minerva los tuviese, sino porque Bridgewater no veía nunca nada bien en lo que su hijo hacía.

Devlin se cuadró tras escuchar las palabras de su amigo.

—La conozco bien, a ella y a su hermano. Si hay algo malo que vayas a decir, te aconsejo que te lo guardes.

John suspiró.

—No, no se trata de eso, bueno un poco sí —dado que ella lo había dejado plantado—, pero es que no imagino a Bridgewater señalando a una mujer como ella. No te equivoques, es maravillosa, pero creí que mi padre desearía que me uniese a una muchacha recién salida del cascarón y que estuviese emparentada con otro duque, o con el mismísimo rey de Inglaterra.

—¿Qué puedo decir? He logrado que Bridgewater considere que los americanos somos una estirpe superior.

El marqués de Wild gruñó.

—Ni tú te crees eso que acabas de decir.

—Está bien, está bien… —Devlin levantó los brazos en alto en señal de rendición—. Si te soy sincero, Faith se las arregló para que tu padre llegase a la conclusión de que la señorita Hollister te convenía. Una mujer a la que no pudieses intimidar, no una muchacha que no se atreviese a desafiarte. Le susurró algunas cosas tan ingeniosas, que incluso el duque pasó por alto que tu dama no fuese una jovencita en su punto más fértil. Ya sabes… por todo eso de tener niños. Creo que cuando Bridgewater planteó la cuestión de su edad, tu hermana dijo que, siendo él tu padre, seguro que llegaría una legión de pequeños. Faith asegura que el duque se sonrojó pero que se mostró muy satisfecho con la observación de su hija.

—¡Eso sí es más plausible! El duque se dejaría clavar una lanza en el costado derecho por mi hermana mientras le sonríe a Faith. Pasaría cualquier asunto por alto siempre que ella fuese la que lo dijera.

—De acuerdo, ahora que te he desvelado la confabulación, ¿te importaría decirme por qué has entrado en mi casa como si Faith hubiese conjurado al diablo, cuando es evidente que las cosas con Minerva Hollister han ido bien?

—En realidad… —No se atrevió a continuar con la frase. ¿Qué decirle al esposo de Faith?, ¿que Minerva lo había abandonado?

—¡Por el amor de Dios, Wild! No te atrevas a decirme que la has fastidiado…

John se irritó.

—¿Por qué presupones que tengo yo la culpa? —Devlin levantó una ceja sardónica ante la pregunta.

Juzgado y condenado. John gimió.

Devlin Hill estaba al corriente de todo aquel desastre de Sophie. Incluso amenazó a Wild con estrangularlo la vez que Faith tuvo que ir a un club de dudosa reputación para que no acabasen matándolo en una estúpida pelea en la que participó, si aquello se repetía… Fue curioso que precisamente el hermano de Minerva Hollister lo hubiese socorrido en aquel instante, pensó Devlin. ¿Sabría John que fue Darius Hollister el que ayudó años atrás a llevarlo sano y salvo a casa aquella noche donde bien podría haber muerto?

—¿No la tienes? —preguntó con bufonería.

—No. —Tuvo que haber emitido la negativa con mayor convicción.

—¿Seguro? —No se creía nada. Su esposa era muy temperamental, su hermano no se quedaba atrás. Devlin conocía bien a su amigo.

—No del todo… —admitió a regañadientes. Si él no la hubiese dejado a su suerte en la feria, ella no se habría ido de su lado y podría haber escuchado todo lo que John le dijo a Sophie. Solo admitiría que se equivocó en ese punto. Nada más. Bueno, y lo del beso… y también debería lamentar que cuando estuvo con Sophie no pensó ni un momento en que dejó a Minerva sola mientras él ajustaba cuentas con su pasado. ¡Cielos, tal vez sí estuviese en serios problemas!

—¿Qué has hecho, Wild? No, no me contestes todavía. Llevamos demasiado tiempo aquí parados, en medio del recibidor. Acompáñame al despacho, pues sospecho que la historia necesitará un par de copas.

John asintió ante la propuesta.

En ese momento en el que se encaminaron hacia el despacho, la puerta principal se abrió.

Su hermana apareció ante ellos.

—¡John! —exclamó complacida por verlo, al tiempo que se desembarazaba de la capa, el sombrero y los guantes. El lacayo, que había estado oculto en la otra punta del recibidor mientras el marqués y el señor Hill compartían confidencias, corrió como el viento a auxiliar a su patrona.

—Tu hermano la ha fastidiado con la señorita Minerva Hollister —dijo Devlin, mientras veía a su flamante esposa dirigirse hacia Wild con una preciosa sonrisa.

—¿Ya me has traicionado, esposo? —se quejó Faith. Era evidente que se había chivado de todo.

—Venía ya con la seguridad de que habías sido una partícipe activa en el asunto. Solo me he limitado a ilustrarlo con respecto a las cuestiones superfluas, como la aprobación que lograste de Bridgewater para la dama en cuestión. Lo que importa es que tu hermano lo ha fastidiado todo —repitió.

—No lo he fastidiado… —se vio en la obligación de explicar John. Comenzaba a odiar esa palabra que Devlin no paraba de utilizar tan alegremente—. Lo que sucede es que no sé dónde está.

Su hermana cambió la sonrisa por un gesto de asombro que se reflejó en su rostro con una boca abierta de par en par.

—¿La has perdido? —No se lo podía creer.

John sonrió de lado.

—Es mía, Faith. ¿Crees que tiene opciones de escapar de mí?

—Fanfarrón arrogante —dijo con reprobación—. ¡Es una mujer, no una casa que acabas de comprar! —le regañó.

—Sí, bueno. Es mía. Así que dime dónde la puedo encontrar para explicarle lo sucedido, porque creo que no ha entendido la situación y es conveniente que le aclare un par de cosas para que no pueda volver a malinterpretar nada.

—Ay, John… —dijo con exasperación Faith—. ¿Sabes lo que me costó convencer a su secretaria personal para que me ayudase a que os conocieseis? Le tuve que contar todo lo que sabía de ti, incluida la sospecha de asesinato que recae en tus amigos y en ti. Diane no estaba segura de nada. ¡Te puso investigadores para certificar que eres un hombre adecuado! Esa mujer es como una mamá osa con su amiga.

—No veo tanta complicación, hermana. Si no quieres decirme dónde está, lo averiguaré por mis propios medios. No he hecho nada malo, es ella la que a la menor oportunidad me ha dejado atrás.

Faith se acercó y le colocó la mano en el hombro.

—No se trata de que te ayude o no. Deja que vea si puedo ver a Minerva y averiguar…

—Faith, no intervengas más. Esto es cosa mía —le habló con rotundidad—. No dudo de tu buena intención, pero…

Su hermana puso los brazos en jarras.

—Después de lo que he hecho por ti, ¿te atreves a considerar que lo estropearé todavía más de lo que lo hayas hecho tú? Haz el favor de contarme lo que ha ocurrido.

John frunció los labios. Miró a su amigo en busca de apoyo. Devlin le sonrió y negó con sutilidad con la cabeza. No iba a prestarle ayuda para enfrentarse a Faith.

—Necesitaré una copa —claudicó finalmente Wild.

Los tres se acomodaron en el despacho del señor Hill y John les relató lo sucedido. Se ahorró los detalles íntimos, solo comentó que estuvieron solos en el pabellón de caza y que en el pueblo se topó con Sophie. Por descontado su hermana no estuvo de acuerdo con el modo en el que John procedió cuando se encontró con *lady* Redford.

Estaba en problemas, él lo sabía. Lo desesperado de la situación era que Diane Rider no colaboró cuando Faith acudió a ella para pedirle que le dijese dónde estaba Minerva Hollister, dado que no había vuelto a Londres, tal y como John supuso que haría. En opinión de la señorita Rider ya había hecho más que suficiente para ayudar. Sostuvo que si Minerva se había molestado con él, de John y solo de él dependía arreglar las cosas.

Y eso hubiese hecho el marqués de Wild a la primera ocasión, el problema residía en que no podía hablar con Minerva.

La señorita Hollister había desaparecido de la faz de la Tierra, y cada día que pasaba se sentía más temeroso y furioso. Las dos cosas en igual medida.

¿¡Dónde se había escondido Minerva!?

***

Era lunes. John entró en Eden Hall, la casa de Londres del conde de Watford, esperando que sus amigos estuviesen allí disputando una partida de cartas o bebiendo una copa de *whisky*. Tanto le daba. Antes de que Watford se casase con Céline, Eden Hall había resultado ser una especie de puesto de mando para los cuatro. Allí, apostando secretos mientras jugaban a las cartas, en aquel momento donde la sociedad al completo los señalaba como los asesinos de Regina —aunque no

hubiese pruebas de ello— se habían apoyado los unos en los otros. La mancha de su reputación los unió y pronto descubrieron que los cuatro, además de estar marcados por la muerte de *lady* Regina, tenían en común que les habían roto el corazón en algún punto. Watford tuvo un feo asunto con su primera esposa, quien resultó ser la amante de su propio hermano, un incesto que al conde le costó muchísimo. Mackay fue a parar a los brazos de una amante despiadada que le hizo excesivo daño a su actual esposa. Luego estaba Warwick, quien sufrió el rechazo de su prometida y terminó con el compromiso roto.

En aquellos años no tan lejanos, Wild se había alegrado de no estar en situaciones tan peliagudas como las de sus tres amigos, pero lo que le estaba pasando en la actualidad era como vivir en el infierno más absoluto.

Habían pasado más de dos meses desde que Minerva lo dejó solo en el pabellón de caza. Meses terribles de búsqueda infructuosa. Nadie le ofrecía una pista sobre el paradero de la señorita Hollister. Había tratado de localizarla por sus propios medios y no tuvo suerte. Era momento de explicarles su miseria a los tres caballeros malditos. Había postergado demasiado la confesión de que había encontrado al fin a su marquesa y que la había perdido. Los había estado evitando en los últimos meses porque esperaba haber podido presentarse frente a ellos con Minerva colgada de su brazo.

Ni tan siquiera se centró en investigar alguna pista sobre el asesinato, como estarían haciendo los otros tres. Su mente solo estaba en un lugar: Minerva.

—Caballeros. —Entró en la sala donde estaban los malditos jugando a las cartas.

—¡Ah, el hijo pródigo regresa a casa! —observó Mackay tras ofrecer una risotada muy típica escocesa.

—¿Te sirvo una copa? —obsequió Watford. Wild asintió. Y su amigo se levantó de la silla dispuesto a hacer lo que había sugerido.

John se sentó en la mesa donde estaba el resto.

—Te has tomado tu tiempo… —comenzó a decir Warwick.

—Supongo que les habrás dicho que hay una mujer en mi vida —tanteó John a su amigo Warwick.

—Si te refieres a que desapareciste en Vauxhall con una increíble belleza vestida de seda roja, no. No lo había mencionado hasta este momento.

Wild rodó los ojos al ver la sonrisa de su amigo.

—Tampoco hacía falta que Warwick nos diese detalles, sabíamos que había alguien —tomó la palabra Watford, mientras le tendía el vaso de licor.

John lo cogió y el conde regresó al lugar donde había estado sentado previamente. Los cuatro se quedaron unos frente a los otros alrededor de la mesa. Las cartas quedaron olvidadas.

—Tu misteriosa aparición cuando se nos rompió una rueda… ¿Cómo lo llamó, Watford? —le preguntó Mackay mirando a Gideon.

—Investigar. Eso fue. Dijo que estaba investigando —respondió el conde escocés.

—¿Qué ha ocurrido durante estos meses? Te hemos echado de menos, pero intuíamos que algo… desafortunado pudo haber pasado —comentó Warwick.

Wild suspiró.

—Llevo meses buscándola sin parar. Se llama Minerva Hollister, al parecer mi hermana, junto con unos cuantos cómplices más, la puso en mi camino. Le propuse matrimonio, ella había aceptado… —Se detuvo. No sabía cómo explicar el resto.

—¿Qué más? —lo azuzó el escocés. Se notaba que al bruto de Mackay no le gustaba irse por las ramas.

—Tuve un encuentro con alguien que significó mucho en mi pasado y…

—La fastidiaste —dijo Watford sin medias tintas.

Wild gruñó. ¡Cómo odiaba esa dichosa palabra! La propia palabra sí que era un fastidio.

—No fue tan grave como creo que ella debe de pensar, pero la cuestión es que se marchó sin que yo pudiese detenerla y no he logrado dar con su paradero. Después de más de dos meses temo lo peor. Es bostoniana y si ella ha regresado allí… Tendré que perseguirla.

—¿No ha huido por el asunto del crimen? —preguntó con suavidad Watford.

—No. Ella estuvo con tu esposa —dijo mientras miraba a Mackay— cuando al parecer Lily Ann registraba las cosas del señor Hanks.

—¿Es amiga de mi condesa? —preguntó con interés el escocés.

—Conocida, creo. ¿Podrías preguntarle si…?

—Por supuesto, nada más la vea —respondió sin que hiciese falta que Wild terminase la petición.

—Gracias.

—¿Qué hacemos los demás para ayudarte? —indagó Watford.

—Ella dirige, junto con su hermano Darius, la Hollister Sea Corporation. No estaría de más si preguntáis con discreción sobre su paradero. He agotado todas las vías y…

—Estás enamorado —sentenció Warwick.

—Completamente —dijo sin avergonzarse John. Estaba frente a dos hombres que caminarían sobre el fuego en caso de que sus esposas lo solicitasen. Así que no tenía caso negar la verdad.

—Es un mal curioso ese de enamorarse —tomó la palabra Warwick de nuevo—, supongo que debería estar agradecido de seguir de una sola pieza.

—Yo no hablaría muy alto, Warwick —le recomendó entre risas el escocés.

—En fin… Ahora que Wild se ha unido a nosotros, creo que es el momento de hacer algo con respecto al crimen de *lady* Regina —opinó Warwick—. Mientras nuestro querido amigo corría tras las faldas de su enamorada, yo mantuve una conversación interesante con la que debe de ser amiga de la señorita Hollister.

—¿Con quién? —preguntó John con el ceño fruncido.

—Diane, ella estaba allí en Vauxhall, ¿recuerdas?

—Sí, sí. ¿Te dijo algo importante su ayudante?

Wild y Warwick charlaban mientras el resto los escuchaba con atención.

—Bueno, además de saber que ella estaba al tanto de tu identidad y de la mía…

—¿Y no me lo dijiste? —lo acusó John con enfado.

—¿Para qué? Tú parecías complacido mientras te metías con alegría en la boca del lobo. ¿Hubiese cambiado algo si te hubiera dicho que me pareció que te estaban tendiendo una trampa esas dos mujeres?

—No —negó con los dientes apretados.

—Como decía, mientras hablaba con esa mujer, Diane, me dijo algo de *lady* Regina muy interesante.

—Sobre sus gustos íntimos —intervino Watford—. Eso ya nos lo has contado, Warwick.

—Cierto, pero lo que no había podido decir, amigos míos, porque para esa parte necesitábamos que Wild nos pusiese en contacto con la denominada Diane, pues yo no tenía ni idea de quién era, es que la víctima era miembro de un club muy secreto y exclusivo donde acuden solo mujeres.

—¿Qué clase de club es ese? —se interesó con picardía el escocés, mientras una sospecha

se abría paso en su interior.

—No lo tengo demasiado claro —aseveró Warwick—, pero intuyo que debe de ser algo perverso y por lo tanto muy divertido.

—¡Habrá que ir! —dijo animadamente el escocés.

—Opino que sí, pero para eso Diane nos tendrá que echar una mano —volvió a hablar Warwick—, y dado que Wild la ha fastidiado con…

—Eres absurdo, Warwick —lo interrumpió con un gruñido John.

—… la señorita Hollister, tendremos que ayudarlo a dar con la dama para proseguir con la investigación. De otro modo, dudo mucho que la otra mujer nos eche una mano. Hay que ver qué sucede en ese club y quién forma parte de él. Tal vez haya algo allí, porque no sé a vosotros, pero una amante femenina despechada porque Regina iba a casarse con Hanks… Hay que investigarlo sí o sí.

—Estoy seguro de que nuestras esposas podrán localizarla en un pestañeo —aseguró Watford con orgullo—. No hay nada que Céline y Lily Ann hagan mal, y si les indicamos que Wild está desconsolado, alicaído y muerto de amor…

El escocés se carcajeó cuando escuchó al marqués de Wild volver a gruñir.

—¿Habéis acabado ya de reíros de mi desgracia? —preguntó con irritación.

—Hay más… —dijo Warwick.

—Como sea algo para ridiculizarme, te doy un puñetazo —lo amenazó.

Warwick no le hizo el menor caso.

—Te dispenso por tu amenaza, Wild, porque eres un hombre triste que llora la pérdida de…

—¡Waaarwick! —lo avisó mientras le mostraba un puño en alto.

El escocés y Watford se rieron por la escena.

—Dale un respiro —intervino Mackay—. ¿Qué más hay, Warwick?

—¿Vamos a ir al club ese de mujeres del que Diane me habló? —preguntó el interpelado.

—Por supuesto, hay que limpiar nuestros nombres cueste lo que cueste —aseveró Watford —. Si es una pista debemos seguirla.

—Eso pensaba yo. Entonces tendremos que buscar a una modista de confianza —sugirió Warwick.

—¿Una qué? —El escocés se puso serio.

—Cuatro vestidos, cuatro pelucas… —continuó con las conjeturas Warwick.

—¿De qué diantres estás hablando? —Watford no lo seguía.

—Es un club de mujeres solo para mujeres —aclaró Wild, quien se había dado cuenta de lo que su amigo estaba proponiendo.

—¡Tienes que estar bromeando! —saltó Watford—. No me importa vestirme de mujer en favor de la investigación, Dios sabe que no tendré paz, y que Céline no dejará de verse en una posición un poco comprometida por la muerte de Regina, hasta que lleguemos al fondo de la situación, pero ¿cómo diablos voy a disimular mi voz? Ni afinándola al máximo podría pasar por una fémina. —Watford se había dado cuenta de esa contrariedad.

—Tu voz no me preocupa demasiado, puedes ser muda —consideró Warwick—. Lo que es un problema será hacer que el mastodonte escocés se asemeje a una dama. ¿Has visto su tamaño?

—Seré la más bonita de los cuatro. Una impresionante mujer germana. ¡O mejor una magnífica rusa! Definitivamente una nórdica. Sí, una vikinga. Ellas son de tamaño grande. ¿Qué os apostáis a que causo más sensación que vosotros? —los retó Mackay.

—¡Ese es el espíritu! —lo animó Warwick.

—¿Y tú qué dices, Wild? —se interesó Watford al ver a John tan callado.

—Me pondré unos tacones e incluso carmín rojo si hace falta, pero solo cuando encontremos a Minerva. —No le importaba otra cosa más que ella.

—Perfecto. Decidido, iremos. Y… ¿qué hacemos con vuestras dos esposas? —quiso saber Warwick, quien intercambió una mirada cómplice con Wild.

Tanto Céline como Lily Ann acabarían enterándose del asunto, porque sus esposos no sabían guardar un secreto. En realidad, Warwick y Wild estaban seguros de que no había secretos en sendos matrimonios.

—Querrán venir también —dijo Watford convencido de que así sería.

—¿Mackay? —le preguntó Wild.

—Lily Ann insistirá en acompañarme. No podré dejarla atrás, se dará cuenta de que seré la más vistosa y tendrá miedo de que me rapten. —El escocés soltó una larga carcajada.

Lo peor de todo era que los tres estaban convencidos de que hablaba en serio.

—Bien, Minerva también nos acompañará —alegó con seguridad el marqués de Wild. John vio que sus amigos se miraron los unos a los otros—. ¿No creéis que pueda arreglar el problema con ella? —preguntó con irritación.

—¡Claro que sí! —terció el escocés—. En realidad he aprendido que mantener contenta a una esposa es sencillo. Ámala, bésala, dile a todas horas que la adoras, y cuando ella se enfade, tengas tú razón o no, asume la culpa y arrodíllate si se pone gruñona.

—¿Y qué haces si solo se queda callada y no te ofrece explicación alguna, pero tú sabes que está furiosa? —se interesó Wild. Le convenía tener varias directrices.

—Ahí hay dos opciones —intervino Watford.

—¿Dos? —inquirió Warwick.

—Eso es. La primera es huir sin mirar atrás. ¿Coincides, Mackay? —preguntó Watford.

—No es mi estilo correr, pero creo que es lo que haría si Lily Ann hiciese justo eso. Sí. Mi condesa es una santa, pero cuando se disgusta… ¡Mejor huir! —exclamó divertido. Le gustaba la fuerza de *lady* Mackay.

—¿Y la segunda? —solicitó Wild igualmente divertido.

Seguro que ellos estaban bromeando con el fin de asustarlo. Habría en Londres pocos hombres más enamorados que el escocés y lord Watford. John también se incluía en ese pequeño grupo afortunado y esperaba que Warwick no tardase demasiado en seguir los pasos de los tres.

—¡Échate al suelo y finge estar muerto! —razonó el conde de Watford.

Los cuatro comenzaron a carcajearse de pronto. Cuando el ambiente comenzó a relajarse, Wild se dio cuenta de que le gustaría estar casado con Minerva. Nada de huir o de hacerse el muerto, la sometería en la cama. Y disfrutaría de su rendición.

Los cuatro terminaron la noche con un par de partidas de cartas. John comprendió que había echado de menos a sus tres amigos. Con la ayuda de ellos, y de sus esposas, pronto daría con Minerva.

Sería optimista hasta el final.

Capítulo 11
Una sorpresa desagradable

—Te está buscando. —La voz de Diane le hizo ladear la cabeza para ver a su amiga.

La fresca brisa del mar azotaba el rostro de Minerva. Las dos mujeres estaban a bordo del Mary Jane, en la cubierta lateral del barco de mercancías. Darius hacía semanas que había regresado a Londres para ocuparse de otros asuntos importantes.

—No quiero hablar de él. —Las dos sabían a quién se estaban refiriendo. No era necesario pronunciar ni su nombre ni su título.

Fue la décima vez que Diane trataba de hablar con su amiga sobre el marqués de Wild. Y también fue la décima ocasión en la que Minerva se oponía a su sola mención.

Hacía dos semanas que Diane había llegado a Liverpool para servirle de apoyo. Minerva llevaba más de ocho semanas arreglando el desaguisado que el capitán del bergantín había causado al transportar de contrabando aquel tigre de bengala.

La señorita Hollister se había presentado ante la autoridad portuaria acompañada por su hermano, dado que la presencia de un hombre siempre imponía más, y en Liverpool ella tenía pocos contactos. Darius llevó la introducción, pero fue Minerva la que propuso las soluciones, que por descontado pasaron por pagar una gran penalización y un soborno todavía más elevado. El tigre de bengala se decidió que sería donado a la Casa de las Fieras de la Torre de Londres —lugar en el que se exhibían animales exóticos—, para que se aumentase así la colección, una donación de buena fe por parte de los hermanos Hollister, aunque el capitán Staton se opuso con todas sus fuerzas.

El coste de transportar parte de la carga del barco por tierra hasta Londres también fue excesivo, dado que había algunas entregas que se tenían que atender en fechas exactas y la autoridad de Liverpool no era partidaria de desbloquear el amarre del Mary Jane.

—¿Y de Wallensak? —terció Diane.

—¿Qué pasa con él?

—¿No te lo imaginas?

—¿Por qué tienes que sacar a colación mis problemas cuando te he pedido reiteradamente que olvides los dos asuntos?

Minerva había considerado que si enterraba en la memoria a lord Wild, no podría hacerle daño su recuerdo. De tal modo que no se permitía pensar en John, y le había exigido a Diane que no le contase nada sobre él, puesto que después de que su ayudante confesase que urdió un plan para emparejarlos, Minerva ya no quiso saber nada más.

No fue un descubrimiento grandioso saber que Wild era el hermano de la esposa de Devlin Hill. La vez que él le desveló su título, ella no lo había situado. La mente de Minerva tenía la capacidad de retener información valiosa para la Hollister Sea Corporation, pero no así la referente a personas que no tenían tanto que ver con su negocio. No obstante, no tardó en comprender la conexión que Wild tenía con la señora Hill y con los duques de Bridgewater.

Lo que había sucedido era lo mejor para ambos. Minerva no se habría amoldado a la sociedad encorsetada en la que Wild se manejaba y habría avergonzado a toda la familia por no ser lo que se esperaba de una marquesa. En realidad todo lo sucedido con su amante había sido una auténtica locura que no les llevaría a nada a ninguno de los dos. Pese a que Minerva tenía una excelente educación y conocía a la perfección las reglas, solía saltárselas muy a menudo. Lo

había hecho mil veces para sacar de apuros a la compañía, como cuando, por ejemplo, un capitán avaricioso como Staton actuaba por su cuenta.

—Hablo de Wallensak porque él estará en Londres cuando regreses.

—¿No se ha marchado todavía? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—¿Tú qué crees? —ironizó Diane.

—Lo haces sonar como si el mejor amigo de mi hermano estuviese esperando para verme. Te garantizo que eso no es así. —Estaba segurísima de eso.

—He hecho mis averiguaciones sobre tu antiguo… ¿Cómo debería definirlo, Minerva? —inquirió con suavidad.

—Como el señor Wallensak —alegó con indiferencia.

—Parece que va a establecerse por un tiempo en Londres.

Minerva gimió. ¡Lo que le faltaba!

—Supongo que no debería de ser un problema para mí. Actuaré con naturalidad. No hay nada que nos una. Hace nueve años de aquello, así que…

—No ha venido con su esposa.

Minerva se ladeó para mirarla a los ojos. La señorita Hollister estaba convencida de que Wallensak arribaría a Londres con su deslumbrante, maravillosa y perfecta esposa. Tanna Vanderbilt —en esos momentos la señora Wallensak— había sido codiciada por los mejores caballeros de Boston. Cuando el amigo de su hermano logró su mano fue su mayor orgullo, porque ni tan siquiera lo que había hecho con Minerva logró apartarlo de su meta… ¿Y llegaba a Londres sin ella?

Suspiró. Si ella hubiese sabido que él estaba prometido… No habría dejado que las cosas llegasen tan lejos.

Siempre había pensado que el pasado con Wallensak molestaría hasta que la muerte calmase el dolor. Haber encontrado a Wild fue como un bálsamo. La medicina se convirtió en el veneno más potente. El recuerdo de Wallensak tras el paso del marqués no dolía, solo era algo humillante. Lo que le quebraba el alma era cómo había resultado todo con el hombre con el que creyó que acabaría casada en un pestañeo pese a saber que su elevada posición sería un gran obstáculo que salvar, pero Minerva estaba enamorada y confiaba en que el amor todo lo pudiese. ¡Qué ilusa había sido! Finalmente el amor la había hecho sacrificarse por él. Para que Wild pudiese estar con Sophie. Se aferraría a la traición que el marqués le propinó para mantenerse alejada de él. Una traición que ella justificaba una y otra vez, pero que era como un hierro candente en su interior.

La situación era penosa. En Londres se ocuparía de evitar a lord Wild, cosa que no resultaría complicada, dado que no había coincidido antes con él en ningún evento. El problema radicaba en que no podría sortear un encuentro con Wallensak. De ahí que se hubiese afanado en agenciarse un esposo cuando su hermano le contó lo de sus cuestiones reproductivas, porque no deseaba que el bostoniano supiera que se quedó estancada en el pasado. Era vergonzoso no haber avanzado. Y estaba sin esposo, con el corazón más roto que la primera vez y…

¿Nada podía salirle bien?

Minerva sonrió. Al menos ya era capaz de sonreír ante la desventura. Eso tendría que contar para algo.

Escuchó a su lado un jadeo asombroso. Cuando dejó de contemplar el mar, la señorita Hollister se concentró en la expresión de Diane.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Estás sonriendo, Minerva? —inquirió atónita.

—Eso parece. —Era una locura sonreír cuando su vida estaba patas arriba y contaba con dos humillaciones masculinas paseando por Londres. Tal vez deberían encerrarla en Bedlam. En el sanatorio mental no tendría que ver a Wallensak, eso seguro.

Minerva emitió una breve risa. Diane jadeó de nuevo.

—¡Lo has vuelto a hacer! —la acusó, como si estuviese viendo a una bruja despellejando a un cachorrito tierno.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿que me ponga a llorar? Eso no solucionaría mi situación.

—Si me dejases explicarte que Wild…

—Es la última advertencia que te doy —le dijo Minerva en tono severo—. Sé bien de quién es familia él, no deseo saber más. Siempre hemos sido amigas, Diane, pero si no respetas mis deseos sobre lo que te he pedido, nuestra relación se verá seriamente afectada. No quiero saber nada de él. Wallensak le sigue a la zaga. Por respeto a mi hermano tendré un único encuentro con este último, pero no habrá nada más.

—¿Sabes, Minerva? —Se atrevió a enfrentarse a ella pese a que sentía la furia de su patrona—. Eres obstinada, esa terquedad aplicada a los negocios te ha hecho cosechar grandes triunfos, lo admito, pero ahora la estás empleando mal y te garantizo que te arrepentirás cuando conozcas la verdad. Por nuestra gran amistad es por lo que estaré a tu lado y no te diré: «te lo dije». He hecho todo lo que estaba en mi mano para explicarte lo que ocurre y solo me queda ponerte una pistola en la cabeza para que me dejes hablar. Sé que eso me costará tu confianza y no lo haré. Necesitas madurar sobre esto y por tu bien espero que no sea tarde cuando lo hagas. —Después de sermonearla ella se movió dispuesta a ir hacia el interior del barco a esperar el final del trayecto que las transportaba de Liverpool a Londres.

Minerva suspiró. Se dio cuenta de que el discurso de su amiga no había estado errado. Era orgullosa. Mucho. Más allá de que ella hubiese liberado a Wild de su compromiso porque deseaba verlo feliz con la mujer a la que había amado años atrás, ella no sabía si podría perdonarlo por la traición. Le había hecho muchas promesas, palabras de amor, caricias, besos… ¡Por amor de Dios!, él había estado dentro de su cuerpo, y a la menor ocasión la había dejado de lado, como si no fuese nada, como si no existiese. Su orgullo estaba hecho pedazos, porque Wallensak fue muy claro: lo que ocurrió entre ambos fue un error. Pero Wild afirmó que ella era la mujer perfecta. Solo le bastaron unas pocas horas para rebatir sus propias palabras y hacerla sentir como si no fuese más que una mota de polvo invisible. Eso no era amor.

No le deseaba ningún mal al marqués, todo lo contrario, ojalá fuese feliz con Sophie, pero ella no quería saber nada de él. Ni bueno, ni malo. Saldría del problema ella sola.

Había aprendido por las malas que poner tierra de por medio con una decepción era la mejor cura para el mal de amores. Seguiría predicando con su propio ejemplo.

—¡Diane! —la llamó antes de que desapareciese de su vista.

—¿Sí? —Se giró para mirarla.

—Lo besó y él no se apartó. La mujer que ha amado toda su vida lo abrazó y lo besó— reiteró para que no hubiese ninguna duda. No le diría que fue justo poco después de que hicieran el amor aquella mañana por última vez.

Diane se asombró ante las palabras de su amiga. Cerró la boca. Frunció el ceño y se tocó la frente.

—¿No pudiste haber malinterpretado la situación? —preguntó con esperanza.

—Sé bien lo que vi, Diane. También estuve atenta a todas las veces que él habló de esa mujer durante el tiempo que pasamos juntos. Jamás la olvidará. Me he apartado porque era lo que tenía que hacer.

Diane se enfureció. Esa parte que le acababa de revelar Minerva, nadie se la había dicho.

—Entonces no hay más que hablar —dijo con un asentimiento de cabeza.

—¿Me comprendes ahora? —requirió para que Diane no se molestase con ella.

—Sí. Te ha traicionado y nunca sabrás si él en verdad te amaba —lo censuró.

—No lo buscaba, pero creo que merezco encontrar un amor inmortal, grande y que me consuma hasta la médula. Si no logro hallarlo… Sé lo que Darius espera de mí, pero quiero intentarlo cuando esté preparada de nuevo. Tiene que haber alguien para quien yo lo signifique todo. Lo primero, lo único. Un hombre que sea mi mitad y yo la suya. —Una lágrima cayó por su mejilla—. No son los pensamientos de una niña que cree en cuentos de hadas, es la necesidad de una mujer de veintisiete años que por un momento tocó el cielo y desea más de un matrimonio.

—Lo conseguirás —convino Diane antes de entrar dentro del barco.

Minerva se quedó en la cubierta llorando por lo que había perdido… dos veces. Y rogó a Dios poder sobreponerse pronto y encontrar al hombre que le proporcionase felicidad, pues placer ya había tenido de sobra y eso no era suficiente para ella.

¿Qué era el placer sin amor? Nada.

Le había costado veintisiete años darse cuenta de que pese a que sus ilusiones estaban hechas añicos, era una soñadora.

***

La prueba de fuego. Una pequeña cena que unos amigos de su hermano habían organizado. Al menos Minerva había tenido dos días de tranquilidad en Londres desde que desembarcó del Mary Jane.

Iba cogida del brazo de su hermano, los dos estaban conversando con los señores Drawn. Un matrimonio de comerciantes que se dedicaba a inversiones textiles en el norte del reino.

Minerva se miró con disimulo. Llevaba un vestido de color blanco marfil con un escote recto bastante discreto y mangas abullonadas con pespuntes de organza rosa. Diane le había dicho que si quería un cambio en su vida y comenzar a llamar la atención de los caballeros, los vestidos grises debían desaparecer. Eso hizo. Se sentía extraña con su nueva apariencia. Incluso había cambiado su peinado. A sus años y con tirabuzones en lo alto de la coronilla… Ni que fuese una muchachita. ¡Pero Diane era tan insistente!

La convenció de que cuando se encontrase con el mejor amigo de su hermano también debía mostrar su mejor aspecto para que él comprendiese lo que había perdido cuando la dejó escapar. ¡Como si él fuese a arrepentirse de escoger a la mujer más hermosa y con mayor fortuna de Boston!

La charla con los anfitriones estaba siendo animada y cordial, pero pronto, tal y como ella se temió, Wallensak llegó por detrás. Lo escuchó a su espalda haciendo un comentario gracioso que luego no recordaría. Su tono de voz era muy característico, dulce, con un marcado acento americano. Jamás lo olvidaría. Lo reconocería toda la vida. Se dio cuenta de eso.

Se dispuso a componer una sonrisa que no fuese ni muy grande ni muy pequeña. La vida era más sencilla cuando no era capaz de sonreír. Entonces se dio la vuelta, justo cuando lo hizo Darius. Los señores Drawn saludaron a Wallensak y pasaron a departir con otros invitados. La cena se serviría en breve.

—¡Lucas! —exclamó su hermano al verlo.

—¡Viejo amigo! —Los dos se tendieron la mano—. ¿Has terminado de pintar ese

horroroso cuadro que vi el otro día en tu casa? —se mofó.

Minerva sabía que una de las pasiones de su hermano era crear una realidad alternativa en óleo sobre un lienzo en blanco. Disfrutaba haciéndolo y aunque era bueno, solo se dedicaba a ello como pasatiempo.

—¡Qué infamia, Lucas…! Si es una obra de arte.

—No lo creo.

—Lo es, ya lo verás cuando esté acabado.

Minerva siempre había envidiado su amistad, lo mucho que se compenetraban los dos. Fue por eso por lo que cuando sucedió el desastre con Wallensak ella no osó explicarle a su hermano lo sucedido. Nunca haría algo para enturbiar la relación entre ambos amigos.

Intercambiaron unos breves comentarios más y entonces vio a Wallensak mover los ojos para contemplarla a ella. Le sonrió, devolvió rápidamente la mirada a su hermano y medio segundo más tarde la volvió a observar. Ese fue el momento exacto en el que Lucas Wallensak fue consciente de la identidad de la mujer que acompañaba a Darius.

—Minerva… —susurró al tiempo que componía una sonrisa franca. Se alegraba de verla.

El gesto pilló desprevenida a la señorita Hollister. Se fijó con atención en él. Era un poco más alto que Darius, sus hombros más anchos que los de su hermano. Su figura no era descuidada, solo resultaba que era un hombre bastante robusto. El color de sus ojos, azul, tal y como lo recordaba y, no obstante, no era la misma mirada de aquel joven que ella rememoraba tan bien. Su mirada era la de un hombre cansado, como si hubiese soportado un gran peso sobre sus hombros. El cabello negro, pero con abundantes vetas grises. Resultaba atractivo, pero parecía que fuese más mayor que los casi treinta años que pronto cumpliría. Darius no estaba tan envejecido como él. Seguramente porque su hermano podía contar con ella para ayudarlo con la gestión de la empresa y Wallensak no tenía una persona en la que pudiese delegar con total confianza.

—Señor Wallensak —le dijo mientras le ofrecía una pequeña inclinación de cabeza—, es agradable verle.

—¡Mírate! —expuso con admiración—. Estás exactamente igual que como te recordaba.

No sabía si eso sería un cumplido o no. Seguramente no. Ella se mordió la lengua para no ofrecerle una réplica mordaz. Siguió sonriendo y asintió.

—Gracias —le dijo ella.

—Un reencuentro muy esperado, eso es. ¡Los tres de nuevo juntos! Será muy agradable. Sí, señor, ya lo creo. Recuperaremos el tiempo perdido —siguió con su jovialidad Wallensak.

—Supongo que lo haremos unas semanas más, al menos hasta que tenga que regresar a Boston. —No pudo evitarlo. Lo acababa de ver y ya lo quería enviar lejos. No porque creyese que la debilitaría, sino porque… En fin, lo quería mantener bien lejos de ella. Por lo visto era orgullosa y poco caritativa, porque, que Dios se apiadase de ella, no podría perdonarle no haberla elegido frente a la hermosa y rica Vanderbilt. Se sintió mal con ese pensamiento. ¿Qué culpa tenía Wallensak de haberse enamorado de su esposa y no haber podido amarla a ella? El corazón tenía sus propias reglas.

—Mimi —intervino su hermano—, no te he contado las novedades.

Ella subió las cejas con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Voy a estar un tiempo en Londres. ¿No es maravilloso? —preguntó Wallensak con una gran sonrisa.

—Ah, lo es, por supuesto. —Esperaba haber sonado sincera. Lo dudaba, pero al menos

tenía la esperanza de haberlo intentado.

—Lucas pretende instaurar una línea comercial desde aquí —le explicaba Darius.

—Llevaba años postergando la oportunidad y por fin me he decidido. Mi esposa y los niños me esperarán pacientemente. Por supuesto, saben que los negocios son importantes.

Minerva quiso gemir. ¡Formidable! Desde luego Darius lo emplazaría a solicitarle ayuda a ella en todo lo que necesitase. Humillación y contacto directo con él. ¿Qué más podía pasar?

—El papeleo no es sencillo, amigo mío, te recomiendo que te armes de valor. Minerva sabe bien lo complicado que es forjar un imperio en estas tierras. Los americanos estamos caracterizados como salvajes, pero sabemos hacer las cosas bien y rápido. Los ingleses por su parte… Digamos que un documento tiene que presentarse por partida triple y que las cosas de palacio siempre van despacio. —Minerva agradeció el elogio que su hermano acababa de otorgarle.

—Cierto, nuestra Minerva siempre fue especial y magnífica en todo lo que se proponía —dijo con una nota de nostalgia bailando en sus palabras. Ella quiso abofetearlo. ¡Hipócrita! En cambio, sonrió y asintió—. Confío en poder contar con sus sabios consejos. Me hará falta un poco de ayuda para…

—Ah, Lucas —lo interrumpió el señor Hollister—, Minerva vive consagrada a la Hollister Sea Corporation —observó intuyendo lo que pretendería su amigo—. Sus obligaciones son demasiadas como para desatender lo que tanto nos ha costado construir, pero estoy seguro de que te dará una lista con personas que podrán ayudarte con los problemas que te vayan surgiendo.

Oh, su hermano, bendito fuera por sacarla de un problema en el que no se quería meter. De ninguna manera iba a tratar con él más de lo estrictamente necesario. No. No lo haría.

—Por supuesto —concedió ella.

La cena que siguió se convirtió en un tormento cuando Lucas quedó sentado justo a su lado. Sospechaba que se las había apañado para intercambiar el lugar con otro caballero. Pero… ¿por qué? Minerva no sabía a qué juego estaba jugando.

La señorita Hollister se apoyó en su hermano, quien estaba al otro lado de ella, pero Wallensak demandaba su atención. No lo entendía.

Cuando tuvo bastante de todo, decidió ir a la estancia que se usaba de descanso para las damas. Los Drawn no habían organizado una cita excesivamente multitudinaria, pero eran un buen número de parejas las que habían acudido.

Estuvo en ese lugar más de lo aconsejado y cuando reunió el valor de regresar a la sala donde la hija de los anfitriones estaría dando un breve concierto de piano se dio, literalmente, de bruces con Wallensak. No debería haber ido con la cabeza baja.

El americano la sostuvo por la cintura. Las manos femeninas descansaban sobre su duro torso. La mirada de Minerva se quedó atrapada en la de Lucas. Se obligó a recomponerse, se apartó de él y el caballero hizo lo mismo, aunque se tomó su tiempo para soltarla.

—¿Qué estás haciendo en Londres? —Estaba cansada de jueguecitos. Mejor ser directa. Para algo estaba acostumbrada a tratar con díscolos capitanes y porteadores que manejaban una actitud y un vocabulario del todo censurables.

—Negocios —respondió con una brillante sonrisa.

Ah, Minerva lo detestaba por mantener parte de ese atractivo tan animal que la cautivó.

—¿Por qué me estabas esperando? —siguió presionándolo.

—Porque voy a estar una buena temporada aquí, Mimi. —Se atrevió a emplear el apelativo que le dio Darius. En verdad Wallensak lo había usado numerosas veces. Ella no prohibió que la llamase de ese modo, porque implicaría que le molestaba.

—Londres es bastante grande.

—¿Es una forma discreta de decirme que me aparte de tu camino?

—Por supuesto que no. Es una forma directa de decirte que no hace falta que nos veamos y tratemos más de lo necesario.

—Sigues enfadada… —se lamentó.

—No. Solo ocurre que no tengo deseos de recuperar tu amistad. —Ah, ya lo había dicho.

—Pero los dos sabemos que tú y yo fuimos mucho más que amigos, Mimi.

—Hace nueve años de eso.

—¿Has contado también los días y las horas? —preguntó con suavidad.

—No estás siendo caballeroso, Wallensak —le reprochó abochornada.

—Te lo he preguntado porque yo sí lo he hecho.

Lucas tuvo la audacia de levantar la mano para acariciarle la mejilla. Ella se contrajo contra su toque, hasta que se dio cuenta de quién la estaba tocando realmente y dio un respingo para apartarse de él.

—¡No te atrevas a decir una palabra más! —exclamó con indignación.

—Tenías razón, Minerva. La tenías…

—No hagas esto —dijo con los dientes apretados.

—Pero tengo que hacerlo, pedirte perdón. Me dijiste que Tanna no era lo que parecía, y yo no te hice caso. Me advertiste de que lo lamentaría, de que mi matrimonio no podía basarse solo en su hermosura y riqueza… Era joven, Mimi, ambicioso. Yo no contaba con la fortuna que os dejó vuestro padre y no tuve más opción.

Ella cerró los ojos. Volvió a aquel momento exacto cuando yacieron juntos. Se habían amado como dos amantes poco experimentados, pero sin contención. Ella supo que él la amaba del mismo modo que él era amado. Estaba prometido. Él se lo dijo inmediatamente después, cuando fue consciente de lo que había sucedido entre ambos. Ella lloró, le rogó y se arrastró para hacerle comprender que Tanna no era la muchacha dulce que aparentaba ser. No quiso escucharla. Salió enfurecida de la estancia gritándole que algún día se daría cuenta de su error.

Los dos estaban en medio del pasillo. Cualquiera podría salir y verlos. Debería despacharlo de inmediato.

Minerva despegó los párpados con la intención de cortar la conversación. Lucas volvió a tener la audacia de tocarla, esta vez de sostenerle la mano y colocarla entre las suyas. No contento con ello, se acercó hasta Minerva para poder colocar los labios sobre su mejilla.

—Lucas… —susurró sintiéndose débil, mientras él desplazaba la boca por su rostro a la vez que hablaba suavemente.

—Ha sido un desastre tal y como predijiste que sería. Ha sido imposible hacerle comprender que no debíamos tener un matrimonio como el de sus padres, donde el señor Vanderbilt tiene sus amantes y su esposa hace lo mismo, pero con discreción. Estoy seguro de la paternidad de mi hijo mayor, de los otros dos… Eres la única persona a la que se lo he contado, con la que he hablado libremente de mi situación. No podía más, Mimi. Vivir allí es un infierno. No he logrado que me quisiera y tampoco he encontrado a ninguna otra mujer que me mostrase su ternura mientras hacía el amor. —Todo lo dijo manteniendo la boca pegada a la piel de Minerva. Ella se sentía tan vulnerable que fue imposible separarse de Lucas.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Minerva le había dicho todo aquel vaticinio sobre Tanna porque lo había visto claro. Lo había escuchado días después de sufrir la decepción de Lucas de los propios labios de Tanna. Quiso salvarlo. Se tragó su orgullo y fue a hablar con Lucas con el corazón en la mano después

de que él la despreciase. Le suplicó que aunque no quisiera estar con ella, aunque no la amase, que por favor tomase en serio sus palabras. Él no lo hizo. Era un muchacho apuesto, guapo como el pecado y estaba segura de que Lucas Wallensak imaginaba que podría doblegar a Tanna Vanderbilt. Las damas como ella, forjadas en una familia tan importante, no obedecían más que a sus propios caprichos. Sus padres la habían educado para ser una belleza sin otro uso que el de ser un bonito adorno para su esposo, darle hijos y después atender con discreción sus propios deseos. Fuesen cuales fuesen.

Lucas se separó de ella para contemplar su mirada.

—Todo, pero especialmente una amiga, Mimi. He estado tan solo… Y también he sido cobarde. No me atreví a huir de Boston antes, porque no deseaba admitir que había apostado y perdido. Lo tengo todo. Poder, riqueza, un negocio sólido y, sin embargo, me siento el hombre más pobre de todos los tiempos. Sin amor, sin una compañera adecuada, un hombre no puede disfrutar de su éxito. Oh, Dios, Mimi, me lo dijiste y no hice caso de tu advertencia. ¡Te deseo tanto! ¡Te he querido tanto durante todos estos años!

—No puedo ser lo que me pides, Lucas. Es imposible.

—¿Por qué? Una vez nos quisimos, nos amamos. Regresa a mí, deja que te demuestre lo arrepentido que estoy, lo mucho que te necesito. Vuelve a ser mía, Mimi —suplicó, al tiempo que se llevaba la mano a los labios.

Las palabras dulces de Lucas, encaminadas a amansarla todavía más, hicieron justo lo contrario. Minerva Hollister no era aquella débil joven que se había dejado arrastrar por sus impulsos. Era una mujer fuerte. Segura. No había querido volverlo a ver porque sabía que ella sufriría, pero no tanto como lo estaba viendo a él. Tenía que cortar todo lazo antes de que todo se le fuese de las manos. Era importante librarse de esa condena que suponía su antiguo amor de juventud.

—Porque estoy prometida —susurró. Las lágrimas seguían surcando sus mejillas.

El señor Wallensak le soltó la mano de inmediato. Como si se hubiese quemado con las brasas de la pasión que una vez les consumieron a ambos.

—¿Lo amas? —inquirió para después suspirar—. Por supuesto que lo debes de amar con toda tu alma. Han pasado nueve años, pero sigues siendo la misma. Lo he notado en tu mirada. No hay maldad en tus ojos. Incluso sabiendo que debes odiarme, no has podido enfurecerte como hubieses deseado al verme. Acepto la derrota. No tengo derecho a pedirte nada. Por más que haya venido expresamente a Londres con el fin de buscar un poco de paz… No seré egoísta, Mimi.

Lucas se inclinó un poco sobre ella, le enjugó las lágrimas con sus propios dedos y luego le dio un beso en la frente. Se quedó ahí más tiempo del que debía. ¿Cómo podría dejarla marchar? Ella era única, él debió haberse dado cuenta mucho antes.

—Siento todo lo que nos pasó —dijo ella, a pesar de que no fue culpable más que de amarlo.

—Más lo siento yo, Minerva, porque no estoy dispuesto a darme por vencido, pero te daré tiempo. —Tras lo dicho la soltó.

Lo vio marcharse y sintió deseos de llamarlo. Se contuvo. Él sufría. Tanna no tenía derecho a destruir algo tan perfecto y bueno como era Lucas. Mujer estúpida. Había recibido un regalo del cielo y no había sabido valorarlo.

Se apoyó contra la pared y cerró los ojos nuevamente. Se obligó a recomponerse. No lo logró.

En esa situación fue como la encontró su hermano.

Darius se acercó a ella y la envolvió en sus brazos. Minerva encontró reconfortante el refugio que su hermano le ofreció.

—Te lo ha contado, ¿no es así?

—Oh, Dios, Darius… Se lo advertí. Traté de salvarlo porque sabía cómo sería la vida con ella. Tanna siempre fue mala con todo el mundo… Yo lo amaba, lo amaba con todas mis fuerzas y no conseguí que me quisiera. ¿Qué tengo de malo? ¿Por qué no puedo lograrlo?

Su hermano le acarició la espalda.

—Me envió una carta hace tiempo. Me informó de que quería venir y poner distancia entre él y su esposa porque no lo resistía más. Me preguntó por ti. Yo no estaba ciego, veía cómo lo mirabas, pero supuse que solo sería un capricho. Los tres nos relacionábamos mucho y teníamos demasiada confianza.

—Era tu mejor amigo.

—Y tú mi hermana. Tuve que haberte cuidado mejor. No soy estúpido, aunque a veces lo pueda parecer. Pediste venir a Londres e imaginé que su compromiso con Tanna te había devastado. No te conté lo de la carta porque no sabía cómo reaccionarías al descubrir que él iba a regresar a tu vida. En cambio te hablé de que debías casarte y ser madre porque yo nunca podré ser padre. No encontré otro modo de protegerte. Él está casado, aunque no es feliz y está decidido a no regresar a Boston, tal vez nunca lo haga, pero él no puede ofrecerte…

—Lo sé.

—Los días pasaban y tú no movías ficha con respecto a la búsqueda de un caballero aceptable. Te conté que Lucas vendría para que te apresurases. Si esa noticia no te incitaba, no sabía lo que podría ser. No quiero verte sufrir. Por más que tengas la tentación de dejarte llevar por los viejos recuerdos… No quiero que seas su amante. No puedo consentirlo. ¿Lo entiendes, Mimi? Es mi mejor amigo, lo considero mi hermano, pero tú eres mi sangre y te protegeré como sea. Mi hermana no parirá a sus bastardos. No, mientras yo tenga algo que decir al respecto.

Minerva lo abrazó con más fuerza. No estaba sola.

—Soy débil en lo que a él se refiere. Lo amé muchísimo y me partió el corazón cuando supe que se había prometido con Tanna. —No se atrevió a explicarle lo que habían hecho, que se convirtieron en amantes—. No caeré, Darius. Le he dicho que estaba prometida. —No sabía qué respondería su hermano a la mentira.

—Muy bien. Entonces, encontraremos a un hombre que sepa apreciarte como te mereces.

Capítulo 12
Un par de frentes abiertos

Un burdel exclusivo. Uno del que se solían beneficiar los nobles de la alta sociedad que deseaban compañía femenina a cambio de una fortuna. Pero un burdel al fin y al cabo, donde las mujeres sin recursos se veían obligadas a tener que comercializar con su cuerpo.

Lord Wild miró a la derecha. Warwick se veía también alerta.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo. Buscar a un hombre con una quemadura en una de sus manos… Es como tratar de localizar una aguja en un pajar —sentenció Wild—. Dios sabe lo que sucederá si la sociedad se entera de que tú y yo llevamos visitando cuatro burdeles por una información que podría ser falsa.

—No te preocupes por eso último.

John frunció el ceño. Los dos estaban sentados en una mesa, cerca del escenario, donde las señoritas más hermosas trataban de tentar a los caballeros que las miraban con adoración.

—¿Tan poco te importa tu reputación, Warwick?

—Nada de eso, pero el mal ya está hecho. Fue una suerte que Watford y Mackay se quedasen al margen de nuestras incursiones.

Su amigo se sacó un papel del bolsillo y se lo tendió a John. Sin necesidad de leer, supo de lo que se trataba. Se preparó para lo peor.

> *DOS CABALLEROS MALDITOS MUY ALEGRES*
> *Artículo escrito por La Pluma Secreta.*
> *22 de abril de 1822.*
> *Sigue sin haber novedades en el caso de la muerte de la bella lady Regina. Su tragedia puso punto final a una vida que pudo haber sido esplendorosa. Nos negamos a dejarlo atrás. Fue el crimen más infame de hace dos temporadas y seguimos conmocionados por su brutalidad. No estamos dispuestos a olvidarnos del asunto. Seguimos de cerca a los caballeros marcados como malditos.*
> *Como recordarán, este magazine avisó al estimado público en su momento de que los cuatro sospechosos de asesinato se embarcaron en la búsqueda de la verdad con el fin de demostrar su supuesta inocencia. Parece ser que se han olvidado del asunto con facilidad. El matrimonio les sienta bien a lord Watford y a su bravo compañero lord Mackay, llevan una vida modélica y muy hogareña. Nos alegramos de que sus respectivas esposas se sientan a salvo conviviendo con ellos. ¿Ustedes lo harían?*
> *Muy diferentes son las diversiones de los dos W. restantes. Según ha podido averiguar este pasquín, ambos compañeros de fechorías se refugian en los más finos burdeles de Londres para tratar de olvidar sus penas. Apuestas y mujeres. ¿Es ese el camino que siguen para desenmascarar al supuesto verdadero asesino?*
> *Tenemos nuestras dudas. Dudas más que razonables. Tal vez no haya nadie a quien buscar y ellos lo sepan.*

—¡Maldito sea el infierno! —gruñó John. Arrugó el papel en una bola pequeña con violencia.

Estaban siguiendo una buena pista que les había conducido a transitar por los burdeles de Londres. Aunque tanto Warwick como Wild no habían logrado dar con sendos sirvientes que les entregaron aquella nota anónima, donde supuestamente *lady* Regina los citaba en el oscuro jardín donde murió, sí habían logrado dar con dos de los que habían hecho lo mismo con Watford y con Mackay. Fue por casualidad cuando los cuatro se dieron cuenta de que no hubo solo un único sirviente que les tendió la trampa aquella noche en la que mataron a la joven. Así que la muerte de la dama fue un acto totalmente premeditado.

El señor Potter fue el sirviente que le dio la nota a Mackay y, según le había comentado Warwick, se lo volvió a encontrar otro día. Con buenas palabras y mucho alcohol, le confesó que había estado investigando por su cuenta porque temía por su vida. Potter le hizo saber que el hombre llamado Smith, quien tenía una quemadura en una de las manos, era un asiduo de los caros burdeles porque alguien le había pagado una fortuna y podía disfrutar de ese gusto. Los cuatro sabían que Smith tenía la llave para resolver el asesinato, pues alguien lo había contratado para que se sirviese de cinco hombres que les llevasen un mensaje a los cuatro malditos para incriminarlos y otro la víctima para que estuviese en el lugar indicado a la hora prevista donde el villano tenía la intención de masacrarla. Smith era la clave de todo.

Una figura masculina se colocó frente a los dos amigos. Levantaron la mirada y vieron al magistrado Bourne.

—Caballeros —los saludó con frialdad.

Warwick y Wild intercambiaron una mirada cómplice. Los dos habían buscado las manos de lord Bourne de inmediato, pero él llevaba guantes.

—No sabíamos que un hombre de la ley pudiese… desviarse del camino —comentó descuidadamente Warwick.

—Y yo no sabía que La Pluma Secreta decía tantas verdades.

Ah. El magistrado estaba al tanto de lo que se decía de ellos. Por supuesto que lo hacía. Había dejado claro en multitud de ocasiones que no se fiaba de ninguno de los cuatro. ¿Por qué cambiaría de opinión?

—Estamos investigando —se apresuró a aclararle John.

—No ofenda mi inteligencia —replicó furioso—. Yo sí le di un buen filón sobre el que investigar y ni tan siquiera lo ha seguido, estoy seguro. Por un momento llegaron a engañarme los cuatro. Compartí con usted —miraba fijamente a lord Wild— una información delicada sobre la víctima, creyendo que haría algo competente. Nada de eso. Tal vez sí debería replantearme mis conjeturas, y no considerarlos inocentes. Ese pasquín podría decir la verdad, podrían estar tan seguros de que no existe ningún villano, que ya no tratan ni de restaurar su reputación.

—Está cruzando una línea muy estrecha —lo avisó Wild.

—¿Lo hago? ¿Acaso no están haciendo un *tour* por los burdeles de la ciudad en vez de buscar al culpable? —refutó con enfado.

—Discúlpeme, lord Bourne —terció Warwick—, pero ¿ese no debería ser su cometido?

—Lo es —dijo con orgullo—. Y mi único error fue confiar en que me echarían una mano. ¿Saben cuántos casos recaen en mi persona? ¡Estúpido de mí consideré que podrían estar en el lado correcto de la investigación! —los increpó.

Wild y Warwick se miraron el uno al otro. Estaban en ese lugar buscando a un hombre con una quemadura. Él llevaba guantes. No se fiaban de nadie más que de sí mismos y de los dos que faltaban en la improvisada reunión. No se atrevieron a compartir el hallazgo sobre el señor Smith con el magistrado. Cualquiera podía ser el culpable. Mejor tomarse las cosas con precaución.

—¿Qué? ¿Nada que decir? —los azuzó Bourne esperando que les ofreciese una explicación

—. No volveré a ser tan tonto como para fiarme de ustedes. Espero que disfruten de la noche. Caballeros… —se despidió, hecho un basilisco.

—No hará falta que acudamos el domingo al sermón de la iglesia —dijo sorprendido Warwick.

—Estaba muy enfadado —coincidió Wild—. Desde que me dijo que *lady* Regina tenía inclinaciones poco naturales, me había estado preguntando qué fue lo que lo motivó a compartir esa información conmigo.

—¿Le crees?

—No lo sé —respondió con honestidad John—. Desconfío hasta de mi sombra, pero me ha parecido sincero. Me ha faltado bien poco para pedirle que se quitase los guantes.

—Ya somos dos. No lo he hecho porque pudo habernos mordido. —En ese punto el marqués de Wild vio que su amigo fruncía el ceño—. Creo que deberíamos irnos… —dijo con evidente incomodidad.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma. —Su amigo estaba pálido.

—Un muerto… —susurró Warwick.

—¿A qué te refieres?

—Tienes razón. Esto es una búsqueda inútil. ¡Vámonos! —señaló mientras se ponía de pie de un salto. John comprendió que su amigo estaba nervioso, pero no vislumbraba la causa.

—¿Qué diantres…? —Wild comenzó a mirar de un lado para otro. Al fin entendió lo que sucedía—. Tienes razón, es hombre muerto —apuntó con furia mientras veía a Devlin Hill, el esposo de su hermana, transitando por el burdel.

Warwick trató de detenerlo, pero el otro ya estaba caminando hacia el señor Hill.

—¡Al fin te encuentro! —dijo con cierta alegría Hill—. No ha sido tarea fácil, he tenido que detenerme en dos burdeles más… ¿Qué demonios haces? —gruñó el esposo de Faith mientras John lo agarraba por el cuello.

—Nadie traiciona a mi hermana —afirmó colérico, mientras levantaba el brazo para atestarle un puñetazo.

Devlin se las apañó para detenerlo. Los dos sabían boxear y conocían los trucos del otro.

—¡Tu hermana está en el carruaje que me espera afuera! —clarificó cuando tuvo la menor ocasión para hacerlo.

Esa frase lo detuvo de inmediato. Se había formado un corro entre ambos y el gorila encargado de velar por la seguridad del prostíbulo se acercaba hacia ellos. Los dos, con la ayuda de Warwick, se pusieron de pie de inmediato. El matón no intervino porque los tres salieron del lugar a toda prisa.

Cuando estuvieron fuera, Devlin señaló el carruaje. Faith bajó a toda prisa del vehículo. Su hermana estaba vestida de forma magistral, elegante y espectacular… ¿por qué? Se fijó en Devlin y, pese a que estaba algo desaliñado por la disputa que habían mantenido, también iba de punta en blanco.

—Debería darte vergüenza —le dijo con rabia su hermana—. A usted también, lord Warwick. —La señora Hill consideró que el amigo de su hermano también merecía un correctivo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó John azorado.

No quiso explicarle que estaban en un lugar así a causa de la investigación. Ambos sentían demasiado respeto por las mujeres como para pagarles por usarlas. Si al menos hubiese dado con el denominado Smith… ¡Qué gran lío!

—No sé si debería decírtelo. Tu conducta es muy deshonrosa, hermano. —Estaba muy

disgustada con él.

—Dios me libre de las hermanas entrometidas… —musitó—. Habla de una vez, Faith. Tienes mi palabra de honor de que Warwick y yo no estábamos usando los servicios de la casa de citas.

—Ah, ¿no?

—No —se metió Warwick en la conversación.

—¿Y qué hacíais allí?

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Wild. No se imaginaba a los señores Hill recorriendo los burdeles en su busca sin una buena causa.

—Hill increpó a tu mayordomo —desveló Faith—. Le dijimos que era urgente dar contigo y se negó a traicionar tu confianza, pero mi esposo —Faith miró con auténtico amor a Devlin— lo consigue todo. Devlin te ha encontrado y no ha sido fácil.

—Misterio resuelto. ¿Qué necesitas de mí? —John se estaba impacientando. Algo trascendental tenía que haber ocurrido para que Hill fuese de aquí para allá con su esposa en medio de la noche. Más, visitando burdeles para localizarlo.

—Está aquí, John. Ella está en Londres —desveló con una gran sonrisa.

—¿Minerva? —Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Eso es. Puse espías por todos lados y al fin mi inversión ha dado sus frutos —dijo pagada de sí misma.

—¿Dónde está?

—En Covent Garden. Si te das prisa, todavía podemos verla. —Faith chasqueó la lengua al darse cuenta de que su hermano estaba hecho un desastre. John entendió entonces que la pareja se había arreglado para acompañarlo a ese lugar. Bendita fuese su hermana—. ¿Qué te ha pasado? —lo reprendió de nuevo, al tiempo que trataba de colocarle correctamente el pañuelo de la corbata.

—Me he peleado con tu esposo.

—¿Con Devlin? ¿Por qué?

—Lo he visto entrar allí —señaló con la cabeza el burdel— y me temí lo peor —dijo con la boca pequeña.

Faith se rio con ligereza.

—Mi esposo está muy bien atendido, John. No necesita comer fuera cuando en casa dispone de un manjar exquisito y abundante —alegó con picardía.

John se tapó las orejas. Devlin emitió una larga carcajada en señal de aprobación por las palabras de su flamante esposa.

—¡Infierno, Faith! Eres mi hermana pequeña. ¿Era necesario ofrecer tantos detalles? ¿Qué pensará Warwick?

—Creo que es el momento de que me vaya —explicó el aludido—. Si necesitas algo de mí, házmelo saber —siguió diciendo mientras miraba a su amigo—. Ahora que tu dama ha aparecido tenemos que coordinar la otra incursión. Arregla la situación rápidamente y confiemos que esa vertiente, de ya sabes qué, nos dé más pistas.

John afirmó con la cabeza. Sabía que su compañero se refería a ese misterioso club de mujeres y para mujeres al que habían acordado ir. En verdad tenía que confesar que aunque no sacasen nada de la visita a ese lugar tan peculiar, salvo por lo de tener que vestirse con peluca y faldas, sería una misión entretenida.

Despidieron a Warwick y los tres se encaminaron hacia el teatro donde debía estar Minerva. ¿Sería un escándalo si entraba, la localizaba y se la cargaba al hombro para

desaparecer?

Cuando llegó allí y vio a Minerva rodeada por varios caballeros… Tenía que ser una maldita broma. ¡Ella estaba con Hellmore! Así que la idea de raptarla le pareció más que adecuada. Y si no hubiese sido porque Faith y Devlin se lo impidieron, lo hubiese hecho con gusto y sin remordimientos.

¡Dios santo! ¿Dónde había dejado ella los vestidos grises y oscuros que cubrían toda su delicada piel?

John Anthony Hope rugió.

***

Acababa de producirse el segundo descanso. Todo el mundo estaba aprovechando que los actores habían interrumpido la función para conversar y dejarse ver por Covent Garden. Minerva había empleado la salida al teatro que Darius propuso para conocer al verdadero vizconde Hellmore, quien Diane se aseguró de que estuviese esa noche en Covent Garden. Su amiga era capaz de obrar milagros. La señorita Rider, además, había accedido a acompañarlos en una divertida noche donde haría de pareja de Lucas Wallensak. Ya lo decían los antiguos: «Había que mantener a los amigos cerca, y a los antiguos amores más». De acuerdo, eso seguramente no era ninguna regla que se debía cumplir. Incluso puede que no fuese eso lo que pensasen los antiguos sabios, pero Minerva consideraba que era mejor no dejarse amedrentar por Wallensak. Ni cuando él comenzó a preguntar sobre su prometido se vio inquieta. ¡Qué locura!

No salía de un enredo y de pronto estaba en otro.

Y lo peor de todo era que conocer a Hellmore fue un error. Era un hombre bastante silencioso, poco agraciado si se le comparaba con Wild.

¿Alguna vez podría olvidarse de él? No. Ella sabía eso muy bien.

Se fijó en Diane, ella estaba entreteniendo a Wallensak. Después de haber hablado con él el otro día en la fiesta de los Drawn se dio cuenta de que, pese a que lo había amado con intensidad, lo que sentía por aquel antiguo amor era lástima. No deseaba que fuese infeliz, pero ella no tenía potestad para arreglar su situación.

—¿Está de acuerdo, señorita Hollister? —La pregunta del vizconde la trajo al presente. Ella no tenía la menor idea de lo que le había dicho su compañero.

—No osaría contradecir a un caballero como usted, milord —dijo con diplomacia. La respuesta pareció agradarle a Hellmore.

Ella le sonrió. Se giró para buscar a su hermano Darius y dar por finalizada la pequeña reunión con el vizconde. Había sido un error creer que podría olvidar con facilidad a Wild si se centraba en otro hombre.

Acabaría sola…

Sus ojos se movieron por el pasillo en el que estaban, fuera del palco que su hermano había pedido prestado a un amigo. Minerva no sabía a quién y no tenía mayor interés en averiguarlo.

Pasó la mirada sobre la multitud y vio a alguien familiar, por lo que tuvo que retroceder la vista para centrarse en él. ¡Wild! Él también la estaba mirando, Minerva tragó saliva y trató de hacer como que no lo había visto. Verlo por primera vez desde que se separaron hizo que su corazón diese un gran vuelco. ¿Lograría dejar de amarlo en algún momento? ¡Todo estaba mal! Buscó con la mirada a Sophie. No la veía por ningún lado. Frunció el ceño. ¡No se atrevería a ir hacia ella! ¡Oh, Dios!, parecía decidido a hacer precisamente eso. ¿Por qué? ¿Por qué la buscaba si él ya había logrado recuperar a su antiguo amor?

¡Cielos! Estaba a poca distancia de su grupo. Hellmore continuaba hablando, Diane no estaba cerca y Darius seguía conversando con una pareja al otro lado, lejos de ella.

***

El marqués de Wild sonrió cuando la mirada de Minerva regresó para detenerse en él. Bien. Ella ya lo había divisado y se veía que estaba entrando en pánico. No iba a escaparse, porque iba a dejarle las cosas muy claras. Sin error en la interpretación.

—¿Esa es la Dama Gris? —preguntó boquiabierto Devlin. En opinión del esposo de Faith, la señorita Hollister estaba muy cambiada. Ya no le podría valer el apelativo que se había ganado debido a su seriedad y sus atuendos oscuros, pues en el mundo de los negocios marítimos se la llamaba la Dama Gris y ella lo asumía con orgullo.

—Lo es y está estupenda. Puedo ver babeando a Hellmore desde aquí —saltó Faith con satisfacción—. Decían que ese hombre era un pescado frío, no lo es… No… en absoluto. —Miraba con demasiado entusiasmo a Minerva.

La aportación que hizo John a la conversación fue un gruñido nada discreto que despertó el interés de todos. El marqués de Wild carraspeó a fin de recuperar la compostura.

—Faith, tienes que ayudarme —le rogó a su hermana.

—¿Qué te propones? —inquirió la señora Hill.

—Una locura.

—¿Como qué?

—No lo sé todavía, pero estoy convencido de que será una locura y que necesito que me apoyes.

—John…

—Por favor —cortó lo que sabía que sería una negativa.

—¿Estás seguro de que es la adecuada, la definitiva? —Él afirmó con la cabeza con convicción.

—No hay ni habrá otra. La amo y ella a mí también. —Estaba convencido de las dos cosas.

—Entonces haremos lo que haga falta —convino Faith, mientras veía que Devlin asentía para decir en silencio que estaba dentro del plan también.

—Gracias —dijo el marqués.

—Bien, atiende, el de la derecha es lord Hellmore. —John ya lo sabía de antemano—. A la izquierda de tu dama está su hermano Darius y el otro caballero… ¿Devlin? —le preguntó a su esposo para ver si él aportaba luz sobre su identidad.

—Es Lucas Wallensak, americano también, el mejor amigo del hermano de la señorita Hollister —explicó.

—No me gusta cómo la mira —dijo John—. Y si Hellmore no deja de observar el nacimiento de sus pechos acabará muerto. —Se sentía tremendamente posesivo con ella. Celoso también. ¡Él que creía que jamás sería ese tipo de hombre de nuevo! ¡Maldita inseguridad!

—No tienes de qué preocuparte. Wallensak está casado con una bella y rica heredera bostoniana. No es ningún rival —le aseguró Devlin.

Wild pareció más tranquilo con ese aporte.

—¿Qué hacemos? —preguntó la señora Hill.

—Acercarnos a saludar —sentenció Wild con una brillante sonrisa. Había tenido una idea genial. ¿Qué podía salir mal? Nada, porque en caso de que las cosas se pusieran feas, se la cargaría al hombro y desaparecería con ella.

—No vas a hacer eso. —Escuchó que le decía su hermana.

—¿Qué? —preguntó ceñudo el marqués.

—Raptarla como si fueses un conquistador.

—¿Lo he dicho en alto? —Vio a Devlin asentir y escuchó a Faith resoplar.

—¡Y yo que creía que eras un caballero sensato! —se quejó la dama.

—Vayamos… —sugirió, sin hacer caso a la recriminación de su hermana.

En dos segundos, la comitiva se plantó ante ella.

—Hellmore —lo saludó animadamente el marqués.

—Lord Wild… —respondió el aludido.

Devlin y Faith presentaron también sus respectivos respetos y fueron saludados a cambio.

El siguiente paso de John fue pasar la mano por la cintura de Minerva, quien por supuesto estaba congelada en su lugar y no sabía cómo desenvolverse. Ella trató de escapar de su agarre, la mirada que le dio le dijo claramente que no se atreviese a moverse. Minerva miró a su alrededor, no podía causar un escándalo y él se aprovecharía de ello. Aunque al marqués tampoco parecía importarle causar estragos con su acción. ¡La estaba agarrando por la cintura y la había obligado a recaer sobre su costado! Encima Wild era todo jovialidad y sonrisas… ¡Cielos!

—Veo, Hellmore, que ha tenido el privilegio de conocer a mi prometida… —dijo Wild con una brillante sonrisa.

—¿Su prometida? —preguntó con el ceño fruncido el vizconde.

Minerva se irguió. ¿Lo acababa de escuchar decir que…? ¡Cielos! Su corazón comenzó a latir con fuerza. El nerviosismo la tenía sometida. No sabía qué hacer o decir.

—¡Oh, querida! Ya no es un secreto —le dijo a Minerva que estaba congelada, irritada e incrédula—. Puedes decírselo a todo el mundo. Nuestro matrimonio es un hecho que muy pronto acontecerá.

La señorita Hollister se atrevió a mirarlo por el rabillo del ojo. Sus últimas palabras parecían una premonición. Una promesa. Se le erizó la piel y trató, con suavidad, de desembarazarse de su agarre. Todo el mundo los estaba mirando. Se comportaba de un modo atroz. John la pegó contra su costado con firmeza en cuanto ella logró moverse un poco, y le ofreció una mirada penetrante para decirle, silenciosamente, que se mantuviese quieta.

La mujer miró a Devlin y a su esposa en busca de auxilio. La pareja correspondía a su mirada con un poco de lástima, pero con la ilusión reflejada en los ojos. Bueno, el señor Hill la miraba burlonamente, pero no así la hermana de Wild.

Hellmore se despidió en ese momento y, cuando el caballero estuvo a una distancia prudente, Minerva le dio un manotazo y se separó de él.

—¿Cómo osas…? —Se calló cuando él la volvió a coger por la cintura.

—John… —intervino Faith—, su hermano viene hacia aquí.

Darius había visto a Minerva con los Hill y se disponía a saludarlos.

—Lo siento, pero como trates de escapar te coloco sobre mi hombro y nos convierto a los dos en un escándalo. —Ella gimió. Él frunció el ceño—. De hecho es lo que voy a hacer en este momento… —la informó. Pero Minerva estuvo rápida y huyó de su agarre, aunque no fue una tarea nada fácil.

Faith, viendo que la pareja despertaría todavía mayor interés, decidió actuar por su cuenta y riesgo. La señora Hill gritó, se llevó una mano a la cabeza, cerró los ojos y decidió fingir un desmayo para que su hermano pudiese desenvolverse sin tantos ojos mirándolo. Devlin estuvo rápido y la sujetó entre sus brazos. Todo el mundo, incluido Darius Hollister, estuvo allí para

socorrer a una dama en apuros.

—Adoro a mi hermana —susurró John, al tiempo que cogía por debajo del pecho a Minerva para llevársela a un lugar más alejado.

—¡Suéltame! —le ordenó—. Haré un escándalo si no me dejas en este mismo momento.

—¿Crees que me importará, encanto? No, tienes mucho por lo que responder y lo harás en este mismo instante.

—¡Bruto, animal! —chilló cuando la sociedad ya no los tenía al alcance de la vista, pero eso provocó que él se riese.

Se metieron en el primer lugar íntimo que John encontró. Fue entonces cuando la dejó en el suelo. Se trataba de un pequeño cuartito que tenía una cortina que John corrió para tener intimidad.

Ella se colocó frente a él y lo vio con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos amigos.

—Ahora escucharé una disculpa y una explicación, Minerva.

Ella se quedó con la boca abierta. ¿De verdad, él…? Sí. Ese tirano arrogante hijo de Lucifer…

—¿Disculpa?

—Bien. Ahora la explicación.

—Yo no me he disculpado —saltó al darse cuenta de que él había interpretado su pregunta como una admisión de culpa.

—Eres una falsa, Minerva. Falsa y cobarde. Tu palabra no tiene ningún valor y tu falta de valentía me horroriza todavía más que tu falta de fe en mí.

—¡Cómo te atreves a…! —Las palabras le faltaron, así que ella levantó la mano dispuesta a abofetearlo. No solo la había tratado como si no fuese nada cuando Sophie apareció, sino que en esos instantes se atrevía a insultarla. No fue consciente del acto que pretendía llevar a cabo. La rabia, la tristeza, la desolación la empujaron a darle su merecido.

Por descontado John interceptó la mano antes de impactar contra su rostro. La cogió por la muñeca y la obligó a quedarse pegada a su cuerpo. Minerva miraba sus ojos. Él estaba tan colérico como ella. La respiración de uno sobre el otro. Al igual que la mirada. Juntos. Muy juntos. Pegados.

Minerva lo vio observar sus labios, ella se los lamió por inercia. Esa fue toda la señal que él necesitó para hacer lo que deseaba.

Descendió el rostro y buscó lo que ansiaba probar. El beso fue muy tierno, nada exigente, hasta que Minerva le puso los brazos alrededor del cuello. Se sintió deseosa y vulnerable. La furia parecía haberse evaporado con ese sencillo contacto. John no pudo controlarse. A medida que la pareja se dejaba llevar, el beso se fue tornando firme, ardiente, abrasador. Formidable. Fantásticamente excitante. A Minerva le encantaba el sabor de él, la sensación de aquella fogosa y traviesa lengua contra la suya, la forma en la que aquella boca masculina se inclinaba sobre la suya, una y otra vez. Le maravillaba el grave y constante gruñido masculino que le llegaba al oído desde el fondo de la garganta. Oh, y la posesividad con la que él la estrechaba entre sus brazos era abrumadora.

No había errado en su descalificación. Wild era en esos instantes duro. Bruto. Extremadamente posesivo. Y Minerva no podía más que rendirse a su dominación con sumo placer.

En el momento que ella sintió la dureza de su eje sobre el vientre gimió. ¡Dios! Lo había echado tremendamente de menos. Lo necesitaba. Lo amaba. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

John se obligó a retroceder. Se apartó de sus labios para mirarla. Ella estaba llena de deseo y lujuria. Seguían abrazados.

—¿Me deseas? —Quería escucharla admitir el hecho a viva voz.

—Sí —musitó.

—Entonces no me tendrás, Minerva. Soy blando cuando debo serlo, pero implacable cuando es necesario. Mereces un castigo por lo que hiciste. Me abandonaste sin mirar atrás después de recitar tu amor por mí. De haber intercambiado promesas conmigo. ¿Qué vale tu palabra? Más de dos meses sin saber de ti… ¿Merecía yo que me hicieras esa maldad cuando no he hecho más que amarte?

Ella cerró los ojos. Trataba de darle sentido a sus palabras. Era incapaz de razonar con coherencia.

—Yo… —balbuceó. Deseaba increparlo por haberla dejado sola, por hacerle creer que no era nada, que él prefería a Sophie… No lograba articular palabra alguna.

Pero la cortina que estaba tras la pareja se descorrió sin previo aviso. Así fue como el señor Hollister encontró a su hermana, con los brazos echados sobre la nuca del marqués de Wild, el hermano de la señora Hill.

Darius los había estado buscando desde que vio a Faith en brazos de su esposo y trató de pedirle ayuda a Minerva. Su hermana siempre lo arreglaba todo. Ella no estaba, así que… Algo extraño sucedía ahí.

—¿Es él? —le preguntó Darius sin echarle una sola mirada a John. La señorita Hollister sabía que estaba preguntándole si Wild era el caballero que había estado perturbando sus sueños durante dos largos meses. Darius tenía todavía fresca aquella conversación en el carruaje que mantuvieron mientras iban de camino a Liverpool.

Minerva asintió. Lo siguiente que hizo John fue separarse de ella y colocarla tras su cuerpo. Darius se enfureció ante esa acción.

—¿Se atreve a tratar de proteger a mi hermana de mí, cuando es evidente que es usted el que la ha lastimado, milord? —preguntó secamente.

John quiso haberle rebatido la acusación, porque era ella la que lo había herido. Decidió callarse.

—Las discusiones entre enamorados son comunes. Eso no interfiere para que sigamos con los planes previstos. Su hermana y yo decidimos que nos casaríamos y es lo que vamos a hacer.

Darius sonrió de lado, todo lleno de desprecio.

—Todavía recuerdo la última vez que lo vi, milord. Su hermana y yo tuvimos que sacarlo del Infierno. —Era el nombre que recibía aquel club del East End—. No me dejó una buena opinión de usted.

La arrogancia del marqués lo irritó. Si había algo peor que un hombre orgulloso y autoritario, eso era uno que además tuviese un título de elevado rango. Pese a que Darius conocía la identidad del marqués, no habían sido presentados formalmente. Estaba dispuesto a darle un voto de confianza porque era familia de Devlin. Eso le impidió sacarse el guante de la mano derecha y abofetearlo en la mejilla para lanzarle un duelo. Prohibidos o no, el señor Hollister se atrevería a retarlo pese a no tener un título que lo legitimase a pedir un enfrentamiento al amanecer.

—Eso fue hace muchos años, no soy el mismo. —John sabía a qué se refería, pero no había sabido, hasta ese momento, que ese hombre fuese el que había ayudado a Faith a sacarlo de aquel club en el que peleó en busca de la muerte.

Darius buscó los ojos de su hermana.

—¿Minerva? —Una pregunta con el uso de su nombre y ella sabía todo lo que su hermano le estaba cuestionando.

—Yo… —volvió a balbucear sin saber qué más añadir.

—Es mía —sentenció Wild. Era mejor dejar las cosas claras. No tenía sentido andarse por las ramas. Y que el hermano de ella supusiera lo que desease al escuchar su afirmación. Había tardado dos meses en recuperarla, no iba a escapársele entre los dedos. No. De ninguna manera.

Minerva se llevó las manos a la cabeza al escuchar al marqués. Se puso de puntillas para fijarse en la reacción de Darius y lo vio apretar los puños. Iba a pelearse con él. La señorita Hollister se escabulló por el lateral derecho y se colocó en medio de los dos para detenerlos. Se quedó frente a su hermano, pero de inmediato notó la mano de John en la cintura, sospechaba que iba a tratar de volver a colocarla tras él. Le dio un nuevo manotazo.

—No te pelees con él —le rogó a su hermano.

—¿Comprendes lo que ha dado a entender, Minerva? —le preguntó sin mirarla a los ojos, pues Darius estaba concentrado en Wild. Le estaba mostrando toda su rabia.

—Sí. —En ese momento los ojos de su hermano se alejaron de los del marqués para fijarse en ella.

Minerva supo el momento exacto en el que lo defraudó. La miró con asombro sin poder creer lo que había confesado ella.

—Te dije que no parirías bastardos… —recordó con los dientes apretados.

—Lo sé —susurró ella, aterrada.

—¿Entonces? —inquirió su hermano.

—Tengo que casarme con él, Darius. —La mano de Minerva se movió hasta su vientre. Las lágrimas comenzaron a caer.

John tragó saliva al escucharla. También se había dado cuenta de dónde reposaba su mano derecha. ¡Dios! Si le hubiese hecho el amor como pretendía, de modo salvaje y posesivo… Se alegró de haberse detenido a tiempo, entre otras cosas porque además de que ella estuviese embarazada, su hermano los habría interrumpido.

—Poco se puede hacer ya más que organizar una boda a toda prisa —dijo derrotado Darius.

—Lo siento… —musitó ella.

Los ojos de su hermano la miraron con ternura. La fuerte, segura y sensata Minerva Hollister se veía tan desvalida…

—La culpa no es solo tuya. Y te juré que te apoyaría hicieras lo que hicieras. Él debería haberte cuidado mejor. Lo hará a partir de ahora, porque en caso de no hacerlo… —Los ojos de Darius estuvieron de inmediato sobre el marqués—. Solo debe saber, milord, que tengo contactos peligrosos a los que solo debo ofrecerles una pequeña fortuna y hacen lo que se les pide sin preguntar. ¿He sido claro?

John estaba a un paso de explotar. ¡Todo era culpa de Minerva!, ¿y encima se iba a llevar los reproches él? Lo único de lo que se le podía acusar era de haberla descuidado para hablar con Sophie. Nada más. Ella lo abandonó sin explicaciones, haciéndole creer que no significaba nada para ella, y pese a todo había ido a buscarla porque no pensaba renunciar a Minerva. Está bien. Está bien. Tal vez hubiese sido un patán en la feria, pero… ¡la amaba! ¿No podía un hombre equivocarse?

—Siempre cuido lo que me pertenece, señor Hollister. Le aconsejo que esa charla se la dé a su hermana. No volveré a tolerar que huya de mí. —No lo haría, más después de comprobar, tras ese beso tan increíble, que ella lo seguía amando con la misma intensidad que él. No había un

modo mejor de saber si una mujer sentía devoción por un hombre que haciéndolo mediante un beso. Ella había superado la prueba con creces.

La cara de asombro de Darius fue espectacular. No entendía nada. Lo averiguaría en otro momento. Lo importante era que los dos se iban a casar.

—Regresemos al palco, hermana. Tu… tu prometido me visitará mañana y arreglaremos los detalles. Devlin le dirá dónde encontrarme, estoy seguro.

Ella asintió y dio un paso dispuesto a marcharse de allí con su hermano. John la cogió de la mano.

—¿Minerva? —la llamó. Ella se ladeó—. Iré tras de ti, hasta el mismo Hades si me obligas a perseguirte. ¿Lo entiendes? —Un amor como el suyo no podía destruirse. Estaban juntos en eso. La interpelada asintió.

Wild les permitió irse. Se apoyó en la pared más próxima y suspiró. Cerró los ojos. Una sonrisa de lo más sincera y brillante se dibujó en su rostro. Iba a ser padre… ¡Dios! La felicidad era completa. Solo tenía que conseguir limar asperezas con Minerva y todo saldría maravillosamente bien.

No sabía cómo, pero lograría hacer que ella estuviese de buenas con él. Tampoco sería tan difícil, ¿no?

Capítulo 13
Una dama rebelde

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí para…

Adiós a los vestidos de colores alegres y que dejaban parte de su hermosa piel a la vista. Minerva Hollister estaba a su lado mientras el vicario procedía a casarlos formalmente gracias a una licencia especial que John tenía en su poder desde hacía un tiempo. Y John insistió en la palabra «formalmente» porque en su corazón era su mujer desde que estuvieron en el pabellón de caza.

No la había impresionado ni con ese precioso anillo con tres diamantes rosas engarzados en una banda de oro… Mal asunto.

La iglesia familiar de la casa de campo de los duques de Bridgewater —lugar al que todos se habían trasladado para celebrar la boda— estaba adornada con abundantes flores, el color de los lirios blancos y las rosas rojas contrastaba con el vestido mustio y gris que ella llevaba. Estaba dejando claro su disgusto por la boda. Era guerrera. John no sabía si estaba más divertido que enfadado.

A la pareja la acompañaban sus familiares directos, a saber: los padres de John a la cabeza, su hermana y su esposo y el señor Hollister, además de Diane Rider. La señorita Rider era de la propia familia para Minerva.

Íntimo, pero no por ello menos carente de significado.

Cuando el vicario terminó la ceremonia matrimonial y lo instó a besarla… Vio que Minerva le ofrecía la mejilla. John le sostuvo el rostro con ambas manos, la obligó a que se mantuviese frente a él y buscó su boca. Poco le importaba causar un revuelo. Dios acababa de dar el visto bueno a la unión. Era suya para amarla con intensidad.

—Pronto habrá más… —susurró sobre los labios femeninos cuando se despegó de ella. Minerva había reaccionado perfectamente al beso. Podría estar enfadada, pero su cuerpo la traicionaba demasiado como para que John se molestase por su actitud de supuesta indiferencia.

Ella tuvo el buen tino de callarse. Él le sonrió como un auténtico bribón.

Los invitados no tardaron en acercarse para felicitar a los recién casados. El primero de todos fue Bridgewater. Sujetó la mano enguatada de Minerva, le ofreció una brillante sonrisa y le dijo:

—En cuanto la vi, *lady* Wild, supe que era perfecta para mi hijo.

Ella se quedó con la boca abierta. Buscó la mirada de su esposo para ver si le aclaraba lo que acababa de escuchar. Él negó sutilmente. Luego se lo contaría todo. Mientras el padre se volvía para felicitar a su vástago, la madre de John le ofrecía un cálido abrazo a la flamante marquesa.

El duque se acercó a su hijo y le palmeó la espalda.

—Me has hecho caso. Has tardado un poco más de lo que pensé, pero al fin te has casado. Y todo sin cortar tu asignación… Estoy orgulloso de ti, John.

—¿Siente admiración porque me he casado? ¿No le impresioné cuando le demostré que era capaz de mantenerme por mi cuenta cuando acerté con las inversiones en las minas? —Su padre era extraño. Lo veía tan emocionado que no daba crédito.

Bridgewater abrió los brazos en ese momento. John se quedó aturdido con el gesto. Fue su hermana Faith quien tuvo que darle un discreto codazo para que se uniese a su padre en un abrazo. Lo hizo al punto sin creer lo que estaba ocurriendo.

Cuando lo tuvo cogido le dijo en confidencia solo para sus oídos:

—Estoy contento, hijo mío, porque sé que lograrás tener la felicidad con la mujer que te ha elegido. No te equivoques, ellas nos hacen creer que somos nosotros los que las seleccionamos, pero no es así. Incluso cuando me casé con tu madre por medio de un contrato, ella decidió quedarse conmigo. El dinero y las influencias van y vienen, pero la devoción de una esposa siempre prevalece. Eso era lo único que quería de ti.

John sonrió. Las palabras de su progenitor nunca le parecieron más sabias.

—Gracias, padre.

—Tienes la mitad del trabajo que te exigí hecho, dame un par de nietos lo antes posible.

Se moría de ganas por decirle la verdad sobre el estado de Minerva, pero no la avergonzaría más de lo que lo había hecho frente a Darius Hollister. Tenía algún que otro remordimiento por haberla puesto en esa tesitura, pero no se le ocurrió ningún otro modo más rápido para sellar el destino de ambos.

Su padre se separó de él. Se miraron a los ojos y por un instante a John le pareció que el duque tenía la miraba vidriosa. Antes de que pudiese fijarse mejor, Bridgewater se dio la vuelta y desapareció de la capilla.

—Tu padre te ama —le dijo su madre cuando se colocó delante de él para darle otro abrazo. La duquesa sí estaba llorando de plena emoción.

—Siempre lo sospeché, madre, pero no ha sido hasta ahora cuando me he dado cuenta de lo mucho que lo hace.

—Yo te amo más —le confesó mientras le guiñaba un ojo—. Aunque estoy segura de que tu esposa lo hará el doble que yo.

Él soltó una gran carcajada.

—Sé que te has dado cuenta de que ella está un poco disgustada.

—¿Sí? ¿Un poco solo? —ironizó.

—Madre… —la reprendió porque todos los presentes sabían que Minerva estaba enfadada con él. No tenía caso negarlo.

—Llegué una hora tarde el día de mi boda y me puse un vestido negro. Hice todo eso y Bridgewater no perdió la compostura ni por un instante. Entonces comprendí el carácter de él. Tu padre siempre ha sido frío, pero yo encontré el modo de suavizarlo. Tu hermana lo terminó de conquistar y tú siempre serás su mayor orgullo.

Él afirmó con la cabeza.

—Amo a Minerva y ella también me ama a mí. Es todo lo que importa.

—¿Crees que si no fuese así, yo hubiese permitido que mi pequeño se casase? —rebatió con convicción.

—No se ofenda, madre, pero yo había tomado la decisión, y ni el Creador mismo me hubiese hecho retroceder.

—Ah, pero Dios es el padre de todos, yo soy tu madre.

John no discutió más con ella, le dio un beso y entonces siguió recibiendo las felicitaciones del resto.

Diane Rider le tendió la mano y lo amenazó con dejarlo eunuco. Sí, sin disimulo ni medias tintas. Se lo expuso así y él supo que no mentía. El hermano de la nueva *lady* Wild le tendió la mano también y luego le dijo:

—Ella es toda la familia que me queda. No tengo nada que perder. Espero que me crea cuando le digo que por Minerva mataría y moriría.

—Yo también —le aseguró convencido de que así era.

El señor Hollister estuvo satisfecho con el intercambio. Asintió con la cabeza dándole a entender que lo creía.

Los invitados se dispusieron a abandonar la capilla ducal. Minerva no osó moverse del lugar, dado que su esposo estaba todavía allí. Iba a servirse un almuerzo para festejar el feliz acontecimiento.

—No estás satisfecha. —No era una pregunta.

—Eso no es importante —respondió ella.

—¿Albergas a mi hijo en tu interior, Minerva? —Esa pregunta había sido la que quiso haberle hecho en Covent Garden, pero desde que se cruzó con ella en el teatro, su hermano se había ocupado de que él no tuviese acceso a ella.

—Sí.

—¿Cuándo lo supiste?

—Bastante pronto —confesó. Era una dama muy constante en sus periodos. Lo supo de inmediato, cuando no sangró la semana que debería haberlo hecho. No había tenido mareos ni tampoco náuseas, pero lo sabía. Y no sentía miedo. No temió cuando lo descubrió, porque un niño era lo que había soñado siempre sin saber que lo desease tanto.

—¿Me lo hubieses dicho?

—No lo sé —dijo en un ataque de sinceridad. Lo observó apretar los puños y fruncir los labios—. Estaba hecha un lío y en verdad no podía pensar con claridad. Supongo que cuando te hubiese visto… Un padre debe saber que tiene un hijo. Creo que sí que lo hubiese hecho en algún momento.

—¿Por qué me abandonaste? —Era hora de aclarar los asuntos más trascendentales, porque si no hablaba con ella lo antes posible, los dos podrían embarcarse en una espiral infernal. Mejor dar el primer paso y pulir el resto a medida que pasasen los días.

—Me heriste. Y me convencí de que lo mejor era dejarte para que fueses feliz.

—¿Qué? —No recordaba haber hecho nada similar.

—En la feria —apuntó.

John frunció el ceño.

—¿Todo eso fue porque te descuidé cuando vi a Sophie? Era necesario que aclarase las cosas con ella, Minerva. No quería que la conocieses. Ella era mi pasado y tú mi presente.

—La besaste —susurró.

Él gimió. Así que ella había visto eso.

—Fue ella quien lo hizo.

—Y tú no te apartaste —rebatió con suavidad.

—No, es cierto. No lo hice, pero eso sucedió por tu causa.

Minerva abrió los ojos por completo.

—¿Insinúas que yo te obligué a besar a otra mujer? —preguntó indignada.

—Digo que dejé que me besase porque quería confirmar lo que ya sospechaba. Era necesario averiguarlo y no tener la duda el resto de mi vida.

—¿Vas a ilustrarme? —preguntó cuando él se quedó callado.

—No sentí nada, Minerva. Su beso no podía compararse a ninguno de los que habíamos compartido tú y yo. Y espero que confíes en mis palabras, porque te he demostrado con creces dónde están mis verdaderos afectos. En caso de no quererte no hubiese estado más de dos meses buscándote por todas partes, ni me hubiese presentado ante ti dispuesto a hacer cualquier cosa para convertirte en mi esposa.

Ella suspiró y se llevó la mano a la frente. Sus palabras eran sinceras y venían a confirmar

los hechos. No le había gustado que se presentase ante ella como un autócrata, pero… Cerró los ojos y repasó lo que había vivido con él. ¿Qué opciones tenía? Se había casado con el hombre que sabía que jamás lograría olvidar, con el padre del pequeño que crecía en su seno. Le acababa de tender una rama de olivo. Su esposo, un hombre, además con un título de alto rango, cuyo orgullo era bastante grueso, acababa de dar el primer paso.

Tocaba ser humilde. Minerva despegó los párpados y se quedó mirando sus ojos castaños, parecían pacientes y ansiosos por conocer sus consideraciones.

—Dios, John… Yo… me sentí celosa, lo admito, pero me marché a toda prisa porque te presté mucha atención cada vez que hablabas de ella. La amabas. Y quería que fueras feliz. Habías empeñado tu palabra conmigo y te devolví la libertad.

—Eso es, amé a Sophie, en pasado. Y siempre será mi mayor error y pesará sobre mi conciencia, porque consideré que me había traicionado y la dejé a su suerte sin ver las implicaciones de las acciones que llevé a cabo por mi orgullo herido. Llegaste tú y lo cambiaste todo. Aquella entrevista… —John le sonrió—. Eras interesante y se veía que no tenías miedo de nada y tampoco de mí. —Suspiró—. Viví un sueño en el pabellón de caza, porque esa era la vida que deseaba contigo. Y después… la feria. No actué bien al dejarte de lado cuando la tuve frente a mí, sabía que ella tramaba algo y no quería que fueses testigo de aquello. No me fiaba de Sophie. No esperé que reaccionases así. Me abandonaste y me volví loco buscándote hasta que al fin te encontré en el teatro. Según tus propias palabras, me diste la libertad y yo te elegí a ti. Te buscaré siempre, Minerva. No me rendí con Sophie hasta que ella decidió ser de otro, pero ten la seguridad de que aunque te hubieses casado, habría encontrado el modo de liberarte para atarte a mí. Nunca me daré por vencido contigo. Estoy tan seguro de que somos el uno para el otro, que me importaría poco convertirme en un bárbaro.

—Yo… No sé qué decir. —De pronto le pareció que todo había sido un enredo, una tontería sin importancia que se había complicado al marcharse, pero creyó que estaba haciendo lo mejor para todos.

—Te haré la pregunta más importante. ¿Confías en mí? —La premisa del amor entre ambos era sólida, pero la confianza era primordial.

—Sí —afirmó sin dudar.

—¿Me amas?

—Sabes que sí.

—Ahora la siguiente en orden de importancia. ¿Crees que te amo?

—Sí —dijo sin titubear también.

—Entonces empieza a demostrármelo, porque tengo serias dudas de que en verdad lo creas.

—¿Por qué te besó? Te dejó atrás, ¿por qué tuvo que volver a buscarte? —se atrevió a preguntar. El dolor que se empeñó en soterrar seguía ahí y si no lo sacaba a flote y lo comprendía no podría desprenderse de él.

—Porque quería que me casase con ella. Su difunto esposo la dejó prácticamente en la indigencia y no quería que su hijo sufriese penurias. El heredero de Redford la había dejado sola porque carece de suficientes recursos, y el padre de Sophie no iba a ayudarla, por lo que le recomendó que se casase de nuevo para solventar su falta de fondos. Fue por eso por lo que me buscó.

Minerva se llevó una mano al corazón. Comprendió que él había tenido al alcance de la mano lo que había deseado, a Sophie en su vida… para siempre.

—¿Te negaste por mí?

—Sí.

—¿Fue por obligación, porque me diste tu palabra? —indagó con suavidad.

—No. Fue porque te amo. —Ella afirmó con la cabeza. Lo creía.

—¿Y qué será de ella sin tu protección?

—Ella cuenta con mi ayuda, Minerva. No podía volver a fallarle de nuevo. Envié a mi abogado para ofrecerle mis recursos. Viven en una casa conforme a su posición en la ciudad y su hijo dispondrá de mis fondos para salir adelante. Eso mitigará mi conciencia tibiamente.

Ella se mordió el labio inferior. La pregunta que deseaba hacerle era peligrosa.

—Quiero saber una cosa, pero no deseo que te molestes.

—Pudiste tener ese pensamiento antes de venir al altar. Es injusto que los demás hayan tenido ocasión de verte vestida con colores vibrantes y yo no… —Se quedó un momento pensativo y luego sonrió de lado—. Aunque también es verdad que yo te he contemplado desnuda… Supongo que no tengo derecho a reclamarte nada.

—¡John, estamos en la casa de Dios! —lo regañó.

—Y no he dicho ninguna mentira, solo hice una observación. —Ella suspiró—. ¿Qué más te perturba?

—Lo primero es si… el niño de Sophie… ¿él no es…? —Perdió fuelle con la pregunta. Él la entendió de inmediato.

—No puede ser mío, porque Sophie y yo nunca llegamos tan lejos como lo hicimos tú y yo.

El peso de su corazón se esfumó de inmediato.

—No quiero que haya secretos entre nosotros, John.

—No tiene por qué haberlos.

—Decidí casarme porque mi hermano… ya te lo conté.

—Supongo que ahora que estás embarazada, cuando él logre perdonarme por comprometerte antes de pasar por el altar y restregárselo por la cara, se pondrá contento.

—Sí, él se alegra, pero lo que no te mencioné es el otro motivo por el que quería casarme rápidamente. —No estaba segura de contárselo, pero era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Va a molestarme lo que me cuentes?

—No debería.

—Entonces dímelo, sea lo que sea lo digeriré— dijo estoico preparándose para lo peor.

—Yo tenía dieciocho años cuando me enamoré de Lucas Wallensak.

—Te dije que no me importaba tu pasado —la interrumpió porque la sentía incómoda y no era algo trascendental para él.

—Lo recuerdo, pero tienes que saberlo. No quiero más desencuentros. Verás, él era… bueno, él sigue siendo el mejor amigo de mi hermano.

John apretó los puños y tomó una larga bocanada de aire.

—¿Tu hermano lo sabía? —Porque a él le faltó un pelo para apuñalarlo cuando se dio cuenta de que había poseído a Minerva.

—No. No sabe que entre Wallensak y yo hubo algo serio. Darius cree que solo estuve enamorada de él.

—¿Qué pasó?

—Hicimos aquella tontería y yo descubrí que él estaba prometido con la joya de la corona de Boston. Me dijo que lo que sucedió entre nosotros fue un error y lo siguiente que hice fue venir a Londres para alejarme de él.

—Hiciste bien. Un hombre que no se dio cuenta de tu valor, no merecía tenerte cerca.

—Yo lo amaba muchísimo, imagino que como tú a Sophie —le advirtió por si él se ponía

celoso—. Traté de hacerle comprender que la mujer con la que iba a desposarse no era buena… Digamos que yo tuve razón y que al final le hizo la vida imposible y… —No se atrevía a continuar con el resto.

—¿Minerva?

—¿Qué?

—No me importa.

—Él está en Londres —musitó con suavidad.

—De acuerdo, sí me importa. Sigue.

—Pretende quedarse aquí un largo tiempo y no ha venido con su esposa y sus hijos…

—¿Lo has visto desde que llegó?

—Sí, John. Es el mejor amigo de Darius, era evidente que me iba a topar con Wallensak en algún momento.

—¿Y él te ha…? —No supo cómo continuar.

—Fue por la llegada de Wallensak por lo que quería casarme a toda prisa, para que él no viese que yo no había logrado avanzar. Es evidente que no logré mi cometido, cuando me lo encontré yo seguía siendo soltera, y fue entonces cuando me confesó que su vida era muy desdichada, a lo que le respondí que yo no podía hacer nada porque estaba comprometida. Lo cual era una gran mentira…

—Así que te propuso algo inaceptable —adivinó él.

—Bueno resulta que… —No se atrevió a seguir.

—¿Va a ser un problema para nosotros?

—No lo creo. Estoy segura de que Darius ha hablado seriamente con él, incluso antes de pescarnos a los dos en el teatro en una actitud muy indecorosa. Mi hermano sospechaba que su amigo vino para buscarme, y me avisó de que no consentiría que yo diese a luz a ningún bastardo.

John comprendió al fin aquella alusión tan extraña que hizo en aquel momento el hermano de su marquesa.

El desgraciado bostoniano se había atrevido a dejarla de lado en el pasado y luego había regresado para reclamarla. John podría ser el último hombre en censurarlo, porque cometió un error parecido con Sophie, aunque él no le arrancó su virtud. El maldito bastardo merecía morir.

—Bien.

—De hecho, las pocas veces que nos hemos visto él ha mantenido las distancias. Estoy convencida de que no será un problema, pero quería hablarte de él.

—¿Hubo consecuencias, Minerva?

—¿A qué te refieres?

—Yo te he dejado embarazada, ¿sucedió lo mismo con el amigo de tu hermano? —No quería ni recordar su nombre o apellido ni decirlo en voz alta.

—No. Él… —No se atrevía a continuar.

—Dímelo todo. No hay secretos entre los dos. Hablaremos las cosas por muy desagradables que sean.

—Es difícil…

—Lo sé.

—Su líquido… él… Cayó sobre mi estómago. Me explicó luego que así no habría peligro de que tuviese un niño.

—¡Maldito bastardo! —gruñó lleno de furia.

—¡John, estás en la casa de Dios, no puedes blasfemar!

—Lo mataría, cariño. Lo haría despacio y poco a poco si lo tuviese aquí.

—Sabía que no te lo tenía que haber contado… —se lamentó mortificada.

—No lo entiendes, Minerva. Él sabía todo el tiempo lo que hacía. No fue un ataque de amor o lujuria producido por un momento de ardor. Sé de lo que hablo porque en todas las veces que hicimos el amor, no pude contenerme. El delirio que me provocabas era tan grande que me hubiese sido imposible salir de tu interior cuando el éxtasis me consumía. Él tuvo la sangre fría para detenerse, para no dejar rastro de su maldad. Sabía que no se casaría contigo y por eso decidió no tentar a la suerte y evitarte así un embarazo. Yo no hubiese podido vaciarme en otro lugar que no fuese dentro de ti —insistió—. Estaba tan seguro de nosotros, que no me importaba nada más. Ese maldito desgraciado te sedujo sabiendo que no se casaría contigo.

—No puedes saber eso, John —indicó a la defensiva. Su esposo no había estado allí. No, imposible que supiera que Wallensak hubiese hecho algo tan cruel como lo que sostenía su marido.

—Tú sí, Minerva. Lo has sabido todo este tiempo y no has querido reconocer que él se aprovechó de ti. Y no te fiabas de ti misma cuando él llegase a Londres, por eso deseabas pertenecerle a otro hombre, porque ya adivinabas que lo primero que haría era proponerse para Dios sabía qué. Y por eso mismo le dijiste que estabas comprometida. Te protegiste de él porque ya sabías la clase de hombre que era.

—John… —dijo mientras se lanzaba a sus brazos. Su esposo la cobijó y comenzó a acariciarle el cabello—. Es así, es justo eso… —Sollozó—. ¿Cómo puedes conocerme tan bien?

—Porque sé quién eres, cariño. Eres fuerte, eres encantadora y una mujer que merece que su esposo la venere. Seré ese hombre para ti si me lo permites.

—Sí, sí. Por favor, no me dejes nunca… No quiero perderte otra vez. Lo siento, lo siento…

Él separó el busto femenino de su torso y la miró a los ojos. Le limpió las lágrimas.

—No me abandones cuando surja una complicación. Quédate y desafíame, sea lo que sea lo arreglaremos.

—No pienso marcharme de tu lado —le confirmó, pero John la observó todavía un poco preocupada.

—¿Hay algo más que te inquiete?

—No estoy segura de que la alta sociedad me acepte. Seré una arribista llegada del comercio y sabes que…

—Nada de eso, Minerva —la cortó intuyendo sus conjeturas—. Mi título es lo suficientemente fuerte para acallar cualquier habladuría y tengo el carácter necesario para poner freno a todo rumor infundado que pueda nacer. Si todo eso fallase, y algún incauto quisiera ponerse a prueba a sí mismo tratando de lastimarte, tendría que convivir con la ira de Bridgewater. Además de contar con mi protección, que no es poca, tienes la de mi padre, y cuando el duque actúa, el resto obedece sin rechistar. Nadie lo desafía y sale impune. Vamos a ser muy felices —insistió.

—Seremos felices con nuestro hijo. Todo irá bien.

—Te lo garantizo, cariño. Ahora te besaré minuciosamente para poder soportar la desgracia de no hacerte el amor hasta más tarde, e iremos a la mansión. Todo el mundo nos estará esperando.

Ella palideció.

—¡Qué vergüenza! Deberíamos estar ya allí.

—Saben que estamos arreglando las pequeñas diferencias que nos impedían disfrutar de nuestro amor. Nadie dirá nada, te lo aseguro. Se pondrán muy contentos, incluso tu hermano tal

vez deje de sentir deseos de estrangularme.

John no la dejó replicar, bajó la boca y procedió a hacer lo que predijo que haría. Cortó el beso antes de que el asunto se pusiese ardiente.

Minerva supo que nada malo ocurriría a partir de ahí. Confiaba en él. John la había elegido. Ella lo amaría tal y como lo hacía, sin contención y con honestidad. Se prometió que las inseguridades o los tontos sacrificios no volverían a suceder. John había dejado a Sophie para elegirla a ella cuando le ofreció la libertad. Hubiese sido fácil para él mirar a otro lado y no acordarse de ella. ¿Qué otra prueba necesitaba? Ninguna.

La felicidad era completa.

***

El banquete de bodas fue un éxito. Todo el mundo se dio cuenta de que la pareja había hecho las paces antes de que se sirviese el almuerzo. Las sonrisas eran brillantes, incluso alguna un poco más tímida por parte de Darius. Diane se acercó a su amiga y la abrazó. No pudo evitarlo y le susurró en la oreja: «Te lo dije». Ambas se rieron.

La noche no llegó lo suficientemente rápido para los dos. En vez de marcharse de la finca campestre de Bridgewater a su propia casa, había sido el resto quien los dejó solos. Bendita fuese Faith por sugerir que pasasen unos días en soledad allí.

El servicio había acomodado a *lady* Wild en una habitación contigua a la que usaba su esposo cuando residía en la finca.

Estaba nervioso. La había tenido antes, muchas veces, pero esa noche era especial. John llamó con los nudillos sobre la madera y en cuanto ella dio permiso entró. Le había dado un poco de privacidad para prepararse, pero mientras disfrutaban de una especie de luna de miel en casa de Bridgewater, John iba a dormir con ella. No importaba la habitación. Ocurriría lo mismo cuando llegasen a Londres y se instalasen en su mansión de Grosvenor Square. Le permitiría tener su propia estancia para procurarle un lugar que fuese privado, pero ella dormiría en su cama. Cada noche hasta la eternidad. Tal vez incluso más allá.

La divisó, envuelta en un suave camisón de seda de color rojo, de pie junto a la cama. Estaba a punto de estallar y todavía no la había tocado. La miró de arriba abajo y se le cortó la respiración.

—¡Cielos, encanto! Creía que esta noche podría tomarme mi tiempo para amarte como te mereces, pero esa indecente prenda de ropa que usarás cada noche, me lo va a poner complicado.

—Estás siendo absurdo porque no soy tan…

John corrió hacia ella para detener lo que su esposa fuese a decir. Posó los labios sobre los de Minerva y se sintió en el cielo. El beso fue ardiente desde el primer momento, húmedo, incitante, exigente… exquisito. John le lamió los labios antes de meterle la lengua en su dulce cavidad.

Minerva sintió que sus rodillas comenzaban a fallar. Buscó apoyo contra el torso masculino y pronto un gemido lleno de pasión brotó de su garganta. No tardó demasiado en sentir ese angustioso pero increíble palpitar que se agolpaba entre sus muslos, un lugar que lo había albergado no hacía demasiado para ajustarse como un guante sedoso a su virilidad.

Sacó la lengua para demostrarle que era una alumna aventajada y procedió también a lamerle los labios. Los largos y delicados dedos de Minerva se metieron bajo su camisa de dormir. John no tardó en sacársela por la cabeza. Su esposo estaba desnudo frente a ella. Volvieron a entregarse al placer de un nuevo beso arrollador. Las manos de John le acariciaban

los pechos por debajo de la deslizante seda, aunque no tardaron en trasladarse hasta su espalda y en bajar hasta su trasero para amasarlo, primero con ternura y luego con más picardía. Una vez allí, las grandes manos de John no pudieron detenerse, la alzó hasta que estuvo completamente pegada a él. Ese movimiento propició que comenzase a frotarse contra el vientre de ella de un modo seductor y primitivo.

El anhelo de John era incontrolable, acabaría por estallar antes de consumar el matrimonio y la luz que emanaría de su inerte cuerpo sería mucho más fuerte que los rayos del propio sol.

Wild detuvo el beso.

—¿Ves lo que me haces, cariño? —Llevó la mano de ella hasta su hombría para que lo sintiese—. Me duele cada vez que estoy cerca de ti y no puedo tenerte como deseo. Te pido disculpas por adelantado, porque los próximos años van a ser agotadores para los dos.

Ella se rio por el tono tan lastimero que él acababa de usar.

—¿Tan malo sería eso?

—No.

Volvió a besarla.

—Te amo —susurró con devoción.

—¿Minerva?

—¿Qué?

—Te amo el doble, cariño.

—No lo creo.

—Sí.

—¿John?

—¿Qué?

—¿Si te dejo ganar seguiremos haciendo el amor?

Él gimió. La rodeó con los brazos por la cintura y por los hombros, y la pegó a él mientras la besaba una y otra vez. ¿Se cansaría siquiera de besarla algún día?

—Me gusta mucho cuando me besas, John.

—Me gusta mucho cuando te beso.

—Lo sé —replicó Minerva antes de volver a besarlo.

La pasión estaba alcanzando cotas insospechadas. John se detuvo para observarla.

—No sé si podré hacerlo bien. Tal vez me muestre un poco rudo… —No sabía si lograría controlarse y tratarla de modo paciente. Estaba tan hambriento…

—No te detengas —rogó con entusiasmo cuando él alzó la cabeza. Parecía desesperado por no perder la razón y mantener la cordura—. ¡No te atrevas a reprimirte, John! —exigió como una tirana.

—Cariño…

—Lo quiero todo de ti, como desees mostrármelo —lo urgió, al tiempo que se apartaba para desembarazarse del camisón.

El marqués no supo cómo llegaron allí, o si Minerva lo había empujado para caer sobre la cama, pero un momento después la pareja se encontraba forcejeando y jadeando sobre el colchón de plumas mientras las manos de uno y otro acariciaban y tentaban cada centímetro de la piel desnuda.

John figuraba sobre ella, deleitándose con esos senos tan abundantes.

—Los veo más grandes que la última vez, cariño.

—¿No te gustan? —preguntó preocupada. Ella también se había dado cuenta de que sus ya de por sí grandes senos habían aumentado.

—Los amo tanto como a ti —apuntó risueño.

Entonces los acunó con ambas manos antes de pellizcarle los pezones. Su boca se entretenía besando la garganta de Minerva. Ella suspiraba encendida de deseo. Las sensaciones que John le transmitía eran todavía más fuertes que la última vez. Era probable que el embarazo la estuviese afectando de ese modo también, porque si su esposo estaba ansioso, ella apostaría su propia fortuna a que lo superaba con creces.

—¡Dios! Si hago algo que te moleste debes decírmelo, Minerva, no soy dueño de mí mismo esta noche.

En respuesta, Minerva separó las piernas sin remilgos. Una clara invitación. Su esposo llevó una mano hasta el lugar donde se unían sus muslos. Estaba húmeda y más que preparada para él. John también estaba formidablemente listo y poseído por la lujuria. Se colocó sobre ella al tiempo que le separaba un poco más los muslos con las piernas, deslizó las manos bajo sus caderas para alzarla con suavidad y la penetró.

Su feminidad seguía estrecha, pero se amoldó a la perfección en esa primera intrusión. John gimió con dolor cuando sintió que los músculos femeninos internos se cerraban con más fuerza sobre él. Todavía no había conquistado del todo el Olimpo. Quería ir poco a poco, pero ella lo estaba complicando mucho.

—No hagas eso, bruja. —Le pidió que no se apretase más contra él. Sabía que ella deseaba llevarlo a la locura y él todavía tenía planes.

Puesto que él seguía quieto, sin atreverse a balancearse contra ella, fue Minerva la que tomó la delantera. Lo asió por las nalgas y se dispuso a alzar las caderas para que continuase. Se hundió en su esposa hasta el fondo. Hasta la empuñadura.

Podría haberla tomado despacio y con mucha más tranquilidad desde ese momento, pero Minerva parecía querer desafiarlo. John se rindió al deseo y la pasión que ella le despertaba, que Dios los ayudase, porque jamás saldrían de la cama.

Lo que siguió fue una preciosa pugna entre un hombre y una mujer que se deseaban con fervor. Sin censura. No sabían el tiempo que les llevó la lucha, solo sabían que el final se avecinaba y que ambos serían declarados vencedores.

John perdió por completo su autocontrol cuando la escuchó gritar su nombre a todo pulmón, y comenzó a estremecerse debido a la inminente llegada de un poderoso clímax. Sabiendo que había cumplido con la misión de complacerla, procedió a aumentar el ritmo de los envites. Ella lo instaba a ser más agresivo, más duro. ¡Dios! Lo iba a matar. Y cuando John creyó que moriría de puro desgaste sintió cómo su propio gozo extenuante se iniciaba irrefrenable. El éxtasis llegó para agitar todo su mundo. Se derramó en su interior con el último empellón. Hasta el fondo, para marcarla y que ella no olvidase que eran el uno para el otro. Juntos, siempre juntos.

Los dos habían acabado empapados por el sudor. Habían perdido la noción del tiempo y el fuego de la chimenea se había visto reducido a unas pocas brasas. Los dos seguían jadeando, ella bajo él.

John buscó su mirada. Sabía que no había sido tierno. Se mostró posesivo y lleno de lujuria. Temía que su esposa pudiese reprenderlo, pese a que ella lo había animado con ahínco.

La observó con una gran sonrisa en el rostro. Tenía su bella melena rubia despeinada, algunos de sus preciosos mechones le tapaban parte del pecho. Se veía bien amada, sonrojada y saciada, con los labios entreabiertos y los párpados a medio bajar. Se sintió orgulloso de sí mismo.

—¿John?

—¿Qué?
—¿Cuándo crees que podremos volver a repetirlo?
—¿Minerva?
—¿Qué?
—¿Cuánto crees que tardarás en estar lista de nuevo para mí?

Capítulo 14

Una insensatez divertida

Las semanas pasaban y Minerva estaba convencida de que nada podría ir a mejor. Era todo insuperable. No creía que pudiese amar tanto a John como para dejar desatendida a la Hollister Sea Corporation… Bueno, en realidad la había dejado en manos de Diane y de Darius, y eran los dos más que competentes.

La finca de campo de los duques se había convertido en el paraíso en la Tierra. No sabía cuándo se marcharía, pero su esposo no estaba muy decidido a que fuese pronto.

Minerva se estiró por completo en la bañera humeante y suspiró. La puerta que tenía detrás se abrió.

—Mary, no hace falta que me esperes, me las apañaré yo —le indicó a la doncella que la asistía cada día.

—Ah, pero es el deber de todo esposo dedicarse a cuidar a su mujer. —John llegó para colocarse junto a ella. La miró sin sutilidad alguna.

Minerva estaba preciosa, estirada en la bañera, con el pelo recogido para que no se le mojase, así que podía ver sin interferencias sus voluminosos pechos y el rico triángulo de sus rizos rubios. Le había hecho el amor pacientemente esa mañana y su virilidad ya estaba pidiendo la atención de su esposa.

—¿John?

—¿Qué?

—¿Qué te propones?

—Bañar a mi esposa, por supuesto. —El marqués se sacó la chaqueta y la tiró sobre la silla más próxima.

—¿No soy capaz de hacerlo yo misma? —coqueteó con su marqués.

—Yo lo haré mejor. Además hoy estoy de muy buen humor, he recibido una noticia fantástica. Merezco un premio por lo que he hecho.

—¿Como en una justa? —tanteó.

—Eso es.

—¿Me dirás qué te tiene tan orgulloso de ti mismo?

—Me he librado de una gran molestia y ni siquiera he tenido que ensuciarme las manos.

—¿Me lo vas a explicar o solo deseas que te dé tu premio?

—He mandado a Wallensak de regreso a Boston.

—¿Disculpa? —Minerva se quedó atónita.

—Mejor que una disculpa, dame las gracias —dijo mientras se quitaba el chaleco.

—¿Qué has hecho, John? —sermoneó.

—¿Sabes que ese fanfarrón no es el dueño de su empresa de transporte marítimo? Es el padre de su esposa el que tiene las riendas y no desea dárselas porque no se fía de él. Y hace bien, porque si ese bastardo decidió que tenía que venir a buscarte…

—Jooooohn —lo regañó.

—Verás, le sugerí a Bridgewater que se sumase a hacer una inversión conmigo. Parece ser que desde que me he casado, no solo todo lo hago bien, también soy un genio de las finanzas para el duque. Así que le dije a Hill que se ocupase de que el padre de la señora Wallensak se asegurase de que los ingleses estaban dispuestos a invertir una buena fortuna en Boston si el bastardo era quien se ocupaba de los negocios, porque Bridgewater se quedó muy impresionado

con él.

—¿Tu padre lo llegó a conocer?

—Por supuesto que no. Pero Hill es de esos hombres que ayuda a la familia y no hace preguntas. ¿Estás enfadada conmigo por lo que he hecho? No lo quería cerca de ti. Confío plenamente en ti, cariño, pero consideré que era mejor darle otro objetivo que perseguir. Si se aplica y demuestra que es bueno en la empresa que Bridgewater y yo le hemos dado, tal vez logre al fin estar al frente de su propio negocio.

—Si te soy sincera, me alegro de que no esté aquí. Era un recordatorio de lo estúpida que fui en mi juventud. Así que creo que podría ocuparme de atender a mi campeón.

Minerva le hizo un gesto para llamarlo con el dedo índice. John sostuvo la camisa de lino blanco por la parte baja para sacársela por la cabeza… cosa que hizo rápidamente. Se acercó a su esposa, portando todavía sus finos y ajustados pantalones de montar y se colocó al lado de la bañera. Acuclillado.

Sus dedos traviesos comenzaron a tocar la mejilla derecha del rostro femenino para luego posarse en sus labios.

—Abre la boca, Minerva. —Ella obedeció. Había olvidado lo autoritario que se volvía en la intimidad, porque durante esos días, después del matrimonio, él había sido muy exigente en cuanto a sus atenciones, pero no un tirano.

Un dedo de él se introdujo en el interior de la boca y ella juntó los labios para cobijarlo sin fisuras y luego lo chupó con fuerza.

—Te voy a dar algo más sustancial para que hagas travesuras con la lengua. Te imaginas lo que será, ¿verdad? —La dama asintió, la anticipación la tenía al borde.

La otra mano de John buscó los pechos y palpó ambos, para después tironear con delicadeza y placer el duro pezón derecho. Su esposa seguía chupando con codicia el dedo que él mantenía en su boca. ¡Cómo le gustaría que fuese su virilidad la que estuviese en sus delicados labios! La mano siguió en busca de otro lugar interesante. Incluso con el agua a su alrededor, John la encontró resbaladiza entre los muslos. Rugió de placer. Le metió el primer dedo, para luego pasar a un segundo.

Ella estaba tan ansiosa y dispuesta que le costó poco darle un placer exquisito que la debilitó de inmediato. Minerva se arqueó sobre el agua y la bañera se desbordó. El jadeo que le ofreció mientras susurraba su nombre lo puso frenético.

John se levantó entonces dispuesto a desembarazarse de los pantalones. Se llevó la mano a la presilla, pero se detuvo cuando escuchó un ruido que provenía del exterior. Se acercó a la ventana y miró.

—¿Son tus padres? Deberíamos habernos ido hace tiempo.

John resopló. Le acababan de cortar la diversión. Se movió hacia la silla y procedió a secarse para luego colocarse la camisa, el chaleco y la chaqueta que se había quitado previamente. La miró.

—No, no son los duques. Me temo que las obligaciones llaman a mi puerta y que nuestra luna de miel acaba de terminar. Tenemos trabajo pendiente y han venido a recordárnoslo.

—¿Quién?

—Watford, Mackay y apuesto a que también contaremos con la visita de sus flamantes esposas. Supongo que Warwick se habrá quedado organizándolo todo.

—Hablas enigmáticamente y no te sigo en tus razonamientos.

—Lo que debes saber es que pensaba hacerte el amor en la bañera y que me lo reservo para otro momento. Bajaré a recibir a mis amigos. Te esperaremos. Por favor, no tardes, sus esposas

estarán deseosas por conocerte.

John se dirigió hacia la puerta de salida. Se quedó parado y regresó a toda prisa. Se acuclilló, le sujetó la barbilla con la mano y bajó la cabeza para besarla.

Un contacto breve, pero intenso.

—Me vuelves loco —dijo antes de salir de allí a toda prisa, porque de lo contrario acabaría encerrándose con su esposa y se olvidaría de todo.

—No eres el único… —musitó Minerva antes de ponerse de pie y salir de la bañera.

***

El grupo esperó pacientemente a *lady* Wild, quien se apresuró a estar presentable para recibir a los amigos de John. ¡Cielos! Esperaba gustarles.

El servicio la informó de que la comitiva estaba en la biblioteca y se dirigió allí.

Nada más entró, todos se pusieron en pie. Había dos mujeres. Minerva reconoció de inmediato a Lily Ann, fueron cómplices en aquel saqueo en casa del señor Hanks.

Sonrió. No tenía motivos para ponerse nerviosa. Su esposo se aproximó hasta ella y la cogió de la mano.

—Ven, te los presentaré a todos.

Wild se dirigió primero a un caballero de ojos pardos, con el cabello oscuro y ondulado, con unas pocas canas en las sienes.

—*Lady* Wild, es un placer conocerla, al fin —dijo en un tono de voz muy grave con una nota burlona, mientras miraba a John.

—Este es el conde de Watford, Gideon —le informó John—. Desde que se casó su carácter se ha vuelto más divertido. Antes de que apareciese su esposa, Céline, era un gruñón todavía más molesto que ahora.

—Yo soy el milagro que le dio un poco de diversión a Watford. Encantada, Minerva. Espero que nos permitas tratarte con informalidad, lo creas o no, tanto tú como Lily Ann y yo hemos sido metidas en el mismo saco. Somos compañeras de viaje… —expuso enigmática *lady* Watford.

—El placer es mío —respondió Minerva sin saber a qué se refería exactamente. Pero le satisfizo que fuese tan sencilla en sus formas.

Céline era una dama con el pelo castaño oscuro y los ojos de un tono similar. Le agradó de inmediato.

A continuación, Minerva tuvo enfrente a un hombre inmenso. Muy alto y robusto, con el cabello pelirrojo y unos ojos de un azul profundo.

—Todo el mundo me llama Mackay, y coincido con mi querido amigo Watford en que es un privilegio conocerla, *lady* Wild. Le agradezco, en nombre de todos, que haya puesto fin al sufrimiento de nuestro marqués, estos últimos meses creímos que Wild moriría de desamor.

El aludido rodó los ojos, pero no pudo rebatir lo dicho. Todo era una gran verdad. Vio a Minerva mirarlo con una preciosa sonrisa y se dijo a sí mismo que luego le daría las gracias a su amigo por la tontería que acababa de decir, dado que a su marquesa parecían haberle conmovido sus palabras.

—Muy gracioso, Mackay —intervino Lily Ann, a quien Minerva ya conocía. Una mujer muy alegre y decidida—. No le hagas caso a mi marido, él estuvo exactamente igual de apesadumbrado que el resto de los hombres cuando caen en la dulce trampa del amor.

—Lo estuve —reconoció el escocés. Minerva se fijó en que Mackay recibía una mirada de

devoción similar por parte de su mujer. Muy parecida a la que ella misma le había otorgado a John.

Era evidente que todas las parejas estaban en sintonía. Sería fácil ser parte de ese peculiar grupo.

—Así que —tomó la palabra *lady* Mackay—, ¡bienvenida al círculo femenino de las malditas! —exclamó con energía.

—Eso es, ¡te damos formalmente la bienvenida! —se sumó al vítor Céline.

—Uhm… —Minerva se había perdido algo. ¿Qué era eso de un club? Buscó a John para ver si él le ofrecía algo más de información.

Su esposo le tendió un papel que había estado sosteniendo y se lo pasó.

—Esto es lo que vas a tener a partir de ahora, cariño. Por eso es por lo que te he dicho que tenemos que ponernos a trabajar.

Minerva cogió el texto y procedió a leerlo.

LAS TRES DAMAS MALDITAS, ¿HABRÁ UNA CUARTA?
Artículo escrito por La Pluma Secreta.
22 de mayo de 1822.

Hay un selecto club que cuenta con un nuevo miembro entre sus filas. Se trata de un círculo femenino en el que creímos que las damas no desearían ingresar. ¡Nos equivocamos!

Fue insólito cuando el primer caballero maldito pasó por la vicaría con la carga que portaba sobre sus hombros, más asombroso todavía cuando lo logró el bruto escocés, pero es totalmente increíble que lord Wild se haya replegado a los deseos de su padre, el duque de Bridgewater, y haya logrado convencer a una paloma inocente para casarse. Y no solo ha conseguido que la Dama Gris pase por alto su reputación como posible asesino… La nueva lady Wild parece estar encantada. ¡Sí, como lo leen! Según hemos podido saber, se trata de un matrimonio por amor. ¿Qué locura ha poseído a la antes conocida como señorita Hollister para acceder a ser la esposa de semejante hombre?

Sea como sea, las tres damas que defienden a capa y espada a sus esposos y amigos han creado su propio club. ¡Son las tres damas malditas y disfrutan con ello!

¿Qué sucederá con el cuarto caballero? ¿Conseguirá lord Warwick convencer a otra insensata para que le regale su amor?

Una vez más, matronas, les suplicamos insistentemente que pongan a buen recaudo a sus preciosas hijas y no se dejen engañar por la fortuna y título de un hombre. Ninguno de los cuatro ha logrado limpiar su nombre, y eso incluye al que todavía sigue soltero.

Esperemos que alguien, en algún momento, recuerde que sigue habiendo un asesino suelto y que la justicia exige pago.

Wild contuvo la respiración hasta que su esposa terminó de leerlo. El resto de los caballeros estaban en la misma tesitura que él. No así las damas, pues Céline y Lily Ann se sonreían la una a la otra.

Minerva levantó la mirada y los observó a todos pendientes de su reacción.

—Sé —comenzó a decir su marido— que no es lo que una dama espera cuando se casa con

un hombre con título, pero debes entender que es cuestión de tiempo que limpiemos nuestros nombres, porque el destino nos lo debe y… —El marqués no pudo continuar con su exposición, pues su esposa había comenzado a reírse con fuerza. Incluso Minerva tuvo que echar la cabeza hacia atrás debido a lo divertido que encontraba el asunto. Las lágrimas, producidas por la propia risa, le caían por las mejillas.

Céline y Lily Ann se sumaron al gesto y las tres se desternillaron sin contención.

—¿De qué se ríen? —preguntó Wild.

—No tengo ni idea, es un asunto serio. No nos perjudica solo a nosotros, a ellas les está afectando directamente también —consideró Watford.

—Se ríen porque *lady* Wild es una dama enamorada como nuestras esposas, y ellas ya sabían que no le importaría lo que pusiese en ese estúpido pasquín —clarificó Mackay—. Para ser yo al que siempre llaman bruto, tengo más percepción que vosotros dos juntos —se jactó.

Dado que los tres hombres no habían hablado en susurros, sino abiertamente, Wild frunció el ceño mientras miraba a su marquesa que parecía estar saliendo de su ataque de risa.

—¿Minerva?

—¿Qué?

—¿Es verdad?

—Por supuesto que te amo —dijo sin sentir vergüenza ante el público que los contemplaba.

—Sí, eso ya lo sabía, lo que quiero saber es si no te importa que…

—Disfrutaré de mi membresía junto con *lady* Watford y *lady* Mackay —le informó ella, sin dejar de sonreírle.

—Solo Céline y Lily Ann —terció la esposa de Watford para que las llamase a su amiga y a ella por sus nombres de pila—. A fin de cuentas, acaba de nacer El Club de las Damas Malditas y entre nosotras debe desaparecer la formalidad. ¿No crees, Minerva?

—Estoy a favor de todo lo que has dicho, Céline.

—Entonces —tomó la palabra Lily Ann—. ¿Le contamos ya nuestro plan para investigar en ese peculiar lugar al que todos vamos a ir?

—¿Qué lugar? —preguntó con curiosidad Minerva.

—Te va a encantar. Sobre todo cuando veas el aspecto que presentarán los caballeros —dijo Lily Ann.

—¿Por qué no nos sentamos, pedimos el té y me ponéis al día? —sugirió Minerva.

Todos estuvieron a favor de dicha idea. Otro ataque de risa le sobrevino cuando se enteró de que la acción que se llevaría a cabo en cuanto John y ella regresasen a Londres implicaba vestidos y pelucas… para los hombres.

¡Qué insensatez tan divertida!

***

El matrimonio se trasladó a Londres al día siguiente. La primera parada después de instalarse en la casa que John tenía en la ciudad, fue a su antiguo hogar, en Mayfair, para ver a Diane. Desde la boda no había podido hablar con su amiga en privado y Minerva necesitaba saber si se las apañaba bien dirigiendo la compañía.

Las dos estaban sentadas en el despacho que una vez fue el de la señorita Hollister. No se acostumbraba a ser Minerva Agnes Hope, marquesa de Wild.

Estaba frente a la que había sido su ayudante más fiel, su amiga más querida, su compañera. Con la salvedad de que en esos momentos Minerva estaba sentada en el lado

contrario del escritorio.

—Es extraño verte ahí y que yo esté aquí —dijo, mientras movía las manos para señalar sus lugares y ofrecer mejor la explicación.

—Podemos intercambiar nuestros asientos si… —comenzó a decir Diane.

—No seas ridícula, Diane. Ese es ahora tu lugar. Soy una mujer embarazada y estaré fuera del negocio algún tiempo. John insiste en que así sea y creo que me he ganado unas largas vacaciones.

Diane abrió por completo los ojos ante las dos revelaciones. La primera le sorprendió más.

—¿Cómo puedes saber que estás en estado de buena esperanza tan pron…? —Vio a Minerva sonreírle con picardía—. Debí suponer que no habrías podido ser una santa con semejante hombre a tu lado.

—Así que te agrada John…

—Me gusta que te haga feliz. Porque lo eres, ¿no?

—Muchísimo, Diane. Estuve dispuesta a dejarlo libre porque creía que él prefería a la otra dama, pero…

—Fue corriendo a buscarte. Supe que él te había elegido porque su hermana vino a verme y me rogó que la ayudase.

—No estaba segura de nada, Diane. Supongo que necesitaba tiempo…

—¿Cuándo descubriste que era el hermano de la señora Hill?

—Me dijo su título, y sabía que me resultaba familiar, pero no supe quién era él realmente hasta bastante después. Mi mente establece las conexiones que considera que no son importantes cuando le conviene. Y luego lo vi besando a otra…

—¿Qué te dijo respecto a eso?

—Que ella inició el beso y él no se apartó porque necesitaba saber si se había acabado todo.

—Entiendo su planteamiento, pero ello no implica que no lo considere un patán. Así que estuvo seguro de que lo otro se había terminado y que tú eras lo que deseaba con fuerza. Ahora… Me pregunto si tú tuviste la misma idea con respecto a Wallensak —inquirió con picardía.

—¡No! —exclamó indignada.

Diane le sonrió. Minerva era demasiado leal como para haber sucumbido ante su antiguo amor aunque lo hubiese amado, y no le costaba comprender que se hubiera alejado de Wild porque ella habría permanecido con su ya esposo hasta el fin de los días por el simple hecho de haberle otorgado su palabra. Minerva no quería que Wild hiciera justo eso que la bostoniana hubiese llevado a cabo. El honor y la lealtad lo eran todo para la antigua señorita Hollister. Diane estaba segura de sus conclusiones.

—De acuerdo, todo está aclarado. Tú eres feliz, lord Wild es inmensamente dichoso, Wallensak se ha marchado de Londres y yo me he convertido, por el momento, en la mano derecha de Darius. ¡Todos hemos salido ganando! —exclamó con alegría.

—¿Has escuchado los rumores sobre mi esposo, sus amigos y las esposas de estos? —Era un tema desagradable, porque aunque los implicados lo llevaban con diplomacia, las habladurías siempre estarían ahí hasta que el villano fuese identificado y apresado.

—¿Esos que dicen que estás loca por haberte casado con un hombre que podría ser un asesino?

—Esos.

—Por supuesto. Yo estaba al corriente de la reputación del hermano de la señora Hill

cuando me inmiscuí para que os citaseis. ¿Tienes dudas sobre su inocencia, Minerva?

—No, en absoluto. Creo que todos son inocentes, que alguien les tendió una trampa. Me he unido a la causa, por decirlo de algún modo. La investigación nos va a llevar a un lugar excéntrico… Un club donde solo se admiten mujeres. Sin ningún hombre de por medio.

Vio a Diane observarla con seriedad.

—¿A dónde quieres llegar?

—Wild dijo que una amiga le había conseguido las invitaciones.

—¿Qué quieres saber exactamente, Minerva?

—Nada, porque lo sé todo.

—¿Qué es lo que crees conocer? —indagó.

—Te vi. Una vez te vi.

—¿A qué te refieres? —preguntó con tranquilidad.

—A aquella doncella que no sabía hacer nada, y a la que insististe mucho en que contratásemos.

—Olympia —murmuró mientras sonreía con su recuerdo. La mujer a la que Minerva había aludido se marchó con su familia cuando estuvo lista para continuar con su vida.

—Creo que así se llamaba.

—Imagino que no fuimos muy discretas si te diste cuenta de que…

—Solo os vi besaros. Quiero que sepas que no te censuro, Diane. No habría podido tener a nadie mejor que a ti para guiarme. Cuando llegué de Boston estaba tan perdida… Tú me aupaste y lograste que destacase.

—El mérito fue por entero tuyo, Minerva. En cuanto a mí… Tienes que comprender que descubrí que era diferente a una pronta edad, justo tras conocer al hombre con el que mi padre deseaba que me casase. Hui. Era un bárbaro, rompió mi cuerpo en mil pedazos. Hay muchas damas que tienen que vivir como el resto a pesar de que deseen otro tipo de intimidad. Yo conocía a *lady* Regina, la dama de la que tu esposo es sospechoso de asesinato —le aclaró por si no recordaba el nombre—. Ella solía acudir a ese club donde imagino que vas a ir junto con *lady* Watford y *lady* Mackay.

—No iremos solas, los caballeros también nos acompañarán.

Diane abrió los ojos como platos.

—Ahora entiendo el motivo por el que Wild me pidió siete invitaciones. —La amiga de Minerva se echó a reír por el recuerdo que le vino a la mente—. Cuando estuvimos en Vauxhall le hablé a lord Warwick sobre ese club de mujeres que yo solía regentar… —No diría que era una de las socias porque constituiría un peligro para las otras implicadas, de ahí que le fuese fácil lograr las invitaciones sin preguntas—. Digamos que dejé caer la posibilidad de que se pusiese un vestido y una peluca. Pareció horrorizarse con la cuestión y sugirió que se lo propusiese a Wild. Finalmente los cuatro han accedido a lo que creí que sería un hecho imposible… Interesante. Deben estar muy enamorados y Warwick muy desesperado por limpiar su nombre. Se dice que hay una mujer por ahí que al último soltero le interesa muchísimo.

—Eso parece. Así que mientras yo te hablaba sobre el falso Hellmore antes de ir a Vauxhall… tú estabas tranquila porque lo sabías todo.

—Nunca dejaría que nada malo te sucediera. Necesitabas a un hombre que te plantase cara. Y pese a que él tenía su reputación manchada, confié en mi instinto. Ello no implicaba que no tratase de ayudarte para limpiar el nombre de tu ya esposo. Creo que en ese club puede haber muchas respuestas, porque aunque desconozco la identidad de la dama con la que *lady* Regina tenía una especial amistad, estoy convencida de que es un miembro de ese club. Confío en que

podréis encontrar una pista fiable.

—Te informaré sobre los avances, pero Wild no se muestra muy optimista, está cansado de buscar agujas en los pajares. No fue ni capaz de dar con el sirviente que le entregó la nota anónima que lo condujo hasta el cadáver de la dama, mientras que Watford y Mackay sí descubrieron la identidad de los dos que los citaron en aquel jardín antes de que alguien matase a la joven.

—¿Usaron a varios sirvientes para colocarlos en el momento indicado y en el lugar adecuado?

—Sí, así me lo explicó mi esposo.

—Vaya… Una mente muy retorcida. Quien fuese no estaba dispuesto a dejar nada al azar y puso mucho empeño para cubrir sus huellas.

—Veremos hacia donde nos lleva este asunto. Pondré de mi parte lo que haga falta.

—¿Entonces estamos bien, Minerva? ¿Tú y yo? —preguntó, después de saber que su querida amiga y patrona estuviese al corriente de su secreto íntimo.

—Por supuesto.

—¿Y te parece bien que lleve las riendas hasta que tus obligaciones como madre y marquesa te permitas regresar?

—Las dos sabemos que nada podrá ser como antes y por eso me alegro de que tú ocupes mi lugar en la Hollister Sea Corporation. ¿Darius te ha puesto problemas?

—En realidad me hizo una sola pregunta cuando te casaste.

—¿Cuál?

—«¿Eres tan buena solventando imposibles como mi hermana?». —Diane puso la voz gruesa a fin de imitar fielmente a Darius.

Minerva soltó una pequeña risa.

—¿Qué le respondiste?

—¿Quién crees que enseñó a tu hermana, Darius?

—No prescindirá de ti jamás.

—Está contento. Lo que no le gustó fue enterarse de que cierto pirata había ido a buscarlo para atender un trabajo. Sabes que a tu hermano no le disgusta ninguna reputación, pues no ha despedido a Staton después de la jugarreta con el tigre de bengala, pero Darius no se fía de Kinsale.

—¡Cielos! Me había olvidado del encargo de lord Gellywen. Elegí a Kinsale porque me adora y yo sí me fío de él. Es el indicado para llevar a cabo lo que precisa el vizconde.

—¿Qué necesita ese hombre? —preguntó de mala gana Diane en alusión al noble.

—Gellywen tiene un cargamento de opio en la India, creo que ilegal, debe de ser robado, que quiere mover hasta las costas inglesas. Le dije que no podíamos ayudarlo, pero que sí que conocíamos a alguien que podría.

—¿Qué ganamos con esta operación, Minerva? ¿Por qué nos metemos ahí?

—No ganamos nada, le dije que Kinsale le pediría el veinticinco por ciento de las ganancias y que…

—El pirata suele pedir el quince —la cortó—, ¿por qué negociaste ese precio?

—A eso iba. Gellywen es un hombre poderoso, no se le dice que no a un tipo como él, y si elevé el coste que pediría Kinsale, fue solo para que el pirata accediese al riesgo de traer su opio sin rechistar. No se negará y encontrará el modo de atracar en alguna cala secreta y de descargar el cargamento sin que nadie sepa nada.

—¿Alguna otra sorpresa que deba saber antes de que me dejes para dedicarte a tus labores

de madre y marquesa?

Ella sonrió.

—Si necesitas algo, no te sientas mal porque no serás una molestia. Esta compañía es mi vida, el legado que nos dejaron mis padres a Darius y a mí, el que recibirán mis hijos, me aparto porque confío plenamente en ti y en mi hermano, pero siempre estaré ahí para lo que necesitéis. Ahora formas parte de esto y no me opondré cuando le pidas un porcentaje de la compañía a mi hermano por tu gestión. —Diane le sonrió, eso era lo que tenía pensado hacer cuando le demostrase a Darius que ella era excelente—. ¿Tengo tu palabra de que me buscarás en caso de ser necesario?

—Siempre, Minerva.

Capítulo 15
Un cerco estrecho

Los días que siguieron fueron ajetreados. Las tres damas se encargaron de tomarles medidas a los cuatro caballeros para confeccionar unos preciosos vestidos que se les ajustasen bien. Warwick fue el que se mostró más reacio cuando hablaron de enaguas, medias, zapatos y pelucas. El pobre caballero parecía querer morirse.

El escocés estaba cómodo con la tontería que se disponían a llevar a cabo, insistía en decirle a su esposa que tendría que vigilarlo de cerca por si el resto de las mujeres se le abalanzaban encima. Watford seguía preocupado por cómo ocultaría su espesa voz de tenor, por lo que todo el mundo decidió que estando allí no dijese una palabra en público. Wild no fue tan evidente al mostrar su disconformidad mientras su esposa le tomaba las medidas, pero era indudable que no le entusiasmaba la idea… hasta que imaginó a Minerva oculta bajo la larga falda mientras ella… Ahí el cambio de su perspectiva fue más que claro. ¡Hombres!

Aquella noche en la que se disponían a salir hacia ese secreto club, las tres damas estaban esperando a sus cuatro *compañeras* de investigación en el recibidor de Eden Hall. Previamente, los siete habían tomado un refrigerio, habían despachado a buena parte del servicio de la mansión de los condes de Watford y se habían preparado para la acción. Los hijos de los condes, tanto los de Watford como el de Mackay, estaban recluidos bajo el cuidado de una niñera. Los cuatro caballeros se encerraron en una habitación dispuestos a vestirse ellos mismos, mientras que las damas habían hecho exactamente lo mismo.

Cabe decir que Minerva compartió, días atrás, una pequeña sugerencia que le hizo su querida Diane sobre el atuendo que ellas podrían llevar al club. Cuando las otras dos damas escucharon dicha sugerencia, les pareció muy travieso seguir el consejo de la antigua ayudante de *lady* Wild. Por supuesto, la llevaron a cabo de inmediato.

Minerva miraba hacia las escaleras que comunicaban con el piso de arriba.

—¿Creéis que se habrán echado atrás? —preguntó la marquesa.

—Conociendo a Mackay como lo hago, no permitirá que los otros tres den un paso atrás. Está divertidísimo con la idea de que las otras damas lo asedien mientras se asemeja a una gran y poderosa vikinga nórdica. —Lily Ann suspiró—. Este hombre me desconcierta a cada rato, pero no negaré que alegra considerablemente mi existencia.

—La única preocupación de Watford era cómo se comunicaría conmigo para ocultar su voz si me metía en problemas… ¡Como si yo fuese una damisela desvalida! Los días en los que estuve a merced de mi ruin hermano quedaron atrás y Gideon me ha enseñado bien, tendría que confiar un poco más en mí.

—¿Tu hermano? —preguntó Minerva—. ¿Qué te hizo tu propio hermano? —No podía concebir que un familiar de ese grado no velase por el resto de la familia. Darius había sido su salvador siempre.

—Es una larga historia, te la contaré otro día —dijo despreocupadamente Céline, pues el mal había quedado en el pasado y la dicha era algo que sucedía cada día.

Minerva asintió. Dejó estar el tema.

—Si os dijese lo único en lo que piensa Wild desde que supo que llevaría una falda… —susurró, sin darse cuenta de que hablaba en alto.

—¿En qué piensa? —preguntó Lily con interés—. Porque mi esposo también tiene unas cuantas ideas bastante escandalosas que…

—¡Watford no se queda atrás! —saltó Céline.

—Bueno… supongo que las damas casadas, incluso las que pertenecen a la alta nobleza, tienen libertad para hablar de cuestiones obscenas…, ¿verdad? —Era nueva en su puesto como marquesa y no quería decir nada que pudiese perjudicarla. Pese a que tenía mucha confianza con las dos mujeres…

—¡Míranos, Minerva! —exclamó la condesa de Mackay—. Estamos esperando a nuestras tres doncellas y su *amiga* —dijo con humor—, formamos parte de El Club de las Damas Malditas, creo que tenemos derecho a hablar de lo que se nos antoje.

Minerva suspiró.

—Wild lleva unos días imaginando que yo… en fin… que yo… me escondo bajo… —Tomó aire. Estaba un poco avergonzada—. Quiere cobijarme bajo su falda. —Ya estaba, ya lo había dicho.

Lily Ann y Céline se echaron a reír por su confesión.

—¡Mackay jura que llevará a la práctica esa idea en cuanto regresemos a casa! —confesó la esposa del escocés.

—¡Tuve que convencer a Watford de no pedirme ayuda mientras se vestía, porque se proponía a hacer lo mismo antes de salir en dirección al club! Dijo que idearía alguna excusa para que pudiésemos… ya sabéis… —La condesa levantó un par de veces las cejas.

Minerva sonrió.

—¿Cuánto tiempo lleváis casadas?

—Más de dos años —respondió Céline.

—Yo algo más de uno.

—¿Y vuestros esposos siguen… hechos un polvorín? —Wild parecía ser insaciable y pese a que no se quejaba, sí tenía miedo de que pudiese llegar a cansarse de ella en algún punto.

—Mackay insiste en que yo sabía dónde me metía cuando lo acepté, y que se comportará del mismo modo hasta que Dios lo llame a su lado.

—Lo mismo ocurre con Watford, si bien fue muy paciente y considerado al principio de nuestra relación… Cambió radicalmente cuando descubrió lo bien que encajábamos en el lecho. Después de todo, los niños no llegan a este mundo sin un poco de ayuda…

Minerva estuvo satisfecha con esas respuestas. Se miró a sí misma y luego a las dos damas que tenía a su lado.

—Entonces, la siguiente pregunta es: ¿qué ocurrirá cuando nos vean así vestidas?

Las damas se habían arreglado como tres caballeros de lo más femeninos, puesto que no habían disimulado un ápice su condición de mujer. Portaban unos ajustados pantalones, vestían una camisa de batista blanca y cada una llevaba un chaleco bordado de diferente color, una prenda que era muy necesaria llevar, dado que sus pechos estaban libres de restricciones bajo la camisa. El tejido de las chaquetas que llevaban era de terciopelo. El de Lily Ann era granate, el de Céline de color gris perla y el de Minerva tenía un toque parecido al de un zafiro. Todo había sido confeccionado a medida y con secretismo para que fuese una sorpresa para sus esposos.

Habían recogido su cabello en lo alto de la coronilla, para que cupiese en los sombreros de copa que se pondrían antes de salir. Fue Diane la que le dijo que muchas mujeres se volvían locas con ese aspecto que algunas féminas llevaban en el club. De hecho, su amiga parecía saberlo todo del lugar. Le aconsejó que no bajasen al sótano bajo ningún concepto. Trataría de hacerlo por más que su curiosidad la presionase para contravenirla.

—Posiblemente no logremos salir de esta casa. —Lily Ann comenzó a reírse. La condesa de Mackay estaba deseando que su marido la viese.

—Nada de eso —tomó la palabra Céline—. Seremos fuertes y no cederemos a su persuasión. Iremos a ver qué hay en ese club.

—Dirás que iremos a investigar —le dijo Minerva mientras se reía. Las tres tenían curiosidad por ver cómo sería ese lugar prohibido y secreto.

—¡Dios santo! —exclamó una potente voz de tenor. Watford.

—¡Cielos! —le siguió el escocés.

—¡Por todos los demonios de la lujuria! —Ahí se escuchó la voz de Wild.

—Debí haber previsto algo como esto —sostuvo Warwick. La noche iba a ser larga y horrorosa, porque estar rodeado de tres parejas que rezumaban amor por los cuatro costados… ¡Qué penitencia!

Las tres damas se centraron en el lugar del que provenían las observaciones masculinas. Se quedaron boquiabiertas con lo que tuvieron enfrente.

Ellas habían maquillado a los cuatro antes de permitirles ir a vestirse en paz. Por lo que el grupo masculino tenia los labios pintados de rojo y los ojos delineados con kohl. Les habían puesto también una buena cantidad de polvo. El resultado les había satisfecho a las damas. Ellos refunfuñaron mucho… hasta que sintieron las manos de sus esposas sobre su rostro ofreciendo caricias. Warwick fue el más mimado, porque las tres lo ayudaron a maquillarse como si fuese una cortesana sublime. No se quejó de tanta atención, y le gustó ver a los esposos gruñir cada vez que las mujeres le hacían un cumplido sobre lo apuesto que era, o que su rostro era el más fácil de maquillar porque era todo un hombre perfecto.

—¿Y bien? —preguntó el escocés con la mirada fija sobre su condesa, mientras pestañeaba coquetamente y sin parar.

—Estás preciosa, bella mía —dijo Lily Ann llena de humor.

El que más llamaba la atención por su aspecto era Mackay. Llevaba una larga peluca pelirroja que hacía que sus fieras facciones se viesen perversas. Un vestido ceñido al pecho y mangas abullonadas de seda en tono granate, a conjunto con el chaleco de su esposa.

Watford resultaba pecaminoso en igual medida. Su peluca era negra azabache y el tono de su atuendo también combinaba con el de su esposa, en tono gris perla.

Wild había escogido una peluca rubia, de similar tono que el cabello de Minerva, su vestido era también de color azul zafiro, de seda.

Por último, Warwick tenía sobre la cabeza una peluca castaña y su vestido era negro. Las damas le aconsejaron no utilizar dicho color, pues era un signo de duelo, a lo que él dijo que le parecía muy buena idea precisamente por ese hecho. No iría al club con alegría como lo hacía el resto.

Los cuatro llevaban sus correspondientes guantes para ayudar a ocultar parte de su fisionomía, como sus grandes manos con nudillos peludos y cortas uñas, y sus brazos, unos más velludos que los otros.

En el frontal les habían cosido las cuatro un pequeño sostén repleto de paños de lino para darle un poco de pecho.

—¿Los estáis viendo? —preguntó Minerva mientras rodaba los ojos.

—¿Vais a estar toda la noche acariciándoos los falsos pechos que os confeccionamos? —Los cuatro estaban en esa tesitura mientras bajaban por la escalera. ¡Hombres!

—No son auténticos, pero tienen su función —señaló con diversión Wild, sin que sus manos dejasen de tocar esa parte.

—Warwick, ¿tú también? —preguntó Céline sorprendida de que igualmente estuviese llevando a cabo ese gesto de palparse los senos de mentira. Ese caballero en particular fue el que

más despotricó cuando las damas insistieron en que era necesario rellenar esa parte de ellos con paños.

—¡Algo agradable debe tener toda esta tontería!

—Bueno… ¿y los cumplidos? —señaló el escocés, al tiempo que hacía una brillante reverencia frente a su esposa.

—Ya te he dicho que estabas preciosa, mi amor —dijo Lily Ann con ese sonido grueso de voz.

—Y vos sois un caballero de lo más cortés, mi rey —le devolvió la broma Mackay con voz melosa y fina.

—¿Y yo, amado mío? —inquirió Watford. Él no trató de modular la voz para que pareciese femenina. Era algo imposible.

—¡Impresionante! —exclamó su condesa en un tono masculino como el que había empleado Lily Ann con su escocés.

—¿Minerva? —saltó Wild.

—¿Qué?

—Estoy esperando un cumplido. —También trató de modular la voz para que fuese algo femenina.

—Te expresaré mi opinión… cuando estemos a solas —le dijo seductora, pero simulando ser un caballero.

Escucharon carraspear a Warwick. Las damas lo miraron de inmediato mientras los caballeros rodaban los ojos y se colocaron frente a él a toda prisa.

—Estás encantador —saltó Lily Ann.

—¡Adorable! —dijo Céline.

—Eres la más bonita de las falsas mujeres que una vez vi —afirmó Minerva.

Eso hizo que los tres caballeros gruñeran y pusieran en tela de juicio su opinión, dado que cada uno de ellos consideraba que era la más hermosa del grupo.

—No estaba esperando halagos —apuntó Warwick—, lo que quiero saber es si nos ponemos en marcha antes de que esta cita se convierta en una depravación todavía mayor. —El tono de disgusto en su voz hizo que las damas se riesen con disimulo.

Watford le dio una mirada reprobatoria al único soltero del grupo.

—Lo que a ti te sucede, amigo mío, es que la soledad te amarga. El día que encuentres a una mujer que te haga feliz, nada más te importará, y dejarás que haga cualquier cosa contigo sin oponerte, incluso algo más escandaloso que vestirte de mujer o dejar que te ponga carmín.

—¡Tonterías! —exclamó escéptico Warwick—. El día que algo así llegue, yo mismo me pegaré un tiro —refunfuñó, a la vez que salía a toda prisa por la puerta después de recoger una de las pellizas que llevarían los caballeros.

Los otros tres le siguieron al paso, las damas se quedaron un momento a solas.

—No va a funcionar, se ven mujeres… extrañas —dijo Lily Ann—. Mi esposo es demasiado grande.

—Y el mío no logrará quedarse con la boca cerrada —explicó Céline.

—No hay de qué preocuparse. Harán bien su papel —aseveró Minerva sin duda.

—¿Cómo puedes saberlo? —se interesó *lady* Mackay.

—Una amiga mía, la mujer que le consiguió a Wild las invitaciones, me aseguró que mientras estuviésemos con ellos, nadie repararía en nuestros esposos porque les robaríamos toda la atención.

—¿Tan despampanantes estamos en pantalones? —Lily Ann se dio una rápida mirada. Lo

cierto era que sus curvas se acentuaban, al igual que las de sus amigas. Y se veían muy bonitas incluso con el pelo estirado como lo llevaban.

—Estoy convencida de que así será —confirmó Minerva.

—Está bien —tomó la palabra Céline—, pero no les digamos que nosotras estamos mucho más hermosas que ellos o pisotearíamos su ego.

Las tres comenzaron a reírse mientras iban a buscar el sobretodo masculino que las abrigaría en la fría noche.

Mientras, Minerva pensó que bien podrían disgustarlos de alguna manera para que ellos considerasen castigarlas… en el lecho, por su atrevimiento al decir que eran mucho más bellas de lo que se veían ellos disfrazados.

Como era de esperar, cada pareja se metió en su propio carruaje de alquiler —no querían dejar evidencias y por eso habían previsto rentar el transporte—, Warwick iba a ir solo en el suyo.

Su destino estaba a las afueras de Londres, por lo que no era un viaje excesivamente largo, pero sí con el tiempo conveniente para divertirse.

Por descontado, las infamias que se llevaron a cabo en cada uno de los vehículos fueron de lo más ocurrentes y divertidas. Los caballeros disfrutaron de atención bajo sus enaguas y las damas ofrecieron sus senos sin restricción. Y ocurrió así porque ninguno fue capaz de contenerse debido a la entretenida situación donde hombres y mujeres habían intercambiado los papeles. Las adorables y viriles mujercitas se vieron sometidas por los rudos y femeninos mariditos.

Ese pequeño desliz sería suficiente para soportar lo que iba a ser una noche larga y calmó las pasiones ardientes de los enamorados.

Puesto que como el último en bajar del carruaje fue Warwick, este divisó a todo el grupo tratando de arreglar correctamente su atuendo en medio de la calle… Muy poco sutiles, se dijo a sí mismo. Adivinó de inmediato el entretenimiento disfrutado. El conde sintió ganas de dar media vuelta y marcharse por donde había venido. Si no fuese porque presentía que algo trascendental estaba a punto de ocurrir, eso mismo sería lo que hubiese hecho.

***

Llamaron a la puerta y una mujer más corpulenta que el propio Mackay abrió tímidamente la madera, dejando solo un pequeño hueco por el que nadie podría caber.

—¿Qué desean?

—La noche está fresca —tomó la palabra Wild. Por descontado habló en voz baja y con un tono lo más dulce y fino posible para interpretar su papel.

—Las nubes no descargarán lluvia —replicó la mujer que defendía la puerta como si fuese la de un castillo impenetrable.

—Pero la oscuridad dará cobijo a las damas atrevidas —apuntó John.

Los acompañantes de Wild se dieron cuenta de que era una especie de clave para poder entrar.

—¿Tienen acreditaciones? —demandó recelosa la guardiana de la puerta.

El marqués las sacó y se las entregó.

—¿Todo en orden? —inquirió cuando vio que la mujer se quedaba callada, quieta y que los examinaba sin ser discreta.

—No es habitual que la persona que les ha otorgado estas invitaciones las dispense en tal cantidad. De hecho, hace años que no invita a nadie.

Wild entendió que cada invitación sería diferente la una de la otra en función de quien las dispensase. Dado que las suyas las había conseguido la ayudante de su esposa, consideró que Diane sería alguien importante allí dentro o que conociese a alguien en igualdad de importancia que le habría dado los pases para acceder.

—¿Se nos permite la entrada? —la azuzó el marqués.

—Nadie desafía a esta anfitriona… —Movió las invitaciones para clarificar su explicación y todos entendieron que se refería a no enfadar a quien había dispensado dichas acreditaciones. A continuación la puerta estuvo abierta de par en par.

Entraron en lo que se veía como una discreta casa de dos plantas. El recibidor era adusto, con una puerta a la derecha, y al fondo había un grupo de damas que tomaban el té y sostenían algunos libros entre las manos.

—¿Es solo un club de lectura nocturno? —preguntó Minerva en un susurro que escuchó su esposo. Se sentía decepcionada.

—Lo dudo, creo que es una tapadera. No te vayas de mi lado.

Minerva sonrió curiosa.

—¿Tienes miedo de que te rapten, amor mío?

Habían decidido que las mujeres usarían apelativos cariñosos para referirse a ellos, pero por si acaso también les habían dado nombres femeninos. A saber: Watford era Margaret, Mackay, Fleur, Wild, Wilma y Warwick, Anna.

—Es Fleur la que está convencida de que podrían secuestrarla —respondió con humor el marqués.

—Tú eres más hermosa —confesó, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Lo sé —respondió él, mientras abría el abanico y coqueteaba con su esposa.

La guardiana del lugar los llevó por media casa hasta que entró en una sala en la que movió un candelabro y se abrió una puerta secreta.

—¡Qué emocionante! —dijo Minerva.

Atravesaron el lugar y pronto descubrieron la magia.

En la gran sala central, donde se encontraban, se escuchaba la música de un piano y un violín. Varias parejas bailaban animadamente, de un modo un tanto escandaloso y no temían mostrar sus afectos. Todo hubiese sido como en un baile social privado y picante, con la salvedad de que las mujeres bailaban entre ellas. No había allí ni un solo hombre. Muchas damas iban en pantalones como las tres *malditas*. Y las más atrevidas se movían por el lugar en mangas de camisa por lo que era muy fácil usar un poco la imaginación para saber cómo eran exactamente sus senos. La luz de las arañas era tenue, así que la atmósfera era perfecta. Sensual. Cálida y muy agradable.

En la parte derecha de dicha sala, se jugaba a la ruleta y había un par de mesas de cartas. Algunas damas estaban fumando cigarros puros sin sentir vergüenza. En otro lugar, había mesas con bebidas y refrigerios.

—No es nada extravagante —dijo Céline.

—No, en absoluto —señaló Minerva.

—Creo que es un lugar en el que las mujeres pueden mostrarse tal y como se sienten, donde nadie las juzga y las censura.

—Así es —confirmó la guardiana del lugar que se había colocado en el centro del grupo—. Esta es la sala de entretenimiento. Las parejas que desean intimidad suben por esas escaleras a las habitaciones privadas —señaló el lugar— y las damas más atrevidas bajan al sótano.

—¿Qué hay en el sótano? —preguntó, curiosa, Lily Ann.

—Para descubrirlo, una tiene que bajar.

—¡No! —saltó Minerva—. Por el momento nos quedaremos aquí. —Recordaba bien que Diane apuntó que no fuesen a esa parte.

—Es una lástima —dijo la mujer que servía de guía, mientras miraba con fijación al escocés—. Si tú bajases yo iría detrás, pequeña.

Lily Ann rodó los ojos. Solo faltaba que nada más llegar le soltasen un cumplido a su esposo… ¡Estaría imposible como mínimo un par de meses! Acto seguido la condesa vio a Mackay desplegar su abanico y comenzar a pestañear sin parar. ¡Menudo coqueto descarado! *Lady* Mackay se vio en la obligación de dar un paso al frente para interponerse entre la guardiana del lugar y su esposo, carraspeó para dejar claro que esa supuesta escocesa grande, a la que la otra mujer había llamado pequeña, le pertenecía…

—Disfruten… —se despidió la desconocida, al ver que no tenía ninguna posibilidad.

El grupo se quedó a solas.

—¿Te lo dije o no te lo dije, amor? —preguntó con orgullo Mackay mirando a su mujer.

—No dudé de ti ni un instante, sabía que tendría que sacudirte a todo el mundo de encima.

El escocés le sonrió ampliamente.

—Sé que estás siendo condescendiente, pero no me importa. Me ha gustado verte como un hombre celoso y posesivo, defendiendo lo que era tuyo y solo tuyo. Luego te lo compensaré.

—¿Habéis acabado ya? —interrumpió la charla Warwick. El resto de los componentes de la comitiva no había osado interrumpir porque estaban entretenidos con la conversación que escuchaban entre lord y *lady* Mackay.

—Eres un aguafiestas, Warwick. No te lo tendré en cuenta porque sé que cambiarás cuando te enamores —respondió el conde escocés.

—¿Por qué los casados se empeñan en que todo el mundo a su alrededor se contagie con su mal? —preguntó irritado el aludido.

—Bueno, ¿qué hacemos a partir de aquí? —inquirió Céline para zanjar la pequeña discusión.

—Separémonos y veamos si reconocemos a alguna de las damas —dijo Wild—. No se me ocurre nada más. Porque sería muy sospechoso comenzar a preguntar si alguien conocía a *lady* Regina.

—¿John? —lo llamó Minerva.

—¿Qué?

—No creo que yo sea de mucha ayuda, mi mente es capaz de concentrarse en los números y recuerdo a cada persona con la que he hecho negocios, pero no mucho más. Cuando me dijiste tu título, fue bastante después cuando recordé que la señora Hill tenía una hermano… ¿Entiendes lo que te estoy explicando?

—Sí, pero no debes preocuparte. No sería la primera vez que una pista no nos lleva a algún lado. Piensa en esta salida como algo inquietante y muy divertido que hemos hecho. No todos los días una dama tiene el placer de ver en esta tesitura a su esposo.

—De acuerdo.

—Vamos a echar un vistazo, incluso podamos pasarlo bien. ¿Qué tal un baile?

—¿John?

—Como me digas que no sabes bailar…

—Claro que sé bailar —le aclaró Minerva.

—¿Qué te pasa? —La veía seria de repente.

—Te deseo incluso vestido de mujer.

Su esposo le sonrió.

—Me ha quedado perfectamente claro en el carruaje, cariño. Ven, vamos a bailar. Tendrás que dirigir tú el paso, para eso hoy eres mi hombre —apuntó seductor con voz femenina.

La investigación no estaba reñida con la diversión. Desde el lugar donde varias parejas danzaban, John se pondría a ver si había alguna cara conocida que se pudiese asociar con la víctima. Dar con una pista así iba a necesitar de un milagro, pero cosas más extrañas habrían sucedido a lo largo de los siglos, y si Dios les enviase un poco de suerte…

Mientras Minerva y John se decantaban por bailar, Céline y Watford no acababan de decidirse sobre qué hacer. Estaban en un rincón donde nadie pudiese escuchar su conversación y el timbre de voz tan peculiar del caballero.

—Este lugar no es tan extraño después de todo.

—No. Creo que es algo así como un refugio —dijo el conde—. ¿Te he dicho lo encantadora que estás vestida de ese modo, amor mío?

La dama emitió una ligera risa.

—Varias veces, de hecho. Pero puedes hacerlo cada vez que lo desees. Mi vanidad se hinchará, pero trataré de mantener los pies en el suelo —prometió.

—¿Qué te gustaría hacer? ¿Bailar como Wild y su dama? —En ese momento Watford los había visto irse hacia la pista de baile.

—¿Por qué no probamos suerte en la ruleta? Eso me gustaría, aunque como sé que he salido victoriosa en cuestiones de amor, dudo mucho que gane un penique.

Watford le sonrió en agradecimiento por la confesión.

—¿La ruleta, dices?

—Será emocionante. ¿Vamos?

Los ojos de su esposo se movieron hasta el lugar.

—Parece buena idea. Está concurrido, creo que podríamos ir a echar un vistazo y ver si alguien nos es familiar.

—Sabes tan bien como yo que encontrar algo aquí, que incrimine a otros y nos exculpe a nosotros, es del todo improbable.

Watford abrió los ojos con sorpresa.

—¿Sabías que esto no daría ningún fruto y pese a eso nos animaste a venir y crear todo este espectáculo, Céline? —No la entendía. Parecía muy segura del razonamiento que acababa de explicarle.

—¿Y perderme la ocasión de comprobar cómo de hermosa se vería mi dama? —preguntó con una sonrisa juguetona—. Además, cuando Minerva nos recomendó ir en pantalones lo vi claro. Esto será una de esas vivencias que siempre atesoraremos, nos reiremos en el futuro cuando rememoremos lo que hicimos. Será un buen recuerdo para los dos.

—Especialmente lo que aconteció en el carruaje mientras veníamos —apuntó pícaro.

—¿Crees que alguien se habrá dado cuenta de que hemos sido… traviesos mientras veníamos hasta aquí?

—Seguro que no. —A Watford solo le importaba la opinión que su esposa tuviese de él. El resto podría irse al infierno. Eso incluía a sus amigos también, entre otras cosas porque él dudaba de que se hubiesen podido contener durante el viaje.

—Juguemos a la ruleta. ¡Vamos! —lo animó Céline.

Mackay y Lily Ann observaron a lord y *lady* Watford yendo hacia ese lugar.

—¿Amor mío? —inquirió el escocés.

—¿Sí? —Ella estaba examinando todo lo que había a su alrededor. Desde que sufrió un

percance en un baile años atrás y la sociedad comenzó a decir que era patosa, la condesa de Mackay prestaba mucha atención a los detalles.

—¿Te apetece jugar a las cartas? Wild está bailando con su esposa, Watford se dirige a la ruleta y creo que ir a probar suerte con las cartas será mejor que quedarnos en un rincón observando a todo el mundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió un poco tímida la dama.

—Las que desees.

—¿Estás satisfecho con nuestro matrimonio? —El escocés se irguió.

—Por supuesto que sí. ¿Tú, no lo estás? —Lily Ann le mostró una sonrisa muy dulce y le colocó la mano sobre el pecho.

—No podría haber pedido a un hombre mejor.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de tu pregunta?

—Me estoy divirtiendo mucho esta noche. Todo es diferente y excitante.

—Especialmente nuestro viaje hasta aquí. No creí que meterte bajo mis faldas fuese a llevarme a la locura con tanta rapidez —dijo satisfecho.

Ella se rio con coquetería.

—Tú también has sido muy imaginativo en tus atenciones —lo premió con otro cumplido.

—¿Qué te preocupa, vida mía?

—Nunca me había parado a pensar en que una mujer pudiese enamorarse de otra… Puede ocurrir lo mismo entre los hombres, ¿cierto?

—No sé qué responderte, Lily Ann. Supongo que uno no puede elegir a quien amar. ¿Por qué me haces esa observación?

—Porque veo a las parejas que están bailando junto a Minerva y Wild, y no encuentro diferencia alguna con lo que se demuestran nuestros amigos. Las damas parece que están completamente enamoradas las unas de las otras. ¿Ves? —Señaló el lugar con discreción.

El escocés se fijó entonces en que el comportamiento de Wild y su esposa era muy dulce, del mismo modo que el resto de las parejas que figuraban a su alrededor.

—Entiendo lo que dices. Debe de ser duro amar a alguien con todas tus fuerzas y tener que mantenerlo en secreto porque podrían incluso internarte en Bedlam por considerarlo una locura.

—¿Alguna vez seremos libres de los dictados sociales que nos dicen lo que es correcto e incorrecto? Porque no creo que el amor sea un asunto incorrecto en absoluto.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia, Lily Ann?

Ella desplegó una sonrisa brillante.

—¿Desde que me casé contigo? —preguntó con diversión.

—Sí, creo que sí. —Mackay se rio por lo bajo para no llamar la atención—. Te amo.

—Te adoro y doy gracias cada día por haberte encontrado.

—La suerte fue toda mía. Mi vida sería miserable sin ti.

—Eso es verdad —dijo pagada de sí misma.

Él se acercó a su dama y la besó con ternura. No era la única pareja que estaba besándose, así que no desentonaban. Nadie les prestaría atención.

—¿Jugamos a las cartas pues? —le preguntó a Lily Ann.

—Sí. ¿Warwick… te importa que…? —El conde se giró para buscar a su amigo, pero él ya no estaba donde lo habían visto la última vez. Él sabría lo que hacía.

La pareja se acercó hasta el lugar. Mackay, quien iba tras los pasos de Lily Ann, tuvo que hacer malabares para no chocar con su esposa. Ella se había quedado quieta de pronto a una distancia prudencial del sitio al que se dirigían. Parecía que hubiese visto un fantasma.

—¿Cielo? —preguntó el conde escocés junto a la oreja de su esposa.

—No puede ser… —La vista de Lily Ann estaba fija en un punto. Una mujer.

—¿Esa es…?

—*Lady* Gellywen —aseveró la condesa—… la esposa de lord Gellywen… —dijo en un susurro que solo Mackay pudo escuchar.

—Sí, mi vida, entiendo que ella es la esposa de Gellywen. Comprendo que estés impresionada, pero no sería la primera vez que hay secretos tan grandes que se interponen en un matrimonio. —El escocés intuía que su mujer se había quedado impactada al ver a una dama casada en un lugar como ese. El hecho de que una mujer, tan dulce como *lady* Gellywen, estuviese en un club secreto de esa índole, sentada junto a otra dama joven a la que sonreía con admiración…

—No, no lo entiendes, amor. Ella lleva esa joya en el brazo y… ¡Dios! —susurró mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¡Cómo he podido estar tan ciega! —exclamó con contención. Mackay optó por agarrarla del brazo con firmeza y llevársela a un lado. Su esposa estaba fuera de sí.

Lord y *lady* Mackay llegaron hasta el lugar apartado donde habían permanecido. Los condes de Watford no tardaron en aproximarse, los únicos que estaban disfrutando de un par de bailes eran Wild y Minerva. Warwick seguía desaparecido.

—¿Qué sucede? —inquirió Céline—. La he visto ponerse pálida de pronto.

—Lily Ann ha reconocido a… —comenzó a decir el escocés.

—Es *lady* Gellywen, está en la mesa oeste, jugando a las cartas. ¡No! —Agarró el rostro de la condesa de Watford antes de que se girase para mirarla—. No nos conviene que ella sepa que la hemos descubierto.

—¿A qué te refieres? —inquirió Céline.

—Ella es la asesina de *lady* Regina. Estoy segura.

El grupo abrió los ojos por completo. Céline la veía muy segura de sí misma y pese a ello se obligó a no perder la compostura. No iba a perder los nervios por la revelación de su amiga. Ella también conocía a la aludida y saber que estaba en un lugar así…

—Acláranoslo, Lily Ann —la incitó *lady* Watford.

—Tiene que ser ella, no hay otra explicación. —La condesa escocesa estaba fuera de sí.

—Necesitamos que te expliques —terció Céline. Watford la admiró todavía más. Su esposa no perdía jamás los nervios, era tan resolutiva…

—La joya de su brazo. Es una pieza exquisita… hecha de plata, con forma de serpiente…

—Sí —intervino *lady* Watford—. Sé cómo es la joya, porque yo misma me quedé impresionada cuando se la vi en un baile hace un par de años. La serpiente devora su propia cola formando un ocho; en los ojos tenía engarzadas unas diminutas esmeraldas y el labrado de las escamas era exquisito. ¿Qué tiene que ver el brazalete, Lily Ann?

—Mucho, Céline, porque yo no le había visto esa joya a *lady* Gellywen hasta hoy, pero sí la observé en el brazo de Regina años atrás.

—Tal vez se la prestase… Pudieron ser amigas.

—No, no. La de Regina no tenía esmeraldas, tenía rubís. Son dos joyas que un par de amantes se entregarían. Un guiño secreto en su relación. Lo único que tenían para saber que se amaban. Estoy segura de lo que digo, todo tiene sentido. Ella es la que mató a Regina, no pudo soportar que su amante se comprometiese con Hanks o con otro o que… ¡No lo sé! No sé la razón que tuvo, pero la mató. Ese brazalete establece una conexión directa entre ambas mujeres. Tiene que ser la asesina… —dijo derrotada y sintiéndose traicionada por la dama.

Céline había palidecido al escuchar a su amiga.

—¿Estás segura de que Regina tenía el mismo brazalete? ¿Estás segura? —repitió la condesa de Watford.

—Sí, sí. Te lo juro.

En ese momento los marqueses de Wild llegaron hasta el grupo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Minerva.

—Tenemos que irnos —sugirió Watford—. Ella no nos ha visto y tenemos esa ventaja.

—Salgamos de aquí —concordó el escocés, mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros a su esposa—. ¿Dónde está Warwick?

—Lo he visto deslizarse por aquellas escaleras. —Wild señaló el lugar con el dedo—. Imagino que son las que dan acceso al sótano.

—¿Has dicho al sótano? —preguntó asombrada Minerva.

—Sí, supongo que sí —afirmó el marqués.

—Está solo. Warwick es mayorcito y sabrá cuidarse. Tenemos que irnos de inmediato —sentenció el escocés. Deseaba sacar a Lily Ann de allí y tranquilizarla. Estaba muy alterada. Su esposa conocía bien a *lady* Gellywen. Debía de estar destrozada.

Nadie se atrevió a contradecir a un escocés ansioso que se veía más que listo para cargar en sus brazos a su condesa y salir de allí rugiendo si hiciese falta.

Fue a la salida, cuando Mackay metió en el carruaje a una impresionada Lily Ann que seguía pálida y asombrada, cuando Céline les explicó lo que la esposa del escocés había aportado a la investigación.

Wild consideró que habían hecho bien al marcharse. La vigilarían de cerca y verían cómo desenmascararla.

El grupo estaba consternado, especialmente Minerva, pues cuando le dijeron el título de la dama que se había convertido en una candidata más que factible para ser acusada de asesinato, recordó que lord Gellywen le había pedido ayuda para transportar aquel opio hasta Londres. ¡Qué desastre! Y ella que había creído que la vizcondesa era dulce y estaba completamente enamorada de su esposo… ¡Cuánta perfidia!

Minerva estaba perpleja. Tal vez su esposo sí tuviese razón y las casualidades no existiesen, porque la revelación había sido del todo inesperada…

Al fin tenían un filón de oro que seguir.

La villana estaba a un paso de responder por su crimen. La sociedad pronto vería cómo los cuatro malditos limpiaban su nombre.

La Pluma Secreta tendría que retractarse por todas las maledicencias con las que había cubierto a sus damas. Warwick estaba a un paso de poder buscar una esposa adecuada —si así lo desease— con la reputación intacta.

Que *lady* Gellywen se preparase, porque la venganza iba a ser un plato del todo frío… pero sabroso.

Epílogo
El cielo en la Tierra

Casa de campo de los duques de Bridgewater, 1828.

—No me puedo creer que esto esté pasando… ¡otra vez! —exclamó furiosa *lady* Wild.

—Iré a ver por qué el galeno tarda tanto en venir.

—¡No! No te atrevas a dejarme sola, John —le reprochó su esposa.

Un nuevo grito femenino rompió el silencio de la estancia. El marqués seguía con la mano de su esposa entrelazada a la suya. Acabaría con la mano rota. Su mujer estaba empapada en sudor y el trabajo de parto estaba muy avanzado. Si el galeno no llegaba…

Varias criadas llorosas trataban de ayudarla, pero lo que se precisaba era un médico que atendiese el nacimiento de su tercer hijo.

—¡No sé qué hacer para ayudarte, cariño! —Cada vez que su esposa había alumbrado, él había insistido en permanecer junto a ella en la cabecera de la cama. Y todas las veces se había sentido impotente.

—Todavía faltaba un mes para que el niño naciese… No entiendo qué tiene la casa de tu padre para… ¡Aaaaaaah! —gritó cuando un fuerte dolor la volvió a atravesar—. Ya nos pasó lo mismo cuando nació tu heredero…

—Es cierto —dijo John—, pero recuerda que mi padre insistió mucho para que Anthony naciese en esta casa. No fue algo fortuito como las dos veces posteriores —incluyó ese instante que estaban viviendo porque era definitivo que su hijo nacería allí—. Todos los herederos de Bridgewater llegan al mundo en estas tierras. Es como un rito que trae suerte. Nosotros lo hemos vivido tres veces. Debe ser una señal divina o algo así —dijo con satisfacción.

—Empiezo a creer que es como dices, porque tu hija Lucy también quiso aparecer en este mundo cuando le quedaba un mes para llegar y lo hizo en esta casa… ¡Aaaaaaaah! —Otro dolor agudo la hizo gritar.

—Y mi padre se enorgulleció de eso. Bridgewater consiente tanto a la pequeña Lucy, que incluso Faith está celosa de la niña. Pasamos nuestra luna de miel en esta casa, es del todo comprensible que te traiga buenos recuerdos y que por eso nuestros hijos deseen dejar su propia huella aquí mismo.

—¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo?

—¿Estás segura de que es un niño, cariño?

—Creo que sí. Me gusta Broderick.

—Sí, recuerdo que lo dijiste. Si es un niño tú elegirás ese nombre, y si es una niña lo haré yo.

—Me parece…. ¡Aaaaah!

El médico eligió ese preciso momento para presentarse en la habitación. John se lo agradeció a Dios.

—Veamos qué tenemos aquí… ¡Cielos, si esto ya casi se ha acabado! —El galeno se apresuró para intercambiar el lugar con una de las doncellas más veteranas, que estaba al borde del llanto, y terminó de ayudar a la marquesa en el alumbramiento de su tercer hijo.

Broderick Andrew Peter —y una larga ristra de nombres más— Hope se unió a la familia demostrando lo bien que le funcionaban los pulmones, porque sus gritos se escucharían incluso al otro lado del mundo.

Su hermano mayor, Anthony Thomas Hope, contaba con seis años y se parecía mucho a

Wild. Su hermana Lucy Minerva tenía cuatro y era una pilluela a la que adoraba su orgulloso abuelo. El pequeño Broderick estaría muy feliz de convertirse en el consentido de todo el mundo.

Un par de horas más tarde, cuando los felices padres tenían a su recién nacido en brazos y sus otros dos hijos estaban a su lado contemplándolo, Minerva se dio cuenta de que no podía haber pedido nada más en la vida.

—¿Estás contento, John?

—Muchísimo. Mandaré avisar a mis padres lo antes posible. Se lo diremos primero a Bridgewater porque es como debe hacerse. Estará contento de que tengamos otro niño, pero estoy seguro de que hubiese preferido otra muchachita. —La predilección del duro y bravo duque eran las mujeres de su familia.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Anthony.

—Sí, queremos *jugá* y el bebé no hace *ná* —balbuceó la pequeña Lucy, quien todavía no sabía vocalizar perfectamente.

—Id a la guardería y no os portéis mal —les sugirió *lady* Wild.

Los niños se acercaron a Broderick, depositaron un beso en su tierna cabecita y se marcharon dando saltos.

—¿Qué te hace sonreír tanto? Además de lo evidente, por supuesto —añadió John, mientras le cogía la mano al recién nacido.

—Estoy recordando el pasado.

—¿Qué?

—Estoy pensando en que hubiese sido justo que tú te hubieras disfrazado de mujer, como aquella vez… ¿lo recuerdas?

John emitió una larga risotada.

—¡Es imposible olvidarlo! Ninguno de los cuatro lo olvidará jamás.

—Pues me hubiese parecido justo que hubieses sido tú quien hubiese alumbrado al menos a este. Lo de traer a los niños al mundo debería ser una tarea compartida. Si fuese fácil que te convirtieses en mí llevando un simple vestido… ¡Te lo hubiese puesto de inmediato! Este pequeño no ha tardado demasiado en llegar, pero el dolor… ¡Dios santo!

—Si pudiese hacer tu carga más ligera, lo haría en todo momento. Me habría puesto faldas, enaguas y medias durante todo un año.

—Fue divertido ir a aquel club… ¿Crees que Warwick podrá olvidarlo alguna vez? —A Minerva le vino a la mente de inmediato ese amigo de su esposo.

—¿Te refieres a lo que sucedió en el sótano?

—Escuché a Diane decir que se usaban argollas, fustas y…

—No sigas… Debí suponer que alguna perversión poseía aquel lugar.

—Diane dice que los juegos de servidumbre son… interesantes.

—Ah, intuyo que no me has contado algunas cosas…

—No creo que eso sea para nosotros. ¿Te alegras de que todo haya salido bien?

—Lo que más me agrada es la idea de que Warwick lo haya conseguido. Por un instante consideré que se quedaría solo y amargado durante el resto de su vida.

—Un hombre tan excepcional y apuesto… ¿solo? Debes estar bromeando, John. Ninguna mujer en su sano juicio lo habría dejado seguir soltero.

Su esposo le sonrió. No sintió celos cuando su esposa elogió a su amigo. Tenía tanta confianza en Minerva que sabía que no debía dudar de ella jamás. Eran una pareja sólida, con el amor rodeándolos a todos.

—Bueno, supongo que tienes razón.

—Pero lo de *lady* Regina… El escándalo… Todavía me siento mal cuando pienso en todo aquello —razonó Minerva.

—No lo hagas. Las cosas suceden por algún motivo… Lo que importa es lo que hemos construido juntos.

—Pero cada vez que recuerdo lo que fue…

—No —la cortó—. No quiero que nada perturbe tu paz. Has sido fuerte y me has dado un hijo sano. Quiero que descanses y te prepares para cuando mis padres lleguen y te agasajen.

—Lo dices como si eso fuese una tortura, y me gusta mucho que los duques se preocupen tanto por mí.

—Lo sé. No creí que Bridgewater te aprobase, y te trata incluso de un modo muy similar al de su hija predilecta.

—Tu madre también me adora. Son muy buenos conmigo.

—Lo sé. Pero ya te vaticiné que eso sería instantáneo. Soy su amado hijo y la duquesa siempre ha considerado que soy perfecto en todo.

—No olvides mandarle una nota a mi hermano. Darius querrá saber también las buenas noticias.

—Lo haré en un par de días, con la visita de mis padres ya tenemos suficiente. Prefiero que descanses y que luego venga el resto de nuestra perfecta y gran familia. Faith también quiere conocer a Broderick.

—No te olvides de Diane.

—Lo sé, lo sé. —John se quedó observando a su esposa. Ella sonreía mientras miraba a la nada—. ¿Qué te hace tanta gracia otra vez?

—Mi hermano.

—¿El qué?

—Darius tiene dos hijos.

—Lo sé.

—¿No recuerdas que te dije que yo tenía que casarme porque él me confesó que no podría engendrar?

—Sí, y doy gracias a que eso te impulsase a lanzarte a la carrera en busca de un esposo. Todo te llevó hasta mí.

—Pero mi hermano es un hombre feliz y está casado.

—¿Dónde quieres llegar a parar?

—Nunca se lo he echado en cara, pero estoy convencida de que me contó una mentira sobre sus problemas reproductivos. Siempre sospeché que Darius sabía más de aquel americano que me hizo el gran favor de romperme el corazón para que yo te encontrase.

—¡Excelente conclusión sobre ese americano!

—¿Crees que Darius se inventó todo eso de no poder tener hijos propios porque quería verme feliz con un buen hombre?

—Tú, ¿no?

Minerva abrió los ojos por completo.

—¿De verdad crees que sucedió así, John? ¿Que me mintió para azuzarme?

—Por supuesto que sí. Para mí fue más que evidente en cuanto se casó y su esposa alumbró a su primer vástago.

—¡No puedo creer que no me lo dijeses!

—Y yo no puedo creer que tú no lo dieses por hecho cuando ocurrió.

—¡Tenía miedo por si él había permitido que otro hombre…! —Se dio cuenta de lo tontas

que sonaban sus suposiciones—. No sé lo que pensé, pero tenía miedo de abrir la caja de Pandora y decidí olvidarme del asunto. —Era imposible que Darius hubiese permitido que otro hombre se acostase con su esposa para engendrar a un hijo… ¿Cómo no se dio cuenta antes?

—Resultas tan inocente a veces… Ahora deja que acune a mi pequeño y descansa, cariño. Yo velaré tu sueño.

Broderick acababa de soltar el pecho de su madre y estaba plácidamente dormido. Su orgulloso padre lo acunó entre sus brazos y se sentó en la silla más próxima.

John no podía pedir nada más a la vida. Tenía todo lo que había esperado y deseado.

No solo había logrado confiar en sí mismo y sentirse digno para amar y ser amado. Había sabido tener fe en Minerva.

John Anthony Vincent Samuel —y una ristra de nombres más— Hope, marqués de Wild, había vuelto a confiar.

Nota de la autora

Mi queridísima lectora, esto de trabajar con Hilda Rojas Correa y Mile Bluett parece que se ha convertido en una tradición anual que espero que perdure en el tiempo. Se ha sumado a este maravilloso proyecto la increíble y archiconocida Isabel Acuña, a quien he leído desde hacía años. Estar las cuatro juntas en esto ha sido un gran acierto, muy entretenido y maravilloso.

Han sido más de tres cientos sesenta y cinco días trabajando para vosotras, ideando e hilando tramas. Estos cuatro caballeros malditos me han robado el corazón y confío en que os haya sucedido lo mismo.

Es triste despedirse de un trabajo así, pero a la vez ilusionante. Nos queda por conocer la última historia. Isabel ha hecho un Warwick muy potente. También habrá que resolver un asesinato.

Si os ha gustado esta serie y nos mostráis vuestro cariño, os prometemos que el próximo año trataremos de regresar con novedades. ¿Os apetece?

Os adoro, liVertinas mías. Gracias por leernos, por darnos ánimo y apoyarnos tanto como siempre hacéis.

El resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer los libros en orden:

Serie Reinas de Corazones: (Se inició en octubre y está activa con las dos primeras historias. Vendrán más).

1) A un suspiro de ti
2) A un beso de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York
2) Un buen partido para lady Evangeline
3) Una institutriz para el vizconde Portman
4) Una Navidad para los duques de York
5) Una prometida para el duque de Phenton
6) Una amante para un lord
7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel
2) Lady Angela y el conde
3) Lady Elisabeth y el capitán
4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía).
2) Lady Lena y el amor
3) El duque y la maldición
4) Lady Susan y el error
5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto
7) El marqués y el deber
8) La marquesa y el destino
9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:
1) Amberly, la esposa perfecta
2) Tiffany, la esposa esquiva
3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:
1) Loren, la esposa sin título
2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse
3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:
1) Rosemary, una institutriz soñadora
2) Philomena, una institutriz desdichada
3) Marianne, una institutriz realista
4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:
1) El acuerdo de un lord inadecuado
2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A.S. Lefebre):
1) Una pupila inesperada
2) Una prometida inesperada
3) Una candidata inesperada
4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):
1) Un esposo inconveniente
2) Un amor inconveniente
3) Un matrimonio inconveniente

Serie De Amores y Matrimonios:
Entre el deber y la pasión
Una segunda oportunidad para amar

Novela Contemporánea:
Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada… Os adoro, queridas y bellas damas.

No te pierdas la siguiente historia



Cómo seducir a un conde
Isabel Acuña

Un suceso cambiará el curso de sus vidas. Cuatro caballeros lucharán por el amor y la redención… en la serie de romance histórico: El Club de los Caballeros Malditos.

En Cómo seducir a un conde, cuarta entrega de la serie, Adrian Collins, conde de Warwick, quien se ha visto inmerso en un escándalo junto a otros tres caballeros, al estar en el momento y lugar equivocado, debe luchar junto a sus compañeros de infortunio por limpiar su nombre de una grave acusación que se cierne sobre ellos. Pero Adrian, quien heredó el título a una edad temprana por culpa de un suceso que marcó su vida, no olvida la afrenta sufrida por su familia años atrás y ha llegado la hora de la venganza.

A la señorita Miranda Taylor, hermosa, elegante y en la cúspide de la alta sociedad, la vida le sonríe hasta que se cruza en su camino el conde de Warwick. El plan de Adrian es fácil: arruinar económicamente a la familia de Miranda, pero al saber del próximo compromiso de la dama con uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, el desagravio económico no le parece suficiente.

Miranda y Adrian se hallarán inmersos en una serie de situaciones donde nada será lo que parece, el dolor del engaño entrará en pugna con una arrolladora atracción y el perdón será el precio a pagar por darse una oportunidad de amar.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

CÓMO SEDUCIR A UN CONDE

Para mi Lauris, aunque la vida te lleve por otros caminos, recuerda que donde quiera que estés, siempre estaré contigo.

Era la sed y el hambre, y tú fuiste la fruta.
Era el duelo y las ruinas, y tú fuiste el milagro.
La canción desesperada.
Pablo Neruda

Capítulo 1

Londres, abril de 1823

—Si las miradas mataran, el señor Edward Taylor ya estaría bajo tierra. —dijo *lady* Mackay a manera de saludo.

Adrian Collins, conde de Warwick, desvió la mirada de su objetivo para posarla en la bella mujer que se había acomodado a su lado. Se colocó frente a ella y, con una ligera venia, tomó su mano y besó sus nudillos.

—*Lady* Mackay, es un placer verte aquí esta noche —saludó con una sonrisa.

—El placer es mío, Warwick, veo tu interés en ese grupo y déjame decirte que la señorita Miranda Taylor es una mujer hermosa, sensata e inteligente.

Adrian levantó una ceja. En esos momentos, lord Warwick se encontraba junto a Lily, actual condesa de Mackay, la esposa de uno de sus mejores amigos, un conde escocés. Se habían conocido a raíz de un suceso terrible: el asesinato de una joven dama, *lady* Regina, hacía casi cuatro años.

—¿Qué sabes de la señorita Taylor y las pretensiones del marqués de Wessex? —se interesó Adrian.

Según tenía entendido, Miranda Taylor estaba en el punto de mira del marqués.

—No mucho, la verdad, es la primera vez que lo escucho, aunque sería toda una suerte para ella si se anunciara un compromiso. Pero tú los detestas, a los Taylor me refiero, ¿o has cambiado de opinión?

El salón estaba abarrotado de gente, el olor a cera de velas se mezclaba con el de los diferentes perfumes que saturaban el ambiente, la melodía de la música se imponía sobre las voces y las risas de los concurrentes. Para el conde de Warwick era un incordio verse rodeado de damiselas casaderas, pero no esperaba menos del lugar. Almack's era la cuna del nutrido grupo de debutantes que asaltaba Londres en época de temporada, a la caza de maridos ricos y de abolengo, de ser posible. Él estaba interesado en una damisela en especial, y estudiaba con celo de halcón el grupo en el que la joven estaba, a unos pasos a su derecha. El marqués de Wessex había invitado al baile al vizconde Sufolk y a su esposa, al señor Edward Taylor, primogénito y heredero al título, y a la señorita Miranda, la hija menor.

—Quiero justicia, mi padre está muerto y mi hermana no ha vuelto a llevar una vida normal por culpa de ese calavera —adujo, refiriéndose a Edward Taylor.

El drama que había protagonizado su hermana con el hombre en cuestión era demoledor. A Warwick todavía le dolía recordar dicho acontecimiento, por lo que el señor Taylor y toda su familia no eran de su agrado.

—No, tú no quieres justicia, Warwick, quieres venganza, la forma más efectiva de aspirar a la justicia es olvidando la venganza, y ese no es tu caso —opinó la condesa de Mackay.

—La familia de lord Sufolk tiene una deuda conmigo que tendrá que pagar tarde o temprano.

—Por tu actitud y tu mirada creo que ya has empezado a cobrarles, así no lo sepan —afirmó con tono reprobatorio *lady* Mackay—. La herida aún está abierta, Warwick, supéralo y sigue con tu vida.

—¿Si nos injurian no tenemos derecho a nuestra venganza? —contraatacó Adrian.

—Olvidarlo es mucho más efectivo que cualquier represalia —insistió la mujer.

Adrian observó a la esposa de su mejor amigo con respeto, aunque no compartía su punto de vista.

—Warwick —interrumpió Mackay, tomando la mano de Lily—. Consíguete una jovencita para bailar y deja de hablar con mi esposa.

Adrian soltó la risa ante el codazo que le dio su esposa al bruto escocés. Gaven Dhoire Mackay, conde de Mackay se había ganado esa reputación porque era un hombre grande y temperamental, aunque con un corazón que no le cabía en el pecho.

—Nuestro amigo está valorando el terreno, se llama táctica de observación antes de la guerra —concluyó la condesa, un poco preocupada por Warwick.

El escocés dio una mirada al salón y la depositó en el grupo antes señalado.

Sus amigos estaban al corriente del agravio que los Taylor, en concreto Edward, le habían hecho su familia, así que los Collins merecían una reparación. No obstante, tanto Mackay como su dama consideraban que Adrian debía superarlo y olvidar.

Mackay invitó a su esposa a bailar el vals. Warwick lo observó con gesto burlón, la influencia de Lily era evidente en su comportamiento. Sin embargo, ninguna pátina borraría su índole guerrera.

—No olvides lo que te dije —dijo la mujer perdiéndose con su esposo entre las parejas que disfrutarían del vals.

Adrian volvió su atención al grupo y con pasos lentos se acercó a la señorita Taylor sin revelar su presencia.

Miranda, a la que sus pares de la alta sociedad apodaban Corazón de Oro, por su popularidad, su cabello rojizo y sus proporciones de hada, aceptaba las atenciones del marqués de Wessex con evidente aplomo. Por lo visto, los rumores de una alianza familiar eran ciertos. Probablemente, la renuencia del vizconde a ventilar sus asuntos familiares en público se debiera a la ausencia de un anuncio oficial, pero parecía —por lo escuchado a su secretario, que a su vez lo había escuchado a su fuente, una joven de la servidumbre de la casa— que lord y *lady* Sufolk esperaban la propuesta de un momento a otro.

Adrian no era conocido solo por su cerebro, su título y su fortuna, era un hombre marcado por culpa del terrible hecho ocurrido en el verano de 1819: el asesinato de *lady* Regina Lightwood, hija del marqués de Barrington, en un suceso tan confuso que, casi cuatro años después, seguían las pesquisas sin dar con el culpable. El hecho de que él y tres lores más estuvieran en la escena del crimen los había hecho sospechosos, trayendo escándalo y oprobio a sus vidas. Adrian había perdido al que consideraba el amor de su vida, ya que empezaron a apodarlos los Caballeros Malditos, pero ese era un tema aparte al que le traía allí esa noche.

Frunció el ceño, su apuesto rostro se endureció y sus labios se apretaron. Su mirada café brilló de rabia y amargura. Le ponía enfermo ver a Edward, el primogénito de los Sufolk, sonriendo y relacionado con lo más alto de la sociedad, indiferente al daño causado a su familia, y le dio un vuelco el estómago al recordar el sufrimiento de su hermana y las crisis que padecía desde aquel desengaño. Confirmó que el momento por el que había trabajado durante un par de años por fin se acercaba: su venganza sería perfecta, pues la familia parecía estar a punto de lograr el mayor de sus triunfos. Si Adrian esperaba un poco más, sería demasiado tarde y su presa podría volverse intocable, al convertirse en el cuñado de un hombre tan poderoso como Nicholas Blake. No obstante, a la hora de pescar un pez tan gordo como Wessex, la responsabilidad había recaído sobre Miranda. Por los informes recibidos, la familia estaba ahogada en deudas, y su única esperanza era la chica de cabellos rojizos, cuyo encanto parecía

haber encandilado al marqués, alguien de quien hubiera esperado algo más de sentido común. Sonrió con desprecio, se aseguraría de que ese compromiso terminase. No pensó que tendría que acercarse tanto al enemigo, con acceder a la mayoría de los créditos de la familia y luego rematar sus bienes se hubiera dado por bien servido, pero odiaba la sonrisa de satisfacción de Sufolk ante el próximo compromiso de la temporada, y de pronto ya no le parecía suficiente lo hecho hasta el momento. Necesitaba más. Necesitaba prodigar un castigo de acuerdo con el daño causado.

La señorita Miranda Taylor observaba el salón de baile y a las parejas danzando al ritmo de un vals cuando su amiga, *lady* Beatrice Findley, hija del conde de Findley, se acercó a ella, y después de los saludos, la separó del grupo.

—No puedo creer que hayas accedido a comprometerte con el marqués de Wessex —confesó, con sus ojos llenos de preocupación, mientras estudiaba a la joven.

Beatrice y Miranda habían estudiado juntas en el internado de la señora Wellinford, lugar a donde iban las jóvenes de la alta sociedad durante tres años antes de su primera temporada. De eso habían transcurrido casi cinco años, pero se habían convertido en las mejores amigas, tenían los mismos pasatiempos y hablaban de cualquier cosa. Sin embargo, Miranda lamentaba haberle confiado la noticia.

—¿Por qué no? —preguntó encogiéndose de hombros e intentando mantener la compostura. Le tenía mucho cariño a Beatrice y no quería que se preocupara por ella, así que optó por una respuesta despreocupada—. Es buen partido y está soltero, no chochea, no es viudo ni tiene una recua de hijos, y se te olvidó lo más importante, es uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

—No estás enamorada.

—Ay, Beatrice —un dejo vulnerable en la voz de Miranda alertó a su amiga enseguida—, no podemos seguir aferradas a un sueño de niñas, tenemos que crecer, los príncipes azules, como los soñamos, no existen.

—Es cierto, por regla general, los príncipes azules tienen muchas princesas. —Ambas soltaron la risa, Beatrice continuó—: Wessex tiene mala reputación con las mujeres, dicen que es frío y despiadado.

—Como cualquier dandi del salón —objetó Miranda, observando a su amiga con cariño.

—Apenas lo conoces —insistió la joven—, vas a compartir la vida con él.

Miranda la tomó del brazo y la llevó de paseo por el lugar, saludaron a varios conocidos a su paso. Envidiaba a Beatrice, que era hija de un hombre excepcional, un científico de renombre en Gran Bretaña, cuyos estudios y descubrimientos en las ciencias botánicas y arqueológicas eran conocidos por todo el mundo. Acababan de llegar de un viaje por el Mediterráneo, Beatrice, a pesar de su corta edad, era una mujer dueña de su vida, al ser huérfana de madre viajaba mucho con su padre, y Miranda no la imaginaba casándose por conveniencia, estaba segura de que envenenaría al pobre diablo en la noche de bodas. Ella había tenido una infancia muy diferente a la suya, por eso no podía entender su decisión, que estaba centrada más en ayudar, complacer y ganar la aprobación de su familia, aparte del pequeño detalle de sacarla de la ruina, responsabilidad que de pronto había caído sobre sus hombros, y así salvar el legado familiar.

—He hablado con Wessex y ambos tenemos muy claro lo que buscamos de este matrimonio. No podría importarme menos lo que el marqués haga, siempre y cuando sea discreto. Y eso es exactamente lo que desea: una esposa que no interfiera en su vida, asegurar un par de herederos y ser la anfitriona perfecta.

—¿Vas a tener un matrimonio abierto, como los de muchos de nuestros pares? ¿Y si te enamoras de alguien?

Miranda sonrió.

—Eso no va a pasar. No me interesa.

—Eso dices ahora. No funcionará y serás desgraciada. Así no quieras admitirlo, eres muy emocional, tienes un gran corazón.

—Seré marquesa —afirmó contundente—. Además de una asignación generosa, tendré poder.

—¡Por Dios! ¿Quién eres tú y qué hiciste con mi mejor amiga?

—Todo saldrá bien, hemos hecho un trato, viviré en Kent la mayor parte del año y vendré a Londres por la temporada. Sabes que disfruto del campo, y los jardines de la mansión de Wessex en Kent son bellísimos.

Confusa por esa información, Beatrice negó con la cabeza y adoptó una expresión más crítica. La chica estaba segura de que detrás de esa espantosa decisión estaba el hermano calavera, sabía que existían rumores, pero había estado tan absorta en su estudio de una clase de flor que poco había prestado atención y ahora se arrepentía. No podría hacer mucho si ya Miranda estaba decidida a ser el cordero de sacrificio de su díscola familia.

—Es la única manera que tengo de hacer algo con mi vida —le dijo Miranda con cierto tono de desesperación—. No todas tenemos la clase de padre que tú tienes ni tus oportunidades.

—Espero que sea así. —Llena de compasión al advertir el gesto de vulnerabilidad en los ojos de Miranda, Beatrice le estrechó las manos y le susurró—: Pero no creo que casarse sin amor sea la manera de conseguirlo. Estarás bajo su dominio y controlando cada una de tus acciones, igual que lo hacía tu padre y ahora tu hermano. Por favor, piensa otra vez en lo que estás haciendo. No confío en él, ni en ninguno de los hombres de esta sala.

Miranda en ese momento chocó su mirada con la del conde de Warwick; había notado la insistencia con que la observaba, algo raro en él, que siempre la había ignorado. Un ligero estremecimiento la surcó al verlo levantar la copa de licor y hacer un brindis silencioso hacia ella. Tuvo la urgencia de mirar a lado y lado para ver si le prodigaba su brindis a otra persona, pero quedaría como una tonta, le hizo un gesto con la cabeza y pasó por su lado con una fría sonrisa. Era guapo de muerte, la verdad esa noche estaban los dos hombres más apuestos de la temporada en el salón. El marqués de Wessex, Nicholas Blake, con su belleza gitana y sus profundos ojos del color de las hojas en primavera, y el conde Warwick, Adrian Collins, de cabello claro y mirada oscura de halcón. Eran físicos distintos, pero ambos igual de guapos, elegantes y sagaces.

—Warwick no te quita la mirada de encima —soltó Beatrice saludándolo con un gesto de la mano. Su familia y la de ella eran muy unidas, pero no tenía una relación cercana con él, debido a los viajes y la diferencia de edad.

—A lo mejor me confunde con alguien.

—No lo creo —contestó su amiga con una sonrisa incrédula.

—Él y sus cuatro amigos no pueden quitarse el lastre de la muerte de *lady* Regina de encima —respondió Miranda por cambiar de tema.

—¿Qué ocurrió? No estoy al tanto de los detalles. Yo no estaba Inglaterra en ese momento, viajábamos por el Medio Oriente.

—Deberías, como una apasionada de los casos sin resolver, te interesaría este. *Lady* Regina Lightwood, hija del marqués de Barrington, era la debutante de oro de 1819. Para ese entonces tenía dieciocho años y acababa de romper su compromiso con un norteamericano millonario. Durante el transcurso del último baile de la temporada fue degollada en el laberinto de setos de la mansión de su padre, Hedge Place. Los condes de Warwick, Watford y Mackay, y el marqués de

Wild se encontraban allí. Alegaron que habían recibido unas notas para citarlos en ese mismo lugar, y que cuando llegaron ya *lady* Regina estaba muerta.

—No entiendo lo de las notas, ¿fueron enviadas con un fin especial? ¿Qué pasó con el norteamericano?

—El señor Patrick Hanks estuvo detenido, pero ciertas pruebas de las que no tengo conocimiento lo exculparon de lo sucedido. Respecto a las notas, no sabría decirte.

—¿Y los cuatro nobles?

—Su inocencia no ha sido nada fácil de esclarecer.

Beatrice se golpeó la barbilla con el abanico.

—Interesante, le diré a mi padre que averigüe más. Volviendo a Wessex, si tuvieras otra oportunidad con alguien más, alguien más de tus intereses, ¿te plantearías dejar el futuro compromiso?

—No lo sé.

Miranda observó al marqués, que hablaba con sus padres. Cualquier otra mujer estaría encantada con las atenciones del noble. Sabía que casarse con la esperanza de obtener una nueva vida era toda una apuesta, pero estaba convencida de que, al ser el marqués un hombre ocupado, sería mucho más tolerante y ella gozaría de ciertas libertades, vedadas para una joven casadera. Tal vez, incluso, se mostraría satisfecho de tener una esposa que no buscase su atención, y sus padres estarían orgullosos de ella y de que ostentase el título de marquesa. ¿Por qué Beatrice no comprendía que ese matrimonio era una situación ventajosa para todos ellos? En cualquier caso, Miranda nunca había estado enamorada. Un matrimonio de conveniencia era mucho más su estilo.

Tuvo que aterrizar en la realidad cuando volvió a vivir con sus padres, después de tres años de internado, durante los cuales solo iba durante el verano a la casa solariega o unos pocos días para Navidad: las malas decisiones de su padre y su hermano, una tras otra, habían diezmado las arcas de la familia y pronto los acreedores llegaron a la puerta. Sus padres la aupaban a casarse desde la primera temporada, pero habían transcurrido cinco sin una oferta que tentara a la familia, o a lo mejor nadie quería echarse al hombro semejante carga, y los entendía. El marqués de Wessex era la respuesta a sus oraciones y no quería arruinarlo.

Adrian, que observaba a la joven con atención, tuvo que admitir que, cuando sonreía, pasaba de ser excepcionalmente guapa a exquisitamente hermosa. Con la luz de las velas, su melena brillaba como bronce pulido, su piel aterciopelada parecía perfecta y sus ojos, de color gris, enmarcados en unas cejas perfectamente delineadas, resultaban tan inusitados como bellos. Se recordó a sí mismo que le gustaban las mujeres morenas y con curvas. Ella era pequeña y delgada como una muñeca de porcelana, al acercarse se percató del aroma que circundaba a la joven, una fragancia exquisita que no supo ubicar.

—Mañana saldré para Stratford, a pasar unos días con mi tía Edith —escuchó Warwick que decía la señorita Taylor—. Hoy recibí una nota de su mayordomo, se encuentra delicada de salud. A mi padre no le hace mucha gracia que me ausente, pero lo haré, será poco menos de una semana.

—A lo mejor eso es lo que necesitas, que la tía Edith te haga entrar en razón —apuntó Beatrice.

Miranda, viendo que el marqués se acercaba para su vals de antes de retirarse del baile, se apresuró a decirle a su amiga:

—Te quiero y necesito que me apoyes en esto, por favor.

Beatrice hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Adrian, que había estado escuchando el final de la conversación entre ambas jóvenes, se dijo que se tomaría unos días de asueto y visitaría su casa en Stratford, que para más dicha era cercana a la de la mencionada tía Edith. Sintió una perversa satisfacción al ver que le ponían la oportunidad en bandeja de plata. Sonrió de nuevo y se dijo a sí mismo: «Da al diablo la puerta, que con cualquier llave estará abierta».

Capítulo 2

Sanders, su ayuda de cámara, le acomodaba la chaqueta cuando alguien golpeó la puerta de la habitación. Adrian ordenó con voz recia al que estuviera tras el umbral que siguiera, y un paje entró con una bandeja donde había una misiva que el conde sacó del sobre con rapidez al reconocer la letra.

Apreciado Warwick:

Tengo noticias interesantes que me encantaría compartir con ustedes, los espero en mi hogar esta noche a las 7:00.

Gideon Graham, conde de Watford

La amistad con Wild, Watford y Mackay se había afianzado con el paso de los años. Los cuatro nobles habían gastado tiempo y recursos en averiguar la verdad, mientras su amistad crecía, y compartían cenas, reuniones y estadías en las diferentes casas de campo, pero el crimen seguía sin resolver. Sus amigos habían encontrado el amor en maravillosas mujeres que ahora eran sus amigas, y él les seguía la idea cuando le presentaban a una u otra joven casadera, lo cual no era algo fácil de conseguir debido al escándalo. El conde de Warwick sabía que tarde o temprano tendría que abordar el tema del matrimonio, pero en la sociedad no había aparecido ninguna debutante que acelerara su corazón. Él era un romántico incurable, y así la mayoría de los matrimonios de la nobleza fueran por diversas razones, para Adrian solo había una posible: el amor. Conocía ese sentimiento, su noviazgo con Clarissa Walker había sido noticia tres temporadas atrás, debido a su rompimiento, que lo dejó con el corazón escaldado y poco presto a enamorarse, por lo que se dedicó de lleno a la investigación.

—Necesito tener el equipaje listo, saldremos esta misma noche para Stratford, después de la cena en casa de Watford.

—¿Cuántos días estaremos ausentes? —preguntó Sanders.

—Arregla el equipaje para una semana.

—Sí, milord.

Adrian bajó al comedor donde su madre, Abigail, condesa viuda de Warwick, y su hermana, *lady* Susan, lo esperaban. Ambas tomaban té y leían la prensa.

—Buenos días, madre, Susan.

Ellas correspondieron el saludo, y el lacayo que las atendía corrió la silla para que el conde se sentara. Le pasó el periódico, mientras le servía su taza matutina de café, lo prefería al té a esa hora de la mañana.

—¿Cómo estuvo la velada, querido? —preguntó su madre ilusionada.

Necesitaban un heredero, ya era hora de que su hijo se volviera a enamorar. La condesa viuda era una hermosa mujer que pasaba los cincuenta años y se conservaba bien, aunque estaba algo pasada de peso, ya que era aficionada a los dulces y golosinas.

—Aburrida, como siempre, me imagino que veré las mismas caras de las debutantes en todos los bailes de la temporada, solo por eso valdría la pena volver al campo, son las sesiones del parlamento y algunos nuevos indicios de la investigación los que me detienen en la ciudad. Aunque tengo un viaje imprevisto a Stratford.

—¿Qué ocurre en Stratford? —preguntó Susan llevando una taza de té a los labios.

—Refacciones, aprobar presupuestos para cambiar el techo y la fachada en el verano, el

techo se debe reparar cuando no está lloviendo.

—Labor que puede desempeñar tu administrador sin problema —retrucó Abigail—. No entiendo tu apego a esa casa, con el castillo Warwick tienes más que suficiente.

—Me gusta hacerlo, madre, además, hay otros asuntos que debo tratar. Será una semana, no creo que la temporada se paralice por la ausencia de mi apuesta y gallarda presencia.

Adrian escondió su rostro tras el periódico para dar por concluido el tema.

—Madre, a lo mejor hay una dama implicada —sugirió Susan.

—No será muy decente si tiene que ir al campo para reunirse con ella.

Warwick suspiró y dejó de leer la prensa, no se concentraría con sus voces como urracas; además, Susan tenía algo de razón, era muy discreto en cuanto a sus aventuras y cuando estas duraban más tiempo del que se permitía, disfrutaba de ellas en Ashton Hall. Sin embargo, no tenía reputación de seductor.

—Susan, vi tu última pintura y quiero decirte que tu talento mejora con los años. Wild me recomendó al hermano de su esposa, es un experto en pintura, tiene buen ojo, podría hablar con él para que te dé algún consejo.

La joven, dos años menor que su hermano, levantó la mirada de la prensa. Era una mujer hermosa, con un halo de melancolía que Adrian no sabía cómo manejar. Tenía el cabello claro y los mismos ojos de su madre, de un color verde primaveral.

—No necesitas sobornarme para cambiar de tema, querido hermano.

Warwick sonrió.

—No lo hago por eso, me alegra ver que estás de muy buen ánimo hoy y sabes que admiro tu talento.

—No estoy lista para mostrarle mi trabajo a nadie.

—Estoy segura de que sí lo estás, déjalo mirar, no te hará ningún daño, puedes beneficiarte de sus conocimientos.

—Veremos.

Le pediría a Hollister que viniera. Las razones de Warwick iban más allá de contentar a su hermana, necesitaba un ojo crítico para evaluar el arte que plasmaba en los diferentes lienzos, apoyarla a desarrollar al máximo sus conocimientos, ya que desde que había empezado a pintar como *hobby*, veía que la melancolía se alejaba de su rostro, nunca la veía tan tranquila como cuando se empleaba en una obra. Tenía adaptado un salón de la mansión con todos los elementos para desarrollar su enorme talento, y él estaba seguro de que daría de qué hablar en el mundo artístico y cultural de Londres, aparte del dichoso episodio ocurrido con Edward Taylor, años atrás.

***

La señorita Taylor bajó la escalera poniéndose los guantes. Un criado llevaba su baúl al coche en el que viajaría a Stratford. Se ajustó su sombrero y se dispuso a entrar al salón de recibir para despedirse. La familia estaba reunida mientras platicaban y leían la prensa. El vizconde Sufolk, Gregory Taylor, era un hombre de estatura mediana, rollizo, de temperamento enérgico, dominante y propenso a la ira y la impaciencia. Su esposa, Althea, era una mujer de mediana edad, alta y espigada, muy parecida a Miranda, tranquila, serena, con una capacidad de adaptación a los cambios de humor de su esposo y tremendamente leal a él. Por último, estaba Edward, un dandi enérgico y vivaz, atractivo e irresponsable, que no había hecho otra cosa con su vida que esperar a heredar el título y poder casarse con una heredera con el suficiente dinero

para que le sufragara sus vicios: el juego, los caballos y las malas mujeres.

—Es una idea estúpida hacer este viaje, Wessex aún no ha enviado a su abogado con los papeles del compromiso. Deberías quedarte en Londres y asistir a la cena que dará el marqués mañana en la noche. Mi hermana puede cuidarse sola, tiene los suficientes sirvientes que atienden sus mínimas necesidades —adujo el vizconde mirándola con reprobación.

—No son suficientes sirvientes, como bien lo sabes.

—Tu tía es una tacaña, podría agenciarse a los mejores sirvientes de la ciudad, pero ella prefiere vivir como si no tuviera un céntimo y mientras tanto nosotros…

Miranda interrumpió su ataque, ya iba con algo de retraso.

—Lord Wessex sabe que me voy a ausentar y anoche decliné la invitación, no quedó consternado por mi ausencia —adujo Miranda con sarcasmo—. Si no fuera de cuidado la indisposición de tía Edith te haría caso, padre, pero ella no tiene hijos, solo nos tiene a nosotros, no me parece justo que teniendo familia no pueda contar con ella. Si tú, Edward, sirvieras para algo más que una partida de naipes, te pediría que fueras.

—No le hables así a tu hermano —saltó su madre a defenderlo.

Miranda no entendía esa preferencia ciega de sus padres hacia su hermano, una persona que no tenía la más mínima consideración con ellos, con los sirvientes y con todo el que lo rodeaba; sus amigos eran de su misma calaña.

—Tu tía se lo buscó —fue la respuesta del vizconde—, no nos ha brindado ayuda últimamente y a ella le sobra el dinero.

—No es su obligación, ha hecho mucho por nosotros, pagó mi colegiatura en la academia y mi debut en la sociedad, algo por lo que le estoy agradecida. Creo que salvó el pellejo de Edward con su última deuda de juego.

Miranda opinaba que su tía no tenía por qué pagar el nivel de vida de sus padres si nunca iba a recuperar esa inversión, no entendía la incapacidad de su progenitor para cuidar el dinero: la propiedad en el campo estaba en ruinas, los arrendatarios no contaban con el apoyo del vizconde y había mucho por hacer con la tierra que la circundaba, por eso la premura de acelerar el contrato matrimonial. Una de las condiciones que había puesto Miranda para el enlace era que su padre no dilapidara el dinero e invirtiera en la casa de campo y el terreno circundante. No quería que el marqués se percatara de su urgencia por el enlace, tenía la impresión de que una de las cosas que admiraba en ella era su orgullo, entre otros valores.

—Déjala ir, padre —contestó su hermano dejando el periódico a un lado—. A veces la distancia acrecienta los sentimientos.

—No nos podemos dar el lujo de fallar —reviró el vizconde enseguida—. Es la mejor oportunidad que se le ha presentado a tu hermana.

Un miembro de la servidumbre entró con un arreglo de flores.

—Entrega para la señorita Taylor.

Miranda recibió el presente.

—Gracias, Tom.

El lacayo hizo una venia y salió del salón. El arreglo era precioso, Miranda tomó la tarjeta.

Estimada Miranda, espero que estas flores alegren tu día antes de tu viaje, deseo que tu tía se recupere pronto, esperaré ansioso tu vuelta, ya que tengo algo importante que hablar contigo. Espero que pienses en mí, así como yo pensaré en ti.

Con afecto,

Nicholas

Miranda olfateó las flores y guardó la tarjeta en su bolso.

—No tienen nada de qué preocuparse, creo que el marqués hará la propuesta en cuanto yo regrese de Stratford.

Se despidió de la familia. El cochero ya había llevado el coche a la entrada y con la sensación de que todo en su mundo marchaba a la perfección, por fin, Miranda inició su trayecto a Stratford.

***

Warwick se apeó del carruaje en Eden Hall a la hora convenida, el mayordomo lo llevó al estudio, decorado con elegancia, donde el conde de Watford y su esposa Céline, dueños de la mansión, charlaban con dos parejas más: el marqués de Wild; su esposa Minerva; el conde Mackay y su esposa Lily Ann. A medida que avanzaba su amistad, Adrian había visto cómo cada uno de sus amigos caía en las redes del matrimonio, las maravillosas mujeres que los acompañaban creían con los ojos cerrados en la inocencia de los tres, ¿por qué ellas también lo habían arropado a él en sus afectos? No lo sabía, pero lo trataban como a ese hermano al que había que reñir de vez en cuando. ¿Por qué su prometida no tuvo idéntica fe en él? Había sido un duro golpe a su corazón del que le costaba trabajo reponerse.

—Veo que sus esposos cuidan muy bien de ustedes, queridas damas, porque cada día están más bellas —dijo después de los saludos y acomodándose en una de las sillas tapizadas de brocado.

—Claro que cuido bien de mi mujer —brincó Mackay enseguida—, demasiado bien, diría yo —concluyó con tono de voz socarrón, ganándose un golpe en la pierna con el abanico de su esposa.

Céline y Minerva soltaron la carcajada.

—Déjalo que presuma si eso lo hace feliz —señaló Céline—, creo que aquí no encontrarás mujeres insatisfechas, estimado Warwick.

—Pero sí muy curiosas —intervino Lily.

La entonación que le dio la esposa de Mackay a la frase le hizo suponer que iba a enfrentarse a un interrogatorio.

—¿Qué desean saber? —preguntó el conde después de un suspiro. Esperaba que Lily no tocara el tema del baile de la noche anterior.

—¿Has vuelto a aquel lugar? —preguntó Wild mientras Céline servía generosas copas de coñac—. Ya sabes, a ese donde estuvimos el año pasado disfrazados de damas.

Warwick supo de inmediato que se refería a un club muy especial, donde se reunían las damas que preferían la compañía y el placer que ofrecían las de su mismo sexo. El conde recordó la visita a aquel lugar, buscando pistas sobre el asesinato; fueron disfrazados de mujeres y había sido una velada muy diferente de todo lo que había vivido hasta ese entonces.

—En las dos ocasiones que les he comentado.

—¿Has visitado el sótano? —preguntó Céline en tono cómplice.

Todos lo miraban expectantes y Warwick decidió saciar su curiosidad.

—Está bien, les contaré, pero con la condición de no volver a hablar nunca más del tema.

—¿Tan mal te fue? —preguntó Watford con su tono de barítono.

—Para nada, es que no lo veo relevante para la investigación y me avergüenza tratar este

tema frente a tres damas respetables —señaló fastidiado.

—Por eso no te preocupes —intervino Minerva—, puedes tratar cualquier tema con nosotras, no somos debutantes ni mojigatas.

—Así es —afirmó Céline.

—¡Santo infierno! Deja de ser tan acartonado. —Le palmeó la espalda Mackay—. ¿Nunca habías visto a dos mujeres brindándose placer?

Lily observó a su esposo con el ceño fruncido. Mackay tomó su mano, besó el dorso con devoción y luego le dio un beso en la comisura de los labios.

—Eso no te salvará, milord —señaló ella tajante—, estoy esperando una explicación.

—Fue una vez en Edimburgo, en casa de un noble inglés, por cierto, fue una velada instructiva y agradable, a esa edad era un chico impresionable —capituló Mackay.

—Dejen hablar a Warwick —terció Wild.

—El sótano es para mujeres con gustos un poco más complejos.

—¿Complejos? —elevó la ceja Watford.

—Gustos especiales, mujeres a las que les gusta solo mirar y otras participar de juegos un poco —carraspeó, algo incómodo— dolorosos y excitantes, las mujeres dan y reciben placer por medio de acciones que provocan dolor y humillación. Las mujeres que infligen dolor lo hacen con ciertos artilugios —se le hizo muy apretado el nudo de la corbata y sintió el rubor en la cara. A pesar de que no era un inexperto, el tener que hablar de prácticas sexuales frente a tres matrimonios respetables y no desde la cama de alguna experimentada cortesana lo hizo sentir algo avergonzado—: fustas, látigos, lazos para atarlas y otro tipo de objetos…

—No me imagino sintiendo placer por medio de los golpes —interrumpió Lily.

—Yo podría ser un buen maestro —señaló Mackay socarrón.

—Claro, querido, me enseñarías a sostener la fusta con la que te daría una buena azotaina que estoy segura te llevaría a la cima del placer.

Mackay la miró serio.

—Si lo pones así, no creo que lo ensayemos algún día.

—Aunque no lo crean, apreciadas damas, hay muchas mujeres y hombres cuya fantasía es ser amordazado, atado, golpeado, maltratado, ensuciado —dijo Warwick.

—¿Participaste de alguna actividad? —preguntó Wild.

—No podía, habría sido evidente mi condición de hombre, simplemente me limité a observar.

—¿Te excitaste? —volvió a la carga el marqués, sonriendo al ver a su amigo cada vez más incómodo.

—¿Qué pregunta es esa? Estás siento obtuso e irrespetuoso —le riñó Minerva.

—¿Por qué? Todos hemos tenido fantasías —insistió Wild.

—Si alguna de las tuyas incluye ensuciarte con algo, tendremos problemas.

—No todo fue malo en ese sótano —continuó Warwick—, hay algunas escenas muy sensuales que cualquier persona, hombre o mujer, disfrutaría.

—Si estuviéramos solos harías una muy gráfica descripción, me imagino que saliste del lugar rumbo a aliviar el peso que te agobiaba —dijo Wild burlón.

Warwick lo miró de mala manera. Su amigo tenía razón, había ido a visitar a una cortesana, antigua conquista suya, que, gracias a Dios, no estaba ocupada y había dado rienda suelta a sus instintos hasta bien entrada la tarde del día siguiente.

—Damas y caballeros, la charla ha sido muy instructiva, pero tenemos otros temas más importantes a tratar —adujo Watford.

—Han pasado meses y nuestras pesquisas poco avanzan, además de saber que Alexandra Bailey, esposa de lord Gellywen, estaba enamorada de *lady* Regina y del par de joyas que las relacionaban, no tenemos nada más —interrumpió la marquesa de Wild enseguida—. Los detectives que hemos puesto tras ella, después de su regreso, poco han aportado, asiste a los eventos a los que es invitada con su esposo, quien parece que la tiene con rienda corta, y sus actividades son muy limitadas, solo se ha permitido dos visitas más a aquel lugar, cuando el vizconde estaba de viaje.

—En esas dos oportunidades que estuve al tiempo con ella en el lugar no vislumbré nada raro, ni un afecto preferencial por alguien más. No demoró mucho en el lugar —agregó Warwick.

—¿Dónde habrá estado? Desapareció del panorama justo después de nuestra visita a aquel lugar y volvió para el inicio de esta temporada —habló Lily—. Podría hacerle una visita.

—Preferiría que te mantuvieras al margen —señaló Mackay.

Ella resopló.

—Como si eso fuera posible.

Los cuatro amigos no cejaban en su empeño de dar con el culpable y por fin poder limpiar sus nombres. De los sirvientes que les habían entregado el mensaje que los citaba en el lugar del asesinato, solo habían sacado en claro que un hombre alto, delgado, de rostro anguloso y severo le había pagado a cada uno la suma de treinta libras por el cometido. Como eran sirvientes externos, contratados solo para el baile, la labor de mensajería no estaba entre sus obligaciones. El misterioso hombre, que según recordaban tenía una notoria cicatriz redonda que abarcaba el dorso de la mano izquierda, aparentemente de una quemadura, parecía haber sido borrado de la faz de la tierra. Habían investigado a cada sirviente de la casa del vizconde Gellywen, pero ninguno se acercaba a la descripción que buscaban hasta ese momento. La lista de sospechosos, tanto del magistrado lord Bourne, encargado oficial de la investigación, como la elaborada por ellos, se acortaba. Patrick Hanks, el americano pretendiente de la joven asesinada, había logrado demostrar su inocencia, ¿por qué diablos ellos no?, se preguntaba Warwick cada día desde ocurrido el hecho. La noticia de que *lady* Gellywen estaba enamorada de una mujer le había dado un cariz distinto a la investigación, pero seguían a oscuras.

—Cobbins volvió esta tarde de Birmingham —señaló Watford—. Lo envié porque uno de los detectives necesitaba confirmar algo, y regresó con la noticia de que reconoció a Smith.

Se refería al mensajero que le había entregado a él la nota inculpatoria. Con el tiempo, el hombre se había ganado la confianza del conde y este lo había instruido y convertido en su secretario personal.

—¿Lo enfrentó? —preguntó Mackay.

—No, pero hizo unas averiguaciones muy interesantes —terció Céline.

—El verdadero nombre del famoso señor Smith es Rusell Clarke, es el administrador de la oficina que hay en la ciudad de una de las minas de carbón de la zona. Lo curioso, y que me da esperanzas de que sea el que buscamos, es que la oficina que administra es de varios socios, entre ellos, lord Hereford, lord Gellywen y el conde de Perth.

Mackay se levantó y caminó por la estancia a paso veloz.

—Estamos más cerca de lo que pensamos —dijo volviendo a tomar asiento—. Lo presiento. Lord Hereford tiene razón en estar resentido, supe que perdió una suma de dinero considerable por el rechazo de *lady* Regina a comprometerse con el norteamericano.

—¿Tanto como para llevarlo al asesinato? —inquirió Watford.

—Sé que fue una gran cantidad —insistió Mackay.

—Tenemos a lord Gellywen, el esposo de la amante, y al conde de Perth, el hombre del que toda debutante huye. Lo que me causa curiosidad es por qué nuestros detectives y el magistrado no dieron antes con Smith. Birmingham no queda en la cola del mundo —adujo Warwick.

—Según lo que pudo averiguar Cobbins, hace pocos meses está en la ciudad, estuvo escondido quién sabe dónde todo este tiempo —señaló Watford.

—¡Casi cuatro malditos años! —reviró Wild.

—No nos desesperemos —indicó de nuevo lord Watford—, todo llega cuando tiene que llegar, estamos más adelantados que hace un año o dos.

Todos asintieron y después de unos segundos volvieron al tema.

—*Lady* Gellywen está en su casa de campo, tan pronto llegue tendré otra seria conversación con ella —adujo Warwick—. En cuanto al supuesto señor Smith, tenemos que cerrarle el cerco. De aquí salgo para Stratford, llegaré mañana a la tarde. De ahí me queda a media jornada Birmingham, podría ir y averiguar algo.

—Yo pondré a mis detectives sobre cada uno de los caballeros sospechosos y la servidumbre —adujó Watford—. Podríamos ir todos a Birmingham.

—Sería un error, lo pondríamos sobre aviso y se esconderá como la rata que es —intervino Minerva—. Cuatro caballeros en una ciudad mediana, por favor.

—Tienes razón —convino Céline.

En ese momento, el mayordomo entró para anunciar que la cena estaba servida.

—Utilizaré un disfraz y averiguaré qué diablos ocurre, estoy de acuerdo con Mackay, estamos cerca —dijo Warwick.

—Lo importante es no perder el norte —concluyó Lily, observando a Warwick con un gesto de advertencia.

Él podría llevar a cabo varias misiones a la vez, caviló. Iría a Stratford tras la hija de Sufolk y a la vez reuniría pistas sobre el escurridizo Smith.

Capítulo 3

La primera parte del viaje hasta Stratford de Miranda fue un recorrido placentero por la campiña. Ese día de mediados de abril el clima estaba templado y el cielo lucía despejado, aunque aún hacía un poco de frío. Meg, su doncella personal, la mantuvo distraída gran parte del trayecto, contándole algunos chismes de las casas vecinas. La servidumbre era el correo más efectivo en los hogares de la alta sociedad, todos sabían que si algún chisme o habladuría malintencionada era difundida por los sirvientes de manera efectiva, tendría el potencial de convertirse en cuestión de horas en un escándalo monumental. La escuchó casi sin prestar atención, concentrada en su bordado y con una sonrisa en el rostro al recordar el ramo de flores que había recibido. Antes de salir, le había enviado una esquela a Wessex agradeciendo el gesto y reiterando que ella también lo pensaría.

Luego el siguiente recorrido, ya de noche, se le hizo bastante pesado. Llegaron después de la medianoche, y se fueron a la cama enseguida. Su tía ya se había ido a dormir, las recibió el mayordomo.

La casa rural de *lady* Fairfield era una mansión pequeña para los cánones de la alta sociedad, de estilo georgiano, con un bello jardín, contaba con diez habitaciones y estaba decorada con sobriedad. Su tía no era amante de los lujos y boato de los de su clase, contaba con solo cuatro sirvientes: la cocinera, el mayordomo y dos jovencitas que se encargaban de la casa. Edith era la hermana mayor de su padre, casada con un alto oficial del ejército de Su Majestad, elevado al rango de caballero por sus proezas bélicas. Su esposo había muerto hacia diez años en España, dejándola en muy buena posición económica. No habían tenido hijos.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y se encontró con su tía en el comedor donde esta desayunaba. Según el mayordomo, la mujer había insistido en que no pasaría en cama un día más. El rostro de *lady* Fairfield se iluminó al ver a Miranda y quiso levantarse de la silla, pero la joven no lo permitió.

—Dichosos lo ojos que te están viendo, querida Miranda, cada día estás más hermosa.

Le tendió los brazos y Miranda se refugió en ellos. Cuando era pequeña soñaba despierta con que era su hija y recorría el mundo al lado del matrimonio. A veces pensaba que su tía era la única de su familia que la quería.

—Tenía que venir en cuanto recibí la esquela de Godfrey. —Miranda se refería al mayordomo—. Debió hacerlo mucho antes.

—No debió molestarte, la temporada está en su apogeo, no quiero que pierdas la oportunidad de conocer a alguien valioso.

—Eso no será un problema, cuéntame qué ha dicho el médico.

—Nada que deba preocuparte, unas cuantas palpitaciones y debilidad, nada que el reposo y el tratamiento no puedan solucionar.

Miranda estaba segura de que era mucho más delicado de lo que su tía le contaba, Godfrey no le hubiera escrito de no ser así. La veía pálida y estaba segura de que había perdido algo de peso.

Mientras desayunaban, Miranda puso al día a su tía sobre noticias de la sociedad y de los amigos que tenían en común.

—Háblame del calavera de Edward. ¿Ya ha sentado la cabeza? ¿O espera que una rica heredera le solucione la vida? Godfrey tuvo que sacar a tiro de escopeta al último hombre al que tu hermano le debía dinero por una mala racha a las cartas. Al pagar una de sus deudas, los

demás deudores dieron por sentado que pagaría las demás, y no lo voy a hacer.

—Me parece muy bien que no lo hagas, tía, él debe responsabilizarse de sus acciones.

—Tu padre y tu madre lo echaron a perder, fíjate lo ocurrido hace años con la hermana del conde de Warwick.

Miranda dejó la taza de té sobre el pocillo en una mesita al lado del sillón.

—Yo era muy joven en esa época, no supe los pormenores, tía.

—Fue bochornoso y esa pobre mujer no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

—¿Qué ocurrió? —Miranda recordó al conde y su extraño brindis en el baile de la noche anterior.

—Tu hermano sedujo a *lady* Susan, ella era muy joven e impresionable, y fue un duro golpe el que Edward no hiciera la propuesta matrimonial que todos esperaban. Entonces ella atentó contra su vida y se dice que el conde murió de la impresión. El joven Warwick heredó el título y la responsabilidad de su familia y, a excepción del escándalo en el que está implicado, lo ha hecho bien.

—No tenía idea de que la muerte del padre hubiera estado relacionada con el hecho.

—Fue algo raro. Y esa pobre familia no levanta cabeza, luego han tenido que sufrir por el escándalo de la muerte de *lady* Regina que ha salpicado al conde.

—Para vivir encerrada en esta casa, estás al tanto de todo lo ocurrido en Londres.

—Tengo mis fuentes y también leo *La Pluma Secreta*.

Se refería a la columna de un reconocido diario, que, desde años atrás, se había erigido como el portavoz no oficial de los secretos más oscuros y las pasiones prohibidas de la alta sociedad. Era una ventana indiscreta a los salones de baile, los teatros y los jardines de rosas donde los aristócratas y la élite social danzaban al borde del decoro y la desgracia.

—No deberías prestar atención a lo que dice ese pasquín, ha arruinado más reputaciones de las que puedo contar.

Miranda le contó sobre su posible compromiso con el marqués de Wessex. La mujer levantó una ceja y siguió escuchando a su sobrina, guardando su opinión para ella. Cenaron y se retiraron temprano.

***

Adrian llegó a media mañana a la casa solariega, agotado después de cabalgar toda la noche sin apenas descanso para cambiar de caballo. Era una mansión estilo tudor como casi todas las del condado, con estructuras de madera a la vista, techo a dos aguas, ventanas pequeñas y chimeneas altas. Rodeada de un jardín bien cuidado, en la parte de atrás estaban las caballerizas. El interior guardaba una decoración sencilla y elegante, nada recargada, con vigas de madera a la vista, chimeneas en piedra, alfombras persas y muebles cómodos. Contaba con seis habitaciones, un salón, un estudio y un amplio comedor.

Por la noche, luego de descansar varias horas, cenó y se sentó en el salón frente a la chimenea a degustar de un coñac mientras meditaba en lo dialogado con sus amigos en Eden Hall. Tendrían que pegarse como sanguijuelas a los sospechosos. Las dos únicas cosas buenas de esa noche habían sido la amistad con Wild, Watford y Mackay, una amistad que sabía perduraría toda su vida, y el saber quiénes eran sus verdaderos amigos.

Se había acostumbrado al rechazo de sus pares, pero no al de la mujer que había amado. *Lady* Clarissa Walker, la hija de un marqués, había sido un flechazo instantáneo. Acompañaba a la joven en su paseo matutino por Hyde Park, iban a conciertos de piano y bailes, la amaba y

pensó que era correspondido, de hecho, planeaba pedir su mano antes de que concluyera la temporada, así que fue toda una sorpresa cuando el padre y el hermano empezaron a poner trabas a la relación en cuanto aparecieron los primeros reportes de *La Pluma Secreta*. Era capaz de entender el repudio de su familia, pero nunca podría olvidar la censura en sus ojos ambarinos. Recordaba con claridad meridiana esa tarde, en el salón de recibir de la mansión de la joven, cómo ella le reclamaba por lo escrito en el pasquín, y él, sin pruebas que lo disculparan del hecho, solo alegaba su inocencia; nunca se había sentido tan humillado como en ese momento. Esas experiencias habían alcanzado a agriar su carácter, poco quedaba del joven locuaz e irónico de años atrás.

Desechó sus turbios pensamientos, de nada valía perder el tiempo en elucubraciones que lo llevarían por el camino de la amargura. Decantó sus pensamientos a Miranda Taylor.

Al día siguiente se reunió con el administrador de la finca, el señor Huntley, pero antes le dio la orden a Sanders, su ayuda de cámara, de que investigara si la señorita Taylor había llegado ya a Stratford. Recorrió la finca, vio los progresos y algunas cercas que necesitaría reparar, y volvió a la casa a esperar noticias. Leyó la correspondencia que había traído de Londres y contestó varias cartas, entre ellas la de su socio comercial en Birmingham hablándole de una inversión en una nueva mina de carbón. Se las arreglaría para visitarlo sin dañar la coartada.

Sanders volvió pasado el mediodía.

—Milord. —Hizo la reverencia al tiempo que se acomodaba el peluquín.

—Habla.

—La señorita Taylor acaba de salir de su casa para el pueblo. Una de las criadas me dijo que escuchó que iba a la mercería.

—¿Con quién ha ido?

—No me quedé a averiguarlo, milord, vine tan pronto supe que estaría en el pueblo.

Adrian se levantó como un resorte y salió de la habitación.

***

Esa mañana Miranda miró por la ventana el cielo despejado, hacía algo de frío, pero el sol era su aliado si quería caminar hasta el pueblo. Desde su llegada no había salido de la casa. Pasó el día anterior descansando del agotador viaje, acompañando a su tía Edith, y hablando con el médico. La dama tenía una afección al corazón que requería cuidados especiales y la preparación de un tónico por parte del boticario del pueblo. La afección no era de gravedad siempre que siguiera el tratamiento al pie de la letra, algo que Miranda iba a supervisar, así tuviera que trasladarla a Londres.

Además, la casa estaba un poco descuidada, Miranda creía que era por la falta de supervisión y decidió ponerle remedio, delegando en su doncella el manejo de las dos jovencitas. Había que sacudir las alfombras, las cortinas, dar brillo a la plata, pulir los muebles de madera.

—No te preocupes por eso, querida —decía Edith mientras observaba a Miranda dar instrucciones para limpiar las vitrinas de las porcelanas.

—Deberías contratar un ama de llaves, tía, pondría en cintura a todo el servicio.

—No toleraría recibir órdenes de una mujer a la que le tenga que pagar el sueldo.

—Solo es encontrar la adecuada, tía Edith, no mayor que tú porque le costaría seguir tus órdenes, ni tampoco una mujer débil de carácter porque a veces hay que plantarte cara.

Lady Fairfield soltó la carcajada.

—Si fuera más vieja que yo estaría con un pie en la tumba.

—No seas exagerada, eres más joven que papá. La casa no es tan pequeña, necesitas a alguien con experiencia para manejar el servicio y la administración del dinero, alguien que te haga compañía cuando haga falta.

Esa mañana, Miranda tomó la canasta de bordado de su tía y vio los últimos trabajos, unas carpetas para bandejas bordadas en punto de cruz, la mayoría sin terminar. Observó que tenía pocos hilos.

—Iré a la mercería, de paso pasaré por la pastelería de Mildred.

La mujer vendía los mejores pasteles de nata y huevo que había probado en su vida.

—Mildred falleció el invierno antepasado, John volvió a casarse con una jovencita que poco sabe del negocio, su prima Molly es quien se encarga ahora.

—Oh, cuánto lo siento.

—Llévate a Meg para que te ayude con los paquetes.

Miranda hizo un gesto con la mano.

—Está ocupada con Sissy y Ofelia, iré sola.

—No es bueno para tu reputación que vayas sola.

Miranda se puso los guantes y tomó un chal de lana que estaba encima de una de las sillas.

—Estaré bien, no te preocupes, mi reputación no corre peligro aquí, nadie me conoce y, además, ir a la mercería es como si fuera a la iglesia, no creo que *La Pluma Secreta* llegue hasta aquí —concluyó en broma.

Meditó si ponerse sombrero o no, y desistió, llevaba el cabello recogido en una moña apretada, eso bastaría, estaba en el campo, por Dios. Era consciente de que una dama debía ceñirse a ciertas reglas, aunque no creía que por no llevar sombrero se fuera a arruinar su reputación.

Recorrió el camino al condado admirando las flores a ambos lados del sendero, y después de atravesar una alameda de cipreses, llegó a la población. Stratford conservaba el encanto de la época tudor, ya que la mayoría de sus casas tenían siglos de antigüedad. La calle principal, con negocios a lado y lado, y la gente paseando y comprando daban una imagen agradable. El poblado era famoso por ser el lugar de nacimiento de William Shakespeare y donde vivió mucho tiempo con su esposa.

Enfiló directo a la mercería y se deleitó con los encajes que acababan de llegar del continente, compró hilos y telas para bordar. Después de pagar, enfiló directo a la pastelería donde compró una variedad de pasteles y galletas. Salió del lugar con gracia, su mente absorta en el diseño de un vestido en el que luciera el encaje que acababa de comprar, mientras sostenía sus paquetes.

Sin embargo, sus pensamientos fueron interrumpidos cuando sus ojos se encontraron con los de un caballero elegantemente vestido que se acercaba a ella. En un intento de evitar la colisión, dio un torpe paso hacia atrás, solo para tropezar con una piedra suelta. Por pura suerte, el caballero se movió con rapidez y habilidad atrapando a Miranda justo antes de que cayera al suelo. Sus manos se encontraron por un breve momento, ella levantó la mirada para ver quién la sostenía y se quedó sin respiración. La luz del sol se reflejaba en su pelo color miel, al tiempo que exaltaba sus rasgos clásicos y una boca perfectamente modelada. Era un hombre muy atractivo y darse cuenta de eso le dio algo de temor; nunca tenía una reacción tan fuerte e inmediata a un hombre. Lo miró con curiosidad y confusión mientras lo reconocía.

—¡Lord Warwick! —exclamó soltándose enseguida.

—Mil disculpas, señorita, no fue mi intención chocar con usted, hoy estoy notoriamente torpe —concluyó con falsa amabilidad.

Aunque sus palabras eran corteses, Miranda notó un deje de ironía en su expresión, y antes de que pudiera contestar que ella fue la causante del choque, él continuó:

—¡Qué coincidencia encontrarla aquí! Aunque hemos frecuentado los mismos salones, no hemos sido formalmente presentados, permítame hacerlo.

El hombre hizo una reverencia, pero ella lo atajó.

—Sé muy bien quién es usted, a lo mejor usted no sabe quién soy yo.

—Miranda Taylor —contestó enseguida—, es difícil olvidar un rostro tan… hermoso.

A Miranda le pesó no haber ido con Meg al pueblo, este breve encuentro la ponía más nerviosa de lo habitual.

—Es un gusto conocerlo, milord, así sea en estas extrañas circunstancias.

—El placer es todo mío, señorita Taylor, pero déjeme ayudarla con sus paquetes. Si no es mucha indiscreción, dígame dónde se hospeda, puedo ofrecerle mi escolta de regreso a su destino.

—Sería un honor, milord, me hospedo en casa de mi tía, *lady* Fairfield, ¿la conoce?

—Sí, somos vecinos, hemos tenido uno que otro desencuentro, a veces las ovejas de mi finca invaden su jardín y hacen desastres con sus rosas.

—No lo sabía. —Miranda era mucho más locuaz, no entendía el porqué de su reacción, sentía la garganta seca y el corazón le palpitaba con fuerza, temía que el noble se diera cuenta de su estupidez, pero él parecía genuinamente interesado en la charla.

—Pero siempre hemos arreglado nuestras diferencias frente a un vaso del mejor coñac. Su tía es una mujer notable.

—La admiro y la quiero mucho —contestó ella.

Llegaron a la alameda de cipreses. Miranda fue consciente del canto de los pájaros, de las mariposas y abejas posadas en las flores silvestres que adornaban la hierba, el paisaje se le hizo más vivo y brillante y no supo la razón. Era consciente del hombre que caminaba a su lado, de cómo el viento despeinaba su cabello, del polvo del camino asentado en sus botas, del olor de su loción, algo amaderado y enigmático.

Reaccionó y apresuró el paso, ya que el conde había hecho más lentos los suyos, y de pronto no le pareció bien atravesar un camino solitario en compañía de un hombre de dudosa reputación. Aunque ella nunca había dudado de la inocencia de los cuatro caballeros, había leído bastante sobre lo que publicaban los periódicos del asesinato y se guardaba sus opiniones cuando su padre y su hermano decían que debían llevarlos a la horca a los cuatro.

—¿Qué la hizo alejarse de Londres? Es la época en que ustedes, las damas casaderas, tienen su oportunidad.

—Hace un par de temporadas que dejé mi papel de debutante —sonrió y Adrian notó que era hermosa cuando lo hacía, ya se había percatado de ello—. Mi tía ha presentado algunos quebrantos de salud, quise hacerle compañía unos días. ¿A usted que lo trae por estas tierras?

—Podría decir que me encontraba en busca de inspiración para un poema que estoy componiendo. Si la tierra de Shakespeare no cumple su cometido, creo que pierdo el tiempo en ese menester —señaló con talante burlón.

—Creo que se necesita mucho más que respirar el aire donde vivió el escritor para construir una pieza digna de ser leída, o todos seríamos poetas, pero estoy segura de que lo logrará. El empeño es muy importante.

Warwick sonrió de nuevo.

—La verdad, vine a la región para concretar algunos negocios y contratar a alguien para unas refacciones que debo hacer en mi casa.

—¿No es un hombre ocupado para encargarse de una casa de campo? Suponiendo que sea una casa de campo.

—Mi madre es de su misma opinión, pero a mí me gusta encargarme de mis propios negocios y de las casas. Dicen que el ojo del amo engorda el ganado, no puedo darme el gusto de desentenderme.

—Muchos de los caballeros con título lo hacen, delegan esa labor a terceros.

—Puede darse cuenta de los resultados, señorita Taylor: deudas, acreedores y pérdidas.

Miranda se sintió aludida, su familia era el vivo retrato de lo que hablaba el noble.

—Las damas no tenemos la costumbre de tocar esos temas —afirmó indignada—, me parece de muy mal gusto hablar de dinero.

Warwick sonrió de nuevo y a Miranda esa risa le hizo piruetas en el corazón, ¿qué diablos le pasaba?

—No he hablado de dinero y creo que usted tiene más sentido común que muchas de sus amistades.

Se sintió una tonta, el noble tenía razón. Avizoró la casa de su tía y de pronto el rato compartido se le hizo corto, hizo más lentos sus pasos y eso agradó a Warwick.

—Debe ser entonces un hombre muy ocupado, aunque aquí no hay nada parecido al castillo Warwick.

—¿Lo conoce?

—Me han hablado de él.

—El castillo es una edificación hermosa que habla del poderío de los Warwick en la zona, pero es un incordio el mantenimiento del lugar. Soy un hombre práctico, señorita Taylor, prefiero los lugares cómodos y utilitarios más que los ostentosos, pero no podemos tener todo en la vida.

Miranda era la primera mujer que no lo miraba con aprensión, como lo hacían todas las debutantes, como si él hubiera blandido el puñal que mató a *lady* Regina, y de pronto tuvo la tonta urgencia de preguntarle si creía en su inocencia, pero años de preguntas y respuestas controladas se lo impidieron. La hija de Sufolk tenía un encanto inesperado, no era tímida y no le tenía miedo. Vestía un sencillo vestido de algodón de color azul claro, y el chal se le había escurrido de los hombros, pudo ver la línea de su cuello y el tono sonrosado de su piel. Su feminidad, sus curvas y su desconcertante naturalidad le excitaban sin remedio. Hacía mucho tiempo, desde lo ocurrido con Clarissa, que una mujer no le provocaba ese efecto. Debía tener cuidado, sus planes no variarían por culpa de una cara bonita, y normalmente prefería su reacción controlada ante una mujer, se había acostumbrado a ello. No le gustaban las sorpresas.

—Me temo que debemos despedirnos aquí, no quiero que mi tía me llame la atención por andar con un caballero sin carabina, y tampoco quiero habladurías de los sirvientes.

A Warwick le agradó el tinte clandestino que la joven quiso darle al encuentro, iba perfecto con sus planes. Sin embargo, insistió.

—Déjeme acompañarla, podría torcerse un tobillo.

—Mis tobillos son fuertes, milord, no se preocupe.

Warwick hizo una pequeña venia y tomó la mano de la joven, dándole un beso en el dorso.

—Un encuentro inesperado puede ser un verdadero giro del destino —comentó con una chispa traviesa en sus ojos.

Una corta pausa llena de expectativas se produjo entre ellos mientras sus miradas se

entrelazaban.

—Ha sido un placer contar con su compañía, milord, le deseo una buena estadía.

Miranda caminó veloz hasta la casa.

Capítulo 4

Adrian sabía que el siguiente paso tendría que darlo él, así que a la tarde del día siguiente se acercó a la casa de *lady* Fairfield. El mayordomo lo hizo seguir a la estancia donde la anciana y Miranda estaban dedicadas al bordado. Saludó con una sencilla venia mientras se preparaba para que la tía le presentase a la joven formalmente. Asumía, por su comportamiento del día anterior, al despedirlo antes de llegar a la casa, que no le habría contado de su encuentro.

—Lord Warwick, le presento a mi sobrina, la señorita Miranda Taylor.

La joven lo miró en silencio, y su suposición se confirmó. Decidió seguirle la corriente.

—Señorita, es un placer conocerla al fin, aunque hemos frecuentado algunos eventos no habíamos sido formalmente presentados —señaló con voz que delataba un tono de burla que no fue percibido por la mujer mayor.

La joven extendió su mano y Warwick la aferró dándole un beso en el dorso que demoró más de lo normal. Lo hizo sin dejar de mirarla a la cara con gesto burlón al ver el estremecimiento que la agobiaba.

—El placer es mío, lord Warwick —dijo ella soltando la mano de forma brusca y aferrándose al tambor de bordado como si la vida le fuera en ello.

Ahora le pesaba haberle escondido a su tía su anterior encuentro, a fin de cuentas no había tenido nada de malo, y a él su omisión parecía haberle dado una impresión errónea. Estaba mortificada, su sonrojo delataría lo que la afectaba su presencia. La noche anterior había dormido poco, y hoy al ver al noble en la salita supo por qué. El conde se movía con una elegancia silenciosa, sus hombros eran anchos y sus caderas estrechas, se sentó quedando frente a ella y a Miranda le costaba trabajo apartar la atención de él. Era uno de esos hombres que dominan una habitación solo con entrar en ella. Incluso en una multitud habría resaltado con su altura y sofisticación. Era el mismo halo de elegancia de su futuro prometido. Al pensar en Nicholas puso los pies en la tierra, ella era casi una mujer comprometida, se reprendió, no tenía por qué estar mirando a un hombre que no debía interesarle para nada. Volvió la atención a su bordado. Escuchaba la conversación de su tía y el conde sin participar, pero sentía su mirada recorriéndola.

—Qué inesperada visita, Warwick, lo hacía en Londres escoltando debutantes o hablando en el parlamento, ¿qué lo trae a estas tierras en esta temporada del año?

«He venido con un fin y me quedan pocos días para lograrlo», meditó observando a la joven frente a él. Su aroma a fresco y floral bailaba en sus fosas nasales, no tenía idea de por qué un simple perfume lo afectaba, era como si quisiera grabar su impronta olorosa en él y eso le molestó. Él era el cazador, no debía olvidarlo.

—Tengo que hacerle un mantenimiento a mi casa este verano, quise saludarla, ya que por uno de mis sirvientes supe que está algo delicada de salud.

La mujer asintió algo sorprendida.

—¡Vaya, muchas gracias! Por un momento pensé que Petunia había hecho desastres con mis rosas otra vez.

Warwick cruzó las piernas y sonrió, gesto que Miranda observó de reojo ante la curiosa mirada de su tía.

—Petunia está a buen recaudo, será madre en pocas semanas, no tiene arrestos para venir hasta aquí e importunar su jardín.

Un lacayo entró con un carrito con la merienda de la tarde.

—¿Desea una copa de coñac? —preguntó la vieja dama al conde, que asintió enseguida.

—Por supuesto, *lady* Fairfield, además de temer por su salud, no podía perderme un trago del mejor coñac que he probado nunca. Veo que no es nada grave su quebranto, pues sigue igual de hermosa.

La mujer sonrió complacida.

—Tiene una manera encantadora de decir las cosas, es un bribón irresistible.

Miranda escuchaba el intercambio y meditaba que nunca había conocido en su tía ese aire coqueto con el que llevaba la conversación. Quiso bufar de impaciencia por los halagos del conde, al recordar que en las pocas ocasiones que habían ido a las mismas reuniones, el noble tenía una expresión de hastío y frialdad que no encajaba con el comportamiento zalamero que mostraba esa tarde.

—Señorita Taylor —dijo con voz suave. La aludida levantó la cabeza del bordado—, si se les ofrece cualquier cosa, estoy a una casa de distancia, no dude en hacérmelo saber.

—Gracias por el ofrecimiento, milord, pero estaremos bien. No estamos solas, Godfrey es muy competente.

El viejo empleado era mayor que su tía, pero Miranda sabía que, de surgir algún percance, tenía más vitalidad que cualquier hombre más joven.

—Está bien, en cuanto se sienta mejor vendré por ustedes para llevarlas a dar un paseo —dijo el noble poniéndose de pie.

Miranda lo imitó y lo despidió con una leve reverencia para evitar que él aferrara de nuevo su mano.

—Será un placer, joven.

En cuanto se quedaron solas, la expresión de su tía cambió a una curiosa.

—No es por mis huesos reumáticos que el conde vino a vernos hoy.

Miranda la miró sobresaltada y decidió hacerse la despistada.

—No te entiendo, tía.

—Alguien debió comentarle que estabas aquí o a lo mejor te vio ayer en el poblado.

—No tengo idea.

—Más sabe el diablo por viejo que por sabio, aléjate de él.

—Sigo sin entenderte —arguyó Miranda tratando de mantener la calma para no sonrojarse, y volvió la vista a su bordado—, no me interesa, pero ¿por qué habría de alejarme?

—Su familia salió lastimada por culpa de tu hermano, es un hombre de fuerte temperamento que estoy segura busca vengarse por la afrenta, y no me gustaría que te utilizara para ello.

—Tía, creo que estás leyendo muchas historias dramáticas, el conde de Warwick es un hombre ocupado, apenas ha reparado en mí. Además, tiene mucho entre manos, como demostrar su inocencia, si quisiera vengarse no tendría trato alguno contigo.

—Recuerda el dicho, ten a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca aún. Nada en su apariencia y gestos indica segundas intenciones, pero es mejor advertirte, estás a punto de comprometerte con uno de los hombres más poderosos del país, deberías volver a casa y acelerar ese asunto.

—No me iré hasta que estés bien.

—Podrían pasar años, mi niña, Godfrey cuida bien de mí.

—Godfrey se hace cada día más viejo y tus doncellas son un par de atolondradas, que ya se han ganado de Meg más de un rapapolvo.

Edith observó a su sobrina con devoción, era lo único bueno y puro de esa familia, no tenía

ni la mezquindad del padre ni la superficialidad de la madre, y mucho menos el corazón negro de su hermano, era una verdadera joya para cualquier hombre que la pretendiera. Si era honesta consigo misma, no entendía cómo no había encontrado esposo desde la primera temporada. Era hermosa, inteligente, con clase y mucho sentido común. Si Warwick intentaba algo, ella estaba segura de que su sobrina sería capaz de pararle los pies.

—No dejó de mirarte en todo el tiempo que duró la visita, así que ten mucho cuidado. Es apuesto como un demonio y el bribón lo sabe.

—Lo tendré, no te preocupes, ese hombre no me interesa, me parece frívolo y frío.

Lady Fairfield asintió satisfecha.

—Mientras, yo seguiré las órdenes del médico, para que puedas volver con prontitud a Londres.

Miranda tuvo pesadillas esa noche, un hombre con el rostro cubierto la raptaba en medio de un jardín de flores y la llevaba muy lejos. Lo que la inquietó del sueño fueron las sensaciones, el corazón no le latía de miedo, sino de un tipo de emoción que no había experimentado nunca, sintió una pesadez en el vientre y las piernas flojas, un deseo sin concierto, un anhelo por algo que no vislumbraba. Se despertó en la madrugada y no pudo dormir más.

Cuando Meg entró con una taza de chocolate, ya Miranda llevaba levantada varias horas.

—Señorita, está pálida, ¿se siente bien?

—Estoy bien, Meg, solo tuve una pesadilla.

—Cuéntemela, a lo mejor puedo ayudarle a interpretarla.

Miranda sonrió.

—La olvidé —mintió.

—Ayer, cuando venía de Stratford, observé que al otro lado del arroyo hay un campo de madreselvas —cambió de tema la doncella, que se movía a lado y lado de la habitación, ordenando ropa y alistando el vestido de ese día.

—Quiero recolectar algunas flores y aprovechar aquí mi tiempo haciendo unos cuantos aceites, traje mi maletín pensando en esa eventualidad.

Miranda tenía un pasatiempo: la elaboración de perfumes. Maceraba los pétalos de las flores para crear aceites y compraba esencias que enriquecían las fragancias que creaba.

—Por eso se lo decía. Si quiere voy a recogerlas.

—No, esta tarde iré yo, gracias, Meg.

—La caminata y el sol le harán bien, ¿quiere que la acompañe?

—No, tú quédate con tía Edith.

En la hora siguiente, la doncella le alistó el baño y a media mañana la joven bajó a desayunar. Su tía ya había desayunado y se reunió con ella después de tomarse apenas una taza de té. Aún tenía el estómago encogido.

—Meg me informó de un campo de madreselvas al otro lado del arroyo, voy a ir esta tarde y de paso recogeré más flores para hacer aceites.

—Tienes un talento innato para crear fragancias, si este mundo fuera distinto, podrías hacerte un nombre y ganar dinero, pero no eres hombre y nadie te tomaría en serio. Tu caso no es el único, hay mujeres mucho más inteligentes que algunos de los zoquetes con los que comparten la vida, debido a eso y gracias a estas reglas de la alta sociedad, este mundo injusto se pierde de diversos talentos.

—Lo sé, tía, pero no me amarga eso, disfruto creando los aromas. Nunca he pensado en comercializarlos, no podría.

—Pues estoy segura de que, con ese talento tuyo, tu familia no pasaría tantas dificultades si

mi déspota hermano quisiera emprender un negocio.

Miranda soltó la carcajada.

—Nos mataría a todos mientras dormimos si algo así llegara a pasar.

—La alta sociedad, tan llena de prejuicios, prefiere ver a uno de sus pares muriéndose de hambre y ahogado en deudas que ideando alguna forma de ganar dinero. Eso es para el vulgo, ojalá evolucionemos en ese sentido, pero estoy segura de que yo no lo veré, espero que tus hijos puedan verlo.

***

El aroma dulzón de la primavera se colaba como un susurro por la ventana entreabierta del dormitorio. *Lady* Susan Collins no tenía un buen día, los recuerdos de lo ocurrido nueve años atrás todavía estrujaban su corazón algunos amaneceres, solo su fuerza de voluntad la hacía levantarse de la cama. Se negaba a tomar unas gotas que le había prescrito el doctor, su decepción y rabia la desfogaba cabalgando por Hyde Park o encerrándose días enteros a pintar, allí ocurría la sanación, en cada pincelada dejaba ir la frustración, la ira y la tristeza. La gente pensaba que ella aún sufría por culpa de Edward, el pobre diablo que había pisoteado sus sentimientos y su reputación, pero la torpe reacción de ella a lo sucedido había llevado a la tumba a su padre, y ese era el verdadero motivo de su tristeza: la culpa. El que su progenitor sufriera un ataque al corazón por culpa de su transgresión era algo que no se perdonaría mientras viviera. Ambos hermanos adoraban a su padre, un hombre bonachón y cariñoso cuya muerte había dejado una tremenda brecha en la familia.

Su doncella entró a la habitación con una taza de té de hierbas que la ayudaba a iniciar la jornada.

—*Lady* Susan, su madre la espera para desayunar.

—No tengo hambre —rumió con la cara atrapada entre las almohadas y tapada totalmente con las colchas.

—¿*Milady*, se siente bien?

—¡Perfectamente! ¿No lo ves? —soltó irónica.

—Traje su té, *milady*.

—¿Vendrá con una pizca de entusiasmo?

—Por supuesto, *milady*, tres cucharadas de “vamos, es un maravilloso día” —soltó Anne.

Lady Susan separó las cobijas y en silencio se sentó en la cama.

—Esperemos que funcione.

La doncella sonrió y acercó la bandeja al lecho.

—Estoy segura de que así será, a lo mejor siente el deseo repentino de bailar por la habitación.

—Sí, claro, todos sabemos lo revitalizante que es una taza de té —adujo con tinte irónico y una leve sonrisa.

Anne era graciosa y siempre trataba de animarla, algo que Susan agradecía.

—Debería ponerse un lindo vestido y salir de compras.

—Ni diez tazas de té mágicas harían que saliera a comprar, lo sabes. Quiero pasar el día en el estudio.

La joven la miró resignada y se dispuso a alistar su ropa de trabajo.

Una hora después, entró al estudio luego de desayunar con su madre. Observó detenidamente el lienzo en el que trabajaba: una mujer con los hombros descubiertos recogiendo

flores en un jardín. Era lo más alegre que había pintado en un buen tiempo, pues sus tres últimos trabajos eran más bien nostálgicos y oscuros.

Un sirviente tocó a la puerta.

—*Milady*, el señor Darius Hollister desea verla.

Susan recordó al conocido de su hermano, un americano que deseaba evaluar su obra. Soltó un suspiro profundo y observó su estudio con celeridad; el lugar no era elegante, ni mucho menos ordenado, el olor a óleo y disolvente saturaba el ambiente, sus uñas estaban un poco manchadas… Suspiró resignada, saldría de esa visita hoy y volvería a su tranquila rutina.

—Dile que siga.

—Sí, *milady*.

Darius Hollister no tenía el físico que siempre había asociado a un pintor o a alguien relacionado con el arte. Era un hombre grande sin ser corpulento, con el cabello castaño y unos ojos azules que rezumaban inteligencia y la miraron con viva curiosidad.

—Es un placer conocerla, *milady*, su hermano me ha hablado mucho de usted.

—El placer es mío, señor Hollister —dijo ella con voz firme soltando su mano rápidamente —, en cambio, mi hermano no había hablado de usted hasta hace dos días atrás, en que se empeñó en que conociera mi trabajo. Me dijo que también pinta y que podría darme uno que otro consejo.

Darius sonrió. Era un importante empresario americano que había entablado amistad con el conde de Warwick a causa del matrimonio de su hermana Minerva con lord Wild, otro de los mejores amigos de Adrian.

—Me temo que mi talento como artista es dudoso, pero sé valorar futuras promesas, desde hace poco soy miembro de la Real Academia de Artes.

Susan levantó una ceja y lo miró sorprendida. Le gustaba la dicción fuerte de su acento americano.

—Vaya, estoy frente a una autoridad en el tema, perdone mi indiscreción, usted es norteamericano, no es un pintor famoso, ¿cómo lo logró?

—No voy a mentirle, muchísimo dinero e influencias y el préstamo de una obra de arte que se exhibirá en poco tiempo en el museo, un pequeño Caravaggio que ha sido apetecido por la academia por años.

Observó el estudio con curiosidad, las pinturas estaban cubiertas con sábanas.

—Eso, más el dinero, le dará poder, no necesita venir a examinar mi trabajo. Creí que…

Soltó una risa irónica.

—¿Pensó que sería algún profesor de arte, con la vocación suficiente para morirse de hambre hasta encontrar la iluminación de los grandes maestros?

—No quise sonar despectiva.

—No se preocupe, estoy acostumbrado a todo tipo de comentarios. Si tomara los comentarios de sus pares de manera literal, habría vuelto a los Estados Unidos hace años.

Un golpe en la puerta seguido de la entrada del ama de llaves al salón los interrumpió.

—¿Desea compañía, *lady* Susan?

Susan observó al hombre y a ella de manera confusa.

—Eh, no lo creo, el señor Hollister no demorará, puede irse, señora Roberts.

—Su madre insistió…

—Todos sabemos que no soy una inocente debutante, sé cuidarme sola.

Después de una leve inclinación, la mujer salió de la estancia.

—Quisiera ver su trabajo, *lady* Susan —insistió.

Esta mujer lo intrigaba, y no solo era su físico, que se disimulaba a duras penas con el grueso delantal que la cubría, era algo más, no supo si fue la profundidad de su mirada, el tono de su piel o el aura que la circundaba. Hacía años que no lo impactaba una mujer, sus aventuras discretas y fugaces apenas cumplían su objetivo, era algo escéptico en cuestiones del corazón, pero ver a su hermana gozando de un remanso de felicidad le hacía preguntarse por qué no él.

—¿Qué es lo que pinta? —preguntó Darius en tono amable.

La joven frunció los hombros y se acercó a una mesa donde empezó a organizar un grupo de pinceles. Estaba nerviosa.

—Naturalezas muertas, retratos de mujeres en distintas situaciones.

—Me gustaría ver algunos de sus cuadros, ¿los ha visto alguien más?

Por qué diablos insistía, se preguntó Susan. El hombre le parecía atractivo y no quería que le atrajera, necesitaba alejarlo.

—No estoy preparada, señor Hollister. —Durante años nadie había visto su trabajo, solo Adrian y su madre.

—Ningún artista lo está.

Susan dejó los pinceles en la mesa, se volteó y lo enfrentó. Dios, ese color de ojos la atormentaría y sabía que no descansaría hasta encontrar el tono exacto para utilizarlo en alguna de sus pinturas.

—Algún día lo haré, pero todavía no. De todos modos, le agradezco su interés.

Susan no conocía a Darius Hollister, era un hombre que no se daba por vencido y la joven artista había despertado en él una viva curiosidad. No insistiría en ese momento, a lo mejor su trabajo no valía la pena, pero él veía algo en ella que lo atraía como polilla a la llama y esa aura era la de una persona capaz de sentir intensamente. Si ese fuego que la rodeaba se canalizaba en la pintura, tenía que ver su trabajo, necesitaba verlo con la misma intensidad que anhelaría ver el cuerpo desnudo de la mujer que deseaba. Era una sensación extraña que lo inquietó un poco.

La conversación llegó a su fin con las frases de rigor, no le insistió más. Darius salió de la estancia dejando a Susan con el deseo de plasmar el tono de azul de sus ojos en el lienzo, duró horas mezclando colores, pero no estaba segura de haber logrado el tono perfecto. Tendría que tenerlo delante como modelo. Nunca había pintado a un hombre, sus dedos ardían de ganas de esbozarlo.

Capítulo 5

El alambique que había en casa de su tía estaba en buen estado, lo había dejado allí años atrás cuando ella le había regalado uno nuevo. Lo examinó y lo mandó a limpiar mientras con una canasta llegaba hasta la parte del arroyo de la que le había hablado Meg. El sonido de los pájaros se mezclaba con el murmullo del agua, la tarde era soleada y el lugar estaba solo, quiso tener la valentía de quitarse el vestido y darse un chapuzón como cuando era niña, pero alguien podría pasar e importunarla. Necesitaba atravesar el riachuelo para llegar al otro lado, observó un camino de piedras que podría servir a sus propósitos. Se levantó la falda y la enagua, se bajó las medias y se quitó los zapatos, caminó por el prado y levantó el rostro al cielo, luego atravesó las piedras con paso ágil, subiéndose la falda hasta las rodillas y llegó al otro lado, donde empezó a recolectar las flores.

Adrian la observaba con el hombro recostado en el tronco de un árbol, sin perder detalle de sus gestos. Si no estuviera seguro de que la joven no sabía de su presencia, habría pensado que todo era una puesta en escena para seducirlo. Meditaba en la manera de hacerla caer rendida a sus encantos, así su venganza sería perfecta. Cuando ella se levantó el vestido pudo observar sus esbeltas piernas, el tono de su piel y se imaginó recorriéndolas con manos y boca. Ella no era para nada como había imaginado, tenía una autenticidad que estaba ausente en las demás mujeres que conocía en reuniones y bailes. Lo intrigaba, pero no lo haría desistir de su propósito y tendría que apresurarse, según una carta de su secretario, faltaba poco para enfrentarse a Sufolk y su maldito hijo como el tenedor de sus deudas. Pensar en ellos hizo que mirara con ojos resentidos a la mujer que recogía flores, como si ella hubiera sido la culpable de lo ocurrido nueve años atrás. Recordó la manera en que encontró a su hermana Susan en brazos de Edward en ese maldito baile y cómo el noble se negó a hacer una propuesta rompiendo el corazón de su hermana. Luego, a raíz del escándalo, la trataron como paria, su familia nunca se lo recriminó, rodearon a Susan con los pocos verdaderos amigos que quedaban y todo habría quedado en el olvido si su hermana no hubiera intentado quitarse la vida, lo que hundió a su padre, causándole un ataque al corazón al enterarse de lo sucedido. Los malditos tenían que pagar.

Ya se iba a dar media vuelta para volver a la mansión a preparar su viaje a Birmingham del día siguiente, cuando escuchó un fuerte chapoteo. Miranda volvía por el sendero de piedras, pero las rocas eran resbalosas y había caído al agua.

En cuanto emergió del arroyo, lo primero que vio en la orilla fue a Warwick. Estaba muy guapo, con sus botas caña alta, pantalón oscuro y ajustado, camisa blanca desabrochada hasta el inicio del pecho y chaleco suelto a los lados. Los latidos de su corazón opacaron el frío por culpa del chapuzón.

—Déjeme ayudarla —dijo él dispuesto a entrar al agua, pero ella se apresuró a llegar a la orilla, percatándose de que se había lastimado el pie.

—No se preocupe, no hay necesidad de humedecer sus botas —señaló mortificada como nunca en su vida, apoyándose en su mano para salir del agua.

Warwick la sacó empujándola hacia él y por segundos quedaron muy juntos, sintiendo cada uno la respiración del otro, ella se alejó como si se hubiera quemado. Se escurrió el cabello con las manos y trató de escurrir el vestido, pero era tiempo perdido. Se dio cuenta de que el camino de vuelta sería un incordio por culpa del tobillo, que ya empezaba a hincharse.

—Mi casa está más cerca que la de su tía, podría enfermar, la llevaré para que entre en calor. ¿Quiere que la ayude con el calzado?

—No es necesario —dijo ella castañeteándole los dientes—, puedo hacerlo sola.

—Déjeme revisarla.

Miranda lo miró espantada.

—No lo creo, lord Warwick —contestó en tono acerado.

—Insisto —señaló él con talante serio—, enviaré un sirviente con un recado para que envíen a una doncella con ropa y que le haga compañía mientras preparo un coche y la llevo a su casa.

—Quiero calzarme, podría darse la vuelta, por favor.

Adrian levantó la comisura del labio y obedeció. Ella no se había percatado de que el agua había pegado el vestido a sus formas, ahora tenía una idea muy clara de las curvas de la joven y estaba excitado sin remedio.

—Dos encuentros, dos casualidades —señaló ella mientras trataba de meter el pie hinchado en el zapato sin lograrlo, había podido ponerse la media, podría caminar hasta la casa de su tía, pero primero debía deshacerse del noble, no confiaba en él y mucho menos en ella misma—. ¿No le parece extraño?

—Este es un lugar pequeño, es normal que usted y yo nos encontremos. ¿Por qué no le dijo a su tía de nuestro encuentro en el condado? Me causó gracia cuando actuó en el salón como si usted y yo no hubiéramos intercambiado palabra alguna el día anterior. ¿Ya puedo darme la vuelta?

—Sí, no puedo hacer más por adecentarme.

Ella se sonrojó y Adrian pensó que era adorable cuando lo hacía.

—Ya se lo dije ese día, me hubiera reprendido por no llevar carabina y usted se hubiera llevado un rapapolvo en lugar de la agradable charla de la que disfrutó ayer —dijo con tinte irónico.

—Gracias por preocuparse por mi bienestar —respondió burlón—, pero ya estoy algo mayor para librar mis propias batallas.

—Es verdad, a lo mejor yo no quería un regaño, no es apropiado que una joven con miras al matrimonio pasee con un hombre por un bosque solitario. No le haría bien a mi reputación.

Adrian soltó una carcajada, la primera del día.

—No era un bosque solitario, era un camino transitado por lugareños y vecinos. —Observó su gesto al intentar apoyar de nuevo el pie—. No quiero manchar su virtuosa imagen, pero tampoco quiero que sufra más y, por su expresión, sé que le está doliendo el pie.

—No es nada grave, un buen descanso y unas compresas, y estaré como nueva.

Miranda necesitaba alejarse, trató de caminar, pero fue imposible, otro gesto de dolor cubrió sus facciones.

—¿Se da cuenta, señorita? Usted no puede dar ni un paso, tendré que llevarla alzada.

—¡No! Vaya por ayuda, yo lo esperaré aquí.

—Podría enfermar, ganar una pulmonía por culpa de la ropa húmeda.

Él no le hizo caso, la alzó y la acunó en su pecho.

—Es usted un necio.

—Me han dicho cosas peores.

Ella volteó y vio las flores ahogarse en el río y el canasto que flotaba con la corriente. Los brazos de Adrian eran fuertes y al ceñirla experimentó el mismo calor, la misma sensación de anhelo de días atrás.

—Voy a llevarla a su casa, creo que será lo mejor —dijo él con voz ronca y la respiración

un poco agitada—, es tan liviana que podría caminar una larga distancia sin cansarme.

—No creo ser tan liviana —dijo incómoda y en un susurro—, usted ya lleva la respiración agitada y puedo escuchar los latidos de su corazón.

—No es debido a su peso, señorita Taylor, eso se lo aseguro —dijo en tono ronco sobre su cabello.

Adrian hizo lentos los pasos para disfrutar de ese momento, de nuevo su aroma lo envolvió como un velo de seducción tendiendo un hechizo de manera sutil pero inevitable, atrayéndolo con un encanto que no podía resistir.

—¿Qué perfume usa? —preguntó después de un carraspeo con el tono de voz ronco y acerado, peleando a puños contra los hilos de encanto que lo atenazaban sin remedio. Quiso estirar los labios y besarle la frente, que ella levantara la cabeza y poder saborear sus labios. Iba a ser muy interesante despertar la sensualidad de aquella mujer.

Miranda no le contestó, quiso decirle que esa pregunta no se le formulaba a una dama, pero lo dejó pasar.

—¿Qué hacía recogiendo flores a ese lado del arroyo? Podría enviar a una de las doncellas a hacerlo.

—Me gusta hacerlo a mí, tengo que escogerlas, tienen que ser perfectas, para que el aceite que obtenga tenga un aroma lo más depurado posible.

Adrian la miró sorprendido.

—Me gusta su vocabulario, se nota que es una mujer cultivada.

—No todas andamos por la vida hablando de bailes, vestidos y sombreros.

Adrian recordó a las esposas de sus amigos, vivaces, inteligentes, con diversos propósitos.

—Lo sé, mis mejores amigas son mujeres así, como usted. —Se quedó en silencio unos instantes—. ¿Para qué utiliza el aceite?

—Hago perfumes, me gusta crear fragancias.

—¿Desde cuándo aprenden perfumería las jóvenes casaderas? —preguntó y apretó el abrazo al ver que la joven se revolvía incómoda.

—Lo he hecho por años —admitió ella en tono cómplice, sin darse cuenta de la intensidad con que él la miraba.

Vaya, esa mujer era una caja de sorpresas. A lo lejos apareció la casa de su tía.

—Creo que es mejor que me deje aquí —insistió ella.

—Ni lo sueñe, si me gano ese rapapolvo hoy no me importa, quiero que usted esté bien.

Miranda no dijo nada, llegaron a la casa en pocos minutos.

—Quiero volverla a ver, un almuerzo, en mi casa, donde no haya ojos indiscretos, donde podamos hablar, disfruto de su conversación. Mañana voy a hacer un pequeño viaje, pero espero estar de nuevo en Stratford para el viernes. —dijo subiendo despacio los escalones.

—Usted se enloqueció —adujo ella mirándolo espantada. El tono en el que había pronunciado la propuesta, con esa voz profunda de mil matices, ocasionó en su cuerpo un estremecimiento que no tenía nada que ver con la ropa emparamada.

—No lo creo, señorita Taylor, disfruto de su compañía sin segundas intenciones. A pesar de su juventud, tiene sentido común y no tiene aires de joven desvalida, es un cambio refrescante, créame.

—Mi sentido común me impide aceptar una invitación de su parte que no sea en un salón social o con la carabina adecuada. Se equivoca conmigo, lord Warwick, no soy ninguna tonta.

—No he pensado en eso en ningún momento —dijo tranquilamente—. Le doy mi palabra de caballero de que solo vamos a almorzar y a charlar. Nunca la obligaría a nada, señorita

Taylor.

—Si fuera un caballero, no estaría proponiéndome verme con usted a solas —le contestó ella indignada.

No era tan ingenua como para plantearse verse a solas con un hombre y le molestó que lo hubiera sugerido, las advertencias de su tía eran acertadas.

—Usted es la que ha querido darle un tinte secreto a nuestros encuentros.

—¡Bájeme enseguida! —reviró—. No es un caballero y no quiero hablar más con usted, ni a solas ni en un lugar repleto de gente.

Él la dejó, la soltó y ella sintió un leve pinchazo al tocar el suelo, pero se apresuró a tocar la puerta, necesitaba estar lejos de este hombre. |

—Piénselo, la esperaré el viernes en mi casa.

—En sus sueños, la próxima vez que vuelva soltaré los perros —dijo ante la mirada sorprendida de Godfrey y cerrándole la puerta en las narices.

No se había salvado del rapapolvo, solo que fue la joven y no la tía la que se lo endilgó. Sonrió, la había inquietado, a lo mejor sí se había pasado al invitarla, ahora se arrepentía de su impulsividad, pero al estar cerca de ella, empezaba a ver y pensar tonterías. Le convenía alejarse esos días, tenía que poner a buen recaudo sus emociones y no perder el norte, como le recordó Lily Anne.

***

El viaje a Birmingham transcurrió sin incidentes. Para poder caminar por la ciudad sin levantar sospechas, Adrian y su ayuda de cámara viajaron en un coche sin escudo, el conde se disfrazó con una peluca empolvada, lentes y ropa sencilla algo gastada. Necesitaba pasar desapercibido para poder investigar a sus anchas. Se hospedaron en una posada en el centro de la ciudad, no lejos de las oficinas donde trabajaba Smith. Al atardecer se apostaron en una taberna que estaba frente a las oficinas que Cobbins había descrito.

El lugar se fue llenando de empleados y parroquianos. Ellos estaban apostados en una mesa al fondo, lejos de los demás, por entre el vidrio polvoriento y opaco observaban la puerta de las oficinas, donde un aviso en letras negras rezaba: Minas Lingley. Adrian sorbió una cerveza y se distrajo pensando en lo ocurrido el día anterior con Miranda, se había reprendido por impulsivo y esa mañana le había enviado una nota con sus disculpas y un canasto con las mejores madreselvas de la zona; esperaba que ese gesto pudiera limar asperezas para poder acercarse de nuevo a ella.

La puerta de la oficina se abrió y un hombre que casaba con la descripción de Smith comenzó a alejarse en sentido contrario a la taberna. El cuerpo de Warwick se puso en tensión. Dejaron unas monedas en la mesa y salieron detrás de Smith, que caminaba a paso normal. Lo siguieron a una distancia prudente, el hombre miraba a lado y lado, Warwick detuvo el paso de Sanders y se apostaron frente a una vitrina como si observaran algo de interés. Cuando Smith reanudó sus pasos, ellos lo vieron entrar a una fonda, y entraron tras de él. Lo encontraron sentado con la mirada puesta en la puerta, ellos se sentaron en diagonal, Sanders era el que lo observaba. Warwick lo miró de refilón.

Cerca de cuatro malditos años sumido en esa pesadilla, cuatro malditos años llegando a callejones sin salida, casi cuatro años de decepciones y sospechas para al fin estar frente al asesino de *lady* Regina, porque teniéndolo a poca distancia estaba seguro de que ese hombre sin alma era el que le había dado la estocada a la joven dama. Su mirada era vacía y un rictus de

maldad rodeaba su boca, tenía la apariencia peligrosa que habían descrito Cobbins, Potter y Foster, los sirvientes que entregaron las misivas. ¿Qué relación tenía *lady* Gellywen con este hombre? Una bilis de rabia lo impulsó a levantarse y enfrentarlo, pero su ayuda de cámara, adivinando todo lo que pasaba por su cabeza, lo atajó.

—No es el momento de enfrentarlo, milord, ahora debemos estar tres pasos delante de él. No querrá que vuelva a desaparecer.

Si algo tenía claro Adrian en la vida era que el sentido común de su ayuda de cámara era incuestionable, y no solo por saber combinar chalecos y corbatas. Era la persona en la que más confiaba, un hombre práctico, sagaz y de una lealtad a toda prueba.

—¡Es él! Tiene una cicatriz rugosa en forma de moneda en el dorso de la mano —soltó tan pronto lo vio levantar la mano para pedir algo a una mesera que se paseaba por el lugar—. Hay que atraparlo, agitar las cosas y conocer los motivos del asesinato. —El conde se sentó de nuevo.

El hombre pidió algo de comer con una voz rasposa que llegó hasta ellos.

—Quedándonos aquí no podremos averiguar nada —soltó Warwick después de tomarse su cerveza. Sanders le informó que el hombre comía tranquilamente—. No queremos que sospeche, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Qué vamos a hacer con él, milord?

—Lo atraparemos y lo llevaremos directo a Londres. Allá decidiremos quién tiene el mejor lugar para brindarle hospedaje.

—¿Vamos a hacerlo ahora?

—Tan pronto salgamos de aquí.

—¿No es muy precipitado?

—No nos podemos dar el lujo de que vuelva a desaparecer. Trae el coche, no demores.

Sanders se levantó enseguida y Warwick minutos después se sentó en la barra, desde donde podía observar a Smith sin que este se percatara. Su rostro se le hacía familiar, pero no recordaba de dónde, estaba seguro de que no lo conocía. Al rato, el hombre se levantó dejando un par de monedas en la mesa. Warwick hizo lo propio y salió detrás de él. Esperaba que Sanders lo alcanzara, porque no iba a perder la oportunidad de enfrentarse a él esa misma noche.

El hombre dio la vuelta dos calles más adelante, Warwick tenía la desventaja de que no conocía al dedillo la ciudad, y se vio inmerso en una calle oscura y peligrosa: había hombres malencarados y algunas prostitutas apostadas contra la pared, la luz era defectuosa. O vivía en un pésimo sector o se había percatado de su presencia; no le importó, acarició la culata de su arma y el puñal que llevaba al cinto en el costado derecho.

Se acercó a él en el momento en que el hombre se daba la vuelta.

—Buenas noches, lord Warwick.

El conde lo miró con expresión perpleja. El malnacido lo había reconocido. Se quitó el peluquín y las incómodas gafas, pensando que reprendería a Sanders, ya que no había hecho un buen trabajo disfrazándolo.

—Buenas noches, señor Smith, ¿o debo decir Rusell Clark? —retrucó él.

El hombre sonrió con sorna y Warwick se preguntó de nuevo de dónde lo conocía.

—Llámeme como se le dé la gana. —Smith se lanzó como un toro contra él, tomándolo desprevenido y tumbándolo al suelo.

Warwick se levantó de un salto y le dio un puñetazo en la mandíbula, que el hombre devolvió dándole un golpe en el ojo.

—¡Malnacido! —gritó el conde. Lo agarró de las solapas del gabán—, vas a cantar así no quieras y a la melodía que te pida.

Smith se soltó y volvió a atacarlo tumbándolo otra vez, pero Warwick le dio la vuelta y golpeó su cabeza contra el suelo. Se liaron a puñetazos. El hombre trató de levantarse, pero no tenía la agilidad del conde, entonces sacó un puñal de su bolsillo y lo amenazó con él.

Warwick se alejó unos pasos y también sacó el puñal.

—Así que no es el imbécil que creía —resolló—, a ver, acérquese, milord, nada me gustaría más que librar al mundo de un pelmazo más.

—Le va a quedar difícil —soltó Warwick con talante burlón y lamentó no haber viajado con alguno de sus amigos.

Se acercó de nuevo a él, por lo visto las peleas eran frecuentes en el sector, porque nadie les prestaba atención. Un muchachito se acercó, alzó la peluca y las gafas, y desapareció del lugar.

Se volvieron a enzarzar en la lucha, Smith lo atacó con el cuchillo causándole una herida leve debajo de las costillas. Lo vio sonreír, y con la burbujeante rabia paseándose por su cuerpo, le hizo un corte profundo al costado del abdomen, el hombre trastrabilló, no se esperaba el movimiento ágil de Adrian y se dobló del dolor sin poder creer el giro de los acontecimientos.

Un sonido de cascos de caballos invadió la calle.

—¡Milord! —exclamó Sanders bajándose presuroso para intervenir en la pelea.

—¡Es nuestro! Atémoslo y salgamos de aquí.

Ambos aferraron al herido y lo subieron al coche, Smith se opuso una vez más y Sanders le propinó un golpe en la cabeza que hizo que perdiera el sentido enseguida.

—¡Vaya! —exclamó Warwick.

—Lecciones aprendidas cuando fui empleado de un burdel y uno de los hombres se propasaba con alguna de las mujeres o no tenía para pagar la cuenta. Será más fácil manipularlo. Ahí, debajo de la silla, están las cuerdas con las que lo ataremos. Salgamos de aquí o en minutos no tendremos caballos con que irnos —señaló el hombre refiriéndose a lo peligroso del lugar.

—¿Podrás conducir hasta la ciudad de noche?

Sanders sonrió y se encogió de hombros.

—De noche y con los ojos cerrados, milord —respondió el criado tranquilamente.

—No es necesario que los cierres, con llegar a Londres a media mañana me conformo —sonrió Warwick.

—Habrá que cambiar de caballos en alguna de las postas.

—Lo que se necesite. ¿Cómo me encontraste?

—Por el ladronzuelo que llevaba las gafas y la peluca.

Warwick no había caído en cuenta de que el par de artilugios no estaban.

—No tuvo éxito el disfraz, siempre supo que era yo.

—Le aseguro que la próxima vez me esmeraré más.

Warwick desestimó el comentario. Le dolía la herida, aunque era un simple rasguño, y sabía que al día siguiente tendría un ojo amoratado y su rostro luciría un par de rasguños más, no importaba, la misión había sido un éxito. En cuanto Sanders terminó de atar al hombre, el conde dio la orden.

—Llévanos a Londres, viejo amigo.

Capítulo 6

Llegaron a Londres al día siguiente a media tarde. Warwick se dirigió enseguida a Eden Hall, Cobbins y Wilkins, el mayordomo, lo recibieron en el patio trasero y él les pidió que enviaran a alguien por un médico para atender la herida de Smith. La expresión de Cobbins al ver el rostro del herido no tenía precio.

El conde de Watford salió del estudio en cuanto entraron a la casa al escuchar el alboroto.

—¿Qué diablos? —preguntó atónito al ver los visitantes.

Cobbins y un lacayo arrastraban a Smith, ya que era un hombre de gran tamaño.

—Llévalo a la recámara frente al sótano, despejen el lugar —ordenó Watford a uno de los sirvientes—, que nadie que no sea ustedes dos se encargue de él, no quiero más servidumbre involucrada. Avísale a Céline que la necesito en el estudio —concluyó invitando a Warwick a seguirlo al mismo lugar.

—Viajamos toda la noche —dijo Adrian acercándose al aparador de bebidas, sirvió dos vasos de *whisky*—. Tuve temor de que volviera a desaparecer.

El conde de Watford lo miró serio.

—¿Y tenías que traerlo aquí? Céline y los niños no pueden quedarse con ese hombre en el sótano. Es peligroso.

Adrian bebió de su vaso.

—Lo sé, discúlpame, no se me ocurrió otro lugar, mi casa no cuenta con ese espacio en el sótano. Además, tengo que volver a salir para Stratford esta misma noche.

Watford observó el rostro maltrecho de su amigo y vio las manchas de sangre en la camisa.

—¿Estás herido?

—Es solo un rasguño. —Tomó asiento en una de las sillas, su amigo también se sentó—. Estaré bien.

El anfitrión tocó una campanilla y un sirviente apareció en la puerta.

—Trae algo de comida, agua tibia, un paño y una de mis camisas. Lleva al médico al sótano tan pronto llegue.

—Cómo ordene, milord.

—Cuéntame qué pasó y por qué diablos se te ocurrió enfrentar a Smith junto al enclenque de Sanders.

Adrian le contó todo, desde la persecución hasta el enfrentamiento y cómo había sido el viaje, parando solo en una posta al amanecer para el cambio de caballos. Smith aún no recuperaba el sentido y notó que sudaba, al tocarlo se percató de que tenía fiebre. Adrian no sabía si la herida que le había infringido era letal.

—Ruega porque pueda recuperarse —señaló molesto—, muerto no nos sirve de nada. —Se levantó y caminó por la estancia—. Tendré que enviar a Céline y a los niños a la casa de campo.

—Es una buena idea.

Un lacayo entró con implementos de curación y otro con una bandeja con alimentos. Céline llegó a los pocos segundos.

—¿Querido? —observó a Watford y luego a Adrian—. ¡Warwick! ¿Qué diablos te pasó? Tienes que ver a un médico.

—Es una larga historia, apreciada Céline, y ya tu esposo envió por el médico.

—Que atenderá primero a Smith antes de que ocurra algo lamentable —interrumpió Watford.

—¡¿Smith está en esta casa?!

El conde de Watford se acercó a su esposa y la abrazó.

—Sí, querida, me temo que tendré que darle posada y adelantaré tu viaje a Riverside Park, saldrás hoy mismo en compañía de los niños y la mayoría de la servidumbre. Cobbins y un par de lacayos de confianza, pueden ser Peter y Tim, se quedarán en la casa.

—Wilkins y Greta también pueden quedarse —dijo Céline refiriéndose al mayordomo y la cocinera.

El conde le dio un beso en la frente a su esposa y la observó con preocupación y ternura. Adrian sintió una gran añoranza, por primera vez en años se dijo que quería tener lo que sus amigos tenían, devoción incondicional, confianza, amor. Volteó la mirada para darles algo de privacidad.

—Eres la mejor esposa que un hombre podría tener —dijo Watford en un tono suave, que Adrian estaba seguro solo era para ella—. Tú y los niños son lo más importante de mi vida, cuanto antes acabemos esta pesadilla, mejor será para todos nosotros.

Céline asintió.

—Lo sé, amor, llevan años luchando por esto, ya está bien, es hora de que sus nombres queden limpios —soltó un suspiro—. Enviarás por Mackay y Wild —concluyó su esposa en tono firme—, los cuatro lidiarán mejor con esto.

Se dirigió a donde estaban a los implementos de curación, tomó una venda, la mojó en agua tibia y se acercó a limpiarle el rostro a Adrian.

—Él puede hacerlo solo —reviró Watford observando cómo su esposa le limpiaba los rasguños de la cara.

—Sobrevivirás —contestó Céline a su esposo—, yo tendré que cancelar la reunión de té con las damas voluntarias del hospital infantil, llevamos semanas organizándola. Preferiría lidiar con una nube de abejas y no con la duquesa de Hammond cuando reciba la nota.

—Me apena interferir en tu jornada, querida.

—Ábrete la camisa —ordenó Céline a Adrian.

—Sobre mi cadáver —saltó Watford—, el médico lo verá enseguida, mejor ve a alistar el equipaje, tienes varias cosas que hacer.

Céline soltó una carcajada y su esposo la aferró de la mano y le dio un profundo beso en la boca.

Adrian carraspeó.

—No necesitas marcar territorio, podría morirme aquí desangrado.

—No creo que vayas a morir desangrado. Dijiste que era solo un rasguño.

Céline salió de la estancia y el conde de Watford escribió dos notas para sus amigos que despachó con dos sirvientes para entregarlas en mano y donde fuera que estuvieran. Esperaron un rato en silencio, cada uno perdido en sus cavilaciones. Media hora después, el médico entró al estudio, era un hombre de edad madura con rostro serio y mirada inteligente.

—Doctor Cranston, siga y tome asiento, por favor.

—Gracias, milord.

—¿Cómo se encuentra el herido? —preguntó Watford.

—El paciente sobrevivirá. Los siguientes días serán cruciales en su recuperación, ya que le empezó a subir la fiebre, perdió mucha sangre, hay que darle caldos ricos en carne de bovino. La herida no atravesó órganos importantes, le hice una sutura, tiene un golpe en la cabeza, no sabría decirles cuándo recuperará el conocimiento.

—Gracias, doctor.

El galeno observó a Warwick.

—Señor Cranston, por favor, examine la cabeza dura de mi amigo y un rasguño que tiene en el vientre.

Después de recomendarle algo de reposo, el profesional se despidió. Warwick se cambió de camisa y en ese momento llegó Wild seguido de Mackay.

—¡Vaya! Parece que has estado ocupado, ¿alguna damisela te puso en su lugar? —empezó Mackay en tono burlón.

Warwick bebió otro trago de licor.

—Dime que el otro quedó peor o me temo que nuestro club cambiará de nombre —intervino Wild apoyándose en la esquina del escritorio y balaceando una pierna.

—Fue Smith, y quedó mucho peor que yo —concluyó Warwick.

Los dos recién llegados miraban al uno y al otro atónitos, y Warwick se vio de nuevo en la obligación de relatar lo ocurrido con pelos y señales. Luego Watford explicó que mantendría al hombre en su casa y habló del viaje de su esposa y los niños al campo.

—Es lo mejor, necesitamos a ese malnacido en sus cinco sentidos, pero maniatado y sin posibilidad de escapar —manifestó Wild.

—Tendremos que sacarle la verdad a golpes en cuanto se recupere —añadió Mackay juntando ambas manos en un puño.

—Traeré a dos hombres de confianza —anunció Wild—, acamparemos aquí, no estarás solo.

—Yo también me quedaré aquí, nuestras esposas entenderán. —Mackay recibió un vaso con licor de Warwick.

—Habrá que colocarles una custodia especial —expuso Watford—, no podemos olvidar que el autor intelectual del crimen está suelto, Smith es solo un peón.

—¿Avisamos a lord Bourne? —inquirió Wild, acercándose a una de las bandejas y tomando un pasaboca.

Bourne era el magistrado del caso de la muerte de *lady* Regina. El hombre que tenía siempre un ojo puesto sobre los cuatro.

—No vamos a facilitarle el trabajo, no entiendo por qué sus detectives no han dado con el paradero de Smith. —Warwick se levantó de la silla y caminó por la estancia, estaba cansado, tenía sueño y un afán sin nombre por volver a Stratford.

—Porque él va tras el autor intelectual y también quiere a uno de nosotros como culpable. El padre de *lady* Regina le habla todo el tiempo al oído y también está la presión de la prensa —expuso Watford.

—Querrás decir la presión de *La Pluma Secreta* —soltó irónico Wild.

—Tenemos que hacer una nueva lista con lo que tenemos pendiente —volvió a la carga lord Watford, observando a Adrian con curiosidad—, pero aquí nuestro querido Warwick tiene que ausentarse para atender algunos asuntos en Stratford.

—¿Qué diablos se te perdió en el campo? —Wild se levantó del escritorio y se tendió en uno de los sofás.

—Asuntos urgentes que debo atender.

—¿Esos asuntos tienen que ver con cierta damisela cuyo nombre empieza por M? —inquirió Mackay.

Wild se enderezó y observó ofendido a Adrian.

—Este no es momento de ausentarse por un asunto de faldas, tenemos en nuestras manos un tema mucho más importante.

—No es un simple asunto de faldas, es un tema que no admite espera —señaló Adrian con expresión sombría.

—Estás jugando con fuego, querido amigo —acertó Mackay—, te veré chamuscado hasta las pestañas.

—No te hará ningún caso. —Watford volvió a tomar asiento—. Él en este momento hace más por su terquedad que por la justicia.

—En eso te equivocas, quiero justicia —bramó.

—La venganza es inútil y no reparará nada —soltó Mackay.

—Cuando tomamos venganza por nuestra propia mano olvidamos dónde quedan los límites, recuérdalo antes de atravesarlos —sentenció Wild.

Warwick zanjó la conversación con los pasos a seguir de ahí en adelante, y un rato más tarde se despidió de ellos prometiéndoles que se verían la próxima semana.

***

El viernes amaneció algo nublado. Miranda se dio la vuelta y observó fijamente el techo por eternos minutos, la invitación de hoy había sido la culpable de que poco pudiera dormir las dos noches anteriores. Apoyó las manos en el colchón y se incorporó tomando la taza de chocolate que reposaba en su bandeja en la mesa, al lado de la cama. Tenía la extraña sensación de que algo ocurriría, y la desazón a la que se negaba a ponerle nombre la perseguía como una sombra. Si aceptaba la invitación del conde de Warwick, tenía el presentimiento de que no habría vuelta atrás. Si no acudía a la famosa cita, su vida seguiría el trayecto marcado, sin sobresaltos, pero a su mente venía el rostro de Warwick, sus impetuosos ojos que reflejaban un brillo extraño, a veces la miraba con anhelo, otras con el frío del invierno, se notaba que era un hombre complejo. Pensó en su casi prometido; Nicholas era guapo, pero tenía la pátina del hombre hastiado, carente de las fuertes emociones que sí se observaban en Warwick. ¡No podía ir a su encuentro! ¡No podía!

Se repitió el mantra mientras Meg alistaba el baño y la ropa de ese día, su vida le pareció tan carente de emoción, siempre haciendo lo correcto, siempre cauta, siempre un ejemplo a seguir, ¿y todo para qué? Estaba a puertas de comprometerse con un hombre guapo, noble y muy rico, ¿por qué su corazón no aumentaba ni un solo latido al pensar en él? Se estaba volviendo loca, a lo mejor esos días entre esencias de flores, machacando pétalos e inhalando el aroma de los aceites, le habían afectado la cabeza. Las manos le temblaron ligeramente al dejar la taza en el plato, eso no era cierto, ella había trabajado con aceites y esencias durante mucho tiempo y su cordura no se había visto afectada.

Cuando llegó a la sala donde su tía Edith descansaba, la encontró leyendo el periódico donde aparecía el artículo de *La Pluma Secreta*. Levantó la mirada y la observó fijamente. Miranda compuso el rostro, estaba segura de que su tía leería en ella como en un libro abierto.

—Veo que tu pie está mucho mejor, ya no cojeas cuando caminas, aunque poco hiciste para guardar reposo.

—No me gusta la quietud, tía, y aquí puedo hacer muchas cosas que no podría hacer en casa, sabes que papá no aprueba el que haga aceites y perfumes, le parece una labor vulgar e inapropiada para mí.

—¡Qué se vaya al diablo! No le hagas caso, ningún hombre o mujer debe hacer caso o seguir el ejemplo de alguien tan cerrado de mente y, además, lleno de problemas por su propia estupidez.

Miranda suspiró, su tía tenía razón.

—Sabes que no es mucho lo que puedo hacer mientras esté bajo su tutela.

—Te noto pálida y hace días que estás irascible, desde que le cerraste la puerta en las narices al conde Warwick.

Miranda levantó la vista sorprendida, le había pedido el favor a Godfrey de que no le comentara del brusco intercambio a su tía, por lo visto el hombre no cumplió su pedido.

—No le eches la culpa a Godfrey, lo ocultó muy bien, pero sabía que algo había pasado, sobre todo cuando ese día apenas podías caminar.

—Te conté lo sucedido, me tropecé con una piedra en el arroyo. Lo que no te dije es que apareció Warwick y al ver mi estado me alzó y me trajo a casa. No quería que me tocara de alguna forma, pero según él, era eso o sufriría más daño. Me molestó que no acatara mi pedido.

—¿Cuál fue?

—Que viniera a la casa, y trajera el coche para no lastimarme más caminando, pero ese cabeza dura no me hizo caso.

Su tía se quedó observándola en silencio y volvió de nuevo a la lectura del pasquín.

—Pues mejor te mantienes alejada, hoy *La Pluma Secreta* no ha sido caritativa con él y su familia. Le diré a Godfrey que cuando el conde vuelva de visita, le diga que no estamos disponibles.

Miranda tomó el diario en la mano y leyó el artículo:

EL HONOR DE UN CABALLERO
28 de abril de 1823
Por: La Pluma Secreta

Sigue la dosis de drama en torno a lady Regina, debutante de alto vuelo e hija del marqués de Barrington, ya han transcurrido casi cuatro largos años de su asesinato y no podemos olvidarlo. Nuestros cuatro caballeros malditos siguen atrapados en una trampa de sospechas tan densas como los encajes de sus corbatas. La justicia poco ha podido hacer para esclarecer este triste suceso.

Tres de los caballeros, cuyos nombres ya todos sabemos de memoria, han caído en las redes del matrimonio, pero ni ese hecho ha sido suficiente para que sus pares les den la absolución.

El conde de Warwick parece inmune a esa fiebre que ha atacado a los demás, quizás a lo mejor el malogrado compromiso con lady Clarisa Walker sea el culpable de que Corazón de Hielo, como lo apodan sus admiradoras por lo bajo, evite a toda costa el compromiso. Mientras el honor del conde se debate entre las acusaciones, esperaremos ansiosos el último capítulo de esta novela de la vida real.

No olvidaremos a lady Regina y en este espacio siempre tendrá un lugar hasta que se lleve a la justicia a los culpables.

Miranda quedó pensativa unos instantes.

—¿Tú crees que lo hizo?

—¿Quién? Son cuatro los sospechosos. —Edith miró a su sobrina significativamente.

—Warwick.

—No, Warwick puede ser muchas cosas, pero no un asesino. Es un agresivo negociante, su fortuna es sólida, esa muchacha… Clarisa, ella no se lo merecía. Un hombre siempre espera

lealtad de la mujer que ama. ¿Temes estar cerca de él?

—No, para nada —señaló frunciendo los labios, y sintió algo de pena por lo que el noble había tenido que pasar junto a sus amigos. A Miranda le indignaban las injusticias, le molestaban sobremanera los comentarios maliciosos que escuchaba de los cuatro caballeros. Warwick debería sentirse solo en medio de una sociedad que no perdonaba el más mínimo revés.

—Ojalá se pueda esclarecer ese misterio, a esos cuatro caballeros no les conviene la lentitud con la que las autoridades han llevado la investigación, sus esposas son mujeres inteligentes que supieron ver sus potenciales a pesar de las sospechas, deben ser mujeres fuertes, una muchachita débil y en extremo protegida no podría lidiar con una situación así.

Su tía tenía razón, conocía a Clarissa, aunque hermosa, era una joven débil de carácter y superficial, no imaginaba a Warwick enamorado de ella, y un ligero malestar que no quería asociar a los celos la asaltó. Miranda se mordió el labio, desgarrada entre el deseo de quedarse en casa por lealtad a su futuro prometido y a su familia, y las ganas de asistir a su encuentro. A lo mejor ella le estaba dando una importancia excesiva a la cita y el conde solo quería la compañía de una mujer medianamente inteligente que había leído muchos más libros que el promedio de las debutantes que habría conocido hasta ahora.

—Después de almorzar daré un paseo, tía, ya mi pie está en condiciones, puedo ir hasta el condado y hacer unas compras. Hoy llegaba un encaje de brujas a la mercería.

—Puedes ir en coche, dile a Meg o alguno de los lacayos que te acompañe.

—Quiero caminar, Meg está limpiando el ático, le pediré a Alfred que me acompañe.

Miranda había visto que el joven al que se refería había salido temprano y aún no había vuelto, por lo visto su tía no sabía de su ausencia y aunque le sentó mal mentirle, mantuvo un rostro estoico. A su mente llegaban las palabras de Warwick sobre la razón por la que ella le había querido dar un aire clandestino a sus encuentros. Se lo había preguntado en las dos noches en las que apenas había podido dormir y, para ser franca consigo misma, se planteó dos motivos: el primero, Warwick la intrigaba, había algo en él que la atraía como abeja a la miel, pero su tía nunca le permitiría frecuentarlo a pesar de creer en su inocencia. Su tía Edith, a pesar de ser una mujer fuerte e independiente, era una dama de principios, no vería con buenos ojos la supuesta amistad y eso Miranda lo supo desde el instante en que había entrado a la sala de la casa, por eso había callado. El segundo motivo era que no podía arruinar la oportunidad para su familia, estaba segura de que si el marqués se daba cuenta de sus encuentros, retiraría la propuesta de inmediato.

Tuvo que hacer el paripé de almorzar con su tía, pero comió poco. Se estaba retrasando, a lo mejor era una necia y debía dejar las cosas así, para qué buscarle las pulgas al galgo, pero algo en su tono de voz y en el brillo de su mirada la llamaba. Dejó a su tía durmiendo siesta, subió a su habitación y tomó un chal, se observó en el espejo, y salió veloz a cumplir la cita.

Capítulo 7

Ella no vendría, se dijo Adrian mientras observaba con gesto indolente el crepitar de los leños en la chimenea. Había ordenado que alistaran una mesa para dos, allí en esa salita había viandas en diversas fuentes, pero se le había quitado el apetito. Se sentía cansado, con los músculos adoloridos por el esfuerzo que hizo para poder llegar a Stratford ese día en la mañana, después de varios días de viajes sin apenas descansar. Había tomado un baño y se había cambiado de ropa. Meditaba en la manera de acercarse a ella. Miranda hacía bien al permanecer alejada de él, por supuesto que no era confiable, pero su deseo de venganza y algo en la mirada de ella lo impulsaba a seguir intentándolo, tenía que encontrar la forma de vencer sus defensas y se le acababa el tiempo.

—Milord… —señaló Sanders. En esa casa tenía escasa servidumbre, una cocinera, un lacayo y su ayuda de cámara, en los exteriores estaban los encargados de los animales y un jardinero, ellos volvían al atardecer a sus casas—, la señorita Miranda Taylor lo espera.

Adrian se puso en tensión y su mirada voló hasta Sanders.

—No la hagas esperar, maldita sea, debiste hacerla seguir enseguida.

El hombre salió y a los pocos segundos Miranda, como un rayo de sol, entró en la habitación. Iba enfundada en un vestido azul aguamarina bordado de flores blancas, llevaba un chal blanco y guantes, se notaba que se había esmerado en su arreglo y eso le causó satisfacción.

—¿Tuvo un accidente, milord? —preguntó con los ojos como platos y él recordó cómo se veía su rostro esa mañana al espejo. Ella se acercó y observó sus heridas, no tuvo tiempo de ponerse la chaqueta y en cuanto iba a hacerlo, ella le señaló—: No se preocupe por eso, ¿puedo echar un vistazo?

Sanders, que observaba el intercambio, salió de la habitación y volvió a los pocos segundos entregando a la joven un recipiente con elementos de curación.

—Si puedo llamar accidente a que alguien estrelló el puño en mi cara, entonces sí fue un accidente. —Ella lo miró de manera reprobadora y él quiso borrarle ese gesto en sus facciones a punta de besos—. Estoy bien, no se preocupe, señorita Taylor, el doctor me vio ayer.

—Los hombres son unos necios, no sé qué sería de este mundo sin nosotras.

—No quiero ni imaginármelo, pero le recuerdo que, en algunas civilizaciones antiguas, las mujeres tenían mucho más poder y eran luchadoras natas.

—Aún ejercemos ese poder, milord, solo que esta sociedad nos ha obligado a esconder nuestras garras. Pero eso no significa que aún no estemos en pie de lucha, solo que no necesitamos utilizar los puños. —Sus labios esbozaron una tenue sonrisa.

Adrian fijó la mirada en su gesto y luego en sus ojos.

—Tiene razón, ustedes esgrimen un arma que nos pone de rodillas cada tanto —señaló él con intención.

—Y, aun así, luchamos en desventaja.

Se miraron fijamente por un rato, hasta que Sanders, con una risa que disimuló con un ataque de tos, rompió el encanto. Dándose cuenta de que sobraba, o a lo mejor antes de que Miranda se arrepintiera y lo pusiera a hacer la curación bajo su supervisión, salió como una exhalación.

—Respuestas sagaces, nada de sonrojos ni titubeos, es usted una grata sorpresa, me sorprende que no esté casada aún, señorita Taylor.

Miranda se quitó los guantes en un gesto práctico y carente de sensualidad, pero Adrian la

miró como si se hubiera despojado de unas medias de seda, y ya no le pareció tan mala idea el que lo examinara. Se sentó y la dejó hacer.

—Es un comentario que no se le debe hacer a una dama casadera, alguna de mis pares lo tomaría personal y eso no les haría bien a sus inseguridades.

La joven caminó por la salita observando el mobiliario, que era más práctico que elegante, le gustó la comodidad que irradiaba el lugar.

—Es un comentario muy personal, pero no debe tomarlo a mal, es más, estoy seguro de que no lo tomó a mal. —Miranda sonrió y Adrian bajó su tono de voz a una inflexión ronca y seductora—. Ya veo…

Miranda se acercó a la mesa y con movimientos prácticos observó lo que había en la cesta: un frasco de aceite de caléndula, aceite de lavanda y algunos paños. Levantó la mirada ante su último comentario.

—¿Qué es lo que ve, lord Warwick?

—Que ninguno de los dandis que han aspirado a su mano ha tenido la más mínima oportunidad, no por ellos, sino por usted, ¿cómo lo ha tomado su familia?

—Ya que parece un ser inspirado, le dejo que saque sus propias conclusiones.

Adrian sonrió.

—No le habrán hecho las cosas fáciles —señaló guardándose el tinte de odio y resentimiento cuando se refería a ellos.

No quería pensar en esa familia en ese momento y se disgustó consigo mismo por querer apartarla de ellos, como si fuera alguien sin apellidos y sin relación con el hombre que odiaba. No debía olvidar que ella hacía parte de esa familia y sería su instrumento para resarcir a la suya.

Miranda movió la cabeza en señal de negación.

—Es cierto que he tenido que disimular por el bien del sexo débil, escuchar las tonterías de los hombres como si fueran los más inteligentes del mundo, no poder hablar de cualquier tema.

—No me imagino pasando la vida en compañía de alguien con quien no se pueda hablar de cualquier cosa —retrucó él—. Supongo que lo descubren tarde o temprano.

—Y salen despavoridos, espero que eso lo desanime, milord —lo miró algo mortificada—, discúlpeme, por lo general no hablo tan libremente.

—Conmigo puede hacerlo, no le tengo miedo a una mujer inteligente. Es usted magnífica y que nadie se atreva a decirle lo contrario.

Adrian pensó en que Nicholas Blake no había salido corriendo y algo debía sentir por ella, ya que estaba pensando en comprometerse. El que otro hombre viera lo que él había visto en Miranda le causó confusas emociones y como pudo dominó sus sentimientos. Eso lo llevó a pensar en su propio plan, en que se estaba portando como un imbécil, ella lo estaba ablandando. Ni de coñas.

Acomodado en la silla, esperó con expectativa lo que la joven iba a hacer. El primer contacto de la mano de Miranda en su rostro tuvo el poder de asombrarlos a los dos, ella se ruborizó, él carraspeó y se removió en la silla.

—Retiro lo de los rubores, es adorable cuando se sonroja, Miranda.

Miranda olió el aceite de caléndula, disimulando el latido feroz de su corazón al momento de escuchar su nombre y que no amainaba desde el momento de entrar a la salita y verlo en la postura en la que lo encontró. Observó su perfil, la cabeza ligeramente inclinada, el pantalón de montar de color oscuro, sus botas a media caña y una camisa blanca que apenas disimulaba sus anchos hombros y su estrecha cintura. La había estado esperando, y cuando volteó a verla, su hermoso rostro, golpeado, herido, le apretó el corazón, su mirada sorprendida, cálida e íntima

había causado un profundo efecto en sus pulsaciones. No lo conocía de nada, pero su mirada era tan intensa y posesiva que se replanteó la locura que había cometido yendo a su encuentro. Aplicó aceite de caléndula en un paño y le repasó el rostro varias veces.

Adrian, como si adivinara lo que pasaba por su mente, susurró:

—No tiene que temer, no va a ocurrirle nada estando conmigo. —Su respiración se había agitado mientras ella se acercaba y lo tocaba, tuvo el fuerte impulso de refregar su nariz contra su cuello y su rostro, perderse en su aroma embriagador, que le hacía evocar fantasías no santas, pero no quería asustarla y tenía que ceñirse a las malditas reglas, hacía años no se sentía tan tentado como en ese momento.

—Lo sé, pero también sé que estar aquí sin una carabina adecuada no es correcto y debería marcharme, tendría que marcharme —recalcó tratando de convencerse a sí misma.

—No podría responder a eso, no soy el indicado.

Miranda dejó el paño en la cesta y le echó un último repaso.

—Sanará.

—Lo sé, gracias. —Se levantó y se dirigió a la mesa donde reposaban diversas viandas—. Comamos algo, mientras va pensando en los pros y los contras de mi compañía sin una carabina adecuada. Háble me de su afición a la perfumería. ¿Cuándo empezó?

Los ojos de Miranda se iluminaron y sonrió.

—Cuando me di cuenta de que un aroma envuelve y hechiza —Warwick asintió sin dejar de mirarla—, pues tiene el poder de llevarnos al pasado. El olor de una fruta o una flor puede trasladarnos a un recuerdo de nuestra infancia, un verano en el campo, comer una manzana debajo de nuestro árbol favorito.

—El olor de una dama en medio de un vals.

Ella asintió entusiasmada.

—¿Lo ve?

—Los olores sorprenden la memoria y los recuerdos surgen al instante, ¿por eso lo hace?

Le abrió la silla y ella, indecisa aún, se sentó. Adrian tomó el plato de la joven y le sirvió queso, jamón, carne rellena, vegetales de fuentes que conservaban el calor. Tomó la botella de vino y escanció el líquido en ambas copas.

—Me gusta porque siento que soy como un escritor o un pintor, estoy creando algo único y delicado que disfrutará una persona.

Se quedó mirándola en silencio unos segundos. Miranda se preguntó si había hecho algo malo.

—He aprendido algo nuevo hoy, señorita Taylor, mil gracias. Me vienen a la mente algunos pasajes de *El cantar de los cantares*, el poema más lleno de aromas de todos los tiempos.

—¿Cuál pasaje es su favorito?

Él tomó una servilleta, se limpió la boca, sonrió y carraspeó antes de contestar.

—Se lo diré en otro momento.

Miranda decidió cambiar de tema, el tono de voz que el noble utilizaba le acentuaba la pesadez en el vientre.

—Tiene pocos sirvientes en la casa.

—Hay momentos en los que valoro la simplicidad de la vida, me parece increíble que necesitemos de un ejército de personas para satisfacer nuestras mínimas necesidades —dijo él partiendo con un cuchillo una hogaza de pan.

—Privilegios de la nobleza.

—Así es, coma, por favor.

A Miranda no le entraba un bocado de pan, pero lo disimuló con un sorbo de vino y obligándose a comer algún vegetal.

Adrian sentía que la distancia que ponía siempre entre él y los demás —y que solo se diluía frente a su familia y amigos—, con ella, a pesar de que estaba emparentada con sus enemigos, se anulaba, y el darse cuenta de ello no era satisfactorio para él.

La llevó por el rumbo de la charla insustancial, hablaban con amenidad de diversos temas mientras iba pasando por diversas fases, sin que ella adivinara sus pensamientos.

Mientras contestaba preguntas sobre su labor en el parlamento —ninguna mujer, a excepción de su hermana y las esposas de sus amigos, le había preguntado por sus ponencias y proyectos—, tomaba nota de sus rasgos, su tez, su perfil, el color exacto de sus ojos, su boca, sus gestos. En un nivel más profundo se preguntó cómo sería llevarse a esa mujer a la cama, ya no dudaba de que lo haría, solo pensaba en cuándo, y enseguida lo asaltaban las razones por las cuales no debía hacerlo, sin embargo, sabía como que se llamaba Adrian que aquello ocurriría. Soltó un suspiro y bebió otro sorbo de vino mientras la escuchaba hablar de sus aceites y perfumes.

Ella se levantó de la mesa en cuanto terminaron de comer.

—Debería irme.

—Quédese otro rato, ¿qué mal puede haber, Miranda?

—No le he dado la confianza suficiente para llamarme por mi nombre de pila.

Él la miró con una chispa burlona y depuró otro sorbo de vino.

—No me decepcione, Miranda, espero más de usted.

Ahora fue el turno de ella de sonreír y levantarse de la mesa.

—No se equivoque, lord Warwick, el hecho de que haya aceptado reunirme con usted, examinar una herida y compartir una comida sin otras personas presentes no le da derecho a tratarme con familiaridad.

—Tendremos que arreglar eso, ¿no le parece?

Ella empezó a ponerse los guantes.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Que usted tiene miedo de quedarse a solas conmigo, a pesar de su discurso veo el temor en sus ojos, y no es por mí, es por usted.

—Es lo más prepotente que he escuchado de parte de un caballero y, créame, he escuchado muchas estupideces.

Aquella charla no tenía nada que ver con los intercambios ridículos e insinuantes de sus pretendientes en Londres y sí tenía miedo, el fuego en los ojos de Adrian la llevaba por un sendero en el que jamás se había permitido entrar, o a lo mejor eran imaginaciones suyas.

—Ya son casi las cuatro, mi tía no demora en despertar de su siesta y se preguntará por qué he tardado tanto —se alisó el vestido, algo nerviosa—. Muchas gracias por el almuerzo y por la charla. A pesar de que no tenía que haberme quedado, he disfrutado de nuestro encuentro.

Observó con cautelosa alarma que Adrian se levantaba, dejaba la servilleta en la mesa y se acercaba despacio a ella.

—¿Así no más? —inquirió aferrándola del brazo de forma suave.

—¿Qué quiere decir? —Abrió los ojos como platos y su cuerpo se estremeció cuando él se acercó a ella y la envolvió en un abrazo suave.

—No entrabas en mis planes, pero te has colado en mis pensamientos.

Había pasado de golpe al tuteo y Miranda se estremeció. Él le aferró el rostro y le acarició

el contorno. Ella bajó la mirada con las mejillas en llamas.

—Mírame, Miranda. —En cuanto ella alzó la vista, reconoció la mutua atracción, el seductor era seducido.

La tensión en el aire fue palpable, mientras sus ojos se encontraron unos instantes.

—Una dama de cuna noble no se deja llevar por…

Sus labios se encontraron y Adrian la llevó por la senda de la suavidad y la ternura, saboreaba la tersura de su boca, el dulce aliento a vino mezclado con el aroma embriagante de un perfume que lo inquietaba. Ella soltó un gemido y él profundizó el beso introduciendo su lengua dentro de la boca y acariciándole la espalda. Miranda llevó las manos a su cuello como si quisiera aferrarlo más a ella y el beso de desbocó en cuanto ella siguió su ritmo y se abandonó más a la necesidad cruda que percibía en él.

Se separó de ella unos instantes examinando su rostro y su reacción, Miranda llevó los ojos a su boca y él suspiró extasiado.

—«Sus labios rebosan como un panal; miel y leche hay bajo tu lengua y el aroma de tus vestidos es como el aroma del Líbano» —susurró sobre sus labios un pasaje del poema.

Adrian notó que, a pesar de su sensatez y seguridad en sí misma, era demasiado ingenua para ocultar sus emociones, quería ser besada otra vez.

—Sí y mil veces sí —confirmó con voz tierna y ronca—. Abrázame, cariño.

Miranda no tenía idea de a qué había accedido Adrian, solo quería sus labios sobre los suyos otra vez y toda precaución voló por la ventana, le sujetó la nuca con fuerza al tiempo que se rendía a sus fuertes brazos. Era el cielo y no lo lamentaba, los gemidos de Adrian y su respiración agitada le decían que él estaba igual que ella. Nunca la habían besado así, pero sabía que tenía que parar, se separó algo confusa, pero él le aferró la mano y susurró sobre sus labios.

—Aún no, por favor —rogó apoderándose de nuevo de ella.

Con gesto atónito, ella le respondió arqueando el cuerpo y sujetándose con firmeza a su cuello, el corazón le latía violentamente por la imperiosa necesidad de arrinconarla contra el sofá de la sala, y despojarla de su ropa, le nublaba el pensamiento y al diablo las consecuencias. De repente, se tensó, y se separó de mala gana de los labios más dulces y seductores que había disfrutado en mucho tiempo, tal vez nunca.

—Tendremos que parar.

Las palabras se colaron por la mente de Miranda en medio de una nebulosa, para sentir el jarro de agua fría de su imprudencia en cuanto volvió a la realidad. ¿Qué había hecho? El terror la asaltó, su familia, Nicholas, el compromiso, la responsabilidad, todo lo había echado por la borda por culpa de unos insensatos besos. Se enderezó recurriendo a su dignidad, maltrecha, pero dignidad, al fin y al cabo.

—No te preocupes. —Adrian se le acercó de nuevo.

Ella negó con la cabeza.

—He sido una tonta —señaló furiosa consigo misma, empezó a buscar el chal que estaba encima de una silla cuando sintió los brazos de Adrian rodeándola.

—Todo menos eso —reviró él sobre su cabello—. No tienes que arrepentirte por lo que ocurre entre los dos.

—¿Qué es lo que ocurre entre los dos? —inquirió vulnerable.

—Nos atraemos, Miranda, y es inevitable.

Ella lo miró espantada y movió la cabeza en señal de negación.

—Adiós, lord Warwick —dijo ella con firmeza y se alejó de él.

—Teniendo en cuenta que hace unos segundos ambos estábamos en brazos del otro, me

parece una estupidez que me sigas llamando lord Warwick.

—Usted se volvió loco.

—Sí, es lo más probable, pero en esta locura estamos los dos —advirtió.

Ella pasó por su lado sin despedirse y salió presurosa del lugar.

A lo mejor su tía ya había despertado y habría enviado por ella al pueblo, no tenía ni una mísera compra. La mujer sensata y responsable que siempre fue se había convertido en una desvergonzada, se percató desconcertada de que años de educación y responsabilidades no le servirían de mucho si alguien se enteraba de sus andanzas, pero lo que más la mortificaba era la vergüenza que sentía en ese momento consigo misma.

Al llegar a casa nadie notó nada raro en su expresión, su tía no se había levantado de la siesta. Fue a la habitación y sacó un paquete de hilos y encajes que no le había mostrado y que había comprado la vez anterior, esa sería su excusa. No volvería a verlo, por su paz mental, no volvería a verlo.

Capítulo 8

—Beatrice, qué agradable sorpresa —saludó Miranda esa mañana a su mejor amiga—. ¿Qué haces en Stratford? —preguntó después de los saludos, cuando Godfrey, el mayordomo, la guio hasta el salón donde ella y su tía bordaban.

—Fui a visitarte a comienzos de semana y tu madre me dijo que estabas aquí. Mi padre y yo hemos viajado toda la noche, vamos a una fiesta campestre en casa de *lady* Georgina Everly, no muy lejos de aquí, y quise pasar a saludarte a ti y a tu tía, ya que supe que estaba algo delicada de salud, y a traerte este maravilloso aceite de loto azul para tus preparaciones.

Miranda le dio las gracias y tomó el frasco, emocionada, ya imaginaba los perfumes que podría hacer con él.

—Yo estoy mucho mejor, querida, hacía tiempo que no te veía, estás muy hermosa, cuéntame, ¿cómo está tu padre? —La mujer se levantó y tocó una campana, al momento una de las doncellas se presentó.

—Té y pastas, por favor.

La jovencita salió a cumplir la orden.

—Gracias, *lady* Fairfield, es usted muy amable, mi padre está muy bien y con ganas de emprender su nueva aventura, iremos a Creta al inicio del verano, hay una excavación que esperamos que sea fructífera.

—Conozco a Georgina —cambió de tema la anciana—, sus fiestas son agradables. ¿Y dónde has dejado a tu padre?

—Está visitando aquí en Stratford a la viuda de un viejo amigo, un profesor de Oxford que falleció en un absurdo accidente hace unos meses, tan pronto haga su visita, vendrá a saludarlas. Mi padre no es muy amante de estas fiestas, pero necesita el patrocinio de uno de los asistentes.

Después de merendar y ponerse al día sobre las últimas noticias de Londres, el par de jóvenes salió a dar un paseo por la campiña.

—Te noto pálida, apagada, ¿te sientes bien? —preguntó Beatrice.

—He estado ocupada, mi tía se niega a contratar más servicio y he estado preocupada por ella, aunque ha mejorado mucho, su condición es aún delicada.

—¿Cuándo volverás a Londres? Tu marqués debe estar impaciente.

—La próxima semana —confirmó con los dientes apretados.

Su amiga la observó con gesto suspicaz.

—¿Problemas en el paraíso?

Miranda disimuló como pudo el malestar que la circundaba, desde lo ocurrido en la casa de Adrian no tenía vida, se levantaba pensando en él y su rostro era lo último que veía cuando se dormía, su sueño era inquieto y agitado, apenas pasaba bocado y tenía el deseo urgente de volverlo a ver. Iba al condado todos los días con la esperanza de encontrarlo, pero el noble brillaba por su ausencia.

—No, hoy llegó una carta de Wessex. —Ni siquiera la había abierto—. Volveré a casa y haré lo correcto.

—¿Por qué noto un atisbo de resentimiento en tu actitud? ¿Algo ha cambiado?

«Todo», quiso decirle Miranda, pero no se atrevía a confesar lo ocurrido y cómo se sentía, aún estaba procesándolo. Desestimó las palabras de su amiga con una sonrisa.

—Nada ha cambiado.

A lo lejos le pareció ver la figura de Adrian que volvía a su casa. Sofocó el golpeteo en su pecho llevando una mano a su corazón, no quería que Beatrice se percatara de su estado. Pero su amiga, que estaba agachada en el prado estudiando las hojas de una planta, se levantó justo en ese momento.

—Oye, ¿ese no era el conde de Warwick? Sabía que tenía casa aquí, pero ignoraba que estuviera en Stratford.

—Ah, sí, el otro día me lo crucé en el pueblo —disimuló Miranda.

—Enemigos y vecinos, ¡qué interesante!

—No somos enemigos —reviró enseguida Miranda.

—No creo que el conde piense lo mismo después del comportamiento bochornoso de tu hermano con *lady* Susan, y todo lo que ocurrió después. No creo que ustedes se encuentren entre los afectos de esa familia.

Miranda ocultó el rostro mientras arrancaba una hierba de una de las macetas del jardín. A lo mejor su tía tenía razón y eso era lo que quería lord Warwick de ella, la revancha. Qué tonta había sido.

—Tengo una maravillosa idea —dijo Beatrice de repente—, ¿por qué no te vas conmigo este fin de semana? El cambio de ambiente le hará bien a lo que sea que te esté atormentando, a mí no me engañas, algo tienes, pero no te voy a importunar con mi curiosidad.

—No estoy invitada, conozco a *lady* Everly de vista, fuimos presentadas una vez hace años, no me gustaría importunar.

—Eso no tiene la más mínima importancia, la invitación es para tres personas y solo vamos papá y yo, no habrá ningún inconveniente.

Los pensamientos de Miranda iban a toda velocidad, le convenía alejarse de Stratford antes de volver a Londres, alcanzar de nuevo el equilibrio que cierto diablo de ojos cafés le había arrebatado a mansalva.

—Fíjate que podría ser —contestó animada por primera vez en una semana—, tendré que consultar a mi tía.

—La convenceremos.

***

La exposición en la Real Academia de Arte era un evento que Susan no quería perderse. A pesar de que apenas salía de casa, le gustaba asistir a exposiciones y eventos en las horas menos concurridas. Adrian siempre estaba pendiente de que asistiera a las diversas exposiciones que había en Londres y sus alrededores.

Se vistió con un traje color verde esmeralda y su doncella se esmeró en el peinado; no quería reconocerlo, pero esperaba encontrarse con Darius Hollister, por eso no se opuso al arreglo que aplicó la joven empleada. El americano la había intrigado, su apostura y seguridad mezcladas con una dosis de amabilidad habían logrado que pensara en él más de lo debido.

La exposición que se exhibía en la Real Academia contaba con cuadros de gran calidad de la época del Barroco, pinturas de Rembrant, Rubens, Veermer, Velásquez y Caravaggio, había tres pinturas del último artista y Susan meditaba sobre cuál de ellas sería el préstamo del señor Hollister. Observó la pintura llamada *Joven tocando el laúd*, un hermoso joven de rasgos femeninos tocaba el instrumento siguiendo las partituras que descansaban en una mesa, un jarrón con flores idealizaba la naturaleza.

—¿Le gusta mi Caravaggio? —preguntó una voz detrás de ella.

Susan no tuvo idea de por qué la presencia del hombre la puso nerviosa si al voltear el rostro y mirarlo solo vio una mirada risueña y amable.

—Es hermoso, los labios entreabiertos y el movimiento de la mano muestran la forma de representar lo natural que perseguía el artista.

—Así es —soltó él un suspiro—. Es un placer volver a verla, *lady* Susan.

—Tengo el presentimiento de que sabía que el Caravaggio despertaría mi curiosidad.

—Tiene razón, he estado viniendo aquí, día y noche, esperando volver a verla.

Susan sonrió y un ligero rubor cubrió sus mejillas. Se sintió violenta por su reacción.

—Pobre de usted —se echó a reír y el ligero rubor se acentuó—. Menos mal que no tardé más que tres días en venir desde inaugurada la exposición.

—¿Terminó la pintura en la que trabajaba ese día? —preguntó él en un tono de voz cálido.

—No, aún no, he tenido problemas para concentrarme, se me atravesó otro proyecto que me ha mantenido distraída.

—Ardo en curiosidad por ver su obra. —Su rostro se iluminó como si hubiera tenido una fabulosa idea—. Le diré lo que voy a hacer: le cambio mi Caravaggio por una de sus obras.

—¡Se volvió usted loco!

—Deje que sea yo quien juzgue el nivel de mi locura.

Susan negó con la cabeza.

—Los artistas nunca están preparados para mostrar su obra.

Tomó su mano y la apoyó en su brazo, llevándola al siguiente cuadro, *Los jugadores de cartas*, pero Hollister no admiraba la pintura, sino a ella, estaba más hermosa que el día que había ido a su casa. Entendía el misterio que quería otorgar a su trabajo, era algo muy común, es el temor de que todo por lo que se ha trabajado durante meses o años no vaya a gustar, eso encerraba una profunda inseguridad y una herida de abandono. Sí, Darius había investigado lo ocurrido a Susan nueve años atrás. Su compromiso fallido, su depresión y su intento por acabar con su vida; había cosas que la sociedad no perdonaba, pero a él la sociedad de importaba un bledo, prefería conocer a la gente en sus diferencias, qué los motivaba, qué los hacía levantarse cada día, sabía que no era la mejor forma de establecerse con una mujer de alta cuna, criada para seguir los dictámenes de la sociedad, pero con Susan presentía que era diferente.

—No deseo ponerla en una situación embarazosa, es cierto que quiero ver su obra, pero no importa en lo más mínimo lo que yo piense. Me dijo en la visita a su casa que la pintura había salvado su vida. Nadie juega con eso y yo mucho menos, habrá algo en su obra que siempre, recuérdelo, siempre, será intocable, y es la importancia que el arte tiene para usted, no lo olvide nunca, ya sea yo el afortunado de evaluar su trabajo u otra persona.

Susan asintió en silencio como si la obra que tenía frente a ella hubiera tomado una importancia capital. Tras años manejados por el temor, él era la primera persona que la veía, que veía su cielo y su infierno personal. Su primera impresión resultó premonitoria, este hombre había llegado a su vida a cambiarlo todo y por primera vez desde lo ocurrido tuvo las ganas de lanzarse al abismo y ver qué le deparaba aquello. Se sintió audaz cuando lo volvió a mirar.

—Hagamos un trato, señor Hollister.

—Soy todo oídos, *lady* Susan.

—Le permitiré ver mi obra si usted accede a ser mi modelo para un nuevo proyecto. —Lo miró fijamente y sin titubeos, y continuó—: Necesito capturar el color de sus ojos, el brillo que expresan sus sentimientos.

Darius nunca se había sentido tan sorprendido en su vida, había empleado armas de

seducción y las mujeres las habían empleado con él, pero esta sencilla petición por parte de *lady* Susan invocaba toda clase de emociones. Tuvo una urgencia feroz de arrinconarla y besarla, atravesarle el alma y los sentidos, beberse su placer de golpe y a cuentagotas, todo o nada. Se asustó de la magnitud de sentimientos que lo asolaron.

Ella, como si se hubiera arrepentido de su arranque, caminó veloz hacia la puerta, pero él la alcanzó y con suavidad la tomó del brazo y le dio la vuelta. Con voz enronquecida, le dijo:

—Dígame el lugar y la hora.

***

Convencer a la tía Edith no fue tarea fácil, pero al ver que el rostro de su sobrina, apagado desde hacía algunos días, ahora brillaba ante las ocurrencias de su amiga, no tuvo corazón para negarle ese permiso.

Miranda no quería que su doncella la acompañara, se sentiría más segura si se quedaba al pendiente de su tía. *Lady* Fairfield aceptó la compañía de Meg a regañadientes y cuando estuvo segura de que Beatrice contaría con su doncella personal en aquel lugar.

Lord Findley llegó por ellas, el conde era un hombre agradable, de mirada inteligente, aire bonachón y cuerpo en forma por las constantes expediciones a cualquier lugar del mundo. Después de hablar con *lady* Fairfield un rato y acompañarla en el almuerzo, pasado el mediodía, tomaron rumbo a Keynes House y por primera vez en días Miranda pudo respirar con tranquilidad y se contagió del buen ánimo de su amiga. Tendría que escribir una nota a su familia para contarles sobre su estadía de tres días en aquel lugar.

La magnífica casa de campo, rodeada de jardines floridos, les dio la bienvenida. Había gente caminando alrededor y en un pequeño lago varias parejas paseaban en botes. No era una fiesta grande, las recibió un mayordomo y la dueña de casa, *lady* Georgina, viuda del conde de Everly, quien la había dejado en excelente posición económica. Sin hijos a quien legar el título, este había ido a parar a un hermano menor del noble, sin embargo, la mujer había heredado una fortuna que no estaba ligada al título, lo que le permitía seguir nadando en las turbias aguas de la aristocracia sin ningún problema.

—*Lady* Findley, ¿cómo está?

Ella saludó a lord Findley dándole la bienvenida.

—Mis invitados y yo esperamos que amenice una de nuestras tertulias con un canto completo de la *Ilíada*, usted tiene una mente portentosa.

Beatrice sonrió, era uno de los pasatiempos de su padre.

—Gracias, *lady* Everly, así será, si me disculpan, veo a un viejo conocido.

—Vaya tranquilo, lord Findley, nos encargaremos de todo —dijo la mujer observando a Miranda con viva curiosidad.

—Gracias por su hospitalidad, *lady* Everly, ¿conoce a mi amiga, la señorita Miranda Taylor?

La sonrisa que la mujer le destinó fue fingida, algo en sus ojos le dijo que no era bienvenida y Miranda quiso devolverse enseguida, había sido una necia. Pero *lady* Georgina enseguida transformó su expresión a una tan amable que ella se preguntó si lo había imaginado.

—Por supuesto que una amiga de *lady* Findley es siempre bienvenida a esta casa, además, he escuchado estos últimos días hablar mucho de usted.

Miranda la miró interrogante.

—Tenemos algunos amigos en común, además, quién no ha escuchado hablar de Corazón

de Oro —concluyó la mujer en el momento en que dos lacayos pasaron con su equipaje rumbo a las habitaciones.

Una adusta mujer las invitó a seguirla.

—Corazón de Oro… —se burló Beatrice—. Si la sociedad supiera las diabluras que le hacíamos a la pobre señora Simons dejaría de llamarte así. Fuiste valiente y arriesgada, hacías una que otra locura, lo recuerdo muy bien.

—Mi secreto está a salvo contigo, extraño esos momentos.

Ambas sonrieron mientras, tomadas del brazo, subían la escalera.

A Miranda el recibimiento le pareció algo extraño, pero no perdería la cabeza por ello. Sally, la doncella de Beatrice, vino para acomodarle el equipaje y ayudarla a vestirse para la cena.

Capítulo 9

Warwick salió a cabalgar al amanecer, necesitaba despejar su mente. La niebla cubría los campos y se adhería a su rostro como fina tela. Reflexionaba sobre los desafíos que enfrentaba, entre ellos Miranda Taylor; habían trascurrido seis días sin volver a tener contacto con ella, era la reacción que intuía, pero él no esperó esa respuesta por su parte, era apasionada de una manera genuina, saborear sus labios fue algo tan íntimo, tan delicioso que aún en ese momento podía sentirlos e inhalar su aliento. El día anterior la había visto de lejos caminando con la hija de Findley, la misma con la que la vio hablar en el baile. Se alejó enseguida sintiéndose como un merodeador.

La tranquilidad de la mañana y el suave murmullo de la naturaleza le brindaron la serenidad que ansiaba y en medio de la neblina encontró la claridad que necesitaba para enfrentar el próximo encuentro. La victoria estaba cerca, lo intuía.

Después de desayunar y de leer *La Pluma Secreta*, puso al día su correspondencia y por último se dedicó a investigar el símbolo intrincado del arma que había perdido Smith durante una pelea con Mackay, un objeto al que no habían vuelto a prestar atención, en uno de los tres libros que había conseguido de uno de uno de sus profesores de Eton, que era experto en símbolos y armas. Por desgracia, el viejo maestro había muerto el invierno anterior y su hija era la guardiana de su biblioteca. Los cuatro amigos eran conscientes de que Smith, si se recuperaba, no soltaría la lengua así no más, tendrían que averiguar mucho más, tener alguna ventaja en el momento del interrogatorio. Alrededor del medio día llegó una visita que lo sorprendió.

—Lord Warwick —lo llamó ceremonioso Sanders.

Adrian levantó la vista del documento que leía en esos instantes. Era el tono que utilizaba cuando había alguien ajeno a ellos. El noble, por un momento, tuvo la insensata idea de que era Miranda.

—¿Sí? —Se incorporó.

El criado se acercó con gesto malhumorado.

—El señor Bourne desea verlo, milord —señaló entre dientes, pues para el criado no era ajena la animadversión que sentían él y sus amigos por ese magistrado—. Si quiere le digo que no está.

Adrian sonrió, recogió los libros y el papel con el símbolo y los colocó a sus pies, se echó hacia atrás y juntó las manos con semblante pensativo. A lo mejor sabía lo ocurrido a Smith, y si lo sabía, ¿por qué no había hecho antes algo al respecto? Se enderezó de nuevo y se levantó de la silla.

—Hazlo pasar.

—Como diga, milord.

—Lord Warwick… —El hombre entró en la estancia y observó impasible el rostro del conde antes de que este lo invitara a tomar asiento—, pensé que la vida de un caballero era aburrida, pero usted y sus amigos cada día me sorprenden.

—Nada es lo que parece, ya debería saberlo, magistrado Bourne. ¿A qué debo el placer de su visita? —Adrian dio la vuelta y se sentó de nuevo tras su escritorio.

—¿Boxeo o querella amorosa?

—Ninguna de las dos. —Si esperaba que él soltara algo más, le anochecería. Se limitó a observar al hombre que tamborileaba los dedos en el reposabrazos de la silla.

—Lord Warwick, la injerencia de ustedes en mi investigación ha retrasado el dar con el

culpable, si tanto avalan su inocencia, ¿por qué no me dejan hacer mi trabajo?

—A lo mejor, los golpes me han restado capacidades, Bourne, porque no tengo idea de a qué se refiere —contestó con tono indiferente.

—¿Sabe usted, milord, que teníamos a Smith bajo vigilancia esperando alguna pista que nos llevara al asesino intelectual? Usted y su sirviente fueron las últimas personas con quienes se le vio, según las descripciones de los testigos. ¿Cómo lograron hallarlo? Y la pregunta crucial, ¿dónde diablos se encuentra en este momento?

—¿Cuándo ocurrió la desaparición?

—Hace dos o tres días.

—Creo que ha perdido el viaje, Bourne, no he salido de los alrededores durante una semana.

—Smith es el único que nos puede llevar al culpable. ¿O será que sus amigos y usted decidieron convenientemente silenciarlo? No hay nada oculto para mí, ¿sabía que el verdadero nombre de Smith es Rusell Clark?

—No lo sabía —contestó con rostro inescrutable. ¿Por qué el magistrado estaba tan seguro de que Smith no era el autor intelectual? Si Smith no la había matado, solo era un simple cómplice que por algo de dinero había accedido a montar toda la charada y este era un crimen pasional, tenía todos los ingredientes para serlo y, si así era, *lady* Gellywen debía estar en primer lugar en la lista de sospechosos.

—Muy conveniente para usted —adujo el magistrado con tinte irónico.

Adrian se levantó y se apoyó en la esquina del escritorio cruzándose de brazos, chasqueó los dientes y lo miró burlón.

—Estoy seguro de que el día que dé con el asesino de *lady* Regina va a ser un día funesto para usted, porque tendrá que pedirnos disculpas por todo lo que ha urdido contra mis amigos y yo a lo largo de estos años —puntualizó Adrian mientras caminaba hasta una mesa y se servía un trago de licor sin molestarse en ofrecerle algo al intruso—, esconder su ineptitud se hace más difícil a medida que se avanza en el caso, y usted, por andar tras nosotros, le ha dado alas al verdadero culpable para seguir escondiendo sus huellas.

El magistrado se levantó.

—Voy camino a Birmingham y, contrario a lo que pueda pensar, deseo que se esclarezca este suceso. Su Majestad está entre las personas que envían emisarios a mis oficinas cada tanto para ver qué avances ha tenido la investigación.

—Siga su camino, magistrado, no seré yo quien le impida cumplir de manera eficiente con su deber.

El hombre se levantó con un talante ofendido que le importó bien poco a Adrian.

—El sarcasmo está de más, simplemente vine a advertirles a usted y a sus amigos que se alejen de la investigación y no la entorpezcan más.

—Su ineptitud y la de sus detectives es lo que la entorpece, magistrado. Que tenga buen día.

Adrian le señaló la puerta, el hombre lo miró furioso y salió a paso raudo del salón.

Sanders entró con una bandeja con algo de comida para el conde, era su tentempié del medio día, ya que Adrian no acostumbraba a almorzar.

—Iba echando espuma por la boca cuando se fue.

El criado puso la bandeja encima de la mesa auxiliar y extendió un par de platos, los cubiertos y la servilleta.

—Cada vez que lo veo solo pienso en acogotarlo por inepto. Luego medito que es un caso

complicado y se me pasa la rabia.

—No es fácil, milord, una acusación de asesinato pesa sobre la vida de cualquiera, es normal que usted y los demás lores estén preocupados. Por cierto, la señorita Taylor salió de viaje ayer después del mediodía, deduzco que volvió a Londres.

Adrian elevó las cejas y se quedó callado.

—¿Por qué me entero hasta ahora?

—Lo siento, milord, pero la chica que me pasaba información fue a visitar a su madre y regresó esta mañana, me acabo de enterar.

—¡Maldita sea mi estampa!

Sanders le pasó una bandeja con una carta que Adrian abrió enseguida. Era de Mackay.

—Fue entregada por un sirviente que espera la respuesta.

Querido amigo:

El loro sigue inconsciente, cuando salga de su siesta lo haremos cantar, pero no es para esto que te escribo. Lady Gellywen se encuentra pasando unos días de descanso en casa de lady Georgina Everly, en Keynes House, podrías asistir a su baile de fin de semana, aquí va la invitación. ¿Cómo van tus asuntos en Stratford? ¿Cayó la ardilla en la trampa?

Mackay

Adrian no entendía esa alegoría a animales por parte de su amigo, el loro era claramente Smith y con ardilla ¿se refería acaso a Miranda? Además, cualquier persona que interceptara el correo y supiera en lo que andaban sacaría sus propias conclusiones enseguida.

Abrió el sobre con la tarjeta de invitación, conocía el tipo de fiestas que allí se hacían, algo más liberales y relajadas que los bailes de la ciudad. Ya sin nada que lo retuviera en Stratford, partiría hacia la mansión de Georgina. Los golpes en la cara ya eran apenas perceptibles.

***

Miranda se levantó a media mañana. Sally llamó a la puerta minutos después, venía con uno de sus vestidos de día ya planchado y una bandeja donde reposaba una taza de chocolate.

—Buenos días, señorita Taylor, ¿durmió bien?

Miranda se estiró, el sol entraba por la ventana y ella se sentía inusualmente feliz.

—Muy bien, Sally, necesitaba este cambio de aire.

—Cuando quiera, le alisto el baño.

—Alístalo enseguida, por favor —contestó Miranda detrás del biombo donde hacia sus abluciones—, no quiero perderme un solo minuto de la diversión.

Una hora después bajó y caminó por el pasillo buscando el comedor.

—Buenos días, *lady* Gellywen —dijo al tropezar con ella en el pasillo.

—¿Cómo está usted, señorita Taylor? —saludó la mujer al verla. Estaba pálida y había perdido algo de peso.

—Muy bien, hace un hermoso día, estoy impaciente por divertirme.

La mujer observó a lado y lado.

—No sabía que la familia de lord Sufolk estaba invitada, no he visto a sus padres ni a su hermano.

—He venido con *lady* Findley, somos compañeras de academia, su padre es…

—Sé quién es su padre, Henry Findley, conde de Findley, es un hombre notable.

—Así es, para mí es tío Harry, y es encantador. —La confianza que tenía con el padre de Beatrice la hacía sentirse como un familiar querido y muy apreciado.

La mujer la miró de arriba abajo con un evidente aire apreciativo que Miranda no supo cómo tomar, era muy diferente a las miradas de las otras mujeres, esta era agresiva, casi sensual, pero qué iba a saber ella, a lo mejor el aire de Stratford le había alterado la cabeza.

En cuanto entraron al comedor, Miranda se encontró con Beatrice y su padre. Los demás invitados paseaban por la estancia o estaban sentados degustando las viandas. El desayuno era informal, en una mesa auxiliar, paralela a la mesa principal, había platos repletos de diferentes viandas.

—Jovencita, buenos días, espero que hayas descansado, aún me pregunto cómo Edith se dejó convencer por Beatrice para que disfrutaras de este tiempo con nosotros —señaló el conde y le acarició el rostro a su hija.

—Tío Harry, ya sabes que Beatrice es capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

—Dímelo a mí, después de verla en acción con un grupo de beduinos en el desierto, nada me sorprende de mi hija.

—Menos mal que te das cuenta de que sin mí no puedes vivir.

—No he dicho eso —miró su reloj de leontina—, pero antes de que me hagas admitir lo que no he hecho, las dejo, debo hablar con alguien importante que debe estar a punto de llegar.

Las dos amigas dieron un largo paseo por el hermoso jardín que tenía varios senderos, uno de ellos llevaba a una pérgola rodeada de flores, dentro había un mullido sofá, era el lugar ideal para echar una siesta o leer. Después por otro camino se dirigieron al lago y se montaron en una de las balsas junto con un par de dandis que se dedicaron a recitarles poemas de Byron.

Al Miranda rechazar el cortejo de uno de los jóvenes, este amenazó con tirarse al agua en medio de la rechifla de los jóvenes de las otras balsas. Miranda estaba mortificada, pues estaba llamando la atención y no se sentía cómoda con ese tipo de interacción.

—Por favor, siéntese —instó al joven, que bamboleaba la embarcación.

—Señorita Miranda Taylor, lo haré si promete bailar conmigo un vals esta noche y mañana ir a la excursión de mi brazo —expresó a voz en cuello.

—Lo prometo, lo prometo —claudicó Miranda antes de que terminaran todos en el agua.

Todos los asistentes aplaudieron.

—Eres un imbécil, Albert —concluyó Beatrice.

***

En cuanto el coche entró a Keynes House, Adrian se percató del alboroto, se bajó del vehículo y caminó hasta el lago, *lady* Everly salió a su encuentro.

—Lord Warwick.

—*Milady*. —El hombre le besó el dorso de la mano.

Después de los saludos de rigor, Adrian iba a preguntar qué sucedía en el lago, cuando escuchó la diatriba del joven.

—Señorita Miranda Taylor, lo haré, si promete bailar conmigo un vals esta noche y mañana ir a la excursión de mi brazo.

Adrian quedó frío, ¿qué diablos…? Observó cómo el imprudente dandi, hijo de un marqués, la presionaba de la manera más absurda para que aceptara sus atenciones, o eso quería

creer, a lo mejor ella estaba disfrutando de la atención como cualquier otra debutante, meditó sarcástico. Sobre su cadáver, no supo por qué lo tomó por asalto ese instinto posesivo, que ese jovencito se olvidara de que estaría cerca de ella. Se dijo que era por venganza, que no permitiría que un petimetre que valía poco se interpusiera en sus planes.

—Parece que quieres matar al joven —observó Georgina.

Adrian disimuló como pudo su malestar, no podía ponerse en evidencia ante ella, ni ante nadie.

—Sí, me gustaría darle un sopapo, por poner en peligro a esas jóvenes y porque si la balsa se voltea tendré que ir a rescatarlos y no quiero mojar mis pantalones de ante.

La mujer sonrió.

—Ya se acercan a la orilla, eso no pasará, ¿conoces a alguna de las jóvenes?

Adrian se salvó de contestar en cuanto otros conocidos se acercaron a él, que, sin embargo, no dejaba de observar hacia el lago. Desistió de seguir mirando cuando se percató de que la mirada perspicaz de Georgina iba de él a la balsa.

—¿Tendremos noticias de compromiso pronto? —preguntó tomándolo del brazo y llevándolo a la casa.

—De mi parte no, además, recuerda que hago parte del Club de los Caballeros Malditos, no soy buen prospecto para nadie.

—Esas son tonterías, eres uno de los mejores partidos de Inglaterra y tus amigos del club se las han apañado muy bien.

—Adrian —lo saludó el conde de Findley—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

La nostalgia invadió a Warwick, recordaba las largas partidas de ajedrez del noble con su difunto padre. Después de los saludos, Georgina se alejó y ambos condes conversaron un rato sobre tiempos pasados. Findley se veía algo alicaído, al interesarse por él, le comentó que había acudido hasta allí en busca de un patrocinio para su próxima expedición, pero su posible benefactor había cancelado su viaje. Adrian se interesó por el tema y Findley, esperanzado, lo invitó a tomar una copa en el estudio. Sin nada más que hacer y sin ver a *lady* Gellywen entre el grupo de personas, decidió seguirlo, además, tenía un favor especial que pedirle.

Un lacayo los dejó bien provistos de licor y puros, Adrian declinó el ofrecimiento del cigarro, pero sí tomó el vaso con licor.

Sus pensamientos volvieron a Miranda, se llevaría tamaña sorpresa al verlo. No sabía cómo la trataría, la indiferencia sería lo correcto, se había quedado esperando una nota suya o verla por el recodo del camino, había vuelto al maldito arroyo donde la había rescatado, pero era como si nunca hubiera estado allí. Había perdido un valioso tiempo y también quería volver a saborear esos labios tan dulces, sin olvidar el plan trazado.

—Aquí tienes los papeles de la propuesta, Adrian —lo bajó de la nube Findley.

Warwick tomó un sorbo de coñac, quería saber qué estaba haciendo Miranda en ese momento y qué diablos hacía en este lugar. Tomó el documento, al que echó una ojeada rápida.

—Es un proyecto muy ambicioso, pero parece que tiene bases sólidas. ¿Quiénes más están interesados en invertir? Yo podría hacer algún aporte, pero mi dinero por sí solo será de poca ayuda.

—Toda donación cuenta y será de gran ayuda, no menosprecies tu aporte, Adrian. El duque de Hammond y el marqués de Willington serían los otros benefactores, aunque este último aún no me lo ha confirmado, nos veríamos aquí para hablarlo.

Warwick dejó el vaso en la mesa. Miró al hombre al que quería como si fuese de su misma sangre y al que cariñosamente llamaba tío.

—Cuenta con ese dinero, tío Harry, en honor a la memoria de mi padre.

—Extraño mucho a tu padre, Adrian, con su partida perdí a uno de mis mejores amigos y uno de los mejores hombres que he conocido.

—Así es, su pérdida es irreparable.

Ambos se quedaron en silencio recordando mejores tiempos.

—La ciencia y la historia son tesoros invaluables para la humanidad, gracias a personas tan generosas como tú, el mundo avanzará —contestó el caballero emocionado—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, hijo?

Warwick lo meditó unos instantes y sacó el papel con el dibujo de la daga.

—Quisiera contar con tu vasto conocimiento, ya que, si no puedes ayudarme, no sabría a quién más recurrir, estoy seguro de que este símbolo hace parte de una logia, porque lo he visto antes, pero no recuerdo dónde y la única persona que me podría ayudar ya no está con nosotros.

Lord Findley observó el dibujo con detenimiento.

—Creo saber qué es, pero debo confirmarlo con uno de los libros que están en casa, ¿puedes facilitarme el papel?

—Preferiría que lo copiaras, es el único dibujo con el que cuento. Aquí hay unas notas, son las que describen el material de la empuñadura, el metal y algunas piedras preciosas, todo está en este papel. Mientras haces el dibujo, yo haré una copia de las notas.

—Lo entiendo. —El hombre se levantó ágil de la silla y fue al escritorio, buscó un lápiz en uno de los cajones, tomó una hoja de papel y se dispuso a dibujar.

Warwick anotó las características y los materiales de los que estaba hecho el diagrama.

Mientras el hombre dibujaba, Warwick se perdió otra vez en sus pensamientos: Miranda, no sabía que extraña coincidencia del destino la había puesto en aquel lugar. Él había venido con un objetivo en mente, no debía olvidarlo, hablar con *lady* Gellywen, pero los ojos de Miranda se atravesaban en sus pensamientos y le nublaban el entendimiento, y aunque su resentimiento a todo lo que llevara el apellido Taylor seguía intacto, tenía que reconocer que ella era una mujer que lo dominaba con su presencia y eso lo disgustaba. No estaba acostumbrado a sentir algo sí y su fuero interior quería rebelarse, o a lo mejor era su conciencia que no le perdonaba que le atrajera tanto la hermana de un hombre que le había hecho tanto daño a su familia.

—Tan pronto vuelva a Londres, haré la investigación, tendrás noticias mías la próxima semana.

—Te enviaré una nota para la reunión con los abogados, espero que la expedición cumpla con las expectativas.

—Así será.

***

Miranda descansó gran parte de la tarde, la excursión en el lago la había dejado molesta, y alegando un dolor de cabeza se recluyó en la habitación hasta la hora del baile.

Sally se encargó del vestido y el tocado, agradeció el haber llevado un par de vestidos de baile en su equipaje a Stratford, pues nunca se sabía cuándo se podrían utilizar, algo que había aprendido en la academia y que en esta precisa situación agradecía. El vestido de un tono entre rosado y lila, una delicada tela transparente bordada con flores doradas rodeaba la falda, el tono resaltaba su tez y sus facciones. Se lamentó de que Adrian no estuviera allí para admirarla y luego se reprendió por tonta, debería estar pensando en Nicholas, había olvidado leer su carta y la había dejado en casa de su tía, se sintió culpable, era en él en quien debería pensar.

Bajó al salón de baile donde la mayoría de los invitados ya estaban reunidos, saludó a varias damas y caballeros, buscaba a Beatrice, cuando *lady* Gellywen se acercó a ella.

—¡Vaya, señorita Taylor! Entiendo que haya encandilado a lord Barton, está usted preciosa.

El comentario no era inadecuado, pero su mirada era la misma que le había deparado en la mañana.

—*Lady* Gellywen, usted también se ve hermosa, su esposo debe estar complacido.

—Mi esposo no está aquí para admirarme —dijo ella indiferente.

—¡Miranda! —la llamó Beatrice, que estaba rodeada de algunos jóvenes, entre ellos lord Barton, y ella se despidió presurosa. Prefería los avances del atolondrado dandi a la extraña conducta de esa mujer.

—Estás preciosa —señaló su amiga.

Los jóvenes también la lisonjearon y fueron a buscar algo de beber para ellas.

—¿Tú también? —bromeó Miranda.

—¿Qué pasa?

Miranda abrió el abanico y le habló a su amiga en voz baja.

—*Lady* Gellywen está actuando de manera extraña, me mira como me miran los hombres cuando les gusta lo que ven.

Beatrice la miró pensativa.

—Deben ser imaginaciones tuyas.

—Puede que tengas razón —Uno de los jóvenes le pasó un vaso de ponche que ella agradeció con una sonrisa—. ¿Tu padre pudo reunirse con el caballero?

—No con el que esperaba, pero aun así ha encontrado apoyo para la próxima expedición.

La orquesta empezó a tocar, el carné de baile de Miranda estaba casi lleno.

El primer jovenzuelo hizo su aparición invitándola a bailar.

Miranda disfrutó del baile, sus compañeros eran expertos bailarines y buenas compañías, la hicieron reír y la champaña se le subía a la cabeza a medida que avanzaba la reunión.

El olor a flores, cera y perfumes saturaba el ambiente, alegre y distendido. En una pausa, Miranda le susurró a su amiga que se retiraría un rato porque le dolía la cabeza, Beatrice asintió, pero en vez de subir a su habitación, salió al balcón, necesitaba refrescarse, respirar aire puro. Totalmente ajena a la presencia de Adrian, avanzó unos pasos más y se detuvo cerca de un seto de flores, cerrando los ojos un instante. No escuchó los pasos que se acercaron a ella, solo una sensación de miedo y alegría relacionada con…

—Buenas noches, Miranda —saludó con voz entrecortada.

Ella se dio la vuelta y lo miró sorprendida, como si creyera que él era una aparición.

—¡Lord Warwick!

Capítulo 10

Adrian tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no entrar al salón cuando Miranda apareció y con su elegancia natural avanzó por el lugar donde algunas parejas bailaban, aunque la mayoría estaban reunidos en grupos hablando y riendo. Vio la manera depredadora en que la miró *lady* Gellywen y eso lo puso en tensión, él había venido a sonsacar información a una sospechosa de asesinato y no a babear por una jovencita. Su mirada volvió a Miranda cuando la recua de dandis la rodeó, estaba tan hermosa que por instantes se le dificultó la respiración. Ella sonreía con educación, pero cada sonrisa suya destinada a esos jovenzuelos que no se la merecían le agriaba más el carácter. Se sentía ridículo al albergar ese tipo de sentimientos, ni siquiera cuando estuvo enamorado de Clarissa se sintió tan territorial, no la conocía bien, un par de conversaciones y un beso no tendrían por qué inspirarle ningún tipo de sentimientos, era lujuria, pura y dura. Recordó cuál era su objetivo, pronto su familia quedaría en la ruina, rompería el compromiso de ella con el marqués y obtendría su venganza, después se deleitaría en las mieles de la victoria.

La observó bailar con lord Barton, era un calavera ingobernable, si el joven no corregía sus pasos, la riqueza de su título se perdería en una sola generación. La vio bailar con cada imbécil que se acercaba, no entendía por qué Nicholas Blake, su supuesto prometido, no había hecho acto de presencia, por lo que sabía tenía una amistad muy especial con *lady* Everly. Miranda no tenía idea del nido de víboras en el que había entrado, él era una de ellas. Tiró el cigarro en cuanto la vio avanzar hacia la puerta, se refugió más en las sombras para que no lo viera y diera media vuelta. No quería hacer evidente su presencia en el baile hasta que hablara con *lady* Gellywen o la mujer sería capaz de escabullirse quién sabe a dónde, y él y sus amigos perderían un tiempo valioso.

—¿Qué hace usted aquí? Me ha asustado. —Adrian notaría los latidos de su corazón, caviló nerviosa, se sujetó el cuello con una mano y por un momento pensó que se le doblarían las rodillas.

Estaba tan guapo como siempre, los golpes en su rostro apenas se notaban, había sanado bien, lucía una camisa blanca inmaculada y un chaleco oscuro de brocado, el traje era negro como la noche. Recordó su conversación con Beatrice.

—Lo mismo podría preguntarte yo —añadió él, con una expresión curiosa e inescrutable insistiendo en el tuteo.

—Una amiga y su padre son mis chaperones —apuntó nerviosa—. Estoy divirtiéndome.

—Se nota —habló Adrian y una expresión sombría adornó su semblante—. Esta tarde creí que tendría que entrar al agua a rescatarte, no puedes confiar en Barton, es un irresponsable.

—Soy capaz de defenderme en el agua y de atenciones no deseadas, agradezco su preocupación —repuso ella en tono remilgado.

Adrian se quedó en silencio. Observó el cielo estrellado y cómo, bajo el manto plateado de la luna, el jardín cobraba un aspecto mágico.

—Demos un paseo.

—Me echarán en falta. —Miranda recordó su conversación con Beatrice y se dijo que era un buen momento para preguntarle sobre lo ocurrido con Edward y su hermana.

La voz de él reflejaba una sonrisa cuando le respondió:

—No me cabe duda, Miranda, de que te extrañarán, eres la mujer más bella de la fiesta.

A ella le emocionaron sus requiebros, nunca reaccionaba a las lisonjas de los demás, ni siquiera de Nicholas, pero esas palabras pronunciadas por el conde la hacían flotar, estaba hecha

una tonta.

Bajaron la escalera y, por un camino bordeado de antorchas y de setos que los ocultaban de los demás, él la llevó hasta la pérgola. Las rosas blancas y las glicinas saturaban con su esencia el ambiente, pero para ella primaba el olor de su loción, algo picante, misterioso, un aroma que iba y venía, ya lo había percibido en sus encuentros anteriores y quería replicarlo, pero estaba segura de que nunca encontraría la mezcla perfecta porque esa esencia tenía algo único que solo le pertenecía a él.

—Estás muy callada, Miranda.

—Tendría que volver y usted no debería tutearme —dijo con las manos anudadas rodeando el lugar.

—¿A qué le tienes miedo?

Las palabras pronunciadas en un tono bajo casi tierno la hicieron claudicar.

—Le tengo miedo a todo lo que usted despierta en mí —admitió desesperada, luego se llevó una mano a la boca arrepentida de su exabrupto—. Yo…

—Miranda, mi hermosa Miranda.

Se acercó presuroso a ella, apenas podía respirar sin perderse en su aroma, hundió la cara en su cuello, aspirándola, atrapando su olor, la besó constatando la suavidad que había imaginado, ella respondió con un ligero jadeo y él, lleno de euforia, profundizó el gesto. Se sentía agitado por la respuesta de ella, por sus palabras, por la dulzura con la que se rendía, sintió su mano pequeña apoyada en su pecho, estaba seguro de que su Miranda sentiría los latidos furiosos de su corazón. Con un suave mordisco, ella abrió sus labios y él saqueó con su lengua todos sus rincones, conociendo su textura, su sabor, su humedad. La imaginó desnuda debajo de él, haciendo el mismo gesto con su boca en medio de sus piernas y se sintió perdido. Le pasó un brazo por la espalda y con la otra mano aferró su cabeza para hacer más intenso el beso. Sabía que tenía que parar, pero no quería, en cambio, la acomodó en la poltrona y con caricias asesinas le tocó los pechos, ella se tensó, pero no se soltó de su abrazo. Sin dejar de mirarle el rostro, Adrian liberó sus pechos del corpiño, estaba hirviendo a fuego lento, se moriría, no podía respirar, eran hermosos, tersos, suaves y encajaban en su mano a la perfección, los tocó con firmeza y reverencia, y cuando se apoderó de uno de los pezones, ambos gimieron extasiados.

Miranda se sentía arder, su cerebro le decía que había enloquecido, pero el corazón y el instinto estaban al mando, lo besó con ansia, impotencia y turbación. Él la recostó aún más en la silla sin apenas percatarse y sin dejar de saborearla, le levantó las eternas capas de ropa hasta que, con una pericia que hablaba de su experiencia, introdujo su mano por entre el calzón y alcanzó sus partes íntimas, que sentía pesadas y líquidas. Nunca la habían tocado allí y se sintió avergonzada, quiso levantarlo de un empellón, pero las sensaciones que la asaltaron la hicieron desistir, era una desvergonzada, ahora sí estaba arruinada. Pero lo que sentía superó su vergüenza, su temor, y se dejó llevar por un camino que no había transitado nunca, se sentía acalorada, deseosa de algo más, era como si su cuerpo estuviera a la expectativa de algo, no sabía qué, hasta que lo supo: una explosión de placer que la recorrió de arriba abajo y la llevó a ver luces de colores tras sus ojos. Abrió los ojos para encontrar a Adrian mirándola con hambre y con la respiración agitada. Nunca había experimentado algo semejante, fue como la primera vez que aspiró el aceite de violetas, algo evasivo, no duradero, profundo y efímero, intenso y voraz, perfume y deseo en una fracción de tiempo, no supo si segundos o minutos.

—Di mi nombre, te lo suplico —dijo él sin dejar de tocarla.

Ella soltó un gemido y en medio de ese sonido dijo “Adrian” en un tono de voz que reverberó en los sentidos de Warwick, un dejo sensual, ronco, cálido, que nunca había utilizado

con él. Volvió a sus cabales encendido como una yesca, solo su vasta experiencia y control le permitieron alejarse de ella. No era el momento aún.

—Lo siento, yo… —dijo mirándola arrepentido, se levantó de un salto y caminó por el lugar sujetándose con fiereza el cabello. A lo mejor lo había arruinado todo, necesitaba tranquilizarla, darle seguridad—. No tienes que preocuparte por nada. —Observó cómo ella se acomodaba los pechos presurosa y cuando levantó la mirada sus ojos llevaban el brillo de las lágrimas. Se acercó enseguida y aferró sus manos, que sintió temblorosas, hablándole en el tono en que le hablaría a un potrillo salvaje—. Responderé por mis acciones.

Miranda soltó una risa nerviosa.

—Me siento culpable, estoy a punto de comprometerme con el marqués de Wessex.

—¡Y qué carajos vas tú a casarte! —rugió Adrian sin pensarlo y pegándola de nuevo a él, como si el hombre se fuera materializar entre ellos para arrebatársela.

Su capa de hielo cuidadosamente construida para evitar emociones se resquebrajó con estrépito, enfrentándolo a emociones que se negaba a aceptar. Él estaba allí para un cometido, a pesar de lo embriagadora que era Miranda, el rugido de la venganza se alzó sobre él, necesitaba que ella dejara de pensar en ese maldito compromiso.

—¿Va a decirme lo que debo o no debo hacer? —preguntó ella con un mohín, necesitaba debatirse, ya era muy malo haber sucumbido a sus emociones y a su deseo.

—Miranda, no te das cuenta, lo que experimentamos es algo tan raro y especial que no podemos pretender que se nos pase la vida sin explorarlo, hablaré con tu familia, nos casaremos.

Miranda lo observó espantada.

—¿Perdió la razón? No nos conocemos.

—Difiero de ti. —Sonrió al recordar sus caricias de minutos atrás.

La miraba de un modo tan particular, con un brillo extraño en sus ojos y una seguridad, que anulaba su desconfianza y le impedía pensar con lógica.

Miranda se soltó y caminó poniendo algo de distancia, en el salón ya debían extrañarla, aquella era una de las mayores insensateces de su vida y ella no cometía ese tipo de errores.

—No conozco sus gustos, sus amigos, su familia.

—Todo eso tiene solución.

—Hay un tema que no hemos tocado, usted detesta a mi familia, lo que ocurrió con mi hermano y *lady* Susan fue terrible para ustedes y muy bochornoso, no podemos negar que ocurrió y no tengo idea de si afectará lo que usted quiere explorar —concluyó, irónica.

Adrian se puso en tensión.

—Han transcurrido más de nueve años de los sucesos, creo que ya está superado —contestó en tono ronco y sintiendo que traicionaba a su padre.

—¿Quién me dice que usted no se acercó a mí para tomar algún tipo de venganza? —Miranda lo observaba, pendiente de cada uno de sus gestos.

La mente de Adrian iba a toda velocidad, ella era inteligente y perspicaz, si daba un paso en falso la perdería.

—No soy un hombre que pierde el tiempo en venganzas, tengo muchas responsabilidades y problemas sobre mis hombros para pensar en tu familia. Susan está bien y es lo que importa, te puedo asegurar que tú no entrabas en mis planes.

—Por favor —susurró angustiada—, no sé lo que pretende, volvamos a la casa. Beatrice se debe estar preguntando qué me ha sucedido.

Él se acercó de nuevo a ella y le dio un suave beso en la frente.

—Nos atraemos, Miranda, piénsalo, puedo brindarte el mundo, solo tienes que estirar la

mano y tomarlo.

Ella asintió y volvieron en silencio hasta la casa.

—Entra por la puerta lateral que da a un pasillo si deseas subir y bajar de nuevo las escaleras para integrarte al baile o retirarte a descansar.

—Prefiero retirarme a descansar —dijo mirándolo con apariencia angustiada y vulnerable.

Él debía estar satisfecho por su reacción, pero en cambio se sintió miserable.

Le aferró la mano y le besó el dorso, giró la cara para sentir la suavidad de su piel en la mejilla, estaba hecho un soberano imbécil.

Adrian no se apareció en el salón de baile, no quería prevenir a *lady* Gellywen, estuvo vigilando a su presa detrás del cortinaje de un balcón; la dama bailaba y charlaba como si no tuviera la más mínima preocupación. En cuanto la observó retirarse, salió de su escondite y la esperó en el pasillo, Sanders le había dicho en qué habitación estaba alojada, tendría que pasar por su lado.

La mujer tarareaba una melodía mientras se dirigía a su destino.

—*Lady* Gellywen —saludó Adrian saliendo de las penumbras.

—Lord Warwick —contestó la mujer sorprendida y fastidiada—. ¿No tiene nada mejor que hacer que acecharme? —inquirió a la defensiva.

—Le ruego me disculpe la intrusión, *milady*, pero necesito hablar con usted.

La mujer miró a lado y lado, y lo llevó a una salita que estaba justo al fondo, allí tendrían algo de privacidad.

Warwick cerró la puerta y revisó que estuvieran solos. La mujer lo observó imperturbable. Había cambiado, de la jovencita que habló con Watford recién ocurrido el hecho no quedaba nada, a Lily le simpatizaba y siempre charlaban cuando se encontraban en algún evento. Hacía casi un año había desaparecido de los eventos de la temporada, se rumoreaba que estaba en Italia, pero nadie podía asegurarlo. Notaba cierto cinismo en su expresión y, cuando nadie la miraba, un velo de tristeza se hacía patente, como si la vida le debiera algo. Adrian se sentó frente a ella.

—No es mi intención incomodarla, *milady*, pero aquí estamos, a casi cuatro años de ocurrida la muerte de *lady* Regina, y sin poder limpiar nuestro nombre.

—La sociedad ya ha olvidado la muerte de mi mejor amiga, en cambio yo no he dejado de pensar en ella cada día —dijo con evidente nostalgia que bien podría ser una actuación.

—¿Dónde estaba, *milady*? Hacía un año que no aparecía en sociedad, pensé que estaba enferma.

La mujer lo miró curiosa.

—Unos dijeron que estaba en Italia, otros que visitaba las costas de Portugal, otros que había partido para la India a visitar a mi hermana. Escoja usted, milord.

Se quedaron en silencio unos momentos hasta que Adrian decidió tomar la iniciativa.

—Sabemos la verdad sobre sus inclinaciones… íntimas, *milady*. —La mujer abrió los ojos como platos y palideció de repente—. Pero no quiero que se asuste, no he venido a juzgarla, faltaría más, cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que mejor considere. La vida es muy corta como para no asumir nuestros gustos y pasiones.

Lady Gellywen soltó una carcajada irónica.

—Lo dice el hombre con corazón de hielo, no necesita adularme, sí, me gustan las mujeres y disfruto de ellas, eso no tiene por qué importarle.

—A mis amigos y a mí nos importa, *milady*, usted y *lady* Regina tenían una relación, estaban enamoradas.

La mujer se levantó de golpe y caminó por la estancia con las manos aferradas y gesto asustado.

—¿Ha estado enamorado alguna vez? —preguntó la mujer tomando asiento de nuevo—. ¿Ha disfrutado de esa sensación de estar tan en armonía y comunión con su amada que el mundo exterior deja de existir?

—¡No! —Adrian pensó en Miranda y lo que acababan de vivir, se reprendió por imbécil. ¡Maldita fuera su estampa!

—Vaya, parece que nuestro conde de hielo ha sido flechado por Cupido.

La mujer soltó una risa burlona tratando de esconder el temor.

—No es lo que parece, *milady*, y volvamos a usted. Como sabrá, en cuanto nos enteramos de ese detalle usted entró en nuestra lista de sospechosos. A lo mejor los celos opacaron su buen juicio, al fin y al cabo, Hanks —dijo refiriéndose al algodonero norteamericano pretendiente de *lady* Regina— se la llevaría para Norteamérica y ustedes dos terminarían separadas.

La mujer respondió con ira.

—¡Usted es un malnacido! ¿Cómo se atreve a manchar la única relación hermosa que tuve en mi vida?

Su dolor era demasiado vivo, *lady* Gellywen sí había estado muy enamorada de *lady* Regina y aún le dolía su pérdida.

—Deme algo que me sirva, ¿qué planes tenían?

Otra sonrisa irónica y dolida.

—Ni *lady* Regina ni mucho menos yo hubiéramos podido hacer nuestra vida juntas, lo pensamos, lo hablamos, pero no teníamos los medios, el padre de Regina la controlaba tanto que la joven apenas podía respirar. Solo eran sueños, teníamos que aferrarnos a nuestra realidad.

Se le acababa el tiempo y tal como la vez anterior, sacaban poco en claro, no sabía si la mujer era en verdad inocente o tenía la perspicacia para salirse por las ramas.

—Necesito saber de su relación con Smith.

—¿Quién diablos es Smith? —inquirió ella con el ceño fruncido.

—Su verdadero nombre es Rusell Clarke, trabaja en Birmingham, en la empresa de la que son socios su esposo y dos lores más.

La mujer se tensó, por la expresión en su rostro sabía quién era el personaje, por lo menos no se iría con las manos vacías de esa entrevista.

—Lo conoce —afirmó Adrian.

—No lo conozco —mintió ella y se levantó presurosa—, esta charla ha durado demasiado, olvídese de esto, siga con su vida, es mi humilde consejo, por su bien y el de sus amigos, no revuelva las aguas.

La mujer aferró el pomo de la puerta.

—Lord Bourne estuvo en mi casa, sabe el verdadero nombre de Smith y usted no pareció sorprendida, reconoció el nombre.

—No tengo idea de lo que me está hablando, milord. Debería ir y hablar con Bourne sobre la nota que recibió Watford de *lady* Regina pidiendo verlo.

A manos de Watford había llegado una nota de *lady* Regina citándolo en la pérgola a la hora del asesinato, la llegada de los otros hombres lo había salvado de una acusación.

—¿Es una amenaza? —Sabía que si ese hecho llegaba a oídos del magistrado, este detendría a su amigo.

—Tómelo como quiera, pero déjenme en paz.

—Descanse, *milady*, y gracias por su tiempo.

—Los seres humanos necesitan un montón de cosas para sentirse vivos, yo pienso que solo necesitamos un corazón de hierro porque cuando nuestro corazón se ve amenazado, atacamos o huimos, es un instinto, no podemos controlarlo, ¿o sí podemos? —La mujer abrió la puerta—. Buenas noches, lord Warwick.

Adrian, ya en su habitación, meditó en las últimas palabras de la vizcondesa, si no era ella la asesina, estaba protegiendo a alguien. ¿A su esposo?, ¿a los socios de su esposo? Necesitaban algo más para salir del infierno en el que estaban metidos. No tenía sueño, se asomó a la ventana, el baile ya estaba terminando, había unos cuantos jóvenes charlando en el jardín. ¿Qué estaría haciendo Miranda? ¿Pensaría en él así como él pensaba en ella?

Capítulo 11

Miranda apenas pudo dormir esa noche, se dijo que era una estupidez pensar en Warwick cuando estaba prácticamente comprometida con uno de los mejores partidos de Inglaterra, entonces, ¿por qué se le encogía el corazón cada vez que pensaba en las palabras y caricias del conde? Se reprendía por débil y la rueda de sus cavilaciones volvía a girar.

Sally entró esa mañana con una bandeja donde reposaba una taza de chocolate. Se acercó a la cama dejando a su paso los platos sobre una mesa.

—¿Se siente bien, señorita?

—No pude dormir bien —contestó Miranda y se irguió en la cama apoyándose en las almohadas.

La doncella le tocó la frente.

—No tiene fiebre.

—Creo que descansaré un rato más, Sally, es solo falta de sueño.

La mujer salió y minutos después entró Beatrice a la estancia.

—Me dijo Sally que estás indispuesta.

—No pude dormir bien, tengo algo de dolor de cabeza.

La joven acercó una silla al lado de la cama.

—Te retiraste temprano, Barton y los demás te echaron en falta.

Miranda sonrió y alisó la colcha.

—No creo, además, estabas tú, eres mucho más divertida que yo.

Beatrice le alcanzó la taza y la miró unos instantes.

—Debería volver a Stratford —continuó Miranda—, mi tía debe estar necesitándome.

—Te aseguro que tu tía está bien, sabríamos algo si su condición se hubiera agravado. —Beatrice echó el cuerpo hacia atrás y cruzó ambas manos—. Vamos, cuéntale a tu amiga Beatrice lo que te tiene en ese estado, parece que fuera a llegar el verdugo para llevarte al cadalso en cualquier momento.

—He hecho una estupidez y me he comportado como una desvergonzada.

Beatrice desestimó las palabras de su amiga con un gesto de la mano.

—Vamos, el hecho de que Barton esté tras de ti como perro faldero no pondrá en riesgo tu compromiso.

Miranda soltó un lamento que asustó a Beatrice enseguida. Se acercó a la cama y se acomodó de modo que pudiera consolar a su amiga.

—Me estás asustando, ¿alguien te lastimó? —Más sollozos por parte de Miranda—. Dime qué te ocurre.

—Creo que me estoy enamorando del conde de Warwick.

—¿Warwick? ¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó Beatrice con los ojos como platos.

Miranda se tensó un poco y le relató lo sucedido desde el día que lo había conocido. A medida que avanzaba en su relato, Beatrice la miraba sorprendida y asombrada, le aferró la mano dándole coraje para que continuara. Ambas se quedaron calladas.

—Di algo —rogó Miranda.

Beatrice la miró con una chispa de preocupación. El color había abandonado el rostro de Miranda a medida que le contaba lo sucedido, conocía la imperturbabilidad de su amiga, verla en ese estado era algo nuevo para ella.

—No sé si felicitarte o pedirte que corras lejos de Warwick.

—¡Felicitarme! ¿Por qué? —Se levantó de la cama de un salto y caminó nerviosa por la estancia—. ¿No escuchaste lo que acabo de decir?

—Te escuché muy bien, lo que pasa es que siempre has sido tan comedida, siempre tratando de complacer a los demás, con todas tus emociones bajo control, que para mí es toda una sorpresa verte así —dijo Beatrice levantándose también.

—Estoy loca, ¿verdad? —Caminó mucho más rápido por la habitación.

—No, no estás loca, y tampoco voy a juzgarte o a reprenderte porque hayas encontrado placer en ese encuentro, lo disfrutaste y eso es algo que deberíamos disfrutar todas las mujeres.

—¿A ti te ha pasado alguna vez? —Miranda se paró frente a ella, parecía un conejo a punto de echar a correr.

—Sí —señaló sin asomo de arrepentimiento o vergüenza—, sabes que mi educación ha sido diferente, los viajes y la mentalidad de mi padre me han dado acceso a diversas culturas y eso ha moldeado mi manera de ver la vida. Lo que más me llama la atención es que nuestra sociedad castra el placer de la mujer, algo que es tan normal en nosotros como especie y que es un regalo de la naturaleza que nos impiden disfrutar. Nunca he llegado muy lejos, pero me he divertido un poco.

—Nunca te había escuchado hablar así.

—A lo mejor nunca lo habríamos hecho si no lo hubieras experimentado tú también. Me dices que Warwick te pidió que te casaras con él, el hombre quiere hacer lo correcto, otro con malas intenciones se desentendería, pero imagino que no vas a romper tu compromiso con Wessex por ese detalle.

Miranda la miró insegura.

—Mi familia depende de mí, no puedo echar todo por la borda por unos besos apasionados y unas caricias inapropiadas. Eso no es cimiento para una relación.

—Casarte con Wessex tampoco es cimiento para tu felicidad, no estás enamorada y, además, fueron más que caricias inapropiadas.

—¿Y si quiere lastimarme y lastimar a mi familia por lo ocurrido a su hermana? —Miranda fue a sentarse de nuevo en la cama.

—Por eso lo sensato sería que corrieras lejos de él.

—Estoy muy confundida.

—Quedándote aquí encerrada no lo solucionarás, tendrás que enfrentarlo, mira —soltó un suspiro—, conozco a su familia, no te voy a negar que lo ocurrido marcó un antes y un después en todos ellos, pero Adrian es un buen hombre. Fue él quien nos dio el dinero para la expedición, es generoso, muy pocos sueltan dinero del que no estén seguros de recibir beneficios. Pasa rato con él, escúchalo, aunque atenta a sus motivaciones, no las va a ir pregonando, eso te lo aseguro, pero enfrentarlo te dará la seguridad que necesitas para tomar las riendas de tu vida.

—Me da algo de miedo —repuso Miranda en voz baja, entrelazando los dedos y apretando fuertemente las palmas.

—¿Temes que te lastime? ¿Crees que tuvo algo que ver en el asesinato de *lady* Regina?

—¡Por supuesto que no!

Beatrice soltó una risa suave.

—Vaya, vaya, esto es más grave de lo que parece.

—No, no lo es, no te hagas ideas, Warwick y sus amigos no han dejado de buscar al culpable.

Beatrice se dirigió a la puerta.

—Yo tampoco creo que sean culpables, en vez de echar tierra al asunto, no han dejado de

investigar y eso habla bien de ellos. Te enviaré a Sally, querida, te espero en el comedor.

—Gracias por escucharme.

En cuanto llegó a la puerta, se apoyó en ella antes de abrir.

—Ten cuidado, no lo subestimes tampoco.

Sally llegó minutos después para ayudarla con su arreglo personal, escogió un lindo vestido de color verde agua con un lazo de raso para el cabello del mismo color, la doncella le aplicó un maquillaje para disimular las ojeras que Beatrice había traído de Egipto, se puso de pie y se miró en el espejo, estaba bien, el maquillaje había cumplido su labor y ella se sentía un poco más tranquila.

Al ir bajando por la escalera se percató de que *lady* Gellywen tenía una capa de viaje y se ajustaba unos guantes.

—*Lady* Gellywen, ¿nos deja tan pronto?

—Sí, señorita Taylor, tengo asuntos urgentes que atender en Londres, me temo que la diversión acabó para mí.

—Cuánto lo siento, espero verla de vuelta a la ciudad.

—Así será, señorita Taylor, déjeme decirle que está usted muy hermosa.

—Muchas gracias, espero que tenga buen viaje, con permiso.

Miranda se dio la vuelta y caminó unos cuantos pasos cuando escuchó que la mujer la llamaba.

—¿Señorita Taylor?

—¿Sí?

—Nunca subestime a quien espera su turno en las sombras, algunos corazones esconden agravios más profundos de los que jamás imaginó.

Miranda iba a devolverse, pero la mujer salió rápidamente.

Con un nudo en el estómago hizo su aparición en el comedor. La amplia mesa estaba ocupada por una docena de comensales, al fondo reposaba otra con diversas fuentes de alimentos. Barton y sus amigos rodeaban a Beatrice, que los mantenía entretenidos con episodios del último de sus viajes. Había otras dos parejas abstraídas en sus conversaciones y en la esquina, solitario, estaba Warwick, tan guapo como siempre. Vestía un pantalón color tiza, camisa blanca y chaqueta oscura, sus botas caña alta le hacían más largas las piernas y el cabello lucía despeinado como si el viento hubiera corrido contra él. El corazón le empezó a hacer piruetas y el nudo en el estómago le señaló que no podría probar bocado. Él no había reparado aún en su presencia, ya que leía el periódico, pero cuando pasó por su lado, la sintió, Miranda estaba segura de que era culpa de su perfume. Bajó el periódico y la miró.

—Señorita Taylor —saludó Barton interrumpiendo la diatriba de Beatrice—, me debe unos cuantos bailes.

Warwick no le quitó la mirada de encima hasta que llegó a él, estaba preciosa, como una deliciosa pera, jugosa y fragante, quiso desaparecer a todos los hombres que embobados la miraban. El deseo apenas lo había dejado conciliar el sueño la noche anterior, tenía urgencia por continuar el interludio donde lo habían dejado, aunque estaba seguro de que la mujer huiría de él si intentara el más mínimo avance. Pero no se daría por vencido.

—Buenos días, lord Warwick —saludó distante y se dirigió a la mesa de comestibles.

Adrian sonrió, confirmando su teoría de que ese sería su comportamiento del día, le huiría como de la peste y con razón, sus intenciones no eran santas, pero él ya había llevado a las puertas de su cuerpo y su corazón su caballo de Troya para conquistarla.

—Buenos días, señorita Taylor —saludó y se puso de pie enseguida para acercarse a la

mesa. La observó tomar un plato y una pinza.

—Los escones de frutas están mejores que los *muffins,* y los huevos escalfados mucho mejor que los revueltos —dijo él tomando un plato y una pinza, inspiró profundamente—. Estás hermosa, dime cómo se llama ese perfume, dormí impregnado en él, eres difícil de olvidar.

Ella levantó la mirada y lo observó combativa. "Así me gusta", pensó él.

—Es usted un impertinente, esa no es conversación cuando estamos rodeados de personas.

Warwick sonrió socarrón.

—Al contrario, querida Miranda, es el mejor momento, ya que pocos reparan en nosotros, pero si ese es un problema para ti, podemos vernos más tarde, descubrí un lugar donde…

—No es correcto que un caballero haga ese tipo de comentarios y mucho menos ese tipo de propuestas, no volveré a estar en un lugar a solas con usted.

—Miranda —dijo mientras dejaba dos escones en el plato—, nada de lo que ha ocurrido entre nosotros entra en el campo de lo correcto dentro de las normas de esta sociedad, pero no me arrepiento de nada y estoy seguro de que tú tampoco.

La observó con una ceja levantada mientras Miranda observaba el jamón y el tocino, no sabía por qué rellenaba su plato, estaba segura de que nada de eso llegaría a su boca.

—No puede adivinar lo que yo pienso, lord Warwick —se encaminó a la mesa del comedor —, pero de algo sí estoy segura, no seré un juguete para usted.

—Otra vez usas mi título —observó resignado—, prefiero Adrian y nunca has sido un juego. ¿Pensaste en mi propuesta? Podría hablar con tus padres.

—No se atreva y sus preferencias no son mi problema.

—Ya lo creo que sí.

"Para ya", se dijo Adrian, "estás hecho un imbécil". Pero quería hacerla reaccionar de alguna forma, se adelantó y le abrió una de las sillas, lejos de los demás, ella se dio cuenta de su estratagema, pero aceptó sentarse a su lado.

"Bien".

Barton tomó una taza y ya iba a sentarse al otro lado, pero una mirada de Warwick lo hizo desistir de su propósito.

—No sé qué pretende, milord, pero le suplico que me deje en paz —le susurró ella.

Adrian tuvo el buen tino de quedarse en silencio y las pocas veces que habló lo hizo con una pareja que se sentó frente a ellos. Miranda disimuló su turbación y picó su comida sin pasar más de tres bocados, vio de reojo que Warwick observaba su plato, un lacayo le sirvió más té y cuando el grupo de Beatrice propuso dar un paseo por el jardín, ella aceptó encantada. Adrian sonreía para sus adentros. Siguió al grupo por el pasillo para encontrar la salida cuando *lady* Everly bajó presurosa las escaleras y un grupo de sirvientes dio la bienvenida a un coche con el emblema de lord Wessex. ¡Maldita fuera su estampa!

Nicholas Blake, marqués de Wessex, se apeó del vehículo, subió los escalones con su mirada de halcón y su apostura de gladiador, para sonreír a la anfitriona y al grupo, en el que destacó enseguida a Miranda.

—*Lady* Everly, es un placer volver a verla. —El marqués saludó con un beso en el dorso a la dama que lo miraba emocionada.

—Milord, el placer es mío, bienvenido a Keynes House.

Saludó al resto de invitados hasta que se situó frente a Miranda. Adrian se había ubicado en la esquina cerca a la ventana, no tenía idea de si el noble lo había visto o no, pero tampoco le importaba porque estaba concentrado en ella, en sus ojos, en su reacción, en la sonrisa forzada que le destinó al marqués, en su nerviosismo.

—Miranda, está usted más hermosa de lo que recuerdo y eso que han pasado apenas dos semanas. —El noble besó su mano y se demoró más de la cuenta.

—Muchas gracias, milord, espero que haya tenido un buen viaje.

—Ha sido un viaje muy agradable, vengo de Stratford. —La observó imperturbable—. Fue toda una sorpresa no encontrarla allí, le había enviado una misiva participándole mi visita, pero parece que no llegó a tiempo. Me dijo *lady* Edith que estaba en compañía de la familia de lord Findley. A propósito de su tía, ella se encuentra mucho mejor.

—Me alegra escucharlo, lord Wessex.

Miranda sonrió. Los murmullos de los demás invitados se elevaron un tono. Si Wessex quería hacer patente por su trato que había algún tipo de entendimiento entre ellos, ese saludo lo confirmaba, y Adrian quiso golpear algo. La había llamado Miranda, si la hubiera tuteado, lo hubiera golpeado, así de sencillo. ¿De dónde venían esos pensamientos? Lo que le molestaba era que Wessex sería un impedimento para seguir con sus planes. Era eso, se negaba a considerar algo más.

Lady Georgina interrumpió la charla y espantó a los demás como el zorro que entra al gallinero. Los invitados salieron al jardín, pero Warwick se negó a dejar su lugar, estaba dedicado a observarlos, nadie reparaba en él.

—Milord, la habitación ya está lista, puede subir a refrescarse.

—Le agradezco sus atenciones, *lady* Everly. —Extendió un brazo para que la dama subiera las escaleras con él—. Si me guía hasta el lugar, le agradecería.

—Con gusto, lord Wessex —señaló más emocionada de lo que quiso admitir.

—Descansaré un poco y me refrescaré, quisiera poder contar con su compañía en la tarde, señorita Taylor.

—Será un placer —susurró ella, esquivando su mirada.

La joven observó a Adrian azorada, y ese gesto no pasó inadvertido para Wessex, que frunció el ceño enseguida y entonces fue cuando reparó en él.

—Warwick, qué grata sorpresa.

El conde, con las manos en la espalda y mirando de Wessex a Miranda, se acercó al marqués.

—Wessex… —Adrian inclinó levemente la cabeza—, la sorpresa es mía.

El marqués soltó una risa irónica.

—Imagino que sí.

Subió tras Georgina, los demás invitados se dispersaron quedando solo ellos dos.

—Tenemos que hablar —soltó Warwick.

Capítulo 12

En cuanto se quedaron a solas, Warwick tomó del brazo a Miranda y la llevó a un salón aledaño al estudio, tan pronto entró, escrudiñó que la estancia estuviera vacía.

—¿Vas a aceptar la propuesta de Wessex?

Miranda, confusa y vulnerable, le dio la espalda y observó con gesto distraído la pintura de un paisaje.

—El marqués no me ha hecho una propuesta formal.

—Pero lo hará, ¿vas a aceptarla sabiendo lo que sientes por mí?

Ella se dio la vuelta y lo enfrentó.

—Da muchas cosas por sentado.

—A él no le reclamas que te llame por tu nombre, ¿te ha besado?

—¿Cómo se atreve?

Adrian, descompuesto, se acercó a ella y le aferró la barbilla con la punta de sus dedos.

—No esquives mi mirada como lo hiciste con él. ¿Te ha besado?

—No.

—Y no lo hará.

La acercó a él y la tomó en sus brazos, la impresión de encontrarse en ellos de nuevo era equiparable a su confusión y vulnerabilidad, quedó paralizada de repente. Debería alejarse, era lo sensato, era lo correcto, pero lazos invisibles le impedían separarse, quería estar ahí para siempre. Levantó su rostro al de él, admiró sus ojos ambarinos cuyo fuego parecía quemarla, abrió los labios de manera inconsciente, como si hubiera recibido su orden, deseaba ser besada por él, no entendía qué clase de conjuro ejercía sobre ella, pero en ese instante no cambiaría sus brazos por cualquier otro lugar en el mundo.

Adrian, adivinando las emociones que la asaltaban, que eran las mismas que él experimentaba, la abrazó más fuerte recitando su nombre, pasó el pulgar por su barbilla, ella cerró los ojos.

—No me niegues tu mirada —susurró en tono de voz ronco y sensual, bajó el rostro para besarla, pero al acercarse se detuvo y miró sus ojos de nuevo.

Miranda no supo qué hacer, se negaba a salir del lazo de sensualidad y emociones que la ataba a él, necesitaba de ese beso casi tanto como respirar, miró insistentemente su boca.

—Pídemelo… —farfulló y elevó las cejas con gesto inquisitivo.

—Yo… —empezó ella incómoda y deseó en ese momento tener más experiencia, más mundo, estaba segura de que manejaría las cosas de manera diferente.

—¿Sí? —insistió él a punto de claudicar a lo que el rostro y el cuerpo de Miranda querían.

Miranda negó con un gesto, había perdido la razón, pensó asustada.

—Si lo que quieres es besarme, solo tienes que acercar tus labios a los míos.

—¿Perdón? —Abrió los ojos como platos.

—¿Tengo que repetirlo? —inquirió con mirada expectante. Miranda le inspiraba sentimientos inapropiados que podrían alterar sus planes.

—Es usted incorregible —le dijo con sinceridad levantando las manos con la mente cansada y desesperada.

—No has salido corriendo y tanto a ti como a mí nos tienta la curiosidad de si lo que sentimos anoche puede volver a repetirse.

Eso estaba yendo demasiado lejos, pensó Miranda recuperando una brizna de control; sin

embargo, volvió a mirarle los labios.

—¿Cuál es el miedo? —la engatusó él en ese tono de voz que le aflojaba las rodillas.

No se echaría para atrás, se negaba a portarse como una cobarde. Recordó las palabras de Beatrice, si no volvía a vivir una experiencia semejante, por lo menos se llevaría ese recuerdo para años venideros.

Adrian inclinó aún más la cabeza, esperaba un tácito permiso que ya sabía que tenía. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Miranda cuando él inclinó la cabeza y ella acercó sus labios a los suyos, rozando, tentando, obligándolo a participar. Ella, en tensión, esperaba la descarga de pasión que nublaba todo pensamiento racional, la boca del hombre se abrió sobre la de suya y Miranda pensó que le estallaría el corazón. La lengua de él acarició sus labios y el beso se profundizó, ella, ya fuera de control, le pasó los brazos alrededor del cuello, él aferró su cintura en medio de un gemido. Asustada de su propia pasión respondió al beso, le acarició el rostro, la mandíbula, mientras él seguía saqueando su boca. Adrian hundió más sus labios en ella, besándola con una vehemencia incapaz de controlar, mientras sus manos acariciaban su espalda, su cabello, en un movimiento determinado, se acoplaron los dos cuerpos y fue consciente de que tenía que parar o no habría marcha atrás.

—Cada vez es mejor que la anterior —recitó él con voz temblorosa mientras normalizaba su respiración.

Miranda demoró unos segundos más en lograr el control, avergonzada en lo más profundo de su ser. Su cuerpo aún seguía en contacto con el cuerpo de él, apartó de manera brusca la mano de Adrian y se alejó, ganó compostura antes de enfrentarlo, él no se veía ni avergonzado ni sorprendido, una calma descendió por su rostro mientras la miraba expectante.

—No podremos volver a quedarnos solos —dijo por añadir algo.

Él le sonrió con irritada socarronería.

—Eso no solucionará esto —contratacó él, ella iba a replicar, pero Adrian la detuvo con un gesto—. Ahorrémonos tus pudorosas protestas.

Miranda pensó que desde que lo había conocido toda norma de moralidad había volado por los aires por culpa de sus insensatos y apasionados besos y abrazos, y que ello sería su perdición. La sensatez desaparecía como por ensalmo cuando estaba frente a él, lo mejor sería huir de cada situación comprometedora.

Adrian, ya más calmado, iba por otra línea de pensamiento, le sacaba de quicio el no controlar la reacción de su cuerpo ante Miranda Taylor, su venganza quedaba desdibujada en un chiste perverso ante la suavidad de sus labios. Ella era peligrosa para su corazón, debería dejar que se casara con Wessex, con la pérdida de los bienes de la familia era suficiente, pero algo en lo profundo de su ser se negaba a dejarla ir, besarla era como encontrar algo que no estaba buscando. Antes de conocerla, había planeado con una lógica imparcial e instinto a toda prueba, el paso a paso de lo que le ocurriría a la familia Sufolk, había calculado todas las posibilidades y actuado en consecuencia, lo único impetuoso que le había ocurrido desde que había heredado el título era Miranda Taylor.

Iba a acercarse a ella de nuevo cuando la puerta se abrió y entró Beatrice. Agradeció la interrupción, necesitaba aferrarse a sus planes y dejar de meditar en imposibles.

—Miranda —dijo observando a uno y a otro con aparente calma—, vamos a ir al condado, habrá una feria, podemos pedirle a Wessex que nos alcance después de que descanse.

Miranda compuso su expresión como si nada hubiera ocurrido.

—Iré por un chal y mi bolso, con permiso —miró brevemente a Adrian y salió rápidamente del salón.

La apariencia amable de Beatrice viró enseguida a un talante serio y circunspecto.

—Lord Warwick, no sé qué pretende con Miranda, es difícil confiar en una persona a la que la familia de mi mejor amiga ha hecho daño, si su intención es devolver el golpe, piénselo bien. Miranda es una de las mejores personas que conozco y me dolería en el alma ver lastimados sus sentimientos.

—No tengo malas intenciones para con ella —mintió a la joven—, al contrario, mi propósito es honorable, si ella me acepta, claro está.

—No lo tendrá fácil, la familia es importante para Miranda, si la acepta a ella, tiene que aceptar a los suyos.

—Con algunas restricciones, lo haré, no se preocupe.

Beatrice se despidió con un asentimiento de cabeza y dejó solo al conde con sus pensamientos. Él pensó que podría imponerse e ir a la excursión, pero decidió darle su espacio.

***

Lady Georgina Everly entró en la habitación destinada al marqués, y esperó que los lacayos dejaran el equipaje mientras Nicholas observaba el paisaje por la ventana. En cuanto se quedaron solos, ella corrió a sus brazos y lo besó emocionada, él correspondió el apasionado beso y, en segundos, sin apenas hablar, se desnudaron y cayeron en la cama. La penetró sin decir palabra, sin vacilaciones, severamente, y Georgina lo aceptó con un descontrol equivalente al deseo inevitable de Nicholas, con una franqueza desmedida, indecente, que la hacía desear que la poseyese y la tomara sin ternura. Eran tan egoístas que ninguno se preocupaba por la satisfacción del otro y se encontraron en un punto de pura lujuria en el que recogieron lo que necesitaban, pues dar y recibir constituía un acto único en el que se fundieron plenamente. Eran expertos en correrse al mismo tiempo y, cuando acababan, retozaban contándose sus cosas, era una relación cómoda para ambos y que ninguno de los dos deseaba cambiar.

Nicholas se irguió en las almohadas y la mujer se recostó en su pecho.

—¿Qué hace Warwick observando a Miranda como si fuera su última cena?

Ella sonrió y le dio un golpecito en el pecho, él aferró su mano y admiró sus dedos.

—No lo sé, ¿crees que esté interesado en ella? —dijo la mujer dibujando caricias en su pecho—. Uno de los sirvientes me dijo que la joven había entrado por la puerta lateral anoche en medio del baile y subió a su habitación. Warwick no estuvo en el baile.

Nicholas frunció el ceño.

—Me parece que tendré que intensificar mis avances, ya solo falta que mis abogados redacten el contrato para los Sufolk.

—Ella no te rechazará, ¿cómo podría? Eres el hombre más guapo de tu generación, solo espero que Miranda acepte nuestro arreglo, te dé el par de herederos que necesitas y todos en paz.

—No sé, no me gustó el nerviosismo de Miranda y cómo miraba a uno y a otro.

—No te preocupes, escogimos bien el cordero del sacrificio —suspiró ella.

—¿Por qué diablos la invitaste?

—No la invité —elevó la cabeza para mirarlo—, los Findley me impusieron su presencia y también tenía un poquito de curiosidad por conocer aún más a tu futura marquesa.

—La conoces de años, van a los mismos eventos. ¿Estás celosa?

Lady Everly soltó una fuerte carcajada.

—En tus sueños.

Ella se puso a horcajadas sobre él.

—Demasiado descanso —señaló, acomodándose para ser penetrada.

Él le devoró de nuevo los labios y ella empezó a mecerse en una danza que sabía que lo volvía loco, los movimientos arreciaron y cuando llegaron a la liberación, le dijo, aferrándolo del cabello de forma brusca para que no pudiera desviar la mirada:

—Eres mío, mío....

—Eres perfecta.

Ella se quedó quieta un momento y lo observó vulnerable.

—No tanto como para ser tu marquesa.

Él fijó su rostro con ambas manos mirándola apenado.

—Te daría el título si pudieras darme hijos, pero ambos sabemos que no puedes, eres mi mejor amiga y mi deseo por ti no se amaina a pesar de los años, serías perfecta para ser mi marquesa, cielo.

—Podríamos idear algún plan, podrías embarazar a alguna muchacha de campo y el bebé pasaría como hijo nuestro y así tendrías a tu heredero, se puede intentar —señaló ella acomodándose a un lado de la cama.

—No, es preciso que mi heredero sea producto de un matrimonio, mis padres se revolcarían en la tumba si uno de mis bastardos accede al legado familiar.

—¿Y si te enamoras de ella?

La expresión de Nicholas se convirtió en algo indescifrable. Se levantó de la cama y caminó desnudo por la habitación, Georgina no se cansaba de admirarlo, era un hombre tan masculino. Cayó en cuenta de que Warwick y él eran los dos únicos hombres con ese porte y ese condenado encanto sexual que para una mujer de su experiencia era tan difícil de ignorar. Se acercó de nuevo a la cama, se sentó y él le aferró el cabello obligándola a fijar la mirada, como ella había hecho minutos atrás.

—No puedes cruzar los límites, cielo —señaló él con una tranquilidad sorprendente.

Georgina se dio cuenta del paso en falso y trató de arreglarlo, pero él la ignoró.

—Necesito un baño y que Turner —dijo refiriéndose a su ayuda de cámara—, me aliste un traje, necesito que cierta dama reticente deje de pensar en el imbécil de Warwick.

Ella se puso la combinación y jaló la cuerda para llamar a la servidumbre.

—No vuelvas a hacerlo, disfruto mucho de tu presencia, pero no hay ni habrá nada más, somos amigos, no lo olvides.

Ella asintió, terminó de vestirse y salió de la habitación cuando el ayuda de cámara entraba con otros dos sirvientes para preparar el baño de su señor.

***

Lady Susan no recordaba cuándo había estado tan ansiosa por una visita. Su madre le había preguntado si se sentía bien durante el desayuno, a lo mejor temía que su hija sufriera otro de sus episodios malditos, como los llamaba ella.

Se había puesto un sencillo vestido de batista de color melocotón, no quería ponerse aún el delantal, no antes de que llegara su invitado, quería que la admirara. Se había dejado el cabello a medio recoger, tirabuzones desordenados caían por su espalda, algunos mechones rodeaban su cara.

—*Lady* Susan, el señor Darius Hollister solicita verla.

Ella revisó con la mirada que el taller estuviera en orden. La semana anterior Susan había

declinado la oferta del caballero para que realizaran las sesiones de pintura en su casa, en cambio, lo había invitado a la suya. Adrian estaba ausente y en realidad le importaba bien poco lo que pensara; su madre protestó al comienzo, pero al verla tan entusiasmada no tuvo corazón para interponerse. Además, Susan era una mujer hecha y derecha, ya considerada una solterona, así que al darse cuenta de que el señor Hollister era un buen prospecto, decidió hacer la vista gorda.

—Dile que pase y pregúntale a Meg si aún hay torta de frambuesa y nos la traes con el té.

—Sí, *milady*.

Darius entró en la habitación. ¡Qué guapo estaba! Con sus pantalones oscuros, chaqueta a juego y su camisa blanca, percibió un olor masculino y amaderado en cuanto llegó hasta ella. Él aprovechó para acercarse a su oído.

—Buenos días, *lady* Susan, está usted preciosa. —Lo hizo en voz baja, como en secreto.

—Gracias, señor Hollister, sea usted bienvenido —contestó ella con soltura, como si esa clase de visitas fueran el pan de cada día en su estudio.

Darius extendió los brazos a los lados.

—Bien, soy todo suyo —dijo, esperando instrucciones.

Susan se apresuró a brindarle asiento en una silla especial que había preparado para la ocasión y le indicó qué pose adoptar.

—Estoy muy emocionada —señaló ella—, siempre me asaltan algo de nervios antes de empezar un trabajo, es la primera vez que voy a pintar a un caballero.

—Me siento halagado —contestó él con humor—. Espero que descubra mi mejor ángulo.

—Su color de ojos es inusual, es un reto para mí crear la mezcla perfecta, pero será después de realizar el bosquejo, ¿tendrá usted tiempo para varias sesiones, señor Hollister?

—Puedo acomodarme, no se preocupe.

—Perfecto.

—Le apasiona su trabajo —afirmó él viéndola alistar unos cuantos lápices.

—Es mi única pasión —dijo ella mirándolo por encima del lienzo.

Darius se removió incómodo. Susan era una mujer hermosa, sus ojos felinos transmitían vida y su cabello… Tuvo una urgente necesidad de tocarlo, ¿qué se sentiría? Imaginó fugazmente que lo enrollaba en su mano y le devoraba la boca de labios pecaminosos. ¿Tentaba a todos los hombres que reparaban en el rosa natural de su boca? ¿Cómo era posible que semejante belleza pasara su vida entre óleos y lienzos que no expondría jamás?

—La vida es muy corta para destinarla a una sola pasión —replicó él en tono ronco.

Ella sonrió.

—Pues esta pasión salvó mi vida. —Empezó a bosquejarlo con un lápiz de mina gruesa y luego lo observó con gesto irónico—. No me diga que usted es de esos hombres que piensan que una mujer sin matrimonio e hijos está incompleta.

—No me refería al matrimonio, me refería al amor.

—El amor es una utopía, señor Hollister, y a las mujeres nos debilita tanto que desaparecemos en ese sentimiento.

Darius sonrió al tiempo que movía la cabeza con incredulidad.

—No hay que confundir sumisión con amor, vivir un gran amor y entregarse a él es un privilegio.

Ella negó con la cabeza.

—A veces tanto amor destruye.

—Entonces no es un buen amor.

—¿Ha estado enamorado alguna vez, señor Hollister? —preguntó mirándolo fijamente, escudriñando en sus ojos la respuesta.

Un lacayo interrumpió la charla cuando entró con el refrigerio.

—Déjalo ahí, Peter, yo serviré el té.

—Como ordene, *lady* Susan —contestó el criado saliendo de la habitación.

—Gracias.

—Una taza de té siempre es bienvenida —soltó Darius.

Susan se acercó a la mesa y empezó a servir la bebida.

—Claro que sí, sobre todo si evita contestar preguntas imprudentes.

—Puede preguntar lo que quiera, pero respecto a esa pregunta en específico prefiero guardarme la respuesta.

—Está en todo su derecho.

Le pasó la taza de té, él rozó sus dedos y eso le causó un ligero temblor. Susan nunca había visto a un hombre que se ruborizara o, al menos, no se había dado cuenta. Bailaría hasta cansarse si lograba que Darius lo repitiese, por lo visto a él también le había afectado el simple roce. Admiró su piel muy tersa y fina para ser un individuo de aspecto tan recto. Su boca era caprichosa, amable, pero parecía un hombre capaz de cuidar de sí mismo en una trifulca. Allí sentado, degustando la bebida, destilaba tanta fuerza bruta que seguramente las peleas le gustaban. Por otro lado, poseía el aspecto inconfundible del hombre de negocios.

—¿Le gusta pelear? —Tomó otro sorbo de su bebida.

—Sí, lo hago en un club de boxeo, tres veces por semana.

—Tiene una vida envidiable, dirige junto a su hermana una naviera, es mecenas de arte, boxeador, y ahora modelo para una pintora —dijo, no supo si con envidia o tristeza, y Darius quiso borrarle la expresión de nostalgia.

Se levantó de la silla, se acercó a ella y le tocó el rostro con suma delicadeza.

—Míreme, *lady* Susan —dijo con fuerza y ternura. ¡Dios! La mujer tenía unas pestañas larguísimas—, puede hacer de su vida lo que quiera, pero no se deje encerrar en ideas equivocadas fruto de una mala experiencia.

—Si me está diciendo esto es porque usted sabe lo que me ocurrió.

—Vivió un mal amor, es todo lo que necesito saber, no tiene nada que temer.

—No le temo, señor Hollister —murmuró ella.

—¿Qué? —Darius se había despistado. La mujer se había hecho algo en el pelo que lo llevó a perder el hilo de la conversación.

Ella dejó el pocillo sobre la bandeja y se acomodó detrás del lienzo.

—No quiero quitarle mucho tiempo, imagino que tiene cosas que hacer.

—Tengo unos minutos más —dijo, volviendo a su puesto.

—Aprovechémoslos entonces.

Rato después, Darius salió de la estancia con el firme propósito de brindarle a la joven lo que se merecía. Requería que la enseñasen a tener confianza en sí misma e incluso a ser un poco egoísta, a exigir lo que le apetecía. Podría hacerlo, claro que sí.

Capítulo 13

Para Warwick no fue una sorpresa la deserción de *lady* Gellywen. Su deber era regresar a Londres de inmediato y asumir de lleno la investigación, en vez de estar como perro faldero detrás de cierta dama que apenas le había prestado atención por estar en compañía del marqués de Wessex.

Los vio pasear por el jardín, admirando las flores, el maldito tuvo el coraje de arrancar una y ponérsela en el cabello, ¿cómo osaba tocarla? No tenía derecho. Le disgustaba tremendamente lo que su mente y corazón manifestaban, sentía un remolino de fuego en el estómago y las ganas insensatas de agarrar al marqués a golpes. ¿Celos? Siempre había considerado los celos como una falla del carácter, él pensaba que una persona con la suficiente fortaleza y seguridad no le daría importancia a un sentimiento tan inferior como los celos, pero estaba equivocado, y más al ver que Miranda se tornaba inaccesible, pues parecía que disfrutaba de las atenciones del noble y ni una sola vez posó sus ojos en él cuando se hacía el encontradizo. A lo mejor la había asustado con su impetuosidad, necesitaba hablar con ella.

En la cena de esa noche antes del baile, la sala de banquetes estaba iluminada por candelabros de cristal que emitían destellos dorados sobre los tapices de las paredes. En el comedor, Adrian vio a Miranda sentarse entre Findley y Wessex, y evitar otra vez mirarlo, además, el marqués no le quitaba a ella la vista de encima en cuanto Adrian estaba en su presencia, como si supiera lo ocurrido entre ellos o hiciera conjeturas.

—Lord Warwick —habló Wessex sobre las demás voces. Miranda lo observó de reojo y luego se concentró en su plato—, recordemos el suceso ocurrido años atrás.

Una leve e impersonal sonrisa asomó a la comisura de los labios de Warwick. Miranda levantó el rostro del plato y observó a Wessex con el ceño fruncido.

—¿A cuál de todos se refiere, milord? —Elevó una ceja con curiosidad—. Inglaterra es tierra fértil para sucesos de toda clase. Años atrás apresamos a Napoleón, nos repartimos Europa y nos convertimos en una de las naciones más poderosas del mundo. Las importaciones de Oriente han aumentado en los últimos años. —Dejó los cubiertos en el plato con talante pensativo y luego, como si recordara algo, levantó una mano—. Ah, ya sé, me imagino que se refiere al fallecimiento de nuestro querido George, ciego, sordo y loco. —Warwick volvió a su comida—. *Lady* Georgina, esta perdiz está deliciosa, felicite a su cocinero de mi parte —continuó y bebió un sorbo generoso de vino.

—Usted sabe a qué suceso me refiero, ya que estuvo involucrado.

—No recuerdo haber estado involucrado en suceso alguno. —Bajó la copa de vino con solemnidad—. Si estamos hablando del asesinato de *lady* Regina, ser sospechoso y estar involucrado son dos cosas distintas.

La tensión saturó el aire. Los invitados miraban de uno a otro.

—Solo el dinero, su título y las conexiones hacen que usted y sus amigos estén disfrutando de la libertad.

Warwick quería golpear algo, pero su orgullo salió al rescate. Aplaudió y se levantó de la mesa, tomó una copa de vino para hacer un brindis.

—¡Salud! Por fin nuestros pares hoy son testigos de que encontramos al autor de *La Pluma Secreta*.

El marqués tiró la servilleta.

—¡Eso es ridículo! Usted no puede burlarse de lo que toda la alta sociedad piensa.

—Si así fuera, no estaría aquí.

Miranda se levantó.

—¡Basta! —observó al marqués con talante serio—. Lord Wessex, le debe al conde de Warwick una disculpa.

Este la observó confuso, pero el entendimiento cruzó su expresión.

—¡Menuda defensora se ha ganado! —señaló con resentimiento.

—No solo ella, lord Wessex —acotó Findley—. Su comentario ha sido desafortunado, he conocido a la familia del conde por décadas y puedo jurar ante quien sea que Warwick y esos desafortunados hombres son inocentes.

—¡Estoy de acuerdo con Findley! —señaló Georgina observando al marqués con intención.

Él la observó desconcertado al percatarse de que su salida de tono lo había hecho quedar en ridículo.

—Yo también creo en la inocencia de los caballeros malditos —adujo Beatrice.

Miranda se levantó de la silla, pero el marqués se lo impidió tomándola de forma suave del brazo.

—Me parece que he bebido demasiado vino, le ruego disculpe mi comentario, lord Warwick.

Miranda se calmó y tomó asiento, pero miró a Adrian apenada.

—Disculpa aceptada.

—Sigamos disfrutando de la cena —ordenó *lady* Georgina, observando a Wessex molesta.

El marqués ajustó su máscara de apatía y acaparó a Miranda en la conversación. Adrian la notó apagada y que seguía molesta. Respiró profundamente cuando los señores se retiraron a fumar un puro. Él bebió otros dos vasos de licor y salió al jardín para despejarse, quería estar solo, por lo que escuchó, las jóvenes se retiraron para descansar antes del baile.

Adelantaría el viaje a Londres, no tenía nada que hacer allí, agradeció que *lady* Gellywen no hubiera estado en la cena, tenía el presentimiento de que se hubiera puesto del lado del marqués para proteger su secreto. Las pullas de Wessex lo traían sin cuidado, tenía un grueso caparazón capaz de soportar todos los embistes, pero a su ego le molestaba lo ocurrido porque la única mujer de la que quería granjearse el afecto había sido testigo de una acción para avergonzarlo. Y, sin poder confirmar su absoluta inocencia, él y sus amigos estaban a merced de ese tipo de comentarios maliciosos.

A medida que avanzaba el baile, Warwick se replegó en una esquina, no quería bailar con nadie, solo mirarla. Verla dar vueltas con el marqués y los otros petimetres lo hizo beber más de la cuenta, pero nada en su exterior denotaba el licor ingerido, siempre había sido así. Ella estaba tan hermosa con su vestido color champaña que brillaba más que las demás, el color armonizaba con el tono de su piel, los rayos de luz de los candelabros le daban matices a su hermoso cabello.

Miranda destinaba miradas furtivas a Warwick, que como halcón la observaba desde una esquina del salón. Quería creer que los demás no se percataban de aquella mirada, pero no podría asegurarlo, sus ojos ambarinos le producían un calor extraño, un deseo insensato de volar a sus brazos que la hacía estar distraída en el baile con el marqués.

—Un penique por sus pensamientos, hermosa Miranda.

—¿Eso es lo que valen mis pensamientos? —Ella sonrió y giró grácilmente entre sus brazos.

—¡Oh, no, mi querida Miranda! —Rio suavemente—. Sus pensamientos valen mucho más que eso, pero estoy intrigado por lo que pasa por esa mente tan encantadora. Estaré complacido

de escucharla —la guio en otro giro elegante—, pero antes cuénteme, ¿está disfrutando de la velada?

—Oh, lord Wessex… —Miranda observó a su alrededor, sintió la música, vio a las demás parejas y al diablo oscuro que la miraba en una de las esquinas—. Es una velada muy agradable y usted es un estupendo bailarín.

—Le he pedido que me llame Nicholas —aferró un poco más fuerte su mano—. ¿Qué más hay en su mente, querida? Cuénteme, ¿qué secretos guarda?

Ella le sonrió cuando lo único que quería era volver a su habitación y llorar, no podría pensar en pasar toda una vida con él, no cuando su corazón latía por otro hombre, sería un infierno. Se obligó a pensar en su familia, que confiaba en ella para salir de su mala situación. Impostó una sonrisa hasta que le dolieron las mejillas y le contestó:

—Lord Wessex, los secretos son como los susurros del viento, a veces vuelan lejos antes de poder compartirlos.

La miró intensamente.

—¿Qué es la vida sin un poco de misterio y emoción? —inquirió Wessex en tono de voz bajo—. Bailar con usted esta noche y compartir su tiempo es un misterio y a la vez una emoción.

Miranda sonrió con corrección, se aburría sobremanera. Bailó con tres caballeros más antes de que el marqués volviera a acapararla. Beatrice se acercó a ella en una pausa del baile.

—No sé qué me asusta más —dijo su amiga mientras le pasaba un vaso de ponche.

—¿De qué hablas? Es un baile muy agradable.

—La mirada de Warwick o que a Wessex se le caiga la máscara a pedazos.

—El marqués ya se disculpó.

Beatrice negó con la cabeza varias veces.

—No, no y no, volvió la correcta señorita Miranda Taylor.

—Nunca se ha ido.

—Por dos días vi a una mujer distinta, valiente y…

Miranda sonrió con ironía.

—Créeme, mi comportamiento ha sido de todo menos valiente, a veces ser valiente es tomar el camino marcado y no separarse de él, lo otro es insensatez.

Miró de reojo al conde, que en ese momento estaba concentrado en una de las invitadas que se había sentado a su lado. Le sonreía y de lejos se veía que estaban coqueteando.

—Ni tú te lo crees, y más después de esa defensa tan patente a tu querido conde durante la cena.

—No es mi querido conde y era lo menos que podía hacer cualquiera de nosotros antes tal injusticia.

—Entonces fue tu acto de buena voluntad del día. —Beatrice la miraba con una ceja levantada sin creer nada de lo que decía su amiga.

—Digamos que sí.

Beatrice volvió a mirar al conde y cómo la mujer le susurraba cosas y él sonreía.

Miranda aferró su copa y terminó la bebida de golpe, necesitaba algo más fuerte que le aliviara el extraño sentimiento al que se negaba a darle nombre y que la impulsaba a querer plantarse frente a la pareja y separarlos de un empellón.

Pensó que Adrian no poseía la más mínima afectación, tan común entre sus pares, y que su hombría, su flagrante masculinidad y su pícara energía le venían de herencia, a lo mejor su padre fue así. Tenía energía masculina, franqueza y una cortesía natural y a prueba de todo, que formaban parte de su ser tratase con quien tratase. Imaginó que por eso era tan atractivo para las

mujeres.

—Si pudieras ir y separarlo de *lady* Sarah lo harías, cambia esa cara, que tu marqués viene como flecha para acá.

—No quiero verlo, no soporto otro baile más —dijo Miranda hastiada.

—Tu corazón ya está cautivo y no es por el insufrible marqués —afirmó Beatrice, y Miranda la miró como si se hubiera vuelto loca.

Abrió el abanico y lo agitó con brusquedad.

—No digas bobadas, mi corazón está intacto.

Beatrice sonrió.

—Si tú lo dices… —Se alejó con un joven que la invitó a bailar.

El marqués se acercó de nuevo a ella y Miranda recurrió a su férrea educación para no darle espalda o decirle que la dejara en paz.

En uno de los giros, vio cómo la acompañante de Warwick salía de la estancia y él la seguía un par de minutos después, no sin darle a ella una última mirada antes de perderse por el *hall*.

Era lo mejor, caviló ella mientras contestaba las preguntas del marqués. Sabía que su declaración estaba cerca, estaba segura de que no lo haría esa noche, a lo mejor al día siguiente, y ella debía estar preparada para aceptarla, el pensar en esa unión la sumió en una terrible ansiedad cuando debería estar feliz, pero se había percatado de que el marqués tenía varias caretas. No le había gustado ni un tris lo ocurrido en el comedor y también se percató de que era una persona pagada de sí misma, a lo mejor su título lo hacía tratar a la gente de manera despectiva, o a lo mejor eran imaginaciones suyas, excusas para justificar la atracción que ejercía Warwick sobre ella.

Decidió ir a descansar cuando algunas personas empezaron a retirarse, aguantó más alabanzas del marqués a sí mismo y se despidió de los invitados pasada la medianoche. Warwick brillaba por su ausencia.

Subió las escaleras y llegó hasta la habitación. En cuanto entró supo que no estaba sola, pensó que era Sally esperándola para cambiarse, pero ella le había pedido que se retirara a descansar, que ya se las arreglaría sola.

—Sally, te dije que no había necesidad de que me esperaras, debes estar cansada, yo puedo quitarme el vestido sin ayuda.

—Será un espectáculo digno de ver —susurró la voz de Adrian.

Miranda se volteó furiosa.

—Salga de mi habitación, lord Warwick, no sé qué demonio se ha apoderado de usted para entrar aquí sin ser invitado.

Adrian se levantó y la miró fijamente.

—Estás tan hermosa que me duele.

—No hable majaderías, lo vi muy concentrado en *lady* Sarah, a lo mejor se equivocó de habitación. —Abrió los brazos y señaló la estancia—. Bien, aquí no está, ya puede irse.

Warwick sonrió burlón.

—¿Estás celosa?

Miranda sentía el corazón en la garganta y las pulsaciones en la cabeza, caminó hasta la puerta, no sabía si dispuesta a gritar, salir corriendo o echarle el seguro. Se decidió por lo último, no mancharía su reputación por un hombre que a lo mejor solo intentaba jugar con ella. Lograría que se fuera sin afectarla, así le tocara sacarlo a rastras.

—No estoy celosa y baje la voz, por favor, alguien podría escucharlo y sería la ruina para

los dos.

Warwick se puso las manos en los bolsillos y se acercó a ella.

—No se acerque.

Otra risa burlona.

—¿Cómo quieres que no me acerque si me pediste que bajara la voz? No escucharías nada de lo que vine decirte, querida Miranda.

—Por favor, lord Warwick, guardemos las formas —suplicó nerviosa.

Él soltó una carcajada irónica. Estaba tan guapo con su cabello revuelto como si se hubiera pasado la mano muchas veces sobre él, su barbilla sombreada le daba un aspecto tan masculino que quiso tocarlo. Se aferró las manos, nerviosa.

—Hemos pasado por mucho para "guardar las formas" —remarcó con los dedos y de pronto su sonrisa mudó a un talante furioso, la arrinconó contra la pared y puso ambas manos a lado y lado de ella—. ¿Era lo que hacías en el jardín esta tarde? ¿Guardaste las formas cuando ese malnacido te tocó? —Miranda abrió los ojos como platos—. Se atrevió a ponerte una flor en el cabello, ¡qué cosa más cursi!, esperaba más de un libertino como él y en el maldito baile —soltó con tono de voz ronco y espeso, la miraba con sus ojos brillantes oscurecidos por alguna razón que ella desconocía. Miranda notaba que se contenía para no perder el control y eso la enfureció—, ¡te tocó! —habló en un tono de voz más alto sin dejar de mirarle la boca—. El maldito te tocó la cintura, apretaba tu mano, cuando debía ser yo, ¡yo!, el que debería estar contigo —Se palmeó el pecho—. Yo y nadie más.

—Lord Warwick. —Aferró sus brazos.

—¡Adrian! —rugió él en tono bajo y pegó su frente a la de ella, controlando su respiración, su aliento a *whisky* llegaba hasta su cara y Miranda solo quería acercar su boca y callar sus reproches a besos, su corazón estaba afectado por verlo así, vulnerable y celoso, pero su mente le decía que lo alejara, que detuvieran esa locura antes de que fuera demasiado tarde—. Me he sentido un imbécil desde que ese majadero llegó, no quiero que te toque, te admire y mucho menos que aspire a tu mano.

—Sus reclamos están fuera de lugar, lord Warwick, recuerde que no hace una hora estaba llenando de requiebros a otra mujer.

—¡Estaba furioso! No voy a negarlo, sentí que te perdía, pero tenía que intentarlo. Nunca me había sentido así, mi vida siempre ha sido sosegada, a excepción de lo ocurrido a mi padre, y lo de la acusación, nada ha trastocado mi vida hasta ti.

Le acarició el rostro, el cabello, se acercó a su boca midiendo su reacción. Miranda, acalorada y sonrojada, se saboreó los labios.

—No quiero que vuelva a acercarse a ti —susurró vulnerable y la abrazó—. Miranda, Miranda, te necesito.

Bajó su rostro, observó sus labios y el efecto fue inmediato e intenso. Esa boca estaba hecha para disfrutar. Alcanzó a rozar sus labios cuando sintieron golpes en la puerta.

Capítulo 14

—No abras —susurró Adrian.

Miranda quedó tiesa como una de las estatuas del jardín.

—Podrían ser Beatrice o Sally.

Adrian le pidió silencio con un gesto. Otra vez escucharon un par de golpes.

—Será mejor que averigüe quién es, escóndete detrás de la cortina —murmuró.

Adrian, a pesar de su mala suerte, sonrió.

—¿Es en serio?

—El armario es pequeño —susurró ella, dándose la vuelta de camino hasta la puerta.

Adrian desistió de esconderse tras la cortina, algún invitado podría verlo desde el jardín, estaba seguro de que más de uno estaba bebiendo por la rotonda. Se ocultó detrás de una poltrona.

—¿Quién es? —preguntó Miranda pegada a la puerta sin abrir todavía.

—Tengo un mensaje del marqués de Wessex, me pidió que lo entregara en su mano.

Warwick blanqueó los ojos detrás del escondite.

Miranda abrió con cautela la puerta, un criado sostenía en una mano una palmatoria y en la otra una carta y una flor.

—Disculpe, señorita Taylor, pero el marqués insistió —dijo el criado apenado.

Otra jovencita estaría emocionada, pero ella no. Recibió el presente, dio las gracias y cerró de nuevo la puerta.

Warwick se enderezó, Miranda soltó la carta y la flor sobre una mesa sin siquiera mirarlas y caminó al encuentro de Warwick, que la abrazó y besó con desesperación. Ella ni un solo momento había dejado de revivir la intimidad compartida. Aún podía saborear sus besos, sentir los labios de él disfrutando su boca, separándolos para que su lengua pudiese explorarla con ansias. El recuerdo de sus besos, de sus incendiarias caricias la hizo estremecerse.

—No podía mantenerme alejado —murmuró él sobre su cabello y le quitó las pinzas que sostenían el elaborado peinado, una a una, entre besos y caricias, cuando el cabello cayó por su espalda, un brillo posesivo saturó su expresión—. Es hermoso y tan suave —dijo amasando su cuerpo cabelludo.

Miranda rodeó con sus brazos su cuello y se estremeció cuando sus dedos se enredaron en el largo cabello obligándola a mirarlo. Ella, sonrojada, se apoyó sobre su ancho hombro y oyó el ansioso latido de su corazón mientras caminaban hacia la cama. Lo deseaba, no le importaba nada más, sentía que su corazón iba a estallar cuando le devoró de nuevo los labios. Cerró los ojos y su fragancia varonil la invadió, provocándole un voraz deseo. La soltó antes de tenderla en el lecho y la miró a los ojos.

—¿Estás segura? —preguntó él con el cuerpo tenso.

Ella asintió y él le dio la vuelta.

—Permítame ayudarla con su ropa, señorita Taylor —señaló con humor.

—Mi camisón de dormir está en esa silla.

Escuchó su risa arrogante y sintió que le besaba el hombro.

—Creo que no lo vas a necesitar por ahora, no vamos a dormir.

Ella echó una mirada furtiva a su rostro, de repente se sintió invadida por la timidez y el desasosiego. ¿Qué ocurriría si sus sentimientos no eran reales? Adrian desabrochaba su vestido con facilidad, escuchaba su respiración agitada, el aire caliente de su aliento barriendo la piel de

su espalda mientras la desvestía con presteza. Le desabrochó el corsé con agilidad, lo que la llevó a pensar que era un hombre de amplia experiencia y los celos volvieron para atormentarla, pero lo olvidó cuando empezó a recitar alabanzas sobre su piel.

—Me moría por tocarte, sabía que tu piel sería así, suave, sedosa, capaz de volverme loco. —Ella se dio la vuelta con las piernas flojas, su calor la quemaba, su masculinidad la abrumaba, sus ojos ambarinos con chispas doradas la miraban intensamente y de un modo tan particular, con tanta ternura, tanta pasión y seguridad que anulaba su desconfianza y le impedía pensar con lógica.

La tumbó en la cama, ella se echó para atrás aun con la camisola puesta y los codos apoyados a lado y lado, y él se quitó la chaqueta dejándola en el piso, se desanudó la corbata y empezó a desabrocharse los botones de la camisa, pero ella se irguió y lo ayudó, mirando embobada su torso desnudo, lo acarició con timidez y volvió a tenderse en el lecho. Adrian sentía una súbita oleada de lujuria, tan intensa que temió fundirse en su propia necesidad, cada tímido toque de Miranda era una tortura. Ver su hermosa cabellera extendida como cascada sobre la colcha sería su perdición. Sus ojos, pozos insondables del color del mar, quería verlos oscurecer de deseo en medio de la pasión, quería verlos arder por él, su perfume era una mezcla embriagadora a la que no podía darle nombre y tan suyo que sabía que lo ataría a ella por siempre. ¡Dios! Estaba delirando, quería devorarla, marcarla, pero no podía, no quería asustarla con su pasión, debía guardar su intensa necesidad y brindarle una noche que no olvidara nunca en su vida, y para eso tenía que atenazar las ganas de poseerla, lo haría, claro que lo haría, la tomaría más adelante con todo el ímpetu de su pasión, pero hoy era todo para ella. Se abismó de sus pensamientos, aunque no era un hombre egoísta en el amor, nunca había sentido ese deseo de brindar una experiencia inolvidable, él siempre tomaba lo que desearan brindarle, pero ahora había mucho en juego. Ella lo miró con algo de temor cuando él empezó a desabrocharse el pantalón.

—Cariño, ¿tienes miedo?

—No... no sé —respondió ella con voz desmayada.

—¿Sabes lo que ocurrirá? —murmuró él.

—Sí, Beatrice me lo explicó en su momento —pasó saliva—. De pronto, me has dado la impresión de ser grande… —No se dio cuenta de que cayó en el tuteo con mucha naturalidad.

Él arqueó una ceja. Se acercó a ella y le acarició el rostro.

—Soy normal y nos acoplaremos a la perfección. ¿Estás segura de querer esto? Yo me muero de deseo por ti, pero si tú…

Miranda no lo dejó terminar y lo atrajo hacia ella, dándole un beso que lo conmovió. Le tocó los hombros y concluyó el beso. Lo miraba queriendo decirle algo, pero formaba una palabra y sonrojada se arrepentía.

—Habla, cariño, dime lo que deseas.

—Adrian, quiero sentir como ayer cuando me tocaste, esa sensación ha sido la más maravillosa de mi vida. ¿Puedes hacer que vuelva a ser así?

—Puedo intentarlo —susurró él, rozándole los hombros con el dorso de los dedos.

Un placentero temblor la recorrió y sus labios dibujaron una sonrisa. Adrian la miraba como si quisiera devorarla, y esa mirada la hacía sentirse hermosa y deseable, por encima de todas las demás mujeres. Estaba convencida de que él era el indicado, el que había soñado y al que había perdido la esperanza de encontrar.

Adrian sabía que debía controlar el fuego de su deseo y, al mismo tiempo, encender el deseo de ella hasta vencer sus temores y recelos, y que se consumieran los dos hasta por fin ser

uno solo. Él se apoyó en los brazos y se inclinó sobre ella hasta tentar con su boca la suya, y entonces comenzó a excitarla. Le levantó la camisola para dar con los calzones, que desató en medio de rubores y gestos tímidos de Miranda, que por un momento quiso apartarlo, pero él la besó de nuevo y ella languideció debajo de él.

—Voy a quitarte esta prenda, quiero admirar esas largas y hermosas piernas que alcanzo a vislumbrar, voy a besarlas, a tocarlas hasta aprendérmelas de memoria. Recuerdo el día que te caíste en la quebrada y te torciste el tobillo, observé tus pantorrillas.

—No me lo recuerdes —susurró ella, conteniendo el aliento—, porque me vuelve la rabia.

Él soltó una deliciosa carcajada.

Abrió la boca para responder a la incitación, y él la invadió de nuevo al instante, dominándola, poseyéndola por completo. Fue un beso apasionado que la excitó hasta tal punto que ella deseó darle lo que quisiera, obedecer sus órdenes y complacerle cualquier exigencia, tuvo temor, ya que nada volvería a ser igual.

Él se puso de pie y se empezó a desabrochar el pantalón, quiso sonreír al ver que sus pozos grisáceos se agrandaron en cuanto tiró la prenda con premura y quedó desnudo ante ella.

Miranda pensó que era impresionante, claro que nunca había visto el cuerpo de un hombre desnudo y no entendía cómo esa protuberancia entraría en ella sin matarla, lo explicado por Beatrice no se asomaba ni de lejos a lo que veía y sentía. A pesar de su temor, admiraba su cuerpo esbelto y su musculatura, de pronto quiso estar tan desnuda como él, quiso sentir esa piel unida a la suya y al diablo las consecuencias. En cuanto él le retiró el camisón, se tendió a su lado cuan largo era. Acarició el cuello y mientras recitaba palabras de amor, de deseo y de admiración, sus dedos bajaron acunando sus pechos, tocando con el pulgar sus pezones hasta dejarlos erguidos. Besó su cuello y descendió por sus pechos, que sostuvo en sus manos y los llevó hasta su boca, de modo que cada uno de ellos recibiera sus atenciones. Primero besó, luego lamió, enroscó su lengua en el pezón y succionó, introduciéndolo por entero en su boca, era tan suave y su sabor tan delicioso que se contuvo para no morderla.

Miranda sentía su protuberancia en medio de sus piernas, la tocó y retiró la mano enseguida.

—Seré gentil, no tienes nada que temer.

Sus manos rodearon el contorno de su cintura y su abdomen hasta llegar a su sexo, ella meditó que se quemaría, desaparecería chamuscada.

—Por favor… —rogó no sabía qué.

Adrian separó sus hermosas piernas y tocó su vórtice suave, se irguió para admirar su sexo húmedo, y listo para recibirlo. Lo acarició concentrado en lo que ella sentía, sus mansos gemidos le dijeron que iba por buen camino, buscó su centro y lo rozó con suaves caricias y cuando los gemidos aumentaron y arqueó su sexo contra su mano, él deslizó las yemas de sus dedos dentro de su hendidura y la acarició hasta sentir que se humedecía.

—“Despiértate, viento del norte; despierta; ven, viento del sur, sopla sobre mi huerto y llévale a mi amado su dulce perfume. Que mi amado entre en su jardín y coma su fruto más exquisito” —recitó ella entre jadeos ante la mirada pasmada de Adrian.

—¿Cómo supiste que era mi pasaje favorito?

—Por la forma en que me mirabas, la forma en que me has mirado desde que te conozco.

—Miranda…

—Leí *El Cantar* hasta aprendérmelo para ti.

El corazón de Adrian iba a estallar.

—¿Sabías que esto ocurriría?

Ella no le contestó, se irguió y devoró su boca en un beso que fue la respuesta que él necesitaba.

Entonces se arrodilló entre sus muslos y, sin dejar de tocarla, descendió hasta que la cabeza de su miembro rozó su sexo, la punta se hundió en su interior ciñéndolo y ocasionándole una profunda sensación de placer, la miró a los ojos y la besó de nuevo en la boca, hinchada por los besos compartidos. Embriagada de placer, ella se abandonó por completo a él, hasta que sus paredes, húmedas y lubricadas, dejaron entrar su miembro por completo. Al fin estaba uniendo su cuerpo al de ella después de semanas de desearla. Cuando la embistió, Miranda ahogó un grito y hundió con fuerza las uñas en sus hombros.

Se sentía tan llena de él que no creyó poder soportarlo, las lágrimas bañaron sus mejillas mientras Adrian se mantenía inmóvil, esperando que ella lo aceptara, dándole espacio hasta que, por fin, pudiera soportarlo. Besó sus mejillas barriendo su llanto, bebió sus gemidos y se apropió de nuevo de su boca, con una infinita paciencia que nunca había desplegado con nadie. Entonces el llanto remitió, los gemidos aumentaron y las piernas de ella rodearon su cintura y empezó a disfrutar de la sensación de tenerlo dentro de sí. Escuchó las palabras que él susurraba en sus oídos. Admirando lo apasionada y sensual que era, lo apretada que la sentía, así, hundido en lo más profundo de su interior, sus palabras eran tan íntimas y eróticas que terminaron de derrumbar las barreras de la inocencia igualando su pasión. Él comenzó a moverse, la mirada de Miranda fue de sorpresa, concentrada en las sensaciones y en el fuego turbulento en la mirada de Adrian. La fricción de las embestidas volvió su sexo más húmedo y resbaloso, la sensación iba de un profundo placer a una exquisita tortura.

Se consumieron el uno al otro y Miranda tuvo la certeza de que no volvería a ser la misma, de que su alma y su corazón estaban cautivos en las manos de ese hombre. Sus respiraciones y sus gemidos se mezclaron en una unión tan sensual que ella explotó en oleadas de placer que se formaban y retrocedían, una tras otra. Esas sensaciones la matarían, nunca en su vida imaginó que algo así pudiera existir, era más intenso que lo vivido la vez anterior porque el dolor se mezclaba con el placer como en una analogía de lo que era la vida. Mientras las sensaciones no amainaban y el corazón bailaba de dicha en su pecho, Adrian llegó a un orgasmo explosivo, lanzó un gemido ronco y derramó en ella su deseo y su amor. La abrazó con fuerza. El cabello de Miranda se pegó a su rostro sudoroso. No quería ninguna distancia entre los dos. Se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus cavilaciones.

—¿Estás bien? —preguntó él saltando de la cama y tomando un paño que humedeció con agua de una jarra. Volvió a la cama y ella se cubrió con la sabana al ver lo que iba a hacer.

—Déjame —insistió—, el agua está fría, pero te refrescará —dijo quitándole la colcha, ella lo dejó hacer—, sangraste bastante.

Miranda, sonrojada, asintió.

—¿Te dolió mucho? —preguntó él sin mirarla a los ojos y concentrado en su labor.

—Al comienzo sí, pero luego fue… —lo miró soñadora— hermoso.

Adrian levantó la mirada, complacido por su tono de voz.

—Cuando venga tu doncella le dices que tienes tu indisposición mensual, para que no se le haga extraño encontrar este paño y las sábanas manchadas. No queremos escandalizar a nadie.

—Está bien —dijo Miranda mansa.

Adrian se acomodó detrás de ella y la abrazó.

—¿Me dirás alguna vez qué tiene esa fragancia que me lleva loco?

Ella lo miró con sonrisa pícara.

—Déjame guardar algo para mí, ya te he dado mucho.

Él le mordisqueó la oreja.

—Pasa que lo quiero todo.

En silencio, Adrian pensó que después de lo ocurrido ya no tenía vuelta atrás. No estaba arrepentido en lo más mínimo, su plan había funcionado a la perfección. Entonces, ¿dónde estaba la satisfacción, el golpe de euforia que pensó que sentiría cuando se saliera con la suya?

Ella le acarició el brazo con la punta de sus dedos.

—Quisiera embotellar los olores de esta noche, hacer un perfume y tenerlo siempre conmigo.

Adrian soltó una risa estrangulada.

Ella volteó el rostro y volvieron a besarse, sí, a lo mejor mañana todo sería diferente, mañana se regodearía en su triunfo, ahora era muy reciente, con los rescoldos de la pasión apenas apagados, meditó mientras acariciaba el cabello de Miranda, dormitaron uno en brazos del otro hasta el amanecer.

Capítulo 15

El sol se filtraba tímidamente a través de las pesadas cortinas de terciopelo que adornaban las ventanas de la habitación. Miranda yacía en su cama cubierta por la colcha de encaje, su cabello extendido sobre la almohada. Cuando un rayo logró abrirse camino a través de las rendijas entre las cortinas, iluminando su rostro, abrió los ojos y un suspiro escapó de sus labios mientras se estiraba con gracia felina.

Recordó todo lo ocurrido la noche anterior y se sentó en la cama de golpe, no tenía idea de a qué horas había abandonado el conde su habitación y soltó una carcajada nerviosa, aún sin poder creer lo que había hecho horas atrás. Recordó las palabras de amor que le susurró Adrian al oído, su gentileza y su pasión, recordó la ropa manchada, y cómo él había cuidado de ella colocándole un camisón de dormir, nada había sido un sueño, su ropa estaba doblada en un rincón, tendría que mentirle a Sally y dio gracias a Dios por que no hubiera sido Meg la que estuviera con ella, ya que conocía la fecha de sus indisposiciones mensuales.

Se casaría con Adrian, él le dijo que no tendría que preocuparse por nada, la emoción la embargaba y agradeció ser tan afortunada de poder vivir un matrimonio por amor. Él no había precisado cuando sería la boda, esperaba que hablara con su padre ni bien volvieran a Londres. Inspiró profundo, su padre tendría un soponcio, pero al ver que el conde no era mal partido se le pasaría. No tenía idea de qué tan rico era, sabía que nadie igualaría la riqueza de Wessex y ella volvería a estar en el altar de las desilusiones de su padre, pero el amor era lo más importante. Con esa premisa se levantó de la cama y recordó la esquela del marqués dejada sobre la mesa. ¡Dios! Lo más incómodo de este suceso sería decirle a Wessex que su corazón ya estaba comprometido, lo haría esa misma mañana. En el momento en que iba a llamar a la doncella, está entró con una bandeja donde reposaba una bebida de té que le brindaría tranquilidad para el día que tendría que enfrentar.

—Buenos días, señorita Taylor.

—Buenos días, Sally.

Mientras sorbía el té, Miranda le habló de su indisposición.

—Lo siento mucho, señorita Taylor, prepararé las vendas.

—No te preocupes, me siento bien.

Le pesaba tener que mentirle a la doncella, pero no quería levantar suspicacias.

Vio un sobre sobre la bandeja y meditando que podría ser de Adrian, lo abrió con celeridad, pero era de Wessex.

> *Querida Miranda,*
>
> *Perdóneme por mi impetuosidad e interrumpir su descanso anoche con mi nota de enamorado, pero mis sentimientos por usted apenas me dejan pensar. Sé que en mi nota anterior pedí verla en el invernadero a las diez de la mañana, pero me temo que demoraré un poco nuestro encuentro, pues asuntos urgentes de Londres reclaman mi atención y debo reunirme con mi secretario que llegó hace un momento, espero que esté libre al mediodía, ansío hablar con usted.*
>
> *Suyo,*
>
> *Nicholas*

Enseguida le pidió a Sally que le alcanzara el otro sobre y leyó una esquela florida sobre

sus atributos y lo que sentía por ella, Wessex no lo hacía mal, pero sus palabras y sentimientos no despertaban la misma emoción que una sola de las miradas de Adrian. Arrugó el ceño, preocupada.

—¿Le ocurre algo, señorita Taylor?

—No, querida Sally, solo que no hay felicidad completa.

Tendría que enfrentar al marqués y no sabía cómo, le hablaría con sinceridad de sus sentimientos por Warwick y que fuera lo que la vida quisiera.

Sally le pasó dos vestidos, escogió uno de batista azul claro, bordado de nomeolvides. Después de un baño relajante y de ponerse en manos de la doncella para que le hiciera sencillo peinado, nerviosa y expectante por el próximo encuentro con Adrian, bajó a desayunar.

El lugar estaba solitario, pues los invitados habían ido a una excursión al condado cercano. El conde leía la prensa mientras sorbía una bebida caliente.

—Buenos días —saludó ella.

Él levantó los ojos y bajó el periódico, un sirviente abrió una silla diagonal a la del conde, que ocupaba en ese momento la cabecera.

—Buenos días, espero que hayas dormido bien.

Ella esperó a que el sirviente se retirara por la tetera, para acercarse a Adrian.

—No he dormido muy bien, cierto caballero se coló en mi habitación y me tuvo ocupada gran parte de la noche.

Los ojos de él se oscurecieron.

—No me lo recuerdes o te mantendré ocupada el resto del día —susurró él antes de que el lacayo se acercara.

Miranda, sonrojada, se levantó y caminó hasta la mesa de las fuentes, Adrian fue tras ella y despachó al sirviente que servía.

—Quiero servirte —le dijo en un susurro ronco—, siéntate, cariño.

Miranda le hizo caso y también supo que no le pasaría bocado, el tono en el que Warwick le hablaba y la forma en la que la miraba hacían estragos a su corazón.

—No sabes lo que me gusta.

—Te he observado, no te gustan el tocino ni los arenques, comes huevos escalfados y te encantan los *muffins* de frambuesa, hay fruta fresca, cerezas, y las frambuesas tienen el color de tus labios.

—Basta, Adrian, alguien puede escucharte.

—¡Alabado sea Dios! Solo por llamarme Adrian y seguir tuteándome ha valido la pena tanto esfuerzo.

Ella le golpeó el brazo.

—Eres un majadero.

—Soy tu majadero.

Ella lo miró con ojos brillantes.

—Mío y solo mío.

A pesar de la mesa que los separaba, se hicieron el amor con los ojos. Él le sonrió, y el corazón de Miranda dio un vuelco dentro de su pecho. Era raro que el semblante de Adrian abandonase su expresión sombría, por eso su sonrisa era un tesoro para ella, y como el gesto era contagioso, Miranda también empezó a sonreír. Poco después, los dos reían juntos, recordando cada segundo de lo vivido la noche anterior.

—¿Quieres dar un paseo por la campiña? —La imaginó tendida en la hierba dispuesta para ser amada otra vez.

—Sí, pero primero tengo que hablar con el marqués de Wessex.

Eso sería algo interesante de ver, pensó Adrian.

—Podría acompañarte si es muy incómodo para ti.

Miranda dejó el panecillo que acababa de tomar en el plato.

—No —negó con firmeza—, es algo que me compete y tendré que enfrentarlo, él no se merece que te envíe a ti como mensajero, él ha sido caballeroso conmigo siempre.

Adrian se preguntó qué más buscaba, ya su venganza estaba completa: la ruina de la familia y la deshonra de la hija. Imaginó que Wessex no querría una mujer arruinada por otro hombre, podría decírselo, pero no se sentía capaz de delatarla, con que lo supiera él era suficiente, a lo mejor Wessex podría convencerla de aceptarlo, poniendo a su familia de por medio, pero también debía ser consciente de que Miranda tenía un fuerte temperamento y después de lo ocurrido la noche anterior podría afirmar que nada la haría cambiar de parecer. Luego, en Londres, él le diría la verdad, que había sido un instrumento en su venganza. El corazón le latió presuroso y sintió unas pulsaciones en las sienes, algo le decía que no lo hiciera, que hiciera lo correcto, pero años de resentimiento no lo dejaban ablandarse, ni siquiera el saber que una mujer inocente había confiado ciegamente en él. Sintió el corazón encogerse, a lo mejor iba a enfermar.

—¿Te sientes bien? —preguntó Miranda—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Estoy bien —contestó distraído por lo que sentía.

Un lacayo entró a la estancia.

—Señorita Taylor, el marqués requiere enseguida de su presencia en el estudio.

Miranda se limpió la boca con una servilleta de tela y se puso de pie.

—No has terminado de desayunar —señaló Warwick.

Ella vio el gesto de duda en el rostro de Adrian, nada deseaba más que quedarse a su lado y luego partir con él hasta el fin del mundo, pero tenía unas mínimas obligaciones que cumplir.

—No tengo hambre —se acercó a él para que el lacayo no la escuchara—. Entre más pronto lo enfrente, más pronto podremos irnos.

Warwick asintió y la dejó marchar con un sabor extraño en la boca, decidió quedarse por los alrededores del estudio para estar al tanto de lo que ocurriera.

Miranda caminó por el amplio pasillo, nada opacaba su alegría, el sol primaveral entraba por los ventanales, el olor a cera mezclado con el olor de los arreglos de flores frescas brindaba un ambiente jubiloso a la estancia, nunca olvidaría este lugar, había sido el espacio perfecto para disfrutar del amor de Adrian.

El lacayo tocó la puerta y la voz del marqués dio la orden de seguir, de pronto Miranda se puso nerviosa, no sabía cómo reaccionaría el noble a sus palabras.

—Siga, señorita Taylor.

En la estancia estaba el marqués, que, con las manos en la espalda, observaba los jardines por el amplio ventanal.

—Buenos días.

Dos voces contestaron el saludo, la segunda voz provenía de uno de los sillones ubicados frente al amplio escritorio.

—Señor Morris —saludó Miranda y el corazón se le aceleró—, ¿pasó algo en casa?

El hombre observó al marqués con un gesto de preocupación.

—Señorita Taylor —contestó el secretario y administrador del pingüe patrimonio de lord Sufolk y que llevaba con el vizconde más de dos décadas—, vine a traer una documentación que su padre necesitaba que el marqués revisara, nada de lo que deba preocuparse. Aproveché que el

secretario del marqués viajaba para acá para acompañarlo.

Miranda le pidió que alargara la explicación, pero el marqués lo hizo salir de la estancia.

—Querida Miranda, me temo que tenemos que hablar.

—No me casaré con usted —señaló contundente.

El marqués levantó una ceja y la miró con gesto irónico.

—¿Se puede saber por qué?

—Estoy enamorada de otro hombre y me casaré con él.

Wessex sonrió y negó con la cabeza varias veces.

—Déjeme adivinar, ¿se va a casar con el conde de Warwick?

Miranda abrió los ojos sorprendida, se estaba perdiendo algo y aún no sabía qué. Se puso aún más nerviosa, a lo mejor la tuvo vigilada todo el tiempo, a lo mejor sabía que él había visitado su habitación la noche anterior, tendría que avisarle a Adrian, prevenirlo de alguna forma.

—Sí.

—Pues no creo que la intención del conde sea casarse con usted, la carta que me envió su padre con su secretario tiene que ver con lord Warwick.

A Miranda se le secó la garganta y aferró ambas manos con fuerza.

—No entiendo. —Lo miró, confundida.

—Warwick quiere arruinada a su familia y, por lo visto, a usted también. —Miranda se puso pálida, un nudo de angustia creció en su abdomen y las manos le empezaron a temblar.

—No le creo —dijo con voz ronca y manos temblorosas.

—Pues es la verdad, no tengo ningún interés en mentirle. —Se acercó a ella viendo su estado y la llevó a una silla, él se sentó a su lado.

—Le voy a contar todo, porque me imagino que en el tiempo que ha compartido con él no le ha dado esta información.

—Lo escucho —dijo con la mirada brillante, no creería una sola de sus palabras hasta corroborarlo con Adrian, no sería tan tonta como para caer en una intriga semejante.

—Lord Warwick ha urdido una estratagema que lleva años ejecutando sin que ninguno de ustedes se haya dado cuenta, poco a poco accedió a la mayoría de los créditos otorgados a su familia, los últimos usureros, desesperados porque las deudas no eran canceladas, cedieron los créditos con suma facilidad, así, señorita Taylor, mientras imagino Warwick llenaba de tiernas palabras sus oídos, hace dos días sus abogados han ido a ver a su padre para exigir el pago de la deuda, ellos tienen una semana para reunir el dinero.

El nudo de angustia se hizo tan afilado que sintió atravesados como puñales sus sentimientos, sus emociones y su corazón.

—No puede ser cierto, en la cena de la noche anterior usted manifestó una animadversión por él —adujo con voz temblorosa, sentía por la espalda escurrir un sudor frío—, no sé qué tanto sabe de nosotros, pero necesito corroborar lo que me está diciendo.

Wessex se quedó mirándola concentrado, nada en su semblante indicaba cuál era el giro de sus pensamientos.

—Miranda, es usted una mujer joven e inexperta, pensé que tendría algo más de madurez, pero veo que me equivoqué, veía en usted un lado práctico que me seducía. No le mentiría en algo tan importante, en este momento los abogados de Warwick están tasando la mansión de sus padres en la ciudad, con todos sus objetos, e imagino que mañana irán tras la casa en el campo y sus arrendatarios, vienen días muy difíciles para su familia.

Miranda se levantó y caminó por la estancia. Si todo eso era verdad, Warwick la había

arruinado para siempre. A pesar de tener a su padre y a su hermano en un pobre concepto, ellos eran su familia, no podía permitir que el conde se saliera con la suya. Su corazón lloró hecho girones, si todo esto era verdad, no lo superaría nunca, la pena se iría con ella hasta la tumba. ¡¿Qué diablos había hecho?! Le parecía imposible que hacía unos minutos Warwick le estuviera hablando de amor.

—¿Qué voy a hacer? —susurró más para sí misma y a punto de perder el control.

—Muy sencillo, Miranda —ella quiso gritarle que no la llamara más por su nombre, pero de qué valía ya—, antes de salir de Londres pedí formalmente su mano en matrimonio a su padre, mis abogados llegaron a un acuerdo con los abogados de su padre, puedo hacerme cargo de esta deuda si usted accede a casarse conmigo. Necesito un heredero y se me acorta el tiempo, después de que me dé un par de hijos, podrá hacer de su vida lo que quiera. Será una mujer rica y poderosa. Considere muy bien mi petición, podría perfectamente desistir del compromiso, tengo razones válidas para hacerlo.

—¿Por qué insiste entonces? ¿Por qué yo? —No quería llorar, sentía el calor húmedo en sus ojos y no quería que nadie la viera llorar su desgracia, tenía el presentimiento de que Wessex odiaba la debilidad.

—Es una usted una mujer joven y hermosa.

—Como muchas de las debutantes de esta temporada —replicó ella.

—Son todas muy jóvenes para mi gusto, usted tiene veintitrés años, no sé por qué aún sigue en el mercado matrimonial, a veces pienso que no es su culpa, es culpa de la familia que la rodea, un hermano díscolo y difícil de manejar, un padre temperamental y prepotente, no es la dote que cualquiera de mis pares quisiera.

—Me está ofendiendo, lord Wessex, es mi familia de la que está hablando.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y se las limpió con rabia.

—Pues me temo que antes de que termine nuestra reunión se sentirá un poco más ofendida.

Esto era una pesadilla, a lo mejor si se esforzaba se despertaría en su casa de Londres, con Meg pasándole su taza de chocolate y los últimos chismes de la servidumbre, su vida era apacible mientras esperaba una propuesta. Se pellizcó con fuerza el dorso de la mano; no, no era una pesadilla, era la maldita realidad.

—¿Qué quiere decir?

—No sé qué tan lejos habrá llegado con Warwick, porque si lo que quería era la ruina total de la familia, imagino que usted estará mancillada. ¿O estamos a tiempo?

Miranda le dio una bofetada que resonó como un golpe seco por la habitación. Mentiría, no podría salir perdedora de este embrollo, meditó con un rastro de sangre fría, después vería cómo se las arreglaría, pero se negaba a ser la perdedora ante un par de hombres que se creían los dueños del mundo.

En ese momento entendió muchas cosas. La mirada de Warwick cuando empezaron a hablar en Stratford era una mirada de velado desprecio, como si ella le debiera algo; ahora lo entendía, le costaba trabajo emparejar esa mirada con la mirada luminosa que le destinó cuando entró esa mañana al comedor. Tenía que reconocer que el conde tenía sus razones para actuar como lo hizo, claro que eso no lo disculparía, había caído como una imbécil.

Wessex se llevó la mano al rostro.

—Al menos algo se salvó de este bochornoso episodio. —Se acercó a ella de nuevo con cautela—. Nadie lo sabrá, si usted acepta mis condiciones.

—Quiero ver los documentos que avalan lo que usted me está diciendo.

Wessex, al ver que ella lo enfrentaba negándose a caer en su juego, se levantó soltando un

suspiro, se acercó al grueso escritorio y le pasó una serie de documentos. Miranda los miró uno a uno y su corazón terminó de destruirse al ver la firma y el sello del conde de Warwick al final de cada documento, donde pedía hacer efectiva la deuda. Los volvió a leer, Wessex no se tomaría tantas molestias en armar una trama de ese calibre solo para destruir lo suyo con Warwick. El marqués decía la verdad.

La vida de cada persona es como estar en el borde de un precipicio, lo más sencillo es saltar, pero eso es muy fácil, la vida nos impone diversos retos para mantenernos ahí en el filo durante toda nuestra existencia, lo valeroso es poder mantenernos en ese filo y ser capaces de danzar con la premisa de que un paso en falso nos llevará inevitablemente al fondo. Miranda se sentía a punto de saltar, acababa de sufrir la mayor decepción de su existencia, a lo mejor era lo que Warwick quería, que ella sintiera lo que había sentido su hermana, el dolor y la desesperación; pues no le daría el gusto, era una mujer fuerte, o eso creía.

—¿Cuáles son sus condiciones?

Capítulo 16

Adrian se sentó durante largo rato en una salita al lado del estudio, meditando que la reunión entre Miranda y Wessex demoraba demasiado. Envió por Sanders, que estaba ordenando la habitación.

—Milord —dijo el hombre tan pronto se materializó frente a él.

El conde se levantó de la silla, fue hacia un coqueto escritorio y buscó papel y tinta.

—Necesito que arregles el equipaje —dijo mientras escribía.

—Como usted ordene, milord, recomendaré a uno de los sirvientes para que se ocupe del coche y lo tengan listo para el momento en que desee partir.

El hombre lo miró con gesto interrogante sin atreverse a preguntar por su destino. Warwick blanqueó los ojos, se acercó a su criado y confidente.

—Necesito que lleves esta carta —dijo entregándole la misiva que acababa de guardar en un sobre y sellar con un lacre que sacó de otro cajón— y la entregues en manos del conde de Watford.

En el documento, Warwick le relataba a Watford sobre lo ocurrido en la entrevista con *lady* Gellywen y también preguntaba por la salud de Smith.

—En cuanto a mi destino, iré a Stratford con la señorita Taylor.

Iría al coto de caza que Wild tenía en la zona, no quería estar cerca de *lady* Fairfield, podrían pasar unos días juntos. Sabía que el romance no duraría, en cuanto Miranda supiera que su familia lo había perdido todo, en parte por su culpa, y que además no habría propuesta de matrimonio, no querría saber nada de él.

Se asomó a la ventana, los invitados paseaban por el jardín, pensó en su padre fallecido y en su hermana, cuya vida también había peligrado. Se sintió mal. No quería dejarla ir, no aún y tampoco tenía una respuesta a ese anhelo de querer retenerla unos días más.

Sanders abrió los ojos como platos.

—¿Todo marcha según lo planeado, milord?

El criado era el único cercano al conde con la suficiente confianza para hacerle una pregunta así, ya que estaba al tanto de los motivos del conde para actuar como actuaba.

—Sí, nada ha cambiado —dijo con talante amargo—, por eso necesito que alistes un coche y mi equipaje, y después tomarás rumbo a Londres, no me importa cuántas veces debas cambiar de caballo, en esta bolsa hay dinero suficiente, necesito la carta en sus manos de Watford esta misma noche.

Necesitaba prevenirlo sobre la velada amenaza de *lady* Gellywen.

—Como ordene, milord.

Warwick no dijo nada más y despachó a Sanders tan pronto un lacayo le dijo que la señorita Taylor y el marqués lo esperaban en el salón. No le dio buena espina el que fueran los dos los que pidieran hablar con él.

Mucho menos le gustó entrar al estudio y ver al marqués de Wessex sentado frente a un cúmulo de papeles y a Miranda, que rehuía su mirada, de pie al lado del noble.

Adrian adoptó una posición inescrutable sin dejar de observar a la joven.

—Warwick, tome asiento, usted será la primera persona que nos felicite, la señorita Taylor y yo acabamos de comprometernos.

Sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en las entrañas sin él esperarlo. La sangre se le subió a la cabeza y sintió pulsaciones en los oídos y que los latidos del corazón

tronaban desaforados. Tragó grueso antes de hablar.

—¿Miranda? —Necesitaba corroborarlo, necesitaba que ella lo mirara, pero la joven permaneció inmutable mirando un punto detrás de él.

—Necesito tener unas palabras con la señorita Taylor —replicó Warwick, ignorando las últimas palabras del marqués.

—Me temo que no podrá ser —respondió Wessex.

—No le pregunté a usted —objetó Adrian.

Miranda carraspeó y lo miró furiosa.

—No tenemos nada de qué hablar, lord Warwick.

—Ya lo creo que sí —dijo en tono de voz que sugirió una amenaza.

Miranda se quedó mirándolo unos cuantos segundos, la rabia apenas la dejaba respirar, decidió complacer al conde, no quería un enfrentamiento entre los dos y que Warwick sacara a colación lo ocurrido la noche anterior. Vistió su expresión de apatía y fastidio.

—Por favor, Nicholas —la joven tocó el brazo del marqués—, solo unas palabras con el conde de Warwick, no demoraré, confía en mí.

Adrian la miraba sin poder dar crédito a lo que escuchaba, el tono de voz usado por Miranda y la familiaridad con que lo trataba lo sacaron de quicio, debió tener un autocontrol muy grande para no saltar sobre el marqués y romperle la cara. ¡Estaba celoso!

—No —retrucó el marqués—, lo cité aquí porque además de darle la maravillosa noticia, usted y yo tenemos asuntos en común.

Adrian depositó toda su atención en él.

—Tengo entendido que sus abogados están tasando en este momento las propiedades y objetos de lord Sufolk y, como usted se acaba de enterar, la familia de mi prometida será parte de mi familia también, y yo protejo lo que es mío.

Tomó la mano de la joven y le dio un beso en el dorso, en un instante la joven dejó caer la máscara de imperturbabilidad de su rostro y una tristeza amarga azotó sus facciones, ese gesto fue el que impulsó a Adrian a hablar.

—¡Miranda! Puedo explicarlo —dijo tratando de ganar tiempo.

Explicar qué, se preguntó, las cosas por lo visto habían ocurrido con la precisión de un reloj, pero le afectaba, le oprimía el corazón ver la mirada desolada de Miranda, así quisiera engatusarlo con una aparente apatía, nada podía ocultar la tristeza que sentía y ese gesto se grabó en su corazón. Había llevado las cosas demasiado lejos y demasiado rápido, y ahora corría el riesgo de perderla sin siquiera explorar el dolor que le causaban las espinas que se paseaban por su pecho, entre más tiempo transcurría en presencia de ellos, más profundo se enterraban.

El pulso de Miranda latió con fuerza, necesitaba salir de ese lugar, la furia apenas la dejaba pensar.

—Señorita Taylor para usted —señaló entre dientes y le pasó el cúmulo de papeles que ahora estaban en poder del marqués.

Adrian observó los documentos de reojo, sabía qué clase de documentos eran, él había firmado cada clausula, cada hoja y no podía negarlo.

—Puedo explicarlo —repitió, su respuesta sedosa no coincidía con el clamor de su pecho.

El rostro de Miranda se tiñó de escarlata.

—Lord Warwick —saltó Miranda—, ¿es esta su firma? ¿Era esta su intención?

Adrian vio el fuego de la esperanza en los ojos de ella, quería que lo negara, ella esperaba que él lo negara, pero no podía hacerlo, no se sentía capaz de hacerlo.

—Es mi firma —señaló en voz baja.

El marqués lo miró con un brillo de satisfacción.

—De ahora en adelante, Warwick, tendrá que tratar con mis abogados. Antes de tres días, las deudas de la familia de lord Sufolk estarán saldadas. —Sonrió burlón con el gesto típico del que sabe que ha ganado de primera mano la más alta apuesta—. No nos ha felicitado por nuestras próximas nupcias.

—Necesito hablar con usted, señorita Taylor —replicó Warwick de nuevo, y se enfureció por el tono de súplica que bañó sus palabras.

—Lord Warwick, todo está claro, no hay palabras que puedan disculpar su rastrero actuar, si todavía guarda en su alma una pizca de misericordia, se retirará en este momento y me dejará en paz. —Sus palabras restallaron como un látigo en la habitación silenciosa—. La explicación está en estos papeles, mi familia es muy importante para mí, espero que respete mi decisión.

Adrian hizo una reverencia.

—Felicitaciones. —Se dio la vuelta y salió de la estancia.

Miranda iba a hacer lo mismo, pero el marqués tomó su mano.

—Cumplirás tu palabra.

—Lo haré —señaló ella derrotada—. No volveré a hablar con el conde Warwick nunca, no tiene nada de qué preocuparse.

—Ve a descansar, querida, saldremos mañana al amanecer para Londres.

Adrian salió más que furioso, decepcionado, debió suponerlo, estaba maldito en las cosas del corazón. Se había descuidado en lo importante y al ver a Miranda al lado de Wessex, se dio cuenta que la joven se había colado por una rendija de su agrietado corazón y no tenía idea de cómo había sucedido, si hubiera erigido mejor sus defensas, eso no hubiera sucedido. Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose miserable.

Miranda salió del estudio, pero un par de lacayos caminaban a su lado, Warwick estaba seguro de que eran sirvientes de Wessex, intentó acercarse, pero los hombres y la misma Miranda se lo impidieron, pasaron por su lado sin mirarlo.

—¡Miranda! Todo tiene una explicación.

—No hay explicación posible —dijo ella con tono tembloroso.

—Por favor, Miranda —rogó Adrian.

—¿Qué sucede aquí? —interrumpió Beatrice, cortando la atmósfera como si fuera una tupida tela, y aferró a Miranda del brazo.

Ella rehuyó otra vez su mirada para dirigirla a su amiga.

—¡Felicítame! Voy a casarme con el marqués de Wessex.

Beatrice quedó en silencio y miró de uno a otro sin entender nada, la tomó del brazo y empezó a subir las escaleras con ella, notó que temblaba como una hoja.

—¡Miranda! —insistió Adrian—. Tendrás que escucharme tarde o temprano.

—No entiendo qué ocurrió, lord Warwick, pero le pido que le dé un respiro a Miranda.

Subió rápidamente con ella hasta perderse por el corredor.

¡Maldita sea! La había perdido. Necesitaba un trago, no, un trago no, toda la botella. Subió las escaleras con celeridad y llegó hasta la habitación, donde encontró a Sanders preparando el equipaje.

—Iremos a Londres los dos.

Sanders, que conocía al conde, vio que estaba descompuesto.

—¿Qué ocurrió?

—Todo se fue al carajo, necesito estar en Londres, pero antes consígueme una botella de *whisky*.

—Lo lamento mucho, milord, iré enseguida por su licor.

Sanders volvió con una botella y un vaso en una bandeja. Adrian tomó la botella sin molestarse en servirse un trago y bebió directamente de ella.

"¿Qué mierda quieres hacer?", se preguntó desesperado, furioso y vulnerable. Su mente confusa le dijo que insistiera, pero su orgullo herido le dijo que la dejara casarse con Wessex, a medida que aumentaba el licor ingerido, el amasijo de pensamientos se tornó más confuso. No fue sino verla con Wessex y que su estratagema fuera descubierta para darse cuenta de que sentía algo por ella.

La rabia apenas lo dejaba respirar, rabia con la vida, con él mismo por ponerse en esta situación, la vida era mucho mejor cuando no había sentimientos fuertes invadiéndolo todo, era mucho mejor permanecer aislado de todo afecto sentimental. No sabía qué hacer, aún sus pensamientos estaban saturados de lo ocurrido la noche anterior, la suavidad de su piel, el calor de sus inocentes caricias. El pensar que Wessex iba a disfrutar de ello lo ahogó de celos, ella era suya, no del imbécil que se había aprovechado de su vulnerabilidad. Pero no era el momento de reclamarla, arreglaría el entuerto, no aceptaría el dinero del marqués, él condonaría esa maldita deuda que lo había separado de la mujer que amaba y trataría de solucionarlo.

Un par de horas después partía rumbo a Londres.

***

—Warwick no merece una sola de tus lágrimas —sentenció Beatrice mientras consolaba el llanto convulso de su amiga.

—Me engañó y yo caí como una imbécil.

Beatrice estaba anonadada. Conocía al conde y a su familia, no entendía qué lo había obligado a actuar así, le parecía absurdo e infantil tramar la ruina de una persona buena. Ella no tenía en alta estima a la familia de Miranda, sin embargo, lo urdido por Warwick hablaba de un alma atormentada por lo ocurrido a su hermana y a su padre, que, a los ojos del conde, merecía una retaliación. A Beatrice la venganza le parecía inoficiosa, la vida se encargaba tarde o temprano de poner las cosas en su lugar y le dolía que su amiga hubiera sido la afectada.

—No eres imbécil, ahora me siento culpable por haberte alentado —señaló furiosa.

Miranda negó con la cabeza mientras se sonaba la nariz.

—No soy una niña, pienso que me falló el sentido común, debí silenciarlo cuando se acercó a mí y mira lo que ocurrió, ahora estoy en un terrible dilema.

—¿Por qué? Estás comprometida, pudiste salvar a tu familia aun a costa de tu corazón.

—Me entregué a él.

—¿Qué? —La miró estupefacta y la abrazó de nuevo al ver que arreciaba el llanto.

—Lo que oyes. Me hizo lo mismo que le hizo Edward a su hermana.

Miranda le contó lo ocurrido y Beatrice se levantó furiosa y empezó a despotricar.

—¡Voy a matarlo! —gritó.

—No vale la pena, ahora tengo que enfrentar el problema de mi noche de bodas cuando Wessex se dé cuenta de que le mentí. Eso si es que no quedo embarazada. Solo de pensarlo me dan ganas de quedarme dormida y no despertar jamás.

—No te cases, olvida todo y vente conmigo para Egipto, conocerás otras culturas, podrás hacer una vida diferente.

—No tengo medios para hacer eso.

—Algo haremos, por eso no te preocupes. Puedes tomar notas para papá, dibujar sus

hallazgos o los míos. No te dejes vencer, siempre has sido una mujer fuerte.

—En esto salió a relucir mi debilidad.

—No te culpes más, él es el que tendrá que responder si hay consecuencias, así me toque retarlo a duelo u obligarlo a casarse a punta de pistola, no se saldrá con la suya.

Miranda sonrió a pesar de la pena.

—No te imagino batiéndote a duelo con Warwick.

Ella la miró con severidad.

—Lo haría, claro que lo haría. Insisto, puedes irte con nosotros.

La idea era tentadora, pero sabía que no podría hacerlo, tenía una responsabilidad para con su familia, no podría dejarlos desprotegidos. Después de solucionar sus problemas, quién sabe qué retaliaciones tomaría el marqués para con ellos.

Se acercó a su amiga y la tomó de las manos.

—Sabes muy bien que no puedo dejarlos a su suerte, han contado conmigo como último hilo de salvación, no puedo decepcionarlos.

—Aun a costa de tu felicidad —interrumpió Beatrice indignada.

—Aun a costa de ello. —Inspiró profundo—. Te agradezco que siempre pienses en mí y en mi felicidad, eres una maravillosa amiga y te quiero mucho, pero debo hacer frente a mis errores. Hablaré con Nicholas tan pronto esté más tranquila y le contaré lo sucedido, él tomará una decisión, si no hay consecuencias, claro.

Miranda le contó que volvería al día siguiente a Londres. En cuanto se quedó sola, dio rienda suelta al llanto, ¿cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo pudo dejarse embaucar en tan poco tiempo? El desgarro en su corazón la lastimaba sin cesar, no quería volver a verlo, no podía volver a verlo porque sabía que lo atacaría de alguna forma. Cuando había salido del estudio, quiso hacerlo, abofetearlo, lastimarlo, lo que fuera, necesitaba ver en sus ojos el mismo dolor que ella sentía.

Lo enfrentaría, no supo cuándo ni dónde, pero lo haría. Frecuentaban el mismo círculo de conocidos y ahora, como prometida de Wessex, ningún salón o reunión estaría vedado para ella. Tenía que demostrarle que no le importaba, la indiferencia sería su máscara, tendría que logarlo. Esa noche envió la excusa de que estaba algo indispuesta y no bajó a cenar.

Al día siguiente partiría a Londres, no sin antes enviar una nota a su tía Edith comunicándole las buenas nuevas y su destino, e invitándola a que la visitara.

El coche atravesó el amplio jardín, a lo lejos vio la pérgola donde él la había besado, nunca volvería a ese lugar.

—¿Estás bien? —preguntó el marqués, que había decidido viajar con ella.

Miranda se volteó a mirarlo y con su máscara de indiferencia bien adherida a la piel, le dijo:

—Estoy muy bien, Nicholas, ansiosa por volver a casa.

Solo ella, su corazón y sus lágrimas sabían lo que le costaría mantener esa dolorosa máscara firme en su rostro para evitar que se resquebrajara.

Capítulo 17

A primera hora de la mañana, Warwick se presentó en la mansión del conde de Watford.

—Vaya, vaya, pensé que te quedarías retozando en el campo.

Con semblante apagado, Adrian se sentó frente a su amigo, que también lucía cansado.

—¿Cómo está Smith?

—Sobreviviendo, ayer ya no tenía fiebre.

—¿Recobró la conciencia?

—Sí, a ratos, pero duerme todo el tiempo, he redoblado la vigilancia, no me fío de ese bastardo.

—Haces bien, necesito un trago.

—Son las nueve de la mañana, te iba a ofrecer un té —dijo con tinte irónico.

—No, dame un coñac.

—Como ordene, milord. —Watford se levantó de la mesa, cargaba una pistola con él todo el tiempo.

Warwick rogaba que este episodio terminara para darle algo de normalidad a su vida. Su amigo le pasó la bebida.

—¿Ha dicho algo en medio del delirio?

—Sí, lo he anotado, repite varias veces: “Los justos, los justos”. No tengo idea de qué pueda ser, observando al hombre, es más viejo de lo que pensaba, habla de un hijo y que todo lo hace por su hijo.

—Interesante. ¿No ha dicho su nombre?

Warwick se paseaba por el salón, Watford estaba apoyado en una esquina del escritorio.

—Así sea en medio del delirio, se contiene para llamarlo por su nombre, solo dice: «Mi hijo, milord», con evidente orgullo.

Adrian asintió tranquilamente y se bebió el resto de coñac.

—El conde de Findley está investigando el diagrama del puñal, me dice que le es familiar y espero que sea de ayuda —señaló, dejando el vaso encima de una mesa para después tomar asiento frente al escritorio. El otro rodeó la mesa, se sentó y alzó ambos pies sobre la superficie.

—Findley es un buen hombre y es estudioso, si el diagrama es de valor, él lo averiguará —afirmó lord Watford—. ¿Crees que *lady* Gellywen sea la asesina?

—No sabría decirlo, es una mujer de una personalidad algo compleja, le pedí a mi detective, antes de venir aquí, que investigue sobre sus ausencias, ella está protegiendo a alguien, puede ser a su esposo o a alguno de sus socios, espero que el diseño del puñal sea de ayuda y no nos lleve a otro callejón sin salida. Estoy desesperado.

—Yo también —replicó Watford—, echo en falta a mi esposa y a los niños. ¿Qué diablos se te perdió en Stratford? Tienes el semblante de tener un ataque de parásitos o de almorranas.

Warwick inspiró con fuerza al tiempo que se removía en su silla y negó con la cabeza. Se sentía avergonzado por todo lo ocurrido, la pena estaba muy reciente como para hablar de ello.

—Asuntos personales de los que no me siento orgulloso en este momento.

Su amigo lo observó en silencio unos segundos y decidió dejarlo en paz, había otros pendientes importantes que atender.

—Tengo nueva información de lord Hereford —le dijo. Hereford era uno de los personajes que estaba en la lista de los sospechosos a quienes ellos mantenían vigilados, pero hasta el momento ninguno había dado un paso en falso que los relacionara con el asesinato—. Perdió

mucho dinero y conexiones importantes cuando Hanks, el norteamericano que aspiró a la mano de la joven asesinada, rompió toda alianza con él, el hombre está tapizado en deudas por culpa de sus malas decisiones financieras.

—Ya lo sabíamos. ¿Eso qué tiene que ver con el asesinato de *lady* Regina?

—Resentimiento, impulsividad. Lo curioso es que Barrington le facilitó el dinero para entrar en la sociedad de la mina de carbón, donde trabaja nuestro amigo Smith, y tan pronto Hanks rompió el compromiso, Barrington le cobró ese dinero a Hereford.

—Eso no justifica que matara a la hija y menos de una manera tan elaborada, ¿en qué lo habría beneficiado eso?

—Simple retaliación, pero Hereford actuó como un zorro, se acercó bastante a él, lo ha acompañado en todo, incluso en manchar nuestra reputación, y parece que Barrington ha dejado quieto el asunto del dinero.

—Algo ahí no termina de convencerme, es muy vago y forzado, ¿has sabido algo de Gellywen?

—Mackay está detrás de él como sabueso, sobre todo porque volvió hace dos días a Londres. Estuvo en su casa de campo todo el tiempo.

—Es muy difícil que logremos dar con el asesino a estas alturas —sentenció Warwick desalentado—, necesitamos saber para cuál de todos los caballeros trabaja Smith, debió tener un mentor para encontrar ese tipo de trabajo.

—Si supiéramos de dónde es, ese detalle podría darnos alguna pista. No te desanimes, tengo un presentimiento.

—Quiero ver a Smith.

—Vamos. —Watford se levantó, pero antes de salir del estudio observó detenidamente a Warwick—. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, no te voy a juzgar.

—Lo sé —Adrian palmeó su hombro—, cuando esté listo hablaré. Ahora —se le entrecortó la voz, sabía que si hablaba de lo ocurrido en ese momento no podría controlarse y lloraría como un niño. No podía dar espectáculo semejante— no me siento capaz.

Watford asintió y salieron por el pasillo, bajaron unas escaleras y llegaron al sótano. Durante el recorrido, Warwick vio a varios hombres apostados en puertas y salidas, estaba seguro de que algunos habían venido de Escocia. Cuando llegaron a la puerta del lugar donde estaba Smith, otros dos hombres corpulentos custodiaban la entrada. Con un gesto, Watford ordenó que abrieran la puerta.

Adentro había otro hombre, el lugar contaba con los muebles indispensables, un olor a sudor y a medicamento saturaba el ambiente. Smith yacía en la cama con los ojos cerrados.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Watford al hombre.

—No, señor, balbucea en sueños, pero nada más.

Warwick observó al matón, a pesar de encontrarse en una posición de vulnerabilidad, el hombre mantenía su apostura pendenciera. Estaba pálido y las ojeras circundaban sus ojos, la cicatriz en el dorso de su mano era mucho más visible. La herida que le había infligido Warwick había sanado, el problema era el golpe en la cabeza. Este era el hombre que había puesto patas arriba su mundo y el de sus amigos. La ira lo invadió.

Smith, como si hubiera sentido los turbios pensamientos del conde, abrió los ojos y se quedó mirándolos sin pronunciar palabra. Warwick se preguntó de nuevo dónde diablos había visto esa mirada afilada como una hoja de acero, cortaba a través de cualquier ilusión de inocencia. En esos ojos no había rastro de compasión ni remordimiento, solo una crueldad calculada que dejaba a su paso un escalofrío desagradable. Las pupilas, estrechas y astutas,

observaban cada movimiento con una precisión despiadada, como si estuviera siempre evaluando las debilidades de quienes lo rodeaban. Era un gesto que sugería que detrás de esos ojos había secretos oscuros y maquinaciones diabólicas, listas para desplegarse en el momento adecuado. Alguien que él conocía miraba de esa manera. No podía recordarlo. El hombre volvió a sumirse en el sueño.

—Se recuperará y con ello tendremos nuestras respuestas —afirmó Watford.

Warwick negó con la cabeza.

—Quiero las malditas respuestas ahora.

Lo agarró por las solapas y lo levantó de un tirón, Smith lo miraba asustado.

—¿Por qué? —preguntó sobre el rostro del hombre, que lo observó de mala manera—. ¡Habla, maldita sea!

Watford se recostó contra la puerta dejándolo hacer.

—¿Por qué nosotros, hijo de puta? —bramó a punto de perder el control y con ganas de golpearlo otra vez.

—Si lo noqueas de nuevo no nos servirá de mucho —señaló Watford con una calma mortal.

Smith miró de uno al otro.

—Mátenme de una vez —carraspeó y su tono de voz fue más ronco que de costumbre por el tiempo que llevaba sin hablar—, es lo más inteligente que pueden hacer.

Warwick lo soltó y lo observó significativamente.

—Deberíamos entregarte a Bourne —escupió.

—¡Háganlo! —reviró Smith con una sonrisa malvada—. Y yo a él le contaré una historia muy diferente, con el deseo que el magistrado tiene de llevarlos a la horca, no me costará nada convencerlo.

Fue Watford quien le propinó otro golpe en el rostro, dejándole un ojo hinchado y enrojecido.

—Dejémoslo unos días más a que se recupere —adujo.

Adrian lo soltó de mala manera sobre la cama, se arregló la chaqueta y salieron de la habitación.

—¿Ese hijo de puta se atrevió a amenazarnos? —preguntó Watford irritado mientras caminaban rumbo al estudio.

—Sí —admitió Warwick torciendo el gesto—, y lo que me da rabia es que tiene toda la razón —añadió pensativo—. Fue un error secuestrarlo, eso va a jugar en nuestra contra.

—No, si jugamos bien nuestras cartas —objetó Watford.

—¿Qué sigue? —preguntó Warwick ya más calmado, observando su reloj de leontina. En minutos tendría que reunirse con los abogados.

—Esperemos que Findley descifre lo que quiere decir el símbolo del puñal, por ahora no podremos hacer más.

***

Llegó a la oficina de su abogado ubicada en Picadilly Street, donde Richard Thomas ya lo esperaba.

—Lord Warwick —saludó el abogado que llevaba los asuntos de la familia desde hacía más de dos décadas.

Lo invitó a tomar asiento en medio de una oficina cuyas paredes estaban cubiertas de

paneles de madera repletos de libros. Adrian lo miró muy serio.

—El día de hoy o mañana tendrá noticias del marqués de Wessex, no quiero que reciba un solo penique por parte de él para saldar las deudas de los Sufolk. Deseo que le envíe una carta al vizconde, diciéndole que se cometió una equivocación y que la deuda queda saldada desde este momento.

A Thomas se le saltaron los ojos y las cejas le llegaron al inicio del cabello.

—Milord —dijo en tono de voz ronco—, ¿está usted seguro de lo que me está diciendo? Usted ha trabajado años para adquirir esas deudas.

Warwick observó al hombre de mala manera.

—No se lo estaría ordenando si no fuera así, hubo un cambio y quiero finiquitar ese asunto de esta manera. No se recibirá dinero y la deuda se encuentra saldada a partir de este momento, ¿me ha entendido?

—Sí, milord.

***

Apreciada Susan:

Nada como un poco de aire fresco para incentivar nuestra creatividad. La invito a un día de campo, yo me encargaré de todo, solo quiero contar con su presencia, diga que sí y envíeme su respuesta por medio de este mensajero, la recogeré mañana al mediodía.

Suyo,

Darius Hollister

Un calorcillo invadió el alma de Susan. Ya se habían reunido en otra ocasión, y después del bosquejo ella había empezado a pintar. Darius le causaba viva curiosidad, parecía un hombre amable, sencillo, sin doble cara, pero no confiaba en su criterio cuando de hombres se trataba, su amarga experiencia era difícil de superar. Lo meditó unos minutos, el clima era agradable y siempre era un placer respirar el aire limpio del campo. Aceptó su propuesta, pero, como deseaba ir sola —a su madre le daría un soponcio si salía a pasar rato en compañía de un hombre que no era miembro de la familia—, le dijo que la recogiera frente a la librería que ella frecuentaba. Le envió las señas en la carta de contestación y pasó toda la tarde trabajando mientras tarareaba una melodía.

Esa mañana se esmeró en su arreglo y salió con su doncella cerca del mediodía, pero envió a la mujer a visitar a su familia y le dijo que la recogería al atardecer en un punto que acordaron cerca de casa. Susan no tenía por qué esconderse y en un momento dado le preocupó que Darius la juzgara mal, pero eso no la amilanó, estaba cansada de vivir en la burbuja que Adrian y su madre habían creado para ella. Su hermano había llegado el día anterior, pero no lo había visto, ni esa mañana al desayuno ni cuando salía a cumplir su cita.

Hollister la esperaba puntualmente a las afueras de la librería, vestía un pantalón color arena, camisa blanca, chaqueta gris, y botas caña alta. Sus ojos lucían igual de amables que siempre. Al subir al coche, Susan vio un cesto cubierto con un mantel, por uno de cuyos lados asomaba el cuello de una botella.

—Buenos días, Susan —saludó sonriente, habían dejado las formalidades en la tercera cita —, he pensado en llevarla a un bosque a las afueras del castillo de Windsor, le va a gustar, en esta época del año está muy florecido, le encantarán los colores. ¿Qué le parece?

—Me parece una maravillosa idea.

¿Lo era? Observándolo en el coche frente a ella se preguntaba qué diablillo la había inducido a aceptar su propuesta. Si Adrian se enteraba la mataría. Darius observó la arruga entre sus cejas mientras golpeaba el techo del coche para que se pusiera en movimiento.

—¿Tenemos algún problema?

—No —respondió ella suavemente.

La mente la señorita de sociedad le decía que era una locura, mientras que su corazón anhelaba el aire fresco, el sol… Pero si solo quería eso podría hacerlo en el jardín de su casa, entonces deseaba la compañía, alguien que no la mirara como si le fuera a dar un ataque en cualquier momento, estaba cansada de que los demás caminaran de puntillas a su alrededor.

El coche arrancó y Susan se preguntó si alguno de los amigos de su madre o hermana la habría visto.

Él la distrajo con diversos relatos sobre uno de los artistas que expondría su obra en la academia, mientras atravesaban la ruidosa y congestionada ciudad.

Susan levantó el visillo y ambos observaron el paisaje.

—Hermoso, ¿verdad?

Ella asintió con una sonrisa.

—¿Puedo hacerle una pregunta algo imprudente?

La joven pareció sorprendida.

—¿Por qué no?

—¿Después de lo ocurrido se ha vuelto a enamorar?

Susan no lo tomó a mal y se echó a reír.

—No, no he querido hacerlo. Mi corazón se ha tomado un tiempo largo en reponerse.

—Discúlpeme si fui indiscreto.

—No, no tiene nada de qué disculparse, me gusta pensar que usted y yo somos amigos.

—Lo somos, Susan. —Aferró su mano en un gesto tan cálido que ella quiso que prolongara la caricia, pero Darius la soltó enseguida.

—¿Qué hace aparte de pintar? Supongo que leer.

Ella sonrió.

—Pensé que era más misteriosa.

—Me citó en una librería, debe ser cliente del lugar.

Darius la miró mientras el coche daba una curva, estaban cerca del bosquecillo. Los ojos verdes de la joven brillaban entusiasmados.

—Se le da muy bien analizar a las personas.

—Es conveniente para mi vida personal y mi trabajo.

—Me gusta leer, sueño que huyo a otros mundos.

—¿Solo huye con los libros?

—Sí y también doy largos paseos a caballo a primera hora de la mañana por Hyde Park e imagino que soy otra persona. Me escapo siempre que puedo, aunque no con la frecuencia que quisiera.

El coche hizo más lento su recorrido. Susan observó otra vez por la ventana del coche, recorrían un estrecho camino rural, flanqueado por árboles y flores.

—Darius, ¿dónde estamos? —observó el paisaje con curiosidad.

Él sonrió, era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila y se prometió que no sería la última.

—Es uno de mis lugares favoritos y uno de los pocos bosques que no son frecuentados por

la gente de la ciudad, tiene un arroyo al otro extremo y mire el tapete de flores que lo cubre. A veces vengo aquí simplemente para pensar.

La miró sonriente, mientras la ayudaba a bajar del vehículo y Susan percibió que se sentía cómoda con él.

—Es un lugar hermoso —señaló ella.

—No he hablado con nadie de este lugar, usted es la primera persona que traigo. —Se quedó en silencio como si su declaración implicara algo más.

—¿Viene a menudo?

—Sí —dijo mientras extendía el brazo para coger el cesto con las viandas del asiento. La miró con fijeza—. Me gusta compartir este lugar con usted.

Le dijo al cochero que echara una siesta y caminó con ella por un trecho angosto.

—Gracias.

El lugar estaba tapizado de rosas, lavandas, nomeolvides y otras especies más. Darius la llevó a un descampado, extendió el mantel y la invitó a sentarse mientras él sacaba alimentos del canasto: frutas, quesos, pollo, pasteles y una botella de champaña con dos copas.

Se sentó frente a ella ofreciéndole un cuenco con cerezas.

—Pensé que no la volvería a ver después de mi primera visita, estuve instalado días en la academia hasta que apareció.

—Me intrigó su ida a mi estudio, tenía que verlo otra vez, ya sabe, sus ojos.

Él soltó una risa y de pronto la miró con fijeza.

—Me gusta que sea usted abierta y sincera, no teme decirme las cosas.

—No tengo por qué temer —sonrió—, creo.

—Oh, vamos, coma algo. —Le pasó un racimo de uvas, ella saboreó la fruta y su dulzor estalló en su boca.

—Fue algo muy extraño… —se detuvo, y él la miró invitándola a continuar—, tuve la sensación de que nos conocíamos.

—Yo también.

Ambos se quedaron en silencio. La tarde era perfecta, el sol brillaba alto, la brisa era suave y el canto de pájaros y chicharras alegraba el ambiente. Susan se recostó y él arrancó varias flores y se las puso en el cabello, ella mordió una manzana mirando el cielo, feliz.

Darius la contempló. Estaba muy hermosa, recostada sobre la manta, con las flores entretejidas en su cabello. Susan, al ver su mirada, se apoyó en un codo y se sacudió el cabello.

—Si pudiera verse en este momento, Susan, es usted una mujer muy hermosa, quisiera tener el don de plasmar este momento —sonrió—. Aunque creo que no lo necesito porque quedará grabado en mi mente para siempre.

—Eso es muy terminante cuando apenas nos estamos conociendo.

Se acercó a ella, los rayos de sol arrancaban destellos rojizos a su cabello.

—Susan —interrumpió lo que iba a decir y la contempló en silencio, se inclinó sobre ella y susurró en su oído—, te quiero, Susan.

La rodeó con sus brazos y la besó. Fue un gesto apenas perceptible, pero cargado de sentimientos. Ella respondió a su gesto de manera ansiosa y el beso se profundizó. El corazón de Susan latía con esfuerzo, como si saliera de un retiro forzoso, frío y oscuro, y de pronto se viera inundado por la tibieza de los rayos de sol. Supo que se enamoraría sin remedio y esperó el temor, sin embargo, una luz de esperanza calentó todo su cuerpo.

Capítulo 18

Se le acababa el tiempo, sabía que solo era cuestión de días, o de horas, que los cuatro malditos lo enfrentaran, caviló Smith mientras observaba al hombre que lo vigilaba quedarse dormido en una silla, recostado contra la pared. No creía que llevara más de diez días en esa maldita ratonera, pero desde que había vuelto a la consciencia se había dedicado a planear su fuga, estudiando cada patrón de los guardias que lo vigilaban implacablemente.

En el momento en que el hombre lo encadenó para volver a acostarse después de comer, Smith comenzó con su plan. Se había agenciado en días pasados un trozo de alambre al que poco a poco le había dado forma de ganzúa, y esperaba ansioso probarla para ver si podía abrir el candado. Todos eran unos imbéciles, lo único que un hombre necesitaba para salir de una situación, cualquiera que fuera, era la paciencia. Además, notaba a los hombres cansados por culpa de la inactividad. Introdujo el alambre en la cerradura y empezó a moverlo, hizo un clic y el guardia se removió en su asiento; los latidos de su corazón se aceleraron, y una oleada de euforia lo invadió, se quedó quieto y lo observó de reojo, esperó unos minutos, volvió a intentarlo y el candado se abrió. Muy lentamente, para que no hiciera ruido, desenganchó la cadena y, con el sigilo de un gato, se levantó y aferró por el cuello al guardia, matándolo en segundos. Lo llevó despacio a la cama, lo acostó y lo desvistió, se cambió, tomó el puñal que el hombre llevaba al cinto y con movimientos cuidadosos logró deslizar la cerradura sin hacer ruido. Al abrir la puerta, se encontró cara a cara con el resplandor de la palmatoria de uno de los guardias que se acercaba. La urgencia se apoderó de él, y sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre el hombre, arrebatándole la vela y lanzándola lejos en un intento desesperado de crear un caos momentáneo.

El sonido de la lucha se propagó por el sótano, despertando a los otros guardias de su letargo. Smith se movió con agilidad, esquivando los golpes y las embestidas de los hombres que lo rodeaban. Cada golpe que asestaba era un paso más para lograr su libertad.

En medio del caos, logró abrirse paso hasta las escaleras que conducían a la planta principal de la mansión. Sin mirar atrás, ascendió corriendo, impulsado por la necesidad de alejarse lo más posible de su cautiverio. Mientras atravesaba los pasillos oscuros, la luz de la luna se filtraba a través de las ventanas, iluminando su camino incierto hacia la salida. Una luz en medio del pasillo se filtraba por entre la ranura de una puerta, observó a Watford sentado leyendo, ajeno a lo que sería evidente en segundos, podría matarlo, degollarlo por su encierro, por conversaciones escuchadas sabía que estaba en su casa, pero no era el momento, con escapar se daría por bien librado.

El sonido de los gritos y las órdenes de los guardias resonaba en la distancia, alimentando su determinación de escapar a cualquier costo. El conde alzó la mirada con gesto brusco y lo vio, se levantó con brusquedad, pero Smith corrió hacia la escalera de la salida, que estaba a solo unos metros de distancia. Con el corazón palpitante, empujó la puerta y emergió a la libertad, la noche caía sobre Londres, sumiendo la ciudad en una oscuridad misteriosa y lúgubre. Atravesó una verja y corrió calle abajo, los hombres que corrían detrás de él no pudieron alcanzarlo. Sabía a dónde ir, ya después se pondría en contacto. Se había salvado por los pelos.

***

Beatrice estudiaba el símbolo del dibujo de un puñal que le había facilitado su padre, el conde

sabía de su destreza para descifrar los símbolos y jeroglíficos que llegaban a sus manos. Ella había aprendido, de la mano de un profesor que los había acompañado en uno de sus viajes, todo lo referente a la simbología en las diferentes culturas. A pesar de su profundo disgusto con Warwick, se dispuso a ayudar, porque el tema le interesaba y, además, porque el conde había resultado ser un patrocinador muy generoso con el próximo proyecto de su padre.

—*Lady* Beatrice —dijo el augusto mayordomo de los Findley—, la señorita Miranda Taylor acaba de llegar.

—Hazla pasar enseguida, gracias.

Se levantó de la silla y extendió los brazos hacia su amiga tan pronto entró al estudio. El rostro de Miranda mostraba una pena tan grande que Beatrice se preguntó cómo podía disimular ante su familia y su prometido.

—Miranda… —dijo negando con la cabeza al ver que los ojos de su amiga brillaban por culpa de las lágrimas—. Ven aquí.

La llevó a uno de los sillones y la abrazó un rato mientras se calmaba.

—A veces quisiera ir a su casa e increparlo, reclamarle y, lo más patético de todo, quiero preguntarle si algo de lo que sintió fue verdad.

—No puedes hacerte más daño, querida Miranda.

—Llevo días sin dormir, tengo que disimular ante mi familia y ante Nicholas, no tengo el valor de enfrentarlo y decirle que me entregué a Adrian.

—Me siento culpable, si no te hubiera invitado a Keynes House…

Miranda aferró las manos de su amiga.

—No, la única culpable soy yo, si no hubiera ido a Keynes House, hubiera sucedido en cualquier otro lugar, era lo que él tenía planeado. ¡Dios! —se levantó con nuevos ímpetus—, siempre me jactaba de ser una persona con sentido común y mira lo que ocurrió.

—Te enamoraste, deja ya de maltratarte.

—Si pudiera me daba a mí misma una tunda, la merezco.

—No digas bobadas.

Miranda caminó hasta el escritorio y observó los diversos dibujos.

—¿Qué es esto? —preguntó, tomando el dibujo en sus manos y observándolo curiosa.

—Un estudio que estoy haciendo, ese símbolo, por lo que he investigado, pertenece a una logia.

Beatrice, a la luz de los acontecimientos, no quiso decirle que estaba haciendo un estudio para Warwick.

—Yo lo he visto en alguna parte —adujo Miranda pensativa.

—¿Dónde?

—No sabría decirte, pero lo he visto, el labrado es especial. Déjame pensar dónde.

—Sería de mucha ayuda, querida.

—¿Es alguna petición en especial o solo es curiosidad? Cuéntame.

Beatrice no reveló mucho, su padre tampoco le había dicho algo especial, solo que ese símbolo estaba relacionado con una muerte.

—Haré memoria, querida.

—Tienes mucho entre manos, no te apures y más bien vamos a dar un paseo por Hyde Park y pondremos colores en tus pálidas mejillas.

***

El compromiso de la temporada

Sí, queridos amigos, con gran placer anunciamos el compromiso matrimonial de dos distinguidas almas, Nicholas Blake, el marqués de Wessex, y la encantadora señorita Miranda Taylor.

La sociedad londinense se regocija al enterarse de esta unión, no así las damas casaderas, que deben enfilar sus dardos a otras piezas disponibles. El enlace unirá a dos distinguidas familias de la alta sociedad. El marqués de Wessex es conocido por su agudo intelecto, su pericia para los negocios y su mecenazgo a las artes y letras. Por su parte, la señorita Miranda Taylor es una bella e inteligente dama que ha adornado los salones de la alta sociedad durante varias temporadas.

El compromiso fue anunciado en casa de lord y lady Sufolk, en una reunión íntima y familiar. Se espera que la boda tenga lugar en la iglesia de Saint George en próximas semanas.

La pareja tiene muchos intereses en común, como el amor por la música, el teatro y la pintura.

Felicitamos a la elegante dama y al apuesto caballero, y les deseamos un matrimonio pleno de felicidad.

Adrian llevaba cuatro días en Londres, la frustración por culpa de la huida de Smith aún no amainaba, estaban como al principio y furiosos por la muerte de uno de los guardias. Mackay juró que le haría pagar a Smith la muerte del joven.

Warwick rondaba la mansión de Sufolk a horas intempestivas con el anhelo enfermizo de volver a ver a Miranda. El sabor de la venganza era tan amargo como la hiel. ¿Dónde estaba la satisfacción que había imaginado? Él solo sentía vergüenza, había caído tan bajo como su enemigo, su padre estaría decepcionado. Tan pronto ejecutó su venganza, se dio cuenta de su error, si Miranda lo dejaba, lo repararía y lograría su perdón, pero parecía que ella había pasado página.

Sentía el corazón en carne viva, desprotegido ante los arrolladores sentimientos que lo asolaban. Pero esa mañana la decepción fue total al ver el anuncio en el periódico del compromiso y próximas nupcias del marqués de Wessex con la distinguida señorita Miranda Taylor. Ese anuncio y la florida columna de *La Pluma Secreta* mudaron su pena a una ira infinita, quería ahorcar a quien fuera que estuviera detrás de esa columna y de paso ahogar en su prepotencia al dichoso marqués. Si hubiera estado solo, hubiera dado rienda suelta a su frustración.

—Parece que quieres asesinar al periódico —señaló su madre mientras sorbía una taza de té.

—¿*La Pluma Secreta*? —adujo Susan—. Lo leí más temprano y no dice nada del Club de los Caballeros Malditos.

—No todo gira en torno a nosotros —señaló Warwick con resentimiento.

—¿Es el compromiso de Wessex con la señorita Taylor lo que ha agriado tu genio de esa manera?

Warwick levantó la prensa.

—Es un periódico, tiene más información que esa maldita columna de chismes. Podría estar molesto por el naufragio de un galeón que traía sedas y especies de Oriente o por un disturbio cerca de Las Tullerías, en París.

Susan lo miró fijamente. Estaban reunidos en uno de los salones de la mansión, era la hora antes de la cena, su madre se distraía con un bordado y Susan leía un libro de arte que Darius le había llevado ese día.

—Nunca te he visto perder el control por algo que tenga que ver con los negocios o disturbios.

Susan tenía la capacidad de ver más allá de la superficie, Adrian creía que eso era lo que daba vida a su arte.

—A tu hermano lo que le molesta —habló la madre— es esa maldita familia, cae siempre de pie y sin pagar el daño ocasionado.

Susan se levantó de golpe.

—¡Por Dios! —exclamó—. Es hora de superarlo, me enamoré de un truhan, me entregué a él y me abandonó, doy gracias a Dios que no hubo consecuencias más graves. Era una jovencita sensible y enamorada como muchas mujeres a lo largo de la historia, es el momento de pasar página, deja a esa familia en paz, madre.

Adrian la observaba estupefacto al ver en ella rasgos de lo que era años atrás; su hermana estaba cambiando, a lo mejor estaba madurando.

—¡No! —exclamó su madre—. Por culpa de lo ocurrido tu padre no está con nosotros.

—¡Madre! —intervino Adrian.

La mirada de Susan se pobló de tristeza.

—Mi padre llevaba mucho tiempo enfermo, ustedes dos no querían verlo, y me niego a seguir sintiéndome culpable de su muerte, si no hubiera sido mi episodio hubiera sido otra cosa, tendrás que buscar algo más para culparlo de su muerte, porque yo esa culpa no la acepto más.

Susan salió de la estancia sin mirarlos.

—Madre, te pasaste, sabes lo frágil que es, no puedes…

—Tu hermana es más fuerte de lo que imaginas. Y tú, ¿qué has logrado para que esa familia sufra?

—Lo que tenía que hacer —señaló beligerante—, y ya no me importa, quiero dejar eso atrás, no hemos tenido vida y me niego a seguir revolcándome en el rencor. Ya es suficiente, madre.

—Nunca será suficiente. —Salió del salón dejándolo solo.

Adrian aferró el vaso de licor y lo estrelló con fuerza contra la chimenea. Recordó las palabras dichas por Lily, la esposa de Mackay, el día del baile, el maldito día en que había puesto los ojos en Miranda: “No, usted no quiere justicia, Warwick, usted quiere venganza, la forma más efectiva de aspirar a la justicia es olvidando la venganza, y ese no es su caso”.

El día siguiente no mejoró en lo más mínimo, un golpe en la puerta y la voz de su mayordomo interrumpió lo que hacía.

—Perdone, milord —dijo entrando solícito al estudio—. El marqués de Wessex solicita una entrevista con usted. ¿Le hago pasar?

Adrian sonrió irónicamente, dejó lentamente el documento que leía y se echó hacia atrás en la silla mientras transcurrían los segundos y el mayordomo lo observaba expectante.

—Dame unos segundos y lo haces seguir.

—Sí, milord —respondió el hombre con semblante disgustado. Según sus normas de etiqueta, a un marqués no se le hacía esperar.

Adrian sonrió otra vez, solo cuando estaba alterado su mayordomo mudaba de expresión.

—Mejor dame un par de minutos.

El mayordomo salió de la estancia y él tamborileó los dedos sobre la superficie del escritorio.

Cuando se abrió la puerta, fingió que revisaba unos documentos.

Wessex apareció acompañado del mayordomo.

—¿Les apetecería que hiciera traer algún refrigerio para cualquiera de los dos?

—No, Bertie, eso será todo por ahora.

—Muy bien, señor.

Dicho esto, el mayordomo salió y cerró la puerta.

—Buenos días, lord Warwick. —El noble se quedó de pie sin dejar de observarlo y Adrian apartó los papeles para centrar su atención en él.

—Tome asiento, Wessex —ordenó con un gesto.

—He venido porque usted y yo tenemos un asunto pendiente.

Adrian lo observó con gesto despectivo e interrogante.

—No tengo idea de qué pueda ser —objetó con indiferencia.

—He venido a cancelar la deuda de la familia de lord Sufolk —dijo con semblante inescrutable.

—Esa deuda ya está cancelada —contestó Warwick con apatía.

Pero sus emociones eran otro cantar, sintió celos viscerales de imaginar a Wessex tocando a Miranda, así como lo había hecho él, y a ella respondiéndole con besos y caricias. Las imágenes pasaron por su mente con el efecto de un sablazo. Eso nunca ocurriría, no lo permitiría, con ese pensamiento logró ahogar las emociones incómodas que trataban de salir a flote.

—Usted no tiene derecho a hacerse cargo de las deudas de mi familia política.

—Futura familia política —soltó enseguida Warwick—, que yo sepa aún no ha contraído nupcias.

—Es una formalidad, las partes están de acuerdo y los documentos firmados. La familia Sufolk no quiere deberle a usted ni un penique, comprenda que esta es una situación incómoda para Miranda y para mí.

—Creo que la señorita Taylor tiene el suficiente temperamento para aguantar el que su familia ya esté libre de deudas —señaló con sarcasmo.

El marqués se levantó y puso ambas manos sobre el escritorio.

—No entiendo cuál es su intención al querer hacerse cargo de algo que no le corresponde.

—Es mi buena acción del año, no le dé más vueltas.

El noble lo miró furioso.

—¿Qué es lo que realmente quiere?

Warwick sonrió con burla.

—¿En serio quiere saberlo? No lo creo, me retaría a duelo.

—No tengo ningún problema en retarlo a duelo si así puedo librarme de usted.

«Qué más quisieras, desgraciado».

Warwick soltó un suspiro, se levantó y fue a la vitrina de los licores.

—¿Gusta? —preguntó señalando la botella y el vaso.

—No, gracias, vine por un cometido y no quiero irme sin lograrlo, ponga los intereses que quiera. Mi prometida no quiere tener ningún vínculo con usted.

Warwick se acercó con el vaso al escritorio, pasó un dedo por el borde. «Mi prometida». De pronto la idea del duelo no le pareció mala.

—La deuda es del padre y no voy a discutir eso con usted.

Los ojos de Wessex brillaban de rabia.

—Ponga la cifra que quiera, no sea imbécil, desembolsó una fortuna.

—No necesito ese dinero, si algún día lo echo en falta, téngalo por seguro que le cobraré.

—Lo dudo, usted es casi tan rico como yo y muy sagaz, por lo que sé, por eso se me hace difícil encontrar el motivo.

Warwick acercó al periódico y lo abrió en la página donde estaba la maligna columna y empezó a recitar: «Nicholas Blake, marqués de Wessex, es conocido por su agudo intelecto, su pericia para los negocios y…».

—Algo me dice que la prensa falta a la verdad, ¿qué opina, Wessex?

Nicholas se acercó a él y lo aferró de las solapas, los ojos de Warwick brillaron de satisfacción.

—Es usted un mal perdedor —le espetó el marqués—. Miranda no tuvo que pensarlo mucho para escoger al mejor.

Adrian le dio un puñetazo en el estómago como quería hacerlo desde que había entrado al estudio.

El marqués, que no era manco, se abalanzó sobre él, rodaron por el piso y se enzarzaron en una pelea, el ruido de cosas cayéndose y de los golpes alertó a la servidumbre. Entraron en la estancia Sanders, un lacayo y el mayordomo. La condesa viuda entró detrás.

—¿Qué pasa aquí? —rugió la mujer, que miraba aterrada a uno y al otro—. Estas no son formas de comportarse para ninguno de los dos.

Sanders y el lacayo separaron al par de nobles por orden de la mujer.

El marqués se sacudió la chaqueta.

—¡Me las va a pagar! Le haré tragar su maldito dinero.

Warwick se levantó.

—Aquí lo espero.

—Lord Wessex, permítame limpiarle la herida —señaló la condesa, nerviosa.

El hombre levantó ambas manos.

—No se preocupe, *lady* Warwick, que tengan buen día.

Salió del estudio como una exhalación.

Adrian caminó por el pasillo, Sanders y su madre iban detrás de él.

—Me debes una explicación —gruñó la viuda en cuanto volvió al estudio.

—Este no es el momento, créeme. —Salió de la habitación y subió las escaleras con rapidez a pesar del dolor ocasionado por los golpes.

En la habitación, Sanders corría como gallina persiguiendo a su polluelo más rebelde.

—Déjeme examinarlo, milord.

Se sentó en una silla y lo dejó hacer.

—Lord Wessex quedó peor que usted, no ha perdido el toque —sonrió.

—Eso no me importa ahora, necesito que contrates un par de hombres de suma confianza, quiero que sigan los movimientos de la señorita Taylor, necesito saber qué hace cada hora del día.

Sanders asintió.

—Como ordene, milord, me pondré a ello enseguida.

Capítulo 19

Más tarde, esa noche, Adrian salió de White's después de cenar con Wild, despachó a su cochero y decidió caminar hasta su casa. Era un buen trayecto, así que tomó un atajo, la suave brisa de la noche arrastraba los pétalos caídos de las rosas mientras él se deslizaba en la penumbra del callejón. Su mente estaba nublada por la imagen de Miranda, su recuerdo se hacía más meridiano a medida que pasaban los días.

Sin previo aviso, un ruido sordo lo sacó de su ensueño. Volteó y vislumbró una figura oscura que se abalanzaba sobre él, un destello de acero relució en la oscuridad. Con reflejos ágiles, se apartó justo a tiempo para evitar el filo de una daga se hundiera en su carne, aunque lo hirió levemente en el brazo, y luego se hundió en la pared de ladrillos, enviando esquirlas en todas direcciones.

El atacante se reveló a la luz de la luna, una máscara siniestra ocultaba sus rasgos. Sus ojos ardían con un odio despiadado y sus manos empuñaban la daga con una destreza mortal. Antes de que Warwick pudiera recuperar la compostura, desapareció en las sombras, dejándolo con el corazón martilleando furiosamente en su pecho. El maldito lo había atacado a traición.

Herido y con la sangre manchando su camisa, Adrian se tambaleó hacia la calle iluminada, donde detuvo un coche y pidió que lo llevaran a Eden Hall. No quería asustar a su madre y era un simple rasguño.

Lord Watford, que acababa de llegar de una cena, lo recibió en el pasillo.

—¿Qué diablos? —preguntó al ver la ropa ensangrentada de su amigo.

Lo hizo seguir y al tiempo dio orden de llamar al médico enseguida. Adrian le relató en pocas palabras el encuentro con el enmascarado.

—No creo que sea necesario, fue un rasguño, si hubiera querido matarme lo habría hecho sin problemas, era alguien diestro en el manejo de armas y me tomó desprevenido. No estoy seguro de que fuera Smith, su mirada es inconfundible.

—No tenemos la certeza, además, él tiene gente a su servicio —replicó Watford—. Es mejor que te revisen.

Warwick se quitó el abrigo, el corte era algo profundo, supo que iba a necesitar sutura.

—No quería llegar así a casa y preocupar a mi madre y a Susan.

—Has molestado a varias personas estos días —adujo en tono sarcástico—. Te has ganado enemigos.

—Soy consciente de que con esto de la investigación hemos pisado muchos callos, el asesino siente pasos de animal grande.

—No solo el asesino, has molestado a Wessex y a la familia de lord Sufolk, a lo mejor el ataque viene de parte de ellos.

El gesto de Warwick se revistió de preocupación. El vizconde Sufolk y su hijo eran unos pusilánimes, ya tenían la certeza del enlace por lo conversado por Wessex. En cuanto al marqués, podría ser, había molestado al hombre sobremanera.

—Ahora que lo pienso, puede ser Wessex, tal vez lo hizo para asustarme y que no interfiera más en sus planes.

—¿A quién más has molestado? Alguien que se haya sentido incómodo con tus pesquisas.

Watford le pasó un vaso con licor.

—*Lady* Gellywen.

El médico llegó un rato después, examinó la herida, le hizo una curación y lo suturó con

tres puntos. De nuevo lord Watford le prestó una camisa.

—Te pasaré la cuenta del sastre —bromeó—. Ya dispuse el coche para que vuelvas a tu casa.

—Gracias, amigo.

***

Findley lo citó para el día siguiente en su mansión, rogaba que hubiera noticias para poder avanzar en el caso.

En cuanto a los hombres que seguían a Miranda, tuvo un informe detallado de lo que había hecho esa mañana: visita a la modista y luego a la librería, en ese momento se encontraba en un recital de piano en casa de *lady* Georgina, iba acompañada por el marqués, le sería imposible acercarse a ella y, además, no quería verlos juntos. Por lo que sabía, en unos días saldrían las amonestaciones y ya tenían fecha para la boda. Sobre su cadáver.

La mañana siguiente llegó a la casa del conde de Findley, el mayordomo lo hizo seguir a la estancia. Caminó hasta el centro de la enorme biblioteca de la mansión, había varias mesas de trabajo alrededor. Hacía años que no pisaba aquel lugar, los recuerdos lo asaltaron, cuando venía de visita con su padre y el conde le facilitaba libros con dibujos de animales y personas de otros continentes. De pequeño pensó que era el salón de clase de un colegio. Con las manos cogidas a la espalda paseaba por el lugar y contemplaba el desorden de libros y papeles.

El hombre estaba inclinado sobre el dibujo y había media docena de libros abiertos alrededor.

—¡Warwick! —El conde levantó su canosa cabeza de los papeles que examinaba y observó atentamente a Adrian, pensativo e interesado al mismo tiempo—. Tío Harry, es agradable volver a verte.

Findley observó la estancia.

—Muchos recuerdos, ¿verdad?

—Sí —contestó Adrian, lacónico.

—No tengo idea de qué ocurrió en Keynes House, todos se marcharon tan intempestivamente que Beatrice y yo no tuvimos más remedio que volver a Londres. Mi hija no está muy contenta contigo, sin embargo, fue de gran ayuda para develar el significado del símbolo del puñal.

Adrian se sintió avergonzado y decidió eludir el tema de la molestia de Beatrice.

—Algunos asuntos urgentes requerían de mi presencia, me imagino que ya recibiste la visita de mis abogados para estipular el donativo para la expedición.

—Así es, Adrian, debo darte de nuevo las gracias, has sido más que generoso.

—Todo sea por una buena causa.

El conde caminó hasta una mesa ubicada en el extremo de la sala y le pidió que se acercara.

—He encontrado algo muy interesante que ojalá sirva a tu investigación.

—Te escucho.

—Corroborando con el dibujo y las notas del material de que está hecho, el símbolo en la empuñadura del arma es un antiguo glifo grabado con gran precisión en un trozo de jade carmesí. Este jade carmesí es excepcionalmente raro y se cree que posee propiedades místicas. El glifo en sí representa dos serpientes entrelazadas, sus cuerpos se enroscan de manera sinuosa en torno a un pequeño orbe central de ónix negro. Las serpientes con sus rubíes enquistados parecen observar con vigilancia.

—Leí cuando investigaba que las serpientes entrelazadas son el símbolo de equilibrio entre dos fuerzas antagónicas.

—Este símbolo pertenece a la Orden de la Virtud Tudor —aclaró Findley.

—No creí que aún existiera.

—Oh, sí, claro que existe, aunque los principios bajo los que fue fundada han cambiado con el paso del tiempo.

—Háblame de la orden.

Un lacayo entró con un servicio de té y dispuso de una taza para cada uno y un plato de galletas. Salió de nuevo dejándolos solos.

—La Orden de la Virtud se fundó en el siglo XVI, durante el reinado de Enrique VIII. Su creación se debió a la preocupación por el deterioro de la moral y las buenas costumbres, fueron años complejos.

—¿Quiénes participaron en la fundación?

—Los fundadores de la orden eran nobles y eruditos preocupados por preservar la moral y las buenas costumbres y conservar los valores tradicionales en un mundo en constante transformación.

—Su misión era promover la virtud, la moral y las buenas costumbres —confirmó Warwick—. El puñal no lo llevaba ningún noble o erudito, ¿podría ser un robo?

—No necesariamente, pueden ser soldados al servicio de los miembros, soldados leales y con valores idénticos a los de los miembros.

La mente de Warwick saltaba de un pensamiento al otro, tenía sentido que, bajo esa premisa, acabaran con la vida de *lady* Regina, ya que ella representaba todo lo que ellos odiaban.

—Así es, pero a medida que pasaron los años, sus valores se volvieron algo extremistas y, por lo tanto, peligrosos.

—Harry, ¿sabes quiénes hacen parte en este momento de la orden?

—Más de una docena de personas, entre ellos, dos franceses, un italiano, un alemán y dos millonarios norteamericanos.

Warwick podría jurar sobre sangre que Hanks, el norteamericano, pretendiente rechazado de *lady* Regina, era uno de sus miembros.

Findley abrió un cajón, sacó un papel y se lo extendió.

El corazón de Warwick quería salirse de su pecho, por fin una pista real, algo certero. Abrió el papel, relacionó enseguida tres nombres de los diez que aparecían escritos.

Leander Gris.

Vizconde Hereford.

Marqués de Barrington.

—¿Qué diablos es Leander Gris?

—Es el nombre de un miembro que quiere ocultar su identidad.

—Este Julian Cosgrove, ¿es familiar de lord Gellywen?

—Era su padre, murió cuando él era un niño.

—¿Lord Gellywen hijo no hace parte de la orden?

—No, no es algo heredado u obligatorio.

—Todos son nobles a excepción de los americanos, ¿no habrá una lista de los que fungen de soldados? —inquirió al ver que el verdadero nombre de Smith no estaba en la lista.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes tanto de ellos? —inquirió Warwick.

—El profesor de Oxford es muy amigo mío, ha tratado de cambiar sus dogmas intransigentes por lo que la orden era en un principio, pero no lo ha logrado. Se ha alejado de ellos ya hace varios años.

—Harry, este es un favor muy grande y no sabes cuánto te lo agradezco. —señaló Adrian conmovido.

—Ya me has pagado, hijo, eres un hombre de bien, aunque Beatrice esté disgustada contigo, sé que siempre harás lo correcto.

—Me abruma la fe que tienes en mí.

—Sé que no estoy equivocado, solo te pido que tengas cuidado, son hombres peligrosos.

Warwick se levantó y, después de unas cuantas palabras, se despidieron.

Al salir al pasillo, el mayordomo abría la puerta en ese momento y Miranda entró en la casa. Saludó sonriente al mayordomo, que le recibió los guantes y el sombrero, y se quedó de piedra al ver a Adrian. Por unos instantes no atinó a hablar, se quedó mirándolo con fijeza, estaba igual de guapo y no supo por qué lo vio más alto, no sabía si era la ropa oscura, parecía que había perdido peso.

—Señorita Taylor —dijo en tono de voz ronco acompañado de una reverencia.

Miranda respiró profundo mientras trataba de calmarse, estaba turbada, un ligero temblor estremeció sus manos. No quería que él lo notara, necesitaba digerir sus sentimientos unos segundos antes de enfrentarlo. Warwick la miró con intensidad y ella sintió cómo su recriminación la recorría de pies a cabeza. Era ella la ofendida, ella la engañada, ¿cómo se atrevía a mirarla así?

«Respira».

Para Adrian era imposible ignorar su furia o su desdén, no le sorprendió teniendo en cuenta lo ocurrido. Finalmente se detuvo frente a él con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Tan crédula y estúpida me vio usted el día que me encontró en Stratford o desde el principio fue una sucia estratagema planeada para arruinarme? —preguntó ella entre dientes con expresión vulnerable.

Se sintió un cabrón completo, la tomó del brazo y la llevó hasta un salón. El mayordomo los miraba sin saber qué hacer.

—Necesito unos momentos a solas con la señorita Taylor, que no nos molesten, por favor —dijo Adrian antes de cerrarle la puerta en las narices.

—¿¡Cómo se atreve!? —exclamó furiosa dispuesta a salir de la estancia, pero él la abrazó por detrás y susurró:

—Miranda, no te vayas, por favor, escúchame. —Su olor y su suavidad impregnaron sus sentidos, nunca la dejaría marchar, era suya, y sería su esposa o moriría en el intento.

Ella se soltó de mala de manera, se dio la vuelta y lo enfrentó.

—¿Qué le hace pensar que me interesa escucharlo? Sus acciones hablan muy bien por usted. No necesita endulzarme con mentiras, mientras lo hacía y me decía que usted no perdía el tiempo en venganzas, iba moviendo los hilos para arruinarnos.

A pesar de su fiereza, la notaba a punto de llorar. Intentó acercarse de nuevo a ella, pero Miranda retrocedió unos pasos. Percibía en ella los efectos que la conmoción de encontrarlo le había causado. A pesar de sus bravatas, la sintió vulnerable y desprotegida, era difícil subyugar su deseo de abrazarla, de besarla, le era imposible recordar que había jurado hacerle daño.

—Tienes razón en muchas cosas, pero no en la que verdaderamente importa, querida mía —declaró él—, estoy enamorado de ti, en un momento dado mis sentimientos cambiaron, fui conociéndote y me hechizaste.

El apelativo cariñoso encendió la ira de Miranda, aquella a lo mejor era su fórmula para engañar a cuanta incauta se le atravesaba por el camino.

—¿Qué piensa, lord Warwick? ¿Qué puede convencerme otra vez? —inquirió con desdén —. ¿Quién se cree usted que es?

—¡Soy el hombre que te ama! —se golpeó el pecho—. ¡Cometí un tremendo error! Te pido que me perdones.

—¿Pensaba arruinar a mi familia? ¿Arruinarme a mí, haciendo que perdiera la oportunidad de un matrimonio ventajoso?

Adrian no podía mentirle, ya no.

—¡Sí! Esa era mi intención cuando llegué a Stratford, pero luego te vi en el arroyo, saltando piedras, y luego vi a la mujer valiente que se reunió conmigo y la manera en la que hablabas de tus perfumes, no pude resistirme, me hechizaste, Miranda.

Los ojos de ella brillaron a punta del llanto.

—Confié en usted, milord, a pesar de que sabía que esto podía ocurrir, yo confié, y es lo más tonto que he hecho en mi vida, me arrepentiré cada día de lo sucedido.

Se alejó hasta la puerta dispuesta a marcharse, pero él se lo impidió.

—Cariño, yo me arrepiento cada día de haberte utilizado para tomar venganza por algo de lo que eres totalmente inocente. Solo pido que me des una oportunidad de escucharme, de contarte mi calvario todos estos años. Si tú hubieras pasado por lo que yo pasé, ver morir a mi padre, ver a Susan querer destruirse, sí, cada noche planeaba el modo de hacerles daño, no lo voy a negar, pero todo eso cambió cuando te conocí. No sabes cuánto me arrepiento de mis intenciones, pero no me arrepiento de lo sucedido entre los dos.

Ella lo miró débil y entristecida, sentía flaquear su voluntad, deseó creer en sus palabras, pero herida como estaba no logró sobreponerse al rencor y su alma se negó a creerle.

—No creo una sola palabra que salga de sus labios, lord Warwick, estoy comprometida, Nicholas se hizo cargo de todo, ya su venganza no puede alcanzar a mi familia —agregó sin ocultar el reproche y la decepción—, siento mucho lo ocurrido a su hermana y a su padre, en verdad lo lamento, pero, por favor, déjenos en paz.

Así que el hijo de puta de Wessex no le había dicho que él había condonado la deuda. No quiso sacarla de su error, si ya no creía en él, no valía la pena.

—Muy generoso, lord Wessex —adujo con tinte sarcástico.

Miranda aferró la manija de la puerta.

—Nicholas ha sido un caballero en todo momento.

Un vendaval de celos asaltó a Adrian al ver como ella lo llamaba por su nombre. Miranda ya iba a salir de la estancia, cuando él empujó de nuevo la puerta y la arrinconó entre la madera y él.

La sintió estremecerse, pero no aflojó el abrazo. Aspiró el perfume de su pelo.

—Déjame ir, por favor —susurró sin darse cuenta de que había caído en el tuteo.

—No. —El siguiente latido se extendió entre ambos y antes de que lo separara, le susurró en su oído—. Sé que me amas, no puedes casarte con ese idiota pomposo. Sé que te fallé, estaba ciego por culpa de tu hermano, pero mi propuesta de matrimonio es seria y sigue firme, te hice mía, tengo más derecho sobre ti que el imbécil de Wessex.

—Esto no se trata de derechos ni de ninguna competencia entre dos hombres por mi mano. Acepte que perdió, lord Warwick, pertenezco a otra persona.

Adrian le dio la vuelta de manera brusca alejándola de la puerta.

—¡Nunca! Me perteneces a mí, nunca te vas a casar con tu maravilloso marqués, métetelo

en la cabeza —le sonrió con furia, necesitaba lastimarla, hacerla sentir igual o peor de lo que se sentía él—. ¿Cuándo le dirás que fuiste mía?

Miranda le dio una sonora bofetada que resonó por el salón. La vio venir, pero el fuego se extendió desde su cara hasta su corazón roto mientras se miraban fijamente con la respiración entrecortada. La puerta se abrió de golpe, rompiendo la tormenta que se estaba construyendo, y Beatrice apareció en el umbral como la ira de Dios.

—¿Qué ocurre aquí?

Warwick hizo una ligera venia y abandonó el salón sin despedirse.

Miranda soltó un sollozo tan fuerte que su amiga llegó enseguida a su lado.

—No se dará por vencido, va a arruinar las cosas, lo sé —balbuceó.

—¿Qué sucedió?

Miranda le contó lo ocurrido durante el encuentro. Beatrice trató de calmarla, pidió té al mayordomo y aferró sus manos.

—La propuesta de trabajo sigue en pie. Olvida todo y vente conmigo, te aseguro que verás la vida de otra forma.

Miranda la miró consternada y negó con la cabeza varias veces.

—Tengo miedo, no sé cómo Nicholas vaya a tomar lo ocurrido con Warwick.

—¿Crees que sospeche algo?

Miranda se sorbió la nariz con un pañuelo de seda que le facilitó Beatrice.

—No lo creo, pero no seré capaz de seguir adelante con esto si no hablo con él.

—No ha habido consecuencias, imagino.

—No, gracias a Dios, no hubo consecuencias.

Para Miranda fue un alivio el percatarse de que no estaba embarazada, un problema menos que enfrentar.

Capítulo 20

Adrian envió una nota a sus amigos, que pidieron reunirse en Luddesdown House, la casa de Mackay en la ciudad. La respuesta no se hizo esperar y al anochecer enfiló sus pasos hasta el lugar.

Al llegar, los tres ya estaban reunidos en torno a un buen *whisky* llegado de la tierra natal del dueño del anfitrión.

—Hablemos de lo averiguado por Findley —propuso Adrian después de los saludos.

Los puso al día sobre la existencia de la logia y los extremos que alcanzaba. Enseguida pasó el papel entregado por Findley y este rodó por cada uno de los presentes.

—Solo hay tres nombres que podemos relacionar, Barrington incluido, ¿cómo es posible? —objetó Watford.

—Tres no, cuatro, si contamos con Julian Cosgrove —comentó Adrian.

—¿Quién diablos es Cosgrove? —preguntó Mackay.

—El padre de lord Gellywen —intervino Wild.

—Soy partidario de darle caza al maldito de Smith y acogotarlo a golpes hasta que nos diga lo que necesitamos saber —volvió a la carga Mackay.

—Estoy seguro de que es el hombre más buscado de Londres —señaló Watford.

—Fue ella —insistió Wild—, por celos, no pudo soportar que su amada se fuera a vivir a Norteamérica.

—Si fue ella… ¿por qué no está Bourne echándole un ojo como a nosotros? —preguntó Mackay, quien se levantó de la silla, tomó unas fichas de ajedrez y las extendió sobre una mesa frente a ellos.

—No hay evidencia sólida, ni testigos, tampoco una confesión, podremos pasar años envueltos en este círculo vicioso que no nos llevará a ninguna parte —acotó Watford.

—Por lo menos tenemos algo más que meses anteriores —replicó Warwick.

—Mi temor más grande es que este asesinato quede en la impunidad, como muchos a lo largo de la historia y será una mancha para nosotros y la futura generación —arguyó Wild.

—El rey —Mackay tomó la ficha del ajedrez, que estaba en una mesa auxiliar, mostrándola a los presentes—. Uno de los cuatro nombres representa al rey, es alguien con control sobre los demás, pero con escaso margen de acción.

—¿Barrington? —aventuró Wild—. Es el más poderoso de todos y, si pertenece a la logia, puede ser uno de los extremistas.

—Es el padre, por Dios, no creo que haya sido capaz de asesinar a su propia hija —arguyó Watford.

—Un hombre puede llegar a extremos para defender su honor y unos principios arraigados —concluyó Warwick.

—El rey puede ser alguien en las sombras, alguien con un poderoso control sobre los demás o sobre Smith —supuso Wild.

—La reina —levantó la ficha Mackay—, agresiva, implacable en las sombras y con el profundo deseo de escapar del dominio del rey, si la relacionamos con *lady* Gellywen, el rey tendría que ser su esposo —concluyó dejando la pieza en su puesto.

—Ahora vas a decir que el caballo es Hereford —afirmó Warwick, que estaba inusualmente callado.

—¿Por qué no? —inquirió Mackay—, impulsivo, toma riesgos, caza perfectamente con él.

—Su motivación no es muy clara para mí —dijo Watford arrebatándole la pieza a Mackay.

—¿Y el alfil? —preguntó Wild.

—Smith, cómplice leal que se mueve en las sombras y pasa desapercibido. —Mackay dejó la pieza con un fuerte golpe encima de la mesa.

—Gracias por la lección de ajedrez, pero eso no nos acerca a nuestro objetivo. —Watford cruzó los brazos y lo miró con ojos acerados.

—Creo que vamos por buen camino al fin. —Mackay lo observó confuso—. Es una verdadera lástima no poder cotejar nuestras averiguaciones con nuestro amigo Bourne.

—Tenemos que encontrar algo que nos lleve a cerrar el cerco, por lo menos podemos descartar a Perth con lo ocurrido. Sé que el estar ausente de la lista no lo exime del crimen, sin embargo, no hay nada que lo relacione —adujo Warwick.

Los demás asintieron.

—Nuestra única esperanza es Smith, perdimos nuestra oportunidad con él y debe estar en un hueco burlándose de nosotros o planeando nuestra muerte. —apuntó Wild.

—Sí, hemos perdido un tiempo precioso y manejamos mal el asunto Smith —añadió Watford, sin que sonara a reproche—, espero que podamos confrontarlo pronto.

Warwick se levantó molesto.

—Pido disculpas si me defendí antes de que el hombre me acuchillara y eso retrasara nuestro interrogatorio —señaló con sarcasmo.

—¿Qué pasa, hombre? —saltó Mackay enseguida—. Parece que estuvieras enfermo del estómago.

—Lo mismo le dije yo —confirmó Watford.

—Desde que volviste del viaje no pareces tú —insistió Wild.

Warwick soltó un profundo suspiro, se levantó y llenó un vaso con *whisky*, que se bebió de golpe.

—He metido la pata hasta el fondo.

—¿Tan al fondo que parece que le hubieran disparado a tu caballo? —señaló Mackay.

Warwick negó con la cabeza, volvió a su asiento y observó a sus amigos, que lo miraban en silencio.

—Ustedes saben de mi enemistad con la familia de lord Sufolk y cómo llevo años planeando hacerlos pagar por la afrenta a mi hermana.

A la luz de lo acontecido, le parecieron muy duras sus palabras, como si no tuvieran nada que ver con él. Tantos años planeando un desagravio y él era el que había recibido su merecido. Se había enamorado y había destruido todo puente que lo llevara de nuevo a ella. Estaba jodido.

—Sí, lo sabemos, no he estado de acuerdo con tu estrategia, pero la he respetado, cada dolor y cada pérdida se vive de manera muy personal —adujo Watford.

—Llevabas años comprando su deuda. Ya los tenías de los cojones, ¿qué pasó? —inquirió Wild echándose para atrás.

—Conocí a Miranda y supe de su compromiso antes de que lo hicieran público, me pareció tan injusto que mientras mi hermana vivía una vida a medias y nuestro padre estaba bajo tierra, tuviéramos que ver como ellos florecían, sin ni siquiera una maldita disculpa. —Arrugó el puño y se golpeó la pierna.

—¿Qué salió mal? —inquirió de nuevo Wild—. No estarías así si las cosas hubieran ido como las habías planeado.

—¡Todo! —exclamó levantándose de la silla y caminando por el salón—. Fui a Stratford porque me enteré de que ella iba a estar allí unos días. La conocí y fue como…

—Cómo qué… —preguntó Watford en tono suave, sabiendo de antemano por dónde iban los tiros.

—Tracé un plan y me atuve a él, sin embargo, fue algo tan diferente a lo vivido con Clarissa… Ella nunca me juzgó por lo ocurrido a *lady* Regina, nunca me miró con aprensión.

—Bendito sea Stratford, un buen lugar para enamorarse —alegó Wild—.

—¡Yo no me enamoré en Stratford! —reviró enseguida.

Wild blanqueó los ojos.

—Sí, sí, lo que digas. ¿Qué ocurrió?

—Volvimos a vernos en Keynes House y pudimos compartir algunos momentos juntos.

Warwick relató los hechos, lo ocurrido en la cena donde el marqués los acusó de ser culpables, la visita del secretario de los Sufolk al día siguiente, con la novedad de que sus abogados iban a hacer efectivas las deudas de la familia.

—Se comprometió con Wessex y no quiere saber nada de mí.

—¿Qué ocurrió con la deuda? —preguntó Mackay.

—Le condoné la deuda a la familia y ahora me acabo de enterar que Wessex no le ha dicho a Miranda que la deuda está condonada, él quedó como el salvador de la familia y yo como el forajido de la historia.

Mackay silbó por lo bajo.

—¿Qué piensas hacer? —insistió Mackay—. ¿La quieres para ti?

—Claro que la quiero para mí, pero antes necesito convencerla de que estoy enamorado de ella.

—Es una situación algo compleja —dijo el siempre prudente conde de Watford, sin verle mucha salida al asunto.

—No hay que rendirse —adujo Wild.

Mackay, que se había quedado en silencio unos instantes, volvió a la carga.

—Se necesitan medidas desesperadas, la dama no está muy contenta contigo que digamos, pero también se enamoró de ti, eso es un punto a favor.

—Está a tres semanas de su matrimonio —terció Warwick.

—¿Vas a dejar que eso suceda? —preguntó Wild.

—¿Qué puedo hacer? ¿Raptarla antes de que llegue a la iglesia? —preguntó desesperado.

—¡Eso es exactamente lo que vas a hacer! —sentenció Mackay, que hizo un amplio movimiento de barrida con el brazo—. Podemos planearlo.

—Te volviste loco —opinó Watford.

—No sugerí eso en ningún momento —balbuceó Wild.

—Pues a mí me parece una excelente idea, a esta sociedad le hace falta la clase de eventos que demuestran la valía de un hombre, tanto rapé, tanto vals, tanto salón dan como resultado pomposos y papanatas por doquier, exceptuando los aquí presentes.

—¡Mackay! Esto es un asunto serio, Warwick podría ir a la cárcel —exclamó Watford, perdiendo la paciencia.

—No lo creo —terció Wild—, nadie va a la cárcel por estar enamorado.

—Hay que luchar como lo hacían nuestros antepasados —se paseó Mackay jactancioso señalándose de la cabeza a los pies—. ¿Crees que esta apostura fue heredada de hombres sin cojones? No, señor. ¡Hay que luchar! Ráptala, te ayudaré, te prestaré mi casa en Escocia, allá podrás domesticarla, olvidará a Wessex y la ofensa en un santiamén. Tienes las dotes para hacerlo.

—Ella no es un jodido caballo —intervino Watford desalentado—, perdiste la razón y no

nos dimos cuenta.

Warwick sonrió por primera vez desde que había llegado.

—Fíjate que es una buena idea.

***

Darius Hollister y *lady* Susan habían compartido varios encuentros más, su nivel de confianza aumentaba, tanto como para que ella permitiera que Darius valorara su trabajo. Esa mañana se había esmerado en su arreglo personal y había enviado a algunos criados a poner orden en el taller. A eso de las diez, Darius, con sus ojos amables y su calidez, se hizo presente en el lugar, traía una canasta con frutas y dulces.

La notó nerviosa, se acercó a ella, acarició su rostro y aferró sus manos.

—No tienes que sentirte incómoda, es cierto que quiero ver tu trabajo, pero no importa lo que yo piense. Tú sabes que pintas bien y me dijiste que la pintura era tu pasión y te había salvado la vida, nadie juega con esas cosas, mucho menos yo, que… —hizo una pausa y añadió en tono suave—, conoces mis gustos, mis cuadros preferidos, y tu opinión sobre ellos no cambiaría si a ti no te entusiasmaran. Nada de lo que yo piense o vea cambiará lo que haces, eso es intocable.

Ella asintió en silencio y se acercó a la docena de cuadros que tenía envueltos en sábanas. Se los mostró uno a uno, sin observar su expresión. Cuando iba a pasar a otra pintura, Darius habló.

—Espera, Susan.

Ella alzó la vista y lo observó, su mirada tenía un brillo especial, como si hubiera encontrado un tesoro oculto.

—¿Qué experimentaste al observar el trabajo de esa pintora francesa que vimos en días pasados?

—Asombro, alegría, fue como entrar en un lugar entrañable y familiar.

—Me lo dijiste, lo recuerdo.

—¿Qué tiene que ver esa talentosa pintora con mi trabajo?

—Eso es lo que me ocurre a mí con tu obra, me siento sorprendido de la belleza que has plasmado, y agradecido de poder observar tu trabajo.

Ella lo observó con la duda en su expresión.

—No necesitas ser amable conmigo porque hemos compartido unos cuantos besos.

—Si me estás diciendo esto es porque aún no me conoces, no necesito halagar falsamente a una mujer por culpa de unos besos. Voy a pasar por alto tu comentario porque me has hecho muy feliz hoy. Tu trabajo es increíble y tu hermano tenía razón.

Ella le sonrió con el corazón golpeándole el pecho.

—Muéstrame más.

Darius se acercó a una de las telas y la miró detenidamente. Era una joven con la falda levantada a media rodilla que entraba a un arroyo.

—Es hermosa.

—La hice en el arroyo que colinda con el castillo Warwick.

—Es un trabajo increíble, ¿cómo es posible que no te des cuenta?

Darius notó que el arte de Susan variaba dependiendo de su estado de ánimo, pero de manera increíble, la joven se las arreglaba para darle un lustre de calidad a sus obras, había naturalezas muertas, mujeres en diferentes oficios, niños, en colores tan nítidos que daban la

sensación de realismo, como si de pronto fueran a salir del lienzo y caminar por la estancia.

—Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad? Tu trabajo debe mostrarse al mundo.

Ella lo miró recelosa, estaba emocionada al ver su genuino interés por sus obras, pero de ahí a exponerlos había un trecho insalvable.

—No podría exponerme así, yo tengo una historia poco agradable.

—Le das mucho poder a algo y a alguien que no vale la pena, no te presionaré, pero tampoco voy a descansar hasta vea tu obra en una galería de renombre.

Se acercó a ella y la besó como hacía rato deseaba hacerlo.

Capítulo 21

Los días siguientes, en cada reunión o acto social al que asistía Miranda, Adrian hacia acto de presencia, ya fuera en el teatro, en un concierto y hasta en un baile, donde tuvo un enfrentamiento con Nicholas. La molestia del marqués era evidente, ya que Warwick se paraba en una esquina sin dejar de mirarla, algo que incomodaba a la pareja y a los pocos asistentes que se percataban de la situación. Miranda ni siquiera le destinaba un vistazo, pero para el resto era evidente que algo sucedía, tanto que *La Pluma Secreta* hizo un comentario en una de sus columnas.

DOS ADMIRADORES, UN SOLO CORAZÓN
15 de mayo de 1823
Por: La Pluma Secreta

Parece que los salones de la alta sociedad están viendo caer al último miembro del Club de los Caballeros Malditos, nos referimos a Adrian Collins, conde de Warwick, que, si no fuera por esa infructuosa investigación, que por lo visto seguirá en tinieblas, sería el favorito de las debutantes y damas casaderas de esta temporada.

Pero tal parece que el atractivo conde ha puesto sus ojos en la bella y distinguida señorita Miranda Taylor, a quien no deja de observar en cada evento al que asiste. Hace días anunciamos su compromiso con el marqués de Wessex, sin embargo, una fuente anónima nos informa que la rivalidad entre el conde y el marqués es más que evidente, sus sonrisas tensas y gestos en apariencia cordiales ocultan intenciones oscuras que no han pasado desapercibidas.

En una reciente cena en la mansión de los Hastings, se informa que los dos caballeros se vieron envueltos en una discusión, que afortunadamente no fue a mayores, ante la tensa sonrisa de la distinguida señorita Taylor. ¿Qué se traerá lord Warwick entre manos? Estamos seguros de que las próximas semanas estarán llenas de susurros y miradas furtivas detrás de cada abanico. Observaremos con ansias el próximo capítulo de esta intrigante historia.

El vizconde Sufolk dio un fuerte golpe a la mesa.

—Eres una estúpida. —Señaló a Miranda con el dedo—. ¿Qué diablos hiciste para llamar la atención de Warwick?

—No tengo idea de lo que estás hablando —contestó ella con un leve temblor en la voz.

—No tiene idea… —murmuró—, no tiene idea. ¿Ocurrió algo en Keynes House que debamos saber?

—Nada, padre.

—¿Y en Stratford? Tiene una casa que colinda con la de tu tía.

—No lo sabía, padre.

Cada día era más difícil mentir, estaba harta, cansada de esconder su pena y sus lágrimas, harta de asistir a eventos y actuar como si fuera feliz. La rabia la invadía al pensar que, si no hubiera conocido a Adrian, estaría disfrutando de toda la atención que recibía, en cambio, lo único que deseaba era encerrarse en un convento y no salir jamás de allí.

—Según mis fuentes, ese tipo te seguía como perro en celo en casa de *lady* Everly, no sé

qué diablos fuiste a hacer a aquel lugar y sin nadie de la familia cerca, debo agradecer a Wessex el que haya llegado a Keynes House. La amistad con Beatrice no te conviene, a pesar de ser hija de Findley, es una desvergonzada, espero que no sigas su camino. A lo mejor esos aceites y esencias que inundan con su olor el segundo piso te han afectado la cabeza.

—¡Padre!

—No hallo la hora de que seas marquesa, no creo que Wessex te deje seguir con ese desagradable pasatiempo. ¿Por qué no puedes ser como las demás?

El alma de Miranda sangró por culpa de las palabras de su padre.

—Siento si hiero tu susceptibilidad, padre, y no ser una cabeza hueca quejumbrosa y pendiente de vestidos y peinados.

—¡Ya basta! —exclamó la vizcondesa—. Esa no es manera de hablarle a tu hija. No sé por qué te preocupa lo que diga esa columna, casi todo lo que publica son mentiras.

—Pues está columna es leída por todos los que importan y no queremos que, a estas alturas, con una boda próxima, esta familia sea motivo de murmuraciones.

—Pues entonces deberías hablar con tu hijo, Edward ha estado apostando como si la vida le fuera en ello. Le hice unas sugerencias a Nicholas sobre el dinero, para que Edward se haga responsable —replicó Miranda.

El vizconde la miró de mala manera.

—No te metas en lo que no te incumbe, limítate a cumplir tu papel, tu futuro esposo y yo veremos por las finanzas de esta familia.

Miranda había aprendido a escoger sus batallas y sabía de antemano que nunca le ganaría a Edward, sus padres lo amaban con tal devoción que le permitían hacer lo que quisiera, el resultado de ello era un hombre en la treintena con la mentalidad de un niño de diez años. Estaba segura de que Nicholas no aceptaría sus sugerencias respecto a Edward, simplemente porque no le importaba, ya había llegado a un acuerdo con la familia, las deudas estaban pagadas, pero ella tenía ideas firmes de lo que se debía hacer con el condado unido al título, un terreno agrícola que, bien trabajado, daría réditos a su familia y a la docena de arrendatarios de la tierra, pero a sus padres no les interesaba escucharla. Con el dolor lacerante que había dejado el desengaño en su corazón, estaba segura de que las cosas con Adrian hubieran sido diferentes.

No dejaba de pensar en él, apenas dormía en las noches, y las sombras oscuras empezaban a circundar sus ojos. Recreaba en su mente de forma meridiana cada uno de sus encuentros, revivía en la mitad de la noche las sensaciones que provocaban sus besos y sus caricias, y el increíble momento en que la había hecho suya. Verlo en todos los eventos iba a acabar con su cordura, el imperio de sus ojos, que no se desprendían de ella, tenía el poder de devolverle el calor, la afectaba de manera intolerable y el muy truhan lo sabía.

La noche del baile en la mansión de los Hastings se había acercado a saludarla, y habría dado de qué hablar si le hubiera vuelto la espalda, que era lo que en realidad quería hacer. Le devolvió el saludo con gesto frío, él no se amilanó, tomó su mano y besó sus nudillos, ese simple roce la dejó sin respiración, inmóvil, con la mirada puesta en un punto lejano. Su contacto envió ondas cálidas que se expandieron por su cuerpo. Se sintió ansiosa y pesada, el corazón le latió como si hubiera corrido, reaccionaba a él como lo hizo el día en que la hizo suya, evocar ese recuerdo allí, frente a todos, atizó su rabia. La llegada de Nicholas la salvó de hacer un espectáculo, sin embargo, el par de hombres tuvieron un pequeño enfrentamiento, que ahora *La Pluma Secreta* se regocijaba en publicar.

—¡No me estás prestando atención! —exclamó su madre levantándose de la mesa—. Hoy tendremos prueba del vestido donde *madame* Beaumont, no lo olvides, salimos en una hora.

—Estaré lista.

***

Warwick recibió una nota de parte de la condesa de Mackay, donde ella y Minerva, la marquesa de Wild, lo invitaban a dar un paseo por Hyde Park antes del mediodía. Imaginó que a lo mejor sería otro de sus intentos por emparejarlo con alguna dama casadera. Agradecía su amistad, ellas le reñían como si fuera su hermano y él por lo general les seguía la idea, pero esa mañana no estaba de buen ánimo. Miranda no había asistido a ninguno de los eventos los últimos tres días, no había salido de su casa y él se preguntaba si a lo mejor estaba enferma. Le escribía, pero era incapaz de enviarle las cartas que se arrumaban en su cajón secreto del escritorio, levantando suspicacias entre su madre y su hermana. Watford había ido al campo a visitar a su esposa y a sus hijos; a pesar de que Smith ya no estaba en la casa, se negaba a que la condesa y los niños volvieran a la ciudad. Los días avanzaban sin noticias de Smith, ni más pistas del autor intelectual del crimen.

Lily y Minerva estaban sentadas, esa despejada mañana, en un coche descubierto cuando Warwick entró caminando por Rotten Row. Su casa quedaba muy cerca al parque y un paseo a esa hora era saludable y, por qué no, a lo mejor su estrella brillaría y se encontraría a Miranda.

—Warwick —saludó Lily con un gesto de la mano.

Adrian se acercó y el semblante adusto de Minerva se suavizó cuando el noble tomó su mano y besó su dorso.

—Es un gusto verlas, señoras mías —soltó jactancioso—, ustedes son un placer para mis ojos y oídos.

—No te presentaremos una debutante hoy —afirmó Minerva—. No necesitas cubrirnos de halagos para excusarte un par de minutos después.

Minerva tomó su mano y bajó del coche. Adrian ayudó a Lily a bajar también, cada una de ellas se posó a su lado, tomándolo del brazo y caminando por la alameda.

—Les agradezco enormemente, no estoy de ánimo para charlas insustanciales. Ni para hablar del clima.

—¿Y si queremos charla insustancial y hablar del clima? —inquirió Lily con gesto risueño.

Adrian sonrió.

—Las complaceré.

Caminaron por el sendero, cruzando saludos con las personas con las que se encontraban. El camino los llevaría a la orilla sur del lago Serpentine, charlaron de nimiedades, cada una contó algunas gracias de sus pequeños hijos y hablaron de la obra que estrenarían en Covent Garden la próxima semana.

—Adrian —dijo Lily en tono serio—, Mackay me ha contado lo sucedido con la señorita Miranda Taylor.

—Sí, querida amiga, ya sé lo que vas a decir. “Te lo dije”.

—No es necesario —intervino Minerva—, estás sufriendo y no es la intención ni de Lily ni mía hurgar en la herida.

—Infinitas gracias.

—Aunque te mereces cada mal momento que estás pasando por culpa de tu actuar —señaló Lily y Adrian se dijo que no tenía respuesta para eso y también que lo tenía merecido.

—Ahora lo sé y me avergüenza pensar que terminé actuando igual que el crápula de su hermano.

Lily le dio una palmada en el brazo.

—Queríamos hablar contigo y encontrar una forma de ayudarte —expresó Lily—, y no le hagas caso a mi marido sobre raptar a la joven, hay que agotar las vías diplomáticas.

A Adrian le conmovía sobremanera la preocupación de las dos mujeres por él, estaba seguro de que si Céline estuviera en la ciudad también habría manifestado su interés por ayudarlo.

—Agradezco mucho su preocupación por mi causa, pero no creo que haya nada que hacer. —Observó el lago, donde un par de niños corrían para alimentar a los patos, detrás de ellos iban las niñeras—. Cometí un grave error y sí, Lily, tú tenías razón, ya no me interesa hacerles pagar lo ocurrido, solo quiero recuperarla, pero está a dos semanas de un matrimonio de conveniencia, sé que ella no ama a Wessex, me ama a mí.

Minerva se levantó de un salto para atajar a un niño pequeño que corría tras una pelota, en cuanto el crío estuvo a buen recaudo de la niñera, se sentó de nuevo.

—No puedes darte por vencido, debemos atraerla a un lugar neutral, donde tengas el espacio y el tiempo de explicarle las cosas, y convencerla —señaló Lily.

—Si alguna de las dos hace la invitación, sospechará enseguida y se presentará con Wessex, no ha salido sola desde que se comprometió.

—Wessex es un hombre de doble moral —afirmó Minerva—, tanto como para ocultarle a la joven que tú perdonaste la deuda a su familia. Ella tiene que saberlo, además, para algunos no es un secreto el arreglo que tienen *lady* Georgina y él, por eso se apresuró a presentarse en Keynes House tan pronto supo que la señorita Taylor estaría allí. A lo mejor temió que su amante le hiciera un desplante a su futura prometida.

—Hay que hacer algo —insistió Lily—, tú no puedes pasar tu tiempo como un paraguas mojado en una esquina de cada evento que hay, no le hará bien a tu anhelo de recuperarla.

Adrian sonrió y las miró con cariño. Ellas tenían razón, él podría darle forma a la idea de Mackay, pero eran medidas desesperadas, primero tenía que arrastrarse.

—Minerva y yo queremos preguntarte algo —dijo Lily.

—¿La amas? —preguntó Minerva.

Sus hombros subieron y bajaron cuando soltó un gran suspiro.

—¿Que si la amo, dices?

—Sí, esa es la pregunta —intervino Lily—, queremos estar seguras de que no es un capricho pasajero por no poder tenerla.

—No hay duda en mi corazón. No puedo explicarlo con palabras, fue como un rayo, peleé contra ese sentimiento, la miraba y no podía creer que sintiera lo que sentía por la hermana de mi enemigo, pero ella sin saberlo tejió una malla con los hilos de su sonrisa, de sus besos, de su forma de ser, y cada fibra de mi ser se estremece cuando está cerca. Su sonrisa ilumina mis días y su simple presencia me da una sensación de paz que nunca había experimentado. No puedo imaginar mi vida sin tenerla. Estoy dispuesto a luchar porque, sin ella, mi mundo carecería de color y significado.

—El amor sorprende y cuando menos lo esperas, está agazapado ahí, listo para saltar en el momento menos pensado —concluyó Minerva.

Lily y ella se miraron y sonrieron.

—Mi cuñada Faith hará una reunión, será pasado mañana, asistirán una docena de mujeres, le pedimos que extendiera una invitación a la señorita Taylor, con la pequeña diferencia de que estará en casa de Faith a las tres de la tarde y tú tendrás una hora para hablar con ella, porque las demás invitadas llegarán a las cuatro.

—¿No correremos el riesgo de que se presente con Wessex? —inquirió Adrian.

—No, Devlin, el esposo de Faith, es amigo del marqués y tienen un par de negocios juntos, a esa hora estarán reunidos. Además, Faith le insistió a Wessex de que ya era hora de que Miranda frecuentara su círculo de amigas, a lo que él no pudo negarse —concluyó Lily.

—Así, querido amigo, tendrás una hora para convencer a la dama de que estás verdaderamente enamorado.

Se levantaron de la silla y caminaron de vuelta al carruaje.

—¿El señor Hill sabe de esta intriga?

—No tengo idea —contestó Minerva—, pero es un hombre devoto a su esposa y acata sus deseos.

—Señoras, son ustedes las mejores amigas que un hombre podría tener, de nuevo, gracias.

Ya en el coche, Lily dijo:

—No lo arruines.

Al salir del parque observó en un coche a lord y *lady* Gellywen, se quedó mirando al noble, que le destinó un gesto de saludo y siguieron su camino. En ese momento descubrió aquello que lo intrigaba desde hacía semanas.

***

Envió notas a cada uno de sus amigos citándolos en el club de boxeo, esa tarde habría una pelea y las apuestas iban a favor de un irlandés de casi dos metros de estatura, que llevaba invicto varias semanas dejando a sus contrincantes en pésimas condiciones. Su competidor esa tarde era un ruso que había triunfado en el continente durante un tiempo largo, sería un combate reñido.

Adrian se apeó del coche y entró al edificio de ladrillos rojos y fachada modesta.

Al ingresar, se encontró con Darius Hollister, que se acercó a saludarlo.

—Lord Warwick —inclinó levemente la cabeza.

—Señor Hollister, espero llevarme hoy el botín, aposté una gran cantidad al irlandés.

El lugar estaba a reventar, gente de todos los estratos hacían apuestas por quién sería el ganador, el sonido de conversaciones animadas y risas apagadas llenaba el aire, obligando a elevar el tono de voz, que se mezclaba con el olor de tabaco y *whisky* de malta.

—Nuestro hombre hoy lo tendrá difícil, el ruso es una bestia con puños, yo de usted apostaría algo a él también.

Adrian negó con la cabeza.

—Me gusta el riesgo. —Notó a Darius algo nervioso, no supo la razón.

—¿Cuénteme qué opina del trabajo de mi hermana?

Darius se sonrojó y carraspeó antes de hablar.

—*Lady* Susan no es una persona que otorgue su confianza con ligereza —dijo con desenfado, procurando que su gesto fuese lo más plano posible.

—Lo sé, conozco a mi hermana, pero al acceder a que usted viera su trabajo, pensé que no habría inconveniente —repuso desconcertado.

—No ha habido inconveniente, no me malinterprete —contestó Darius enseguida—. Su trabajo es increíble, ahora que lo sé, tengo la misión de mostrar su obra al mundo, cuando ella esté preparada para hacerlo.

Adrian asintió.

—Gracias por su paciencia, sabía que mi hermana tenía mucho talento, si necesita ayuda para convencerla, cuente conmigo —dijo Warwick, mientras un muchachito pasaba vendiendo

dulces y otras confituras.

Darius asintió.

—Lord Warwick, deseo hablar con usted de algo…

—¡Warwick! —exclamó Mackay, que se acercó junto a Watford, interrumpiendo lo que Hollister iba a decir. Se despidió de ellos segundos después.

—Espero que hayas aprovechado tu tiempo en el campo, y la condesa y los niños se encuentren bien —dijo Adrian a manera de saludo.

—Están muy bien, gracias —soltó Watford y después de una pausa, continuó—, desde hace dos días un hombre me está siguiendo, tengo temor de que sea Smith buscando una retaliación por lo sucedido —apuntó en tono bajo.

—Así como nosotros tenemos detectives siguiendo a los sospechosos, es normal que Bourne o Smith estén tras nuestros pasos —repuso Wild.

—Tengo noticias —señaló Warwick, mirando a lado y lado.

Estaban alejados de todos los demás y sus voces se perdían entre el resto de las conversaciones y rechiflas porque diera inicio la pelea.

Los cuatro caballeros se acomodaron en las sillas de cuero dispuestas en las primeras filas alrededor del *ring*.

—Habla —exigió Mackay.

Wild estaba sentado con gesto indolente mirando al frente, pero prestando atención a la charla.

—¿Recuerdan que les dije que las facciones de Smith se me hacían similares a las de alguien que conocía, pero que no podía dilucidar quién?

—Sí —contestó Watford.

—Smith tiene algo que ver con lord Gellywen.

—Trabaja en la sociedad minera para él, además, su padre y él estuvieron unidos por la logia —señaló Mackay.

—La expresión de los ojos de Smith y algunos rasgos de su rostro son los mismos de lord Gellywen —insistió Warwick.

—¿Cómo cuáles? —inquirió Wild?

—La forma de los ojos y la mirada, aunque la del noble esté cubierta con una pátina de falsa amabilidad. También el grosor de los labios y la quijada.

Los cuatro se quedaron callados unos momentos digiriendo la nueva información.

—¿Insinúas que tienen un parentesco? Smith tiene ojos azules, Gellywen los tiene cafés —objetó Wild.

—No lo insinúo, estoy seguro —aseveró Warwick.

—Puede ser, Smith nombraba en el delirio a un hijo que era lord —concluyó Watford.

Mackay silbó por lo bajo.

—A lo mejor el padre mató por orden de su hijo, confirmaríamos que es un crimen pasional —señaló Wild.

En ese momento empezó la pelea. Los vítores y chiflidos no los dejaban seguir hablando, pero a ninguno le interesaba el combate, a pesar de las apuestas hechas.

—Vámonos de aquí —sugirió Warwick.

En cuanto salieron del lugar, el magistrado Bourne y un grupo de sus hombres se materializó delante de ellos.

—Gideon Graham, conde de Watford, queda detenido por el asesinato de *lady* Regina Lightwood, acaecido la noche del 6 de julio de 1819.

Capítulo 22

—¡Usted se volvió loco! —gritó Mackay tomando al magistrado por las solapas de la chaqueta. Los hombres que lo acompañaban se interpusieron enseguida, antes de que el escocés le diera un golpe en la cara.

—¡Calma, Mackay! Debe haber una confusión —dijo Watford, tranquilo en apariencia, y enseguida se dirigió a Warwick—, por favor, avisa a Arthur Montgomery —dijo, refiriéndose a su abogado de confianza—, y envía con Cobbins una nota a Céline contándole lo sucedido.

Warwick asintió abrumado al ver a su amigo siendo conducido a las oficinas del magistrado, donde imaginó irían a interrogarlo.

—¡Vamos! —Uno de los hombres lo aupó a que subiera al coche, había varias personas alrededor, en segundos algunos nobles, alertados de lo sucedido, salieron para presenciar el escándalo.

—Iré detrás de ellos, no voy a dejarlo solo, ustedes tienen cosas que hacer —señaló Wild.

—Me parece bien, mientras tanto Mackay y yo iremos en busca del abogado —adujo Warwick.

—¡Bourne me las pagará! Algún día estrellaré mi puño en su maldita cara —exclamó el escocés cuando se subieron al coche.

—Pobre Céline, no me imagino su reacción en cuanto se entere —añadió Warwick.

—Estoy seguro de que Bourne está utilizando la maldita carta de la falsa nota que Watford envió a *lady* Regina, no hay más, si hubiera otra cosa nos hubiera detenido a todos.

—Él lo sabe desde hace más de tres semanas, ¿por qué ahora? ¡Hay que encontrar a Smith! Buscarlo debajo de las piedras. —Warwick sentía la furia bullir su interior.

—No podemos dejar a Watford en la cárcel, así tenga que traer un ejército para liberarlo —señaló el escocés con arrojo.

—Sé que lo harías sin dudarlo, pero tenemos que actuar con cautela. En este momento le servimos más a nuestro amigo libres para poder dar con el verdadero dolor de cabeza de esta trama de mal gusto.

Al llegar a la mansión de Watford, se encargaron de informar a Cobbins. Warwick redactó la nota para Céline, de nada valdría ocultarle el hecho hasta que llegara a la ciudad, ya que Cobbins no se guardaría una noticia tan importante. Asimismo, escribió otra nota para el abogado explicándole la situación y pidiéndole que se presentara en el acto en la magistratura.

Se reunieron en la mansión de Mackay.

En cuanto entraron al estudio, Lily Ann corrió a su encuentro angustiada.

—¿Es cierto? ¿Bourne detuvo a Watford? —preguntó refugiándose en los brazos de su esposo.

—Sí, mi amor —el conde la abrazó y besó la cabeza de su esposa—, estamos solucionándolo.

Ella levantó el rostro y un velo de lágrimas empañó su mirada.

—No llores, mi amor —aferró su rostro y secó sus lágrimas. Warwick se dio la vuelta y caminó hasta una ventana para darles algo de privacidad—, ¿cómo te enteraste?

—Estaba tomando el té en casa de mi madre, cuando mi padre, que estaba en el club de boxeo, llegó con la noticia, vine tan pronto me enteré, no dejo de pensar en Céline, no quiero imaginar cómo reaccionará cuando sepa la noticia.

—Esperemos que cuando vuelva, ya Watford esté en casa, Cobbins ya está viajando a

Riversade Park y Montgomery debe estar en la magistratura para cancelar la fianza, cualquiera sea su valor, Wild está con ellos —dijo Warwick desde su lugar.

—La solución es encontrar a Smith, tan pronto Bourne lo tenga en su poder estoy segura de que los dejará en paz —aseveró Lily.

Warwick se dio la vuelta, fue hasta la vitrina de licores y sirvió tres vasos. La mujer estaba pálida, necesitaba un trago.

—Ese hombre es el culpable de todo —saltó Lily enseguida—. Escucho su nombre y se me calienta la mano de las ganas que tengo de darle una bofetada —dijo mostrando la palma para dar más énfasis a la idea.

—Querida, de ser Smith le temería a tu mano. —Mackay besó la palma de su esposa de manera tierna, antes de que Warwick le pasara las bebidas, acostumbrado a las muestras de afecto entre los matrimonios de sus amigos.

Tomaron asiento y Lily, un poco más tranquila, se dedicó a meditar sobre de qué manera podría ayudar.

Wild y Minerva llegaron al anochecer. La cara del marqués no era la más entusiasta.

—¿Cómo está Watford? —inquirió Lily.

—Está tranquilo a pesar de las circunstancias, había periodistas de toda clase apostados en la entrada de la magistratura. Montgomery está acampando en el lugar. —Soltó un bufido descortés—. Bourne no ha querido hablar con él, es un maldito sádico, quiere enviarlo a Newgate, si no logramos fijar la fianza y pagarla en la mañana, es lo que ocurrirá. Le dejé comida, un gabán grueso y unas mantas. Solo quiere ver a Céline y a los niños.

—¡Dios mío! Céline va a morirse cuando sepa que su esposo está encarcelado —soltó Minerva cerrando los ojos, apesadumbrada—. Hay que hacer algo.

—Es lo que hemos temido todos estos años, que la injusticia se interponga con la verdad —añadió Lily aferrando el brazo de su esposo—, que una mentira malintencionada o un falso testimonio ocasione que todos ustedes vayan a la cárcel.

—Precisamente pude hablar con Watford unos instantes y tenía noticias interesantes de uno de sus detectives que creo podemos usar en nuestro beneficio, nos las iba a comunicar después de la pelea de boxeo —arguyó Wild, tomando el vaso de licor que Warwick le pasó a cada uno —. Solo les digo que si *lady* Gellywen pudiera matar a alguien sería a su esposo y a su cancerbero Smith. No creo que ella haya sido la asesina de *lady* Regina.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Minerva.

Un lacayo entró con una fuente de comida y el servicio de té, pero Lily lo despachó, alegando que ella serviría a los invitados.

—El detective que investigó sobre las ausencias de *lady* Gellywen que la ubicaban entre Italia, Portugal y París descubrió que la joven nunca salió de Inglaterra.

—¿Dónde estaba? —inquirió Warwick.

—En una casa de campo ubicada en Cornualles —dijo Wild con seriedad—, hay un médico, es un hombre carente de escrúpulos, que tiene fama entre las familias que tienen miembros con las inclinaciones de *lady* Gellywen y que quieren buscarle remedio. Ha ideado tratamientos brutales, muy parecidos a los recibidos por el rey George, que en paz descanse. El dichoso médico se llama Dominic Robinson, se internaba con *lady* Gellywen en la casa de Cornualles, allí aplicaba ciertas técnicas que, más que destinadas a sanar, me parecen castigos y maltratos: latigazos, baños de agua helada, terapias de inmersión, la última vez tuvo una pulmonía que casi la lleva a la muerte.

—¡Dios mío! Pobre Alex —dijo Lily refiriéndose a *lady* Gellywen como ella la llamaba en

confianza. Ambas mujeres habían sido cercanas en el pasado. Respiraba intensamente, luchando por controlar su temperamento—. ¿Es veraz esa información?

—Sí, parece que una de las empleadas de la casa no estaba de acuerdo con lo ocurrido y trataba de ayudarla, pero *lady* Gellywen pensaba que lo merecía.

Wild carraspeó, incómodo, Minerva tomó su mano confundida.

—¿Qué te aflige, querido?

—Ese hombre se aprovechó de ella de diversas maneras y *lady* Gellywen quedó embarazada de ese médico y en uno de esos castigos perdió al bebé.

Minerva se levantó de un salto.

—¿Su esposo lo sabe? —dijo con ambas manos aferradas, se notaba que quería golpear algo.

—El detective señaló que eran órdenes de Smith —continuó Wild apenado—, él era el que enviaba a castigar a la joven sin piedad y también parece ser que esa casa fue su escondite todo este tiempo.

—¿Dónde diablos estaba su esposo? —inquirió Warwick furioso.

—Parece que le legó el cuidado de su esposa a Smith, tal vez el vizconde no sabe de los brutales castigos, es algo que tendremos que averiguar —aventuró Mackay.

—Tiene que saberlo —replicó Warwick—, a lo mejor era su manera de castigarla por no ser correspondido, si Gellywen es hijo de Smith, a lo mejor heredó la maldad de su padre, tenía que saberlo.

—Alex —dijo Lily— me rehúye desde que me casé contigo, no entiendo sus razones, las he respetado, pero si alguien nos puede dar un poco de luz en medio de estas tinieblas es ella.

—Smith acaba de firmar su sentencia de muerte, es un monstruo, merece la horca —soltó Warwick.

—No creo que sea capaz de llevarlo vivo ante Bourne —manifestó Mackay—, si lo atrapamos, no tendrá la más mínima oportunidad.

Los tres amigos se miraron con mudo entendimiento, tendrían que apurar las cosas, idear la manera de acercarse a *lady* Gellywen. Les esperaban días difíciles y sortear los obstáculos que día a día se erigían en el camino de la verdad y la justicia.

***

Miranda y el marqués de Wessex asistieron esa noche a un concierto de piano en una de las salas de música de Hanover Square. El artista era un noble austriaco que había llegado a Inglaterra invitado por lord Gellywen y otros patrocinadores del lugar. La sala era elegante, con lámparas de araña con cientos de velas que daban un ambiente dramático al lugar, los asistentes iban vestidos de gala. Miranda había escogido para la ocasión un vestido color lavanda y ese día llevaba por primera vez una de las joyas de los Wessex, que consistía en una gargantilla de rubíes que destellaban sobre su nívea piel.

El marqués de Wessex y su prometida se sentaron al lado de lord y *lady* Plymouth y otras parejas más. El artista inició con el *Concierto para piano n.º 5* de Beethoven, una pieza exquisita escrita en tres tiempos, un poco larga para el gusto de Miranda, pero parecía que a su prometido le encantaba, porque cada tanto le susurraba al oído la historia y detalles de la pieza musical.

Luego de esa pieza siguieron varias más, un poco más cortas y alegres. En el intermedio fueron al salón de té y saludaron a varios miembros de la alta sociedad. Allí se cruzaron con los Gellywen.

—Señorita Taylor —saludó lord Gellywen—, mis felicitaciones por su compromiso y también para usted, lord Wessex, se lleva una de las jóvenes más bellas de la temporada.

—Gracias, milord. —Miranda se acercó a *lady* Gellywen, que le dio un beso en la mejilla.

—Te dije que es una preciosa joven, querido —afirmó Alexandra y Miranda no supo por qué su esposo la miró con una frialdad que llegó hasta ella.

—Siéntense y acompáñennos, por favor —invitó el marqués de Wessex.

La pareja agradeció y se sentó frente a ellos, un mesero sirvió té y pastas de diferentes texturas mientras hablaban de política.

—¿Ya supieron lo ocurrido esta tarde en el club de boxeo? —preguntó lord Gellywen al tiempo que levantaba su taza de té.

—Sí, me enteré antes de llegar aquí —contestó Wessex, poco dispuesto a hablar del tema.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Miranda inocente.

—Detuvieron al conde de Watford —soltó el vizconde con tono de satisfacción.

Miranda disimuló el malestar que la asaltó, era un tema que no debería afectarla, pero al pensar en Adrian y en lo que estaría sintiendo su corazón se encogió. No debería, se reprendió enseguida, tampoco quería levantar suspicacias.

—¿Por qué? —preguntó tratando de fingir poco interés.

—Parece que aparecieron nuevas pruebas en contra de los malditos —continuó Gellywen.

Miranda observó a *lady* Gellywen, que de pronto se quedó callada y con una mirada que ella no supo descifrar: aprensión, temor y restos de melancolía. Ni bajo la más cruenta tortura Miranda reconocería el alivio que sintió al saber que Watford era el único detenido, pero igual lo sentía por él y su familia, la condesa era muy amble con ella. Parecía que todos sabían lo mismo, no preguntó nada más, no podía permitir que Wessex empezara a sospechar que su nombre aún la afectaba.

Esa misma noche había tenido que acceder a los requiebros del marqués cuando venían en el coche, el noble la había besado y ella se había visto obligada a responderle cuando lo único que quería era limpiarse el rostro de esas caricias indeseadas. “No hallo la hora de que seas mi esposa, será una delicia introducirte en el juego de la pasión”.

Ella se sonrojó y se separó de él, que no volvió a tocarla. Volvió a su presente cuando *lady* Gellywen habló.

—Deberían encarcelarlos a los cuatro, estoy seguro de que todos tienen que ver con esa desafortunada muerte —aseveró Wessex.

Miranda quería echarle la bebida en la cara para que se callara. *Lady* Gellywen sonrió como si adivinara lo que la joven pensaba. No podría ponerse en evidencia y quiso cambiar de tema, volviendo a las virtudes del concierto, como si no le importara lo ocurrido.

Miranda observó el bastón que aferraba lord Gellywen al ver en él una figura familiar: un par de serpientes entrelazadas, con ojos de rubíes, exactamente igual al dibujo que le había enseñado Beatrice. Era el símbolo que su amiga relacionaba con la logia. Se quedó mirándola de manera tan detallada que el vizconde se percató enseguida del gesto, claro, por esa razón se le hizo conocido cuando lo vio en casa de su amiga, ya que el noble llevaba ese bastón a todas partes.

—Es una hermosa figura —dijo Miranda al ver descubierto su interés y quiso llegar un poco más lejos para ver su reacción—. He visto antes algo similar.

El noble la observó con gesto interesado.

—¿Dónde la ha visto? —preguntó con aparente calma, pero el sustrato de la pregunta evidenciaba algo de tensión.

Lady Gellywen la miró angustiada, Miranda ya iba a contestar cuando el conde de Plymouth se acercó presuroso y le habló a lord Gellywen al oído. Este se levantó enseguida.

—Si me disculpan, nuestro pianista quiere conversar un momento conmigo, tenemos pendiente una conversación, señorita Taylor. —Miró con gesto de advertencia a su esposa. ¿Qué le ocurría a ese hombre?

La tensión en el gesto de Alexandra era evidente cuando el marqués de Wessex se disculpó para saludar a un par de conocidos.

Lady Gellywen observó la multitud como si se estuviera debatiendo entre decirle algo o mejor callarse.

—Es usted encantadora, pero aún no ha sido capaz de dominar el arte de disimular sus sentimientos —le dijo a Miranda.

—¿Por qué lo dice?

—Fue patente su angustia cuando se enteró de la detención del conde de Watford, tenga cuidado, su prometido puede bajarle la luna en este momento, pero todo cambiará cuando sea su esposa y buscará la revancha.

—Me angustio al pensar en su familia, la condesa y los niños.

—Ambas sabemos muy bien que no fue en ellos en quienes pensó cuando se enteró, por eso le estoy dando este consejo, y reciba otro.

—¿Cuál? —preguntó despectiva y harta del enigma que representaba esa mujer.

—Hay momentos en que la prudencia hace la diferencia, señorita Taylor, dígale a mi esposo que se equivocó, que el símbolo es parecido al de un libro de leyendas que vio en la librería, créame, no querrá seguir ese camino.

—¿Por qué debería hacer eso? —insistió Miranda.

Ambas vieron como lord Gellywen volvía de nuevo a ellas.

—No entre en aguas turbias, señorita Taylor, se lo aconsejo.

Miranda no entendió nada de lo que le dijo la vizcondesa, pero decidió callar, no sabía si esa advertencia tendría que ver con su conocimiento del símbolo de la logia o con algo más. Lord Gellywen era todo sonrisas cuando se acercó a ella.

—¿Y bien, señorita Taylor? Dígame dónde ha visto esta figura, estoy intrigado.

Lady Gellywen observaba cómo los asistentes al concierto volvían al salón de música. Miranda sonrió y actuó como lo hacía con todos desde el bochornoso incidente en Keynes House, digna de convertirse en una actriz de talento.

—¡Ya lo recordé! Hay una figura muy parecida en un libro de leyendas que llamó mi atención en la librería.

El hombre la observó dubitativo, *lady* Gellywen saludó con la mano a una duquesa.

—Querido, creo que debemos entrar, ya se escucha el segundo anuncio.

En ese momento, el marqués de Wessex se acercó a su prometida.

—Vamos, querida, ya está a punto de empezar la segunda parte del concierto.

***

Warwick volvió a su casa y permaneció despierto gran parte de la noche. Finalmente, cayó en un sueño agitado ocupado por la vívida fantasía de que estaba haciendo el amor con Miranda. Era un acto pasional y salvaje, ella cabalgaba sobre él como la más experta de las amazonas, pero lo mejor del sueño era que le decía que lo amaba con locura. Se despertó al amanecer en una cama vacía con el corazón martilleándole en el pecho y con la evidencia en su cuerpo de que había

sentido el sueño con bochornosa intensidad.

Se levantó de la cama y, mientras se cambiaba, ya que saldría a cabalgar antes de enfrentar el día que les esperaba, no pudo dejar de recrear el sueño, las manos de Miranda tocándolo, sus labios besándolo y su voz diciéndole todas las cosas que él soñaba. No entendía aún qué había hecho ella para seducirlo de esa manera. No, eso no era del todo cierto, Miranda había esgrimido un arma que por lo general las demás mujeres ocultaban para su beneficio, ella se había mostrado tal cual era, sin artificios ni dobleces. Ni siquiera podía ocultar lo que sentía por él; en cada desplante en cada acto al que asistía, veía sus ojos brillar de rabia y resentimiento. Rogaba al cielo que fuera mañana a casa de los Hill, necesitaba ese espacio de tiempo en medio de su caótica vida, necesitaba de sus ojos así fuera para reprocharle lo que quisiera, necesitaba respirar su mismo aire para continuar con la lucha.

Cuando bajó a las caballerizas, vio que el joven cerraba la cerca.

—¿Quién salió a esta hora? —Apenas eran las seis y treinta de la mañana, a pesar del inicio del verano, la niebla aún saturaba el ambiente.

El mozo hizo una ligera venia.

— *Lady* Susan, milord, acaba de salir.

—¿Fue con alguno de los mozos de cuadra?

—No, señor, le gusta cabalgar sola.

—Ensíllame pronto el caballo —ordenó de mal genio.

¿Qué diablos le pasaba a su hermana? ¿Por qué salía sola? Él no tenía nada en contra de que saliera a cabalgar, pero con las mínimas medidas de seguridad, ya que podría correr peligro, un accidente, una caída, un asalto. Las calles de Londres eran peligrosas a cualquier hora del día.

—El caballo ya está listo, milord, lo traeré enseguida.

Susan cabalgaba por Hyde Park; siempre hacía el mismo trayecto, Adrian a veces la acompañaba, aunque hacía varios días que no coincidían. La alcanzaría y charlaría con ella sobre su conversación con Darius el día anterior. Minutos después cabalgaba por el camino del parque donde se cruzó con un par de jinetes; en alta temporada muy poca gente madrugaba por culpa de los compromisos hasta altas horas de la noche.

El aire fresco del parque resonaba con el rumor de los árboles, el olor a prado y el canto de los pájaros le devolvieron parte de la tranquilidad perdida. Céline llegaría a Eden Hall esa noche, no quería imaginar su angustia, esperaba que el abogado Montgomery pudiera pagar la fianza durante el día, antes de que Watford pisara la cárcel de Newgate. La única esperanza que tenían, a la luz de las últimas averiguaciones, era *lady* Gellywen, sus amigos y él dejarían esa labor en manos de las mujeres, que recurrirían a la antigua amistad de Lily con Alexandra. Mientras tanto, ellos idearían una forma de enfrentar al matrimonio con Smith, esa era la única solución que tenían en sus manos para resolver por fin el asesinato y que los verdaderos culpables pagaran por su delito. La sangre le hervía al recordar el cinismo de Smith.

Encontró el caballo de su hermana amarrado a un árbol junto a otro caballo, confuso y molesto se apeó del animal y caminó por el pequeño sendero que llevaba a un cerco de setos. La escena que presenció al doblar la esquina del camino lo detuvo en seco, dejándolo momentáneamente sin aliento: su hermana, recostada contra el tronco de un viejo roble, en los brazos de Darius Hollister. El sonido de sus labios, que se separaban abruptamente, llenó el silencio del parque con una tensión palpable.

—¡Susan! —exclamó Warwick, su voz llena de una mezcla de indignación y decepción—. ¿Qué significa esto?

Los ojos de la joven se agrandaron al escuchar la voz de su hermano. Intentó enderezarse,

pero sus mejillas enrojecidas y sus cabellos desordenados eran evidencia suficiente de lo que había estado ocurriendo.

—Adrian, por favor —le suplicó, mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas—, quería decírtelo, pero has estado…

—¡Excusas! —exclamó acercándose a la pareja y aferrando a Hollister de las solapas de su gabán— ¡Confié en usted, malnacido! ¿Cree que puede venir a terminar de dañar la reputación de mi hermana?

Darius se soltó con relativa facilidad.

—Amo a Susan y quiero pedir su bendición para casarme con ella —replicó Darius con voz firme pero respetuosa.

—Sobre mi cadáver, malnacido, un hombre que busca escondrijos en el parque no tiene buenas intenciones. —Adrian pensó que era lo mismo que él había hecho con Miranda, la vida le devolvía el golpe y donde más dolía.

—¡Mis intenciones son serias! —insistió Darius.

—¡Basta! —bramó Susan y los dos hombres la miraron sorprendidos—. No soy un maldito caballo para que dispongan de mi vida como quieran. —Tomó una fuerte inspiración—. Adrian, yo agradezco tu apoyo y lo que has hecho por mí, pero voy a cumplir veintinueve años el próximo mes, creo que me he ganado el derecho de hacer de mi vida lo que quiera.

—¡No te vas a convertir en la amante de un hombre a estas alturas! A mamá y a mí nos costó un gran trabajo sacarte del hoyo en el que estabas —señaló furioso—. ¡No vamos a permitirlo!

Darius se acercó furioso a Adrian.

—¡No le hable de esa manera! ¡No tiene derecho!

—Esto es un asunto familiar, señor Hollister, usted no es nadie en nuestras vidas, lárguese antes de que le rompa la nariz, agradézcaselo al gran aprecio que le tengo a *lady* Wild.

—No le tengo miedo. —Se dirigió a la joven—. ¿Susan? —preguntó al notar su silencio—. ¿Estás bien?

Ella aferró ambas manos a su vestido y lo observó compungida.

—Señor Hollister, estoy bien.

—¡Déjame a solas con Hollister!

Susan fue hasta donde había amarrado el caballo.

—¡No vuelva a acercarse a ella! —insistió Adrian levantando un dedo en clara advertencia.

—No me puede impedir verla.

—Claro que puedo, le repito, señor Hollister, no es bienvenido en mi casa.

—Eso lo veremos —persistió el hombre.

Nada lo separaría de Susan, ni siquiera ella misma, no tenía el imperio naviero que tenía por doblegarse al primer obstáculo. Había sido un error de estrategia no haber hablado primero con el conde, y hacerle patentes sus sentimientos hacia su hermana. Susan era frágil como porcelana y en sus ojos vio un tremendo miedo de arriesgar su corazón, tendría que revestirse de paciencia para hacerle ver que él era una apuesta segura.

Adrian y Susan volvieron a la casa, la joven subió a su habitación sin mirarlo y él decidió dejarla en paz. La mañana no mejoró cuando bajó a desayunar, bebió su taza de café con la esperanza de que restaurara su ánimo. Su madre no se había levantado aún, el lacayo entró con los diferentes periódicos doblados, fue por el que le interesaba y allí encontró la columna que detestaba.

EL CONDE DE WATFORD DETENIDO POR EL ASESINATO DE LADY REGINA LIGHTWOOD.

27 de mayo de 1823

Por: La Pluma Secreta

Uno de los miembros del Club de los Caballeros Malditos es hoy el protagonista de esta columna. Esta vez parece que al magistrado Bourne se le iluminó el pensamiento y por fin empiezan a aparecer pruebas incriminatorias que ayudarán a la resolución, por fin, del atroz asesinato.

El conde de Watford, lord Gideon Graham, fue detenido en relación con el hecho ocurrido en uno de los eventos más destacados de la temporada social de 1819. Tras una minuciosa investigación, ciertas evidencias, además de la reputación previa del conde, han añadido peso a la sospecha de su culpabilidad.

Debemos enfrentar la cruda realidad de que incluso los más prominentes miembros de la nobleza no están exentos de la oscuridad que se esconde al interior de los salones brillantemente iluminados y los bailes suntuosos.

Desde esta columna, apoyamos a la familia de la víctima para que pronto se resuelva este lamentable hecho y todos los culpables paguen por su delito.

A Warwick se le revolvió el estómago, declinó el desayuno, bebió otra taza de café y salió rumbo a la magistratura.

Capítulo 23

—¡Sabía que eran culpables! Te lo dije, querida —dijo el vizconde Sufolk a su esposa mientras esta untaba mermelada a una hogaza de pan.

—¿Qué ocurre?

—Detuvieron al primero de los cuatro malditos, por fin Bourne está actuando en consecuencia.

Miranda, que en ese momento bebía su té, ocultó la ansiedad ante sus padres.

—¿A quién detuvieron, padre? —preguntó por disimular.

—Al conde de Watford —contestó el vizconde, que leyó el texto completo ante las mujeres.

Escuchar a su padre recitar el artículo del periódico atizó su indignación, por los cuatro caballeros.

—Estoy segura de que es una injusticia —aseveró.

—Tú siempre has estado del lado de esos caballeros, ¿además de hacer perfumes, eres detective también? —ironizó con gesto apático Edward, que picoteaba la comida con cara de estar indispuesto por su juerga de la noche anterior.

—No soy detective, pero leo bastante, he estado al tanto de lo que publican los periódicos y esos hombres son tan culpables como cada uno de nosotros. —Tomó otro sorbo de su té—. Tú estuviste en ese baile, ¿verdad? —preguntó Miranda con intención—, imagínate que hubieras bailado con la dama y en este momento fuera tu nombre el que estuviera en ese periódico.

—Tú estás rematadamente loca —dijo su hermano—, espero que Wessex se percate de esa locura cuando ya estén casados.

La vizcondesa hizo un gesto de impaciencia.

—Basta, Edward, tu hermana no está loca, ha sido lo suficientemente inteligente para atrapar a un marqués —hizo una breve pausa—, ¿qué has hecho tú por esta familia?

Miranda observó a su madre sorprendida, el vizconde bajó la prensa y miró a su hijo con aire meditabundo.

—Es hora de que pienses en el matrimonio, Edward —señaló el padre—, una joven de fortuna que pueda sostener tu nivel de vida.

—¿Qué pasó con el dinero de Wessex?

—El dinero se puede acabar y no quiero que tu madre pase necesidades cuando yo muera, necesito que empieces a ver la vida de diferente manera.

Miranda observaba a uno y a otro, en un momento dado quiso pellizcarse, a lo mejor Nicholas había puesto condiciones y apretado los cordones de la bolsa del dinero si no se veían utilidades en el condado adjunto al título, o a lo mejor su hermano había hecho de nuevo una de las suyas.

—¿Hay alguna deuda de la que no sepamos nada? —preguntó Miranda angustiada.

Edward se quedó callado.

—¡Por Dios, padre! Nicholas se puede echar para atrás donde sepa que esta familia es un barril sin fondo —insistió la joven.

—Yo creí que esta vez funcionaría y recuperaría el dinero —adujo su hermano con desdén y sin una gota de arrepentimiento.

Miranda se levantó de la mesa.

—No lo puedo creer, ¿qué diablos te pasa, Edward? Vas a heredar el título. No puedes ser

un irresponsable toda tu vida.

—¡No te permito que me hables así!

Si sus padres estaban callados, era porque por primera vez no estaban de acuerdo con lo que Edward había hecho, y si no estaban de acuerdo, la pérdida de dinero debía de ser grande.

—No le diremos nada a Wessex, hija, yo lo solucionaré.

—Él se enterará, no es ningún tonto —terció Miranda tomando el periódico que su padre había dejado sobre la mesa y zanjando el tema, ya que era como llorar sobre leche derramada. Ahora quería leer el periódico, enterarse de más detalles de lo sucedido.

—Mañana en la tarde estoy invitada a la casa de la señora Faith Hill.

—¿Vas a ir con Wessex? —preguntó su madre mientras dejaba el pocillo sobre el plato.

—Es una reunión de mujeres —contestó Miranda enseguida—. Nicholas está de acuerdo con la invitación, dice que me tengo que relacionar con su círculo cercano y él tiene negocios con el señor Hill.

—Me gustaría acompañarte —manifestó su madre—, pero sabes que mañana será mi tarde de *bridge* con mis amigas.

—No te preocupes, madre, estoy segura de que pasaré una tarde agradable en compañía de la señora Hill.

Miranda releyó de nuevo la columna como si el nombre de Warwick se fuera a materializar en cualquier momento. A pesar de estar furiosa con él, no deseaba que se cometiera una injusticia. Imaginó la angustia de los cuatro amigos y deseó poder ayudar de alguna forma.

***

Cuando Warwick llegó a la magistratura, Wild, Mackay y el abogado Montgomery ya estaban esperando a que Bourne apareciera.

El secretario del magistrado los observaba nervioso mientras transcribía documentos en un escritorio atiborrado de papeles.

—¿Ha visto a Watford? —preguntó al abogado.

—No me han permitido verlo y estoy seguro de que Bourne lo va a enviar a Newgate mientras arreglamos lo de la fianza, ya me adelanté a esa eventualidad y con unos cuantos sobornos logré para Watford una celda individual. El magistrado es un hombre difícil y por lo poco que pude hablar con él ayer, mientras se oficializaba la detención, está molesto por la injerencia de ustedes en sus investigaciones. No me ha facilitado las pruebas incriminatorias, mi urgencia hoy es sacarlo de aquí, no quiero imaginar la llegada de *lady* Watford y que se encuentre con la noticia de que su esposo está recluido en Newgate.

Uno de los hombres hizo seguir al abogado, mientras los tres amigos esperaban fuera de la incómoda oficina.

—Lily está averiguando la agenda de hoy de *lady* Gellywen, necesitamos un primer acercamiento a ella —informó Mackay con el ceño fruncido y el tono de voz bajo, observando a los guardias que los rodeaban—. Podríamos sacar a Watford de aquí.

—Sí, claro, para eso está el abogado, pagaremos la fianza…

—No me refiero a eso —interrumpió el escocés—, podríamos traer a mis hombres y algunos de tus sirvientes y los tuyos— señaló al uno y al otro— y en cuanto lo saquen de la celda para llevarlo a la cárcel, ¡zas!, atacamos.

Warwick negó con la cabeza varias veces.

—Estoy seguro de que Watford no lo agradecería. Mackay, se te ocurre cada idea… —

agregó, recordando su plan de raptar a Miranda.

—Sacaríamos a la familia del país, podrían iniciar una nueva vida en Norteamérica —insistió el escocés.

—Tendríamos que irnos todos, pero pienso que es poco práctico —suspiró Wild—, soy alérgico a los viajes largos, a las incomodidades y a los indios que cortan cabelleras.

—Entiendo tu preocupación, Mackay, yo también estoy frustrado, pero ese tipo de ideas podrían perjudicar más nuestra causa —soltó Warwick, palmeándole la espalda a su amigo.

Montgomery salió en ese momento de la magistratura y se dirigió hacia ellos.

—El conde está bien de ánimo a pesar de las circunstancias, está preocupado por su familia. —Hizo una pausa antes de continuar—. Bourne envió un documento pidiendo el traslado para Newgate, está recabando información sobre el caso, me temo que no podremos hacer nada hoy.

Mackay golpeó con un puño la pared cercana, miró al abogado de mala manera, como si él, y no el magistrado, fuera el culpable de la arbitraria orden.

—Voy a hablar con al alcaide de la cárcel, para que lord Watford esté aislado en todo momento, haré lo que esté a mi alcance para ubicar a Bourne y arreglar lo de la fianza. Aquí, poco podemos hacer.

El abogado se despidió y ellos decidieron volver a la casa de Mackay. Al atardecer irían a Eden Hall para esperar a Céline.

***

Después del desayuno, Miranda fue a casa de Beatrice. La encontró en el salón del comedor mientras leía la prensa.

—Me imagino que ya lo sabes —dijo señalando el periódico.

—Sí, ya era noticia ayer, me enteré en el intermedio del concierto, me parece increíble.

—¿Qué te trae tan temprano a mi humilde morada? —preguntó Beatrice con ánimo jocoso —. ¿Estás preocupada por Warwick?

—Contrario a lo que puedas pensar, no le deseo el mal al conde de Warwick, estoy segura de que esos hombres son inocentes.

—Ven, vamos a dar un paseo por el invernadero.

Atravesaron una puerta vidriada que las llevó a un sendero sembrado de rosas y setos, hasta llegar a un invernadero, donde Beatrice sembraba diferentes especies de plantas traídas de sus viajes.

—Anoche tuve un encuentro interesante —dijo mientras Beatrice examinaba una flor que Miranda no había visto en su vida.

—No me digas, otra vez Warwick acechándote en las esquinas.

Miranda sonrió a su pesar.

—No, me encontré de nuevo con *lady* Gellywen, estaba acompañada de su esposo y fíjate, él tiene un bastón cuya empuñadura es la imagen que me mostraste.

Beatrice levantó la cabeza con celeridad.

—¿Le dijiste algo?

—Que me parecía conocido, y lo más raro fue que *lady* Gellywen me pidió que no comentara dónde había visto el símbolo, me tocó inventar una mentira y decir que lo había visto en un libro de leyendas.

El rostro de Beatrice mostró alivio.

—Hiciste bien, ven conmigo. —Beatrice se levantó, dejaron el invernadero y entraron al estudio—. He hecho unos descubrimientos muy interesantes, pero antes debo confesarte algo, el estudio de ese símbolo puede estar relacionado con la persona que segó la vida de *lady* Regina. Este dibujo llegó a mí porque el conde Warwick le pidió ayuda a mi padre para revelar su significado.

Beatrice le contó cómo los malditos llegaron a tener en su poder el puñal, cuyo mango era la imagen que ella había visto la noche anterior, y también que estaban seguros de que el portador del arma tenía que ver con el asesinato de *lady* Regina.

—Ellos deben estar desesperados por dar caza al verdadero culpable —señaló Miranda en tono triste.

—Sí, pero también he descubierto algo que puede estar relacionado con el asesinato.

—¿Qué es? —preguntó Miranda abismada por el conocimiento de su amiga sobre lo ocurrido.

Beatrice sacó unos papeles de un cajón, copias de periódicos viejos que mostraban las noticias de otros asesinatos.

—Desde el asesinato de *lady* Regina, ha habido tres asesinatos más que pueden estar relacionados, esto no lo sabe mi padre, he querido mantenerlo en secreto, porque no quiero preocuparlo y porque puede que estos datos no lleven a nada.

Miranda se dedicó a mirar los recortes de periódico, donde hablaban del asesinato de tres jóvenes, una joven por año, a partir de la muerte de *lady* Regina. Las jóvenes no pertenecían a la aristocracia, dos de ellas eran hijas de oficinistas y otra de un profesor.

—Hay un hilo conductor entre las tres mujeres, pero no logro relacionar a *lady* Regina con ese dato.

—¿Cuál es el hilo conductor?

—Esas tres jóvenes disfrutaban de la compañía sentimental de otras mujeres.

Miranda levantó la vista asombrada.

—¿Cómo lo averiguaste? Eso no está en los periódicos.

—Me he dado mis mañas para averiguarlo, no ha sido fácil. Si papá supiera, te juro que me encerraría de por vida.

Miranda aferró la mano de su amiga.

—Puede ser peligroso.

—Lo sé.

—¿*Lady* Regina también disfrutaba de la compañía de otras mujeres?

—Ahí me he topado con un muro infranqueable, creo que las mujeres de la alta sociedad que tienen ese tipo de inclinaciones se protegen unas a otras, es una cofradía.

—Recuerdo que *lady* Regina y *lady* Gellywen eran muy amigas, podría averiguar algo.

—No te molestes, no lograrás nada, pienso llevar estos datos al magistrado Bourne y entregárselos también a Warwick, por si sirve de algo.

Miranda asintió.

—Es buena idea.

—Bien, ya basta de temas desagradables, recuerda que esto no se lo puedes comentar a nadie, a lo mejor son elucubraciones sin mucho sentido.

—No lo creo, tus pesquisas normalmente dan resultado, pero guardaré silencio, ya sabes quién tiene un bastón con ese símbolo, espero que ayude a la causa, me dolería ver a Watford siendo enjuiciado por un crimen que no cometió.

—Estás muy segura de la inocencia de esos cuatro.

—Lo estoy, no me preguntes por qué, pero lo estoy.

Capítulo 24

Esa tarde, Lily y Minerva entraron a la librería que frecuentaba *lady* Gellywen en Picadilly, los hombres de Mackay que estaban tras sus pasos les habían llevado la información de que dos veces a la semana visitaba el lugar en busca de novedades.

Minerva, al no tener confianza con la vizcondesa, se alejó por otro pasillo, mientras Lily se encontraba con Alexandra.

—*Lady* Gellywen, buenos días, hacía tiempo que no la veía.

—*Lady* Mackay, qué alegría verla —contestó la dama dejando el libro que ojeaba sobre el estante.

Lily la percibió algo apagada, aunque la mujer no era el epítome de la felicidad, notaba cierta fragilidad en ella que no había sido patente cuando la frecuentaba.

—He escuchado de sus viajes —dijo con intención. La mujer bajó la mirada, tomando otro libro del estante, era precisamente de libro de viajes—, parece que tiene una vida interesante.

Alexandra no contestó. Se limitó a observar las imágenes que presentaba el libro y después, con un profundo suspiro, lo dejó en su puesto y levantó los ojos hacia Lily.

—A veces es necesario alimentar el imaginario de otras personas, mi esposo dice que la imagen lo es todo, si nuestros pares desean escuchar sobre viajes y aventuras que emocionen sus aburridas y patéticas vidas, quién soy yo para negarles ese placer.

—*Lady* Gellywen —señaló Lily en tono firme y serio aferrando su mano—, quiero que recuerde que usted no está sola.

La mujer sonrió con tristeza negando con la cabeza.

—No nos engañemos, *lady* Mackay, todos estamos solos, enfrentamos nuestras vidas solos, este es un viaje en solitario. Así tenga un esposo devoto, hay cosas con las que usted y solo usted tiene que cargar, no puede pasarle esa carga a nadie.

Lily la tomó del brazo y caminó con ella hasta el pasillo del fondo, donde no había compradores a esa hora.

—Yo entiendo lo que quiere decir, claro que la entiendo, hubo un momento de mi vida en el que me sentí como usted, pero gracias al coraje que me insufló mi esposo pude superar muchas cosas.

—Querida Lily, creo que mis problemas son más grandes que el haberme equivocado en un paso de baile. —Lily se quedó callada y la mujer aferró su mano—. Discúlpeme, no debo minimizar su dolor, cada uno lo experimenta de diferente forma, en eso estoy de acuerdo con los católicos, cada uno lleva la cruz que es capaz de cargar.

—Así es.

Lady Gellywen tomó un libro de poesía y se acercó al dependiente.

—Siento mucho lo ocurrido a lord Watford, deben estar desesperados, tan desesperados como para que usted me haya abordado aquí, pero no tengo idea de cómo ayudarla.

Lily decidió tomar el toro por los cuernos.

—Yo creo que sí, *lady* Gellywen, un hombre inocente está en la cárcel y, si no averiguamos la verdad, los demás serán acusados también, no vamos a permitirlo, si usted tiene algún detalle o conoce algún hecho que nos sirva de ayuda, le suplico que nos ayude.

Un hombre corpulento y mal encarado entró a la librería y observó a la vizcondesa.

—Creo que llegaron por usted, cuídese, por favor —la mujer se puso visiblemente nerviosa —, confíe en mí, puedo ayudarla a salir del infierno en el que está.

—Nadie puede, adiós, *lady* Mackay.

—Hasta pronto —recalcó las palabras Lily—, *lady* Gellywen.

Minerva se acercó a ella.

—¿Qué pasó? ¿Lograste algo, querida?

—No, no logré nada, esperemos que mañana en la reunión en casa de Faith podamos convencerla.

—No te aflijas, amor —dijo en tono tierno Mackay ante lo que les contaba su esposa.

—Es normal que haya reaccionado así —aseguró Wild—, no hay un lazo de confianza o fuerte afecto para que se sincere contigo.

—Creí que podría lograr algo —insistió ella.

Estaban reunidos en Eden Hall, Céline no demoraría en llegar y querían ser ellos los que le dieran la noticia de que Watford seguía en Newgate. Estaban nerviosos y ansiosos, ideaban mil y una maneras de probar que *lady* o lord Gellywen eran culpables de ordenar el crimen de *lady* Regina, cómo hacerlos confesar y, lo más importante de todo, cómo lograr que Bourne lo creyera. Un lacayo anunció que el vehículo de la condesa acababa de llegar.

Los tres hombres su pusieron de pie enseguida.

—Esperemos que vaya a la reunión de Faith —manifestó Minerva— y que podamos dar con Bourne pronto, tiene mucho que explicar.

Céline entró al salón como un vendaval, los tres caballeros esperaban encontrar a una mujer alicaída y llorosa, pero estaba furiosa.

—¿Qué diablos sucedió para que aprehendieran a Gideon? —preguntó.

Lily y Minerva se acercaron a ella y la abrazaron, los tres hombres hicieron una venia en silencio, sin saber qué decir. Céline furiosa era una fuerza a tener en cuenta.

—Querida Céline —dijo Wild—, toma asiento y te pondremos al día sobre todo lo acontecido.

La mujer se sentó de mala manera, un lacayo entró con bebidas para todos. En cuanto quedaron solos, Warwick procedió a contarle lo sucedido.

—¡Bourne es un malnacido! —Se levantó con impaciencia de la silla—. ¿Cómo está Gideon?

—En medio de las circunstancias está tranquilo, preocupado por ti y por los niños —contestó Mackay.

Céline caminó por el salón en silencio, con las manos aferradas y sumida en sus pensamientos.

—Por lo visto, *lady* Gellywen es la única que nos puede dar una luz —dijo Céline sin dejar de caminar, en pie de lucha. Si hubiera podido hacer algo esa noche, nada la habría detenido. De pronto toda la bravuconería la abandonó y cayó en un profundo abatimiento.

—No sé cómo darles la noticia a los niños. Mañana a primera hora iré a la oficina del magistrado —elevó el tono de voz—, iré hasta el parlamento o donde el primer ministro, tocaré las puertas que sean necesarias para que haya justicia —dijo con la voz entrecortada y los ojos llorosos.

Warwick se acercó y la abrazó, y el dique que contenía las emociones en el alma de Céline se rompió y se desató a llorar como si no hubiera un mañana.

—Tranquila, querida Céline, encontraremos la solución, tengo el presentimiento de que estamos muy cerca.

Céline escuchó lo que habían planeado para el día siguiente y, ya un poco más tranquila, se retiró a descansar, pero antes aferró el pomo de la puerta y se dio la vuelta.

—¡Necesito a Gideon libre y aquí en casa! Prométanmelo.

Los tres hombres contestaron a coro.

—¡Lo prometemos!

Warwick esperaba poder cumplir esa promesa, salieron uno a uno, sumidos en negros pensamientos. Minerva tomó del brazo a Warwick.

—Supe que tuviste un encuentro desagradable con mi hermano —él asintió—, déjame decirte que Darius está enamorado de tu hermana y no va a cejar en su empeño de luchar por su mano.

—Quiero lo mejor para mi hermana —soltó un profundo suspiro, como si no tuviera cosas de las que ocuparse, ahora su hermana encabezaba la lista—. Estoy molesto con Darius, pienso que no hizo las cosas como se debían hacer. Si es cierto que está enamorado y desea casarse con ella, veremos qué tan luchador es.

Ella dio una palmada a su antebrazo.

—Ay, Warwick, quien está enamorado busca cualquier momento para compartir con su amada, no puedes ser tan exigente en este asunto, déjalos ser.

—En este momento no tengo cabeza para pensar en ellos. Darius tendrá que hablar conmigo y nada de encuentros a solas, mi hermana no salió bien librada hace años y perdió todas las oportunidades de hacer un buen matrimonio.

—Te entiendo, será interesante ver a mi hermano luchar por una mujer.

—Creo que es lo que Susan necesita, alguien que la adore y le haga ver lo valiosa que es.

***

Al día siguiente, se reunieron a primera hora para ir de nuevo a la magistratura. Montgomery y Céline habían estado más temprano, pero al no hallar a alguien que diera un poco de luz en la detención, se dedicaron a buscar a Bourne por toda la ciudad, pues según sus informantes no había rastro del magistrado. Se estaba escondiendo de ellos, los caballeros malditos estaban seguros de ello. Céline pidió ver a Gideon y el abogado logró gestionar un permiso con las autoridades de la prisión para las once de la mañana.

Warwick se despidió de sus amigos y fue a casa del conde de Findley, que le había enviado una nota pidiéndole hablar con él con urgencia.

Llegó a la mansión y el conde lo esperaba en el estudio.

—Gracias a Dios has venido tan pronto —señaló el hombre algo nervioso.

—¿Pasa algo, tío Harry?

—He descubierto algo que puse anoche en manos del magistrado Bourne.

Warwick quedó pasmado.

—¿Por qué no me avisaste primero? —preguntó extrañado.

—Es peligroso, sabes que mi amigo, el profesor de Oxford, lleva desaparecido varios días.

Adrian frunció el ceño.

—¿Dónde lo viste? Hemos tratado de contactarlo y no hemos podido.

—Bourne se hace visible según su conveniencia —señaló Findley enigmático.

—¿Tendrá algo que ver la investigación sobre la logia?

—Estoy seguro, por eso necesito que seas prudente con esta información —continuó Findley apuntando hacia unos papeles—, no nombres la logia a nadie, uno de sus miembros está

relacionado con una serie de asesinatos ocurridos los últimos tres años en toda Inglaterra. Beatrice ató cabos, esa jovencita junto a su amiga van a ser mi muerte, pero descubrió que *lady* Regina no ha sido la única.

Adrian pasó por alto el comentario sobre la amiga de Beatrice ante la enormidad de lo que el conde le contaba. No pasaba por su cabeza que Miranda estuviera involucrada en la investigación.

—¿Me estás diciendo que el asesinato de *lady* Regina hace parte de una serie de muertes? —Eso no lo hubiera imaginado ni en un millón de años.

—Sí, Adrian —contestó Findley en tono bajo de voz—, para el magistrado Bourne no fue ninguna sorpresa, lleva mucho tiempo al pie de esta investigación. Todas las víctimas son personas con necesidades diferentes a las nuestras y que son consideradas pervertidas.

—¿Sabe quién es el asesino? —preguntó con tono de voz sombrío.

Findley se encogió de hombros.

—No me lo dijo, pero está cerca de descubrirlo, espero que te cuides y protejas a tu familia.

—Necesito algo más, tío Harry —afirmó desesperado—, nuestro amigo Watford está encarcelado y sería una injusticia que lo vinculen a estos asesinatos.

El conde asintió y se echó para atrás, entrelazando ambas manos en su abdomen.

—Lo sé hijo, entiendo tu angustia, pero debes tener un poco de fe en las investigaciones.

—¡No han llevado a Bourne a ningún lado! Y solo quiere incriminarnos.

El hombre negó con la cabeza varias veces.

—El tipo de investigación que ese hombre ha llevado no es algo que se solucione en poco tiempo, ustedes han hecho una magnífica labor y deben sentirse orgullosos, pero dejen trabajar a Bourne si quieren esclarecer lo sucedido.

Recordó el secuestro de Smith, a lo mejor ya todo se hubiera zanjado si no hubiera tenido la feliz idea de secuestrarlo.

—Ah, entonces, ¿Bourne se ausentó para investigar la desaparición del profesor?

—Así es, pienso que la detención de Watford no fue para inculparlo, está ganando tiempo, haciéndole creer al verdadero asesino que puede estar tranquilo.

—¡Bourne es un malnacido!

—Tiempos desesperados necesitan medidas desesperadas. Se está trabajando por un bien mayor.

—Dile eso a su esposa y a sus hijos.

El conde Findley no supo qué más decir.

***

Miranda salió para la mansión de los señores Hill, se había esmerado en su arreglo personal, llevaba un hermoso vestido de tarde, color azul cielo, bordado de margaritas, el cabello artísticamente peinado con tirabuzones largos. Quería causar una buena impresión a la señora Faith Hill, al fin y al cabo, era la hija de un importante duque y la hermana de un marqués, ambos conocidos de su futuro esposo. Cada vez que pensaba en el enlace sentía su estómago anudarse de angustia y cuando sus pensamientos volaban a Adrian, se deprimía sin remedio. Cómo le gustaría estar con él en este difícil momento, así estuviera furiosa por culpa de sus tretas, no deseaba el mal para su vida.

Al llegar a la mansión le pareció ver un coche conocido dar la vuelta por una calle aledaña. ¡Dios! Se reprendió, veía ahora a los sirvientes de Adrian o hasta su coche en cualquier esquina,

a lo mejor eran imaginaciones suyas por pensarlo todo el tiempo, por añorarlo cada instante. Un lacayo la ayudó a bajar del coche, nunca había estado en la mansión, era impresionante.

Subió unos cuantos escalones y en la puerta la recibió un mayordomo.

—Siga, señorita Taylor, la señora Hill la espera.

Otro sirviente la llevó hasta un salón, tocó antes de entrar, la voz suave de una mujer pidió que siguiera.

—Es un placer haber recibido la invitación, señora Hill.

La mujer, hermosa y de sonrisa cálida, se puso de pie y se acercó a ella con los brazos extendidos.

—Es un placer tenerla en mi casa, señorita Taylor.

Una sombra de preocupación cruzó las facciones de la anfitriona.

—Muchas gracias, Nicholas los tiene en muy alta estima, yo no había tenido la oportunidad de conocerla, me parece auspiciosa esta invitación para repararlo.

La mujer la invitó a tomar asiento.

—Cuénteme sobre usted, señorita Taylor, quiero conocer a la persona que despierta fuertes sentimientos esta temporada.

Miranda sonrió algo incómoda.

—Si lo dice por lo que se habla de mí en *La Pluma Secreta*, son puros chismes.

Faith le sonrió de manera enigmática.

—Me tomé la libertad de ordenar la merienda aquí para que podamos hablar tranquilas.

Se levantó nerviosa y caminó hasta una mesa donde había dos puestos.

—Espero que le gusten las delicias que nuestra cocinera preparó hoy.

Se sentaron a la mesa y un lacayo les sirvió diversas guarniciones y porciones de carne y pollo, acompañados de un clarete de vino y pudín de fresas. Hablaron de conocidos comunes, de actividades, de la última obra de teatro y de cómo iban los preparativos de la boda, a Miranda le gustó mucho el carisma de la señora Hill.

Faith tomó un sorbo de vino, Miranda se percató de que había picoteado la comida y se había llevado pocos bocados a la boca, en cambio, ella comió con gusto, pues todo estaba delicioso. La señora Hill se limpió la boca con una servilleta y se quedó en silencio.

—Me temo que la invitación la hice a base de engaño, pero por una buena razón. Espero que sepa disculparme, señorita Taylor.

Miranda levantó una ceja sorprendida.

—No entiendo —contestó Miranda—, ¿por qué estoy aquí?

La mujer la observó preocupada.

—Si se siente incómoda en algún momento, solo tiene que avisarme —soltó un suspiro—, alguien está desesperado por hablar con usted, por favor, escúchelo.

El corazón de Miranda se agitó en su pecho y aferró sus manos a la falda para controlar el temblor.

—Miranda… —retumbó en el salón la voz de Adrian.

Capítulo 25

Miranda se levantó de la mesa de forma brusca al escuchar su nombre, el nudo en la garganta le impedía modular, pero no podía dejar de mirarlo. Hambrienta de detalles, observó lo guapo que estaba con su ropa oscura, lo notaba nervioso, sus ojos parecían penetrarla, lo que le impedía respirar y eso la confundía. Durante un instante, él le sonrió con los ojos, como si adivinara lo que ella sentía, y ese pequeño gesto hizo que se le paralizara el corazón. Soltó un suspiro tembloroso y resignado. No había nada que hacer, a pesar de estar comprometida con uno de los mejores partidos de su generación, lo que sentía por Wessex nunca sería ni la sombra de lo que le inspiraba Adrian.

Se embebió de nuevo en él, ya que cuando estaban en algún evento o salón no podía mirarlo como quería, lo hacía de soslayo y se percataba de que su presencia lo invadía todo, hasta sus más íntimos pensamientos, y eso la enfurecía, se enfermaba de celos al verlo departir con las debutantes que lo rondaban como abejas. Él la observaba sin pestañear, su mirada de piedras oscuras y brillantes le tallaba la piel.

Faith miró a uno y a otro, y asintió satisfecha.

—Estaré en el siguiente salón por si me necesita, señorita Taylor —dijo.

Observó a Adrian pidiéndole compostura con un gesto y los dejó solos.

Él dio dos pasos hacia Miranda, su proximidad hacía que el aire abandonara el pecho de la joven mientras se miraban fijamente.

—Me es imposible olvidarte —susurró Adrian.

El aire crepitó entre ellos, Miranda seguía sin palabras, él levantó su mano y con el pulgar recorrió su labio superior.

Ella se retiró unos pasos, ¿qué diablos significaba esto? La culpa la invadía al pensar en su compromiso: culpa por pensar en un hombre que la había engañado; culpa por no poder acceder a los requiebros de su prometido, porque eran otras manos las que deseaba sobre su piel; culpa porque, a pesar de lo sucedido, lo único que quería hacer era refugiarse en esos brazos.

Desde el inicio del compromiso tenía un enorme peso en la espalda que se aligeraba cuando veía a Adrian y se daba cuenta de que la acechaba. Con maligna satisfacción, ella entonces fingía ser cariñosa con Nicholas.

Él trató de acercarse de nuevo, pero Miranda se alejó.

—No puedes tocarme —susurró con tono de voz rasposo, después de carraspear tratando de darle un tinte de normalidad a su voz y fracasando de manera miserable.

—Lo sé, ese es privilegio de tu prometido —refutó con tono de voz amargo y los celos carcomiéndole el alma al imaginarla en brazos del malnacido de Wessex.

No era así como Adrian deseaba que transcurriera este encuentro, quería que de su alma brotaran las palabras para convencerla de su amor, decirle que solo ella tenía la facultad de erizarle el alma, y eso no pasaba con nada ni con nadie más, a lo mejor ese era el hechizo que ella tejía sobre él, era su poder de seducción. El corazón le golpeaba el pecho como martillo sobre fragua ardiente. Debía controlarse, si no dejaba de pensar en su piel, ella se daría cuenta de que estaba como adolescente en celo.

—Es el privilegio que le brindo a un hombre honesto —refutó ella envarada.

Adrian soltó una risa sarcástica y negó varias veces con la cabeza.

—Sí, muy honesto —replicó—, tan honesto que sus mentiras y omisiones pasan por verdades irrefutables.

—¿Qué quiere decir?

—No seré yo quien te ilumine.

Una sombra de tristeza y vulnerabilidad atravesó las facciones de Adrian, y Miranda recordó los recientes acontecimientos.

—Siento lo ocurrido al conde de Watford, espero que todo se pueda solucionar pronto.

Él la miró fijamente, buscando en sus ojos algo que le permitiera acercarse a ella.

—Gracias, estamos trabajando en ello.

Miranda lo notó cansado, con profundas ojeras, había perdido peso y sus manos picaron por el anhelo de consolarlo de alguna forma.

—¿Has hablado con Beatrice? ¿Con el conde de Findley?

Adrian la observó preocupado.

—¿Qué has hablado tú con Findley o con su hija?

—Beatrice me contó todo lo que ha averiguado.

—No quiero que te involucres, puede ser peligroso, ya la hija de Findley tiene prohibido por su padre profundizar más en la investigación, te pido que permanezcas al margen. Estamos lidiando con algo verdaderamente peligroso.

—Ustedes son inocentes de ese delito, la justicia prevalecerá.

—La justicia no siempre prevalece —lanzó él de vuelta—. Mira lo que nos pasó, cometí un error y no me dejas repararlo.

—No necesito tus explicaciones. —Miranda se enderezó por el tono de voz utilizado por Adrian y sin darse cuenta de que había caído en el tuteo.

Ella chocó con un escritorio, tratando de poner distancia. Adrian abrió la boca para contestar algo hiriente, pero eso no era lo que quería, se reprendió por su impulsividad y resentimiento, y se dijo que necesitaba apaciguarla, ablandarla de alguna forma. Negó con la cabeza y entonces ella lo fulminó con la mirada y le soltó la sarta de improperios que llevaba atravesados en el alma.

—¡Entraste en mi vida con mentiras! ¿Cómo crees que me siento? —subió ella el tono de voz—, como una imbécil me entregué a ti, fui traicionada por ti y ahora que deseo arreglar mi vida, te apareces en cualquier esquina de cualquier evento como si te debiera algo.

—¡Sí me lo debes!

—¡No te debo nada!

—¡Te quiero! —exclamó—. ¡Me enferma que ese malnacido te bese o toque lo que es mío! —bramó fuera de control.

—¡No soy tuya!

Se acercó a ella y la aferró de ambos brazos.

—¡Claro que eres mía! ¿Cómo crees que me siento cuando te veo de su brazo? —gritó con gesto destemplado sacudiéndola—. Quiero matarlos cuando bailan sonrientes por el maldito salón, la forma en que te mira —soltó un resoplido—, podría romperle la cara. ¡Yo soy el único que puede mirarte así! —Se alejó de ella aferrando su cabello con las manos—. ¿Qué diablos me hiciste? No puedo dejar de pensar en ti, sueño contigo, te hago el amor de mil formas.

—Por favor, Adrian, no sigas —susurró temblorosa.

Se miraron el uno al otro; una emoción despiadada corrió entre ellos.

“No es justo”, meditó Miranda cayendo de nuevo en su hechizo. Hasta ella llegó el olor de su loción mezclado con su aroma personal. “No es justo”, se repitió, cuando Adrian la tomó entre sus brazos y ella no tuvo la capacidad de resistirse.

—¡Te necesito! —acercó su rostro al de ella, que lo miraba asustada, porque sabía que

claudicaría a lo que Adrian quisiera.

Sus labios tomaron los de Miranda.

—¿Qué estás haciendo? —Trató de alejarse de él.

—Besarte hasta que perdamos la cordura —contestó acercándola más a él, embriagado por su aroma que lo llevaba al cielo.

Adrian sostuvo el rostro de Miranda entre sus manos mientras la besaba y la inmovilizaba contra el escritorio. Los ojos de ella se cerraron involuntariamente y solo podía pensar en la forma en que la besaba. Lo sintió hasta lo profundo del alma. La volvió a besar y esta vez no tuvo la resistencia para separarlo y le devolvió el beso.

Las manos de Miranda subieron hasta su cuello mientras se le ponía la piel de gallina. El beso se hizo más profundo y el aire más pesado, la respiración de ambos se agitaba mientras luchaban por una brizna de control.

Sus ojos se cerraron y, cuando los abrió de nuevo, ella lo vio.

—Miranda…

Los labios de Adrian cayeron a su cuello y sus dientes se arrastraron hasta su mandíbula mientras sus manos acariciaban su espalda y llegaban hasta sus caderas. Oh…. Luego se rompió todo el control y se besaron como si sus vidas dependieran de ello. Un millón de sentimientos prohibidos se hicieron realidad en el corazón de Miranda.

—No tienes idea de lo que me haces. —Sus dedos cálidos y fuertes se curvaron sobre sus caderas—. No tienes idea de lo que soy capaz de hacer por ti, puedo destruir todo lo que se interponga en nuestro camino. Podría arruinar a Wessex solo por pensar en besarte o tenerte.

La vorágine de emociones de Adrian le impedía pensar con claridad, al profundo amor que sentía le adicionaba la maraña de celos y el intenso deseo que sentía por ella y esos sentimientos terminaron por confundirlo, en medio de su furioso abatimiento por todos los problemas que enfrentaba necesitaba refugiarse en sus brazos, en su aroma, en su calor. La llevó hasta el sofá y con caricias audaces le levantó el vestido y las capas de ropa sin dejar de besarla. Su barba incipiente arañó su piel suave, su aliento paseó por su suave mejilla, provocándole estremecimientos allí donde la tocaba.

—Me ahogaría en ti, si me dejaras —dijo con voz estrangulada al acariciar la piel de sus muslos, le besó los pechos por encima del vestido, le bajó los bombachos con celeridad, quería ser tierno, enamorarla con caricias lentas, pero su deseo era tan fuerte que apenas podía respirar, necesitaba unirse a ella, revivir lo experimentado en Keynes House, confirmar que no había sido un sueño. Le aferró la cabeza y la miró a los ojos.

—Mi amor… Dios, no eres un sueño, te estoy tocando. —Su tono de voz necesitado y atormentado atizó el fuego de ella hasta lo inevitable.

Aferró las caderas de Miranda y se hundió en ella con un fuerte gemido, hambriento por la sensación de sentirse en su interior, embistió como si alguien fuera a sorprenderlos en cualquier momento y le robara sus segundos en el paraíso, la escuchó decir su nombre. “Es mi nombre el que quiero que quede grabado en ella”, clamó para sí. Su boca reclamó su rostro, su cuello y de lo poco de lo que pudo apoderarse por culpa de la ropa.

—Eres mi mayor anhelo, no dejo de pensar en ti —farfulló él escuchando sus gemidos, observándola con expresión hambrienta y embelesada. Era ella, su premio a las pérdidas era ella, su bandera al final de la montaña, erigida en medio de los pesares, las injusticias y el dolor.

—Yo tampoco dejo de pensar en ti, así esté furiosa.

Un gemido tembloroso salió de sus labios. Quiso decirle que lo adoraba, que lo amaba como nunca había amado a nadie más, que el tiempo compartido en Keynes House había sido el

más feliz de su vida; quiso decirle que era suya en cuerpo y alma y que siempre lo sería, pero no se atrevió, tal vez por orgullo o por temor, prefirió callar. Sin embargo, su cuerpo habló por ella, con sus manos, con su boca, mientras su sexo se estremecía a su alrededor, recibió cada empuje y gemido de Adrian como si no hubiera un mañana. Él la miró con un brillo victorioso al escucharla recitar su nombre, le regaló el amor en su mirada y le acarició con ternura la mejilla, entonces llegaron a un orgasmo explosivo, largo y profundo, como un rayo de oro atravesándolos, haciendo un fuego de rebote que los impregnó a los dos.

En cuanto recuperaron el aliento, el limbo en el que estuvieron esos minutos desapareció, dejando tras de sí una estela de dudas y desconfianza por parte de Miranda. Adrian observó sus cuerpos unidos antes de salir de su interior, preguntándose qué locura lo había asaltado para reaccionar así. Miranda se incorporó enseguida negándose a mirarlo, no podría, no podría permanecer en esa casa un segundo más, otra vez había caído en la trampa, nunca se volvería a quedar sola con Adrian. Recordó sus mentiras, maldijo entre dientes y se levantó ajustándose el vestido. Se pasó una mano por el cabello, tratando de arreglar la catástrofe, pero lo que de verdad quería era arreglar era el desastre que en ese momento vibraba en su corazón.

—Quiero casarme contigo, por favor, sé mi esposa —dijo él. Miranda no supo qué contestarle e hizo un gesto pidiéndole que dejara de hablar—. Miranda…

Se negó a hablarle y se alejó furiosa, meditando por qué una mujer como Faith Hill se prestaba para esto, ¿es que acaso quería su ruina? ¿Qué le había hecho ella? Pues ya estaba más que arruinada, qué tonta había sido.

Se alejó tan pronto Adrian intentó acercarse de nuevo a ella.

—Mírame —rogó él—, háblame, por favor.

Miranda trataba de adecentar su aspecto como si la vida le fuera en ello. Adrian acortó la distancia y cayó de rodillas aferrándole la cintura.

—Me muero por ti, Miranda, quiero arreglar las cosas, sé que lo hice todo mal, pero he tratado de arreglarlo, mis sentimientos por ti son muy fuertes. —Todo lo que había planeado decirle se borró de su mente ante el gesto de recelosa desconfianza que ella le destinaba, como si segundos antes no hubieran sido uno solo—. Te amo.

Miranda se alejó como si la persiguieran, al llegar a la puerta, lo miró por última vez, él se incorporó con rapidez como si no pudiera creer que ella no quisiera perdonarlo.

—Me voy a casar con Nicholas.

—¡No! —Se alejó de ella y la atacó con tono de voz resentido—. Ya sé por qué te llaman Corazón de Oro, no es por la bondad de tu corazón, es por su dureza. Eres una mujer dura, no hay espacio para el perdón en tu corazón.

—No volveremos a vernos nunca más.

Al salir del salón, se cruzó con Faith, que la observó preocupada.

—Señorita Taylor, ¿se encuentra bien?

Miranda la miró de manera despectiva.

—No, no me encuentro bien, le pido me disculpe con sus amigas, pero debo retirarme.

La mujer la miró meditando sus próximas palabras.

—La ama desesperadamente, por eso accedí a esta reunión, pero si se siente lastimada por este encuentro, en parte es mi culpa por creer en el amor.

La sinceridad que percibió en sus palabras y el gesto de ruego que la acompañó ablandaron a Miranda.

—Han sucedido muchas cosas y no puede ser, es mejor olvidarlo.

—En su defensa diré que ha tratado de arreglarlo, debería escucharlo, a lo mejor usted no

sabe toda la verdad. Conozco al marqués de Wessex, es un hombre como todos los que abundan en nuestro círculo, es buen amigo de mi esposo, pero no le veo esa callada desesperación por usted que sí manifiesta Adrian.

—A veces eso no es suficiente, a veces debemos doblegarnos a la conveniencia, no soy de las afortunadas en el amor, no es para mí, a lo mejor quiero una vida sin sobresaltos.

—Es usted una mujer llena de vida, inquieta y que merece mucho más, hable con él, deje que le cuente su verdad, estoy segura de que hay algo que usted no sabe, algo que Wessex y su familia le han escondido todo este tiempo.

—Señora Hill —interrumpió Adrian—, creo que la señorita Taylor está algo indispuesta, envíe a avisar a su cochero que volverá a su casa y preséntele sus excusas a las demás.

Miranda observó cómo algunos coches ya estaban entrando a la mansión, la gente se daría cuenta de que ella estuvo allí reunida con el conde.

Sobre su cadáver.

Miranda se devolvió hasta el salón, se escondería hasta que pudiera salir de la estancia.

Adrian quiso ir tras ella, pero Faith lo tomó del brazo.

—Suficiente, Adrian, no permitiré más encuentros con ella en esta casa. —Lo tomó del brazo y lo guio hasta la salida—. Eres terco, ¿por qué no quieres que ella sepa que tú perdonaste las deudas de su familia?

—No la quiero de vuelta por ese detalle, la quiero de vuelta porque esa sea su decisión, porque me ama y me perdona.

Faith negó con la cabeza.

—¡Hombres! —exclamó mirándolo con reprobación—. Es mejor que te vayas, la primera parte del plan no resultó como esperaba, soy pésima conspiradora —lo aupó a la salida llamando a su mayordomo—, espero que *lady* Gellywen se presente y Minerva, Lily y Céline puedan lograr algo.

—Eso esperamos todos.

Capítulo 26

Lily y Minerva asistirían al evento en uno de los salones de la mansión Hill, pero Céline, que estaba en boca de todo el mundo, llegaría cuando ya hubiera dado inicio la reunión y se resguardaría en un salón aledaño, quería que su presencia pasara desapercibida y evitar contestar preguntas indiscretas.

Faith las recibió y las saludó con semblante preocupado. Minerva se le adelantó y la tomó del brazo mientras Lily entraba al salón.

—¿Cómo estuvo el encuentro entre Adrian y Miranda? Por la expresión de tu rostro, veo que no fue nada bien.

—Fue un desastre, la señorita Taylor se marchó para su casa, iba bastante descompuesta y Adrian estaba igual o peor que ella. Me temo que no hay nada que podamos hacer.

Minerva soltó un suspiro.

—Pobre Adrian, en este momento tenemos tanto entre manos que no sé cómo tiene cabeza para lidiar con todo.

—Me parece que el conde de Warwick no ha sido completamente sincero con ella, y si no lo hace él, tendremos que hacerlo alguna de nosotras.

—¿Ya llegó *lady* Gellywen?

—No, aún no ha llegado.

Entraron al salón donde se celebraría la reunión sobre recaudar ideas para reunir fondos para uno de los orfanatos que Minerva, Lily y Céline auspiciaban. Ya había varias señoras en el salón y a pesar de que Faith ya no era *lady*, sino la señora Hill, era hija de un duque y mantenía multitud de contactos. Esa tarde se habían dado cita en su mansión condesas, duquesas, vizcondesas y esposas de hombres con suficientes recursos y reputación para codearse con las damas de la alta sociedad.

La duquesa de Hammond se acercó y saludó a Minerva y a Lily con calidez.

—Es una pena lo ocurrido a Watford, esta mañana envié unas flores a Céline, espero que se anime un poco.

El par de mujeres pensó que ninguna flor ni palabra de aliento consolaría el corazón apesadumbrado de su amiga, pero agradecieron el gesto con frases amables.

Ambas se pusieron en tensión cuando *lady* Gellywen entró a la estancia.

—Qué curioso que Alexandra haya venido hoy a esta reunión —dijo la duquesa.

—¿Qué tiene de curioso? —preguntó Lily enseguida, viendo el semblante apagado de la recién llegada.

La dama bajó el tono de voz y abrió el abanico.

—Su esposo salió como un energúmeno ayer en el recital de piano en Hanover Square, ella conversaba al final de la reunión de manera animada con la hija mayor de los Foster, la joven que rechazó a ese estupendo partido, lord Thorton, algo que sus padres no perdonan. Lo que me llama la atención es que nunca había visto a lord Gellywen tan descompuesto.

—¿Descompuesto cómo? —inquirió curiosa Minerva mientras observaban que *lady* Gellywen se acercaba.

—Fuera de sus cabales, el pobre señor Foster tuvo que intervenir para que no sacara a rastras a la pobre mujer del salón, lo que me confirma que los chismes son ciertos.

—¿Cuáles chismes? —preguntó Lily.

—El hombre es luz en la calle y oscuridad en su hogar, dicen que está perdiendo la razón.

Minerva y Lily se miraron significativamente. *Lady* Gellywen llegó hasta ellas.

—Vaya, señoras —dijo con evidente sarcasmo—, la casualidad es el mensaje que Dios elige cuando no quiere actuar directamente.

Lily levantó una ceja, pero la dama no dijo nada más y siguió saludando.

—No será fácil atraerla al redil —soltó Minerva antes de tomar asiento.

—Al contrario —refutó Lily—, esta es nuestra oportunidad.

La reunión transcurrió en medio de charlas agradables y una merienda deliciosa. Lily y Minerva hicieron una exposición de lo que deseaban lograr con la actividad de recaudación de fondos, que era construir un ala más en la casa para hacer una escuela de oficios. Después de deliberar, decidieron que harían un bazar de caridad, fijaron la cuota que daría cada una, y solo quedaba señalar el sitio donde se realizaría el evento. La velada terminó con un concierto de piano ofrecido por una de las hijas de un amigo de la familia Hill. Faith se ausentó unos momentos en cuanto un sirviente entró con una nota y salió a recibir a Céline, a la que dejó instalada en el mismo salón donde Miranda y Adrian habían estado reunidos, y después volvió a la reunión.

Minerva y Lily se levantaron de sus sillas en cuanto Alexandra abandonó la estancia. Faith les hizo una seña y salió tras ella.

—*Lady* Gellywen —llamó Faith—. ¿Se siente bien?

—Me duele la cabeza, creo que es hora de volver a casa —dijo apuntando con un dedo a la cabeza.

—Pediré a Tom que envié por su cochero, mientras tanto, por qué no descansa en este salón.

—Es usted muy amable, señora Hill, es una de las pocas personas a las que aprecio en este entorno tan…

—¿Complicado? —preguntó ella sintiéndose mal por lo que iba a hacer, definitivamente se había vuelto loca. ¿Quién era ella para intervenir en los problemas de otras personas? ¿No fue suficiente con lo ocurrido con la señorita Taylor?

—Creo que esa palabra es muy amable —concluyó la mujer antes de entrar en el salón.

Faith cerró la puerta y se apoyó en ella, mientras Céline, que ojeaba un par de libros de un estante, se dio la vuelta.

—*Lady* Gellywen.

Alexandra soltó una sonrisa cansada.

—Debí suponerlo cuando vi a sus amigas en el salón. —Se volteó para mirar a la señora Hill, que levantó las manos avergonzada—. No la creía del lado de los conspiradores.

—Aunque no lo crea, estoy del lado de la justicia —sentenció Faith tajante.

—A veces lo que consideramos justicia es una injusticia cometida en nuestro favor —señaló ella triste.

Faith se disculpó dejándolas solas.

—*Lady* Gellywen —se acercó Céline con el ánimo de calmarla y la invitó a tomar asiento —, yo estuve en la posición en la que está usted ahora, déjeme decirle algo, hay vida más allá de su matrimonio.

Alexandra se envaró enseguida.

—Usted no me conoce y no tiene idea de lo que ocurre dentro de las paredes de mi casa.

Céline se negó a dejarse llevar por el desaliento ante la poca colaboración que veía, decidió contarle sobre ese trozo de su vida que fue un infierno para ella, y que, gracias al amor de Gideon, había podido superar.

—¿Sabe que a mí me llamaban “la loca”? —dijo Céline—, mi primer esposo era un hombre malo y maltratador que nunca me apreció, lo único bueno de ese matrimonio son mis dos hijos. Me encerraba, me pegaba, me maltrataba de voz, a veces eso era peor que una paliza, me hizo sentir que no valía nada, creí descansar con su muerte, pero entonces llegó mi hermano y ocupó su lugar.

—Lo siento mucho.

Céline aligeró su gesto atormentado, como cada vez que volvía a su pasado.

—Muchos hombres ejercen ese poder sobre nosotras sin que podamos hacer nada, pero entonces conocí a Gideon y todo mi mundo cambió, no fue fácil, habrá cicatrices que perdurarán toda la vida, pero nuestro amor puede con todo.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Qué tengo yo que ver con sus problemas?

Céline se quedó callada, meditando muy bien lo que iba a decir, imploró al cielo por sabiduría, porque sus palabras fueran el bálsamo que la pobre mujer sentada a su lado necesitaba.

—Sé lo que ha ocurrido a lo largo de su matrimonio, usted está casada con un mal hombre que a lo mejor lastimó a alguien más.

Alexandra levantó una ceja sin atinar a responder algo.

—Sabemos de la casa donde estuvo encerrada el año pasado con ese médico maligno, sabemos de las palizas. —Céline sintió pesar cuando vio a Alexandra ponerse blanca como el papel y sus manos empezaron a temblar, ella se las aferró dándole consuelo—. Sabemos de los baños de agua helada y también que ha sido violentada.

Lady Gellywen se levantó de golpe y tragó saliva.

—Él lo hace por mi bien —susurró angustiada—, porque es lo correcto, él me ama, me lo repite a diario. Usted no tiene idea de lo que habla, yo estoy mal de la cabeza y del cuerpo, y necesito de esos castigos para ser como debo ser, como él quiere que sea.

Céline sintió una lástima profunda al ver hasta dónde había llegado el maltrato a esta mujer que aparentaba ingenio, humor mordaz y era tan inteligente. Le costaba entender que una mujer más culta que la media pasara por ese infierno y no quisiera rebelarse.

—Alexandra —dijo Céline en tono suave acercándose a ella—, hay un mundo fuera de ese infierno de maltrato.

Lady Gellywen volvió a tomar asiento y negó con la cabeza varias veces.

—No para mí, usted no lo entiende, soy mercancía averiada, no merezco todo lo que mi esposo me da, él me ama tanto y yo no puedo corresponderle porque estoy dañada. Ni siquiera he podido darle hijos.

—¡Usted no está dañada! Usted es una mujer con sentimientos y apetencias diferentes a las nuestras, pero no la hace menos persona que los demás. Sabemos que su marido y Smith son culpables de la muerte de *lady* Regina, ¿cómo ha podido usted vivir con el asesino de la mujer que amaba?

Alexandra se tapó los oídos y se encaminó a la puerta.

—No se vaya, escúcheme un minuto más.

Ella se devolvió y la increpó con rabia.

—¡Usted no sabe nada! ¡No puede probar nada! Mi esposo es incapaz de matar a otra mujer.

—Puede que no sea capaz de hacerlo, pero Smith si es muy capaz y la siguiente puede ser usted.

—Mi esposo me ama —insistió ella con las manos en el abdomen.

—¿Usted lo ama a él? ¿Tanto como para tolerar todo a lo que la ha sometido?

—Él solo quiere arreglarme, es por mi bien.

—No, él no quiere arreglarla, él quiere que usted sea como él la imagina, no la ama a usted ama lo que podrían ser y cuando se dé cuenta de que usted nunca será lo que él desea, la va a matar.

—¡No tiene idea de lo que dice! —exclamó furiosa.

—He estado allí, no lo olvide, conozco a los de su calaña. —La llevó hasta una silla y ella se sentó a su lado—. Usted puede ser libre, vivir en el lugar que quiera sin tener que esconder lo que es, será duro, pero pienso que es más dura la situación que vive ahora.

Lady Gellywen soltó un sollozo.

—Está equivocada, nunca lo aceptará, soy como una obsesión para él, pero es incapaz de hacer daño, él no mató a *lady* Regina, pero el otro diablo es capaz de hacer cualquier cosa, me odia, no me ha matado por él, es lo único que lo contiene.

—Por eso mismo hay que ponerle punto final a esta situación, mi esposo es inocente y así tenga que ir al fin del mundo para demostrarlo, lo haré.

—¿Qué quiere de mí?

—Ayúdenos a encontrar pruebas de que Smith es el asesino, creemos que hay más personas asesinadas, personas como usted.

—¡Es una locura! —La mujer la miró de mala manera—. ¿No se ha puesto a pensar que yo pude haber matado a *lady* Regina?

Céline la observó fijamente.

—¿Lo hizo? ¿Fue usted la que degolló a la joven? No lo creo, el magistrado Bourne ya lo sabría.

—Usted no sabe nada, no tiene idea, solo siento una inmensa lástima por todos ustedes, los sospechosos, están cayendo en la trampa uno a uno.

—¿Qué trampa?

Lady Gellywen soltó una risa irónica que hizo dudar a Céline sobre su inocencia en el asesinato.

—Han hecho una buena labor detectivesca, pero ignoran lo verdaderamente importante.

Céline supo que hablaba de la logia, pero no la iba a iluminar, ya había dicho demasiado. Simuló un gesto confuso.

—Piénselo, *lady* Gellywen, estoy segura de que esta no era la vida que soñó tener cuando hizo su primera aparición en sociedad.

La mujer sonrió en medio de las lágrimas.

—Tiene usted razón, esta no es la vida que alguna vez soñé, pero es la que me merezco. Buenas noches.

Alexandra salió y Céline se sentó sin aliento en una de las sillas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No había sacado nada en claro de esa conversación y tampoco había logrado convencerla de que los ayudara, estaban como al principio.

Miranda escuchaba pasmada detrás de un mueble, no se había expuesto a que la vieran salir descompuesta, si alguien había visto a Adrian, los rumores aparecerían, no necesitaba eso en ese momento. Se escondió tan pronto vio a Céline entrar en la estancia, lo correcto hubiera sido evidenciar su presencia, pero no quería responder preguntas ni atraer comentarios. Qué tarde tan desastrosa.

¡Dios! No debería haber escuchado aquello, Beatrice iba a flipar cuando le contara la conversación, podría dar algo más de luz en la investigación de su amiga, y tendría que volver a hablar con Adrian, en un lugar neutral, nada de volver a quedarse a solas con él. Sus

pensamientos volaban de su mente en cuanto se quedaban a solas. Él ejercía un extraño poder sobre ella, pero así estuviera furiosa, no quería verlo acusado de un crimen que no había cometido. Céline abandonó el salón minutos después, le dolió el corazón escucharla sollozar y no poder consolarla, pero su presencia allí no sería bienvenida, estaba segura de ello.

Rato después se escabulló por el pasillo tras comprobar que estaba solo. Salió como una exhalación hasta la salida, su cochero dormitaba en el pescante. Necesitaba hablar con Beatrice, ya era tarde, mañana a primera hora hablaría con ella.

Capítulo 27

La mañana siguiente, Miranda se puso los guantes y se ajustó el sombrero, dispuesta a salir a casa de Beatrice.

—Gracias al cielo fue una indisposición pasajera, ya que estás lista para salir tan temprano. ¿A dónde vas? —preguntó la madre, que salía en ese instante del salón del comedor, aduciendo a la excusa que puso a su familia por no haber hecho presencia en el té de la señora Hill.

—Sí, ya estoy mucho mejor, madre, voy a casa de Beatrice, falta semana y media para la boda, quiero comprarle un regalo de bodas a Nicholas —mintió sintiéndose mal por hacerlo.

—¡Tú serás su mejor regalo! —soltó la mujer mirando a su hija satisfecha mientras esta se acomodaba el sombrero frente al espejo.

Miranda sonrió sintiéndose miserable, lo ocurrido la tarde anterior no la había dejado dormir, las ojeras eran perceptibles, agradecía los problemas de visión que tenía su madre. Suspiró, estaba ante un grave problema al que no le veía solución, no podía traicionar a su familia, pero tampoco quería mentir a Nicholas y, lo más importante, engañarse a sí misma. Necesitaba averiguar qué le estaba ocultando Adrian, sus palabras hirientes cuestionando la sinceridad del marqués y también las mismas palabras en boca de la señora Hill habían despertado su curiosidad. Sentía que estaba claudicando, veía una genuina desesperación en él, había reconocido las malas intenciones que tuvo para acercarse a ella, y, si quisiera hacerle más daño, ya le hubiera dicho a Nicholas lo ocurrido en Keynes House, pero no lo había hecho. Aunque eso no lo hacía menos responsable… ¿Qué estaba pensando? Se volvería loca, ya ni sabía qué camino debería tomar. ¿Sería capaz de perdonar a Adrian? ¿Sus sentimientos eran sinceros? Su corazón anhelaba creerle, pero su resentimiento era aún muy grande para perdonarlo.

—Madre, no me esperes para el té, luego de las compras estaré en casa de Beatrice hasta el anochecer.

—Recuerda que hoy es el estreno de la nueva obra en Covent Garden, el marqués enviará su coche de cuatro caballos a recogernos para encontrarnos allá.

—Lo había olvidado —se quedó en silencio unos minutos—, no te preocupes, estaré a tiempo para cambiarme.

El cochero la dejó minutos después en la casa del conde de Findley.

El mayordomo le indicó que *lady* Beatrice estaba en el estudio.

—¡Vaya! Qué madrugadora la futura marquesa de Wessex —soltó su amiga dejando de lado los documentos que leía.

—Tengo noticias —habló Miranda mientras se quitaba los guantes y el sombrero—, escúchame atentamente.

—Te escucho.

Miranda le contó todo lo sucedido en la mansión Hill, desde su encuentro con Adrian, aunque obviando el encuentro íntimo, sabía que Beatrice no la juzgaría, pero ella misma era su juez más estricto y no se perdonaba lo sucedido. Le relató toda la conversación entre *lady* Gellywen y la condesa de Watford.

—Es posible que el líder de la logia sea lord Gellywen.

—¿Por qué te ha costado trabajo identificarlo? —preguntó Miranda.

—A lo mejor se ha protegido muy bien, si son actividades delictivas no querrá exponerse. Después de saber lo conversado entre las dos mujeres, y teniendo en cuenta que el símbolo en la

daga es el mismo de su bastón, hay que relacionar a lord Gellywen con la logia —afirmó Beatrice.

—Con los datos que tienes hasta ahora y la conversación de ayer, pueden ser los Gellywen y alguien que trabaja para ellos.

—¿Nombraron a alguien más? —preguntó Beatrice.

—Ellas hablaron de un tal Smith. La condesa de Watford insiste en que él es el asesino que actuó en complicidad con lord Gellywen, pero hubo algo que dijo *lady* Gellywen, como si quisiera que la condesa sospechara de ella.

Beatrice pidió más detalles y Miranda le relató de nuevo la conversación.

—No podremos hacer gran cosa aquí sentadas adivinando, tenemos que asistir a los diversos eventos y ver qué más averiguamos.

***

Adrian esperó esa mañana a Bourne a la salida de su residencia. Según le había informado Sanders el día anterior, el hombre había llegado a casa después de las diez, llevaba vigilando la calle desde el amanecer para impedir que se escabullera. Mientras la niebla se disipaba y con ella el viento helado, meditaba sobre lo ocurrido el día anterior con Miranda, no sabía si sentirse arrepentido o extasiado. Lo único claro que había deducido del encuentro era que ella nunca sería la esposa de Wessex, sobre su cadáver. Tendrían que hablar de forma seria, a lo mejor en un lugar donde hubiese otras personas, no confiaba en él cuando se encontraban a solas, era como una fiebre o una maldita enfermedad que le impedía pensar con claridad y mucho menos con caballerosidad. Se sintió un hipócrita, había reprendido a Hollister, el pretendiente de su hermana, por algo mucho más inocente. Sus pensamientos volaron a Susan y su situación. Tenía que reconocer que el hombre estaba enamorado, desde el desencuentro le enviaba flores varias veces al día, la casa estaba saturada de diversos aromas. Le envió una invitación a un concierto, canastas con dulces y chocolates traídos de otras tierras; esos gestos destinados a hacer feliz a su hermana lo estaban ablandando. Ella merecía ser feliz y a lo mejor era lo que necesitaba, que alguien luchara por ella, que fuera el premio ganado con esfuerzo para la vida de alguien. Susan no se merecía menos, decidió que Hollister sufriría unos días más.

Soltó un suspiro, no tenía idea de cómo arreglar las cosas con Miranda, si las flores y los dulces lograran ablandarla tapizaría su casa con esos detalles, a lo mejor era hora de que ella supiera de la condonación de la deuda y del secuaz que Wessex había enviado a golpearlo. Sanders había descubierto la identidad del matón y luego él lo había corroborado, era uno de los hombres del marqués.

Escuchó una cancela abrirse cuando un coche se detuvo en la calle. Adrian se acercó para ver al hombre caminar hasta el coche.

—Buenos días, Bourne —saludó con rabia.

—Buenos días, lord Warwick —respondió el magistrado sorprendido—, es raro verlo aquí tan temprano, a ustedes los nobles no les gusta madrugar.

—No es usted muy buen investigador si piensa que todos los nobles somos iguales.

—¿A qué debo el honor de este encuentro? —preguntó con tono de voz cansado.

—Usted sabe muy bien a qué se debe, Bourne, ¿por qué no ha firmado la fianza para que Watford salga de la cárcel?

El hombre frunció el ceño y soltó una sonrisa desdeñosa.

—No tengo por qué darle explicaciones, milord —susurró entre dientes.

Adrian, que no aguantaba un obstáculo más, lo aferró de las solapas y lo arrinconó contra el

coche.

—Escúcheme bien, malnacido, usted sabe muy bien que ninguno de nosotros cometió ese asesinato, ha puesto en la picota pública a un buen hombre, un hombre incapaz de hacerle daño a nadie —escupió las palabras con frustración—, va a firmar el maldito papel de la fianza ahora mismo, así me toque llevarlo a la magistratura a rastras. Este juego ha durado mucho.

El hombre se soltó de mala manera y suspiró antes de hablar.

—Estamos muy cerca de encontrar al culpable de la muerte de *lady* Regina y le aseguro que he sido muy riguroso con la investigación, si detuve al conde de Watford fue porque *lady* Gellywen confesó que vio la nota que la joven supuestamente le había escrito. Yo ya sabía de lo ocurrido, pero por otra fuente, alguien me escribió comentándolo, pero fue un mensaje anónimo, por eso no le presté atención. ¿Cómo habría quedado yo si no hago caso a una prueba tan importante? Yo sé que el conde no es culpable.

Adrian lo miró confundido.

—Si sabe que no es culpable, ¿por qué lo detuvo?

—No voy a discutir mis motivos con usted, lo único que le puedo decir es que necesito ganar tiempo.

—Necesitamos a Watford libre.

—Deme un día más y firmaré la fianza, mañana el conde estará con su familia, pero necesito que no se haga pública la noticia de su liberación, espero que me colaboren con eso, ya que no han hecho sino entorpecer la investigación, ustedes y la hija del conde de Findley con su amiga la señorita Taylor…

—¿Qué diablos me está diciendo? ¿Qué pasa con la señorita Taylor? —preguntó Adrian exaltado.

—Según mis fuentes, la señorita Taylor está al tanto de la investigación. *Lady* Beatrice es una joven inquieta, sus aportes han sido interesantes, pero las necesito lejos de la investigación, que se dediquen a bordar o tejer o lo que sea que hagan las damas en su tiempo libre, puede ser peligroso y no quiero que sufran daño alguno.

Adrian había ido a sorprender a Bourne y el sorprendido fue él por las noticias. Tendría que hablar con Miranda.

***

Después de contarles las últimas noticias a sus amigos, de tranquilizar a Céline y sin nuevos descubrimientos en el horizonte, se dispuso a volver a su casa. Tenía cita con sus abogados, había decisiones de negocios que debía tomar.

Supo por los informantes de Sanders que Miranda iría esa noche a una obra de teatro en Covent Garden. Adrian decidió invitar a su madre y hacer extensiva la invitación a su hermana, aprovechando para limar asperezas, ya que la joven apenas le dirigía la palabra. La obra que se estrenaba esa noche era una pieza de Moliere de la que Adrian no recordaba el nombre, protagonizada por una famosa artista francesa que había sido laureada en los teatros de Europa por su talento e indiscutible belleza.

Había una hilera de coches cuando llegaron al lugar. Ya dentro del teatro, y ubicados en el palco, se percató de la llegada de la familia Sufolk junto al marqués de Wessex, justo en un palco ubicado frente a ellos.

—Ahí está —dijo para sí Adrian calzándose los impertinentes y apreciando con marcada insistencia cada detalle de su aspecto y su expresión. La notó sonrojarse en cuanto posó los ojos

en él. Bajó los binoculares, no los necesitaba para distinguir cada detalle de su fisonomía.

—¿A quién observas, Adrian? Parece que quedaste pasmado —dijo su madre.

Susan tomó sus binoculares y llevó su mirada al punto donde segundos antes tenía fijada la vista su hermano.

—La señorita Taylor está muy hermosa, parece que el compromiso le sienta bien —comentó, observando hacia el palco de los Sufolk y golpeando a su hermano en el brazo con su abanico.

—Para estar aislada de la sociedad, estás muy bien enterada de todo lo que ocurre —objetó Adrian de mala manera.

Susan no le prestó atención a la rabia subyacente en su tono de voz y continuó con su inspección.

—Parece que Edward se quedará calvo en poco tiempo y su vida licenciosa le ha pasado factura a su rostro, no entiendo qué le vi hace diez años, debí suponer que terminaría así.

—Me alegra que lo veas de esa manera —concluyó Adrian satisfecho, era el mayor número de palabras que le había escuchado decir a su hermana en días.

—No pierdas el tiempo mirando a esos indeseables —señaló la condesa viuda con dientes apretados.

Adrian sonrió con ironía, si su madre supiera que amaba con locura a un miembro de esa familia de indeseables, tendría que sacarla desmayada de aquel lugar.

Susan siguió observando a los demás asistentes, buscando a aquel que le atormentaba los sueños y la tranquilidad, lo encontró sentado en un palco diagonal a ellos, estaba con su hermana y el marqués de Wild. Lucía elegante y serio. Darius Hollister era un hombre muy atractivo, nada tenía que ver con el hijo del vizconde de Sufolk y se percató de que la observaba a ella, solo a ella. Se removió inquieta en la silla y cuando persistió en su mirada, la invadió un sonrojo y de pronto sintió calor y empezó a abanicarse con fuerza.

—¿Te sientes bien, hija? —peguntó su madre.

—Perfectamente —contestó ella con tono de voz ronco.

Adrian se sintió ajeno a todo e inexplicablemente herido, cada sonrisa que Miranda le destinaba a su prometido era como una estocada a su corazón. La joven lo había seducido de una manera tan difícil de explicar, su amor estaba atrapado entre su piel y su alma, solo quería estar cerca de ella, tener la potestad de ser quien la lisonjeara y le hablara palabras apasionadas al oído en medio de un centenar de personas.

Una melodía de apertura fue el anuncio para el comienzo de la obra. Los espectadores terminaron de acomodarse y poco a poco la sala quedó en silencio. Adrian se sorprendió con el talento y la belleza de la protagonista, sus dotes artísticas lo distrajeron de Miranda y sus sonrisas al maldito marqués.

Minerva observaba el duelo de miradas entre Warwick y Miranda, y se pudo dar cuenta de su desazón. Se dijo que esa noche le pondría punto final a esa situación, si la joven no reaccionaba a lo que ella tenía que decirle, era mejor que el conde empezara a olvidarla.

Al finalizar el primer acto, Miranda y el marqués dejaron el palco. Ella para socializar y observar de cerca a lord Gellywen. El marqués, porque había visto a una pareja de duques y quería saludarlos. El vizconde Gellywen y su esposa les salieron al encuentro al doblar la esquina para ir al lugar donde se servía champán y entremeses.

—Lord y *lady* Gellywen, me place verlos de nuevo esta noche —saludó Wessex.

Ellos le correspondieron al saludo con idéntica calidez, saludaron y prodigaron elogios a su prometida. Alexandra admiró la gargantilla que Miranda llevaba al cuello. Miranda llevó la

mirada al broche que llevaba la vizcondesa arriba del pecho. El corazón le empezó a batir desesperado cuando se encontró de frente con el par de serpientes entrelazadas, con ojos de rubíes, el mismo símbolo del bastón que lord Gellywen llevaba en su mano.

Miranda, pasmada, no atinó a comentar algo, el vizconde la miraba con celo de halcón, estaba pendiente de su reacción, y la llegada de Minerva, marquesa de Wild, la sacó de su ensimismamiento. Se obligó a ser cortés con la marquesa, estaba segura de que había sido ella la artífice de su encuentro con Warwick en casa de la señora Hill.

Minerva saludó a los presentes, felicitó a los novios por la próxima boda y, con disimulo, la separó unos pasos del grupo mientras se acercaban otras personas a saludarlos.

—Necesito hablar unas palabras con usted, señorita Taylor.

Miranda se alejó a unos pasos de su prometido y en voz baja le contestó a Minerva.

—Si no es otra trampa para propiciar un encuentro que podría arruinar mi reputación, la escucho. —Se sintió mal ante la mirada de evidente incomodidad que vio en el rostro de la marquesa.

Minerva decidió ir al grano y dejarse de amabilidades, no contaba con el tiempo suficiente para engarzarse en una charla insustancial. La alejó unos pasos más y la tomó del brazo.

—No voy a perder el tiempo, ante todo me disculpo si fue un error el querer que usted escuchara a Warwick, nuestras intenciones no eran malas, señorita Taylor, tiene que creerme. Ahora tengo que contarle algo, no sé si ya usted lo sepa, si no lo sabe, eso hará que mire a Warwick con ojos más compasivos.

—Lo dudo —refutó enseguida Miranda.

—Warwick la ama sin remedio, eso no disculpa su comportamiento, lo hemos reprendido bastante por ello, cuando se acercó a usted, era un hombre profundamente herido, usted con su forma de ser lo sedujo, debe ser una mujer muy especial, ya que nuestro amigo no se enamora con facilidad. Pero no es eso lo que vine a decirle, tengo el presentimiento de que usted ya lo sabe, así su indignación no lo deje verlo.

—La escucho.

—Warwick le condonó la deuda a su familia, no ha recibido ni va a recibir un solo penique ni de su familia, ni de Wessex.

Miranda la miró con gesto confuso.

—No entiendo, se supone que el marqués de Wessex pagó la deuda.

—Lo intentó, pero Warwick no lo permitió, le insistió en que la deuda ya estaba saldada, tuvieron un fuerte enfrentamiento, luego su prometido envió a uno de sus hombres a atacarlo.

Miranda observaba a Minerva y por encima de ella observaba a Nicholas, nada en su indolente comportamiento reflejaba que fuera un mentiroso o un hombre malintencionado. Ella ya sabía desde el día anterior que no se casaría con él, no podría soportarlo, ahora necesitaba saber si su padre estaba enterado del hecho.

—Es difícil creer lo que me está diciendo.

—Y tiene toda la razón, al fin y al cabo, usted se enamoró de un hombre que no tenía buenas intenciones, pero trató de repararlo al ver que estaba enamorado sin remedio. —Miranda la observó visiblemente afectada por sus palabras—. Le digo esto porque creo que ya ambos necesitan enfrentar lo que sienten, tomar las mejores decisiones, y si usted insiste en su matrimonio con Wessex, no nos queda más que desearle felicidad, nosotros solo queremos que él siga adelante con su vida, así como usted seguirá adelante con la suya.

Imaginar a Warwick enamorado de alguien más le ocasionó un vuelco en el corazón. Minerva tenía razón, esa situación se había prolongado demasiado. Caminó con ella por el

pasillo, al dar la vuelta quedaron fuera de vista de Wessex y sus acompañantes, en ese momento la figura de Warwick se materializó frente ellas.

—Buenas noches, Miranda.

Capítulo 28

La aferró del brazo, se disculpó con Minerva y la introdujo en un palco que estaba vacío.

—¿Qué diablos haces? ¿Cómo te atreves? —preguntó ella indignada—, esta costumbre tuya se está haciendo muy desagradable.

Adrian sonrió, por lo menos lo tuteaba, si lo llamaba por su nombre, tendría esperanzas.

—Son medidas desesperadas, no puedo acercarme a ti en ningún evento sin levantar las suspicacias entre los asistentes, lo hago por ti, no por mí, lo que piensen de mí me tiene sin cuidado —dijo en tono de voz bajo aspirando el aroma de su perfume que revoloteaba alrededor de él y lo llevaba por el camino de la intimidad compartida. Recordó el motivo por el que la había buscado, le extrañó verla hablar con Minerva, pero volvió al porqué del encuentro—. Quiero que te alejes de lord Gellywen.

—¿Por qué? —preguntó retadora—. No tengo que hacer lo que tú quieres.

Adrian la aferró de ambos brazos y la pegó a su cuerpo, ella no se separó.

—No quiero que interfieras en la investigación, esto no es un juego, ese hombre es peligroso, si estás aburrida, haz otra cosa.

Ella lo miró dolida y a Adrian se le encogió el corazón, quería besarla, abrazarla, llevársela de allí, ya estaba otra vez embobado con su presencia.

—No mereces mi tiempo ni mi preocupación.

—Solo quiero que te alejes de los Gellywen, no quiero que te pase nada malo.

—¿Sabes que pueden ser más muertes? No solo la de *lady* Regina.

Adrian la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Aléjate de ellos, mañana hablaré con Findley, esto ha llegado demasiado lejos.

—Exactamente —dijo ella dispuesta a salir del oscuro palco—. No volveré a entrometerme, al fin y al cabo, esta semana voy a estar muy ocupada con los preparativos de mi boda.

Adrian le regaló un gesto sarcástico y acercó su rostro al de ella.

—Sé que no te vas a casar con Wessex, aún me quieres.

—Has perdido la cabeza —contestó tratando de alejarse, pero Adrian no lo permitió. Su orgullo le impidió darle la razón.

—Una pregunta, ¿quién de los dos es más mentiroso? ¿Tú que me estás ocultando tus verdaderos sentimientos o yo por la manera en que me acerqué a ti?

—Aléjate o te vas a ganar otra bofetada.

Se dio la vuelta, dándole la espalda para salir del lugar, pero Adrian la aferró a él y pegó su rostro a su sedoso cabello.

—Me miras, en cada evento al que asistimos, tienes que disimular, pero lo haces, noto tu gesto serio cuando hablo con alguna mujer.

—Estás muy equivocado —señaló ella resentida—, deberías dejar que Nicholas pagara la deuda, no quiero deberte nada.

—No quiero su maldito dinero, él tiene algo que me pertenece y lo quiero de vuelta —dijo separándose de ella—. Y aléjate de lord Gellywen.

Miranda salió del lugar, Minerva la esperaba afuera y la acompañó de nuevo al grupo que debatía sobre la actuación de la artista. Warwick se materializó segundos después y observó al grupo con burla. Cuando un paje se acercó y le entregó una nota, Miranda alcanzó a oír lo que el empleado le decía.

—La señorita Colette Duras solicita su compañía para la fiesta que en honor a ella dará el conde de Lincoln.

Adrian leyó la misiva y levantó el rostro con gesto risueño.

—Dígale a la señorita Duras que será un placer.

Miranda lo observó furiosa, él le guiñó el ojo y siguió su camino. Después de ese episodio, ella no tuvo vida, la actriz que en el primer acto le había parecido talentosa y hermosa, en esta ocasión le pareció postiza y ordinaria. Imaginar a Adrian y a esa mujer le ocasionó un fuerte dolor de cabeza y eso que aún le faltaba enfrentar a Wessex, pero no lo haría esa noche, mañana hablaría con su familia y después con el marqués.

***

Smith seguía a Miranda desde el día anterior cuando salieron de la obra de teatro en Covent Garden, esa mañana la señorita Taylor llegaba a la mansión del conde de Findley.

Lord Gellywen lo había enviado a llamar de su destierro, en Cornualles, todo porque una joven curiosa había admirado su bastón. Presentía que el vizconde estaba perdiendo la cordura y todo era por culpa de la zorra manipuladora de su esposa. Meditó que la señorita Taylor era una linda joven, si sus fuentes eran confiables, el maldito de Warwick estaba enamorado de ella, ¿por qué quería el vizconde que él la siguiera? A no ser que ella fuera la siguiente conquista de *lady* Gellywen, con gusto le daría uso a su puñal para acabar con esa amenaza y de paso hacer sufrir a Warwick, a lo mejor lord Gellywen quería matar dos pájaros de un solo tiro. Era consciente de que su anonimato había terminado cuando su identidad fue descubierta, mientras los malditos no supieron quién era él, pudo moverse con tranquilidad en las sombras, pero eso se había acabado, estaban tras sus pasos, lo presentía.

A pesar del verano, la mañana estaba nublada, las calles de ese sector de la ciudad eran tranquilas y era difícil esconderse, observó a la joven bajar del coche y entrar en la mansión. Se quedó apostado en una esquina detrás de un árbol, otro de sus secuaces estaba en la otra calle esperando su señal y el momento adecuado para llevar a cabo su plan de secuestrarla, cuando se percató de que no estaba solo, se volteó con agilidad para dar de frente con el filo de un puñal en mano del lacayo de Warwick, que estaba acompañado de un hombre grande.

—Nos volvemos a encontrar, Smith, el conde de Watford se pregunta qué no le gustó del alojamiento para que lo haya abandonado tan pronto.

Smith sonrió, negó con la cabeza y sonrió con sorna.

—No quise abusar de la hospitalidad del conde de Watford.

En cuanto trató de alejarse, el hombre grande que acompañaba a Sanders le cerró el escape. Smith estiró el cuello a lado y lado, aferró ambas manos, dispuesto a enfrentarse a los dos hombres. Ya llevaba una mano a los bolsillos cuando Sanders se acercó y lo amenazó con el puñal.

—No se atreva, le extendemos la invitación en la casa de cualquiera de los otros nobles, están ansiosos de darle alojamiento.

—Tendrán que llevarme a rastras —respondió con ese tono ronco de voz que era su marca personal.

—¡Cómo quiera! —El hombre que acompañaba a Sanders, que se apellidaba Wilkinson, le dio un puño por detrás en la espalda baja que lo hizo doblarse.

En ese momento el coche de Warwick, que estaba acompañado de Mackay, dio la vuelta, había ido a hablar con Findley para pedirle que Beatrice, y de paso Miranda, no se involucraran

más y abandonaran la investigación, cuando se encontró con Sanders y Wilkinson tratando de atrapar a Smith, que se defendió con un par de golpes. Adrian dio un golpe al techo del carruaje y se apeó enseguida con el vehículo aún en movimiento.

—¿Qué pasa aquí? —Se acercó a Smith y lo aferró del gabán, el par de escoltas le impidieron al matón que usara las manos.

—Señor, estaba siguiendo a la señorita Taylor —señaló Sanders.

Los ojos de Warwick se abrieron y con una furia asesina pobló sus facciones, le habló sobre el rostro.

—¿Por qué está vigilando a la señorita Taylor?

El hombre soltó una risa y se negó a contestar. Mackay, sin muchas contemplaciones, le dio un golpe en el rostro. El cochero se acercó con una cuerda. Lo agarraron, lo inmovilizaron y lo montaron en el vehículo.

—¡A Luddesdown House! —bramó Mackay al cochero observando el brillo de odio que pobló el rostro de Smith—, para haber sido un fantasma los años anteriores, se deja atrapar con facilidad, o el golpe le afectó la cabeza o está perdiendo facultades.

El hombre no le contestó.

—Vamos a cambiar de hospedaje, ahora eres el cordial invitado de mi querido amigo el conde de Mackay —dijo Warwick de mala manera en cuanto lo subieron al coche—, creo que no tendrás las mismas comodidades que te brindó el conde de Watford, pero a estas alturas nos importa un bledo.

Adrian no dijo más, se limitó a observar al hombre que les había amargado la vida. Imaginaba los pensamientos que cruzaban por su mente y también los que cruzaban la mente del escocés.

Sanders y Wilkinson custodiaban el vehículo durante el trayecto a Luddesdown House. La tensión en el coche podía cortarse con navaja, los tres ocupantes guardaron silencio, cada uno sumido en sus preocupaciones. Había dejado a Miranda desprotegida, pero no se podían arriesgar a padecer algunas de las tretas de Smith.

Mackay parecía una tetera al fuego, hervía de rabia, llevaba la respiración agitada y se apretaba un puño con otro. Smith había cerrado los ojos. Al llegar a la mansión, llevaron el coche hasta las caballerizas.

—¡A la bodega! —gritó Mackay alertando a los demás sirvientes, el mayordomo se acercó sin sorprenderse en lo más mínimo por el hombre maniatado y los escoltas que los acompañaban —. ¿*Lady* Mackay está en casa?

—No, milord, la señora salió a una reunión en casa de la marquesa de Kensington.

—Mucho mejor. —Entró veloz repartiendo órdenes a los sirvientes que pululaban por el lugar.

La bodega estaba ubicada en un piso subterráneo, un lugar dividido en cubículos, donde se almacenaban desde alimentos y bebidas hasta elementos utilizados en la casa de campo, y todo lo necesario para el negocio de caballos. Un sirviente entró con iluminación suficiente y dejaron a Smith sentado en una silla.

Warwick fue al grano.

—¿Quién mató a *lady* Regina, tú o tu hijo?

Vieron al hombre palidecer de repente y tratar de soltarse del amarre, pero fue infructuoso. Mackay caminó alrededor de él con ganas de aplastarle la cabeza. Warwick, en cambio, se apoyó sobre una mesa balanceando una de sus piernas.

—¿De qué hijo está hablando? —preguntó con ese tono de voz ronco que tanto había

impresionado a los sirvientes entrevistados en los inicios de la investigación.

Warwick se dijo que el hombre había hecho bien en esconderse todos esos años, pues una mirada a sus facciones y a las de lord Gellywen habría delatado el parentesco enseguida, la expresión de los ojos, aunque Smith los tenía azules y Gellywen cafés, era la misma, fría y despiadada, a pesar de que lord Gellywen lo disimulaba con una pátina de amabilidad lograda con años de educación.

—¡Vamos, Smith! —exclamó Warwick con las cejas levantadas—. No fue sino que usted apareciera en el panorama para entender el porqué de sus ausencias y su presencia en eventos muy puntuales, como el ataque a mi amigo Mackay. Usted trabaja en las sombras por una poderosa razón.

El hombre se puso visiblemente nervioso.

—Lord Gellywen y usted tienen mucho en común —señaló Mackay.

El hombre trató de levantarse, pero fue algo infructuoso.

—Parece que dimos en el clavo —dijo Warwick burlón.

—Estás siendo muy amable con el maldito, quiero molerlo a golpes —soltó Mackay.

—Lo harás, claro que lo harás, querido amigo, pero después de nuestra charla.

El hombre pareció ganar algo de control, pero su frente estaba perlada de sudor. El lugar era frío y lúgubre y mucho más incómodo que la habitación de la que dispuso en Eden Hall.

—No tengo idea de lo que están hablando.

—Ya lo creo que sí, ¿quién blandió el puñal que mató a *lady* Regina, usted o su hijo lord Gellywen? —inquirió Warwick en un tono suave, aunque de mal augurio, capaz de hacer palidecer a cualquiera.

El hombre se descontroló.

—¡No soy su padre! No lo soy —gritó descompuesto.

—No fue eso lo que le pregunté —señaló Warwick en apariencia tranquilo, pero su interior era otra cosa, quería acogotarlo hasta ahogarlo, hacerle pagar su crimen y la incertidumbre que les había causado a ellos todos esos años.

Mackay, sin aguantarse más, le dio un fuerte puño en la mandíbula partiéndole el labio inferior, la sangre manchó la prenda que vestía. Lo agarró del cuello de la camisa.

—¿Quién mató a *lady* Regina, usted o lord Gellywen?

El hombre se quedó en silencio. Mackay ya iba sobre él otra vez, cuando Warwick habló.

—Con cuidado, amigo, lo necesitamos en sus cinco sentidos.

El hombre los miró de mala manera.

—¡Habla, hijo de puta! —gritó Mackay sobre el rostro del maloso antes de soltarlo.

—Fue ella, la loca —dijo por lo bajo—. *Lady* Gellywen enloqueció de celos y la mató.

—¡No le creo! *Lady* Gellywen era correspondida por *lady* Regina. —El hombre los miró sorprendido—. Sí, nosotros también hemos hecho la tarea, por eso podemos asegurar que usted está protegiendo a su hijo.

El hombre se descontroló y la mirada se oscureció de ira.

—Lord Gellywen no ha hecho nada, solo proteger a su esposa, la ama y no quiere verla lastimada. Esa anormal del demonio debería arder en una hoguera —exclamó con un profundo odio que, ellos se dieron cuenta, brotaba de su corazón.

Mackay lo soltó y observó a Warwick significativamente.

—Lo dejaremos descansar un rato, bienvenido a mis humildes aposentos —señaló Mackay.

Warwick observó al hombre de mala manera y salieron de la bodega.

—Por ningún motivo deben soltarlo, quiero a MacGregor y a Thornton dentro de la bodega y a los demás rodeando la casa —ordenó a sus escoltas y se quedó unos momentos pensando—, ¿ya llegó la condesa?

—Sí, milord, acaba de llegar.

—La lealtad a Gellywen es a toda prueba —señaló Mackay irritado a Warwick mientras caminaban rumbo al estudio.

—Sí —admitió este torciendo el gesto—. Por la manera en que reaccionó Smith, hay una alta probabilidad de que sea el padre de Gellywen. Su malestar era evidente —concedió Warwick —. Hay que investigar, es hora de revolver las aguas.

—Con descubrir quién es el asesino, me conformo —retrucó Mackay—, las demás teorías se las dejaremos a Bourne.

Capítulo 29

—Señorita Taylor, qué agradable sorpresa —señaló *lady* Gellywen, al encontrar a la joven en el salón de la modista.

Su madre había insistido en una última prueba de su vestido de novia, no había sido capaz de decirles a sus padres y a su prometido que no habría boda y ahí estaba, vestida con un traje que odiaba, pero que era del gusto de Wessex, quien había sugerido las telas y el diseño. Con el paso de los días, se había percatado de que era un hombre controlador y estaba segura de que se tomaría muy mal la noticia de que nunca sería su esposa.

—Te ves preciosa, hija.

Miranda se miró en el espejo de cuerpo entero, si su boda fuera con Adrian estaba segura de que su expresión sería otra. *Lady* Gellywen la observó con mudo entendimiento.

—Es un vestido hermoso —confirmó.

Miranda asintió y con ayuda de una de las modistas que acababa de ajustar la prenda, bajó del retablo para ir a una habitación aledaña a cambiarse.

En cuanto volvió, encontró a la vizcondesa sentada donde había estado su madre.

—¿Y mi madre? —preguntó.

—Está un poco inquieta por su falta de entusiasmo con los preparativos de la que será la boda de la temporada, le dije que un poco de aire fresco y una charla entre mujeres la animaría, así que ella fue a cumplir un compromiso con una de sus amigas y usted quedó en mis manos, con la promesa de llevarla temprano a casa.

Después de un paseo por Hyde Park, fueron a Gunter, el famoso salón de té que frecuentaban los aristócratas. Allí ambas mujeres conversaron de temas insustanciales, hasta que *lady* Gellywen le preguntó:

—¿Cuándo les va a decir que no se casará con Wessex?

Miranda la miró sorprendida sin saber qué contestar, bebió de su té y se llevó una esponjosa galleta a la boca mientras meditaba su respuesta. No confiaba en esa mujer.

—Me casaré con Wessex, no sé por qué piensa lo contrario.

—Por la manera en que mira a Warwick cuando piensa que nadie la está observando, porque si usted quiere casarse con Wessex, yo quiero ir a vivir a China.

Miranda sonrió, no quería darle el gusto de que hurgara en sus sentimientos y sus vulnerabilidades, no la conocía en absoluto.

—¿Por qué llevaba ese prendedor anoche en la función de teatro cuando claramente me advirtió que no evidenciara que había reconocido el símbolo? ¿Por qué no me ha preguntado dónde lo vi?

Lady Gellywen sonrió.

—Puedo contestar de la misma manera diplomática que usted ha hecho conmigo, no confiamos la una en la otra.

No hablaron más. Miranda pidió la cuenta y pagó.

—La llevaré hasta su casa —dijo *lady* Gellywen—, ¿o prefiere ir a otra parte?

—Mi casa está bien, muchas gracias.

Lady Gellywen dio instrucciones al cochero sobre el destino del recorrido y siguieron hablando de otras cosas. Miranda levantó la cortina del coche y observó que no era el tramo recorrido para su casa.

—¿Para dónde vamos, *lady* Gellywen? —preguntó negándose a sentirse asustada.

La mujer la observó confusa y levantó la cortina.

—Es el trayecto a mi casa. ¿El cochero me habrá entendido mal? —Golpeó el techo del coche, pero el sirviente no se detuvo.

En minutos llegaron a su destino, en cuanto se abrió la portezuela del coche, *lady* Gellywen bajó con celeridad, cuando uno de los criados de la mansión le dio la mano.

—¡Holt! ¿Por qué no nos llevaste a casa de la señorita Taylor como te pedí? —alcanzó a escuchar Miranda que la mujer le recriminaba al cochero.

—Yo le pedí que las trajera —escuchó la voz de lord Gellywen y el corazón de Miranda empezó a batir como tambor. Bajó apresuradamente del coche para encontrarse con el rostro descompuesto del vizconde.

—Bienvenida a mi casa, señorita Taylor —la invitó a seguir.

Alexandra observaba a su esposo con gesto entre aterrado y confuso. Varios hombres armados rodeaban la casa.

—¿Qué estás haciendo, querido?

—Solucionando un inconveniente —señaló el vizconde con rostro hermético.

—¿De qué hablas? No lastimarás a la señorita Taylor.

Miranda observaba el intercambio, aterrada. Un hombre la tomó del brazo y la entró a la casa, *lady* Gellywen los siguió.

—Me abruman tus tiernos sentimientos, querida, ojalá mostraras esa misma preocupación por mí —dijo entre dientes con rabia.

—Ella no ha hecho nada, yo no he vuelto a…

—¡Cállate!

Entraron a un salón, decorado de forma elegante como el resto de la casa. Miranda se soltó del agarre del hombre.

—No puede retenerme en contra de mi voluntad.

—Tu enamorado tiene algo que es mío, lo normal es que yo me apodere de algo suyo y así solucionarlo. Si todo sale bien, no habrá daño alguno.

—No entiendo qué puede tener el marqués de Wessex que sea suyo, puede hablar con él directamente.

—No me crea imbécil, señorita Taylor, estoy hablando de Warwick.

—Usted se equivoca —refutó ella enseguida.

—Ya le envié un mensaje al conde, esos malditos han sido como piedras en mi zapato.

—Usted es el líder de la logia —dijo Miranda tratando de rearmar el rompecabezas.

Lord Gellywen la miró con sorna.

—No sé qué diablos hacen las mujeres en estos tiempos, en cuanto salen del control del hombre y ganan algo de independencia, se vuelven unas desvergonzadas, usted y su amiga *lady* Findley metieron las narices donde no debían.

—¡No seas irrespetuoso! —le reprochó su esposa.

—Warwick ya fue avisado, debe estar al llegar —dijo negándose a hacer comentario alguno sobre la identidad del líder de la logia.

—Perdiste la razón, eres un hombre condenado —volvió a la carga Alexandra.

Él la miró con un brillo furioso, el brillo de la locura.

—¡Sí, estoy condenado por culpa tuya y de tu perversión! Si hubieras sido una mujer normal, nada de esto estaría sucediendo.

Lady Gellywen se encogió como si hubiera recibido una bofetada.

***

Warwick, Wild y Mackay meditaban en la mejor manera de hacer hablar a Smith, de lograr una confesión. Si a la noche no tenían nada, se lo entregarían a Bourne y que fuera lo que Dios quisiera.

Warwick se perdió en sus recuerdos de esa mañana, cuando el señor Darius Hollister había insistido en verlo. Susan había irrumpido en su estudio y le rogó con ojos llorosos que accediera a ver al hombre. Warwick no lo hizo seguir, salió al pasillo y allí en la puerta, le dijo.

—Hoy no puedo atenderlo, Hollister, vuelva pasado mañana a las diez.

Adrian no estaba de ánimo para declaraciones amorosas y acuerdos, Susan lo miró con algo de inquina.

—Me lo agradecerás en unos días, tengo que velar por tus intereses, hazme caso.

Susan lo observó confusa, no sabía si besarlo o abofetearlo, y le dijo:

—Espero que entres en razón, o tomaré medidas para encontrar mi felicidad.

Un golpe en la puerta lo distrajo de sus pensamientos. El mayordomo de Mackay entró y abrió la puerta para que pasaran el conde de Watford y su esposa Céline.

—¡Gideon! —soltó Warwick, que se acercó a abrazarlo, luego Mackay que casi lo alza y Wild que lo miraba después del abrazo como si examinara que no hubiera perdido ninguna de sus partes.

—Acabamos de salir de ese horrendo lugar —dijo Céline aún con lágrimas en los ojos—, no les hemos dado la noticia a los chicos. Gideon quería venir a darles las gracias por lo que han hecho por nosotros.

—No hemos hecho nada —acotó Wild—, aparte de ser un incordio para Bourne.

—Sí han hecho, han estado allí, pendientes de mí y de mi amada esposa, son los mejores amigos que un hombre puede tener —señaló conmovido—, ustedes son mi familia por adopción y pueden contar conmigo siempre.

Watford estaba pálido y se notaba que había perdido algo de peso, pero en cuanto observaba a su esposa, todo aspecto cansado desaparecía.

—Esto merece un brindis con mi mejor *whisky*. —Mackay se dirigió al aparador y escanció los vasos con el fino licor.

Todos brindaron por la libertad de Watford y por los lazos de amistad profunda que los unían.

—¿Qué sabes de Bourne? —preguntó Wild.

—Bourne está cerca —señaló Watford—, el hombre ha trabajado años, esto es más grande de lo que imaginamos, nosotros fuimos su fachada.

—Tenemos a Smith —señaló Mackay y Watford enseguida frunció el ceño.

—Hay que avisarle a Bourne. Smith es un hombre muy peligroso, debes tener un ejército a su cuidado.

—Sí, está bien custodiado.

Warwick le contó a su amigo lo que habían averiguado, Wild aderezó la charla con más datos y Mackay solo quería bajar y sacarle la verdad al matón a porrazos.

Se escuchó otro golpe en la puerta y Sanders entró apresurado al salón.

—¿Qué pasa? —Warwick dejó el vaso sobre la mesa con un gesto brusco y se levantó enseguida, el lacayo lo miró asustado.

—Milord, seguí a la señorita Taylor hasta la casa de la modista, de allí salió para Gunter

con *lady* Gellywen.

—¡*Lady* Gellywen! ¿Por qué no me avisaste enseguida? —reviró acercándose a su criado —. ¡Esa mujer me va a matar!

—La tuve siempre a la vista, no creía que *lady* Gellywen fuera a intentar algo malo con ella. En cuanto salieron y se subieron al coche, escuché que *lady* Gellywen daba la dirección de la casa de la señorita, pero el cochero siguió para la casa de los Gellywen y cuando se apearon vine a avisarle enseguida. —Sanders pasó saliva ante la mirada asesina de Warwick—. Wilkins se quedó vigilando, milord.

—Cálmate —lo tranquilizó Watford—, a lo mejor es algo inocente.

—¡Con esa pareja nada es inocente! —Se aferró el cabello—. ¡Me lleva el diablo!

En ese momento entró otro sirviente.

—¿Qué pasa? —gritó Mackay—, parece entrada de asilo, por Dios.

El lacayo llevaba una bandeja donde reposaba un sobre con el nombre de los caballeros malditos. Mackay arrugó el ceño, rompió la envoltura y leyó con rapidez la nota. Luego levantó la vista y observó a Warwick con gesto preocupado.

—Lord Gellywen tiene en su poder a la señorita Taylor, y si queremos que no le pase nada, debemos ir allí con Smith.

—¡Lo sabía! —gritó Warwick.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Sanders.

—Darle lo que quiere —ordenó Watford.

—Podemos ir todos —planeó Wild—. Mackay y Warwick irán en el coche con Smith, yo haré de cochero y tú irás apostado en la parte de atrás, como cualquier lacayo, entraremos en la casa y nuestros hombres nos esperarán a la entrada, si en cinco minutos no salimos, entrarán por la fuerza. No podemos planear más, no sabemos qué vamos a encontrar.

—Manos a la obra, Sanders —señaló Mackay—, ve con MacDougal, Graham y Donald, y traigan a ese maldito.

Sanders salió a cumplir su cometido.

—Querido, por qué mejor no te quedas, acabas de salir de ese horrible lugar, no creo que estés para esto, estoy segura de que tus amigos entenderán. —adujo Céline a Watford, pero sabía que sería en vano, su esposo no se perdería lo que ocurriría por nada del mundo.

Gideon se acercó a su esposa, le aferró el rostro y la besó con delicadeza.

—Te amo —dijo emocionado—, eres el amor de mi vida y por ese amor, tenemos que darle fin a esta pesadilla, que ya ha durado suficiente y nos ha quitado años de vida, sé que me comprendes.

Ella asintió con la mirada nublada.

—Prométeme que te cuidarás —luego alzó el tono de voz y le habló a los demás—, lo dejo en sus manos, espero recibirlo de una pieza.

Ellos asintieron conmovidos. Mackay se dirigió a un aparador y, al abrirlo, una colección de pistolas y puñales hizo su aparición. Cada uno tomó una pistola y un puñal, y salieron de la estancia a cumplir su cometido.

Adrian llevaba el corazón en la garganta, no se perdonaría donde algo malo le llegara a ocurrir a Miranda, se moriría sin remedio y acabaría con cada uno de los Gellywen, no quedaría de ellos ni el rastro. En cuanto vio a Smith amarrado, amordazado y saliendo casi a rastras del lugar en el que estaba, quiso descerrajarle un tiro en la cabeza, pero tenía el presentimiento que eso no serviría a la causa.

Se acomodaron en el coche, la tensión era evidente en cada uno de los rostros, hasta en el

del matón. Smith cerró los ojos, meditando que en esas condiciones era imposible enfrentarlos. Presentía que el tiempo se le acababa, su hijo podría perder el control y él no estaría allí para atajarlo. Recordó cuando el viejo vizconde lo obligó a actuar como semental con su reciente esposa ante la imposibilidad de consumar el matrimonio, ni siquiera había sido capaz de desvirgarla en la noche de bodas. El noble le dijo que mataría al siguiente en la línea de sucesión al título antes de dejarle ocupar su lugar, por eso su afán de un embarazo. Lo escogió a él porque eran similares en altura, color de cabello y piel, la madre también era rubia y de tez pálida, era hermosa la condenada, y se dio gusto las noches que compartió con ella hasta que se hizo evidente el embarazo. Si la joven no hubiera muerto durante el parto, él estaba seguro de que le habría hecho varios hijos más.

Cuando el niño creció, fue evidente el maltrato de su padre, el desamor del vizconde a la criatura lo obligó a él a estar cerca. Cuando cumplió diez años, el padre salió a cabalgar y tuvo un accidente, lo que nadie supo fue que él alteró la cincha de la silla para que cuando saltara el montículo que siempre atravesaba a llegar a casa, saliera disparado, sin embargo, no murió enseguida, tuvo una lesión de columna que lo dejó inmóvil en la cama por largos meses y con tiempo de hacer disposiciones, sin sospechar que la persona en la que estaba confiando su legado era la misma que lo había llevado a esa situación. El vizconde murió de una enfermedad pulmonar a mitad del invierno.

A medida que el joven vizconde crecía, él se hizo indispensable en todos los aspectos de su vida, fue una dependencia poco sana, con el tiempo Smith llegó a dominar al noble, hasta que conoció a Alexandra. Fue como si su hijo volviera a nacer, el amor le dio un ímpetu del que carecía, aprendió a ser jovial para conquistarla, su amor era intenso, obsesivo y celoso. El día más feliz fue cuando su familia le dio la mano de ella en matrimonio, pero pocos meses después de la boda se percató de que las cosas no iban bien para el joven matrimonio. Su hijo estaba ansioso, celoso, apenas la dejaba asistir sola a algún evento, entonces Smith decidió investigar por su cuenta y se percató de por qué Alexandra no podía querer a su perfecto hijo. La hubiera matado con sus propias manos, pero sabía que el vizconde no lo perdonaría, él respiraba por ella. Pero tiempo después tuvo su venganza.

El coche se detuvo en cuanto llegaron a la mansión de Gellywen, todos se pusieron en tensión y bajaron dispuestos a enfrentarse al vizconde.

Capítulo 30

El lugar solo contaba con dos vigilantes, algo que se le hizo raro a Watford. Si lord Gellywen tenía en su poder a la señorita Taylor, imaginó el lugar más resguardado. Detuvo el coche en el patio frente a las caballerizas y bajó del pescante. Warwick abrió la portezuela y salió enseguida.

—Busco a lord Gellywen —dijo en tono duro.

—Salió —fue la respuesta del escolta, que lo observó con fingida indiferencia.

—¿Para dónde?

—No lo sé —dijo el hombre acariciando el puño de una navaja—. Salió con una joven.

A pesar del aspecto amenazante del rufián, Warwick entró a la casa acompañado de Wild, los sirvientes los miraron sorprendidos.

—¿Dónde está *lady* Gellywen? —preguntó Warwick a una de las mucamas. La mujer lo miró negándose a responder. Se acercó y la sacudió sin contemplaciones—. ¡Habla!

—Encerrada donde siempre —contestó la joven ganándose una bofetada de uno de los dos vigilantes de Gellywen que entró tras él.

—Es mejor que se vaya, milord, aquí no hay nada para usted… —replicó el hombre antes de caer al suelo, por culpa de un fuerte golpe que le propinó en la cabeza Wild.

—Lléveme con ella —ordenó Warwick—. Tú haz guardia en la escalera, te llamaré si te necesito arriba.

Wild asintió.

La mucama subió las escaleras y Warwick la siguió pisándole los talones. Lo llevó a una puerta al fondo del pasillo, no creía que fueran sus aposentos, ese lugar lucía oscuro y sombrío.

—No quiero tretas.

La joven negó con la cabeza.

—La señora es tan buena y milord la trata tan mal. —La mujer aferraba las manos con fuerza al delantal—. No le hará daño, ¿verdad? —preguntó angustiada—. Tenemos prohibido abrir la puerta cuando el señor la encierra en ese lugar, a veces transcurren días sin dejarla salir, milord dice que lo hace por su bien, que es para curarla. A veces la deja salir a determinados eventos y reuniones sociales, aprobados por él, pero cuando vuelve a casa siempre se queda aquí encerrada.

—¡Dios mío! ¿Qué clase de infierno ha estado viviendo esta mujer? —dijo Adrian para sí mismo.

—No hay una llave que abra la puerta.

Warwick dio varias patadas, todas infructuosas, mientras un grupo de sirvientes lo rodeaban. Se dio cuenta de que la puerta abría hacia afuera, por lo tanto las bisagras estaban de cara al pasillo, con ayuda de otro sirviente las desmontó y liberaron la entrada.

—¡Gracias a Dios! —suspiró *lady* Gellywen, se notaba que había llorado.

El lugar era lúgubre, frío y con olor a moho y humedad, había una cama sencilla y una mesa, eso era todo. A Warwick se le encogió el corazón al pensar en lo que esa pobre mujer había tenido que vivir.

—¿A dónde la ha llevado? —preguntó Warwick desesperado, el corazón golpeaba su pecho amenazándolo con salir, el sudor perlaba su frente y la angustia lo tenía a punto de agarrar el mundo a golpes.

—La llevó para la casa campestre en Richmond, hay que tener cuidado, mi esposo perdió la razón y tengo temor de que algo malo le suceda a la señorita Taylor.

Warwick se dio la vuelta y la mujer corrió tras él

—Iré con ustedes, necesitarán mi ayuda para controlarlo.

—Me temo que usted hasta el momento no ha sido de mucha ayuda para nosotros —le recriminó Adrian—. Lo sucedido es en parte responsabilidad suya por no haber delatado a su esposo a tiempo.

La mujer se envaró.

—Usted no sabe lo que he tenido que hacer para sobrevivir, no puede juzgar mis acciones o mis omisiones.

Adrian supo que se estaba comportando como un gran imbécil, la mujer había tenido su cuota de sufrimiento, pero no era ella quien a él le importaba, su corazón apretado imploraba que no dilatara la búsqueda de Miranda.

—Lo sé —la miró avergonzado—, le ofrezco una disculpa, simplemente quiero encontrar a Miranda —susurró angustiado.

La mujer lo miró con el remordimiento cubriendo sus facciones, se sentía culpable por todo lo que había ocasionado.

—Lo siento mucho, lo siento mucho, yo no quería que la señorita Taylor se viera implicada, se lo advertí varias veces, pero…

—Irá con nosotros, nos guiará en el trayecto y, si es una trampa, se atendrá a las consecuencias, *milady*.

Al salir al patio, los hombres de Mackay, Sanders y Wilkinson tenían a los criados y guardias arrinconados y otros dos hombres junto a Watford vigilaban a Smith dentro del coche.

Warwick dio las indicaciones del nuevo destino a todos los que lo escuchaban. Watford lo miró escéptico, no podía dejar de pensar que si esto era una jugarreta de los Gellywen estarían perdidos, miró a Adrian a los ojos expresando lo que lo atormentaba.

—¿Qué tal que sea una trampa?

Warwick lo alejó del grupo donde Mackay y Wild daban órdenes.

—No lo creo, hubieras visto el lugar donde la tenía encerrada, esa mujer no ha enloquecido porque tiene una mente fuerte, ese hijo de puta merece la horca —lanzó con desdén recordando lo que había visto en aquella habitación.

—Esperemos que no sea otro engaño —insistió Watford.

Al subir *lady* Gellywen al coche y ver a Smith, el temblor se apoderó de ella.

—No le hará daño —señaló Mackay en un tono tranquilo que no la tranquilizó—, puede confiar en nosotros.

La mujer se sentó frente a Smith, que la miró con odio, ella no se pudo aguantar y le escupió en el rostro, luego volvió a tomar asiento mirando a los caballeros avergonzada.

—Les pido disculpas, sé que no son formas de una dama, pero no me pude aguantar.

Smith la miró con renovado odio. *Lady* Gellywen le dio las señas al cochero para llegar a la casa campestre. Watford y Wild harían el camino a caballo.

El trayecto a Richmond lo hicieron a buena velocidad, Warwick quería llegar antes del anochecer, apenas cruzaron palabra durante el recorrido. El coche bajó la velocidad y tomó un sendero que llevaba hasta una casa en pleno valle, desde la que se divisaba el río Támesis. El atardecer de verano era majestuoso, el cielo lucía pintado de diversos colores, ajeno a la incertidumbre que vivían los cuatro caballeros malditos. Warwick estaba seguro de que hubiera disfrutado de ese paisaje de no estar sumido en la preocupación por lo que pudiera ocurrirle a Miranda.

Los recibieron varios hombres armados, los cuatro amigos no se inmutaron, hicieron seguir

el coche a un patio trasero, Watford con el cuello del gabán cubriendo el rostro, espoleó el caballo hasta el lugar que señalaron los hombres frente a una caballeriza. Un par de escoltas atajó a Wild amenazándolo con una pistola. El noble los dejó hacer, mientras otros dos rufianes abrían la puerta del coche.

—Vengo a entregar algo a lord Gellywen —exclamó Warwick en tono de voz alto que se escuchó por todo el lugar.

Levantó los brazos y bajó del coche, seguido de Mackay, que arrastró consigo a Smith. Alexandra iba a bajar, pero Warwick se lo impidió.

—Quédese en el coche, *lady* Gellywen, no es conveniente que la vea.

Ella asintió.

Lord Gellywen salió por una de las puertas con Miranda aferrada de un brazo. La furia de Adrian se incrementó al ver a la joven sometida. Ella se veía nerviosa y asustada.

—Nada como manejar los sentimientos de un hombre cuando deseamos que se resuelva una situación —soltó el vizconde apuntando a Miranda con un puñal—. Usted me devuelve a Rusell y yo le devuelvo a su amada —escupió—. Todos ustedes son tan patéticos.

—Quítele las manos de encima —señaló Warwick con tono letal.

Lord Gellywen le devolvió una sonrisa burlona. La soltó, pero la aferró de nuevo hacia él.

Mackay, en cambio, dejó libre a Smith. Un escolta se acercó y le desató la boca y las manos.

—Padre e hijo, son tal para cual —dijo el escocés con sarcasmo.

Lord Gellywen se puso pálido.

—Él no es mi padre, mi padre está muerto.

—Eso no se lo cree ni usted —intervino Wild, al que uno de los rufianes apuntaba con un arma.

Por el rostro de Smith pasaron diversas emociones, tristeza era una de ellas.

—Lord Gellywen —dijo Smith con respeto—, deje ir a la señorita Taylor, es mejor calmar las aguas. Este no es un buen momento para actuar.

Los ojos de lord Gellywen mostraron una mirada dura, mucho peor que la de Smith cuando enfrentaba a sus víctimas.

—¡Eres un cobarde, Russell! A lo mejor te dejaste atrapar porque no quieres que llevemos a cabo el plan —dijo el hombre fuera de sí.

—Aquí está Smith, deje ir a la señorita Taylor —insistió Warwick. Con su mirada intentaba tranquilizar a Miranda, que no lo perdía de vista—. No queremos que esto se nos salga de las manos, nuestros hombres están armados y son peligrosos, no queremos una batalla.

—¿De qué plan habla, lord Gellywen? —preguntó Wild con tranquilidad tratando de calmar las aguas, ya que veía a Warwick desesperado.

—Liberar el mundo de los pervertidos, de los hombres y mujeres que van en contra de la naturaleza.

—¿Y cómo planea hacerlo? —continuó Wild. Su tono de voz era suave, como si estuvieran en uno de los salones que acostumbraban a visitar, rodeados de otros caballeros al son de un mazo de cartas, mientras alguno de ellos relataba una anécdota.

—Ese no es asunto suyo —reviró el hombre apretando aún más la miranda.

Watford se acercó y al verlo lord Gellywen se descontroló un poco más.

—Usted —gritó señalando al conde de Watford—, usted era el que debía ir a la horca por lo ocurrido a *lady* Regina, lo tramamos muy bien, pero los malditos sirvientes entregaron antes las cartas y por eso todos se reunieron al mismo tiempo.

—¿Por qué yo? —preguntó Watford con un asomo de ira.

Los hombres de bando y bando apuntaban a unos y a otros.

—Tenía los antecedentes, era como un juego de niños, todo el mundo lo creería, ya que usted mató a su primera esposa, pero ustedes tres lo arruinaron todo.

En otro tiempo, las palabras de Gellywen lo hubieran herido profundamente, pero la vida se había encargado de reparar esa herida, su ira se trocó en indiferencia.

—¿Por qué nos escogió a nosotros? —le preguntó Mackay.

Lord Gellywen soltó una risa sarcástica. Era evidente que el hombre había perdido la razón, meditó Warwick, sabiendo que necesitaban un plan para inmovilizarlo. Empezó a idear cómo ejecutar una maniobra en que pudieran lograrlo.

—Les pedimos a los mensajeros que escogieran a los más imbéciles y que hubieran bebido lo suficiente —empezó a hablar lord Gellywen

—Pues no le salieron bien las cosas — refutó Mackay apenas controlando la ira en su tono de voz—, cuatro años después aquí estamos, no tan imbéciles y aún aguantando con fortaleza el licor.

—¿Quién mató a *lady* Regina? ¿Usted o su padre? —gritó Watford interrumpiendo a Mackay.

—¡Él no es mi padre! ¡Es un sirviente! —exclamó y viró de la exaltación a la calma—. Puesto que van a morir, puedo decirles que fui yo el que se dio el gusto de apuñalar a *lady* Regina —gritó fastidiado—. ¡Disparen! —Observó a los rufianes, que no lo miraban a él, sino a Smith.

Smith les hizo una seña a los hombres para que bajaran las armas inmediatamente.

—Se acabó, hijo, no puedes matar a los cuatro nobles y a las dos mujeres, nada ni nadie te salvará de esto.

—No eres mi padre. ¡Soy hijo del vizconde y la vizcondesa de Gellywen, tú eres un peón a mi servicio! —gritó el hombre perdiendo los estribos.

Warwick observó a Bourne, que a poca distancia rodeaba la casa con una docena de guardias. Esto sería una carnicería en segundos, necesitaba neutralizar al vizconde y liberar a Miranda, pero mientras más se acercaba, el noble más se descontrolaba. En ese momento, se desató el caos, porque *lady* Gellywen se bajó del coche con un arma que seguro Mackay le había dado para que se protegiera.

—¡Alexandra! Mi amor, ¿qué haces fuera de casa? —La distracción hizo que lord Gellywen bajara la guardia con Miranda, que aprovechó para actuar, y con fuerza le pisoteó el pie haciendo que la soltara. Libre de su amarre, corrió hasta donde Warwick, que vio todo como si el tiempo se hubiera hecho más lento.

A Smith, concentrado en su hijo, poco le importaba lo que ocurriera alrededor.

Lady Gellywen se fue acercando, la mano le temblaba, pero estaba decidida a hacer algo, a enmendar de alguna manera el daño que había hecho.

—Suelte el arma, *lady* Gellywen —rogó Wild intentando disuadirla—, no vale la pena, la justicia se encargará de ellos.

La mujer no lo escuchó, empuñó el arma con ahínco mientras se acercaba al vizconde.

—Sabía que habías sido tú, prometí ante la tumba de Regina que no descansaría hasta vengar su muerte, pero tuve siempre la duda de si habías sido tú o el diablo de tu padre, pues aquí cumplo esa promesa. —Apretó el gatillo y disparó a lord Gellywen tomándolo por sorpresa, su camisa empezó a colorearse de rojo rápidamente mientras caía al suelo sin vida.

Smith bramó y se acercó a ella.

—¡Zorra! ¡Maldita! —aferró el puñal que lord Gellywen tenía en la mano y había soltado, y lo enterró en el pecho de Alexandra hiriéndola antes de que Mackay, Watford o Wild pudieran hacer algo.

Miranda gritó refugiada en los brazos de Warwick, que intentaba calmarla. Smith soltó el arma y se aferró al cuerpo de su hijo.

—¡Suelten las armas todos o irán a Newgate de por vida! —bramó la voz de Bourne.

Mientras, Miranda se soltaba de Adrian y corría hacia el cuerpo inerte de Alexandra. Le tomó el pulso rápidamente emitiendo un suspiro de alivio al ver que aún latía, aunque era débil y estaba sangrando profusamente.

—¡Ya era hora! —gritó Mackay entre aliviado y molesto—. Su sentido de la oportunidad deja mucho que desear, Bourne.

—Y ustedes como siempre interponiéndose en mi camino —señaló el magistrado observando la escena con disgusto.

—Necesitamos un médico y entrar a la casa a *lady* Gellywen —pidió Miranda, en un grito, pero la mujer negó con la cabeza y aferró su mano.

—Quiero descansar —murmuró mientras la sangre empezaba a salir por su boca—, quiero reunirme con Regina.

—¡No! —exclamó Miranda—, no puede darse por vencida, no puede… —Miró a los hombres—. ¡Por favor, ayúdenme! —gritó una vez más aunque en su interior sabía que nada podía hacer, la herida era profunda, intentó sellarla con sus manos mientras Adrian le sostenía la cabeza.

Alexandra los miró y una sonrisa se extendió por su rostro como si su amada estuviera esperando por ella, con un último suspiro cerró los ojos y ante la impotencia de Miranda, Adrian y los demás caballeros, su corazón se detuvo.

Capítulo 31

Los hombres de Bourne detuvieron a Smith, mientras el magistrado le decía:

—Queda detenido por el asesinato de *lady* Gellywen y su complicidad en cuatro asesinatos más.

Los hombres que acompañaban a los caballeros malditos entraron los cuerpos sin vida de la pareja a la casa, donde los sirvientes, llorosos y consternados, los recibieron. Una mucama ayudó a Miranda a asearse y cambiarse de vestido, pues el suyo estaba manchado de la sangre de Alexandra. Por suerte tenía la misma talla de la fallecida. Luego se dirigió con Adrian al estudio junto los demás. Bourne cerró la puerta.

Mackay, furioso, se acercó al magistrado y lo aferró de las solapas del gabán estrellándolo contra una pared.

—¡Cuatro años! —exclamó furioso sobre el rostro del hombre—, ¿cuándo supo que nosotros no éramos los asesinos? ¿Por qué dejó que todos creyeran que éramos culpables? ¡Alimentó los rumores!

—¡Suélteme, lord Mackay! —ordenó el hombre con firmeza.

Watford se acercó y puso una mano en el hombro de Mackay.

—Déjalo hablar, estoy seguro de que nos dará las explicaciones que hemos esperado.

Warwick se sentó al lado de Miranda. Los demás se acomodaron en las sillas, Watford fue a la vitrina de licores y sirvió *whisky* para todos.

El magistrado se quedó pensativo unos segundos, bebió un trago, y se aclaró la garganta antes de empezar a hablar.

—Lord Gellywen era el líder de la logia. La primera vez que me topé con el sobrenombre Leander Gris fue hace casi dos años, después de otros dos de estar dando palos de ciego, con la detención del señor Hanks. En torno a la investigación de él fue que descubrí la Orden de la Virtud Tudor, vigilé a todos sus miembros y cuando llegó el puñal, con el que Smith hirió a lord Mackay, a mis manos, ya sabía que el asesinato de *lady* Regina estaba vinculado a la logia o a alguno de sus miembros. Estuve mucho tiempo investigando todo lo relacionado con ellos, actividades, miembros, rituales, pero seguía sin conocer la identidad del líder, era un secreto celosamente guardado. Después de saber de las inclinaciones de *lady* Regina y *lady* Gellywen, relacioné el asesinato de la dama con otros tres asesinatos ocurridos, dos en Londres y otro en Manchester, de personas con idénticas inclinaciones.

—¿Eso que tenía que ver con nosotros y nuestro buen nombre? —preguntó Warwick con aparente calma, pero su interior bramaba de ira y de las ganas de agarrar el magistrado a golpes.

Wild lo miró como si adivinara lo que pasaba por su mente y le pidió con un gesto de manos un poco de calma.

Miranda observaba a Bourne, pendiente de cada una de sus palabras.

—Tenía que sostener la fachada por un bien mayor, esas víctimas merecían que descubriera quién había hecho esto.

—A costa de nuestro prestigio —intervino Watford.

El hombre se negaba a sentirse avergonzado por su actuar.

—Necesitaba que el asesino se sintiera seguro, que pensara que nunca iba a ser atrapado porque yo estaba ocupado tras los pasos de ustedes. Además, ustedes estuvieron en el lugar del hecho, tampoco podía liberarlos de sospecha hasta que la investigación avanzara.

—No podemos llorar sobre la leche derramada —dijo Wild—, ¿qué ocurrió con las otras

víctimas?

—Murieron de la misma forma que falleció *lady* Regina, el tercer y cuarto asesinato llevaba mucha más sevicia. Lord Gellywen no estaba en sus cabales.

—¿Qué pasará con Smith? —preguntó Miranda.

—Me imagino que se echará toda la culpa, habrá un juicio, irá a la cárcel o a la horca, yo preferiría que se pudriera en una cárcel, la horca es un castigo suave para él.

—Vi cómo observaba a su hijo, la tristeza en su semblante cuando el vizconde amenazaba y luego el odio hacia *lady* Gellywen. ¡Pobre mujer! —intervino Miranda—. Merece pagar por lo que hizo.

—Así será, señorita Taylor. Su Majestad no querrá más escándalos, ha estado muy pendiente de este evento porque los involucraba a ustedes, me imaginó que él ordenará cómo manejaremos la retórica de los hechos de aquí en adelante.

—La prensa quería crucificarnos vivos, no voy a permitir que los crímenes de lord Gellywen sean achacados a su padre —aseveró Mackay.

—Esto no se trata de revanchas, lord Mackay, ya los culpables han pagado, uno está muerto y el otro será sometido a una larga condena.

—Siempre supe que ustedes eran inocentes —señaló con seguridad Miranda.

—Creo que es mejor volver a Londres, nuestras familias deben estar angustiadas —intervino Wild.

Empezaba a anochecer, Miranda meditó que su familia y su prometido debían estar subiéndose por las paredes y así lo manifestó.

Watford se acercó a ella.

—Estoy seguro de que su familia estará aliviada en cuanto la llevemos a Londres y vean que usted no ha sufrido daño alguno.

Hicieron los arreglos pertinentes, *lady* Gellywen yacía en un coche cerrado, el coche de Smith estaba custodiado por escoltas y por el propio Bourne, parecía que, tras la muerte del vizconde, Smith quisiera irse con él.

Warwick y Miranda iban en otro coche cerrando la marcha, Watford y los demás iban a caballo a lado y lado del coche donde iba Smith.

En cuanto subieron al carruaje y se quedaron solos uno frente al otro, Adrian besó ambas manos de Miranda. Ella bajó la vista sin saber qué decir o cómo romper el ambiente tenso dentro del vehículo.

—Tuve un miedo horrible cuando supe que estabas en manos de Gellywen. —Warwick tragó saliva más allá del nudo dentado que oprimía su garganta. Ella era su apuesta más importante, sabía que el tiempo se agotaba y necesitaba convencerla de que podían tener un futuro juntos—. Solo una vez estuve así de asustado, y fue cuando perdí a mi padre, y luego verte en manos de ese desquiciado fue como una muerte en vida —se cubrió el rostro con ambas manos—. ¡Dios! El miedo me impedía reaccionar con celeridad.

—Lo hiciste bien —dijo ella con el ánimo de tranquilizarlo.

Miranda deslizó su mano sobre la de Adrian, que la sostuvo en su pierna mientras el vehículo recorría el camino. Observó su rostro con el alma vergonzosamente llena, a pesar de las duras circunstancias, del miedo y de lo ocurrido, el corazón le hacía piruetas por estar en un mismo lugar con él. Se dijo con algo de resignación que nunca sería feliz si no era con Adrian a su lado, el ver la fragilidad de la vida y cómo podía terminar en segundos le daría los arrestos necesarios para enfrentar a su familia y al marqués de Wessex. No sería fácil, pero prefería unos momentos de incertidumbre y temor que toda una vida atada a una persona que no amaba.

—De corazón, deseo que perdones mi actuar, nada me duele más en este momento que saber que te he lastimado. —Sus ojos oscuros la miraban con fijeza, como nunca nadie la había mirado, con adoración—. Es algo con lo que tendré que vivir por el resto de mi vida, pero te prometo que dedicaré cada momento de nuestro futuro venciendo ese terrible error. Si me aceptas.

Miranda lo escuchó atrapada entre una esperanza floreciente y los rescoldos de la duda. Algo dentro de ella se negaba a ceder, a entregarle de nuevo el corazón, y no sabía cómo afrontarlo. La tensión era evidente en el cuerpo rígido de Adrian mientras la desesperanza empezaba a cubrir sus facciones.

Se quedaron en silencio, se escuchaba el ruido del galope de los caballos y las palabras de los hombres que conducían a gran velocidad. Adrian buscaba las frases milagrosas que le permitieran tenerla a su lado de nuevo. Nunca en su vida había suplicado, pero en ese momento el orgullo no tenía cabida en su corazón, un corazón que, si ella no le daba otra oportunidad, se marchitaría sin remedio.

Ver el temor en los ojos de Adrian resquebrajaba su voluntad. Miranda quiso arrebujarse enseguida en sus brazos, pero no quería ser tan obvia, parecía que él tenía muchas cosas que decirle, así que lo dejó continuar.

—No me hagas vivir sin ti, cariño, tienes mi corazón en tus manos, solo tú tienes el poder de destruirme con una sola mirada de rechazo.

Sus palabras le llegaron al alma, la verdad era que lo amaba más que nunca y a pesar del desafortunado incidente, o quizás gracias a él, con Adrian no tenía que recurrir a subterfugios ni mentiras, él la aceptaba por lo que era. Había visto más en ella que cualquier otra persona que conociera y no había salido corriendo o pidiéndole que cambiara. Se levantó de la silla dispuesta a sentarse en el regazo de su amor, pero un volantazo la tiró hacia atrás con brusquedad y empezó a reírse como loca. Adrian se levantó y se sentó a su lado.

—¿Qué ibas a hacer? ¿Saltar del coche en movimiento? —preguntó aturdido—. Solo tienes que negarte a mis requiebros y volveré a Londres a caballo.

Miranda dejó de reír y acarició el rostro de Adrian.

—Te amo, Adrian, creo que lo he hecho desde el primer momento en que me hiciste zancadilla al salir de la pastelería en Stratford.

El alivio reemplazó la desesperanza.

—Yo no te hice zancadilla —contestó él genuinamente ofendido. Le tendió los brazos con cuidado, aferró su mano y Miranda soltó un largo suspiro—. Repítelo —rogó con un deje de desesperación, acarició su rostro con los dedos, sentir su piel, su cercanía era como imaginaba el paraíso, sonrió para sí, estaba hecho un sentimental.

—Te amo —repitió ella acariciándole el cabello—, me mentí a mí misma pensando que podría casarme con otro. Nunca me interesó Wessex, nunca lo amé como te amo a ti, si me caso con él, lo lamentaré el resto de mi vida.

Miranda se refugió en sus brazos, Adrian refregó su boca con fuerza contra la suya y profundizó el gesto como si estuviera buscando refugio. Ella le devolvió el beso con idéntico ardor y después de unos momentos, enterró el rostro en el cuello de su gabán, aspiró su aroma, se embriagó de él, era como descansar después de andar por un camino pedregoso. Adrian recorrió con la boca su mejilla hasta llegar a su oído.

—Nunca te dejaré marchar —replicó con voz ronca.

De pronto él la levantó, la sentó en su regazo mientras le besaba los ojos, la frente y volvía a su boca. No tenía suficiente de ella. Quería devorarla, hacerla suya de todas las maneras

posibles, pero no era el momento ni el lugar. Miranda, un poco más osada, empezó a acariciarlo de manera frenética. Él, estremecido por su contacto cuando le aflojó la corbata para tocarlo, claudicó y la dejó hacer lo que quisiera.

Ella le abrió la camisa y, con caricias osadas, le tocó el pecho; él empezó a respirar de manera agitada, trazó un rastro de besos desde el cuello hasta el inicio de su escote, aspiró su aroma, que lo excitó aún más y le soltó los botones delanteros para acceder a sus pechos, que se moría por tocar y acariciar. Con remordimiento meditó que, a pesar de que estaban solos, pero rodeados de personas, no podía hacerla suya en el asiento de un coche con sus amigos a poca distancia, pero podría acariciarla y brindarle placer.

Liberó sus pechos y se introdujo uno de ellos en la boca. Se deleitó

En su suavidad y su calor, ella le devolvía las caricias con un anhelo profundo de por fin fundirse en él. Le levantó el vestido y las imposibles capas de ropa, hasta que sintió la tersura de su piel, su sexo húmedo y candente, con sus dedos le brindó todo el placer que no podía brindarle con su miembro.

El deseo la abrazó como una fiebre que quemaba; quería a ese hombre, sus caricias tiernas y las más salvajes, sus palabras de amor y las picantes, esas que pronunciaba cuando estaba dentro de ella, con ansia impaciente se aferró a él, al sentir las caricias de sus dedos en ese lugar creyó que explotaría de placer. No le importó el lugar, no le importó estar a poca distancia de otras personas, solo le importaba él, con caricias atrevidas descendió por su pecho y acarició su protuberancia por encima de los pantalones. Un gemido fue la respuesta.

—Te deseo tanto que me vas a matar antes de llegar a Londres —le dijo con voz áspera mientras ella le acariciaba la dura protuberancia y volvió a besarla mientras la tocaba.

—He querido hacer esto todo este tiempo, así estuviera furiosa contigo —capituló ella.

—Si lo hubiera sabido lo habríamos arreglado antes, han sido semanas infernales.

Volvieron a arreciar las caricias y los gemidos de placer, Adrian no le daba tregua. Toda la tristeza y la oscuridad que la habían rodeado esas semanas desaparecían con sus caricias, sus besos y sus promesas de amor. De pronto, el fuego ardió sin control y Miranda sintió que se extendía por todo su cuerpo, su mente y su alma, volaba y a la vez caía propagando sacudidas de placer que la hicieron ver luces de colores.

Adrian se quedó mirándola, grabando a fuego en su alma el rostro de su amada en medio de la pasión.

—Te amo —susurró él—, de manera desesperada y para siempre.

Ella le contestó con su cuerpo, su rubor, sus besos, y cuando pudo respirar con algo de normalidad, le dijo que también lo amaba y que así sería siempre. Minutos después ambos permanecían abrazados, ella todavía recostada en su regazo.

Un vértigo lo asaltó al sentir su corazón cautivo, era ella, la veía claramente a pesar de aquella media luz.

—Casémonos —dijo con la respiración agitada.

Miranda salió de la nebulosa y lo miró con ojos lánguidos y soñadores.

—Si me prometes que tendré de esto todas las noches, acepto.

—Iremos a Gretna Green, mañana.

Ella se separó de él y Adrian la dejó, sabía que no sería fácil cancelar sus planes con Wessex para iniciar un camino juntos, ella se arrebujó en su pecho y lo acarició con el dedo. El conde tomó su mano y la besó.

La mente de Adrian ya elucubraba en los siguientes pasos. Pese a que su enamorada era mayor de edad y solo necesitaba hacerse con una licencia especial para casarse, a Warwick le

parecía muy emocionante ofrecerle una experiencia trepidante después de todo lo que habían vivido. Se fugarían como dos locos enamorados y su historia de amor sería contada y admirada por todos en Londres. Miranda se enderezó y se sentó a su lado, tomándolo de las manos.

—Nada me haría más feliz que ir contigo a Gretna Green y empezar nuestra vida juntos, pero por nuestro futuro y el de nuestros hijos, debemos hacer las cosas bien.

—¿Qué deseas hacer? —preguntó Adrian.

—Debo romper el compromiso con Wessex, hablar con mi familia y decirles que nos casaremos.

—Quiero que sea lo más pronto posible, tu padre no va a acceder de muy buena gana.

—No tiene más opción, le condonaste la deuda, Wessex no ha hecho nada, aunque no sé si él lo sabe.

Adrian sonrió con sarcasmo.

—Estoy seguro de que lo sabe —dijo sin mirarla.

—Adrian, si queremos que esto funcione debemos dejar el pasado atrás, estoy segura de que no lo tendré nada fácil con tu familia tampoco, espero conocer a tu madre y a tu hermana, y que ellas me conozcan, no quiero iniciar un matrimonio con rencillas. Sé qué clase de familia tengo y te haré unas cuantas sugerencias respecto a Edward. A Wessex no le interesaba, pero sé que a ti sí.

Una de las cosas que había enamorado a Adrian era el sentido común de Miranda, su habilidad para sortear obstáculos, no era quejumbrosa ni débil, sería una gran compañera de vida. Soltó un suspiro profundo.

—Se hará como tú quieras.

En silencio, Adrian pensó que después de todo lo ocurrido ya no había vuelta atrás. Romper el compromiso con Wessex sería toda una labor diplomática. Aunque la sociedad se escandalizara al comienzo por las nupcias precipitadas, terminarían por aceptarlo, ellos eran de la misma clase social. El problema era la familia Sufolk, se le encogía el corazón al pensar en su padre y su hermana, tanto tiempo añorando una venganza que al final no ocurriría, pero sus sentimientos por Miranda eran tan profundos como para enterrar su odio fuera de él, ya no podía albergar esa clase de sentimientos, una sola mirada de su amada tenía el poder de aquietar sus demonios.

La vida, como siempre, le daba una lección, vapuleándolo de acá para allá. Lo más difícil sería el tener que tragar grueso a Edward y al vizconde con su prepotencia. Así no tuvieran un céntimo en sus arcas, eran de esa clase de personas que creen que lo merecen todo sin esforzarse y que siempre esperan un rescate de los demás. No les haría las cosas tan fáciles, pondría a Edward al frente de la propiedad en el campo si querían ver un solo penique de su dinero, le cortaría el crédito en todos los antros de juegos de la ciudad y con los usureros, regaría la voz entre sus pares de que Edward Taylor no contaba con un solo penique para apostar. Él soltaría el dinero, pero sería vigilado con lupa; en cuanto al padre, con la cancelación de las deudas y una suma anual para que sostuviera su nivel de vida sería suficiente.

Se quedaron en silencio unos momentos y después hablaron de lo que harían de allí en adelante. El coche se detuvo. Adrian miró por la ventana, Wild abrió la puerta y los miró con socarronería.

—¿Cómo están los tortolitos? Por lo visto han estado ocupados —señaló al ver al uno al lado del otro y que tenían las manos entrelazadas.

Miranda se sonrojó y se acomodó el cabello.

—¿Qué quieres, Wild? —preguntó Adrian de mala manera.

—Siento molestarlos, jóvenes, pero ya llegamos a Londres. Bourne y sus hombres llevan a Smith a los calabozos y nosotros vamos a la casa de Watford, ¿van con nosotros?

—No, iré a hablar con la familia de Miranda, a explicarles lo sucedido.

Wild frunció el ceño.

—¿Quieres que vayamos contigo?

—No será necesario, sabré apañármelas solo.

—Como gustes, le daré instrucciones a tu cochero.

—Gracias.

Miranda lo miró atemorizada.

—Llegó la hora.

—Sí, llegó la hora.

Adrian meditó que, si las cosas se ponían mal, no la dejaría en casa de los Sufolk, a saber de qué se valdrían para interponerse entre ellos.

—Necesito tu promesa de que pase lo que pase no te echarás para atrás.

—No lo haré.

Un rato después, el coche llegó hasta la entrada de la casa de los Sufolk.

Un lacayo abrió la portezuela del vehículo.

—¿Preparada?

—Preparada.

Capítulo 32

Tan pronto el mayordomo abrió la puerta, le dijo que sus padres estaban en la sala de recibir visitas. Mientras caminaban hasta la habitación, Miranda meditó que sería mejor que él no estuviera presente para la conversación que quería tener con sus padres.

—Creo que es mejor que los enfrente yo sola, mi padre…

—¡No! Quiero estar a tu lado. —Warwick la interrumpió, temía que sus padres la convencieran de seguir con los planes de boda. Necesitaba dejarle patente esa misma noche a la familia sus intenciones para con ella.

—¡Miranda, al fin llegas! —exclamó lord Sufolk y al verla en compañía del conde de Warwick, los miró con el ceño fruncido—. ¿Qué significa esto? ¿Te volviste loca? Recibí una nota de *lady* Wild esta tarde, donde decía que cenarías en casa de ellos—señaló despectivamente *lady* Sufolk—, ya veo el motivo de esa invitación.

Warwick agradeció el gesto de su amiga, así evitó que el padre y la madre de Miranda se preocuparan, mañana enviaría un presente a casa de los marqueses de Wild.

—Ese no es motivo para que te presentes en casa en compañía del hombre que ha ocasionado un sinfín de habladurías respecto a ti y sin una carabina adecuada, ¿qué pensará tu prometido? —inquirió el vizconde acercándose a ella. Warwick se interpuso entre los dos, no le gustó la manera en que la miraba, el noble, al ver el gesto de Adrian, se sublevó aún más—. ¿Qué explicación tienes para que te comportes con tan poca vergüenza?

—Cuidado, lord Sufolk —dijo Adrian en tono de voz letal—, no tiene derecho a tratar a su hija así, acaba de pasar por una experiencia traumática, debería primero escucharla.

—¿Experiencia traumática? —El hombre miró de uno al otro sin entender—. ¿De qué diablos habla este hombre? —gritó el vizconde a su hija.

Adrian se percató de la influencia que ese hombre ejercía sobre Miranda, vio a la joven temerosa y apocada ante los reclamos del noble.

—Modere su tono, lord Sufolk. Si usted no se calma y la escucha o me escucha a mí, me la llevaré de aquí, la señorita Taylor ya es mayor de edad y no voy a permitir ningún atropello hacia ella. —Esas pocas palabras fueron todo lo que necesito el vizconde para agredir a su hija.

La aferró de ambos brazos y la sacudió, Adrian se interpuso enseguida y la alejó de él.

—¡Usted se volvió loco! —gritó el vizconde—. Este es un asunto entre mi hija y yo. ¡Márchese, lord Warwick! Usted no es bienvenido.

El vizconde tenía un temperamento presto a la cólera, su rostro estaba congestionado y los ojos parecían querer salirse de sus cuencas.

—¡Papá! No tienes derecho a hablarle así —tomó una pausa para continuar—, fui secuestrada por lord Gellywen y llevada a su casa en Richmond, si el conde de Warwick y sus tres amigos no hubieran llegado a tiempo, ese hombre me habría matado.

El vizconde se quedó callado mirando a su hija con incredulidad. *Lady* Sufolk se levantó rápidamente y se acercó a su hija.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó acercándose a ella.

Miranda soltó un llanto silencioso cuando su madre se acercó a consolarla.

—Estoy bien, madre, asustada, pero bien.

—¿Secuestrada? —preguntó el vizconde sin entender—. ¿Por Gellywen? ¿Qué diablos hiciste para que ese hombre hiciera algo así? —Miró a Adrian de mala manera—. Me imagino que usted está involucrado, es usted como una maldición, Warwick.

Miranda se desprendió del abrazo de su madre y se limpió las lágrimas con las manos.

—¡Padre! —dijo con brusquedad—. Te exijo que respetes al conde de Warwick, él lo único que ha hecho es cuidar de mí, y no, no hice nada para merecer lo que me sucedió y si así fuera tampoco ameritaría todo lo que tenido que vivir desde la tarde.

—Afortunadamente, su hija está a salvo de una situación que pudo tener un desenlace diferente, debería estar muy orgulloso, ella es una mujer valiente —aseguró Warwick mirándola con una calidez que no pasó desapercibida para el conde—. Además, creo que fue su madre la que la dejó al cuidado de *lady* Gellywen esta mañana.

El vizconde observó a su esposa con gesto desaprobatorio, Warwick estaba seguro de que ajustarían cuentas más tarde.

—Iré a casa de los Gellywen —se levantó el vizconde—, merecemos una explicación.

—No se moleste —dijo Adrian en tono displicente—. Están muertos.

El hombre negó con la cabeza varias veces y se sentó en un sillón, sin entender del todo lo que hablaban Miranda y Warwick. Su esposa iba a hablar, pero él la acalló con un gesto.

—¿Alguno va a explicarme bien qué fue lo que sucedió?

Adrian y Miranda se turnaron para contar lo sucedido.

El conde era partidario de que la alta sociedad supiera lo que había ocurrido en realidad y no sería él quien acallaría los rumores, lord Gellywen merecía el oprobio por lo ocurrido, era una lástima que *lady* Gellywen se viera arrastrada de la manera en que lo hizo, pero las familias de las víctimas merecían conocer la verdad. Los rostros de estupor del par de nobles a medida que avanzaba el relato suavizaron el resentimiento de Warwick. Conmocionado, el vizconde ni siquiera se percató de que Adrian había tomado la mano de Miranda cuando contaba la parte más emotiva del suceso. Las noticias habían dejado al hombre sin habla, con la mirada fija en un punto distante, se hundió poco a poco en el sillón de cuero, temblando como un flan.

—¡Dios mío! —exclamó la vizcondesa levantándose y abrazando a su hija unos momentos —. Cuánto lo lamento, hija mía, debió ser una situación espantosa—. Pobre *lady* Gellywen, su marido perdió la razón, quién sabe qué sufrimientos la llevaron a hacer lo que hizo —concluyó volviendo a su asiento.

—Es algo que no sabremos —terció Warwick sin ganas de profundizar en lo ocurrido.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—Gracias, lord Warwick, por lo que hizo por nuestra hija —dijo *lady* Sufolk.

—No tiene nada que agradecerme, *milady*, la señorita Taylor no merecía verse en esa situación.

Miranda carraspeó.

—Tengo algo que decirles. —Miró con algo de vacilación a sus padres, pero la presencia de Adrian le dio la fuerza para enfrentarlos.

—¿Qué sucede? —preguntó su padre con sospecha.

—No me casaré con el marqués de Wessex.

—¿Quéééé? —«Esto no puede ser cierto», meditó el vizconde con ganas de coger a su hija a bofetadas y de echar a Warwick a patadas, estaba seguro de que él estaba tras ese desastre que se avecinaba, por un momento pensó que tal vez su hija había sufrido una terrible impresión y estaba algo alterada de los nervios—. Entiendo que pasaste por una experiencia terrible, tal vez deberías subir a tu habitación, enviaré a buscar al doctor Jhonson y después…

—Estoy segura de lo que estoy diciendo, papá, yo…

—¡No! —interrumpió el vizconde con brusquedad levantando la mano—. No digas algo que vayas a lamentar. —Tras respirar varias veces tratando de calmarse, se esforzó por dominar

su talante. Miranda merecía unos cuantos azotes por imbécil—. ¿Cómo puedes degradarnos de esta manera?

—Padre, no puedo casarme con él. No hay amor entre nosotros, y no puedo pasar el resto de mi vida en una farsa. Además, estoy enamorada de otro hombre. —Buscó con la mirada a Adrian, que se colocó a su lado—. Amo a lord Warwick.

El hombre miró a Adrian con furia.

—Salga de mi casa, Warwick. ¡Ahora! —exclamó exaltado—. Necesito resolver las cosas con mi familia.

Adrian se levantó reticente, una parte de él no quería dejar a Miranda sola debido al volátil carácter de su padre, la otra parte imaginaba que esta era una charla que Miranda tendría que afrontar sola. Sin embargo, el temor que su padre la maltratara de alguna forma latía con fuerza en su pecho.

Dando un par de pasos se acercó a él y le habló en susurros.

—No me iré, aunque comprendo que necesitan hablar como padre e hija, por lo que les daré algo de privacidad, pero deseo que algo quede claro, no permitiré que la lastime. El amor de Miranda es correspondido completamente, por lo que tengo que recordarle que soy yo el que sostiene los cordones de la bolsa. Después de lo ocurrido hoy, Wessex no se casará con ella.

El vizconde lo miró entre sorprendido por su osadía y furioso por ponerlo en esa situación.

Miranda asintió, la vizcondesa se limpiaba los ojos con un pañuelo. Adrian salió de la sala y esperó en el pasillo ante la cara impasible del mayordomo y un par de lacayos.

—Te hemos dado todo lo que hemos podido, fuiste a una academia de las mejores de Inglaterra y te has codeado con lo mejor de la sociedad. ¿Cómo puedes echarlo todo a perder por culpa de un hombre que fue sospechoso de asesinato? ¿Qué clase de mujer eres?

—Una que accedió amar, que no se dejó llevar por las apariencias, soy una mujer que se permitió sentir, que accedió a conocer y amar a un hombre con Adrian Warwick… Padre, lo amo, estoy enamorada de él y no pienso ceder en esto, mis sentimientos no están en discusión.

Sufolk sintió como si hubiera recibido una bofetada. Se levantó y recorrió la habitación con furia. Luego se acercó a ella y levantó la mano, dispuesto a darle una bofetada, pero su esposa se lo impidió.

—¡Basta! No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

—¿Por qué no me dijiste que Adrian había perdonado tu deuda? —preguntó mostrando una valentía que no sentía.

—Por esto, porque sabía que ese hombre estaba detrás de ti, Wessex me lo contó. Además, está el asunto de lo ocurrido con Edward y la hermana de Warwick, él busca venganza, no puedo confiar en él.

Miranda lo miró indignada.

—No es correcto, padre, tú y Wessex actuaron a mis espaldas para obtener el resultado que querían, y sin importarles si yo era o no era feliz, lo único que querían era salirse con la suya.

—¿Por qué crees que compró las deudas? ¿Por un acto de caridad? —Se sulfuró de nuevo —. Quería vernos en la calle. ¡No puedes ser tan imbécil! No vas a cambiar el juego ahora. ¡Te casarás con Wessex! Es un hombre poderoso y más adecuado que Warwick, y lo harás así me toque llevarte a rastras a la iglesia.

Observó a su madre, que agachó la mirada y se dijo que en esto estaba sola, ella nunca la había apoyado, se daba cuenta de que trataba de controlar los arranques de su padre, pero el temor que el hombre le inspiraba era más grande. Miranda se negaba a seguir su camino y así sería su vida si se casaba con Wessex, pasar de las manos de un tirano a otro. Podría irse con

Adrian, en uno o dos días estaría casada, pero no quería hacer las cosas así, necesitaba salir de su casa con el consentimiento de su padre y el apoyo de la familia. Adrian ya había sufrido suficiente oprobio, no quería más escándalos para él.

—No voy a casarme con Wessex, esta es mi vida, padre. Yo decido con quien quiero pasarla.

¿Cómo se atrevía su hija a desafiarle?, meditó Sufolk. No se daba cuenta de que los mejores matrimonios eran los que se pactaban con la conveniencia de la familia.

—Nosotros sabemos qué es lo mejor para ti —dijo con aire circunspecto—, deja de obsesionarte con el amor, Miranda. No es en absoluto necesario para que una unión perdure, es una noción perjudicial con el paso del tiempo. El matrimonio es amistad, compañía, el cumplir con un deber, pensar en algo más allá de eso solo trae sufrimiento y desilusión.

—Lo ocurrido hoy será un escándalo mañana —replicó Miranda—. ¿Crees que Wessex soportará los chismes? Por lo poco que lo he conocido, es un hombre apegado a las normas, no querrá una prometida sometida a las habladurías.

—No le importará.

A Miranda se le acababan los argumentos. Nada convencería a su padre, volvió a mirar a su madre, en ese momento la veía triste, no sabía si por el comportamiento de ella o por las palabras de su padre sobre el matrimonio y el amor. Tenía una última carta que jugar, no quería, pero era necesario, ya después de eso su padre no podría negarse. Deseó que Warwick se hubiera marchado, su padre enfurecería de verdad.

—Hay otra cosa.

—¿Más? —preguntó en tono irónico y hastiado—. Dame más buenas noticias.

—Me voy a casar con Warwick, me entregué a él durante el fin de semana en Keynes House.

El vizconde se acercó a su hija y le dio una sonora bofetada.

—¡Has arruinado a esta familia! ¡Eres una puta!

Lady Sufolk se levantó mirando a su esposo espantada. Miranda se tocaba el rostro con mirada desafiante.

—Deja que se case con él, ya está arruinada para Wessex.

—No entiendo qué pretendías comprometiéndote con Wessex sabiendo que ya no eras inocente.

Miranda se quedó callada.

—¡Warwick pagará bien caro! No saldrá airoso después de humillarnos, ahí está su venganza, dejarnos en la ruina y tú deshonrada, ¿aun así quieres atarte a él?

—Lo haré — dijo con convicción.

El hombre soltó una risotada carente de humor.

—Se casará contigo. ¡Me ocuparé de que te conviertas en su puta legítima!

Miranda se encogió ante sus duras palabras. El vizconde tuvo un atisbo de remordimiento, pero ella había traído el oprobio a su familia y por Dios que pagaría las consecuencias.

Aunque debió sentirse aliviada por acceder a su matrimonio con Warwick, no era así como le hubiera gustado empezar su vida marital. Su padre se dirigió a la puerta, pero se dio media vuelta con brusquedad y le lanzó una mirada letal.

—Ruega a Dios para que ese hombre no busque venganza y te esconda en un lugar remoto por el resto de tu vida. Sabemos que tiene los medios y los arrestos para hacerlo.

—Padre…

—No gastes palabras, no quiero escucharte. Lo hecho hecho está, debiste pensar en las

consecuencias.

Capítulo 33

SE DESCUBRE EL ASESINO DE LADY REGINA LIGHTWOOD.
10 de junio de 1823
Por: La Pluma Secreta

Cuatro años llevó solucionar uno de los eventos más tristes, ocurrido en la temporada de 1819: la muerte de lady Regina Lightwood, que ha sido una pérdida irreparable y ocasionado una honda pena a su familia y amigos. Ayer, en un hecho sin precedentes y por la actuación del magistrado Bourne, sus talentosos investigadores y el Club de los Caballeros Malditos, que jugaron a ser detectives aportando pruebas a la investigación, se logró descubrir por fin la identidad del asesino que cobró la vida de la joven dama. El vizconde Gellywen y su cómplice, Rusell Clarke, fueron los causantes del fallecimiento de lady Regina, desafortunadamente el vizconde falleció a manos de su esposa en un hecho violento del que fueron testigos los cuatro caballeros malditos y la señorita Miranda Taylor (no sabemos las circunstancias de la presencia de la prometida del marqués de Wessex en aquel lugar). Rusell Clarke, al ver a su cómplice herido de muerte, asesinó sin piedad y sin que nadie pudiera evitarlo a lady Alexandra Gellywen, una pérdida que ha dejado estupefactos a los miembros de la alta sociedad. Además, hemos conocido que hay otras tres personas que sufrieron igual suerte por parte de este par de asesinos, aunque sus familias desean resguardar sus identidades. Esperemos que este hecho lleve paz a la familia de cada una de las víctimas.

Desde esta columna, queremos hacer llegar una disculpa a los cuatro caballeros que estuvieron bajo sospecha todo este tiempo, esperamos que cierren este triste episodio de sus vidas.

Adrian estaba en su estudio dos días después de ocurrido el hecho. Dejó el pasquín a un lado y meditó en todo lo ocurrido, era como si la tormenta que lo azotó durante largo tiempo tomara rumbo a otro lugar. Recordó cómo aquella noche el vizconde Sufolk había salido como una tromba del salón y lo había sorprendido con un derechazo.

—¡Se lo merece! —exclamó caminando hasta el estudio, a donde él, que se tocaba el golpe, lo siguió.

Sabía que tenía que agachar la cabeza si quería el camino despejado para convertir a Miranda en su esposa, pero no les haría las cosas fáciles. Sobre todo, a lord Edward, que, si quería ver un céntimo de su dinero, tendría que hacer algo con su vida además del juego y las malas mujeres.

—Lord Sufolk —dijo Adrian con tono serio, después de que el noble lo invitara a tomar asiento—, le pido disculpas si con mi comportamiento le causé molestias, pero en los asuntos del corazón la mente no tiene potestad, amo a su hija y quiero hacerla mi condesa.

—Son mucho más que molestias. ¿Se da usted cuenta del problema que me granjearé con Wessex? Su conducta fue abominable, aprovecharse de la inocencia de una joven como medio para una venganza, debería retarlo a duelo.

—Lo entiendo más de lo que imagina, he estado en su lugar.

El vizconde lo observó con rabia, Adrian le sostuvo la mirada sin amilanarse.

“Al menos siente lo que yo sentí cuando Edward se aprovechó de mi hermana”, quiso decirle Adrian, pero no valía la pena, sus sentimientos por Miranda estaban por encima del resentimiento. Se percató de que ella con su mirada le había dado la paz que hacía años no tenía, sus ojos tenían la potestad de barrer sus heridas, a pesar del escaso tiempo compartido era como si la conociera desde siempre. No quiso alargar mucho la reunión, por lo que fue al grano.

—Mis abogados vendrán mañana para firmar los contratos.

—Le va a salir mucho más caro si quiere la mano de mi hija —replicó en tono desafiante.

Adrian respiró tranquilo por primera vez desde que había llegado a la mansión.

—El dinero no es problema, le agradecería que deje de lado su hostilidad y me escuche atentamente porque tengo intenciones de reparar mi error, algo que su hijo no tuvo la valentía de hacer hace años. —Respiró profundo y señaló con tono monocorde—: Tengo un par de peticiones y una condición.

El vizconde se removió incómodo en su asiento.

—No está en posición de hacer peticiones —respondió cortante con la cara pálida y contraída por la furia.

—Mi hermana merece una disculpa por parte de su hijo, así venga diez años después.

El hombre se quedó callado y soltó el aliento en un resoplido.

Adrian puso ambas manos sobre los apoyabrazos de la silla.

—Esa disculpa a mi hermana y a mi familia debió darse años atrás, Susan necesita cerrar un ciclo y dejar atrás todo este asunto.

Sufolk apoyó las manos en el borde del escritorio.

—Creo que esa disculpa es más para usted, lord Warwick —sentenció el hombre mirándolo con fijeza—, pienso que el que tiene que pasar página es usted, y mi hija ha sido la oportunidad para que así sea. Pero está bien, haré que Edward se disculpe.

—Bien —señaló satisfecho tomando una pausa—, hablando de Edward, aquí va mi condición: su hijo debe cambiar de rumbo porque, si no lo hace, ninguna cantidad de dinero será suficiente y terminará perdiendo todo su patrimonio. ¿Eso es lo que quiere para él?

—No le voy a permitir que intervenga en los asuntos de esta familia.

Adrian negó con la cabeza.

—Me temo que eso será inevitable, ya que nos convertiremos en familia y mi dinero no va a ir a parar a jugadores y mujeres de la mala vida.

—Está ofendiendo a mi hijo.

—No lo creo, un padre no puede ser tan ciego a la naturaleza de sus vástagos, Edward se irá para el campo y trabajará de la mano de sus arrendatarios para hacer de Sufolk Park un lugar rentable para ustedes y sus herederos. En cuanto esté encaminado, recibirá una bonificación, cuyo dinero irá una parte para él y otra parte para hacer mejoras en la propiedad.

La cavilosa expresión del vizconde se ensombreció.

—No sé qué contestar a eso, no es un hijo dócil a los deseos de su padre.

—Por esa razón debe hacerlo, lord Sufolk, el dinero cubrirá las deudas, pero si no se ataca el daño de raíz…

—Lo sé —contestó al cabo de un rato y miró a Adrian como si él fuera la solución a un problema que no había contemplado hasta el momento.

Adrian volvió a su presente cuando el mayordomo golpeó la puerta y le anunció la llegada del señor Darius Hollister. Recordó que lo había citado ese día y lo hizo seguir enseguida.

El señor Hollister entró con rostro severo, él lo invitó a tomar asiento después del saludo.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. —El hombre siguió de pie.

Adrian no pudo reprimir una sonrisa sesgada.

—Respecto al otro día, me temo que no estaba en mi mejor momento, quiero pedirle disculpas.

Darius lo observó impasible sin que la sorpresa por su nuevo comportamiento fuera evidente en sus gestos.

—No alcanzamos a hablar, usted no me ha prestado atención, entiendo que ha atravesado momentos difíciles, pero tenía que intentarlo de nuevo.

—Sí, respecto a su petición, siento decirle…

El señor Hollister interrumpió lo que fuera que Adrian iba a decir:

—Lord Warwick, no nos deja otra opción —dijo de manera atropellada—. Vengo a comunicarle que su hermana y yo marcharemos mañana a primera hora a Gretna Green y contraeremos nupcias. Al ser mayor de edad, no necesita de su permiso y ya disponemos de una licencia especial.

—Si es así —interrumpió Warwick—, entonces, ¿por qué desea hablar conmigo?

—Porque soy un caballero y quería intentar que usted cambie de opinión y Susan se case como lo merece. No necesito su dinero, tengo una vasta fortuna propia, Susan vivirá como está acostumbrada. La amo profundamente, mi corazón arde con el deseo de hacerla mi esposa, de compartir con ella todos los días de mi vida, en la alegría y en la adversidad. Si usted no lo aprueba, lo sentiremos mucho, pero ambos merecemos ser felices, espero que lo entienda.

Adrian enarcó levemente las cejas. El hombre tenía arrestos y se notaba que amaba a su hermana, eso era todo lo que él necesitaba saber. Darius era el hombre que había visto la joya que la familia tenía en casa. Todo caía en su lugar, sonrió satisfecho.

—Señor Hollister, le concedo la mano de mi hermana en matrimonio, nada de irse para Gretna Green, Susan merece una boda de ensueño. Respecto a la dote…

—No necesito su dinero, ella encarna todo lo que soñé en una mujer.

—Lo entiendo, pero más allá de sus sentimientos amorosos, Susan cuenta con una importante suma de dinero, y deseo que disponga de ella, ya sea para brochas de pinturas, caridad, lo que ella quiera. Si desea legársela a sus hijos e hijas, bien pueda, pero ella no saldrá de esta casa sin una fortuna propia.

—Gracias, lord Warwick. Susan es una mujer muy especial, hermosa, talentosa, y prometo hacerla feliz. Iré a darle las noticias.

Adrian sintió un nudo en el pecho. Su hermana había estado bajo su ala durante muchos años, su instinto protector se negaba a darle la custodia al que sería su esposo, ¿y si las cosas salían mal? ¿Y si enfermaba de tristeza? Ya no tendría ningún poder sobre las decisiones que sobre ella se tomaran.

—Señor Hollister —el hombre que ya iba hacia la puerta, se volteó—, ¿qué hará si a Susan la asalta algún episodio de depresión? ¿Qué medidas tomará?

—No tiene nada de qué preocuparse —señaló Darius con seriedad, y se tomó un momento antes de responder—. Mi compromiso con Susan no se basa solo en los buenos momentos, sino también en los desafíos que podemos enfrentar juntos. En caso de que ella experimente algún episodio de tristeza, estaré a su lado, apoyándola en todo momento.

Adrian asintió, esperaba que así fuese. Hollister salió a darle la buena nueva a su prometida.

***

Susan estaba en la sala de recibir visitas, su porte era tenso y Edward Sufolk estaba de pie frente a ella. No quiso interrumpir, desde la puerta pudo observar la escena y percatarse de que el noble estaba pidiendo disculpas.

—*Lady* Susan —el hombre, con evidente pesar, pasó los dedos por entre el cuello de la camisa y carraspeó nervioso antes de hablar—, lamento de corazón haberla lastimado con mi proceder años atrás, actué de manera poco caballerosa y destruí sus tiernos sentimientos, lo siento mucho, y espero que en su corazón encuentre la forma de perdonarme.

Susan se quedó mirándolo un rato largo, su rostro de nariz enrojecida por culpa del exceso de licor, su cabello ralo, a pesar del porte que conservaba, tenía el aire cansado de una persona a la que ya nada le sorprende. De joven mostraba una genuina alegría que ahora estaba por completo ausente. Se preguntó de nuevo qué le había visto en su momento para haberle dado el poder sobre el comportamiento de sus emociones.

—Ha envejecido mal —dijo observándolo de pies a cabeza.

El hombre se sonrojó y todo vestigio de humildad fue cambiado por una sonrisa tensa y una mirada de resentimiento.

Darius casi suelta la carcajada, esta era la Susan que amaba con locura, a la que los convencionalismos la tenían sin cuidado, y a quien, por culpa de su forma de ser, la sociedad la había condenado al ostracismo. Quiso agarrar a Sufolk a golpes, pero se percató de que no valía la pena.

—Lo miro y no sé qué me sucedió, no lo entiendo, a lo mejor me atacó alguna fiebre, en este momento de mi vida sería imposible sentir la más mínima atracción por usted, milord. —Se levantó y se alisó la falda del vestido—. Agradezco su gesto, así sea diez años después, pero más vale tarde que nunca.

—Querido —señaló a Darius—, ven aquí. Lord Sufolk, permítame presentarle a mi prometido, el señor Darius Hollister.

Edward levantó una ceja y observó al hombre con falsa indiferencia. Hollister se acercó le dio un apretón firme y una mirada circunspecta. Después de las presentaciones, Sufolk abandonó la estancia.

Susan se acercó a Darius, la sensación de euforia de segundos atrás se evaporó dejándola pensativa.

—¿Estás bien?

—Estoy algo molesta.

—¿Por qué? —quiso saber—. Te brindó una disculpa.

—Por el tiempo perdido, porque todo fue una ilusión juvenil que arruinó años de mi vida y si pudiera devolver el tiempo…

Darius la acalló con un beso y un abrazo.

—Piensa solo en nosotros —acarició su rostro con ternura—, estamos en el momento preciso, nos conocimos cuando debíamos hacerlo, a lo mejor ese tiempo, tu arte y tus tristezas te trajeron a mí. No lamentes nada de tu pasado, son simple baches en el camino. Ahora es el tiempo de nosotros y espero que dure toda la vida.

—¿Qué te dijo? —Aferró sus manos—. ¿Tendré que ir a hacer el equipaje?

Darius tomó su rostro y le dio un tierno beso.

—Tu hermano ha accedido a nuestra unión, podremos empezar a planear la boda.

Susan rio a carcajadas y dio varias vueltas en los brazos de su futuro marido, antes de darle

la buena nueva a su madre y empezar con los preparativos. Deseaba una hermosa boda que borrara años de desesperanza y que fuera el inicio de una vida plena y feliz.

***

Después de poner al día la correspondencia, recibió una esquela que le entregó un lacayo de los Sufolk en su mano.

Querido Adrian:

Gracias por tu desfile de flores del día anterior, las rosas, las hortensias, los tulipanes y las madreselvas, que me traen recuerdos de cierta caída en el arroyo, y tus gestos de ternura, me transportan a un mundo que no imaginé, recordándome cuán afortunada soy de tener a alguien tan especial en mi vida. Cada pétalo parece susurrar dulces palabras y cada color resplandece con el afecto que has depositado en este gesto tan encantador.

Quiero verte, pero mis padres insisten en que debemos dejar de vernos al menos por dos semanas, hasta que se acallen los rumores del rompimiento de mi compromiso con Wessex, que, gracias a Dios, han estado opacados debido a lo ocurrido con los Gellywen.

Gracias, mi amor, por llenar mi mundo con tanto amor y belleza.

Con todo mi cariño,

Tuya,

Miranda

Adrian, como un tonto sentimental, aspiró el aroma de la esquela, se embebió en el recuerdo de su amada y se dispuso a contestar la carta, encontraría el modo de verla. Salió del estudio y le preguntó a uno de los sirvientes si conocía el paradero de su madre, el joven le dijo que estaba en el jardín.

Era una mañana preciosa, el canto de los pájaros se mezclaba con el aroma de las flores y con el olor a tierra. El conde la encontró agachada escarbando con una pala la tierra que rodeaba un rosal. Llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, un delantal sobre su vestido y las manos cubiertas de guantes gruesos. El jardinero estaba al otro extremo del jardín y un lacayo acompañaba a la dama con una canasta de herramientas.

—Madre.

La condesa viuda elevó el rostro y sonrió cuando vio a su apuesto hijo.

—¿Vienes a ayudarme a remover la tierra? De niño te encantaba.

Adrian puso las manos en la espalda, nervioso por la reacción de su madre.

—No, madre, tengo asuntos que atender.

—Qué serio te has vuelto— adujo la mujer volviendo a su actividad.

—Debo hablar contigo, acabo de tener una charla con el señor Hollister y le di la mano de Susan en matrimonio —dijo meditando que a lo mejor la noticia la predispondría para aceptar mejor las otras que tendría que darle.

—Bendito seas, hijo. —La mujer se levantó de un salto y se quitó los guantes—. Tendremos mucho que hacer, Susan estará feliz, si no aprobabas su unión hubieran terminado de Gretna Green.

—No hay necesidad de eso, Susan merece una de las dos bodas más fastuosas de la temporada. Porque la otra será la mía.

La vizcondesa se quitó el sombrero y lo miró con un brillo de felicidad que hacía mucho tiempo que no le veía. Se llevó ambas manos a la boca y luego lo abrazó. Adrian se dijo que en segundos no estaría tan contenta, y el corazón se le apretó, tendría que buscar la forma de que su madre aceptara a Miranda. No sería una labor fácil, pero su prometida era una mujer inteligente y recursiva.

—Madre, pedí la mano en matrimonio de la señorita Miranda Taylor.

La mujer se echó hacia atrás como si hubiera recibido un fuerte golpe, negó con la cabeza varias veces y le dio la espalda. Adrian se acercó con tiento y puso las manos en sus hombros. La mujer se tensó.

—No puedes hacerme esto —dijo con voz entrecortada.

—Madre —suspiró angustiado—, la amo, no puedo vivir sin ella.

La mujer se alejó de él y se dio la vuelta para enfrentarlo con el velo de decepción en la mirada.

—¡Cómo pudiste enamorarte de ella! —exclamó furiosa—. De todas las mujeres que hay para escoger tuviste que poner tu corazón en ella. ¡Una Sufolk!

—Ella es diferente a su familia, si te dieras la oportunidad de dejar el rencor a un lado, verías lo que yo veo.

La mujer se quedó callada. Adrian sabía que nada de lo que dijera ablandaría el corazón de su madre.

—El corazón es libre de elegir, madre, me temo que a mi cabeza no le quedó más remedio que aceptarlo.

La condesa se sintió cansada, años de sufrimiento por la falta que le hacía su esposo habían agriado su carácter y arrugado su corazón de pena. Susan la necesitaba dispuesta y feliz para los preparativos de su boda, a lo mejor era hora de dejar ir el pasado. Su hijo era una de las personas con más sentido común que conocía, había llevado las riendas de la familia con altura, no creía que se equivocara en algo tan importante y ella estaba ansiosa por que el próximo heredero llegara a la familia. Lo más duro sería tratar a lord Edward, no se imaginaba compartiendo veladas y cenas con ese hombre, compartir la mesa con un miembro de esa familia sería una tortura.

—¿Qué pasará con lord Edward? —quiso saber, le parecía increíble que ese hombre fuera a beneficiarse por culpa del compromiso matrimonial.

—Se está disculpando con Susan en este momento, me comentó el mayordomo cuando venía para acá. Pero no tendrás que frecuentarlo, entre las condiciones que coloqué en el contrato de matrimonio, lord Edward estará en el campo algún tiempo, alguien tiene que enseñarle que la vida es mucho más que gastar dinero a manos llenas.

—Eso no es consuelo para mí, sus disculpas llegan diez años tarde.

—Madre, más vale tarde que nunca —dijo en tono serio y con el corazón apesadumbrado —. Tendrás que aceptarlo, no voy a permitir que Miranda no se sienta bienvenida en la que será su casa.

—La tiara de condesa en la cabeza de una Sufolk —señaló la condesa con resentimiento—. Creo que es momento de abrir la casa que heredé de mi madre.

Adrian elevó una ceja con gesto destemplado. Sus palabras lo aturdieron mientras encontraba una respuesta que hiciera cambiar de parecer a su madre.

—Esta ha sido tu casa siempre, quiero que vivas con nosotros. Amas este jardín y cada

rincón de esta casa.

La mujer negó con la cabeza.

—Son solo paredes, los recuerdos de tu padre los llevo en mi corazón. Además, Susan tendrá su propia casa y tu futura esposa merece ser ama y señora de este lugar, yo sería una interferencia y no quiero eso —señaló abatida.

—Cuando la conozcas, cambiarás de parecer, solo dale una oportunidad. Sé que todos podemos ser felices en esta casa.

Ella le acarició el pecho.

—Lo veremos, hijo, lo veremos.

Capítulo 34

Cada segundo que pasa sin tenerte a mi lado es un suspiro que se escapa de mis labios, anhelando el suave roce de tus dedos y la dulce armonía de tu voz. Espero con ansias el momento que tus ojos se conviertan en mi faro y tu risa sea la melodía que acompañe cada uno de mis días.

Mi amor, ardo en deseos de verte y contemplar tus ojos, no quiero despertar de este sueño que lleva tu nombre. En la mañana recibirás una invitación para tomar el té en casa del conde Watford, espero con ansias nuestro encuentro.

Tuyo,

Adrian

Las restricciones que había impuesto el padre de Miranda le impedían verla oficialmente en el tiempo acordado, pero se moría por hacerlo, y sus amigas lo ayudaron nuevamente. Sus abogados habían devuelto los papeles del contrato matrimonial con un par de incisos por parte de Sufolk a los que Adrian accedería con gusto para poder finiquitar todo y empezar a planear la boda.

Su madre apenas le hablaba, Adrian esperaba que cuando conociera a Miranda la condesa se ablandaría. Los preparativos de la boda de Susan traían ocupadas al par de mujeres y eso era algo que agradecía.

En cuanto a la resolución del asesinato de *lady* Regina, los otros miembros de la logia se habían librado de toda responsabilidad, pues no tenían idea de lo que lord Gellywen y Rusell Clarke hacían a sus espaldas, además, no había pruebas que los vincularan. El juicio de Smith coparía los periódicos en la próxima semana, algo que también sería auspicioso para cuando se anunciara su compromiso, la gente ataría cabos, pero eso lo tenía sin cuidado.

La Pluma Secreta fue la primera en comentar el rompimiento de la pareja.

ABRUPTO ROMPIMIENTO DEL COMPROMISO ENTRE EL DISTINGUIDO MARQUÉS DE WESSEX Y LA ENCANTADORA SEÑORITA MIRANDA TAYLOR.

14 de junio de 1823

Por: La Pluma Secreta

En esta temporada de bailes y eventos sociales, donde la elegancia y la intriga convergen en un delicado vals con otros menos agradables, La Pluma Secreta ha logrado obtener información exclusiva sobre este asunto que ha dejado a la alta sociedad londinense boquiabierta y ansiosa de detalles.

El compromiso entre el apuesto marqués y la deslumbrante señorita Taylor, que parecía tallado en las estrellas, se desvaneció en la penumbra de los misterios del corazón. Las fuentes cercanas a la pareja sugieren que las razones detrás de esta ruptura son tan complejas como las salas de baile de la alta sociedad.

Los rumores apuntan a que, a pesar de la fachada de felicidad y complicidad que la pareja exhibía en público, las tensiones internas se estaban gestando en la relación. Se dice que hubo desavenencias en asuntos de

importancia, desde cuestiones familiares hasta diferencias en cuanto a las expectativas matrimoniales. ¿Tendría algo que ver el conde Warwick en esa clase de desavenencias? Solo el tiempo nos dirá la verdad.

La Pluma Secreta seguirá atenta a los desarrollos románticos que seguramente se desplegarán en las próximas semanas. Mientras tanto, la alta sociedad se deleitará con la intrigante incertidumbre de los asuntos del corazón, mientras nosotros, desde las sombras, continuaremos tejiendo los hilos de los chismes más apasionantes de la temporada.

Adrian llegó a casa de Watford con tiempo suficiente para esperar la llegada de Miranda.

—Míralo —señaló Céline a su esposo mientras observaba a Warwick caminar ansioso por el salón—. ¿Quién diría un par de meses atrás que veríamos a nuestro amigo en estas circunstancias?

—Si hubiéramos apostado a favor habríamos ganado mucho dinero, querida.

Adrian blanqueó los ojos y observó a sus amigos con cariño, su amistad junto a la de los demás era algo que valoraba y agradecía.

—Pueden decir lo que quieran —señaló mirando su reloj por centésima vez—, pero tengo que darles la razón en algo: es la mejor sensación, esto que siento por Miranda es lo más profundo que sentiré en la vida.

—Deja que lleguen los hijos, entonces sabrás lo que es el amor acompañado del temor a perderlos, solo espera —adujo Watford.

Céline desestimó su gesto con una mano.

—No es tan terrible, no le prestes atención, querido Warwick.

En ese momento entró el mayordomo para anunciar la llegada de Miranda. Warwick, impaciente, caminó hasta la puerta y su sonrisa no tenía precio cuando la joven, enfundada en un traje del color de la mantequilla, se materializó frente a él. La emoción en la pareja era patente, se tomaron de la mano y Adrian la llevó ante sus amigos.

—Bienvenida a mi casa, señorita Taylor —saludó Watford—, nos volvemos a ver en mejores circunstancias —tomó a Céline de la mano—, le presento a mi esposa Céline.

Miranda recordó lo escuchado en el estudio de la casa de la señora Hill cuando se había sincerado con *lady* Gellywen. La condesa era una mujer hermosa y vivaz, hacían una bonita pareja, ya que el amor y el respeto eran evidentes.

—Es usted bienvenida —contestó la condesa—, me alegra conocerla al fin.

—El placer es mío —contestó Miranda—, gracias por recibirme.

Céline sonrió.

Un lacayo entró con un servicio de té. El par de damas habló de diversos temas. Miranda se sintió a gusto con la pareja. En un momento dado, Warwick y Watford se acercaron a la chimenea dándoles a las mujeres un poco de privacidad.

—No has dejado de mirarla —aseveró Watford.

Warwick soltó un suspiro enamorado.

—No puedo —dijo el conde, en ese momento Céline y Miranda soltaron la risa y Warwick tuvo el urgente deseo de ir a ella y besarle el gesto de sus labios—. Ella eclipsa todo lo demás.

Su amigo soltó una risa burlona.

—Mi amor —dijo Watford a la condesa—, creo que el par de tórtolos valorarían unos minutos de intimidad.

—Claro —contestó Céline—, podrían dar una vuelta por el jardín.

Miranda se puso de pie y se acercó a Warwick, él muy truhan hubiera preferido quedarse a solas con ella en cualquier salón de la mansión, pero Céline, como si adivinara sus pensamientos, prefirió enviarlos al exterior. En cuanto salieron, Watford se asomó a la ventana.

—Estoy seguro de que Warwick no te agradece esta iniciativa, querida.

Céline sonrió acercándose a la ventana, la pareja caminaba por un sendero de flores.

—Warwick tiene que guardar las formas hasta la boda. Míralos, están tan enamorados que el tiempo separados se les hará eterno.

—La espera acrecienta toda clase de sentimientos —adujo el conde—, recuerdo cuando aún no eras mi esposa, esa sensación, ese deseo envuelto en un sentimiento que apenas te deja respirar. —Acarició el rostro de la condesa—. Aún siento lo mismo y vivo agradecido por ello.

Céline le dio un tierno beso.

—Este jardín es hermoso —señaló Miranda mientras se acercaba a un rosal y aspiraba su aroma.

—Te gustará el jardín del que será tu próximo hogar.

Ella sonrió y lo miró con ojos brillantes.

—Estoy ansiosa porque llegue el día, apenas puedo dormir, solo pienso en ti y en nuestra vida juntos. —Lo tomó del brazo—. Pero hay muchas cosas de ti que no conozco.

—Puedes preguntar lo que sea, seré un libro abierto para ti —dijo al tiempo que aferraba su mano.

—¿Cuál es tu color favorito? ¿Cómo tomas el té en las mañanas? ¿Prefieres lo dulce o lo salado? ¿Cuál es tu licor favorito? ¿Algún pasatiempo en especial? Sé que eres un hombre de negocios y que también te gusta el campo, estoy muy entusiasmada por conocer el castillo Warwick.

Adrian dejó de caminar y se situó frente a ella, le levantó el rostro y la notó nerviosa.

—Tengo dos nuevos colores favoritos, el gris de tus ojos y el tono rojizo de tu cabello, me gusta más el café que el té y me gustaría degustarlo en la cama mientras veo tu hermoso pelo extendido en mi almohada.

—¡Adrian! ¡Esto es serio! —exclamó en medio de una risa nerviosa.

—Esto también —dijo solemne—, prefiero el dulce de tus labios y en cuanto a mi licor favorito, estoy seguro de que el aroma de tu sexo me embriagará sin remedio.

—No me respetas.

—Claro que te respeto, te lo demostraría en este mismo momento, pero escandalizaríamos a los ojos curiosos que nos observan. Y en cuanto a mi pasatiempo, por supuesto que serás tú, tendremos un problema, no me considero adicto a ningún pasatiempo, pero estoy seguro de que tu…

—Para ya, para ya. —Miranda soltó una carcajada y Adrian hizo lo que quería hacer en el salón, le devoró el gesto con un beso.

—No tienes nada de qué preocuparte, todo estará bien, tendremos toda una vida para conocernos y lo que no nos guste lo iremos acomodando en el camino.

***

Miranda decidió tomar la iniciativa y hablar con la condesa viuda, esperaba con suma ilusión su enlace matrimonial y no quería nubarrones en el horizonte. Transcurrían los días y Adrian dilataba el encuentro con su madre.

Por un comentario de él se enteró de que la madre de Warwick daba un paseo matutino, dos veces a la semana, por las orillas del Serpentine, y alimentaba a los patos del lugar. Llegó al parque temprano, para esperar la llegada de la condesa viuda.

Se alisó la falda del vestido con gesto nervioso y pasó la mano por su cabello perfectamente peinado. Vio a la condesa descender de un coche y acercarse a la orilla en compañía de un paje, la dama se sorprendió al verla y la miró con recelo. Miranda, nerviosa pero con determinación, avanzó hasta ella.

—Buenos días, *lady* Warwick —saludó expectante.

—Buenos días, señorita Taylor —saludó la mujer mayor observándola de arriba abajo. Debía reconocer que su hijo tenía muy buen gusto, pues la joven era muy hermosa, solo esperaba que no tuviera el corazón de los Sufolk, pero no se hacía ilusiones, la pera no caía lejos del árbol —, me imagino que este encuentro no es casualidad.

—Así es, *milady* —contestó con respeto—, deseo hablar con usted, si me lo permite.

La mujer soltó un profundo suspiro, había hecho averiguaciones sobre ella, su carácter, sus talentos y sus costumbres y tenía que reconocerlo, todos los informes fueron positivos, la joven no parecía hija de los vizcondes Sufolk.

—Siéntese aquí conmigo, señorita Taylor.

—Gracias. —Miranda se acomodó al lado de la adusta mujer.

—He pensado en estos días que, así yo no esté de acuerdo con esta unión, que no lo estoy, por cierto, Adrian hará lo que crea conveniente, así es mi hijo, cuando fija un objetivo nada lo desvía de él y tengo que aceptarlo. —La mujer le observó el rostro detenidamente—. Es usted hermosa y por lo que he averiguado es inteligente y sé que desempeñará el papel de condesa con decoro, estuvo comprometida con uno de los mejores partidos de la aristocracia y, sin embargo, se decantó por mi hijo. ¿Lo ama?

—Con todo mi corazón, nunca me hubiera casado con el marqués de Wessex. Sé que tiene motivos para sentirse aprensiva y desconfiada, pero amo a su hijo y lo único que deseo es que sea feliz.

—Señorita Taylor, es muy difícil para mí separarla de lo que hizo su familia, fueron muchos años de encono y resentimiento, solo puedo pedirle a Dios que su corazón y sus sentimientos sean tan limpios como su rostro.

—Sé que mi hermano actuó muy mal y mi familia fue indulgente con lo sucedido, yo era muy joven, casi una niña, no es mucho lo que puedo recordar, pero reitero mis disculpas en nombre mío y de toda mi familia. Le juro por mi vida que mis sentimientos son nobles y que cuando me conozca se dará cuenta de que mi amor por él es sincero y profundo. Espero que nos brinde la oportunidad de ser felices con su bendición.

La mujer se levantó de la silla, le dio la bolsa de migas de pan al lacayo y le ordenó que alimentara a los animales que empezaban a rodearla.

—Las madres solo queremos lo mejor para nuestros hijos, el destino de los míos es muy importante para mí, deseo verlos felices, ya bastante difícil es este mundo para que emprendan el camino en solitario. Los últimos años no han sido fáciles, pero tampoco quiero que alguien se aproveche de ellos, espero que me entienda —concluyó la mujer.

—La entiendo perfectamente, *lady* Warwick. —Miranda soltó un suspiro triste—. No podemos tener todo en la vida, espero que algún día se dé la oportunidad de conocerme.

—Es usted una mujer valiente, señorita Taylor, venir a enfrentarme no debió ser fácil para usted y valoro su sinceridad. Ha dado los pasos correctos, el tiempo lo dirá.

Hablaron un par de cosas más y Miranda se despidió dejando a la mujer en compañía de los

patos. Consideró que para ser el primer encuentro no había estado nada mal.

ABRUPTO COMPROMISO ENTRE EL DISTINGUIDO CONDE DE WARWICK Y LA ENCANTADORA SEÑORITA MIRANDA TAYLOR.

28 de junio de 1823

Por: La Pluma Secreta

Continúan los sucesos y sorpresas en esta temporada social que hasta el momento ha sido la más candente de los últimos años.

Sí, como lo leen, la hermosa señorita Taylor anuncia su compromiso con el distinguido conde de Warwick, la ceremonia tendrá lugar el próximo 28 de julio en Saint George, les deseamos mucha prosperidad y felicidad y de corazón esperamos que este sea el último compromiso de la asediada y reacia dama. También desde esta columna felicitamos a la lady Susan Collins, hermana del conde de Warwick, por su próximo enlace con el distinguido Darius Hollister. Parece que esta temporada la familia Collins mató dos patos de un solo tiro.

Ni siquiera el sarcástico comentario de *La Pluma Secreta* opacó la felicidad de Adrian y Miranda. La boda de *lady* Susan y el señor Hollister fue un evento como siempre lo soñó la joven. Rebosante de dicha y belleza entró del brazo de su hermano a la capilla, la alta sociedad en pleno no se perdió el evento, ya fuera por las conexiones del novio, del cuñado o por ver al conde y su prometida disfrutando de su amor. El enlace de la pareja sería para la última semana de julio, coincidía ese año con el cierre de las sesiones del parlamento y de que los miembros de la alta sociedad se recluyeran en el campo.

***

—¿Estás seguro de que la novia ya llegó? —preguntó ansioso Adrian a Wild sin dejar de observar la puerta de la iglesia.

A lo lejos vio a Sanders hacerle un leve movimiento de cabeza. La novia arribaba a su destino.

No había estado a solas con Miranda desde que la vorágine de preparativos los había invadido sin remedio. Al comprometerse Wessex casi de inmediato con la hija de un marqués, los rumores se acallaron y la alta sociedad se dedicó a darles la enhorabuena a los novios. Al ser el final de la temporada, ya muchos de sus pares habían vuelto al campo.

—¿Advertiste a Mackay para que tomara el camino más corto?

—Mackay es capaz de guiar a tu esposa hasta la entrada de la iglesia.

Adrian aún no se confiaba de que Wessex o el vizconde Sufolk hicieran algo para impedir la boda, así que sus amigos vigilaban a la novia estrechamente hasta depositarla en brazos del futuro marido.

Observó a los invitados, a su madre, su hermana y su esposo, sus amigos con sus esposas, y elevó una oración de gracias por todo lo que rodeaba su vida. Escuchó los acordes de la música y vio cómo avanzaba hacia él, envuelta en un hermoso vestido de seda blanca, con una larga cola tras ella, la mujer que había puesto su mundo al revés con su sonrisa. Vio cómo su rostro resplandecía y vio la vida, la verdadera vida en sus ojos, las promesas de un futuro juntos, de hijos y una convivencia repleta de amor, y temió que le explotara el corazón ante lo que vislumbraba.

—Eres todo lo que siempre soñé —recitó emocionado en cuanto ella llegó a él.

Ella apretó su mano y juntos elevaron la mirada al sacerdote que bendijo la unión.

¡Estaban casados! Adrian no podía creerlo, después de los errores y los pesares, esta hermosa mujer que ahora era su esposa había vislumbrado su verdadera esencia y sacado lo mejor de él, ayudándolo con su amor a superar su problemático pasado para enfrentar un futuro lleno de esperanza.

Mientras la veía charlar con los invitados, en la recepción ofrecida en la mansión de Watford, a la que había asistido casi un centenar de personas, él solo tenía en mente quedarse a solas con su recién estrenada esposa. Se acercó a ella que en ese momento charlaba con Céline, Minerva y Lily, sus amigas habían acogido a Miranda como una de las suyas, y las cuatro mujeres juntas serían una fuerza a tener en cuenta.

—¿Nos vamos? —susurró en su oído.

Miranda lo miró, sonrió y asintió, ella también se moría por irse, quería estar a solas con él.

Abrigada en el coche que la llevaría a su nuevo hogar, Miranda observaba a su esposo sentado frente a ella, con las piernas extendidas, se había aflojado el nudo de la corbata, emanaba ondas de expectativa y satisfacción.

—Tienes la cara del gato que se comió un canario.

—¿En serio, mi amor? —dijo con tono de voz risueño—. ¿Estás feliz?

—Más feliz de lo que nunca he estado en mi vida.

Al llegar a la mansión de Warwick, uno de los lacayos abrió la portezuela del coche. Adrian bajó primero y le dio la mano a su esposa. Todos los sirvientes estaban en fila para recibir a los contrayentes.

—Mi amada condesa, este es tu nuevo hogar, serás ama y señora de todos mis dominios.

Ella observó todo de manera impasible, pero lo miró a él con un brillo emocionado.

—Solo quiero ser ama y señora de tu corazón.

Adrian la levantó para entrarla en brazos. Miranda soltó la carcajada ante los pasmados sirvientes y así, entre risas, susurros y promesas de amor eterno, la pareja entró a su hogar, dejando que sus voces y su complicidad resonaran en las paredes del lugar, marcando el comienzo de un nuevo y apasionante capítulo en su historia juntos.

Epílogo

Seis años después, castillo de Warwick

El atardecer de otoño se desplegaba, tejiendo una sinfonía de colores cálidos y melancólicos que pintaban el cielo. El sol, en su descenso, derramaba tonos dorados y ámbar sobre el horizonte, iluminando las nubes dispersas en matices de rosa y naranja. La luz resaltaba los contornos de las hojas caídas, creando un tapiz crujiente de tonos ocres y rojizos en el suelo.

La vida era buena, los niños corrían como ratones por entre las piernas de los adultos levantando las hojas a su paso. Era la festividad del final de otoño que Adrian celebraba en el castillo de Warwick todos los años, a la que asistían sus arrendatarios, su familia y sus entrañables amigos con toda la prole. La comida y la bebida abundaba, el tono de las voces aumentaba y una que otra pareja se perdía por los senderos del campo.

El olor a tierra húmeda mezclado con el aroma del humo de la fogata creaba un ambiente de tranquilidad, una transición serena entre el bullicio del día y la tranquilidad de la noche. A medida que el sol se sumergía lentamente en el horizonte, el cielo se transformaba en un lienzo donde los colores se mezclaban en una paleta única, marcando el final de un día y abrazando la llegada de la temporada de reflexión y cambio.

Adrian llevaba en brazos al pequeño Philip, su segundo hijo y heredero al título, mientras conversaba con Mackay, Wild y Watford en torno a la hoguera que acababan de encender. La nana del niño se acercó, ya que era hora de la comida. Habían extendido una mesa especial para los chicos en la que se sentaron todos los pequeños, excepto Matilda y Cliford, los hijos adoptivos de Watford, que a pesar de ser adolescentes ya compartían con los mayores, Matilda sería presentada en sociedad en la siguiente temporada, lo que tenía a Watford muy nervioso.

Los pelirrojos Mackay, igual de revoltosos que su padre, se las ingeniaban para salir indemnes de las travesuras. Trepaban árboles con uno de los hijos de Wild.

Adrian desvió la mirada hacia su esposa, que conversaba con las esposas de algunos arrendatarios. Como si sintiera su mirada, Miranda levantó la vista y le regaló una sonrisa.

—Hemos sido afortunados. ¿Quién diría que de esa nefasta noche naciera esta hermandad? —señaló Mackay.

—Ya te vas a poner sentimental —señaló Warwick—, no demoras en abrazarnos y decirnos que somos los mejores amigos que tendrás en toda tu vida.

—Es verdad, ustedes son los mejores amigos que hay en el mundo. Nuestra amistad es como un refugio. En este mundo a veces caótico encontramos lealtad y comprensión, y brindo por eso. —Mackay llenó los vasos de licor y levantó su bebida para brindar por la amistad.

—A la amistad duradera —brindó Warwick—. A los momentos compartidos y al apoyo constante.

—Ahora pactarás alianzas entre nuestros hijos —señaló Wild a Mackay—, como si fuera a permitir que uno de tus vástagos toque a alguna de mis pequeñas.

Watford se rio un poco más fuerte que siempre, ya estaba algo achispado.

—No hablemos de eso, el próximo año será un infierno para mí —soltó refiriéndose a la presentación de Matilda en sociedad.

La banda empezó a tocar una alegre melodía y Warwick se levantó enseguida.

—Ustedes están envejeciendo, me niego a ser plañidera, yo voy a bailar con la mujer más hermosa de la fiesta.

Warwick se acercó despacio a su esposa, a la que escuchó hablar de aceites y esencias. Miranda había creado un bonito negocio con las esposas de los arrendatarios enseñándoles su arte en la preparación de perfumes. Las mujeres la adoraban porque con esa labor se fortalecieron y se sintieron útiles para una actividad diferente a criar hijos y cocinar. Miranda era maravillosa, intuitiva, perfecta, y él estaba loco por ella. Tenía la capacidad de adaptarse a cualquier ambiente con una soltura lo que permitía que personas de diferentes rangos se acercaran a ella sin temor por la calidez que transmitía.

—Señoras —saludó Warwick y tomó la mano de su esposa—, vamos a bailar.

Miranda lo abrazó, se notaba que ya estaba achispada también, se despidió de las mujeres y de la mano de su esposo se acercó a las demás parejas que bailaban y a los músicos. Se abstrajeron de los demás como si solo estuvieran ellos dos. No observaron a lo lejos a Susan y a Darius que estaban recostados contra un árbol, uno de sus pequeños hijos correteaba alrededor de ellos, ni tampoco a su madre que charlaba con la esposa del vicario.

—¿Eres feliz? —preguntó Miranda mientras daba vueltas en los brazos de su esposo.

—Como nunca imaginé.

Después de la danza, Adrian la tomó de la mano y la llevó a paso veloz hasta los establos, deseaba disfrutar de ella a solas, en cuanto entraron al lugar en medio de risas, escucharon algunos relinchos de las bestias que descansaban. Adrian la llevó hasta una de las pesebreras cubierta de heno fresco que estaba deshabitada y entre besos voraces se tendieron en el piso.

Ella levantó su rostro y con reverencia recitó.

—Te amo, Adrian —susurró—. Amo tu voz cuando me recitas palabras de amor y el toque de tus manos, y tu risa que es solo mía y de nuestros hijos. Amo nuestra vida perfecta, has sido perfecto.

El deseo comenzó a palpitar furiosamente en las venas de Adrian, alimentado por sus palabras. La acercó y cubrió la boca de Miranda con la suya con súbita urgencia.

—Eres mi hogar, el único lugar al que quiero regresar cuando estoy lejos, te adoro, mi condesa.

Las palabras aletearon en la mente y el alma de Miranda, suaves, dulces y profundas, mientras él le obsequiaba caricias sublimes, esas palabras crecieron dentro de su alma cuando su esposo la tomó entre sus brazos con amor y necesidad, y ella recibió la pasión de Adrian igualándola con la suya, lo alentó con besos ardientes y, cuando por fin se deslizó profundamente dentro de ella, le rodeó los hombros con sus brazos y susurró:

—¡Mi hogar eres tú!

Esas dulces palabras encendieron a Adrian, que entre gemidos empezó a moverse en su interior. Su mujer se movía con él, regalándole un placer inimaginable y llevándolos por el camino de la liberación en un acto que siempre revestía extrema belleza.

Enredados uno en brazos del otro, saciados y satisfechos, volvieron lentamente a la realidad, el olor a campo y a heno mezclado con el olor de sus cuerpos y del momento que acababan de experimentar. Adrian meditó en el tiempo compartido y el tiempo por venir, en la generosidad de su esposa, que le había enseñado a perdonar. «Mi hogar eres tú», le acababa de decir, eran palabras sagradas que recibió con celo de guardián del reino.

Agradeció a la vida por el hogar que había formado, por su familia y por todo lo que vendría.

FIN

Agradecimientos

A mis queridas lectoras, gracias por su apoyo constante e impulsarme a seguir creando historias.

A nuestras colaboradoras en las redes sociales, ustedes son parte vital de nuestro trabajo que permite que lleguemos a más lectoras aficionadas al género.

Infinitas gracias a mis colegas y compañeras por incluirme en este maravilloso proyecto: Hilda Rojas Correa, Mile Bluett y Verónica Mengual, gracias por la camaradería, profesionalismo y respeto.

A mis lectoras beta y amigas de siempre, piezas importantes en este hermoso camino.

A mi esposo e hijos, gracias por la paciencia y el apoyo. Dios los guarde y les brinde felicidad.

Sobre la autora

Isabel Acuña C.

Nació en Bogotá, Colombia, tiene 52 años. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años. Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a su familia y a la escritura.

Es lectora desde que recuerda, de joven disfrutaba de las novelas de Julio Verne, Charles Dickens y una novela muy especial de Armando Palacios Valdés, llamada La Hermana San Sulpicio, que releyó durante toda su adolescencia y que fue el inicio de su amor por las novelas románticas. Lee todos los géneros literarios, entre sus autores preferidos están Gabriel García Márquez, Sandor Marai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Fue participante del taller literario José Félix Fuenmayor durante tres años y pertenece a un colectivo literario que publicará una antología de cuentos de sus participantes llamada A ocho tintas, en enero del 2017.

Publicó su primera novela **De vuelta a tu amor** en enero del 2013, en la plataforma de Amazon.

Publicó **De vuelta a tu amor/La unión** el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publicó la novela **Entre el valle y las sombras,** en la plataforma de Amazon, el 25 de mayo del 2014.

La novela **Hermosa locura**, primer libro de la serie, **Un amor para siempre**, fue publicada en la plataforma de Amazon, el 25 de febrero del 2015.

El segundo libro de la serie **Un amor para siempre, Perdido en tu piel**, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015.

En septiembre 14 del 2016, publicó su novela **Tal vez en otra vida**, por la plataforma de Amazon.

En abril 26 del 2017, ocupó el primer puesto en el concurso **Eriginal Books** 2017 en la categoría de novela romántica con la novela **Tal vez en otra vida.**

En mayo 4 del 2017 publicó su novela **En un beso la vida**, recibiendo muy buenas reseñas.

En noviembre 22 del 2017 publicó su novela **Giros del Destino**, conservándose en el top 100 durante varios meses.

Todas sus novelas han sido recibidas con entusiasmo y excelentes críticas, por parte del público que la ha leído alrededor del mundo a través del portal de Amazon, ocupando a pocas horas de publicadas los primeros puestos en dicha plataforma y convirtiéndose en Bestsellers por varios meses.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog donde habla de literatura romántica y otros temas.

---

[1] *Eufemismo para condón.*

[2] *Eufemismo para referirse al aborto o estimular la menstruación.*

[3] *Son normas jurídicas que no están escritas, pero se cumplen porque se ha hecho costumbre, debido a que se han producido repetidamente en el tiempo y en un territorio concreto.*